



Colección
paranormal

Títulos de la colección:

Loving Wolf

Juegos Peligrosos

Príncipe y Felino

El cazador de Almas

Criaturas de la Noche I

KELLY DREAMS



Colección
paranormal

Títulos de la colección:
Loving Wolf
Juegos Peligrosos
Príncipe y Felino
El cazador de Almas

Criaturas de la Noche I
KELLY DREAMS

Criaturas de la Noche I

Kelly Dreams

(Colección Paranormal)

COPYRIGHT

CRIATURAS DE LA NOCHE I

Colección paranormal

© edición agosto 2018

© Kelly Dreams

Portada: ©www.fotolia.com

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

NOTA DE LA AUTORA

¡Atención, lector!

En este eBook te encontrarás con cuatro novelas completas de romance pararnomal.

Son libros totalmente distintos entre sí, que han sido recuperados para formar parte de un recopilatorio que te permitirá obtener una pincelada de lo que puedes encontrar dentro de mi catálogo de publicaciones.

Espero que disfrutes con la lectura.

ARGUMENTOS DE LA COLECCIÓN

LOVING WOLF

Confundir a tu vecina con un ladrón, tirarla al suelo y practicar una detención, no es la mejor manera de comenzar una relación. Jeremy Macoy aprendió esa lección por el camino difícil, uno que lo llevaría a hacer hasta lo imposible para hacerse perdonar, aunque para ello tuviese que declarar la guerra a su voluptuosa y apetitosa compañera.

Cleo DeGucci tiene clara una única cosa: odia a su vecino con todo el alma. No solo la confundió con un ladrón, la tiró al suelo y, para su eterna mortificación, le vio el culo, el maldito policía está decidido a obtener su perdón aunque para ello deba utilizar métodos poco ortodoxos. Unos que pueden conseguir que delire de placer o pierda la cabeza por completo. Después de todo, nadie dijo que en el amor y en la guerra no se hacían prisioneros.

JUEGOS PELIGROSOS

Elizabeth Fiori tiene una única meta en mente, matar a su hermanastro y saldar la deuda que este ha contraído con el irritante, sexy y despiadado Luca Viconti, un hombre salido de su pasado y que está decidido a convertir su presente en un caliente infierno.

Luca lleva los últimos quince años arrepintiéndose de una única cosa; alejar a Elis de su lado. Ahora, gracias a una inesperada deuda, tiene la oportunidad de acercarse de nuevo a su compañera y plantear sus propias condiciones, unas que la devuelvan al lugar al que pertenece; a su lado.

Sin embargo, Elis ya no es la dulce y cándida niña de antaño, ahora es una mujer sexy y peligrosa dispuesta a hacerle morder el polvo, como él tampoco es un gato se vaya a conformar con nada menos que su absoluta rendición.

PRÍNCIPE Y FELINO

Kaliq Al-Hanak estaba decidido a poner fin al antiguo compromiso que habían acordado en su nombre, aunque para ello tendría que encontrar a su prometida y asegurarse de que no era su compañera. Pero, ¿cómo hacerlo cuando dicha mujer parecía más que dispuesta a darle esquinazo? Lo que había empezado como una búsqueda terminaría convirtiéndose en el más importante de los desafíos, uno que debía ganar si quería que la mujer que le estaba destinada fuese suya.

Sarah Tennat había llegado a la ciudad para asistir a la boda de su mejor amiga, por lo que descubrir que no había roto su previo compromiso y que su antiguo prometido había aparecido dispuesto a recordarle su unión, no era algo que entrase en sus planes... Como tampoco lo era ser secuestrada por error y arrastrada a una loca aventura que cambiaría su vida para siempre.

¿Podía estar el destino de dos personas escrito en las arenas del desierto? Un príncipe tygrain estaba a punto de averiguarlo.

EL CAZADOR DE ALMAS

Nyxx estaba a gusto en su papel de Cazador de Almas, no había mejor trabajo que aquel que permitía dar rienda suelta a la rabia y sufrimiento reprimido, y los dioses sabían que el Cazador tenía su justa medida.

Con la muerte pesando en su alma, el pasado rondándolo como un fantasma y una maldición encadenando su eternidad, su corazón había quedado insensible por los hechos acontecidos en un lejano pasado. O así había sido hasta que ella se cruzó en su camino. El evitar que aquella extraña mujer hubiese terminado bajo las ruedas de un coche había sentenciado su destino de forma irrevocable.

Lo último que esperaba Lluvia era que el incidente del que se había librado por los pelos la llevaría a enfrentarse a un apuesto y extraño hombre que pondría su vida del revés. En un abrir y cerrar de ojos se encontró buscando las respuestas a un pasado de mentiras y a un presente que la reclamaba como la única superviviente de una antigua y poderosa línea de sangre Gypsy.

¿Cómo podía negarse a su destino si este venía de la mano de un hombre que le robaba el alma con su sola presencia? Un hombre que la reclamaba como su única compañera y que la necesitaba para poner fin a su maldición.

Desde las calles de Nueva York, a los más recónditos templos griegos, Nyxx y Lluvia se enfrentarán a una carrera... por sus almas.

ÍNDICE

COPYRIGHT

NOTA DE LA AUTORA

ARGUMENTOS DE LA COLECCIÓN

LOVING WOLF

JUEGOS PELIGROSOS

PRÍNCIPE Y FELINO

EL CAZADOR DE ALMAS

LOVING WOLF

<u>PRÓLOGO</u>
<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>
<u>CAPÍTULO 17</u>
<u>CAPÍTULO 18</u>
<u>CAPÍTULO 19</u>
<u>CAPÍTULO 20</u>
<u>EPÍLOGO</u>

PRÓLOGO

Cleo dejó caer la bolsa y la caja de la leche en el último escalón y maldijo por enésima vez la oportuna avería que la había obligado a subir a pie los cinco malditos pisos del antiguo edificio en el que vivía.

—Jodido ascensor.

El desgraciado tenía que haberse estropeado precisamente esa tarde. No podía haberlo hecho por la mañana o incluso el día anterior. No. Tenía que dejar de funcionar en el mismo momento en que venía cargada con las compras.

—El jodido carro, Cleo. Tenías que habértelo llevado —rezongó una vez más. Se apartó el pelo de la cara y se subió las gafas antes de recoger las bolsas y emprender el camino hacia su piso—. Aunque con la suerte que llevo hoy me habría dejado alguna rueda en el camino.

Dios. Lo que daría por estar ya debajo de la ducha, con el rostro enfrentando el chorro del agua caliente mientras dejaba que esta se llevase consigo todos los sinsabores del maldito día.

Sin embargo, la mala racha que había arrancado con la precipitada muerte de su coche esa mañana, no tenía intención despegarse de ella todavía.

—¡Que alguien llame a la policía! ¡Me han robado! ¡Me han agredido y se han llevado mi collar de perlas! ¡Oh, dios! ¡El legado de mi madre!

La estridente voz de la mujer que vivía al final del pasillo llegó a ella anunciando su presencia. La señora Gibons era una dama octogenaria que se ganaría un Oscar a la mejor actuación melodramática; la anciana tendía a desvariar y protagonizaba a menudo episodios como aquel. Con el tiempo se

había acostumbrado a ignorarla, especialmente durante las últimas semanas en las que la mujer la había convertido en el blanco principal de todas y cada una de sus episodios demenciales.

—Buenas noches, señora Gibons —la saludó sin detenerse—. ¿Ya le han robado otra vez el collar de perlas? ¿Cuántas veces van ya? Esta debe ser la doceava.

Ni siquiera el amable saludo evitó que su excéntrica vecina lanzase un dedo huesudo en su dirección.

—¡Tú! ¡Tú me robaste! ¡Furcia! ¡Fulana! —clamó a voz en grito—. Entraste a mi casa... ¡Policía, que alguien llame a la policía! ¡Me ha robado! ¡Me ha robado mi collar!

Se limitó a poner los ojos en blanco e ignorar a la mujer. Todo lo que quería era dejar el peso que llevaba en el suelo y entrar en su hogar para así perder de vista a la irritante mujer.

—Por supuesto, señora Gibons, le llamaré a la policía tan pronto entre en casa.

Como era de esperar, los gritos empezaron a atraer la atención de los otros vecinos.

—¿Ya estamos otra vez, Nora?

Se giró para mirar a la vecina que vivía en la puerta contigua a la de la escandalosa señora, con un delantal manchado de harina y espátula en mano miraba a la anciana con cara de pocos amigos.

—Nadie ha entrado a robarte y no has tenido en toda tu vida un collar de perlas, así que deja de dar alaridos y métete en el condenado piso.

Pero la mujer no parecía tener intención de desistir en su representación. Lo dicho. Digna de un Oscar.

—¡Ella! ¡Ella me robó! ¡Entró en casa y me golpeó en la cabeza! —declaró añadiendo ahora más drama a su actuación—. Mira, mira... tengo un

chichón enorme. ¡Ladrona! ¡Maltratadora!

La mujer sacudió la cabeza y se giró en su dirección.

—Cleo, cariño, entra en casa. Esta loca no se callará hasta que lo hagas —le sugirió—. Esta noche la ha tomado contigo.

—¿Solo esta noche? —respondió con deje irónico. Dejó las cosas a los pies de su puerta y empezó a hurgar en el bolso en busca de las llaves—. Lleva con esa colorida retahíla de acusaciones desde hace más de una semana. ¿Todavía no han dado con su sobrino?

Hasta dónde sabía, la señora Gibons estaba a cargo de un sobrino, uno que parecía pasar más tiempo de viaje que cuidando de su anciana y perturbada tía.

—Ese bueno para nada dice que nos quejamos por deporte —chasqueó la mujer—. Pero tú espera a que presente una denuncia en la comisaría de policía, solo espera. Ya verás cómo ese bueno para nada viene entonces corriendo con el rabo entre las...

Ni siquiera pudo terminar la frase, pues la anciana volvía a la carga.

—¡Un arma! ¡Tiene una pistola! —cambió ahora de táctica, señalándola una vez más—. La lleva en el bolso. ¡Me quiere matar! ¡Ayuda! ¡Ayuda, ayuda a una pobre anciana!

—Nora, por amor de dios, deja de decir estupideces —se exasperó su vecina.

—¡Una pistola! ¡Tiene una pistola!

Cleo se limitó a poner los ojos en blanco, sacó las llaves y se giró hacia la chillona mujer.

—Señora Gibons, ¿por qué no va a ver la televisión un ratito? —le sugirió al tiempo que le señalaba la puerta entreabierta del piso con un gesto de la mano.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me quiere matar!

No sabría decir quién de las dos quedó más sorprendida al ver cómo la anciana daba media vuelta y empezaba a correr al tiempo que agitaba los brazos.

—¡Una pistola! ¡Tiene una pistola! ¡Socorro! ¡Socorro!

—Nora, por amor de dios...

—¡Socorro!

—Señora Gibons, yo no llevo ningún...

El brusco impacto que recibió desde atrás la dejó sin palabras e hizo que perdiese las gafas cuando se vio impulsada hacia delante. Cayó sin remedio contra el duro suelo en un contacto tan íntimo y brutal como lo era lo que se le había echado encima y la presionaba contra las baldosas. Apenas tuvo tiempo de jadear en busca del aire perdido cuando sintió que le retorcían una mano y luego la otra hasta inmovilizarlas contra su propio trasero.

—Pero qué coño... —gimió estupefacta.

—Por el amor de dios...

—No te muevas —escuchó la dura y firme voz masculina por encima del barullo—. ¿Está usted bien, señora Gibons? ¿Está herida? ¿Necesita una ambulancia?

Parpadeó sin poder creerse lo que estaba oyendo. ¿Herida? ¿Una ambulancia? Pero...

—Por los Cañones de Navarone, ¿qué es todo este jaleo?

El repiqueo era el inconfundible sonido del bastón del señor Merlot, el veterano de guerra que vivía en la planta de arriba.

—No se preocupe, señor Merlot —respondió esa voz profunda y masculina a su espalda—. Señoras, vuelvan a sus viviendas. Por favor, ocúpense de que la señora Gibons...

—Hijo, estás cometiendo un tremendísimo error —lo atajó el veterano.

Y vaya que era tremendo, pensó atónita ante lo que acababa de suceder.

La vergüenza y la indignación llegaron a partes iguales e hicieron que emitiese un chillido de rabia y empezase a forcejear por soltarse.

—¡Quítame las manos de encima, mentecato! —clamó revolviéndose bajo él—. ¡Suéltame, desgraciado!

—Estate quieta, muchacha. —La apretó incluso más contra el suelo y pudo notar su aliento al oído al igual que una cada vez más dura protuberancia presionándose contra su trasero—. Deja de moverte o...

Su voz se perdió casi al mismo tiempo que sintió cómo enterraba la nariz contra su cuello y escuchaba lo que parecía un bajo gruñido.

—Estate... quieta... Por dios, lobita, qué bien hueles.

¿Qué se estuviese quieta? ¿Lobita? ¿Oler? Se puso tensa al notar lo imposible, entonces empezó a chillar, patear y revolverse con mayor ímpetu.

¡Ese cabrón le estaba clavando la erección en el culo!

—¡Quítame las manos de encima, pervertido! ¡Acosador!

La ayuda llegó enseguida de manos de la espátula de la señorita Evelyn, quién parecía haber salido por fin del shock en el que ella misma había caído.

—¡Suéltela ahora mismo! ¡Suéltela, le digo! —clamaba la mujer sin dejar de golpearle.

—Señora, ¿quiere dejar de darme con eso? —se quejó el desconocido—. Soy policía, lo tengo controlado. Encárguense de la señora Gibons y...

—Jeremy, hijo, suelta a Cleopatra —escuchó ahora la voz del anciano unos instantes antes de ver el bastón a su lado—. La muchacha no ha hecho nada, no dañaría ni a una mosca. Nora siempre da esta clase de espectáculos, está... ya sabes... mal de la cabeza.

—¿Cleopatra? —escuchó ahora la voz del susodicho y no pudo evitar estremecerse ante la forma en que pronunció su nombre.

—¡Suelta a la muchacha, palurdo! —insistió su vecina—. Déjela ir ahora mismo. Ay dios mío. Cleo, pequeña, ¿estás bien?

En cuanto el peso que la oprimía empezó a aligerarse y la presa sobre sus manos desapareció, culebreó bajo aquellas piernas y se escurrió hasta liberarse de él. Sin gafas, no es que viese gran cosa, pero aquella mole estaba lo suficiente cerca como para que apreciase sus rasgos.

Era realmente enorme, pensó mientras contemplaba al desconocido, un verdadero gigante y a juzgar por el gesto de incompreensión que bailaba en sus ojos, todavía no se había dado cuenta de que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Um, yo... ¿alguien es tan amable de explicarme qué pasa aquí?

Entrecerró los ojos, apretó los labios y se incorporó a medias, lo justo para mirarlo a los ojos.

—Gilipollas.

La mano salió disparada sin más hacia el rostro masculino dejándole escritos los cinco dedos de su mano derecha.

—Creo que esa es la explicación más rápida y contundente de todos los tiempos —aseguró el señor Merlot. El anciano no dudó en tenderle la mano a modo de ayuda—. ¿Estás bien, querida? No se lo tomes a mal. El agente Macoy acaba de mudarse al edificio y todavía no conoce a sus vecinos. Jeremy, Cleo DeGucci vive en la puerta contigua a la tuya.

El hombre se limitó a tragar, se levantó y le tendió también la mano.

—Le debo una disculpa, señorita DeGucci —le dijo y parecía verdaderamente arrepentido, así como algo avergonzado—. No pensé... solo... actué... y... tu aroma...

Ignoró su mano, rescató sus gafas y sus cosas y se incorporó. Se alisó la ropa y lo fulminó con la mirada.

—Métase sus disculpas dónde le quepan, capullo —escupió, dio media vuelta y no esperó ni contestó a ninguna de las preguntas y muestras de preocupación. Todo lo que quería era meterse en su casa y desaparecer.

Si tenía suerte, se moriría de vergüenza y no tendría que dar la cara nunca más.

Fantástico, ese maldito día estaba resultando ser sencillamente fantástico.

CAPÍTULO 1

—Tu semana está a punto de dar un vuelco. No te cierres a nuevas experiencias. Abre la ventana y deja que entre la suerte —Cleo leyó con gesto aburrido el horóscopo que le aparecía en el móvil—. Número de la suerte el cinco. Color, marrón.

Bufó ante la estupidez que se reproducía en la pantalla. ¿Nuevas experiencias? ¿No eran suficientes las que había tenido últimamente? ¿Qué día era hoy? ¿Viernes? Sí. Eso la dejaba exactamente en el número ciento ochenta y uno de su nueva y patética vida. Aunque, bien mirado, prefería su patética vida actual a la que había tenido hasta entonces.

Mordió el croissant con saña, se lamió el chocolate de los labios que iría a engordar sus ya de por sí llenas caderas y miró la pantalla con ojos extraviados.

—Lo último que necesito ahora mismo son nuevas experiencias — rezongó y miró con recelo el sobre que sobresalía por encima de las páginas de su libro, la invitación que el capullo de su ex le había hecho llegar esa misma mañana a la clínica veterinaria.

La invitación a una jodida boda.

La suya con la tetuda a la que había pillado seis meses atrás y que hizo que descubriese quién era Devon en realidad.

¿Cómo demonios se hace para vivir cinco años con un hombre y no saber que se está tirando todo lo que se mueve? ¿Cómo narices no sabes que estás durmiendo al lado de alguien que necesita *más* y que lo busca fuera?

En cierto modo ahora todo tenía sentido. La monotonía en la que se

había convertido su vida en común, la falta de comunicación, las inesperadas ausencias, sus cambios de humor y la decadencia de su vida sexual.

Quizá, como él la había acusado en esa primera y última discusión, no se había molestado en preguntar. Su relación había sido la de dos mejores amigos. Dos personas que se conocían desde la infancia, que fueron al mismo instituto y terminaron compartiendo un piso años después de pura casualidad.

El que hubiesen acabado en la cama no era más que otro error, se percataba ahora, uno provocado por el alcohol y los excesos de una noche de fiesta que los llevó a traspasar la línea de la amistad e incursionar en una posible relación y de ahí a planear una boda que nunca llegaría a celebrarse.

No. No se celebró porque aquella tetuda vestida de cuero que le comía la polla a su prometido mientras él le decía lo malo que había sido, la había dejado en shock.

Oh, sí, ¡jodida revelación!

«*Puedo explicarlo, Cleo*».

La frase más trillada en la historia de los cuernos y que surgió de entre sus labios mientras meneaba la húmeda polla que acaba de extraer de los labios de la tetuda.

Se llevó la mano al puente de la nariz y se la apretó levantando las gafas.

No recordaba mucho de sus intentos de explicarse, solo el runrún de fondo y los “*te veo el jueves a la misma hora, cariño*” de la tetuda. Y ni siquiera eso tenía realmente sentido. No. Nada tuvo sentido hasta que sacó la maleta del armario y empezó a recoger sus cosas.

«*Cleo, tengo necesidades que tú no puedes cubrir. Necesitaba descubrirme a mí mismo, pero eso no quiere decir que no te quiera. Eres mi mejor amiga*».

Primera bola fuera del campo.

La primera frase nada más empezar a meter sus cosas dentro de la maleta había sido esa, luego le siguieron una larga fila de rocambolescas explicaciones y justificaciones que le dijeron, sin lugar a dudas, que había tirado con los últimos seis años de su vida sin darse siquiera cuenta.

«Nuestra relación nunca ha sido típica, Cleo».

«Íbamos a casarnos».

«Hemos sido más tiempo amigos que otra cosa».

«Pero íbamos a casarnos».

«Tengo necesidades y tú no podías...».

«¡Coño! ¡Que íbamos a casarnos!».

La conversación había ocurrido más o menos de esa manera. Él se había disculpado, le dijo que nunca había querido engañarla, que no deseaba que se enterase de esa manera, que ella seguía siendo importante para él y sentenció aquella vista preliminar con la frase decisiva.

«Todavía quiero casarme contigo, Cleo. Necesitas de alguien que te cuide y yo todavía quiero ser el que lo haga. ¿Podrás comprender que necesito más de lo que encuentro contigo?».

El taxista se había ganado la propina y con justicia por haber llegado en menos de cinco minutos y cargar él solito con las maletas.

Seis años de su vida tiradas a la basura, seis años en los que había sido una completa estúpida que no se había enterado de nada.

Y ahora el hijo de puta se casa y tiene el morro de invitarte a la boda. ¿En qué mierda de mundo alternativo cree que vives?

«Confío en que al menos podremos seguir siendo amigos».

Otra frase típica a la que había respondido con un gesto también típico; su dedo corazón mirando al cielo por la ventanilla del taxi.

Y ahora el estúpido horóscopo del móvil le decía que no se cerrase a nuevas experiencias, ¿dejaría algún día el karma de burlarse con tanta saña de

ella?

—Peli ñoña y helado de chocolate —masculló en voz baja. Aquel sería el plan para esa noche.

El letrero del bus anunció la siguiente parada. Se bajaba aquí. Su nuevo piso no era precisamente para echar cohetes, estaba segura que era incluso más viejo que ella, pero al menos no había gilipollas ocupándolo, lo cual tenía que ser un verdadero consuelo.

Se terminó el croissant con dos bocados, se lamió los dedos y se aseguró de que el bolso iba bien sujeto, al igual que el libro que llevaba bajo el brazo y la bolsa de la confitería. El autobús disminuyó la velocidad y, como sardinas enlatadas, toda la gente que se bajaba en esa parada procedió a empujar para ser los primeros en abandonar el vehículo.

Saltó del mismo como toda una atleta olímpica, correteó fintando a los demás pasajeros sobre sus tacones de doce centímetros —necesarios para conferirle una altura adecuada— y salió a la calle. A esas horas de la noche esa parte de la ciudad estaba tranquila, no había mucha gente que cogiese la misma salida, así que disminuyó la velocidad y continuó su paseo con dignidad.

Había sido todo un cambio, pensó mirando los edificios aledaños que conducían a su calle, nada que ver con la zona cosmopolita en la que había estado viviendo los últimos años con Devon. De todos modos, ese había sido precisamente el motivo de mudarse a Lincoln, Nebraska y abrir allí su propia clínica veterinaria; alejarse del pasado todo lo que podía.

Dejó escapar un suspiro de alivio al ver por fin la escalinata de su edificio al final de la calle, no veía la hora de llegar a casa y meterse en la anticuada bañera para mimarse con un relajante baño de espuma. Se pondría su pijama favorito y se arrellanaría en el sofá a ver una película y comerse todo un bol de helado si se le antojaba.

—El helado de chocolate siempre lo soluciona todo —canturreó. Sujetó bien el libro bajo el brazo y empezó a bucear en el interior del bolso en busca de la llave.

—No entiendo cómo en algo tan pequeño pueden perderse las jodidas llaves —refunfuñó al tiempo que sacaba el llavero—. Abre la ventana y deja entrar la suerte —parafraseó la línea que había leído en su horóscopo—. Esa no conoce ni mi dirección.

Haciendo sus pensamientos a un lado, apuró el paso, subió los primeros dos escalones a la carrera pero no llegó a alcanzar el tercero, pues el tacón del zapato se rompió lanzándola de golpe contra el suelo. De no haber puesto las manos y una rodilla por delante, se habría comido sus propios dientes y las gafas.

—Joder, eso sí que ha sido una buena plancha —escuchó a su espalda—. ¿Estás bien?

Arrugó la nariz y se giró lentamente para ver a alguien a los pies de la escalera, su mirada, sin embargo, no estaba puesta en su cara.

—¿Te gusta lo que ves? —le escuchó murmurar mientras entrecerraba los ojos. Un segundo después sus labios se estiraban en una pícaro sonrisa—. Más de lo que te imaginarías.

Con un ahogado grito se bajó inmediatamente la falda del vestido que se le había subido con la caída e intentó ponerse en pie. El eslogan que acababa de poner en palabras estaba escrito sobre la tela de las bragas y venía acompañado por la silueta de una sexy gatita.

El rubor le inundaba el rostro mientras se ponía en pie y se quitaba rápidamente el zapato roto. Al mismo tiempo, el recién llegado recogía el libro, la invitación y la bolsa de la confitería que había salido despedida en la aparatosa caída.

—¿Se ha hecho daño, señorita DeGucci?

Se subió las gafas con un dedo y contuvo una expresión estoica mientras contemplaba a su exultante vecino pero fue incapaz de evitar que el calor siguiese bajando por su rostro e iluminando de un tono rojizo su piel clara.

El hombre era como una maldita plaga. Allá por dónde iba, arrasaba con todo y no era para menos. El policía de la unidad de narcóticos tenía la complexión de un armario, era endiabladamente alto y poseía los ojos más inquisitivos que había visto jamás en una persona.

Jeremy Macoy era el vecino favorito de todas las señoras del edificio e incluso de algunos de los ancianos, especialmente del señor Merlot. Pero a ella no la engañaba con esa sensual sonrisa o educados modales. No era una boba que se dejaba engatusar por esos ojos y el ritmo acelerado de su respiración cada vez que lo veía se debía a la irritación que suponía su presencia y al recordatorio de cómo se habían conocido en primer lugar.

—Estoy perfectamente, gracias —declaró alzando la barbilla con aire autosuficiente.

Los ojos color miel se encontraron con los suyos y esos jugosos y llenos labios se curvaron en una socarrona sonrisa mientras le devolvía el libro y la bolsa.

—No pensé que eras tan bajita —comentó recorriéndola con la mirada mientras le entregaba las cosas, aunque se negó a soltarlas—. Pero me gusta, eres tamaño muñequita.

Le entraron los siete males. Le arrancó de las manos el libro y la bolsa, le dedicó una de sus fulminantes miradas y le dio la espalda.

—¿No piensas perdonarme por lo de esa noche? —escuchó a su espalda. Había dejado el trato formal para tutearla, algo que empezó a hacer después de que le cerrase varias veces la puerta en las narices tras el lamentable episodio que había protagonizado por su culpa—. Te lo juro, Cleo, fue un enorme error. No estaba pensando con claridad, ni siquiera estoy seguro

de hacerlo ahora. Nena, lamento profundamente lo que ocurrió.

Y ya podía sentirlo, pensó irritada. La había placado como un jugador de fútbol americano y todo porque esa desquiciada del 5° C había montado uno de sus numeritos. Los que vivían en el edificio ya conocían las paranoias de Nora Gibons, pero el nuevo inquilino contiguo a su puerta, no.

Decir que terminó en el suelo, con las manos a la espalda y esos noventa kilos sobre sus piernas mientras la contemplaban los vecinos, fue suficiente para hacer que lo odiase de por vida.

—No me llames nena —siseó al tiempo que apretaba los dientes por la punzada de dolor que notaba ahora en la rodilla. Intentó no cojear, recogió las llaves que habían volado hasta la puerta y abrió.

—Cleo...

No se molestó en mirar atrás, desde ese mismo momento, el capullo estaba en su lista negra.

—Buenas noches, señor Macoy.

Lo escuchó subir las escaleras rápidamente y al instante tuvo una enorme mano masculina sujetándole la puerta abierta.

—Vamos en la misma dirección —se justificó él cuando le dedicó de nuevo esa mirada destinada a no hacer prisioneros.

No respondió, no quería ni siquiera estar cerca de él, si tenía que subir los cinco malditos pisos a pie, lo haría. Cualquier cosa antes que compartir el ascensor con el maldito policía que le había clavado la polla en el culo mientras la estaba esposando y que hacía que todo su cuerpo deseara empezar a bailar samba.

CAPÍTULO 2

Si las miradas matasen, las de esa mujer lo habrían convertido en fiambre en el mismo instante en que se conocieron, pensó Jeremy. De hecho, debía estar contento de que dicho encuentro se hubiese saldado solo con una bofetada después de haberla tirado al suelo e inmovilizado con las manos tras la espalda.

Había salido de una de las vigilancias más largas de los últimos tiempos, el caso que investigaba se había saldado con varias bajas innecesarias que lo habían dejado tocado. Peschong lo había obligado a cogerse unos días libres a causa de ello —y también por haberle pegado un puñetazo al capullo del nuevo—, para que descansase y se despejase.

Su mal humor se había unido entonces a los gritos de la anciana del piso frente al suyo, la había escuchado a medida subía las escaleras y su vena policíaca había tomado el mando.

¿Cómo diablos no la olió? ¿Cómo no captó su aroma en el mismo instante en que puso un pie por primera vez en el edificio?

Tragó al notar cómo su sexo recordaba perfectamente esa irregular detención. Por primera vez en su vida se había excitado con los contoneos de una mujer mientras ejecutaba una detención, su aroma lo había sacudido entonces haciendo que su lobo interior levantase la cabeza y se pusiese totalmente alerta. Lo que empezó como perpleja sorpresa, pronto se convirtió

en masculina apreciación ante la blandura de la curvilínea mujer que retenía bajo él y el dulce y apetitoso aroma que disparó sus hormonas; acababa de hacerle un placaje a su compañera, la mujer que su lobo había reconocido y en la que no había podido dejar de pensar desde ese mismo instante.

Pero su momentánea perplejidad había durado lo que les llevó a sus vecinos sacarlo del error cometido.

Una de las inquilinas de la misma planta, armada con una espátula de plástico, comenzó a pegarle con ella y un segundo después el veterano del piso de arriba caminaba hacia ellos y chasqueaba la lengua diciéndole que había hecho un arresto innecesario; la mujer era inocente y la anciana que había gritado tendía a esos episodios de locura continua en la que o bien se le quemaba la casa o convertía en ladrón a la primera persona con la que se topaba.

Sí, su primera toma de contacto con la señorita Cleopatra DeGucci había sido memorable en muchos sentidos.

Desde ese momento había intentado disculparse con ella de todas las maneras posibles. La arrolladora necesidad que le provocaba su aroma, el deseo inconfundible que esa hembra despertaba en él lo había llevado a pasar toda la jodida semana en una especie de nube de frustración y rabia que se convertía en irrefrenable deseo cuando volvía a verla, pero su obstinada y rencorosa vecina no parecía tener la más mínima intención de concederle perdón alguno.

Acababa de dar precisamente su tercera vuelta a la manzana cuando captó su aroma. Desde esa primera toma de contacto, desde que su presencia y olor despertó al lobo en su interior todo en lo que podía pensar era en reclamarla. Quería lamer esa suave y blanca piel, quería saber si su sabor estaba a la par de su voluptuosidad, quería morderla, marcarla profundamente y hacerle comprender que era suya y solo suya. La frustración a la que se veía

sometido con sus continuos desaires lo había llevado a adoptar esas salidas, necesitaba correr, drenar de su sistema la energía y desesperación antes de que la cercanía de esa hembra lo llevase a cometer una estupidez. Cualquiera pensaría que un alfa tendría un poco más de disciplina, pero la suya se había evaporado en el mismo instante en que ella entró en escena.

Maldito emparejamiento.

Cuando la vio enfilar hacia la calle en la que ambos compartían edificio, vio la oportunidad de intentar un nuevo acercamiento. Su insistencia en obtener el perdón de esa mujer empezaba a resultar obsesivo y sabía perfectamente que no era más que una excusa para lo que realmente quería. No había hecho más que enfilar la breve escalinata de entrada cuando escuchó el chasquido del tacón del zapato y la vio precipitarse hacia delante hasta quedar espatarrada sobre las escaleras. La falda del vestido se le había levantado de modo que pudo apreciar esas divertidas braguitas con un eslogan tan directo que no pudo evitar dar la respuesta en voz alta.

Su beta se había reído hasta las lágrimas cuando le había contado lo ocurrido la semana anterior, tanto él como el alfa de la región limítrofe a la suya solían reunirse cada semana para echar una partida de póker, especialmente desde que había tenido que trasladarse momentáneamente a Lincoln para prestar servicios en la Unidad de Narcóticos del condado. Solían cuadrar sus días libres para poder pasar la noche en casa de alguno de ellos y disfrutar de una masculina y velada entre cervezas, pizza y juegos de cartas.

Lástima que la pequeña muñequita que era Cleo DeGucci no tuviese su mismo sentido del humor.

—¿Sube? —le preguntó señalando el ascensor.

Ambos vivían en la quinta planta, curiosamente su vivienda estaba pegada a la de ella, lo que hacía todavía más inexplicable el cómo demonios no la había percibido antes.

Había oído que cada emparejamiento era distinto, pero no oler a su compañera hasta haber caído sobre ella le parecía un poquito... extremo.

—Después de ti —le ofreció caballeroso.

Como respuesta, entró en el ascensor y oprimió el botón del quinto, la siguió al interior solo para verla salir antes de que las puertas se cerrasen dejándolo solo, encerrado y con un palmo de narices mientras le dedicaba una cínica despedida con la mano.

—Buenas noches, señor Macoy.

Las puertas se cerraron por completo al punto de quedarse mirando su distorsionado reflejo en el metal.

—Y me la ha jugado de nuevo.

Aquel era solo uno de los molestos requiebros que llevaba haciéndole toda la semana. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces en las que se había negado a aceptar sus disculpas, como las palabras no funcionaban lo intentó con flores solo para encontrar los ramos totalmente deshojados delante de su puerta, la cesta de fruta acabó en las manos de la señorita Evelyn, quién le dijo que ya no estaba en edad para cortejos, pero que se lo agradecía en el alma. A estas alturas ya se trataba de una cuestión de orgullo obtener el indulto de esa mujer.

Sonrió de medio lado y negó con la cabeza. Cleo era muy ingeniosa, su terquedad empezaba a resultarle tan atractiva como esas voluptuosas curvas que lucía con tanto orgullo. No era una mujer al uso, su estereotipo era perfecto para él y casaba más que bien en sus gustos. Era un hombre grande y le gustaba tener una mujer suave y con carnes debajo de él, alguien que no se fuera a romper si la tocaba. El que esa mujer fuese además su compañera, no era sino otro problema añadido, uno que estaba más que dispuesto a solventar.

Cuando se trasladó a Lincoln por trabajo y alquiló el pequeño piso lo hizo pensando en una estancia corta. Como alfa de la región Medio Oeste,

estaba a cargo de las Grandes Llanuras y de los miembros de la manada afincados dentro del territorio. El que además fuese nuevo en el cargo, pues incluso diez años era todavía un periodo demasiado corto para hacerse con el nombre y confianza de la manada, suponía más un hándicap que un beneficio. El que el anterior alfa hubiese sido su padre añadía un peso a mayores, uno que no había dejado de notar desde la noche en que los dejó.

Con todo, no era un hombre que se amilanara ante los desafíos, por el contrario, los encontraba estimulantes.

—Y ahora tengo que lidiar además con una nueva compañera — murmuró para sí, se pasó la mano por el pelo y suspiró.

Ni en sus más salvajes pesadillas pensó tener que enfrentarse a algo como esto. Había estado demasiado ocupado preocupándose por cómo manejar los asuntos de la manada, por cómo ser un buen alfa para tener que pensar en algo tan remoto como una posible compañera.

Cleo DeGucci. Una mujer humana que quería sus intestinos en una bandeja de plata.

Sacudió la cabeza y miró el contador del ascensor cuando sintió el teléfono vibrando en el interior de su chaqueta.

—Qué oportuno —murmuró al ver el nombre en la pantalla del teléfono—. ¿Tanto me echas de menos que no puedes esperar ni una hora para verme la jeta?

La respuesta llegó precedida de un profundo bufido.

—Qué puedo decirte, Jer, vivo para hacer tu vida más interesante.

No pudo evitar poner los ojos en blanco ante las palabras de su beta. Jim Beverly era la clase de lobo que uno querría tener a su lado durante una crisis y lejos el resto del tiempo.

—No me digas —bufó—. ¿Qué tiene tanta urgencia como para que me llames y no me lo digas cuando llegues?

—Murdock ha llamado otra vez, se ha reportado la desaparición de uno de los jóvenes de nuestra manada.

Gruñó por lo bajo. Aquella era la segunda desaparición que se reportaba en los últimos meses. La anterior había venido del territorio colindante, el que regía Galen Stavros.

—¿Alguna pista sobre su paradero?

—Ninguna —declaró de inmediato—. Es como si se hubiesen esfumado en el aire. Murdock está en contacto con Galen para mantener una patrulla constante en las fronteras, pero nadie ha visto nada ni sabe nada.

—Que siga rastreando la zona —pidió al tiempo que se frotaba la frente con gesto cansado—. Y ya que estás al teléfono, socio, tráete un pack de cervezas extra cuando vengas.

—Roger, lobito.

Sin otro comentario más cortó la llamada dejándolo con el teléfono pegado a la oreja. Sacudió la cabeza y volvió a mirar el panel de los pisos, pronto llegaría a su planta. Dudaba que esa díscola lobita corriese con la rodilla lastimada por la caída. Se la había raspado, nada grave por lo que vio, pero le dolería lo suficiente como para no cometer una estupidez únicamente para escapar de él.

Las puertas se abrieron y, como suponía, llegó antes que ella. No había rastro de la fémica en el pasillo y sí en los ruiditos que procedían desde las escaleras. Ese edificio era como un viejo cascarón en el que se oía todo.

Su lobo empezó a agitarse, sintió el cambio en sus ojos, el dolor en los dientes y tuvo que obligarse a recular y respirar profundamente. La deseaba, la deseaba con una desesperación que empezaba a rayar la locura. Sacudió la cabeza y retrocedió, le habría gustado quedarse y esperarla, intentar una nueva aproximación, pero sus compañeros llegarían de un momento a otro; esta vez le tocaba a él organizar la partida semanal.

Echó un último vistazo y suspiró.

—Este juego del gato y el ratón no va a durar mucho tiempo más, lobita —musitó para sí—. Antes o después, este lobo te dará caza y cuando lo haga, no podrás escapar.

Solo esperaba que durante el proceso, su curvilínea e irritante compañera no sufriese de un ataque de nervios cuando descubriese que él era mucho más de lo que parecía, mucho más.

Cleo apretó los dedos alrededor de la cuchara cuando escuchó de nuevo los gritos y la algarabía al otro lado de la pared. Ya no se trataba solo del ruido, el cual creía haber ahogado con los auriculares, sino de que sus adorados libros empezaban a temblar después de cada una de las explosiones de euforia.

Intentó volver a concentrarse en la película sin éxito, el delicioso helado había comenzado incluso a derretirse convirtiéndose en una masa aguada marrón nada apetecible.

¿Es que aquel maldito día no iba a terminar nunca?

Bajó la mirada a su rodilla, le había puesto una bolsa de guisantes en un intento por aliviar el hinchazón y el entumecimiento pero empezaba a verla convertida en un balón.

Resopló y se aferró al sofá para no salir disparada cuando una nueva oleada de gritos hizo vibrar las viejas paredes de su vivienda.

—Esto ya pasa de castaño oscuro —rezongó al tiempo que dejaba el recipiente de helado de golpe en la mesa, se quitaba los auriculares y cogía la bolsa de guisantes y la estampaba ella misma contra la pared.

Se levantó y se arrastró cojeando hasta la estantería para empezar a propinar sus propios porrazos a la pared.

—¡Un poco de silencio! ¡Este es un edificio antiguo y los demás queremos tranquilidad!

Oyó sonidos del otro lado, murmullos, movimientos de sillas al que no tardó en seguir un tamborileo tan fuerte contra la misma pared que el mueble empezó a temblar y solo tuvo tiempo de apartarse de un salto antes de que su busto favorito cayese al suelo haciéndose pedazos.

Se llevó las manos a la boca y abrió los ojos en un completo gesto de horror, empezó a temblar mientras veía a sus pies los fragmentos de su objeto favorito.

—Oh dios, oh dios, oh dios, oh dios... —jadeó viendo los trozos esparcidos delante de sus zapatillas de conejita—. Oh dios mío...

Recogió la parte frontal que ahora se había convertido en una macabra máscara de la escultura y se obligó a no hiperventilar. Respiró una y otra vez, respiraciones profundas y lentas, pero eso no ayudó a calmarla ni un poco.

—¡Maldito hijo de puta! —clamó a voz en grito.

Giró sobre su pierna sana y atravesó, a toda la velocidad que su rodilla hinchada le permitía, su reducido piso.

Cleo se consideraba una persona tranquila y juiciosa, tendía a la paciencia y al diálogo, su trabajo como veterinaria le exigía calma y seguridad, pero ese hombre no era uno de sus peludos pacientes y había acabado con todas y cada una de sus reservas en tan solo un instante un encuentro.

No le perdonaba la vergüenza que la hizo pasar, se había sentido ultrajada, burlada y profundamente herida al ser acusada sin pruebas. Hacía que le entrasen los mil males con solo recordar esa maldita escena en la que se convirtió en la indeseada protagonista. La había placado como si fuese un jugador de rugby, sentándosele encima y retorciéndole las manos a la espalda... ¡y todo delante de sus vecinos!

Cerró los ojos y luchó por respirar, por dejar que el aire entrase en sus pulmones, pero el duro recordatorio que todavía retenía entre los dedos le hacía la tarea ligeramente complicada.

Abrió la puerta de la calle, salió al pasillo y recorrió la exigua distancia que la separaba de la vivienda de su jodido vecino. La algarabía se hizo incluso más presente, podía escuchar el murmullo de risas y voces masculinas, lo que corroboraba que tenía invitados. Miró la cara de yeso entre sus dedos.

—Jeremy Macoy, haga el favor de abrir la puerta ahora mismo. — Empezó a palmear la madera cuando el timbre no le dio la respuesta que deseaba—. Señor Macoy...

La puerta se abrió entonces de golpe y tuvo que dar un paso atrás cuando un hombre igual de grande que un armario ropero apareció llenando el umbral; ese no era su vecino. Vestido con unos viejos vaqueros y una camiseta con el logotipo de algún equipo de fútbol o baloncesto, el extraño la miraba con los ojos entrecerrados mientras le hacía el boca a boca a una botella de cerveza.

—Holaaa, ¿y tú quién eres, *ternerita*?

Enarcó una ceja ante el extraño y nada halagüeño apodo y levantó la barbilla.

—Busco al señor Macoy —le informó al tiempo que se cruzaba de brazos—. Le agradecería...

—¿Señor Macoy? —repitió con un tono de voz que evidenciaba la sobrepasada ingesta de la muestra que llevaba en la mano. Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa y se giró hacia el interior de la vivienda sin soltarse del marco de la puerta—. Ey, Jim, aquí hay una *ternerita* que pregunta por un tal «señor Macoy».

Una sonora carcajada le llegó desde el interior.

—¿Señor Macoy? Ya no queda nadie aquí que responda a ese nombre, se lo ha llevado la riada —respondió una profunda voz masculina que se hizo más cercana a medida que el propietario se acercaba a la puerta—. Será un milagro si sobrevive, aunque dudo que le quede mucho de «señor Macoy» después de eso.

El recién llegado era de la misma altura que su compañero, aunque ligeramente más delgado. Tenía unos vivos ojos marrones y lo que parecía la sombra de barba de unos cuantos días. Apoyó el antebrazo sobre el hombro de su amigo y se inclinó hacia delante para luego recorrerla con la mirada desde los pies hasta la cabeza.

—Oye, ¿y tú de dónde has salido, pequeño arcoíris? —entrecerró los ojos y se inclinó un poco más al punto de dar la impresión de que podría caerse de bruces en cualquier momento. Entonces alzó la nariz y, si no creyese que era imposible, diría que la olfateó—. Um... hueles de manera familiar. Y mírate, pareces una de esas muñequitas redondas y con rostro simpático que se meten unas dentro de otras. ¿Cómo se llaman, Santana?

El aludido lo miró y se encogió de hombros haciendo que su amigo casi fuese al suelo de bruces.

—Y a mí qué me preguntas —negó llevándose de nuevo la cerveza a los labios. El cuello de la botella nunca llegó a tocarlos, pues algo captó su atención y supo lo que era cuando lo vio quitarle el trozo de escayola de las manos—. *Hostia puta*, la ternerita le ha arrancado la cabellera a alguien.

Respira, Cleo, solo respira. Se recordó a sí misma. *Son hombres. No se supone que tengan que ser la especie más inteligente del planeta.*

Recuperó el trozo de la figura y se la mostró a ambos con firmeza.

—Esto es lo que ha quedado de un preciado objeto después de que lo hiciesen caer de la estantería con todos esos golpes —declaró molesta—. Les rogaría que dejaran de hacer tanto ruido y de aporrear mi pared.

—¿Alguien te ha aporreado la pared? ¿Quién ha sido? ¿Dónde está? — se adelantó Santana—. ¡Sal de dónde te escondas, aporreador de paredes!

Apretó los dientes. ¿Le estaban tomando el pelo?

—No veo a nadie, ternerita —negó mirándola una vez más—. Caray, nena, sí que tienes carne a la que echar mano.

Su comentario la habría molestado si no hubiese escuchado en ese preciso instante un bajo gruñido canino procedente del interior de la vivienda. ¿Su vecino tenía una mascota?

Sacudió la cabeza y se concentró en el motivo de su presencia allí.

—Necesito hablar con el señor Macoy...

—Um... me parece que ahora mismo solo podrías hablar con el lobo feroz, ternerita —aseguró al tiempo que lanzaba el pulgar sobre el hombro—. Uno pasado por agua. El chico no está de buen humor, ¿sabes? Problemas de lobas...

Haciendo oídos sordos a su explicación, se inclinó hacia un lado intentando mirar dentro de la vivienda en busca de su vecino.

—¿Señor Macoy? —llamó, pero esa doble pared humana empezó a retroceder, metiéndose de nuevo dentro del piso y dejándola a ella en el pasillo.

—Una mujer obstinada —chasqueó Jim—. ¿Quieres que te coma el lobo, conejita?

Lo fulminó con la mirada, cosa que no hizo sino divertir al gigante.

—¿Qué coño estáis haciendo?

La voz llegó desde el interior de la vivienda, oscura, profunda y envió un delicioso escalofrío por todo su cuerpo. Incongruente, en verdad, pensó Cleo.

—Nada, Jer —contestó el tejano—. Solo es una rolliza y deliciosa ternerita llamando a la puerta.

Ni siquiera tuvo tiempo a reaccionar, en un momento empezaba a sentir cómo se le encendía el rostro y contenía la respiración ante las ultrajantes palabras y al siguiente la puerta se le había cerrado en las narices.

—Esto no puede estar pasando, sencillamente no puede estar pasando —declaró negando para sí misma—. ¿Rolliza y deliciosa ternerita?

Volvió a atacar la puerta con ganas, golpeó con el puño una y otra vez hasta que esta volvió a abrirse mostrando de nuevo a los dos hombres de antes.

—¡Ternerita! —lo recibió de nuevo el tal Santana con gesto exultante—. ¿Necesitas algo, *cariño*? ¿Quieres una cerveza?

Ni siquiera se lo pensó, echó la mano atrás, cerró los dedos y le asestó un contundente puñetazo que impactó entre la barbilla y el labio inferior del hombre consiguiendo que soltase un juramento. Sin sus tacones y dada la altura del imbécil, no conseguía llegar a lo que quería; ponerle un ojo a la funerala.

—Eso para que aprendas modales, gilipollas —siseó al tiempo que sacudía la dolorida mano—. No soy ninguna ternerita.

Dicho eso, dio media vuelta y regresó a su piso.

—Joder...

—¡Hostia puta, tío! —se carcajeó su compañero—. ¡Vaya leche te ha metido! ¡Y con lo pequeña que es! ¡Ey, Jer! Una mujercita le ha pegado un puñetazo a Santana.

La respuesta llegó acompañada de un bajo y canino gruñido.

—¿Cómo? —contestó su vecino desde algún punto en el interior de la vivienda.

—¡Esa loca me ha pegado! —gimió el agraviado con verdadero asombro—. Y joder, duele...

—¿Loca? No me jodáis —rezongó la voz desde el interior—. ¿La anciana del final del pasillo ha vuelto a la carga?

—¿Quién? —Jim frunció el ceño.

—Estoy borracho, amigo, pero no tanto como para confundir a una linda ternerita como una vaca disecada —argumentó Santana y la señaló cuando estaba abriendo la puerta de su propia casa—. De hecho, si esa es su casa, diría que es tu vecina.

Jim siguió la mirada de su compañero al tiempo que le daba otro trago a la cerveza. Como si algo hiciese conexión dentro de su embriagado cerebro, apartó la botella y escupió el líquido junto con las palabras que salieron disparadas de su boca.

—¡Oh, joder! —prorrumpió en toses—. No me jodas... ¡Es ella!

Su vecino apareció entonces en el pasillo y no podía decir que le sorprendió más, si verlo totalmente empapado, llevando tan solo unos ajustados y breves pantalones cortos de deporte o la expresión de su cara cuando la reconoció.

—Mierda —farfulló cuando sus ojos se encontraron—. ¿Cleo?

Su interior se calentó al instante, un solo vistazo a ese perfecto y enorme cuerpo masculino en una húmeda semidesnudez y su cerebro empezó a licuarse a la velocidad de la luz. Se obligó a cerrar los ojos, respirar y cuando volvió a abrirlos no se le ocurrió otra cosa que lanzarle el rostro de yeso que todavía llevaba en las manos.

—Háganos un jodido favor a toda la comunidad y múdese antes de que arreste a alguien más por equivocación o nos deje sin casa.

Dio media vuelta y entró en el piso cerrando la puerta con fuerza tras ella.

—Joder —masculló mirándose los enrojecidos nudillos—, ahora tendré que ponerle hielo también a la mano.

CAPÍTULO 3

—¿Quién es la fierecilla?

Jeremy se giró hacia Mikel Santana, el alfa del centro de la región suroeste y dejó patente, sin lugar a dudas, lo que su apreciación le causaba. Si fuese inteligente, daría un paso atrás y no volvería a abrir la boca.

Hervía por dentro, su lobo estaba levantando ya la cabeza y enseñaba los dientes queriendo pelea, dispuesto a desafiar al otro alfa; algo que podría resultar en una colosal estupidez.

Por suerte para ambos, Jim, su beta, no estaba tan borracho como el otro hombre.

—Es su compañera, Santana —murmuró en voz baja, en un tono dispuesto a calmar a ambos.

El alfa de Texas parpadeó confuso y abandonó su postura desafiante de inmediato.

—¿La misma a la que casi arrestas por error? —Ahora había más curiosidad en su voz que irritación—. ¿La que placaste en el pasillo delante de tus otros vecinos?

Se obligó a respirar profundamente y mantener el lobo a raya. La sola idea de que esos dos lobos habían estado cerca de su compañera lo estaba enviando al borde.

—Nadie la ha tocado, Jer —le aseguró Jim de manera inmediata—. A juzgar por la actitud que se gasta, de haberlo hecho, nos habría arrancado ella misma la cabeza.

El otro alfa resopló.

—Así que el gancho de derechas que me metió era para ti, no para mí —concluyó con jocosidad—. Interesante ternerita.

Volvió a gruñir, sus ojos clavándose una vez más en el oponente que estaba a su altura.

—Santana, cállate la jodida boca.

El aludido optó por ignorar la agresividad del otro alfa e indicó el interior de la vivienda con un gesto de la cabeza. Su actitud relajada no era más que una fachada, algo destinado a mantenerle bajo control en aquel delicado momento. No era sino una muestra del poder y supremacía que traía consigo la experiencia y la edad en un alfa lupino.

—¿Ya ha dejado de salir agua de esa maldita tubería? —señaló el interior de la casa—. Mira que destrozar la tubería justo cuando tenía la mano ganadora. Joder... creo que me mordí la lengua.

Bufó, no pudo hacer otra cosa.

—Lávala con cerveza.

—Buena idea —aceptó y se pegó al cuello de la botella.

Los miró a ambos e hizo una mueca. Esa noche empezaba a resultar una auténtica pesadilla. Lo que se suponía iba a ser una interesante velada de juego entre amigos se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en una yincana canina. Su mal humor y la presencia de sus congéneres había hecho que la partida de póker se volviese un poco más incendiaria que de costumbre, en un momento estaba apostando contra Santana y al siguiente había saltado sobre la mesa en forma de lobo, enseñando los dientes y amenazando al otro alfa por encontrarse demasiado cerca de su compañera; una sin reclamar.

A partir de ese momento todo se había convertido en un jodido caos, el alfa tejano se había negado a aceptar el involuntario desafío, había agarrado la cerveza y había continuado bebiendo mientras él optaba entonces por emprenderla a mordiscos con todo lo que tenía por delante.

El seguro no iba a cubrir los desperfectos en la vida. Las viejas cañerías de la cocina ya estaban bastante deterioradas y el escucharlas gruñir solo contribuyó a enardecer sus ya alterados nervios. ¿El resultado? Las había utilizado como mordedor y su cocina acabó convirtiéndose en una piscina cubierta.

El agua fría había contribuido entonces a devolverle un poco la razón, solo después de que sus compañeros hubiesen dado con la llave de paso y evitaran así que siguiese mordiendo el chorro del agua como si le fuese la vida en ello.

—Mierda —masculló por lo bajo mientras miraba el trozo de lo que parecía ser algún objeto de escayola tirado a sus pies e hizo una mueca.

Las jodidas paredes eran tan finas que estaba seguro que con toda la movida que había organizado había terminado provocando algún desperfecto.

El aroma de su compañera estaba todavía presente en el pasillo y para él era como un delicioso estofado que lo invitaba a cenar. Casi sin darse cuenta se encontró siguiendo el rastro hasta la puerta de la muchacha para luego llamar.

—¿Cleo?

—Jer, quizá sea conveniente recordarte que vas en *gallumbos* —señaló su beta.

Jim Beverly era una de las pocas personas que se atrevían a decirle las cosas a la cara sin importarle una mierda las consecuencias, así que cuando su padre murió y dejó vacante el puesto de alfa, fue el primero en decirle que se pusiese los pantalones y se hiciese cargo de la manada. Su continuo apoyo y amistad a lo largo de los años, así como la camaradería que se dio entre ellos lo había llevado a tomarlo como su beta, pues no había lobo en quién confiase más.

Se miró y masculló al ver que todavía estaba en pelotas. Ni siquiera se

había molestado en ponerse algo más encima después de acabar hecho un churro con todo el tema de las tuberías, la cercanía de su compañera tendía a anular cualquier pensamiento razonable.

—¿Cleo? —Volvió a llamar olvidándose del asunto de la ropa para concentrarse de nuevo en su compañera—. Tengo... err... —miró la estatuilla que tenía en las manos e hizo una mueca—, tu máscara en las manos...

La voz femenina no se hizo esperar. No necesitaba verla para saber que estaba allí, apoyada al otro lado de la puerta, podía olerla, podía sentirla, casi podía notar su calor...

—Puede quedarse con ella —la escuchó rezongar—, así podrá comprar otra idéntica que sustituya la que su pequeña fiesta privada hizo caer de mi estantería. Esto es una comunidad, ¿sabe? Si quiere hacer botellón, váyase al parque.

Hizo una mueca, se lamió los labios y llamó de nuevo con nudillos.

—Siento mucho todo el ruido que hemos causado, se ha roto una tubería en la cocina y...

—Pues llame a un fontanero antes de que destruya el piso entero —declaró con fervor.

Chasqueó la lengua y se pasó una mano por el húmedo pelo. Quería verla, quería tocarla, lo necesitaba con una desesperación que rayaba la locura. ¡Quería derribar esa maldita puerta y hacerla suya!

—Nena, si abres la puerta creo que sería mucho más factible encontrar una solución... —insistió al tiempo que apretaba las manos para evitar lanzarse sobre ese pedazo de madera y hacerlo pedazos.

—No soy su *nena* —le soltó irritada—, y por dios que lo último que me apetece ahora mismo es hablar con usted. Llamaría a la policía, si no fuese porque con mi suerte, acabarían enviándole.

—La muñeca es dura —comentó Santana, quién se había acercado

también, aunque optó por guardar una prudente distancia—. Oiga, señorita, lamentamos mucho haberla molestado pero, ¿era necesario que me pegase un puñetazo?

—Me llamó vaca.

—¿Vaca? —repitió Jeremy mirando al culpable con el lobo asomando ya en sus ojos y en su voz—. ¿La has llamado *vaca*?

El alfa respondió involuntariamente, no era necesario que estuviesen en forma lupina para saber que ambos se estaban midiendo. Tenía suerte de que Santana fuese uno de sus mejores amigos y mentor, de lo contrario, ahora mismo estaría luchando por su vida por algo tan estúpido como desafiar a otro alfa sin motivo real.

—Ternerita... la llamé *ternerita* —chasqueó la lengua—, y ya sabes que lo utilizo como un término cariñoso, no un insulto. Soy tejano, no puedo evitarlo del mismo modo que no puedo evitar mi acento.

—Sigo pensando que le queda mejor el término de esas muñecas rusas que se meten unas dentro de otras —comentó Jim de pasada.

Enarcó una ceja y lo miró.

—¿Una *Matroska*?

—Sabía que tenía un nombre rarito —asintió pensativo—. Sí. Una *Matroska*. Solo le faltan los coloretos.

Sacudió la cabeza con energía, no era de extrañar que la mujer le hubiese dado un puñetazo al bocazas de Santana. El tejano tenía la misma sensibilidad que una apisonadora.

—Se llama Cleo DeGucci y si quieres conservar todos los dientes, será mejor que lo recuerdes cuando te disculpes, amigo mío —le dijo mirando al hombre que todavía estaba al otro lado del pasillo.

—Lo haré después de visitar al dentista, creo que me ha aflojado un diente.

—La llamaste *ternerita* —le recordó Jim, como si de repente aquello lo explicase todo.

—Es que lo parecía —se encogió de hombros—, tiene esos ojazos grandes y limpios marrones y se tambaleaba como un ternero recién nacido.

El gruñido que emergió de su garganta quedó ahogado por el grito femenino.

—¡Iros a discutir a otro lado, imbéciles!

La repentina respuesta lo devolvió al motivo de su presencia ante la puerta de su vecina.

—Cleo, abre la puerta —insistió—. Tenemos que hablar.

—¡Váyase al infierno, Macoy!

—Y eso, amigo mío, es una despedida en toda regla —le aseguró Jim rodeándole los hombros con el brazo, un gesto contundente para sacarlo de allí e intentar que recuperase de nuevo parte de la razón que perdía cerca de ella—. ¿Una cerveza?

—Será mejor que alguien permanezca sobrio dados los resultados cosechados hasta el momento —rezongó al tiempo que se desembarazaba de su beta y recorría el pasillo para volver a entrar en su piso—. A estas alturas ya no sé qué es peor, si el alcohol o su aroma.

—Para ti, la segunda opción —declaró sin más—. Y ármate de paciencia, porque te espera una buena. Luke acaba de emparejarse y según Eugene, ha sido una de esas cosas por las que no quiere volver a pasar jamás.

—¿El alfa de Manhattan?

Asintió.

—Se ha emparejado con una humana. Seguro la recuerdas, lo acompañó en la reunión de los clanes.

Sí, recordaba vagamente haber visto a Luke Evans acompañado de una mujer.

—Eugene no se ha cansado de repetir que ha sido como ver al Dr. Jekyll y Mr. Hyde con síndrome premenstrual agudo —chasqueó Jim—. A juzgar por los alfas del territorio norteamericano que estáis ya emparejados, vuestro proceso es más intenso que el de los demás miembros de la manada, más extremo.

—Quizá se deba a que algunas compañeras son humanas —comentó Santana frotándose la mandíbula con gesto pensativo—. Isabel, mi compañera, es una loba. Fue intenso, pero nada que una semana de polvos no pudo arreglar.

Puso los ojos en blanco ante la típica respuesta, aunque no podía negar que aquella era una solución que le encantaría poner en práctica.

—Esto es una pesadilla —resopló—. Una auténtica pesadilla.

Sintió la mano del alfa tejano posándose sobre su hombro.

—Ya conoces cual es la solución para darle el finiquito —le dio unas palmaditas al tiempo que volvía a llevarse la botella a los labios y se terminaba la bebida con una mueca—. Demonios, parece que después de todo, sí tendré que ir al dentista.

La solución. La maldita solución para acabar con todas esas sensaciones y emociones que lo estaban enloqueciendo era reclamar a esa lobita de una vez. Una vez que lo hiciese, que la hubiese tenido y fuese completamente suya, ya se preocuparía por todo lo demás.

No le quedaba otra salida, si seguía mucho tiempo más en ese estado, no podía decir a ciencia cierta quién acabaría herido o peor aún, muerto por atreverse a acercarse siquiera a su mujer.

Sin esperar un solo segundo, volvió a su piso y atravesó el pasillo hasta su dormitorio. Abrió la puerta y sus ojos se encontraron al instante con la ventana, desde allí podía verse la estructura de la escalera de incendios que se extendía hasta la ventana de su vecina antes de descender por completo.

Escuchó más que vio los pasos de sus amigos seguido de una curiosa pregunta:

—¿Jim? Jeremy está abriendo la ventana y me parece que tiene la intención de salir por ella —le informó Santana—. ¿Tenemos que preocuparnos?

—Solo si está tan borracho como tú —respondió el aludido entrando tras él—. Jer, ¿qué coño...?

—Nadie está tan borracho como yo —aseguró entrando en la habitación para detenerse al lado de la ventana y sacar la cabeza para hacer luego una mueca—. Wow. Se está bien fuera. Creo que te acompañaré.

—Jeremy, se supone que tú eres el que está menos borracho de los tres, ¿qué mierda estás haciendo? —se asomó ahora su beta. Santana había salido ya y se estiraba cual gato perezoso sin soltar su cerveza—. Te recuerdo que todavía estás en *gallumbos*.

—Se niega a escucharme —declaró como si fuese la única explicación posible a lo que estaba haciendo—. He intentado disculparme con ella durante toda la semana. Me ha dado con la puerta en las narices, le he enviado flores y me las ha devuelto decapitadas, por no hablar de la cesta de fruta, la cual acabó en la vecina equivocada y quién ahora me pone ojitos.

Sus amigos se echaron a reír a carcajadas, no podía culparlos, si a él le dijiesen algo así, habría hecho lo mismo.

Jim sacudió la cabeza.

—Tío, estás totalmente perdido —resolvió con un resoplido, entonces se giró al bastante borracho Santana—. Y tú, entra antes de que acabes con la cabeza abierta en la acera de una estúpida caída. No pienso tener que presentarme ante la puerta de tu compañera y explicarle el motivo de tal suceso.

El hombre seguía palpándose la cara.

—Joder, en serio, creo que me ha aflojado un diente.

Jim resopló.

—Si entras ahora, te acercaré al hospital para que te echen un vistazo —le ofreció—. Aunque a ver cómo les explicas lo que ha pasado.

—Les diré que una ternera me dio una coz —se echó a reír a carcajadas solo para hacer luego una mueca.

Ignorándolo, se dirigió ahora a él, quién había desandado el camino para recuperar el pantalón de chándal que tenía sobre la silla.

—Y tú, procura no terminar también espatarrado en medio de la calle —le sugirió chasqueando la lengua—, no tengo la menor intención de lidiar con otro alfa en esta manada.

Los miró a ambos y asintió. La idea de que se marchasen ambos era más que bienvenida, no los quería cerca de Cleo. Ella era suya, solo suya.

—Te pasaré la factura del hospital para que se la des a la ternerita —comentó Santana desapareciendo ya en el interior del piso.

No pasó mucho tiempo antes de que escuchase finalmente la puerta de la calle cerrándose tras ellos y la vivienda quedase de nuevo en completo silencio. Bajo sus pies se escuchaban los sonidos típicos de una ciudad nocturna, las luces de los edificios, de los coches que se veían atravesando la vía principal e incluso algún vecino que todavía llegaba ahora de una noche de fiesta o de cualquier evento aparcaba en la acera a pocos metros de dónde estaba.

Sacudió la cabeza y atravesó la pasarela hasta la otra punta, el frío suelo de metal se le clavaba en la planta de los pies, pero no quería perder más tiempo calzándose. Se acercó dispuesto a la ventana a través de la que se veía luz para intentar una nueva aproximación, pero las palabras y cualquier pensamiento coherente se esfumó de su obnubilada cabeza cuando vio a su escurridiza y resentida vecina haciendo topless delante del espejo de la

cómoda, girándose para poder ver mejor el morado que tenía a un lado de la cadera.

—Joder —no pudo evitar exclamar—, menudo par de tetas.

El asustado grito femenino fue seguido de inmediato por una mirada fulminante y la rabia encendiéndole la cara al reconocerle al otro lado del cristal.

—¡Tú!

Alzó las manos y reuló de inmediato farfullando disculpas, pero en honor a la verdad, era incapaz de borrar de su mente ese par de glorias que había visto en todo su esplendor a pesar de que ella ya se había cubierto.

Su lobo estaba famélico, más que dispuesto a recorrer todo ese cuerpo con la lengua. El hambre que llevaba sintiendo desde el momento en que la reconoció volvía a alzarse con fuerza y solo podía pensar en darse un festín con ella.

—Lo siento —se disculpó de inmediato—. No era mi intención, lo juro. Solo quería disculparme por lo ocurrido y explicarte...

La vio ponerse la camiseta rápidamente y dirigirse a la ventana. La abrió de golpe y empezó a arrojarle toda clase de objetos contundentes. Cepillos, libros, todo empezó a volar a través de la ventana con certera puntería.

—¡Pervertido!

—No... espera... Cleo...

—¡Desnaturalizado!

—Nena, oye...

Apretó con fuerza un cepilló y echó el brazo atrás mientras veía como su rostro adquiría un intenso carmesí.

—Eres hombre muerto.

Esquivó el cepillo por poco y decidió que ya había tenido suficiente de

lanzamiento de utensilios femeninos. No se lo pensó dos veces, esquivó su último proyectil y entró por la ventana, sujetándole las manos y reduciéndola cuando empezó a luchar para darle lo suyo. Al final fue inevitable que acabase cayendo sobre ella, manteniéndola debajo de él mientras se recreaba con el suave y blando colchón al que su cuerpo estaba más que encantando de volver a encontrar.

—Se acabó, lobita —rumió apretándole ambas muñecas contra el suelo —, tú y yo vamos a tener la conversación que llevas negándome toda la semana, así tenga que atarte.

Ella entrecerró los ojos y se relajó bajo su cuerpo tomándolo por sorpresa.

—Pues empieza por aprender a hacer nudos.

Lo próximo que supo es que tenía los huevos alojados en la garganta y no podía ni respirar del rodillazo que esa escurridiza muñequita acababa de propinarle.

—¿Te gustó? Te aseguro que dónde había esa, quedan más.

Apretó los dientes por el dolor al tiempo que intentaba respirar.

—Esta me la vas a pagar, *nena*, ya lo creo que me la vas a pagar.

CAPÍTULO 4

¿En qué extraño mundo había ido a parar? Se preguntó mientras luchaba por soltarse. Ese hombre no solo había irrumpido a través de la ventana del dormitorio, no se había conformado con tirarla, una vez más al suelo, ahora también la retenía boca abajo sobre la cama con ese maldito cuerpo suyo sobre sus caderas y una de sus manos sujetándole los brazos a la espalda.

—¡Suéltame ahora mismo, bastardo!

Lo oyó chasquear.

—Mi madre siempre insistió en que fui concebido dentro del matrimonio y debe ser verdad, porque soy el vivo retrato de mi padre.

Chilló y se debatió una vez más.

—¡Llamaré a la policía!

Se rio.

—¿Quieres mi número de placa?

Se retorció sin conseguir nada.

—¡Me estás aplastando! ¡Pesas una jodida tonelada!

Lo sintió moverse sobre ella liberando un poco su peso pero sin permitirle todavía la maniobrabilidad que la dejaría libre.

—Tú me has pegado un rodillazo, así que estamos en paz —rezongó y por segunda vez, tuvo plena consciencia de ese enorme y fuerte cuerpo cubriendo el suyo—. ¿Qué me dices? ¿Te comportas como toda una señorita,

para que pueda soltarte y hablemos o sigo aplastándote un ratito más? Empiezo a cansarme de jugar.

Bufó.

—¿Quién está jugando?

Soltó un bajo gruñido.

—Tú conmigo —declaró con pasión—. Y empieza a ser realmente desesperante. No tenía la menor idea de que esto sería así, ¿tienes idea de la jodida semana que llevo? ¿Por qué eres tan difícil? Soy consciente de que me extralimité, metí la pata, sí, pero he intentado disculparme por todos los medios posibles y tú no me dejas. No quieres ni escucharme.

—Estás borracho —le acusó al percibir en su aliento el olor a cerveza. Si bien su voz sonaba del todo clara, su actitud prometía un punto de embriaguez.

Chasqueó la lengua.

—No tanto como para no saber lo que hago —replicó lleno de razón—. Demonios, Cleo, actúas como si fuese el enemigo.

Jadeó.

—¡Me tiraste al suelo! ¡Dos veces! —chilló intentando soltarse de nuevo—. ¡Eso no lo hace un amigo!

Soltó un largo resoplido y se inclinó una vez más sobre ella.

—Lo sieeeeeento —alargó la “e” al tiempo que sumergía el rostro contra su cuello, le acariciaba la nariz con la oreja y le besaba ese punto—. Dios, hueles tan bien, tan malditamente bien que me dan ganas de devorarte entera.

La inesperada y sincera afirmación la dejó temblorosa y más caliente que un hornillo. ¿Qué demonios pasaba con ella?

—¿Puedes concederme cinco minutos de tu valioso tiempo y escucharme al menos? —insistió, alzándose ahora para poder mirarla a los

ojos.

Surrealista, todo aquello no dejaba de ser completamente surrealista. Se había colado en su habitación, la había inmovilizado sobre la cama y ahora, ¿ahora le pedía cinco minutos para hablar?

A estas alturas ya resollaba, tenía el rostro rojo por el esfuerzo, cansada de gritar y agitarse mientras él se limitaba a permanecer cómodamente instalado sobre ella. Había llegado incluso a pedirle que se calmase, ¡a ella!

No podía estar sucediendo. Sencillamente no podía.

¿Cómo podía haberle parecido en algún momento atractivo? ¿Cómo pudo pensar tan siquiera por un breve instante que esa montaña era sexy?

Vale, sí, físicamente lo era y su cuerpo estaba más que contento de sentir toda esa montaña de músculos sobre el propio. Sentía como el corazón le latía desesperado, la hinchazón de sus pechos y lo más desconcertante de todo, la humedad ya presente entre sus piernas. Estaba cachonda, ese maldito policía la encendía con tan solo su presencia, ni siquiera se había puesto tan caliente con su ex.

Lo sintió moverse una vez más sobre ella, afirmando su posición y manteniéndole las piernas sujetas por su peso. Al menos ahora llevaba un pantalón de chándal y no estaba en calzoncillos, pero no sabía que era peor, el saberlo o notar la dura erección que se presionaba contra su vientre.

¡Céntrate! ¡Te ha asaltado! ¿Policía? ¡No es más que un delincuente más!

Mantuvo su irritación y luchó por respirar a través de la creciente excitación que amenazaba con hacer desaparecer su rabia y cada una de sus bien planteadas reservas.

—Cleo, sigo esperando una respuesta.

Apretó los labios como si de esa manera pudiese evitar soltar un montón de insultos que hasta el momento no le habían servido de nada.

—Vamos, no seas rencorosa —la meció—. Me lo debes —insistió—, especialmente después del caluroso recibimiento que tuve.

—¡Me estabas espiando! ¡Me viste las tetas!

—Sí. No lo voy a negar —aseguró y sintió cómo se inclinaba una vez más y le apartaba el pelo con la mano libre—, pero me encantó lo que vi.

Cerró los ojos y se obligó a respirar profundamente, a calmarse y buscar así una salida razonable para lo que estaba pasando, pero los dedos sobre su rostro la distraían. Su contacto era extraño, ajeno y al mismo tiempo deseado. Había algo en ese completo extraño que la encendía, que la enloquecía y amenazaba con romper con todas sus barreras y desvanecer su cordura.

Jamás había tenido una reacción como aquella con nadie, si quiera con Devon.

Su ex. Pensar ahora en él fue la gota que colmó el vaso. Quería reírse, rodar por el suelo ante la absurdez de lo que le estaba ocurriendo.

Se va a casar.

El muy cabrón se casaba y le había enviado una jodida invitación. La risa surgió antes de que pudiese retenerla, traspasó sus labios y la hizo temblar.

—¿Cleo?

Las lágrimas acompañaron entonces sus carcajadas y se encontró en medio de un debacle de risa y llanto que hizo que su carcelero la soltase de inmediato y se hiciese a un lado.

Se giró sobre la cama, quedando boca arriba, se rodeó el estómago con los brazos y siguió riendo hasta que ya no pudo diferenciar la risa de las lágrimas.

—Este es el día más extraño de toda mi vida —hipó mirando al techo—. Es una jodida pesadilla.

Bajó la mirada y se lo encontró a los pies de la cama, sentado sobre las rodillas y mirándola como si hubiese perdido el juicio.

—¿Qué clase de policía inmoviliza a una chica porque esta no le dice lo que quiere oír? —le soltó—. ¡Estás loco de remate!

Sus ojos siguieron los suyos cuando se incorporó, quedando también sentada sobre su propia cama.

—Me tomaste por una ladrona —lo apuntó con el dedo—. Ni siquiera preguntaste. Sencillamente me lanzaste al suelo y me trataste como a una delincuente delante de todo el jodido vecindario.

Ahora fue él quien frunció el ceño con aire contrariado.

—Y llevo toda una jodida semana disculpándome por ello.

—¿Y no podías dejarlo simplemente ahí? —resopló—. ¿Qué puede importarte que acepte o no tus disculpas? ¿Qué te perdone o no? Debería quedarte la conciencia tranquila sabiendo que has hecho tu buena obra del día.

—Escucha, Cleo...

—No, escúchame tú a mí —sentenció, dejando las lágrimas a un lado y abrazando la fortaleza que la caracterizaba—. No quiero saber nada de ti. No quiero que me persigas, ni que me asedies, no quiero tenerte cerca...

Él chasqueó la lengua y se arrastró sobre el colchón hacia ella, en la soledad e intimidad de su dormitorio, su presencia sobre la cama era más de lo que podía soportar.

—No se te ocurra dar un paso más.

Pero él hizo oídos sordos a su petición y la enjauló, obligándola a tumbarse de nuevo para alejarse de él.

—No estás siendo justa —aseguró con el mismo tono de fastidio que un niño pequeño—. Empezamos con mal pie.

Entrecerró los ojos y señaló lo obvio.

—Me lanzaste al suelo como si fueses un jodido jugador de rugby, me

sujetaste los brazos a la espalda —escupió—. ¡Y lo hiciste dos jodidas veces!

Lo vio arrugar la nariz y hacer una mueca.

—Deformación profesional, nena, soy policía.

—Y yo inteligente, más que tú, según parece —le soltó en tono irritado—. Mira, si la única manera en la que terminemos con este acoso por tu parte es...

—No te estoy acosando.

¿Podía reírse ya? Pensó con profunda ironía.

—Me envías flores, cestas de frutas, tarjetas y como eso no funciona, intentas echar la pared de mi salón abajo —enumeró—. Has roto una pieza de coleccionista.

—Te la repondré.

Puso los ojos en blanco.

—Me conformaré con que zanjes tu acoso ahora mismo y puedes empezar a hacerlo quitándote de encima —intentó empujarlo sin éxito, ese hombre era como una montaña—. Y ni se te ocurra volver a tirarme al suelo o juro por dios que me tendrás a primera hora en la comisaria denunciando a un jodido policía por acoso sexual.

—¿Te parezco un acosador sexual?

Lo miró a los ojos.

—Me clavaste la polla en el culo la primera vez.

Sonrió de medio lado.

—Er... eso fue un accidente... inesperado incluso para mí.

Ella se lamió los labios y bajó el tono de voz.

—Y lo estás haciendo ahora mismo —masculló. No había forma de que pensase que esa dureza que se apretaba ahora contra su vientre no fuese su erecto sexo.

Sonrió de medio lado y ese gesto le otorgó una expresión pícaro y

juvenil.

—Culpable —aceptó y se retiró un poco, lo justo para no rozarse contra ella—. Mis disculpas, pero yo no tengo la culpa de que mi cuerpo responda por sí solo ante algo que le gusta.

Y aquello fundió sus neuronas por completo. ¿Estaba insinuando que le gustaba? ¿Ella? Sacudió la cabeza y decidió achacar su respuesta a la obvia borrachera que llevaba encima. En ese estado, se pondría cachondo hasta con una puerta.

—Quítate de encima de una jodida vez, Macoy.

Ladeó la cabeza y la miró con esos inquisitivos ojos marrones.

—Solo si tú me prometes no dar coces como una...

No se lo pensó, levantó la mano y le cogió la oreja, retorciéndose la con fuerza.

—Como se te ocurra llamarme lo mismo que tu amigo, te dejo sin oreja —siseó, dándole una pequeña muestra de lo que le esperaba—. No tolero insultos de ninguna clase.

Se revolvió sobre ella, obligándola a soltarle cuando su dura polla se restregó contra su pelvis en un movimiento involuntario.

—¡Deja de restregarte contra mí, capullo!

—¡Bruja! —replicó él al mismo tiempo que se tocaba la oreja—. Eso duele.

—Así te lo pensarás dos veces antes de abrir de nuevo la boca.

Resopló.

—Eres demasiado rencorosa, Cleo —aseguró frotándose el apéndice lastimado.

—Será porque me dan motivos para serlo.

—Y cínica —añadió—. ¿Por qué? No das esa imagen cuando se te conoce.

Enarcó una ceja.

—¿Y tú crees conocerme tan bien porque me has tirado al suelo dos veces? —soltó con profunda ironía.

Su respuesta fue recorrerla con la mirada, haciendo que sintiese de nuevo ese cosquilleo interno. No se cortaba ni un poco, su forma de observarla era abiertamente sexual y maldito fuera, eso la molestaba a la par que la excitaba.

—¿Volverás a agredirme si digo abiertamente lo que pienso?

Puso los ojos en blanco y se decidió a poner punto y final a aquella estupidez de una vez y por todas.

—Mira, ¿quieres que acepte tus disculpas? Bien, disculpas aceptadas —le dijo y señaló la ventana—. Ya estamos en paz. Puedes marcharte por dónde has venido y te agradecería que no volviesses a entrar por ahí.

La respuesta del hombre fue un gruñido. Había escuchado suficientes a lo largo de su carrera como para reconocer uno cuando lo escuchaba.

—¿Me has gruñido?

Él se limitó a chasquear la lengua, se lamió los labios y procedió a aclararse la garganta.

—Eres una jugadora muy dura —declaró en tono fervoroso—. Te empeñas en mantenerme alejado y eso... es irritante.

Enarcó una ceja ante tan apreciación.

—¿Perdona?

Los largos dedos la sorprendieron al deslizarse sin permiso por su mejilla, quiso girar la cara, alejarse de él pero por algún motivo hizo completamente lo contrario.

—Tienes una piel muy suave —murmuró con voz ronca, profunda. Esos inquisitivos ojos color miel se clavaron en ella inmovilizándola con tan solo una mirada—, ¿a qué sabes, Cleo?

¿A qué sabía? Una pregunta extraña. Pero más extraño aún era que se lo estuviese planteando ella misma.

—Tienes una mirada transparente —declaró entonces y le quitó las gafas antes de que pudiera impedirselo—, unos ojos cálidos y limpios.

Y a través de los que no veía ni torta sin el objeto que acaba de arrebatarse.

—Devuélveme eso...

—No las necesitas...

¡Y una mierda que no! Era incapaz de ver un burro a cuatro pasos sin ella, era miope olímpica.

—Eso lo decidiré yo.

Lo oyó chasquear de nuevo la lengua y vio cómo esos cercanos labios se curvaban en una perezosa sonrisa.

—¿No ves sin ellas?

Ni torta, pero no era algo que pensaba compartir con él.

—O me las devuelves ahora mismo o te juro que tus joyas de la corona no verán otro amanecer —siseó.

Una estruendosa carcajada reverberó en la habitación, el sonido la estremeció desde la punta del pelo a los dedos de los pies y el nerviosismo que ya mantenía su cuerpo en vilo, tomó el control.

—Eres una combinación peligrosa, lobita —aseguró al tiempo que notaba como su cuerpo se presionaba de nuevo contra el suyo—, pero una de la que estoy seguro disfrutaré inmensamente.

—Eso será si te dejo —siseó.

De nuevo esa risita, pero ahora el peso desapareció y se encontró enjaulada entre sus brazos, con él todavía encima.

—¿Podemos enterrar el hacha de guerra? —preguntó divertido—. No merece la pena hacer prisioneros.

Entrecerró los ojos intentando captar mejor su expresión, pero le costaba enfocar.

—Solo si me prometes que no vas a volver a placarme o ponerme unas esposas —rezongó.

—Nunca he intentado ponerte unas esposas.

—Por si pudiese ocurrírsete tal brillante idea, poli.

Sonrió de medio lado y de nuevo se quedó sorprendida por esa capacidad camaleónica suya.

—Prometo no volver a placarte o ponerte unas esposas...

Asintió satisfecha.

—Perfecto, ahora sácate de...

Él no solo no se movió ni un solo milímetro, sino que volvió a descender sobre ella.

—¿Cleo?

Entrecerró los ojos y lo miró.

—¿Qué?

—¿Ya somos amigos?

Abrió la boca y volvió a cerrarla al mismo tiempo. Insultarle no era la mejor manera de librarse de él.

—¿Si te digo que sí me dejarás ir por fin?

Lo oyó gruñir de nuevo y se estremeció.

—No quiero que te vayas.

Bufó.

—Y no me iré, serás tú el que se largue por dónde ha entrado —le aseguró con un mohín—. Y ya estás tardando en hacerlo.

Sintió su aliento acariciándole el cuello un segundo antes de notar... ¿su lengua?

—No, lobita, todavía es demasiado temprano para emprender la huida.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, sintió sus labios sobre los de ella, su lengua abriéndose paso en su boca un segundo antes de que le reclamase un tórrido y húmedo beso.

CAPÍTULO 5

Chocolate y vainilla. Su boca conservaba el rastro del helado que había estado degustando, el mismo que olía en su piel y que la hacía si era posible más irresistible para él. Disfrutó del sabor y de la textura de su lengua, la invitó a bailar con la suya antes de succionarla con suavidad y escucharla soltar un pequeño gemido.

Esta mujer era suya, la única que estaba destinada a completarle, a formar parte de él hasta que la muerte los separase. Ya fuese por la fuerte atracción que sentía hacia ella, la aplastante seguridad de que ella era su compañera o su adorable sabor, Jeremy la necesitaba, su lobo la deseaba y se encontró no queriendo renunciar a ella.

—Sabes al mismísimo cielo —murmuró rompiendo el beso, permitiéndole recuperar el aliento.

Esos bonitos ojos lo miraron sin verlo realmente, ladeó la cabeza y chasqueó la lengua. Recogió las gafas de dónde las había dejado y volvió a ponérselas.

—Así, quiero que veas exactamente quién te está besando —declaró pomposo. Quería que ella fuese consciente de él y solo de él.

—¿Qué... qué diablos estás haciendo?

Enarcó una ceja.

—¿No he sido lo suficiente claro? —se burló—. En ese caso, déjame intentarlo una vez más.

Volvió a besarla, le arrebató el aliento, lo succionó en su interior y le acarició una vez más la lengua con la propia.

—¿Qué tal ahora?

La vio lamerse los labios ahora rojos e hinchados, era una visión de lo más apetitosa. Las mejillas habían aumentado de tono y rivalizaban ahora con el color que empezaba a acaparar su piel.

—No... no quiero que me beses.

La afirmación salió como un hilillo de voz, tenue y vacilante.

—¿Por qué no? —preguntó cerniéndose una vez más sobre ella, dominándola con su presencia y su cuerpo—. Tienes unos labios realmente besables.

Abrió la boca y empezó a boquear como un pez, era incapaz de encontrar las palabras.

—Esto... esto no... tú no...

Le puso un dedo sobre los labios y la silenció.

—Yo me muero por volver a besarte.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Y con cada nuevo beso, parecía arrebatarse un poco más de lucidez, de esa reticencia que la envolvía para hacerla responder a él.

—Y me muero por hacer muchas cosas más contigo, Cleo —le susurró al oído—. Tantas, qué no sé si me bastará una sola noche para llevarlas a cabo.

El voluptuoso cuerpo tembló bajo el suyo, podía sentir los senos hinchados y los pezones duros apretándose contra su pecho, un recordatorio de que la mujer que yacía tendida sobre la cama y a su merced era absolutamente real y no un sueño.

—Esto no está pasando —gimió ella cubriéndose el rostro con las manos—. Tú no estás aquí, yo no estoy aquí y todo es producto de mi calenturienta imaginación.

—¿Tienes una imaginación calenturienta, lobita?

Separó los dedos lo justo para verle a través de ellos.

—¿Por qué sigues aquí?

Más que la pregunta, fue el lastimero tono de su voz el que lo sorprendió.

—¿Por qué no habría de hacerlo cuando estar así y contigo es todo lo que he perseguido hasta el momento? —respondió sincero—. Te deseo, deseo cada pedacito de este bonito y voluptuoso cuerpo. Deseo conocer el sabor de tu piel, tu sabor más íntimo y me muero por morderte, lobita. ¿Me dejarás?

Y para hacerle partícipe de sus intenciones le mordisqueó la curva del hombro, allí donde el hombro de la camiseta dejaba la piel expuesta.

—Quiero follarte, Cleo —gruñó con voz profunda, dejando que su lobo saliese a la superficie—, quiero poseerte y montarte hasta que no puedas caminar.

La sintió temblar debajo de él y captó su excitación, un aroma que no hacía sino acicatear la suya propia.

—Estás borracho... y yo no estoy en mi sano juicio, esto es una malísima idea —murmuró e intentó empujarlo de nuevo sin éxito.

—Hace falta más que un par de cervezas para nublarne el juicio —aseguró con rotundidad y bajó la mirada sobre su cuerpo—. Aunque empiezo a suponer que tú podrías hacerlo sin demasiado esfuerzo.

Bajó la mirada y recorrió el cuerpo femenino que se extendía bajo él. Solo llevaba un pequeño pantaloncillo de felpa y una camiseta. Sabía que debajo de esta no llevaba ropa interior, no solo porque había visto cómo se la ponía para cubrir su desnudez, sino porque sus pezones se marchaban completamente contra la tela.

—Eres perfecta —aseguró al tiempo que se relamía, entonces alzó la mirada y buscó sus ojos a través de los cristales de las gafas que todavía llevaba puestas—. Perfecta para mí.

No le pasó por alto la emoción que traspasó esos cristalinos iris ante sus palabras. Más adelante, se prometió, cuando ella fuese completamente suya, se ocuparía de averiguar quién era el o la culpable de esa mirada.

Se inclinó una vez más sobre ella sin dejar de mirarla y le acarició una vez más los labios.

—Y pienso demostrártelo empezando ahora mismo.

Cualquier posible respuesta quedó ahogada por su boca, le succionó la lengua y la instó a jugar al mismo juego peligroso en el que estaban a punto de embarcarse. Para su regocijo, su tímida respuesta llegó seguida de breves gemidos y un acercamiento de sus cuerpos.

Sonrió para sí y deslizó las manos por sus costillas para hacerse cargo de la molesta tela de la camiseta que ocultaba esos dos magníficos senos. Le acarició la piel desnuda de los hombros, le mordisqueó ese punto que lo atraía como un imán y se obligó a descender hasta su ombligo para finalmente rodearlo con la lengua.

—Tienes un ombligo de lo más sexy, lobita.

Se entretuvo jugando con él, lamiéndola, mordisqueándola hasta que la tuvo retorciéndose y gimiendo en voz alta, un sonido de lo más erótico y que hacía que su lobo interior asomase la cabeza deseoso de jugar también con ella.

—Hueles tan bien —ronroneó acariciándole la piel del vientre con la nariz. Aspiró profundamente, deseoso de grabarse su olor a fuego.

Su mirada cayó entonces en la cinturilla del pantalón, se lamió los labios y alzó la mirada para encontrarse con la de ella oscurecida por el deseo.

—Esto nos sobra.

Le guiñó el ojo y tiró de la prenda hacia abajo, llevándose también las braguitas y dejándola totalmente desnuda a su mirada. El hambre que llevaba

corroyéndole toda la semana se alzó en su interior como una serpiente, su sangre se espesó y pudo notar cómo su lobo se asomaba en sus propios ojos.

Apartó la mirada, no quería asustarla, ni siquiera sabía cómo reaccionaría cuando supiese qué era él realmente. En su fuero interno sabía que estaba siendo egoísta, le estaba arrebatando la posibilidad de decidir y elegir, no era una loba consciente del emparejamiento de su propia especie, era una mujer humana, una delicada hembra que se rendía ante la avasalladora personalidad del lobo que ahora la dominaba. ¿Podía arrebatarle realmente la posibilidad de elegir? ¿Podía ser lo suficiente egoísta? ¿Podría encontrar después la manera de compensarla?

Ella sería su pareja, su única pareja mientras viviese, pero, ¿lo entendería?

Conocía parejas que habían empezado así, el alfa de Canadá era sin duda uno de los más cercanos casos. Su compañera, Bryony, no había tenido la menor idea de dónde se estaba metiendo cuando él la reclamó. Si bien había oído rumores sobre los problemas a los que se había tenido que enfrentar el lobo, en la reunión anual de los clanes que se había celebrado en Manhattan, la pareja había aparecido unida y con obvia felicidad.

Deslizó una vez más la mirada sobre ella y se encontró de nuevo con sus ojos. Sus labios estaban apretados en una fina línea y su mirada decía lo que ellos no se atrevían, hablaban con tanta sinceridad que se encontró sintiendo una poderosa puñalada en el pecho.

—Creo... creo que es mejor que te vayas —la escuchó musitar. La vergüenza estaba presente en sus mejillas, podía olerla en su piel, sentirla en la forma en la que intentaba replegarse—. Y cuanto antes lo hagas, mejor.

Sacudió la cabeza con fuerza y dejó que su lobo hablase por él. Su voz bajó dos octavos y surgió dura, animal. Aferró sus caderas con las manos y tiró de ella hacia él, arrancándole un jadeo al arrastrarla por el colchón, se

inclinó sobre su cuerpo y se encontró cara a cara con sus ojos. Le arrancó las gafas y las tiró sin importarle dónde caían y dejó que su aliento le acariciase los labios.

—Eres mía, Cleo —declaró con voz profunda y animal—. Desde ese inesperado encuentro, has sido mía.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, resbaló sobre su cuerpo y le separó las piernas, descendiendo con su boca sobre el húmedo y sonrojado sexo.

—Ay, dios.

El femenino quejido lo hizo sonreír, sintió cómo su sexo se contraía tras la primera pasada de su lengua por la carne húmeda. Su sabor era indescriptible, podía sentir a su lobo detrás de su propia piel, partícipe de cada uno de sus movimientos, saboreándola a través de su lengua y de su piel. Estaba mojada, tan excitada y caliente que el placer que experimentó al poseerla lo endureció aún más, su sexo pulsaba dentro del confinamiento de los pantalones deseoso de ocupar el mismo lugar que ahora reverenciaba su lengua.

—Exquisita —ronroneó disfrutando de cada lametón—. Un bocadito de lo más delicioso.

Ella se contoneó debajo de él, podía escuchar sus gemidos y pequeños grititos cada vez que tocaba alguna zona especialmente sensible. Pronto descubrió que la cara interna de los muslos era un lugar especialmente sensible, cuanto más cerca de su sexo era la caricia, más se estremecía.

—Ay dios, Jeremy.

La sorpresa de escucharla pronunciar su nombre lo hizo detenerse durante un breve segundo, entonces sonrió para sí y lamió su sexo una vez más al tiempo que utilizaba el pulgar para jugar con la creciente perla oculta de su clítoris.

—Me gusta escuchar mi nombre en tus labios —aseguró y oprimió el pequeño botón al tiempo que le decía—. Dilo otra vez.

—¡Oh dios mío!

Se rio por lo bajo.

—Con Jeremy es suficiente, lobita.

Lamió su sexo un par de veces más y notó cómo los caninos naturales de su bestia se alargaban por sí solos. Quería morderla, quería marcarla en un lugar dónde solo él sabría que poseía una marca. Siguió atormentándola con los dedos, jugó con su hinchado clítoris y la penetró con un dedo al mismo tiempo que resbalaba la lengua por la cara interna del muslo hasta sentirla temblar.

—Mía —murmuró para sí y dejó que su lobo tomase el mando por completo. Sus caninos se hundieron en la dulce carne, traspasaron la suave y delicada piel y probó la sangre que trajo consigo la pequeña herida.

Notó como su cuerpo se ponía repentinamente rígido, escuchó el bajo quejido que emergió de los labios entreabiertos y se concentró en aumentar el placer que se llevaría consigo cualquier pequeña incomodidad provocada por su reclamo.

Le lamió la herida una y otra vez, la piel estaba enrojecida y la sangre todavía le mancha el muslo pero terminaría curando dejándole únicamente una pequeña cicatriz.

El mayor cambio sin embargo sucedió dentro de él mismo, su lobo empezó a replegarse, satisfecho y tan contento como si le hubiesen estado acariciando el pelo todo el día, el aroma de su compañera se asentó por completo en su alma y el vínculo que había empezado a aparecer con su primer encuentro se consolidó uniéndolos hasta que uno de los dos abandonase este mundo.

«*Mía. Mi compañera*».

Lamió una vez más la zona lastimada y ascendió sobre su cuerpo para capturar de nuevo su boca y devorarla con un tipo completamente distinto de hambre. Todavía la deseaba, su pene estaba erecto y dispuesto para poseerla, pero quería más de ella, quería su total rendición a él.

—Déjame poseerte —le susurró a puertas de los labios—. Quiero estar dentro de ti, quiero follarte y hacerte mía. Quiero tomarte de varias maneras distintas, quiero que grites para mí, que te corras solo para mí... dámelo, Cleo, dame lo que quiero.

Los cristalinos ojos reflejaban el deseo presente en los suyos, en su cuerpo y la necesidad de satisfacción.

—¿Me... me has mordido? —escuchó su voz en apenas un hilillo.

No se molestó en negarlo.

—Te dije que quería morderte —le acarició el cuello con la nariz y aspiró profundamente su aroma—. Y siempre obtengo lo que deseo.

—Me has mordido —insistió.

Le besó el cuello.

—¿Quieres morderme tú a mí? —se burló al tiempo que sembraba pequeños besos por su cuello—. ¿Sabes que es lo que quiero yo? Quiero hundirme dentro de ti, quiero comprobar si eres tan suave alrededor de mi polla como lo has sido de mi lengua y mis dedos. Quiero que seas mía, quiero disfrutar de ti. ¿Vas a dejar que lo haga, lobita?

—Déjame así y te juro que seré yo la que te viole.

Se echó a reír con ganas ante la sincera e inesperada respuesta.

—No hay necesidad de llegar tan lejos —aseguró risueño al tiempo que abandonaba la cama unos segundos y se quitaba el pantalón y la ropa interior—. Um... me parece que nos hemos olvidado de un detalle importante. ¿Preservativos? Si me dices que no tienes, te ato y voy corriendo a mi piso a por ellos... a menos que no quieras utilizarlos...

Se giró hacia la mesilla de noche y abrió el cajón, rebuscó y sacó un paquetito todavía precintado.

—No hagas preguntas...

Enarcó una ceja ante la rotunda petición.

—No las haré —prometió al tiempo que le quitaba la caja y se hacía cargo del contenido—, al menos de momento.

No tardó en volver a deslizar las manos por debajo de sus muslos y atraerla hacia él, posicionándose justo en la húmeda entrada, listo para tomarla y hacerla suya por completo.

Cleo no podía respirar, su mente se había diluido por completo al igual que lo habían hecho cualquiera de los pensamientos medianamente racionales que podía haber tenido desde el momento en que ese hombre entró por la ventana hasta que empezó a besarla.

Sus besos, su boca, su forma de actuar, eran absolutamente arrebatadores. No podía recordar un solo momento en toda su vida que hubiese perdido la cabeza de tal manera, ni siquiera con su ex se había entregado de esa manera... ¡y él era un maldito desconocido!

Y eso la estaba poniendo incluso más caliente, pensó con profunda ironía.

Estaba haciendo realidad una de sus fantasías; echar un polvazo con un completo desconocido sin preocuparse en nada más que en pasarlo bien.

¿Dónde diablos había quedado la Cleopatra seria, objetiva y profesional?

Jeremy Macoy la había borrado de un plumazo, pensó con absoluta ironía. Ese hombre había cogido el toro por los cuernos —o lo que era lo mismo, a ella— y estaba haciendo con ella lo que le daba la santa real gana.

Se había colado en su casa por la ventana del dormitorio, le había echado en cara que no hubiese querido hablar con ella o aceptar sus disculpas y finalmente, le dijo sin tapujos lo que pensaba de ella, de su cuerpo y lo mucho que deseaba follársela.

¿Había caído por el agujero de la madriguera de Alicia en el País de las Maravillas y nadie se lo había dicho?

El caso es que no había podido resistirse ni aunque lo hubiese intentado, ese hombre era como una apisonadora, la había derribado y la utilizaba como si tuviese todo el derecho del mundo a hacerlo. Un derecho que ella se encontró anhelando, deseando entregárselo y que continuase con esa dulce tortura.

La punta de su pene presionando contra la entrada de su sexo la devolvió a la realidad y al hombre que se cernía sobre ella como una montaña haciéndola sentirse pequeña y femenina.

—Mía —le escuchó murmurar al tiempo que empujaba y se abría paso en su interior.

Cerró los ojos y echó la cabeza atrás mientras alzaba las caderas para salirle al paso, su miembro se abría paso sin piedad en su interior obligándola a hacerle sitio, a acomodarse a su alrededor estirándola de una manera deliciosa.

—Eres jodidamente perfecta, dulzura —le escuchó murmurar entre dientes, su rostro era la viva imagen de la concentración—. Oh, sí, perfecta.

Gimió al sentirlo completamente dentro, las manos masculinas se aferraban todavía a sus caderas y la mecía buscando la posición adecuada.

—¿Tu rodilla? ¿Te duele?

La inesperada pregunta la dejó sin respiración. ¿Cómo era posible...?

—Te vi cojear —respondió a la pregunta que no había formulado más que en su mente—. No quiero lastimarte...

Se lamió los labios y entrecerró los ojos en un intento por verle mejor. Sin gafas, su visión era bastante deficiente.

—Mientras no me obligues a doblarla del todo... —musitó sintiéndose extraña en aquella íntima posición y hablando de algo como eso.

Sus labios rozaron entonces los suyos, notó su lengua penetrarla al mismo tiempo que rotaba las caderas y no pudo contener un gemido.

—Haré todo lo posible —le contestó finalmente. Fiel a su palabra, dejó su rodilla lastimada y le alzó el otro muslo, enroscándolo alrededor de su cadera—. Y espero que tú hagas lo mismo.

Se retiró casi por completo y volvió a penetrarla, no era suave, pero tampoco deseaba que lo fuese, había algo salvaje en ese hombre, algo muy profundo y que hacía que cada una de sus decisiones o elecciones fuese rotunda. Jadeó al sentirse de nuevo empalada, cada movimiento de sus caderas enviaba pequeñas descargas eléctricas a través de su cuerpo y hacían que el simple roce de las sábanas fuese demasiado intenso. Sus pezones se habían endurecido tanto que le dolían, podía sentir la necesidad de atención, deseaba que se los acariciase o incluso hacerlo ella misma, cualquier cosa con tal de encontrar un poco de alivio.

—Tócate tú misma —escuchó la ronca voz masculina—. Quiero ver como retuerces esas deliciosas bayas entre los dedos. Déjame verlo, Cleo, quiero ver cómo te tocas los pezones, como los retuerces, quiero ver como se ponen rojos por las caricias.

Gimió ante sus palabras.

—¿Me lees el pensamiento?

Su respuesta fue retirarse y volver a penetrarla con fuerza, clavándola en el colchón.

—Es posible, lobita, es posible —ronroneó al tiempo que le aferraba las caderas y resbalaba las manos hasta apretarle las nalgas abriéndola

todavía más para él—. Ahora, Cleo, tus dedos sobre los pezones. Quiero ver cómo te das placer.

Se lamió los labios y se llevó las manos a los pechos. Todo su cuerpo se sacudió en el instante en que se tocó los pezones, estaba tan caliente que el simple roce la volvía loca. Se dejó llevar, el frenesí era tal que no se cohibió y disfrutó retorciéndose los pezones, apretándolos entre sus dedos para luego masajearse los pechos y alzarlos. Repitió la operación varias veces y con cada nueva acción sintió cómo se elevaba más y más por aquel tortuoso sendero del placer.

—Preciosa —lo oyó jadear—. Tócatelos un poco más, levántalos, así... me muero por chupártelos, por rodearlos con mi lengua.

Gimió, su voz hacía todo incluso más caliente, su cuerpo estaba ya en llamas y se encontró en un punto sin retorno.

—Jeremy —jadeó acariciándose los pezones, sintiendo cómo su sexo se contraía alrededor del miembro que la penetraba—. Más, por favor, más...

Él no se hizo de rogar, la penetró con más fuerza, con más rapidez y descendió sobre sus pechos apoderándose del pezón y succionándolo en el interior de su boca como si quisiera bebérsela. Lamió y mordisqueó, se bebió su pecho con tanta sed que antes de que pudiese darse cuenta se encontró gritando a pleno pulmón su nombre mientras la recorría el orgasmo más explosivo que había tenido en toda su vida.

—Um... sí... —escuchó la voz masculina unos instantes después. Lo sintió deslizarse de su interior y dejarse caer de espaldas a su lado en el colchón—. Malditamente perfecto.

Se giró hacia ella y le pareció verle guiñarle el ojo antes de hacerse cargo del condón.

—Ha sido perfecto —repitió dejándose caer cuan largo era en la cama, se giró de lado y la atrajo hacia él, echándosela encima casi como si fuese una

manta—. Um... sí, deliciosa. Me encanta cómo hueles.

Se quedó inmóvil esperando a que su propia respiración se acompasase y pudiese hacer algo más que resollar. Podía sentir todavía el latido de su propio corazón retumbando en los oídos, así como escuchar el de él adquiriendo un ritmo más tranquilo después de los excesos.

—¿Por qué yo?

La pregunta escapó de sus labios antes incluso de que pudiese ponerle freno.

—Porque no he podido pensar en nadie más desde que noté este dulce y blandito culo acunando mi polla —ronroneó él con voz somnolienta—. Tengo que advertirte que a los lobos nos gustan mucho los culos. Y el tuyo es de primera.

Frunció el ceño y se giró hacia él.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

Pero él no iba a responderle, no ahora al menos, ya que un segundo después de girarse, estaba roncando.

Parpadeó, miró a su alrededor y luego al hombre que, con el brazo todavía alrededor de su cintura, roncaba a pierna suelta sobre su cama.

—¿Jeremy? —lo sacudió. El pronunciar su nombre todavía le sonaba extraño, pero no tanto como encontrarse desnuda, oliendo a él y a sexo sobre su cama—. No me jodas. No puedes estar hablando en serio.

Se las ingenió para librarse del abrazo de oso con el que la retenía a su lado e intentó moverlo, pero ese hombre era sólido como una roca.

—Esto es absurdo —suspiró y se dejó caer en su lado de la cama sin dejar de mirarlo—. Este chalado me ha tomado por una ladrona, me ha tirado al suelo, me vio el culo, las tetas, ¿y ahora se queda noqueado en mi cama después de echar un polvo?

Se echó a reír, no pudo hacer otra cosa que reír como una histérica ante

lo surrealista de la situación.

—Dios, qué manera de terminar un jodido día.

Entrecerró los ojos sobre el cuerpo inconsciente y se permitió recorrerle una vez más con la mirada hasta detenerse en los pies descalzos que asomaban por el borde de la cama.

—Nadie dijo que en la guerra no se hacían prisioneros, ¿no?

CAPÍTULO 6

Con las manos apoyadas en las caderas y vestida de nuevo con el pijama que había terminado perdiendo la noche anterior, se quedó mirando al ocupa que dormía plácidamente en su cama. El hombre dormía como una marmota, gracias a dios no roncaba, pero pesaba una tonelada, tanto que había sido incapaz de moverlo. De hecho, había dejado de intentarlo tras el tercer intento cuando terminó cayendo de bruces en la cama para ser utilizada a continuación a modo de almohada. Ese capullo había utilizado sus tetas de cojín durante gran parte de la noche impidiéndole escapar.

Entrecerró los ojos y bajó esa amplia espalda hasta las perfectas y firmes nalgas desnudas, en la base de la columna tenía un sencillo tatuaje floral, un diseño un tanto peculiar en un hombre de su envergadura y carácter, pero con todo le quedaba bien. Siguió descendiendo hasta encontrarse con los enormes pies que sobresalían de la cama y sonrió al ver su obra de arte ya seca.

—Oh la venganza, dulce venganza.

Se lo merecía por quedarse dormido como un tronco en su cama y usar sus tetas de cojín.

—Serás capullo.

¿Cómo había terminado metida en todo esto? ¿En qué momento exacto había perdido las dos neuronas funcionales que siempre la avisaban de no

cometer tonterías?

Por regla general era una persona juiciosa, tenía tendencia a meditar cada decisión hasta que le salía humo del cerebro y con él, ese juicio se había ido a la basura y sin previo aviso.

Pues te has ido a la cama con él y lo has pasado como nunca.

Y esa era otra razón más para preocuparse, pensó con un quejido interior. Sus relaciones con los hombres se habían limitado a dos amantes, el imbécil con el que se emborrachó durante la fiesta de graduación del instituto para acabar perdiendo la virginidad en la parte trasera del coche y su ex prometido, Devon. El primero ni siquiera lo recordaba y el segundo había sido un error colosal por ambas partes. Desde que había terminado la relación con su ex no había sentido realmente interés en ningún hombre, se había concentrado en su trabajo y le había ido maravillosamente hasta anoche.

Y qué noche, guapa. Tienes unas deliciosas agujetas que lo demuestran.

Sacudió la cabeza con energía y volvió a mirar al causante de sus problemas durmiendo como un bebé.

—Maldita sea tu estampa, Jeremy Macoy —masculló y no pudo evitar apretar los muslos cuando empezó a notar cómo volvía a humedecerse.

Ese hombre era como un afrodisíaco embotellado en lo que a ella se refería, no tenía que hacer otra cosa que tenderse allí, boca abajo, totalmente desnudo, para que se le hiciese la boca agua y su cerebro barajase la posibilidad de unirse de nuevo a él.

—De eso nada —se regañó a sí misma al tiempo que se obligaba a darle la espalda y abandonar la habitación.

El rítmico sonido de la melodía del teléfono procedente del salón atrajo de inmediato su atención. Echó un vistazo al reloj y frunció el ceño. ¿Qué querría a estas horas de la mañana? Ni siquiera eran las siete, el sol acababa

de hacer acto de aparición y ella no era una de las personas más madrugadoras que conocía.

Correteó hasta el salón, cogió el teléfono de la base y se dejó caer en el sofá al tiempo que respondía.

—Hola, mamá —saludó—. ¿Ha pasado algo? ¿Papá está bien?

La voz cantarina y juvenil de su madre sonó inmediatamente de fondo.

—Cleo, tesoro —la saludó con ese conocido tono de preocupación materno que encendía todas y cada una de sus alarmas—. Acabo de enterarme. Patricia me llamó para contármelo. ¡Ese cabrón! ¿Cómo estás, nenita?

Nefertiti DeGucci en modo preocupación era como la versión femenina de *Terminator*. Pasaba por encima de quién hiciese falta y a toda velocidad sin perder la clase o el peinado. Todo lo que no era ella, lo era su madre. A sus casi cincuenta y siete años, poseía una lozanía y juventud que asombraba, cuando estaban juntas tendían a confundirla con su hermana mayor, cosa que la divertía e irritaba al mismo tiempo.

—Estoy bien, mamá —aseguró al tiempo que echaba un fugaz vistazo por encima del sofá a la puerta abierta del salón sabiendo que al otro lado estaba su dormitorio y el hombre que lo ocupaba—. Mucho mejor de lo que me esperaba a juzgar por... los recientes acontecimientos —murmuró, una reflexión más para sí que para ella. Entonces añadió—. Se le ocurrió la brillante idea de enviarme una invitación a su boda con la tetuda.

Y si bien la invitación había sido como recibir un puñetazo en las tripas, ahora no le parecía tan importante, era como si después de retozar en la cama con el poli todo hubiese perdido importancia.

Claro, ahora lo importante es qué vas a hacer con el bombón que sigue durmiendo a pierna suelta en tu cama.

—Debería de hacerle también la manicura.

—¿Cómo?

Sacudió la cabeza e hizo un mohín al darse cuenta de que había dicho aquello en voz alta.

—Nada, pensaba en voz alta —declaró desestimando el comentario—. El caso es que ahora mismo se me han pasado hasta las ganas de hacerle comer la maldita invitación. Supongo que después de lo que hizo ya nada me sorprende viniendo de él.

Escuchó un ligero murmullo al otro lado de la línea, una voz masculina que conocía a la perfección.

—¿Está papá contigo?

—Ay querida, estás en la fase de negación —replicó su madre ignorando su pregunta—. Pero es normal y comprensible. Ese hombre se portó como un perro pulgoso y callejero. Esa furcia necesitará toneladas de champú anti pulgas para dejarle en condiciones utilizables.

No pudo evitar sonreír, su madre conseguía que lo hiciese con asombrosa facilidad.

—Um... que lo dejen en la mesa del quirófano de la clínica y se lo castro gratis.

Su interlocutora rompió a reír a carcajadas.

—Ah, me alegra oírte así de animada —comentó con un suspiro—, me quitas un peso de encima.

De nuevo el murmullo de la voz de su padre llegó a ella a través del teléfono.

—¿Qué le estás haciendo a papá? —preguntó curiosa. Sus padres eran como dos adolescentes, daba igual que llevarsen media vida juntos, seguían queriéndose como la primera vez.

—Dile que... a estas horas... deberíamos estar...

Frunció el ceño al escuchar la voz de su padre, solo llevaba a captar pedazos de la conversación con su madre.

—Espera un momento, estoy intentando cerciorarme de que Cleopatra está bien... —escuchó responder a su madre.

Sacudió la cabeza, aquello era algo cotidiano entre los dos.

—Mami, te lo juro. Estoy bien, de verdad —volvió a mirar por encima del sofá—. Tan bien como puedo estarlo para empezar a cometer toda clase de estupideces.

—¿Qué clase de estupidez? —Su madre volvió a la carga—. No habrás vuelto a teñirte el pelo de ese horrible color rosa, ¿no?

Hizo una mueca.

—Era borgoña y no, sigo tan castaña como cuando nací —aseguró con un mohín. El teñirse de pelirroja había sido un intento fallido que prefirió no volver a repetir—. No te preocupes, sigo siendo tan... yo... como siempre.

Sí, el chicarrón que tienes desnudo en la cama es prueba fehaciente de ello.

—Pero dime, qué fue lo que te dijo exactamente Patricia.

Patricia Connors era la mejor amiga de su madre desde el instituto y también la madre de su ex, así que podía imaginarse como la ruptura de la relación de los hijos de ambas amigas les afectaba a ambas.

—Patty está muy preocupada, cariño —aseguró su madre con total afectación—. Está disgustadísima por todo lo que ha pasado. Me ha jurado y perjurado que no sabía nada de esa otra mujer, no tenía la menor idea de las andanzas de su hijo, estaba tan ilusionada con vuestra boda... y ahora esto. Disgustadísima, Cleo, disgustadísima que está la pobre.

—Pues ha tenido seis meses para que se le pase y ahora tiene una nueva boda a la que asistir, si es que al capullo de su hijo no se le da por dejar la tetuda plantada y buscarse otra churri que cubra sus peculiares necesidades —le soltó—. Aunque claro, a lo mejor la tetuda es tan liberal como él y está en el mercado de los intercambios y esas cosas.

—¿Intercambios? —Aquella era la voz de su padre—. ¿Ese capullo es un *swinger*? Fantástico. Cleo, ve preparando el quirófano de la clínica para una castración, yo mismo te llevo al paciente.

Abrió la boca y miró el teléfono con gesto anonadado. No sabía que le sorprendía más, que su padre conociese el significado de la palabra «*swinger*» o que quisiese castrar a Devon.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Gracias, papi —le dijo al auricular—. La intención es lo que cuenta, te lo agradezco.

—Agradécemelo abriéndonos la puerta e invitándonos a un café, amor —le dijo el hombre—. Tu madre ya trae los bollos para el desayuno.

—¿La puerta?

Como si su mente necesitase una respuesta más explícita, el timbre empezó a sonar al otro lado del salón reverberando en todo el piso.

Se levantó de golpe con el teléfono pegado a la oreja.

—Papá, dime que no eres tú el que está llamando a mi piso de Nebraska.

—No lo soy, es tu madre —replicó y el timbre volvió a sonar—. Vamos, Cleo, no nos dejes esperando en la entrada.

Palideció. Sus padres estaban allí, en Nebraska, al otro lado de la jodida puerta de su piso. Apagó el teléfono y dejó que resbalase de su mano mientras abría los ojos de par en par y gemía de agonía.

—Oh, mierda.

CAPÍTULO 7

Jeremy se despertó de golpe cuando el agudo sonido del timbre le atravesó la cabeza como una bala de cañón. Abrió los ojos de golpe y se quedó mirando el techo mientras el irritante sonido volvía a golpear con fuerza sus sensibles tímpanos.

—Joder... ¡parad ya con el maldito timbre!

Aferró la almohada y enterró el rostro en ella solo para quedar totalmente inmóvil cuando su nariz captó un delicioso y femenino olor que conocía en lo más recóndito de su alma; chocolate. Aspiró lentamente y sintió que empezaba a salivar ante las imágenes que este traía consigo.

—Cleo —murmuró su nombre y frotó la barbilla contra la suave tela como si se tratase de ella.

El insistente timbre lo hizo gruñir, levantó la cabeza y volvió a fruncir el ceño ante la femenina decoración de una habitación que estaba más que claro no era la suya.

—¿Qué diablos?

Se sentó de golpe y barrió con la mirada el dormitorio, su pantalón de chándal y ropa interior yacían en el suelo a unos pasos de la cama. Alzó la nariz y oteó el aire captando de inmediato el aroma a sexo y a...

—Cleo —repitió su nombre al tiempo que todo lo ocurrido la noche anterior penetraba en su mente—. Mierda. La reclamé. Reclamé a mi compañera.

No tardó ni dos segundos en deslizarse fuera de la cama, giró sobre sus talones y recorrió una vez más el lugar con la mirada en busca de aquella que

debería haber estado a su lado en el lecho y no sabe dios dónde.

Estaba nervioso, intranquilo, histérico... y cabreado. Cabreado porque ellos estaban justo allí ahora.

¿Ellos? Sacudió la cabeza una vez más y deslizó la mirada hacia la puerta entreabierta del dormitorio. No eran sus emociones, lo que estaba sintiendo no tenía que ver con él, sino con la mujer a la que había reclamado; eran las emociones de su loba.

Se obligó a respirar profundamente y centrarse. Sus sentidos se habían agudizado, algo que tenía que ver con el emparejamiento —o eso había oído— y le llevaría un tiempo acostumbrarse a ello y mantener las cosas bajo control.

Muchas cosas iban a cambiar a partir de ahora y la primera de ellas tenía que ver con la mujercita que estaba a punto de sufrir un colapso nervioso en algún lugar del pequeño piso contiguo al suyo.

Recogió el pantalón del suelo y se quedó con la prenda en la mano sin poder mover un músculo cuando vio lo que tenía que ser una alucinación.

—Pero qué coño...

Movió los dedos de los pies, pestañeó, se frotó los ojos y volvió a mirar hacia abajo pero aquel espanto no se desvanecía.

—La madre que la parió —gruñó desde lo más profundo de la garganta—. ¡Tengo la bandera gay en los pies!

Cada una de las uñas de sus dedos estaban ahora pintadas de un color imitando el arcoíris. Entrecerró los ojos, agudizó el oído y volvió a gruñir al tiempo que probaba otra de las ventajas de estar emparejado; hablar directamente a su pareja sin necesidad de estar pegado a su oído.

«*Cleopatra, acabas de ganarte unos buenos y contundentes azotes*».

Cleo dio un salto y ahogó un grito al escuchar la voz de Jeremy, el

sonido del timbre había sido ahora sustituido por los golpes de los nudillos en la puerta y el murmullo de sus padres al otro lado.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —repitió sin descanso en voz baja mientras se giraba dispuesta a rogarle que se largase por la ventana—. Mira, Macoy, tienes que irte, yo...

Se quedó a media frase, el espacio tras ella estaba totalmente vacío, no había rastro del hombre.

—¿Macoy? ¿Jeremy? —pronunció su nombre en voz baja, esperando que él apareciese por la puerta que comunicaba el recibidor con la cocina y la habitación.

No hubo respuesta, se acercó al umbral y contempló con estupor que estaba sola.

—Mierda, he debido de imaginármelo.

Estaba tan estresada por la inesperada visita de sus progenitores que ya escuchaba voces.

Es tu conciencia. No quieres que sepan que tienes un tío desnudo en la cama. Uno que no es el capullo al que papá quiere castrar.

Una nueva andanada de golpes la llevó a resoplar. Cerró la puerta que llevaba al salón y al dormitorio y esperó que sus recién llegados visitantes no tuviesen inconveniente en pasar directamente hasta la cocina.

Respiró profundamente, comprobó que el pijama estaba en su sitio, se subió la cremallera de la chaqueta y pegó una sonrisa de bienvenida en el rostro al tiempo que abría la puerta.

—Papá, mamá, ¿qué narices hacéis aquí?

El matrimonio la saludó entre abrazos, besos y murmullos antes de pasar delante de ella hasta el recibidor. Como siempre, ambos iban impolutamente vestidos, casi como si hubiesen salido de un desfile de modas.

—Tu madre se empeñó en coger el primer avión tan pronto supo por

Patricia que ese bueno para nada se casaba con otra —explicó su padre desabrochándose la chaqueta del traje para estar más cómodo—. Así que adelanté la semana que tenía pensado coger de vacaciones para matar dos pájaros de un tiro; traer a tu madre para que viese con sus propios ojos que sigues viva y llevármela después para que no te vuelva loca.

Gracias a dios por los pequeños favores, pensó con ironía. Sin duda, había salido a su padre en algo más que el color de ojos.

—No me echas a mí toda la culpa —reclamó la mujer—. Tú también estabas preocupado por ella, Nerón.

Su padre hizo lo de siempre, le besó la mano y asintió.

—Lo que tú digas, Nefér, lo que tú digas —declaró al tiempo que le dejaba en las manos una caja de una conocida confitería de la zona—. ¿Café?

Señaló la cocina con un gesto de la cabeza.

—En la cocina —murmuró y echó un nervioso vistazo en dirección a la puerta cerrada para finalmente volver a ellos—. ¿Os dais cuenta que habéis atravesado el país de punta a punta solo para ver si sigo de una pieza?

Su padre se limitó a encogerse de hombros y entrar en la cocina.

—Eso díselo a tu madre, yo me he limitado a no dejar que cometiese una estupidez mayor que esta.

—No le hagas ni caso —contestó ahora ella. Se quitó el abrigo, lo colgó del brazo y la atrajo para achucharla y susurrarle al oído—. Él estaba tan preocupado por ti como yo en cuanto supimos lo ocurrido.

Suspiró. Aquello no podía estar pasándole y sin embargo, allí los tenía a los dos, uno al lado del otro.

—¿Os dais cuenta que ya no soy una niña y que puedo cuidar de mí misma? Llevo haciéndolo muy bien los últimos seis meses —le soltó con irritación separándose de los brazos maternos—. ¡Esta visita es innecesaria!

—Lo sé, lo sé, estás tocando la segunda fase... —le palmeó la mano—.

Es natural que sientas rabia, que estés enfadada, pero lo superarás.

Gimió ante las palabras de su madre.

—¿Segunda fase? ¿De qué demonios estás hablando? —sacudió la cabeza.

Como siempre, Nefertiti DeGucci no tenía prisa en explicarse. Dejó el abrigo pulcramente doblado en una silla y siguió a su marido hacia la cocina.

—Las fases de una ruptura sentimental, por supuesto —aseguró sin dejar de caminar—. Pero ahora que estoy aquí, podremos hablar de ello y...

Parpadeó sin poder hacer otra cosa. La verdad, empezaba a tener unas ganas locas de ponerse a gritar.

«Hazlo. Eso sirve para liberar el estrés».

Jadeó y se llevó una mano al corazón al escuchar de nuevo la voz de su compañero de cama. Cerró los ojos y gimió interiormente, ¿es que había algo que pudiese ir peor esa mañana?

—Maldita sea tu estampa, Macoy —masculló en voz baja al tiempo que se giraba dispuesta a poner fin a aquella pesadilla, pero una vez más se quedó mirando el espacio vacío—. ¿Pero qué demonios...? ¿Dónde...?

—Cleo, ¿estás bien?

Se giró a su madre y señaló el vacío recibidor.

—Mamá, escucha, sé lo que puede parecer, pero no lo es en absoluto —aseguró, buscando atajar el problema antes de que empezasen a sacarse conclusiones precipitadas—. Me conoces, sabes que no hago esta clase de estupideces...

Nefertiti parpadeó y la miró sin comprender.

—Cariño, es normal sentir lo que sientes, especialmente cuando has pasado tanto tiempo viviendo con una persona —le aseguró con gesto consolador—. Tú y Devon habéis sido amigos antes de prometeros, es normal que le echas de menos y que quieras incluso volver...

—¿Volver? ¿Con Devon? ¡No!

—¿Quién es Devon? —La voz masculina sonó ahora a su espalda y con un matiz mucho más duro—. ¿Y por qué diablos acabo de despertarme con un arcoíris presidiendo las uñas de mis pies?

Ambas se giraron al mismo tiempo para ver al sexy y recién levantado policía llenando el umbral de la puerta.

—Mierda.

—Um... por otra parte, ya han pasado seis meses, así que puede que olvidarte de él sea justamente lo que necesitas —declaró su madre recorriendo sin pudor al hombre que acaba de hacer acto de aparición, para finalmente hacer gala de sus exquisitos modales y adelantarse para tenderle la mano—. Hola, soy Nefertiti DeGucci, la madre de Cleo, ¿y tú eres...?

—Mi vecino.

—Su pareja.

—No eres mi pareja.

—Ahora sí, lobita.

Lo fulminó con la mirada y se giró hacia su madre, quién seguía aquel intercambio con absoluto interés.

—Mamá, él es el señor Macoy —declaró con toda la estoicidad que podía—, mi vecino de al lado.

—¿Señor Macoy? —repitió su madre.

—Jeremy —replicó el aludido estrechando la mano extendida de la mujer—. Un placer conocerla, señora DeGucci.

—Llámame Nefer, querido —sonrió con amabilidad, entonces la miró a ella y pudo ver en sus ojos una inusitada alegría—. Buena elección, cariño, pero ni siquiera yo llamo a tu padre señor DeGucci después de... ya sabes... jugar entre las sábanas.

Gimió. Había cosas que no necesitaba oír y esa era una de ellas.

—Nerón, cariño, he cambiado de idea —anunció la mujer con voz jovial—. ¿Desayunamos en ese coqueto restaurante que vimos al pasar?

Su padre, siempre discreto, permanecía en el umbral de la cocina mirando al recién llegado entre curioso y paternal. Sus ojos se deslizaron entonces sobre ella y enarcó una ceja.

—No es lo que piensas... lo que ninguno de los dos pensáis.

—Creo que es un poquito tarde para esgrimir esa excusa, nena — escuchó la voz de Jeremy al oído al tiempo que notaba ese fuerte e inamovible brazo rodeándole la cintura—. Nos han pillado.

No la dejó hablar, se inclinó sobre ella y le besó brevemente los labios, para finalmente tenderle la mano al hombre.

—Jeremy Macoy —se presentó—. Lamento el recibimiento, Cleo no me dijo que vendrían.

—Oh, no te disculpes querido, no lo sabía —se adelantó su madre—. Ha sido una visita de improviso.

Cuando ya pensaba que su padre iba a dejarle con la mano colgada, se la estrechó y sonrió afable.

—Como acaba de apuntar mi esposa, ha sido una visita inesperada —se estrecharon las manos—. Un placer conocerte, llámame Nerón.

—Jeremy —le ofreció así mismo—. ¿Piensan quedarse mucho tiempo en la ciudad? ¿Tienen ya alojamiento? Si gustan, pueden quedarse en mi casa de las afueras...

¿Casa de las afueras? ¿De qué diablos estaba hablando? ¿Estaba intentando comprar a sus padres? ¡Qué diablos estaba pasando aquí!

—Pero qué coño...

—Esa boquita, loba.

—Deja de llamarme loba, mentecato.

Su madre se rio por lo bajo y su padre sonrió también.

—¿Te recuerdan a alguien, querida?

—Oh, ya lo creo que sí —aseguró su madre al tiempo que recogía su abrigo y se cogía del brazo de su marido—. Te agradecemos el gesto, Jeremy. Pero ya tenemos alojamiento, sencillamente hemos adelantado el viaje que ya teníamos previsto. Pero nos encantará aceptar tu oferta en otro momento.

—Por supuesto, considérenla extendida para cuando la necesiten, Nefer.

—Mamá, no le hagas ni caso, nada de esto es lo que parece —rezongó intentando empujarle—. Él fue el poli del que te hablé, el capullo que me confundió con un ladrón...

—De peores maneras se han conocido las parejas a lo largo de la historia, nenita —le aseguró su padre con un guiño.

—¡No somos pareja!

Ambos enarcaron una ceja.

—Eres una adulta y muy capaz de tomar tus propias decisiones, cariño —le aseguró su madre—, solo ten cuidado, ¿de acuerdo? Usa... ya sabes... la gomita.

—¡Mamá!

—Nefer, deja a la muchacha antes de que Jeremy tenga que cargar con todas las culpas —sugirió su padre de buen humor—. Tu madre te llamará en cuanto nos instalemos, nenita. Procura... estar comunicable.

Antes de que ninguno pudiese decir alguna cosa más, la pareja dio media vuelta y abandonó el piso dejándola alucinada, cabreada y al borde de un ataque de nervios.

—Tienes una familia muy agradable.

La puerta se cerró y el sonido de los tacones de su madre empezó a perderse por el pasillo, solo entonces se giró hacia él.

—Tú... tú... tú... —no había palabras que describiesen lo que estaba sintiendo.

—Espero que tengas algo para quitarme esto, Cleopatra —señaló sus pies—, no me van los colores.

Ahhhhhhh. No se midió, se lanzó a su cuello sin pensárselo dos veces y el impulso los envió a los dos al suelo.

—¡Eres mi peor pesadilla! ¡Una verdadera chincheta en el pie! —chilló amenazando con sacarle los ojos—. ¡Cómo has podido! ¡Cabronazo! ¡Eres hombre muerto!

Para aumento de su irritación, no solo le sujetó las manos sino que se echó a reír a carcajada limpia. Entonces la hizo girar de modo que terminó, una vez más, debajo de su cuerpo.

—Ah, buenos días a ti también, compañera —le dijo entre risas—. ¿Has dormido bien?

—¡Eres hombre muerto!

Se limitó a poner los ojos en blanco y chasquear la lengua.

—De acuerdo, pero que sea después del desayuno —declaró al tiempo que la recorría con mirada hambrienta—. No tienes idea de lo que una noche... como la pasada... puede hacer en el apetito de un lobo.

—Voy a castrarte.

Parpadeó visiblemente sorprendido, entonces hizo una mueca.

—Si lo haces te perderás lo mejor de mí —le aseguró todo lleno de razón—. ¿Y cómo íbamos a jugar entonces?

Apretó los dientes y lo fulminó con la mirada.

—¿Tienes alguna jodida idea del lío en el que acabas de meterme, pedazo de imbécil?

La apretó contra el suelo, dominándola con su peso y presencia.

—Tranquila, Cleo —le susurró—. Todo tiene solución menos la muerte.

No, aquello no tenía solución. ¿Después del numerito que había montado? No, en absoluto.

—Esta me la vas a pagar, Jeremy Macoy.

Él sonrió con esa satisfacción masculina que la ponía a cien.

—Estoy deseándolo, Cleo —le aseguró—, no puedo esperar a ver qué es lo siguiente que tienes para mí.

Entonces se levantó y tiró de ella para ponerla en pie.

—Pero tendrá que esperar hasta esta tarde —aseguró, sorprendiéndola una vez más—. Me encantaría quedarme y seguir charlando, pero tengo un asunto importante que atender.

Le besó la punta de la nariz y luego los labios.

—Deliciosa —le dijo con voz ronca—. Te veré de nuevo por la tarde, compañera. Hay algo que tengo que explicarte y será mejor hacerlo ahora, antes de que las cosas se compliquen.

¿Complicarse?

—Nada puede complicarse más de lo que ya está —rezongó con cara de pocos amigos—. Y es todo culpa tuya.

Le cogió la barbilla y se la levantó para robarle un nuevo beso, esta vez penetró sus labios y se hundió en el interior de su boca, arrancándole un involuntario gemido de placer.

—Mantén la mente abierta, Cleo —le dio un último beso en la mejilla —, concédeme eso y todo irá bien, lobita. Te lo prometo.

¡Y una mierda!

CAPÍTULO 8

—Dime que sigues de una pieza y no tirado en alguna cuneta.

Jeremy puso los ojos en blanco al escuchar el tono melodramático de su beta. Intuía que esa inestabilidad en la voz, seguida de contundentes maldiciones se debía más a la resaca del día anterior que a su preocupación por él.

—Estoy caminando por la calle y no tengo ni un solo rasguño, ¿suficiente para ti?

—Joder, Jer, sueñas incluso lúcido, ¿cómo lo haces?

—Privilegios de ser alfa —le soltó sin más—. Eso y no haber bebido tanto como vosotros dos.

—No, bebiste más, toda el agua de las cañerías.

Puso los ojos en blanco y se detuvo ante el paso de peatones a esperar que cambiase el semáforo. Llevaba el móvil en el bolsillo superior de la chaqueta y los auriculares puestos, con lo que no tenía que preocuparse de que se le calentase la oreja. Además, con los sentidos tan agudizados como estaban esa mañana, había tenido que bajar el volumen del receptor al mínimo para no acabar aullando.

—Sí, lo recuerdo nítidamente, será por eso que sigo a flote.

Hubo un instante de silencio a través de la línea antes de escuchar un sonoro juramento.

—Espera, espera, espera... Estás demasiado lúcido, demasiado tranquilo —prorrumpió su compañero—, y ya no sueñas como un lobo psicótico destroza cañerías.

—¿Puedes bajar el tono de voz, Jim? Tengo los oídos demasiado sensibles —pidió arrancándose el auricular de la oreja—. Y no me apetece quedarme sordo.

—Hay que joderse, ¡te has emparejado! —concluyó Jim—. Lo has hecho, te has emparejado con ella.

—Es mi compañera, ¿no es eso lo que solemos hacer cuando nos la encontramos?

Un sonoro resoplido atravesó la línea.

—Sí, cuando son lobas, sí —rumió—. Ellas saben a lo que se enfrentan, conocen nuestra manera de vincularnos y lo que eso conlleva, pero tu compañera es humana...

Gruñó sin poder evitarlo, un sonido de advertencia nacido desde lo más profundo de su garganta.

—¿Que Cleo sea humana supone algún problema para ti, *beta*? —Al hacer hincapié en su rango dejaba patente que no era una pregunta retórica y que de su respuesta podía depender el seguir de una pieza o pasar a formar parte de comida para alimañas.

—Como no puedes verme, te diré que ahora mismo, de estar en forma canina, tendría el morro en el suelo y el rabo entre las piernas, alfa —le soltó con palpable ironía—. Es tu pareja y será tratada y protegida como tal por la manada, eso lo sabes.

Sí, lo sabía. Era la ley que imperaba en su mundo. La compañera de un lobo era sagrada, más aún si era la del alfa. En ella recaía el continuar con la línea de sangre y fortalecer los lazos dentro del clan a través de su unión con él.

—Y no tengo prejuicios contra los humanos —añadió de inmediato—. Apuesto a que todavía no le has dicho quién y qué eres. Eso es lo que me preocupa, genio. Si tu loba te hace lo mismo que le hizo a Adam la suya... el tener que llamar a un fontanero para que arregle las cañerías sería mi última preocupación.

Suspiró. Bryony, la compañera humana del alfa de Toronto no se lo había puesto nada fácil. La muchacha había abandonado la manada y vivido lejos de su compañero durante casi un año. Era un milagro que Adam no se

hubiese vuelto loco con la separación. Como lobos, una vez emparejados, el vínculo que los unían a sus compañeras se hacía cada vez más fuerte, a través de él permanecían siempre conectados y la lejanía, sobre todo en los primeros momentos tras el reclamo, podían ser realmente jodidos; o eso es lo que había oído.

El pensar en Cleo le hizo la boca agua, su cuerpo se tensó al momento y su sexo se endureció ante la perspectiva de tenerla otra vez. Ahora conocía su aroma, lo llevaba grabado y podría rastrearla hasta el fin del mundo si hacía falta.

—Jer, ¿sigues ahí?

La voz de Jim lo trajo de vuelta y se aferró a ella para centrarse.

—Sigo aquí —confirmó. Miró el reloj e hizo una mueca—. No es como si tuviese que ir a ningún sitio en particular. Peschong me ha dado unos días de vacaciones.

Lo escuchó resoplar.

—Como si te importase lo que dice Peschong.

Ni lo más mínimo. Aceptó. El jefe de policía de la comisaría de Lincoln era un hombre duro pero con los pies sobre la tierra, tenía alma de pacificador aunque a veces pareciese estar poseído por el mismísimo diablo. Sabía que no le quedaba más remedio que trabajar en conjunto con la oficina del Sheriff de Lancaster y el Departamento de policía de la Universidad de Nebraska dentro de la Unidad de Narcóticos, pero eso no quería decir que tuviese que llevarse bien con los agentes asignados de cada casa.

Sabía perfectamente que a él lo toleraba, ni le gustaba ni dejaba de gustarle, se limitaba a tolerarle y esperar que la colaboración terminase para enviarle de vuelta de una patada. No podía culparle, de estar en su misma posición, desearía hacer lo mismo.

—Pero no te llamaba por eso, ¿has escuchado algo de Santana?

Frunció el ceño ante el tono serio de su beta.

—¿Algo como qué? ¿No se marchó ayer contigo?

Un nuevo resoplido inundó la línea.

—Isabel ha intentado localizarte, pero al no poder hacerlo me llamó a mí —explicó de inmediato—. Santana no llegó a casa.

—¿Cómo que no llegó a casa? Salió contigo, Jim.

—Y lo dejé dónde me pidió —se justificó el lobo—. Ya sabes cómo es, quería despejarse antes de entrar por la puerta y ser castrado. Solo tenía que cruzar el maldito puente andando.

Aquello no tenía sentido, su amigo no desaparecería sin más.

—Mierda —masculló—. ¿Isabel no ha sido capaz de rastrearlo?

Como su compañera y loba, su vínculo era lo suficiente fuerte como para que pudiese encontrar a su compañero aún si estuviese al otro lado del planeta.

—Estaba en ello la última vez que... —se detuvo. Se oyó un murmullo al otro lado de la línea—. Espera un segundo, Jer, es Isabel.

Gruñó para sí. Su lobo empezó a pasearse en su interior, podía sentirlo tan nervioso como lo estaba él ahora mismo, había algo que no iba bien. Echó la mirada atrás y se estremeció al pensar en Cleo. ¿Era ella a quién percibía? Miró el reloj y sacudió la cabeza. Hacía más de una hora que la había dejado, posiblemente ya se habría ido al trabajo.

—Mierda —el exabrupto procedente del teléfono devolvió su atención a la conversación interrumpida—. Jeremy. Isabel los ha encontrado. Ha rastreado a Santana hasta una clínica veterinaria a las afueras, pero dice que no está solo, hay al menos un par de lobos más y... y ha captado tu olor.

¿Su olor? Eso no era...

Apretó los dientes y sintió cómo su lobo hacía lo propio al darse cuenta de qué clínica veterinaria podía ser.

—Cleo —pronunció su nombre en un tono de voz que prometía no hacer prisioneros—. Es su clínica. ¿Quiénes son los lobos? ¿De qué clan?

No hubo vacilación a la hora de responder.

—No los ha identificado, no reconoce el olor —reportó—. Pero dice que uno de ellos está herido y en forma lupina, el otro sigue en forma humana y está reteniendo al personal de la clínica.

No escuchó nada más, su lobo aulló, perdió la humanidad que le permitía razonar y se concentró únicamente en encontrar a su compañera. Y pobre del que osara hacerle daño pues no viviría para contarlo.

—¿Jer? ¿Jeremy? ¡Joder! Ben, mueve el culo, el alfa de Nebraska está en plan psicótico y no atenderá a razones —se oyó a través de los auriculares un segundo antes de que se cortase la llamada.

CAPÍTULO 9

Jodido horóscopo, pensó Cleo mientras contemplaba la escena. ¿Es que su semana nunca iba a mejorar? Sobre la mesa de operaciones tenía un enorme ejemplar lupino destrozado y, del otro lado, un jodido chiflado apuntándola con un arma.

No había hecho más que entrar, cambiarse de ropa y empezar a mirar las citas y operaciones que tenía programadas para hoy cuando escuchó un estruendo al otro lado de su oficina. Antes de que pudiese darse cuenta de qué era lo que sucedía, ella y Brenda, su becaria en prácticas, se encontraron en el quirófano con lo que solo podía ser un lobo medio destrozado sobre la mesa quirúrgica y otro desangrándose en una esquina de la habitación.

El hombre la había empujado a base de amenazas mientras cargaba con uno de los animales sobre el hombro y le disparaba al otro cuando este hizo ademán de liberarse de las correas con las que lo venía arrastrando.

—¿A qué estás esperando? ¡Te he dicho que lo operes!

¿Cómo esperaba que operase así? Brenda intentaba no lloriquear mientras presionaba la herida de bala que había alcanzado al otro animal, por la cantidad de sangre que manchaba el pelaje y el uniforme de la chica, el pobre se estaba desangrando.

—Si no le salvas, juro por lo más sagrado que te mato, humana.

Arrugó la nariz con desdén e intentó mantener la calma como llevaba haciéndolo desde que la encañonó con el arma. Por dentro era un manojo de nervios, quería gritar, llorar, patalear y esconderse debajo de la mesa, pero no podía permitir que ese hijo de puta le hiciese daño a Brenda.

—Te sugiero que no me amenaces y que quites esa jodida arma de mi vista —siseó—. Me estás poniendo de los nervios y no soy precisamente buena con un bisturí en las manos si estoy nerviosa.

El cañón del arma se adelantó más al punto de rozarse casi con su frente.

—¡Cállate y hazlo! —la empujó con él haciendo que notase el frío metal—. Puta humana... ¡hazlo ya!

Apretó los dientes y paseó la mirada por el agónico animal, entonces volvió a mirar el ejemplar que se desangraba en el suelo.

—Primero deja que me encargue de él —lo señaló—, tiene más posibilidades de salir adelante que este pobre pequeño. Déjame intentar...

Se tuvo que callar cuando volvió a amenazarla con la pistola, la agarró por el codo obligándola a doblarse sobre el moribundo lobo que permanecía sobre la mesa de acero.

—¡Arréglalo pequeña zorra chupa pollas! —la insultó empujándola hasta el punto de poder oler la suciedad y los desechos sobre el pelaje espeso—. Si él muere, tú mueres con él.

El agarre que tenía sobre ella y el lastimero gemido del can hizo que tuviese que luchar contra las lágrimas. Sabía que no había nada que pudiese hacer por él, nada excepto sacarlo de su miseria.

—¡No puedo! —clamó retorciéndose de su agarre hasta conseguir soltarse—. Le han seccionado la yugular y le han partido la columna, a juzgar por como respira incluso puede que tenga perforado el pulmón. Todo lo que puedo hacer por él es evitar que sufra más.

El hombre se pasó una mano por el pelo y se inclinó entonces sobre la camilla, rastrilló el pelo del lobo con los dedos con tanta delicadeza que era incongruente ante la situación que estaba viviendo. El can pareció hacer un esfuerzo sobrehumano para abrir los ojos y lamerle la mano sin mover ni un

solo músculo.

—No. No me pidas eso. No puedo hacerlo. Saldrás de esta, hermanito, te prometo que saldrás de esta y ese jodido alfa pagará por todo lo que ha hecho —susurró al animal antes de besarlo en la cabeza e incorporarse para volver a apuntar hacia su asistente y el otro animal—. Estás muerto, Santana.

—¡No!

«Un día vas a hacer que te maten, Cleo. Eres capaz de dar tu vida y tus energías por cualquier animalito sin pensar en ti o en las consecuencias».

Las palabras de su padre resurgieron de algún lugar de su mente evocando un momento, siendo tan solo una niña, cuando había trepado a un árbol en un intento por salvar a un malherido gato que había sido vapuleado por un perro.

«Los protegeré a todos, papi. Cuando sea mayor, seré veterinaria y los protegeré a todos».

Con los brazos extendidos y su cuerpo escudando al lobo herido y a su asistente, se enfrentó al desquiciado que apuntaba su arma directamente sobre ella.

—Si vuelves a hacerle daño te juro que sales de aquí sin pelotas —siseó—. ¿Cómo puedes preocuparte tanto por ese pequeño y sin embargo dispararle al otro? ¡Son animales indefensos!

—¡Él es mi hermano! —declaró señalando la mesa de operaciones—. Y ese cabrón lo ha matado, así que merece el mismo trato.

¿Su hermano? Fantástico, ahora tenía que enfrentarse con chiflados. Miró a los dos canes y sintió repulsa ante lo que les habrían obligado a hacer. No eran perros comunes, ni siquiera eran mestizos, estos dos ejemplares eran lobos.

—¿A esto es a lo que te dedicas? ¿A montar peleas clandestinas? ¿De

dónde han salido? Estos animales no deberían estar aquí, no deberían caer en manos de individuos sin escrúpulos como tú y...

Su perorata se vio interrumpida una vez más por el cañón del arma apuntando directamente a su cabeza, la mirada en sus ojos era febril pero conservaba la inteligencia, una dañina, macabra.

—Conozco tu olor... por supuesto, eres su perra —declaró al tiempo que la encañonaba—. Sí. Eric tenía razón, por eso olía al alfa de Nebraska. Eras tú.

¿De qué diablos estaba hablando este loco? ¿Qué ella olía?

—Sí —sonrió abiertamente y se giró hacia la camilla pero sin dejar de apuntarla—. ¿Te das cuenta, Eric? Tenemos aquí a la compañera de Macoy, su recién emparejada compañera. Ese bastardo pagará por lo que hizo su viejo, sabrá lo que es que te arranquen lo que más quieres.

¿Macoy? ¿Estaba hablando de Jeremy? ¿De qué iba todo esto? ¿Qué tenía que ver el policía con este loco? ¿Lo habría apresado en algún momento? ¿Tendría algún rencor guardado hacia él?

—Ellos lo orquestaron, fueron los únicos responsables de lo que pasó —gruñó, un sonido profundo y animal—. ¡Ellos la mataron! La mataron a ella y a nuestra madre.

Volvió a apuntarla y miró al lobo y a su asistente, quién había dejado de hacer presión en la herida y lloraba muerta de miedo en una esquina mientras se cubría la cabeza.

—Por favor, no nos mate, por favor, no nos mate, por favor, no nos mate...

El mantra se repetía una y otra vez de labios de la muchacha mientras el pobre animal gemía e intentaba moverse a pesar de todo. Aquello fue más de lo que pudo soportar.

—Si va a dispararme será mejor que lo haga de una jodida vez porque

tengo mejores cosas que hacer que escuchar estupideces mientras tengo un paciente al que atender —le soltó irritada mientras se dejaba caer de rodillas sobre el lobo y presionaba ella misma el lugar de la herida—. Tranquilo, pequeño, vas a salir de esta, te lo prometo.

—¡Putá zorra humana!

«*Cleo, pégate a ese lobo y no te muevas*».

La orden fue tan contundente y su voz tan tranquila que se encontró haciendo exactamente eso al tiempo que se preguntaba de dónde había venido la orden. La puerta se abrió entonces de golpe, las luces tintinearón y se apagaron quedando solo el foco de la mesa de operaciones. Oyó un disparo seguido de un agónico gruñido canino, giró la cabeza en dirección al sonido y contempló atónita como otro lobo, este totalmente blanco, se abalanzaba contra su agresor directo a por su garganta. El arma se disparó una vez más, la bala impactó contra el techo y saltaron esquirlas, pero aquello no fue nada comparado a la imagen que captaron sus retinas. El hombre que la había irrumpido en la clínica y la había encañonado ya no era un hombre, un segundo estaba allí intentando apartar la rabiosa bola de pelos blanca y al siguiente un lobo marrón oscuro luchaba a mandíbula batiente con el blanco.

—Qué coño...

Un seco chasquido y el lobo marrón cayó inerte al suelo con los ojos en blanco y la lengua colgando de un costado de sus fauces, el hocico del can blanco se giró en su dirección, su boca goteando sangre antes de alzar la cabeza y emitir un sonoro y lastimoso aullido para finalmente trotar hasta el lobo caído.

«*Ayúdale*».

La voz resonó en su mente como el eco de un perdigonazo. Esta vez era femenina, con acento hispano.

Vio cómo el lobo blanco empujaba con el morro el cuerpo inerte antes

de desvanecerse y aparecer en su lugar una mujer menuda de rizado pelo negro y ojos verdes anegados en lágrimas. Ella no dudó en posar sus manos sobre el can, lo sacudió e hizo un sonido nada femenino antes de empezar a gritar.

—¡Maldito seas, Mikel, no se te ocurra dejarme ahora! —Lo sacudió sin piedad, hablándole en español—. Por favor, amor, no me dejes.

Volvió a sacudirlo, hundió las manos en la húmeda piel del lobo y finalmente la miró a ella.

—Por favor. Ayúdale. Por favor, te lo ruego, no puedo perderle, no podemos perderlo —insistió llevándose ahora la mano libre al vientre—. Mikel... no puedes irte, tienes que conocer a tu hijo... por favor...

—¡Cleo!

La voz de Jeremy resonó en la habitación, solo tuvo tiempo de girar la cabeza para verlo aparecer pistola en mano a través de la puerta.

—¡Jeremy! —la mujer se giró hacia él frenética—. Se está muriendo, Mikel se muere. *Diosito*, ayúdanos...

El recién llegado echó un rápido vistazo a su alrededor y gruñó, un sonido poco humano cuando vio el lobo muerto en el suelo y finalmente el que permanecía inmóvil sobre la mesa.

—Es... está muerto —escuchó su propia voz ahora en tono ahogado y se obligó a tragar—. No... no habría podido hacer nada por él, se lo dije.

Sus ojos se encontraron y asintió, entonces bajó la mirada al lobo ante el cual estaba arrodillada y lo señaló.

—¿Puedes hacer algo por él?

—Oh dios mío, oh dios mío...

La letanía de Brenda había cambiado y ahora los miraba a todos con gesto atónito y también algo enloquecido. Estaba al borde de un ataque.

—Cleo, ¿puedes hacerlo?

Intentó reaccionar, intentó moverse pero le temblaban hasta las manos.

Jeremy se acercó a ella y le apretó el hombro haciendo que notase su contacto y reaccionase.

—Cleo, mírame —insistió—. Él te necesita, ¿puedes ayudarlo?

Jadeó, se miró las manos temblorosas y luego bajó la mirada hacia el lobo, el animal tenía los ojos medio abiertos y hacía un esfuerzo por enfocarlos en la mujer que seguía pegado a él.

—No, no, no, no... ¡no! —clamó ella—. No lo haré. Vendrás conmigo, tienes una obligación para conmigo, para con la manada y con tu futuro hijo. ¡No me hagas tener que ir al mismísimo infierno a buscarte Mikel Santana, porque te juro que lo haré!

El animal movió el hocico y le lamió la mano haciendo que la mujer se echase a llorar.

—Es... espero que alguien me despierte pronto de esta pesadilla —consiguió articular al tiempo que se ponía en pie y miraba a su alrededor—, porque ni todas las buenas explicaciones del mundo podrían darle sentido a esto.

Se obligó a respirar profundamente y miró a su asistente, la cual había quedado finalmente noqueada. Se había desmayado. Sacudió la cabeza y miró de nuevo al lobo y luego a su vecino.

—Tenemos que ponerlo sobre la camilla —le indicó, moviéndose ya para retirar el otro cuerpo—. Lo siento, pequeño, lo siento mucho.

Apretó los dientes y trasladó el cuerpo muerto del animal al suelo para volver con su nuevo paciente.

—Ha perdido mucha sangre. Intenté que Brenda taponase la herida, pero entonces ese chiflado... él... —sacudió la cabeza, estaba temblando como una hoja—. No sé si podré...

—Podrás, compañera —declaró Jeremy con firmeza al tiempo que dejaba el cuerpo sobre la camilla—. Si alguien puede conseguirlo, esa eres tú.

Se obligó a creer en sus palabras, cerró los ojos, respiró profundamente y cuando volvió a abrirlos empezó esa peculiar carrera contra reloj en la que siempre participaba al entrar en quirófano. Como siempre, se sumergió en su propio mundo, trabajó rápido y sin descanso, sin permitirse pensar. Tenía que salvarle, tenía que mantenerle con vida, eso era todo en lo que podía pensar.

Hora y media después, con las manos temblorosas y manchadas de sangre, había finalizado la operación.

—¿Se... se pondrá bien?

Levantó la mirada y se encontró con los enrojecidos ojos de la mujer de pie al otro lado de la mesa. Sus manos seguían sobre el animal, acariciándole el pelo con suavidad, pero fue la sangre que le manchaba la barbilla y los labios la que la hipnotizó, esta se había secado dándole un aspecto un tanto macabro. Dio un paso atrás, luego otro y a medida que lo hacía volvió a ver el lobo blanco atravesando la habitación y lanzándose a la yugular del tipo que las llevó allí.

—Cleo, respira —sintió las manos de Jeremy sobre ella y eso la calmó de una forma tan absoluta que sintió la necesidad de darse la vuelta, echarse en sus brazos, esconder el rostro en su pecho y llorar como una niña—. Has hecho todo lo que has podido, pequeña, nadie te va a reprochar nada. Ahora, todo queda en manos del creador.

¿Creador? ¿Acaso existía algo así? ¿Podía alguien permitir que una criatura como aquella sufriese de ese modo?

Se lamió los labios y miró a la mujer.

—A perdido mucha sangre, hay riesgo de infección y las próximas horas serán cruciales —soltó de carrerilla—. Hay... hay que mantenerle caliente, las mantas... las... hay... um...

La garganta se le cerró y las piernas empezaron a temblarle sin remedio.

—Isabel, las mantas están en el armario de la derecha —oyó la voz de

Jeremy una vez más, él parecía estar siempre cerca.

—Me quedaré con él —asintió ella y se giró en su dirección con una mirada esperanzada y de gratitud—. Pase lo que pase, gracias.

Negó con la cabeza, las lágrimas empezaron a caer por sí solas y su cuerpo sucumbió por fin a los recientes acontecimientos.

—No... no sé qué ha pasado... no, no lo sé... —gimió—. Él... él entró aquí y... y...

—Shh —la abrazó, apretándola contra su pecho—. Ya ha pasado, lobita, lo has hecho muy bien. Estoy orgulloso de ti.

Cerró los ojos y empezó a llorar, no pudo hacer otra cosa, las imágenes de las últimas horas volvía a pasar ahora por su mente a la velocidad de la luz, cosas espeluznantes, cosas inexplicables y la seguridad de que había estado a punto de morir a manos de un perturbado.

—Te tengo, Cleo, déjalo salir —escuchó la voz de Jeremy al oído—. Te tengo.

Cerró los ojos y dejó que él la sacase de allí, no quería pensar, no quería recordar, no quería analizar nada de lo que había ocurrido, porque si lo hacía, tendría que enfrentarse con lo que había visto.

No, pensó y se acurrucó en su abrazo, la gente normal no se convierte en lobo.

CAPÍTULO 10

La mañana parecía dispuesta a dejar atrás cualquier pesadilla o malos momentos, el sol brillaba con fuerza a pesar de la temprana hora y de estar a principios de septiembre. Dejó la ventana abierta permitiendo que entrase el aire, Cleo seguía sentada dónde la había dejado, tras el escritorio. Había cruzado los brazos sobre la mesa y reposaba la cabeza sobre ellos sin querer enfrentarse a él o a cualquier cosa que la rodease; no podía culparla.

—Nada de esto tiene sentido, Jim —murmuró entre dientes—. Han atacado a Santana en mi territorio, a un alfa de otra región sin provocación alguna. Han roto las leyes.

Su beta gruñó en respuesta.

—¿Qué mierda ha pasado, Jer? —preguntó—. ¿Quiénes son? ¿Por qué han ido a por Santana?

Sacudió la cabeza a pesar de que su amigo no podía verle.

—No estoy seguro —resopló—. No son de nuestra manada y dudo mucho que sean de la de Santana, no tienen el olor que deberían.

—¿Parias? ¿Renegados?

—Habrás que esperar a que Santana despierte y explique lo que ha ocurrido aquí —rumió—. Pero ahora, necesito que vengas a la clínica y traigas un equipo de contención. Hay dos cadáveres y se han producido disparos. La policía fue alertada, pero ya me ocupé de ello.

—Salgo para allá con los chicos.

Asintió y colgó. Guardó el teléfono y se giró hacia su compañera, quien seguía dónde la había dejado pero ahora lo miraba fijamente.

—¿Esto es de lo que querías hablarme? —murmuró con voz ahogada—. ¿A esto te referías esta mañana? ¿Esto? Lo que quiera que... sea.

Cruzó la habitación y optó por sentarse al otro lado del escritorio, frente a ella.

—Sí. —No se anduvo con rodeos—. Pero esta no era la manera en la que tenía pensado hacerlo, créeme.

Se limitó a mirarle, sin decir nada durante un incómodo silencio.

—Dios mío, si no supiese que jamás he probado las drogas y no me he chutado, ahora mismo creería estar viviendo uno de esos mencionados *viajes* —rompió a hablar—. Esa mujer se... Primero había un lobo blanco y entonces... entonces apareció ella.

Sacudió la cabeza con vehemencia y se levantó de golpe.

—Necesito un trago de algo fuerte.

Se arrastró hasta un armario cercano y extrajo de su interior una botella de whisky y una taza que alababa las cualidades animales frente a las humanas.

—Esto es demasiado bizarro para asimilarlo a pelo —murmuró al tiempo que se servía un generoso chorro en la taza y se lo bebía de un solo trago.

La reacción no se hizo de esperar, los ojos se le llenaron de lágrimas, el rostro aumentó de color y empezó a golpear el suelo con el pie.

—Dios, esto quema —jadeó a causa del ardor del alcohol—. Joder... es que, sencillamente es... imposible. Ha sido como asistir a una escena de la peli La Marca del Lobo. Solo que sin gente en pelotas.

—El cine y sus artes escénicas.

Los acuosos ojos se clavaron en él de inmediato.

—Detecto cierta ironía en tu voz —señaló. Entonces sacudió la cabeza ante lo absurdo de su propia respuesta—. Pero la verdadera ironía es estar hablando de ello.

Empezó a pasearse de un lado a otro de la pequeña oficina, podía sentir sus emociones disparándose una vez más, el aroma del miedo seguía presente y a juzgar por la forma en la que temblaba, todavía estaba en shock.

—Cleo...

—Brenda —comentó entonces deteniéndose en seco. Miró a su alrededor y su desazón aumentó aún más—. Hay dios, la he dejado sola...

Se levantó y caminó hacia ella, interceptándola en su ímpetu por llegar a la puerta.

—Ella está bien —la retuvo—, se desmayó en algún momento y ahora descansa en uno de los bancos de la sala de espera.

Sus miradas se encontraron y sostuvieron durante unos instantes.

—Tú... ¿tú eres como ellos? —preguntó con voz ahogada. Tuvo que aclararse la garganta para poder continuar—. El desquiciado de la pistola... él... el lobo... lo que sea... él llamó Santana al otro animal... la mujer también... pero, pero no puede ser ese Santana, ¿verdad?

—La morenita que has conocido ahí dentro es Isabel, la compañera de Santana —explicó con toda tranquilidad de la que podía hacer uso en esos momentos—. A él lo conociste anoche... una presentación de todo menos ortodoxa...

La vio palidecer.

—Le pegué un puñetazo —se lamió los labios—. Me llamó *ternerita*.

—Le estuvo bien empleado.

Sacudió la cabeza y retrocedió, en esta ocasión prefirió dejarla ir, era necesario que ella misma pactase con sus miedos, que se enfrentase a lo que había visto e intentase procesarlo para poder seguir adelante.

—Él... ella... primero humanos, luego lobos, primero lobos, luego humanos —barbotó las palabras sin orden ni concierto—. No, no, no. Demasiada información junto a imágenes poco realistas. No puedo con ello.

—Puedes —insistió—. Piensa en lo que has visto como una raza nueva, una etnia distinta.

La mirada que le dedicó no necesitaba de más explicaciones.

—¿Etnia distinta? ¡Ese hijo de puta irrumpió en mi clínica a punta de pistola exigiéndome que arreglase a un jodido lobo más muerto que vivo! —estalló—. ¡Me apuntó con la puñetera arma mientras desvariaba! ¡Y como eso no era suficiente, entonces apareció un borrón de pelo blanco, se le tiró encima y dónde antes había un jodido ser humano, apareció un maldito lobo! ¿Etnia distinta? ¡Y una mierda!

Estaba temblando de pies a cabeza, completamente histérica.

—Y tú... y tú... ¡y tú dices ser como ellos! —lo acusó—. ¡Eso no tiene ni pizca de normalidad en el mundo en el que yo vivo!

Bueno, ahí estaba, lo había soltado todo y de carrerilla.

—Sí, soy como ellos. Soy un lobo —le dijo sin más—. Pero no distinto del hombre con quién dormiste anoche y al que le pintaste las uñas de los pies de colorines.

Abrió la boca para refutar su respuesta pero terminó perdiendo fuelle y haciendo un mohín.

—Ahora esa pequeña venganza no tiene tanto mérito —gimió—. Esto lo supera.

—¿Venganza? —Aquello era lo último que esperaba escuchar de sus labios.

—Te quedaste noqueado en mi cama —declaró. Una queja totalmente abierta y justificable.

Se limitó a encogerse de hombros. Para ser justo consigo mismo, no

sabía muy bien lo que había ocurrido la noche anterior con excepción de habérsela llevado a la cama y follársela.

—Es la primera vez que me emparejo —confesó—, y dado que cada emparejamiento es distinto, no tenía la menor idea de qué esperar durante el mismo... o después.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Emparejamiento? ¿Así es como lo llamáis ahora?

Sonrió de medio lado.

—Es algo inherente a mi raza —respondió buscando la manera más sencilla de exponerlo—. Es la manera en la tomamos pareja. Los lobos, en su hábitat natural se emparejan de por vida... en mi mundo, sucede igual.

Levantó las manos y dio un paso atrás al tiempo que sacudía la cabeza con incredulidad.

—Esto es como escuchar el argumento de un libro —rumió—. Uno en el que descubro soy la jodida protagonista. No, no, no. Esto no tiene sentido. ¡Solo echamos un polvo! Nada de emparejamientos, nada de por vida... tú eres... eres un felpudo... o eso dices.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—Prefiero el término lobo, gracias —la corrigió—. Y sí, nos he emparejado.

Lo miró y apuntó con un dedo acusador.

—No —se negó en rotundo—. Ni se te ocurra. No es no.

—Un poquito tarde para poner pegas...

—¡A la mierda contigo! —resopló y se giró dándole la espalda.

—Reconozco que te lo estás tomando bastante bien dadas las circunstancias.

Soltó un nada femenino bufido.

—Eso es porque todavía estoy en shock —argulló cansada.

No le pasó por alto la forma en la que caminaba y cómo se llevaba la mano al muslo sin llegar a tocarlo.

—Quizá quieras hablar con Isabel —comentó buscando su mirada—, ella lleva un par de años emparejada con Santana. Puede que tenga algún remedio para el escozor. No quiero verte dando saltitos cada vez que te mueves, aunque confieso que me gusta saber que yo soy el motivo.

La vio abrir la boca y empezar a boquear como un pez fuera del agua. Sus mejillas aumentaron de color hasta adquirir un tono rojizo intenso.

—No pienso hablar con una completa desconocida de... de... de mi vida privada —escupió—. De hecho, ni siquiera pienso pensar en ello. Lo de anoche fue una completa y rotunda estupidez, un momento de locura transitoria y no va a volver a repetirse. Punto.

Por encima de su cadáver, pensó divertido.

—Me refería a la herida de mi mordedura, lobita, no al sexo —intentó no reírse—. Te quedará una pequeña cicatriz, pero no tienes porqué padecer dolor o molestias cuando puedes aliviarlas. Para lo otro... bueno, prometo ser más suave la próxima vez.

—No habrá próxima vez.

Chasqueó la lengua y caminó hacia ella.

—Prometo no volver a morderte —le dijo sin dejar de avanzar hacia ella—, pero no pienso prometer no follarte. Me has gustado demasiado como para sacarte de mí menú.

Una vez más esas mejillas se llenaron de rubor.

—Estas primeras semanas estaremos más cómodos si nos mantenemos cerca el uno del otro —añadió—. Con el tiempo la necesidad irá remitiendo y podremos adoptar la rutina de una pareja normal, pero hasta el momento... puede que me necesites cerca... lo mismo que yo a ti.

La barrera que suponía la pared la hizo detenerse en seco y dar un

saltito. Ya no podía seguir retrocediendo, no podía escapar de él.

—No —replicó de inmediato. Podía oler el nerviosismo en ella, sentirla acorralada y como eso la asustaba—. No quiero tener nada que ver contigo o con toda esta locura desatada. Te quiero lejos, pero que muy lejos de mí. No puedo con esto... no puedo con ello... Ay dios, no puedo, no puedo...

Y ahí estaba, la crisis que antes o después iba a producirse.

—Respira, Cleo —le cogió la mano y se la frotó—. Sé lo difícil e imposible que esto resulta para ti, pero no tienes que enfrentarte a ello ahora mismo, no a todo a la vez. Un paso por día, compañera, solo un paso por día.

Sacudió la cabeza y pudo sentir cómo luchaba consigo misma para encontrar de nuevo esa coraza invisible tras la que estaba descubriendo se ocultaba.

—No puedo con esto, no puedo... es... esto va más allá de mi capacidad de raciocinio —gimió—. Ay señor. He visto a una loba convertirse en una mujer y a un chalado con un arma convertirse en lobo. ¡Y ella lo mató! ¡Le rompió el cuello con un movimiento de su mandíbula! Escuché el sonido, lo supe tan pronto quedó inmóvil. ¡He operado a un jodido lobo sin saber siquiera qué narices estaba haciendo! ¿Y si se muere? ¿Y si no vive? ¡Ella querrá comerme! ¡Y hay dos jodidos perros muertos en mi quirófano!

A estas alturas ya estaba histérica y gritando a pleno pulmón por lo que tuvo que obligarse a mantener el tono de voz neutral y tranquilo, esperando poder contenerla ahora que estaban vinculados.

—Ella solo hizo lo que hizo para proteger a su compañero —respondió en voz baja, calmada—. Y te ha protegido a ti, lo cual me genera una deuda de gratitud eterna hacia esa loba. No puedo perderte ahora que acabo de encontrarte, Cleo. Eres mi compañera, mi loba...

Sacudió la cabeza y extendió los brazos con gesto desesperado.

—¡No soy una loba! —clamó. Entonces se echó a llorar una vez más al

tiempo que se abrazaba así misma—. Esto no puede ser real, nada de esto puede ser real.

Convencerla de aceptar lo que acababa de presenciar y hacerla comprender que su vida había cambiado sería una de las tareas más grandes a las que jamás se había enfrentado, comprendió, pero era una tarea autoimpuesta, una a la que no podía renunciar.

—Es real, todo esto es muy real —le aseguró manteniendo las distancias, dejándole sitio para moverse y recular en caso de que lo necesitase—. Solo mírame y verás lo real que puede llegar a ser.

Dejó que el cambio se produjese, para él era tan natural como respirar, en un momento estaba sobre dos piernas y al siguiente sacudía su espeso pelaje color chocolate y la miraba a través de los ojos de su lobo.

—¡Joder! —clamó dando un salto hacia atrás, retrocediendo con tanta rapidez que se llevó por delante la esquina de la mesa y una planta—. Joder, joder, joder, joder. ¡Joder!

«Tranquila, compañera, sigo siendo yo».

La vio jadear, podía escuchar el acelerado ritmo de su corazón, su trabajosa respiración y oler el miedo que la envolvía.

«Voy a caminar hacia ti».

Ella extendió las manos al momento en un acto inconsciente por defenderse y frenar su avance.

—No, no, no, no, no... no hace falta —estaba aterrada, las pupilas totalmente dilatadas—, de verdad que no.

La vio sacudir la cabeza y mirar a su alrededor casi al mismo tiempo que lloriqueaba.

—Ay dios mío, estoy oyendo voces.

«No oyes voces, me estás escuchando a mí. Puedo comunicarme contigo así, privilegio de compañeros. Tú también puedes hacerlo, solo

tienes que pensar lo que quieres decirme»».

Retrocedió un poco más, por cada paso que él daba, ella retrocedía otro.

—No quiero privilegios de ninguna clase —negó efusivamente—. Por dios, eres enorme. ¿Desde cuándo los lobos son tan grandes? Y... ¿por qué mierda tienes las uñas de las patas traseras pintadas de colorines? ¡Tienes las jodidas uñas pintadas de colores!

«Ya sabes de quién es la culpa, lobita»».

Lo apuntó con un dedo.

—No me llames lobita.

Movió la cola en gesto contento y siguió avanzando hacia ella hasta estar a una distancia prudente. Entonces se dejó caer sobre los cuartos traseros y agachó la cabeza.

«¿Alguna vez has acariciado a un lobo?»».

La vio lamerse los labios y mirarle con recelo.

—Pues da la casualidad que no hace ni dos horas he tenido que poner las manos sobre dos de ellos y no eran tan grandes —jadeó. Se lamió los labios y lo miró con detenimiento—. Eres inmenso. ¿Cuánto pesas?

«Tú eres la veterinaria, ¿quieres averiguarlo?»».

—Ni de broma —negó efusivamente.

«Eres extraña. Se supone que a los veterinarios le gustan los animales»».

—Y me gustan —aseguró—. Los que están calladitos y no me hablan al cerebro.

Se rio en su mente.

«Vamos, doctora. Te prometo que no voy a morderte. Acaríciame»».

—Empieza a preocuparme el que estés haciendo tanto hincapié en el tema de morder o dejar de hacerlo, amigo.

Suspiró, un sonido canino.

«*De acuerdo. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma*».

Y aquello sin duda tenía que asemejarse al paraíso, pensó al tiempo que se restregaba contra las piernas femeninas al tiempo que la oía contener el aliento. Husmeó el aire y se relamió ante el conocido aroma a chocolate que perfumaba su cremosa piel. La empujó y siguió insistiendo hasta que sintió cómo los delgados dedos se hundían en su pelo y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no acabar tendiéndose en el suelo boca arriba para que le frotase la barriga.

«*Detrás de las orejas, detrás de las orejas. Oh, sí, así*».

Una nerviosa risa emergió de la boca femenina y no pudo hacer más que mover la cola en respuesta, el ligero alivio que notaba ahora en ella era una pequeña victoria para él. Deslizó la cabeza bajo su mano y aventuró la lengua fuera de sus fauces para lamerla.

«*Gracias compañera*».

Dio un par de pasos hacia atrás librándose de su contacto y recuperó su forma humana arrancándole un nuevo jadeo.

—Sabes, creo que me va a gustar mucho recorrerte a lametones —ronroneó—, pero con todo, prefiero poder besarte así.

Tiró de ella, la cual todavía estaba demasiado sorprendida como para oponer resistencia y bajó la boca sobre la suya, robándole un suave y tierno beso.

—Sí, mucho mejor —murmuró lamiéndose los labios.

—Esto me supera —declaró ella, apoyándose voluntariamente contra él, permitiéndole ser su fuerza y apoyo en aquellos momentos—. No puedo más, por favor, de verdad que no puedo.

—Paso a paso, Cleo —le besó la cabeza—. Paso a paso.

CAPÍTULO 11

—Tengo que ver cómo sigue... tu amigo y que a Brenda no se le hayan fundido los plomos —murmuró dejando el cálido refugio que ofrecía los brazos de Jeremy—. Yo... no sé a quién tengo que llamar. ¿A la policía? ¿A la protectora de animales?

—Esto entra dentro de mi jurisdicción, ya me hago yo cargo de ello —le dijo sin dejar de mirarla—. Lamento que las cosas hayan resultado así, no era la manera en la que tenía pensado introducirte en mi mundo.

Se lamió los labios y dio un nuevo paso atrás.

—Yo ni siquiera estoy segura de querer conocerlo, ni así, ni de otro modo.

Cleo seguía intentando mantener la perspectiva cuando entró media hora después en la sala a la que habían trasladado al lobo. Había tenido que hacer un alto en el baño para vaciar su estómago, los recientes acontecimientos la habían dejado tan vapuleada que todo su metabolismo decidió descomponerse al mismo tiempo.

Tal y como le había dicho, Jeremy se encargó de limpiar el desastre en el que se había convertido el quirófano, en su paseo del baño a la sala de recuperación se había cruzado con un par de hombres que no conocía y que transportaban sendas bolsas negras. Tuvo que obligarse a respirar profundamente para no volver a abrirse a arcadas cuando ya no tenía nada más que vaciar.

Se detuvo en el umbral observando la extraña escena que se desarrollaba ante sus ojos. La mujer morena estaba sentada junto al cuerpo

inconsciente del lobo y le murmuraba palabras en español al oído. Sus manos se movían de manera rítmica mientras le acariciaba las orejas y lo que al principio pensó que eran palabras, se convirtieron en una dulce nana.

—Creo que le ha subido la fiebre.

Se sobresaltó al escuchar la voz femenina y el profundo acento que tenía al hablar en inglés. Cuando encontró sus ojos los vio enrojecidos por el llanto y brillantes de preocupación.

—Prefiere estar en esta forma cuando no se encuentra bien, dice que el lobo puede protegerse mejor que el humano —se lamió los labios—, pero yo le necesito ahora en forma humana. Necesito ver sus ojos abiertos, escuchar su voz... le necesito.

La agonía mal disimulada en su voz le encogió el corazón. Tuvo que parpadear varias veces para evitar que le saltasen las lágrimas. Entró y fue directa al gotero para comprobar que la vía estaba en su sitio y los antibióticos eran administrados correctamente. Cogió un termómetro del mueble y se lo metió en la oreja para comprobar la temperatura canina.

—Es normal que tenga algunas décimas de fiebre —murmuró intentando recuperar la profesionalidad—. Ha perdido mucha sangre. Las radiografías presentan alguna costilla rota, pero no son daños graves. La bala, por otra parte... no ha tocado ningún órgano vital, pero... como ya he dicho, ha perdido mucha sangre. Yo... solo puedo decirte que tengas paciencia.

Ella sonrió a duras penas, la tristeza impresa en su rostro.

—Eso es lo más difícil que puede pedírsele a la pareja de un lobo, pero lo intentaré.

No supo qué decir al respecto, pero Isabel no necesitó que lo hiciese.

—Jeremy te ha reclamado hace poco, ¿no? —murmuró—. Lo olí en ti cuando rastree a mi compañero. Es un aroma muy fuerte, como el de una reciente vinculación o... el de después de... ya sabes, jugar.

Se atragantó sin saber muy bien cómo responder a eso.

—No es nada tan serio como eso —se excusó.

Ella enarcó una ceja en respuesta.

—Es un alfa, para él es lo suficiente serio como para publicarlo en todos los periódicos si es necesario —le aseguró y había una nota de diversión presente en su voz—. Cuando los miembros más destacados o líderes de las manadas se emparejan, su vínculo es muy fuerte, es imposible pasarlo por alto. Y su olor está en ti.

Hizo una mueca.

—Haces que suene como si no me hubiese lavado y oliese a perro mojado.

La morena parpadeó y luego se echó a reír.

—No, ni mucho menos —sonrió con calidez—. Es solo, bueno, él quiere que todo el mundo sepa que eres suya, que le perteneces, es como un aviso para otros lobos. “No te acerques, la chica es mía”.

Hizo una mueca ante tal despliegue de sinceridad.

—No soy suya —negó con rotundidad—. No soy de nadie.

—Eres humana —murmuró al tiempo que levantaba la nariz como si la olisquease—. Imagino que... antes de Jer no habías tenido contacto ni conocimiento sobre mi pueblo.

¿Antes de Jer? Eso sí que tenía gracia. Había tenido un fabuloso cara a cara con su mundo hacía pocas horas, uno rotundo y brutal.

—En realidad, no tenía conocimiento alguno de tu mundo hasta que un borrón de pelo blanco atravesó la puerta, derribó al chalado de la pistola, el cual se convirtió también en lobo y le rompió el cuello —soltó de carrerilla con gesto irónico—. Mi primera toma de contacto ha sido sin duda memorable.

Las mejillas de la mujer adquirieron un tinte rosado.

—Vaya...

—Sí, supongo que esa es la palabra perfecta para describir todo esto — declaró al tiempo que dejaba de nuevo el termómetro en su sitio y comprobaba los ojos del inconsciente can—. Una palabra estupenda.

Terminó el examen a su nuevo y único paciente y suspiró con cierto alivio.

—Todo parece marchar correctamente —comentó—. Tendría que despertarse de la anestesia de un momento a otro.

—Gracias.

El tono en la voz de la mujer hizo que la mirase a los ojos.

—Te debo la vida de mi compañero.

Sacudió la cabeza de inmediato.

—Yo solo hice lo que tenía que hacer —murmuró y miró al can—. Ahora es cosa suya. Es él quien tiene que luchar para salir de esta y, a juzgar por lo que he visto, lo hará.

Una suave sonrisa curvó sus labios y asintió.

—Sí, ahora sabe que tiene que luchar por alguien más —aseguró llevándose la mano al vientre.

Asintió y dejó a la mujer para ir a ver a su asistente, quién había sido dejada sobre el banco de la sala de espera y cubierta con una manta.

Jeremy observó cómo el equipo de limpieza se ocupaba de la recogida. Camuflados bajo un logo corporativo pasarían desapercibidos delante de la vecindad. Jim estaba a su lado, comentándole los últimos pormenores y poniéndole al tanto de todo.

—Esto tiene aspecto de ser algo personal. Han ido directamente a por el alfa de Texas —comentó al tiempo que se pasaba una mano por el pelo—.

Esos dos chicos ni siquiera pertenecen a este territorio, su olor... Jer, juraría que son dos de los refugiados.

Frunció el ceño ante las palabras de su beta.

—¿Refugiados? Quieres decir... —se giró en dirección a la furgoneta—. Pero eso no tiene sentido...

—¿No? No tienen lazos con Santana, no tienen lazos con nadie.

Gruñó.

—Fueron acogidos por su manada, todos los supervivientes fueron acogidos por alguna de nuestras manadas —declaró con fiereza—. No tiene el menor sentido. Han atacado a Santana y a mi compañera en mi propio territorio —masculló—. ¿Quieres hacerme creer que dos parias, dos supervivientes de la masacre de hace diez años han querido matar al hombre que les dio cobijo? ¡No tiene el menor jodido sentido!

Jim se limitó a seguir su mirada.

—Supongo que tendremos que esperar a que Santana despierte y pueda arrojar algo de luz sobre esto —chasqueó—. ¿Crees que podrá salir de esta?

Abandonó la camioneta y desvió la mirada hacia el edificio de planta baja que ocupaba la clínica veterinaria.

—Cleo no permitirá que sea de otra manera —declaró con convencimiento—. Avisa a Ryss Matherson. Cuéntale lo que ha ocurrido y que Isabel está con nosotros.

Ryss Matherson era el beta del alfa de Texas y pondría el grito en el cielo cuando se enterase de lo que le había pasado a Santana.

—Esto le va a encantar.

—Tanto o más que a mí —rumió. Entonces cambió de tema—. ¿Qué ha pasado con Brenda, la ayudante humana? ¿Está bien?

—Se ha llevado un buen susto —le informó—, sigue en shock. Lo mejor sería sedarla y llevarla a casa, dejarla que duerma y que se despierte

pensando que todo ha sido una pesadilla.

—Habrá que vigilarla por si acaso —sugirió. No quería tener que descubrir después que la muchacha había sufrido un accidente o algo peor a causa de lo que acababa de presenciar—. Hablar  con Cleo, ella sabr  dónde vive.

Jim asintió.

— Y tu compañera?  C mo se lo est  tomando?

—Por ahora no se ha puesto a gritar mientras corre en círculos, lo cual considero un gran logro.

—A ella también deberías sacarla de aquí —le dijo sin rodeos—. L vatela a casa, te avisará si hay alguna novedad.

—El piso no ha quedado en las mejores condiciones después de lo de ayer, ninguno de ellos.

—No hablaba de ese cuchitril, ll vala al rancho —lo instó—. Si ocurre alguna cosa, all  estar  protegida por la manada y tendr  tiempo para ir acostumbrándose a nuestras... costumbres.

—Lo pensar .

Le palmeó la espalda y silbó llamando a sus compañeros.

—Nos vamos —los instó, subiendo ya al cam n.

Suspiró y miró una vez más hacia la clínica.

—Veamos qué dices a unas pequeñas vacaciones, Cleo.

—No.

Su respuesta fue tajante. No pensaba irse a ningún sitio. Sus padres estaban en la ciudad, Brenda necesitaría unos días para reponerse del episodio traumático sufrido y ella, ella necesitaba trabajar y volver a la rutina, olvidar

todo lo que había pasado y, sobre todo, alejarse de él.

—Has sido muy tajante.

—Me alegra que lo notes —le soltó—. El que hayamos follado no es motivo suficiente como para que desee irme contigo a ningún sitio. Demonios, mi vida era mucho más sencilla antes de que tú aparecieses en mi vida.

—Apuesto que sí —le dijo con ironía—, especialmente cuando tu prometido se acostaba con otra y te obligó a romper el compromiso.

Lo miró anonadada.

—¿Cómo?

—Tengo muy buen oído —aseguró—, y tu madre no es precisamente discreta. ¿En serio ese capullo te mandó una invitación a su próxima boda?

Resopló.

—No es asunto tuyo.

—Claro que lo es. Eres mía y yo cuido de lo que es mío.

—No soy tuya.

—Eres mi compañera, eso te convierte en mía.

Puso los ojos en blanco.

—Olvídame, desamparéjate o lo que sea y déjame en paz.

Puso los ojos en blanco y la contempló.

—Considéralo una escapada de unos días —insistió—, pasa algún tiempo conmigo.

—No estoy interesada en pasar tiempo contigo.

Enarcó una ceja.

—¿Ni siquiera en la cama?

¿Es que nunca iba a detenerse?

—¿Qué parte de «no» no has entendido, genio? —se exasperó—. Solo fue un polvo. ¡Nada más! Y no estoy interesada en repetir. No es como si me hubiese comprometido o me hubieses declarado amor eterno. Tío, ni siquiera

nos conocemos.

—Motivo más que suficiente para que pases tiempo conmigo y nos conozcamos —insistió con total sinceridad—. Quién sabe, quizá incluso podamos llegar a esa parte del compromiso o de las declaraciones.

—No salgo con perros.

Lo vio entrecerrar los ojos y mirarla fijamente.

—Acabas de insultarme —aseguró y parecía realmente ofendido—. Me debes una disculpa.

Jadeó y extendió el brazo señalando la clínica.

—Claro, cuando te oiga a ti disculparte por haberme conducido a toda esta locura, señor Lobo Feroz con la bandera gay en las uñas de los pies.

Estaba a punto de replicarla cuando un sonido procedente de la sala contigua los interrumpió.

—¡Jeremy! ¡Doctora!

No esperó, dejó el asiento que estaba ocupando y salió volando por la puerta con su irritante compañero pisándole los talones.

CAPÍTULO 12

«*Jer*».

La voz de Santana inundó su mente llenándolo de alivio.

«*Bienvenido al mundo de los vivos, amigo mío*».

«*Dios, esto es como estar en el infierno*».

Sonrió para sí mientras atravesaba la sala siguiendo a Cleo. Ella era totalmente ajena al intercambio que se producía entre ellos.

—Se ha despertado —anunció Isabel con palpable alivio—. Pero no quiere estarse quieto. ¡Dile que tiene una jodida herida de bala y no debe moverse!

Y eso era una loba cabreada y muerta de preocupación por su lobo, pensó Jeremy con ironía. No pudo evitar mirar a la suya y preguntarse sí, de pasarle algo, Cleo se preocuparía de esa manera.

La muchacha no había ido desencaminada, la verdad era que apenas se conocían, no sabían más el uno del otro que lo que habían podido compartir en el lecho durante unas horas y lo que surgía a la luz en alguna de sus continuas discusiones. Pero ella era su compañera, suya, así lo sentía, su aroma estaba grabado a fuego en su alma, la quería de la manera en la que querían los lobos pero quizá no fuese suficiente para ella.

—Quietito chico —se adelantó Cleo—. Shhh, no tengas tanta prisa.

Y ahí estaba otra faceta suya que solo había conocido recientemente

mientras operaba al paciente al que ahora hablaba con ternura y suavidad. Era toda una profesional, en cuanto se enfrascaba en su trabajo se olvidaba de todo lo demás y sufría, sufría de la misma manera que lo hacía él cuando se enfrentaba a algún caso difícil en el que la víctima había sido asesinada o no podía hacer nada para ayudar.

Como policía había visto muchas cosas a lo largo de los años, su carrera y la división a la que pertenecía traía consigo muchos sinsabores, demasiada muerte y destrucción detrás de las drogas. No se trataba solo de la gente que perecía por el camino, a veces, los que quedaban eran los que peor lo pasaban.

Y ella no lo sabía. Todo lo que Cleo sabía de él era que vivía en el piso contiguo al suyo, que la había tomado por una ladrona y la había arrestado por error. Todo lo que ella sabía era que existía atracción entre ellos, la suficiente como para hacerle perder la cabeza y aceptarle en su dormitorio y en su cama; aunque no es que tuviese muchas opciones.

Y ahora sabía que existía un mundo más allá de lo que se había imaginado en el cual desconocía exactamente el papel que interpretaba.

«Tu compañera».

La voz del alfa tumbado en la camilla lo sacó de sus cavilaciones.

—Haz lo que te dice la doctora, Mikel —murmuraba Isabel al mismo tiempo—. Quédate quieto. Has perdido mucha sangre.

«Tranquila, amor. Estoy bien. Estoy bien».

—Me has dado un susto de muerte.

«Déjame hablar con Jer. Es importante y no sé... esto resulta cansado...».

—Debes descansar —insistió ella.

La respuesta del can fue sacar la lengua y lamer la mano que le acariciaba el hocico. El hombre había hablado a la compañera por el vínculo

común entre clanes y no por el privado.

Se acercó a él y deslizó la mano sobre su lomo transmitiéndole su fuerza y presencia.

—Está bien, amigo, haz caso a tu chica.

«¿Qué ocurrió?». Le preguntó por la vía que compartían los alfas.

Hubo una ligera duda en la mente canina.

«¿Están muertos? ¿Los dos?».

Asintió y respondió mentalmente.

«Sí. Los dos. Isabel se encargó de uno de ellos. Te habría disparado otra vez si no lo hubiese interceptado».

«Maldita sea, Jer. Está embarazada. Se ha puesto en peligro y está embarazada».

«Eso he oído. Enhorabuena».

El lobo emitió un bufido muy canino.

—Quieto —le susurró Cleo mientras acercaba un aparatejo a las enormes orejas—. No te dolerá. Solo voy a tomarte la temperatura.

«Tu compañera. Ella impidió que él disparase. Se puso delante de mí y de esa niña. El destino te ha premiado con una buena mujer».

Se estremeció ante las palabras del lobo y lo que eso implicaba. No le hacía ni pizca de gracia que ella se hubiese metido entre el arma y su amigo a pesar de que lo enorgullecía su valor.

«Esos chicos. Ese joven lobo... estaba confundido. Totalmente confundido. Les han metido en la cabeza una versión totalmente distorsionada de la realidad».

«¿Sabes quiénes eran? ¿Qué ocurrió, amigo?».

«Sabía que alguien me estaba siguiendo, por eso le pedí a Jim que me dejase delante del puente. No podía permitir que rastreasen a Isabel».

Una razón más que suficiente para cualquier lobo emparejado; la

seguridad de su compañera era siempre lo primero.

«Los llevé hasta las afueras y una vez allí los confronté. Por dios. Eran dos críos. No mayores que tú o Brian».

Continuó con gesto cansado, incluso en su mente podía notar su agotamiento.

«Solo dime que ha pasado y descansa».

«Alguien está esparciendo el rumor de que los alfas presentes en la matanza de la manada Daratraz fuimos también los responsables de la destrucción de la misma, que fuimos el brazo ejecutor. El más joven de los muchachos estaba convencido de que yo había mandado ejecutar a todo el clan para quedarme con sus tierras y, entre los muertos, estaban sus padres, la compañera de uno de ellos y su hermanita, un bebé de tres meses».

Cerró los ojos al escuchar el nombre Daratraz. Tal y como había sugerido Jim, los dos lobos eran refugiados, supervivientes de esa dantesca matanza acontecida diez años atrás en un pequeño pueblo a las afueras de Iowa. Una manada con un alfa propio, una comunidad que no había hecho daño a nadie y que vivían en su propio mundo y alejados de los humanos y que quedó reducida a cenizas en cuestión de una noche.

«Pero ni tú ni ninguno de los que estuvo allí esa noche tuvo nada que ver. Ni siquiera sabíamos que estaba ocurriendo hasta que empezaron a elevarse las columnas de humo».

Aquel había sido el único indicio que habían tenido de que ocurría algo, una densa columna de humo a la que siguió el olor de la sangre. Esa noche se habían perdido innumerables vidas, los supervivientes habían sido menos de una quincena y algunos de ellos no llegaron a ver siquiera un nuevo amanecer.

«Alguien está extendiendo el rumor de que varios alfas estuvieron detrás de la orden dada para exterminar a esa comunidad».

Suspiró con cansancio.

«Esos dos pobres desgraciados fueron dos de los muchachos que sobrevivieron y obtuvieron refugio en mi clan». Gimió en voz alta e intentó moverse. «Alguien está dispuesto a empañar los recuerdos de aquella fatídica noche con falsos testimonios y está utilizando a las víctimas de la masacre para ello».

Sus ojos se encontraron.

«¿Con qué propósito?».

«Llegar a los alfas. Su único pensamiento era que yo sufriese lo que sufrieron ellos, que pagase con mi propia sangre. No sé si esto es un hecho aislado, pero algo me dice que solo es el principio, Jer. El que llegasen hasta aquí no fue una casualidad, reconocieron tu aroma en Cleo, estaban dispuestos a acabar con ella para llegar a ti. Hay que dar con los supervivientes de aquella noche y tenerlos vigilados, no podemos permitir que esto se repita».

Una tarea nada fácil, pensó, pues de los diez supervivientes de aquella masacre, solo conocían el paradero de siete de ellas, dos de las cuales acaban de encontrar la muerte en esa misma clínica.

«Pondré a Velkan al tanto de lo que ha ocurrido».

«Sí, pero dile que deje al psicótico de Arik en casa. No quiero al Ejecutor sembrando cadáveres por mi territorio».

Sonrió de medio lado.

—Ni yo en el mío.

Al responder en voz alta se encontró con las miradas de las dos mujeres puestas en él. La de Isabela era de pocos amigos y la de Cleo más curiosa que otra cosa.

—Si habéis terminado, quiero que este imbécil descanse.

Un leve gimoteo fue toda respuesta.

«Tan pronto pueda ponerme en pie, la zurraré».

Ocultó una risita tras un carraspeo.

—Ya has oído a tu compañera —le dijo en cambio—, toca descansar. Ryss estará ya volando para aquí para recogerte y leerte la cartilla.

«¿Has llamado a Don Angustias? Jer, pensé que eras mi amigo».

Enarcó una ceja.

«Lo soy. Por eso prefiero que tu beta te grite a ti y no a mí».

El lobo gruñó haciendo que Cleo se sobresaltase y diese un saltito hacia atrás.

«Lo siento. Dile que lo siento, que el gruñido era para ti y no para ella».

—El lobo idiota dice que lo siente —se adelantó Isabela, quién había captado al parecer el mensaje—. Le estaba gruñendo a Jeremy, no a ti.

Cleo miró de uno al otro y luego a su peludo paciente. Entonces levantó las manos, dejó el termómetro a un lado y empezó a marcharse.

—Esto ya es demasiado para mí —declaró decidida a marcharse—. Si esta noche le ha bajado la fiebre por completo, dejaré que te lo lleves. Lo que sea con tal de perderos a todos de vista y sacaros de mi clínica.

La puerta se cerró tras ella dejándolos solos a los tres.

—Me gusta tu doctora, Jeremy —comentó entonces Isabel—. Pero quizá debas explicarle exactamente qué significa estar emparejado, porque está claro que ella no lo entiende.

Puso los ojos en blanco.

Aquella era sin duda una de las cosas que se moría por hacer. Sí. Tanto como meterse en un tanque lleno de pirañas.

CAPÍTULO 13

Estaba agotada. Todo lo que deseaba era llegar a casa, darse una ducha y meterse en la cama para olvidar toda la locura a la que había tenido que enfrentarse en las últimas veinticuatro horas. El causante de la misma estaba de pie a su lado, se había negado a dejarla marcharse sola e intuía que le iba a costar dios y ayuda deshacerse de él.

Los gritos emergieron del pasillo incluso antes de que las puertas del ascensor decidiesen abrirse —era un milagro que esa noche el artilugio funcionase—, la señora Gibons volvía a la carga con su escena del robo del collar de perlas y la estaba emprendiendo ahora con su vecina de al lado, quién parecía pronta a perder los papeles.

—¿Vas a volver a intentar dar caza al ladrón? —sugirió con ironía a su acompañante—. Déjame que saque el móvil y lo grabe, no me vendría mal un ingreso extra y podría hacerme de oro subiéndolo a *YouTube*.

La intensa mirada de Jeremy se clavó en ella, se lamió los labios y descendió sobre ella encendiendo todas y cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Si quisiese lanzarme sobre ti, cosa que no descarto hacer en breve, buscaría algo cómodo, como una cama.

Se obligó a poner los ojos en blanco a pesar de que su tono de voz le provocaba deliciosos escalofríos.

—Sigue soñando, poli —murmuró al tiempo que sacaba las llaves del bolso.

—¿No vas a invitarme a entrar?

Se giró hacia él y señaló con un gesto de la barbilla a las dos mujeres al final del pasillo.

—¿Y ser la comidilla de las vecinas el resto de mi vida? Ni hablar —sentenció con rotundidad—. Además, no estoy dispuesta a ponerme a aspirar pelo de perro. Tendré incluso que cambiar las sábanas de mi cama y sacudir el colchón. Como encuentre alguna pulga, te la cargas.

Gruñó por lo bajo, un sonido que le recordó una vez más que el hombre que estaba delante de ella era mucho más que un hombre.

—Yo no tengo pulgas.

Se lamió los labios y luchó por encontrar el resto de arrojo necesario para terminar esa conversación.

—Tampoco deberías tener pelaje y lo tienes —le soltó. Insertó las llaves en la cerradura y abrió la puerta—. Buenas noches, poli.

Le cerró la puerta en las narices y se apoyó contra ella dejando escapar un cansado suspiro. Se estremeció al mirar a su alrededor y ver su vivienda en penumbra, solitaria e igual que la había dejado esa misma mañana.

Necesitaba meterse en la ducha, dejar que el agua corriese por su cuerpo y se llevase consigo el horror y los recuerdos de ese maldito día. No quería pensar, no quería recordar, solo quería olvidar todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

Sin embargo, su irresistible vecino parecía tener otros planes en mente, ya que decidió tocarle las narices a los pocos minutos a través de la ventana del dormitorio que conectaba con su propia vivienda a través de la escalera de incendios.

Se llevó las manos a las caderas y entrecerró los ojos al verlo al otro lado del cristal.

—¿Te obsesionan las escaleras de incendios o eres un mirón profesional?

Sonrió como el gato que se había comido la crema y acarició el cristal con un gesto tan sensual que podía muy bien haberla acariciado a ella.

«*Ni lo uno ni lo otro. Ábreme*».

El escuchar su voz en la cabeza sin verle abrir los labios la puso de los nervios.

—¡No hagas eso!

«*¿Qué no haga el qué?*».

Incluso sonaba inocente el muy maldito.

—¡Eso! —clamó al tiempo que abría la ventana para que él la escuchase con perfecta claridad—. No vuelvas a hacerlo. No vuelvas a hablarme de esa manera. Nunca. Jamás. Utiliza el jodido teléfono si hace falta, pero nada de trucos. No soporto...

Su perorata fue rápidamente interrumpida por un beso.

—¿Me dejas utilizar la ducha, compañera? —preguntó apoyado en la ventana—. La mía no funciona. Las cañerías... bueno, digamos que sufrieron un pequeño desperfecto y todavía no están al 100%.

Entrecerró los ojos y barajó la idea de bajar la ventana y pillarle los dedos. Diablos, ¿de dónde había sacado esa vena malvada?

—Tengo bañera, no ducha, con lo que no te sirve —le dijo amenazando con hacer lo que había pensado previamente—. Buenas noches.

Detuvo sus manos posando las propias encima y tiró hasta hacer que ahora fuese ella la que tenía medio cuerpo fuera de la ventana.

—Me sirve igual —aseguró sonriente—. De hecho, es incluso mejor. Podrías acompañarme en el baño.

—No voy a bañarme contigo, poli. No voy a hacer nada contigo.

Tiró con fuerza para soltarse haciendo que en el retroceso se diese con la cabeza en el borde superior de la ventana.

—Oh, mierda. Joder. ¡Es todo culpa tuya!

Retrocedió alejándose de él y se frotó allí dónde se había hecho daño.

—Maldita sea —siseó—. ¡Es que nunca va a terminarse esta jodida semana! ¡Quiero mi vida de vuelta! Mi pacífica, monótona y aburrida vida.

—Shh. —La atrajo hacia él y examinó el posible chichón que ya le estaría creciendo—. Solo estás sobrepasada. Ha sido un día intenso e infernal. Necesitas descansar, te vendría bien un cambio de aires. ¿Por qué no vienes conmigo? Necesito volver a casa este fin de semana para hablar con unos compañeros lo que ha pasado y me sentiría mucho más tranquilo si estuvieses conmigo.

Se soltó de él, aunque el calor de su cuerpo y el cobijo de sus brazos eran demasiado agradables como para perderlos.

—¿Qué parte del *no* que ya te dije no has entendido? —se ofuscó—. No quiero ir contigo a ningún sitio, no quiero tener nada más que ver contigo. *NO QUIERO VERTE MÁS.*

Resopló, ese capullo se atrevió a emitir un brusco resoplido como si ella fuese una niña con pataleta que no atendía a razones.

—No puedo dejarte aquí sola todo el fin de semana y menos después de lo ocurrido —expuso los hechos—. Estamos recién emparejados, no será fácil y mucho menos cómodo estar lejos el uno del otro, especialmente estos primeros días e incluso semanas. Necesito tener la cabeza en su sitio y no estar revolviéndome por dentro por no poder tocarte ni tenerte al alcance de la mano.

—¿Pero tú te estás escuchando? No quiero saber nada de emparejamientos, ni de ti. Me da igual a dónde vayas, como si te quedas allí de por vida —declaró con pasión, pero al mismo tiempo que lo decía sentía que esas mismas palabras le oprimían el pecho. Se obligó a tragar para poder seguir hablando—. No eres nada para mí, nada más que un jodido incordio. ¡Solo fue sexo! ¿No puedes verlo? No hay nada más entre nosotros.

Entrecerró los ojos y por un segundo creyó ver cómo se aclaraban y sus pupilas se reducían.

—Hay mucho más, lobita —respondió manteniendo un tono neutral, calmado. Demasiado calmado—. Me precipité, no lo negaré. Quizá debí haberte explicado todo antes de embarcarnos a ambos en este camino de dirección única, pero en mi defensa diré que los lobos no somos muy racionales cuando encontramos a nuestra compañera. Todo en lo que podía pensar era en lo bien que olías y en que te deseaba; todavía lo hago. Lo hecho, hecho está. No hay vuelta atrás. Eres mi pareja, estás vinculada a mí y para que esto funcione, tendrás que empezar a confiar en mí.

Sacudió la cabeza. No quería confiar en él, no quería tenerle cerca, no quería desearle tan desesperadamente como lo hacía. Su vida se estaba haciendo pedazos y no era capaz de detener esa reacción en cadena.

—No pedí nada de eso. No lo quiero —escupió—. Solo deseo tener mi vida de vuelta. Quiero que todo sea como era antes de que tú aparecieses. ¿Por qué tuviste que cruzarte en mi camino?

—Porque nací para ti y tú naciste para mí —declaró con una sinceridad que la dejó temblando—. Porque eso te ha hecho mi compañera hasta que la muerte rompa ese vínculo y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que no te arrepientas de lo que el destino decretó para nosotros.

—No creo en el destino, no creo en nada de esto —se exasperó.

—Entonces es una suerte que yo tenga suficiente fe para los dos, ¿no crees?

Sacudió la cabeza, estaba demasiado cansada para discutir con él. Todo lo que quería hacer era marcharse y que la dejase sola. No quería romperse delante de él.

—Vete a casa, Jeremy —murmuró perdiendo la batalla consigo misma—, por favor, márchate de una maldita vez.

—No me iré hasta que te explique detenidamente algunas cosas —se afirmó en su posición—. Tenemos una conversación pendiente, ¿recuerdas? Y este es tan buen momento como otro para llevarla a cabo.

Su cansancio se unió a la exasperación presente en su ánimo y estalló.

—¡No hay nada más de lo que tengamos que hablar!

—Oh, lo hay compañera —aseguró al mismo tiempo que se quitaba la camiseta y la tiraba sobre la cama—, empezando con este inesperado y temperamental matrimonio en el que nos he metido a ambos. Ahora, ¿puedes decirme dónde está el baño? Podemos seguir allí con esta discusión.

Parpadeó. Lo miró como si no acabase de decir la palabra que creía haber entendido.

—¿Matrimonio? ¿De qué narices estás hablando? ¿Has perdido la cabeza o qué?

Sus ojos se clavaron en los suyos y sintió de nuevo como su traicionero cuerpo respondía de inmediato ante el anhelo que veía en ellos.

—Sí, Cleopatra, matrimonio —repitió sin apartar la mirada o cambiar el tono de voz—. Estamos casados. En eso consiste el emparejamiento de mi raza. Una unión, un vínculo que une a un lobo con su pareja hasta que la muerte lo seccione con su guadaña.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, buscó en sus ojos la burla, la risa, cualquier cosa que desmintiese la veracidad que existía en sus palabras pero no lo encontró. Se atragantó, tragó compulsivamente y balbuceó.

—¿Matrimonio? Tú... tú... tu nos has... —jadeó, empezaba a quedarse sin aire al mismo tiempo que todo su cuerpo se encendía y no precisamente de deseo—. ¡Maldito hijo de puta! ¿Qué has hecho?

No pensó, ni siquiera sabía que tenía algo en las manos hasta que su viejo secador surcó volando la habitación amenazando con darle en la cabeza a ese mentecato si no se hubiese agachado. Sus buenas intenciones se fueron

por el desagüe, su paciencia se volatilizó y en su lugar quedó un único pensamiento; matar al lobo.

CAPÍTULO 14

—¡Suéltame! ¡Cabrón hijo de puta! ¡Cómo has podido! Cómo... apuff... te cortaré... arfff... los huev... ¡joder, cierra el puto... grifo...!

Su lobita era una gatita salvaje que no se callaba ni debajo del agua; literalmente. Después de evitar el secador, un cepillo, un cajón que extrajo de la cómoda y los zapatos, la había cogido, se la había echado al hombro y los metió a ambos bajo el grifo del agua fría.

—¡Maldito seas! ¡Cómo has podido! ¡Te voy a castrar! —se desgañitaba. Y sí, tenía unos magníficos pulmones—. ¡Joder! ¡Que el agua está helada! ¡Cierra el puto grifo!

No lo hizo, no era ella la que estaba al mando de la situación y ciertamente necesitaba relajarse un poco. Sin embargo, le concedió una pausa mientras regulaba el agua.

—¡Animal! ¡Perro rastrero!

Puso los ojos en blanco y escupió el mismo el agua que incidía sobre él procedente de la alcachofa de la ducha.

—Empiezo a cansarme de tus insultos, Cleo —le aseguró—, cualquiera diría que tienes un problema con el género canino. Todo un hándicap cuando eres veterinaria.

—¡Los perros tienen más inteligencia que tú, mentecato! —chilló debatiéndose entre sus brazos—. ¡Suéltame ahora mismo! ¡Te castraré! ¡Y lo

haré sin anestesia!

Un nuevo chorro de agua cayó sobre su cabeza impidiéndole proferir más insultos.

—Arff... hijo de... arg... —tosía y escupía mientras se revolvía con mayor afán—. ¡Espera a que te ponga las manos encima! ¡Eres perro muerto!

Y ese perro estuvo a punto de quedarse sin huevos cuando lanzó la mano en dirección a las queridas joyas de la corona.

—Perra irritable —siseó. Tiró de ella y la giró hasta lanzarla sobre su pierna extendida y apoyada contra el borde de la bañera, en esa posición no vaciló en dejar caer la mano contra el redondo culo femenino cubierto por el pijama verde de la clínica veterinaria.

—Loba mala —la zurró una segunda vez—. Eso no se hace y menos a tu compañero.

Sus gritos subieron de intensidad, empezó a patalear y gritar como si la estuviesen despellejando viva al tiempo que profería los más coloridos insultos.

—¡Hijo de perra! ¡Me has pegado! ¡Te arrancaré las pelotas! ¡Se las daré de comer al gato del vecino! —se desgañitaba—. ¡Cabrón!

Volvió a dejar caer la mano una vez más, con suficiente contundencia para arrancarle el aire y frenar sus gritos durante un segundo.

—¿Vas a comportarte y escuchar o sigo?

No solo no lo hizo, sino que siguió pataleando y armando tal escándalo que empezaban a dolerle los oídos.

—Cleo, por dios...

—¡Perro desgraciado! ¡Cómo te atreves a zurrarme! ¡Suéltame! ¡Te voy a castrar! ¡Yo te castro! —clamó a voz en grito, las palabras ya ahogadas por el esfuerzo que le imponía a la garganta—. ¡Mal nacido!

La aferró con fuerza y se limitó a apretarle el culo mientras se inclinaba

sobre ella.

—Cleopatra, estás montando una escenita de las que hacen época —le dijo en voz baja, tranquila—. Una niña de cinco años tiene más compostura que tú.

—¡Y una mierda!

El aguijonazo de dolor que le atravesó el muslo lo dejó pasmado, tanto que no se resistió cuando ella se revolvió para soltarse y cayó sentada dentro de la bañera. Jadeante, con el pelo chorreando cayéndole por la cara y los ojos y mejillas encendidas, era una auténtica loba furiosa.

—¿Me has mordido? —se encontró preguntándole.

Su respuesta inmediata fue limpiarse la boca con el dorso de la mano y escupir.

—Ahora ya estamos a mano, hijo de puta.

Se acuclilló e hizo una mueca cuando el pantalón le rozó la zona que ella había atravesado con sus dientes.

—Vuelve a ponerme la mano encima y te extirpo las amígdalas —siseó como lo haría un animalillo acorralado y dispuesto a atacar.

El aroma a miedo se mezclaba con la irritación y una malsana furia, en el actual estado en el que se encontraba ahora mismo su compañera era como un animal herido que no dudaría en luchar hasta la muerte.

Se obligó a relajarse y así obligarla a ella, utilizó su vínculo para transmitirle tranquilidad y bajó el tono de voz hasta dotarlo de suavidad y paz, pero no pudo evitar ocultar la diversión e incredulidad que le producía lo que acababa de pasar.

—Me has mordido, lobita.

La vio tragar, sus ojos lo miraban con detenimiento.

—Y volveré a hacerlo como no te largues ahora mismo, capullo.

Negó con la cabeza, un gesto lento pero firme.

—No voy a irme a ningún sitio, Cleo —aseguró apoyándose finalmente sobre las rodillas—, y mucho menos ahora. ¿Tienes idea de qué es lo que acabas de hacer?

Se lamió los labios y ladeó la cabeza.

—¿Transmitirte la rabia?

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Me has reclamado tú a mí —dejó que la hilaridad del asunto se filtrase a través de su voz—. Eres una auténtica caja de sorpresas.

—Y tú estás loco, como una jodida cabra —masculló ella, apartándose el pelo de la cara al tiempo que intentaba evitar el chorro del agua.

Chasqueó la lengua y se levantó, tirando de ella para incorporarla a su vez.

—¿Y lo dice la loba que me ha mordido a través del pantalón?

Se soltó de su agarre con tanto ímpetu que pegó un resbalón.

—Quieta, loba, no quiero que te rompas nada —la aferró contra su cuerpo evitándole la caída.

—¡Me estabas zurrando! —se quejó, empujándole una vez más—. ¡Y no soy ninguna niña!

Señaló lo obvio.

—Te estás comportando como tal, Cleo —aseguró sin quitarle la mirada de encima—. No quieres escuchar nada que no sea lo que a ti te interesa y las cosas no funcionan así, la vida nunca será de color de rosa.

—Es todo culpa tuya —le clavó el dedo en el pecho—. Tú me estás volviendo bipolar.

Sacudió la cabeza y extendió la mano para apartarle un nuevo mechón del rostro.

—Pues habla conmigo, déjame ayudarte a pasar por todo esto —le pidió—. Pequeña, esto tampoco es sencillo para mí, ni siquiera sé qué terreno

estoy pisando.

—No puedo más —declaró rompiéndose con un gemido—. No quiero esto. No quiero estar emparejada contigo, no quiero estar casada contigo... no quiero desearte y maldito seas, no puedo evitarlo.

Le acunó el rostro entre las manos.

—No tienes que evitarlo —le acarició las mejillas—, solo necesitas darle rienda suelta. Yo estoy justo aquí, dispuesto a darte lo que deseas porque es lo que yo también deseo.

—¿Por qué has tenido que aparecer en mi vida?

Le acunó el rostro.

—Porque el destino es un cabrón hijo de puta y me ha puesto en tu camino.

—Odio el destino.

—Yo también lo odiaba, hasta que me llevó hasta a ti —aseguró con sinceridad—. ¿Ahora? Solo estoy un poco... irritado. Mi compañera es como *Terminator*, pero en femenino.

La vio abrir la boca, entonces sus labios se curvaron en una renuente sonrisa.

—Eso es que no has visto a mi madre en estas mismas lides —suspiró y se dejó caer contra él, visiblemente agotada—. ¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Como consigues dejarme sin energía —musitó.

—Eres mi compañera —le susurró al oído—, y estoy aprendiendo qué teclas tengo que tocar.

Resopló una vez más, un sonido del todo femenino.

—¿Crees que ahora podríamos usar la bañera como una pareja civilizada?

Ella levantó la mirada e hizo una mueca.

—No somos pareja.

No pudo menos que señalar lo obvio.

—Yo cuento dos en esta bañera, eso nos convierte en una pareja.

Puso los ojos en blanco.

—Vete al infierno, poli.

—Justo detrás de ti.

Su mirada encendida era más de lo que podía soportar llegados a ese punto. Estaba caliente, desquiciado, la pelea lo había encendido y había despertado su apetito, la deseaba, la quería ahora mismo.

—Vas a ser una compañera de lo más interesante —murmuró más para sí que para ella—. No dejarás que me aburra.

—No seré nada tuyo —insistió ella—. ¿Por qué no te lo metes de una vez en esa cabezota?

Sonrió para sí, la recorrió de los pies a la cabeza y se relamió sin ocultar su deseo.

—Ya lo eres, Cleopatra —le cogió la barbilla y se la levantó—. Ya lo eres.

Bajó la boca sobre la suya y la sometió cuando reanudó la lucha. Esta vez no la dejó salirse con la suya, la doblégó, la sedujo hasta despojarla de toda esa capa de irritación y miedo que la ponía a la defensiva.

—Repito mi pregunta inicial, ¿compartimos la bañera?

Se lamió los labios hinchados por su beso, unos labios que quería volver a besar, mordisquear y succionar.

—Te odio, maldito lobo —gimió—. Puede que hayas ganado esta batalla, pero no la guerra.

Sonrió y bajó de nuevo sobre su boca.

—Ya eres mi prisionera, Cleo, eso me hace el vencedor de esta guerra.

CAPÍTULO 15

Desnuda. En la bañera. Y con él.

¿Había alguna forma de enredar todavía más las cosas?

Emparejada con un lobo. Algo, que según el hombre que la abrazaba dentro del agua era lo equivalente a un matrimonio en su raza. Así que, casada y sin haberse dado cuenta de que daba el sí quiero.

Bajó la mirada sobre los velludos muslos que asomaban fuera del agua e hizo una mueca al ver la marca de sus dientes sobre uno de ellos, le había hecho sangre.

Y, según él, además lo había marcado reclamándole también a su vez.

No entendía de la misa la mitad, pero estaba tan cansada que tampoco tenía ganas de ponerse a pensar en ello ahora mismo. Se había dejado llevar por sus besos, por su dominio sobre ella y le permitió que los despojase a ambos de toda ropa y preparase un baño de agua caliente para los dos.

Cleo se relajó contra el pecho masculino, cerró los ojos y se limitó a disfrutar de la sensación de la esponja que se deslizaba sobre sus brazos. ¿Había tenido Devon alguna vez ese tipo de atención para con ella? No. Su antiguo prometido y mejor amigo ni siquiera se duchaba con ella, recordó en el acto. ¿Cómo podía haber estado tan equivocada? ¿Cómo había podido llegar a pensar que una vida junto a ese hombre podía hacerla feliz?

¿Crees que una relación con este lobo sí podría? ¿Estás dispuesta a intentarlo y ver hasta dónde te lleva?

Apretó los ojos y le dio una patada mental a su ruidosa conciencia, el agua caliente empezaba a adormilarla, algo nada difícil después del estresante

día que había padecido.

—¿Tienes fuerzas como para levantar los brazos?

La voz masculina la espabiló o quizá lo hizo el sentir su aliento y sus dientes mordisqueándole la oreja.

—No tengo fuerzas ni para levantar los párpados.

—Pobre lobita —le besó un punto debajo de la oreja al tiempo que le levantaba el brazo y deslizaba la esponja sobre él. Hizo lo mismo con el otro miembro y finalmente descendió por la parte frontal de su pecho, acariciándole los senos, el estómago y entreteniéndose con su ombligo—. Estás desmayada de cansancio.

Se encogió ante las cosquillas que le provocaba su tacto y no le pasó por alto la dura erección que sentía presionándose contra las nalgas. Se lamió los labios involuntariamente y se removió conteniendo un gemido ante la perspectiva de ese duro miembro alojándose en algún momento entre sus piernas.

Sí, había perdido la cabeza por completo. No hacía cosa de quince minutos le estaba lanzando de todo a la cabeza y amenazándole con extirparle quirúrgicamente los huevos y ahora no deseaba otra cosa que el que utilizase precisamente esa parte de su anatomía para proporcionarle placer.

—Pelear contigo agota todas y cada una de mis energías.

Las manos masculinas se deslizaron de nuevo sobre su cuerpo hasta acunarle los pechos.

—Veamos si puedo hacer que encuentres alguna reserva —murmuró acariciándole los pezones con los pulgares. Le rodeó los pechos con las manos, se los amasó y extrajo de su garganta toda clase de suaves y eróticos sonidos que no sabía ni que tenía en su repertorio. La sensación de sus manos sobre su sensible carne era indescriptible y la calentaba con una facilidad pasmosa. Apretó los muslos y se mordió el labio inferior evitando emitir un

agudo jadeo, podía sentir ese sordo pulsar entre las piernas y como su piel se encendía buscando más.

—No los contengas —le susurró al oído mientras torturaba los duros botones—, me gusta oírte gemir, es un sonido de lo más erótico para mis oídos.

Restregó la cabeza contra su hombro y estiró los brazos hacia arriba con pereza hasta hundir los dedos tras su cuello, acariciándole el pelo.

—Creo que no volveré a ver esta bañera del mismo modo —murmuró.

Él se rio y le mordisqueó el cuello.

—Cuando termine contigo, seguro que no.

Gimió bajo sus caricias, se estiró y restregó como una perezosa gata en su regazo y cada vez que ese duro miembro se restregaba contra sus nalgas sentía como su sexo se humedecía e hinchaba más.

Si tan solo descendiese las manos por su cuerpo y la acariciase más íntimamente.

«Dime qué es exactamente lo que deseas».

—Que me acaricies...

«Lo estoy haciendo».

Sacudió la cabeza contra su cuerpo y arqueó la espalda.

—No... más... más abajo.

«¿Cómo de abajo?».

Gimió y se estremeció, apretó los muslos y se lamió los labios.

—Desciende y te lo diré.

«Eres una dura contrincante».

Sonrió para sí y retorció cuando una de sus manos se deslizó por entre sus pechos, las yemas de los dedos le hacían cosquillas al descender por su estómago y girar entonces alrededor de su ombligo.

«¿Estoy lo suficiente abajo?».

Negó con la cabeza.

«*Más*».

Su mano vaciló entonces, pero fue cosa de unos segundos, al instante sintió su boca sobre el hombro, lamiéndola mientras sus dedos descendían acariciándole los recortados rizos del pubis para hundirse bajo el agua y entrar en directo contacto con su hinchado sexo.

«*¿Estás caliente por mí, Cleo? ¿Estás húmeda y caliente?*».

No contestó, no quería decir la verdad, confesar que ardía cada vez que la tocaba, que se moría por que la acariciase con los dedos, que jugase con ella y la hiciese gritar de placer. Apretó los labios con fuerza para evitar que las palabras emergiesen por sí solas.

«*No te diré que me pones caliente y lo que deseo de verdad*».

«*No hace falta que me lo digas con palabras, amor, puedo notar las palabras borboteando en tu mente y la forma en que tu cuerpo contesta por si solo*».

Abrió los ojos de golpe y giró la cabeza solo para abrir la boca en busca de aire cuando se sintió penetrada por un duro y largo dedo.

—Gracias por tan inesperado regalo, Cleo —murmuró y se inclinó para besarla en los labios—. Nunca encontré tan erótica e íntimo el contacto como contigo, ahora entiendo por qué algunos lobos emparejados dicen sufrir dolor de cabeza cada vez que sus compañeras se cuelan en su mente.

Parpadeó intentando centrarse en sus palabras, pero todo lo que podía notar era el placer creciendo en su interior.

—Me encanta tu aroma —continuó enterrando la nariz contra su oreja para luego aspirar—, tu sabor a chocolate y vainilla, la suavidad que encuentro debajo de mí o encima, como ahora —le mordisqueó la piel—. Me muero por tenerte de nuevo, quiero enterrarme completamente en tu interior, levantarte y sentir cómo te deslizas sobre mí, cómo me aferras y te retuerces

mientras gimes.

Sí, sí, sí, sí.

Lo escuchó reírse, un sonido claro y erótico que la estremeció e hizo que se mojase incluso más.

—Veo que compartimos el mismo espíritu aventurero, compañera —se rio entre dientes—. ¿Es lo que deseas, Cleo? ¿Quieres montarme? ¿Quieres sentirme todo el camino en tu interior?

Se estremeció.

—Ahora mismo me conformo con que sigas haciendo lo que estás haciendo —gimió ante la nueva invasión que expandió su húmedo canal cuando unió un segundo dedo al primero—. Aunque no me opondré a esos pequeños cambios... ¡oh señor!

La sensación de sus dedos entrando y saliendo de su hinchado y necesitado sexo unido al jugueteo de sus manos sobre uno de sus pezones empezaba a volverla loca. Podía notar todavía la dura erección cada vez más grande contra sus nalgas, cada pequeño roce y frotación hacía que salivase y convirtiese sus previas palabras en eróticas imágenes en las que se veía a sí misma haciendo precisamente lo que había sugerido.

—Me estás apretando —ronroneó en su oído—, estás muy excitada, ¿en qué estás pensando?

—En lo que me has dicho... ¡oh, joder! ¿Acabo de decir eso en voz alta?

Se rio una vez más y le lamió el cuello.

—Sí, lo has hecho —aseguró con voz profunda, erótica y sexy—. Y me ha gustado escucharlo.

Sin previo aviso retiró los dedos de su interior dejándola con una sensación de abandono que la ahogó.

—No...

—Shh —le acarició la oreja con los labios—. Estoy aquí, no voy a irme a ningún sitio.

Consiguió meter un poco de aire en sus pulmones, suficiente para respirar de nuevo antes girar el rostro y encontrarse con esos ojos enigmáticos y lupinos.

—Tus ojos...

Asintió y le besó la mejilla.

—Sigo siendo yo —murmuró—, el lobo está en la superficie, te siente, te huele, eres tan suya como mía...

Tragó y se tomó unos instantes para recrearse en esos ojos.

—Somos tuyos, Cleo, completamente.

Se lamió los labios y se inclinó para encontrar su boca, inició el beso pero pronto dejó que él se hiciese cargo, le gustaba que llevase la voz cantante, le gustaba la forma en la que la enloquecía y hacía que se olvidase hasta de su propio nombre.

—Te deseo —escuchó su propia voz—. Quiero tenerte... por favor.

Sus dedos le acariciaron el pezón una última vez y descendieron por su cuerpo hasta sentir cómo se clavaban en su cadera, la aupó sin visible esfuerzo, la instó a echarse hacia delante y pronto sintió la punta de su pene abriéndose paso a través de sus húmedos pliegues.

—Baja despacio —gruñó con esa voz profunda que le provocaba toda clase de escalofríos.

Se mordió el labio y contribuyó a la tarea descendiendo sobre él, permitiéndose tomar el control y detenerle cuando su tamaño se hacía demasiado grande o notaba alguna clase de molestia.

—Shh, despacio, lobita, no hay prisa —empezó a besarle la espalda, dejó besos sobre su columna mientras sus manos seguían sosteniendo la mayor parte de su peso.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un agudo gemido cuando lo sintió alojado por completo en su interior, sus testículos rozándole el culo.

—Oh dios mío. Jeremy.

Las fuertes manos abandonaron sus caderas para encargarse de sus pechos y volver a jugar con sus pezones.

—Móntame —le dijo acariciándole una vez más el oído con la boca—. Busca lo que necesitas.

Se mordió el labio y cubrió las manos con las suyas necesitando repentinamente de ese contacto.

—Tranquila, tómate tu tiempo —le mordisqueó el cuello, cogió sus manos entre las suyas y las afianzó a ambos lados de la bañera—. Así, ahora tienes un punto de apoyo.

Volvió a colocar las manos en sus caderas y la empujó, instándola a apoyarse sobre las rodillas y así controlar mejor la penetración.

—¿Necesitas ayuda? —ronroneó. Le mordisqueó la piel y encendió el fuego que ya crepitaba en su interior.

Se giró lo justo para mirarle y sintió hambre, un hambre apabullante y que lo consumía todo. Se le hizo la boca agua y se encontró deseando que la besara, que la devorara.

—Jeremy...

Él captó el mensaje al instante, se inclinó hacia delante empujándose más en su interior y poseyó su boca al tiempo que la instaba a levantarse.

«*Arriba. Con suavidad. Así*».

Lo sintió retirarse de su interior, abandonar su sexo a medida que se levantaba solo para sentirlo de nuevo al caer sobre él. Lentamente, buscando el punto justo en el que el placer se hacía cada vez más creciente impuso su propio ritmo y empezó a cabalgarlo. Disfrutó inmensamente del poder que él le concedía, de su propio poder, del placer que le proporcionaba y que ella le

daba a su vez. Ver sus ojos oscuros, los labios entreabiertos y esa desnuda hambre en su mirada la dejaba cada vez más hambrienta.

«Únete a mí, lobita». Esta vez fue consciente de su voz en su mente.
«Ven a mí, entrégate a mí, Cleo, déjame tenerte».

Sin necesidad de palabras, cambió de posición, dejó de darle la espalda para montarle ahora de frente y rodearle con los brazos, se empaló en su duro sexo y disfrutó con la posesión, dejó que la aferrase de las caderas y fuese él quien instaurara su propio ritmo, quería que la follase, que la poseyese tan profundamente que no pudiese pensar en nadie más que en él.

«No hay nadie más para ti. Mientras yo viva, mientras ambos vivamos, seremos el uno para el otro».

—Solo nosotros.

Asintió y capturó su boca, unió su lengua y jugó con ella mientras el orgasmo se iba construyendo poco a poco, buscando alcanzar el punto más álgido dónde ya no importaba nada excepto el placer.

—Solo nosotros, mi pequeña y dulce loba —susurró en sus labios—. Solo nosotros dos.

Asintió mentalmente y se dejó llevar, dejó que su cerebro se desconectase por completo y se limitó a disfrutar del placer que encontraba en los brazos de ese fogoso lobo, el único, comprendió con incipiente temor, se había hecho dueño de su corazón.

CAPÍTULO 16

El timbre.

Tenía que ser una broma. Una jodida pesadilla. Se incorporó de golpe en la cama, la sábana resbaló de sus pechos desnudos y tuvo que entrecerrar los ojos para no quedarse ciega ante la luz que entraba por la ventana; se había olvidado de correr las cortinas.

El sonido persistía, siseó en voz baja y contempló el magnífico cuerpo masculino totalmente desnudo e inconsciente a su lado. Jeremy sabía cómo zanjar una discusión y dejar claro su punto de vista y lo había hecho varias veces a lo largo de toda la noche.

Resopló, abandonó la cama y se puso a la carrera una camiseta y unos pantaloncitos de felpa, se envolvió en la bata y atravesó el pasillo hasta el recibidor.

—Quieres hacer el favor de dejar de tocar el maldito timbre, seas quien... —abrió la puerta—... seas.

—Hola Cleo.

Las palabras que colgaban de sus labios un segundo antes se esfumaron, parpadeó varias veces y se cercioró de que la persona que estaba contemplando al otro lado de la puerta estaba ahí de verdad.

—¿Puedo pasar?

Devon Connors, su ex prometido, permanecía en el umbral de la puerta.

Vestido con un exquisito y caro traje de chaqueta y corbata, parecía incluso más bronceado de lo que lo había visto en toda su vida, llevaba el pelo como siempre, con ese look desordenado y moderno que le gustaba tanto, pero eran sus ojos los que contenían algo distinto, una expresión que no había visto nunca antes en él; vergüenza.

Respiró profundamente, dio un paso atrás invitándole a pasar al recibidor y cerró a toda prisa la puerta que conectaba este con el resto de la casa.

—¿Qué quieres?

Él se tomó unos instantes en estudiar el lugar, no hizo comentario o mueca alguna, pero tampoco era necesario; le conocía demasiado bien para saber qué opinaba.

—Quería saber si te llegó la invitación que te envié.

Enarcó una ceja ante la directa pregunta.

—Si te refieres a una invitación de boda, sí, me llegó —contestó cortante—. Como para no hacerlo, dado que sabes dónde trabajo.

Um... seguía cabreada, mala señal. A estas alturas debería importarle una mierda lo que hacía o dejaba de hacer ese hombre.

—Un detalle un tanto... peculiar, si me permites la palabra —continuó sin detenerse—. No sé yo cómo le sentará a tu... prometida, que invites a su boda a tu ex.

Dio un paso adelante con el brazo extendido y ella lo esquivó, creyó oír un gruñido a su espalda y se giró para mirar pero no había nada.

—Sé que no debería haberlo hecho, sé que tienes que sentirte herida y lo lamento, lo lamento muchísimo, Cleo —aseguró realmente compungido—. He hecho las cosas mal desde el principio. Tendríamos que haber sido sinceros el uno con el otro, te estimo muchísimo, te quiero... quizá no como debería haber sido, pero te necesito. Has sido mi amiga durante toda la vida,

una parte de mí y ahora que te he perdido... es difícil de explicar. Necesito que sigas ahí para mí, yo quiero seguir ahí para ti...

¿Seguía durmiendo y esto no era más que un rocambolesco sueño o su ex estaba de verdad en el recibidor de su casa arrastrándose como una babosa? Sacudió la cabeza y contempló al hombre al que una vez creyó amar, del que se creyó enamorada. ¿Lo estuvo alguna vez?

—No —murmuró en voz alta dando respuesta a su propia pregunta—. La verdad es que no es culpa de uno solo, ambos metimos la pata hasta el fondo y ahora solo queda pasar página y seguir adelante con nuestras vidas. Tú lo estás haciendo...

—Ella no es tan importante para mí como lo fuiste tú, como lo sigues siendo —la sorprendió con tal afirmación—. La quiero o por lo menos, creo que la quiero. Nos llevamos bien en la cama, es de mentalidad abierta pero... sigo necesitando a mi mejor amiga.

Se pasó la mano por el rostro y soltó una pequeña risita.

—No has cambiado lo más mínimo —murmuró—, sigues siendo el mismo crío que no sabe lo que quiere, que prefiere que otros decidan por él... No, Devon, yo me apeé de ese tren y ahora veo que lo hice justo a tiempo. Casarme contigo habría sido el peor error que podría haber cometido en toda mi vida.

—Cleo...

Levantó ambas manos e hizo una mueca de desgana.

—Te devolvería la invitación, pero la tiré a la basura —aseguró sin más—. No tengo intención de ir a tu boda, pero te deseo lo mejor. De verdad que sí.

No esperó, volvió a la puerta principal y le dijo sin necesidad de palabras que esa conversación había terminado y que era hora de que se fuese.

—Gracias por tu visita, pero te agradecería que no vuelvas a repetirla

—declaró con firmeza—. Ya no hay espacio en mi vida para alguien como tú.

Se mantuvo estoica, vio cómo sus palabras le habían herido y durante un breve instante quiso retractarse y disculparse, pero no podía. Ya no era la misma mujer que había sido, curiosamente, las últimas cuarenta y ocho horas le habían dado una perspectiva totalmente nueva, una en la que tenía que pensar en profundidad.

—Adiós, Devon —lo despidió.

Él salió por la puerta y se detuvo un último instante.

—Lamento haberte dejado marchar, Cleo —murmuró—. Solo ahora me doy cuenta de lo mucho que lamento haberte dejado marchar.

Cerró la puerta tras de sí y fijó la vista en la puerta entreabierta del pasillo, entrecerró los ojos y frunció el ceño cuando creyó ver una sombra peluda.

—¿Jeremy?

Cruzó el breve recibidor y abrió pero allí no había nadie, siguió hasta la habitación y le encontró todavía durmiendo a pierna suelta.

—Sigues durmiendo —hizo una mueca y se rio—. Supongo que eres de los que no se enterarían ni aunque les cayese la casa encima durante un terremoto.

Dudó entre volver a la cama con él o dirigirse a la cocina. En algún momento de la erótica y larga noche que habían pasado retozando entre las sábanas, le había conseguido arrancar la promesa que se tomaría ese fin de semana libre y lo acompañaría a casa.

Sacudió la cabeza, cerró la puerta del dormitorio y se dirigió a la cocina para empezar la mañana con un café. Lo necesitaba después del brusco despertar que acababa de tener.

CAPÍTULO 17

Nebraska era una zona encantadora si te gustaban los amplios pastos, las granjas o ranchos aislados y hacer largos viajes en coche cada vez que querías salir de la ciudad. Estaba también el pequeño asunto de los tornados, un hándicap que parecían pasar por alto tan solo el ganado y los lugareños acostumbrados como estaban a los repentinos cambios de clima.

Era casi medio día cuando por fin atravesaron Pine Creek y enfilaron por el camino que llevaba al rancho que poseía Jeremy, tras casi seis horas de viaje no veía la hora de llegar y poder estirar las piernas.

¿Qué hacía allí? ¿Por qué había accedido a acompañarle? ¿Por qué había dejado que se saliese con la suya? Un sinfín de preguntas a las que no había dejado de darle vueltas desde el mismo momento en que se encontró sentada en el asiento del copiloto. Una vez más el sexo con ese hombre había causado estragos en su cerebro, no había otra manera de explicarlo.

La había convencido para cerrar la clínica cuatro días con la excusa de que su becaria necesitaba tiempo también para reponerse. Se preguntó cómo estaría llevando Brenda, si sería capaz de manejar lo que había ocurrido, si recordaría siquiera el episodio o lo consideraría un jodido sueño. Jeremy y su gente la habían enviado a casa todavía inconsciente, la habían metido en la cama como si ese día jamás se hubiese levantado, permitiéndole imaginar que nada había pasado y que se trataba de un sueño.

Ojalá hubiesen podido hacer lo mismo por ella.

—Bienvenida al rancho Nebraska Wolf—la voz de su acompañante la sacó de sus cavilaciones. Siguió su mirada y a punto estuvo de perderse el

arco de hierro que presidía el camino que llevaba a alguna especie de casa situada como a medio Kilómetro de distancia—. En cuanto llegemos podrás estirar las piernas.

—Algo que sin duda agradeceré —aseguró mirando por la ventanilla. A pesar de que habían hecho un par de paradas para repostar o ir al baño, el viaje se le hacía demasiado largo.

Y sin duda todo es culpa de ese imbécil.

¿Cómo se había atrevido a presentarse en su casa? ¿Por qué ahora? Y por encima de todo, ¿por qué le había afectado tanto su visita y sus palabras?

Miró a Jeremy de reojo, permitiéndose contemplar su perfil y enseguida sintió cómo todo su cuerpo cobraba vida, ese hombre era capaz de encenderla con tan solo su presencia, un virtual desconocido con el que había compartido en dos días más de lo que había dado a nadie en toda su vida. Él era todo lo que no era Devon. No se andaba con subterfugios, no esperaba que tomase las decisiones que él no era capaz de afrontar, la trataba con ternura y sin perder por ello su esencia dominante y era directo, tanto que no le suponía problema alguno decirle y mostrarle quién y qué era.

Y el sexo, ese hombre era capaz de llevar esa palabra a otro nivel, le gustaba jugar y maldito fuera, empezaba a descubrir que a ella también.

Le gustaban muchas cosas de ese hombre, cada pequeña cosa que descubría la atrapaba un poco más. ¿Amor a primera vista? ¿A primer polvo? ¿Existía algo así? Era un completo desconocido, lo poco que sabía de él era lo que había visto esos últimos días y a pesar de ello...

«Te has enamorado de él hasta las trancas y no quieres que siquiera sospeche que él se ha adueñado de ese corazoncito que late en tu pecho».

¿En qué punto exacto de las últimas cuarenta y ocho horas había ocurrido eso? ¿Cómo podía nadie enamorarse así? No lo conocía, ni siquiera sabía si tenía cadáveres en el armario.

«¿E importa eso cuando se te caen las bragas solo con verle?».

—Mierda —musitó sin poder evitarlo.

La mirada masculina voló hacia ella.

—¿Ocurre algo, lobita?

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Guardó silencio y no esperó ni a que apagara el motor al detenerse delante de una enorme casa de piedra y madera para bajarse del coche.

—¿Cleo? —la llamó tras apagar el motor y abrir la puerta de su lado.

—Necesito estirar las piernas, no aguanto más —murmuró cerrando la puerta para luego flexionar las rodillas y dar unos pocos pasos de un lado a otro mientras admiraba la construcción que se levantaba delante de ellos.

—¿Solo se trata de eso?

Lo miró de reojo y se encogió de hombros.

—¿Qué más podría haber? —Le restó importancia y señaló la edificación—. Impresionante y poco corriente para la zona.

Él ignoró la casa y la contempló con esa intensidad que la ponía nerviosa y caliente a partes iguales.

—Si hay algo que te molesta prefiero que me lo digas a tener que andarnos con adivinanzas —fue rotundo en su respuesta.

Se apoyó en el coche y lo miró.

—Lo tendré en cuenta.

Sacudió la cabeza y le tendió la mano.

—Vamos, te enseñaré la cama y veremos si alguien nos ha dejado algo en la cocina para comer —la llamó con los dedos—, no sé tú, pero yo me muero de hambre.

Miró su mano y luego la casa de doble planta con balcones, ventanales, porche de madera y tejado de dos aguas que formaban una rústica y bonita construcción acunada por algunos árboles alrededor.

—Los sherifs no llegarán hasta media tarde al menos —comentó mirando el reloj—. Eso nos dejará tiempo para comer, enseñarte la casa y dejarte instalada.

—¿Los sherifs?

Le había hablado del motivo por el que necesitaba volver con tanta premura al rancho, el centro neurálgico de su manada. Los recientes acontecimientos en la clínica y el ataque contra Santana era lo suficiente importante para que quisiera tener una reunión de urgencia con algunos compañeros.

—Los alfas de los territorios colindantes al mío —explicó y le cogió la mano, enlazando sus dedos para impedirle soltarse—. El chico que se coló en tu clínica e hirió a Santana, podría muy bien ser parte de algo más grande... una célula o algo así.

—¿Cómo puedes saber...?

—Santana me puso al corriente al despertar —explicó llevándose su mano entrelazada a los labios para besarle los dedos—. Me llamó tan pronto recuperó la conciencia para ponerme al corriente.

—Pero él... es un lobo... quiero decir, no estaba... bueno... como tú ahora. —¿Estaba balbuceando? Fantástico.

Sonrió de medio lado.

—Los Alfas tenemos un vínculo común que nos permite comunicarnos en cualquiera de las dos formas.

—Entonces, también puedes hablar con él de mente a mente —se tocó la sien con el dedo índice—. ¿Cómo tú haces conmigo?

—No exactamente, pero sí —respondió paciente—. Lo que tú y yo tenemos se crea a partir del emparejamiento. Es algo único, solo para ti y para mí, con el resto de la manada y otros clanes existe un vínculo común, entre los alfas, bueno, digamos que tenemos un código particular, una extensión...

telefónica... solo nuestra.

—Alfas —repitió la palabra asumiendo lo que eso significaba—. ¿Cuántos sois?

—En Norteamérica, uno por cada región —le dijo y tiró de ella, la rodeó por la cintura y la instó a caminar hacia la entrada—. Vamos, te explicaré lo que deseas saber mientras comemos. Estoy famélico.

Miró la casa una vez más y con cada paso que daba hacia ella empezó a sentirse agobiada, el nerviosismo que venía acumulando desde esa mañana emergió y se encontró soltándose de su agarre para detenerse ante la breve escalera que llevaba al porche.

—No puedo.

—Cleo —su voz era firme pero cálida, no había censura o impaciencia—. Habla conmigo. No puedo ayudarte si no sé qué es lo que te perturba. Y algo lo hace, lobita.

Levantó la mirada y se encontró con la suya.

—¿Se trata de él? ¿Es por la visita que recibiste esta mañana?

Abrió la boca y volvió a cerrarla, notó cómo el calor inundaba sus mejillas e incluso se sintió avergonzada como si hubiese hecho algo malo.

—Pensé que estabas durmiendo.

Le indicó las escaleras y la invitó a sentarse, haciendo él lo mismo.

—Me despertó el timbre y, cuando dejaste la cama, me espabilé de todo —comentó tomando asiento—. Cuando te di los buenos días, prácticamente huiste de mí. Has estado distante y arisca, pero sobre todo muy silenciosa durante todo el viaje.

Ladeó la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Escuchaste también la conversación? —preguntó. Después de todo, había escuchado la que tuvo con sus progenitores. Ese hombre tenía un oído finísimo.

Se encogió de hombros pero no lo desmintió.

—Soy un lobo, recién emparejado y mi compañera recibe la visita de un hombre que además es su ex —enumeró—. No iba a dejarte sola con él. Escuché la conversación sí, después de todo, no estaba tan lejos.

Entrecerró los ojos y lo miró acusador.

—Así que no me imaginé lo que vi —lo reprendió—. Esa sombra peluda...

Se encogió de hombros.

—Es algo que no puedo evitar —refunfuñó—. Tendrás que tener paciencia conmigo en ese sentido, al menos durante algunas semanas hasta que esto se asiente y no me entren ganas de morder los tobillos de alguien por estar cerca de ti.

Un ligero estremecimiento la recorrió pero no podía decir si era de placer o extrañeza ante tal admisión.

—Estás celoso.

Enarcó una ceja.

—¿Y te sorprende? —señaló lo obvio—. Eres preciosa, tienes un cuerpazo que dan ganas de pegarte un mordisco, eres ingeniosa y aunque tienes un genio de mil demonios, hay dulzura por ahí escondida. Eres mi loba y no me gusta que nadie te coma con los ojos. Eso es exclusivamente cosa mía.

Parpadeó ante la sincera y chulesca admisión.

Nena, que te lo envuelvan para llevar. ¡Nos lo quedamos!

—Gracias —murmuró sin saber muy bien cómo reaccionar ante una declaración semejante. Al contrario que Jeremy, Devon nunca había sido tan contundente. No solía decirle que la encontraba atractiva, ni que la deseaba, si le decía algo es porque se lo preguntaba previamente. Al principio pensó que al ser amigos durante tanto tiempo, esas cosas ya dejaban de tener importancia, pero ahora que lo decía su amante, comprendía que lo había

echado de menos, que había necesitado que le dijese de vez en cuando que era atractiva para sentirse así.

Se encogió de hombros como siempre que descartaba algo que para él no tenía la menor importancia.

—No he dicho más que la verdad.

Sí, eso era lo que había hecho.

—Entonces, ¿qué es lo que has escuchado? —preguntó, volviendo a la cuestión anterior.

—Yo sé lo que escuché, pero quiero que me cuentes lo que has escuchado tú —la invitó a ello—. Quiero entender el porqué de tu pena, de ese resentimiento que oí en tu voz y que nada tenía que ver con el dolor de perder a alguien amado. No lo quieres, no al menos como hombre y sin embargo, te duele y quiero entender el porqué.

—No puedes saber...

—Lo sé, lobita —insistió—. Eres mi compañera. Sé más de lo que imaginas. Pero soy un hombre paciente y no es de eso de lo que tenemos que hablar ahora.

Suspiró. Tenía que aparecer un jodido lobo en su vida para que empezase a ver las cosas con perspectiva y claridad.

—Háblame, Cleo —la empujó—. Quiero entenderlo.

Se lamió los labios.

—Él... él siempre... su madre y la mía... —sacudió la cabeza, respiró profundamente y empezó de nuevo—. Devon y yo crecimos juntos, nuestras madres eran muy amigas. Mis padres se mudaron, yo cambié de colegio y aunque Patricia y mi madre mantuvieron el contacto, nosotros no volvimos a coincidir hasta la universidad. Decidimos alquilar un piso a medias, nos conocíamos bien, éramos como hermanos, primos o algo así. Pero entonces, en una fiesta de la fraternidad de unas compañeras, bebí demás y... sin saber

cómo terminamos acostándonos.

»»Lo más grave de todo es que creo que ambos sabíamos que lo nuestro no iba a funcionar, no de la manera en que debía hacerlo —murmuró, recordando esa sensación, las dudas y el rechazo que sintió en primera instancia cuando le pidió que se casara con él—. Cuando me pidió matrimonio, nuestros padres se alegraron tanto que solo nos convencimos a nosotros mismos de que eso era lo que debíamos hacer. Yo tenía dudas, de algún modo, esas dudas siempre han estado allí... Y el día en que volví a casa un poco más temprano de la clínica, cuando abrí la puerta y me encontré con aquella tetuda y con él... entendí también que era algo que llevaba tiempo esperando que sucediera.

»»Estaba a punto de salir por la puerta, ya había hecho mi maleta y me detuvo, me dijo que todavía quería casarse conmigo. Que yo necesitaba alguien que me cuidase y que él todavía quería ser quien lo hiciera, pero que tenía que comprender que necesitaba más de lo que había tenido conmigo —hizo una mueca—. Experiencias de las cuales ya llevaba disfrutando desde hacía tiempo.

Echó la cabeza atrás y resopló.

—Seis meses después de romper toda relación con él, me llegó una invitación de boda —resopló—. ¡Una jodida y estúpida invitación! Esa es su manera de decirme que a pesar de todo quiere que yo siga siendo su amiga, su apoyo, su confidente tal y como lo había sido hasta ese momento. La ignoré, estaba enfadada, no podía creer que tuviese el atrevimiento de hacerme eso, no podía creer que él hubiese superado en pocos meses lo que a mí todavía me estaba costando superar.

»»Entonces, cuando apareció en mi puerta esta mañana, no sentí nada de eso —aseguró y lo miró a los ojos—. Estaba convencida de que si volvía a verlo, querría arrancarle los ojos, querría decirle que era un capullo, que me

había hecho daño... y sin embargo todo lo que sentí fue... nada. Vino para decirme que seguía queriéndome, que me necesitaba como siempre, pero ambos sabemos que ese cariño no es amor. Era preocupación mutua, amistad, camaradería propia de dos personas que han pasado gran parte de su vida juntas, pero no amor.

»»Cuando lo vi allí en la puerta, sabiendo que tú estabas en la habitación, no me sentí culpable, solo aliviada —confesó—. Me di cuenta de que no estaba enfadada porque le quisiera y me hubiese dejado por una tetuda o porque me hubiese puesto los cuernos. Lo estaba porque había perdido a mi mejor amigo, a la única persona que siempre me había apoyado, mi compañía constante. De repente me encontré sola y era más sencillo culparle a él que reconocer que yo misma estaba equivocada y que lo que había pasado fue lo mejor que podía haberme pasado.

Suspiró e hizo una mueca.

—A pesar de todo, sigo pensando que es un auténtico capullo, que no debió hacerme lo que me hizo. Creía que entre nosotros había confianza y él me la negó —se encogió de hombros—. La invitación a su nueva boda fue la gota que colmó el vaso, como decirme: Mira, yo sí soy capaz de seguir adelante y no te necesito. La verdad, no creo que esos dos duren mucho. Devon no es así, no sabe comprometerse, dejan que otros lo hagan por él y cuando no puede, huye o culpa a los demás.

Lo miró y se lamió los labios.

—Estoy enfadada con él por haber desperdiciado gran parte de mi vida, pero no porque lo quisiera —aceptó con sinceridad—. Solo quería encontrar a alguien que me quisiera a mí por encima de todo, que fuese lo suficiente importante como para que deseara conservarme. Es un pensamiento egoísta, pero, es lo que yo haría si encontrase a alguien... es... lo que haría.

—Ya has encontrado a ese alguien, Cleo —le apartó un mechón de pelo

de los ojos—. Y ese alguien no va a dejarte marchar, ¿no entiendes? Un lobo, cuando se empareja, se empareja de por vida.

No pudo evitar gemir ante sus palabras y lo que estas significaban.

—Y eso es precisamente lo que me da miedo, Jeremy —confesó por primera vez—. Porque yo tampoco deseo que lo hagas. Y eso es una locura. Te conozco desde hace dos días y... y no sé nada de ti. No sé qué es lo que ves en mí, no sé si sería lo mismo sin todo este asunto del emparejamiento. No sé si me deseas por alguna cosa de lobos o por mí. No sé si yo podría... —sacudió la cabeza perdiendo las fuerzas para decirle lo que sentía, que tenía miedo de quererlo—. ¿Qué demonios ves en mí? ¡Ya has visto que soy un desastre con patas!

Él se rio, pero no notó mofa hacia su persona o lo que le había dicho.

—Veo a una mujer que me gusta, a la que estoy descubriendo poco a poco, a quién he deseado desde el primer momento en que la olí, con quién me gustaría seguir descubriendo cosas y a quién quiero por lo patosa, respondona, marimandona y chillona que se pone a veces —le dijo sin más—. Eres mi compañera, te he estado esperando toda la vida, Cleo. Sí, es posible que gran parte de esta atracción venga por mi lobo, pero eso solo ha sido la excusa perfecta para conocernos, para acercarnos, todo lo demás es lo que ambos estamos dando. Soy yo y no el lobo el que está descubriendo cómo te gusta dormir, de qué lado, qué te irrita, qué te produce alegría y son esas pequeñas cosas las que hacen que me esté enamorando cada vez más de ti.

Lo miró sin saber qué decir.

—Te quiero, lobita, pero creo que mañana podré quererte incluso más —le dijo con esa apabullante sinceridad que la desarmaba.

—No... no sé qué quieres que diga.

Estaba perdida, de mil maneras distintas, estaba perdida frente a él, frente a sus sentimientos.

Le posó la mano sobre la rodilla y se inclinó sobre su rostro.

—No tienes que decir nada que no sientas, Cleo y eso, ya lo haces a las mil maravillas —le guiñó un ojo y se levantó—. Por ahora, solo concédete a ti misma la oportunidad de conocerme. Deja que te enseñe quién soy, que te muestre mi mundo y lo que puedes encontrar en él.

Bajó los ojos y se miró sus propias manos.

—¿No quieres una declaración o algo?

Notó sus dedos levantándole la barbilla y sus ojos hicieron contacto.

—Hay dos palabras que me encantaría escuchar de tus labios —le acarició el inferior con el pulgar—, pero hasta ese momento, me conformo con tenerte.

«Ya me tienes».

Lo vio ladear la cabeza y comprendió con vergüenza que acababa de decir eso mentalmente, un pensamiento que él había captado a la perfección.

—Lo que quiero decir es...

Le cubrió los labios con un dedo, silenciándola.

«En ese caso, amor, te conservaré».

—Y ahora, ¿me acompañas dentro?

La pregunta llegó acompañada de su mano extendida.

—De verdad, me estoy muriendo de hambre —insistió con gesto quejumbroso—. Me muero por un chuletón poco hecho. ¿Te gustan los chuletones de ternera?

Hizo una mueca al pensar en ese pedazo de carne roja a la parrilla.

—Nada de carne cruda para mí, gracias —hizo una mueca—. ¿De verdad comes eso?

Sonrió de medio lado y enlazó su mano para levantarla de golpe-

—Me gusta la carne poco hecha —aseguró jovial—. Pero si no te gusta algo así, mejor que nunca veas qué como... en forma lupina.

—*Puaj*, espero que te laves los dientes después de terminar.

Las carcajadas la acompañaron a lo largo de un rápido recorrido por la planta principal de la casa que los llevó a la cocina. El aroma de la carne a la brasa tiró de Jeremy como si lo hubiesen pillado con un anzuelo y los llevó a encontrarse con Jim apoyado con los brazos cruzados en el umbral y un par de mujeres de alrededor de los cincuenta que trajinaban entre fogones.

—Caray, no te esperaba hasta dentro de una hora por lo menos — comentó el hombre, quién paseó la mirada de uno al otro—. ¿Has dejado algún límite de velocidad sin batir?

Se encogió de hombros y tragó como si ya pudiese saborear la comida.

—Me estaba muriendo de hambre.

Enarcó una ceja y la miró a ella, quién se limitó a encogerse de hombros.

—Debe ser verdad —comentó—. No ha hecho más que repetirlo.

El hombre asintió, la recorrió de los pies a la cabeza y finalmente la miró a los ojos con la misma amabilidad e interés que en su primer encuentro.

—Bienvenida a casa, Cleo.

Parpadeó y se sonrojó de inmediato.

—Um... gracias, creo —aceptó sin saber muy bien cómo interpretarían su presencia allí—. Pero solo vengo de fin de semana.

Sus labios se curvaron lentamente.

—Igual que todos nosotros —murmuró, entonces señaló a cada una de las mujeres, ya que su compañero estaba levantando ya las tapas de las cazuelas para ver qué había dentro—. Ella es Arabela, mi madre y la dama que está dándole con la pala de madera en la mano al alfa, es mi amor frustrado, Henriette.

—Quita las manos de mis cazuelas ahora mismo—escuchó la voz suave y delicada de la mujer, la cual contrastaba con su generoso volumen—. De

verdad, no hay forma de enseñarte modales, Jemmy.

El aludido se rio por lo bajo, enlazó la cintura de la mujer y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Casi un mes sin verme y me recibes así, mamá.

¿Mamá? El shock fue instantáneo.

—Cleo, te presento a Henriette, mi madre —le dijo soltando ya a la mujer que amenazaba con zurrarle de nuevo—. Mamá, Arabela, ella es mi compañera, Cleopatra.

—Bienvenida al rancho Nebraska Wolf, querida —la saludó Arabela.

La otra mujer se limpió las manos en el delantal y se acercó a ella.

—Nos alegra infinitamente tenerte aquí con nosotros, Cleo —le sonrió con amabilidad al tiempo que le cogía las manos—. Espero que consideres esta tu casa a partir de ahora. Jemmy no ha dejado de hablar de ti desde que te conoció. Lamento mucho que hayas sufrido sus malos modales.

Enarcó una ceja y se giró hacia él.

—¿Malos modales? —preguntó intentando no sonar histérica.

«¿Qué le dijiste?».

La sonrisa fue totalmente lobuna.

—En realidad no fui yo, Jim se encargó de convertir nuestro primer encuentro en el cotilleo del mes —comentó con gesto inocente—. Así que, como aquí el beta tiende a exagerar las cosas para darle más... creatividad, le conté la verdad. Que te confundí con un ladrón e intenté arrestarte.

—¿Has perdido un tornillo? ¿Cómo pudiste decirle eso a tu madre? —jadeó sin darse cuenta de que lo había dicho también en voz alta.

Él se encogió de hombros.

—Pues igual que se lo dije a la tuya —aseguró risueño—. ¿Comemos? Tengo un hambre lobuna.

Entrecerró los ojos dispuesto a clavarle algo de tenerlo a mano.

—Mira que bien, ahora haces chistes a tu propia costa —rezongó ella—. De casualidad no sabrás también la frecuencia de los tornados, ¿no? Así podemos mandarte en el siguiente.

Se rio entre dientes y no fue el único.

—Ves, Henriette —comentó Jim rodeando a la mujer con el brazo—. A esto me refería cuando dije que la casa estaría llena.

La mujer se echó a reír.

—Ya lo veo, ya lo veo.

El brazo de su compañero la rodeó por la cintura para hacerla girar y empujarla hacia una puerta abierta al otro lado de la enorme habitación.

—Vamos lobita, vamos a comer.

No pudo oponerse, ni siquiera le dio tiempo a despedirse, la arrastró como había hecho antes terminando de enseñarle el resto de la planta principal antes de sentarse a la mesa y dar cuenta de una deliciosa comida casera.

CAPÍTULO 18

Apoyado en una de las columnas del porche, Jeremy no podía dejar de contemplar a Cleo mientras charlaba animadamente sobre las distintas recetas de cocina, de salsas y demás cosas que su madre había dispuesto para la comida. La vergüenza y desubicación del principio pronto quedaron olvidados bajo el calor hogareño y la afable conversación que surgió alrededor de la mesa, más pronto que tarde, su deliciosa compañera se había enfrascado en una rocambolesca conversación sobre tratamientos paliativos para enfermedades equinas, mejoras en la nutrición y pasar por último a las recetas de cocina. Sin duda amaba su trabajo y a juzgar por lo que había visto con Santana, era realmente buena, una cirujano con mano firme y precisión milimétrica.

No dejaba de sorprenderlo y disfrutaba inmensamente descubriendo esos pequeños detalles que la hacían especial y única para él.

—Hacía tiempo que no veía a Henriette tan emocionada —oyó la voz de Jim a sus espaldas—. Esa pequeña loba tuya parece que va a marcar un antes y un después en este rancho.

Su madre había cambiado mucho en los últimos años, desde la pérdida de su compañero no había vuelto a ser la misma. Si hoy en día estaba allí y era por él, porque la había necesitado más que nunca durante aquellos momentos y no pudo pensar siquiera en dejarle solo. A esa mujer le debía mucho más que

el que le trajese al mundo, gracias a ella, a su fortaleza y a sus enseñanzas, se había convertido en el hombre que era hoy en día.

—Eso parece —aceptó complacido con la vista de las dos hembras que más le importaban en el mundo—. Solo espero que Cleo llegue a apreciar este lugar como propio también.

—Dale tiempo, todavía está haciéndose a la idea de lo que le ha caído encima —argulló Jim—. Pero a juzgar por lo que he oído en la mesa, todo lo que tienes que hacer es llevarla a los establos y presentarle a cada uno de los caballos.

Sonrió al recordar cómo se le habían iluminado los ojos cuando empezaron a hablar del ganado y de la yeguada de ese año. El oír la palabra “caballo” había sido como “*Disneyworld*” para un niño.

—Un azucarillo para otra bonita yegua —sonrió de medio lado y se giró hacia él—. ¿Odin ha aterrizado ya?

—Hace cosa de diez minutos, llegarán aquí en una hora.

Asintió y echó un último vistazo a su compañera, quién se había girado en su dirección y lo miraba con gesto entre preocupado y curioso.

«No pasa nada, amor. Los jefes de las regiones están a punto de dejarse caer. Estaremos en la biblioteca, si me necesitas no tienes más que contactarme».

«¿Me contarás después lo que descubras? Quiero saber lo que está pasando, especialmente después de haberme dado un susto de muerte».

Asintió, no quería ocultarle nada, como parte implicada, tenía derecho a saber el motivo por el que habían entrado en su clínica y eso haría también que recelase y estuviese alerta ante cualquier posible incursión futura.

«Te pondré al tanto tan pronto terminemos. Entre tú y yo no habrá secretos, Cleo. Lo que yo sepa, tú lo sabrás».

Pudo ver cómo dejaba escapar el aire, era como si con sus palabras le

hubiese hecho un regalo.

—De acuerdo —contestó ahora en voz alta sorprendiendo a los demás, que no estaban al tanto de la conversación—. En ese caso, que te diviertas.

Sonrió ampliamente y sacudió la cabeza.

—No sé si podría encontrar diversión en una habitación llena de lobos dominantes, pero lo intentaré.

Jim se rio por lo bajo y entró de nuevo con él en la casa.

—Estás perdido, socio, irremediablemente perdido.

Lo miró de medio lado sin perder la sonrisa.

—Espera a que te toque a ti y luego hablamos —le soltó y le señaló el pasillo que llevaba hacia la puerta de atrás—. Jonah acaba de traspasar los límites de la propiedad, estará aquí en cuestión de minutos. Viene con Ross.

Jim sacó el teléfono del bolsillo y tras mirarlo asintió.

—Odin y Quinn ya están de camino, en media hora estarán aquí —silbó—. Otro que también le pisa. Al final, los alfas vais a tener que hacer una colecta para pagar las multas por exceso de velocidad.

—¿Y Galen? —preguntó por el alfa del territorio contiguo al suyo.

—Estará aquí de un momento a otro —corroboró—, recogerá a Murdock por el camino. Me sorprendería si no estuviese ya correteando por el rancho. Velkan dijo que estará disponible tan pronto inicies la reunión; Arik está con él y no parecía precisamente contento con las recientes noticias.

Puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo lo está?

Hizo una mueca.

—Quizá lo esté durante el día del juicio final.

Resopló ante lo que se avecinaba. No recordaba la última vez que se había dado una situación parecida, desde que él estaba al mando, esta era la primera vez que se convocaba una reunión de estas características.

—Santana se conectará vía videoconferencia —le informó—, Isabel no le deja mover un solo dedo.

—Era de esperar que lo hiciese —asintió pensando en la morena y en lo preocupada que había estado por su compañero.

—¿Crees que podemos estar ante algo importante?

—Desde luego no es una nimiedad —aseguró con un mohín—, las desapariciones de algunos jóvenes lobos, el inesperado ataque... tiene que haber un motivo oculto.

—Uno que espero no tardemos mucho en sacar a la luz.

Ambos se giraron ante la profunda y ronca voz del alfa de la región centro noroeste del país, Galen Stavros, quien acababa de entrar acompañado de Murdock y su beta.

—Jeremy, me alegra ver que estás de una pieza —comentó el hombre tendiéndole la mano—. Y felicidades, por cierto, el viejo me ha puesto al corriente de los recientes acontecimientos. ¿Tu compañera está bien?

Estrechó la mano del alfa y asintió.

—Un poco vapuleada por los acontecimientos pero bien —agradeció el interés y miró a su rastreador—. ¿Algo sobre los chicos desaparecidos?

Murdock negó con la cabeza.

—Ni rastro —aseguró el curtido hombre—. Es como si se los hubiese tragado la tierra, Jer. No lo entiendo. No hay ni un jodido rastro y sus familias empiezan a ponerse cada vez más tensas. Les preocupa que pueda haberles ocurrido algo.

—¿Se han reportado nuevas desapariciones de alguna de las otras regiones? —preguntó Galen.

Jim negó con la cabeza.

—No más de las que ya sabemos —aseguró el lobo—. Junto con los dos chicos que reportaste tú, a día de hoy hay seis desaparecidos y

curiosamente son todos supervivientes de aquella masacre.

Gruñó y no fue el único.

—Esperemos a que lleguen Odin y Jonah y veremos que tienen que decir al respecto.

Asintió y los invitó a acompañarle a la biblioteca.

—Va a ser una reunión larga —murmuró mirando a Galen.

—Eso me temo, amigo —concordó el alfa—. Solo esperemos que sirva de algo y podamos descubrir qué diablos está pasando aquí. No me hace el menor chiste tener alguna bomba de relojería dormida dentro de mi territorio.

—Ni a mí, compañero, ni a mí.

CAPÍTULO 19

La reunión se había extendido tanto o más de lo que había previsto. Jeremy echó un vistazo a través de la venta y suspiró con cansancio, la noche empezaba a caer ya sobre Nebraska, su fino oído podía captar sutiles movimientos en toda la casa y fuera de ella. Su lobo estaba ansioso, necesitaba correr, todo el estrés de los últimos días le estaba pasando factura y si no hacía algo pronto, acabaría subiéndose por las paredes.

Odin se levantó dejando la silla que había ocupado a su izquierda y se acercó también a la ventana. El alfa de Nevada parecía demasiado tranquilo, de hecho incluso aburrido, pero no era más que una fachada. Él, al igual que todos los presentes, estaban tensos y preocupados, lo que habían podido dilucidar de las conversaciones llevadas a cabo no era ni mucho menos tan esperanzados y útil como hubiese deseado que fuese.

—Será complicado dar con los supervivientes del clan —comentó el lobo de aspecto nórdico—. Han pasado diez años y si bien no es mucho tiempo, es más que suficiente si alguien quiere desaparecer.

Y en eso estaba totalmente de acuerdo. En su propio territorio había al menos un refugiado, pero tal y como había informado Murdock, podían ponerlo en la lista de desaparecidos.

—Al menos sabemos cuántos siguen con vida y quienes les hemos dado refugio —añadió Galen intercambiando miradas con sus compañeros al tiempo que se servía un par de dedos de whisky—. Sin contar los dos cadáveres y las dos desapariciones confirmadas en el territorio de Jer y el mío, sabemos que hay cuatro supervivientes de esa masacre a los que hay que

vigilar.

—Hay que encontrarlos y averiguar si alguien se ha puesto en contacto con ellos y para qué —añadió Odin—. Si han conseguido meterles en la cabeza a esos dos pobres desgraciados que Santana y el resto de nosotros hemos sido responsables de esa masacre, es de esperar que lo intenten de nuevo.

Jonah sacudió la cabeza, el hombre no había dejado de tamborilear con los dedos la superficie de la mesa como si de esa manera pudiese concentrarse mejor.

—Los más jóvenes fueron colocados en familias de acogida —recordó lo sucedido en su caso—. Habría que localizar ahora a esas familias y ver si todavía mantienen el contacto con los refugiados.

—Tenemos que evitar a toda costa que esto trascienda —añadió Santana, quién seguía con ellos a pesar de su debilidad a través de la videoconferencia—. No nos beneficiará en nada el que nuestra gente entre en pánico al saber que sus dirigentes tienen una diana en el pecho.

Jeremy asintió y retomó la conversación.

—Todavía no sabemos si esto ha sido algo aislado o simplemente un aviso, pero quién esté detrás de esto sospechará que hemos sido alertados cuando vea que sus peones no regresan —argumentó—, por no hablar del inesperado accidente de caza de Santana, el cual lo va a obligar a estar un par de semanas de reposo absoluto.

—O un mes entero —rumió Isabel, la única mujer presente en la reunión. Ella no se había separado de Santana ni un solo instante.

Su compañero le apretó la mano y se la llevó a los labios para calmarla antes de adoptar de nuevo el gesto serio y hablar para ellos.

—Os sugeriría así mismo que redobléis la vigilancia sobre vuestras compañeras, aquellos que estéis emparejados —continuó, haciéndolo

consciente de la realidad a la que se había tenido que enfrentar tras la explicación previa del tejano—. El acabar en la clínica veterinaria no fue algo fortuito, le echaron el ojo a Cleo en cuanto Jeremy la reclamó. El acabar con la compañera de un alfa parecía casi tan buen plan como acabar con el propio alfa.

No pudo contener el gruñido que surgió de su garganta y tampoco pretendió hacerlo. Cualquiera que amenazase a su pareja saldría con los pies por delante.

—Esa pequeña hembra les plantó cara como una verdadera loba — aseguró con palpable orgullo—. Le debo la vida, *amigo*. Si me necesita, me tendrá a mí y a mi manada a su disposición.

Una oferta que muy pocos lobos hacían, pensó Jeremy orgulloso de su pequeña loba. Era el privilegio de una hembra emparejada con un alfa el reclamar una manada como suya, raras veces ocurría lo contrario, especialmente porque estaba su compañero y la manada de él para procurarle esa seguridad. Que alguien ajeno le ofreciese cobijo y lealtad, era un tesoro de valor incalculable entre los suyos.

—Interesante lobita la que el destino ha puesto en tu camino, Jeremy — comentó así mismo Jonah—. Felicidades por tu reciente emparejamiento.

Asintió en agradecimiento por las palabras del alfa de Missouri, Jonah Emerson era uno de los alfas que más tiempo llevaba al mando de su manada y llevaba emparejado cuatro años con una loba europea.

—Sí, es una cosita succulenta —añadió Galen—, felicidades, Jer.

Sus ojos se clavaron en el alfa de la región vecina y entrecerró los ojos. Galen eran un gran lobo, pero su historia con las mujeres corría como pólvora entre los suyos.

—Está fuera de tu menú —gruñó a modo de advertencia—, ni la mires siquiera.

El hombre se rio entre dientes.

—Conoces el código, Jer, nada de flirtear o tocar a las hembras reclamadas y emparejadas de otro lobo —le dedicó un guiño—. Pero nadie dijo que no se pudiesen admirar desde lejos.

Sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Es humana —añadió Odin entonces atrayendo la atención sobre él—. Junto a Bryony y Shane, son ya tres las hembras humanas emparejadas recientemente con los alfas.

—Un cambio interesante —asintió Galen—. Pero también es una jodida complicación. Es un milagro que no se vuelvan tarumbas con el «*Hola nena, soy tu lobo feroz*».

—Su base genética tiene que ser especialmente fuerte para terminar vinculadas con un alfa —comentó Jonah—. No es la primera vez que ocurre con otros miembros de la manada, con lobos comunes, incluso con los betas, pero con un alfa... el gen dominante es muy fuerte.

—No hay muchas lobas con el gen dominante —aceptó Quinn, quién hasta el momento había permanecido en silencio—, y es prácticamente un requisito para terminar emparejadas con uno de vosotros. De todas formas, una de las humanas que ahora está vinculada con un alfa, estuvo previamente destinada a ser compañera de un miembro común de la manada.

—Cierto —corroboró Odin—. Así que tiene que tratarse de algo más que un gen dominante o lo que sea.

—¿El destino? —sugirió Jonah—. Después de todo, nunca sabes con quién vas a terminar emparejándote.

—Lobas dominantes no habrá, ¿pero perras? De esas a montones —chasqueó Galen—. Y dicho esto, espero que la mía tarde mucho, pero que muchísimo tiempo en asomar la nariz y mover la cola. Odiaría tener que limitarme a una sola presa habiendo tanta caza dispuesta a salir a jugar con

este cazador.

La mayoría de los presentes bufó o puso caras ante el típico comentario de Galen.

—El día en que el destino llame a tu puerta, vas a morder el polvo como todos, Gal —le aseguró Jonah—. Solo pido estar ahí ese día para verte caer.

Las risas se sucedieron diluyendo poco a poco la tensión que se había acumulado en la habitación.

—Ahora, lo principal, es encontrar a los supervivientes refugiados y comprobar que están de una pieza y no les han lavado el cerebro —comentó Santana, quién estaba viviblemente agotado.

—Eso será lo primero en nuestras listas —aseguró Jonah levantándose también—. Creo que podemos ya dar por cerrada la reunión. Tú necesitas una siesta y de inmediato, Mikel, cada vez te pareces más a un cadáver.

—Yo también te quiero —el aludido le enseñó el dedo corazón.

—Habrá que estar en contacto con los alfas de territorio americano —añadió Odin—. Velkan tiene razón, puede que por proximidad nos hayan involucrado solo a nosotros, pero no está de más tener apoyo. Los lobos de América tienen que tener un frente común.

—El principito iba a encargarse de ello y conociéndole, estará ya en conferencia con todos —resopló Galen—. Tiene una habilidad especial para sacar a todo el mundo de quicio con solo mover la mano y decir hola.

—Le hace falta entretenimiento femenino —comentó Jim, quién hasta el momento había permanecido callado.

—Pues no será por hembras —replicó Galen con una mueca—. ¿Wolf ha hecho alguna nueva apuesta que yo me haya perdido?

—¿Después de la de Luke? —respondió Odin—. No.

—Wolf y sus apuestas —resopló, pensando en el viejo lobo y en cómo

nunca perdía una.

«¿Jeremy?».

La sutil caricia en su mente producida por la voz de su compañera lo sintonizó de inmediato con ella. Podía sentirla al otro lado de la puerta, la había sentido durante gran parte de la reunión, como si quisiese entrar pero no se atreviese a hacerlo.

«*Puedes entrar, Cleo. Ya hemos terminado*».

—¿Entrar en una habitación llena de testosterona? No gracias.

La respuesta fue captada por todos los miembros lobunos presentes, con sus sentidos agudizados no tuvieron problemas para escucharla y su intervención arrancó una vez más varias risitas.

Galen, que seguía junto a la botella de whisky, lo miró, le dedicó un guiño y abrió la puerta sorprendiendo a la muchacha.

—Tranquila, cosita, aquí nadie mordeará a una lobita recién llegada como tú.

Cleo dio un respingo y retrocedió instintivamente. No podía culparla, no muchas hembras o machos podían quedarse quietos ante una montaña humana como la que era Galen. El alfa medía casi dos metros y tenía una complexión fuerte que se mantenía también en su forma lupina; era uno de los ejemplares más grandes que conocía.

El nerviosismo que la recorría llegó hasta él activando al momento cada uno de sus nuevos instintos protectores.

—Déjame que adivine, lo he dicho en voz alta y todos lo habéis escuchado con vuestros súper poderes caninos, ¿no?

El lobo se echó a reír a carcajadas, entonces se giró de nuevo hacia él y pidió permiso. Nadie tocaba a una loba, menos aún a una recién emparejada, sin el permiso de su compañero. No a menos que quisieran quedarse sin alguna parte del cuerpo.

—Premio —respondió nuevamente y le tendió la mano—. Soy Galen Stavros, bienvenida a la manada.

Uno a uno los alfas presentes siguieron su ejemplo presentándose a sí mismos y dándoles la bienvenida, sus escoltas se limitaron a saludar con la cabeza cuando fueron presentados.

—Respira, Cleo —escuchó la voz de Jim al ver el claro sofoco que la envolvía. Su beta había adoptado el papel de lobo guardián para con la compañera de su alfa—. Aquí hay aire suficiente para todos.

—Yo no lo diría muy alto —comentó paseando la mirada por cada uno de ellos—, podría asustarse y salir corriendo.

Las risas inundaron la biblioteca, momento más que perfecto que le permitió cruzar la habitación y envolverla con sus brazos. Estaba temblando.

—Tranquila, pueden carecer de modales, pero son buena gente —le susurró al oído para luego besárselo—. Y tú les has gustado.

—¿Gustado como para comer?

Negó con la cabeza.

—Gustado como para que te hablen y se hayan presentado a sí mismos —le acarició el cuello con la nariz y finalmente se incorporó para dirigirse a los presentes—. Caballeros, estáis en vuestra casa.

No esperó a escuchar la respuesta, todos conocían el rancho y habían estado anteriormente. Algunos se quedarían a pasar la noche y otros se marcharían inmediatamente, pero a ninguno le extrañaría la ausencia de su anfitrión, especialmente cuando estaba recién emparejado y tenía a su compañera a mano.

—Creo que te perdiste la definición del término anfitrión —murmuró ella mientras la sacaba de la casa.

Sonrió de medio lado y negó con la cabeza.

—Conocen la casa, ya han estado más veces y podrán arreglárselas —

aseguró—. Si quieren comer, solo tienen que dejarse caer por la cocina y los cebarán como a cerdos. Además, yo tengo algo mucho más importante de lo que ocuparme ahora mismo.

—¿El qué?

Le cogió la barbilla y se la acarició.

—Tú.

CAPÍTULO 20

Jeremy tenía que ser el hombre más imprevisible de todos los tiempos pensó Cleo tumbada a su lado en la planta superior del granero. La trampilla abierta dejaba entrar la suave y fresca brisa nocturna al tiempo que le permitía contemplar las estrellas. La había arrastrado allí después de dejar plantados a sus invitados y mostrarle los establos mejor cuidados que había visto en su vida.

¿Y los caballos? Oh dios. ¡Qué bella estampa la de la yegua ruana! Eso sí que había sido amor a primera vista, se había pasado más de media hora correteando como una niña con zapatos nuevos de división en división conociendo a los habitantes del lugar. Su compañero había hecho incluso un puchero al decir que le gustaban más los caballos que los lobos y ella lo había dejado con un palmo de narices diciéndole que sí.

Nunca había visto a un hombre enfurruñarse tan rápidamente como lo hizo él. De hecho, cambió allí mismo, sin alertarla siquiera, en un momento era ese hombre caliente que la volvía loca y al siguiente un enorme y magnífico lobo marrón sacudiéndose el pelo.

«Que sepas que soy mucho más listo, más rápido y más caliente por las noches».

Levantó ese hocico, sacudió la cola y le dio la espalda con una elegancia pasmosa antes de trotar fuera del establo.

No pudo evitarlo, se había echado a reír como una loca hasta el punto de que le saltaron las lágrimas solo para tenerlo de vuelta a su lado, todo preocupado y pidiéndole que no llorase.

Al recordar ese momento volvió a echarse a reír.

—¿Puedes parar ya? —rezongó él a su lado—. Te has reído de mí suficiente para lo que me queda de vida.

—Es que... es que, es que no puedo evitarlo —rio abiertamente—. Actuaste como una auténtica reina del drama peluda. Ese movimiento de cola fue genial.

—Tengo un estilo innato —aseguró muy serio.

Eso hizo que volviese a reírse a carcajadas.

—Ay, Jeremy —sacudió la cabeza intentando contenerse, se levantó las gafas y se secó las lágrimas que le provocaba la risa—. Gracias por insistir tanto en que viniese, creo que no me reía tanto desde... uf, nunca.

—Me alegra que lo estés pasando bien a mi costa, compañera.

Parpadeó, volvió a colocarse las gafas y lo miró un poco sorprendida.

—¿Me acabas de gruñir?

Él bufó en respuesta y se estiró sobre la manta que había preparado entre las balas de heno que se guardaban en el granero. El lugar no podía resultar más absurdo y al mismo tiempo más adecuado. Allí no tenía que enfrentarse a nadie, no tenía que esforzarse por sonreír, estaba por encima de todos los demás, oculta de la vista y en la única compañía que podía tolerar ahora mismo.

—¿Te das cuenta de que estamos en el granero, qué huele a heno, caballos y...?

—Cleo, si tuvieses mi olfato sabrías exactamente a que huele un granero —la interrumpió desperezándose—, pero al menos aquí nadie nos molestará.

Miró a su alrededor. Era difícil que alguien fuese a hacerlo cuando había quitado la escalera por la que se subía.

—Cuando era niño y quería escaquearme de las tareas propias de un rancho, subía aquí arriba —le explicó—. Mi padre, por supuesto, sabía dónde

me ocultaba, pero tenía una forma muy curiosa de hacer que me delatase a mí mismo.

—¿Cuál?

—*Es una pena que Jemmy se haya ido antes de probar el chocolate negro que he traído de la ciudad* —imitó una voz profunda y ronca—. Era oír la palabra chocolate y salía de dónde estuviese escondido a la velocidad de la luz.

Sonrió y se estiró sobre la improvisada cama.

—Así que te gusta el chocolate.

Su respuesta llegó acompañada de una tableta de *Hershey's* que extrajo de la cesta con la que había aparecido antes de arrastrarla allí arriba. Habían disfrutado de una cena fría a base de bocadillos, queso y algo de fruta.

—Lo confieso, es uno de mis mayores vicios —aseguró rompiendo el envoltorio—. Bueno, lo era. Ahora el primero eres tú.

Aquella admisión la estremeció hasta lo más hondo.

—De hecho, el chocolate es la única cosa que siempre me he resistido a compartir —aseguró al tiempo que partía un par de onzas y le ponía una delante de los labios—, hasta ahora mismo.

Abrió la boca y dejó que la depositara sobre su lengua antes de cerrar los labios sobre sus dedos y lamer el chocolate. Dejó que la onza se derritiera en su boca y se deleitó del dulce sabor.

—¿Por qué me estás contando todo esto? —preguntó girándose hacia él—. No es que me queje. Tu madre me ha contado ya una buena cantidad de anécdotas propias...

Sus palabras se perdieron cuando sus ojos se encontraron con los suyos.

—Porque quiero que me conozcas, quiero convertirme en tu mejor amigo, en tu amante, algún día en el padre de tus hijos —aseguró mirándola—. Te quiero, Cleo y quiero serlo todo para ti.

No supo qué decir ante tan abierta declaración así que apartó la mirada y optó por cambiar de tema.

—¿Habéis conseguido sacar algo en claro de la reunión de esta tarde?

Se lamió los dedos, le dejó el chocolate sobre el regazo y se recostó con el brazo tras la cabeza.

—Demasiadas incógnitas y pocas respuestas —ofreció sin vacilación—. Existe la sospecha de que alguien quiere desestabilizar el poder de las regiones. Sin alfa dirigente o alguien preparado para sustituirle, las manadas son presa fácil para cualquiera que desee hacerse con el poder. Ya has visto lo que una mentira ha provocado en dos chicos y en lo que los convirtió.

Se estremeció al recordar el vívido suceso.

—Hace falta mucho más que una mentira para hacer algo así —aseguró.

—Cuando crees en lo que se te dice, cuando piensas que es la verdad y que a causa de ello te lo han arrebatado todo, hasta la más pequeña mentira puede ser la chispa que se necesita para iniciar una guerra.

—¿Habéis llegado a alguna conclusión entonces? ¿Alguna idea de lo que podéis hacer?

—Lo único que puede hacerse —suspiró—. Evitar que se repita lo que le ocurrió a Santana e intentar localizar a los supervivientes de aquella matanza para evitar que se conviertan en mártires de una causa perdida.

Se lamió los labios y tragó sintiendo el sabor del chocolate presente en su boca.

—Henriette me dijo que tu padre había muerto en aquella época.

La mujer la había sorprendido con su franqueza, muy similar a la de su hijo. No solo le había dado la bienvenida con los brazos abiertos, se había ofrecido a escucharla si necesitaba hablar, a responder a cualquier pregunta que tuviese y le había hablado de cosas que la hicieron ver al hombre que estaba junto a ella de otra manera.

Jeremy guardó silencio durante unos minutos, entonces arrancó a hablar.

—Él fue uno de los que vio el humo, estaba de caza con algunos chicos del clan, yo incluido —murmuró con voz apagada y lejana, como perdido en el recuerdo—. El viento cambió y fue cuando oímos no solo el humo sino también la sangre. Nos envió a dar la voz de alarma y partió como un rayo hacia el lugar. No se pudo hacer gran cosa, muchos perecieron y los pocos supervivientes, se vieron obligados a empezar de nuevo dentro de otros territorios sin nada más que su propia vida y recuerdos.

Se lamió los labios como si le costase hablar de ello o encontrar las palabras.

—Él ya estaba enfermo, llevaba unos meses sin encontrarse demasiado bien y el esfuerzo de esa noche terminó cobrándose más vidas de las que habían estado en ese pueblecito —finalizó con voz firme y monótona—. Murió mientras dormía tres días después de aquello. Creo que si mi madre no hubiese tenido que cuidar de mí y asegurarse de que yo le sucedía como líder de la manada, lo habría seguido.

Se incorporó hasta apoyarse sobre un codo y poder mirarle a la cara.

—¿Por eso te hiciste policía?

La miró y asintió.

—En parte, sí. Los lobos somos animales de costumbres y muy territoriales —se encogió de hombros—. Tienes que demostrar que eres digno de ser líder, que puedes proteger a aquellos que están a tu cargo. Pero más allá de eso, la academia me permitió encauzar toda la ira que padecía en esos momentos, canalizarla y enfocarla en algo más provechoso. Me enseñó a dominarme y a ser objetivo.

Ella hizo un gesto con la cabeza hacia el exterior.

—A juzgar por lo que vi en esa habitación ahí dentro, diría que has alcanzado tu meta.

Sonrió y se incorporó para capturar sus labios en un breve beso.

—Si algo soy en esta vida, es cabezota —le dijo acariciándole los labios con el pulgar—. Me propuse convertirme en un alfa digno de mi manada y aquí estoy, me propuse conseguir que me perdonaras y, si bien me lo pusiste *muy* difícil, conseguí que lo hicieses. Ahora solo me falta conseguir una cosa más.

Parpadeó.

—¿El qué?

—Ser todo para ti.

«Quiero que me conozcas, quiero convertirme en tu mejor amigo, en tu amante, algún día en el padre de tus hijos. Te quiero, Cleo y quiero serlo todo para ti».

Las palabras que le había dicho al poco de llegar seguían muy presentes en su mente, en su alma y empezaban a hundirse en su corazón sin que pudiese evitarlo.

Lo deseaba, deseaba cada una de esas cosas, pero no estaba segura de si podría estar a la altura, de si sería suficiente. No quería volver a equivocarse.

—Yo también quiero que seas algo para mí —se encontró poniendo en palabras aquello que sentía, que si bien no era lógico, estaba ahí.

—¿El qué, lobita?

Se lamió los labios y dejó que la palabra surgiese como un susurro.

—Mío.

La ternura que siempre habitaba en sus ojos cuando la miraba caló más hondo que nunca, vio el amor que no intentaba ocultar, el deseo siempre presente y se vio a ella misma; vio su reflejo.

—Ya lo soy, Cleo, siempre lo seré.

Extendió la mano y le acarició la barbuda mejilla con los dedos.

—Hay algo que quiero decirte, pero solo quiero que lo escuches tú y no todo lobo viviente a cien kilómetros a la redonda.

Enarcó una ceja ante su misticismo.

—Susúrramelo al oído —se inclinó sobre ella—, y lo que me digas, será solo para ti y para mí.

Se inclinó sobre él, cobijada en sus brazos, sintiéndose querida y atesorada como nunca antes lo había sido, cerró los ojos y dejó que esas dos sencillas palabras le dijese todo lo que no era capaz de expresar.

—Te quiero.

La abrazó y depositó sobre su pecho, le apartó el pelo de la cara y la contempló.

—De acuerdo amor, tú ganas la guerra —la sorprendió—. Esas dos palabras harán de mí eternamente tu prisionero.

Se echó a reír y lo abrazó para perderse a continuación en su beso. Puede que no fuese perfecto, puede que hubiese mil y una cosas que todavía debía descubrir, pero si ese adorable lobo permanecía a su lado, no había nada que no pudiese superar.

«Te quiero, mi adorado lobo».

«Y yo a ti, compañera. Y yo a ti».

EPÍLOGO

Un mes después...

Cleo no podía creer que hubiese accedido a aquello. Sus padres estaban ahora mismo en el porche del rancho Nebraska Wolf hablando entusiasmados con Henriette, Anabela y Jim mientras disfrutaban de una temprana merienda.

Jeremy los había invitado a reunirse con ellos ese fin de semana, algo que no le había dicho hasta después de abrir la puerta y encontrarse con su exultante madre vestida con pantalones vaqueros y una camisa campera. ¡Ver para creer!

La sorpresa había sido tal que se había quedado sin palabras, por suerte, su encantadora madre se había hecho cargo del asunto al momento y rellenó todos los huecos y explicaciones que eran necesarios.

Suspiró, incluso su padre parecía otro. Sabía que le gustaba el campo, siempre le había gustado y el tener la posibilidad de recorrer el rancho e incluso montar a caballo, parecía haberlo rejuvenecido varios años.

—¿Qué ocurre lobita? —escuchó en su oído al mismo tiempo que unos fuertes brazos le rodeaban la cintura—. ¿En qué estás pensando?

Ladeó la cabeza para mirarle y enarcó una ceja.

—¿De verdad tienes que preguntármelo? —rezongó—. ¿Por qué no me dijiste que los habías invitado? Yo podría haber...

La besó en los labios para hacerla callar.

—Porque quería darte una sorpresa y quería que estuviesen presentes

cuando hiciese esto.

Sin dar más explicaciones, le soltó la cintura y la cogió de la mano para tirar de ella hasta el centro del porche.

—Sé que las cosas para ti no han sido fáciles, que has tenido que enfrentarte a toda clase de locuras desde que nos conocimos y a pesar de ello, has confiado en mí lo suficiente como para darnos a ambos una oportunidad — le dijo. Entonces se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, sacó una pequeña cajita de terciopelo azul y echando una rodilla a tierra, le mostró el contenido—. Así que, ahora es mi turno.

Abrió la boca incapaz de decir una sola palabra, demasiado sorprendida, alucinada incluso de lo que estaba ocurriendo delante de sus propias narices.

—Cleopatra Helena DeGucci —pronunció su nombre completo con una solemnidad y ternura que la estremeció—. Eres la mujer que siempre he estado esperando, la compañera que me fue prometida y que hoy por fin tengo delante de mí. Te quiero como hombre y te venero como lobo...

Parpadeó sin poder dejar de mirar el sencillo y bonito anillo que le estaba presentando, una sencilla banda de oro blanco con una cabeza de lobo enroscada alrededor de un pequeño brillante azul.

—¿Quieres casarte conmigo?

Una lágrima tras otra le nubló la visión y humedecieron las gafas. Se las quitó y se frotó los ojos.

—Serás idiota.

—¿Eso es un sí, lobita?

Sorbió por la nariz y asintió, era incapaz de hacer otra cosa, de pensar en nada más que ese maldito lobo arrodillado frente a ella con un anillo.

—Sí, idiota, es un sí.

—Menos mal.

Su alivio la hizo reír. Notó su mano cogiendo la de ella y pronto el aro de oro blanco ocupó su dedo.

—¿Por qué lo has hecho? —musitó intentando mirarlo a través de las lágrimas—. Tú dijiste que según tu pueblo nosotros ya... ya estábamos casados.

Asintió al tiempo que le cogía el rostro entre las manos.

—Sí, lo estamos —le sonrió al tiempo que le borraba las lágrimas tras las gafas—, pero quiero que lo estemos también a la manera humana. Te quiero, Cleo y quiero que seas mía de todas las maneras posibles.

Respiró profundamente, se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos para poder susurrarle al oído:

—Te quiero, Jeremy —murmuró—. Ya seas el sexy y rudo poli que me tiró al suelo y me clavó la polla en el culo o el lobo que me lavó la cara, te quiero.

—Y no sabes lo mucho que me gusta oírtelo decir, amor mío.

Se echó a reír y se abrazó a él cuando la levantó y la hizo girar antes de gritar a todo aquel que quisiera oírle:

—Familia, ¡ha dicho que sí!

Los vítores y chillidos de alegría se unieron con su propia felicidad, pues en ese preciso momento y en los brazos de su lobo, se sentía la mujer más dichosa del mundo.

JUEGOS PELIGROSOS

<u>PRÓLOGO</u>
<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>
<u>CAPÍTULO 17</u>
<u>CAPÍTULO 18</u>
<u>CAPÍTULO 19</u>
<u>CAPÍTULO 20</u>
<u>CAPÍTULO 21</u>
<u>CAPÍTULO 22</u>
<u>CAPÍTULO 23</u>
<u>CAPÍTULO 24</u>
<u>CAPÍTULO 25</u>
<u>CAPÍTULO 26</u>
<u>CAPÍTULO 27</u>
<u>CAPÍTULO 28</u>
<u>EPÍLOGO</u>

PRÓLOGO

El sol de primera hora de la tarde entraba por la ventana incidiendo directamente sobre la figura acostada en el enorme almohadón que había bajo esta. Era su lugar favorito para tomar el sol, dónde podía recibir todo el calor del astro rey mientras dormitaba en su forma felina.

Bostezó, sus bigotes se movieron espasmódicamente mientras abría las enormes fauces para luego empezar a lamerse una de las patas con despreocupación. Hoy era uno de esos días en los que desearía no haber abandonado la cama. La mañana había comenzado cuesta arriba, la reunión que tenía programada se retrasó una hora a causa de algún problema técnico, por parte de sus socios, solo para terminar abruptamente cuando cortó la videoconferencia con aquellas comadrejas tras decirles que podían meterse su oferta por el culo.

Humanos. Algunas veces eran incluso más salvajes y peligrosos que los propios animales y mucho más estúpidos.

Sacudió la larga cola, un reflejo de su voluble carácter felino. En aquella forma primitiva las emociones adquirían una dimensión distinta. Al gato le traían sin cuidado los negocios, que sus socios fueran unos gilipollas integrales o que acabase de renunciar a un contrato que podría haberle aportado millones, su minino solo quería disfrutar del sol, del descanso y la relativa paz que encontraba durante la siesta.

Se incorporó y estiró los músculos con pereza, sentía el pelaje caliente por la acción del sol, una sensación de lo más agradable y que lo invitaba a dar media vuelta y continuar dormitando. Sin embargo, esa idea fue

interrumpida por el timbre del teléfono y el posterior sonido de su propia voz humana emergiendo a través de los altavoces del contestador.

«Acabas de llamar al teléfono personal de Luca Viconti. Si tienes algo interesante que decir, suéltalo después de oír la señal, sino ahórrame el tedio y salva tu propia vida borrando mi número de tu agenda».

El pitido de la señal que anunciaba el comienzo de la grabación reverberó en sus sensibles oídos y a continuación escuchó la voz de una de las últimas personas de la que esperaba tener noticias.

—Interesante mensaje disuasorio, gatito —escuchó la profunda voz masculina—. Si estás ahí, coge el teléfono; se trata de Elis.

El nombre activó su mente humana al momento, se levantó y saltó hacia el otro lado del despacho aterrizando sobre dos piernas. Estiró el brazo y respondió a la llamada.

—¿Qué ha ocurrido?

CAPÍTULO 1

Luca llevaba un buen rato contemplando las vistas de la ciudad desde la ventana de su oficina mientras escuchaba la información que le brindaba Pietro sobre los recientes acontecimientos. Mientras hablaba con su viejo amigo y se ponía al día, le había dado tiempo a vestirse y adoptar el aspecto del hombre de negocios que era.

—¿Y si digo que no? —dijo tras meditar unos minutos sobre la jugosa propuesta que le hacía.

—¿Vas a renunciar a ella una vez más?

Los labios se le curvaron solos al escuchar la franca y directa respuesta. No podía negar que sabía cómo presentar una oferta. Aquella era difícil de rechazar. Especialmente cuando habías buscado una oportunidad así durante tanto tiempo.

Siempre en la sombra, siempre vigilante, guiado por su salvaje naturaleza, aquella a la que había dado la espalda una única vez, se había hecho un maestro en el arte de la espera y ahora esa espera parecía dar por fin sus frutos, aunque estos llegasen bajo el auspicio de una peligrosa combinación de factores.

—Necesitarás algo más que eso para convencerme —aseguró con sincero aburrimiento y chasqueó la lengua al escuchar la inmediata réplica—. Ya lo hice una vez, ¿qué te hace pensar que no lo haría otra?

—Quiero pensar que no eres tan estúpido como para ello —le soltó—, especialmente porque, si no tuvieses el más mínimo interés en ella, no la habrías estado cuidando todo este tiempo desde las sombras.

Sacudió la cabeza a pesar de que no podía verlo. El tono de voz evidenciaba lo que opinaba sobre sus lacónicas respuestas, pero no le importaba, no era más que un juego, la decisión estaba tomada desde el instante en que pronunció su nombre; su felino así lo había decidido.

—¿Tan estúpido como para que tengas que recurrir de nuevo a mí?

Le escuchó resoplar.

—Tú fuiste el que se acercó a mí la primera vez, ¿recuerdas? —le soltó oportunamente—. Si no te importase, aunque fuese un poco, no te habrías tomado tantas molestias.

Sacudió la cabeza perdiendo interés en las vistas a través de la ventana para volverse de nuevo hacia el teléfono.

—Das demasiadas cosas por sentado.

Una simple y llana verdad, especialmente teniendo en cuenta de quién se trataba. Si había algo por lo que se lo conocía era por su habilidad para mantener a todo el mundo en suspenso, incapaces de saber qué haría a continuación. No era un hombre previsible, por el contrario, su forma de ser y de actuar eran a menudo contradictorias, pero sabía perfectamente el porqué de sus motivos. En un mundo como el suyo o eras el cazador o la presa.

—¿Entonces prefieres quedarte de brazos cruzados y que Callahan se haga con el control del club? —insistió Pietro, recordándole lo obvio—. Tiene todas las cartas para ganar esta partida y, me guste o no, de manera legal.

—Se ha metido en un negocio que le queda demasiado grande y ha hecho tratos con quién no debía; ese carácter suyo siempre la mete en problemas —aseguró recreando la imagen de esa hembra en su mente. Y este, en concreto, era uno en el que nunca se había imaginado verla—. No es precisamente una hermanita de la caridad.

No, esa mujer podía ser cualquier cosa menos una hermanita de la

caridad. Su carácter explosivo y esa fogosa impulsividad, rasgos que había adquirido en los últimos años, la llevaban una y otra vez a meterse en asuntos que le quedaban grandes.

Esa no era la Elizabeth que él recordaba. Atrás quedada la cándida y dulce muchacha que había conocido. Dónde había encontrado ternura y dulzura, ahora existían dureza y sofisticación, las de una mujer que no admitía burlas y que no se plegaba ante los deseos de ningún hombre. Por el contrario, se había acostumbrado a doblegarlos como si fuesen simples peones en sus manos, lo que la había llevado sin ninguna duda a su actual situación. Su fama la precedía, la diablesa del *Dangerous* era una mujer que elegía y decidía el cómo, cuándo y dónde. Una a la que no veía la hora de volver a ver.

Se obligó a respirar profundamente, podía sentir su naturaleza felina revolviéndose en su interior, protestando por su inamovilidad como lo hacía cada vez que pensaba en ella.

—Si fuera tú, no la insultaría. Esa mujer podría tener tus pelotas en bandeja para la cena y repetir con el desayuno.

Se recostó en la silla, cruzó las manos sobre el estómago y chasqueó la lengua ante su respuesta.

—No tengo por costumbre insultar a las mujeres y, por alguien como ella, solo tengo admiración —siguió con ese tono desenfadado, manteniéndole en la cuerda floja y sin darle una respuesta firme—. Pero es innegable que tiene imán para los desastres. No piensa, la pierde esa dulce boquita y los resultados saltan a la vista.

—Algo que no pareció molestarte a juzgar por tus propias acciones —lo pinchó recordándole su parte en aquella secreta sociedad que habían iniciado años atrás para la protección de dicha mujer—. Permíteme que te recuerde que no fui yo el que invirtió una escandalosa cantidad de dinero para mantener a flote ese local.

Ese era un secreto compartido por ambos, uno que tenía a esa mujer como única protagonista.

—El dinero es sencillamente dinero.

—Sabes tan bien como yo, que, si Elis llega a descubrir que tú eres el socio capitalista y ahora único propietario del club, que has pagado cada una de las deudas que había sobre el local y que has estado vigilándola como un perro guardián todo este tiempo, a mí me matará... pero de ti no quedará ni el recuerdo —le aseguró con absoluta convicción.

No pudo evitar echarse a reír ante el directo puñal que le lanzó su viejo amigo, uno dolorosamente certero por la verdad que encerraba, una que no podía eludir. Sí, él era el único responsable de lo ocurrido quince años atrás, había vivido con la culpa y el arrepentimiento durante demasiado tiempo y ya era hora de ponerle fin. Este era tan buen momento como otro para arreglar las cosas y recuperar aquello a lo que renunció.

—¿Te das cuenta de que lo que voy a pedir a cambio? —le dijo con tono risueño. No iba a jugar al despiste—. No es muy inteligente amenazar al mismo hombre al que estás pidiendo ayuda...

Aunque dadas las circunstancias, podía hacer lo que le diese la gana porque le importaba una mierda. Ya había tomado su decisión y no pensaba cambiar de idea, aquella inesperada llamada no era sino un modo más fácil de alcanzar su meta.

—Siempre he tenido un ánimo suicida, a estas alturas ya deberías saberlo.

Sacudió la cabeza y replicó.

—Ya sabes lo que quiero —declaró con sencillez. Miró una vez más hacia la ventana y se lamió los labios—. El *Dangerous* es solo un aperitivo. Yo voy a por la guinda del pastel.

—Pues buena suerte, Luca —le soltó—. La necesitarás para acercarte a

esa mujer.

Sonrió interiormente mientras dejaba el asiento que había estado ocupando para detenerse frente a la ventana.

—Encárgate de que nuestra gatita no se meta en ningún problema más hasta que haya arreglado este asunto con Callahan —declaró con firmeza. No podían darse el lujo de que esa loquita hiciese algo más, algo que la llevase a meterse en un lío mucho peor... si es que eso era posible—. Reúnete conmigo en el *Giovanni* a las siete y sé puntual, para variar.

—Casualmente ya estoy en él.

—Perfecto, te veré entonces dentro de media hora.

No esperó a obtener respuesta, se inclinó sobre la mesa y colgó.

—Ay Elis, cuando decides meterte en líos lo haces a conciencia —murmuró para sí, saboreando su nombre, el de la mujer que deseaba—. Pero no voy a quejarme.

No, no lo haría. Especialmente cuando sus desafortunadas decisiones le habían dejado la mejor mano que podía utilizar sobre la mesa.

Sin pensárselo dos veces volvió a prestar atención al teléfono y marcó un nuevo número. Tras un par de tonos escuchó la voz de su interlocutor.

—Vaya, vaya, ¿se ha congelado el infierno y por eso me llamas?

Puso los ojos en blanco ante la mordaz réplica y no perdió el tiempo en decir claramente lo que le interesaba.

—Daniel —atajó—. Creo que tienes una deuda que puedo quitarte de las manos...

Deslizó la punta de la lengua sobre el labio inferior mientras escuchaba la respuesta de su interlocutor y sonrió, dedicándose a charlar unos minutos más con él, escuchando sus argumentos y poniéndose al día.

Tras colgar, estaba mucho más entusiasmado y animado.

—Esta vez no habrá indulto, gatita, espero que sepas jugar bien tus

cartas porque eres un plato que estoy deseando degustar.

CAPÍTULO 2

Había un indiscutible poder en las manos de una mujer cuando se trataba de ofrecer sexo oral a un hombre, un poder que Elizabeth Fiori no tenía duda alguna en utilizar en su propio beneficio. Sonrió traviesa a su amante de esa noche, deslizó los dedos de cuidadas y pintadas uñas a lo largo del duro pene y se lamió los labios excitándolo incluso más. Todo era cuestión de manipulación, una caída de ojos, una caricia adecuada y esos idiotas se ponían de rodillas y te ofrecían la misma luna. Bajó la mirada y dejó que su lengua emergiese entre los labios para prodigarle un delicado lametón, la forma en la que el miembro se sacudió en el confinamiento de sus dedos la hizo sonreír. Sopló la punta, deslizó la lengua por la columna y dibujó una hinchada vena hasta la base donde unos pesados testículos aguardaban sus caricias.

—Joder, eres... condenadamente caliente, dulzura —gruñó él con voz ronca, hundiendo ahora los dedos en su pelo, desordenando el perfecto recogido y dirigir así sus movimientos.

Hizo una mueca al notar el tirón del pelo, pero no se amilanó. Ella era la que ponía las normas, la que llevaba la batuta y hacía lo que quería, en el momento en que quería.

—*Ah-ha*. Las manos en los brazos de la silla, Max —declaró con ese sensual murmullo que sabía lo enloquecía—. O no tendrás tu premio.

Lo oyó gruñir, soltó alguna frasecilla inteligible y retiró la mano dejándola de nuevo al mando de aquella sesión.

Sonrió, se pasó la punta de la lengua por el labio inferior y admiró la dura erección que retenía entre los dedos. Deslizó el puño hacia arriba y luego hacia abajo, apretó suavemente la punta, la acarició con el pulgar y finalmente se la metió en la boca para degustar la caliente y salada carne.

—Jo-der —jadeó al sentirse succionado—. Oh, nena... sí, justo así...

Sonrió interiormente. Hombres. Eran todos iguales. Los cogías por los huevos o por la polla y podías hacer con ellos lo que te diese la gana. Vacío su mente como solía hacer y se limitó a disfrutar del poder que tenía entre manos y del acto en sí. No le daba vergüenza admitir que disfrutaba del sexo y lo hacía hasta el punto de poseer su propio club de danza erótica, uno que había terminado en sus manos como parte de un legado.

Su excitación comenzó a crecer al tiempo que se entregaba al placer, degustó esa dura y cálida carne como si fuese un caramelo y lo succionó arrancándole nuevos gemidos y gruñidos.

—Joder, espero que nada haga que cambie tu forma de pasar las noches en el club.

Las extrañas palabras pasaron por su mente sin prestarles demasiada atención. Se echó atrás y deslizó la lengua una vez más por el erguido pene al tiempo que jugaba con los testículos.

—¿Por qué habría de hacerlo cuando este es uno de mis fetiches favoritos? —ronroneó mordisqueándole la punta de la polla.

Su amante tembló y siseó antes de soltar abruptamente.

—Dios... —jadeó echando la cabeza atrás—. Sí, mantén ese pensamiento y todo irá de fábula.

Sonrió de medio lado y empezó a meterse de nuevo el miembro en la boca solo para detenerse para acariciarle la punta con su aliento.

—Empiezas a hablar demasiado, Max —ronroneó—, y prefiero escucharte gemir.

Lo succionó y utilizó la lengua para jugar con él.

—Apoyo la sugerencia —gimió de deleite—, prefiero tu dulzura ocasional a la cabreada fiera infernal que sueltas sobre Pietro.

Se retiró, alzó la mirada y enarcó una ceja.

—¿De verdad acabas de mencionar su nombre mientras te hago una mamada? —preguntó con absoluta ironía.

Él se encogió, hizo una mueca y deslizó la mano sobre su rostro, acariciándole la mejilla.

—Una muy mala, pero que malísima, respuesta de mi parte —aseguró—. Olvidémosla y sigamos con lo que estábamos.

Frunció el ceño y echó hacia atrás. Conocía muy bien a su amante. Maxis llevaba demasiado tiempo en su vida como para no reconocer que le estaba ocultando algo cuando lo hacía. El mejor amigo de su hermanastro, Pietro, se conocían desde hacía años y, recientemente, había entrado en la categoría de amante esporádico.

A ambos le venía bien ese arreglo y pasaban la noche juntos cuando la ocasión lo ameritaba, momentos en los que lo único que importaba era el placer y dejar el mundo en el que se movían fuera de aquellas cuatro paredes.

¿Y Max le mencionaba ahora a su hermanastro?

—¿Qué está pasando aquí?

Él pareció más fastidiado por la interrupción que sorprendido por la pregunta.

—Elis...

Enarcó una ceja ante el tono condescendiente en su voz.

—Ni se te ocurra —lo frenó en seco—. Has mencionado a Pietro y no en un momento de charla, precisamente.

—Bueno, es mi mejor amigo y vivo con él, es normal que lo tenga presente...

Entrecerró los ojos, se lamió los labios y empezó a acercarse a él de nuevo con gesto sinuoso.

—Max... —ronroneó su nombre, sus dedos deslizándose por la cara interior del muslo para finalmente cerrarse de golpe y con fuerza alrededor de su erección.

—¡Hostia puta! ¡Joder! —graznó visiblemente sobrecogido—. ¡Elis, joder!

Sonrió con dulzura, pero no soltó su agarre.

—Estoy esperando, querido —ronroneó apretándole ligeramente.

Su amante gimió, pero no tardó ni dos segundos en responder de manera acalorada.

—¡Joder! ¡Pietro se ha citado en el *Giovannis* con intención de buscar una solución a tu reciente problema con el club!

Se levantó de golpe, sus pechos se bambolearon por encima del corsé. Había perdido todo interés en lo que estaba haciendo después de escuchar lo que acababa de decirle.

—¿Qué ha hecho qué?

Él la taladró con la mirada y saltó fuera de su alcance al tiempo que se metía la dolorida polla en los pantalones.

—Lo que hace siempre, sacarte las castañas del fuego —escupió sin más.

El dardo fue certero, pero más que avergonzarla la cabreó.

—¿Quién te crees que eres...?

Dio un paso hacia ella, entonces otro y otro más obligándola a retroceder, a perder el deseado control que ostentaba en el dormitorio. Aquel ya no era su amante o su amigo, era el implacable abogado que no perdía un

solo jodido caso, el que poseía un aire letal que lo hacía comparable con un fiero lobo hambriento.

—Si dejases de pensar solo en ti misma y abrieses los ojos a lo que te rodea, te habrías dado cuenta de las muchas cosas que suceden y de las que no tienes ni puta idea —le espetó sin contemplaciones—. Tu hermano...

—Hermanastro —puntualizó alzando la barbilla. Lo único que la unía a Pietro era el matrimonio de sus respectivos padres.

—...ha echado mano de sus contactos para rescindir la deuda que tienes con Callahan.

Parpadeó visiblemente sorprendida, entonces arrugó la nariz.

—¿Qué contac...?

Él la interrumpió sin más.

—¿Te suena el nombre de Luca Viconti?

Se le quebró la voz cuando ese nombre abandonó los labios masculinos. Esas dos palabras se filtraron en su mente con aplastante contundencia dejándola sin respiración.

—¿Qué... qué acabas de decir?

Max no cesó en su crudeza, del hombre divertido y despreocupado que conocía no quedaba más que el recuerdo. Sus ojos se oscurecieron adquiriendo un tono letal, poseían un color entre castaño y dorado que a menudo le resultaba hipnotizante.

—Lo que has oído —respondió un poco más calmado, pero igual de crudo.

Perdió el color, tropezó con sus propios pies y casi se tuerce el tobillo al vacilar sobre los altísimos tacones que seguía llevando. Se le escapó el aire, alzó la mirada y lo contempló incrédula.

—No. Pietro no puede haber ido a él. No puede...

¿En qué diablos estaba pensando ese imbécil? ¿Por qué había acudido a

ese hombre? ¿Cómo tenía siquiera contacto con él después de tanto tiempo? ¿Había perdido la cabeza por completo? ¡Le había dicho que *ella* arreglaría las cosas! De algún modo, esperaba poder llegar a algún acuerdo con Daniel Callahan y aplazar la deuda que pesaba sobre el club.

—Claro que puede, lo ha hecho —insistió su irritado amante—. Deberías darle las gracias en vez de echar pestes como acostumbras a hacer. Él es quién siempre te está salvando el culo. Por no variar.

Sin más, recogió la chaqueta, se la puso y cruzó el dormitorio dispuesto a marcharse.

—Maldita sea —siseó. Se pasó las manos por el pelo y se encogió por dentro al ver como su amante de esa noche se marchaba cabreado—. Max... joder, espera...

Él solo se detuvo al llegar a la puerta del dormitorio y le dedicó una fría y salvaje mirada por encima del hombro.

—Te daré un consejo, Elis, a sabiendas de que no lo has pedido —le dijo mirándola a los ojos—. Bájate del pedestal en el que estás subida antes de que alguien te derribe, porque la caída puede resultar fatal para tu orgullo.

Sin más salió por la puerta.

—Max, espera, esto no... —lo llamó y finalmente soltó un bufido cuando la puerta se cerró con contundencia—. Mierda.

Fantástico, Elis, sencillamente fantástico. Acabas de cabrear al único tío que tiene neuronas funcionales y que aún encima folla bien.

Era todo culpa suya. Estaba tan desesperada ante la posibilidad de perder el local y por la falta de soluciones propias que había recurrido a su hermanastro en busca de un préstamo o alguna idea que pudiese sacarla de este problema. Pietro debía habérselo contado a Maxis, algo que tenía que haber visto venir.

—Mierda, mierda, mierda... ¡Mierda!

Había sido un error, un jodido error. Tenía que habérselo callado, intentar arreglar las cosas por su cuenta y no pedir ayuda, pero estaba tan desesperada... ¡Si no conseguía ese dinero o hacía algo iba a perder el *Dangerous!*

Sacudió la cabeza.

«Pietro se ha citado en el Giovannis con intención de buscar una solución a tu reciente problema con el club».

Tenía que haberlo supuesto. Pietro no se quedaría de brazos cruzados. Podía haberle gritado, llamado tonta y mil cosas más, pero al final siempre era el primero en acudir en su ayuda.

«¿Te suena el nombre de Luca Viconti?».

¿Pero Viconti? ¿Por qué había acudido a ese hombre? ¿Cómo es que seguía en contacto con él?

«¿Acaso te dijo en algún momento que había dado la espalda o dejado de ver, al que una vez fue, su mejor amigo?».

—No, no, no... no puede haberlo hecho.

No podía haberla traicionado de esa manera, no sabiendo lo que había pasado por culpa de ese maldito hombre.

Su mundo empezaba a venirse abajo como un castillo de naipes y, en medio de todo, se encontraba el infame Luca Viconti, el puñetero causante de todas y cada una de sus desgracias.

—¡La madre que te parió, Pietro Fiori!

Iba a matar a su hermanastro y a la mierda las consecuencias.

CAPÍTULO 3

Luca localizó de inmediato a Pietro, no solo ocupaba la mesa de siempre, sino que su apariencia y presencia hacían de él alguien difícil de ignorar. Un corte de pelo inusual, una línea de aros en el arco superior de la oreja derecha y una amplia muestra del álbum de un tatuador cubriendo los musculosos brazos conferían al hombre un aire de peligrosidad y rebeldía que solía repeler y atraer por igual. Pero toda la apariencia no era más que una fachada, una forma tan buena como otra de escudarse ante el mundo y mantener su propia privacidad.

Su gato se revolvió al captar su aroma y lo reconoció como a un miembro de su especie. Su hermana no tenía la menor idea de lo que era o a lo que se dedicaba, por otro lado, la realidad era que a Elis había pocas cosas que le importasen que no tuviesen relación consigo misma o con el club que poseía. De la muchacha que había conocido ya no quedaba nada y, la mujer que ahora era, resultaba un estimulante desafío.

Pietro se había convertido en un inesperado aliado en su causa, el que ambos tuviesen una filosofía común y compartieran la misma naturaleza, les había llevado a hacer un frente único para mantener a esa polvorilla lejos de los problemas.

Atravesó la sala y lo saludó mientras ocupaba una de las sillas vacías.

—Tan puntual como un reloj suizo —lo saludó su amigo.

Se encogió de hombros.

—No hay necesidad de perder más tiempo —declaró tomando asiento—, o hacerte esperar, puesto que ya estabas aquí.

Pietro cogió su vaso y vació el contenido de un trago.

—¿Has conseguido algo de Callahan?

Se desabrochó el botón de la americana y se puso cómodo mientras echaba un vistazo por encima del hombro y llamaba a la camarera con un gesto.

—Lo cité a las siete —comentó girándose hacia él—, aunque la puntualidad no es una de sus virtudes. ¿Alguna idea de cómo demonios ha llegado Elis a tener negocios con él?

Negó con la cabeza y miró a la camarera que acababa de detenerse al lado de su mesa.

—La noticia me ha sorprendido tanto como a ti.

Asintió, podía imaginárselo.

—Un whisky con hielo —pidió entonces volviéndose hacia la empleada—, y otro igual para el caballero.

La mujer se tomó su tiempo en anotar sus bebidas mientras los devoraba disimuladamente con la mirada. Era un momento típico, ambos intercambiaron una mirada cómplice e ignoraron a la chica hasta que se marchó.

—No hay registrado ningún pago o ingreso con esa cantidad de dinero —aseguró. Él era, después de todo, el tesorero del club—. Sea lo que sea, no lo empleó en el *Dangerous*. Y, a pesar de ello, ha tenido que ser algo de suma importancia si decidió poner el local como aval.

Se frotó el mentón pensativo.

—¿Nunca te solicitó tal cantidad? Quizá para algo propio, no sé...

Negó de nuevo con la cabeza y señaló lo obvio.

—Si me hubiese pedido tal cantidad de dinero, créeme, lo recordaría

—respondió con ironía—. Especialmente porque tendría que haberme dicho en qué iba a emplearlo.

Elizabeth no era una mujer dada a los excesos, el haberse hecho cargo del local la había llevado a convertirse en una sensata empresaria, por ello, la aparición de esa inesperada deuda y la ausencia de conocimiento de a qué correspondía los tenía en vilo.

Oh, sí. La mujer era dada a los problemas, había tenido que sacarla de ellos una y otra vez en los últimos años, pero todos se debían a la inexperiencia o a esa dulce boquita que la perdía, pero nunca había llegado tan lejos.

—No, esto lo ha hecho a mis espaldas e ignoro el motivo que la llevó a ello y en qué demonios invirtió el dinero —aseguró su amigo con un bajo gruñido que dejaba traslucir su verdadera naturaleza—. Por más que insistí no obtuve una respuesta que me gustase, solo conseguí que me asegurase que no lo había empleado en nada ilegal. Eso y que me diese a entender que ella misma se encargaría de salir del lío en el que se había metido.

Enarcó una ceja.

—¿La creíste?

Asintió.

—Sí —aceptó rotundamente—. No es estúpida, Luca, ni tampoco tiene mal fondo. No se metería en nada turbio a propósito. Pero sí me preocupa que quiera arreglarlo ella misma, ya sabemos cómo suelen acabar ese tipo de cosas con Elis.

Se contuvo de responder ante el regreso de la camarera, la cual dejó ambas consumiciones y volvió a marcharse, no sin antes dedicarle una generosa visión de su escote y un sensual guiño. No pondría la mano en el fuego por la gatita, no lo hacía por nadie, pero después de todo el tiempo que llevaba vigilándola creía en las palabras de Pietro; Elis no era una mujer que

se involucrase voluntariamente en nada turbio, no estaba hecha de esa pasta. Debajo de la fachada de *femele fatal* existía una mujer demasiado buena y tierna, pero no podía evitar lo evidente, que, a pesar de ello, había recurrido a hacer tratos con los bajos fondos.

—Lo hizo en el momento en que pidió un préstamo a Callahan y puso el club como aval —resumió de mala gana—. Esa muñequita va a tener que dar muchas explicaciones.

Su amigo lo contempló atentamente, entonces chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Está claro que te gusta el peligro —comentó Pietro—, estás a punto de meterte en las fauces de una fiera. Si no supiese que es totalmente humana...

Sonrió de medio lado ante la apreciación de su amigo. Ambos eran cambiantes de la raza felina, mientras que la pequeña Elis era totalmente humana. La muñequita había llegado a la vida de Pietro en un momento inesperado, cuando su madre se casó con el padre viudo de su amigo y ampliaron la familia.

—No te preocupes, soy un buen gladiador.

El gesto en el rostro masculino lo decía todo, pero no tuvo tiempo a darle una respuesta pues el teléfono que tenía sobre la mesa empezó a sonar y vibrar al mismo tiempo.

—Hablando de la reina de Roma... —declaró con un mohín. Miró el teléfono y cortó la llamada. Sin embargo, volvió a sonar con insistencia.

—Cógelo o seguirá insistiendo.

Puso los ojos en blanco.

—Cógelo tú.

Esbozó una perezosa sonrisa.

—Lo haría, pero dudo que quiera hablar conmigo.

Su amigo resopló y contestó a la llamada.

—Elis estoy ocup...

No puedo terminar la frase, pues una serie de gritos y chillidos inundó la línea llegando hasta sus sensibles oídos.

—¿Cómo has podido? —escuchó claramente su voz—. ¡Te dije que yo me encargaría de solucionarlo! ¿En qué demonios estabas pensando para citarte con Luca Viconti? ¡Pero qué clase de maldito perro traidor eres!

—*Ouch* —gesticuló con palpable diversión—. Las noticias vuelan.

Pietro puso los ojos en blanco, respiró profundamente y cortó la llamada sin más.

—¿Crees que ha sido un movimiento inteligente?

Si algo había descubierto de esa mujer era que no se tomaba nada bien que la dejaran con la palabra en la boca. Estaba acostumbrada a hacer su voluntad, a obtener lo que deseaba al precio que fuese y a no ceder ante nada.

—¿Colgarle el teléfono? —preguntó—. No. Pero la otra opción era quedarme sordo.

No pudo hacer otra cosa que asentir mientras le daba un nuevo sorbo a su bebida.

—¿Cómo ha podido enterarse de nuestra cita?

Estaba claro que ella sabía que estaban juntos o al menos que se habían citado para algo y, a juzgar por el gesto que hizo su interlocutor, diría que sabía perfectamente cómo había llegado a tal conclusión.

El teléfono volvió a sonar poniendo de manifiesto lo que recordaba de Elizabeth, que era una mujer insistente.

—Elis tiene una manera única de descubrir hasta los más turbios secretos —masculló al tiempo que cogía el teléfono y lo miraba como si fuese un animal peligroso—, y de hacerte pagar por ocultárselos.

—¿Ya sabe la verdad?

Pietro compuso una mueca.

—No me corresponde a mí decírselo y parece que Margaret decidió guardarse ese pequeño detalle para sí misma.

Margaret era la madre de Elis, ella había sido consciente de con quién se estaba casando y dónde se estaba metiendo, sin embargo, había decidido mantener esa realidad lejos de su hija en su estúpida necesidad de protegerla de él.

—¿Durante casi quince años?

Se encogió de hombros.

—Esa tarde cambió todo para ella, Luca —lo acusó—, de la chiquilla que conociste no queda ni el recuerdo. La propia Elis se encargó de ello. Se alejó de todos, incluida su madre. Yo fui el único al que le permitió acercarse y, aun así, sigue manteniendo las distancias.

Lo vio cortar de nuevo la llamada y no pudo evitar enarcar una ceja.

—¿Quieres que conteste yo?

Le miró y sonrió de medio lado.

—¿Tienes tantas ganas de morir?

Sí, posiblemente estaba de un ánimo suicida.

—Qué puedo decir, ardo en deseos de escuchar su voz y responderle... como se merece —aseguró con doble intención—. Es algo que sin duda debiste haber hecho tú mismo desde hace tiempo, eso habría evitado que se descontrolase de este modo.

Se limitó a negar con la cabeza.

—No soy su niñera, ese dudoso honor te lo has concedido, tú mismo, años atrás —le recordó antes de coger de nuevo el teléfono y responder—. Elis...

—¡Eres un cabrón hijo de puta! —La voz de la mujer volvió a sonar alta y clara—. ¡Ni se te ocurra volver a colgarme el teléfono, capullo! ¿Dónde

estás? Dime que no estás con ese hijo de puta. Pietro, te juro que...

Resopló y volvió a colgarle.

—Y eso es una muestra de lo que te espera...

El teléfono volvió a sonar, colgó una vez más y optó por desconectarlo.

—Las mujeres son a menudo fuente de complicaciones —comentó recuperando su propia copa para beber de ella—, pero esta... —levantó el vaso y le dedicó un brindis—, de verdad espero que sepas en lo que te estás metiendo, Luca.

Hizo lo mismo y le dedicó su propio brindis.

—¿Dónde estaría la emoción de la caza si las mujeres se comportaran siempre como se espera de ellas?

—Un pensamiento que sin duda comparto —los interrumpió una voz masculina—. Caballeros.

Ambos se giraron para ver al recién llegado. Vistiendo de manera informal, con tez bronceada y pelo corto, Daniel Callahan acababa de hacer su aparición.

CAPÍTULO 4

—Capullo hijo de puta, ¡coge el maldito teléfono! —siseó Elis mientras se paseaba de un lado a otro del salón.

Iba a estrangular a alguien, preferiblemente al hombre que le cortaba las llamadas una y otra vez.

—Pietro o coges el puto teléfono o date por muerto —siseó volviendo a marcar solo para escuchar como esta vez saltaba directamente el buzón de voz—. No puedo creerlo, ¡serás capullo!

—Elis, nena, ¿podrías bajar el volumen? Los clientes empiezan a imaginarse que estás cometiendo algún tipo de asesinato aquí detrás.

Se giró para mirar por encima del hombro a una de sus camareras y se quedó atónita al ver el aspecto desaliñado de la mujer que la miraba desde la puerta.

—¿Christie, qué demonios...?

La mujer no la dejó ni terminar, levantó la mano en un gesto diseñado para detenerla y sacudió la cabeza.

—El karma —declaró con un ligero encogimiento de hombros—, el jodido karma.

Enarcó una ceja ante su respuesta. Christie no era dada a la conversación, ni a hablar sobre sí misma. Su presencia en el *Dangerous* se debía más bien a una serie de acontecimientos que la habían llevado a

ocultarse allí, a esconderse detrás de una máscara cada vez que subía al escenario y deleitaba a los clientes con una de sus actuaciones.

La curvilínea rubia era una bailarina malditamente buena, lo que la había llevado a alternar su trabajo entre el bar y el cuerpo de baile. Toda esa voluptuosidad resultaba muy sexy sobre el escenario y sabía sacarle partido como nadie.

Comercial de una inmobiliaria durante el día y camarera-bailarina durante la noche, se transformaba como un camaleón. El eterno moño trenzado desaparecía para dejar paso a una larga cascada de pelo castaño oscuro, sus ojos verdes se encendían y resplandecían libres de las gafas, resaltados por las oscuras sombras que utilizaba. Una buena base de maquillaje, un suave rubor en sus mejillas por acción del colorete y un vivo y húmedo tono rojo vibrante para sus labios convertían a la eficiente comercial en una mujer totalmente diferente.

Le había caído bien desde el primer momento, quizá porque no se había amilanado y se había enfrentado a ella cuando le dijo que la oficina de correos se encontraba al otro lado de la calle. No se lo había pensado dos veces, se había quitado el abrigo y subió al escenario para enseñar lo que sabía hacer. Y lo hizo, al punto de conseguir la inmediata aceptación de los empleados que estaban en ese momento en el club. Su decisión y esa manera directa de actuar, se había granjeado su admiración.

Pero esa noche, el pulcro aspecto de la mujer estaba totalmente destrozado; parecía haber atravesado una línea de trincheras.

—Si el karma tiene esa mala leche, prefiero no tener que encontrarme con él —aseguró—, especialmente si es del sexo masculino.

—Por supuesto que lo es, de otro modo no habría tantos desastres.

Sonrió ante el tono en su voz y chasqueó al mirar de nuevo su teléfono.

—Sin duda los hombres son la plaga planetaria del momento —aseguró

y volvió a centrar su atención en teléfono. El contestador surgió una vez más, dejando de manifiesto que el móvil al que llamaba estaba apagado.

—Maldito hijo de puta —siseó mientras escuchaba el mensaje del contestador antes de escuchar el pitido que anunciaba el comienzo de la grabación—. Será mejor que des la cara, Pietro, o eres hombre muerto.

Su compañera enarcó una ceja y señaló el aparato.

—¿Necesitas ayuda para ocultar el cadáver?

—Solo si no te importa mancharte las manos de tierra para enterrar a mi hermanastro —masculló cortando la comunicación.

Sonrió de medio lado.

—¿Qué te ha hecho el cabronazo?

Hizo una mueca.

—Joderme la vida de la peor manera posible.

Y sí, lo había hecho.

Luca Viconti era su peor pesadilla. Una que había llevado a las espaldas desde que era una adolescente ingenua y enamorada de un hombre que no la merecía. Alguien que la había tomado por una mocosa estúpida y la había rechazado sin más, dejándola en evidencia delante de la familia de ambos.

«Solo eres una mocosa enamorada de un ideal, de un sueño infantil y yo no soy la niñera de nadie. Despierta, Elis, si me caso será con una mujer, una que sepa complacerme y disfrute tanto como yo con cosas que harían ruborizar tu tierna carita».

Había sido duro y directo, se había burlado de ella, pisoteando sus tiernos sentimientos y rompiendo para siempre sus sueños de amor.

Esa misma semana había decidido que no quería continuar en casa, no quería escuchar los «te lo advertí» de su madre ni la cara de desilusión de su padrastro. La decisión no había sido complicada de tomar, necesitaba poner

distancia, lamerse las heridas sin que nadie la viese y decidió irse a Europa dónde continuó sus estudios y conoció a la persona que la empujaría a volver a los Estados Unidos y hacerse cargo del *Dangerous*.

Se estremeció al pensar en que su mundo, aquel en el que se había refugiado, podría estar también en manos del hombre que más daño le había hecho.

Pero, ¿cómo había pasado todo aquello? ¿Cómo era posible que Pietro supiese del paradero de Luca, que tuviese siquiera contacto con ese hombre?

A decir verdad, no sabía gran cosa de las costumbres de su hermanastro. Ignoraba a qué se dedicaba o en qué invertía su tiempo, solo sabía que había estado allí cuando lo había necesitado, prestándole el dinero que le hacía falta para el local y ofreciéndose a ser el socio capitalista.

Nada de lo ocurrido tenía sentido, ¿por qué había tenido que reunirse con Callahan? ¿De dónde había salido Luca? ¿Qué mierda estaba pasando? Max no le había dado demasiada información al respecto.

—Maldita sea. —Volvió a repetir la operación solo para exasperarse aún más al escuchar el contestador—. Coge el maldito teléfono, capullo —gritó—. ¡Me debes una maldita explicación! ¿Qué has hecho con mi local? ¡Eres hermanastro muerto!

—Ey, ey, ey —la frenó Christie, le quitó el teléfono, apagó y lo dejó a un lado de modo que no pudiese llegar a él—. Respira, Elis, respira antes de que te dé un síncope.

—Ya me ha dado —declaró con fervor—. ¿Por qué mi madre no podía sencillamente regalarme un perrito? No, tuvo que volver a casarse y hacerlo con un hombre que ya tenía un hijo.

La mujer enarcó una ceja y sacudió la cabeza.

—No sabría decirte...

Gimió y empezó a pasearse de un lado a otro.

—Tengo que hablar con él. Tiene que explicarme qué demonios significa todo esto —se desesperó—. ¿Qué mierda ha hecho? ¿Qué ha pasado con mi club?

Eso era lo que más miedo le daba, perder el *Dangerous*.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Si estaba metida en un lío de tales proporciones era única y exclusivamente culpa suya, era la única responsable de sus actos, unos que la habían llevado a tratar con un hombre de dudosa reputación para pedir un préstamo, uno que no había podido devolver en el plazo estipulado. Había sido tan estúpida, había estado tan confiada en que podría saldar su deuda que no dudó en poner el local como aval.

—Ay señor, lo mato, hermanastro o no, yo lo mato.

Su compañera sonrió, sacudió la cabeza y la acompañó en sus locas idas y venidas.

—De acuerdo, tú lo matas y yo te ayudo a enterrarle —se ofreció Christie.

Sacudió la cabeza.

—No puedo esperar más —declaró con un resoplido—, tengo que saber lo que ha pasado.

—¿Tienes algo ya en mente?

Resopló, lo único que se le ocurría era matar a Pietro y dudaba mucho que eso solucionase nada.

—¿Además de matar al capullo de mi hermanastro?

—Sí, además de eso.

—Dado que el muy cabrón no me coge el teléfono, solo me queda una opción —asintió—. Ir a ese maldito club y poner punto y final a lo que quiera que se esté orquestando.

—¿Necesitas soporte moral?

La miró de reajo.

—Solo si viene con un arma automática y mucha munición.

Su compañera sonrió de soslayo.

—Tu conduce mientras yo disparo.

Se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—No me lo digas dos veces.

Su buen humor se había extinguido bajo el peso de un nombre y la aparición de un nuevo jugador en ese campo de juego que resultaba ser su vida.

No había vuelto a pensar a Luca desde que regresó a casa. Ese hombre estaba fuera de su vida, se había obligado a eliminarlo de su alma y de su corazón a fuerza de voluntad y, desde que había vuelto, no se le había pasado por la cabeza siquiera interesarse en él o en qué había sido de su vida.

Ahora, se había cruzado de nuevo en su camino o, más bien, en el de Pietro e ingresaba en su vida de la peor de las maneras. Volvió a coger el móvil de dónde lo había dejado Christie y se limitó a enviar un mensaje para pedirle al imbécil una explicación sobre esa supuesta reunión clandestina que estaba teniendo a sus espaldas.

—Nadie va a tocar lo que me pertenece —musitó para sí más que para cualquier otro—, así tenga que empeñar mi jodida casa o hacer un pacto con el diablo, lo haré, pero nadie tocará el *Dangerous*.

Era una promesa, una que había hecho a alguien hacía demasiado tiempo y que pensaba mantener sí o sí.

CAPÍTULO 5

Elis comprobó, nada más ver a aquel hombre, que el tiempo podía ser benévolo para algunas cosas y completamente inútil para otras. La niña enamorada que fue un día se quedó sin respiración. Con el corazón latiéndole a toda velocidad y mirándole embobada, pero era la mujer que era ahora, aquella que se había hecho a sí misma y había derramado amargas lágrimas por culpa suya, la que hervía por dentro.

Quince años, quince malditos años y él apenas había cambiado. El muy maldito seguía siendo un hombre arrebatador, con ese aire de elegancia y peligrosidad que siempre lo había envuelto y que la había enfatuado. Su rostro, sin embargo, poseía ahora un aire de madurez y seguridad que no había estado allí antes y que hacían que todo el conjunto fuese incluso más irresistible.

Como si los presentes presintiesen su llegada y la de Christie, los vio levantar la mirada y observarlas. Luca se levantó y su altura, acompañada de esa fuerte masculinidad que lo envolvía, consiguieron que le temblasen las piernas. No le recordaba tan alto, tan intenso y sexy.

Al verlo caminar en su dirección se tensó, se obligó a tragar el nudo que amenazaba con dejarla sin palabras y lo enfrentó, sosteniendo la mirada que él mantenía sobre ella.

—Buenas noches, Elizabeth.

No se lo pensó dos veces, no podía darse el lujo de sucumbir ahora en su presencia, no después de tanto tiempo, así que fue directa al grano.

—Sea lo que sea que te ha prometido Pietro, la respuesta es no.

—Buenas noches, señorita Fiori —lo saludó al mismo tiempo su compañero, quién se había levantado también, un hombre al que conocía perfectamente.

—Señor Cahallan —lo saludó con un seco gesto de la cabeza—. Esperaba que la cláusula de confidencialidad sirviese para algo...

Él sonrió de medio lado y miró a su compañero.

—Soy un hombre de negocios, querida —replicó—, se me debía dinero y su apoderado decidió tomar cartas en el asunto.

Entonces miró más allá de ella y pudo sentir como Christie, quién la había acompañado hasta allí, se sobresaltaba.

—Esto es lo que yo llamo un encuentro fortuito —continuó él—. Ha pasado mucho tiempo, Christie.

No pudo evitar sorprenderse ante la obvia coincidencia.

—¿Os conocéis?

—Por desgracia —masculló su compañera.

—Y esa es toda una declaración de intenciones.

—¿Es ella? —escuchó a Luca dirigiéndose hacia su acompañante.

—Lo es —declaró el hombre con gesto divertido—, la misma que me desplumó.

Notó como la mujer se tensaba y se le encendían las mejillas.

—¿Lo hiciste? —murmuró solo para los oídos de su amiga.

—Solo me cobré lo que se me debía.

—No sabía que tuviésemos una deuda, querida.

Christie sacudió la cabeza, dio un paso a un lado y se excusó.

—Te esperé fuera.

—¿Estás segura?

Ella miró al hombre con gesto irritado.

—Sí, a menos que seas tú la que quiera ayudarme a enterrar un cadáver.

El aludido se echó a reír, una sincera carcajada que reverberó en el reservado atrayendo miradas sobre ellas.

—No es sabio amenazar a alguien con quién tienes asuntos pendientes, pequeña.

Si los ojos matasen, Daniel sería ahora hombre muerto.

—Vete al infierno —la vio sisear antes de dar media vuelta y salir con paso decidido.

—Pero...

Abrió la boca y estaba a punto de seguirla cuando notó una dura y fuerte mano cerrándose alrededor de su muñeca.

—No te preocupes, querida, ya me ocupo yo...

Abrió la boca para decirle dónde podía meterse su mano, cuando escuchó un bajo gruñido un segundo antes de que su agarre se aflojase permitiéndole recuperar su brazo.

—No la toques...

Los comensales más cercanos parecían interesados en el espectáculo que estaban dando. Arrugó la nariz, dio un paso atrás y miró a su alrededor en busca del tercero en discordia.

—¿Dónde está ese perro falso?

—¿Quién? —Luca enarcó una ceja.

—Creo que habla de Pietro —comentó Daniel, quién parecía más interesado en salir tras de Christie.

—¿Vas a dejarla ir?

El hombre respondió a la pregunta de su amigo con una sonrisa soslayada.

—No.

Aquella conversación era imposible de seguir. Sacudió la cabeza y se tragó un temblor para encarar a su interlocutor.

—Pietro no tiene la potestad para tomar decisiones en mi nombre — ignoró al hombre que más la trastornaba y se centró en Daniel—. No es su nombre el que está en el contrato de...

—No, es el mío.

Se giró hacia Luca, quién había decidido intervenir sin invitación. Su rostro impasible y sus ojos fijos en ella la hicieron estremecer. Alzó la barbilla dispuesta a contraatacar.

—Sea lo que sea que te haya prometido ese hijo de puta, la respuesta es no —declaró con frialdad, entonces se giró hacia Daniel—. Y en cuanto a usted, tenga por seguro que saldaré esa maldita deuda.

Daniel enarcó una ceja y le habló con suavidad.

—Su socio en el *Dangerous* ya se ha encargado de saldar esa deuda.

Frunció el ceño con profunda sorpresa.

—¿Pietro ha...?

—No estoy hablando de Pietro Fiori —aseguró y señaló a su acompañante con un gesto de la barbilla—. Si no del nuevo dueño.

—Gracias, Daniel. —Había un toque irónico en la voz de Luca.

—Estabas tardando demasiado y la gatita se está poniendo cada vez más nerviosa.

—¿De qué diablos estáis hablando?

Lo vio respirar profundamente, mientras Daniel se despedía sin quitarle la mirada a la puerta de la calle.

—Luca te pondrá al corriente de todo, querida —le dijo, le dedicó una inclinación de cabeza a su amigo y se marchó sin más.

Totalmente sorprendida y descolocada, se giró hacia el último hombre

con el que le habría gustado verse esa noche.

—¿Pero...? ¿Qué significa todo esto?

Le indicó el asiento del reservado que habían estado ocupando hasta ese momento a modo de invitación.

—Sentémonos, querrás escuchar cómo están las cosas.

—Estoy bien de pie —declaró con frialdad—, no tengo intención de alargar esta conversación, así que vayamos al grano. ¿Qué ha hecho el gilipollas de mi hermanastro?

—Deberías ser un poco más respetuosa con la persona que se preocupa lo suficiente por ti como para buscar el modo de sacarte de los problemas.

Entrecerró los ojos.

—Mis asuntos no son de tu incumbencia.

—Ahora sí —declaró con firmeza—, ya que soy el actual propietario del *Dangerous*. He pagado la deuda que tenías con Callahan y, teniendo en cuenta que he sido el socio capitalista del club desde el momento de su inauguración, eso hace que todo lo que pase en ese local sea asunto mío; incluida tú.

—¿De qué diablos estás hablando? —negó con decisión—. El socio capitalista es Pietro.

—No querida, Pietro ha sido solo mi apoderado —la noqueó con sus palabras—. El que ha aportado la inyección económica necesaria para poner en marcha el local, siempre he sido yo.

Se quedó sin respiración, el color la abandonó y durante unos segundos, lo vio todo negro.

—No, eso no es verdad... —se resistió a creer algo así—. Eso es absurdo. ¡Es imposible!

—Siéntate, Elis —insistió y le señaló una vez más el asiento que había quedado vacío al otro lado de la mesa—. Hay mucho de lo que hablar.

Sacudió la cabeza.

—No pienso sentarme —se negó—. ¿Dónde está Pietro? Lo quiero aquí. No me fío de ti, ¡no te creo ni un ápice!

Los profundos ojos verdes se clavaron en ella una vez más. No pudo evitar estremecerse bajo su intensidad y apenas logró mantenerse en pie cuando lo vio deslizar unos papeles sobre la mesa, dejándolos delante de ella.

—Veamos si esto hace que te convenzas de mis palabras.

No quería hacerlo, solo deseaba irse de allí, dejarle plantado como él lo había hecho con ella mucho tiempo atrás, pero ya no era una muchachita inexperta y soñadora, ya no huía de los problemas. Cogió los documentos y empezó a ojearlos comprobando la veracidad de sus palabras en los mismos y palideciendo al ser consciente de lo que significaba.

Se vio obligada a tomar asiento, era eso o caerse al suelo, al ver las facturas de las reformas, los justificantes de los préstamos y los permisos legales, todo ello firmado con un único nombre; Luca Viconti.

—Esto...

—Esta es la actual situación del negocio que regentas —le dijo con seriedad—. No solo poseo mi parte, sino que ahora también la tuya al haber saldado la deuda que contrajiste con Daniel. Quince mil dólares, Elis, ¿para qué tanto dinero? ¿En qué andas metida?

La mención a esa cantidad tabú, el motivo que la llevó a solicitar esa cifra y poner su local como aval cayeron sobre ella como un jarro de agua fría arrancándola de su momentánea parálisis.

—No es asunto tuyo.

—Por el contrario, como ya dije, todo lo que tenga que ver contigo es asunto mío.

Su sensual voz, la ternura presente en sus palabras, todo ello contribuyó a despertar emociones olvidadas y catapultarla a un lugar de su pasado, a un

momento que lo había cambiado todo. Se incorporó de golpe y lo azotó con su desprecio.

—¡No lo es! ¡Nunca lo ha sido!

Su exaltación atrajo de nuevo la atención de algunos comensales sobre ella y maldijo para sí misma. Quería marcharse, huir de allí, pero no podía hacer tal cosa, no podía darle esa satisfacción así que volvió a sentarse.

—No puedes quitarme lo que es mío...

—¿Preferirías que el club esté en manos de Daniel? —la golpeó con sus palabras y con la despreocupación que había en ellas—. Eso puede arreglarse fácilmente...

—No —negó al instante, no podía permitirse perder el club—, pero tampoco quiero que esté en las tuyas. Ese local es mío. MÍO.

—Debiste pensar en ello antes de cometer una estupidez de semejante tamaño.

—No eres nadie para decirme lo que debo o no hacer. Nadie —estaba furiosa. Furiosa con él, con ella misma y con toda esa situación—. Voy a matar a ese cabrón.

Chasqueó la lengua y se recostó contra el respaldo de la silla.

—Olvídate de Pietro, él no ha hecho más que cuidar de ti —insistió—. Ahora, tus asuntos son conmigo.

Sacudió la cabeza.

—No quiero tener nada que ver contigo —tembló, pero no sabía si de ira o de temor—. Nada en absoluto.

Enarcó una ceja y la miró de arriba abajo.

—Estaba equivocado.

Ahora fue su turno de mirarle inquisitiva. Recurrió al sarcasmo, un manto que solía utilizar para escudarse.

—Menos mal, un hombre que piensa...

Él esbozó una renuente sonrisa.

—No has cambiado un ápice, sigues siendo la misma chiquilla voluble de antaño.

Esa mención a su pasado desencadenó todo un mundo de emociones, entre las que primaban las dolorosas.

—No tienes ni puta idea de quién soy —aseguró muy digna—, nunca lo supiste y nunca lo sabrás.

—Elis...

—Es mi local —insistió poniendo punto y final a esa indeseada reunión—. Te devolveré hasta el último centavo y, cuando lo haya hecho, tú volverás a desaparecer como lo hiciste antes.

Enarcó una ceja.

—¿Estás pensando en pedir otro préstamo para eso?

—Lo que haga o deje de hacer no es asunto tuyo.

Chasqueó la lengua.

—Lo es, Elis, tú, ahora más que nunca, eres toda asunto mío.

Se tensó y tuvo que aferrarse al asiento para no saltar de nuevo.

—¿Por qué haces esto?

—Porque puedo.

—Eso no es una razón...

—Y porque ese local tiene algo que yo quiero.

Parpadeó.

—¿El qué?

Se inclinó hacia delante.

—¿Qué estarías dispuesta a dar por ser la única propietaria del *Dangerous*?

Tragó saliva. ¿De qué iba todo aquel juego?

—¿Qué me estás proponiendo?

—¿Qué estarías dispuesta a hacer para recuperarlo?

Tragó de nuevo. Cualquier cosa. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para recuperar ese local, se lo debía a ella, era su legado y no dejaría que nadie se lo quitase.

—¿Qué es lo que quieres?

—A ti.

La respuesta no pudo sorprenderla más.

—¿Cómo?

—Ya me has oído —aseguró con tranquilidad—. Te quiero a ti. Bajo ciertas condiciones, por supuesto.

—No puedes estar hablando en serio.

—Nunca he sido más serio en mi vida —aseguró, entonces señaló los papeles que tenía delante de ella—. Puedes quedártelos, son copias.

—No quiero nada de ti.

Él sonrió de medio lado, se levantó y esperó a que ella hiciese otro tanto.

—No te queda otra salida, gatita mía.

Apretó los dientes.

—No soy tu gatita.

—Todavía —declaró con pereza, algo que la encendió.

—Si piensas que...

—Mañana a las dos en la entrada del *Dangerous* —la citó—. Te recogeré a esa hora e iremos a comer. Entonces hablaremos con tranquilidad y te expondré mis condiciones.

—No estoy disponible.

—Si quieres recuperar el club, lo estarás —declaró con firmeza—. No te retrases.

—No puedes...

—Ve pensando en ello, Elis —le dijo inclinándose sobre ella, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—, piensa en lo que estarías dispuesta a dar para recuperar el local que tanto deseas.

Sin más, le dedicó un sencillo gesto de despedida y se marchó dejándola allí de pie, alucinada y temblando por su contacto.

CAPÍTULO 6

Ese hombre había regresado a su vida solo para lastimarla una vez más. No había cambiado ni un ápice, seguía siendo igual de arrebatador y arrogante y seguía tratándola como si fuese una niña.

—Pero no lo soy —masculló para sí, viendo su reflejo en el cristal del vaso.

No, había dejado de ser una niña hacía mucho tiempo. Sus sueños de juventud se habían quebrado bajo sus auspicios y ahora, su regreso, prometía hacerla sufrir una vez más. La diferencia radicaba en que ahora no podía permitírselo pues no sería la única que sufriría a causa de él.

—No puede arrebatarme lo que es mío —musitó—, no el *Dangerous*.

Cualquier cosa menos eso.

Todo menos su promesa.

Christie le había dejado un mensaje en el buzón de voz del móvil diciéndole que estaba bien y que la vería mañana en el club. Al parecer, su noche también se había torcido tanto como la suya. Sacudió la cabeza, dejó el vaso a un lado y se giró en el taburete para echar un vistazo al ambiente propio del final de la noche. Había decidido volver a su local después de su encuentro con Luca pues estaba demasiado nerviosa para irse a casa. Suspiró y rescató el teléfono del fondo del bolso e hizo una llamada.

—¿Julie? Soy Elis —dijo al escuchar la voz femenina al otro lado de la

línea—. ¿Sería posible que recogieses mañana a Kimberly y te la quedas hasta las cinco?

La respuesta no se hizo de esperar.

—¿Va todo bien?

Se lamió los labios, miró el lugar por el que había luchado con uñas y dientes y negó con la cabeza.

—No, nada va bien —murmuró—, pero no puedo hacer nada por el momento. Espero que eso cambie después de la reunión que tengo para comer.

—¿Seguro?

Sonrió ante el tono preocupado de su amiga y le restó importancia.

—Sí, solo son... problemas con el club.

—Está bien —contestó su interlocutora—. Mañana es mi día libre, así que no habrá problema. La recogeré y me la llevaré a casa. No te preocupes por ella y céntrate en tus cosas, la mantendré entretenida.

Suspiró aliviada.

—Gracias, Julie —le agradeció—. Te debo una.

La escuchó reír.

—No te preocupes —le dijo—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —aceptó. Apagó el teléfono y lo devolvió a su bolso.

Volvió a contemplar de nuevo esas cuatro paredes y sintió como temblaba por dentro al pensar en lo que había pasado. No podía creer que Pietro le hubiese hecho algo así. Miró la carpeta que sobresalía del bolso y apretó los dientes. Era hora de volver a casa y revisar con calma esos documentos. Tenía que encontrar algo, cualquier cosa, que le indicase que todo aquello no era más que parte de una pesada broma. Lo que fuese antes de perder lo que tenía.

—Cass —se giró hacia el barman que estaba al otro lado de la barra—, cierra hoy por mí, por favor.

La petición pareció pillarlo por sorpresa.

—¿Va todo bien, jefa?

¿Por qué todo el mundo se empeñaba en preguntarle eso?

—Sí —aceptó sin dar más explicaciones—. Buenas noches.

—Buenas noches, jefa.

Luca no podía quitársela de la cabeza. Verla había removido cosas en su interior, había despertado su deseo, la necesidad de tenerla, de tocarla y cuidarla como debía haber hecho desde el comienzo.

Miró el vaso con coñac y se lamió los labios, su felino se revolvió inquieto, deseoso de liberarse de esa piel humana y sentir la libertad que se había estado negando. Ella lo era todo para él, para ambos, pero había sido tan joven entonces, muy distinta a la mujer con quién se acababa de reencontrar. La había notado cauta y muy cabreada, había escuchado la ansiedad en su voz, su aroma casi le hace perder la cabeza y no pudo evitar volverse territorial cuando Daniel la retuvo durante unos segundos. Pero más allá de todo eso, fue la reacción que tuvo ante su única caricia lo que hizo que casi la abrazase y le prometiese cualquier cosa con tal de borrar ese dolor que asomaba en sus ojos.

La deseaba con locura, su aroma era para él como un afrodisíaco, ya no se trataba de la sorpresa y ternura que le había inspirado al conocerla cuando no era más que una adolescente, era la atracción de un hombre hacia una mujer atractiva, el deseo y hambre sexual que le despertaba y que había notado también en ella. Ya no había necesidad de reprimirse, iba a recuperar el tiempo que había perdido y si tenía que valerse del chantaje para hacerlo, que así fuese.

Esa gatita iba a ser suya, costase lo que costase, la conquistaría de nuevo y esta vez, no la dejaría ir.

Elis se quedó mirando la inocente figura dormida en la pequeña cama de la habitación infantil. Su niña, su pequeña Kimberly, todo su mundo. Por ella haría lo que fuese, daría lo que hiciese falta y afrontaría las consecuencias, cualquiera que estas fuesen. Le apartó el pelo de la carita y sonrió silente al ver como arrugaba la nariz y movía sus rosados labios con un inocente mohín. La arropó de nuevo, sabía que solía destaparse durante el sueño, ya fuese por el calor o las ocasionales pesadillas que solía tener, no paraba mucho tiempo tapada con las mantas.

No se cansaba de mirarla, tenerla consigo era lo mejor que le había pasado, un regalo inesperado y que la había aterrado al principio, pero sin el que ya no podía vivir. Intentaba pasar todo el tiempo que podía con ella, disfrutando de su niñez, sin perderse un solo instante, pero llevar un club nocturno la obligaba a pasar parte de la tarde y la noche fuera de casa y contratar a alguien que cuidase de Kimberly mientras ella no estaba.

—No te fallaré, vida mía —le acarició la cabecita—. Pase lo que pase, tú siempre serás lo primero. Haré lo que sea por ti, lo que sea.

Y lo haría, costase lo que costase, haría hasta lo imposible por darle todo lo que necesitaba, por preservar aquello que había guardado para ella.

Cumpliría con la promesa que había hecho, incluso si para ello tenía que empeñar su propia alma.

CAPÍTULO 7

Elis tuvo una cosa muy clara a la mañana siguiente; iba derechita y sin frenos de camino al infierno. Ese hombre le había preparado la soga, una con forma legal y estaba considerando seriamente ahorcarse con ella.

Sentados en un reservado de un coqueto restaurante repasaba los papeles que había dejado ante ella, un acuerdo legal bajo el cual se establecía el acuerdo que la comprometía a cederle el control total sobre el club *Dangerous* durante los próximos treinta días. Eso le permitiría hacer y deshacer a su antojo, algo que podría lograr sin más, dado que en la actualidad poseía el 90% del negocio.

Gracias a su hermanastro, ese hombre se había convertido en el socio capitalista. Luca Viconti había sido el único que había puesto el capital inicial, el que había corrido con los préstamos y los gastos, así como solventó las meteduras de pata que siempre había pensado fueran resueltas por Pietro.

Cuando le pusiese las manos encima a ese mal nacido, iban a terminarse todos y cada uno de sus posibles parentescos.

—¿Algún punto del que necesites aclaración?

Alzó la mirada y se encontró con la suya por encima de la copa de cristal en la que habían servido el vino. Había demasiadas cosas que necesitaban de aclaración, empezando por el hecho de que estuviese allí y frente a ella quince años después, con ese documento sobre la mesa y

dispuesto a obtener algo a cambio.

La pregunta era, ¿el qué?

Cogió su propia copa y bebió.

—Solo uno y que lo engloba todo —declaró señalando los papeles—. ¿Cuál es el verdadero interés que existe detrás de esto? ¿Qué es lo que quieres realmente?

Sus ojos bajaron sobre ella con premeditada lentitud.

—Tú, Elis —respondió sin vacilación—. Tú eres el motivo principal de todo.

Si le hubiese pegado un puñetazo en el estómago no la habría sorprendido más.

—¿Yo?

Su mirada se volvió más profunda e inequívocamente sexual. Dejó la copa sobre la mesa y se lamió los labios.

—¿Tan sorprendente puede llegar a parecer? —respondió jocoso—. Eres una mujer atractiva, muy sensual y con carácter, prueba de ello es la manera en la que has manejado el club hasta el momento.

—Manejo —lo corrigió.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza sin dejar de mirarla.

—Ya no, Elis —negó sin más—, desde mañana mismo las cosas van a cambiar—. El *Dangerous* necesita una actualización y tú... relajarte.

Frunció el ceño.

—No me digas lo que necesito.

Sonrió de soslayo.

—No lo haré, me limitaré a mostrártelo.

—No necesito tu guía —escupió ella—. No necesito *nada* de ti.

—En ese caso puedes ir recogiendo tus cosas, a menos que quieras quedarte como parte del cuerpo de baile.

Apretó los dientes.

—Yo no bailo.

—Esa no es la información que tengo sobre tu desempeño en el club.

—Permíteme que rectifique —siseó—. Jamás bailarías para ti.

—Qué lástima —le soltó—. Estaba ansioso por asistir a una demostración.

Chasqueó la lengua y se reclinó contra el sofá que ocupaba frente a ella.

—Pero si ese es tu deseo —se encogió de hombros—. Quizá unas vacaciones te vayan bien. Por supuesto, te pagaré la indemnización oportuna.

Aquello fue demasiado.

—¡No puedes echarme de mi propio negocio!

—Ya no es tuyo —le dijo sin más—, lo perdiste por completo en el momento en que cometiste la estupidez de ponerlo como aval al solicitar un préstamo y no devolver el importe saldando así la deuda contraída.

Apretó los labios. Tenía que serenarse, tenía que haber algún modo de salir de este embrollo y hacerlo sin que ese maldito hombre la destrozase de nuevo.

Volvió a repasar el contrato. En él se estipulaba el cambio de gerencia y que la toma de decisiones, así como contrataciones y cualquier tema que fuese de índole laboral y/o económica, tendría que obtener primero la valoración del socio capitalista; es decir, él.

Luca estaría al mando de su club durante los próximos treinta días y ella debería permanecer en el mismo como socia y empleada, subordinada a él. ¿Qué maldita clase de broma era esa?

Estaría a su merced, recibiendo sus órdenes directas. Se estremeció ante la sola idea. No soportaría algo así, no cuando su sola presencia la perturbaba. ¿Trabajar con él, permanecer bajo su dominio no sabía cuántas horas? Imposible. La destruiría por completo o terminaría por cometer un

asesinato.

Pero entonces, ¿qué otra salida tenía? Si no quería perder el local, tendría que aceptar.

Tienes que hacerlo por ella.

—Si acepto y firmo —comentó—, y fíjate que hago hincapié en el «si», quiero elegir mi propio horario. No pienso quedarme más horas de lo estrictamente necesario.

Enarcó una ceja.

—No estás en posición de imponer condiciones.

Lo fulminó con la mirada.

—Tú eres el que me quiere allí...

—Y tú la que desea conservar el local.

Entrecerró los ojos sobre él y gruñó.

—No has cambiado lo más mínimo —rezongó. Fue incapaz de contenerse por más tiempo—. Sigues siendo el mismo hijo de puta que eras hace quince años...

Su insulto lo llevó a sonreír.

—Insultarme no es la manera correcta de obtener lo que deseas, Elizabeth.

—Maldita sea —masculló—. ¿Qué quieres? ¿Qué tengo que darte para que dejes mi club y desaparezcas de mi vida otra vez?

La pregunta trajo consigo un brillo de expectación y satisfacción a sus ojos, era como si hubiese estado esperando que le hiciese esa pregunta.

—A ti, por entero y sin restricciones, durante los próximos treinta días —declaró estirando la mano por encima de la mesa para retener la suya—. Te quiero para mí.

Si le hubiese dado un bofetón no se habría quedado tan sorprendida.

—¿Cómo?

Ladeó la cabeza y se permitió deslizar la mirada sobre ella con abierta sensualidad.

—Te quiero en mi cama y en exclusividad durante el tiempo que dure este contrato —concluyó como quien no quiere la cosa—. Treinta días con sus noches. Estarás disponible para mí en todo momento, obedecerás mis directrices y te amoldarás a mis peticiones. Por supuesto, soy flexible a la hora de discutir, pero no aceptaré berrinches, rabietas o escenas de ningún tipo y mucho menos en el lugar de trabajo.

La dejó sin palabras.

—Firma y en treinta días ese lugar al que parece tener tanto apego volverá a ser tuyo —le aseguró sin más—. Libre de deudas e impagos. Todo a tu nombre.

—No puedes hablar en serio.

Tiró de su mano y se la llevó a los labios.

—Por el contrario, gatita, nunca he hablado tan en serio como en estos momentos.

Tiró de su mano, arrancándola de la suya y se echó hacia atrás en la silla.

—Y para que quede todo perfectamente claro —declaró al tiempo que echaba mano al bolsillo interior de su chaqueta y extraía un sobre—, te lo he puesto por escrito.

Vio como dejaba el sobre sobre la mesa y lo deslizaba hacia ella.

Lo miró como si fuese un asqueroso reptil y luego a él. No, no podía haber hecho algo así, ¿verdad? Casi con recelo lo cogió, abrió y extrajo un fajo de papeles. Empezó a leer solo para perder el color después de llevar repasadas un par de líneas.

—Esto... ¡esto es un chantaje!

—Yo lo llamo transacción —declaró sin inmutarse—, tú deseas algo

que yo tengo y, para obtenerlo, hay ciertos... requisitos... que deben cumplirse en un plazo de tiempo.

—No puedes pedirme esto...

Se inclinó hacia delante, sin dejar de mirarla.

—¿Cómo de importante es para ti ese lugar, Elis?

La dulce e inocente sonrisa de Kimberly cruzó su mente.

—El *Dangerous* es muy importante para mí...

—Entonces, supongo que vas a considerar mi oferta...

—Señor Viconti —apareció el camarero acompañado de un auxiliar que traía consigo un carrito con una bandeja en llamas—. El especial de la casa.

Fue un arrebato, ni siquiera lo meditó. Antes de poder darse cuenta de lo que hacía dirigió los papeles del supuesto acuerdo a la bandeja en llamas y observó encantada como empezaban a arder bajo la atónita mirada y los sofocos de los presentes.

Levantó el legajo todavía en llamas y lo hundió después en la hielera del vino.

—Pero no lo suficiente como para aceptar algo como eso —siseó y se inclinó sobre la mesa para estar cara a cara con él—. Jamás seré tu puta.

—Oh dios mío —jadeó el camarero ante el desastre que había organizado.

—No pasa nada, Julius —le dijo Luca totalmente tranquilo—, retírate.

El hombre la fulminó con la mirada como si pensase que ella era cualquier cosa menos una dama.

—Eso ha sido de lo más infantil.

—Que te jodan —escupió.

Él chasqueó la lengua, alzó la barbilla y la miró durante unos instantes, entonces sonrió para sí.

—Tú tampoco has cambiado, gatita —aseguró mirándola a los ojos, estremeciéndola con esa profunda e insondable mirada—, sigues siendo igual de impulsiva. Está bien, te daré tiempo para pensarlo, digamos... hasta esta noche.

—No necesito tiempo alguno para...

—A las nueve en el *Dangerous*, Elis —la citó interrumpiéndola—. Y no llegues tarde.

Recogió su bolso y lo fulminó con la mirada.

—No contengas el aliento esperándome, Luca —le soltó—, no podrás vivir tanto tiempo sin respirar.

Sin más, dio media vuelta y se fue del local con tanta dignidad como con la que había entrado.

CAPÍTULO 8

El dardo voló directo a la diana clavándose en la pelvis de lo que era un horroroso dibujo del cuerpo masculino. Tenía que admitirlo, la pequeña Kimber tenía razón, era incapaz de dibujar algo más complicado que una naranja.

—Maldito cabrón.

Lanzó otro dardo con rabia, clavándolo con saña, ahora, en los exagerados testículos.

—Hijo de perra.

Un nuevo lanzamiento y la punta del arma arrojadiza se le clavó en el representativo pene.

—Rata maliciosa...

El siguiente dio un poco más abajo, entre los palillos que hacían la función de piernas.

—Perro almizcl...

El sonido de las llaves en la puerta unido al coro de voces cantando una canción de Disney reprimió su próximo lanzamiento.

—Julie, Julie, es el *bolzo* de mamá... —escuchó la canturreante voz de la niña—. ¡Mami! ¡Mami!

El pequeño torbellino de rizos apareció alborotando en su habitación para luego lanzarse a sus piernas.

—¡Mami, mami! —chilló feliz—. Julie me llevó a comer *polloburguesa*.

Sonrió ante la característica emoción infantil.

—Hamburguesa, cielo, se dice hamburguesa.

—No —sacudió la cabeza con fuerza—. Era de pollo, es una *polloburguesa*.

Se rio y la cogió en brazos, era muy delgadita y bajita para su edad, pero era su niña, la luz de sus ojos. Había llegado a su vida de la forma más inesperada, de la noche a la mañana se encontró siendo madre de un bebé de pocas semanas. Se había sentido desbordada, totalmente descolocada y sobrepasada, en más de una ocasión deseó tirar la toalla, pero la promesa hecha y la sonrisa de la que entonces era un recién nacido, la conquistaron por completo.

Esa niña se había convertido en su mundo, no había nada que no hiciese por ella, nada y eso precisamente, era lo que le daba miedo.

—Ey, has vuelto pronto —la saludó Julie.

Levantó la mirada por encima de la niña para ver a una de las pocas amigas que tenía, la única que sabía de la existencia de Kimberly y había estado a su lado cuando su pequeña se puso tan enferma que no sabía si saldría adelante. Afortunadamente aquello había quedado atrás y Kimberly estaba tan sana como una manzana.

—Digamos que la reunión no terminó demasiado bien —suspiró.

—Mami, ¿por qué tiene pinchos el elefante?

Siguió la mirada de su hija e hizo una mueca al ver que se refería a su nueva diana.

—Er...

—Um... creo que me voy haciendo una idea de lo bien que ha ido la reunión —comentó Julie intentando contener la risa—. Es... un interesante

elefante. Pero, ¿tenías que hacerle una trompa y ojos tan grandes?

—Necesitaba un buen blanco...

—Mamá no sabe dibujar —respondió la niña atenta como siempre a todo lo que se decía a su alrededor—. Le ha puesto antenas al elefante.

—¿Antenas? —no pudo evitar preguntar.

La cabecita asintió con efusividad antes de que los pequeños brazos le rodeasen el cuello y empezase a llenarla de besos.

—Hueles muy bien, mami.

—¿Huelo bien? —se rio dándole la espalda al dibujo y llevándosela de la habitación.

—Sí —canturreó y le enseñó una enorme sonrisa a la que le faltaban un par de dientes.

—Tú sí que hueles bien —le hizo una pedorreta en el cuello que la hizo reír a carcajadas. Entonces miró a su amiga y sonrió—. Gracias por ir a buscarla y quedarte con ella a la hora de comer. Sé que te he fastidiado tu día libre.

Ella hizo un aspaviento.

—Tonterías, sabes que adoro a esta ardillita —aseguró con una amplia sonrisa.

—Mami, Julie y yo íbamos a ver *Frozen* —le informó entonces la niña—. ¿Puedo comer palomitas rosas?

Julie la miró sorprendida.

—¿Pero todavía te cabe algo ahí dentro, ardillita?

Le dedicó una sonrisa desdentada.

—Sí —sonrió ampliamente.

Se rio sin poder evitarlo, Kimberly era como un pozo sin fondo. Comía poquito, pero tan a menudo como podía.

—Es un pozo sin fondo —aseguró dejándola en el suelo.

—¡Pozo sin fondo! —se rio la niña y echó a correr hacia el salón.

—Kimber, no corras...

—Voy a poner *Frozen* —declaró a voz en grito—. Julie, date prisa.

—En un momento, tesoro.

Dejaron que la niña desapareciese en la sala y supiró.

—¿Ha vuelto a subirle la fiebre?

Su amiga negó con la cabeza.

—Mientras ha estado conmigo no —declaró señalando el lugar por dónde había salido la niña—, aunque se ha quejado de que le pica la piel. Sin embargo, por más que la he mirado, no le he visto nada.

Se mordió el labio con preocupación. Kimberly había estado pasando últimamente por varios episodios de fiebre esporádica y una especie de sarpullido que parecía ir y venir. El pediatra no le había dado importancia y había achacado la fiebre y las manchas a alguna posible intoxicación o alergia. Después de lo que había pasado con ella hacía algo menos de un año, no podía evitar preocuparse cuando su hija tenía algo tan común como un resfriado.

—No te preocupes, seguramente será alguna alergia primaveral más.

Esperaba que fuese eso y no algo de mayor importancia. Asintió y dejó escapar un suspiro.

—Sí, es posible.

Su amiga señaló entonces el garabato asaetado por los dardos.

—¿Y bien? ¿Quién es el atractivo espécimen que has dibujado?

Puso los ojos en blanco.

—Mi actual pesadilla —murmuró—, y el que tiene la llave de mi maldito futuro.

—¿Tan grave es?

Chasqueó la lengua.

—Tal y como están las cosas, si quiero recuperar mi paz de espíritu

tendré que acceder a ciertas demandas —declaró con un resoplido—, y dejar que mi nuevo socio haga lo que le dé la gana con mi club los próximos treinta días.

La chica arrugó la nariz.

—Si se trata de algo ideal no deberías...

Negó con la cabeza.

—No, nada que ver —declaró con un resoplido—. Es todo por culpa de esa maldita deuda con Callahan. Pensé que podría arreglar las cosas, pero ahora se han complicado aún más.

—No te metas en nada de lo que no puedas salir después.

Hizo una mueca.

—Demasiado tarde —resopló y señaló la puerta a través de la que había salido su hija—, creo que ya estoy metida y esta vez hasta el cuello. Si quiero conservar su legado, no me queda otra que aceptar... aunque pienso imponer mis propias normas.

—Solo procura no meterte en nada turbio —le pidió—. Kimberly solo te tiene a ti.

Sacudió la cabeza y la miró una vez más.

—Ella es siempre lo primero que tengo en mente, Julie —aseguró—. Y siempre lo será.

—Lo sé —le frotó el brazo. Era su forma de darle ánimos.

Suspiró y echó un vistazo al reloj.

—Sé que esto te va a parecer una faena, pero, ¿podrías quedarte con ella a partir de las 8 y hasta que vuelva? —pidió—. Te pagaré por adelantado.

Su amiga puso caras.

—Ya te he dicho que es mi día libre, no tengo problema...

—Soy una zorra, lo sé.

—Pero una con clase —le recordó con un guiño—. No te preocupes,

Elis, Kimberly estará perfectamente, tú concéntrate en arreglar las cosas.

Dejó escapar un resoplido y chasqueó la lengua.

—Ojalá pudiese hacerlo con una escopeta en las manos —hizo una mueca y sacudió la cabeza—. No. Demasiada sangre que limpiar después.

—¡Mami! ¡La tele no enciende!

No pudo evitar hacer una mueca al escuchar la queja infantil.

—Está claro que hoy no es mi día.

—¡Mamiiiiii!

—¡Ya voy! —alzó la voz al tiempo que abandonaba la habitación—.

Veamos qué le pasa a la dichosa tele.

Aquella sería tan buena excusa como otra para desconectar durante unos minutos y dejar de pensar en ese maldito de Luca Viconti hasta que tuviese que asistir a su encuentro y volver a verle.

CAPÍTULO 9

Hacía mucho tiempo que no pisaba el club. A pesar de haberlo financiado todos estos años, no lo había visitado por ella, para no encontrársela y revivir la tentación. Tenía que admitir que Elis tenía buen gusto, caro y elegante, con un femenino toque de glamour y sensualidad. No dejaba de resultar sorprendente que una mujer estuviese al mando en un local como aquel.

El bar estaba bien surtido, los vasos cristalinos y había una limpieza impoluta. El vestuario femenino era sagrado, los baños estaban relucientes, todo estaba en orden y al mismo tiempo seguía necesitando un toque masculino, algo que le diese al *Dangerous* ese algo que marcase la diferencia.

Se movió por el local como si fuese el amo, los empleados lo habían mirado con recelo, pero nadie le había preguntado nada directamente, aunque todo el mundo parecía saber perfectamente porqué estaba allí; las noticias volaban.

Christie se había encargado de dejarlo claro con su cara de pocos amigos nada más traspasó la puerta. La mujer estaba tan nerviosa como enfadada y olía palpablemente a Daniel; el lobo la había marcado para que cualquiera que se le acercase supiese exactamente a quién pertenecía y, por si todavía le quedaba a alguien alguna duda, el delicado collar cerrado con un coqueto candado que le rodeaba el cuello, era suficiente aviso.

—Eres un capullo.

—Me han llamado cosas peores, querida —aseguró mientras la mirada de arriba abajo, molestándola abiertamente y poniéndola en una posición vulnerable—. Si has venido a trabajar, adelante, si vienes con intención de tocarme las narices, estaré más que encantado de avisar a Daniel y que te acompañe a tu casa.

Sus palabras habían hecho diana confirmando sus sospechas.

—No te metas dónde nadie te llama.

Sus ojos se habían encontrado entonces con los suyos en un silencioso entendimiento.

—Lo mismo digo.

Habrían seguido batallando si no hubiese aparecido su peligrosa gatita por la puerta.

Era deliciosa, su esbeltez juvenil había dado paso a unas llenas curvas de mujer, elegancia y altivez que le gustaban más de lo que debían; y a su gato también. Sonrió interiormente al verla, ella reunía todos y cada uno de sus requisitos. Si era sincero, después de la divertida reunión de la comida y su reacción, pensó que se echaría atrás, pero este local parecía ser un aliciente para ella, uno al que no quería renunciar.

Vestía con absoluta elegancia, una mezcla de sensualidad y profesionalidad que lo ponían jodidamente duro. Cuando apareció por la puerta delantera vistiendo una blusa, falda y unos altísimos tacones que le daban los centímetros extra que necesitaba, se le secó la boca. Sus pasos eran seguros, su postura recta, incluso esa manera de alzar a barbilla presentaba batalla. Era la «ama» allí, se escondía tras esa necesidad de llevar la batuta, de tener todo bajo control y eso era precisamente lo que tenía que derribar. Si bien le gustaba esta Elizabeth, estaba convencido de que había mucho más y que estaba oculto bajo una coraza.

—Llegas tarde —la recibió.

Lo miró con insultante seguridad.

—No, eres tú el que llega temprano.

Sonrió para sí, estaba guerrillera.

—¿Lista para hablar de negocios?

Lo miró con fingido hastío, podía oler su nerviosismo y eso hacía que su gato se pasease de un lado a otro.

—Más bien, lista para que me devuelvas lo que es mío.

—No contengas la respiración —la invitó a acompañarle—. Si me acompañas...

—Puedes decirme lo que sea aquí mismo...

Se detuvo y la miró con toda intención.

—¿Quieres permanecer en el *Dangerous*?

La forma en que apretó los labios y entrecerró los ojos fue casi cómica.

—Eres un cabrón hijo de puta.

—Estamos insultante el día de hoy —le dijo—. ¿Por qué no me enseñas esto?

—A juzgar por las miradas que veo —declaró haciendo alusión a los empleados—, has tenido tiempo más que suficiente para darte una vuelta y verlo todo por ti mismo.

—Oh, lo hice, pero tengo interés en ver las cosas desde tu perspectiva —declaró con sencillez—. Háblame de los dos escenarios adyacentes y ese sistema de cortinajes.

—Son para bailes privados.

—¿Has protagonizado alguno?

Podía ver como se esforzaba por articular las palabras sin escupirlas.

—Yo no bailo.

—Eso podría cambiar.

—No en esta vida.

Sonrió ligeramente.

—Haciéndome eco de tus palabras —ronroneó—, no contengas la respiración.

La forma en la que se tensó fue el prelude de lo que intuía sería una interesante batalla verbal.

—¿Qué quieres?

—Sabes lo que quiero —declaró sin dejar de mirarla—, la pregunta correcta es, ¿debo detallártelo una vez más aquí?

Su alusión a los empleados que no les quitaban ojo la hizo reaccionar. Se enderezó, fulminó a unos cuantos con la mirada y señaló uno de los escenarios a los que había hecho alusión antes de correr la cortina y aislarlos de todas las curiosas miradas.

—Debería haberme imaginado que te gusta ser el centro de atención —le soltó ella con un resoplido—, dar el espectáculo, marcar tu territorio... solo te falta levantar la pata y mear una mesa.

Chasqueó la lengua, pero contuvo una sonrisa.

—Así es como yo juego —confirmó recorriéndola con la mirada—. Deberías acostumbrarte a ello, si deseas ganar.

Se limitó a fulminarlo de nuevo con la mirada, sus tacones resonaron en el suelo mientras iba subiendo hacia el escenario y se acercaba al sistema de sonido para accionarlo, ahogando así su conversación para cualquier oído indiscreto. Solo entonces se giró hacia él, con las manos en las caderas y pose desafiante.

—¿Qué demonios quieres?

—Sabes lo que quiero —le dijo sin más. La miró de arriba abajo, de manera sexual, dejando perfectamente claras sus intenciones—. A ti. En mi cama, contra la pared, en el suelo... dónde surja.

Notó la reacción en su cuerpo, el sutil temblor que la recorrió, el cambio en su respiración y se relamió interiormente. Aunque se esforzase en ocultarlo, la idea le parecía perturbadora pero no desagradable.

—Típico en los hombres —rumió con fiereza—. No veis más allá de vuestros propios deseos.

Continuó observándola y anotando cada una de sus reacciones, su felino reaccionó a ella, ronroneando encantado de notar su olor, la vacilación y el nerviosismo propio en una mujer frente a un hombre cuya presencia le resultaba cuando menos estimulante. Sus labios se entreabrieron ligeramente, el brillo de la humedad dejada por la caricia de su lengua lo llevó a dar un respingo, su sexo se endureció y tuvo que tragar saliva.

—Habla la mujer que tiene un único deseo en mente, recuperar el local que tan estúpidamente ha perdido —declaró sin más—. ¿O te lo has pensado mejor y vas a renunciar?

Volvió a lamerse los labios y se encontró incluso más duro, su sexo empujando contra los pantalones en un palpable recordatorio para que dejase de hablar y la tomase.

—No —declaró con firmeza sacándole de su momentáneo acaloramiento con ella—. Necesitarás mucho más que esto para que decida renunciar a lo que es mío, algo que he levantado por mí misma.

Él dio un paso hacia ella, su mirada cruda, sensual, totalmente descubierta.

—Entonces, ¿eso es un sí a mí propuesta?

La vio alzar la barbilla.

—No veo que me hayas dejado otra alternativa.

Sonrió de medio lado.

—Desafiante y altanera —comentó recorriéndola de arriba abajo—. Va a ser un verdadero placer enseñarte un poquito de humildad.

Alzó la barbilla con testarudez.

—Necesitarás de algo más que palabras para conseguir tal milagro.

Sonrió perezoso y deslizó la mirada sobre ella.

—Podríamos empezar sellando nuestro acuerdo de una forma...
especial.

Su mirada se deslizó por el escenario y la barra.

—¿Por qué no empiezas quitándote la ropa?

Lo miró con cara de pocos amigos.

—¿No quieres también que baile para ti o, ya puestos, te hornee unos
cuantos pastelillos?

Su sonrisa se amplió.

—No te veo como la clase de mujer que disfrute haciendo pasteles.

Entrecerró los ojos sobre él, alzó el mentón y sonrió a su vez.

—Bien, porque se me daría mucho mejor reunir los ingredientes para
una bomba y volar el jodido coche, que hacerte un postre.

Chasqueó la lengua.

—El postre ya lo tengo delante de mí, Elis, solo estoy esperando a
que... me lo sirvas.

Podía ver cómo hervía a fuego lento, estaba realmente cabreada, no
quedaba en ella nada de la muchachita cándida que había conocido hacía años.
Esta era una mujer, una que se serviría y con placer sus intestinos en una
bandeja.

—Tú has sido la que ha dispuesto el escenario perfecto para ello.

Apretó los labios, ese coqueto e irritado mohín lo encendió, se llevó las
manos a los bolsillos y se sentó con tranquilidad a esperar.

—Y la idea del baile me resulta bastante apetecible —ronroneó—. ¿Por
qué no me muestras qué es lo que sabes hacer?

Su respuesta fue cruzarse de brazos.

—Lo repetiré ya que pareces tener audición selectiva. No bailo y mucho menos para ti.

Se apoyó en el decorado que contenía el equipo de música y la miró con abierta diversión.

—¿Una mujer que lleva un club de *pole dance* dice que no sabe bailar?
—chaseó la lengua—. Vuelve a intentarlo, gatita.

Los ojos femeninos se encendieron aún más.

—No he dicho que no supiera, he dicho que no pienso bailar para ti.

Cambió de posición, se inclinó sobre el reproductor y tras echar un vistazo a las pistas que podía reproducir, eligió una de ellas y la puso.

—Hazlo... —le dijo mirándola a los ojos—, y dejaré que te salgas con la tuya por esta noche.

Vio como enarcaba una ceja.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ti?

Se encontró con sus ojos y sonrió perezoso, tenía ganas de ronronear y también de comérsela a besos.

—No lo sabes —canturreó—, tendrás que arriesgarte.

—No corro riesgos innecesarios.

La contempló con abierta sensualidad.

—Toda una ironía viniendo de la mujer que ha puesto su club como aval en un préstamo de naturaleza dudosa.

La vio apretar los labios una vez más, la tensión en su mandíbula era obvia.

—Dices que eres la dueña de mi club...

—Es *mí* club.

Ignoró su salida de tono.

—Demuéstramelo —señaló el escenario—. ¿Tienes lo que hay que tener?

Llegó a pensar que iba a dar media vuelta y lo dejaría con un palmo de narices, pero Elizabeth Fiori era una gatita desafiante y como tal, no se rendiría. No iba a dar marcha atrás.

—No tengo porqué demostrarte absolutamente nad...

Se limitó a encogerse de hombros, entonces acarició el reproductor con pereza y dio media vuelta dispuesto a dejarla con sus dudas... al menos, durante unos instantes.

—Si esa es tu decisión final, me pasaré el lunes para que firmes los papeles de la cesión...

Sus ojos destellaron y la vio gesticular para sí.

—Maldito capullo—masculló ella.

Se llevó las manos a la cintura y extrajo la blusa de la falda en forma de tubo que llevaba, desabotonó algunos botones y la ató dejando a la vista el ombligo. Solo entonces se inclinó, sus senos asomando por la abertura de la tela mientras abría una de las cremalleras que servía de adorno en la falda y dejaba a la vista parte de una media con liga consiguiendo así mayor movilidad.

La canción de salsa que había elegido, *Que locura fue enamorarme de ti*, seguía sonando a través del sistema de audio del escenario mientras la mujer que le traía por la calle de la amargura y a la que deseaba con locura, empezó a bailar sorprendiéndole con esa sensualidad propia del baile latino al tiempo que coqueteaba con la barra de metal situada en el centro.

Se vio obligado a apoyarse en la pared, todo su ser reaccionó a ella, su felino se desperezó y arañó su propia piel, reflejándose en sus ojos, deseoso de unirse a ella. La forma en la que se movía, la sensualidad que creaba en esa combinación de música y sensualidad, era abrumadora y endiabladamente sexy.

Lo sedujo con sus movimientos, con cada giro, mostrando esa breve

porción de piel, insinuándose con su cuerpo y al mismo tiempo mostrándose distante. Era como una reina subida en su pedestal, dejaba que la mirasen, que la adorasen, pero nadie podía alcanzarla.

Se perdió mirándola, se relamió una y otra vez luchando por permanecer inmóvil, deseándola cada vez más hasta que el baile terminó dejándole a él sin aliento y a ella con esa mirada altanera presa de la suya.

—¿Suficiente? —lo enfrentó con la respiración agitada y esa mirada desafiante que lo llamaba a doblegarla.

La miró con hambre, sabía que podía ver el deseo en sus ojos, así como él mismo podía sentir la involuntaria excitación calentando el cuerpo femenino. El baile no solo lo había excitado a él, sino también a ella.

La llamó con un dedo y la vio arrugar la nariz con desagrado, notó su titubeo unos segundos antes de verla caminar hacia él. Demonios, quería devorarla, quería saborear esa boca, probar su piel, hundirse entre sus piernas, pero eso era precisamente lo que esperaba ella, que la envolviese todavía más rompiendo la palabra dada.

—¿Y bien? —preguntó con tono sensual al tiempo que se lamía los labios, provocándole.

La miró sin llegar a tocarla, entonces buscó sus ojos y declaró sin más.

—El lunes a las ocho en punto —le informó—. Procura no llegar tarde.

La sorpresa se reflejó en sus ojos durante unos instantes, la vio abrir la boca, pero no llegó a escucharle decir ni una sola palabra pues dio media vuelta y se perdió por detrás de las cortinas, dejándola sola.

Ya era hora de que esa gatita comprendiese que quién llevaba la batuta en aquel juego, no sería ella.

CAPÍTULO 10

Iba a matarlo suavemente, muy despacio, poco a poco, sin anestesia y hasta que suplicase. ¡Maldito cabrón hijo de puta! Elis era un hervidero de emociones encontradas y la mayoría de ellas se habían unido bajo un denominador común: despellejar vivo a Luca Viconti.

—¡Mami, mira!

Se obligó a pegar una sonrisa en sus labios mientras miraba a su hija subiendo al tobogán y la saludaba con la mano. Los fines de semana solían pasarlos en el parque o en el zoo, procuraba buscar siempre nuevas alternativas en las que Kimberly pudiese disfrutar del aire libre y de su infancia.

—Muy bien, Kimber —la animó.

La pequeña se encaramó a la cima del pequeño tobogán y se dispuso a bajar con el cuidado propio que ponía en cada una de las cosas que hacía. Era una niña tímida, a la que le costaba interactuar con otros niños, de hecho, disfrutaba mucho más estando a su aire que entre un nutrido grupo de niños.

—¡Voy a bajar! ¡Foto!

Sonrió. Su pequeña había visto como una madre grababa con el móvil a su hijo bajando por el tobogán y ahora ella quería lo mismo.

—Tú baja que yo te la saco.

Puso el móvil en modo cámara y le sacó un par de instantáneas.

—¡Este parque es genial!

Rio al verla reír y la siguió con la mirada mientras volvía a subir la escalerilla que la llevaba a la rampa. Ella era toda su vida, por esa pequeña se guardaría sus ganas de asesinarle y cooperaría.

No podía evitar pensar en la noche anterior y en cómo se había desarrollado todo. La había pinchado de tal manera que acabó haciendo lo que se había prometido a sí misma no hacer, sucumbir a él. Ahora que lo veía en perspectiva se avergonzaba de su propio comportamiento. Maldito fuera. La había encendido el hecho de bailar para él, de tener esos profundos ojos pendientes de ella mientras se movía sobre el escenario. En realidad, había creído que intentaría algo, que le pediría una muestra de su conformidad, de la aceptación de su trato y, en contra de su buen juicio, se encontró deseándolo.

No había podido sacarle de su sistema, la realidad era tan clara como eso. A pesar del paso de los años, de sus intentos por convencerse de que él no era para ella, que nunca lo había sido, de aferrarse con uñas y dientes al dolor que le había causado siendo tan solo una adolescente, su caprichoso corazón seguía preso del pasado y del amor juvenil que había sentido por ese hombre.

Pero ahora ya no era una niña, sus emociones nada tenían que ver con la juventud, la inocencia y los sueños de una adolescente y sí con las de una mujer que desea a un hombre sensual y arrogante, uno que prometía las más placenteras fantasías en su cama.

Estaba hundida en el lodo hasta las rodillas y no estaba segura de sí podría salir de allí por sus propios medios, especialmente, si podría hacerlo tan entera como lo estaba ahora mismo.

La inesperada vibración del móvil la tomó por sorpresa, miró la pantalla e hizo una mueca al ver el nombre de su hermanastro en el identificador de llamadas.

—Así que al fin te atreves a dar la cara, capullo —masculló para sí. Comprobó una vez más dónde estaba su pequeña y respondió a la llamada—. Comadreja almizclera, ¿has decidido salir por fin del agujero en el que te has escondido?

—Veo que estás de mucho mejor humor —escuchó su respuesta—. ¿Puedo suponer que ya se te han pasado las ganas de cometer un asesinato?

Ni mucho menos, pero ahora no era él el primero en su punto de mira.

—Difícilmente —le soltó cortante. Kimberly había dejado el tobogán para subirse a uno de los columpios—, aunque otros han ascendido en la lista posicionándose en los primeros puestos.

Resopló a través de la línea.

—Pobre Luca.

¿Pobre Luca? ¡Y una mierda! Pobre ella, que se habían confabulado ambos para tenderle esa trampa.

—¿Cómo has podido recurrir a él, Pietro? ¿Cómo has podido hacerme esto después de todo lo que pasó?

Hubo un momento de silencio.

—Eso ocurrió hace quince años y eras una cría...

—No sigas por ahí.

—Te llevaba doce años.

Apretó los labios. No quería escucharle, no quería tener que escuchar de nuevo toda clase de razones por las que, lo que le había hecho, era justificable. Solo ella sabía la verdad, lo que había ocurrido esa noche, cómo la había desdeñado y roto sus sueños de juventud.

—Y sigue llevándomelos —escupió e intentó no alzar la voz para alertar a Kimberly. Su hermano, así como el resto de su familia no tenían la menor idea de la existencia de su hija, a decir verdad, su familia, la cual se reducía a su madre, había dejado de formar parte de su vida muchos años atrás

—, y eso no ha impedido que se haya hecho dueño de mi club. ¿Cómo has podido mentirme así? ¿Por qué no me dijiste desde el principio que no podías contribuir como socio capitalista con el *Dangerous*? ¡Me vendiste, Pietro! ¡Me vendiste a mí y mi legado a ese mal nacido!

Un profundo suspiro inundó la línea.

—Nadie te ha vendido, Elis —escuchó su firme y seria respuesta—. Si hubieses abierto los ojos, si te hubieses molestado, aunque solo fuese un momento, en mirar realmente a tu alrededor, te habrías dado cuenta de cómo eran las cosas. Si conservas el local de baile es gracias a Luca, porque él decidió seguir apostando por ti desde las sombras.

Apretó los dientes y sacudió la cabeza.

—Y apostar es sin duda algo que se le da muy bien —declaró en un bajo siseo—. Es un hombre acostumbrado a jugar y a salir vencedor, pero yo no soy el premio de nadie, Pietro, deberías tenerlo en cuenta antes de utilizarme como moneda de cambio.

—Elis, eso no es...

No quiso escuchar más, cortó la llamada y apretó el móvil con fuerza mientras bullía por dentro presa de una inusual rabia motivada por las palabras de su hermanastro.

—Idiota —masculló incapaz de encontrar las palabras adecuadas para dar rienda suelta a su frustración.

—¡Mami, mami! —la llamó Kimberly.

La buscó en parque y la vio riendo mientras intentaba balancearse, sin mucho éxito, en el columpio.

—¡Empújame!

Se levantó, devolvió el teléfono al bolso y caminó hacia ella. Este fin de semana los problemas tendrían que ser puestos a un lado, tenía que concentrarse en su hija y brindarle toda la atención y compañía que no podía

ofrecerle durante el resto de la semana.

Ya habría tiempo el lunes para volver al tablero de juego y esta vez, sería ella la que movería ficha.

CAPÍTULO 11

—Se van a llevar a cabo una serie de cambios destinados a mejorar el funcionamiento y aspecto del club.

Elis no se inmutó, ni siquiera parpadeó, intuía que, de hacerlo, terminaría saltándole al cuello o peor, le rompería la maldita *Tablet* en la cabeza.

Había pasado un fin de semana infernal, sus viejas amigas, las pesadillas, habían vuelto y eso, sumado a los nuevos accesos de fiebre que había tenido Kimberly, el sábado y parte del domingo, la habían mantenido saltando de un lado a otro sin descanso.

Las pocas horas de sueño que tenía encima, los rescoldos de la frustración danzando en sus venas y el llegar al club, solo para encontrarse con aquella reunión, habían consumido su usualmente buen talante convirtiéndola en una criatura huraña, parca en palabras y rezongona.

Oh, sí, odiaba los lunes.

—Y afectará esencialmente al aspecto visual... —continuó Luca ajeno a sus tormentas mentales.

—¿Vamos a cerrar el local?

La pregunta de una de las empleadas atrajo también su atención.

—No, pero sufrirá una actualización.

—¿Qué tiene de malo tal y como está ahora?

—Nada —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Elizabeth ha hecho un muy buen trabajo, pero si queremos que el club prospere habrá que innovar y podría empezarse con una nueva decoración.

—Eso supondrá un gasto extra y ahora mismo...

—Los gastos están contemplados —la atajó con suficiencia—. Para aumentar los beneficios es imprescindible hacer algunas reformas. La inversión se recuperará inicialmente con la nueva inauguración y con un buen funcionamiento y gestión, no tardaremos mucho en obtener ganancias.

—¿Nueva inauguración? —La frase seguía retumbando en sus oídos.

—El local permanecerá cerrado los próximos siete días —le informó—, el tiempo que se empleará en las reformas y la remodelación del espacio.

—¿Qué?

—¿Una semana?

—Yo no puedo dejar de trabajar toda una semana.

—Mierda.

Las protestas de los empleados fueron un eco de sus propios pensamientos.

—No puedes cerrar mi club una jodida semana —protestó levantándose de golpe—. No lo permitiré...

La miró con despreocupación, le señaló la silla que acababa de abandonar y la desarmó al momento.

—Vuelve a sentarte, Elizabeth y no me interrumpas a menos que tengas algo razonable que decir —la censuró con firmeza. Entonces miró a los demás—. La cosa está así. Durante los próximos treinta días vais a verme mucho y muy a menudo por aquí. Todas y cada una de las decisiones que se tomen se harán a través de mí. Si alguien tiene algún problema con ello, le invito a abandonar el barco ahora mismo.

Hubo sonidos de protesta, muchas de las miradas se giraron en su

dirección y no le costó imaginarse lo que estaban pensando.

Apretó los dientes. ¡Ese hijo de puta acababa de mandarla callar!

—No puedo darme el lujo de buscar otro trabajo —comentó una de las bailarinas—, pero toda una semana sin cobrar... joder.

—No puede venir y tomar el mando de la noche a la mañana sin que tengamos cosas que decir, señor Viconti.

—Llamadme Luca —pidió mirándolos a todos y cada uno—. Si queremos que esto funcione, todos tendremos que contribuir. Por eso os he reunido aquí, para escuchar lo que tengáis que decir.

Todas las miradas cayeron ahora sobre él.

—El club no está pasando sus mejores momentos. Se han saneado las deudas y pagado una nueva inspección, no estoy dispuesto a permitir que la mala gestión en la que estaba el *Dangerous* continúe, sería tirar con todo el trabajo que se ha hecho hasta el momento.

Sus palabras fueron una abierta acusación hacia ella y su profesionalidad.

—Acaba de insultarte Elis... —murmuró el barman.

Todos los empleados guardaron silencio, las miradas se dirigieron disimuladamente en su dirección y acabó siendo de nuevo el centro de atención.

—¿Te has sentido insultada, Elizabeth?

Deslizó la mirada sobre su interlocutor y enarcó una ceja al tiempo que contestaba sin ambages.

—Desde el primer momento en que te cruzaste en mi camino, así que, un insulto más poco importa, ¿no?

Risitas y toses poco disimuladas inundaron la sala, pero eso no molestó un ápice a Luca, quién mantuvo esa fría compostura.

—¿Alguien tiene alguna queja más que poner sobre la mesa?

Conocía a su gente y sabía que iban a volver a protestar, podrían estar haciéndolo hasta el día del juicio final y, tal y como estaban las cosas, no era la mejor solución.

—El señor Viconti...

—Luca —le recordó, poniéndola en evidencia—. Conoces mi nombre, puedes utilizarlo.

—...tiene razón en lo tocante a las deudas —continuó ignorando su aclaración—. Hemos contraído...

—¿Hemos?

Se obligó a respirar profundamente para evitar saltarle al cuello y ahorcarlo.

—El *Dangerous* contrajo una serie de deudas que debían ser saldadas y mi *nuevo* socio, aquí presente, se ha encargado de solventar dicho problema —explicó y continuó eligiendo las palabras que sabía calmarían a los empleados. Como cualquiera en su situación, su primera preocupación era conservar su trabajo—. Considero que su visión sobre el actual campo del negocio y la experiencia empresarial que trae a sus espaldas será beneficioso para todos nosotros.

—Gracias —le dijo mirándole con visible sospecha, entonces se giró a los demás—. Sé que vuestra preocupación es conservar el trabajo o cómo pasaréis estos próximos días sin poder llevar a cabo vuestras ocupaciones, algo totalmente legítimo. El que el local no esté abierto el tiempo que duren las reformas, no quiere decir que vosotros no tengáis que fichar. Para que esto funcione, para que mejore el rendimiento del club, es necesario contar con la visión de todos y cada uno de los presentes, por ello, se os pagará igualmente el sueldo correspondiente a los días que dure la reforma.

El hacerlos partícipes de sus planes era algo que necesitaban los empleados, hacerlos sentirse parte del proyecto hizo que la intensidad de las

protestas descendiese y prestaran toda su atención al nuevo socio.

Tenía que admitir que era realmente bueno en oratoria, la manera en que se expresaba y captaba a la gente era única.

—No considero que el rendimiento del club haya sido tan bajo como sugieres, ¿para qué cambiar algo que funciona?

Christie, quién se había mantenido callada hasta el momento, abrió la boca con obvia enemistad.

—Eso solo pone de manifiesto que te falta visión sobre el cometido de este club —la calló con pocas palabras—. Pero para eso estoy aquí, para expandir horizontes.

La chica apretó los dientes, sus mejillas enrojecieron al momento y la vio a punto de saltar.

—¿Y por qué no empiezas expandiendo los tuyos?

—Si preguntas eso, es porque no tienes ni idea de hasta dónde puedes llegar —respondió bajando la voz—. Me complacerá poner a Daniel al corriente sobre ello.

Su rostro palideció para seguidamente adquirir un intenso color rojo.

—Eres un...

—Suficiente —atajó ella mirándolos a ambos—. ¿Podemos centrarnos y comportarnos como adultos?

La respuesta de la chica fue apretar los dientes y sisear por lo bajo. Luca, por su parte la miró y asintió en acuerdo a sus palabras antes de retomar de nuevo la batuta.

—Bien, llegados a este punto, repetiré lo que ya he dicho. Quién no esté a gusto con las actuales circunstancias puede abandonar su puesto en este mismo instante.

Todo el mundo empezó a mirarse los unos a los otros, bajaron las cabezas y adoptaron un aspecto más sumiso. Los trabajadores del *Dangerous*

querían quedarse y conservar su trabajo.

Los siguientes minutos transcurrieron en un ambiente mucho más distendido, tras las primeras impresiones y protestas todo el mundo se puso a trabajar aportando sus ideas, comentarios y pareceres. Elis se encontró escuchando muy buenas sugerencias de personas que llevaban años trabajando en el local y no pudo evitar sentirse un poco herida ante la abierta comunicación que se estaba generando con Luca.

¿Por qué nunca habían comentado esos aspectos con ella? ¿Por qué no se habían dirigido a ella con sus inquietudes e ideas?

Siempre había estado accesible para todos ellos y, sin embargo, venían a abrirse con un completo desconocido. Era como si la presencia masculina lo eclipsase todo, pasaron de mirarlo con recelo a adorarlo y no pudo evitar verse reflejada a sí misma en algunas de las chicas; ella lo había mirado así cuando solo era una niña.

De adolescente solía quedarse escuchándole embobada, su forma de hablar y sonreír la habían enamorado. Su paciencia y amabilidad la habían conquistado, su sentido del humor la hacía reír y disfrutaba de su compañía o al menos lo había hecho hasta la tarde noche en la que todo cambió llevándose consigo sus ilusiones y rompiéndole el corazón.

Y ahora estaba allí de nuevo, dispuesto a regir su vida y, esta vez, no podía huir, solo hacerle frente.

—¿Tenemos todos claro lo que hay que hacer?

—Lo suficiente —aceptó el barman.

—Perfecto —aceptó Luca—. Si tenéis dudas, estoy aquí para resolverlas, así como también lo estará Elizabeth.

Enarcó una ceja ante su comentario y preguntó en voz baja.

—Ah, ¿ahora me incluyes?

La miró con gesto divertido.

—No recuerdo haberte excluido, Elis —aseguró—. De hecho, estoy deseoso de ver que ideas tienes para innovar las actuaciones de baile.

Entrecerró los ojos y lo miró con recelo.

—¿Qué te hace pensar que yo tengo algo que ver con eso?

—Eres bailarina...

Bufó.

—No formo parte del cuerpo de baile.

Sonrió de medio lado.

—Ahora sí.

Las risitas y toses mal disimuladas volvieron a la carga azuzando sus exaltadas emociones. Fulminó a unos cuantos con la mirada, él incluido, y volvió a vestirse con esa coraza que la aislaba del mundo.

—Ya tenéis vuestras tareas, poneos a ello —los censuró con frialdad.

Sin más dio media vuelta y se fue con paso aireado. Si pasaba más tiempo en aquella sala y en compañía de ese hombre entraría en combustión espontánea.

—Jefe —escuchó a su espalda. Los empleados lo habían aceptado ya en sus filas. Traidores—. Buena suerte con la fiera.

Rechinó al escuchar ese nombre.

—¿La fiera?

—Así la llamamos en los bajos fondos —le comentó alguien—. Y se lo ha ganado a pulso.

—Interesante —aceptó. Se despidió de ellos y salió en post de ella, alcanzándola a punto de entrar en el pasillo que separaba la sala principal de otras dependencias—. Así que... la fiera.

Lo fulminó con la mirada.

—Si ya has acabado de apropiarte de todo, te mostraré la oficina de modo que puedas ponerte cómodo y trabajar —escupió—. Después me iré a

casa.

Chasqueó la lengua.

—Tu jornada laboral es la misma que la mía, mientras yo esté en el local, tú también lo estarás —le soltó, entonces consultó el reloj—. ¿Has cenado ya?

Lo miró de reajo.

—¿Eso a qué viene?

—A que tengo hambre y detesto cenar solo.

Lo miró con cara de pocos amigos.

—Me has obligado a venir aquí, les has dicho a mis empleados que vas a renovar y reacondicionar *mí* club, ¿y ahora quieres que cene contigo? ¿Te has vuelto loco?

La miró con contenida diversión.

—Veo que tu inteligencia sigue intacta.

Puso los ojos en blanco.

—Sí, igual que mis instintos asesinos.

La miró de arriba abajo con abierta apreciación masculina.

—¿También tienes de eso, fierecilla?

Resopló.

—Eres un gilipollas.

Chasqueó la lengua.

—Empiezo a cansarme de escuchar tantos insultos saliendo de tu boca.

—¿De verdad? En ese caso creo que pensaré en algunos más.

Sacudió la cabeza y la invitó a seguir.

—Vamos a cenar —declaró sin más—, luego podrás enseñarme esa oficina y hacerme una demostración de cómo gestionas el club.

Lo fulminó con la mirada.

—Empiezo a odiarte y no has hecho más que aterrizar en mis

dominios...

La miró a los ojos.

—¿Eso quiere decir que me querías hasta hace un rato?

La inesperada pregunta la hizo tropezar con sus propios pies.

—Tienes un gran concepto de ti mismo, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Solo intento tantear el terreno contigo.

—No te molestes —bufó—, no hay terreno que tantear, para ti no.

Se rio por lo bajo.

—Haré que cambies de opinión, gatita, solo es cuestión de tiempo.

—Necesitarás un milagro.

—Bien, de esos también sé hacer.

Entrecerró los ojos.

—Tienes respuesta para todo, ¿no?

—Lo intento.

Resopló frustrada.

—Estupendo.

No dijo más, lo conocía y sabía que no pararía hasta conseguir lo que deseaba. Siempre había sido así, otra cosa por la que lo había admirado.

—¿Por qué ahora? —preguntó. No quería, pero necesitaba una respuesta—. ¿Por qué has vuelto? ¿Por qué mi club? ¿Qué es lo que quieres?

Su respuesta fue directa, al igual que su mirada.

—Recuperar algo que me pertenece —le dijo sin más—, algo que dejé ir.

Se tensó, se lamió los labios y le sostuvo la mirada.

—Pierdes el tiempo, no hay nada que recuperar.

—Por el contrario, Elis, lo hay. Todo.

Dicho eso, pasó por delante de ella y le habló por encima del hombro.

—Si me enseñas la oficina, cenaremos allí.

Se estremeció.

—No tengo el más mínimo deseo de cenar o hacer cualquier cosa contigo.

La miró por encima del hombro.

—Eso puede arreglarse, Elis. Eso puede arreglarse.

Se estremeció, la forma en que lo dijo, el tono sensual y ronco de su voz hizo que se estremeciera y no precisamente de repulsión. Maldito fuera, ese hombre iba a convertirse en su mayor pesadilla y lo más preocupante eso la excitaba.

CAPÍTULO 12

—¿Tú le llamas a esto cena?

Su pequeña y exquisita gatita miraba con recelo la pizza cuatro estaciones que había sobre el escritorio.

—No me digas que eres de las que come una hoja de lechuga para no engordar —le soltó mientras abría la segunda caja, una pizza de atún—. Esas curvas necesitan comida.

Enarcó una ceja.

—¿Acabas de llamarme gorda?

Parpadeó visiblemente sorprendido.

—Aprecio demasiado mi vida para decirle algo así a una mujer —aseguró—, especialmente a una que tiene todo lo que tiene que tener en su sitio. No cambiaría nada en absoluto.

Se limitó a poner los ojos en blanco.

—¿Atún o cuatro estaciones?

Hizo una mueca.

—No como esas porquerías durante la semana.

—Déjame adivinar, ¿amante de la cocina de diseño?

—No es asunto tuyo.

—Por el contrario —aseguró repartiendo la cena en bandejas de cartón—, todo lo que tenga que ver contigo es asunto mío, al menos durante los

próximo 30 días.

—29...

—No te recordaba tan puntillosa.

—Hay muchas cosas que parece no recordar sobre mí —le espetó.

Hizo a un lado la pizza y se inclinó sobre la mesa—. ¿Qué diablos es lo que quieres?

La miró de arriba abajo, se relamió y mordió un pedazo de su pizza.

—¿Otra vez la misma pregunta? A ti, Elis, creo que eso lo había dejado perfectamente claro.

La incomodidad la recorrió por entero, se movió inquieta y miró de nuevo la cena con gesto irritado. Le gustaba la pizza de atún, podía verlo en la manera en la que se había lamido los labios.

—Coge un trozo y cena —la instó a ello—, la pizza está buena mientras está caliente.

A regañadientes cogió un trozo.

—Manejaste bien al personal —comentó cambiando de tema—, te han seguido sin pestañear.

—Quieren ser tenidos en cuenta, cuando los haces partícipes de tus planes se sienten parte de algo —le dijo—. Si te bajases de tu pedestal de vez en cuando, serías capaz de verlo.

Apretó los labios.

—¿Vas a insultarme cada cinco minutos?

—No, preferiría estar haciendo otras cosas más apetecibles —ronroneó—, pero por ahora me conformaré con cenar y mirarte.

Resopló y se puso a caminar de un lado a otro, era realmente sexy y se irritaba tan rápido como la espuma.

—Podrías aprovechar esta imposición y explicarme qué tienes en mente para que no se me quede cara de idiota —le soltó—. Al contrario que a ti no

me gustan las sorpresas.

—Yo recuerdo lo contrario.

—Tus recuerdos parecen ser selectivos.

Se miraron y sabía de qué estaba hablando.

—¿Te das cuenta de que te llevo doce años?

Sus ojos se oscurecieron.

—Eso no parece preocuparte demasiado... ahora.

—Y al fin llegamos al punto que nos interesa a ambos...

—No hemos llegado a ningún lado —replicó con firmeza—. No eres más que un hombre que busca lo mismo que todos.

—No soy un hombre corriente.

Ella lo miró y supo que era consciente de ello. Podía no conocer su verdadera naturaleza, pero su intuición la llevaba a recelar y mantenerse precavida ante él. Incluso siendo tan solo una niña, había sido capaz de leer sus estados de ánimo, sabiendo instintivamente cuando su felino estaba cerca de la superficie y calmándolo con tan solo su presencia.

—No, no lo eres, pues de lo contrario no estarías aquí y ahora convirtiendo mi vida en un infierno.

—Estás siendo muy drástica.

—Obviamente no lo suficiente ya que sigues aquí.

—¿Y eso te molesta?

—Creo que eso cae de cajón —replicó con sorna—. ¿No te lo dice mi enorme e inocente sonrisa?

—Tu sonrisa es de todo menos inocente, gatita.

—¿Estás pensando en pervertirme? —se llevó las manos a las mejillas—. Harás que me sonroje.

—No te hagas la mojigata conmigo, Elis, ambos sabemos que eres cualquier cosa excepto una tierna corderita.

—Y lo dice el lobo que quiere cenársela.

—El gato —le guiñó el ojo—. ¿Qué puedo decir? Me gusta el sexo y me gustas tú.

La estaba irritando, pero no por ello dejaba de ser consciente de la situación íntima en la que se encontraban.

—Mala combinación.

—A mí me un coctel perfecto.

Entrecerró los ojos y lo miró.

—No lo entiendo —declaró—. Te lo juro, no lo entiendo. Sales de la nada y lo haces dispuesto a exigir cosas a las que no tienes derecho. ¿Por qué mi club? ¿Por qué a mis espaldas?

No había motivos para mentir u ocultarle la verdad, así que se limitó a ser franco.

—Pietro estaba preocupado cuando decidiste meterte en una empresa como esta, necesitaba asesoramiento y me contactó.

Arrugó la nariz.

—Es mi hermanastro.

Y ese era el quid de la cuestión. Si bien no mantenían una relación cercana desde hacía años, según le había contado Pietro, para Elis el chico seguía siendo algo suyo y el que hubiese acudido a él suponía una traición para su pequeña gatita.

—Y mi amigo —le recordó. Ese había sido el motivo principal de que hubiese llegado a conocerla—, algo que también lo éramos tú y yo.

—Eso fue hace demasiado tiempo.

—No tanto como para olvidarlo.

Lo miró a los ojos.

—No estaría tan segura —se lamió los labios—. Pues lo más importante parece haberlo olvidado.

—No he olvidado nada, Elis —fue firme y directo—, solo he pospuesto lo que realmente deseo y este es tan buen momento como otro para obtenerlo.

—Tienes demasiada confianza en ti mismo.

—La suficiente.

—¿Qué te hace pensar que cederé a tus deseos?

¿Es que no lo veía? ¿No se daba cuenta de la química que existía incluso ahora entre ambos?

—Que también son los tuyos.

—Y ahora es el enorme ego masculino el que habla.

—No, gatita, me lo dices tú misma —bajó la mirada sobre ella—. Lo hace la forma en que se marcan tus pezones contra la blusa, la manera en la que aprietas los muslos y jadeas cuando me acerco demasiado.

Abrió la boca lista para protestar, pero no se lo permitió.

—Te propongo un juego —la silenció, necesitaba llevarla a su terreno—. Si ganas, podrás pedirme lo que quieras...

—¿Qué canceles la deuda?

No respondió.

—Y si gano... seré yo el que pida algo y sé exactamente qué será.

—No deberías apostar con tanta despreocupación.

—¿Tienes miedo a perder? —la desafió, apelando a esa necesidad suya de tener el control.

—No voy a jugar contigo —negó con efusividad.

—Te hacía más aventurera.

—Y yo a ti más inteligente.

Resopló. ¿Por qué no la cogía, se la echaba al hombro y se la llevaba sin más? Después de follársela hasta la extenuación, quizá estuviese en mejor disposición de hablar las cosas.

—Oh, gatita, tus insultos empiezan a aburrirme.

—Intentaré ser más ocurrente la próxima vez que te llame idiota.

Chasqueó la lengua.

—Deberías poner tu interés en ser un poquito más inteligente —le soltó—, y no meterte en juegos en los que no puedes ganar.

Y como buena gata curiosa y desafiante, mordió el anzuelo.

—Puedo ganarte a cualquier juego...

Sonrió de soslayo.

—Demuéstramelo —la desafió, su mirada fija en la de ella—. Atrévete a jugar conmigo.

La duda bailó en sus ojos, también lo hizo el recelo, pero el desafío y las posibilidades que encerraban eran demasiado tentadoras como para dejarlo estar.

—No solo me atreveré a jugar, Luca —respondió alzando la barbilla con gesto arrogante—, sino que ganaré. Así que, dime, ¿a qué quieres jugar?

Sonrió arrogante.

—Al póker —declaró señalando el mazo de cartas que contenía una cajita de cristal que descansaba en una esquina del escritorio con gesto travieso—. Al *strip poker*.

La sorpresa que reflejó su rostro fue un *bonus* para él.

—Y bien, gatita, ¿aceptas el juego?

CAPÍTULO 13

Tenía que admitirlo, esa mujer se arriesgaba hasta las últimas consecuencias, pensó Luca divertido, la prueba de ello la tenía ante él orgullosa, altiva y echando fuego por los ojos mientras se quitaba las medias que acababa de perder.

Lo que comenzó como un juego, una manera de tentarla y llevarla a su terreno, se había convertido en un verdadero desafío, uno que Elis se había empeñado en seguir hasta el final.

—Y ahora, ¿qué te parece si dejamos de jugar a las cartas y pasamos a algo más interesante?

Esos bonitos y apetitosos labios se fruncieron con gesto de cabreo interno.

—Eres una rata...

Chasqueó la lengua.

—¿Qué te he dicho sobre los insultos?

Alzó la barbilla con gesto desafiante.

—Llamarte rata me parece de lo más ocurrente.

Chasqueó la lengua.

—Tienes muy mal perder.

—Suele pasar cuando tienes la costumbre de ganar.

Sonrió para sí. Sabía que estaba pensando, podía imaginárselo por la

mirada que danzaba en sus ojos. Se lo había dejado claro desde el preciso momento en que se encontraron, pero no podía importarle menos. Se había mentalizado para ser paciente, cualquier cosa con tal de poder penetrar esa coraza con la que ahora se cubría.

Había esperado tanto tiempo por esto, por hacerla suya que se había convertido en un desafío personal, en una irracionalidad que no podía sacarse de la cabeza. Cuando más gruñía y se resistía ante él, más deseaba doblegarla, hacerla suya. Conocía a la niña que fue un día, pero esta mujer era una desconocida que se estaba abriendo paso a través de su piel.

Deslizó la mirada sobre su cuerpo, daba igual que llevase puesto, si estaba completamente vestida o con un coqueto juego de lencería como ahora mismo; era preciosa. Todo ese pelo suelto sobre los hombros, las curvas necesarias para resultar un sensual y adorable colchón para un hombre, le gustaba mucho más de lo que quería dejar traslucir.

—Sin duda tienes todo lo que tienes que tener y en los sitios adecuados —admitió mientras la rondaba, disfrutando de la visión de ese duro y firme culo, la larga espalda y los pechos que encajarían a la perfección en sus manos. No la tocó, algo que le costó todo un mundo, quería mantenerla en esa nerviosa expectación, fuera de balanza para que no pudiese coger la batuta que tanto necesitaba llevar y le diese con ella en la cabeza—. ¿Sabes? Me gusta ese color, te favorece.

Ladeó ligeramente la cabeza hasta que sus ojos se encontraron, curiosamente no se avergonzaba lo más mínimo por estar en desnuda desventaja.

—Entonces lo haré desaparecer de mi armario —rezongó ella—, dime cuál es el que detestas y lo vestiré todos los días.

Y sabía que lo haría, era lo bastante terca como para hacer eso y mucho más.

—¿Vas a ser tan complaciente conmigo? Que adorable.

Avanzó hacia ella, dominándola con su estatura, llevándola a dar un paso atrás sobre los altos tacones que se negaba a abandonar, entonces otro y otro más hasta que la pared puso fin a su retirada. La vio respingar al notar el frescor contra su piel caliente, el saltito hizo que arquease la espalda y sus pechos se proyectasen hacia delante. Su gato ronroneó en visible apreciación, le gustaba sentirla tan cerca, llenarse de su aroma y estaba como loco por bañarse en él.

Los pezones ya se marcaban contra la tela, duros y expectantes, podía estar realmente cabreada, hirviendo por dentro, pero el deseo estaba allí y eso le daba esperanzas.

La deseaba, tanto que casi lo consideraba una obsesión. La necesitaba, la quería por encima de todo y la posibilidad de que hubiese otro hombre en su vida, de que hubiese encontrado a alguien a quién amar, siempre había sido una dura losa sobre su alma. Se había obligado a prometerse a sí mismo que si existiese ese otro hombre, si ella ya no estuviese disponible, le entregaría las riendas del *Dangerous* y se marcharía para siempre de su vida, pero tenía una oportunidad. El que ella estuviese allí, frente a él y dispuesta a todo, cambiaba las cosas. Esa mujer era suya y pelearía hasta las últimas consecuencias para que ella lo comprendiese y aceptase como tal.

La muchacha que fue lo había querido una vez, ¿podría la mujer que ahora lo miraba desafiante recuperar ese sentimiento?

—Eres un manjar para la vista.

Su acerada mirada se topó con la propia, esa pequeña y deliciosa lengua emergió entre los labios y se deslizó sobre el inferior dejando una capa de humedad que los hizo brillar. Deseaba probar de nuevo esa boca, arrebatarse el aliento mientras sentía su cuerpo relajándose contra el suyo, disfrutando del placer que encontrarían juntos.

—Puedes ahorrarte los halagos —declaró directa.

—¿No te gusta que te halaguen? —Enarcó una ceja.

Cambió el peso de un pie al otro y adoptó una postura de sensual coquetería.

—Claro, siempre y cuando el que lo haga esté a la altura.

No pudo evitar sonreír ante el abierto insulto.

—Tienes una boquita de lo más peculiar.

—Una chica tiene que aprender a defenderse de los idiotas sin necesidad de emplear los puños —se encogió de hombros—. Las palabras suelen ser la mejor arma, son capaces de insultar sin que se enteren. Especialmente los hombres.

—Empiezo a sospechar que tienes algo personal contra mí.

Lo miró con fingida inocencia.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Por qué habría de tenerlo? Solo me has robado lo que es mío... y acabas de dejarme en paños menores jugando al póker.

Chasqueó la lengua y deslizó la mirada de nuevo sobre ella.

—*Strip-poker* y te recuerdo que te di la opción de retirarte —le recordó galante—, pero no voy a negar que mirarte es algo de lo que disfruto. No pasa lo mismo con escuchar toda la mierda que sueltas por esa boquita. — Se inclinó sobre ella y apoyó una mano en la pared, al lado de su cabeza—. Así que, te propongo un nuevo juego.

Ella lo miró, su cuerpo reaccionó a su cercanía tensándose.

—¿Otro más? No gracias.

Hizo oídos sordos a su respuesta.

—Cada vez que me insultes, pagarás una prenda.

Puso los ojos en blanco.

—Ese juego podría no tener final, Luca.

Sonrió abiertamente.

—Más oportunidades para que puedas ganarme esta vez.

Dicho esto, bajó sobre su boca y la besó a conciencia. Enredó los dedos en su pelo, reteniéndola, quitándole el mando al que estaba acostumbrada y obligándola a entregarse o luchar.

Su resistencia fue admirable; durante dos segundos. Esa cosita era pura sensualidad, fuego embotellado y estaba deseando quemarse en él. Le acarició los labios seduciéndola a abrir la boca, a permitirle entrar y saborearla. Sucumbió a su sabor tanto como a su presencia, enlazó la lengua con la suya y la escuchó gemir, una pequeña victoria en una contienda demasiado importante.

Su cuerpo se encontró entonces entrando en contacto con el suyo, esas curvas se amoldaron a su dureza y las caderas acunaron la dura erección que ya empujaba sus pantalones. Era el molde perfecto para él, su gato ronroneó de placer al sentirla cerca, feliz de tocarla por fin.

Notó como sus manos, al principio inertes, subieron por sus brazos, sus dedos aferrándose a ellos, enredándose con la tela de la camisa con una obvia dualidad que luchaba entre apartarle o acercarle más.

Gruñó en su boca mientras le acariciaba la base del cuello con el pulgar, su mano libre encontró entonces sus senos y los sopesó por encima del sujetador. Notó los pezones bajo sus dedos, duros, pequeños botones sobresalientes que se moría por saborear. La necesidad hizo que abandonase su boca para permitirles respirar, pero no la dejó, ella era adictiva al igual que su piel. Le mordió la garganta, succionó la tierna piel haciéndola jadear para luego calmar el picor con una pasada de su lengua. Notó el pulso cada vez más acelerado aumentando el propio, su polla palpitaba con rabiosa necesidad, quería enterrarse en ella, poseerla, sacarse de encima esa imperiosa necesidad de tenerla para ver si así podía devolver algo de lucidez a su cortocircuitado cerebro.

Siguió sembrando besos sobre su piel, su aceptación era obvia en la forma en la que ladeó la cabeza para darle acceso; Elis era una mujer sensual, una que disfrutaba del placer tanto como él mismo. Su cuerpo empezó a contonearse entonces contra el suyo haciendo más que feliz a su erección, se obligó a retirarse un poco, capturó sus manos, las cuales parecían recrearse en sus músculos y descendió con ella, guiándola hasta el premio mayor.

—No puedes negar lo evidente —le susurró mordisqueándole la oreja—, disfrutas del placer, renaces en él.

La escuchó gemir, pero también notó el sutil cambio, la vacilación, la necesidad de sacudirse de encima esa nube en la que había quedado atrapada sin ser consciente de ello.

Su gato protestó, no quería perderla, no ahora que estaba tan cerca de ella.

—No —le impidió retirarse y guio su pequeña mano hacia su duro pene—. El placer no es más que un juego y solo hay que saber elegir las cartas para erigirse como el único vencedor.

Contuvo el aliento al notar la pequeña palma contra su polla, la reticencia de sus dedos, de su propio cuerpo antes de que le arrancase un nuevo gemido al morderle el arco superior de la oreja.

—¿Lo notas, Elis? Esto es por ti —ronroneó lamiéndole el lugar mordido—, estoy así de duro por ti.

Se apartó lo justo para permitir que entrase un poco de aire entre sus cuerpos y buscar sus ojos. Los encontró llenos de deseo, las mejillas encendidas y los perlados dientes atrapando a duras penas el labio inferior en un intento, no le cabía duda, por ahogar sus propias respuestas.

—Eres una cosita sumamente sensual —declaró sin dejar de mirarla, rozándose contra su mano al tiempo que bajaba la mirada sobre su cuerpo—, hecha para el placer. Um, sí... deseaba verte así, semidesnuda y excitada, con

la respiración acelerada, la piel sonrojada y ese halo de arrebatado placer en los ojos.

—Eres un... —empezó a farfullar y la contuvo posando un dedo sobre sus labios.

—No —la interrumpió—, nada de insultos, ¿recuerdas? No a menos que quieras pagar una prenda.

—En estos momentos lo que quiero hacer es extirparte los huevos —siseó ella con voz agitada.

Empujó su erección contra la mano que todavía retenía contra él.

—Yo por el contrario quiero que los cuides como si fueran la jodida joya de la corona —se rio, la miró a los ojos y se relamió al ver la lucha en sus facciones—, quiero tus dedos alrededor de mi polla, tu boca chupándome con fruición...

Notó el temblor que la recorrió, vio la reacción que trajeron consigo sus palabras y el desnudo hambre que bailaba en sus ojos mezclado con la irritación, así como olió la excitación que la humedecía.

—Y puedo ver que la sugerencia es tan apetecible para ti como para mí.

Ella se lamió los labios y alzó la barbilla con esa obstinación que le divertía y excitaba al mismo tiempo.

—No contengas la respiración.

Sonrió de medio lado, bajo de nuevo sobre ella y capturó su boca, arrollándola sin previos, besándola con fuerza, furioso y rápido.

—No, gatita, no la contengas tú —jadeó en sus labios y deslizó la mirada hacia abajo, sobre su cuerpo—. Ambos sabemos que te excita la perspectiva tanto como a mí. Dime, ¿ya estás mojada? ¿Has empapado ese pequeño pedacito de tela? —continuó torturándola con palabras, retiró la mano que sujetaba la suya contra su sexo y sonrió secretamente al ver que ella no solo no la retiraba si no que deslizó los dedos, buscando una postura más

cómoda—. ¿Notas lo duro que estoy? Me muero por hundirme entre tus piernas. Quiero follarte y hacerte gritar hasta que no puedas hacer otra cosa que correrte... —se lamió los labios, haciendo una pausa—. Dime, Elis, ¿qué es lo que deseas tú?

CAPÍTULO 14

Elis deseaba matarlo.

Primero lo violaría, oh, sí, se daría un festín con él por todo lo que le estaba haciendo y luego lo mataría.

Sus palabras la volvían loca, su sensual y profunda voz la estremecía de placer, obrando como lo haría un potente afrodisíaco nublándole el sentido. El pasado empezó a mezclarse con el presente confundiéndola, sacando a la luz esas emociones juveniles que creía haber extinguido hacía años. Mierda. Lo deseaba, maldita fuese su estampa, lo deseaba con desesperación, la presión en la parte baja de su vientre aumentaba sin demora y le empapaba el tanga. Se sentía hinchada, anhelante y febril, la idea de arrancarle los pantalones y follarlo era la mayor estupidez que podía pasársele cualquier día por la cabeza, pero ahora mismo, la consideraba la mejor de las ideas.

Estaba totalmente perdida, lo supo desde el instante en que sus miradas volvieron a cruzarse después de todos esos años, no importaba lo mucho que quisiera odiarle, la verdad yacía en su corazón, uno que había sangrado por él en el pasado y que, sin embargo, seguía latiendo.

Ya no se trataba de la expectación o de los nervios propios de la juventud ante su primer amor, era el deseo, la lujuria y la necesidad propia de una mujer que disfrutaba de lo que podía ofrecerle el sexo masculino. Y lo deseaba, ese estúpido baile que había protagonizado la noche anterior había

sido como firmar su propia sentencia. Se había excitado, había disfrutado al saberse vigilada y contemplada, su cuerpo había reconocido su presencia y estaba más que dispuesto a dejarse seducir.

¡Y entonces se había marchado! La había dejado caliente y frustrada, tan excitada que había tenido que recurrir a su amiguito a pilas bajo la ducha.

¡Maldita fuera su estampa! Quería que la follase, quería esas fuertes manos sobre su cuerpo, la lujuriosa boca en su sexo, lo quería todo de él y ese deseo era lo que lo convertía todo en una colosal estupidez.

—Deseo que cierres el pico —jadeó respondiendo a su pregunta e intentando recuperar el aliento—. Hablas demasiado y actúas muy poco.

Se echó a reír, una risa profunda y masculina que la recorrió como un relámpago. Su cuerpo reaccionó de inmediato humedeciéndose y excitándose aún más. Le dolían los pezones, sentía los pechos pesados y oprimidos en el confinamiento de la ropa interior.

Demonios, estaba jodidamente caliente.

—Quítate el sujetador —le susurró al oído—, y el tanga. Te quiero completamente desnuda.

¿Acababa de acompañar sus palabras de un suave ronroneo gatuno?

—¿Por qué no lo haces tú mismo?

No le gustaba recibir órdenes, especialmente en la cama, por el contrario, estaba acostumbrada a darlas, a llevar el control y decidir así hasta dónde estaba dispuesta a llevar.

Sin embargo, él debía ser de su misma opinión, ya que dio un paso atrás y la privó de todo contacto mientras se tomaba su tiempo para contemplarla.

—Porque yo soy el que da las órdenes aquí y tú quién las acata.

No pudo evitar mirarle con arrogancia. Si esperaba que se doblegase a él, la llevaba clara.

—Creo que no has comprendido bien lo que dije al respecto de quién

recibe las órdenes y quién debe acatarlas.

Sonrió, esa perezosa mueca que la irritaba y excitaba al mismo tiempo.

—Y tú que, en este juego de poder, yo soy el que tiene todas las cartas —aseguró con petulancia. Entonces la señaló con un gesto de la barbilla—. El sujetador y el tanga. Fuera. Ahora.

Apretó los labios y se mantuvo firme, desafiante, no estaba dispuesta a doblegarse ante él.

—Elis... no lo repetiré —declaró con voz baja, tranquila y, aun así, con una clara advertencia—. Desobedece y pagarás la prenda que tantas ganas tienes de ganar.

No cedió, se preparó para pelear y demostrarle a ese hombre que no podía volver a su vida después de quince años y arrasar con todo.

Se estiró con estudiada languidez, moviéndose con una sensualidad destinada a atrapar su atención y, al igual que todos los hombres, picó el anzuelo. Su mirada se volvió más intensa, se lamió los labios y parecía estar calculando cual sería la mejor manera de abordarla.

—Pagar una prenda —chasqueó la lengua, modulando las palabras con lentitud sin quitarle la mirada de encima—. Si eso va contra tus órdenes, adelante. La pagaré con sumo placer.

Entrecerró los ojos, sus labios se curvaron en una perezosa sonrisa de suficiencia.

—Y lo harás, gatita, me ocuparé personalmente de que la pagues... con sumo placer.

El tono en sus palabras debió ser suficiente advertencia de que se estaba metiendo en terreno peligroso, pero no estaba en su naturaleza ceder y mucho menos ante él.

—No vas...

Le sujetó la barbilla privándole de movimiento y sorprendiéndola por

ello.

—Silencio —la censuró. Le acarició el labio inferior con el pulgar un segundo antes de introducirlo en el interior de su boca y acariciarle la lengua brevemente—. Has perdido el derecho a replicar. Ahora eres mía. Mía para hacer lo que *yo* desee, para seguir *mis* instrucciones y gritar con el placer que *yo* te brinde.

No pudo siquiera replicar, el dedo abandonó la húmeda cavidad solo para ser sustituido por su lengua. Su sabor especiado la embriagaba, la pericia que tenía al besar la desarmaba por completo, para ser sincera, jamás había disfrutado tanto con un beso hasta él.

Tan rápido como cayó sobre ella, se apartó. El sujetador y el tanga abandonaron su cuerpo incluso antes de que se diese cuenta de que él la estaba desnudando, sus manos cayeron sobre su piel, pellizcándole los pechos, recorriéndola sin dejar un solo recoveco, memorizándola para algo que solo él parecía saber. Se encontró apretada contra su cuerpo, jadeando en busca de aire mientras una mano dura y fuerte le acariciaba las nalgas y los dedos descendían entre sus mejillas acariciando su mojado sexo desde atrás.

—Mojada y caliente —enumeró con una practicidad que la estremeció—. Me empapas los dedos.

No dejó de mirarla a los ojos mientras esas intrusas falanges se deslizaban por sus chorreantes labios, acariciando y hundiéndose finalmente en su anhelante carne al punto de llevarla a ponerse de puntillas. La tensión que ya sentía en el vientre se incrementó exponencialmente, aumentó el placer y su cuerpo empezó a transpirar a causa del placer.

—Sí, ese es el rostro que quiero ver —ronroneó, sus ojos fijos en los suyos—. Desnudo, sincero y preso del placer.

—Si esperabas otra cosa no deberías meter las manos dónde no debes.
Se rio entre dientes.

—Oh, la mía está justo dónde quiero que esté —aseguró y empujó sus dedos un poco más arrancándole un gemido—, es la tuya la que todavía no se acerca a su destino.

Lo miró con fingida inocencia.

—Sobre mi polla, gatita —declaró sin tapujos—, introdúcela en el interior del pantalón y acaríame hasta que te diga que dejes de hacerlo.

Se lamió los labios y bajó la mirada entre sus cuerpos, pegado a él como estaba, era un poco difícil cumplir con su petición.

—Se te da de lujo dar órdenes.

—Y a ti se te dará de lujo obedecerlas —declaró, se echó hacia atrás y le dejó espacio para que pudiese llevar a cabo su petición.

Sus dedos encontraron la dura y caliente carne y no pudo evitar que se le hiciese la boca agua. Estaba muy bien dotado, largo y ancho, una definición que llevaba el sello de «perfecto» en su diccionario. Lo rodeó con los dedos, lo acarició y se lamió los propios labios al notar una gota de humedad en la cabeza del miembro. Se le hizo la boca agua, no podía evitarlo, le gustaba el sexo oral y la perspectiva de tener ese miembro que estaba acariciando en su boca la ponía incluso más caliente y cachonda de lo que ya estaba.

—Despacio, gatita —ronroneó él, su voz mucho más ronca y profunda—, cuando me corra quiero estar profundamente enterrado dentro de ti.

Siguió acariciándola, sus dedos entraban y salían de su apretado sexo con facilidad, la lubricación natural que le ofrecían sus jugos ayudaban a la tarea de enloquecerla. Intentó acercarse a él, quería más, necesitaba más, pero cada vez que parecía estar un poco cerca de lo que deseaba, se retiraba.

—No —la frenó una vez más, impidiéndole lo que deseaba, correrse—. Todavía no.

Soltó un pequeño chillido.

—¿Estás intentando volverme loca? Porque joder, lo estás

consiguiendo.

Se limitó a seguir con esas lentas y enloquecedoras caricias.

—No dejes de acariciarme, nena o no tendrás lo que deseas.

El muy maldito se detenía también cuando dejaba de acariciarle, no importaba que la estuviese volviendo loca, que su mente se hubiese convertido en papilla y perdiese el ritmo, si dejaba de ordeñarlo, él dejaba de penetrarla y la frustración la estaba haciendo perder la cabeza de verdad.

—Eres un maldito hijo de puta —siseó al tiempo que le apretaba el pene con saña.

Lo oyó succionar el aliento, pero por lo demás ni se inmutó, siguió con sus cadenciosas caricias unos minutos más, empujándola una y otra vez hacia el borde y manteniéndola allí sin permitirle la ansiada liberación.

—Maldita sea, Luca, necesito correrme —siseó ya desesperada—, deja de jugar de una jodida vez y dámelo...

Él chasqueó la lengua, retiró los dedos de su interior y se apartó librándola al mismo tiempo de su contacto.

—Te daré lo que yo crea conveniente, cuando yo lo crea conveniente —aseguró sin perder ese borde arrogante de siempre—, si quiero que te corras, te correrás, si no lo deseo... no alcanzarás el orgasmo.

Lo fulminó con la mirada.

—Como si pudieses impedírmelo.

Esa soslayada sonrisa debió haberle advertido de lo que estaba por llegar, pero, estúpidamente, su orgullo seguía llevando las riendas e iba a preceder a su caída.

—Ahora soy yo el que tiene las riendas, Elis —le dijo inclinándose sobre su oído—, y tú la que está al otro lado. Aprende a apreciar esa perfecta, nena, pues vas a tener que acostumbrarte a ella.

Sin más, se sintió vapuleada, su boca bajó sobre la suya en un breve y

ardiente beso antes de que le sujetase por la cintura y la girase.

—Manos sobre la pared, encanto —le susurró al oído mientras sentía su erección, ahora libre de la restricción de la ropa, acariciándole las nalgas antes de sumergirse bajo ella hasta su húmeda entrada—. Respira profundamente.

—Si esperas que... —Las palabras le quedaron atascadas en la garganta cuando se sintió penetrada por esa dura polla. No fue suave, se introdujo en ella con fuerza dejando que lo succionase hasta las pelotas—. Oh... ¡joder!

—Cuando te diga «respira profundamente» hazlo, encanto —se burló él, apretándose contra ella, aferrándole la cadera con una mano mientras le pellizcaba un pezón con la otra—. Sí, deliciosa. Apretada, húmeda. Va a ser un verdadero placer joderte.

—Pues deja de hablar y hazlo —gimió desesperada.

Una inesperada palmada en la nalga la hizo respingar, el movimiento lo impulsó más adentro aumentando el placer que ya sentía.

—¿Que te he dicho sobre quién da las órdenes aquí?

Apretó los dientes y apoyó su peso contra las manos, estaba tan caliente, tan cachonda, que le daba igual lo que dijese con tal de que se moviese de una buena vez.

—Eso está mejor —declaró acariciándole la nalga que había golpeado previamente antes de volver a ceñirle la cintura y retirarse muy lentamente de ella—. Oh, sí, justo así.

—Dios...

Le escuchó reír.

—Con Luca será más que suficiente —aseguró volviendo a penetrarla una vez más, en esta ocasión con mayor lentitud—. Respira profundamente... sí, justo así —volvió a penetrarla con fuerza un instante antes de volver a salir

—, buena chica. Recuerda respirar, Elis, cuando creas que ya no puedes aguantar más, acuérdate de respirar...

Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Por favor, solo muévete, joder, muévete...

Se inclinó sobre ella y le acarició la oreja con su aliento.

—Veo que empiezas a comprender cómo funciona el juego —le mordió el apéndice—, pero me debes una prenda y ya es hora de pagar.

Se inclinó sobre ella y la mantuvo prisionera con su cuerpo, entrelazó una mano con la de ella para mantenerla anclada en la pared y le sujetó la cadera con la otra para evitar que se moviese mientras la usaba a conciencia.

La montó sin piedad, su pene se deslizaba dentro y fuera de su ansioso sexo con fuerza y facilidad, estaba tan mojada que le facilitaba la intrusión. El golpear de la carne contra carne empezó a sonar de fondo poniendo la banda sonora a aquella exquisita tortura, la folló sin medidas, rápido, con fuerza, lento y más suave cuando creía estar a punto de alcanzar el orgasmo. La torturó durante lo que a ella le parecieron horas y seguramente no sería otra cosa que minutos sin permitirle correrse. La llevó al borde, haciéndola rogar, suplicar por algo que no acababa de llegar, la despojó de su arrogancia, de la coraza con la que se vestía reduciéndola a una simple mujer sobrepasada por el placer...

—Luca, por favor, no puedo más —a estas alturas ya lloriqueaba—, por favor, deja que me corra, por favor...

Notó el cambio de posición, como abandonaba su cadera y las manos se cernían ahora sobre sus pechos, amasando y pellizcando sus pezones, enviando una descarga eléctrica directa a su sexo, desencadenando el final que deseaba solo para sentir como se retiraba de ella dejándola vacía y frustrada y eyaculaba sobre sus nalgas.

—¡No! —gritó desesperada, el orgasmo escapándosele de nuevo entre

los dedos, la frustración convirtiéndose en un agudo dolor que la enloquecía —. No, no, no... ¡maldito seas, no!

Se revolvió en sus brazos, dispuesta a pegarle, a arrancarle los ojos, pero solo consiguió ser retenida de nuevo de espaldas a la pared, con las manos ancladas por las suyas y su caliente muslo presionando su chorreante, dolorido e insatisfecho sexo.

—Quieta, fierecilla —la retuvo dominándola con su cuerpo, su tono de voz hablaba de diversión masculina y profunda satisfacción—, te advertí que te tocaría pagar una prenda.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, la frustración a la que estaba sometido su cuerpo era insoportable, podía sentir como le picaba la nariz y empezaba a congestionarse.

—Te odio —musitó con voz rota—, te... odio...

Para su sorpresa él le acarició con suavidad la mejilla, la atrajo contra su cuerpo y la acunó mientras rompía a llorar.

—Te odio, te odio, te odio, Luca, te odio —recitaba sin parar, sus palabras ininteligibles por los sollozos—, ¡te odio!

—Shhh —la acunó contra su pecho—, déjalo salir Elis, déjalo salir.

—¿Por qué has tenido que volver? ¿Por qué? —seguía barboteando, ahora contra su pecho. Él ni siquiera se había quitado la camisa—. ¿Por qué tienes que seguir haciéndome daño? Yo te quería, Luca, te quería tanto y tú me desdeñaste. Maldito seas, Luca, maldito...

Ese suave ronroneo volvió a envolverla mientras sus brazos se ceñían a su alrededor.

—Shh, todo eso ha quedado atrás, Elis. Ahora estoy aquí. Estoy aquí y no voy a dejarte ir.

Se aferró a él y dejó que el dolor que llevaba quince años guardando en su corazón encontrase por fin la salida.

—No renunciaré a ti de nuevo, gatita, nunca.

Apretó los ojos y sacudió la cabeza. No quería escuchar eso de sus labios, no quería escuchar nada de él, solo quería perderlo de vista, quería olvidar que alguna vez le había amado y que, muy probablemente, seguía haciéndolo.

CAPÍTULO 15

Luca sabía que las mujeres eran las reinas de los cambios de humor, pero aquella en concreto, pasó de llorar como una niña en sus brazos a amenazarlo con toda clase de torturas medievales.

—¡No vas a volver a ponerme un dedo encima nunca mas, maldito hijo de puta!

Puso los ojos en blanco y terminó de arreglarse la ropa. Tenía que admitir que no había sido suficiente, necesitaba más, quería mucho más de ella, deseaba marcarla, reclamarla, algo que su felino le recordaba con irritado ahínco.

—A eso se le llama negación de orgasmo y está diseñado tanto para castigar sin causar daño o premiar haciendo que el placer sea incluso más intenso... cuando llega.

—¡Eres un sádico!

Enarcó una ceja ante su absoluta seguridad.

—En absoluto —declaró comprobando que no se había dejado nada—. Me he limitado a cumplir con mi palabra. Te avisé, Elis, no toleraré más insurrecciones e insultos de tu parte y ahora, ya sabes cuál es el castigo. Espero que lo tengas en cuenta la próxima vez.

—No habrá próxima vez —siseó mientras se vestía a toda prisa—. No habrá nada en absoluto entre tú y yo.

Ignoró su pataleta y fue a ella, la cogió de la cintura y le dio la vuelta, haciéndola tropezar con sus tacones para luego ayudarla con la ropa.

—Ya lo hay —declaró besándola en el cuello, deleitándose con su aroma y excitándose una vez más—. Siempre lo ha habido y ahora también está el *Dangerous*. —La giró y le apartó el pelo de la cara—. No has cambiado tanto como pretendes aparentar, la Elizabeth que conocía sigue ahí...

Lo fulminó con la mirada y lo empujó poniendo distancia entre ellos.

—Esa chiquilla murió hace quince años —declaró con pasión—. Desapareció en el mismo momento en que tú la humillaste.

Vio el dolor en sus ojos, lo escuchó en sus palabras, así como la rabia que los acompañaba y se encogió por dentro. No quería lastimarla, por el contrario, daría lo que fuese por llevársela con él a casa, meterla en su cama y resarcirla por esa pequeña jugarreta. Pero no podía, si quería recuperarla, debía ser firme y poner sus propias normas. Elis estaba acostumbrada a hacer su santa voluntad, se había convertido en una mujer dura y autosuficiente, una que había enterrado su dulzura y ternura bajo capas y capas de autodeterminación.

—No podía hacer otra cosa, Elis —aseguró poniendo de manifiesto el motivo principal por el que la había apartado de él—, te llevo doce años. En aquel momento... no podía quedarme a tu lado. No sería correcto, solo eras una niña y...

Alzó la barbilla, recogió la chaqueta, se la puso y lo enfrentó furiosa. Su felino ronroneó de placer, le gustaba esa fiereza en ella, tanto que quería lamerla como un helado y tumbarse a su lado.

—Pues ahora ya es tarde, Luca, llegas quince jodidos años tarde —dijo con total firmeza—. Yo ya no soy la misma mujer.

Lo miró con odio y rencor, uno motivado por el dolor que le había

causado, una herida que jamás pensó sería tan profunda.

—Voy a recuperar lo que es mío —declaró encendida, sus ojos brillantes por las lágrimas que había derramado—, recuperaré el *Dangeorus* así tenga que destruirme a mí misma en el intento.

Se obligó a permanecer impasible a pesar de que todo en él gritaba por ir a ella, callarla a besos, darle el orgasmo que le había negado, tres o cuatro más y convencerla de que su lugar estaba a su lado.

—Ya sabes lo que quiero a cambio, Elizabeth —le recordó, alzó el mentón y la enfrentó con la misma suficiencia que esgrimía ella—. A ti. Completamente. Durante el mes que estaré a cargo del club.

Dio un paso atrás para evitar tocarla, se abrochó la chaqueta y recogió el abrigo que había dejado doblado sobre el respaldo de una butaca y la miró por última vez.

—Puedes irte a casa si lo deseas, cerraré yo —le informó sin más—. Mañana te quiero aquí a las 8 en punto. Quiero que eches un vistazo a la gama de colores que llevará la nueva decoración.

No esperó por respuesta, ahora era ella la que tenía la pelota en su tejado, solo esperaba que tuviese el suficiente valor para ponerla de nuevo en juego.

Era un capullo integral, un maldito hijo de puta y ella una completa estúpida por creer siquiera en sus palabras, por pensar, durante un solo instante que podría enfrentarse a él. La niña que había sido una vez seguía enamorada de él, no importaba que la hubiese desdeñado cuando la encontró con un sugerente conjunto de ropa interior y perfectamente maquillada esperándole en su cama, la había echado con frialdad y le había dicho toda clase de cosas que le hicieron pedazos el corazón.

Había estado tan ilusionada, había ahorrado durante meses para poder comprarse ese bonito conjunto, estaba decidida a que él fuese el primero y lo había ideado todo con perfecto cuidado.

Luca había estado pasando unos días en aquel entonces en su casa, era un buen amigo de la familia de Pietro, se conocían desde que eran críos y, cuando le vio por primera vez en el porche, supo que había encontrado al hombre de sus sueños.

Siempre había sido amable con ella, divertido y ocurrente, estúpidamente pensó que podía sentir lo mismo que sentía por él, pero no tardó en sacarla de su error.

Esa noche le dejó todo perfectamente claro. No dudó en tratarla como una niña estúpida, una mocosa consentida que, según él, necesitaba madurar. La desdeñó con un tono que jamás había usado con ella, la amedrentó hasta hacerla llorar y salir de ese dormitorio sin mirar atrás; Pietro los había escuchado discutir y se la había encontrado saliendo del dormitorio del hombre. En vez de apoyarla a ella, su hermana, se había puesto del lado de su amigo.

Se marchó de casa, se pasó toda la noche vagando sola por la ciudad solo para volver a la mañana siguiente, recibir una reprimenda de su madre y ver la desaprobación en los ojos masculinos.

No le permitió hablar, se negó a mirarle a los ojos o a escuchar siquiera alguna palabra procedente de su boca, la semana siguiente cumplía los diecisiete y con la carta de la universidad que la había aceptado en la mano, abandonó su hogar para siempre.

Esa había sido la última vez que había visto a Luca Viconti y, estúpidamente, ni siquiera el tiempo que había pasado hizo que dejase de amarle.

Luca estaba preocupado por ella. Conocía esa mirada, la había visto la primera vez que la hirió; un momento que llevaba grabado en su alma y que lo torturaba sin remedio. Encontrarse a ese ángel en su cama quince años atrás casi lo vuelve loco, había tenido que recurrir a toda su voluntad para rechazarla y no dejar que su felino hiciese lo que realmente deseaba; devorarla entera. Era una niña, apenas cumpliría diecisiete a finales de semana y él le llevaba doce años, doce malditos años que formaban una barrera demasiado grande que salvar en esos momentos.

Había sido un duro golpe verse en esa situación, sentir como su felino despertaba con ella, como se revolvía inquieto reconociéndola como una posible pareja. La había deseado nada más verla, al principio había pensado que sería mayor, pero su dulzura e inocencia pronto reveló a la adolescente que todavía era. No podía privarla de su juventud, de vivir su vida, ir a la universidad y hacer sus sueños realidad. Cuando la vio en su cama, vestida con aquellas dos piezas de lencería, maquillada y arrebatadora se sintió como un canalla por desearla, la rabia contra sí mismo y contra el destino que lo tentaba de esa manera acabó volcándola sobre ella, desdeñándola, hiriéndola con sus palabras y apartándola de él.

«Solo eres una mocosa enamorada de un ideal, de un sueño infantil y yo no soy la niñera de nadie. Despierta, Elis, si me caso será con una mujer, una que sepa complacerme y disfrute tanto como yo con cosas que harían ruborizar tu tierna carita».

Elis había huido entonces, Pietro le había convencido para dejarla ir, que se le pasaría, pero cuando empezaron a pasar las horas y ella no aparecía no pudo seguir inmóvil.

Su gato la había encontrado, estaba convencido que podría seguirle la pista en cualquier lugar. Apostado en la rama de un árbol, oculto por el follaje,

la había vigilado y acompañado para evitar que le ocurriese daño alguno. La escuchó llorar, maldecir y prometerse a sí misma que nadie volvería a lastimarla, que no confiaría jamás en los hombres. Vio como sus actos la habían lastimado, lo que jamás pensó era que lo que debería haber sido una rabieta juvenil se convertiría en el mantra de su vida.

Él se había ido a la mañana siguiente, Pietro había intentado convencerle de que se quedase, de que hablase y se sincerase con ella, pero el verla llorar la noche anterior lo había cambiado todo. Gracias a él siguió estando al tanto de su vida, supo que se había ido a la universidad poco después abandonando su hogar y estableciéndose por su cuenta. Siguió sus pasos a lo largo de los años, vigilándola y cuidándola desde las sombras, muriéndose de celos cada vez que quedaba con algún amigo o compañero de universidad, cerrando los ojos y rabiando por dentro cuando tuvo su primera relación seria. Al final se había visto obligado a poner distancia pues su vida tampoco era vida, había dejado el país y se había concentrado en sí mismo hasta que su viejo amigo lo contactó cinco años atrás pidiéndole consejo y ayuda para el nuevo proyecto de Elis; el club *Dangerous*.

Esa mujer había sido su obsesión, las hembras que había encontrado por el camino nada tenían que ver con ella, humanas y cambiantes por igual, nadie podía compararse con su Elizabeth.

—Y ahora has vuelto a lastimarla —chasqueó la lengua.

Había sido un juego, sabía que no se moriría por estar un poquito frustrada, de hecho, tenía toda la intención de resarcirla tan pronto pudiese tenerla de nuevo en sus brazos, pero quería que ella sintiese durante unas horas lo que había sentido él todos esos años.

Elis era suya y estaba dispuesto a hacer lo que hiciese falta para que ella lo aceptase, incluso recurrir al chantaje.

Su felino seguía así mismo intranquilo y sabía que no se tranquilizaría

hasta que él mismo lo hiciese, así que no le quedaba otro remedio; tendría que seguirla y confirmar que llegaba bien a casa.

Aquel era sin duda uno de los secretos mejor guardados, pensó con ironía, pues ni siquiera Pietro sabía a ciencia cierta dónde vivía exactamente su hermanastra.

CAPÍTULO 16

—Vete a casa... ¡Y una mierda! ¿Quién se piensa que es? —rezongó mientras daba cuenta de su tercer whisky—. Y tiene el descaro de... de... ¡joder! Ponme otro.

El camarero relleno el vaso y la miró sin mucho interés, aquella noche parecía tener más bien pocas ganas de trabajar.

Vete a casa. ¡Ja!

Lo primero que había hecho nada más abandonar el club fue cruzar la calle y entrar en el primer bar que encontró abierto. No podía quedarse en el *Dangerous*, los empleados harían demasiadas preguntas y en el estado en el que estaba ahora mismo, rodarían cabezas.

Cogió el vaso y tomó un sorbo. No le gustaba especialmente ese licor, pero necesitaba algo fuerte, algo que adormeciera sus sentidos lo suficiente durante algunas horas.

—Hijo de puta —masculló para sí—. No tiene ningún derecho, ¡ninguno! Todo se ha ido a la mierda. Todo. ¿Por qué ha tenido que volver precisamente ahora? Yo estaba bien... siempre he estado bien sin él. Y ahora aparece como si nada y quiere apropiarse de mi vida... ¡Y de mi club!

Apretó los dientes, siseó y volvió a tomar otro sorbo sintiendo como el líquido le quemaba la garganta.

—Mi vida apesta —rezongó de nuevo—. No importa lo que haga, estoy

destinada al desastre. Y ahí lo tienes a él, tan guapo e imponente como siempre. ¡Y folla bien! ¿Por qué diablos no le ha salido al menos alguna cana? Oh sí... doce años. ¡A la mierda la diferencia de edad! Habría cumplido los dieciocho un año después, ¿y tuvo que esperar casi quince? ¡Vete al infierno, Luca Viconti! ¿Qué manera es esa de tratar a una mujer? Será capullo.

Se bebió el resto del contenido del vaso de golpe e hizo una mueca al notar cómo le quemaba.

—Ponme otro...

—No le pongas nada —dijo alguien a su lado.

Se giró al reconocer el tono masculino y frunció el ceño al ver a Luca allí de pie, impoluto y sexy.

—Elizabeth, ya has bebido bastante.

—Yo decidiré cuando he bebido suficiente —rezongó molesta y miró al barman—. Ponme otro.

—Deberías hacerle caso a tu novio.

Arrugó la nariz ante la presunción del barman.

—¿Novio? No es mi novio, en todo caso sería mi chulo. Me chantajea para que me acueste con él.

—Ya está bien, es suficiente —decidió él. Pagó y la levantó del asiento—. Te vas a casa. Ya.

Se escabulló de sus brazos y volvió a ocupar su sitio.

—No —declaró decidida—. Voy a quedarme aquí, me tomaré otro whisky y brindaré por perderte de vista.

—¿Te das cuenta de que estás dando el espectáculo?

—Yo no doy espectáculos —declaró, se levantó de golpe y frunció el ceño—. Mierda. Tengo que hacer pis.

—Al final a la derecha —ofreció el barman solícito.

—Uy, me hago *pipí* —chasqueó, apretó las piernas y le clavó el dedo en

el pecho—. ¡Y no me sigas!

—Si fuera mi chica, lo haría —sugirió el empleado al ver como se tambaleaba—, o no llegará a su destino.

Se giró de golpe.

—Claro que llegaré.

Tanta vuelta le provocó mareos y a punto estuvo de tropezar con una mesa.

—Elis...

—Vete a la mierda...

—¿Qué te he dicho sobre los insultos?

—Estoy borracha, así que pienso hacer y decir lo que me dé la santa real gana y a la mierda todo lo demás.

Él no iba a censurarla, no tenía ningún derecho sobre ella, los había perdido todos quince años atrás.

—No soy una puta —masculló—. No soy *su* puta.

Se metió en el baño y se encargó de sus necesidades. La cabeza empezaba a darle vueltas al igual que su estómago y, al final terminó vomitando.

Luca arrugó la nariz ante el acre olor de los baños. Su gato se revolvió agitando la cola, quería sacar a su hembra de ahí y hacerlo ya. Había tomado una mala decisión al jugar con ella en esos términos. Necesitaba conquistarla no encabronarla más.

Estaba decidido a entrar y sacarla cuando la vio salir cabizbaja y arrastrando los pies, rodeándose el estómago con el brazo.

—¿Has tenido ya suficiente?

Todavía tuvo fuerzas para levantar la mirada y fulminarlo con esos bonitos y cansados ojos.

—Vete a la mierda y no salgas de ella.

—Elis, tus insultos empiezan a perder consistencia.

—Me falta el puñal, pero no encontré ningún cuchillo de cocina y la escobilla de baño es poco higiénica y no tan efectiva.

—Si tienes tantos microbios como huelo, no sabría decirte.

Se llevó la mano a la cabeza y se tambaleó de nuevo.

—Me duele la cabeza.

—Normal.

—Y el estómago.

—Has vomitado —constató un hecho—, mañana te encontrarás mejor. Vamos, te llevaré a casa.

Sacudió la cabeza.

—No puedo ir a casa, así no —se negó con energía. No podía entrar en casa con ese aspecto—. No quiero que me vea así.

¿Qué la vieses así? ¿Acaso vivía con alguien más?

A pesar de todas sus pesquisas, había cosas que seguían siendo una incógnita para él, esa mujer guardaba su vida privada con celosa inteligencia haciendo que muchas respuestas siguiesen siendo una incógnita.

—De acuerdo, te vienes conmigo entonces.

Arrugó la nariz y lo miró.

—No quiero ir contigo a ningún sitio —negó con efusividad—. No eres bueno para mí. Mira lo que he hecho. Te he dado las llaves de mi club, he aceptado jugar según tus reglas, ¿y para qué? ¿Para qué me hagas daño de nuevo?

Chasqueó la lengua.

—Solo me quieres para follar.

Enarcó una ceja ante esa lamentable declaración. Su felino gimoteó en su interior, tan dolido como él mismo por esas palabras.

—Oh, gatita, te quiero para mucho más que para eso —le aseguró,

enlazándole la cintura y conduciéndola fuera del local—. Para muchísimo más, Elis.

—No es verdad —protestó clavando los tacones en el suelo—. Si significase algo para ti, por muy pequeño que eso fuese, no te habrías marchado. No me habrías rechazado con la crueldad con la que lo hiciste.

—Elizabeth, tenías diecisiete años y yo casi treinta —intentó que comprendiese—. No podía hacerte eso, no podía privarte de la vida que estabas empezando. Si me hubiese quedado contigo, las cosas no habrían salido bien, eras muy joven y yo... —sacudió la cabeza. ¿Cómo explicarle qué era él sin que saliese huyendo?—. No era el momento para iniciar una relación contigo o algo más.

—Pero yo te quiero —protestó, entonces frunció el ceño y sacudió la cabeza—. No. Te quería entonces, ahora ya no... Puedes estar bueno, incluso follar bien, pero oh, eres malo... un maldito hijo de puta. ¿Cómo has podido? ¡Eso no se le hace a una chica! ¡A mí menos que a nadie!

No pudo evitar sonreír ante la inherente arrogancia femenina.

—Prometo compensarte por ello.

Hizo un mohín, sus labios frunciéndose en un coqueto puchero.

—Sí, más te vale que lo hagas, pero ahora no, todo me da vueltas —arrugó la nariz y empezó a andar de nuevo—, y apesto. Quiero irme a casa.

Y aquella era sin duda la chica que recordaba. La inocente, la curiosa y traviesa gatita que lo había conquistado quince años atrás.

—Por ahora tendrás que conformarte con la mía.

—¿Y eso por qué?

—Porque ignoro dónde vives —confesó—. Es el secreto mejor guardado de todos los que tienes.

Se detuvo una vez más y lo miró.

—¿Tengo secretos?

—¿Los tienes?

Desvió la mirada en un obvio intento por esquivar la suya.

—Ninguno que debas conocer tú o cualquiera —declaró sin más—. Especialmente tú. Tú menos que nadie debe saber cuál es mi precioso secreto.

Salieron al exterior y el aire frío le refrescó el rostro haciendo que se encogiese de frío. Luca se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. El gesto la sorprendió, pues se giró hacia él y articuló un suave «gracias».

—Vamos, anda, necesitas descansar —la instó a caminar y la condujo al coche—. Por hoy ya has tenido suficientes emociones.

—No te vas a marchar otra vez, ¿verdad?

La vulnerabilidad que escuchó en su voz te atenazó el corazón.

—No, gatita, ahora que te tengo por fin, no voy a marcharme.

Asintió y se apretó contra él, sin que supiese si ella era consciente de lo que decía o no.

Luca no se cansaba de mirarla, era preciosa y tierna de una manera que lo volvía loco. La había conducido a la ducha para que se aseara, luego la había metido en la cama y se había tumbado a su lado. Notaba el ronroneo de su felino emergiendo de su garganta, estaba encantado de tenerla allí, tan cerca y toda suya. Ese es el lugar al que pertenecía, ahora solo tenía que convencerla de ello y de que él era lo único que nunca le fallaría.

Se imaginó ya en su forma felina, siendo acariciado por ella, sentir sus manos sobre su pelaje, rascándole la cabeza y entre las orejas... solo había un pequeño problema, al contrario que su hermanastro, Elizabeth era completamente humana y no tenía la menor idea de que existían en el mundo más razas que la humana.

Se movió inquieta en sus sueños, murmuró alguna cosa ininteligible y se giró acurrucándose contra él y haciéndole el felino más feliz del mundo.

—Haré todo lo que esté en mi mano para compensarte, Elis, todo lo que sea necesario para mantenerte junto a mí.

Elis se desperezó, sentía la cabeza un poco embotada y la boca pastosa. Hizo una mueca y se revolvió sabiendo que aquello solo tenía una explicación posible; resaca.

Abrió un ojo y volvió a cerrarlo, remoloneó un poco más y se encontró con otro ocupante en su cama. Sonrió, Kimberly se ha colado de nuevo en su habitación. Estiró la mano y se congeló al encontrar un cuerpo mucho más grande, una presencia nada infantil que la atrapa por encima de la manta.

Abrió los ojos de golpe y se quedó sin aire al ver de quién se trataba.

Como si se abriese una compuerta, los recuerdos de la noche anterior saltaron de nuevo a su mente reproduciendo lo sucedido.

Se quedó alucinada, sin respiración. ¡Qué diablos había hecho!

Culebreó con rapidez y resbaló de la cama, cayendo al suelo y gateando hacia atrás en clara intención de poner distancia entre ambos. Luca ni siquiera se inmutó, se acomodó mejor e incluso diría que emitió un felino ronroneo antes de conciliar el sueño completamente.

—Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.

Con el corazón en la boca, los nervios a flor de piel y totalmente culpable por haber pasado la noche fuera, recogió su ropa, se vistió a toda prisa y se escabulló del desconocido apartamento masculino que se encontraba al otro lado de la ciudad sin que su anfitrión se despertase.

Una vez fuera comprobó horrorizada que estaba amaneciendo, buscó rápidamente el móvil en su bolso e hizo una mueca al ver la cantidad de llamadas perdidas de Julie y los mensajes de texto. Agradeció que todavía le quedase algo de batería antes de pedir un taxi y volver a casa.

Respiró profundamente y deslizó la llave en la cerradura, pero no llegó siquiera a girarla cuando la puerta se abrió dando paso a la preocupada y sorprendida niñera.

—Gracias a dios, ¿dónde diablos estabas? —le dijo nada más verla—. Te he llamado incontables veces.

Pasó adentro y cerró la puerta tras de sí.

—¿Kimberly está bien? —Su amiga le había asegurado en el último mensaje que la niña estaba bien, pero que estaba preocupada porque no le daba cogido el teléfono y ella nunca llegaba más tarde de las tres.

La muchacha no tardó en asentir aliviando la punzada de culpabilidad que surgió inmediatamente en su pecho.

—Sí, sí —la tranquilizó al momento—. Le subió un poco la fiebre al principio de la noche, pero volvió a bajarle y ha dormido con total tranquilidad.

Asintió agradecida de que al menos su niña hubiese tenido buena noche. Al ver tantas llamadas perdidas de su amiga, el mundo se le había venido encima pensando que quizá le hubiese pasado algo a su hija.

¿Cómo podía ser tan irresponsable? ¿Cómo podía haberse olvidado por completo de ella, aunque fuese durante unas horas? No quiso volver inmediatamente para no la viese tan vulnerable, pero el resultado había sido incluso peor.

—Elis, ¿qué ha pasado?

Dejó escapar un profundo suspiro y la miró. Julie había demostrado ser una gran amiga y un enorme apoyo en los últimos tiempos, era la única con la que se permitía sincerarse mínimamente y, ahora, quizá fuese la única con la que pudiese desahogarse por todo lo que le estaba sucediendo.

—La respuesta más corta sería, ¿qué no ha pasado? —se pasó la mano por el pelo y suspiró—. Ay Julie, no sé ni lo que estoy haciendo. Todo ha

empezado a irse a la mierda y el único culpable de ello, es también el único que tiene la solución.

Su amiga frunció el ceño visiblemente confundida.

—¿De qué estás hablando?

Se mordió el labio inferior, respiró profundamente y se lanzó a contarle lo ocurrido.

—Del *Dangerous* —murmuró—. Lo puse como aval para obtener el préstamo con el que poder pagar el tratamiento de Kimberly y ahora, la única manera que tengo de recuperarlo, está en manos de mi nuevo socio.

—¿Cómo?

Se lamió los labios y suspiró una vez más.

—Será mejor que hagas café —sugirió—. Vamos a necesitarlo.

CAPÍTULO 17

Julie llevaba la última hora vagabundeando por la ciudad, lo que le había contado Elis todavía giraba en su mente con inesperado asombro. Su amiga estaba metida en un buen lío, uno que intuía iba a traer consigo todavía muchos más.

Le habría gustado poder volver a su casa, prepararse un baño de espuma y relajarse, pero si lo hacía sabía que tendría que enfrentarse de nuevo a dos hombres que llevaban la palabra obstinación hasta una nueva dimensión. Gracias a ellos, su vida se había convertido de la noche a la mañana en un juego del gato y el ratón, donde ella era el roedor más asediado de la historia.

Así que, al final había terminado allí, frente a ese edificio, con las llaves de la puerta principal en las manos y a punto de entrar en el ascensor que llevaba al apartamento de la única persona que podría arrojar algo de luz a su complicada vida.

No solía visitar muy a menudo a su hermano, le gustaba demasiado su independencia, pero hoy era uno de esos días en que necesitaba de la visión externa de alguien con experiencia en esas lides.

—Buenos días —saludó abriendo la puerta del apartamento—. Dime que tienes café recién hecho y...

El sonido de algo cayendo al suelo seguido de lo que parecía el corretear de pies, interrumpieron sus palabras.

—¿Luca? —llamó, cerró la puerta tras de sí y pasó al salón desde el que se distribuía el resto de la vivienda.

El impoluto y minimalista apartamento masculino parecía haber sufrido un asalto. Piezas de arte rotas en el suelo, cuadros hechos girones y un claro rastro de muebles destrozados iban desde el salón en dirección al dormitorio principal.

Arrugó la nariz, miró de nuevo el mobiliario destrozado y tras sacudir la cabeza se dirigió hacia el cuarto dónde se encontró con un enorme gato negro de unos ochenta kilos y metro y medio de largo erguido sobre las patas traseras, mientras sus garras delanteras se enganchaban y tiraban hacia abajo con saña de la tela de los cortinones. El sonido del rasgado hizo que se encogiese; la pantera negra estaba con síndrome premenstrual agudo.

—Um... creo que no llego precisamente en el mejor de los momentos, ¿eh?

El felino movió las orejas de forma espasmódica, ladeó la cabeza y empezó a bajar los cuartos delanteros llevándose la cortina con él. Los soportes vencieron haciendo que la tela cayese y el enorme felino tuviese que echarse a un lado para evitar ser atrapado.

Saltó con agilidad encima de la mesa baja y empezó a sacudir la pata derecha con un gesto hastiado; se había enganchado las uñas en la tela.

—¿Te ayudo o tienes intención de añadirme al menú matutino?

Los ojos dorados en el enorme rostro gatuno cayeron sobre ella, sus bigotes se agitaron, la cola se balanceó al compás de su voluble carácter y gruñó suavemente al tiempo que se libraba de la tela y acto seguido se lamía la pata.

«¿Qué quieres? No recuerdo haberte invitado a visitarme esta mañana».

Hizo una mueca al escuchar la seca respuesta en su cabeza.

—Oye, si estás de mal humor no la pagues conmigo —le soltó con un resoplido—. Olvida que vine, está claro que no estás en condiciones de ejercer de hermano mayor. Cuando se te pase el síndrome premenstrual agudo, hablaremos.

La larga cola se agitó como un látigo, saltó de la mesa y empezó a deambular por la habitación.

«No estoy de humor para tonterías femeninas, Julie».

Frunció el ceño y tuvo unas irrefrenables ganas de lanzarle algo a la cabeza o tirarle de la cola. Debía ser la única mujer del planeta que tenía un jodido gato como miembro de la familia, uno que a menudo la sacaba de quicio.

—Estoy pensando en ir derechita al centro de control de animales y decirles que se ha escapado una pantera del circo y se ha metido en casa de mi hermano.

«Si quieres salir en las noticias, por mí vale».

Ante su atónita mirada, subió al sofá y empezó a afilar las uñas en la tapicería.

—¿Te das cuenta de que estás destrozando el sofá por el que lloriqueaste casi un mes?

Luca tenía una fijación especial por ciertos aspectos y la comodidad era una de ellas. Desde que había visto el maldito sofá en una página de internet no paró hasta encontrarlo en el color que él quería. Un lujo absurdo que ahora se estaba encargando de destrozar su forma felina.

«Es mi sofá». Lo escuchó en su cabeza y acompañó sus palabras de un palpable gruñido. *«Y estoy afilándome las uñas».*

—¿Qué coño te pasa? —dejó el bolso sobre la única superficie intacta y caminó hacia él—. Estás más raro que de costumbre. Quiero decir, son las ocho de la mañana, no huele a café y no vistes uno de esos aburridos trajes...

Que... ¿qué haces?

El enorme gato había levantado la cabeza y parecía olfatearla.

«*Tu olor... es... ¿Dónde has estado?*».

—¿Ahora tengo que darte explicaciones? Perdona, minino, pero no soy yo la que ha destrozado el apartamento y...

—Hueles a mi Elis...

Dio un salto e hizo una mueca cuando la pantera mutó a un desnudo y atónito Luca.

—Oh, joder —jadeó abriendo los ojos como platos, solo para darle inmediatamente la espalda y taparse los ojos—. Joder, joder, joder... ¡Mierda, Luca! ¡Ponte algo encima, por dios!

No podía negar que el hombre era un ejemplar de primera, pero no tenía interés alguno en ver a su medio hermano tan desnudo como cuando vino al mundo.

Luca y ella compartían el mismo padre, pero mientras él era un cambiante de pura raza, ella había nacido humana. De hecho, no habría sabido nada de todo aquel mundo si no hubiesen tenido la intención de reclamarla cuando era solo una cría. De no ser por Luca y su oportuna intervención, la habrían matado sin contemplaciones. Él se había hecho cargo de ella y le había mostrado un mundo que muy pocos conocían.

—Hueles a ella —insistió y notó su presencia a su espalda, su nariz acariciándole el cuello—. Demonios, Julie, ¿cómo es posible que huelas a mi chica?

—¿Tu chica? —abrió los ojos de golpe al ser consciente de lo que acababa de decir—. Espera, ¿has dicho «*mi Elis*»?

Se giró por completo y contempló unos ojos felinos en un rostro humano.

—Hueles a ella...

—*Wow...* —extendió las manos, frenándolo al oírle ronronear—. Para quieto, gatito, llevamos la misma sangre, ¿recuerdas?

La miró, ladeó la cabeza y parpadeó.

—Lo recuerdo perfectamente, hermanita.

Asintió aliviada y dio un paso atrás. No podía dar crédito a lo que empezaba a gestarse en su mente, las posibilidades y las respuestas a las mismas a las que estaba llegando eran cuando menos surrealistas.

Hablando de jodidas casualidades...

—Guay, ¿ahora qué tal si te vistes y me explicas qué está pasando aquí?

El gruñó, le dio la espalda dejando a la vista un magnífico culo desnudo antes de desaparecer en el vestidor.

—Dime tú primero porqué hueles a Elis.

Pues sí, una jodida casualidad.

Lo miró sin verlo realmente, las palabras de su amiga volvieron a pasearse por su mente al igual que toda la historia que le había contado sobre su nuevo socio, el mismo con el que se había liado... Oh, sí. Jodida casualidad la que allí había.

—Claro, cuando tú me digas qué es eso de *tu* Elis.

Lo oyó gruñir.

—Julie... —Era una advertencia.

Puso los ojos en blanco.

—No me vengas con... —entrecerró los ojos y lo miró acusadora—. Oh, oh, oh... Mierda. Eres tú, ¿no es así? Tú eres el nuevo socio con el que cenó y... omitamos el resto. Eres el mismo capullo que quiere quitarle el club.

—Yo no quiero quitarle nada —lo escuchó rezongar al tiempo que salía abrochándose unos pantalones—. Ahora dime, ¿dónde te has encontrado con mi mujer? Hueles a ella. Es un aroma fresco. Has tenido que estar hace poco en su compañía.

Tragó saliva, aquello era lo último que podía imaginarse. Cuando Elis llegó al amanecer después de haber pasado la noche sin dar señales de vida y obviamente resacosa, lo último que se imaginó era que Luca hubiese sido el culpable de ello. El hombre del que le había hablado, al que había amenazado con arrancarle las pelotas era su hermano.

—¿Qué diablos le has hecho? ¿La has emborrachado?

Él bufó.

—Por el contrario, evité que bebiese más.

—¿Y cuándo fue eso exactamente?

Apretó los dientes y lo oyó sisear.

—Julie...

Se llevó las manos a las caderas y negó con la cabeza.

—No me vengas con Julie... —le soltó—. No cuando acabo de ver cómo has dejado el apartamento. ¿Qué demonios le has hecho? ¿Por qué la has dejado coger un taxi? No pensé que fueses un capullo como todos los demás.

La fulminó con la mirada, recordándole sin palabras quién y sobre todo qué era él. ¿En qué había estado pensando para venir a pedirle consejo a Luca? Él más que nadie sería el primero en ponerse de parte de esos dos; los cambiantes se apoyaban siempre entre ellos.

—¿Ella sabe que eres un cambiante?

Su gruñido y el gesto frustrado que cruzó su rostro fue suficiente respuesta.

—Serás capullo...

—No te metas en lo que no te incumbe —rezongó él—. Hueles a ella, su marca es reciente en ti, ¿qué relación tienes con Elis?

Enarcó una ceja ante el arrogante tono.

¡Ja! Si pensaba que iba a decirle algo sobre su amiga, la llevaba clara. No pensaba traicionar a Elis, el maldito gato podía ponerse a arañar las

paredes si quería, pero no iba a obtener nada de ella, no hasta que supiese exactamente qué clase de relación había entre ellos.

La chica no parecía demasiado feliz cuando atravesó la puerta de su casa, por el contrario, había llegado hecha un desastre.

—Sabes, ella estaba cabreada, muy pero que muy cabreada cuando llegó —le soltó—, y con planes de cargarse al sexo masculino de todo el planeta.

—¿Sabes dónde vive?

Enarcó una ceja y lo miró de arriba abajo.

—Por supuesto que lo sé, es mi amiga —le confirmó tan solo ese pequeño detalle—, lo que te hace, en estos momentos, el mayor capullo de la tierra, hermano o no.

Luca la contempló unos segundos, entonces soltó un bufido muy felino y giró sobre sí mismo. Casi podía verle haciendo lo mismo en su forma gatuna.

—¿Y tú? ¿Qué te ha traído por aquí?

El cambio de tema le decía sin necesidad de más que la conocía lo suficiente para saber que no iba a ganar nada peleándose con ella.

—Nada —respondió decidiendo guardarse para sí un poco más sus propios problemas. Luca no estaba en posición de servirle de ayuda en estos momentos, no cuando estaba en plan gato cazador con una mujer. Recogió el bolso, se lo puso al hombro y lo miró—. Como ya dije, olvida siquiera que he venido de visita.

—Julianne, espera...

Él era el único que solía utilizar su nombre completo y solo lo hacía para llamar su atención.

—Demasiado tarde, gatito —chasqueó ella—, ver tu culo peludo ha sido más de lo que puedo soportar un día normal.

Lo oyó rezongar a su espalda, entonces, volvió sobre el tema que le

interesaba.

—¿Desde cuándo tienes relación con Elis?

Se encogió de hombros y le echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Desde cuándo la tienes tú?

No podía negar que el inesperado descubrimiento la había dejado un poco sorprendida, especialmente porque su amiga no tenía la menor idea de quién era el hermano al que había hecho mención en alguna que otra ocasión.

Sus ojos se encontraron y los de él se oscurecieron mostrando a su gato.

—¿No vas a decirme porque has venido a hacerme una visita a estas horas y sin avisar? —insistió poniendo de manifiesto que no le había pasado por alto el hecho de que se había dejado caer por allí sin avisar.

Ambos sabían que su relación no era muy cercana, se querían, pero no eran íntimos, se trataba más bien de una conexión de parentesco y gratitud, de compañerismo, pero ambos habían llevado siempre vidas muy independientes.

—No —declaró sin pestañear.

Sacudió la cabeza y se mesó el pelo.

—Eres tan hermética como yo.

Enarcó una ceja y sonrió de soslayo.

—Todo se pega.

Su respuesta fue suspirar y caminar hacia ella, le revolvió el pelo como hacía cuando era una cría y señaló la puerta.

—¿Quieres café?

—Solo si lo preparas tú.

Aceptó y repitió el gesto.

—Cinco minutos.

Asintió y lo miró de arriba abajo.

—Pero ni se te ocurra interrogarme o yo haré lo mismo.

La miró de reojo.

—En ese caso ve sacando también el bizcocho.

Sonrió, no pudo evitarlo, Luca era igual de ambiguo que un gato.

CAPÍTULO 18

Su hermana era toda una gata, podían verse poco, pero cuando coincidían saltaban chispas. Ella había llegado a su vida cuando no era más que una perdida adolescente, prácticamente la habían tirado en la puerta de atrás obligándole a tomar cartas en el asunto. La raza felina podía ser un poco extremista, especialmente cuando decidían emparejarse, pero si había algo en lo que solían coincidir era que una niña de quince años no estaba preparada para un vínculo como aquel, especialmente cuando dicha posible compañera era mestiza, predominantemente humana y ajena a todo lo que se gestaba a su alrededor.

Verla allí esa mañana lo había cogido por sorpresa, no solían frecuentarse, si bien intentaba estar siempre al tanto de sus pisadas, no eran precisamente cercanos, no hasta el punto de contarse confidencialidades. Julie lo veía más bien como a su salvador, alguien con quien compartía un vínculo sanguíneo y que había evitado que acabase siendo despedazada o algo peor. Pero su presencia no le había sorprendido ni la mitad de lo que lo hizo captar el aroma de Elis en ella.

Su hermana parecía tener una relación bastante estrecha con su compañera a juzgar por lo que había podido deducir de la previa conversación matutina, le habría gustado sacarle más información, pero ambos sabían que ella no soltaría prenda.

Tenía que admitir que estaba irritado, el despertarse y descubrir la ausencia de Elis lo había hecho rabiar, comportándose como un gato malcriado. Su felino estaba enfurruñado, había sentido la necesidad de dejarlo salir, de ceder al enfurruñamiento y había dejado su propia casa hecha un colador.

Su mal humor no había cedido gran cosa, ni siquiera la visita de Julie había logrado calmarlo llevándole a pasar el resto del día en un bucle de rabieta tras rabieta. Se dejó caer por el gimnasio en un intento por agotarse solo para coger finalmente el coche y conducir hasta las afueras dónde pudo dejar salir a su felino y correr libremente antes de encaramarse a un árbol y dedicarse a dormir durante horas.

Necesitaba estar cerca de la pantera, en momentos así se sentía salvaje y deseaba conectar con quién era, solo entonces podía recuperar el dominio sobre sí mismo.

Atravesó la puerta principal del *Dangerous* con paso decidido, pasaban de las ocho de la tarde, las primeras reformas habían comenzado ya y, a juzgar por las muestras que veía aquí y allá, el decorador estaba haciendo ya de las suyas.

—¡Ni se le ocurra tocar eso!

El tono desesperado en la voz de Elis lo sacudió, su gato gruñó y desnudó los dientes a través de él.

—Mis órdenes vienen del señor Viconti.

La réplica masculina lo hizo gruñir, reanudó la marcha y atravesó la sala.

—¡Me importa una mierda de quienes vengan! —la oyó gritar—. ¡Toque esos cuadros y juro que no sale de aquí tan entero como ha entrado!

—Elis, cálmate, solo se trata de cambiar los muebles y...

La voz de Christie se impuso sobre el caos que parecía haberse

desatado.

—¿Entiendes el significado de la palabra no?

—Señorita Fiori...

—¡He dicho que esas obras no se tocan! —exclamó de nuevo—.

Desmantele todo el jodido club si le place, pero toque una sola de las pinturas y...

—¿Qué está pasando aquí?

Todos los presentes se giraron hacia él con distintas emociones pintadas en sus caras. Alivio, irritación, curiosidad...

—Dile a tu decorador que no toque *mis* cosas —exigió Elis con gesto furioso. Su gatita estaba nerviosa, desesperada y muy dispuesta a rebanar alguna cabeza si se le llevaba la contraria. Era realmente adorable.

—Señor Viconti, la señorita Fiori se niega a ver...

—Está bien, Oliver, haga lo que tenga que hacer, yo hablaré con *mi* socia —imitó el mismo gesto de posesión que había hecho ella.

—Cuando hablaste de hacer cambios no dijiste nada de destruir mi club.

—Es «mi» club —le recordó—, y nadie está destruyendo nada, Elis. Su ofuscación era palpable.

—¡Quiere deshacerse de mis cuadros!

—Solo son pinturas, nena, hace falta algo más...

—No —se negó en rotundo—. Si aspiras a que cumpla mi parte del trato, no tocarás esos cuadros.

No necesitó mirar a su alrededor para notar las distintas reacciones de los presentes, su gatita acababa de desafiar su autoridad delante de sus empleados, algo que no podía permitirle si querían que las cosas funcionasen dentro de esas cuatro paredes.

La miró durante unos segundos, entonces indicó el otro lado de la sala

con un gesto de la barbilla.

—Acompáñame a la oficina.

La ansiedad que la recorría se reflejó en sus ojos, su gato gimoteó en respuesta, no quería verla así, no quería verla herida, pero no podía darse el lujo de mostrar debilidad delante de los empleados o ella misma.

—Si algo les pasa a esas pinturas...

La fulminó con la mirada cortando sus palabras y acto siguiente se giró hacia la persona más cercana.

—Christie —continuó dirigiéndose ahora a la compañera de Daniel, la mujer seguía mirándole con recelo—. ¿Puedo confiar en que te encargarás de que los cuadros sean embalados cuidadosamente?

La mujer vaciló, su mirada se deslizó de él a Elis respondiéndole a ella.

—Me encargaré de que no sufran ni un solo rasguño.

La chica lo decía muy en serio, no dudaba que sería capaz de emprender una batalla con el decorador con tal de salirse con la suya, pero la indecisión seguía batallando en el interior de su compañera.

—Cualquier cosa, Luca —bajó la voz, sus ojos fijos en los de él—, te daré cualquier jodida cosa que quieras, pero deja esos cuadros en el lugar en el que están.

Correspondió a su mirada, pero no cedió, se limitó a hacerse a un lado e indicarle el camino.

—Después de ti.

Sabía que quería protestar, podía verlo en sus ojos, pero en vez de eso miró a Christie, quién asintió y luego se volvió hacia el decorador.

—Si toca uno solo de mis...

Tozuda hasta sus últimas consecuencias, pensó al tiempo que la enlazaba por la cintura y tiraba de ella.

—A la oficina, ahora —sentenció.

Sintió como se tensaba, como intentaba alejarse de él sin éxito para finalmente girarse de nuevo hacia el hombre y amenazarle.

—Toque uno solo de esos cuadros y será lo último que haga.

Se obligó a contener una risita.

—Camina, fierecilla, antes de que amenaces de muerte a alguien más — la empujó, arrancando risitas de sus compañeros.

Ella los fulminó a todos con la mirada obteniendo algunos silencios y ahogadas risitas, se desembarazó de su brazo y marchó como un soldado dispuesto a ir a la guerra.

Sacudió la cabeza y la siguió en silencio, entró tras ella en la oficina y cerró la puerta tras ellos, encerrándolos en una cómoda intimidad.

—Ahora, ¿por qué no me dices que es lo que pasa?

Se giró de golpe, sus ojos reflejaban sus tumultuosas emociones.

—Tú eres lo que pasa —declaró con un resoplido—. Desde que pusiste un pie aquí, todo se ha ido a la mierda. Las cosas funcionaban perfectamente tal y como estaban, ¿por qué cambiarlas?

—Si funcionasen tan bien como dices, no habrías tenido que lidiar día sí y día también con las deudas que acabo de sanear.

Sus mejillas aumentaron de color.

—Es mi club y hago lo que...

—¿Vamos a volver de nuevo con lo mismo? —la interrumpió con palpable aburrimento—. Empiezo a cansarme de ello.

Apretó los dientes, era apreciable en la manera en que se le tensó la mandíbula.

—No tienes derecho a disponer de esos cuadros a tu antojo.

—¿Qué tienen que los hace tan especiales?

Se lamió los labios y empezó a relajarse un poco.

—Esos cuadros se pintaron expresamente para el club —le informó—.

Son parte del *Dangerous*. Un recordatorio de que, debajo de toda la suciedad del mundo, todavía existe la luz, que la lucha a la que tienes que enfrentarte cada día no es amable, pero sigues luchando porque rendirte no es una opción. La vida es peligrosa...

—Como también lo son las mujeres.

Sacudió la cabeza y caminó hacia él con decisión.

—Remodela todo el jodido local, échalo abajo si quieres, pero no retires esos cuadros —insistió con firme resolución—. ¿Quieres mi cooperación? ¿Qué no ponga pegas a todas y cada una de las decisiones que tomes sobre mi propiedad? Pues mantén esos cuadros en tu nuevo diseño y lo haré.

La miró con intensidad.

—¿Por qué son tan importantes para ti?

Una luz de tristeza atravesó su mirada con rapidez.

—Son todo lo que me queda de otra vida —declaró con suavidad, su voz lejana como si se perdiese en algún recuerdo—, una a la que jamás podré volver.

Sus palabras lo sorprendieron y avivaron su curiosidad. Esa mujer tenía demasiados secretos y él era un gato curioso, uno que estaba dispuesto a llegar al fondo de ese nuevo misterio.

—Elis...

—Estoy dispuesta a darte lo que quieres —lo interrumpió—, pero solo si se mantienen ciertos aspectos del club intactos.

—Vuelves a imponer condiciones cuando no estás en posición de hacerlo.

Alzó la barbilla, no se amilanó.

—Nuestro acuerdo se ceñirá al tiempo que tengamos que pasar juntos en el club —continuó sin hacerle caso—. Solo obtendrás lo que esté dispuesta

a darte, nada más. Así que disfruta del placer mientras puedas, porque cuando termine el tiempo estipulado, te quiero de fuera de mi vida y, esta vez, que sea para siempre.

La decisión estaba presente en sus ojos y en su voz, había una determinación inquebrantable en su voluntad, lo que decía lo decía en serio. Solo había un problema al respecto, él deseaba más, mucho más e iba a hacer todo lo que estuviese en su mano para conseguirlo; incluso jugar sucio.

Se relamió por dentro, había estado igual de excitado que un jodido adolescente desde que la había visto paseándose por el club con esa indumentaria, le había faltado sacar la lengua fuera y jadear como un perro. Después de haberla probado la noche anterior, no había podido quitársela de la cabeza, si antes estaba obsesionado con ella, ahora, era incluso peor.

—Un encuentro sexual —repitió, manteniendo esa fachada anodina que contrastaba estrepitosamente con cómo se sentía realmente—, ya veo que te gusta poner etiquetas.

—Oh, sí. Tú serías el cabrón gilipollas.

Enarcó una ceja, aunque tenía ganas de reír.

—¿No te quedó claro anoche cuál es el castigo por insultarme?

Compuso su cara más inocente.

—Oh, no era un insulto, sino un apodo cariñoso.

No pudo evitarlo, se le curvaron los labios y decidió optar por recorrerla con la mirada e ir directo al grano.

—Perdonaré tu falta siempre y cuando sigas mis instrucciones al pie de la letra —declaró señalando su falda con una obvia mirada sensual—. Y puedes empezar dejando tu ropa interior en los vestuarios cuando estés conmigo.

—Cuan magnánimo —rezongó ella, le dedicó esa caída de ojos y se apoyó contra el mueble con gesto insolente—. Tienes suerte de que mi vena

cabrona se haya quedado en casa, pero si fuese tú, no contendría la respiración.

Una perezosa sonrisa le curvó los labios, no dejaba de sorprenderle que tuviese respuesta para todo.

—¿Contigo? —chasqueó la lengua—. Acabaría muerto si esperase a que cumplieses cada una de mis directrices sin más.

Ahora fue su turno de mirarle con curiosidad.

—Vaya, inteligencia en un hombre, es toda una novedad.

La recorrió con la mirada con abierta sensualidad.

—¿Tanto te ha gustado la privación de orgasmo?

La manera en que abrió los ojos fue suficiente respuesta.

—Eso me parecía.

Y dicho eso, acortó la distancia entre ambos y la acorraló contra el mueble más cercano.

—No busco tu sufrimiento, Elis, solo tu placer —le acarició el labio inferior con el pulgar—, porque en él encuentro yo el mío.

Los ojos femeninos se encontraron con los suyos.

—No te creo —declaró, pero su voz no sonaba tan firme como debería al hacer tal declaración.

Le acarició la mejilla.

—Entonces deja que te lo demuestre.

Aprovechó el momento para descender sobre su boca y penetrarla con la lengua. Deseaba probarla, no había podido pensar en otra cosa desde que la vio dormir en su cama. Quería tenerla y completamente, algo que sabía llevaría tiempo.

—Me encanta tu sabor —comentó rompiendo el beso y dejándolos a ambos jadeantes. Entonces bajó la mirada sobre su cuerpo y deslizó la lengua por el labio superior—, casi tanto como la forma en que estos puntiagudos

pezones se marcan en la blusa.

Le amasó los pechos incluso antes de reparar en tal pensamiento, rozó el pequeño botón sobresaliente con el pulgar maravillándose con la forma en que se endurecían bajo su contacto.

—¿Para qué negar lo evidente, Elis? —murmuró solo para sus oídos—. Tu cuerpo habla por sí solo, desea lo mismo que yo.

Ella se arqueó bajo sus caricias, su cuerpo reaccionaba maravillosamente, entregándose al placer sin reservas. Era una mujer sumamente sexual, sabía que le gustaba el sexo y a menudo lo habían comido los celos al pensar en ella con otros hombres. Pero ahora era suya y pensaba conservarla costase lo que costase.

Volvió a probar sus labios, bajó por su cuello y le mordisqueó la cremosa piel mientras jugaba con sus pechos, sopesándolos, retorciéndole los pezones y arrancando de la poco dispuesta garganta quejidos de placer.

—Esa es una sinfonía que sin duda apruebo —murmuró alejándose ahora de ella, viendo la confusión en su mirada y sonriendo al mismo tiempo—. Pero hoy estoy de un humor peculiar —le acarició la boca con los dedos, probando su textura y blandura—, algo que creo que disfrutarás tanto como yo. Pero todo a su debido tiempo.

Volvió a asaltarle la boca, le rodeó la cintura y la hizo retroceder empujándola contra la pared dónde la aprisionó con su cuerpo. Sin quitarle la mirada de encima, sus ojos presos en los de ella, le metió mano, deslizó los dedos por debajo de la falda y le acarició el muslo mientras desabotonaba la blusa y la dejaba tan solo con ese pequeño pedazo de lencería que a duras penas le cubría los pechos.

—De nuevo ese bonito color azul —ronroneó, delimitó la tela con un solo dedo y terminó soltándole el cierre para dejar sus senos al aire, expuestos a su mirada. El pequeño piercing que ya había visto anoche y le perforaba el

pezón izquierdo volvió a llamarle la atención. Era un pequeño gesto de rebeldía, algo muy de la muchachita que lo había traído por la calle de la amargura con tan solo diecisiete años—. Eres toda una rebelde debajo de ese atuendo sexy y conservador, ¿eh?

—Nunca dije que fuese un ángel.

Se rio por lo bajo.

—No, gatita, no lo has hecho y me gusta este pequeño diablillo que empiezo a descubrir.

Se contoneó bajo él, sus pechos saltaron libres de la tela, invitantes, con los pezones duros y apetecibles. Tanto que no se privó ante el placer de probarlos.

—Oh... joder.

Sonrió contra su pecho y succionó con fuerza la tierna carne, lavándola con su lengua y ejerciendo una adecuada presión sobre ese pequeño broche que le parecía de lo más sexy en ella. Notó su estremecimiento y la tensión que la llevó a apretar los muslos, pero eso no lo detuvo, por el contrario, los gemidos que escapaban de sus labios era suficiente aliciente para continuar. Le apretó las nalgas, le rodeó los muslos y tiró de la delgada y fina tela del tanga hasta arrebatárselo. Ya estaba mojada e hinchada, caliente y oliendo a ese seductor aroma de mujer que hacía salivar a su bestia.

Abandonó sus senos con un lánguido lametón y se incorporó, encontrándose de nuevo con sus ojos y esa mirada ahora llena de deseo.

—Sí, esa es justamente la expresión que quería ver en tus ojos — comentó con voz ronca y la acarició íntimamente, empapándose los dedos con su excitación—. Sexy y caliente.

Y lo estaba, toda su piel había adquirido un bonito rubor, la respiración se le había acelerado y apretaba los muslos amenazando con atraparle la mano que jugueteaba ahora con su sexo. Pero no era la única excitada, la dura

erección que destacaba en sus pantalones hablaba por sí sola.

—Creo habértelo dicho ya, pero lo repetiré —la escuchó jadear—, hablas demasiado.

Su acusación lo hizo sonreír.

—En ese caso, pongámosle remedio —declaró con contundencia y deslizó la mano hacia atrás, cubriéndole el sexo para luego penetrarla muy lentamente con un dedo.

CAPÍTULO 19

Elis perdió todo hilo de pensamiento coherente cuando el grueso dedo la penetró desde atrás, si no estuviese retenida contra ese impresionante pecho, habría saltado por la excitación. Maldita sea, él era jodidamente bueno excitándola, parecía saber qué teclas pulsar y lo hacía a conciencia. No necesitaba llegar a tocarla, tenía una manera de mirarla que la ponía firme y caliente, hacía que se le derritiesen hasta las pestañas y esa maldita maestría la estaba volviendo loca.

Había vuelto al local después de lo ocurrido anoche con una única meta en mente; conservar el *Dangerous*. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por preservar el legado que le pertenecería un día a Kimberly, aún si su corazón pudiese salir herido una vez más en el proceso.

Tenerle de nuevo tan cerca, sentirle, tocarle, era una prueba demasiado peligrosa especialmente cuando no le costaba nada entregarse a sí misma para cumplir su parte del trato. Le deseaba, lisa y llanamente y eso solo hacía las cosas más complicadas.

Desde el castigo de la noche anterior no había pensado en otra cosa que vengarse, quería que él también sufriera la misma frustración que le había provocado a ella o arrancarle las pelotas; esa también era una buena opción.

Se aferró a él sin poder evitarlo cuando el dedo invasor se retiró para volver a penetrarla esta vez acompañado de una segunda falange, apretó los

labios con fuerza e intentó no gemir en voz alta; ya le había concedido demasiado hasta el momento.

—Ahhh.

—No te contengas, me gusta oírte gemir —escuchó su voz al oído y no pudo evitar dar un nuevo respingo al notar como la mano que había descansado contra su cadera subía ahora a sus pezones y empezaba a jugar con ellos—, me gusta la manera en que te humedeces y me aprietas en tu interior.

Le acarició la oreja, le mordisqueó el pabellón y lo lavó con su lengua sin dejar de follarla con los dedos.

—Estás muy caliente y mojada —continuó excitándola con esa voz ronca y las crudas palabras que le dedicaba—, tu sexo se aferra a mis dedos como si estuviese hambriento. Dime, Elis, ¿lo estás? ¿Estás hambrienta de mí?

Maldito fuera, ¿es que no podía callarse?

—¿Necesitas una confirmación en voz alta que aumente el tamaño de tu ego? —rezongó.

Le mordió la oreja y la lamió a continuación, ese bajo ronroneo inundó una vez más sus oídos.

—No, gatita, me basta con la humedad que empapa este delicioso coñito.

Gimió, y para su mortificación, sintió como el calor inundaba su bajo vientre y se humedecía aún más empapándole los dedos.

—Oh, cállate ya —siseó, pero no pudo evitar acercarse a él buscando más de aquella deliciosa y erótica sensación.

Pero no lo hizo, por el contrario, volvió a ascender hasta su oído y le lamió el pabellón de la oreja antes de dejar caer unas inesperadas palabras.

—¿Bailarías para mí, Elis? —le preguntó con voz grave—. ¿Ejecutarías de nuevo el sensual baile que me dedicaste anoche?

Se mordió el labio inferior.

—No bailé para ti —musitó sintiendo como se le encendían las mejillas ante aquella fragante mentira—. No bailo para nadie.

No había querido hacerlo, en realidad, su intención había sido darle una lección, enseñarle lo que nunca podría ser suyo, pero su presencia y la sensualidad de la canción lo había cambiado todo.

—Deseo verte bailar y que te muevas únicamente para mí. Solo para mí. Siempre para mí —replicó con tono ronco y le mordió una última vez más la oreja antes de coger una de sus manos y llevársela a esa dura y protuberante erección—. Pero hasta que llegue ese momento, sé que también disfrutaré de algo igualmente delicioso, como creo que sería el tener esta bonita boca repleta con mi polla.

Sin más, dio un paso atrás y le indicó con un gesto el pantalón.

—De rodillas, gatita —la instruyó—, y enséñame lo que sabes hacer.

¿Qué le enseñase lo que sabía hacer? Sonrió interiormente y se relamió. Oh, sí, sería un verdadero placer y también una buena forma de vengarse de ese capullo por lo de anoche.

—¿No tienes miedo de que te muerda?

Se inclinó sobre ella, le sujetó la barbilla y la miró a los ojos.

—¿Y tú de atragantarte?

No pudo evitar sonreír con petulancia, se lamió los labios y, sin dejar de mirarlo, se dejó caer sobre las rodillas lista para darle una lección.

—No, ni el más mínimo.

Sin más, se deshizo de todas las restricciones de pantalón y se lamió los labios cuando el erecto pene saltó a su mano, duro e hinchado, listo para ser degustado. No se lo pensó dos veces, deslizó la lengua sobre la hinchada y oscura punta y degustó el sabor salobre de su piel mientras sus dedos acariciaron la dura carne deleitándose con la suavidad y el acero del miembro masculino. Se lamió los labios sintiéndose hambrienta, queriendo degustarle

más incluso de lo que deseaba castigarle. Abrió la boca y se lo tragó lentamente, probando hasta que profundidad podía tomarle y fuese cómoda, succionándolo y jugando con él, recorriéndolo con la lengua hasta arrancarle quedos jadeos y roncós gruñidos que no hicieron sino aumentar su apetito. Sintió como se humedecía aún más, se estaba excitando al chupársela, su deseo aumentaba con la misma rapidez que engrosaba la erección. Lo folló con la boca, jugó con sus testículos y lo provocó hasta que pareció estar más que dispuesto a correrse.

—Oh dios, Elis —jadeó retirándose de su boca, privándola de su erección, solo para sentir como tiraba de ella hacia arriba y la devoraba con un beso carnal, un baile de lenguas que contribuyó a excitarla más de lo que ya estaba—. Necesito estar dentro de ti ahora.

Le apretó las nalgas acercándola más a él, sintió su dura y desnuda erección contra su vientre un segundo antes de que le alzase la pierna, anclándola a él para suelo hundirse sin más preámbulos en su hambriento sexo.

—Luca...

Se lamió los labios, lo vio cerrar los ojos y disfrutar de la sensación antes de sonreír.

—Deliciosa.

Se retiró por completo para volver a penetrarla de nuevo, esta vez con mayor suavidad, alargando sus estocadas y retrasando el momento de abandonarla como si necesitase saborear cada pedazo de ese momento.

—Eres perfecta —musitó buscando su boca una vez más sin llegar a tocar sus labios—, tan cálida y caliente... Oh, sí, jodidamente perfecta.

Él la apretó hundiéndose ahora con más fuerza entre sus piernas, haciendo que el húmedo eco de sus cuerpos al unirse resonara en sus propios oídos.

—Me ciñes como un guante —insistió, ronroneando en su oído—, te

adaptas a mí con una perfección abrumadora.

No pudo evitar gemir, la sensación de tenerle de nuevo dentro era arrebatadora, tan deliciosa que no podía dejar de jadear y contonearse, buscando salir a su encuentro y disfrutar al máximo de ese acoplamiento.

—Luca —jadeó con voz entrecortada—, deja de hablar... y fóllame.

Sus ojos se encontraron con los suyos, todo movimiento cesó y durante un breve instante pensó que él repetiría el juego de anoche.

—¿Qué te dije sobre dar órdenes?

Gimió y apretó los labios.

—¿Por favor? —añadió no muy convencida. No iba a soportar de nuevo lo de anoche, no podía castigarla de nuevo de aquella manera—. Prometo ser... bueno... intentaré no hacerte rabiarse... demasiado.

Él se limitó a mirarla a los ojos, sacudir la cabeza e inclinarse para susurrarle al oído.

—Muchacha descarada —le dijo—, ¿llegaremos alguna vez a entendernos?

Se mordió el labio inferior.

—Nos entenderemos perfectamente cuando te muevas y me des lo que me negaste anoche, capullo —rezongó, entonces enlazó los brazos alrededor de su cuello y se apretó a él—. Lo de capullo va cariñosamente.

Se echó a reír, sus carcajadas resonaron en la habitación y en su propio cuerpo un instante antes de que empezase a salir de ella de nuevo para volver a entrar con fuerza.

—Eres una gata deslenguada.

—Y muy a tu pesar, eso te gusta.

Su propia respuesta los sorprendió a ambos, pero él no se conformó.

—Veamos si puedo hacer que grites mi nombre mientras te corres.

La volvió loca, reanudó el ritmo de sus embestidas y la penetró con

fuerza, buscando su placer mientras ella remontaba el propio en una vorágine de sensualidad y desinhibición que amenazaba con romper con todo. Lo único en lo que podía pensar era en correrse, dejar que su cuerpo experimentase la liberación que le había sido negada la noche anterior y se llevase consigo toda la frustración que había acumulado.

Se unió a sus embestidas, acompasó sus movimientos y se encontró con él con tanta ferocidad como la que impulsaba entre ellos, el deseo estalló en sus venas, la recorrió por entero y un inesperado orgasmo la atravesó arrancándole un quejido que muy pronto se convirtió en su nombre.

—¡Luca!

Se unió a ella, su felino reclamando su parte del premio, satisfecho de tenerla por fin y saborear su placer. La sostuvo hasta que sus cuerpos se aquietaron y sus respiraciones se volvieron estables, se separó de ella a regañadientes y la ayudó a componer su ropa mientras hacía lo propio con la suya.

Miradas huidizas, caricias inesperadas, una silenciosa comunión y la satisfacción de una buena follada envolviéndolos a ambos hicieron de ese momento algo extraño.

—Quiero que los cuadros se queden en el *Dangerous* —comentó ella entonces, mirándole sin reservas—. Por favor.

—¿Bailarías para mí a cambio?

—¿Por qué quieres verme bailar?

—Porque deseo que me des aquello que nunca antes le has dado a nadie —aseguró en voz baja sin dejar de mirarla—. Baila para mí, Elis.

—Solo un baile —murmuró y le dio la espalda para dirigirse hacia la puerta—, un único baile, Luca.

CAPÍTULO 20

—¿Elis?

Just one last dance...

Just one last dance...

Las palabras murieron en sus labios, la música que llevaba reverberando desde hacía minutos al fondo de la sala cambió ahora a una lenta balada y sobre el escenario más alejado la vio bailar. Aquella no era la mujer que había estado discutiendo con él al principio de la noche, ni la sensual y ardiente hembra con la que había disfrutado un caliente interludio en la oficina, esa había desaparecido dejando tan solo una sensual mujer que se desplazaba con delicadeza y pasión sobre el pequeño escenario privado concediéndole su petición.

Sus movimientos eran hipnotizadores, había sensualidad, fuerza y al mismo tiempo una delicadeza que convertían la danza en una obra de arte. Sus pasos eran firmes, cada ejecución o giro perfectamente sintonizados; no era una amateur. Estaba altamente cualificada para la danza y ejecutaba sin dudar la coreografía que coqueteaba entre el baile contemporáneo y *pole dance*. Su cuerpo era una herramienta y sus movimientos el alfabeto con el que se comunicaba cada una de las palabras de la lenta canción.

Just one last dance...

before we say goodbye

*When we sway and turn round and round and round
It's like the first time...*

Su gato se revolvió movido por esa silenciosa llamada que le hacía esa hembra, una que iba más allá de todo lo tangible. Quería enroscarse a su alrededor una vez más, disfrutar de su aroma y de sus caricias, pero sabía que para que ese momento llegase y fuese más que una transacción de algún tipo tendría que luchar con uñas y dientes. Elis no le perdonaría tan fácilmente, lo supo desde el primer momento en que cruzaron la mirada. Estaba herida y ahora era una mujer... atrás quedaba la dulce e inocente criatura que había conocido.

La canción continuó en su lento tempo, cambiando de registro, uniéndose la voz masculina a la femenina como si fuese una representación de su propia historia. Prestó atención a sus palabras mientras veía como se hacían realidad mediante el cuerpo femenino y encontraba en ellas el mismo dolor que veía en los movimientos de su bailarina.

*But I know, tomorrow I'll lose the one I love
There's no way to come with you
It's only thing to do...*

Danzaba con los ojos cerrados, su rostro reflejaba un sinfín de emociones mientras sus manos se alzaban y ondulaban en el aire, luchando contra un amante invisible y rehuyéndole a pesar de anhelar su cercanía y contacto, aceptando esa prohibición a pesar de hacerse pedazos por dentro. El dolor la envolvía y arañaba su interior, la rabia con la que marcaba cada paso, la fragilidad de su cuerpo sucumbiendo a ese amante de metal alrededor del que se movía lo llenó de celos.

No quería verla haciéndole el amor a una barra de metal, no quería que enfocase su anhelo y tristeza en un ser inanimado, deseaba que lo hiciese en él aún si eso lo llevaba a sangrar de nuevo. La quería para sí mismo, quería ser

el único en verla bailar, el que acariciase su cuerpo con las manos y la adorase con la mirada, necesitaba que volviese a amarle como había dicho hacerlo una vez. No quería solo sexo, quería a la mujer que había tras esa coraza, la que interpretaba esa canción que ponía banda sonora a su propia vida.

Just one last dance...

La melodía llegó al bloque final y aumentó el tempo, sus manos dibujaron la soledad que recreaban las palabras, el anhelo que había impreso en ellas, cada giro iba preñado del abandono que habitaba también en su propio corazón. Parecía querer decir adiós con cada paso, podía sentir su abandono y el miedo, el dolor en cada giro y su necesidad de abrazarla se hizo irrefrenable.

Su felino asumió el mando, se dejó guiar por el instinto y penetró en su terreno, encontrándose con ella y atrayéndola a sus brazos sin perder el paso. No era un hombre que se amilanase ante nada, ni siquiera ante un baile, no cuando podía tenerla de esa manera, una íntima comunión que era solo para ellos.

Just one more chance...

Hold me tight and keep me warm

cause the night is getting cold

and I don't know where I belong

Just one last dance...

No hablaron, sus ojos se encontraron y sus cuerpos se acompasaron. Él siguió cada retroceso suyo, la sostuvo cuando se alejaba para decirle adiós, girándola y pidiéndole una segunda oportunidad en aquella danza compartida. Por primera vez, sus cuerpos se encontraban en el campo de batalla totalmente desarmados, se reprocharon en silencio, lamentándose y llorando sin lágrimas que se derramasen en su rostro, sino en su alma.

Ella dejó de luchar, se entregó a sus brazos en cada giro mientras ejecutaba cada paso con una sensualidad que lo volvía más y más vulnerable. Le dejó sentir su calor, ver en sus ojos esas lágrimas que no se derramaban y el silencioso reproche que latía en su corazón.

La ciñó en sus manos, sujetándola en una espontánea elevación solo para perderla una vez más al compás de la canción. Un paso tras otro la acompañó en silencio, moviéndose a su compás, dejando que su propio cuerpo hablase con tanta sinceridad como lo hacía el de ella, diciéndole sin palabras aquello que no deseaba oír cuando estaban cara a cara, viendo en su baile una representación de lo que habían sido estos últimos años para él.

Las últimos compases y frases finales de la canción los encontraron girando uno en brazos del otro, reprochándose tanto tiempo perdido, reclamando lo que ahora solo eran migajas de un amor rechazado en ese último pase.

—Elis...

—Solo un último baile, Luca —musitó ella deslizando la mano sobre su pecho, dejándolo vacío, solo, lleno de silenciosa rabia y llorando por dentro —, antes de que nos digamos adiós y que esta vez sea para siempre.

Elizabeth no podía respirar, todavía sentía las manos de Luca sobre su cuerpo, la forma en que la había sujetado uniéndose a ella en esa inesperada escena de baile había sido incluso mucho más íntimo y privado que el reciente encuentro sexual que habían compartido. Le había prometido un baile, lo único que era realmente suyo y se había arrepentido en el mismo momento en que subió al escenario. Había encendido el reproductor de música y seleccionado la pista que quería interpretar, empezó a bailar y se dejó ir sin darse cuenta apenas del paso del tiempo. Llevaba varios minutos danzando cuando el cd

eligió esa nueva canción y su mundo cambió.

Las palabras de la cantante recreaban su vida, sus sueños y anhelos de juventud, y entonces, él había estado allí, acompañándola en ese doloroso viaje, impidiéndole escapar y respondiendo a sus pasos con intuitiva masculinidad y elegancia.

Bailaron como si siempre lo hubiesen hecho, como dos amantes que se conociesen tan íntimamente que podían tocarse el alma, como si sus cuerpos no hubiesen estado nunca separados. Sus ojos se habían encontrado y no había existido necesidad alguna de implementar palabras.

Se escondió en el vestuario sin saber a dónde ir, su refugio privado ahora estaba mancillado por los recuerdos de su reciente unión y necesitaba estar sola, necesitaba pensar, aclarar sus ideas y pensamientos antes de que todo su mundo se rompiera en pedazos.

—¿Por qué has tenido que volver? ¿Por qué?

—¿Acaso me he ido completamente alguna vez? —escuchó a su espalda—. Dime, Elis, ¿alguna vez pudiste expulsarme completamente de tu mente?

Nunca. Demasiadas noches llorando, demasiadas relaciones fallidas y él siempre había estado allí, en un rincón de su mente, apoderándose de su alma.

—Ya tienes lo que deseabas, ahora, por favor, déjame.

Incluso su voz sonó temblorosa en sus propios oídos.

—¿Cuánto tiempo llevas bailando?

—El suficiente para no desear hablar de ello contigo —declaró con frialdad—. Luca, por favor...

—No ganarás nada manteniendo esa díscola actitud.

Quiso reírse, pero no encontró diversión alguna, así que recurrió a la ironía siempre presente en su voz.

—Por el contrario, estoy logrando sacarte de quicio —declaró—. Eso,

ya solo, es como ambrosía de los dioses para mí.

—Antes no eras tan cínica.

—Antes era tan solo una niña llena de sueños.

—¿Y ahora?

—Ahora soy una mujer que desearía que jamás hubieses existido — declaró girándose hacia él para mirarle a los ojos—. Una que ha dejado de soñar para enfrentarse cada día a la cruda realidad.

Sus ojos se encontraron.

—¿Y qué realidad es esa?

—Que tu presencia aquí traerá consigo únicamente problemas.

—¿Te parezco un problema?

—Eres un problema —lo acusó—. Mi jodido problema.

—A los problemas hay que buscarles solución.

—O fumigarlos.

—Buscar la raíz...

—Y erradicarla —ignoró sus respuestas.

—...para encontrar la mejor solución.

—Ya encontré la solución —aseguró—. Y espero poder ponerla en práctica tan pronto te marches de mi vida.

—Acabo de llegar.

Se lamió los labios.

—¿Qué he hecho para que me castigues así?

—¿Castigarte?

—¿Cómo llamarías sino a esta tortura?

—Para mí solo tiene un nombre.

Le miró sin poder evitar el quererlo, desearlo con todas sus fuerzas.

—Reconquista —declaró inclinándose sobre ella, acariciándole la mejilla y hablándole con una dulzura que le encogía el corazón—. Una que no

admite prisioneros.

—No me hagas esto, Luca, por favor.

Negó con la cabeza y le sujetó el rostro entre sus manos.

—No voy a renunciar a ti, Elis —le dijo sin que le temblase siquiera la voz—. Ahora no.

Y maldito fuera, pues esas palabras le daban una esperanza que no deseaba tener.

CAPÍTULO 21

Las siguientes dos semanas transcurrieron con inesperada rapidez. La vorágine en la que se vio inmersa con las reformas del club junto a su clandestina y erótica relación con su nuevo socio le dejaban poco tiempo para pensar o preocuparse en algo que no fuese mantener en secreto su vida privada. A su amante no le había quedado otra que aceptar sus condiciones con respecto al tiempo que podía dedicarle y, lo mismo había hecho con su estancia en el local. No estaba dispuesta a sacrificar más de lo estrictamente necesario en aquel extraño escenario en el que se veía obligada a actuar.

Tenía que admitir que Luca sabía lo que hacía. Por más que le fastidiase admitirlo había transformado el local en el tiempo estipulado y la mejora era notable. Los empleados parecían tener otro ánimo, incluso las chicas estaban entusiasmadas ante la perspectiva de actuar y bailar con una coreografía que hiciese de apertura, destinada a entretener y seducir a los espectadores. Él había llevado el *Dangerous* a un nuevo nivel, convirtiéndolo en un moderno y sofisticado club nocturno.

El bar había sido remodelado, incluso se había habilitado una zona central en la que ahora había un piano. La decoración se había actualizado y sus cuadros formaban parte de la misma, destacando con una nueva luz, aportando color y un toque personal al lugar.

El club hablaba ahora de sofisticación, lujo y una elegancia neutra, lo

que le confería un atractivo mucho mayor del que hubiese podido pensar en un principio.

—¿Lista para la inauguración?

Se giró para ver a Christie llevando un bonito vestido de noche.

—Supongo que sí —suspiró. No tenía las más mínimas ganas de estar allí, especialmente dados los problemas que había estado teniendo en casa. Kimberly se había pasado la última semana más apática de lo normal, solía subirle la fiebre y luego bajarle, e incluso le habían salido unas manchitas en la piel. La había llevado al médico, pero todo lo que le habían dicho era que tenían que hacerle más pruebas.

Consultó el reloj de pulsera que llevaba y suspiró.

—Me quedaré lo justo para decir «he cumplido» y luego me iré a casa —murmuró y posó la mirada sobre su socio, quién se encontraba al otro lado de la sala charlando animadamente—. Solo espero que no se le ocurra ponerme pegas, especialmente después de haberme obligado a participar del maldito baile de apertura. No, hoy no es una noche en la que tenga deseo alguno de lidiar con él.

Christie siguió su mirada y se estremeció al ver el acompañante de Luca; Daniel Callahan.

—No podría estar más de acuerdo con esas palabras —rumió, su voz más baja de lo normal—. Especialmente con la última parte.

Christie había estado presente la mañana en que Luca había aparecido con Daniel y esa peregrina idea de montar una coreografía para la inauguración, una actuación que mezclaba el baile contemporáneo y el erótico *pole dance*. Por más que había intentado sacárselo de la cabeza, había sido imposible, así que optó por sacar provecho. Si él quería que bailase, ella podría marcharse cuando así lo considerase oportuno durante esa noche.

—¿Qué ha ocurrido exactamente entre vosotros dos? —preguntó

curiosa. Había visto la manera en que Daniel la miraba, la silenciosa comunicación que solía darse entre ellos y le daba la sensación de que había algo más de lo que se veía a simple vista.

—Algo que nunca debía haber ocurrido —rumió. Se pasó una mano por el delicado peinado y suspiró—, y que ya no tiene remedio. Es demasiado tarde para dar marcha atrás, especialmente si él te gusta más de lo que estás dispuesta a admitir. Daniel tenía razón, no sirve de nada huir de uno mismo.

Parpadeó ante la inesperada confesión y la miró solo para encontrarse con la mirada cómplice deslizándose ahora sobre Luca.

—Creo que me entiendes...

Abrió la boca para decir lo contrario, pero no fue capaz. La realidad era otra, una que sabía bien no era tan sencilla de cambiar.

La niña que fue una vez seguía viva en su interior, su amor de juventud nunca había desaparecido del todo y, en esas últimas dos semanas, la mujer que era ahora había podido degustar lo que él le negó una vez.

Luca no solo era un buen amante, generoso y ocurrente, también era un buen socio, un hombre capaz de escuchar y tener en cuenta sus opiniones, no tenía pelos en la lengua y decía lo que deseaba sin más.

Y lo que deseaba era ella. Estaba dispuesto a conquistarla, a seducirla y maldito fuera, porque estaba teniendo éxito.

Lo buscó con la mirada. Como si supiese que la estaba observando, se volvió hacia ella y le dedicó un brindis a modo de reconocimiento.

—Sí, demasiado bien —aceptó con un pequeño resoplido—. Lo cual no es más que otro error, uno igual de estúpido que los que he cometido hasta ahora.

Enamorarse otra vez de él era estúpido. Ya no se trataba de un amor juvenil sino de la pasión de una mujer, del conocimiento carnal y la atracción que él representaba. Poseía tal magnetismo que, aunque discutieran como

fieras, acababan de nuevo unidos, ya fuese en la cama o en cualquier superficie utilizable.

—Será mejor que te aclares las ideas antes de que te devore por completo —le dijo Christie al oído.

Y ese era sin duda uno de los mejores consejos que recibía en mucho tiempo.

—Sí, sin duda necesito...

Las palabras murieron en su boca cuando reparó en los nuevos invitados que habían hecho acto de presencia.

—Discúlpame un momento, Christie.

Sin dar más explicaciones recorrió la sala y se dirigió directamente a los dos hombres que acababan de bajar por la escalera dispuesta a darles personalmente la bienvenida.

—Ah, aquí está la mejor hermana del...

Pietro no pudo terminar la frase, pues le asestó un puñetazo directo a la nariz.

—Cabrón hijo de puta.

—¡Joder!

—Elis, ¿te has vuelto loca? —intervino también Max, quién había dado un oportuno paso atrás no fuera a asestarle un golpe también a él.

—Mierda, Elis, me has roto la nariz.

Entrecerró los ojos y bajó el tono de voz.

—Tienes suerte de conservar todavía los huevos.

—Elis, nena...

—Ni se te ocurra ponerme una mano encima, Max —lo amenazó cuando hizo el ademán de tocarla.

El hombre alzó ambas manos y retrocedió de nuevo.

—Vale, vale...

—Elizabeth, ¿puedes explicarme qué diablos está pasando aquí?

Su respuesta fue limpiarse las manos, mirarle de reajo y luego hacer lo propio con su hermano.

—Pregúntaselo a Pietro —le dijo señalando al quejumbroso hombre—, si es que te queda alguna duda, dado que tú también tienes mucho que ver.

—Elis...

Lo miró con fingida inocencia.

—Tengo que cambiarme —lo atajó—. Te prometí que participaría en la inauguración, pero no dije nada de aguantar al capullo de mi hermanastro. Hoy no, Luca, hoy no.

Y dicho eso, dio media vuelta y los dejó a todos plantados.

—Pensé que a estas alturas ya la habrías domesticado... —se quejó Pietro.

Luca dejó escapar un resoplido.

—En sueños, hasta es posible.

—Es una hembra con mucho que decir —comentó Daniel, fijando su mirada en su pequeña polvorilla—. Puedes ir con ella, mascota.

La mujer le dedicó una fulminante mirada pero no dijo una sola palabra, se limitó a dar media vuelta y marcharse.

—Ya veo que te va muy bien —comentó con tono irónico. Su amigo se limitó a esbozar una soslayada sonrisa.

—Deberías hablar con ella.

No pudo evitar sonreír en respuesta.

—¿Y qué me pegue también?

—¿Todavía no se lo has dicho?

—Ya has visto cómo reacciona, ¿qué esperas que le diga?

—Si no quieres perderla, gatito, la verdad sería un buen comienzo —lo aconsejó su amigo.

Elis sacudió la mano y siseó, los nudillos ya se le estaban hinchando, pero le daba igual, la satisfacción seguía intacta. Llevaba queriendo hacer eso desde la última vez que le colgó el teléfono, el muy capullo ni siquiera se había dignado a llamarla de nuevo o a quedar con ella para darle una explicación. Podía ser su hermanastro, podía quererlo más de lo que estaba dispuesta a admitir en voz alta, pero lo que había hecho a sus espaldas todos esos años, no podía perdonárselo, no por ahora al menos.

—Maldita sea —masculló y se dejó caer en uno de los nuevos taburetes del bar—. Ponme una copa.

—¿Te das cuenta de que acabas de golpear a alguien?

Fulminó al barman.

—Sí, al hijo de puta de mi hermanastro —declaró poniendo de manifiesto su parentesco—, ahora ponme esa puñetera copa.

El hombre se limitó a alzar las manos y se puso a trabajar.

—Tienes una manera muy curiosa de amenizar las veladas, ¿siempre eres así?

Miró hacia su derecha e ignoró a su interlocutor.

—Cass, esa copa, ahora.

—Ya veo que no eres muy habladora.

Lo miró de nuevo y levantó el puño.

—¿También estás interesado en la especialidad de la casa?

Se echó a reír.

—No, muchas gracias.

Asintió y se giró de nuevo al barman, quién ya le servía su consumición.

—Ya era hora.

—Estás un pelín irritada.

—Que te folle un pez.

Le dio la espalda, cogió su copa y se encontró con Christie.

—¿Quieres una?

La chica miró por encima del hombro hacia el lugar en el que seguían reunidos sus respectivos hombres.

—Qué demonios —cogió su consumición y bebió un buen trago.

—Cass, ponme otro —pidió dejándole el suyo a su amiga—. ¿Mejor?

Ella asintió.

—Una inyección de alcohol antes de subir ahí y mover el culo — asintió.

—Aquí tienes, Elis.

Le agradeció con un gesto y cogió su copa para brindar con ella y por el escenario sobre el que pronto tendrían que actuar.

—Solo espero que esto merezca realmente la pena.

Alzó la copa y se bebió de golpe todo el contenido hasta terminarlo.

CAPÍTULO 22

—Empiezo a sentirme como un jodido perverso.

Las palabras de Pietro lo distrajeron momentáneamente del espectáculo que se estaba desarrollando sobre el escenario central. La sensual melodía de la canción *Two hearts* ponía banda sonora a la sensual coreografía que interpretaban las chicas del *Dangerous*.

—Pensé que habías asumido que lo eras —comentó al mismo tiempo Max.

Pietro bufó.

—Me está poniendo cachondo mi hermana.

—Hermanastra —especificó su amigo.

—¿No tenéis vínculos de sangre? —se interesó Daniel.

—Eso dice ella —aceptó el aludido—. Y bien mirado, ahora mismo, eso es una bendición.

Un bajo y felino gruñido hizo que los tres hombres mirasen en su dirección.

—¿Tengo que arrancarte la garganta? —sugirió con despreocupación.

Pietro se limitó a poner los ojos en blanco.

—Estás muy irascible.

—Es culpa suya —señaló hacia el escenario, a la culpable de sus celos.

—Para variar —chasqueó y sacudió la cabeza—. ¿Y cuándo piensas

hacer algo al respecto?

—No es una mujer a la que se le pueda poner una correa.

—Prueba con un bonito collar —se burló Daniel, indicando con un gesto de la barbilla a su propia acollarada.

—No es su estilo —comentó Max.

—¿Flores? —sugirió su amigo.

Negó con la cabeza y volvió a centrarse en la sensual y artística ejecución. No podía evitar recordar ese íntimo baile que Elis le había dedicado, algo que estaba muy lejos de esa estudiada ejecución que llevaba a cabo. Se estaba limitando a seguir los pasos, a acompañarlos con las de los demás, pero no lo estaba disfrutando. A pesar de tener una sonrisa en sus labios, no se reflejaba en sus ojos o en su alma.

—Madre del amor hermoso, que par de tetas —escuchó a alguien por detrás de ellos—. ¿Cómo hacen para que no se les salgan?

Su gato volvió a enseñar los dientes y gruñó haciéndose eco de sus propios celos. Había sido una mala idea, no quería que Elis bailase para nadie que no fuese él.

—¿Y esto es solo el comienzo de la noche? —escuchó ahora a Pietro—. Dime que el resto de la velada seguirá esta misma línea y me instalo aquí para toda la vida.

Lo miró de soslayo.

—Primero tendrías que hablar con tu hermana y ver si no te arranca la cabeza.

Hizo una mueca.

—Podrías echarme una mano, ¿no?

—No me corresponde a mí solucionar tus problemas.

—¿Y a mí sí los tuyos? —sugirió divertido—. Todavía no le has quitado la venda, ¿a qué estás esperando?

La acusación podía ir en ambos sentidos.

—¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta de que parte de su familia no es humana? —preguntó en voz baja.

Se encogió de hombros.

—Hablamos de cosas distintas —señaló el escenario con un gesto de la barbilla—, y ella no es mi chica.

—Pero es tu hermana.

—Hermanastra.

—Y no tiene ni zorra idea de que tienes un culo de lo más peludo.

Negó con la cabeza.

—Elis no es de las que está dispuesta a escuchar nada que no tenga que ver con ella —le recordó oportunamente—. A estas alturas ya deberías saberlo.

—Elis nunca está dispuesta a hacer nada que no entre en sus propios planes —convino Pietro—. Tendrás que darle la vuelta a la tortilla.

—Esa mujer disfruta demasiado llevando la voz cantante —aceptó Max.

—Y temo que yo soy el responsable de ese cambio. —Estaba convencido de ello. Su decisión de alejarla había propiciado que ella tomase la decisión de irse, de blindarse—. Si lo hubiese sabido...

—Pero no lo sabías —lo atajó Pietro—. Y ella tampoco es consciente de ello, de lo contrario, lo habría comprendido.

—Tengo que recuperarla.

Volvió a concentrarse en la actuación, buscándola con la mirada.

—Estás colado por ella —comentó Max.

—Renunció a Elis a causa de su juventud —murmuró Pietro—, y ahora que puede recuperarla, Elizabeth solo está interesada en tener sus intestinos en una bandeja.

—Siempre te han gustado los desafíos.

—Esto va más allá de un desafío, es una verdadera putada.

—Entonces, ella es... —se interesó Daniel.

—Su compañera —asintió Pietro—. Una enorme jugarreta del destino el despertar sus instintos en una adolescente.

—No era una adolescente.

—Ah, ¿por fin te has convencido? —chasqueó—. Le faltaba escasamente un año para cumplir la mayoría de edad. Pudiste haberla reclamado entonces.

—Era una niña.

—Y estaba enamorada de ti, un amor juvenil —señaló el escenario con un gesto del mentón—. Ahora es una mujer hecha y derecha, con un talante que para qué te cuento.

—La llevas clara.

—No lo sabes tú bien.

—¿Y qué piensas hacer?

—Lo que ya he empezado a hacer —se lamió los labios—. Recuperarla.

—Buena suerte, cuñado —le deseó Pietro—, la vas a necesitar.

Elis abandonó el escenario entre los aplausos de los asistentes y sus compañeras de baile. Había cumplido con su parte del trato de esa noche y tenía toda la intención de cambiarse, socializar una hora más, para que Luca no pudiese reprocharle su falta de compromiso, y marcharse a casa con Kimberly.

Dejó atrás la sala principal, sonrió amable a los halagos que recibía y se escabulló a la solitaria tranquilidad de la oficina que ahora compartía con su amante.

Apenas había alcanzado el umbral cuando escuchó la melodía de su móvil. El teléfono y sus cosas habían quedado encima de la mesa, como siempre, abrió la puerta y corrió para llegar a tiempo de ver el identificador de llamadas; era Julie.

Un mal presentimiento la recorrió en el mismo instante en que cogía la llamada.

—¿Julie? ¿Va todo bien? ¿La niña está bien?

La respuesta no se hizo de rogar.

—Elis, tienes que venir —su nerviosismo era palpable—. Kimberly tiene mucha fiebre, no consigo bajársela con nada. Y esas manchitas, parece que le han salido más.

El corazón se le encogió al momento, tuvo que obligarse a respirar profundamente y calmarse.

—Salgo para ahí.

Colgó el teléfono, recogió el abrigo, dio media vuelta y salió disparada de nuevo hacia la sala principal. No hizo caso a nadie, ignoró las llamadas que pronunciaban su nombre y voló a través de la sala hacia la puerta principal. Tenía que volver a casa, tenía que estar con su hija.

¿Por qué había venido a la inauguración cuando Kimberly se había pasado toda la semana con fiebre? No debía haberla dejado en esas circunstancias, ella era muchísimo más importante que este maldito local.

Estaba a punto de llegar a la puerta cuando se vio interrumpida por una montaña humana.

—Ey, ¿dónde está el fuego? —la detuvo Luca—. ¿A dónde vas?

Alzó la mirada e intentó soltarse de sus brazos.

—Tengo que irme —declaró sin más, no tenía tiempo de dar explicaciones—. Ya cumplí con mi parte, así que ahora me voy.

—¿Irte? ¿La noche de la inauguración? —parecía genuinamente

sorprendido—. ¿Has perdido un tornillo?

Ella renovó sus esfuerzos, no podía permanecer más tiempo allí.

—Suéltame ahora mismo o no respondo...

—Elizabeth, empiezo a cansarme de todo esto —le aseguró, su tono había cambiado haciéndose más serio—. Te advertí que no tolero las escenas.

—Suéltame y no tendrás ninguna —tiró de nuevo de él—. Tengo que irme ahora mismo.

—¿Has perdido el juicio? —chasqueó arrastrándola a una zona más privada, dónde se dio el lujo de sacudirla y señalar luego al público—. No puedes abandonar el club el día de su estreno, ¿qué clase de anfitriona eres?

—Una que antepone su vida personal a un maldito negocio —alzó la voz al tiempo que se liberaba de un tirón—. Quédate con el maldito club, disfruta de la noche y que te aproveche. Yo me voy a casa con mi hija, ella me necesita mucho más que este maldito lugar.

Sus palabras lo noquearon.

—¿Tu... hija? —sacudió la cabeza—. ¿De qué estás hablando?

Se ofuscó, no tenía tiempo para aquello. Kimberly la necesitaba e iba a marcharse ya.

—Olvídate de mí, Luca —le pidió—, olvídate que existo y desaparece de mi vida.

Lo dejó plantado y siguió su camino, no tenía motivo alguno para quedarse más tiempo.

—Maldita sea —masculló probando el reloj y apurando el paso—. Tenía que haberme quedado en casa.

Tenía que haberse concentrado en lo que era realmente importante, en lo que no desaparecería si se daba la vuelta, en vez de eso se había dejado llevar por el anhelo, por los recuerdos del pasado y un hombre que posiblemente mañana ya no estaría a su lado.

Salió a la calle solo para verse detenida una vez más por su amante.

—Elis...

Se volvió hacia él con renovada ansiedad.

—Luca, ¡no tengo tiempo!

—Entonces no discutas conmigo —le dijo, sacó las llaves de su coche del bolsillo y la instó a caminar hacia el aparcamiento—. Vamos, yo conduciré.

Se dejó guiar y subió al coche sin saber muy bien si la precipitada decisión que acababa de tomar al aceptar su ayuda, no sería un error más que añadir a la larga lista que llevaba a la espalda.

CAPÍTULO 23

«Me voy a casa con mi hija, ella me necesita mucho más que este maldito lugar».

Cuando había supuesto que Elis guardaba secretos no pensó que alguno de ellos tuviese relación con algo como la maternidad. Un hijo. Su gatita era madre.

La noche se había convertido en una verdadera locura, una que parecía hacerse más grande con cada nuevo descubrimiento que hacía. Siguió sus indicaciones, dirigiéndose a una de las vecindades que se encontraban a las afueras de la ciudad, el teléfono de su compañera volvió a sonar para dar paso a una conocida voz femenina; la de su hermana.

Por supuesto, entendió entonces, ese había sido el secreto que Julie se había negado a desvelarle. La manera en que había evitado sus preguntas y dado evasivas respuestas ahora tenía completo sentido.

Se detuvo ante un semáforo en rojo y miró a la mujer sentada en el asiento del copiloto.

—Elizabeth, pon el manos libres y déjame hablar con ella.

Lo miró con desconfianza y sorpresa.

—¿Por qué habría de dejarte...?

No tenía tiempo para dar explicaciones, ni siquiera sabría cómo empezar.

—Hazlo.

Miró el teléfono y obedeció dejando que la voz femenina se oyese en la noche.

—...tiene mucha fiebre, no consigo bajársela de ningún modo. —Julie sonaba bastante angustiada, no había escuchado ese tono en su voz desde que era una niña—. Y esas manchitas le han salido ahora también en la cara. He intentado ponerme en contacto con el especialista, pero no responde al teléfono.

—¿Le has dado las pastillas que le recetaron para la fiebre? —preguntó Elis, su nerviosismo era palpable.

—Sí, pero no le hace nada y ya no sé...

—Julie —las interrumpió a ambas—. Soy Luca, ¿qué le ocurre a la niña?

—¿Luca? ¿Qué demonios...?

La sorpresa en la voz del otro lado del teléfono era palpable.

—Julie, céntrate —ordenó—. La niña, ¿qué síntomas presenta?

Notó como su copiloto se movía en la silla en el mismo momento en el que el semáforo cambiaba por fin a verde.

—No le hables así —lo sermoneó Elis—. Ella es...

La miró de reojo.

—Mi hermana —le soltó dejándola pasmada—, con lo que le hablaré como me parezca.

—¿Tu hermana?

Tuvo que ignorarla para centrarse en su interlocutora telefónica.

—Julie, estoy esperando.

Como si aquella fuese la orden que esperaba para hablar, la muchacha soltó toda la información de carrerilla.

—Tiene fiebre, mucha fiebre... le sube y le baja...

Asintió para sí.

—A la izquierda en la siguiente intersección —le indicó al mismo tiempo su copiloto y volvió a asentir en acuerdo.

—Has mencionado unas manchas... —le habló al teléfono.

—Sí. Luca, es como la rubeola, pero las manchas no sobresalen, son como ronchitas en la piel.

—¿Manchas?

—Sí, parecen manchas, pero unas son más grandes que otras y...

Miró a su acompañante, la cual retorció la falda del abrigo.

—¿Ha comido algo que haya podido intoxicarla?

Negó efusivamente.

—No —negó—. El pediatra también sugirió algo parecido, pero las manchas vienen y van, al igual que los accesos de fiebre.

Aquella información lo hizo fruncir el ceño.

—Julie, ¿sigues ahí?

—Sí, sí.

—¿Desde cuándo tiene estos episodios de fiebre? ¿Cuándo empezaron a aparecerle esas manchas? —insistió, su pregunta iba para ambas.

—Ha pasado toda esta última semana con fiebre alta y esas manchas parecen haberse extendido por todo su cuerpo.

Frunció el ceño y miró una vez más a Elis. Los síntomas le resultaban conocidos, pero no era propio de...

—¿Qué edad tiene la niña?

—Cuatro años.

Y la edad concordaba.

—Julie, ¿recuerdas a los niños de los Tolben? Tuvieron un episodio similar el verano pasado.

—¿Los Tolben?

—Sí —insistió—. Rosalind mencionó que fuiste a verla cuando los gemelos empezaron su cambio.

—Sí, pero... oh, mierda.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —la angustia en la voz de Elis era palpable.

—¿Es eso, Luca?

—¿Quiénes son esos Tolben? ¿Qué tienen que ver ellos con mi hija?

La miró alternando su atención entre ella y la carretera.

—¿Recuerdas si de bebé tuvo algún episodio parecido?

La manera en que se tensó y la expresión de asombro y culpabilidad que le cruzó por la mirada fue suficiente respuesta.

—Ya veo —gruñó, un sonido muy felino. Su gato estaba en la superficie, tan molesto como él mismo por aquello—. Julie, prepara una habitación, libérala de muebles y cualquier cosa que pueda caer. Cubre el suelo con mantas y prepara un par de boles de agua fresca.

—¿Para qué? ¿Qué pasa? —preguntó Elis, recuperada de su momentáneo ataque de pánico—. Luca, por amor de dios, ¿qué pasa?

—¿Qué? —oyó jadear al mismo tiempo a su hermana—. Luca, ella no es...

—No lo sabré con seguridad hasta que la vea, pero los síntomas que describes... —sacudió la cabeza y miró una vez más a Elis—. ¿Quién es el padre de la niña?

La tensión regresó.

—No es asunto tuyo.

Gruñó, no pudo evitarlo.

—Por el contrario, sí lo es —declaró con fiereza—. El muy cabrón tendría que estar aquí, encargándose de su hija y ayudándote.

Aquello pareció molestarla incluso más.

—No necesito su ayuda.

Entrecerró los ojos, pero ella siguió en sus trece.

—No la necesitamos.

Apretó los dientes sintiendo ya sus colmillos explotando en la boca. Necesitaba tranquilizarse o su gato tomaría el control.

—Y una mierda que no —declaró con fiereza—. Esa niña debería estar en el seno de la manada, protegida por los suyos y no sola.

Ella parpadeó sin comprender.

—Estás diciendo un montón de sin sentidos.

La fulminó con la mirada.

—No tienes la menor idea de lo que es tu hija, ¿no es así?

Se tensó, se giró hacia él y supo que si no andaba con cuidado le sacaría los ojos.

—Detén el coche.

—No digas estupideces.

—¡Acabas de insultarme! —declaró con fiereza—. ¡Es *mi* hija! ¡Mía! No necesita a nadie más.

—Eso ya lo veremos.

Durante el resto del trayecto no le habló sino para darle las indicaciones oportunas para llegar a su destino. Su felino estaba rabioso, deseando lanzarse a la garganta de alguien. Su pequeña gata tenía una hija, una personita que dependía de ella y que aún encima había una grandísima posibilidad de que fuese mestiza. Y Elizabeth no tenía la menor idea de qué estaba pasando.

¿Qué otras cosas ignoraba sobre ella? ¿Qué más secretos guardaba esa mujer? ¿Quién era el maldito hijo de puta que la había abandonado dejándola a ella y a un bebé inocente a su suerte? ¿Por qué su manada no había hecho nada para apoyarlas?

Aparcaron en una calle de las afueras, un barrio tranquilo y agradable.

Ella bajó del coche casi en marcha, corrió hacia las escaleras de uno de los edificios del vecindario dejando uno de sus zapatos por el camino.

—¡Julie!

La puerta de su vivienda se abrió dejando ver a su hermana. Tenía los ojos rojos y estaba preocupada.

—No consigo bajarle la fiebre, he hecho de todo, pero no puedo... y no deja de llamarte...

Elis no esperó, pasó delante de ella y se perdió en el interior de la casa. El aroma que le llenó la nariz era una mezcla de los que la habitaban, uno de ellos tan claro que no le quedó ninguna duda de que sus suposiciones eran acertadas.

—¿Dónde está la niña? —preguntó a su hermana, cerrando la puerta tras él con suavidad.

—Luca, ¿qué es? —preguntó preocupada—. Si algo le pasa a esa pequeña... Elis no lo soportará otra vez...

Le posó la mano sobre el hombro y la calmó.

—No le pasará nada, me ocuparé de ello personalmente —aseguró empujándola suavemente—. ¿Preparaste lo que te pedí?

Asintió.

—Sí, pero no entiendo para qué necesitas todo eso a menos que ella sea... pero no puede, ¿no? Es imposible.

—No es imposible —aseguró olfateando el lugar—. ¿Me indicas el camino?

Siguió a Julie por la casa hasta una habitación al final del pasillo, la voz de Elis se mezclaba ahora con la agitada de una pequeña personita.

—Mami... tengo calor.

—Ya lo sé, mi vida, pero se irá pronto... lo prometo.

—Me pica... me pica mucho.

—No, Kimber, no te rasques...

—Quiero agua...

Se detuvo ante el umbral de la puerta y vio la escena que se desarrollaba ante sus ojos. La niña estaba tumbada en la cama, empapada en sudor, con los ojos brillantes por la fiebre y toda la piel que quedaba expuesta de su camiseta y braguitas llena de manchas.

Entrecerró los ojos y sintió como su felino se revolvía en su interior reconociendo a otro cambiante. Olfateó el aire y arrugó la nariz, no podía estar seguro, pero había algo que no encajaba del todo allí.

—¿Quién es el padre? ¿Lo sabes? —murmuró solo para oídos de Julie. Ella sacudió la cabeza.

—Llevo cuidando a Kimberly desde hace un par de años —comentó—. Elis no habla de él.

Arrugó la nariz, el olor era demasiado fuerte.

—¿Para qué quieres las mantas?

La miró.

—Para evitar que afile las garras en el suelo.

Su hermana acusó una vez más la sorpresa que ya había acudido a sus ojos antes.

—¿Estás seguro? Quiero decir, no creo que...

Sacudió la cabeza.

—Lo estoy, Julie —declaró y señaló a la figura de la cama con un gesto de la barbilla—. Esa gatita está muy cerca de su naturaleza felina, está a punto de iniciar el primer cambio importante de su vida.

El primer cambio de un cachorro siempre era peligroso, pero los padres solían estar preparados. Sin embargo, nada más entrar en la casa y a medida que se acercaba a esa habitación, supo que, en este caso, las cosas no iban a ser de esa manera.

—¿Puedes hacer un poco de manzanilla y echarle unas hojas de menta?
—pidió a su hermana—. Y ponla a enfriar.

Miró hacia el interior de la habitación y luego a él.

—¿Estás seguro?

Enarcó una ceja.

—¿Me lo preguntas en serio?

Resopló.

—Elis es humana.

Él asintió.

—Lo sé.

La aludida se levantó entonces de la cama y se giró hacia ellos, estaba visiblemente aterrada.

—Está ardiendo en fiebre —musitó acercándose a ellos, visiblemente trastornada—, nunca ha estado tan caliente. Y su médico no coge el teléfono...

Decidió ir al grano y no andarse con rodeos, la niña no tenía tiempo para sutilezas.

—¿Dónde está su madre?

Elis reaccionó como una leona, dejó la cama de la niña y se enfrentó a él.

—Yo soy su madre.

La miró a los ojos, sosteniéndole la mirada, esperando a que se tranquilizase un segundo.

Sí, sin duda era su madre, pero no su progenitora. Esa niña no guardaba semejanza alguna con Elis, su aroma solo estaba en ella de forma superficial, evidenciando el tiempo que pasaban juntas, pero no compartían la misma sangre. Esa criatura era un felino y necesitaba mutar, encontrarse por primera vez con su naturaleza y así poder seguir adelante.

—No pretendía ofenderte, Elis —declaró con tranquilidad—, pero esa

criatura necesita algo que tú no puedes proporcionarle, que solo puede hacerlo su progenitora.

—Esa criatura tiene nombre y es Kimberly —siseó, empujándole, obligándole a salir de la habitación—. Y es mi hija. ¡Mía! ¿Puedes entender el significado de eso? Solo me necesita a mí.

La desesperación estaba presente en sus facciones y en su aroma. Estaba sobrepasada, no sabía qué hacer, como ayudar a esa pequeña que la necesitaba y esa impotencia la estaba destrozando.

—Mira, gracias por traerme, pero no hace falta que te quedes —declaró sin más—. Seguiré intentando contactar con su médico, él sabrá que hacer...

—Ningún médico va a poder ayudarla, Elis, no se trata de...

—¡No digas eso! —gritó llamando la atención de la pequeña.

—Mamá... mami...

Se giró como un huracán, bajó el tono de voz y volvió con ella.

—No pasa nada, mi amor...

—Kimberly no está enferma, Elis —declaró yendo directo al grano—, es algo biológico, algo... normal en una niña de su edad... y características.

Aquello la sulfuró.

—¿Qué no está enferma? ¡Está ardiendo en fiebre y mira todas esas manchas!

—Y la temperatura le subirá todavía más antes de que todo termine y se asiente su segunda naturaleza —declaró y entró en el cuarto para acercarse a la niña, cuyos ojos se clavaron al instante en él. No lo pensó, se sentó a un lado en la cama y le acarició la carita con un bajo y gatuno ronroneo. La respuesta fue inmediata, un felino y pequeño ronroneo replicó al suyo, los ojos infantiles se aclararon y empezaron a reflejar su naturaleza.

—Sí, gatita, sé lo que se siente.

—¡No la toques!

La fiera maternidad salió a la superficie al instante, entró en tromba a la habitación y no tenía duda de que lo habría destrozado si Julie no la hubiese detenido.

—Déjale, Elis —le pidió—. Luca sabe lo que hay que hacer, es el único que lo sabe. Te lo juro.

La mujer se giró hacia ella, visiblemente traicionada por verla ponerse de parte de él.

—Es mi niña... —gimió y se volvió hacia él para verle cogiendo a la bebé en brazos. La pequeña no pesaba nada y estaba ardiendo en fiebre—. Luca, por favor, es mi niña... es todo lo que tengo.

El dolor en su voz lo aguijoneó, acercó más a la niña a su pecho y sintió como ronroneaba contra él, reconociéndole. Esa criatura estaba tan desvalida, tan necesitada de guía y a Elis se la veía tan desesperada, la manita se coló bajo su camisa y escuchó un suspiro al sentir como tocaba su piel.

—Está bien, gatita —la tranquilizó—, no dejaré que nada le pase.

Y no lo haría, ese bebé acababa de ganarse sin saberlo un lugar en su mundo, en su vida y no le cabía duda que pronto lo haría en su corazón.

Se levantó y se le acercó con la niña en brazos.

—Mami —murmuró la pequeña mirándola con visible cansancio—. Tengo calor.

La preocupación en sus ojos intentó ocultarse tras una forzada sonrisa destinada a quitarle importancia ante su hija.

—Ya mi amor, mamá hará que te pongas buena muy pronto —aseguró acariciándole la cara.

La pequeña se giró entonces hacia Luca y ladeó suavemente la cabeza.

—¿Eres mi papá?

La infantil y tierna pregunta lo cogió por sorpresa y lo desarmó por completo. Miró a Elis, quién había contenido la respiración y luego a su hija.

—Él es Luca, tesoro, es un amigo de mamá.

—Y va a hacer que te pongas bien muy pronto, calabacita —aseguró Julie, quién se acercó de nuevo para ocuparse de Elis—. Ven, cariño, deja que Luca se encargue de esto.

Ella vaciló, pero negó con la cabeza.

—No, tenemos que localizar al doctor...

Acunó a la pequeña en brazos y se alejó de ambas mujeres. Julie le mostró la habitación que había arreglado con un gesto de la barbilla.

—Estará bien, Elis, te lo juro —insistió su hermana—. Luca no dejará que le pase nada.

El pánico empezó a inundarla al ver que se llevaba a la pequeña, estaba realmente asustada, acongojada, podía oler su nerviosismo y miedo como si los llevase impreso.

—No, ¿qué haces? Luca, devuélvemela.

Terminó por darle la espalda, entró en la habitación que había acondicionado rápidamente su hermana y cerró la puerta, asegurándola por dentro. Había cosas que no eran necesarias que Elis presenciase, no de momento.

—¿Luca? ¡No! ¡Luca! ¡Abre la puerta! ¿Qué haces?

Escuchó los sonidos procedentes del otro lado mientras aporreaba y tiraba del pomo con fuerza.

—Elis, tranquila —intentaba calmarla Julie—. Kimber está en buenas manos.

—Es mi hija —declaró ella con fiereza y visiblemente aterrada—. ¡Luca! ¡Abre la maldita puerta! ¿Qué estás haciendo? ¡Es mi niña! ¡Luca Viconti abre la jodida puerta!

Sus gritos los acompañaron unos momentos más poniendo nerviosa al infante.

—¿Mamá está enfadada?

El puchero en su voz y esa carita de ángel le encogió el corazón. Estaba colorada, tenía fiebre y esas manchas a las que habían aludido ambas mujeres le acariciaban ahora también el cuello.

Le sonrió y la sentó en el suelo, sobre las mantas.

—No contigo, gatita, está enfadada conmigo —le aseguró, sentándose con ella, estirándose con indolencia sobre el suelo—. Está preocupada por ti.

—Me pica mucho —rezongó empezando a rascarse.

—¿Quieres que deje de picarte?

La niña lo miró y asintió, a pesar de ser un completo extraño, reconocía en él un alma afín.

—Puedo enseñarte un truco, ¿quieres verlo?

Ella asintió una vez más. Parecía totalmente asombrada de que un adulto se hubiese tirado en el suelo con ella para jugar.

—Ronroneas como un gato —musitó Kimberly—. Quiero tener un gatito o un perrito, pero mamá no me deja.

Sonrió.

—Te gustarán más los gatos —aseguró convencido—. Ahora, ¿quieres ver un truco de magia?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Sí.

—Bien, pues tienes que estar muy pero que muy atenta —le dijo sin dejar de mirarla, calibrando sus reacciones—, porque es un truco que también podrás hacer tú.

Ella parpadeó, se incorporó y lo miró entusiasmada.

—Sí, quiero hacer magia.

Sonrió confiado y le tendió la mano.

—Vamos a hacer que aparezca un gatito —le aseguró y dejó que su

felino tomase el mando, arrastrando consigo la juvenil naturaleza y arrastrándola a aquel nuevo mundo que estaba a punto de abrirse ante ella.

CAPÍTULO 24

Elis iba a volverse loca. Nada de lo que estaba ocurriendo tenía sentido. La mujer que cuidaba de su hija, su amiga más cercana, era la hermana de su amante y amor de juventud. Este, a su vez, estaba encerrado en la habitación de invitados con su hija de cuatro años, la cual, además, estaba enferma. Kimberly estaba ardiendo en fiebre y ni siquiera podía estar con ella.

Los sonidos que emergían del dormitorio la estaban asustando. Golpes, gruñidos, cosas cayendo, era como si alguien hubiese encendido la televisión y se escuchase el murmullo de los programas, el problema era que en esa habitación no había TV. No podía evitar pensar en lo que había ocurrido años atrás y en el miedo que había pasado. Kimberly había estado tan enferma entonces que casi se había vuelto loca sin saber qué hacer y solo había sido un bebé. Si era sincera consigo misma, hoy todavía se sorprendía de que su hija hubiese sobrevivido a aquello. Sabía que si no hubiese movido cielo y tierra para dar con el médico que le había mencionado Emma, era muy posible que ninguna de las dos estuviese hoy aquí.

No podía enfrentarse con eso otra vez, si le pasaba algo, si no podía superar esta nueva crisis...

Volvió a aporrear la puerta con renovada intensidad, hizo oídos a las buenas intenciones de Julie, quién intentaba calmarla y lo amenazó otra vez. Pateó la madera haciendo vibrar los goznes y tiró como loca de la manilla sin

éxito.

—Luca Viconti, ¡abre la maldita puerta, hijo de puta! —clamó desesperada—. ¡Es mi hija! ¡Te mataré si le haces daño! ¿Me oyes? ¡Te mataré!

Un inesperado golpe seguido de un sonido felino reverberó a través de las paredes e hizo que retrocediese de golpe.

—Elizabeth, tranquila, te prometo que Kimberly está bien —insistió Julie al mismo tiempo, a ella pareció no afectarle el extraño sonido—. Luca no dejará que le pase nada. En realidad, es una suerte que haya venido, él puede ser exactamente lo que necesitaba Kimber. Mira, te prometo que te lo explicará todo, no le dejaré que haga otra cosa.

Se giró a ella desesperada.

—¿Explicarme? ¿Explicarme el qué? ¿Qué diablos está pasando aquí, Julie? —indicó la puerta cerrada—. ¿Por qué se ha llevado a mi hija? ¿Qué es todo ese jaleo? ¡Qué sucede!

Un nuevo estruendo, el inequívoco sonido de muebles cayendo inundó el pasillo.

—No, no, no —negó, echó un vistazo a su alrededor en busca de una manera de entrar en esa habitación—. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras mi niña es víctima de vete tú a saber qué.

Se precipitó en dirección a la cocina, resbalando y teniendo que sujetarse del marco de la puerta para no terminar dándose ella misma un porrazo. La vieja escalera de incendios del edificio comunicaba la ventana con la de la habitación de invitados antes de doblar y bajar hacia la calle.

—Elis, ¿a dónde vas? Espera...

No tenía tiempo para escuchar más explicaciones incoherentes, se encaramó al fregadero, abrió la puerta y salió por ella dejándose caer en el enrejado suelo que comunicaba con la otra habitación.

—¡Elis! —escuchó el grito angustiado de Julie, quién se asomaba al mismo tiempo a través de la ventana—. ¡Elis, vuelve aquí! ¡Ay dios mío!

Hizo una mueca al notar el duro y metálico suelo bajo sus pies descalzos, pero eso no la detuvo.

—Si ese hijo de puta le toca un solo pelo a mi hija, es hombre muerto —siseó desplazándose por la pasarela.

—Elis, por favor...

Las luces de un coche iluminaron el edificio unos instantes antes de aparcar y ver como descendían dos hombres que no dudaron en echar un vistazo hacia arriba al escuchar las voces.

—La madre que te...

—¡Julie, Elizabeth! ¿Qué coño?

La noche iba volviéndose más rara por momentos, pensó fugazmente al reconocer las voces y las presencias de su hermanastro y Max.

—¡Elizabeth! —escuchó la voz de Pietro—. ¡Vuelve a dentro ahora mismo!

¿Por qué elegían todos esa noche para irrumpir en su aislada y privada vivienda? ¿Ahora resultaba que todo el mundo sabía en dónde vivía?

—Elis, no me obligues a subir y arrastrarte de nuevo dentro.

La amenaza casi la hace reír. ¿Ahora se preocupaba por ella?

—Vete al infierno —declaró y continuó con su autoimpuesta tarea—. No te metas en lo que no te incumbe.

—¿Julie? ¿Qué demonios hace ella aquí? —Esa fue la voz de Max.

—Será lo primero que le pregunte cuando la meta de nuevo dentro de casa —rezongó Pietro dirigiéndose ya hacia la escalera.

—¡Julianne! ¡Mueve el culo de nuevo al interior del edificio o juro por dios que te daré una zorra que no te permitirá sentarte en un mes!

La chica resopló atrayendo su atención.

—¡Te he dicho que no me llames así, capullo! —escupió ella, inclinándose sobre la barandilla—. Y deja de amenazarme, no estás en posición de castigarme por nada.

—Julie, haz lo que te dicen o la zurra será doble —gruñó al mismo tiempo Pietro.

Ella puso los ojos en blanco.

—Iros los dos al infierno.

Parpadeó y miró a su amiga con verdadera sorpresa.

—¿Conoces a mi hermano?

Ahora fue el turno de la muchacha de mirarla alucinada.

—¿Cómo que tu hermano?

Señaló hacia abajo.

—Pietro Fiori es mi hermanastro.

La chica abrió la boca y volvió a cerrarla. Entonces se asomó una vez más a la escalera de incendios con tanto ímpetu que casi cuelga hacia abajo.

—¡Serás cabrón hijo de puta! —le espetó sin más—. ¿Por qué no me has dicho que eras familia de Elis?

—¡Julie! —la voz de Max sonó contundente y peligrosa—. Entra dentro. ¡Ahora!

Su amiga se tensó, pero eso no evitó que le gritase a su vez.

—¡Que te folle un pez, perro idiota!

Elis sacudió la cabeza.

—Esto es una locura.

Un nuevo sonido al otro lado de la pasarela, procedente de la ventana de la habitación contigua, le recordó el motivo por el que había salido.

—Kimberly —jadeó y corrió descalza hacia la ventana olvidándose de los dos hombres que habían decidido prescindir de la puerta principal y subían rápidamente por la escalera de incendios—. ¡Luca! —aporreó el cristal

e intentó ver a través de la cortina que, normalmente, estaba abierta—. ¡Maldito seas, abre la jodida puerta! ¡Déjame entrar! ¡Si le pasa algo a mi hija, eres hombre muerto! ¡Te desmembraré con mis propias manos!

Se apretó contra el cristal, hizo sombra con las manos e intentó ver más allá de la cortina, pero solo veía siluetas.

—¿Tu hija? —escuchó la voz de Pietro un poco más cerca, la sorpresa presente en su voz—. ¿Cómo que tu hija?

Max se hizo eco de su pregunta con el mismo asombro.

—¿Tiene una hija? ¿Desde cuándo?

El que solo podía ser su hermano gruñó.

—Acabo de enterarme.

Ignorando el tumulto que se organizaba a sus espaldas aporreó una vez más la ventana.

—¡Luca! ¡Maldito hijo de puta! ¡Ábreme!

Un nuevo golpe sonó ahora contra el cristal y acto seguido se encontró observando lo que solo podían ser dos enormes patas con las garras descubiertas que se clavaban en la cortina y resbalaban hacia abajo dejando tras de sí enormes desgarros a través de los que pudo dilucidar el interior. A esas primeras marcas se unieron unas más pequeñas acompañadas de un bajo maullido.

—Pero qué...

Un par de enormes y ambarinos ojos la miraron entonces a través del cristal, estos destacaban en una enorme y felina cabeza negra. El enorme, porque era grandísimo, animal al que pertenecían se movió hacia un lado, agitando su enorme cola para dejar a la vista un pequeño cachorro dorado con manchas que intentaba destrozar una camiseta infantil; la misma que había llevado su hija hacía tan solo unos minutos.

Trastrabilló hacia atrás, tropezó en su necesidad por poner distancia,

pero fue incapaz de apartar la mirada. Lo que solo podía ser una enorme pantera negra se sentó ahora sobre los cuartos traseros vigilando los movimientos del hiperactivo cachorro de leopardo que jugaba entre los restos de la ropa haciendo cabriolas y poniéndose patas arriba. La enorme lengua rosada del gran felino acarició al cachorro, revolviéndole el pelaje y arrancando tiernos ronroneos del gatito antes de que este se revolviere y saliese dando saltitos, mientras rugía en su infantil idioma.

—Dios mío...

Era incapaz de articular palabra alguna que sonase coherente, su mirada seguía fija en el cachorro que pululaba de un lado a otro, corriendo y saltando como solo podía hacerlo un gatito.

«Está bien, Elis, ella solo necesitaba enfrentarse a quién es realmente».

La voz de Luca se filtró en su cabeza arrancándole un gritito, buscó a su alrededor, pero no lo encontró. Su mirada voló entonces hacia la habitación y se topó de nuevo con esa mirada felina. Sacudió la cabeza, negándose a creer en lo que veían sus ojos, rechazando, una vez más, que lo que veía era real y no producto de su imaginación.

Porque esa escena la había presenciado ya una vez hacía cuatro años, la misma tarde en la que Emma se presentó en su casa con un bebé recién nacido y los papeles de la adopción.

«No tengo a nadie más, Elis, ninguna de las dos tenemos a nadie más. Tienes que quedarte con ella, solo tú puedes criar a Kimberly».

Se llevó las manos a la boca, dio un paso atrás y sintió como las piernas cedían bajo ella en el mismo instante en que los hombres alcanzaban la plataforma.

—Oh dios mío —jadeó, sacudiendo la cabeza con desesperación—, oh dios mío, oh dios mío.

Las lágrimas le inundaron los ojos y empezaron a resbalar por sus mejillas, unos brazos fuertes la envolvieron y la apretaron contra un duro torso como solían hacerlo cuando era niña.

—Emma tenía razón —jadeó aferrándose sin pensar en ello a esos brazos—. Ese maldito médico tenía razón... no quise creerle, no quise aceptar que esto era real. Dios mío, Kimber es una de ellos... es como Emma...

—Shh, tranquila, Elis —era la voz de su hermanastro, de Pietro—. Ven, vamos a dentro...

Sacudió la cabeza, peleó contra él, pero no sabía si quería acercarle o empujarle, sus ojos volvieron a caer sobre la ventana dónde vio a los dos felinos jugando. La enorme pantera se limitaba a poner freno al cachorro con una pata, haciendo el papel de una paciente niñera mientras el gatito gruía y mordía todo lo que tenía a su alcance.

Las lágrimas continuaron descendiendo, cada vez con mayor afluencia, y terminó con un nudo en el pecho que la llevó a llorar como una niña mientras aporreaba la ventana.

—¡Ábreme, maldito seas! ¡Ábreme, Luca! —gimió desesperada, librándose una y otra vez de los brazos que querían alejarla de allí—. Devuélveme a Kimberly, devuélveme a mi niña.

Los felinos se giraron entonces hacia la ventana, el pequeño cachorro reaccionó de inmediato a su llanto y desesperación, gimoteando, gruñendo y arañando el cristal del otro lado. Entonces, ante sus acuosos ojos, asistió al milagroso cambio del felino a su infantil forma humana, viendo la dulce carita de la pequeña que se había convertido en todo su mundo.

CAPÍTULO 25

Luca empezaba a pensar que Elis no iba a dejar de llorar en la vida y, por si eso no fuese suficiente, al llanto de la mujer se había añadido el de la niña.

La pequeña hembra de leopardo era de naturaleza pura lo que evidenciaba que sus progenitores habían sido ambos cambiantes. Tal y como esperaba, había respondido bien al cambio. Un poco confundida y muy excitada, se había encontrado por primera vez con su gato y lo había abrazado como a un amigo recreándose en la libertad de su naturaleza. Su excitación la había vuelto independiente y salvaje, gruñendo, mordiendo y enganchándose en todas y cada una de las cosas que encontraba a su alrededor, cosa que ya había previsto. Kimberly había mordido las mantas, había arañado los muebles que no se habían sacado y dejó las cortinas casi tan bonitas como lo hizo él mismo en un momento de euforia felina. Con un poco de práctica y orientación hacia su naturaleza felina, la pequeña gatita estaría bien y podría seguir una vida normal.

Curiosamente, había sido totalmente ajena a la presencia de su madre, algo de lo que él había sido consciente en todo momento, jugando, saltando y mordisqueándolo todo hasta el momento en que escuchó el desesperado llanto femenino. En ese preciso momento, la atención del cachorro cambió por completo. Kimberly había reaccionado inmediatamente ante la angustia y los

lloros de Elis, había olvidado la libertad que ejercía su naturaleza felina, maulló y empezó a arañar el cristal de la ventana como si de esa manera pudiese llegar a ella. Al ver que no lo conseguía, su parte humana tomó el mando y la vio cambiar sin mayor esfuerzo solo para echarse a llorar, llamando con desesperación, a la única madre que conocía.

Por suerte o absurda coincidencia, en la escalera de incendios se habían presentado también Pietro y Max, este último abrazaba a Julie de una manera que evidenciaba la cercanía entre ambos, mientras Pietro se encargaba de levantar a Elis y señalar la ventana con un gesto de la barbilla.

Ejecutando un instantáneo cambio de pantera a hombre, se vistió rápidamente y retuvo a Kimberly a su lado para poder abrir la ventana. Antes de poder articular siquiera una palabra, se encontró con ambas hembras pegadas a su pecho, lloriqueando y diciendo cosas inteligibles.

Los posteriores minutos los recordaba con bastante confusión. Apenas recordaba el momento en el que Pietro le había dicho que lo dejaba al mando y que cuidase de sus dos mujeres, sabía que se había acercado a su hermanastra para besarla en la frente y decirle que la llamaría para hablar con ella sobre el significado de los lazos familiares, mientras su propia hermana se desembarazaba de los brazos de Max y fulminaba a Pietro con la mirada; allí había una explicación que tendría que quedar para otro momento.

Al final lo habían dejado solo con las dos mujeres que ahora vigilaba. Sentado en el dormitorio de la niña, abrazaba a Elis sentada en su regazo mientras contemplaba a Kimberly durmiendo plácidamente en su cama.

—Ya gatita, vamos...

—No me llames así —le respondió con voz rasposa, producto del desesperado llanto—, no soy ningún gato, yo no...

Suspiró y la apretó suavemente, acercándola más a él.

—Elis, todo está bien —le aseguró—. La pequeña está descansando, lo

más duro ya ha pasado.

Su respuesta fue ocultar el rostro contra su hombro.

—No puedo con esto —musitó con voz ahogada—, creí que podría, pero no puedo.

—¿Quieres contármelo?

Entendía cómo debía sentirse, no era fácil ver como tu vida cambiaba en un abrir y cerrar de ojos. De hecho, consideraba que se había tomado esos cambios bastante bien.

—Kimberly es mía —la escuchó gimotear—, es mi niña.

—Nadie ha dicho lo contrario, Elis.

Ladeó el rostro y lo miró, sus mejillas coloradas, los ojos hinchados de tanto llorar...

—¿Por qué ha pasado todo esto? ¿Por qué ahora? —preguntó desesperada—. Pensé que todo había quedado atrás.

Ladeó la cabeza y la miró.

—¿Qué quieres decir?

La vacilación bailó durante unos segundos en sus ojos, entonces se lamió los labios y rompió a hablar.

—Emma me dijo que esto pasaría, pero yo no estaba preparada, no estoy preparada —negó con voz rota, podía oler su tristeza, notarla en cada palabra, así como el miedo que la envolvía—. La primera vez que se puso enferma, Kimber era solo un bebé. Emma sabía que podía necesitar un médico especializado o algo, hizo mucho hincapié en que la llevase solo con él sí a la niña le pasaba algo —sacudió la cabeza en una agónica negación—. No puedo perderla, no puedo, Luca y no sé cómo cuidar de ella así... no sé si será suficiente lo que yo pueda darle, yo... no sé...

—Elis, has estado cuidando de ella hasta ahora y lo has hecho muy bien —la tranquilizó.

—¡No! —se incorporó en su regazo llena de ansiedad—. ¡Mira lo que ha pasado! ¿Y si no llegas a venir? ¿Qué le habría pasado entonces? Yo pensaba que estaba incubando alguna enfermedad infantil normal, me convencí de que ella era una niña como todas las demás, me convencí de que nada de esto era real... pero lo es. Dios Luca, lo es. Mi niña, mi hija es un gato —se echó a llorar otra vez presa de la desesperación—. Emma me dijo que podía pasar —hipó entre lágrimas—, le prometí cuidarla como si fuese mía, porque lo es, es mía, es mi hija. Yo fui la que la escuchó sus primeras palabras, fui la que estuvo ahí cuando dio sus primeros pasos... Es mi hija. Mía.

La abrazó una vez más, reteniéndola cerca de él.

—¿Emma es su madre biológica? —preguntó con suavidad.

Sus ojos se encontraron y vio en ellos un tierno cariño y lejana tristeza.

—Era —respondió, se lamió los labios y se limpió las mejillas con los dedos—. Tenía cáncer terminal. Estaba embarazada, le dijeron que no era bueno que se quedase embarazada, pero ella quería tenerlo... —se detuvo para respirar profundamente—. Su marido... él murió en un accidente o eso me dijo, la verdad es que nunca le conocí.

Sacudió la cabeza, se recostó contra él y miró a Kimberly.

—Nos conocimos en la calle —murmuró—. Eran mis primeras semanas en Roma, quería aprovechar para conocer la ciudad y hacer un poco de turismo. Me distraje y me robaron el bolso. Ella lo vio y antes de que pudiese detenerla había salido tras el ladrón.

La vio sonreír al recordar ese episodio.

—A partir de ese momento, nos hicimos inseparables o, más bien tendría que decir, que ella se convirtió en algo así como una hermana mayor; y solo nos llevábamos dos años —se lamió los labios e hipó una vez más—. Vivimos juntas durante el tiempo que estuve en la universidad, compartiendo piso, saliendo y divirtiéndonos, entonces ella tuvo que volver a los Estados

Unidos por algún tema relacionado con la familia y pasamos varios años sin vernos, aunque seguíamos manteniendo el contacto.

»Cuando volvimos a encontrarnos, ella era la propietaria del *Dangerous* —continuó sin vacilar—. Por aquel entonces el local estaba siendo utilizado como estudio de arte, pero Emma quería darle vida, quería dejar su huella y surgió la idea de convertirlo en un club de baile. Ella era bailarina, en Roma había estado bailando para una conocida escuela de danza y, cuando se vino a los Estados Unidos, decidió especializarse y hacerse profesora.

—¿Fue ella quién te enseñó a bailar?

Asintió.

—Yo era como un pato mareado, se lo dije, pero no quiso escucharme —sonrió presa de los recuerdos—. Se empeñó en que debía aprender a bailar, aunque solo fuese para distraerme o como terapia.

—¿Terapia?

Se encontró con sus ojos y encontró en ellos una expresión que no pudo descifrar.

—No he sido una hermanita de la caridad —rezongó—, más bien, todo lo contrario. Cometí errores, me metí en líos, de no ser por ella y su paciencia, no sé cómo habría terminado.

Y aún si no lo decía con palabras, sabía que ese cambio de rumbo en su vida había sido motivado por él. Si no la hubiese rechazado, si no la hubiese apartado, Elis posiblemente habría permanecido en el país, cerca de su familia y bajo la vigilancia de Pietro y él mismo.

—Ella creó el *Dangerous* para darme un lugar que pudiese considerar mío, un lugar en el que pudiese ser quién quería ser sin que nadie me mirase por encima del hombro o me cuestionase —aseguró—, un lugar al que pudiese acudir cuando todo se desmoronase a mi alrededor. Y fue el club el sitio que

eligió para decirme que se estaba muriendo y que quería que me hiciese cargo del bebé que estaba esperando cuando ella no estuviese.

Las lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas, giró la cara y miró a la niña que dormía ajena a su propio pasado.

—Le grité, Luca, cómo le grité —se rompió en silencioso llanto—. Ella no quería someterse a tratamiento por que deseaba tener a su bebé, no quería hacer nada que le hiciese daño a la criatura. Yo estaba tan sorprendida, ni siquiera sabía que estaba saliendo con nadie y allí estaba, embarazada, muriéndose por culpa de una maldita enfermedad y diciendo que el padre de la criatura, su marido, había fallecido recientemente en un accidente.

»Me enfadé con ella. Me porté como una estúpida cría y me alejé dejándola sola —la voz se le quebró y rompió a llorar una vez más—. La próxima vez que la vi fue en la puerta de mi casa, con Kimberly de apenas una semana y los papeles de la adopción listos para ser firmados; quería que yo me hiciese cargo de la niña, que la criase. Me dejó el *Dangerous* y los cuadros que ella misma había pintado para que el día de mañana pudiese dejárselos a Kimber y entonces hizo lo impensable; se transformó en un gato.

»Recuerdo que grité hasta quedarme afónica y la bebé rompió a llorar. No podía comprender lo que veía, era incapaz de asimilarlo, pero allí estaba, un enorme leopardo caminando por mi salón. Casi me muero cuando lo vi acercarse al carrito del bebé y meter esa enorme cabeza en su interior, pensé que iba a comérselo, pero entonces Kimberly empezó a gorjear y el gato a ronronear... Fue... no tengo palabras para explicarlo. Yo... siempre he creído que todo había sido producto de mi imaginación, que lo había soñado.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar a la niña.

—Emma me puso a Kimberly en brazos, era tan pequeñita, tan preciosa, ¿qué iba a hacer yo con algo tan pequeño? —había profunda ternura en su voz—. Entonces me sonrió y supe que estaba perdida. Una semana después,

Kimber y yo le decíamos adiós a mi amiga en el cementerio, se había ido durante la noche.

Ladeó la cabeza y se mordió el labio inferior sin dejar de mirar a la niña.

—La quiero, Luca, es mi hija.

—Nadie va a discutirte eso, gatita.

Se lamió los labios y siguió hablando, parecía que ahora que había abierto las compuertas no podía parar.

—Me aterra que le pase algo —confesó—. No quiero volver a pasar por lo que pasé con ella aquella vez. No tenía ni un año y se puso tan enferma que no supe ni qué hacer.

Alzó la mirada y se encontró con la suya.

—En esa época fue cuando conocí a Julie —le informó—. Yo necesitaba una niñera y ella estaba buscando trabajo, congeniamos enseguida y era tan tierna con Kimber.

Se lamió los labios y continuó.

—Ella fue la que guardó la calma y me ayudó a mantenerme en pie a través de ese episodio —relató—. Fue entonces cuando me acordé del médico que me había hablado Emma y la llevé. Tenía muchísima fiebre, le daban convulsiones y yo estaba aterrada, pensé que se me quedaba en los brazos.

»Estuvo ingresada catorce días, consiguieron bajarle la fiebre y pareció mejorar, pero el doctor me explicó que, dada su peculiar naturaleza y los problemas respiratorios que padecía mi bebé, debería llevar un tratamiento durante los siguientes doce meses. Uno con un costo elevado; quince mil dólares.

—El préstamo que le pediste a Callahan.

Asintió y miró una vez más a su hija.

—Y volvería a hacerlo, Luca, empeñaría hasta mi propia vida por ella.

Y lo haría, no le cabía la menor duda al respecto.

—Deberías marcharte ya —le dijo entonces, revolviéndose en su regazo. Pasado el primer momento de shock, su cerebro parecía volver a funcionar—. El club... es la inauguración. Deberías estar allí, alguno de los dos debería estar y, yo no estoy en condiciones de... nada.

—Motivo por el que voy a quedarme justo dónde estoy —aseguró.

Se giró hacia él, encontrándose con su mirada.

¿Cómo no se había dado cuenta antes de esas profundas ojeras? ¿Del palpable cansancio que la envolvía?

Porque habías estado demasiado ocupado pensando en cómo meterte dentro de sus bragas y que aceptase que eres lo que necesita.

—¿Por qué has vuelto, Luca? ¿Por qué ahora? —volvió a hacer las mismas preguntas con las que siempre lo enfrentaba—. ¿Por qué has vuelto a por mí?

Le acunó la mejilla en la mano y le acarició la piel con el pulgar.

—Porque nunca debí irme, Elis —le aseguró, rogando que ella le creyese por fin—, porque nunca quise hacerlo. La vida nos pone a prueba, en ocasiones nos deja algunas muy duras y crueles. Enamorarme de ti fue la más dura de todas y dejarte, un verdadero infierno.

—Para ti no fui otra cosa que una niña —le reprochó con gesto acusador—, fuiste muy claro al respecto.

—Y eras una niña, Elis, en comparación conmigo, todavía estabas empezando a vivir —trató de que comprendiese—. No podía robarte eso, no podía amarte como deseaba, pero eso no significa que haya dejado de hacerlo. No he dejado de quererte, de desearte ni un solo instante, Elizabeth. Si estoy ahora aquí, si he hecho cada una de las cosas que he hecho desde que hemos vuelto a encontrarnos es porque te quiero a mi lado, porque eres mía y ya me he cansado de esperar.

Bajó la mirada, se lamió los labios y se estremeció,

—Quince años, Luca —le reprochó nuevamente, su mirada buscando de nuevo la suya—. Han pasado quince malditos años.

Le levantó el rostro para mirarla.

—¿Y me has olvidado como te empeñas en recalcar?

Esa lucha interna a la que siempre se enfrentaba se reflejó en sus ojos, abrió la boca y se la silenció con un dedo.

—La verdad, Elis.

Sacudió la cabeza.

—No —respondió en voz baja—, no he podido. La niña que te amaba fue incapaz de olvidarte, la mujer en la que me convertí, intentó odiarte, pero la verdad es que no he podido.

Él asintió y le sonrió.

—Bien. Eso significa que todavía tengo posibilidades —aseguró sin perder de vista su mirada—. Voy a recuperarte, Elis, aunque me lleve toda una vida, recuperaré tu amor.

Ladeó el rostro buscando romper su contacto.

—Estamos jugando a un juego peligroso, Luca.

—Mi pequeña *Dangerous*. —Su propio peligro, el reflejo de una mujer luchadora, de una fiera que no se detendría ante nada para proteger lo que era suyo—. La vida ha sido siempre el más peligroso de los juegos. Unas veces te encontrarás con trampas, otras con atajos, tropezarás y volverás a levantarte persiguiendo una meta, la que te conceda el premio que haga que todo, absolutamente todo, merezca la pena. Tú eres ese premio para mí, Elis y lucharé con uñas y dientes para ser merecedor de él.

—Me diste un mes —le recordó oportunamente, recurriendo a sus propias cartas, jugando según su propia estrategia.

—Del que solo quedan quince días —le recordó y le acarició la mejilla

—. Y bien, gatita, ¿jugamos?

Le sostuvo la mirada durante unos segundos, entonces resbaló de su regazo y él le permitió abandonarlo para ponerse de pie. Le dio la espalda para mirar a su hija. Creía saber lo que estaba pensando, no se trataba solo de su vida, ella tenía a alguien más, la única que había hecho que moviese cielo y tierra.

—Ahora no se trata solo de mí, Luca —murmuró dando voz a sus propios pensamientos—. Tengo que pensar en Kimberly.

Se levantó y se situó tras ella, empapándose de su aroma, deleitándose de estar tan cerca como le permitía la situación.

—Elis...

—¿Mami?

La voz infantil rompió ese íntimo momento haciendo que ambos se moviesen. Su gatita no dudó ni un segundo en acudir al lado de la niña, sentándose en el borde de la cama.

—Estoy aquí, cariño.

La pequeña se revolvió en la cama y miró a su alrededor cómo si buscase algo.

—¿Dónde está el gatito?

La sorpresa los golpeó a ambos por igual.

—¿Gatito? —preguntó y se giró para mirarle a él.

Kimber siguió su mirada y se lo quedó mirando a su vez, hubo cierta vacilación en sus ojos, arrugó la diminuta nariz y finalmente abrió los ojos como si lo reconociese.

—¡Luca!

La inesperada e inocente sonrisa que curvó los diminutos labios lo enterneció.

—Aquí estoy, pelusilla —se acercó a ella—. ¿Me necesitas?

La niña asintió vehementemente, miró a su madre y luego a él.

—¿Podemos jugar mañana con el gatito?

Sonrió ante la dulzura de la cría.

—Claro, pelusilla —asintió y se inclinó para mirar también a Elis—.

Siempre y cuando tu madre nos dé permiso.

Sus ojos volaron de inmediato a la aludida.

—Mami, ¿podemos, *porfi*?

La sintió estremecerse, todo aquello era todavía demasiado reciente para ella, necesitaba tiempo para aceptar lo que se le venía encima.

—¿Y bien, Elis? ¿Quieres jugar mañana con los gatos?

Lo miró azorada, el miedo bailó en sus ojos e hizo que su gato protestase por el solapado rechazo. Tuvo que obligarse a contener un gruñido, no podía enfadarse por ello, era una reacción totalmente normal y a su compañera le quedaba un largo camino por delante para pactar con ello.

—Creo... —la escuchó balbucear entonces—, creo que, por el momento, dejaré que juguéis vosotros dos.

Se inclinó sobre ella y la sobresaltó al soplarle sobre la nariz.

—Si cambias de opinión —le susurró—, estaré más que encantado de dejarte entrar en nuestro juego...

—Luca... no es el momento.

La silenció con un dedo.

—No voy a perder, Elis, no voy a perder.

Esquivó su mirada y aprovechó al mismo tiempo para concentrarse en la niña.

—Pero ahora ya es tarde y hay que dormir.

Kimberly volvió a acostarse y suspiró de forma exagerada.

—Vale —aceptó la pequeña—, pero mami, Luca que duerma contigo, así mañana podré jugar con el gatito.

Tuvo que morderse una risa, la pelusilla era realmente divertida, una gatita que no dudaba iba a colarse en breve en su corazón para quedarse allí para siempre. Bien, la idea de tener hijos siempre le había gustado, ahora, solo tenía que convencer a la madre de que él era el hombre indicado para ser el padre.

CAPÍTULO 26

Volver a la rutina no resultó para Elis tan sencillo como había querido creer, los acontecimientos de los últimos días la habían sacudido del mismo modo que lo haría un tornado. Tenía mucho que pensar, mucho a lo que hacer frente y hacerlo sin que su mente entrase en un torbellino de negación era un desafío continuo.

Luca había hablado muy en serio cuando le aseguró que haría todo lo que estuviese en su mano por reconquistarla, ese gato no le daba tregua ni en el plano personal ni en el profesional.

Se pasó una mano por el pelo y echó un rápido vistazo al ajetreado club en el que había pasado la mañana. Su socio y amante le había sugerido organizar una fiesta esa noche, algo que hiciese que las masas olvidasen lo ocurrido la semana anterior, ahogase de una vez por todas los rumores y comentarios que seguían corriendo por el club sobre lo ocurrido en la inauguración y que pusiese al *Dangerous* de nuevo en la brecha. No había sido contraria a su sugerencia, a estas alturas tenía que admitir que su presencia en el local era beneficiosa para el negocio, pero con lo que no había contado era que él tendría también un as en la manga para salirse, una vez más, con la suya; quería que bailase de nuevo para él.

Haciendo a un lado los peregrinos pensamientos echó un vistazo al reloj. Kimberly saldría del colegio en media hora y le había prometido ir a

recogerla ella misma. Su secreto mejor guardado había quedado al descubierto a pesar de todo el cuidado que había puesto para mantenerlo y ahora su hija tenía a alguien que la entendía mejor que ella misma.

Luca se había convertido en su mentor, solía pasar tiempo con la niña para ayudarla a adaptarse a su nueva naturaleza. Para ser sincera consigo misma, lo estaba llevando mucho mejor su hija que ella misma. No podía negar que era toda una experiencia tener un cachorro de leopardo en brazos, pero la presencia de la vigilante pantera negra la ponía tan nerviosa como la dejaba sin aliento. No podía evitar mirarle como lo que era, una fiera salvaje, hermosa y mortal, un felino que no tenía el menor reparo en hacerla gritar de terror en su naturaleza salvaje o de placer cuando estaba en su cama en forma humana. Ahora comprendía esa dualidad que había encontrado en él, ese brillo indómito en sus ojos y la peligrosidad que siempre parecía envolverle. Se quedaba sin respiración cada vez que la rondaba e incluso se había puesto a gritar como una loca cuando se le ocurrió la brillante idea de lavarle la cara con esa rasposa lengua.

Había estado tumbado de forma indolente sobre el pequeño sofá de su casa en forma felina, un espectáculo que difícilmente se podía pasar por alto. Sus ojos verdes brillaban en la enorme y peluda cabeza, siempre vigilante tanto de su presencia como de la del cachorro de leopardo que gruñía y se revolvió en sus brazos o a sus pies de forma juguetona.

«Respira, gatita. Estás muy tensa y Kimberly lo nota. Todos esos gruñidos y mordiscos son un reflejo de su nerviosismo».

Escucharle en su cabeza era otra de esas cosas sorprendentes, su voz sonaba humana pero mucho más profunda que cuando salía de sus propios labios.

—No... no puedo evitarlo —se lamió los labios—. La culpa es tuya, me pones nerviosa.

Lo escuchó reír en su mente.

«Ven a sentarte conmigo».

Hizo una mueca y lo miró.

—Y una mierda.

El pequeño cachorro de leopardo gruñó en respuesta y se revolvió una vez más intentando morderle.

—Kimberly, no —la aleccionó, obteniendo al momento la felina e infantil atención—. No se le muerde a mamá.

El felino la miró con esos dorados ojos inhumanos y que al mismo tiempo le recordaban a los de su hija. La pequeña lengua rosada emergió de las pequeñas fauces y le lamió la mano que había estado a punto de mordisquearle.

«Muy bien, gatita, acabas de asentar las bases. Ella ha reconocido tu orden, te reconoce como lo que eres. Su naturaleza felina todavía es muy salvaje, pero la parte humana es muy consciente de tu aroma y calidez».

Miró al cachorro y lo acarició escuchando ahora un bajo ronroneo.

—Está ronroneando.

«Es su modo de demostrarte que está muy a gusto a tu lado».

La enorme cola del felino se balanceo llamando su atención, las garras emergieron de sus patas y volvieron a retraerse espasmódicamente.

—Ni se te ocurra clavar esas uñas en mi sofá —lo apuntó con el dedo con gesto de advertencia—. Si destrozas algo más lo pagas.

«¿Quieres rascarme la barriga?».

La pregunta vino acompañada de esa enorme fiera girándose en el sofá y quedándose patas arriba con el peludo vientre a la vista.

—Ni loca.

«Venga, anda. Ráscame la barriga. Mi gato también quiere atención».

—Pues busca alguien que esté dispuesto a dársela.

«Egoísta».

—¿Pero tú te has visto en un espejo? Debes medir al menos un metro y medio y pesar una tonelada. ¿Qué te rasque la barriga? ¡Y una porra!

«¿Acabas de llamarme gordo?».

El minino soltó un bufido acompañando la voz indignada que se replicó en su cabeza.

«Que sepas, listilla, que estoy en mi peso ideal».

—Err... —¿Qué diablos se podía decir ante algo como eso?—. Esto no está pasando.

«Dices eso demasiado a menudo, Elis».

—Esto es nuevo para mí, ¿vale? —replicó ofuscada al tiempo que se levantaba—. Ponte en mis zapatos. Estoy en el salón de mi casa, con un cachorro de leopardo a mis pies y una pantera negra macho tirada de espaldas en mi sofá. ¿Cómo esperes que reaccione?

«Yo solo quiero que me rasques la barriga».

—No quiero —rezongó—. Podrías tener pulgas.

Gruñó, un sonido muy felino.

«Eso no ha sido nada amable de tu parte, compañera».

—No voy a rascarte la barriga.

«Le quitas toda la diversión al asunto».

Dicho aquello, se revolvió hasta caer al suelo sobre sus cuatro patas, sacudió la cola y se sentó sobre los cuartos traseros antes de empezar a acicalarse. El cachorro lo vio al instante y corrió, tropezando con las propias hasta llegar a él y enredarse entre las delanteras de la pantera. Se tiró al suelo panza arriba y empezó a emitir gruñidos y ronroneos cuando el enorme gato empezó a lamerle la tripa y el pelo con gesto cariñoso.

«¿Ves? A ella también le gusta que le froten la barriguita».

Ciertamente el cachorro estaba disfrutando con esa sesión de

acicalamiento, dejó de protestar y se quedó quieto dejando que lo lavase de arriba abajo con esa enorme lengua.

La sesión de baño gatuno dejó a la gatita en absoluto éxtasis, cerró los ojos y empezó a dormitar mientras la pantera se relamía y se movía a un lado con cuidado de no pisar al cachorro y no romper nada con la cola.

—No sé cómo lo haces...

«Años de práctica, cielo. A los gatos nos gusta mucho que nos mimen, el contacto es importante para todos los animales, especialmente cuando son cachorros».

Al igual que lo era para los humanos pensó fugazmente.

«Y también lo es entre compañeros ya que hace que nos sintamos más cerca de nuestras parejas».

Arrugó la nariz.

—No soy tu pareja.

«Hoy estás rezongona».

—Estoy sobrepasada —admitió señalando lo obvio—. Y dado que sigo aquí, que no he salido corriendo con los brazos en alto y gritando, creo que es todo un adelanto por mi parte.

«Sería un adelanto todavía mayor si me frotases la barriga o me acariciases».

Entrecerró los ojos y lo miró.

—¿Quieres que te tire de la cola?

«Solo si quieres que te muerda».

Dio un paso atrás y buscó al cachorro con la mirada.

«Estaba bromeando, Elis, nunca te haría daño».

Sabía que no lo haría, de algún modo estaba convencida de ello, pero eso no evitaba que su cerebro, mucho menos optimista que su corazón, pensase lo contrario.

«No huyas, gatita, soy más rápido que tú».

—No me amenaces.

Lo escuchó resoplar en su mente.

«Hoy no estás muy cooperativa, veamos si puedo hacer que eso cambie».

Sin previo aviso giró hacia ella, la envolvió con su estilizado y peludo cuerpo y la empujó. Cayó sentada con un jadeo, se metió entre sus piernas y le lavó la cara con dos pasadas de esa rasposa lengua. No tuvo tiempo a hacer nada más pues empezó a gritar como si la estuviesen matando.

Luca había cambiado entonces a su forma humana, la había abrazado y acunado mientras su hija, la cual reaccionó de inmediato a su llanto, mutaba de inmediato y empezaba a preguntar qué le pasaba a su mamá.

Jamás se sintió tan aterrada o avergonzada como en ese momento.

—Elis, recuérdame que jamás esté en forma felina cuando grites de ese modo —le había dicho Luca—, o me romperás los tímpanos.

Al contrario que ella, a su hija parecía no molestarle en absoluto todo ese asunto de pelo, cola y garras. Kimberly se había ido encariñando cada vez más de Luca. Para ella era una figura paterna de la que carecía. El tener un hombre a su alrededor, uno capaz de compartir su naturaleza felina, era algo que nunca antes había experimentado y no podía evitar preocuparse sobre lo que supondría para la niña la posibilidad de perderle si decidían seguir caminos separados. Intentó mentalizarse para explicarle a su hijita de cuatro años que Luca solo era un amigo, pero él no se lo ponía nada fácil. Solo tenía que verlos a los dos juntos para imaginarse a sí misma en ese retrato, completando la imagen de una familia que no sabía si podrían llegar a ser.

Ese gato estaba empeñado en salirse con la suya, le había dicho por activa y por pasiva que no se rendiría con ella, la pregunta era, ¿y si era Elis la que se rendía? Ya no era la niña enamorada que había sido quince años

atrás, era una mujer confundida.

Dejó a un lado sus preocupaciones, echó un último vistazo al local y comprobó de nuevo la hora. Si no se marchaba llegaría tarde a recoger a la pequeña y no quería que Kimberly tuviese que esperarla.

—Al fin te encuentro —escuchó a su espalda.

Se giró al escuchar una voz inesperada, sus ojos se posaron entonces sobre la última persona que esperaba ver esa mañana por allí. Fiel a su apariencia, su hermanastro vestía de sport y sus tatuajes quedaban a la vista.

—¿Tienes un momento para mí?

No había vuelto a ver a Pietro desde la semana pasada, durante esa noche en la que se había desatado toda aquella locura. Max y él se habían presentado en su hogar a raíz de lo sucedido en el club. Su hermanastro la había visto atravesar la sala principal como una exhalación y de inmediato supuso que algo iba mal, un rápido intercambio con Luca le había puesto sobre aviso y acabaron presentándose en su hogar, solo para encontrársela pegando gritos en la escalera de incendios. No tenía idea de qué había pasado con los hombres después de eso, suponía que Julie, quién parecía conocerles bien a ambos, se habría ocupado de ellos.

—Te ha llevado tiempo volver a encontrar el club —le soltó con deje irónico—. Qué curioso, ¿no? No tuviste esa clase de problemas para aparecer en la inauguración.

El hombre hizo una mueca y lo miró de soslayo.

—¿Vas a pegarme otra vez?

Se cruzó de brazos y alzó la barbilla.

—¿Tengo que hacerlo?

—Espero que no.

Se miraron durante unos segundos más en silencio hasta que Pietro cedió en esa batalla de voluntades y chasqueó la lengua.

—Demonios, antes nunca resultaba tan difícil hablar entre nosotros, Elizabeth —comentó—. No nos atacábamos, ¿qué nos ha pasado?

Tenía que darle la razón. No se trataba solo de ahora, hacía tiempo que su relación se había enfriado e intuía que la culpa era solo suya.

Cuando su madre se casó de nuevo y Pietro entró en su vida, ganó un hermano mayor. Durante los primeros y difíciles momentos de adaptación, él había estado allí, se había convertido en su defensor, en su apoyo, pero todo aquello había empezado a cambiar después de lo de Luca.

Su decisión de poner tierra de por medio y lamerse las heridas a solas, había hecho que su relación familiar se distanciase. En cierto modo lo había culpado por introducir a Luca en su vida, su joven corazón sangraba y el dolor era demasiado crudo para pensar con coherencia, para pensar en alguien más que en ella misma.

—No lo sé —declaró finalmente—. Supongo que me he centrado demasiado en mí misma y me obligué a olvidar que fuimos una vez.

Él enarcó una ceja ante la inesperada afirmación.

—¿Estás admitiendo en voz alta que te has comportado como una hermanita altiva y caprichosa?

Hizo una mueca al oír su pulla.

—No soy perfecta, ¿sabes? —se justificó—. Y de un tiempo a esta parte meto la pata con demasiada frecuencia.

—Sí, puedo dar fe de ello —aseguró sin darle tregua—, y no soy el único.

Resopló e hizo un mohín.

—Estoy intentando disculparme, ¿quieres hacer el favor de aceptarlo?

Sonrió de medio lado.

—Eres mi hermana favorita, Elis...

—Soy tu única hermana.

—...y siempre y cuando dejes de comportarte como una perra infernal...

—¿Perra infernal?

Se encogió de hombros.

—Tengo una sobrina y no me habías dicho nada —le reprochó, pero no parecía estar realmente molesto por ello—. Eso ha sido muy cruel de tu parte.

Enarcó una ceja.

—¿Desde cuándo te gustan a ti los niños?

—Desde que tengo una sobrina.

Puso los ojos en blanco.

—No es un juguete, Pietro, es una niña.

—Y es parte de mi familia.

Y ese era el Pietro que siempre la dejaba sin palabras, el hermano mayor que la había acogido con cariño, el que la había enseñado a jugar y se había encargado de camelar a su madre para que ella pudiese quedarse a dormir en casa de alguna amiga.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Palmeó su propio hombro y ladeó la cabeza.

—¿Quieres llorar aquí un poquito?

Bufó y sacudió la cabeza.

—¿Vamos a seguir mucho tiempo más con este baile de excusas?

—*Touchè* —aceptó con una sonrisa ladeada—. Mira, no voy a andarme con rodeos, especialmente ya que ahora sabes qué son Luca y esa cachorrilla...

Lo detuvo alzando una mano.

—Aquí no —pidió y la invitó a acompañarla hacia la salida—. Voy a recoger a Kimber al cole, ¿por qué no me acompañas y así conoces a tu sobrina?

La inesperada invitación sorprendió a su hermano.

—Será un placer.

Asintió y caminaron juntos hasta el aparcamiento dónde cogieron su coche.

—Entonces —retomó la conversación haciendo hincapié en la alusión que había hecho sobre la naturaleza felina de Luca—, ¿tú ya sabías... err... sobre los gatos?

—Sí —aceptó con un resoplido—. De hecho, creo que la única que ha estado ausente en medio de todo esto has sido tú. La culpa ha sido toda de mi padre y tu madre.

Esa afirmación la cogió por sorpresa.

—¿Cómo puede eso ser culpa de ellos?

Se limitó a girarse hacia ella y tras parpadear un par de veces, dejó que sus ojos reflejasen el felino que era.

—Por esto —declaró dejándole ver una verdosa e intensa mirada felina—. ¡Sorpresa!

—Oh, joder.

Sus ojos volvieron de nuevo a su tono normal y humano.

—Sí, eso le dijo tu madre a mi padre la primera vez que se lo mostró.

Parpadeó.

—¿Mi madre? Pero... ¡La madre que la parió!

—Esa sería tu abuela.

—Pero... pero... —jadeó con incredulidad—. ¿Es que yo soy la única que no se ha enterado nunca de nada? ¿Por qué me lo habéis ocultado?

La respuesta no se hizo esperar y fue tan directa como acusatoria.

—Te fuiste de casa antes incluso de cumplir los dieciocho, Elis —le recordó—. No hubo mucha oportunidad y, tras lo ocurrido con Luca, tampoco creyeron que fuese necesario decírtelo dado que él había decidido... er...

desaparecer y tú te marchaste de inmediato.

Entrecerró los ojos.

—Pietro, tenía nueve años cuando mi madre se casó con tu padre... — le recordó con un resoplido—, eso hace que hubiese tiempo más que suficiente para ponerme al corriente de todo. ¡Y podrías habérmelo dicho tú!

La miró.

—¿Cuándo exactamente? —preguntó—. Tomaste tu propia decisión de cómo querías vivir en el momento en que te marchaste de casa y rompiste los lazos con la familia. Elis, ni siquiera visitas a tu madre. Si nosotros hemos mantenido el esporádico contacto, fue porque soy un gato demasiado cabezota para dejar a mi hermana pequeña desprotegida y haciendo cabriolas por el mundo.

Hizo una mueca ante lo que solo podía considerarse la absoluta verdad. Redujo la velocidad y cambió de marcha al aproximarse a un semáforo.

—Entonces... —se lamió los labios y lo miró de soslayo—. Tú... em... ¿Un gato?

Esos sensuales y traviosos labios se curvaron con ligereza.

—Soy un *tygrain*.

Arrugó la nariz ante un término que desconocía.

—¿Un qué?

—Mi naturaleza felina es un tigre —le dijo y se acercó a ella fingiendo contarle un gran secreto—, ya sabes, un gato naranja con rayas negras y eso.

—Un tigre —repitió pasmada. Le costaba bastante asimilar estas cosas.

Asintió satisfecho.

—Sí. Un gato grande.

—Genial —resopló y reanudó la marcha. Ya estaban cerca del colegio—. Dime la verdad. Luca y tú os habéis compinchado para volverme loca de remate.

—Nop. Ese gato se ha colgado él solito la soga al cuello —aseguró como quién no quiere la cosa—. Le pusiste las cosas muy difíciles, nena.

—¿Yo? —Casi se ríe ante lo absurdo de esa declaración—. Oh, esa sí que es buena.

—Las razas de cambiantes tienen sus propias reglas para emparejarse er... tener una relación.

Levantó la mano del volante.

—Espera, espera, has dicho razas —lo miró de soslayo—, ¿es que hay más?

—El mundo es muy grande y está lleno de toda clase de criaturas...

Sacudió la cabeza y lo detuvo.

—Demasiada información.

—Mira, dado que ahora tienes una gatita a la que criar, solo necesitas ser consciente de la raza felina y de unas cuantas cosas acerca de la misma —le soltó él—. Ve sacando la libreta de notas, abre bien las orejas y escucha. Puede que te resulte un poco complicado de comprender, pero tienes a dos gatos grandes que podrán resolver tus dudas.

Si le hubiesen hablado a principios de mes de toda la locura que iba a desatarse sobre su cabeza, habría cogido una escopeta y la hubiese emprendido a tiros con todo el mundo. Compañeros predestinados, amor de por vida, parejas interraciales... todo sonaba a locura, pero ella misma había comprobado que tan real y fuerte podía ser la conexión entre dos personas que, según acababa de explicarle Pietro, estaban destinados a encontrarse.

Con un suspiro aparcó y bajó del coche. Algunos padres ya habían llegado para recoger a los niños y los llevaban de la mano mientras estos saltaban alegres y les contaban como había ido su día. Esperó a que Pietro se reuniese con ella y cruzaron la calle. Las puertas se abrían dejando salir a un grupo de pequeños entre los que estaba su hija.

—Mami, mami, mami... —Kimberly corrió hacia ella agitando una cartulina en la mano—. Mira, lo hice en el cole. Es para ti.

Cogió el papel en el que había un dibujo de dos gatos y una mujer y no pudo evitar que se le encogiese el corazón.

—Es muy bonito, cielo —le aseguró cogiendo la pequeña mochila de su espalda y librándola así del liviano peso.

—Mami, ¿por qué no ha venido Luca? —le preguntó mirando a su alrededor para finalmente fijarse en Pietro con notoria curiosidad.

—Está trabajando cariño...

Ella hizo un mohín y volvió esos preciosos ojos sobre ella.

—Pero tú también trabajas y has venido a buscarme.

Un infantil y caprichoso reproche que la dejó sin palabras.

—Kimber...

—A eso le llamo yo noquear al gato —se rio Pietro atrayendo de nuevo su atención sobre él.

Lo fulminó con la mirada un segundo antes de coger a su hija por los hombros y atraerla contra sus piernas.

—Mira, cariño, quiero que conozcas a alguien —le dijo señalándole al hombre—. Este señor, es tu tío Pietro. Dile hola.

La curiosa niña alzó la mirada con absoluta sorpresa.

—¿Mi tío?

—Ajá —la apretó suavemente, haciéndole ver que estaba allí.

Ella sonrió abiertamente y sacudió la manita.

—Hola tío Pietro.

El aludido se inclinó para estar a su altura.

—Hola gatita —la saludó, le acarició la mejilla con los dedos y debió hacer algo que a ella se le escapó, pues Kimberly saltó emocionada hacia él.

—¡Un gato! —exclamó encantada—. ¿También eres un gato como Luca?

La curiosidad y ese tono confidencial que usó su hija lo hizo reír.

—Sí, soy un gato, pero uno distinto —aseguró y bajó la voz—. Pero tienes que guardarme el secreto, ¿eh?

La niña miró a los lados y se acercó para hablarle en voz bajita.

—Mamá me ha dicho que no puedo decirle a nadie que yo también soy un gato —murmuró a modo de secreto—. Luca dice que es un secreto.

—Mamá y Luca tienen razón —se le acercó y le habló en el mismo tono bajito—. Será nuestro secreto, ¿vale?

La niña asintió efusivamente y, para absoluta sorpresa de su hermanastro, le echó los bracitos al cuello.

—Me gustan los gatos.

Se echó a reír y la abrazó a su vez para luego levantar la mirada y sonreírle a ella.

—Elis, creo que tu hija es una rompecorazones.

Le devolvió la sonrisa.

—A mí me lo vas a decir.

El verlos juntos no hizo más que traer el pasado de nuevo a su puerta. Pietro siempre la había protegido, la había querido a pesar de no llevar su misma sangre y había estado a su lado incluso cuando se comportó como... bueno, demonios, él tenía razón, como una perra infernal.

Sonrió al ver como levantaba a Kimberly del suelo sin esfuerzo y la sostenía en brazos, parecía disfrutar inmensamente en compañía de la niña, algo que hacía también Luca.

—Entonces, ¿cómo van los preparativos para la fiesta de esta noche? —comentó él haciendo alusión ahora al trabajo—. ¿Necesitas ayuda con alguna cosa?

Puso los ojos en blanco.

—Claro, convence a Luca de que se olvide de que sé bailar.

Se rio entre dientes.

—No sé, Elis, el verte sobre el escenario es un placer inesperado.

Entrecerró los ojos.

—Se supone que tienes que estar de mi parte.

—No te enfades, gatita, Max y yo estaremos allí, en primera fila, para apoyarte.

—Eso no me sirve de consuelo —rezongó. Entonces recordó algo y se decidió a dejarlo caer—. Y Julie, ¿vendrá contigo o con Max?

Su hermano no se inmutó. Se limitó a sostenerle la mirada y encogerse de hombros.

—Eso, nena, tendrás que preguntárselo a ella.

Dicho eso, le dio un sonoro beso a su hija, la cual rompió en carcajadas y se la pasó a los brazos.

—Es una niña encantadora, hermanita —aseguró—. Has hecho un gran trabajo.

Se sonrojó ante el inesperado halago.

—Gracias —aceptó besando a su hija, disfrutando de su abrazo y de esa ternura y devoción infantil que le profesaba.

—Nos veremos pronto, dulzura —le aseguró a la niña acariciándole las mejillas—. Pórtate bien.

—Yo siempre me porto bien, ¿verdad, mamá?

—Eres la mejor niña del mundo mundial y la que mejor se porta —le aseguró divertida para finalmente volverse hacia Pietro—. ¿Quieres que te deje en algún sitio?

Él la sorprendió besándola también en la mejilla.

—No hace falta, gatita —le susurró al oído—. Y no lo pienses más, Elis, dale al pobre minino un respiro. No he trabajado tanto para juntaros como para que seas tú la que abandone ahora.

Un sutil recordatorio de que él estaría allí para ella siempre que lo necesitase, aunque le sacase de quicio e hiciese cosas tan absurdas como venderle su local al hombre al que había amado para poder reunirlos de nuevo.

CAPÍTULO 27

—¡Mami, mami!

La inesperada voz de su hija inundó el vestuario del *Dangerous* cogiéndola por sorpresa.

—Kimberly, ¿qué...?

—¿Se puede?

La voz de Julie interrumpió la pregunta que surgía de sus labios mientras aparecía por la puerta, cerrando tras ella.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Kimberly?

La preocupación materna solapó todo lo demás. Se levantó de golpe y cogió a su hija en brazos, la cual parecía perfectamente sana y feliz.

—Qué guapa, mami.

Kimberly no solía verla maquillada a menudo y mucho menos con su atuendo de baile.

—¿Qué ocurre? —insistió girándose ahora hacia Julie con la niña en sus brazos—. ¿Por qué la has traído?

Su amiga la tranquilizó.

—No pasa nada, Kimber está perfectamente —le aseguró y acarició la mejilla de la niña.

—Mami, el tío Pietro me ha prometido que me llevará a comer una *polloburguesa* —exclamó la niña interrumpiéndola de nuevo—. ¿Verdad que

sí, Julie?

La chica le sonrió a la niña y asintió.

—Una *polloburguesa* para ti sola —le confirmó y la miró de nuevo a los ojos. Sus mejillas se tiñeron levemente—. No tenía la menor idea de que él fuese... familia tuya.

No pudo menos que esbozar una mueca.

—No has sido la única sorprendida por el inesperado parentesco —murmuró haciendo colación a Luca. Dejó a su hija en el suelo y miró a su alrededor en busca de algo que la mantuviese ocupada durante un rato. No le cabía duda de que, si Julie estaba allí y no era por la niña, era porque tenía algo importante de lo que hablar.

—Tesoro, ¿ves ese maletín de allí? —la niña asintió—. Dentro hay un montón de joyas de princesa que puedes ponerte.

—¡Bien! ¡Joyas de princesas! —declaró feliz—. Pero quiero comer *polloburguesa*, mamá.

Asintió.

—Julie te llevará en un momento a comerla.

—Y tío Pietro también.

Sonrió y la empujó hacia el maletín abierto con bisutería. Una vez comprobó que la niña estaba entretenida, posó la mano sobre el brazo de Julie y la instó a alejarse hacia el otro lado de la habitación, desde dónde podía vigilar a su hija y obtener al mismo tiempo un poco de intimidad.

—¿Qué ocurre? —No se anduvo con rodeos—. ¿Estás bien? Mi hermano...

Julie sacudió la cabeza.

—No he venido a hablarte de Pietro, sino de Luca —la sorprendió—. Mira, sé que no es asunto mío y no debería meterme en esto. Ese gato me despellejará viva si sabe que he venido a verte para contarte esto, pero he

visto lo desesperado que está y he pasado el suficiente tiempo a tu alrededor para saber que no has sido realmente sincera contigo misma...

—¿Contarme el qué?

Su amiga la miró a los ojos.

—El motivo por el que Luca no volvió a buscarte cuando había pensado hacerlo.

Sacudió la cabeza confundida.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes lo que es Luca —le recordó—. Su... gente tiene una forma particular de emparejarse y, una vez encuentra a aquella o aquel que les está destinado, hay muy pocos que decidan darles la espalda.

Se lamió los labios, miró a su hija, la cual estaba entretenida y se centró de nuevo en su amiga.

—Mira, no te ofendas, pero todo este asunto de los gatos, los emparejamientos y esas cosas, no van conmigo —respondió—. Luca tomó su decisión y yo...

—Él estaba decidido a acercarse de nuevo a ti, a recuperarte, cuando hicieses la mayoría de edad —la interrumpió su amiga—. Si no lo hizo, fue por mí.

Frunció el ceño.

—Julie, tú no tienes la culpa de...

—Escúchame —la interrumpió de nuevo—. Luca no acudió a tu lado porque se vio obligado a hacerse cargo de mí. De la noche a la mañana se encontró con una hermana cuya existencia desconocía, alguien a quién dejaron en la puerta de su casa sin nada más que lo puesto.

Su mirada se desvió hacia Kimberly.

—Esa gatita tiene mucha suerte de tenerte, Elis —le aseguró—. Yo no tuve tanta suerte. Mi madre murió cuando yo tenía siete años, mi tía no quería

hacerse cargo de mí y me dejó en manos del clan de mi padre. Sabes lo que es Luca, nuestro padre también era un felino cambiante, pero no tenía ni idea de qué hacer con una niña de tan corta edad y humana.

Su amiga fue desgranando su historia poco a poco, explicándole como había sido su vida en la familia de su padre y los problemas que habían surgido al llegar a la pubertad.

—Luca no tenía la menor idea de que yo existía, no solía prodigarse con la familia de su padre y no puedo culparle —continuó—. El caso es que ocurrió algo... y yo ya no pude seguir allí, así que me pusieron una maleta en la mano y me dejaron en la puerta de un desconocido, uno con el que compartía un vínculo de sangre y que ni siquiera sabía si me aceptaría o me repudiaría también.

Se lamió los labios.

—Tenía catorce cuando terminé bajo el amparo de mi hermano —murmuró en voz baja, casi como si se sintiese culpable—. Cuando abrió la puerta y me vio allí, me reconoció incluso a pesar de no haberme visto nunca. Me abrió las puertas de su hogar, de su vida, pero yo nunca supe el costo que eso había tenido para él hasta que crecí y empecé a comprender mejor mi herencia.

—Julie...

Sacudió la cabeza y le cogió las manos.

—No te rindas con él, Elis —le pidió—. Si todavía sientes algo por él, si le quieres como creo que así es, no permitas que siga solo por más tiempo. Luca no aceptará a ninguna otra mujer que no sea su compañera y esa, querida amiga, siempre has sido tú.

Se separó y echó entonces mano al bolso del que extrajo un papel doblado.

—Él me matará por esto, pero no puedo dejar que todo lo que hizo por

mí caiga en saco roto —declaró tendiéndole el papel—. No, cuando ha tenido que sacrificarte a ti por ello.

Cogió el papel y empezó a desdoblarlo encontrándose con una apretada y masculina letra y unas frases manuscritas.

—Ese minino tiene un lado oculto, uno que nunca ha dejado que viese nadie —insistió señalando el papel—, y que creo que tú tienes que conocer.

Sin más la abrazó y se giró dispuesta a coger a la niña que cuidaba y llevársela para dejarla a solas.

—¿Vamos a comer esa *polloburguesa*, Kimber?

—¡Sí!

La niña dejó las baratijas con la que había estado jugando y corrió hacia su niñera, solo para detenerse y girar hacia ella con una amplia sonrisa.

—¡Adiós, mami!

Sonrió a su hija mientras salía por la puerta feliz ante la idea de comerse una hamburguesa.

Sacudió la cabeza y bajó la mirada al trozo de papel que le había entregado Julie. Su amiga la había dejado sin palabras e intuía que había mucho más de lo que le había dicho, cosas que seguramente solo le concernían a ella y a su propio pasado.

Se dejó caer de nuevo en la silla que había estado ocupando inicialmente, sobrepasada por los recientes descubrimientos, unos que no hacían más que dar validez a las palabras del propio Luca.

«Nunca me he arrepentido de algo tanto en mi vida como de dejarte marchar. No volveré a cometer el mismo error, Elis. Siempre has sido mía y haré hasta lo imposible para que lo comprendas y te sientas como tal».

Y ella todavía lo quería, daba igual lo mucho que se empeñase en convencerse de lo contrario, la niña que había sido seguía amando a su primer amor y la mujer que ahora era, a pesar de sus dudas y su negativa, había caído

una vez más en las garras del amor.

—¿Cuándo voy a aprender? —musitó para sí.

Ahora no se trataba solo de ella, tenía que pensar en Kimberly y en lo mejor para la niña.

Kimber lo adora y lo sabes.

Su conciencia la aguijoneó sin piedad.

Y tú lo amas, nunca has dejado de hacerlo.

Volvió a mirar la página que empezaba a arrugarse en sus manos, la desdobló y empezó a leer el contenido fechado en algún momento quince años atrás.

No soy dado a los sentimentalismos, pero no puedo engañarme cuando la realidad me golpea en la cara con tanta virulencia. Ni siquiera sé con seguridad porqué escribo estas palabras, porqué he decidido empezar un diario, quizá, porque de algún modo, necesito dejar salir aquello que no puedo decirte ahora abiertamente.

Mi vida no ha sido perfecta. Cada paso que he tenido que dar me ha llevado a encontrarme a mí mismo, a conocerme, pero no fue hasta que tú apareciste en ella, que el hombre que era murió para dar paso al hombre que soy. Has sido un regalo inesperado, algo precioso y delicado, ingenuo en su juventud y vivaz en ese abierto amor que expresas por la vida. Y, así como fuiste un regalo, también fuiste mi más dolorosa penitencia.

Te supe mía nada más posé los ojos sobre ti, pero también supe que no tenía derecho a reclamarte. Tenías derecho a experimentar la vida y hacerlo sola, debías tomar tus propias condiciones, equivocarte si así estaba escrito

y a pesar de todo seguí a tu lado a sabiendas de que sabía que no debía hacerlo. Me volvía loco ante la posibilidad de perderte, pero no podía quitarte la oportunidad de vivir tu vida, de disfrutar del tiempo que tan egoístamente yo estaba dispuesto a robarte. Me convencí de amarte en silencio, de aguardar con paciencia y volver a ti cuando ya no fueses esa dulce niña que me miraba con ojos inocentes y llenos de amor, me había convencido de esperar al menos un par de años, de permitirte experimentar el mundo, aunque eso me corroyese por dentro.

Y ese fue el motivo por el que te alejé de mí. Porque tú eres y serás siempre toda mi vida, preferí sacrificarme yo para que pudieses salvarte tú. Quizá nunca pueda recuperarte, quizá nunca pueda enfrentarme a ti y decirte todo esto, quizá estas líneas nunca vean la luz, pero necesito dejarlo salir antes de que me devore por dentro.

Mi gato te anhela, te desea y no entiende el motivo de esta separación. Él no entiende de conflictos humanos, sus emociones son tan crudas en este momento que se reflejan en mis ojos. Está ofendido, enfadado porque te he dejado marchar y dispuesto a recuperarte, así tenga que perseguir tu olor durante toda la eternidad.

¿Me equivoqué en mis elecciones? ¿Fue un error alejarte de mí? Llámame egoísta, pero si hoy tuviese que volver a tomar una decisión, habría repetido cada uno de mis pasos.

Mi propio castigo ha sido empeñarme en amarte, permití que te quedases en mi corazón e hicieras tu hogar en mi alma a pesar de lo mucho que duele cuando tú estás tan lejos. La llegada de Julianne a mi vida debería haber sido un bálsamo, al menos una manera de convencerme a mí mismo de que hay alguien más que me necesita ahora, que tú estarías bien

sin mí, pero si bien puedo engañar al hombre no puedo hacerlo con el felino.

El sufrimiento se ha convertido en una droga para mí, eso o he perdido la cabeza por completo. Necesitaba verte, necesitaba estar cerca de ti, aunque fuese sin tenerte y esa arrogancia me llevó una vez más a jugar mis cartas y arriesgarme. Quizá debo agradecer a Pietro que no me haya eviscerado y que se haya apiadado de mi lamentable culo para permitirme ayudarte a través de él.

La pregunta que me hago es, ¿será suficiente?

Elis se quedó sin aliento cuando terminó la primera parte de lo que era a todas luces parte de algún diario, una parte muy privada de Luca en la que plasmaba sus propios pensamientos y emociones al desnudo. Se le había hecho un nudo en el pecho, las lágrimas habían empezado a pincharle tras los ojos, pero se negaba a dejarlas caer.

¿Por qué le hacía esto ahora? ¿Por qué no la dejaban seguir viviendo en sus propios recuerdos, con la impresión equivocada de una niña que pierde aquello que desea? ¿Por qué tenía que ver las cosas desde su punto de vista? No quería aceptar que se había equivocado, no quería reconocer en sus palabras que ella misma deseaba que todo aquello se hiciese realidad, no quería aceptar que Luca no había sido el culpable, pues hacerlo le daría la salida que necesitaba para aceptar de una vez por todas lo que gritaba su corazón; que él todavía era suyo.

Cerró los ojos y aspiró con fuerza, entonces volvió a abrirlos y se enfrentó a las próximas palabras, unas que estaban fechadas a principios de ese mismo mes.

Elis, si pudieses verme ahora coincidirías conmigo en que soy un

completo gilipollas y estoy desesperado. Sí, mis métodos han sido poco ortodoxos, pero he visto la oportunidad y no he podido evitar fantasear con tenerte de nuevo, con que esta es mi última oportunidad para recuperarte.

Sé que me estoy hundiendo más y más, tu mirada, dura y acusadora me lo ha dicho sin necesidad de esas hirientes palabras con las que me atraviesas. Soy un cabrón, lo acepto, pero un cabrón tan loco por ti que prefiero tenerte enfadada y hecha una fiera a no tenerte en absoluto.

Está claro que mis métodos son de todo menos ortodoxos, que en mi empeño por conquistarte te he perdido un poco más, pero cariño, si supieras como estoy ahora, como un gato sin alma y abandonado en un callejón, quizá te apiadases de mí.

Ay Elis, amarte es más fácil que respirar, pero duele más que una puñalada en el corazón y a pesar de todo sigo haciéndolo. Pero ya no eres la niña que una vez deseé y no pude tocar, eres una mujer, alguien que despierta mi deseo, una hermosa criatura inteligente y fiera a la que me encuentro descubriendo y amando incluso más. Te has convertido en la más artera de las féminas, una que es puro peligro, la única a quién deseo por encima de todo y a la que ansío tener a mi lado.

Sí, me enamoré hace mucho tiempo de la niña que fuiste, pero ahora amo a la hermosa mujer en la que te has convertido. Mi gato no quiere dejarte ir, te ha reconocido, en realidad, nunca ha dejado de saber quién eras y ahora te desea tanto o más de lo que hace el hombre. Quiere a la mujer que es capaz de llevar un club de pole dance, de sacar adelante una pequeña gatita, de vender hasta su alma para salvar a aquellos que ama, ambos la queremos.

Nunca he ocultado lo que siento por ti porque me perteneces, siempre me has pertenecido y siempre me pertenecerás. Eres mía, mi dama peligrosa, mi gata vagabunda y mi mujer. Te lo diré hasta que te convenzas, te lo repetiré cada día, en cada beso, en cada caricia y gemido que pueda arrancarte, en cada suspiro que abandone tus labios hasta que te rindas a mí. Y cuando por fin te venza y me aceptes (porque lo harás, cariño mío, tenlo por seguro) serán mis brazos los que te envuelvan, mi calor el que te guarde y mi amor el que te mantenga a mi lado.

Por respeto a ti y a quién eres para mí no suplicaré migajas, pero lucharé hasta mi último aliento, combatiré sin descanso hasta oír de tus labios la frase que me dijiste aquella noche, cuando mis palabras desgarraron mucho más que tus sueños de amor juvenil, dejando mi corazón en pedazos y mi alma en el suelo a tus pies.

No volveré a cometer el mismo error, Elizabeth. Te lo he dicho y lo mantengo. Siempre has sido mía y haré hasta lo imposible para que lo comprendas y te sientas como tal.

Elis vio como sus lágrimas mojaban el papel y emborronaban las letras, le dolía el pecho y era incapaz de hacer otra cosa que mirar sin ver, repasando cada frase, cada palabra y escuchando en ellas la voz de Luca.

—Maldito seas mil veces, Luca Viconti —musitó echándose a llorar mientras se doblaba sobre sí misma y se aferraba a esas páginas—. ¿Por qué has tenido que esperar tanto? ¿Por qué...?

«Si todavía sientes algo por él, si le quieres como creo que así es, no permitas que siga solo por más tiempo. Luca no aceptará a ninguna otra

mujer que no sea su compañera y esa, querida amiga, siempre has sido tú».

Las palabras de Julie se repitieron en su mente, abriéndose paso en su alma y en la realidad que con tanto ahínco se esforzaba en rehuir.

—Ya no puedes seguir escapando, Elis —musitó para sí misma y dejó escapar una pequeña risa angustiada—, ya no tienes a dónde huir.

Y no lo haría, ya era hora de enfrentarse a la realidad y correr hacia el único lugar en el que siempre se sentiría a salvo.

CAPÍTULO 28

Luca contempló el local con gesto satisfecho, el *Dangerous* tenía esa noche una magnífica apariencia. Los nuevos camareros que se habían contratado, dos hombres y dos mujeres se movían son soltura sirviendo las consumiciones a los asistentes. Había sido una de las sugerencias de Elis y la había acogido con agrado. A pesar de haberse apropiado de su local y su terreno, apreciación que no se había cansado en repetirle, seguía muy pendiente de todos y cada uno de los asuntos del club. Ahora, además, entendía el motivo y la respetaba si cabía aún más. ¿A quién quería engañar? Estaba loco por ella, respetarla estaba en su naturaleza, como amarla en su corazón.

Su gato se removió en su interior, señal inequívoca de que su compañera andaba cerca. Se giró justo a tiempo para encontrarse con la mujer que lo tenía al borde de la locura, desesperado por sus huesos y por su aceptación. Inspiró profundamente para llenarse de su aroma y arrugó la nariz al oler el salobre de las lágrimas. Una inspección más minuciosa lo llevó a encontrar la rojez en sus ojos y nariz; había estado llorando.

—¿Qué ocurre, gatita? —salió a su encuentro solo para encontrarse con su pequeña mano enterrada contra el pecho de su camisa. Encerrado entre sus dedos había un arrugado papel cuyo satinado aroma lo crispó.

—¿Por qué?

Bajó la mirada sobre el arrugado gurrúño y le rodeó el puño con el suyo con gesto tenso.

—¿De dónde lo has sacado? ¿Cómo ha llegado esto a tus manos?

Decidida a seguir sorprendiéndole, le cogió la muñeca con la mano libre y empezó a tirar de él en dirección al privado escenario de la derecha. Se dejó guiar, siguiéndola a través de la sala, poniendo cara de póker ante las miradas curiosas y divertidas de los asistentes mientras hacía un repaso mental de la última vez que había tocado su diario.

—¿De dónde has sacado ese papel? ¿Cómo has llegado a él? —insistió con gesto tenso. Era algo privado, lo suficiente para que no desease que nadie lo leyese y mucho menos ella—. ¿Te das cuenta de que estás haciendo nuevamente una escena? —le reprochó, aunque maldito si le importaba lo más mínimo ese pequeño detalle, lo que deseaba era saber a quién tenía que matar por haber hurgado entre sus cosas.

Un nombre pasó entonces por su mente. Julie. Su hermana. Iba a despellejar a esa maldita humana y a la mierda el parentesco.

—Elis...

—Ni siquiera he empezado —masculló ella, hizo a un lado la cortina y lo empujó para instarlo a entrar—. Tú y yo tenemos que hablar. Ahora.

Pasó con absoluta y total tranquilidad, su curiosidad natural rodeaba ahora también a su felino quién estaba deseoso por averiguar que mosca le había picado ahora a su compañera y, más concretamente, cómo demonios había llegado ese papel a sus manos.

—¿Puedes hacer el favor de responder a una simple pregunta y decirme cómo diablos ha llegado eso a tus manos?

—Eso no tiene importancia.

—Oh, claro que lo tiene —declaró y le sacó el par de legajos de las manos—. Esto es privado.

—¿Tan privado que no has tenido el valor de decírmelo a mí? ¿Tan privado que no has tenido el valor de venir y enfrentarme antes? —Las lágrimas que había olido en ella volvieron a hacer acto de presencia—. ¿Tienes idea de lo mucho que duele estar sin ti? ¿De lo estúpida que llegas a sentirte porque eres incapaz de enamorarte de alguien más? Sí, era una niña, pero una que te quería de corazón, que te adoraba con el alma y que habría sido inmensamente feliz contigo siendo mujer.

Sus palabras lo noquearon al igual que la rabia que sentía en ellas. Su gato gruñó en respuesta, deseoso de acercarse a ella, de consolarla por todo ese dolor que dejaban traslucir sus palabras.

—Ya no puedo más, Luca —insistió con gesto angustiado—. He intentado odiarte cuando no estabas y no he podido. Quise odiarme a mí misma por sucumbir a ti ahora, culparte de algo por lo que yo soy la única culpable. Quererte me duele, me duele tanto que todo lo que puedo hacer para mitigar ese dolor es odiarte... pero no puedo.

Alzó las manos con gesto de impotencia.

—No puedo odiarte porque te amo...

Las lágrimas caían sin cesar de sus ojos, resbalaban por sus mejillas y mojaban el suelo del escenario.

—¿Lo entiendes? —insistió entre sollozos—. Ya no soy una niña enamorada del mejor amigo de su hermano. Soy una mujer que ha vivido con tu recuerdo, que te ha amado en silencio y que hoy, te pide una nueva oportunidad. Te ruega que vuelvas a por ella. Ya no quiero al amigo, quiero al hombre, al amante y, sé que me arrepentiré de decir esto, pero, incluso creo que quiero a la pantera que hay debajo de toda esa piel...

Se le quebró la voz y acabó por romper en llanto.

—Ya no sé qué hacer, Luca, yo ya no sé qué hacer...

Su felino gimoteó y él cedió finalmente, se acercó a ella y la atrajo

hacia sus brazos.

—No tienes que hacer nada más que lo que ya haces, gatita —la apretó con fuerza—, amarme con tanta pasión como lo haces. Permíteme darte lo que he guardado para ti todo este tiempo, Elis. Durante estos últimos quince años no ha existido un solo día en el que no me haya consumido por ti. Eres mía. Mi compañera, mi amada y mi mujer. Aún si le hubieses pertenecido a otro, seguirías siendo mía porque jamás renunciaría a ti.

Ella levantó el rostro surcado por las lágrimas, arrugó esa pequeña y deliciosa nariz y sorbió lentamente.

—No quiero pertenecer a otro —musitó—, siempre he querido ser tuya, Luca. Siempre he estado esperándote.

—No tienes que esperar más, cielo —le acunó la cara entre las manos—, estoy aquí y no voy a irme a ninguna parte.

La besó en la boca, un beso lleno de amor y esperanza, las dos únicas cosas que lo habían sustentado durante el tiempo que habían permanecido separados. Le acarició los labios, le recorrió todo el rostro antes de besarla una vez más y sentir como los suaves brazos lo rodeaban atrayéndole hacia ella.

—Mi peligrosa gatita —murmuró contra sus labios—, jamás me iré a ninguna parte sin ti.

Se lamió los labios, sus ojos encontrándose con los de él.

—¿Lo prometes?

—Con todo lo que soy, cariño mío, con todo lo que soy.

Volvió a atraerla a sus brazos y la besó, dejando que su gato se reflejase también en sus actos y en cada brizna de amor que sentía por ella. Solo cuando estuvo seguro de que no rompería a llorar él también, por el alivio que traía consigo la dicha de tenerla de nuevo junto a él, se apartó y preguntó.

—Y ahora, ¿vas a decirme quién demonios ha jodido mi diario?

Su respuesta fue sonreírle con esa vena traviesa y peligrosa que tanto le gustaba en ella.

—Eso, gatito, nunca lo sabrás —declaró poseyendo su boca con el mismo hambre y pasión que habitaba en su interior—. Tenemos mucho de lo que hablar, muchas cosas que discutir, pero por ahora, tenemos un club que dirigir y yo... bueno, ¿no querías que bailase para ti?

Sonrió perezoso ante la dulzura presente debajo de sus palabras.

—He cambiado de opinión, cielo —aseguró recorriéndola con la mirada—, a partir de ahora, solo bailarás y jugarás para mí.

Su respuesta vino acompañada de un adorable y amoroso brillo en sus ojos, uno que prometía hacerle la pantera más feliz de la tierra mientras la tuviese a su lado.

Así que, tendría que hacer que ese tiempo fuese eterno.

EPÍLOGO

Un mes después...

Elis se arrodilló delante de la sencilla lápida que ocupaba el pedacito de tierra en el que Emma descansaba. Una delicada paloma con las alas extendidas tallada en la piedra anunciaba la presencia de esa dulce alma que había emprendido el vuelo.

Emma Jarcien

Por siempre amada madre y hermana.

Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla mientras acariciaba el epitafio con los dedos. Por primera vez en cuatro años podía acercarse allí sin dolor, sin pena y con esperanza ante el porvenir. Bajó la mirada a su regazo y sonrió al ver las tres inmaculadas rosas blancas que traía consigo; una suya, otra de Kimberly y una última del gato que ahora formaba parte de sus vidas.

Las depositó sobre la lápida al tiempo que veía como una solitaria lágrima humedecía la piedra. Se secó el rostro, respiró profundamente y sonrió.

—Vengo a decirte que he cumplido mi promesa, Emma —musitó con ternura—. Kimberly está feliz y sana, yo la quiero más que a mi vida y ya no

soy la única.

Se giró para mirar por encima del hombro a Luca, quién sostenía a su hija en brazos mientras esta gesticulaba y le contaba alguna cosa. Ese gatito se había ganado el corazón de la niña, se había metido tan dentro de su nueva hija que Kimberly los había sorprendido a ambos llamándole papá una mañana. Desde ese momento, no había existido forma humana de que su hijita cambiase de idea. Luca era su padre a todos los efectos y a él se le caía la baba cada vez que lo escuchaba.

—El *Dangerous* está a salvo y lo mantendremos así para que el día de mañana, cuando sea lo suficiente mayor para comprender, Kimberly sepa que es su herencia y a quién se la debe —continuó volviendo de nuevo a mirar la lápida ante ella—. Descansa en paz, hermanita, yo cuidaré de nuestra hija.

Tras besar la yema de los dedos los posó sobre la fría piedra y se levantó para volver con su familia.

—Mami, ¿has dejado las flores para el ángel?

La pregunta la había hecho sonreír. Cuando estaban a punto de salir de casa, Kimberly se había obcecado en saber a dónde iban y Luca había salido al paso diciéndole que su madre iba a visitar a un ángel.

—Sí, mi vida —la besó en las arreboladas mejillas—, le he dejado las flores al ángel.

La niña asintió y se giró hacia Luca.

—Papi dice que el ángel me cuidará desde el cielo —continuó con esa lógica absoluta de una niña de cuatro años—, como te ha estado cuidando a ti.

Sus ojos se encontraron con los de su felino amor.

—¿Eso ha dicho papi?

Su hija asintió mientras Luca sonreía.

—Y también ha dicho que puedo comerme el helado más grande que tengan en la tienda —continuó, relamiéndose por anticipado—. ¿Podemos ir a

comprar ahora el helado?

—En un segundo, gatita —le respondió él y se inclinó sobre ella, acariciándole el rostro con la mano libre—. ¿Todo bien, amor?

Ladeó el rostro para disfrutar de su contacto y asintió con una tierna sonrisa.

—Ahora sí, gatito, ahora sí.

Echó un último vistazo hacia el lugar en el que descansaba su pasado y finalmente se cogió de su brazo para acompañarlos a ambos a tomarse un helado.

¿Quién hubiese pensado que los gatos eran tan golosos?

PRÍNCIPE Y FELINO

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

EPÍLOGO

SOBRE LA SERIE AL-HANAK

PRÓLOGO

—Si tuviese una cuerda a mano, me ahorcaría yo mismo.

Kaliq Al-Hanak traspasó como una exhalación las puertas abiertas de la zona común del palacio en la que haraganeaba uno de sus hermanos. Su naturaleza felina se reflejaba en sus ojos, en la manera en que se movía, casi podía sentir como se agitaba su cola al compás de su actual humor.

—No escucha. Esa capacidad parece haberla perdido este último año, aunque no es que antes se le apreciase demasiado —masculló dando voz a su frustración—. Pero esto ya ha ido demasiado lejos. No puede seguir imponiendo su voluntad...

No cuando esta lo había puesto, de forma inesperada, entre la espalda y la pared.

—Ha perdido la cabeza por completo.

El muchacho dejó el libro que estaba leyendo a un lado y lo miró.

—¿Qué te pasa, *gatito*?

Odiaba apasionadamente ese apodo y Tarek lo sabía. Gruñó a su hermano pequeño y pasó a su lado dispuesto a tener un *tête à tête* con la botella del bar. Seis años menos que él, el joven príncipe de Bahir era todavía un cachorro en muchos aspectos, ni siquiera su sangre Tygrain hacía que el joven de treinta años se comportase con la estoicidad y seriedad que requería el momento. Como siempre, estaba repantingado en el sofá, con el libro que había estado leyendo abierto boca abajo sobre su estómago y una libreta de notas cerca.

—Nuestro padre y sus maquiavélicos planes —resopló sirviéndose una

copa de licor y bebiéndose el contenido de golpe—. Eso es lo que pasa.

El chico dejó el libro a un lado, marcó la página en la que se había quedado con un separador y lo dejó sobre la mesilla antes de incorporarse.

—¿Qué gran invención le ha pasado ahora por la cabeza?

—Matrimonio.

El chico resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Es que no le llegó lidiar con dos mujeres que quiere ir a por una tercera?

Se giró hacia él y sacudió la cabeza.

—No se trata de él, Tarek, sino de su primogénito —se señaló con ambas manos—. Desea que me case.

Su hermano frunció el ceño.

—¿Y? Ese ha sido su deseo desde el momento en que te salió barba —se encogió de hombros—. No es nada nuevo. Lleva insistiendo con lo mismo a cada uno de nosotros desde el mismo instante en que alcanzamos la pubertad.

—Quiere que me case en un plazo de tres meses.

La forma en la que brillaron los ojos castaños del chico fue suficiente respuesta.

—Y a juzgar por los gritos que he escuchado desde mi suite, no era una petición.

Ambos se giraron al escuchar la voz ronca del segundo príncipe de Bahir.

—No, no lo era —corroboró mirando a su hermano.

Sharif tenía un año y medio menos que él y, al igual que el cachorro, era hijo de la segunda esposa de su padre y su verdadera compañera.

No dejaba de ser irónico que, siendo el primogénito, su madre hubiese sido la sultana, pero no el corazón de su padre. Su raza se emparejaba con el alma, existía una única compañera, alguien a quien su tigre reconocería con

solo tenerla delante y captar su aroma. Pero su familia tenía una maldición añadida.

—¿Qué has hecho para encabronarlo de esa manera? —preguntó reuniéndose con ellos—. Nunca lo había visto tan fuera de sí.

Puso los ojos en blanco y recordó brevemente la manera en la que se había enfrentado a su progenitor y a sus propios temores. Ese había sido su error, tenía que haber refrenado la lengua y callar, pero había cosas que no podía pasar por alto y el que intentase gobernar su vida era una de ellas.

Era consciente de su deber como primogénito, como heredero del sultán, no iba a huir de él, pero tampoco estaba dispuesto a precipitarse.

Lo habían prometido con la hija menor del *Sheikh* Nazira, una de las familias más importantes del país y descendientes de la Primera Tribu, cuando era apenas un muchacho. Era su deber, pura política, una manera de estrechar lazos, pero la realidad era que no había visto a su prometida más que un par de veces en toda su vida. La última de ellas cuatro años atrás, durante la fiesta que se había celebrado en el palacio para honrar su compromiso y, en honor a la verdad, no recordaba gran cosa sobre la mujer.

En aquel momento no había sentido que fuese su compañera, ni siquiera había despertado el deseo o el interés de su tigre, pero estaba dispuesto a darle una nueva oportunidad antes de tomar las riendas de su destino.

—Le informé que no tenía intención de seguir sus pasos —contestó entonces a la pregunta formulada—. Primero me encontraré con ella y, solo entonces, tomaré una decisión. No me precipitaré, no cometeré sus mismos errores.

Sharif sacudió la cabeza.

—El tacto no es precisamente una de tus virtudes, principito.

Enarcó una ceja ante el tono de su hermano.

—Solo a ti se te ocurre abofetear al viejo con su propia historia —

añadió Tarek.

Gruñó, su felino estaba nervioso, tan poco dispuesto a formar parte de aquella pantomima como él mismo.

—Su majestad decidió anteponer el deber por encima del destino, ¿y de qué le sirvió? Se casó con mi madre prácticamente por obligación, solo para encontrar en el plazo prometido a su verdadera compañera —sacudió la cabeza—. Si bien respetó a su esposa y la cuidó, nunca la amó. Su corazón y su alma le pertenecen a su compañera.

—Vas a esperar a que se termine el plazo, ¿no es así?

—Si he de casarme con la princesa de la tribu Nariza, lo haré —aceptó con convicción—. Pero no condenaré a una mujer a repetir los errores de mis progenitores y padecer sus consecuencias. Cuando escoja emparejarme, lo haré con una única mujer y, si el destino colabora, esa hembra será mi compañera.

—La maldición de los Al-Hanak —les recordó Tarek—. Si el destino no elige una mujer compatible antes de que los varones de la familia cumplan los treinta y siete, ya no lo hará en esta vida. Una compañera, la única para un *tygrain*.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Respiró profundamente.

—Le haré una visita a mi prometida y me cercioraré de si es o no mi compañera —concretó mirando a Sharif.

—¿Y si no lo es?

—Si *ella* no viene a mí en los próximos trece meses, una hembra de la Primera Tribu se convertirá en princesa.

—Apesta ser tú, *gatito*.

Fulminó de nuevo a su hermano.

—Solo espero que después de este inesperado ataque de premura de

padre, no nos exija a los demás hacer lo mismo —vaticinó Sharif.

—El matrimonio me da urticaria —se estremeció Tarek—, os lo dejó a vosotros, vejestorios.

Sacudió la cabeza.

—Habló el bebé de la casa —chasqueó su hermano, entonces se giró hacia él—. Entonces, ¿te reunirás con la princesa Bakara Nazira?

Asintió. Parecía que alguien recordaba el nombre de la mujer.

—No tengo la menor intención de volver a enfrentarme con él otra vez —declaró con un mohín—. No hasta tener una respuesta que darle a su majestad.

Solo esperaba que esa llegase a tiempo.

CAPÍTULO 1

—Ya eres libre para hacer travesuras.

Sarah puso los ojos en blanco ante el canturreo de su mejor amiga.

—Hazlas tú por mí durante los próximos quince días, princesa —la abrazó con cariño—. Sé muy mala.

Su amiga y recién casada se rió y dio un paso atrás.

—Um... lo seré —le guiñó el ojo—. Y tú diviértete durante tus vacaciones, la vida es demasiado seria y aburrida como para no arriesgarse.

—Oh, me arriesgaré —bajó el tono de voz, solo para sus oídos—. Me iré a ese restaurante que me recomendaste y tendré un orgasmo con ese postre.

Sacudiendo la cabeza se giró hacia la limusina que la esperaba para llevarla, junto con su marido, al aeropuerto.

—Nos vemos dentro de quince días.

No pudo evitar emocionarse al ver a la pareja compartir un cálido beso, se los veía tan enamorados. Había sido una ceremonia preciosa, el convite espectacular, pero ahora lo que quería era volver a la habitación del hotel, sacarse los zapatos de tacón y regalarse un merecido baño de espuma antes de meterse en la cama.

Miró el reloj. Nadie la echaría en falta si se marchaba ya, sobre todo porque había sido invitada por la novia y no conocía a nadie más. Abandonó el pequeño grupo congregado ante la entrada del hotel, mayormente invitados del novio, y volvió a entrar.

—Bendita tu idea de celebrar la recepción en el mismo hotel en el que nos alojamos, Kara —comentó para sí. Atravesó el vestíbulo y caminó directa

hacia los ascensores resintiéndose una vez más de los tacones. Echó un rápido vistazo a su alrededor y, al ver que nadie se fijaba en ella, se quitó los zapatos.

—Oh sí, esta es otra clase de orgasmo —gimió estirando los dedos mientras esperaba por el ascensor.

Al fin libre. Se moría por ese baño. Una bañera llena de agua caliente y sales aromáticas. Después podría meterse en la cama y dormir hasta las tantas. No había necesidad de madrugar, podía remolonear todo lo que quisiera y salir a comer al mediodía a ese restaurante que le había recomendado. Haría turismo, después de todo estaba de vacaciones.

—Mis primeras vacaciones de verdad en una eternidad —argulló sonriendo para sí. Las puertas se abrieron y entró marcando al momento el número de su planta.

La inesperada llamada de su amiga y el email con los billetes de avión fueron una repentina sorpresa. Había pensado que le estaba tomando el pelo, incluso llamó a la compañía aérea solo para darse cuenta de que efectivamente tenía asiento reservado en primera.

¡Kara estaba completamente loca!

Si había alguien capaz de decirle de la noche a la mañana que se casaba y obligarla a subirse en un avión y hacerse siete horas y media sin pestañear, esa era Bakara Nazira. Desde que se conocieron por casualidad seis años atrás en la cafetería en la que Sarah trabajaba para pagarse la carrera, su amistad había ido creciendo hasta el punto de terminar atravesando el país la una por la otra sin necesidad de explicaciones.

Todavía recordaba el aparatoso accidente de coche en el que se vio involucrada su amiga hacía tres años. Un conductor borracho que conducía en sentido contrario la había sacado de la carretera, los servicios de emergencias la habían contactado a ella e inmediatamente corrió hacia el hospital. Aquello

solo había sido el comienzo de algo mucho más grande y absurdo, una inesperada verdad saliendo a la luz y un viaje que cambiaría su perspectiva del mundo para siempre; su mejor amiga había sido mucho más de lo que le había dejado entrever.

«Me estás tomando el pelo, ¿verdad?».

«Me temo que no. Oh, Sarah. Siento no habértelo dicho antes, pero quería que me viesen por mí y no por una condición de nacimiento».

«Princesa Bakara. Chica, esto va a necesitar de mucho té y una enorme charla».

Su primera visita a Bahir había sido un verdadero punto de inflexión. No solo comprendió lo que su amiga quería decir, lo que significaba para ella el poder vivir en otro país, ser anónima, sino que también influyó en ella para tomar una decisión sobre lo que deseaba hacer con su vida una vez terminase la carrera. Ese viaje se adueñó de parte de su corazón, unos cuantos días habían bastado para enamorarse completamente de la tierra natal de su mejor amiga... entre otras cosas.

Sí, ese viaje le había cambiado la vida en muchos aspectos.

Salió del ascensor y bostezó. Esa mañana se había levantado temprano para ayudar a la nerviosa novia a arreglarse, había sido un día ajetreado y emotivo, uno que ambas recordarían siempre con cariño.

—Y ahora... la llave —murmuró en voz alta mientras maniobraba con los zapatos bajo el brazo y hurgaba dentro del bolso para sacar la tarjeta de la habitación.

Deslizó la llave electrónica en la cerradura con precisión y empujó. La puerta se abrió un instante antes de que se desatase el infierno sobre ella.

—¿Pero qué...?

No tuvo tiempo de componer una sola palabra más. Alguien la abordó por la espalda, unas toscas y grandes manos le empujaron un trozo de tela en la

boca y a continuación se quedó ciega cuando le cubrieron la cabeza con una bolsa y la lanzaron al suelo, maniatándola.

Oh dios mío, oh dios mío, oh dios mío repetía una y otra vez su cerebro incapaz de formar otro pensamiento coherente.

¡Por todos los diablos! ¡Me están secuestrando!

Kaliq esperaba complicaciones y quejas femeninas cuando decidió abandonar Bahir y volar a los Estados Unidos en busca de su prometida, pero esto era el colmo.

El primer escollo con el que se había encontrado después de trazar su plan fue no encontrar a su prometida dónde debería estar; en Kamsa, la segunda ciudad más grande de su país y residencia de la Primera Tribu. La hija del *sheikh* Nazira pasaba largas temporadas en los Estados Unidos, dónde había cursado sus estudios, de hecho, según la información que le habían remitido, su domicilio actual estaba en la ciudad de Nueva York, en el continente americano.

Aquel ya había sido el primer revés, pues no había contado con tener que coger el avión y cruzar el Atlántico. Había esperado que el tomarse dicha molestia terminaría para ambos en una rápida visita, una conversación entre adultos y la rápida resolución de sus problemas. De nuevo erró en sus cálculos; la princesa había resultado ser tan escurridiza como una serpiente, negándose a entrevistarse con él nada más llegar y emplazándole para una futura reunión a finales de esa misma semana.

Las ganas de estrangularla le duraron prácticamente las cuarenta y ocho horas siguientes a su «nota», pero no habría llegado al lugar que ocupaba ni

sería el hombre que era hoy en día si no supiese esperar y tener paciencia. Sin embargo, dicha paciencia se había convertido en un arranque de ira al enterarse por medio de sus hombres, los cuales no habían cejado en sus pesquisas, que nunca se celebraría la reunión propuesta por la princesa; Bakara Nazira iba a casarse al día siguiente.

En otras circunstancias posiblemente hubiese encontrado el asunto incluso divertido, pero con la conversación de su padre todavía fresca, las siete horas y media de avión y la absoluta burla de la que había sido víctima por parte de esa hartera mujer durante los últimos cinco días, su nivel de tolerancia se esfumó bajo una épica explosión de mal genio.

Esa mujer no se iba a reír de él, no deshonraría su nombre de esa manera, cumpliría con su destino así tuviese que hacerlo atada y amordazada ante un maldito juez de paz.

«Id a por ella y traédmela, así patalee y grite».

Su palabra era ley. Era el príncipe heredero de Bahir y estaba acostumbrado a que las cosas se hiciesen según sus órdenes, a que se siguiesen sus instrucciones al pie de la letra y obtener lo que deseaba. Por ello, no había contemplado el fracaso ni tampoco el verse en medio de un colosal malentendido como el que estaba afrontando en esos mismos instantes.

—Tú no eres mi prometida.

La mujer maniatada y amordazada que sus escoltas habían lanzado al interior de la limusina, no era quién debía ser. Ese pelo castaño y los insultantes ojos azules que lo atravesaban, proclamaban a voz en grito el error que habían cometido esos dos. Esta no era la princesa, no era la mujer a la que habían prometido, su futura esposa.

—No eres la princesa Bakara.

Se habían equivocado de mujer, sí, pero la hembra que estaba ahora ante él, que despertaba cada uno de sus instintos felinos y olía como la más

jugosa de las frutas, era mucho más que un error... era... *ella*.

Su tigre la reconoció al instante, despertó en su interior arañando la superficie, intentando imponerse a su naturaleza humana, agudizando todos sus sentidos y rugiendo de deseo y necesidad. Quería reclamarla, quería morderla, quería... a su compañera.

—Eso no es posible, Kaliq, ella estaba...

Cerró la puerta del coche de golpe encerrando a su cautiva y se giró al hombre que había pronunciado esas palabras. Tan alto como él, con facciones duras y piel curtida, Jamal era uno de sus dos escoltas de confianza.

—No la has visto desde hace cuatro años, es posible que haya cambiado y...

Gruñó, un sonido demasiado animal que dejaba patente que su naturaleza *tygrain* estaba en la superficie.

—Esta mujer tiene los ojos azules, el pelo castaño con reflejos rubios, la princesa es morena de ojos color avellana —declaró con repentina irritación.

—¿Tinte? ¿Lentillas de color? —sugirió un segundo hombre, el cual permanecía en pie al lado de su compañero. Mientras que Jamal era moreno, Héctor cubría cabeza rasurada con un turbante—. Tiene que ser ella. Estaba alojada en el mismo hotel, en la misma habitación y bajo ese maldito nombre.

Frunció el ceño y les dio la espalda en un intento por recuperar la calma. No podía dejar de echar miradas al cristal tintado de la ventana, su aroma era tan delicioso, incluso desde allí podía notarlo y eso lo estaba volviendo loco. Jamás había sentido nada tan poderoso, era como un imán que lo empujaba sin remedio hacia la desconocida que permanecía recluida, la mujer que el destino le había enviado.

Se lamió los labios e hizo un verdadero esfuerzo para mantener la concentración y no agredir sin motivo a sus compañeros. Si además de sus

escortas personales no fuesen también sus amigos probablemente no habría tenido inconveniente alguno en arrancarles la garganta dado su actual estado de alteración. Jamal y Héctor llevaban a su lado desde su primer cambio, habían crecido juntos y se conocían tan bien como podían conocerse los hermanos sin lazos de sangre.

—Esa... hembra... no es Bakara Nazira, no es la hija del *Sheikh* Al-Nazira. —Insistió en lo obvio y arrugó la nariz cuando su fino oído captó el sonido ahogado de las protestas femeninas y los golpes que estaba propinando al interior del vehículo. La chica no había dejado de debatirse y gritar, a través de la mordaza, hasta el momento en que la lanzaron dentro del coche y le quitaron la capucha que le cubría la cabeza. La sorpresa había sido obvia por ambas partes, si bien para él había sido como si una bola de demolición le hubiese golpeado de lleno en el pecho. En el momento en que captó su aroma dejó de pensar.

—No es ella.

Jamal se llevó las manos a las caderas y resopló. El hombre tenía un aspecto impecable, incluso elegante con ese traje italiano a medida, pasaría antes por un hombre de negocios que por un entrenado soldado.

—¿Te das cuenta de que si no es ella, acabamos de cometer un secuestro?

—Diría que aunque fuese ella, seguiría siendo un secuestro —acotó Héctor, con gesto serio. De los dos era el más serio.

—Sí, bueno, en el caso de la princesa, siempre podríamos aludir a una «*discusión prematrimonial*» —declaró su compañero—. Pero si no lo es...

Lo miró con cara de pocos amigos, casi podía notar a su tigre afilándose las uñas.

—Ey, esa gatita estaba abriendo la puerta de la habitación que estaba a nombre de su alteza, ¿qué esperabas que hiciese? ¿Qué le pidiese el carné de

identidad? —Se justificó con su usual despreocupación—. Te dije que esto era una mala idea y por lo que veo, no me equivoqué.

—Deberíais haberos dado cuenta de que no era la misma mujer — señaló lo obvio.

—Te recuerdo que ninguno de los dos estábamos en palacio cuando se dio la recepción de compromiso —le recordó oportunamente—. Y, dado tu escaso interés por la mujer con la que te comprometieron... no veía motivo alguno para interesarme yo por ella.

Lo fulminó con la mirada, su tigre se reflejó en sus ojos y empezaron a dolerle los incisivos.

—Basta, Jamal, te lo advierto... —El tigre en su interior apareció en su voz.

El hombre se limitó a resoplar, pero mantuvo las distancias. Nadie en su sano juicio se enfrentaría a ninguno de los príncipes en forma animal.

—Entonces, si no es la princesa, ¿a quién hemos sacado del hotel?

La pregunta de Héctor hizo que los tres se giraran a mirar de nuevo la limusina.

Kaliq respiró profundamente, luchando de nuevo con la imparable necesidad que crecía en su interior y lo empujaba a abrir la puerta y verla otra vez, a tocarla y... Apretó los ojos con fuerza y se obligó a serenarse para darles la respuesta que buscaban.

—A mi verdadera compañera.

Ignoró los exabruptos que emergieron de las bocas masculinas y tiró de la manilla para encontrarse ahora con la mujer espatarrada en el suelo de la limusina. Se revolvía como un gusano mientras soltaba impropiedades ininteligibles y pateaba la puerta contraria con ambos pies. Las ataduras y la mordaza que todavía conservaba le impedían hacer mucho más.

—Me atrevería a decir que tenemos un incidente internacional entre

manos, uno del que nos va a costar el desierto entero resolver —chasqueó Héctor—. Al sultán no le va a gustar ni un pelo todo esto.

Se limitó a gruñir una última vez, entró en la limusina, cerró la puerta tras él y dejó fuera a esos dos cabezas huecas. Sus ojos se encontraron con los de la chica que había conseguido ponerse de espaldas y lo observaba con un inusitado odio. Sus pechos, apenas contenidos por la delicada tela de un vestido de fiesta, se elevaban y bajaban al ritmo de la acelerada respiración, sus pezones se marcaban contra la parte frontal proclamando la ausencia de ropa interior. Tenía el rostro enrojecido, gotitas de sudor le perlaban la frente y el valle de los senos. Se acomodó en el asiento frente a ella, separó las piernas posando los pies a ambos lados de su cuerpo y se inclinó hacia delante.

—Voy a quitarte el pañuelo de la boca, te ruego que no grites.

Ella no dijo nada, se limitó a atravesarle con esos inquietantes ojos azules. Tampoco hizo ningún movimiento cuando acercó la mano para desatarle la mordaza, pero eso cambió cuando le retiró la tela de la boca. Sus dientes, blancos, inmaculados, se clavaron con saña en su mano, hundiéndose en la carne, provocándole una punzada de dolor y haciéndolo sisear.

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Suéltame ahora mismo! ¡No te vas a salir con la tuya! —empezó a chillar como una hiena. Entonces pareció coger aire y continuó con sus gritos—. ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Qué alguien me ayude! ¡Me han secuestrado! ¡Quieren venderme en el mercado negro!

Sus chillidos le taladraron los oídos, arrugó la nariz y, casi sin meditarlo, cogió el vaso de agua que todavía conservaba en su lado de la limusina y le lanzó el contenido a la cara.

La inesperada acción hizo que la muchacha dejase de gritar el tiempo justo para que sus oídos agradeciesen el interludio. El gesto de estupor en el rostro femenino pronto fue sustituido por una irritable desesperación. Nuevos

bandazos de su cuerpo maniatado en el suelo la llevaron lo suficiente cerca como para que la maldita mujer volviese a clavarle los dientes ahora en la pantorrilla.

—¡Por todos los desiertos! —Saltó y luchó con la instintiva reacción de empujar a aquella fiera de una patada. Se movió a un lado con rapidez y se abalanzó hacia delante, cayendo sobre ella y clavándola al mismo tiempo en el suelo de modo que no pudiese seguir agrediéndole—. ¡Cálmate!

—¡Secuestrador! ¡Cabrón! ¡Suéltame ahora mismo! ¡Te denunciaré! ¡Mandaré a la policía, a los S.W.A.T.T. y a la Guardia Montada del Canadá sobre tu culo como no me sueltes ahora mismo! ¡Bastardo! ¡Socorro! ¡Violador! ¡Me quieren violar! ¡Auxilio!

La empujó con un poco más de fuerza contra el suelo, el vehículo se movía con cada movimiento y, maldita fuera, ella olía de una manera deliciosa.

—He dicho, ¡cálmate! —ordenó con el mismo tono imperioso con el que esperaba que se le obedeciese. Necesitaba centrarse, tenía que dejar de verla como un apetitoso pastelillo, especialmente cuando esos dientes estaban cerca—. Deja de gritar. Nadie va a violarte, fiera estúpida.

—¿Estúpida? ¿Acabas de llamarme estúpida? —jadeó ella e intentó girar la cabeza para mirarle—. ¡No tienes derecho a llamarme estúpida o poner en entredicho mi inteligencia! ¡Eres un secuestrador!

Abrió la boca para decir algo pero la puerta se abrió dejando entrar un poco de aire, al momento los rostros de sus dos escoltas entraron en su campo de visión.

—¿Va todo bien ahí dentro?

Al ver su oportunidad, volvió a revolverse debajo de él y tomó aire para chillar a todo pulmón.

—¡Socorro! ¡Aquí! ¡Me han secuestrado! ¡Llamen a la policía! ¡Soco...!

—Cierra esa maldita puerta —gruñó con voz fría y mortal a los hombres.

Ambos debieron captar el tono de su voz pues la puerta se cerró en el acto.

—¡Suficiente! —clamó una vez más dirigiéndose ahora a ella. Giró el cuerpo femenino hasta que sus manos, atadas a la espalda, estuvieron sobre el suelo y esos ojos azules sobre los suyos, amenazándole con toda clase de torturas—. Deja de chillar de esa manera, vas a destrozarme los tímpanos.

—¿Y crees que me importa?

Volvió a chillar como una loca y no le quedó más remedio que recoger el pañuelo que le había quitado y aprovechar la abertura de su boca para introducirlo y ahogar así sus agudas protestas.

—Silencio —ordenó una vez más y se inclinó hacia ella, procurando mantenerse lejos de sus dientes—. ¿Qué hacías en esa habitación de hotel? ¿Dónde está su alteza, Bakara Nazira?

La pregunta pareció cogerla por sorpresa, casi podía decir que despertó el recelo en su mirada. Parpadeó y sus ojos perdieron la hostilidad inicial para sustituirla por confusión y sorpresa. Su cuerpo, todavía tenso, se suavizó y le pareció que farfullaba alguna cosa contra la mordaza.

—Te lo quitaré, pero si escucho un solo grito más, volverás a sentir su sabor —la avisó, se acercó a su boca y se detuvo en seco para hacerle una última advertencia—. Y si vuelves a morderme, no te gustará el castigo.

Se miraron unos momentos a los ojos, ella todavía respiraba de forma agitada, pero ya no parecía tan belicosa. Su cuerpo era cálido, blando y encajaba tan bien debajo del suyo...

Demonios.

Tuvo que esforzarse en dominar a su tigre y mantener su excitación a raya. Le retiró el pañuelo y apartó la mano con rapidez por si acaso. Vio cómo

se lamía los labios y esos dos pedazos de cielo se deslizaban sobre él antes de subir de nuevo a su rostro.

—Puedes hablar.

Su concesión pareció molestarla, pero no dudó en replicar:

—¿Quién eres? —La curiosidad y el recelo en su voz era palpable.

—Yo he preguntado primero.

La terquedad con la que levantó la barbilla y la mirada desafiante que le lanzó, pese a su actual situación, lo sorprendió.

—Y yo soy la que ha sido atada, amordazada y raptada de la puerta de mi habitación de hotel.

—No es tu habitación.

Levantó aún más la barbilla, incluso en esa posición tan vulnerable osaba desafiarle.

—Por supuesto que lo es —replicó con retintín.

—Tú no eres la princesa Baraka.

El nombre no le era desconocido, pensó al ver su precavida reacción.

—No, ni pretendo serlo —respondió sosteniéndole la mirada.

—¿Dónde está ella?

Los suaves y rosados labios se apretaron en una fina línea, pensó que no diría una palabra pero volvió a sorprenderle con su hostil curiosidad.

—Repito, ¿quién eres?

Su tigre agitó la cola, nervioso, deseoso de esa mujer y al mismo tiempo diría que incluso divertido por su belicosidad. Él la aceptaba ya, no le cabían dudas respecto a su identidad, sabía que era suya.

—Su esposo. —Era una respuesta tan ensayada que ya le salía sola. Sin embargo, ahora no tenía sentido, ante ella, esa palabra no era correcta.

Para su completa estupefacción la muchacha se echó a reír, las carcajadas hacían que ese pequeño y voluptuoso cuerpo bajo el suyo temblase

y la sensación le resultó de lo más placentera.

—No, no lo eres —replicó con palpable ironía—. Y puedo decirlo con absoluta seguridad, puesto que acababa de despedirme de los novios cuando me raptaron delante de mi habitación.

Su explicación lo descolocó durante un momento.

—¿Qué?

Los labios femeninos se curvaron en una satisfecha y sensual sonrisa que le arrancó una punzada de deseo en medio de aquel caos mental.

—¿No entiendes mi idioma? —le soltó irónica—. Kara se casó esta misma mañana con su prometido, el hombre con el que ha estado viviendo estos últimos dos años.

En su afirmación no cabía la mentira. Tal parecía que, después de todo, había llegado tarde y la ladina princesa se había salido con la suya.

—¿Se ha casado esta mañana?

Algo en su voz hizo que ella entrecerrase los ojos y lo mirase fijamente.

—Repetiré mi pregunta, ¿quién eres y qué es lo que quieres de ella?

La manera en que pronunció las palabras, su desconfianza, su cautela, todo en ella hablaba de lealtad hacia una mujer que no se la merecía. Su tigre gruñó, quería esa misma lealtad para él.

—Soy Kaliq Al-Hanak, príncipe del sultanato de Bahir y, en estos momentos, solo deseo una explicación que evite una deshonra a mi familia.

La inmediata palidez que cubrió el rostro femenino, la forma en que sus ojos se abrieron con asombro y el temblor de sus labios le indicó que su nombre no le era desconocido.

—Sabes quién soy.

Se sobresaltó, lo recorrió con la mirada y volvió a mirarle a los ojos al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, tú no...

—¿Yo no qué?

La vio estremecerse, sacudió una vez más la cabeza y apretó los labios.

—Me conoces... —No era una pregunta, sino una afirmación. Su nombre no le era desconocido, como al parecer tampoco su identidad.

—No, en realidad... nunca le había visto antes de ahora, alteza.

Entrecerró los ojos y se inclinó sobre ella, impidiéndola eludir su mirada.

—Pero sí has oído mi nombre con anterioridad —aseguró, no había error posible en su suposición—. La princesa te habló de mí.

Sus ojos se velaron un poco, desvió ligeramente la mirada y musitó en voz baja.

—Obviamente adornó un poco de más la realidad.

Enarcó una ceja ante la extraña respuesta, se inclinó sobre ella y le cogió la barbilla. El solo contacto lo estremeció hasta la médula y, a juzgar por la forma en que se abrieron sus ojos no fue el único que lo sintió.

—¿Quién eres tú, gatita?

La suavidad en su tono hizo que levantase los ojos y sus labios se moviesen en una apenas audible respuesta.

—Nadie, no soy absolutamente nadie.

CAPÍTULO 2

Oh, sí. Nadie. Quería seguir siendo nadie para él, porque su presencia allí no hacía otra cosa que complicarlo todo muchísimo más.

«Demonios, Kara. Se suponía que todo había quedado aclarado entre vosotros».

Él no la conocía, no sabía de su existencia, no tenía la menor idea de que Sarah, sin embargo, sí sabía quién era Kaliq Al-Hanak, el mayor de los príncipes de Bahir. Lo había conocido a través de los ojos de terceras personas, se había formado un retrato sobre el heredero del sultanato y, ahora, se daba cuenta que dicho retrato quedaba difuso ante la masculina, peligrosa y sensual realidad.

Demasiado lejos quedaban sus fantasías arabescas, el misterio y el romance que podía encerrar un príncipe del desierto, el hombre que estaba ante ella era dominante, orgulloso y un completo capullo.

Bakara le había hablado en muchas ocasiones sobre él, había hecho un retrato del hombre que no encajaba con el príncipe que ahora tenía delante. La primera vez que supo de su existencia fue durante la convalecencia de su amiga en Bahir, el *sheikh* Nazira había estado más que dispuesto a hablar sobre el compromiso que unía a su única hija con el príncipe heredero del sultanato.

«¿Estás prometida a un príncipe?».

Le había preguntado cuando quedaron a solas, Bakara había puesto los ojos en blanco y sonrió de soslayo.

«Él no está buscando a una princesa como esposa, sino una

compañera. Y yo no encajo en ese puesto. Además, mi amor está fuera de este desierto, así que... me temo que el príncipe Kaliq tendrá que seguir buscando esposa».

«Pero tu padre acaba de decir...».

«Mi padre obedecerá la voluntad del príncipe tygrain, es su deber y su honor».

Esos días le había hablado del país. Le relató algunas de las más antiguas leyendas ocultas en las arenas de su desierto, de los primeros moradores de la región, de la familia que gobernaba con fuerza y sabiduría el país y las ventajas y desventajas de vivir en un paraíso como aquel. Kara a menudo había comparado su vida allí con la libertad de la que disfrutaba en los Estados Unidos y, por supuesto, el asunto del matrimonio había salido a la luz. La princesa no tenía la menor intención de casarse con un hombre que ni siquiera conocía, alguien que no se había preocupado siquiera en conocerla, así que cuando la familia real decidió celebrar una fiesta para honrar el compromiso de su heredero y su amiga, ella puso punto y final a ese futuro matrimonio. Al menos, eso era lo que le había dicho entonces y lo que había supuesto hasta ahora.

«He hablado con el príncipe Kaliq. Me ha parecido un hombre inteligente y culto. Comprende que todo este asunto del compromiso no es más que algo arcaico, que es cosa de nuestras familias y le interesa tan poco como a mí casarse con un completo desconocido».

Se suponía que todo había quedado claro entre ellos, que ambos estaban de acuerdo en seguir cada uno su camino. Por el amor de dios, ¡si la muy loca se había casado esa misma mañana con su prometido, el hombre con el que llevaba viviendo dos años!

La llamada inesperada, el email con los billetes, la ausencia de su familia, todo ello cobraba ahora especial sentido.

«Tendrán que comprender que los tiempos han cambiado, que las tradiciones forman parte del pasado y que soy una mujer adulta y sensata, lo suficiente como para saber qué hacer con mi propia vida. Además, él no me necesita a mí, necesita alguien que sea capaz de hacerle frente y despierte el amor que solo un tygrain puede entregar a su compañera».

Qué tonta había sido. ¿Cómo había podido engañarla de esa manera? No habría una segunda ceremonia en su hogar natal dentro de quince días tal y como le había dicho. La muy loca se había casado a escondidas, en secreto y ahora, mientras se iba de luna de miel, Sarah tenía que enfrentarse a algo que ni siquiera tenía que ver con ella.

Tomó una profunda bocanada de aire y arrugó la nariz al notar el aroma de una colonia con un toque de sándalo. No era uno de sus aromas favoritos, lo consideraba demasiado fuerte, pero en ese hombre, la tesitura era distinta y le pareció que incluso le quedaba bien. Sus ojos de un oscuro tono marrón seguían fijos en ella, la estudiaba como si quisiese ver más allá de lo que estaba a simple vista; algo no muy difícil dado que todavía llevaba el vestido de la boda.

—Esto, ¿sería tan amable de quitarse de encima y desatarme, alteza?

Él entrecerró los ojos, pero no se movió ni un solo milímetro. Eso hizo que fuese más consciente de su cercanía, del calor que emanaba su cuerpo y de su complexión y musculatura. Era un hombre grande, podría decirse que incluso peligroso, aunque esa sensación la disminuía el caro traje a medida que vestía.

—Lo haré tan pronto me digas quién eres tú, cómo es que pareces conocerme y dónde puedo encontrar a esa traidora —insistió presionándola un poco más contra su cuerpo—. Y será mejor que tus respuestas me satisfagan.

Vale. Podía ser mono, estar bueno, pero era un completo capullo. Quizá Kara había hecho lo correcto después de todo mandándole a paseo. ¿Quién se

creía que era?

—No le importa quién soy yo. Como ya le he dicho, no le conozco más allá de lo que estoy teniendo el dudoso placer de notar sobre mí y, si por traidora se refiere a la princesa Bakara, lo más seguro es que en estos momentos ella se encuentre disfrutando de su noche de bodas —le soltó—. Por otro lado, si no me saca ahora mismo las manos de encima y me desata, tenga por seguro que no tendré reparo alguno en acusarle de secuestro y llevarlo ante las autoridades... príncipe o no.

Su respuesta fue gruñirle, un sonido masculino e irritado que precedió a su propio cuerpo siendo levantado en vilo en ese pequeño habitáculo. Un instante después él se había sentado en uno de los asientos y la mantenía doblada sobre sus piernas, con la cabeza apoyada en el asiento.

—Has reaccionado al escuchar mi nombre, está claro que sabes quién soy —replicó él y tragó saliva al notar sus manos aflojando las ataduras que la mantenían sujeta.

—El escuchar hablar de alguien no es lo mismo que conocerle.

Una vez le soltó las manos la giró de golpe y se vio obligada a aferrarse a algo para no caer; ese algo resultaron ser sus brazos.

—Muy cierto —asintió y volvió a clavar esos felinos ojos en su rostro—. Ahora, dime quién eres.

Se lamió los labios.

—Soy una amiga de su ex prometida —le dijo sin querer revelar su nombre—. Y, si quiere hablar con Bakara, le daré encantada su teléfono de contacto... tan pronto se disculpe y me lleve de regreso a mi hotel.

—No tengas tanta prisa, mujer, si alguien debe pedir disculpas aquí, esa eres tú. —Levantó la mano en la cual podía apreciarse una sangrante herida y la marca de sus dientes—. Me has mordido. Dos veces.

Jadeó visiblemente alucinada.

—Teniendo en cuenta que me ha raptado, atado y me han tratado como si fuese un fardo, diría que ahora estamos a mano.

Se miró la mano como si le costase creer que tenía sus dientes escritos en ella, entonces procedió a soltarle los tobillos.

—No deberías morderle a un príncipe Al-Hanak —comentó cuando terminó el trabajo, deslizó los dedos durante un fugaz momento por su pierna y fijó la mirada en su rostro—. Podría querer devolverte el mordisco.

Se estremeció, pero no supo si fue debido a su contacto o a que por fin podía mover las piernas.

—Debería advertirle eso a sus víctimas antes de secuestrarlas.

Se recostó contra el respaldo del asiento y la contempló.

—No eres tú la que esperaba encontrar en mis redes.

—Gracias a Dios.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Un error que estoy convencida podremos solventar tan pronto como me saque las manos de encima y me devuelva al hotel del que me sacaron esos dos gorilas que tiene ahí fuera, alteza.

Todavía no podía creerse su mala suerte. De todas las personas que podían aparecer en su camino, había tenido que ser él. Cuando le pusiese encima las manos a su amiga, la estrangularía, vaya que sí.

—Mucho me temo que la solución a este inesperado conflicto no es tan sencilla como crees —aseguró ciñéndole la cintura un segundo antes de hacerla resbalar sobre el asiento de modo que quedase a su lado—. Todavía no me has dicho quién eres y qué hacías en una habitación a nombre de la princesa.

—No sé si está sordo o es que no le apetece oír lo que digo —resopló y le apuntó con el dedo—. Pero, ¿sabe qué? No me importa. Sea lo que sea que haya ocurrido entre ustedes, sea cual sea el motivo que le ha empujado a hacer

algo tan absurdo como llevar a cabo un secuestro, es algo que tendrá que hablar con Bakara. Así que, si le da lo mismo, yo me bajo del coche aquí mismo...

Se echó hacia delante y alcanzó la manilla de la puerta solo para notar un tirón del otro lado cuando esta se abrió. Al momento uno de los enormes hombres vestidos de traje negro se interpuso en su camino.

—¿Alteza?

Escuchó un bajo resoplido a su espalda, entonces unas fuertes manos se cerraron sobre su cintura y tiraron de ella hacia atrás. Al momento volvió a estar sobre el regazo del príncipe, inmovilizada por su brazo.

—¿Va todo bien?

Él se limitó a suspirar, pudo sentir el calor de su aliento cerca de su oreja y se estremeció.

—Depende lo que consideres bien —resopló él, su aliento le acarició el oído—. Acabo de ser informado que la princesa Bakara Nazira ha contraído nupcias esta misma mañana.

Los gestos de asombro e incredulidad de los dos escoltas parecían genuinos.

—¿Cómo?

—¿Es una broma?

—Mi... invitada, acaba de informarme del reciente enlace... —aclaró señalándola.

Los ojos marrones de uno de los hombres se posaron sobre ella y, durante un breve instante, quiso hacerse más pequeña. Entonces fue consciente de su posición y luchó para resbalar de su regazo de nuevo al asiento, pero el príncipe no se lo permitió.

—Déjame ir... ahora mismo —exigió, fulminándole con la mirada.

Para su consternación, los labios masculinos se estiraron en una

perezosa y sexy sonrisa.

—No.

La seguridad con la que se negó la dejó pasmada.

—A ver, a ver, a ver... ¿Estás diciendo que la princesa de la tribu Nazira se ha casado con otro? —Se adelantó el otro hombre, una copia casi idéntica del primero de no ser porque este no llevaba turbante—. Pero, ¿la boda no era mañana?

—Al parecer fue hoy.

—La madre que la...

—No ha podido hacerlo —añadió entonces el otro hombre, su gesto más serio y parecía que incluso más indignado que los otros—. Eso sería una deshonra para la primera tribu y una traición imperdonable para con la familia real.

—¿Quieres decírselo tú? —la interpeló entonces él—. Parece que hoy no tengo tanto poder como de costumbre, ya que no me creen.

Entrecerró los ojos y resopló.

—A mí no me metas en sus líos, alteza.

—Pero, ¿es en serio? —insistió el primero—. ¿Esa harpía se ha casado con alguien más?

—Jamal...

Ignorando el toque de atención de su señor, Sarah lo fulminó con la mirada.

—Llámala harpía una vez más y cantarás como un castrato —lo amenazó. Puede que Bakara hubiese metido la pata, pero seguía siendo su mejor amiga y si alguien iba a estrangularla era ella.

El hombre pareció genuinamente sorprendido por su amenaza.

—Vaya, ella tiene uñas, príncipe Kaliq.

Bajó la mirada y se encontró con la suya, su brazo se ciñó incluso más

alrededor de su cintura.

—Y dientes —aseguró entrecerrando los ojos, entonces levantó la mano—. Puedo atestiguarlo.

Hubo un jadeo colectivo.

—¿Te ha mordido?

Asintió para su mortificación.

—Dos veces.

—Esto se pone interesante —comentó el tal Jamal cruzándose de brazos—. Aunque no sé si a tu padre le hará tanta gracia como a mí.

—Habrá que esperar para averiguarlo —murmuró en voz baja, con gesto pensativo. Entonces se giró hacia ellos—. Por ahora, regresemos.

Sus compañeros se miraron, la miraron a ella y cerraron la puerta dejándolos de nuevo a solas en aquel pequeño habitáculo.

Tenía que intentar ser amable y no desear morderle de nuevo, pero se lo estaba poniendo realmente difícil.

—Le agradezco que me deje de nuevo en el hotel, alteza —comentó haciendo hincapié en sus deseos—. Le daré el número de la princesa, estoy segura de que, si hablan las cosas, podrán arreglar lo que quiera que...

—No vamos a tu hotel —le dijo apretándola más contra su cuerpo, entonces pareció hundir la nariz en su cuello, como si la oliese—, sino al aeropuerto.

—¿Al aeropuerto? —parpadeó confusa, encogiéndose por las cosquillas ante su toque—. ¿Para qué?

—Para abordar un avión —declaró con sencillez—. Como he dicho, se ha generado un pequeño conflicto internacional y he de ponerle fin de la mejor manera posible.

Bueno, eso podía entenderlo. Ella misma había estado en medio de algunos conflictos delicados a lo largo de sus dos últimos años de trabajo

como consultora y sabía que el tiempo era primordial para la buena resolución de las cosas.

—De acuerdo, puede dejarme allí y cogeré un taxi para volver al hotel...

—No cogerás ningún taxi.

Su firme respuesta la cogió por sorpresa.

—¿Por qué no?

—He venido a los Estados Unidos para... encontrar a mi esposa — declaró sin dejar de mirarla—. Y no volveré a casa sin ella.

Sacudió la cabeza sin comprender.

—Pero ya le he dicho que Bakara...

—Sí, me lo has dicho —aceptó sin más—. Y ya que tu amiga ha optado por casarse y dejarte a ti atrás, serás tú quién ocupe su lugar.

—¿Queeeeeeee?

Le cogió la barbilla con los dedos y se la levantó hasta que sus miradas se encontraron.

—Tú serás mi esposa.

Ni siquiera pudo protestar, pues sus labios acallaron cualquier posible respuesta y su lengua incursionó en su boca haciéndola olvidarse hasta de respirar.

Demonios, la estaba besando un príncipe y no podía encontrar ni un solo gramo de voluntad para oponerse a ello.

CAPÍTULO 3

Había sido irreflexivo, precipitado, pero no quería separarse de esa mujer. Su beso no había hecho más que confirmar lo que ya sabía, que esa pequeña cuyo nombre todavía desconocía, era su compañera. La deseaba, empezaban a picarle los dedos por conocerla íntimamente, por tocar su piel y aprender su sabor. Además, era la única que podía dar respuesta a las preguntas que bullían en su mente, que podía arrojar algo de luz a los inesperados sucesos de los que había sido informado.

Casada. La mujer a la que había estado prometido, su futura esposa, se había desposado esa misma mañana con otro hombre sin pensar en su previo compromiso, en su país o en lo que significaba para su propia casa esa irreflexiva falta. No podía decir que le sorprendiese, estaba claro que su «aplazamiento» para verle no había sido otra cosa que un ardid más de esa caprichosa criatura. Curiosamente encontraba que no le molestaba tanto como debería, en realidad había dejado de pensar o preocuparse por esa mujer desde el mismo instante en que tuvo delante a su compañera.

Hizo una mueca al sentir el escozor del antiséptico que se había aplicado, la marca de los dientes se mostraba perfectamente en su mano, un claro recordatorio de que la muchacha que había secuestrado y arrastrado hasta el avión, no era precisamente una damisela en apuros. Y no era el único lugar en el que tenía grabados sus dientes, la fierecilla le había dejado también su molde bucal en la pantorrilla, solo que, gracias al pantalón, no había conseguido sacar sangre.

Cerró el grifo y levantó la cabeza hasta encontrar su propio reflejo en el

espejo del baño. Todo en él hablaba del príncipe que era, de su forma de vivir, de las comodidades a las que estaba acostumbrado, pero solo quién le conociese de verdad vería que aquel no era el reflejo de un príncipe, sino de un hombre confundido con sus propias decisiones.

—Un jodido conflicto internacional.

¿No era precisamente lo que había provocado él mismo al meter a Sarah en el avión en contra de su voluntad?

Había hecho que sus compañeros regresasen al hotel y registrasen la habitación en busca de su documentación. Quería saber quién era, qué hacía en aquel hotel y qué relación la unía exactamente a su antigua prometida. Necesitaba saber a qué se enfrentaba y, más que ninguna otra cosa, ahora necesitaba regresar a casa con esa mujer como su esposa.

¿No había sido ese el motivo principal de su pelea familiar? ¿No había emprendido ese viaje para terminar de una vez por todas con todo aquel asunto?

«Escoge con sabiduría, pero escoge con el corazón».

Las palabras de su madre, la sultana, lo habían cogido por sorpresa. Había ido a visitarla a sus aposentos antes de salir de viaje. Como la primera esposa de su padre poseía una zona privada en el palacio, un conjunto de habitaciones que formaba en sí mismo una pequeña casa.

Amina era una mujer calmada, leal a los suyos, sincera y fiel, con el tiempo su padre había encontrado en ella una mujer en la que podía confiar, si bien su alma pertenecía a su compañera, no ignoraba el hecho de que su corazón todavía guardaba cariño por su primera esposa. Ella había sido la que había aportado ideas innovadoras que habían llevado su país a un nuevo nivel, era un pilar importante en las políticas de su padre y también la única culpable de que todos y cada uno de los príncipes hubiesen cursado sus estudios en el extranjero. Su madre les quería a los tres por igual, no mostraba favoritismos a

pesar de saber que su marido había tenido dos hijos con otra mujer.

Él siempre había encontrado en ella a una amiga, una consejera, y esa mañana, cuando pasó a despedirse, no había dudado en decirle lo que quería; que no repitiese los pasos de su padre y los suyos propios.

«Si crees que ha llegado el momento de escoger esposa, hazlo. Pero no te precipites, no lo hagas porque tu padre te lo haya ordenado, hazlo porque has encontrado a la mujer sin la que no podrías vivir».

—He venido en busca de una esposa que se ha casado hoy mismo con otro —resumió contemplando su reflejo—, y en su lugar regreso con algo que ni siquiera esperaba encontrar; mi propia compañera.

Necesitaba una princesa, una mujer que estuviese preparada para hacer frente a una nueva vida, que aceptase a su tigre, que pudiese estar a su lado en los asuntos de estado y que, con el tiempo, se convirtiese también en la madre de sus hijos. La familia era algo muy importante para su gente, desde que era un niño había visto esa especial unión y eso era lo que quería para el futuro. Había pensado que Bakara sería la adecuada para el puesto, después de todo pertenecía a una de las primeras tribus, era consciente de su naturaleza felina, había sido educada para ser princesa y convertirse en un pilar importante de su país.

Tenía que haber supuesto que la traviesa mujer que había conocido cinco años acabaría haciendo algo parecido.

—¿Qué opinas sobre lo del matrimonio concertado? —Le había preguntado ella durante su breve reunión en la celebración que habían dado en su honor—. ¿No te parece algo arcaico? ¿Quién tiene derecho a decirnos con quién debemos o no casarnos?

—Los compromisos entre familias llevan celebrándose en nuestro pueblo desde la época de nuestros antepasados.

—Lo cual los hace arcaicos —insistió ella—. Si me caso, será por

amor.

Le había hecho gracia su comentario y no había dudado en coquetear con ella.

—Siéntete libre de empezar a enamorarte de mí.

Ella se había reído, habían intercambiado algunas frases más y finalmente se habían despedido.

—Esperemos que la próxima vez que nos veamos, seas tú el que caiga rendido a mis pies, alteza —le dijo ella con gesto divertido—. Sería justo, ¿no?

Sonrió y le cogió la mano para llevársela a los labios.

—La próxima vez que nos veamos, princesa Bakara, serás mi esposa.

Bien, la gatita se había salido con la suya, había deshonrado el compromiso por sí misma, muy posiblemente a espaldas de su padre, lo cual iba a levantar más polvo del necesario. No le deseaba ningún mal a la muchacha, pero su actitud infantil acababa de meterles a ambos en un lío mucho mayor del que deseaba.

—Solo a mí podía ocurrírseme decirle al viejo que volvería a casa con una esposa o no volvería —murmuró para sí, apoyándose en el lavabo. No pudo evitar hacer una mueca, había estado tan confiado en hacer exactamente eso que no se detuvo a pensar, una vez más actuó por impulso y he aquí el resultado.

Se mojó las manos y se salpicó la cara necesitando refrescarse para su próximo encuentro con la fierecilla que había dejado en la sala de estar. Esa mujer sabía cómo destrozarle los tímpanos, por no mencionar que también se defendía realmente bien con los puños. Hacerla subir al avión había sido otra odisea, si hubiese tenido una cámara a mano, sin duda lo habría grabado para la posteridad.

—Mi propio y personal conflicto internacional —sacudió la cabeza y

suspiró—. En qué demonios estaba pensando.

Un secuestro. Había ideado recuperar a esa díscola princesa para tener una charla y en cambio había terminado con una completa desconocida en su regazo. Una mujer que le había mordido, había luchado como una leona y había defendido el nombre de su amiga frente a completos extraños. Si lo pensaba bien, su actitud era tan irracional como la suya propia, había pasado de maldecir y pedir auxilio a gritos —algo normal en su situación—, a mantener una conversación civilizada con él como si acabasen de ser presentados en un encuentro social.

—Ni siquiera sabes quién es —se recordó mirando su propio reflejo.

Y a pesar de ello, había algo que no podía evitar: la deseaba. Estúpida e irracionalmente, deseaba a una desconocida, a una humana y ese deseo hacía que su tigre quisiese hacerse con el mando y reclamarla para sí.

Se secó la cara y le dio la espalda a su reflejo para volver a la sala de estar del avión.

El *Falcon 7X Jet* era uno de los últimos aviones privados del mercado, un caro capricho de su padre que rentabilizaba la familia en viajes oficiales o en escapadas como la que él mismo había protagonizado. Con capacidad para once personas y tripulación, era como un pequeño hotel volante: cocina/bar, sala de estar, sala de reuniones, baño y un pequeño dormitorio además de la cabina. El lugar perfecto para relajarse durante los largos viajes que solían realizar y para mantener a una díscola mujer como su compañera bajo su mismo techo.

Sus dos escoltas estaban sentados en el área de reuniones en sendas butacas, separados de la sala de estar y la belicosa mujercita por una división de madera de roble rojo. Sarah estaba acurrucada en uno de los amplios asientos de cuero color crema, mirando por la ventanilla con actitud tensa. Habían cumplido con su encargo y, tras registrar la habitación del hotel de la

muchacha, habían vuelto con su documentación; algo que ella no tenía por qué saber.

—Deberías relajarte, tenemos un largo vuelo por delante —le sugirió ocupando su lugar frente a ella.

—Esto es un secuestro —la escuchó farfullar, pero no se molestó en girarse hacia él.

—Preferiría que lo considerases un viaje a gastos pagados —respondió acomodándose—. ¿Has salido alguna vez de los Estados Unidos?

—¿Quiere decir después de ser secuestrada, vapuleada y cargada sobre el hombro como un fardo cualquiera, alteza? —escupió su título—. Pues no. De hecho, cuando viajo suelo llevar conmigo el pasaporte, entre otras cosas.

—No te preocupes, tan pronto aterricemos, nos encargaremos de conseguir... una copia de toda tu documentación —le informó con tranquilidad.

Se giró en el asiento lo justo para mirarle.

—Para eso necesitarías saber mi nombre.

La miró y sonrió de soslayo.

—Oh, pero lo sé, Sarah —declaró con tono divertido y echó un vistazo por encima del hombro, encontrándose con la mirada de Jamal, quién enarcó una ceja desde el otro reservado—. Tengo un personal muy eficiente.

—Solo hace falta un número de la seguridad social y... ¡boom! Obtienes toda la información que necesitas —replicó el hombre—. Sarah Angelic Tennant, veintisiete años. Nacida en Idaho, padre Richard Tennant, madre Angélica Roswell, se trasladó a Ohio con su familia a los seis años... ¿Sigo?

Sarah se levantó con un jadeo, su mirada pasó de él hacia el otro apartado, encontrándose con la de su compañero.

—¿Y cómo demonios habéis conseguido mi número de la seguridad

social? ¿También habéis irrumpido en mi habitación y habéis violado mi intimidad? —se giró hacia él y parecía más indignada que furiosa—. ¿Es así como intimida a la gente? ¿Cómo utilizas su... estatus... para secuestrar a mujeres indefensas?

Levantó su mano cubierta con un apósito.

—Nunca te consideraría una mujer indefensa, Sarah —declaró y bajó la mano, cruzando ambas sobre su estómago—. De hecho, ese es uno de los motivos por los que eres la candidata perfecta. La princesa me ha hecho un favor sin siquiera saberlo al dejarte atrás...

—Si su ex prometida decidió casarse con otro no es culpa mía.

—No, no lo es.

—¿Entonces por qué demonios me ha secuestrado? ¡Yo no tengo nada que ver en todo esto! ¡No tengo nada que ver con usted!

—Ahora sí, querida —replicó, le cogió la barbilla y la sujetó—. Vas a ser mi esposa.

—No me gustan las bromas.

—¿Quién dijo que bromeo? —se inclinó sobre ella y le rozó los labios con el pulgar—. Hablo muy en serio.

—Déjeme que le recuerde algo de vital importancia, alteza.

—Dadas las circunstancias, considero que puedes tutearme. Llámame Kaliq.

Entrecerró los ojos y dejó claro su punto.

—Me has secuestrado.

—Una minucia.

—No te conozco.

—A eso le pondremos remedio antes o después.

—¿Acaso escuchas lo que digo?

—Claro que sí, otra cosa es que haga caso —declaró convencido.

Entrecerró esos bonitos ojos azules e hizo un mohín.

—Permíteme que te lo explique de otra forma —declaró, insistiendo en mantener un tono educado—. No me casaría contigo ni aunque fueses el último hombre sobre la tierra.

Se limitó a sonreír.

—No contengas la respiración, Sarah, puedo ser muy persuasivo cuando me lo propongo.

—No tenía intención de contenerla, me gusta respirar, de hecho, lo hago mucho mejor cuando nadie invade mi espacio personal —replicó, apuntándole con el dedo cuando acertó la distancia entre ambos—. ¿Sabes lo que es la privacidad?

—La encuentro sobrevalorada entre tú y yo —la rodeó sin tocarla, aspirando su aroma, ronroneando de placer—. Hueles muy bien.

—¿Acaso no debería hacerlo? Considero que el aseo diario es una prioridad.

—No era un insulto.

—¿Esperas que te dé las gracias por ello?

Hizo a un lado su pelo, le rodeó la cintura con el brazo y posó la palma abierta sobre su estómago empujándola contra él.

—No, por el contrario, soy yo el que está agradecido por el simple hecho de que estés aquí —murmuró—. Eres un regalo inesperado —le acarició el cuello con la nariz y notó como se tensaba—, una joya demasiado valiosa para pasarla por alto —le mordisqueó el lóbulo—, y eres toda para mí.

La besó tras la oreja notando como su cuerpo se estremecía y perdía rigidez.

—Estás... confundido —escuchó su vacilante voz—. Frustrado porque las cosas no han salido como deseabas...

—No lo negaré.

—Pero no es culpa mía y yo no soy una buena sustituta para...

—¿Sarah? —La giró en sus brazos atrapándola de nuevo contra su cuerpo, encajando su erección entre sus muslos—. Tú no eres una sustituta, eres... quién estás destinada a ser.

Capturó sus labios, deslizó las manos por su espalda, acariciándola, rodeándole los glúteos para amasarle el trasero y apretarla contra él. Sabía tan bien, era tan suave y cálida, no pudo evitar ronronear, su olor era embriagador y hacía que la desease más y más.

Gimió en su boca, su lengua se enlazó tímidamente con la suya, sus manos subieron voluntariamente a sus brazos y se aferró a él como si temiese caer si no se apartaba.

Ardía en deseos de desnudarla, tenderla en la cama y recorrer todo su cuerpo con la lengua, quería impregnarse de su aroma y que ella y toda su piel oliese a él.

—Te deseo, Sarah, te deseo de una manera descarnada. —Volvió a besarla apretándola contra su cuerpo, deslizando los labios por su mejilla, mandíbula y cuello. Arrastró la tela del vestido con los dedos, recogéndola hasta tocar su piel desnuda.

—No... espera... esto no... yo no... ni siquiera puedo pensar a derechas.

—Shh —le acarició el muslo desnudo, la besó en el hombro y entonces, haciendo un enorme esfuerzo dejó caer la tela y la soltó—. No hay nada que pensar, solo deja que ocurra.

Sacudió la cabeza y empujó su pecho en un obvio intento de apartarse. Le dejó salirse con la suya... por ahora.

—De... de acuerdo, ya has demostrado tu punto, ahora... las manos dónde yo pueda verlas.

Sonrió para sí al ver su agitación, su gato ronroneó al oler la dulce excitación femenina.

—¿Tienes pensado morderme otra vez?

—¿Vas a darme más razones para ello?

Levantó las manos y le indicó el sillón en el que había estado sentada.

—No. Intentaré no dártelas.

—Bien. —Se alisó la tela del vestido, pero sus mejillas estaban coloradas y tenía los labios hinchados. Era una visión muy sexy.

—Dime, gatita —cruzó las piernas y se puso cómodo—. ¿Cómo es que has terminado asistiendo a la boda de la princesa Nazira?

CAPÍTULO 4

Kaliq vio como la repentina pregunta la cogía por sorpresa. Así era como la quería: descolocada y perdida en su compañía. Se había excitado en sus brazos y cuando se hubiese casado con ella, la haría completamente suya. Honraría a su compañera, así tuviese que darse en pocos minutos una ducha fría, no la reclamaría hasta que fuese suya legalmente.

—¿Por una invitación de los novios? —respondió a su previa pregunta.

Sonrió interiormente, pero no dejó que traspasara sus labios.

—De la novia, ¿quizá?

—No vas a arrancarme ni una sola palabra al respecto —le dijo recuperando la soltura en sus palabras—. Me habéis raptado, maniatado, amordazado, metido en un coche y luego arrastrado a un avión. Estoy en este puñetero cacharro con rumbo a no sé dónde...

—A Bahir. Un pequeño sultanato entre las ciudades de Al Ain en los Emiratos Árabes y Sihlat, en Omán.

Su país era un pedazo de tierra con raíces nómadas, fundado según la creencia popular, por los descendientes de un afortunado nómada y su hija, los cuales llegaron a esa zona procedente de Egipto. De esa familia habían surgido las tres tribus principales y más antiguas de las que se tenía constancia escrita y formaban la base angular de su cultura. Bahir no era tan famoso o conocido como el gran sultanato de Omán, pero casi lo preferían así. Sus relaciones internacionales eran satisfactorias, mantenían uniones comerciales con sus vecinos y con otros países de los que se habían beneficiado tanto económica como culturalmente. Eran una nación con una gran diversidad

étnica la cual se veía reflejada en su arquitectura, en su gobierno y en los distintos idiomas que se hablaban además del oficial.

—¡No puedes sacarme del país, así como así! —estalló Sarah—. ¡Exijo que me devolváis a mi hotel!

La miró con cierta diversión, no cabía duda que sabía cómo hacerse notar.

—No estás en posición de exigir nada. —Al menos, no en esos momentos—. Te han encontrado en una suite de hotel a nombre de la princesa Bakara, su alteza parece haber desaparecido y tú tener la suficiente información sobre mí como para saber exactamente cuál era el motivo de mi presencia en tu país.

Y eso era otro punto a tener en cuenta. ¿Qué sabía exactamente de él? ¿Sabía algo más que su nombre y su título? ¿Estaba al tanto de la jugada que le tenía preparada la díscola princesa?

—Para empezar, su alteza no ha desaparecido, se ha casado y ahora mismo estará disfrutando de su puñetera noche de bodas o de su luna de miel, ya no sé ni qué hora es —resopló hastiada—. Y si estaba en esa suite de la que esos dos idiotas me arrancaron a la fuerza, es porque la novia hizo las reservas a su nombre. Desgraciadamente lo que sabía de ti, príncipe Kaliq Al-Hanak, no es ni la mínima parte de lo que sé ahora. Kara debió de equivocarse de hermano al describirte... eres insufrible.

Así que sabía que tenía hermanos. Interesante.

—Diría que tenéis un grado de amistad bastante profundo —comentó, optando por indagar un poco más en los conocimientos de su compañera.

—Lo cual no es asunto tuyo —sentenció tajante. Su hermetismo lo llevó a sonreír para sí.

—Eres una muchachita leal —dijo con visible apreciación—. Esa es una cualidad que sin duda aprecio en mi futura esposa.

—Nunca te negaron nada de pequeño, ¿verdad? —replicó con un mohín—. Por eso piensas que puedes salirte siempre con la tuya. Pues tengo noticias para ti, principito, resulta que ya has crecido y yo no soy tu nuevo juguete. No vas a conseguir de mí lo que quieres.

No pudo evitar deslizar la mirada sobre su cuerpo con gesto revelador.

—¿Acaso sabes lo que quiero de ti, Sarah? —Volvió a encontrarse con sus ojos—. ¿Todo lo que quiero de ti?

Sus mejillas adquirieron un punto de color, pero eso no evitó que levantase la barbilla desafiante.

—Un simple beso no va a hacerme cambiar de opinión —respondió con una mueca—. No voy a casarme contigo.

Enarcó una ceja.

—Si uno no ha sido suficiente...

Ella extendió las manos al momento.

—Ni se te ocurra.

Chasqueó la lengua y extendió el brazo sobre el respaldo del asiento.

—Esperaré. Nos casaremos tan pronto aterricemos y después, bueno, dejemos que esa parte quede todavía en el misterio...

Esos bonitos ojos azules se angostaron y apretó los dientes.

—No voy a casarme contigo, ¿qué parte de ello no entiendes?

Se limitó a mirarla.

—Sí, lo harás.

—Ni muerta.

—Ciertamente te prefiero viva.

Se levantó de golpe, pegó un pequeño pisotón en el suelo y lo acusó con el dedo.

—¡Deja esta insensatez y envíame a casa!

Ni por todo el oro del mundo, compañera, pensó para sí. Su tigre

ronroneó acorde a sus pensamientos.

—¿Tienes familia? —Optó por cambiar de tema—. Tus padres, ¿tienes contacto con ellos?

—¿Lo tienes tú con los suyos?

—Con ambos, al igual que con el resto de mi familia más inmediata —asintió brindándole un poco de información. Sería una buena forma de empezar a conocerse—. Veo más a mis hermanos que a mi madre o a mi padre, pero son mi familia e intento mantener siempre el contacto cuando no estoy en el país.

—Pues mira qué bien.

—Es tu turno de responder.

Resopló y señaló en dirección al compartimento dónde estaban sus escoltas.

—Que te lo digan *Pin y Pon*, ya que parecen haber hecho un estudio completo de mi persona —sugirió y se cruzó de brazos.

—Te lo estoy preguntando a ti —le recordó con tranquilidad—. Hace un rato has dicho que no nos conocemos, así que, qué mejor manera de solucionarlo que hablar de cada uno.

Lo fulminó con la mirada.

—Mantengo una cordial relación con mis padres, ¿contento?

Era como un pequeño erizo, suave y lleno de púas.

—¿Tienes hermanos?

—Soy una maravillosa hija única.

No pudo evitar sonreír ante el sarcasmo en su tono.

—Y esa maravillosa hija única, ¿a qué se dedica exactamente?

Se giró hacia él con una secreta sonrisa.

—A planear una cojonuda acusación contra los chalados que la raptaron en la puerta de la suite del hotel en el que se alojaba. Creo que tengo suficiente

material para ello: la ataron, amordazaron, le cubrieron la cabeza con un saco para introducirla luego de golpe en una limusina y que su cabecilla, un principito caprichoso, la arrastrase a su avión privado para poner rumbo inmediato a un país de los Emiratos Árabes —relató con tal rapidez y precisión que se habría reído si de no estar ella tan indignada—. Pero como soy magnánima, te daré cinco minutos para que te disculpes y te acojas a las leyes de inmunidad diplomática y esto quede todo en un enorme malentendido. No presentaré cargos.

—¿Eres abogada?

—Peor —le soltó con visible seguridad—. Consultora internacional. Trabajo para el sector privado como asesora de comercio exterior.

Y aquella era sin duda la última respuesta que podía esperar que saliese de una boca tan sexy.

—¿Licenciatura en ciencias políticas y de la administración?

Ella asintió y levantó ligeramente la barbilla.

—Estoy impresionado. —Y lo estaba. Era una muñequita, bastante joven para tener un cargo como aquel y la obvia experiencia que sugerían sus palabras.

—No deberías estarlo, las mujeres podemos hacer el mismo trabajo que los hombres o incluso mejor —replicó sin más—. ¿Y tú? ¿Haces algo más en la vida que saludar con la mano a los súbditos y ordenar el secuestro de personas a las puertas de sus habitaciones?

—Algunas cosas más —aceptó sin poder evitar sentir cierta diversión ante el irritado y condescendiente tono—. He cursado estudios en Europa y Estados Unidos: Ciencias Sociales, Políticas y de la Comunicación por un lado y Dirección y Marketing de Empresa por otro. Tengo dos Masters y otros estudios y aptitudes necesarios para desempeñar mi labor como diplomático y heredero de un país con efectividad. No soy un principito consentido e inútil,

como parece haber pensado.

Enarcó una delgada ceja y sacudió la cabeza.

—Se te olvidó el *hobbie* de secuestrar a la gente.

—Yo no lo llamaría secuestro —negó divertido—. De hecho, me estoy limitando a llevar a mi futura esposa a conocer su nuevo hogar.

—Si ese es el caso, deberías dejarme en la próxima escala y recogerla a ella.

La miró a los ojos y sonrió para sí. Sus palabras acababan de darle la solución perfecta.

—Tienes razón, haremos precisamente eso —aseguró, entonces alzó la voz para que sus compañeros, los cuales no habían perdido detalle de la conversación, supiesen que hablaba para ellos—. Héctor, informa al capitán Abdul de que deseo hacer una escala en *el FJS* de Munich —les informó, entonces comentó algo más en su idioma natal.

—Sí, alteza —respondió el aludido antes de levantarse y desaparecer al otro lado de la cortina.

Volvió a mirar a Sarah, quién lo contemplaba con abierta desconfianza.

—No sé qué les habrás dicho al final, pero te lo advierto. Si intentas algo raro, te juro por Dios y todas las religiones existentes, que no te gustarán las consecuencias, príncipe Kaliq.

Se limitó a ponerse cómodo, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y sonrió abiertamente.

—Descansa un poco, Sarah, todavía nos quedan unas cuatro horas y media hasta alcanzar nuestra escala.

—Como si pudiese hacerlo —rezongó mirando ya a su alrededor—. Necesito una copa, ¿puedo hacerme ilusiones de que haya algo de alcohol en este lugar? Ignoro tus preferencias culturales, pero yo necesito algo que me espabile.

—Descubrirás que Bahir no es tan estricto como otros países árabes. Somos un sultanato pequeño pero multiétnico, acogemos varias religiones y culturas y, en lo que se refiere a la familia real, digamos que estamos bastante occidentalizados en ese aspecto.

—Sí, claro, tan occidentalizados que seguís recurriendo al rapto para encontrar esposa —masculló en voz baja. Intuía que su intención era que no le escuchase, pero ella no sabía que contaba con una maravillosa capacidad auditiva cortesía de su naturaleza *tygrain*—. Si me dices dónde está el bar, la cocina o lo que quiera que tenga este avión, me serviré yo misma.

Indicó el compartimento anterior con un gesto, dejaría que obtuviese lo que deseaba, al menos por ahora. Quería que bajase la guardia y dejase de oponerse con tanta rotundidad a su presencia.

—Sigue todo recto, lo encontrarás después de la sala de reuniones a mano derecha —le respondió—. Estamos en un avión, no tiene pérdida.

Su apreciación no le hizo la menor gracia.

—Yo beberé agua —le informó al mismo tiempo—. Con hielo y una rodaja de limón.

Enarcó una ceja y ladeó la cabeza.

—¿Tienes miedo de que te emborrache?

Negó con la cabeza.

—En absoluto —negó divertido—. Pero uno de los dos deberá mantenerse sobrio, Sarah.

Su respuesta fue soltar un bufido, le dio la espalda y salió dejándole ronroneando como un gato satisfecho. Sí, esa mujer prometía ser una compañera de lo más ocurrente, no se aburriría a su lado.

CAPÍTULO 5

Las bebidas alcohólicas eran algo que tendría que sacar del alcance de su compañera, pensó Kaliq con palpable ironía. No le preocupaba tanto el hecho de que pudiese convertirse en alcohólica como el hecho de que cantaba como un pajarillo con solo dos copas encima. Las mejillas sonrosadas, la mirada brillante y esa soltura de vocabulario eran suficiente prueba; esa mujer tenía tolerancia cero con el alcohol.

—Cuando aterricemos, pediré que me expidan una copia de mi pasaporte en la oficina de la policía del aeropuerto —sentenció gesticulando con la mano libre con apasionada decisión—. Tendrás que dejarme unas monedas para llamar por teléfono, no llevo el móvil encima y necesito hablar con mi banco para sacar dinero —asintió con tanta vehemencia que parecía que iba a desnucarse de un momento a otro—. Y entonces compraré un billete de avión y me largareeeeeee a la velocidad de la luz. ¿No es un plan estupendo?

Enarcó una ceja ante su pregunta.

—Son unas metas poco probables de realizar.

Hizo un puchero que le pareció tan sexy y que al momento notó un tirón en su entrepierna. Diablos, incluso embriagada le parecía adorable.

—¿Por qué? —chasqueó—. ¿No vas a dejarme unas míseras monedas para llamar? ¡Eres...! ¡Tú eres...! ¡Un *pacaño*! No, espera... no se dice así... ¡Eres un... tacaño! Eso.

Esa debía ser la primera vez en su vida que alguien le llamaba tacaño.

—Si deseas utilizar el teléfono, podrás disponer del mío en cualquier

momento que desees una vez estemos en tierra —le concedió.

Estaba a punto de llevar de nuevo la copa a los labios pero se detuvo y giró para mirarle con algo parecido a la ilusión.

—¿De verdad?

Señaló el asiento vacío frente a él.

—Con el tiempo descubrirás que no soy dado a falsedades o mentiras —le aseguró—, y espero la misma consideración por parte de mi esposa.

Hizo un sonido de fastidio con la lengua y se dejó caer en el asiento. Fue un milagro que no se le derramase la bebida.

—Buena suerte encontrándola —alzó la copa a modo de brindis con clara intención de llevársela de nuevo a los labios.

—La tengo ante mí.

Su respuesta hizo que frenase en seco, el líquido le salpicó la mano e hizo un mohín por ello. Dejó la copa a un lado, sobre el reposa vasos con una precisión que lo sorprendió y le apuntó con el dedo.

—Yo no seré tu esposa. No —negó con vehemencia—. No estás... digo... no estoy a la altura. Tú eres un príncipe y yo... yo soy consultora. Y se me da fatal cocinar.

—Tu falta de habilidades en la cocina no es algo que me preocupe —repuso secretamente divertido—. Puedo cocinar yo.

Parpadeó como un búho y entonces se echó a reír.

—Sí, claro. ¿Acaso sabes cocinar?

—Juraría que lo hago medianamente bien. —Se encogió de hombros con fingida inocencia—. Lo suficiente para no envenenar a nadie y no morirme de hambre dado el caso.

—Un principito que domina la cocina —arrugó la nariz—. Y yo pensando que te lo daban todo hecho y masticado.

—Mi madre siempre ha sido de la opinión de que los hombres debían

poder desempeñarse en la cocina tan bien o mejor que las mujeres. No quería criar «princesas» —comentó compartiendo con ella un pedacito de su vida privada—. Nos obligó a mis dos hermanos y a mí a hacer un curso de cocina tradicional y otro internacional. Sharif y yo nos defendemos bien, Tarek... bueno, él es otro cantar.

—Sí... los dos príncipes Al-Hanak más jóvenes —murmuró ella pensativa, entonces negó con la cabeza, se inclinó sobre un lado del sofá y apoyó la cara en la palma de la mano—. Yo no tengo hermanos.

—Lo sé, me lo has dicho, ¿recuerdas?

Asintió lentamente, entonces suspiró y posó esos impactantes ojos azules sobre él.

—Te envidio un poco, ¿sabes?

Tal admisión lo cogió por sorpresa.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Por la forma en la que hablas de tus hermanos, diría que te llevas bien con ellos, se nota el aprecio y el orgullo que hay en tu voz cuando mencionas tu país y, aunque eres un secuestrador bastante malo, tienes un ego del tamaño del *Empire State Building*, eres mono, estás... decididamente bueno y vives en un lugar de ensueño.

Contuvo una risita ante la forma en que enumeró todas esas supuestas «faltas».

—Así que... soy mono.

Sus mejillas se colorearon un poco y apartó la mirada buscando su copa. Con la agilidad característica de su raza, se levantó e interceptó la bebida antes de que pudiese alcanzarla.

—Ey, eso es mío...

—Ya has bebido bastante, Sarah, estamos teniendo una conversación de lo más interesante, por favor, sigue. —La invitó y se terminó él el contenido de

su copa, evitando así que pudiese seguir bebiendo.

Ella se cruzó de brazos haciendo que esos pequeños y redondos pechos se alzaran.

—En estos momentos ya no me pareces tan mono.

—Pero sigo estando bueno, ¿no?

Arrugó la nariz con un gesto que seguro esperaba fuese de irritación pero que en ella quedaba de lo más divertido y tierno.

—¿Te estás burlando de mí?

—Un poco —aceptó, sentándose ahora en el brazo del asiento—. No todos los días escuchas de labios de tu futura esposa que te considera mono y apetecible.

—No he dicho esa palabra.

—Sinónimos, querida, considéralo un sinónimo.

Bufó y alzó la mirada, apuntándole de nuevo con ese dedo que se moría por chupar.

—Y no soy tu futura esposa.

—Sí, lo eres —sentenció con total tranquilidad—. Vamos a casarnos en breve.

—Tú puedes casarte con quién te dé la gana, pero yo no estoy en el mercado.

—¿Tienes alguna razón de peso para no casarte conmigo? ¿Ya estás casada?

La sola idea se presentó en su mente como una horrible e inmediata pesadilla con la que no había contado.

—Claro que no —desechó la suposición al momento devolviéndole de nuevo el aire a los pulmones—. Pero no nos conocemos.

Sacudió la mano, desestimando su queja.

—Eso es algo que tiene fácil solución —replicó deslizando la mirada

sobre su cuerpo—. Llegaremos a conocernos íntimamente en breve, eso puedo prometértelo.

—Ibas a casarte con una princesa, estabas prometido a ella —insistió la chica—. Ahí tienes una razón de peso.

—Una princesa que prefiere anteponer su voluntad al deber, no sería una compañera adecuada —comentó y se dio cuenta en ese mismo instante que era cierto. Nunca habría podido casarse con Bakara, no sabiendo que esa era su forma de pensar.

—Y ese es otro motivo más por el que yo tampoco sería una esposa adecuada —declaró convencida—. Ahora mismo todo lo que me interesa es salir por patas. Tienes suerte de que esté a bordo de un avión y no sepa lanzarme en paracaídas. ¿Ves? Soy egoísta, solo pienso en mí misma.

Sonrió de soslayo y se inclinó sobre ella sin tocarla.

—Si fueses una persona egoísta no habrías defendido a la princesa, no la habrías protegido como lo estás haciendo y no me habrías desafiado, Sarah —aseguró enumerando sus virtudes—. Eres una mujer leal, una buena amiga y capaz de mantener tu palabra hasta sus últimas consecuencias. Ese es el tipo de mujer que deseo, las cualidades que cualquier hombre desearía en una compañera. Te hacen la candidata perfecta.

—No voy a casarme contigo, ¿por qué no quieres aceptarlo?

—¿Crees en el destino?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—No.

—Pues es una lástima, porque ha sido él quién te ha puesto en mi camino —aseguró con un bajo ronroneo—. Y yo creo en él con el suficiente fervor como para no darle la espalda cuando pone en mi camino a la persona adecuada.

—Te juro que no te entiendo.

—Un inconveniente menor.

—No me casaré contigo, Kaliq.

Se relamió al escuchar su voz. Su tigre estaba dispuesto a pegarle un mordisquito. Dios, la deseaba tanto que dolía.

—Me gusta cómo suena...

—¿El qué?

—Mi nombre en tus labios.

Sucumbió a la necesidad y bajó sobre su boca, rozándolos con los propios en un suave y breve beso.

—Sé mi esposa, sé mi compañera y mi princesa, Sarah —pidió con su tigre reflejándose en la ronquera de su voz—. Sé mía. Sé la única y rompe esta absurda maldición.

Esas gemas azules se encontraron con sus ojos en esa breve intimidad. Su boca tenía el gusto del alcohol y de ella misma, un sabor personal y único.

—¿Maldición?

Sacudió la cabeza ante su descuido.

—Te deseo, gatita.

—Eres un consentido.

Se rio, no pudo evitarlo.

—Vas a desposarte conmigo, Sarah, ahora que te he encontrado, no vas a escaparte de mí.

Se echó hacia atrás, lamiéndose los labios, sosteniéndole la mirada.

—¿Y qué harás para impedirlo? ¿Atarme otra vez? —Dejó escapar un pequeño bufido—. Me gustaría ver cómo lo intentas. Todavía te queda otra mano intacta, ¿no?

—¿Me morderías otra vez?

Sus labios se curvaron en una falsa sonrisa.

—Tengo equipamiento para ello. —Se pasó la punta de la lengua por

los dientes superiores—. Y no dudaré en utilizarlo.

—Eres toda una gata, ¿eh?

Sacudió la cabeza.

—En realidad soy bastante perra, sobre todo con hombres que no saben aceptar un no por respuesta —declaró con visible frustración—. Y esa es mi respuesta. Un sonoro no. Y para que no haya dudas, permíteme que lo deje claro: No. Me. Casaré. Contigo.

—Lo harás.

—Me iré en el primer vuelo a mi casa.

—Inténtalo y te daré caza —la previno, su tigre agitó la cola encantado con la idea—. Sería incluso divertido.

—¿Darme caza? ¡Ja! —Se incorporó en el asiento, poniéndose de rodillas y enfrentándolo así a una altura similar—. Muerdo, ¿recuerdas?

—Yo también —sostuvo su mirada—. Y mis mordiscos suelen quedarse para siempre.

Cogió su mano vendada y el contacto le ocasionó una inmediata descarga eléctrica que lo excitó como nada.

—Con un poco de suerte, los míos también.

La sujetó, le giró la palma y le rozó el centro con el pulgar.

—Eres toda una fierecilla.

Ella tiró hasta liberarse, se dejó caer sobre sus piernas e hizo un mohín.

—Dios, me sacas de quicio.

Cerró los dedos saboreando todavía su tacto.

—Parezco tener muchos fallos a tus ojos.

Su resoplido pretendía ser muy explícito.

—¿Hola? Me has secuestrado, ¿recuerdas? Esa es una falta muy gorda, especialmente porque no me buscabas a mí.

—No, no te buscaba pero sí te encontré —aceptó con sencillez—. Un

regalo inesperado y no voy a renunciar a él.

—Yo no soy un regalo, no soy una pertenencia.

—Eres mucho más, Sarah, mucho más de lo que piensas y eres para mí.

—Oh, sigue soñando, principito —resopló revolviéndose en el asiento—. Diablos. Ahora tengo ganas de hacer pipí.

Bajó de la butaca con bastante gracilidad y una estabilidad aceptable y empezó a dar pequeños saltitos apretando los muslos.

—Que rollo. Un par de bebidas y ¡zas! Ya tienes que ir al baño. Mi vejiga se rebela —masculló y pasó ante él como un rayo.

Sacudió la cabeza al verla partir, esa mujer era un verdadero enigma para él.

—Alteza —lo llamó Héctor—. El capitán quiere que le informe que llegaremos a nuestra escala en cuarenta minutos.

Asintió.

—Aseguraros de que todo esté preparado para nuestra llegada —ordenó. El comentario de su compañera le había dado una idea, la solución perfecta a su actual problema y la que le permitiría acercarse más a lo que deseaba—. Y cerrad el bar. Mi compañera ya ha bebido bastante.

—No sé, Kaliq, quizá le haga falta tomarse otra copa antes de bajar del avión —se burló Jamal—. Podrías encontrarla más... cooperativa.

Miró al hombre de soslayo.

—¿Quieres que la emborrache?

—No me equivocaré al decir que eso era lo que intentaba hacer por sí misma.

—Nunca había visto a nadie que se embriagase de esa manera con tan solo un par de copas —apostilló Héctor mirando hacia el compartimento dónde estaba la cocina—. Cerraré el bar.

Sacudió la cabeza ante la absurda conversación.

—No quiero a mi novia borracha el día de su boda.

Jamal siguió su mirada hacia el reservado por el que había desaparecido la chica.

—¿Estás seguro de querer hacer las cosas de esta manera? —insistió su amigo—. A la luz de los acontecimientos, no estoy muy seguro de que ella vaya a cooperar.

Respiró profundamente. No era el único que pensaba así.

—Este viaje ha sido un completo despropósito desde el minuto uno, nada ha salido como debería pero la he encontrado y es mía —declaró sin más—. Ha sido un regalo inesperado, uno que estoy deseoso por desenvolver.

—Kaliq... el deseo puede satisfacerse sin necesidad de pasar por una boda precipitada...

—Es mi compañera, no la deshonraré —replicó tajante, su tigre se reflejó en su mirada y en la fiereza de sus palabras.

Había sido criado en la unidad familiar, en las viejas tradiciones y para él era importante mantener cierta normalidad dentro de la absurda locura que se estaba produciendo a su alrededor. Sarah era su compañera elegida y no la tomaría hasta que sus vidas estuviesen unidas ante la ley de los hombres.

—Ha sido una mal elección de palabras, os pido perdón, alteza.

Sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo.

—La necesito... la quiero... es mía —murmuró en voz baja—. Mi tigre la desea, es mi compañera...

—Y humana —le recordó oportunamente su amigo.

—Y por ello debe llevar mi anillo antes de llegar a casa —aseguró volviéndose hacia él. Esa era otra de las motivaciones que lo llevaban a orquestar esa rápida solución—. No permitiré que nadie la menosprecie por no ser *tygrain*. Es mi compañera y será princesa antes de que aterricemos en Bahir.

—Vas a romper con todas y cada una de las tradiciones, amigo mío — comentó Jamal posando la mano sobre su hombro—. Ningún miembro de la familia real se había emparejado hasta ahora con alguien que no fuese parte de las tribus del desierto y conocedor de nuestra naturaleza.

Aquella era una ley no escrita, una que decía que un *tygrain* de sangre real no podía desposarse con una mujer que no fuese de su misma raza o, si el destino así lo elegía, una humana que perteneciese al linaje de las primeras familias del desierto, los guardianes de la sangre real.

—No soy ni seré el único *tygrain* que se empareja con una mujer humana corriente —declaró muy seguro de sí mismo—. Nuestros primos lejanos se han emparejado con mujeres humanas y son perfectamente compatibles.

El sultanato de Bahir guardaba estrecha relación con los miembros del clan afincado en Virginia, en los Estados Unidos. El jefe del clan, Dimitri Kenway, era descendiente de una rama de la primera familia, lo cual los hacía, de algún modo, una especie de primos lejanos de su propia casa.

—No voy a renunciar a Sarah, así que, tendremos que hacer de ella toda una princesa —decidió mirando a su compañero.

Sonrió y asintió.

—Si alguien puede hacerlo, eres tú, alteza.

Los altavoces del avión eligieron ese momento para transmitir la voz del capitán anunciando su próxima llegada al aeropuerto de Múnich.

—¿Treinta minutos? ¿He entendido bien?

Ambos se giraron para ver a Sarah caminando hacia ellos.

—Alteza. —Su amigo y guardaespaldas se retiró dejándoles solos, no sin antes dirigirle a ella una educada inclinación, reconociéndola ya como su consorte—. Princesa.

—Oh, vamos, ¿tú también? —resopló ella. Se giró en su dirección y se

llevó las manos a las caderas—. ¿Ya estás buscando refuerzos?

Optó por ignorar su comentario y señaló el asiento.

—Llegaremos al aeropuerto en treinta minutos, ve tomando asiento y ponte el cinturón.

Se dejó caer en la butaca con un resoplido y empezó a pelearse con los dos extremos del cinto.

—Diablos, debo estar jodidamente borracha si no soy capaz de abrochar esto —rezongó intentando encajar los dos extremos de las hebillas.

—Has sido capaz de caminar derecha por el pasillo del avión, así que consideraremos que todavía no has alcanzado el punto de no retorno. —Apartó sus manos y tiró del cinturón para luego abrochárselo y ceñírselo—. Procuremos que sigas así, al menos hasta después de la ceremonia.

—¿Ya estamos de nuevo? —Levantó la cara y lo miró con cara de pocos amigos—. ¿Es que no vas a rendirte?

—Contigo no —le informó con sinceridad—. Nos casaremos tan pronto aterricemos.

—Creo que todavía no he bebido lo suficiente como para consentir en casarme contigo, alteza —resopló ella, echó un vistazo por encima del hombro y levantó el pulgar en esa dirección—. Déjame volver al bar y luego hablamos...

—No volverás a acercarte al licor en este vuelo, gatita, tu tolerancia al alcohol es más bien escasa.

—¿Me estás vetando el mini bar?

—Exacto.

—Eres muy autoritario.

—No negaré lo evidente.

Resopló y se recostó contra el respaldo.

—No soy material de novia, ni siquiera tengo un vestido apropiado. —

Tiró de su propia ropa e hizo una mueca—. Por no mencionar que estropeasteis mi idea inicial de darme ese baño de inmersión que tenía pensando tomarme al llegar a mi habitación y estoy descalza, esos dos se olvidaron de mis zapatos...

—Tendrás todo lo que necesites tan pronto aterricemos.

Ladeó la cabeza y resopló.

—No vas a rendirte.

La miró a los ojos.

—No.

—Te has encaprichado conmigo.

—Esto está más allá de un capricho.

—No lo entiendo.

—Hay cosas que solo cobran sentido una vez hechas —replicó, su felino estaba muy cerca de la superficie—, confía en que sé lo que hago y lo que es correcto en esto.

Entrecerró los ojos y se inclinó sobre él.

—Tus ojos... por momentos parecen los de un gato, los de un felino peligroso. —murmuró sin dejar de mirarle—. No eres un animal domesticado, eres salvaje y... eso es aterrador.

Su apreciación lo llevó a curvar los labios.

—Tú podrás domesticarme, Sarah, serás la única capaz de hacerlo.

—Gatito —sonrió y le acarició la mejilla con un dedo antes de hacer una mueca—. Me da igual lo que digas y como lo digas, no me casaré contigo. Olvídalo.

—Lo harás, princesa, antes de que te des cuenta, serás completamente mía.

CAPÍTULO 6

Se estaba casando.

Sarah podía atestiguarlo puesto que permanecía de pie al lado de Kaliq, vestida con un traje corto de color crema y zapatos. Sí, ya no estaba descalza y el hombre que se había reunido con ellos en esa pequeña sala privada del aeropuerto de Múnich recitaba algo escrito en un pequeño libro. Todo parecía extrañamente lejano, como si lo estuviese viendo desde otra perspectiva y, sin embargo, estaba allí, en primera fila.

Miró al hombre que tenía al lado. Su príncipe. Solo que él no era quién debía ser, no era el caballero de brillante armadura que había creado en su mente a raíz de los comentarios de su amiga. No, este era un hombre que había recorrido medio océano para encontrar a su prometida y descubrir que esta se había casado con otro.

Kaliq Al-Hanak distaba mucho de ser un hombre calmado, alguien con quién poder dialogar. Su forma de hablar, la manera en que caminaba y daba órdenes a su alrededor le mostró mucho más de él que cualquier cotilleo. Su alteza estaba acostumbrado a salirse con la suya, posiblemente sabría que podría conseguir a cualquier mujer y, por alguna absurda razón, había decidido que la quería a ella.

El hecho de que le hubiese arrebatado cualquier posibilidad de decisión debería haberla cabreado como una mona y, sin embargo, no podía evitar derretirse ante su cercanía, sentir mil mariposas en el estómago cuando la miraba o quemarse de deseo con tan solo el roce de sus labios.

Hablando de fantasías... Él era la suya hecha realidad, un hombre de

piel canela, ojos castaños y una sexualidad tan abrumadora que incluso allí, de pie y delante de otros, hacía que se le licuasen las entrañas.

¿Cómo era posible que la excitase de esa manera un completo desconocido? ¿Cómo había podido sucumbir a sus besos, a su contacto y desear más? El príncipe la había secuestrado, había violado su intimidad, la privaba de su libertad y ahora se casaba con ella.

Matrimonio. Una boda. Esos ojos entre castaños y dorados estaban fijos en los de ella, sus labios se movían, sabía que estaba diciéndole algo pero... Bajó la mirada cuando notó su contacto y le vio deslizar un pesado anillo en su dedo. Su cerebro se esforzaba en decirle que aquello era importante, que debía decir algo al respecto, pero estaba demasiado confundida para articular palabra.

—Yo, Kaliq Amir Al-Hanak, te tomo a ti, Sarah Elizabeth Tennant, como esposa...

Esposa. Él había insistido tanto en que fuese su esposa, en que se casaran... Deseaba una princesa, pero ella no era más que una consultora, alguien muy por debajo de su estatus. ¿Por qué iba a elegirla a ella? ¿Por qué la miraba de esa manera, como si realmente la desease? Era todo tan confuso...

—Sarah, es tu turno.

Lo miró, miró al hombre que la subyugaba con su presencia y con su felina mirada y entonces deslizó la mirada a su alrededor, encontrándose con el nervioso hombrecillo que seguía sujetando el libro con dedos firmes.

—Debes pronunciar los votos —le informó—. Repite conmigo, yo Sarah...

Arrugó la nariz y voló de nuevo para encontrarse con la mirada de su secuestrador.

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

—Porque eres la única para mí —respondió con absoluta sinceridad—. Ahora, di tus votos, gatita, déjame oírlos...

Se lamió los labios, esa mirada la hechizaba, capturaba su espíritu e hizo que las palabras surgiesen solas de sus labios.

—Yo, Sarah Elizabeth...

Sí, se estaba casando. Estaba pronunciando los votos que la unirían a él, a su captor, al hombre con el que no había dejado de soñar desde el momento en que su amiga le habló de él. Sabía que no debía aceptar, esto era una completa locura, posiblemente no fuese otra cosa que un sueño y pronto se despertaría para ver que nada había sido real. Pero mientras seguiría soñando, en su fuero interno sentía que esas eran las palabras correctas y que ese hombre era suyo, que había nacido para ella y solo para ella, así que dijo cada palabra con total sentimiento.

—Por el poder que me conceden las leyes de este país, yo os declaro, marido y mujer —sentenció el juez—. Puede besar a la novia, alteza.

Entonces sus ojos se encontraron, sintió más que vio sus manos acunándole el rostro, esos ojos castaños fijos en los suyos...

—Ya eres mía, princesa.

Su boca descendió sobre la de ella, le acarició los labios, entonces la reclamó diciéndole lo que acababan de proclamar sus palabras.

No había sido un sueño, estaba despierta y era suya. Su esposa. Estaba casada con un príncipe del desierto.

—Oh. Dios. Mío.

Se separó, le miró, miró a los presentes y sintió que el suelo empezaba a moverse bajo sus pies y su estómago daba un vuelco.

—Creo... que voy a vomitar.

Todo su cuerpo acusó la necesidad de huir y, antes de que se diese cuenta de lo que estaba haciendo, giró sobre los tacones de sus zapatos nuevos

y echó a correr como si la persiguiese el diablo.

No supo el tiempo que estuvo corriendo, ni en qué dirección, pero su desenfrenada huida solo terminó al alcanzar el baño de señoras. Sus intestinos le habían recordado oportunamente que había ingerido una buena cantidad de alcohol, algo que jamás hacía y la repercusión era más que palpable.

Sarah temblaba como una hoja cuando dejó por fin el reservado tiempo después y se apoyó en el lavabo para enjuagarse la boca. Tenía el estómago vacío y un sudor frío le perlaba la frente. Sus pupilas se habían dilatado y tenía los ojos enrojecidos; un rostro desastroso para una novia que acababa de pasar por el altar. Estaba muerta de miedo, se sentía completamente fuera de lugar y tan cansada que no veía la hora de terminar con aquella pesadilla.

Se enjuagó la boca una última vez, se secó la cara y tras un último vistazo al reflejo que le ofrecía el espejo, se dio la vuelta y salió del baño.

Que Kaliq supiera, su nueva esposa era la primera novia en su familia que escapaba corriendo después de dar el sí quiero. Y también era la primera que le decía a su recién adquirido marido *«creo que voy a vomitar»* después de sellar su unión con un beso.

En otras circunstancias y con otra mujer, lo habría considerado un insulto, pero había olido su miedo, sabía lo mucho que había bebido, con lo que aquello no era más que una reacción lógica ante un hecho que no podía controlar.

Esperó paciente junto a la puerta del baño de señoras. Les había dado a sus escoltas instrucciones de volver al avión y, tal y como había supuesto, uno de ellos había cumplido sus órdenes a condición de que el otro mantuviese su puesto pegado a su culo. Si antes habían sido exigentes en lo referente a su seguridad, ahora que estaba casado, la paranoia de su seguridad se extendería

a la nueva princesa y la mantendrían hasta devolverlos a ambos a su hogar.

Le habría gustado interrumpir dentro, cerciorarse de que estaba bien, pero al mismo tiempo tenía que obligarse a darle espacio, a permitirle enfrentarse a las cosas por sí misma sin atosigarla más. No había hecho más que dar el pistoletazo de salida en esa larga carrera y le quedaba mucho que hacer, mucho que explicar... y algunas de esas explicaciones iban a ser un jodido infierno.

¿Cómo decirle a una mujer humana que su existencia desafiaba a la lógica? ¿Cómo hacer que comprendiese que su marido era mucho más de lo que creía? ¿Cómo hacerlo sin asustarla, sin que enloqueciese?

Su propio pueblo pensaba que la familia real era un tanto excéntrica por tener «tigres» como mascotas. Solo los más allegados, los hombres y mujeres que vivían y trabajaban en el palacio, muchos de ellos procedentes de las primeras familias, sabían que esas mascotas eran en realidad la propia familia real.

Era imposible no acordarse de las visitas de los activistas que insistían en que liberasen a esos animales, exigiéndoles que los devolviesen a su hábitat y haciendo protestas cada vez más sonoras. Habían tenido que idear toda clase de leyes, crear un espacio a modo de reserva natural y apostar guardias para poder vivir su naturaleza en paz. Afortunadamente, hoy en día existían muchos avances tecnológicos y, con dinero, se podía conseguir prácticamente todo.

—Tendré que echar mano de esa leyenda urbana y del tema de las mascotas para que se acostumbre a mi felino.

Al menos podría construir un puente que le permitiría conducirla poco a poco hacia la inquietante verdad, aunque, por ahora, lo que realmente necesitaba era reclamar a esa gatita y enseñarle que su aventura no había hecho más que comenzar.

Echó la cabeza hacia atrás, notando la dura pared cuando la puerta se abrió y salió ella.

—Estás blanca como el papel.

Su compañera dio un pequeño respingo, se giró como un resorte y abrió los ojos con resquemor hasta que lo reconoció.

—Mi estómago se ha rebelado, no le gusta que lo atosigue a margaritas —murmuró, se pasó la mano por el pelo y lo miró de nuevo—. ¿Nos hemos casado de verdad o lo he soñado?

Le cogió la mano suavemente y acarició el anillo que él mismo había colocado en su dedo.

—Eres mi esposa con todas las de la ley.

—Bien... te has salido con la tuya —retiró la mano y le miró—. ¿Y ahora qué?

—Ahora vas a darte ese baño que pedías, nos trasladaremos a una cómoda habitación de hotel dónde podremos descansar y mañana retomaremos el viaje a casa. —La dejó ir, se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó el móvil—. ¿Quieres avisar a tu familia?

Le miró e hizo una mueca.

—Si le digo a mi madre que me he casado sin estar ella presente, armará tal escándalo que saldré en los periódicos, eso antes de desheredarme y negarse a hablarme durante el resto de mi vida. Aunque no veo que eso se diferenciase mucho de nuestra actual relación —masculló en voz baja. Algo le decía que estaba hablando consigo misma más que con él—. Lo mejor sería decírselo primero a mi padre. Lo más probable es que ni se inmute. Hará alguna de sus preguntas críticas y, cuando vea que es otra de mis locuras, sencillamente lo dejará estar.

Lo que estaba retratando no era precisamente la más idílica de las familias, pensó interiormente.

—Podrás invitarles a Bahir, les enviaremos el avión para que no tengan que complicarse buscando vuelos y haciendo escalas —sugirió pensando ya en lo que sabía iba a encontrarse tan pronto llegase a casa—. Si conozco en algo a mi familia y a mis progenitores, desearán que celebremos una nueva boda, de hecho lo exigirán.

Lo miró de reojo y resopló.

—Estupendo, ya veo de dónde sale tu vena autoritaria —le soltó—. Ahora nos colgarán a los dos por tu genial e intransigente idea de casarte conmigo.

Si no estuviese tan atento como lo estaba a cada una de sus reacciones, posiblemente se habría perdido el temor que atravesó durante un breve instante sus ojos.

—No tienes nada que temer de mi familia o mi hogar, Sarah, ahora serán también los tuyos.

Suspiró, un gesto delicado y femenino que contrastaba con la mujer irreverente y segura de sí misma que había sido durante todo el vuelo.

—Mi nuevo hogar —musitó, sacudió la cabeza y lo miró—. Me has arrancado de mi vida, me has despojado de cualquier posible decisión sobre ella y ahora pretendes imponerme otra. Si no me gustase tanto tu país, podría decirte que te lo metieses por... ahí.

Y esa era una acusación contra la que no podía luchar, pues en sus palabras había una gran verdad.

—Tendremos que hacer algunos ajustes, pero con el tiempo...

—Quizás tú tengas todo el tiempo del mundo, principito, pero yo solo dispongo de quince días de vacaciones —resopló—. Y eso es todo lo que voy a darte. Con un poco de suerte querrán cortarte la cabeza por haberte casado conmigo, lo que nos llevará a un rápido divorcio y a mí de regreso a casa.

Su tigre rugió ante la sola idea de que se fuese a cualquier sitio en el

que no pudiese tenerla cerca y él mismo se sintió ofendido por su intención de librarse de él.

—No habrá divorcio, esposa, ni lo sueñes.

—No puedes salirte siempre con la tuya, Kaliq, las cosas no funcionan de esa manera, por muy príncipe que seas, no puedes disponer de la vida de los demás a tu antojo —replicó volviendo a esa actitud batalladora—. Y, desde luego, no voy a dejar que dispongas de la mía a tu antojo. Tengo un trabajo que mantener, un alquiler que pagar, unas jodidas plantas que regar, ¿cómo esperas que abandone todo eso sin más?

—No espero que abandones tu antigua vida, Sarah —razonó con ella—. En cuanto nos instalemos, nos encargaremos de resolver todo lo que deba ser resuelto. Mandaremos traer lo que necesites, podrás hablar con la persona para la que trabajas y nos ocuparemos del alquiler de su vivienda. Solo espero que le des una oportunidad a lo que tienes por delante.

—¿Quince días de absoluta locura en un país en el que la familia real tiene tigres por mascotas? —replicó con un mohín.

Ante su absurda pregunta no pudo evitar dejar escapar un suspiro de alivio.

—No me digas que eres de las que lee las revistas de sociedad y cree en el chismorreó.

Un ligero rubor cubrió sus mejillas, carraspeó y le dio la espalda.

—Bueno, no creo que nadie en su sano juicio le ponga a sus mascotas collares de oro, diamantes y rubíes... pero —se giró, mirándole de soslayo—. Tampoco se me habría pasado por la cabeza jamás que uno de los príncipes del sultanato de Bahir acabaría secuestrándome y obligándome a casarme con él.

—No te obligué.

—Déjame cambiar la palabra, me coaccionaste.

—Pronunciaste los votos por ti misma, no recuerdo haberte amenazado para que lo hicieras.

—No hacía falta, dejaste que me emborrachase.

—¿Quién fue la que fue al mini bar del avión y se preparó dos margaritas?

—Pudiste haberme detenido.

—¿Y ganarme otro mordisco?

Tomó una profunda bocanada de aire y lo apuntó con el dedo.

—La boda no puede ser válida, estaba borracha.

—Pues caminabas bastante derecha...

—Era un efecto óptico.

—...y tu comprensión, si bien estaba algo dispersa, fue suficiente como para que no dijeras que no cuando se te preguntó.

Abrió la boca lista para poner otra excusa, pero volvió a cerrarla. Le dio la espalda una vez más y permaneció así unos segundos más.

—Son más que mascotas —comentó en voz baja, buscando llamar su atención y aprovechar así mismo la excusa que ella acababa de proporcionarle para el mayor de sus problemas—, son como de la familia.

El truco surtió efecto, pues se giró lentamente, mirándole como si esperase que se riese de ella de un momento a otro.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No.

—¿Tienes un gato grande a rayas como mascota?

Ladeó la cabeza.

—¿Te asustan los gatos grandes?

Jadeó y señaló lo obvio.

—Un tigre de bengala de doscientos kilos es algo más que un gato grande.

—*Kha* está domesticado.

—¿*Kha*?

—Es mi compañero —repuso con tono misterioso. Así era como le llamaba su hermano pequeño—. Un magnífico ejemplar de Bengala. Le gusta que le froten tras las orejas.

Su sorpresa era genuina, casi tanto como su incredulidad.

—¿Estamos hablando de un tigre?

—Eso he dicho.

—Pero, ¿de verdad tenéis... tigres... como mascotas?

—Nosotros los consideramos miembros de la familia —se encogió de hombros—. Es... una especie de tradición, algo que viene... de mis antepasados.

—Estoy alucinando.

—Tienen su propio terreno de caza en la reserva que se ha creado especialmente para ellos, allí pueden correr y vagabundear a sus anchas.

—Tigres en el desierto —hizo una mueca y lo miró de soslayo—. ¿Te das cuenta de que no es su hábitat?

—Ellos nacieron aquí, Sarah, están más que acostumbrados al clima —añadió no sin palpable ironía.

—Entonces, ¿los habéis criado vosotros? ¿Son... peligrosos?

—Son hijos de otros *tygrain* —respondió—. Y todo animal es peligroso cuando se siente acorralado, pero a ti, tengo la impresión de que te encontrarán adorable.

—¿*Tygrain*? —Preguntó curiosa—. ¿No se llamaban así los primeros moradores del sultanato?

—Durante mucho tiempo se ha considerado a los *tygrain* de Al-Hanak como la primera familia, así que, sí, podría decirse que sí —intentó buscar una explicación coherente—. Pareces bastante informada sobre mi país y sus

raíces.

—He visitado Bahir anteriormente de la mano de Kara —comentó con un ligero encogimiento de hombros—. Su padre, err... el *Sheikh* Nazira tiene un don especial para narrar y se lo ha transmitido a su hija. He escuchado muchas historias de ellos, eso me llevó a investigar e interesarme por vuestra historia y sus raíces. No voy a negar que me gusta ese pedazo de tierra que llamas hogar, aunque confieso así mismo que no lo conozco todo, solo algunas ciudades...

—No has estado nunca antes en la capital.

No era una pregunta. Si lo hubiese estado, él la habría oído, estaba seguro de que antes o después la habría encontrado.

—No —negó con la cabeza—. Admitiré que lo que conozco de Bahir es su lado más septentrional, el desierto y los pequeños pueblos que rodean la ciudad de Kamsa. Kara iba a llevarme en mi última visita a Samad, pero a última hora cambiamos de planes.

—En ese caso, parece que tendré el honor de enseñarte la capital de mi país —aceptó complacido por ello. Le gustaba la idea de poder mostrarle algo que significaba tanto para él como lo era su hogar—. Y el palacio.

Sus palabras la llevaron a hacer una mueca.

—Sigo esperando despertar y que esto no sea otra cosa que un mal sueño inducido por las gambas —musitó, se pasó una mano por el pelo y le miró—. Pero no tendré tanta suerte, ¿verdad?

—Deja que te lleve al hotel —pidió cambiando entonces de tema—. Podrás darte un baño, comer algo y descansar... no saldremos hasta mañana.

—Mañana —murmuró y buscó de nuevo su mirada. Nadie podría acusar a esa mujer de falta de valentía—. Vamos a pasar la noche aquí...

Acortó la distancia entre ellos, le apartó el pelo de la cara y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Te mereces estar en el suelo y no a mil pies de altura en nuestra noche de bodas.

Su rostro aumentó de color pero no se retiró. Esa rosada lengua emergió de entre sus labios y se los mojó.

—Debería sentir unas irrefrenables ganas de huir de ti en este mismo instante pero no puedo hacer que se muevan mis piernas, no quiero moverme —musitó ella arrugando la nariz ante sus propias palabras—. ¿Por qué no puedo alejarme de ti? ¿Por qué no puedo hacerlo cuando estás tan... cerca?

—Porque sabes que es a mi lado dónde debes estar —le rozó la mejilla con el pulgar y le levantó la barbilla—. Aún si no lo entiendes, aún si deseas luchar contra la necesidad y el deseo que ya huelo en ti, sabes que aquí, en mis brazos, es el único lugar en el que puedes estar.

—Me has secuestrado, Kaliq, debería...

Le cubrió los labios con un dedo, entonces lo quitó y bajó su boca planeando a escasos milímetros de ellos.

—Deja de pensar, Sarah —la acarició con su aliento—. Estás aquí, eres mía y eso es todo lo que me importa, todo lo que debe importarnos.

Reclamó sus labios saboreando de nuevo la dulzura de su boca y recordándose a sí mismo que pronto la tendría.

Paciencia, Kaliq, ahora es tuya y no habrá nada ni nadie que deshaga eso.

CAPÍTULO 7

Un baño, todo lo que Sarah quería era poder darse un baño con tranquilidad, disfrutar del agua caliente sobre su piel, del aroma de las sales y de la sensación de placidez que traía consigo. Los recientes acontecimientos ameritaban un momento de soledad, unos instantes para sí misma y para su cerebro.

¿De verdad se había casado? El anillo que ahora adornaba su dedo anular parecía decirle que sí, como también lo hacía el hombre que decía ser su esposo y la había dejado nada más llegar a la habitación.

—Soy un hombre de palabra. —Le había dicho mirándola con detenimiento—, así que te dejaré durante unas horas para que puedas descansar y darte ese baño por el que suspiras. He pedido al servicio de habitaciones que te suban algo de comer y tienes mi teléfono apuntado en el papel que hay sobre la mesa. Estaré en el lobby del hotel, debo comunicarle a mi familia que hemos retrasado nuestra llegada...

—¿Y darles la buena noticia de tu reciente matrimonio?

—Nuestro reciente matrimonio y sí, eso también —aceptó mirando el reloj. No tenía que consultarlo para saber que ya eran casi las cuatro de la tarde. La mañana se había esfumado sin que ella fuese consciente de ello—. Si me necesitas...

—Estaré perfectamente mientras no envíes a nadie más a secuestrarme —replicó con profunda ironía.

—No tienes que preocuparte de eso, esposa, el único que podría desear secuestrarte ahora mismo, soy yo y ya te tengo dónde quiero.

Dicho eso le robó un breve beso y la dejó para atender sus cosas.

Fiel a su palabra la había dejado varias horas sola. El servicio de habitaciones le había traído la comida pero apenas si había conseguido picotear algo, no pasó así con su necesidad de descanso, pues nada más sentarse en la cama unos segundos para descansar se quedó traspuesta y no despertó sino hasta hacía cosa de una hora. Para entonces las luces de la ciudad se habían encendido y la tarde había empezado a dar paso a la noche.

Así que, los últimos cuarenta minutos había disfrutado de su merecido y anhelado baño, del agua caliente y de la tranquilidad de la habitación para sí sola... o al menos lo había hecho hasta que sintió que la observaban. Abrió los ojos y repentinamente fue consciente de que el agua ya no estaba tan caliente, de que la espuma que flotaba y cubría su cuerpo no era suficiente y esa mirada castaña fija en ella, la estaba dejando sin respiración.

De pie al otro lado del amplio baño, apoyado en la esquina de la ducha, con el pelo negro revuelto y la camisa abierta dejando a la vista un fantástico y cincelado cuerpo moreno la observaba la encarnación del pecado. Se había quitado la americana, el cinturón y los zapatos, los faldones de la camisa estaban por fuera del pantalón cuyo botón central estaba desabrochado y hacía que su mirada siguiese el rastro de vello que bajaba desde su ombligo.

Le costó encontrar la saliva suficiente para poder hablar y, aun así, sus palabras salieron vacilantes.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta?

La respuesta de Kaliq fue cerrar el puño y golpear la superficie de cristal de la mampara de ducha con los nudillos.

—Acabo de hacerlo —replicó con voz ronca—. ¿Qué tal está tu baño?

—Pues, hasta hace cosa de tres segundos, maravillosamente —murmuró sintiendo que la habitación empezaba a quedarse sin oxígeno—. Ahora, parece que se hubiese enfriado el agua de golpe.

Su respuesta fue arrancar la toalla que había dejado colgada de la mampara de la ducha, estirla y acercarse a la bañera.

—En ese caso, deberías salir ya de ahí.

Volvió a tragar, el corazón empezó a latirle más fuerte.

—Claro, lo haré tan pronto te marches...

—No voy a marcharme, Sarah, me gusta... lo poco que me dejas ver.

Se acurrucó aún más, la espuma se movió, acariciándola.

—¿Ya has terminado con todos tus recados?

—Lo hice hace varias horas —aseguró recorriéndola con la mirada y haciendo que se sonrojase. Demonios, y eso que no podía ver más que sus hombros o sus rodillas—. Después me senté a leer el periódico un rato, me tomé una bebida y, cuando ya no pude esperar más, subí para verte dormir en la bañera.

Se le secó la boca, ¿qué demonios debía decir una en esta clase de situaciones? Sus relaciones anteriores habían sido más bien esporádicas y ninguna había llegado a buen puerto. En realidad, no lograba recordar siquiera encontrarse tan nerviosa ante ningún hombre.

—Um... te ha cundido la tarde entonces...

—¿Sarah?

—¿Qué?

—Deja de retrasar lo inevitable —se inclinó sobre la bañera y le tendió una mano mientras sujetaba la toalla con la otra—. Ven.

Esos ojos castaños parecieron adquirir un tono dorado, sus pupilas alargarse, pero tenía que ser cosa de la luz del baño. Sus piernas parecieron volverse de gelatina durante un segundo, entonces vio su propia mano acercándose a la de él, sus dedos deslizándose sobre su palma y finalmente se encontró de pie. El agua y la espuma se deslizaron por su cuerpo desnudo, sintió como se le endurecían los pezones ante el cambio de temperatura y su

piel adquiriría la conocida carne de gallina. La sensual mirada masculina bajó sobre ella, deteniéndose en breves periodos de tiempo, lo vio lamerse los labios, moverse imperceptiblemente hasta que se miraron a los ojos y su cuerpo acusó la inspección calentándose y su sexo se humedeció, pulsando de necesidad.

—Kaliq, yo...

Los apetitosos y finos labios se curvaron, soltó su mano y la envolvió lentamente con la toalla sin dejar de mirarla.

—Soy muy afortunado por tener una compañera tan apetitosa como tú —declaró al tiempo que la atraía hacia él y la levantaba sin esfuerzo, sacándola de la bañera—. Y Sarah, tengo intención de saborearte entera.

Sus palabras no fueron más que una excusa, su beso, la lengua incursionando en su boca fue la verdadera declaración. Solo pudo jadear y aceptar su asalto, derritiéndose en sus brazos, despertando a la necesidad y al deseo.

—¿Se supone que puedo decir algo al respecto? —Se las ingenió para replicar.

—Sí, puedes. —Rompió el beso solo para que pudiese ver que estaban abandonando el baño y se dirigía al dormitorio dónde la dejó sobre la cama —. Puedes pedirme más.

La besó una vez más, pero en esta ocasión fue un breve contacto de labios pues se apartó de inmediato, arrancándole la toalla para secarle la piel con pequeños golpecitos a los que no tardó en seguir su boca.

—Las sábanas... vamos a... mojar la cama... vamos... oh dios...

Él se rió en voz baja mientras continuaba su camino descendiendo sobre su estómago y arrastrando en el proceso el algodón de la toalla sobre las gotas de agua que le perlaban la piel, su lengua seguía el camino trazado por la tela con pequeñas y húmedas caricias que recalaron en su ombligo. Jadeó y arqueó

la espalda casi sin ser consciente de ello cuando hundió la lengua en el pequeño hoyo provocándole cosquillas. Le humedeció la piel a besos y la pellizó con los dientes, un mudo recordatorio de que podía devolverle el mordisco. No le había mentido al decir que quería saborearla, prueba de ello era que la estaba lamiendo como a un helado y su contacto la encendía como a una cerilla.

Deslizó las manos sobre sus pechos arrancándole otro jadeo, sus dedos encontraron los pezones y le prodigaron toda clase de atenciones. Podía sentir los senos hinchados, las cúspides tan duras que tenía que luchar con la necesidad de suplicarle que las acariciara, pero tampoco es que hiciese falta. Él parecía capaz de entrar en su mente, de leer sus pensamientos, ya que bajó y derramó su aliento sobre la tierna carne acicateando el pezón con una breve pasada de la lengua antes de subir por la cremosa piel en dirección a su clavícula. Cada pasada le provocaba pequeños dardos de placer, la forma en que seguía la línea de sus huesos, que se hundía en el hueco de su garganta la ponía más y más caliente hasta el punto de hacerla gemir y arquearse cuando le prodigó un mordisquito en la sensible piel del cuello.

—Um... anotaré eso para después.

Su boca descendió con actitud juguetona a lo largo de su cuello arrebatándole la capacidad de habla, solo podía cerrar los ojos y dejar que hiciese con ella lo que le apeteciese, un pensamiento que no dejaba de ser inquietante.

Kaliq se relamió como el gato que era y luchó a brazo partido con su tigre para mantener el control. Su aroma era embriagador, su sabor hacía que quisiese ronronear y, por encima de todo, morderla. Deseaba que fuese completamente suya, que no le quedase duda alguna a nadie de que esa hembra era de su propiedad, su compañera y que desafiaría a cualquiera que intentase arrebatársela.

—Eres deliciosa —murmuró contra sus labios, sucumbiendo de nuevo al desesperado hambre que le roía las entrañas. Bebió de sus labios en un hambriento beso, le acarició el labio inferior con la lengua, atrapándolo luego entre los dientes para tironear de él y lamerlo a continuación. Su gemido le dio el espacio que necesitaba para incursionar en su cavidad, hundiéndose en ella y enlazando sus lenguas hasta arrancarle una tímida respuesta. Esto es lo que deseaba de ella, lo que había estado deseando hacer desde el primer instante en que la probó.

Sarah encajaba a la perfección en sus brazos, las llenas curvas de su cuerpo se adaptaban a las suyas haciéndole plenamente consciente del delicioso cuerpo que se apretaba contra el suyo con la misma imperiosa necesidad que habitaba en su interior. Su compañera despertaba bajo sus caricias, se excitaba de una forma preciosa y lo hacía sentirse orgulloso de la mujer que le pertenecía. Su pene, confinado en los pantalones, empujaba contra la cremallera, deseoso de enterrarse en su húmedo núcleo. Quería sentir esas largas y torneadas piernas que lo acunaban alrededor de sus caderas mientras profundizaba en su sexo, la sola idea lo llevó a empujar su dura erección contra el suave y desnudo cuerpo que tenía bajo él.

—La ropa es un estorbo.

La besó de nuevo, robándole un rápido contacto de labios antes de hacerse a un lado y dejar la cama lo suficiente para deshacerse de la camisa, los pantalones y los calzoncillos. Esa mirada tierna y algo vergonzosa sobre él lo calentó incluso más, su deseo creció haciendo que su felino se reflejase en sus ojos y empezasen a dolerle los dientes por la necesidad de saborearla. Esos ojos azules no perdieron detalle de sus movimientos, se deslizaron sobre su cuerpo y pudo oler como aumentaba su excitación, mojándose más por él.

Se liberó de la última de sus prendas y volvió a la cama, acechándola como el gato que era, disfrutando de sus nerviosos contoneos sobre el colchón

hasta que sus manos volvieron a estar sobre esa cremosa piel. Deslizó los dedos sobre ella, recorrió sus costillas, bajó por sus caderas y le acarició el costado de las nalgas antes de incursionar entre sus piernas y gruñir ante la dulzura de su húmedo sexo y la suavidad de su tierna carne.

—Parece que a alguien le gusta que la mimen —murmuró inclinándose sobre ella, descubriendo su sexo con lentas caricias—. Estás caliente y mojada... —deslizó uno de sus dedos en su interior, notando como sus paredes lo succionaban—, y muy apretada, deliciosamente apretada. Eres una gatita traviesa, Sarah.

Tembló bajo él, arqueó las caderas buscando su contacto, las caricias que le prodigaba y se encontró deseando ver más de su placer, escuchar sus gemidos y lloriqueos presa del placer.

—Veamos si puedo hacerte gritar —ronroneó y descendió sobre su cuerpo, prestando atención a esos hermosos y llenos montículos que lo habían atraído desde que los había visto desnudos y pálidos, con las aureolas rosadas y esas pequeñas cúspides duras.

Sonrió interiormente ante el recuerdo de cómo había reaccionado su cuerpo cuando la lamió. Quería sentirla así, estremecida, necesitada, desatada y líquida por el placer. Quería meterse uno de esos brotes en la boca, succionar hacia hacerla gritar su nombre y sabía qué hacer exactamente para conseguirlo.

Deslizó un segundo dedo en su interior, moviéndolos de modo que pudiese ocupar el pulgar en una zona más delicada, descubriendo la pequeña perla escondida de su clítoris y rozándola con movimientos controlados. Su reacción no se hizo de esperar, se arqueó bajo su mano, sus dedos la penetraron en profundidad y solo cuando la escuchó gritar de sorpresa fue que su boca tomó posesión de una de las perfectas perlas de sus pechos.

—¡Kaliq! —La forma en que pronunció su nombre, el aroma de su

excitación y el suave cuerpo que yacía bajo él fueron la combinación decisiva. Podía escuchar los latidos de su corazón de manera acelerada, la imperiosa necesidad de sus pulmones esforzándose por pasar el aire a través de sus audibles jadeos. Estaba excitada, entregada al placer, era una pequeña gatita moldeable en sus manos, la única mujer con la que podía permitirse bajar la guardia y disfrutar.

Soltó el pezón con un sonido de succión, lo lamió y pasó al otro, repitiendo la operación. Su sexo se ceñía a sus dedos caliente y húmedo, con cada movimiento su cuerpo se tensaba un poco más, movía las caderas como si no estuviese segura si debía acercarse o alejarse y, antes de que pudiese decidirse, se retiró de su interior dejándola vacía y sollozante.

—No... ay dios... Kaliq, no se te ocurra...

Se inclinó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo y bajó de nuevo sobre sus labios, exigiéndole un beso que no dudó en ofrecerle.

—¿Qué no se me ocurra el qué, tigresa? —Sonrió divertido ante sus labios—. Me gusta verte así. Sonrojada, con los ojos llenos de deseo y el cuerpo anhelante. Así es como siempre deseo tenerte en mi cama, como quiero que respondas a mí.

—A mí me gustaría incluso más que hicieses algo... más.

Se rió entre dientes, se inclinó sobre ella, se lamió los labios delante de los suyos y ronroneó.

—¿Algo como... ponerte sobre manos y rodillas, apartarte el pelo para dejar a la vista esa precioso cuello, inclinarme y morderte mientras me entierro profundamente dentro de ese dulce y caliente coñito?

Sus palabras la estremecieron pero su deseo aumentó.

—¿Todavía estás enfurruñado porque te mordí? —Se hizo la inocente—. ¿Y si prometo no volver a hacerlo?

Entrecerró los ojos y sonrió de soslayo.

—¿Y si te prometo yo que, después de morderte, quedaremos en paz?

—No me gusta que me muerdan —replicó lamiéndose los labios.

—Eso, gatita, es porque todavía no has recibido mi mordisco.

Le acarició los labios con los suyos, una ligera caricia que prometía mucho más. La levantó en vilo, girándola sobre la cama, tirando de ella hacia sí hasta dejarla con la espalda pegada a su pecho, de rodillas sobre la cama y las manos prisioneras de las suyas.

—Voy a montarte. Me enterraré tan profundamente en ti que no tendrás duda alguna de que eres mi esposa y me perteneces —gruñó en su oído—. Te follaré como llevo deseando hacerlo desde que te vi por primera vez y, cuando lo haga, comprenderás exactamente lo que significa pertenecerme.

La empujó con su propio cuerpo, obligándola a mantener las manos sobre el colchón para luego deslizar las suyas hacia arriba, hasta sus hombros y arrastrar los dedos por ambos lados de su columna vertebral, notando como se arqueaba bajo su contacto. Hundió los dedos a ambos lados de su cadera y resbaló su erección entre sus nalgas, acariciándola, tentándola.

—Quiero oírte gritar mi nombre, Sarah —gruñó luchando por mantener a su felino con la correa—, quiero sentir como te corres, como me aprietas durante el orgasmo, como te derrites a mi alrededor.

Se inclinó sobre ella y cogió un par de preservativos que había depositado a propósito sobre la mesilla de noche, tiró uno de los cuadraditos metalizados sobre el colchón y rompió el envoltorio del otro con los dientes, colocándose el condón al momento.

—Te deseo... —susurró inclinándose, guiando su polla hacia la entrada de su sexo, posicionándose e introduciendo solo la punta. Se elevó sobre ella y le apartó el pelo del cuello, dejando a la vista la desnuda columna.

—Eres mía, Sarah —musitó lamiéndole la piel en ese punto que lo hacía ronronear de necesidad—, toda mía.

Empujó lentamente, disfrutando de la sensación de esas tensas paredes alrededor de su miembro, su tigre rugió al mismo tiempo instándolo a ir más profundo, deseando hacerse con el control para marcar así a su compañera. Le besó nuevamente el cuello, deslizó las manos bajo su cuerpo y le pellizó los pezones sobresaltándola. Estaba caliente y mojada, tan apretada que su incursión en el delicado cuerpo femenino era como una deseada tortura.

Se obligó a apretar los dientes para no gruñir. Enterrado profundamente en su interior la notó temblar bajo su pecho el cual estaba pegado a su espalda, ella vibraba por dentro, su excitación emparejaba la suya y la convertía en una deliciosa compañera de placer.

—Kaliq —gimió su nombre, su sexo acusó cada pequeño temblor femenino, la humedad que facilitaba su lubricación y hablaba de una palpable necesidad.

—Me gusta cómo pronuncias mi nombre, especialmente cuando lo haces con esa sensual cadencia. —Dejó de torturar sus pechos y resbaló las manos de regreso a las voluptuosas curvas femeninas—, pero me gustará todavía más oírlo mientras te corres.

Empezó a salir de ella, quedando unido solo por la punta de su polla antes de volver a entrar de golpe, deslizándose hasta el fondo para iniciar una nueva repetición. Estaba tan apretada y a la vez tan resbaladiza que era el paraíso.

—Mía —gruñó con cada empujón que daba en su cuerpo—. Mi mujer, mi esposa, mi compañera... recuérdalo, Sarah. No habrá otro hombre para ti mientras yo viva.

—Oh señor...

Se derritió bajo él, el colchón se movía al compás de sus empujes, propulsando el cuerpo femenino, reteniéndolo solo con el ancla de sus manos en las caderas. La montó a placer, dejó que su tigre saliese a la superficie y

compartiese ese delicado e íntimo momento, notó como los colmillos de su felino estallaban en su boca. El aroma de la mujer se hizo irresistible, podía escuchar el latido de su corazón, sus deliciosos gemidos mientras se empujaba una y otra vez y finalmente sucumbió como el *tygrain* que era para reclamar a su compañera.

—¡Kaliq!

Lloriqueó su nombre cuando hundió los colmillos en la parte trasera del cuello, deslizó la mano entre ellos y buscó la hinchada perla de su clítoris y la pellizcó arrancándole un nuevo quejido mientras seguía empujando en su interior. El cuerpo femenino se deshizo en sus brazos, su sexo se tensó alrededor de su miembro y los espasmos de un fuerte orgasmo lo recorrieron cuando ella se corrió con su nombre en los labios. Lamió la marca que había dejado su mordisco y cerró los ojos de puro éxtasis al reconocer su sangre. Su tigre rugió una última vez satisfecho, contento de tener por fin a su compañera consigo y le cedió de nuevo las riendas, permitiendo que el príncipe se uniese a la mujer con su propia liberación.

—Gracias, Sarah —murmuró besándola de nuevo en el cuello, al tiempo que salía de su interior, se deshacía del condón y la abrazaba, llevándosela consigo—. Gracias por este regalo.

Ella se limitó a musitar algo, ocultó el rostro en su pecho y se acurrucó como una gatita agotada y satisfecha.

Kaliq pasó varias horas viéndola dormir, la noche ya había caído sobre la ciudad y no tenía el más mínimo deseo de abandonar el lugar que ocupaba ahora mismo. Estaba tranquilo, saciado y complacido con ella, era una gatita fogosa y tierna, tan dulce como la miel. Era el tipo de mujer de la que podría

enamorarse fácilmente, alguien con quién disfrutaría de la vejez cuando esta llegase. No podía pedir más, no deseaba más.

Deslizó la mano por su espalda hacia sus nalgas y sonrió al notar como se revolvía una vez más. Deslizó un dedo entre sus mejillas y le acarició el sexo, ronroneando al encontrarla caliente y mojada.

—¿Es que tú no duermes? —musitó desperezándose, su mirada somnolienta.

—Me gusta mirarte, es mucho más divertido. —Se inclinó sobre ella, buscándola—. Además, estaba pensando seguir dónde lo dejamos esta mañana.

Empujó el trasero hacia él.

—¿Con eso te refieres al lugar que ocupan tus dedos?

Le acarició la espalda con la nariz y continuó bajando hasta conseguir morderle la nalga.

—Aunque me place la idea, me gustaría que la nueva princesa Al-Hanak entrase en palacio caminando.

Se giró y le miró a los ojos, sus palabras habían roto parte del hechizo que los mantenía en esa cama.

—No quiero ser princesa...

—Un poco tarde para eso. —Le acarició la nariz, los labios, los pechos y se retiró cuando la pequeña mano se posó sobre su brazo, interrumpiéndolo.

—No sé cuál es la labor de una princesa —insistió—. ¿Qué se supone que debo hacer?

Continuó acariciándola, le apartó el pelo de la cara, le rozó los labios con el pulgar y la miró a los ojos.

—Solo tienes que ser tú misma...

Sacudió la cabeza.

—Es lo que te decía antes, no puedes arrancarme de mi vida así, sin

más y esperar que esté preparada para... lo que quiera que venga contigo.

—Encontraremos un término medio que nos permita convivir y conservar nuestras vidas —le aseguró mirándola a los ojos.

—¿Por qué yo?

—Porque estabas en el lugar adecuado en el momento exacto.

Resopló y se dejó ir de espaldas sobre la cama.

—Kara va a flipar cuando le cuente esto —murmuró e hizo un mohín—.

Porque puedo contarlo, ¿no? Quiero decir...

Sus labios se curvaron por sí solos en una petulante sonrisa. No podía evitarlo, la idea le parecía sencillamente maquiavélica.

—Hazme un favor y cuéntaselo con todo lujo de detalles. —La besó en los labios.

Enarcó una ceja ante su buena disposición.

—¿Incluido el fallido secuestro?

—¿Quién dijo nada de fallido? —La recorrió con la mirada, relamiéndose al ver sus pechos desnudos—. He obtenido lo que quería.

—Eres...

—Un gato hambriento de su mujer —declaró bajando sobre ella con una obvia intención, tomarla de nuevo.

Oh sí, no iban a abandonar esa cama hasta que él se hubiese saciado una vez más de esa dulce y apetitosa hembra.

CAPÍTULO 8

—Tiene que tratarse de una broma, una enorme y colosal broma del destino. —Escuchó la iracunda voz del sultán—. ¡Se ha casado! ¡Se ha casado con una humana común y corriente! ¿En qué demonios estaba pensando? Le dije claramente que su deber era contraer matrimonio con la princesa Bakara Nazira. ¡Y qué hace! ¡Se casa con una chica humana!

Los pasos se fueron alejando, la airada voz se perdió por los pasillos del palacio y Sharif no pudo evitar analizar las palabras que habían quedado en el aire. Había escuchado bien, ¿Kaliq se había casado con una humana?

—Pero qué demonios...

Se levantó del asiento en el que había estado consultando los mapas que tenía esparcidos sobre la mesa y se asomó a través de la puerta de la biblioteca justo a tiempo de ver a su hermano pequeño caminando hacia él.

—¿Qué ha sido eso?

—Una explosión épica que ni siquiera madre podrá manejar —replicó el cachorro echando un vistazo por encima del hombro—. Al parecer Kaliq envió esta tarde un telegrama y, sabiamente, la sultana lo interceptó... lo que no ha sido tan sabio es comunicarle el contenido a padre. Cualquiera diría que Amina se lo pasa en grande haciendo que le salgan canas.

Prefería omitir cualquier juicio de valoración que tuviese que ver con la madre del primogénito del sultanato. Si bien tenía en gran estima a la primera esposa de su padre, no le había pasado por alto la manera en que esta tendía a hacer las cosas, especialmente cuando deseaba salirse con la suya. Era una mujer inteligente, culta, peligrosa en cierto modo y ese nuevo tejemaneje en el

que había puesto sus manos prometía un nuevo dolor de cabeza.

—Nuestro querido hermano ha hecho una escala en Múnich para casarse... con una humana.

Entonces, no había oído mal.

—¿Qué Kaliq se ha casado con una chica humana?

—No cualquier chica, Shar, la ha encontrado, ha encontrado a su compañera.

La implicación que traía consigo ese puñado de palabras era demasiado impactante. Su hermano había salido como una exhalación en el avión privado del sultán para recuperar a su díscola prometida, la hija del *Sheikh* Nazira. Estaba decidido a encontrarse de nuevo con esa mujer y comprobar si, por casualidades de la vida, esa chica podría ser su compañera.

«Si he de casarme con la princesa de la tribu Nariza, lo haré, pero no condenaré a una mujer a repetir los errores de mis progenitores y padecer sus consecuencias. Cuando escoja emparejarme, lo haré con una única mujer y, si el destino colabora, esa hembra será mi compañera».

Las palabras que había pronunciado Kaliq resonaron en su cabeza, se pasó una mano por el pelo y resopló.

—Lo ha hecho, la ha encontrado y se ha casado con ella —resumió con palpable incredulidad.

—Sí, con una chica humana —insistió su hermano con gesto pensativo—. Al final Dimitri va a tener razón y nuestra raza está destinada a volver a mezclarse como lo hicieron nuestros antepasados.

El líder del clan *tygrain* de Virginia les había informado en una de sus últimas charlas que muchos miembros de su tribu, empezando por su propio hermano —uno de los raros casos de tigre albino entre los suyos—, estaban encontrando a sus parejas en humanas comunes y corrientes.

Lo cierto es que lo había considerado algo esperado, dado que ellos

eran algo así como una rama lejana de la familia, descendiente del lado femenino de la primera familia, pero que esa suerte afectase ahora a los Al-Hanak, los herederos directos del dios y su consorte...

—Padre ha puesto el grito en el cielo —continuó Tarek—. Quería fortalecer los vínculos con los Nazira y el principito le ha salido con un paso de baile inesperado.

Sacudió la cabeza pensando en ello.

—Kaliq no aceptará tomar a la princesa, ni siquiera como segunda esposa.

—No, no lo hará —aceptó el chico—. Con lo que tenemos una nueva princesa que es humana y está a punto de ser introducida en una comuna *tygrain*. Sí, ya puedo escuchar sus gritos.

Lo miró de soslayo. Si la chica era ajena a su mundo, el heredero del sultanato iba a tener por delante un jodido infierno para hacerla comprender el lugar que ahora ocupaba y, sobre todo, lo que significaba tener un compañero.

—Hasta que sepamos exactamente qué grado de cordura posee y si está al tanto o no sobre nuestra segunda naturaleza, me parece que tendremos que recurrir al mismo cuento que se utiliza para justificar la presencia de los felinos en el palacio ante las visitas —resopló. Ya podía ver el lío que iba a ser eso—. La familia real de Al-Hanak poseedora de unas encantadoras y enormes mascotas felinas.

—Cuando se entere de que tendrá una para ella solita, es posible que se desmaye —añadió con palpable ironía.

—Que se desmaye no es el problema, lo será el que sea o no capaz de aceptar el lugar en el que la ha puesto su compañero —aseguró y dejó escapar un profundo suspiro—. Y esperemos que Kaliq la haya reclamado antes de regresar o esto será un verdadero infierno.

—Bueno, míralo por este lado, el palacio se va a volver mucho más

animado en los próximos días —aseguró el joven con el mismo optimismo de siempre.

Sharif arrugó la nariz.

—Eso o se convertirá en una auténtica pesadilla.

Habría que esperar a que la pareja aterrizase mañana, por lo pronto, tendrían que ir avisando al resto de los ocupantes del palacio de que acababan de añadir una nueva princesa a la familia.

CAPÍTULO 9

Sarah terminó de abrocharse los zapatos y tomó una profunda bocanada de aire. Había encontrado varias bolsas de una cara boutique a los pies de la cama. Ropa, zapatos, lencería, complementos... Tenía suficientes chucherías como para hacer un pase de modelos en la pasarela de Milán. Su documentación y tarjetas de crédito estaban también junto a un bonito bolso y monedero, y ahora también tenía una copia del pasaporte con su nuevo nombre.

—Sarah Tennat Al-Hanak —pronunció su nuevo apellido—. Princesa consorte de Bahir. Si esto no es una auténtica locura, no sé qué puede serlo.

Suspiró, se levantó y echó un rápido vistazo a la habitación. Su nuevo marido se había vestido y salido incluso antes de que saliese el sol. Le había pedido que se quedase en el dormitorio y no había encontrado las fuerzas para replicarle, todavía estaba demasiado confundida con todo lo que había pasado y con la inusual reacción que tenía hacia él como para pensar con claridad. Terminó por desayunar sola, aunque la comida le sentó como una piedra en el estómago. Estaba tan nerviosa que sentía hasta calambres.

—Y pensar que hoy tenía pensado hacer turismo por Nueva York —suspiró y miró el anillo que decoraba su dedo—. En vez de eso me encuentro en la suite de un lujoso hotel, casada y a punto de embarcarme en el viaje a mi nuevo hogar...

Se pasó la mano por el pelo con gesto cansado, aquello no tenía ni pies ni cabeza. Echó un nuevo vistazo a la habitación y reparó en el teléfono móvil que había aparecido con su documentación; un caro regalo del príncipe.

—Una boda... y todo por estar en el lugar equivocado en el momento menos oportuno.

Apretó los labios debatiéndose consigo misma pero al final cedió a sus instintos. Recuperó el teléfono, desbloqueó la pantalla y marcó de memoria el teléfono de su mejor amiga. Tal y como había esperado, saltó directamente el buzón de voz y el canturreo de Bakara inundó la línea con el sonido de la grabación.

—...deja tu mensaje después de oír la señal.

Tomó una profunda bocanada de aire y dejó que las palabras se vertiesen de su boca con rapidez.

—Mi querida y loca amiga. Espero que estés disfrutando de tu luna de miel y follando como una coneja porque después de que hayas escuchado esto, serás mujer muerta.

¿Había sido demasiado brusca? No, qué va. Realmente tenía intención de estrangularla.

—No quiero molestarte, de hecho no es importante, por lo que dejaré simplemente el mensaje en tu buzón para que lo oigas cuando vuelvas a encender el teléfono —continuó con una calma que no se creía ni ella—. Solo quiero informarte de que... ¿cómo decirlo suavemente? Pues a ver... verás... ¿Recuerdas que me iba a quedar en el hotel que contrataste, en la pedazo suite que me reservaste y disfrutar de unas merecidas vacaciones? Pues no he llegado ni a poder meter la llave en la cerradura, ya que he sido secuestrada, amordazada, atada de pies y manos e introducida como un fardo en una cara limusina. ¿Adivinas quién ha sido el artífice de esa faena? ¿No? Espera que te lo digo... ¡Kaliqqqqq! Sí, ese Kaliq. El príncipe perfecto, sacado de las maravillosas noches arábicas y que decías que rivalizaría sin duda con el sultán de Sherezade. Y sí, hija, sí que rivaliza. Tiene su misma arrogancia y la misma peregrina idea de salirse con la suya sí o sí. Pero no te preocupes, él no

ha querido matarme después de la noche de bodas, porque la ha habido, ¿eh? Oh, sí. La limusina solo fue el comienzo... de ahí el principito me arrastró a su avión privado, dejó que me lo pasara en grande con su mini bar y terminó haciendo una pequeña escala en Múnich dónde... ¡sorpresa! Nos hemos casado.

¿Sonaba tan absurda la historia como le estaba sonando a ella?

—Y ahora estoy aquí, en nuestra habitación de hotel, a la espera de volver a subir a ese maldito jet para ir a conocer a mi nueva familia política.

Llegados a este punto empezaba a notar que le faltaba el aire, por no hablar del sofoco que tenía encima.

—Así que, cuando escuches esto, seguramente ya estaré en medio del desierto, enterrada en algún agujero sin una piedra que marque el lugar en el que me han enterrado —concluyó con palpable ironía—. ¿Qué puedo decirte, querida amiga? Si todavía no te ha dado un síncope después de escucharme, quédate tranquila, intentaré sobrevivir los próximos quince días... después te mataré.

Tomó aire y se dispuso a apagar el teléfono pero se contuvo en el último momento.

—Posdata. Espero hayas disfrutado de tu viaje de novios, dios sabe que yo estoy intentando sobrevivir al mío.

Con eso cortó finalmente el mensaje y se quedó mirando el teléfono.

—Y ahora que me doy cuenta, ahora las dos somos princesas.

Se llevó la mano a la frente y se echó a reír como si no hubiese un mañana.

—Ay dios, esto es de locos, de locos.

CAPÍTULO 10

—Alteza.

Sarah dio un pequeño salto hacia un lado apartándose de Jamal y mirándole con recelo cuando el escolta le dedicó una educada reverencia tras abrir la puerta del avión. Kaliq casi esperaba que terminase por enfrentarse a él en cualquier momento, su nueva esposa parecía más en guardia que nunca alrededor de esos dos.

—¿Es necesario que me llame así? —preguntó, esos ojos azules cayendo sobre él.

Estaba nerviosa, expectante, podía notarlo en su lenguaje corporal, oler el miedo y la incomodidad. Su tigre deseaba restregarse contra ella, empaparse de su aroma y retozar como un cachorro a su lado.

—Deben dirigirse a ti con el debido respeto. Como mi esposa, adquiriste el tratamiento de princesa. —Le tendió la mano—. Vamos, todavía tenemos un viaje de unos cuarenta minutos hasta el palacio.

Miró su mano, la puerta ya abierta y a él.

—¿No podemos retrasar la partida un par de horas más?

—No —declaró y esperó con la mano extendida—. Vamos, Sarah, demuéstreme que puedes ser valiente además de inteligente.

Chasqueó la lengua, se llevó las manos a las caderas y replicó.

—No sabría yo decirte sobre el actual estado de mi inteligencia —le dijo—. Me he casado con el hombre que me ha secuestrado y arrastrado por medio mundo. Si eso no es un acuciante síndrome de Estocolmo, no sé lo que es.

—Sentido común. —Bajó la mano—. Yo era tu mejor opción para el matrimonio.

—Disculpa, pero ni siquiera me estaba planteando casarme cuando apareciste.

—Razón de más para que lo hayas hecho, te he ahorrado el tener que rechazar a otros candidatos.

Dicho eso se acercó a ella de una zancada, se inclinó para rodearle las caderas con un brazo y la levantó sin esfuerzo echándosela al hombro.

—Bienvenida a Bahir, esposa.

El agudo grito que escapó de sus labios le lastimó los tímpanos, el redondo y suave cuerpo se balanceó sobre su hombro y sus manos se aferraron de inmediato a la tela de su chaqueta para no caer.

—¡Estás loco! ¡Bájame ahora mismo! ¡Kaliq! ¡Exijo que me bajes en este mismo instante!

—Bueno, parece que no tendrá problemas en desempeñar su cargo, alteza —murmuró Jamal bajando los cuatro peldaños de la escalerilla tras ellos.

—Tú cállate, compinche de secuestro —lo acusó ella. Parecía tener para todos—. Hay Dios, se me está subiendo la sangre a la cabeza. Bájame, bájame... ay Dios... bájame o te vomito encima.

Dejó que se deslizase por su cuerpo hasta que los zapatos tocaron por fin tierra. Aguantó su mirada fulminante con estoicidad intentando no reírse y se permitió tomar una profunda bocanada de aire y disfrutar del sol de un magnífico día en Bahir.

—Estás loco, no puedes tratarme como si fuese un saco de patatas —se quejó ella, recomponiéndose la ropa—. Habría bajado por mi propio pie.

—Sí, no me cabe la menor duda de ello, Sarah, pero habrías tardado más de lo que deseaba permanecer en el avión —aseguró mirándola—.

Incluso tú deberías apreciar un poco de aire fresco después de pasar tantas horas encerrados.

Aquello pareció hacerla consciente del lugar en el que se encontraba, dejó de refunfuñar y miró a su alrededor. Su gesto cambió al momento y contempló con orgullo como adquiriría una expresión de delicia y, ¿anhelo?

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí —murmuró. Entonces se giró y señaló el bajo edificio a dónde solían llegar los aviones comerciales—. ¿No estamos un poco lejos de la terminal?

Le indicó con un gesto de la mano la limusina de color crema que esperaba ya al pie de la pista con la puerta abierta y el chofer vestido de uniforme. Las banderillas que ondeaban a ambos lados del capó proclamaban el vehículo como coche oficial de la familia real *bahiri*.

—No necesitamos pasar por la terminal.

Entrecerró los ojos fijándose en el conductor y enarcó una ceja en actitud cuestionante.

—¿Otra limusina? —gimió a su lado—. Empiezo a tenerles alergia.

—Te acostumbrarás —aseguró. La cogió de la mano y tiró de ella en dirección al vehículo.

—¿Quieres dejar de arrastrarme a todos lados como si fuese un perrillo? Puedo andar sola, te lo juro —se quejó pero se apresuró a mantener su paso—. Además, no es como si tuvieses la necesidad de volver a secuestrarme.

—No me tientes, Sarah, podría considerar la idea y raptarte de nuevo —comentó sin más—, aunque tendrá que esperar hasta después de las presentaciones.

—Parece que alguien tiene prisa por llegar a casa. —Escuchó a sus espaldas. Sus escoltas le seguían a la zaga.

—Uno de ellos sí tiene prisa, la otra... si clava los pies en el suelo,

podría resultar inamovible.

—¡Os estoy escuchando, mentecatos! —clamó ella echando un vistazo por encima del hombro—. Y tú quieres andar más despacio, no tengo las piernas tan largas y no deseo terminar besando el suelo.

Su protesta hizo que se detuviese en seco, se girase hacia ella y la levantase de nuevo del suelo, lanzándosela al hombro como si no pesara nada. Sabía que no era una actitud civilizada, que era suya y que nadie la tocaría. Esa su hembra, su compañera, su tigre desnudó interiormente los dientes y agitó la cola con un ronco rugido.

—Esto es el colmo, ¡bájame! ¡Bájame ahora mismo!

—Estate quieta —le azotó el culo solo para magreárselo después. Su sexo reaccionó al instante, deseándola de nuevo—, o te dejaré caer.

—Pensé que tendrías un poco más de sentido común —lo sermoneó—. Por amor de dios, ¡estás dando la nota! ¿Es que no te importa?

—La verdad es que no.

Continuó hacia la limusina mientras escuchaba con su fino oído los vanos intentos de sus hombres por no estallar en carcajadas. Los ojos castaños del chofer, una réplica de los suyos y de los de su propio padre lo miraban entre intrigado y divertido.

—¿Estás imponiendo alguna nueva tradición de la que deba tomar nota, principito?

Frunció el ceño y miró al chico con una silenciosa advertencia.

—¿Qué demonios hace tú aquí y vestido de esa manera?

Su hermano pequeño tenía una manera única de hacer las cosas y sacarle de quicio. Vestido con el uniforme del chofer, parecía el perfecto conductor.

—¿Puedo suponer que Hadi está al volante?

—¿Crees que estaría aquí y así de otra manera?

—¡Kaliq! —Se revolvió de nuevo su esposa—. ¡Bájame de una maldita vez, maldito exhibicionista!

Su hermano enarcó una ceja al escuchar la voz de la fémina entre divertido y perplejo.

—Si no me bajas ahora mismo, te juro por dios que te morderé de nuevo —le amenazó—. No te creas que te voy a perdonar la última, todavía me escuece.

Sonrió interiormente al recordar cómo había puesto el grito en el cielo al saber que le había mordido. Su mordisco, el cual se iba curando poco a poco dejaría una indeleble cicatriz en la parte posterior de su cuello que la proclamaba suya.

—¿Eso quiere decir que ya te ha mordido? —se interesó Tarek ignorante del curso de sus pensamientos.

—Dos veces. —Levantó la mano cubierta por un apósito—. Hasta sacar sangre.

—Kaliq Amir Al-Hanak, ¡suéltame ahora mismo, bastardo! Esto es bochornoso.

—Soy hijo legítimo, Sarah —replicó deslizándola de nuevo hasta que sus pies tocaron el suelo—. No un bastardo.

—¡Eres un burro! Eso es lo que eres. —Le pegó un puñetazo inofensivo en el brazo, entonces se dobló frotándose la tripa—. Me has puesto el estómago de corbata. ¿Qué manía te ha dado ahora de cargarme como si fuese un fardo?

—Yo diría que mi hermano está mostrándose bastante territorial —contestó el cachorro adelantándose para recibirla—. Bienvenida a Bahir, hermanita.

Ella se incorporó y lo miró. De los tres hermanos, eran los que más se parecían físicamente.

—Sarah, te presento a mi hermano pequeño, el príncipe Tarek Al-Hanak, instigador de las travesuras más disparatadas que se te puedan pasar por la cabeza —le informó sin dejar de mirar al chico—. Tarek, tu nueva hermana, la princesa Sarah.

—Um... hola, err... alteza —murmuró ella entonces, dedicándole algo parecido a una reverencia. No pudo evitarlo, su inocencia lo hizo sonreír y no fue el único.

—No tienes que inclinarte ante mí, ahora somos hermanos, Sarah —aseguró el chico y tomó sus manos entre las de ella para besarle ambas en señal de bienvenida—. Ahora eres una princesa del sultanato.

—Solo debes mostrar pleitesía ante el sultán —le explicó él—, mi señor padre.

La vio hacer un mohín, retirar las manos de las del chico y mirarle.

—No me vendría mal que me recordases de nuevo la clase de rápido protocolo de la que hablamos en el avión —suspiró, entonces frunció el ceño—. Tendremos tiempo, ¿no?

—Cuarenta minutos de viaje, si las condiciones del tráfico son óptimas —le informó, levantó la mano y le apartó un mechón de pelo del rostro—. No tienes nada de lo que preocuparte, te adorarán nada más verte.

Su desconfianza era más que palpable.

—Tengo serias dudas sobre ello.

—Amina ha dispuesto toda el ala norte para vosotros —añadió entonces su hermano—. Me pidió que te lo comunicase.

—¿El ala norte? —No tuvo tiempo de ocultar la sorpresa en su voz.

—La sultana se impuso ante cualquier otro cambio al respecto. —Se encogió de hombros—. Padre solo dijo «*adelante*». No quiso discutir con ella, nadie quiere acercarse a Amina cuando está en modo... «*yo mando, tú obedeces, pedazo de alcornoque*».

—Tarek...

—Lo sé, lo sé. —Levantó ambas manos—. Pero es la verdad. Mamá la ha ayudado, con lo que te puedes hacer una idea de la revolución que se ha montado en palacio desde que llegó tu telegrama.

—¿Enviaste un telegrama? —La pregunta la hizo su mujer—. ¿Ni siquiera les llamaste?

—Hay cosas que es mejor decirlas en persona —aseguró viendo como ella palidecía—. Han sido informados de lo que importa, que me he casado y que volvía a casa con mi esposa.

—Pero has vuelto conmigo y no...

—He vuelto con «mi esposa». —Remarcó las palabras, cogiéndole la mano, llevándosela a los labios y besándola sin dejar de mirarla—. Mi princesa. Es todo lo que necesitan saber.

Lo miró de reojo y sacudió la cabeza.

—Oh, claro. Estoy segura de que omitir el hecho de que estabas buscando a Bakara, que enviaste a alguien a secuestrarla y acabaste raptándome a mí no es relevante, ¿no?

Tarek lo miró de hito en hito.

—¿Está hablando en serio?

Decidió ignorarlo en favor de su esposa.

—Ya te lo he dicho, Sarah, el destino tiene extrañas formas de reunir a las personas.

—El destino no ha tenido nada que ver, ha sido tu locura la que nos ha metido en este lío.

—Oh, me gusta tu compañera, Kal —comentó el chico visiblemente encantado—. Estoy realmente feliz de tenerte como hermana, Sarah. No te preocupes por nada, todos te van a adorar, no hay nadie que no lo haga al ver cómo manejas a mi hermano.

Ambos se giraron hacia el chico con gesto amenazante.

—Mira, creo que volveré al avión y me quedaré allí hasta que tú soluciones las cosas —comentó ella dando ahora un paso atrás—. De hecho, te ruego que mandes aviso con *Pin y Pon* para decirme que puedo volver a casa y...

—Al coche, princesa.

—Preferiría quedarme aquí mientras tú peleas con los tigres.

Su hermano le dedicó una mirada interrogante.

«*Ella sabe...*».

Negó con la cabeza en respuesta a su pregunta mental. Si bien los tres podían comunicarse de esa manera y estaba seguro de que pronto podría hacerlo también con Sarah, prefería la comunicación vocal.

—Ya te dije que nuestras «*mascotas*» son del todo confiables.

«*Necesitaré que me eches una mano, Tarek*».

—No me refería a esos felinos, sino al tigre de Bahir —replicó y suspiró. Aquella era la manera en la que se conocía a su padre en el extranjero. Un dirigente fiero, capaz de hacerle frente a cualquiera y buscar lo mejor para su país—. Que sepas que si te come, quiero que alguien me traiga aquí, me monte en ese cacharro y me mande a casa a la velocidad de la luz.

—Ya estás en casa. —La empujó hacia la puerta abierta de la limusina—. Lo has estado desde el momento en que bajaste del avión.

Optó por no replicar y subió al coche.

—Al menos en esta limusina entro por mi propio pie.

Sacudió la cabeza y miró a su hermano.

—¿Mascotas? —preguntó él divertido—. ¿En serio?

—Ya conoces la creencia popular...

Sacudió la cabeza.

—Supongo que es una forma de empezar... aunque va a flipar cuando

sepa que esas «mascotas» somos nosotros.

—Necesito tiempo y tu ayuda —murmuró bajando la voz al tiempo que miraba la puerta de la limusina—, o mejor dicho, la de tu tigre.

Asintió y señaló el coche con un gesto de la barbilla.

—Es encantadora, Kaliq —le dijo con una seriedad poco usual en él—. Me alegro que la encontrases y estoy deseando saber más sobre ese secuestro al que ella ha aludido...

Antes de que pudiese decir algo al respecto, rodeó el coche y caminó hacia la puerta del copiloto.

—Bienvenido a casa, hermano.

Levantó la mirada al cielo despejado de Bahir y suspiró para sí.

—Sí, bienvenido a casa.

Entró en la limusina y cerró la puerta tras de sí para reunirse con su esposa.

CAPÍTULO 11

Sarah no podía evitar sentir ese cosquilleo que la invadía cada vez que visitaba Bahir. El aroma de la tierra, del aire, esa luz del sol única que calentaba con fuerza y dotaba a los paisajes de un tono único, todo en esa tierra era irrepetible y lo había echado tanto de menos que solo podía suspirar de placidez.

Estoy en casa.

Era extraño, pues no había nacido allí, pero su alma reconocía el lugar como si le perteneciese, como si siempre debiese haber terminado allí y, ahora, de una forma retorcida, se había convertido en eso, su hogar.

Había hecho un puchero al ver que los cristales de la limusina eran tintados, pero su decepción se esfumó cuando comprobó que podía ver el exterior con total claridad. Su esposo, que extraño era considerar así a un hombre que apenas conocía y al cual era incapaz de dejar de desear, le permitió bajar la ventanilla durante unos minutos y resultó ser un guía turístico de lo más interesante. Kaliq conocía al dedillo la región, demostró que estaba al tanto de cada pedazo de tierra, de su historia y de la gente que la habitaba, era sin duda un príncipe preocupado por su país.

Hicieron el viaje en algo más de una hora. Se retrasaron para que pudiese admirar los alrededores y hacer las preguntas que brotaban de sus labios de forma incontrolada. Cuando entraron en la vasta extensión que intercalaba las palmeras, los riachuelos y algunos bajos edificios, el príncipe le explicó que ya estaban en Samad, la capital del país. El palacio no tardó mucho en aparecer recortado en el horizonte, un impresionante edificio de

varias alturas y torres que parecía sacado de las *Mil y Una Noches*. A medida que se acercaban empezó a crecer también el auge de edificios del color de la arena, gente ocupada en sus quehaceres o paseando por la calle, niños que corrían paralelos al coche oficial saludando con sus manitas y gritando algo que no pudo comprender. Atrás quedó el zoco, las tiendas y los comercios, incluso un moderno centro comercial y entraron a través de la puerta mudéjar que presidía la gran muralla que rodeaba y protegía el palacio real.

—Bienvenida al palacio de Samad, mi princesa.

Apenas registró las palabras de Kaliq, su atención estaba puesta en el enorme edificio arábigo. Si bien lo había visto en fotografías, estas no le hacían justicia. Recorrieron un enorme patio flanqueado por palmeras, rodearon la inmensa fuente ornamentada y se detuvieron ante la puerta principal.

—¿Lista para conocer tu nuevo hogar?

Miró a Kaliq y sacudió enérgicamente la cabeza.

—No, la verdad es que no —respondió, se lamió los labios con nerviosismo y se recostó de nuevo contra el respaldo—. No quiero salir.

—Yo preferiría que lo hicieras —le dijo cogiéndole la mano, besándole los dedos antes de abrir la puerta y descender sin soltar la de ella.

—Tú no muestras preferencias, Kaliq, te limitas a ordenar y hacer que los demás obedezcan —protestó saliendo del coche tras él.

—Y tú eres la primera que ignora completamente dichas órdenes.

—Por supuesto —aseguró enderezándose—. ¿Dónde estaría la gracia sino?

—Alteza.

Su marido se giró para ver al hombre que caminaba hacia ellos, vestido con el mismo uniforme que había llevado el príncipe Tarek, debía ser el verdadero chofer.

—Gracias por dejar que mi hermano se saliese con la suya, Hadi —lo recibió con calidez—. Sé lo insistente que puede ser el príncipe. Ha sido todo un detalle permitirle a ese tunante que nos recibiese en el aeropuerto. Sabía que estábamos en buenas manos contigo a su lado.

El hombre pareció hincharse de orgullo, pero mantuvo una actitud estoica.

—Bienvenido de nuevo a casa y felicidades por su reciente matrimonio —declaró inclinándose ante ambos—. Mi príncipe, princesa.

Con eso, se cuadró y se mantuvo a un lado de la limusina como si fuese una estatua.

—Ya te dije que les gustaría la sorpresa, Hadi. —Apareció el que había orquestado todo, pasó ante ellos y se dirigió directamente hacia la entrada—. Os veré en la cena.

Su comentario la llevó a consultar con su acompañante.

—¿La cena? No es un poquito temprano para eso, ni siquiera he comido. —De hecho, su estómago se lo había recordado durante el viaje en coche.

—Mi hermano tiene su propio horario, Sarah —respondió con palpable ironía—. No me cabe la menor duda de que tendremos la comida esperándonos una vez entremos.

Alzó la mirada y contempló embelesada el lugar.

—Es... enorme y magnífico.

—El palacio está compuesto por varias viviendas independientes dentro del mismo edificio. Se ha ido remodelando con el paso de los años al gusto de los reyes y sultanes de Bahir, mi padre ha sido uno de los pocos que no ha tocado la estética exterior y se ha limitado más bien a hacer que el interior fuese cómodo y adecuado a sus necesidades.

—Es una construcción de estilo árabe, ¿no?

—Si lo que preguntas es si todavía existe el *harem*, la respuesta es sí — le susurró al oído—. Pero hoy en día es más bien una estancia de paso, contiene el jardín interior y los baños reales.

—¿Baños reales?

La miró con abierta sensualidad.

—Te lo enseñaré a su debido tiempo.

—¿Entrarías en el *harem*? ¿No se supone que está prohibido?

—Lo está —asintió—. Para cualquier miembro de palacio que no sean las mujeres, el sultán o sus herederos.

—Ya veo, esto es una de esas adaptaciones culturales de las que me habías hablado.

Asintió, posó la mano sobre su espalda y empujó para que siguiese adelante.

—Hay una cosa que quería preguntarte desde que se fue el príncipe Tarek. —Se detuvo y lo miró—. Él ha hablado de la sultana, refiriéndose a tu madre, pero también habló de la suya propia. ¿El sultán... tiene dos esposas?

Los ojos castaños cayeron sobre ella, su gesto se endureció pero su voz no reflejó ese cambio de actitud.

—Mi madre, Amina, es la consorte real, la sultana —respondió con voz tranquila, lineal—. Zuleima es... su compañera.

—Entonces, tiene dos esposas.

—Las leyes musulmanas permiten tener...

—Hasta cuatro esposas, lo sé —replicó al instante, nerviosa, casi enfadada—. Dios, qué tonta... yo pensé...

Sus manos se cerraron sobre sus hombros.

—Sarah, somos una familia monógama, la mayor parte de nosotros al menos. —La frenó consciente de lo que acababa de pensar—. Yo solo deseo una esposa. A ti. No tengo intención de meter bajo nuestro techo a ninguna otra

mujer.

—Lo siento, sé que no tengo derecho a juzgar, es vuestra cultura, pero no puedo evitar ser totalmente occidental y la poligamia... —negó con la cabeza—. No va conmigo, no soportaría... compartirte.

Y esa era una realidad que pesaba con fuerza en su alma, una inesperada como los celos que surgían en su interior al pensar en que Kaliq pudiese desear a otras mujeres. No sabía de dónde salía esa vena posesiva, especialmente cuando apenas le conocía, pero estaba ahí.

—La nuestra es una familia de antiguas raíces —le dijo entonces, al tiempo que la instaba a avanzar—. Los primeros reyes de Bahir descienden de las tribus nómadas que se afincaron en esta región hace cientos, sino miles de años. Hay una... tradición entre los *tygrain*... se dice que tenemos una pareja predestinada, una compañera y si la encontramos, ya no necesitamos seguir buscando a ninguna otra.

—¿El lado romántico de vuestras supersticiones y creencias?

—Algo parecido —aceptó misterioso—. En la familia real existe la superstición o maldición de que, si un príncipe no encuentra a su pareja predestinada antes de cumplir los treinta y siete, ya no la encontrará en esta vida. Mi padre creía firmemente en esa leyenda y se casó con mi madre, Amina, convirtiéndola en la sultana. Entonces, justo al final de su trigésimo séptimo cumpleaños, apareció Zuleima. Ella era su verdadera compañera y eligió tomarla también como esposa, su segunda esposa.

—¿Y tu madre estuvo de acuerdo? —Había verdadero escepticismo en sus palabras.

Él se encogió de hombros.

—Mi madre fue criada en el seno de nuestra cultura, quería y respetaba a mi padre y era la sultana —comentó pero no parecía convencido—. Ella me ha criado para querer y honrar a mi padre, aceptar a la segunda esposa de mi

padre y adorar a mis hermanos. Sin embargo, también he visto cosas que otros no lo han visto... Eso fue lo que me impulsó a encontrar a mi... única esposa... antes de cumplir los treinta y ocho. Salí buscando a una princesa... y te encontré a ti.

—Así que, ¿tienes treinta y siete años?

—Soy unos considerables y egoístas diez años mayor que tú, mi deliciosa esposa.

Tragó, no pudo evitarlo, la manera en que la miraba hacía que se le licuase la sangre en las venas y despertase el deseo.

—¿Por qué no puedo dejar de desearte, mi dulce Sarah? —preguntó acunándole el rostro entre las manos, atrayéndola contra su cuerpo, calentándole los labios con su aliento—. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en estar dentro de ti?

—Esa es una pregunta que yo también me hago y no tengo una respuesta razonable, Kaliq.

Jadeó al sentir su boca reposando sobre la de ella, su lengua deslizándose sobre la suya y enlazándose en busca de una pronta respuesta. Respiró su aliento y lo hizo suyo, subió las manos por sus brazos hasta enterrarlas en su pelo mientras él le aferraba el culo y la apretaba contra una creciente erección. Su cuerpo despertó al instante, se le humedeció la entrepierna, sus pezones se endurecieron y le dolieron los pechos necesitados de sus caricias.

—Te deseo. —Una admisión desesperada, una súplica a la que su cuerpo respondió al momento.

—Yo... sí, por favor —respondió a su vez, necesitando eso de él, la magia que solo ese hombre parecía capaz de obrar—. Oh señor, esto es una locura...

Se sintió empujada contra la pared, sus piernas separadas para dar

cabida a un duro muslo masculino, su sexo aplastado contra su pierna hacía que tuviese ganas de frotarse contra él mientras sus labios, ahora sobre su cuello, la encendían aún más.

—*Ejem-ejem.*

El inesperado carraspeo penetró en su turbulenta mente casi al mismo tiempo que oía un felino gruñido en respuesta del hombre que todavía la cubría con su cuerpo.

—Bienvenidos a casa, hermano y hermana.

Al saludo de una voz ronca y masculina se unió un sonoro rugido felino que la sacudió al momento.

—Shar, tú y tu maldito don de la oportunidad.

Su marido se apartó lo justo para mirarla a los ojos, comprobar que estaba decente antes de girarse para ver a los recién llegados. Su movimiento hizo que ella misma pudiese verlos y se quedase congelada ante lo que tenía delante.

—Thar también os da la bienvenida.

—Oh.Dios.Bendito.

Se quedó inmóvil, los ojos abiertos como platos y la boca seca ante la asombrosa e imposible visión de un enorme tigre de Bengala que agitaba la cola y se relamía al lado del hombre que, dada su presentación, debía ser el tercer príncipe Al-Hanak.

—Es... es un tigre.

—Es Thar —respondió su marido, quién parecía haber recuperado de nuevo la estoicidad de siempre—. Y el que está al lado, sobre dos piernas, es mi hermano Sharif. Hermanito, te presento a la princesa Sarah, mi esposa.

—Bienvenida a Samad, hermana.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para arrancar la mirada del tigre y centrarse en el humano.

—Eh, sí, gracias.

Su mirada voló de nuevo al tigre.

—Parece que le hace más ilusión tu presencia que la mía, Thar — escuchó que decía el príncipe—. ¿Por qué no saludas a la princesa?

Como si hubiese dicho algo clave, el enorme gato agitó la cola una vez más y empezó a moverse con una gracilidad propia de su especie en dirección a ellos.

—Ay dios —retrocedió inmediatamente, tropezando con Kaliq, quién la rodeó con los brazos.

—Tranquila, no te hará daño, es... el compañero de mi hermano pequeño.

Se quedó tiesa, el temor sacudiendo cada una de sus terminaciones nerviosas mientras esa fiera se acercaba a ellos y entonces, ese enorme y peludo cuerpo se restregó contra ella, empujándolos a ambos. Solo los brazos y el cuerpo de su marido evitaron que cayese al suelo mientras el enorme peluche repetía la operación restregándose de nuevo cuan largo era.

—Despacio, Thar, despacio. —Escuchó gruñir a su compañero, sus brazos cerrándose incluso con más fuerza como si quisiera dejar patente su reclamo sobre ella. Parecía decir «*no te pases, gato, ella es mía*».

—Es... es enorme...

—Eso es que no has visto a Kha —murmuró Sharif con cierto tono jocoso.

—¿Es que hay más?

—¿En palacio? —respondió a su pregunta—. Tres grandes, peludos y rayados tigres. Unos con mejores modales que otros.

—Es broma, ¿no?

—Ya veo que Kaliq ha sido negligente en cuanto a su deber.

Ambos parecieron intercambiar una secreta mirada.

—Sharif. —Una velada amenaza, algo que pasó entre los dos hermanos y que su nuevo cuñado desestimó al momento—. Gracias, Thar. Vuelve con... tu amo.

El gato le dedicó lo que a todas luces solo podía resumirse como una mirada de chiste, giró y le golpeó con la cola antes de irse paseando con unos contoneos que le daban ganas de imitar.

—Oh... yo quiero uno. —Se encontró pronunciando de manera absurda—. Pero qué estupideces digo.

Ambos hombres perdieron un poco de esa repentina tensión y se rieron entre dientes.

—Ya me tienes a mí.

Levantó la mirada al escuchar el rezongueo de su marido.

—Um... yo me refería a uno peludo, alteza.

Él la fulminó con la mirada y optó por no decir nada más.

—Mi hermano se refiere a Kha —le informó su cuñado—. Es su compañero, un poco más grande que el que acabas de ver. Te adorará nada más verte.

—¿Adorar como en *«qué rica estás, te voy a comer»*?

El príncipe pareció sorprendido entonces se rio.

—No tendrás que preocuparte por eso mientras tengan comida en la reserva, princesa Sarah —aseguró con sencillez—. Nuestros... felinos... suelen pasar gran parte del tiempo allí, excepto cuando alguno de nosotros los trae para holgazanear por el palacio. No te preocupes, todos ellos son dignos de confianza.

Al igual que había hecho Tarek al conocerla, le cogió las manos y se las besó.

—Espero que tu estancia entre nosotros sea feliz y próspera —le deseó. Entonces se giró a su hermano—. Me alegro que hicieses este viaje,

hermanito. Aunque una explicación un poco más extensa en el telegrama de ayer habría evitado unos cuantos dolores de cabeza por aquí. Te fuiste a buscar a una princesa y has vuelto... con otra.

Kaliq pareció relajarse a juzgar por la pérdida de rigidez en su cuerpo y el aflojamiento con el que la apretaba.

—Sarah es la única que cuenta para mí.

—Que así sea —asintió e indicó el pasillo por el que habían transitado hasta el momento—. Deduzco que todavía no has visto a padre, ¿no?

—Acabamos de llegar. Ni siquiera hemos pisado nuestras habitaciones.

Él ocultó una sonrisa y asintió.

—Instalaos primero, el viejo tigre puede seguir rezongando un rato más, solo procura verlo antes de la cena —le palmeó el antebrazo—. A estas alturas sabrá que habéis llegado, pero esperará. Además, en cuanto vea a tu esposa, sabrá que todo está bien.

Él asintió, se despidió de su hermano y volvieron a quedarse solos de nuevo.

—Quizás deberías ir a verle ahora —le sugirió Sarah desentendiéndose de sus brazos para mirarle de frente—. Puedes dejarme en nuestra habitación y...

Negó con la cabeza, interrumpiéndola, entonces la rodeó con los brazos y volvió a besarla con una necesidad que la sobrecogió. El beso fue intenso pero breve.

—No quiero verle, no ahora —negó y apoyó la frente contra la de él—. Todo lo que quiero es desnudarte y tocarte, acariciarte y recordar que eres mía.

Ladeó la cabeza.

—Estás siendo un poquito territorial, ¿no te parece?

—No me ha gustado que Thar se haya restregado contra ti, quiero

hacerlo yo. —Si no supiese que era imposible, pensaría que estaba haciendo un puchero—. Quiero tu piel desnuda contra mi pelaje, quiero que todo el mundo sepa que eres mía, Sarah, que perteneces a este príncipe felino.

—Estás diciendo sin sentidos, Kaliq.

Se separó y la miró a los ojos, estos parecían haber adquirido un nuevo brillo y sus pupilas alargarse. Frunció el ceño y se echó hacia atrás y luego se acercó de nuevo.

—Vaya, la luz de la sala ha hecho de nuevo ese extraño efecto en tus ojos.

—Sarah.

—¿Qué?

—¿Te gustan los tigres?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Frunció el ceño—. ¿Qué demonios te pasa?

Sacudió la cabeza una vez más, la cogió de la mano y tiró de ella hasta sus brazos.

—Nada —respondió entonces buscando de nuevo su boca—. Vamos a nuestra habitación, te necesito ahora.

No pudo negarse, no cuando toda ella ardía de necesidad después de ese último beso.

CAPÍTULO 12

Kaliq no podía dejar de mirarla, de deseársela. El ver cómo su hermano pequeño se había restregado contra ella lo puso frenético, su tigre se sintió ofendido y con razón. Era su compañera, él tenía que ser el único que se restregase contra ella y, por Dios, quería toda esa suave piel desnuda contra su pelo, la quería envolver en su aroma *tygrain* y hacer saber a cualquiera que estuviese cerca que le pertenecía por completo.

Nunca había sentido tantos celos hasta ahora y eso lo descolocaba. Sabía que iba a sentirse atraído por su compañera, que la estimaría y, con el tiempo llegaría a amarla, pero aquella locura en la que se habían convertido sus hormonas lo estaba vapuleando sin control. Quería tenerla de nuevo, quería besarla, saborearla, marcarla de nuevo.

No podía creer que apenas una semana atrás hubiese estado subiéndose a un avión dispuesto a encontrar a la díscola princesa con la que se había prometido para arrastrarla a casa si resultaba ser su compañera o, en último caso, hablar con ella y decirle que mantendrían su compromiso hasta su trigésimo octavo cumpleaños. Pero Bakara no había estado dónde debería, la princesa se había casado con otro sin decírselo a nadie y él había obtenido en su lugar a esa preciosa y resplandorosa mujer.

—¿Todo esto es... nuestro?

Mientras en su mente ya la estaba desnudando, ella se había distraído al entrar en la ala norte del palacio y contemplar la magnificencia de lo que una vez habían sido las dependencias del sultán emérito; su abuelo. Había tenido

que mostrarle las habitaciones que formaban su nuevo hogar, un área independiente compuesta por un amplio dormitorio con baño y dos vestidores, una sala de estar, biblioteca-despacho privado, una oficina independiente que había sido amueblado con sus cosas, sin duda trasladadas de sus antiguas habitaciones, y un pequeño cuarto que, si bien ahora estaba decorado como una femenina sala privada, con escritorio, un sofá y mesita de café y algunas plantas, había sido la habitación de los niños; allí había nacido y crecido su propio padre.

Niños, pensó mirando a su compañera. Algún día ella le daría hijos, formarían una familia, su propia familia.

—¿He dicho algo que no debía? —Preguntó de nuevo, obviamente nerviosa—. Se te ha mudado el gesto.

Negó con la cabeza.

—Estaba pensando en ti en mí, en el futuro... y en que ya no puedo esperar más para verte desnuda y saborearte entera —declaró con voz ronca y le tendió la mano—. Ven, Sarah, te deseo.

La vio lamerse los labios, su tigre detectó al momento su excitación y eso hizo crecer la suya.

—¿Piensas que voy a acudir a tu llamado cada vez que chasquees los dedos?

El desafío en sus ojos lo estimuló. Deseaba doblegarla, enseñarle que eso era precisamente lo que debía hacer, pero era lo bastante inteligente para callarse la boca y no decirlo en voz alta.

—Esperaba que quisieras hacerlo porque tú también lo deseas —replicó y la recorrió con la mirada—. Y, a juzgar por la forma en que se marcan tus pezones, en cómo aprietas los muslos y que no haces más que lamerte los labios, puedo decir que lo deseas... Que me deseas.

Levantó la barbilla con ese gesto desafiante que lo ponía duro.

—Confías demasiado en tu atractivo sobre mí.

Sonrió de soslayo y optó por claudicar y ser él quien acortase la distancia entre ambos.

—Solo confío en lo que sé que puedo obtener de mi mujer —respondió quedándose a escasos centímetros de ella, sin tocarla—. Y ahora lo que deseo es que te desnudes para poder disfrutar de ti lo antes posible.

—Quieres que me desnude...

—O puedo hacerlo yo por ti. —Se acercó un poco más a sus labios—. De una forma u otra, voy a tenerte desnuda.

—Empiezas a sacarme de quicio, Kaliq.

Sonrió con petulancia, rodeó su cintura con un brazo y la apretó contra él.

—¿Solo empiezo? —Le acarició los labios con su aliento—. Entonces es que no lo estoy haciendo del todo bien.

Capturó sus labios, se abrió paso entre sus dientes y saqueó su boca sin más preámbulos.

—Y pensándolo bien, voy a darme el placer de desenvolver este precioso regalo yo mismo.

Y lo hizo. La despojó de la ropa, dejándola expuesta a su mirada, disfrutando de la suavidad de su piel y la blandura de sus senos. Sopesó sus pechos, le lamió los pezones y la degustó como si fuese el más dulce de los postres. Dudaba que algún día se cansase de ella, pues cada vez que la probaba se encontraba incluso más adicto a ella y su sabor.

Le acarició el estómago y sembró un sendero de besos sobre su piel desde los pechos a su ombligo, entonces la miró y ronroneó satisfecho al ver el creciente deseo en sus ojos. Ella no era indiferente a sus atenciones, las deseaba tanto como él deseaba las suyas y hacía que la extraña tela de araña que se tejía a su alrededor los uniese más y más.

Se libró también de su ropa, no le importó el lugar en que cayó, ni la forma, todo lo que deseaba era poder tener esa suave y cremosa piel contra la suya sin nada que se interpusiese entre ellos dos.

—Si no fuese un bastardo egoísta y deseara arrancarle la cabeza después de pedírselo, contrataría a un pintor para que te retratase así, desnuda y envuelta en deseo sobre la seda de mi cama —gruñó llevándola allí, disfrutando de la visión de esa hembra tendida sobre el lecho abierta a su placer.

—Tienes unas ideas de lo más extrañas, alteza.

Sacudió la cabeza y gateó tras ella, descendiendo de nuevo sobre esos adorables pechos. Se demoró el tiempo necesario para prodigarle simultánea atención a esas dos bellezas, succionó con avidez sus pezones mientras la moldeaba con las manos, recorriendo su costado, rozándole el vientre con los dedos y deslizarse entre sus piernas abiertas tocando con las yemas la humedad que ya empapaba sus ocultos rizos. Estaba mojada, caliente y olía deliciosamente bien. Se le hacía la boca agua con pensar en su sabor, con darse un festín con esa oculta joya entre sus piernas.

—Necesito probarte, gatita, necesito degustar ese néctar que ocultas tan celosamente.

Bajó entre sus muslos, le prodigó pequeños besos a cada pierna desde el tobillo a la unión de sus caderas y la acarició con la nariz, un tibio entrante para el plato principal que realmente deseaba degustar.

El primer beso lo encendió, el segundo hizo rugir de placer a su tigre y el tercero fue su perdición. Levantó las piernas por encima de sus hombros y la mantuvo abierta e indefensa, lista para su placer. Se deleitó en su sabor, la estimuló con la lengua y disfrutó de un sabor que quedaría para siempre grabado en su memoria. Succionó su sexo, recogiendo a lametones su excitación, ronroneando de verdadero placer mientras lo hacía. La sujetó

cuando empezó a retorcerse bajo su boca e hizo oídos sordos a sus quejas y gimoteos, atacó su clítoris con una perezosa succión y la penetró con los dedos sin que pudiese hacer otra cosa que gemir su nombre, retorcerse sobre la cama y enterrar los dedos en su pelo.

Se recreó en su amante, disfrutó provocándole placer pues ese ardor encendía el suyo propio, se deleitó en ella hasta que la escuchó gritar al alcanzar el orgasmo, pero no era suficiente, quería más.

—No soy capaz de saciarme de ti —murmuró ascendiendo sobre su cuerpo, reclamando su boca en un húmedo beso que acicateó su necesidad. Permitted que se probase a sí misma en su lengua, que paladease su sabor, encontró esos ojos azules oscurecidos y llenos de deseo fijos en los suyos, parecían querer decir mil cosas y sin embargo sus labios seguían sin moverse.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Sarah?

Ella sacudió la cabeza y extendió los brazos para atraerle de nuevo hacia él, se arqueó contra su cuerpo, enganchó los dedos en sus hombros y le obsequió con un beso de su propia cosecha.

—Te necesito —musitó ella entonces—. No sé qué me haces, pero soy incapaz de pensar con coherencia, de encontrar un simple motivo por el que no deba desearte...

—¿Por qué deberías de buscarlo siquiera? Así es como debe ser entre nosotros, como siempre será. —Le ahuecó la mejilla—. Eres mi princesa, no quiero otra cosa que tu deseo para mí.

—Y es tuyo, incluso cuando me sacas de quicio y tengo unas ganas irrefrenables de estrangularte, mi deseo es por ti.

—Y así es como debe ser. —La besó en los labios y bajó de nuevo la mirada sobre su cuerpo—. Como siempre será.

Volvió a besarla y encontró dulzura tanto en su boca como en sus caricias. Sus manos se deslizaron voluntariamente sobre su pecho, delineando

cada uno de sus músculos, reconociéndole como si de ese modo pudiese recordarle incluso cuando no lo tuviese delante.

—Eres peligroso para mí.

Enarcó una ceja ante tal comentario.

—¿Te parezco peligroso?

Lo miró a los ojos y asintió.

—Muy peligroso —aseguró—. Haces que desee cosas que no debería tener. Haces que te desee a ti, que desee que seas realmente mío.

Sonrió de soslayo.

—Soy tuyo, princesa, ¿de quién más podría ser sino?

Le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él de nuevo hacia ella, le ofreció su boca y no dudó en hacerla suya como el resto de su cuerpo.

—Necesitamos un preservativo. —Canturreó ante sus labios, entonces se apartó un poco y echó mano de una pequeña mesa baja que había a un lado de la cama. Abrió la pequeña caja lacada con motivos arabescos y sonrió travieso—. Más adelante nos encargaremos de prescindir de esto por otros métodos menos obvios.

Ella se rió y sacudió la cabeza.

—Supongo que podré hacer algo al respecto.

Le guiñó el ojo, rompió el envoltorio del condón y se lo puso.

—Mi esposa siempre tan complaciente.

Bajó de nuevo sobre ella y la besó una vez más, la envolvió con los brazos, girándola sobre él e intercambiando así las posiciones.

—Móntame —respiró en sus labios—. Quiero ver qué tal se te da cabalgar.

Enarcó una delgada ceja castaña y lo miró con esos atractivos ojos del color del cielo de su desierto.

—Eres un mandón.

—¿Tengo que suplicar?

—¿Lo harías?

—Tendrías que esforzarte para que eso sucediese.

Sacudió la cabeza, se deslizó a ahorcajadas sobre su estómago y posó las manos sobre su pecho.

—Eres un príncipe consentido, Kaliq.

Llevó ambas manos a las caderas femeninas y la instó a elevarse sobre las rodillas.

—Este príncipe consentido solo desea una cosa ahora mismo, Sarah, estar dentro de ti.

Su esposa se lamió los labios, deslizó la mano entre ambos cuerpos y rodeó con sus dedos su grueso pene conduciéndolo a la entrada de su sexo.

—Tienes suerte de que ese sea también mi deseo, alteza —musitó dejándose caer muy lentamente sobre ella, tomándole poco a poco en su cuerpo—. Oh... dios, esto es... te siento muy... dentro.

Elevó las caderas en una obvia respuesta.

—No lo suficiente —le acarició las nalgas mientras disfrutaba de su prisión, de la suavidad y la manera en que lo aferraban sus paredes vaginales—. Esto es el paraíso...

—Kaliq... Ay Dios...

Se rió entre dientes, cogió sus manos y las enlazó con las suyas.

—Me das más mérito del que tengo, princesa.

Sacudió la cabeza, se impulsó con ayuda de sus manos, saliendo de su cuerpo para luego volver a dejarse caer. Lo montó con suavidad, buscando el ritmo que le resultaba más cómodo, apretándole con cada nueva subida y bajada para finalmente entregarse al placer.

Esos deliciosos pechos subían y bajaban al compás de sus movimientos creando un movimiento hipnotizador que le hacía la boca agua, tanto fue así

que no pudo soportar más mantenerse alejado de las maduras frutas y se prendió de su pezón. Le llevó las manos a los hombros y la aferró después por la cintura, dejándola marcar su propio ritmo y arrastrarle a él a la locura en el proceso.

Era una visión maravillosa, totalmente entregada al placer, desinhibida, botando sobre su regazo, frotándose contra él, calentándole y haciéndole perder el control.

—Eso es, dulzura, sigue así —la animó—. Móntame, cabálgame.

La guio en cada nueva embestida, subiendo cuando ella bajaba, retirándose cuando subía para finalmente hacerse cargo del ritmo hasta que ambos estuvieron jadeando en una desesperada carrera por llegar al final.

—¡Kaliq!

El grito de liberación de su compañera lo acicateó, los espasmos de su orgasmo aprisionaron su sexo, tiraron de él hasta terminar acallando su propio grito de alivio sobre el hombro femenino. Permanecieron unidos durante unos instantes, intentando recuperar el aliento, esperando a que el ritmo de sus corazones volviese a estabilizarse.

—A veces me pregunto si esto no será otro cuento de hadas más —la escuchó musitar, su rostro pegado a su cuello.

Se separó un poco para poder mirarla a la cara.

—¿Por qué lo dices?

—Nos hemos casado hace... veinticuatro horas —murmuró sonrojada por el ejercicio—, y nos conocemos de, ¿cuánto? ¿Setenta y dos? Nada de esto tiene sentido. Yo nunca... nunca me había ido a la cama con un tío a los pocos minutos de conocerle y, desde luego, jamás me había sentido... arrasada de esta manera. Siento, siento que he perdido las riendas de mi propia vida, de quién soy realmente y eso... eso me aterra.

—Nuestras almas se reconocieron nada más verse, es cómo debía ser.

Sacudió la cabeza y se deslizó de su regazo, haciendo que saliese de su interior para dejarse caer en la cama.

—Pero no es suficiente, yo necesito más, necesito una explicación coherente —murmuró dejando caer el brazo sobre sus ojos.

Kaliq se tomó un momento para liberarse del preservativo antes de unirse a ella.

—¿Qué es más para ti? —Le acarició el brazo, deleitándose con la visión de su cuerpo desnudo—. ¿Qué tipo de explicación necesitas?

Ladeó el rostro para encontrarse con el suyo y se lamió los labios.

—No lo sé, Kaliq, es solo que... —negó con la cabeza—. Esto... esto es tan extraño para mí. Te... te deseo —se sonrojó—, de eso no tengo dudas pero sé tan poco sobre ti. No sé qué te gusta, qué te enfada, qué hace que se te llenen los ojos de lágrimas, qué te causa dolor o miedo, qué alegría. No sé si tienes secretos, secretos que quizás no quieras compartir conmigo.

Se inclinó sobre ella y le apartó el pelo de la cara.

—Solo tengo un secreto importante, Sarah, e incluso ese, es algo que antes o después compartiré contigo.

Arrugó la nariz e hizo una mueca.

—Si me dices ahora que piensas tener más esposas, te esterilizo.

Su amenaza le causó tanta gracia que terminó riendo.

—¿Ves? —Resopló ella y se cubrió los ojos—. Y esta es una de esas cosas que no tiene ni pies ni cabeza. ¡Acabo de amenazarte!

Tiró de sus manos para verle el rostro.

—Me has reclamado como toda una tigresa, eso no es una amenaza, es incluso... caliente.

—Pero no te conozco —insistió—. No lo suficiente como para reclamarte o lo que sea.

—Me conoces mucho más de lo que me conoce ninguna mujer, Sarah, la

prueba es que estás aquí, en nuestro dormitorio, en nuestra cama.

—El sexo no cuenta... —Resopló de nuevo e hizo un mohín—. Además, seguro que has tenido amantes a docenas.

—Eso no es algo que vaya a compartir contigo, como tampoco te preguntaré por los que has tenido tú —contestó sincero.

Sacudió la cabeza y se revolvió en la cama, poniéndose de lado.

—Vale, pues dime entonces cuál es ese secreto del que hablas —pidió—. Acabas de decir que antes o después lo compartirías conmigo.

Bajó la mirada, deslizó la mano sobre su cadera y la atrajo hacia él.

—Soy un *tygrain*.

Ella enarcó una ceja.

—Um... creo que esa parte ya la hemos tocado, principito —replicó irónica.

Negó con la cabeza y le acarició la cadera.

—No, no como debería haberse hecho —repuso con un profundo suspiro—. Mi gente, mis antepasados... todos ellos descienden de una antigua... raza, una cuya existencia puede resultar incomprensible e incluso fantástica para la humanidad.

—¿Cómo de incomprensible?

Se lamió los labios.

—Soy hombre y bestia. Soy un macho tigre de Bengala.

Parpadeó un par de veces, ladeó la cabeza y empezó a sonreír lentamente.

—*Vaaaaaalep*. Entonces eso me convierte en, ¿qué? ¿Domadora de tigres? —Chasqueó la lengua e intentó levantarse—. Creo que te ha dado demasiado sol en la cabeza, compañero.

—No, Sarah. —Su voz sonó felina, su tigre salió a la superficie y permitió que se reflejase en sus ojos—. Soy...

Un inesperado y contundente golpe en la puerta interrumpió su declaración y lo llevó a sisear como un gato.

—Hermanito, si sigues ahí dentro, te sugiero que te vistas, cojas a tu princesa y os reunáis ambos con nuestro padre —escuchó la voz de Tarek en su idioma natal—. Eso si quieres que la sultana no le arranque la cabeza.

—Maldición —siseó y alzó la cabeza hacia el techo pidiendo paciencia.

Sarah se levantó como un resorte, sentándose y cubriéndose con la ropa de cama como si esperase que alguien entrase sin su permiso.

—¿Qué ocurre? —le preguntó mirándole—. ¿Quién era?

—Mi hermano pequeño —explicó y dejó escapar un profundo suspiro—. Parece que se nos ha terminado el indulto. Mi padre quiere vernos y mi madre le está diciendo el por qué este no es un buen momento.

Parpadeó como un búho.

—Es broma, ¿no?

Sacudió la cabeza, hizo la sábana a un lado y saltó de la cama.

—Me temo que no, princesa, me temo que no.

Cuando se trataba de su padre, no podría aplicársele el término de broma. Solo esperaba que, fuese lo que fuese, no le causara más problemas de los que ya tenía.

CAPÍTULO 13

Kaliq casi agradecía que sus padres estuviesen discutiendo en su idioma natal, eso evitaba el obvio bochorno que habría sentido su esposa ante la abierta discusión que mantenían sobre ella. Se obligó a mantenerse estoico, miró a su mujer, quién arqueó una ceja a modo de pregunta.

—Conflicto matrimonial.

—¿De veras? —respondió con el mismo tono irónico que él.

Incluso él podía entender sus dudas dada la acalorada discusión que se estaba llevando a cabo en la antesala del *harem*. Estaba claro que su padre había ido detrás de su madre.

—Dijiste que querías conocer el *harem*, ¿no?

—Quizá cuando no tiren las paredes abajo a gritos.

Sonrió, le cogió la mano y le besó los nudillos.

—No hagas caso, son... dos personas muy intensas.

—Sí, puedo imaginarme porqué has salido así.

Una nueva y vehemente respuesta de su madre interrumpió su momento de intimidad.

—¡Es su compañera y la tratarás como tal! Kaliq ha sido lo suficiente valiente como para elegir por encima de cualquier estúpida maldición su propia felicidad —lo acusaba ella—. Es su princesa, la mujer que ha elegido para compartir su vida y haré lo que sea necesario para que esté a su lado y a

su altura.

—¡Es una hembra humana!

—Sí, pero también es la compañera de un príncipe *tygrain*.

—Maldita sea, Amina, ese hijo tuyo se ha casado, se ha emparejado y su esposa es una humana ignorante de nuestras tradiciones...

—Tradiciones que aprenderá con el tiempo —insistió, manteniendo un tono agitado—. Su compañero se encargará de ella...

—Kaliq es un *tygrain*, está acostumbrado a andar alrededor de gente que conoce su naturaleza, pero esa mujer, su compañera, ella desconoce completamente su mundo, ambos mundos —insistió él poniendo de manifiesto su principal preocupación—. Es una muchacha humana ignorante de nuestra raza. ¿Qué ocurrirá cuando descubra que la han introducido en una manada de tigres? ¿Qué hará cuando vea que su esposo puede cambiar a voluntad de naturaleza? ¿Qué pasará cuando sus hijos, con el tiempo cambien a *tygrain*?

—Eso tendrá que descubrirlo él, es su problema, su vida y se enfrentará a ello como mejor pueda —trató de apaciguar sus temores—. Tú mejor que nadie sabe lo que significa una unión entre compañeros, los lazos que traen consigo, lo lejos que llega esa conexión...

—Amina...

—No quiero que repita nuestros errores, Hafez, deseo que mi hijo sea feliz y no se arrepienta de nada —declaró con una firmeza y un trasfondo que su padre conocía bien, pues era el culpable de ello—. Y puesto que también es tu hijo, deberías desear lo mismo.

—Por dios, mujer, claro que lo deseo.

—Bien —asintió satisfecha—. Pues pon una estúpida sonrisa en esa cara, borra ese ceño y recibe a tu hijo e hija con toda la buena voluntad de tu real culo.

Kaliq tenía que admitir que era la primera vez que escuchaba a su

madre hablar de esa manera a su padre, un descubrimiento que lo dejó perplejo.

—Eres una bruja, mi señora.

—Debiste pensar en ello antes de casarte conmigo, mi señor —replicó como colofón final—. Ahora que ya estamos de acuerdo, muévete y ve a ver a Kaliq.

Antes de que se enzarzasen en una nueva diatriba, apretó la mano de su compañera y tiró de ella hacia la antesala del harem. En esta ocasión habló directamente en inglés en favor a Sarah.

—No hará falta, madre, he venido yo mismo a ver a padre.

Sus progenitores se giraron con un respingo, conscientes en ese preciso momento de su presencia y de que posiblemente hubiesen escuchado su conversación.

—Kaliq, me alegra tenerte por fin en casa. —Saludó su madre, caminando directamente hacia él. Lo abrazó y se volvió entonces a su compañera—. Y tú debes ser su esposa, Sarah.

—Majestad. —La saludó de manera educada.

—No hay necesidad de ser tan formal, querida, llámame Amina, ahora eres mi hija.

La amabilidad y dulzura de su madre rompió inmediatamente la tensión.

—Hazle caso o no parará hasta conseguir que hagas lo que te dice —le guiñó el ojo y se giró a la mujer—. Gracias por encargarte del traslado de mis cosas y de habilitar el ala norte. Ha sido una inesperada sorpresa.

Su madre sonrió.

—Una agradable, espero.

Miró a su compañera quién asintió.

—Es un cambio agradable y bienvenido —aceptó él e informó a Sarah—. No viste las dependencias como estaban antes, pero te aseguro que el

cambio es notable.

—No sé cuál sería su aspecto, pero ahora es sencillamente perfecto —aseguró ella volviéndose a su madre—. Es acogedor y exótico al mismo tiempo, muy elegante.

—Me alegro que lo hayáis encontrado a vuestro gusto —comentó la sultana con obvia satisfacción—. Por supuesto, siéntete libre de hacer los cambios que desees, Sarah, este es ahora tu hogar.

Ella se limitó a asentir, todavía estaba nerviosa y no podía culparla, la mirada de su padre hacía temblar hasta a las estatuas.

—Me disculpo por los dos por no haber venido antes a verte, padre —declaró mirando ahora a su progenitor—. Sé que comprenderás que, después de un largo viaje, ambos necesitábamos unos momentos para descansar e instalarnos.

La mirada del sultán fue bastante elocuente, tanto o más que las palabras que resonaron en su cabeza.

«Si no fueses mi hijo y mi primogénito, te arrancaría la piel a tiras. ¿En qué diablos estabas pensando? ¡Estás prometido con la princesa Bakara! ¿Qué diablos esperas que pase ahora con vuestro compromiso? Y una humana, Kaliq, te has emparejado con una hembra humana, una mujer ignorante de nuestra raza».

«Esperaba tener esta conversación de manera tradicional, pero, ya que sientes tal fervor ante los acontecimientos, te informaré de algo: La princesa Bakara se ha casado en secreto, esa mujer no tenía la menor intención de formalizar compromiso alguno. Me di cuenta de ello cuando solicité verla y me relegó a una futura cita, así que ordené a mis escoltas que la trajeran a mi presencia, pero se equivocaron de princesa. Sarah no era mi prometida, pero sí resultó ser mi compañera. Ahora estoy casado bajo la ley de los hombres, el matrimonio consumado y, la he reclamado bajo la

ley de los tygrain».

«¿Esta es tu forma de justificar la estupidez que has cometido? ¿Con una estrambótica historia a modo de excusa?».

Suspiró de forma audible y optó por cambiar el sentido de la conversación.

«Pregúntale a tu buen amigo, el sheikh Nazira dónde está su hija. Si consigues una respuesta, posiblemente te convenzas por fin de que no he ideado historia alguna. Ahora, te rogaría que saludases a tu nueva hija y le dices la bienvenida al hogar de su esposo».

—Padre, te presento a la princesa Sarah Elizabeth Al-Hanak, mi esposa —sentenció en voz alta, desafiándole a negarle el saludo a la chica.

Sus ojos se posaron sobre ella y su mujer acusó su inmediata mirada.

—Majestad.

Fue el turno del monarca para suspirar.

—Hago más las palabras de mi esposa, princesa Sarah —le informó con tono duro—. Ahora somos familia. No hay necesidad de tanta formalidad. Kaliq te ha elegido como su consorte e hija de Bahir. Sé bienvenida al palacio de Samad.

Su compañera se acercó a él, se apoyó ligeramente y respondió tomándolos a todos por sorpresa.

—Si lo vuelve a decir y esta vez sin apretar los dientes, omite el tonillo ofendido con el que me llama princesa y deja de mirarme como si fuese una pulga, estaré encantada de creer y aceptar sus palabras y buenos deseos, majestad.

Kaliq tuvo que contener una carcajada, especialmente cuando vio la sorpresa en los ojos de su padre y el brillo de admiración en los de su madre. Había momentos de la vida que quedaban grabados para siempre en la memoria y la expresión de su padre en ese momento sería una de ellas.

—Y el desierto debe haberse congelado puesto que mi hijo, el príncipe Kaliq, ha encontrado lo que ha salido a buscar —replicó con abierta diversión, algo no muy común en su padre—. Una fiera a su altura.

—Espero que eso no sea un insulto, majestad.

—No lo es, princesa, es un halago —aseguró sin dejar de contemplarla—. A tenor de lo que estoy viendo, casi puedo asegurar sin equivocarme que eres la horma de su zapato.

Sarah elevó la barbilla y asintió.

—En ese caso, gracias por la bienvenida, majestad.

El hombre resopló, una risa disimulada.

—Espero veros a ambos en la cena —declaró y miró a Kaliq—. Escucharé entonces ese interesante relato que tienes para mí.

Sonrió para sí ante las palabras del viejo.

—Sé que lo encontrarás tan interesante como lo he hecho yo —declaró y miró a su compañera—. Sarah podrá dar testimonio de ello.

Ella enarcó la ceja a modo de pregunta.

—A mi padre le gustaría escuchar el motivo por el que salí en busca de una novia y he vuelto con la única que deseo.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Será mejor que tenga vino disponible, majestad, hará falta.

Contuvo una carcajada.

—Lo hará, compañera, pero tú no te acercarás a él.

Su esposa puso los ojos en blanco pero no se le escapó el brillo de diversión que cruzó sus pupilas.

Sí, era bueno volver a casa y hacerlo con esa mujer.

CAPÍTULO 14

Sarah comenzó a repasar la lista que había confeccionado la semana anterior. Ya había tachado algunas cosas pero otras parecía que querían morderla. Ya había agotado sus primeros ocho días de vacaciones y, cuando había llamado a su jefe para solicitar los días que le correspondían por matrimonio, este había pensado que le estaba tomando el pelo. Finalmente había optado por enviarle por fax una copia de su licencia matrimonial así como su nueva documentación. La respuesta había sido inmediata. Quince días por permiso matrimonial y las felicitaciones de toda la compañía; el título de princesa tenía sus ventajas, al menos en ciertos aspectos burocráticos.

Llevaba ya una semana en palacio, siete días de absoluta locura en los que había cenado con la familia, había pasado tiempo con la madre de Kaliq aprendiendo algunos aspectos de su nuevo papel y las tareas que traerían consigo a la larga. Sus cuñados habían sido una fuente inagotable de comunicación, de chismes y de conocimiento sobre el hombre con el que se había casado. Los dos príncipes parecían haber hecho su propia misión el que conociese todo y más de su esposo, solían ocupar la charla durante las cenas familiares para ponerle al día y hacer que él rezongase e incluso gruñese.

Había tenido la ocasión de conocer también a la segunda esposa del sultán y se sorprendió por lo bien que se llevaban las dos mujeres de la vida del monarca. Zuleima era todo lo contrario a la sultana, más espontánea,

desinhibida y curiosa, no había dudado en interrogarla sobre su trabajo y entrar en debates que hicieron que la mujer le cayese realmente bien.

Al final, su príncipe no había estado equivocado al decir que todos la adorarían, cada miembro de la familia la había acogido con cariño y se esforzaban en hacer su estancia lo más cómoda posible.

Deslizó el bolígrafo sobre una línea en particular y se quedó mirando el papel. ¿A quién pretendía engañar? Aquello era una pesadilla de proporciones bíblicas. Si bien Amina se había ofrecido a encargarse de los pormenores de la nueva ceremonia de esponsales, todavía había otras cosas que necesitaba hacer por sí misma, pendientes que resolver después de su repentino cambio de domicilio.

Tal y cómo había supuesto Kaliq, su familia política prácticamente los había obligado a celebrar esta nueva ceremonia, consideraban que el príncipe heredero de Bahir se merecía unos esponsales a su altura y, antes de que pudiese darse cuenta, ya le estaban tomando las medidas para el vestido y estaban organizándolo todo.

—Esto va a ser un desastre.

No podía quitarse esa idea de la cabeza, la conversación que había tenido el día anterior con sus padres era la prueba absoluta de ello. Su actitud no había hecho otra cosa que confirmar lo que ya sabía; a su madre le había dado un síncope por no haber sido informada de sus planes de matrimonio y su padre se había limitado a decirle si se había quedado preñada. Solo Kaliq, que se había reunido con ella para comer, parecía ver las cosas de otro modo.

—Son tus padres, Sarah, quizá no sean perfectos, los dioses saben que los míos no lo son, pero desearás que estén presentes en los momentos más especiales que nos da la vida, aunque en este momento no lo veas así.

Había meditado sus palabras y tuvo que reconocer que tenía razón. Podían no ser los padres más ejemplares del mundo, pero eran lo único que

tenía y, en un lugar extraño como en el que estaba, con una vida que no había pedido y sí tenía por delante, necesitaba a su familia.

—Y todavía tengo que hablarle a Kara de la nueva ceremonia.

Sacudió la cabeza. Su amiga todavía no había respondido al mensaje que le había dejado, ni siquiera estaba segura de si fuese a hacerlo en otra semana más. La conocía y, cuando le dijo que no pensaba tocar el teléfono en los quince días que iba a estar de luna de miel, sabía que posiblemente lo haría.

—Bueno, al menos alguien está disfrutando de su luna de miel — suspiró. Dejó el bolígrafo sobre el papel y dejó el escritorio para acercarse a la ventana. Aquella pequeña y femenina habitación se había convertido en su refugio particular, cuando traspasaba el umbral de esas cuatro paredes podía dejar de aparentar que todo estaba bien y derrumbarse por el peso de los acontecimientos.

Kaliq había vuelto a su trabajo apenas dos días después de volver a palacio. Cuando creyó que no se perdería por el palacio y que conocía las claves para moverse por sí sola o a quién acudir en caso de necesidad, había empezado a ausentarse, desapareciendo en su propio despacho durante toda la mañana o saliendo en coche para no volver en ocasiones hasta la noche.

Aquellas primeras cuarenta y ocho horas que pasó en su compañía recorriendo el palacio, charlando y después visitando la reserva y los alrededores de la ciudad parecían ahora un espejismo, un sueño que se iba diluyendo bajo el peso de la realidad. Solo sus noches seguían cobrando la misma intensidad, él era un amante atento y fogoso, un hombre muy sexual y no podía quejarse de ello. En sus brazos disfrutaba de una manera que no lo había hecho jamás, sus charlas post orgasmo eran un pequeño oasis en sí mismo, el momento ideal para sacarle respuestas sobre sí mismo y conocer mejor a ese enigma que era su marido.

—¿Cómo te sientes? —Le había preguntado en una ocasión—. Aquí, en el palacio.

No había dudado, en esos momentos estaba tan relajada, con la guardia baja y había sido completamente sincera.

—Todo el mundo es muy atento, en ocasiones creo que incluso demasiado —aceptó recostada contra su pecho—, y otras me siento como un pájaro enjaulado. No se me da bien estar quieta sin hacer nada. Se me terminan las vacaciones y no sé qué demonios voy a hacer. Me gustaría seguir trabajando, necesito hacer algo, ser de utilidad pero no creo que mi jefe esté por la labor de permitirme llevar mi trabajo para la empresa desde aquí.

—Lo has enfocado desde el lado incorrecto.

—¿Qué quieres decir?

—Que tienes que hacerles ver los beneficios que tendría para ellos el que tú operases en su nombre a este lado del Atlántico.

Su consejo había girado como una noria en su cabeza los últimos días, había sopesado los pros y los contras, incluso había conseguido la información que necesitaba para hacer un rápido estudio de mercado que le diese la orientación necesaria. Sí, la idea era factible, no solo eso, su empresa podría beneficiarse a la larga de sus nuevos contactos en el país.

Con todo, no deseaba precipitarse en sus decisiones y, habiendo conseguido el permiso matrimonial, prefería tomarse unos días más para pensar bien todo antes de ponerle una oferta a su jefe sobre la mesa.

Dejó escapar un suspiro y alzó la cara hacia el sol. El día estaba despejado, el calor había empezado a hacerse de nuevo soportable, aunque más que cambiar el clima había sido ella la que se había ido acostumbrando paulatinamente a este. Adoraba ese lugar, de una manera inexplicable y mística se sentía conectado con él y ahora que estaba allí, que en cierto modo iba a hacer de él su hogar, añoraba dejar esas cuatro paredes y salir a explorar.

—Quiero ver el desierto —musitó, su corazón haciendo eco de su secreto deseo.

En sus anteriores visitas al país, Kara solía sacarla a pasear, uno de los recurrentes parajes en los que siempre terminaban eran las ruinas de un antiquísimo palacio que se alzaban en el corazón del oasis Abdel Haqq. Su amiga le había explicado que eran los vestigios de las primeras tribus que poblaron esas tierras, le habló de las leyendas que las rodeaban, de los dioses a los que habían venerado sus antepasados y el don que estos les habían otorgado a los primeros nómadas que se asentaron en el desierto.

—Dicen que esos primeros pobladores recibieron el favor de los dioses, les concedieron el don de poseer dos almas, la suya propia y una felina convirtiéndolos en una raza nueva; los *Tygrain*. —Le había contado ella—. La familia real de Bahir descende de esos primeros nómadas. Se dice también que las familias que se constituyeron de los matrimonios de los primeros pobladores fueron elegidas para convertirse en los guardianes de esa nueva raza, que ellos guardarían el secreto del don de los dioses y les servirían a través de los años. De hecho, hoy en día, dos de las principales familias del país y que forman parte del consejo de ministros descenden de esos guardianes y son los motores comerciales del país.

Las historias de las que le había hablado tenían mucho en común con lo que el propio Kaliq le había dicho el mismo día de su llegada, la alusión a esos *Tygrain* y el hecho de que la familia real tuviese esas peculiares mascotas felinas.

Y hablando de mascotas, en la última semana se había llevado varios sustos importantes al salir de una habitación o caminar por un pasillo, salido de la nada se cruzaba un enorme felino que o bien la ignoraba por completo o se limitaba a mirarla, relamerse y trotar en otra dirección. Al principio pensó que se trataba siempre del mismo, pero entonces empezó a ver pequeñas

diferencias en la altura y las manchas, había uno de esos gatitos grandes que tenía el pecho mucho más blanco y era jodidamente grande. Ese gato en particular se la quedaba mirando unos momentos, giraba hacia ella agitando la cola y cuando hacía el ademán de dar un paso en su dirección, su instinto de preservación salía a la superficie haciendo que escogiese el primer lugar que encontraba para meterse dentro y cerrar la puerta.

La última vez que se enfrentó a ese tipo de situación había sido pillada infraganti por Amina, quien se había reído con su usual afabilidad para luego enterrar las manos en el pelaje del gato y rodearle con los brazos como si fuese un peluche.

—Kha no te hará daño alguno, hija. —Le había dicho al tiempo que le tendía la mano para que se acercase—. Es el compañero de tu esposo. Daría su vida por ti.

No se le había escapado que cada felino usaba como nombre las primeras sílabas de los de cada príncipe.

—Me conformo con que no quiera hacer de mí su propia comida —replicó sin dejar de mirar al gato cuyos ojos dorados estaban fijos en ella a pesar de restregarse contra la sultana.

—Ven, Sarah, deja que te conozca.

Y había ido hacia él, hacia ese enorme ejemplar de Bengala que no le quitaba los ojos de encima. Cuando le tendió la mano esperando que la oliese, ese minino sacó su enorme lengua y le dio un enorme lametón antes de cambiar de dirección y empujar su enorme cabeza contra ella, restregando todo su cuerpo contra el suyo, haciéndola trastabillar y apoyarse en la pared para no caer.

—Despacio, grandullón —jadeó extendiendo las manos para frenarlo y terminar con sus dedos sumergidos en su piel.

Ese primer contacto había sido tan extraño como irrepetible. En el

momento en que sus manos se hundieron en su pelo se quedó sin respiración, los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que parpadear varias veces para evitar que cayesen.

—Ah, esa es la conexión. —Escuchó a lo lejos la voz de su suegra. Todos sus sentidos estaban puestos sobre el gato que ronroneaba pegado a ella y restregaba la cabeza contra su estómago.

Ese encuentro había quedado grabado en su mente a fuego, esa misma noche le había contado a Kaliq sobre ello y él se había limitado a asentir y sonreír ante su efusividad.

Desde entonces había pasado de esconderse a buscar al tigre cada vez que dejaba su refugio, especialmente cuando estaba sola, pero a día de hoy todavía no había tenido suerte. Su mirada volvió de nuevo a la ventana, hacia el horizonte, el terreno que la familia real había dedicado como reserva para sus mascotas. No deseaba reunirse con la sultana y hablar sobre su futura ceremonia de bodas, no quería quedarse encerrada entre cuatro paredes, deseaba salir y explorar ese nuevo mundo, conocer el que sería su nuevo hogar de una forma más cercana, pero la única manera en que le permitirían salir de palacio era si iba acompañada.

—No eres una prisionera, Sarah, puedes ir a dónde quieras, solo avísame de que vas a salir y te acompañaré. Si no estoy disponible o presente, díselo a alguno de mis hermanos —le había dicho Kaliq—. Si se lo pides a mi madre o a Zuleima estoy seguro que cualquiera de las dos estará más que encantada de acompañarte en tus salidas.

No. Podía no ser una prisionera, pero tampoco tenía la libertad para moverse por dónde le apeteciese sin tener que dar explicaciones de sus intenciones. Su príncipe se había olvidado de decirle así mismo que, sí salía, lo haría siempre con escolta. El término libertad, adquiriría un sentido totalmente distinto entre esas cuatro paredes.

—Escolta o no, necesito salir de aquí —resopló mirando a su alrededor. Vio la hoja en la que había estado garabateando y la recogió, metiéndola de nuevo en el cajón en el que guardaba sus documentos—. Y este es tan buen momento como otro para hacerlo.

Satisfecha, se echó a sí misma un vistazo y sopesó si debería cambiarse o no. Al día siguiente de llegar a palacio se había encontrado con que el vestidor que le correspondía estaba lleno de ropa, calzado, complementos, lencería y un montón de chucherías que la dejaron sin respiración.

Afortunadamente, quitando algún que otro traje de noche y absurdo salto de cama, era ropa que encajaba con ella y su forma de vestir. Trajes profesionales, conjuntos deportivos, ropa para salir a la calle, para andar por casa... Kaliq no había reparado en gastos a juzgar por las marcas que reconoció y las etiquetas que todavía colgaban de algunas prendas.

—Definitivamente, cambiar de calzado —se dijo mirando las cómodas zapatillas de andar por casa—. Pero lo demás puede servir.

Decidida a terminar con su encierro, se dirigió a la puerta, abrió y se detuvo en seco. Un par de enormes y felinos ojos dorados la miraban desde una gigantesca cabeza felina.

—Uoh... hola, gatito. —Se quedó congelada, mirando al felino—. Er... ¿cómo demonios has entrado aquí?

La respuesta del tigre fue un bajo ronroneo que acompañó a su cabeza cuando la estrelló contra su estómago haciéndola dar un paso atrás.

—Oh... joder —jadeó al sentirse empujada—. Gatito bonito, gatito guapo... por Dios no me comas.

Madre de Dios, alguien tenía que ponerle unos collares con cascabeles a esos felinos para evitar que a una chica le diese un ataque al corazón.

CAPÍTULO 15

Suave, calentita, dulce y olía tan bien. Kaliq podría quedarse justo dónde estaba toda la vida sin quejarse ni una sola vez. Sentir sus manos en su pelaje, su cuerpo pegado al suyo y ese pequeño corazón latiendo a toda velocidad era el paraíso.

La primera vez que se le había acercado en forma felina, su madre, el cielo la bendijera, le había servido de puente para llegar a su compañera. Tener por fin sus manos deslizándose sobre su espeso pelo, el peso de su cuerpo contra el suyo, la conexión había sido instantánea y había deseado tirarse al suelo a sus pies para que ella lo mimase.

Era un gato, sus pensamientos en esa forma eran simples: comer, dormir y rondar a su compañera. Las dos primeras ya las había cubierto y ahora, estaba en proceso de poner en práctica la última.

Recordaba nítidamente las palabras de Sarah cuando le dijo que había conocido a su tigre. Estaba emocionada, asombrada y él tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no ronronear de placer.

Y esa mañana, después de pasar más de una hora dando vueltas en su oficina incapaz de concentrarse, había abandonado el trabajo para irse a holgazanear por la reserva. Pero ni siquiera la sombra de las palmeras lo habían llamado para echar una siesta, sus necesidades eran otras, de hecho era una sola; la hembra que balbuceaba delante de él.

—Gatito bonito, gatito guapo —canturreaba nerviosa, recorriéndole con la mirada como si estuviese comprobando su identidad—. Eres Kha, ¿verdad? Sí... eres enorme, tienes que ser él...

Ronroneó en respuesta y restregó la cabeza una vez más por su estómago, cerró los ojos con absoluto placer y continuó con el resto de su

larga forma felina. Quería envolverla, marcarla con su aroma, sus piernas desnudas por los shorts eran toda una tentación a la que terminó cediendo. Su rasposa lengua abandonó sus fauces y se deslizó brevemente por la parte exterior del muslo femenino.

—Oh, *puaj*... raspa. —La sintió estremecerse y sintió ganas de reír—. Gato malo, no hagas eso, yo no estoy en el menú.

«No tengo intención de comerte, tonta, ahora, lamerte entera... eso sería el paraíso».

Giró sobre sus patas y volvió a restregarse contra sus piernas, empujándola con su peso para finalmente dejarse caer a sus pies. Agitó la enorme cola con un lento golpe de látigo y empezó a lamerse una pata.

«Lo que tiene que hacer uno para parecer un gato grande inofensivo».

La miró de reojo y vio como prestaba atención a cada uno de sus movimientos, había levantado ambas manos y ahora las mantenía estáticas en el aire sin saber qué hacer a continuación.

«Acariciarme sería una buena idea, princesa».

—No eres más que un gato grande, ¿verdad? —murmuró de pie ante él.

Se dejó ir por completo, tumbándose y cerrando los ojos mientras empezaba a ronronear.

«Sé buena y acaríciame, compañera».

Notó el cambio en ella, olió su excitación mezclada con el miedo y entonces, casi como si se tratase de un sueño, notó sus muslos tras su lomo y sus manos hundiéndose muy lentamente en su pelaje.

«Oh, dios, esto es el paraíso».

—No puedo creer que esté haciendo esto y que tú me dejes —musitó en medio de una risita histérica—. Oh, señor. Pero si eres como un peluche. Eres tan suave, grandullón. Eres un buen chico, ¿a qué sí? Un buen gato... Oh, a quién queremos engañar, eres un buen tigre, un muy buen y enorme tigre de

Bengala que se está dejando hacer mimitos.

«Adoro los mimitos, compañera, apúntalo en tu agenda».

Ronroneó y estiró la cabeza en su dirección suplicando caricias. No quería que dejase de tocarle, quería tenerla siempre así, borrar el temor que la recorría y decirle que ese tigre que se comportaba como un cachorro bajo sus manos, era él, Kaliq, su marido.

«Quiero que sepas todo de mí y me aceptes como soy. Quiero que sepas que te reconocí como la única para mí, que tenerte se convirtió en mi meta y que el deseo que sentí por ti, compañera, era tan fuerte que me dolía el alma. Me asusté como cuando no era más que un niño, sentí miedo como nunca antes porque no te conocía y, al mismo tiempo, creí saberlo todo de ti. No soy un tigre capaz de hablar de amor, pero tú, Sarah, tú podrías ser la mujer de la que me enamora, la única que me escuchará decirle te quiero si tan siquiera aceptases a este Tygrain como lo que es; un príncipe postrado a tus pies».

—Esto va a sonar a locura, tigrito, pero... es como si te conociese —la escuchó murmurar—, y no me refiero a nuestro previo encuentro. Siento... siento que, de alguna forma... te conozco.

Sacudió la cabeza con energía, dejó escapar una nerviosa carcajada y hundió las manos todavía más en su pelo.

—Y aquí estoy yo, de rodillas, con un enorme tigre de Bengala tirado en el suelo y aceptando mimos —musitó acariciándole con una ternura que lo hacía derretirse por dentro—. No me comas, ¿vale?

Levantó la enorme cabeza y la miró con sus ojos de tigre.

«No como a muchachitas humanas y mucho menos a compañeras, no sería ético por no mencionar que me daría una indigestión brutal».

Ella arrugó la nariz y ladeó la cabeza.

—¿Por qué me da la sensación de que intentas decirme algo?

Suspiró como un buen gato.

«Quizá porque llevo un buen rato comunicándome contigo y no me haces el menor caso, compañera. Tienes que abrirte a mí, confiar en mí».

Sacudió la cabeza y continuó con sus deliciosas caricias.

—Eres un gatito muy, muy majo.

«Oh, no lo sabes tú bien».

—Un tigre bueno y precioso —canturreó ella acercándose más y más a él.

Cerró los ojos y disfrutó unos minutos de esa extraña paz que parecía haberlos envuelto a ambos, solo su ronco ronroneo y la respiración de ella se oía ahora en la antesala de la sala femenina.

«Eres todo lo que siempre he deseado y aún más, compañera».

Un repentino sobresalto en la chica lo hizo abrir los ojos, levantó la cabeza y la vio dirigiendo su atención hacia la puerta.

«¿Sarah?».

Apartó las manos de su pelo y se retiró, levantándose.

—Kaliq, ¿eres tú?

Se dirigió hacia la puerta, se asomó y frunció el ceño.

—Juraría que... —sacudió la cabeza—. He debido imaginarlo.

¿Le había escuchado? Se preguntó mientras se ponía en pie y sacudía el pelaje atrayendo de nuevo su atención.

—Oh, lo siento, cielo —la escuchó murmurar—. Pensé que el príncipe había vuelto pero es poco probable. Lleva los últimos días encerrado en su oficina y no hay quién le vea el pelo. Tu compañero se ha olvidado que tiene una esposa, una a la que prácticamente ha arrancado de su mundo para dejarla caer en otro. Debería tomarse al menos unos días más para... para estar conmigo y... no sé... al menos, deberíamos poder conocernos un poco más.

Caminó hacia ella con lentitud, recordándose a sí mismo que seguía en

guardia y cualquier movimiento brusco por su parte la asustaría.

—Y yo ya no soporto más estar aquí dentro encerrada, necesito el desierto, necesito salir...

¿El desierto?

—Y tú tienes que salir de aquí. —Se dirigió entonces a él—. Por mucho que te guste la suite, eres un precioso gato peludo y sueltas pelo, además, tienes una pedazo extensión de terreno justo ahí atrás dónde puedes correr o tumbarte a la sombra.

Y su compañera acababa de entrar en una fase de exaltación e irritación instantánea producto de la frustración. Se sentó sobre sus cuartos traseros y se puso a lamerse el pelaje como si no le diese la menor importancia a lo que le estaba diciendo.

—Y ya veo que no me haces el más mínimo caso.

Terminó su aseo, levantó la cabeza y fijó sus ojos en los de ella.

«Respira, gatita».

Ante su nuevo respingo se levantó y caminó hacia ella, rozándola al pasar a su lado en dirección a la puerta.

—O sí me lo haces. —La escuchó murmurar a sus espaldas.

Notó su presencia sin siquiera girarse, sabía que lo había seguido fuera de la habitación y al escuchar el sonido de las bisagras, solo audible para su fino oído, se giró hacia ella.

—Bueno amiguito, es hora de que cada uno siga su propio camino —le sonrió con calidez—. Ve a tumbarte a algún lugar fresco y yo veré si puedo encontrar a alguien que esté dispuesto a cederme las llaves de un coche o, en último caso, ejercer de conductor.

«¿Dejarte las llaves? Por encima de mi cadáver, princesa».

No pudo evitar gruñir ante sus palabras. Ni loco iba a dejar que saliera en un vehículo ella sola, al menos no hasta que se asegurase de que conocía

bien la ciudad y los alrededores.

—No crees que me vayan a conceder mi petición, ¿verdad? —comentó ella mirándole—. Pues tengo que hacer algo, salir de aquí o no llegaré cuerda a la boda. Necesito respirar aire puro, añoro el desierto...

Entrecerró los ojos y se lamió los bigotes una vez más. Sus palabras no terminaban de tener sentido para él. Si bien era cierto que había notado la emoción que había mostrado en el viaje en coche desde el aeropuerto y que Sarah le había dicho que había visitado el país con anterioridad, su actual necesidad y desesperación le era ajena en alguien que no fuese *Bahirí*. Él había vivido casi toda la vida en esas tierras, conocía el desierto, amaba la soledad y la espiritualidad que hallaba en sus arenas, pero ella... ¿por qué tanto interés?

—Quiero visitar el Abdel Haqq —gimoteó.

¿El oasis? ¿Cómo conocía la tierra de sus antepasados? Entonces, la respuesta llegó sola. La princesa Bakara, ella debía haberle mostrado el oasis y las ruinas que todavía no se había tragado el desierto.

—Si Kaliq no estuviese tan enfrascado en su trabajo se lo propondría a él —murmuró mordiéndole el labio unos segundos—. Me gustaría visitar el oasis en su compañía, después de todo, parece ser la tierra de sus antepasados.

Entrecerró los felinos ojos sobre ella y le dio la espalda con una idea rondándole ya en la cabeza. Su esposa acababa de darle la respuesta que necesitaba así como el lugar adecuado para llevar a cabo sus planes.

—¿Te vas? Bien, ten cuidado ahí fuera, ¿vale?

Agitó la cola a modo de contestación y emprendió un breve trote por el pasillo para doblar en la próxima intersección y adquirir de nuevo su forma humana.

—De acuerdo, princesa, si deseas visitar mi desierto, te complaceré.

CAPÍTULO 16

Sarah todavía tenía problemas para digerir lo que acababa de vivir. Había acariciado a un tigre, le había tocado la blanca barriga y conservaba todos los miembros para contarlos. Estaba temblando, ahora que él se había ido se daba cuenta que no podía dejar de temblar. El encuentro la había dejado tocada, como si lo que hubiese vivido hubiese sido más sueño que realidad.

Sacudió la cabeza, echó un último vistazo a la suite y continuó con su idea inicial. Después de hacerse con una gorra y una *pashmina*, metió algunas cosas en una pequeña mochila, se calzó las botas de montaña y cruzó la sala de estar para ir por el pasillo que conectaba el ala norte con el resto del palacio.

—Y ahora viene lo difícil, encontrar a alguien que me dé indicaciones o que se preste a llevarme...

—¿Planeando una excursión, esposa?

La inesperada voz la sobresaltó, se giró y se encontró con Kaliq caminando en su dirección.

—Hola. —Lo saludó y se sonrojó al notar la ansiedad presente en su voz—. ¿Qué haces aquí? Te hacía en la oficina.

—Me estaba costando concentrarme así que decidí venir a ver en que estaba metida mi princesa —replicó con sencillez—. No veo a mi madre, estás vestida para salir y llevas una mochila, ¿te has escapado de las tareas de la boda?

Se sonrojó aún más.

—Necesito salir de estas cuatro paredes antes de que todo este asunto

de la boda me vuelva loca y empiece a darme vueltas la cabeza —respondió al momento—. Tenía pensado hacer una pequeña excursión. Visitar los alrededores y quizá, el desierto.

Fingió con sobrada inocencia su sorpresa, se cruzó de brazos y la estudió.

—¿El desierto? Estamos un poquito lejos como para ir andando, Sarah. Se lamió los labios y se movió nerviosa.

—Verás, en las ocasiones anteriores en las que visité Bahir, Kara solía llevarme de ruta, a conocer el terreno y una de nuestras recurrentes salidas era al oasis Abdel Haqq —explicó rápidamente—. Y bueno... sé que eran las tierras de tus antepasados y me gustaría visitarlas ahora que, bien, ahora que soy también una Al-Hanak.

—¿Así que estás dispuesta a internarte en el desierto y saludar a mis antepasados?

—Dicho así suena a locura.

—Lo es —aseguró y señaló su mochila—. Especialmente cuando cierta princesa tenía la intención de hacerlo por su cuenta.

Pillada, pensó con una risita mental.

—Podrías acompañarme tú —sugirió con un leve encogimiento de hombros—. Ya que parece que no tienes intención de volver a la oficina... Sería una buena oportunidad para salir y charlar.

Respiró profundamente y se la quedó mirando sin decir nada. Sabía que estaba expectante, que deseaba lo que había pedido y, después de escuchar sus inquietudes en forma *tygrain*, no le importaba concederle su deseo.

—Supongo que podríamos tomarnos unos días para «conocernos» antes de casarnos de nuevo ante mi pueblo y acampar en el oasis.

Sus ojos se agrandaron y el rostro le cambió. Era tan fácil hacerla feliz y, se dio cuenta, el verla así le hacía feliz a él también. Maldita sea, estaba

perdido, esa pequeña hembra lo había atrapado en su red.

—¿Lo dices en serio?

Enarcó una ceja ante su pregunta.

—¿Me has visto andarme con rodeos hasta ahora?

Sacudió la cabeza.

—Dios, no —negó con una sonrisa cálida y amplia—. Gracias, Kaliq.

Le tendió la mano y ella no dudó en cogerla. Un buen comienzo.

—Si deseas algo, dímelo —la aconsejó—. Si quieres hablar, hazlo.

Este es ahora tu hogar y deseo que lo sientas como tal.

—Lo estoy intentando.

Le rozó la mejilla con los dedos.

—Lo sé —aceptó mirándola a los ojos—. Y ahora necesito que me prometas que vas a intentar otra cosa más.

Parpadeó y ladeó la cabeza curiosa.

—¿El qué?

—Necesito que, durante los próximos días, mantengas la mente abierta y, sobre todo, que confíes en mí.

Su petición la cogió por sorpresa.

—¿La mente abierta?

—Deseas visitar la tierra de mis antepasados pero, ¿sabes qué significa eso exactamente? ¿Qué significa para mi familia?

Se lamió los labios.

—Conozco algunas de las leyendas locales y, por similitud, creo que entiendo algunas cosas.

—Abdel Haqq es el lugar en el que nacieron los primeros *Tygrain* Al-Hanak.

Arrugó la nariz.

—Te refieres a los nómadas de las leyendas que versan sobre el

nacimiento de las tribus, ¿no? —concluyó ella tras meditarlo—. A los elegidos por los dioses, que recibieron sus dones y obtuvieron dos almas.

La miró admirado. Ella le había dicho que sabía algunas cosas sobre su hogar, pero nunca pensó que sus conocimientos llegasen tan atrás.

—Veo que no tendré que darte una enorme lección de historia, eso me facilita las cosas.

—¿Te las facilita?

Asintió y cogió sus manos.

—Iremos al oasis, acamparemos durante unos días cerca del lago. —Le apretó los dedos—. Y una vez allí, dejarás que te muestre quienes fueron mis antepasados.

Miró sus manos y luego sus ojos.

—Lo que sea con tal de que me saques de aquí y me libres del aterrador tándem que me persigue con lo de la boda.

Se echó a reír.

—Déjame adivinar, mi madre se ha aliado con Zuleima y te estás volviendo loca.

Se apretó contra él y lo miró con sensualidad.

—Rescátame de este infierno, alteza, te lo ruego.

Se rio entre dientes.

—Lo haré si me prometes algo, princesa.

—Lo que sea.

—No me temas —le dijo serio, mirándola a los ojos—. Pase lo que pase, veas lo que veas, mírame a los ojos y recuerda que soy yo, Kaliq.

Su petición y la seriedad en su tono borraron la sensualidad de sus ojos, sabía que ya no estaba jugando.

—¿Por qué me dices...?

No le permitió terminar la pregunta, bajó su boca sobre la suya y la

besó con la necesidad y la desesperación que habitaba en su interior. Aquella iba a ser una gran prueba para ambos, solo esperaba que ambos pudiesen pasarla y saliesen más unidos de ella y no rotos y separados.

—¿Puedo saber a qué se debe esa enorme sonrisa, querida?

Bakara levantó la mirada del teléfono y sencillamente rió.

—A que mis cartas han acertado otra vez.

Su marido miró por encima de su hombro e hizo una mueca al verla con el teléfono.

—Dijimos que nada de llamadas, mensajes, audios o wasaps durante la luna de miel, Karita.

Sonrió y apagó el móvil.

—Solo quería asegurarme de que las cosas están yendo cómo deben ir —aseguró, dejó el móvil y abrazó a su compañero—. Es importante que así sea, depende la felicidad de mi mejor amiga y del príncipe heredero de Bahir.

Él frunció el ceño.

—¿El hombre al que estabas prometida?

Asintió.

—El *tigrayn* a quién debo guiar a su propio destino —replicó besando a su compañero—. Es la misión de mi familia y, dado que no podía casarme con él, tenía que hacer lo posible para reunirlo con su verdadera compañera.

—¿Y ha funcionado?

Se llevó un dedo a la mejilla y lo meditó en lo que acababa de escuchar. Desde luego, no era así como había imaginado el fortuito encuentro de Sarah con Kaliq. Había citado al príncipe a propósito al día siguiente de su boda en la habitación que había reservado para su amiga, pero al parecer, el príncipe

tygrain había tenido otros planes.

—De una manera única y rocambolesca, diría que sí.

—Bien —aceptó él—. Pues ahora deja que sean ellos los que decidan cuál será el próximo paso a dar.

Le quitó el teléfono de las manos, lo lanzó por encima del hombro y procedió a enseñarle a su esposa lo mucho que la amaba.

CAPÍTULO 17

Había lugares que podían pasar por el paraíso en la tierra y sin duda, el oasis Abdel Haqq era uno de ellos. Emplazado a cincuenta kilómetros de la capital, Samad, el vergel oculto en el desierto formaba parte de la reserva natural que habían creado para los felinos, lo que tenía sentido dado que poseía la fuente de agua natural más cercana para los animales. Libre de cualquier clase de edificación a excepción de los restos de un antiguo y derruido palacio *bahirí*, el oasis estaba medio oculto entre la cadena de montañas de Bahir y las altas dunas que se extendían y abrían el camino hacia el extenso desierto árabe. Las palmeras datileras y otro tipo de vegetación propio de la zona eran alimentados por el agua del lago adquiriendo ese tono verdoso que contrastaba con el naranja y dorado de la arena o el blanquecino de la piedra caliza y servían de hogar a algunas aves y pequeños roedores.

La brisa cálida procedente del desierto parecía enfriarse al entrar entre las copas de los árboles y acariciar la cristalina agua del lago contra el que se recortaba la silueta de su marido.

—¿Qué?

Sarah dio un respingo y se sonrojó cuando la pilló mirándole.

—Um... nada —se apresuró a fijar sus ojos en otro punto, fingiendo admirar el lugar.

Kaliq entrecerró los ojos y la miró.

—No parece que sea nada —replicó llevándose las manos a la cintura—. Vamos, suéltalo. Llevas un buen rato lanzándome miraditas. ¿Qué pasa?

Demonios. Sí, la había pillado.

—No te estoy lanzando miraditas.

—Sí, lo haces. No disimules ahora. ¿Qué ocurre?

Resopló. A ese hombre no se le escapaba una.

—Vale. Está bien. Es que me resulta... chocante verte así vestido — señaló sus pantalones cargo y la camiseta negra que perfilaba a la perfección su musculatura—. Solo te he visto vestido con traje o...

—¿Desnudo?

Hizo una mueca y optó por ignorarle.

—Me ha cogido por sorpresa, eso es todo.

Bueno, eso y el hecho de que estaba tan o más impresionante en ropa informal que con traje, pensó Sarah. De hecho, ahora mismo parecía más relajado, más accesible, aunque no por ello perdía ese aire de peligrosidad que lo envolvía y los movimientos que le recordaban a su propio tigre.

—Supongo que tu sorpresa está justificada —comentó con un ligero encogimiento de hombros—. No eres consciente de que suelo pasar bastante tiempo en el desierto. Me gusta la escalada, el senderismo, explorar... antes solía acampar en esta región o más adentro, en el desierto. Nunca has disfrutado de una noche bajo las estrellas hasta hacerlo allí.

Y aquella era información personal de primera mano, un pedacito de Kaliq que había compartido voluntariamente con ella.

—A mí también me gusta acampar. —Confesó viendo la oportunidad para charlar—. Y caminar, aunque no creo que esté hecha para subir montañas.

Sonrió para sí y señaló el vasto desierto y la cadena montañosa que se extendían más allá del oasis.

Habían dejado el jeep al otro lado del lago, un vehículo adecuado para los deslizantes terrenos, y habían acampado en una zona más protegida después de hacer el camino a pie cargando con dos pesadas mochilas.

—Has sido capaz de seguirme el ritmo y no te has quejado ni una sola

vez, eso es suficiente para mí... por ahora —replicó mirándola de soslayo. Había risa en sus ojos, por primera vez estaba viendo a Kaliq y no al príncipe—. ¿Serás capaz de ayudarme a montar la tienda?

—Si eso significa tener un lugar dónde dormir...

Sonrió ampliamente y señaló el cielo.

—Los antiguos nómadas han dormido siempre bajo las estrellas del desierto —le recordó—. ¿No te atreves a hacer lo mismo?

—Claro. Cuando me pongas una manta térmica y un techo para soportar el descenso de temperatura que sufren las noches arábigas.

—Me tienes a mí para hacerte entrar en calor, Sarah.

—No responderé a eso —declaró, le dio la espalda y contempló la vasta extensión de ese vergel en medio del desierto—. Entonces, ¿nos quedaremos aquí?

—Levantaremos la tienda aquí —le informó mirando también a su alrededor—. Ya que tengo una esposa con vena exploradora, supongo que no le importará visitar algunos enclaves a pie.

—Estoy dispuesta si tú lo estás.

Enarcó una ceja.

—No necesito mucho para estar dispuesto contigo, compañera.

—No me refería a esa clase de disposición, Kaliq, en ese terreno sé perfectamente que lo estás.

Se rió abiertamente y fue algo nuevo para ella, algo que la hizo sonreír a su vez. Conocía la faceta seria, orgullosa y dominante del príncipe, la juguetona del amante, pero este era un nuevo Kaliq. Uno que cada vez le gustaba más.

—Si ya has terminado de reírte, dime qué hacer para ayudarte.

La miró de soslayo y sonrió con gesto travieso.

—Creo que tengo una idea clara sobre lo que puedes hacer.

Su comentario se convirtió en un par de horas de risas, maldiciones por su parte y un acercamiento como el que no habían tenido hasta el momento. Juntos levantaron la tienda en la que iban a acampar los próximos tres o cuatro días, comprobaron los alrededores y, cuando estuvo todo al gusto de su señor y príncipe del desierto, volvieron para disfrutar de una frugal comida a la sombra de su provisional alojamiento. El sonido de los animalillos que poblaban el oasis hacía las veces de banda sonora y conseguía que se olvidase de todo excepto de esa libertad que encontraba tan placentera.

—Muchas gracias por acompañarme.

Levantó su bebida y brindó con ella.

—Me has dado la excusa perfecta para librarme del palacio unos días —aseguró tranquilo—. Y me gusta la idea de poder compartir contigo parte de lo que soy.

—¿Quieres decir que hay más debajo de esa fachada de principito consentido?

Sonrió de medio lado.

—Mucho más, Sarah, mucho más —declaró misterioso—. Para empezar, como ya te dije, soy un *tygrain*.

Le sostuvo la mirada al decir aquello y no pudo evitar estremecerse ante la intensidad presente en sus ojos.

—Tu familia es descendiente de los antiguos moradores de este lugar —repitió la información a la que él parecía tener un apego especial.

—Los Al-Hanak descendemos del primer rey reconocido como tal en Bahir, de la primera tribu *tygrain* que se estableció en esta región —le informó—. Más concretamente de uno de los hijos del dios del desierto y su consorte. ¿Conoces la leyenda de Ibrahim y su hija?

Arrugó la nariz buscando ese nombre en su memoria pero tuvo que negar con la cabeza.

—No, no me suena ese nombre —aceptó y lo miró curiosa.

—Bien, verás. —Empezó a relatar—. Se dice que Ibrahim fue el primer nómada que atravesó este desierto, llegó a Bahir procedente de alguna parte de Egipto atravesando la vasta extensión desértica con la única compañía de un camello y una hija. Durante la dura travesía hubo momentos en los que pensó que nunca vería un nuevo día, que el desierto los devoraría y no podría darle a su querida hija la vida que merecía después de la muerte de su esposa. Uno de esos episodios fue la inesperada llegada de una potente tormenta de arena que le obligó a formar instantáneo refugio y proteger sus dos únicas y más preciadas posesiones.

»El viento aulló toda la noche con la voz de mil demonios, él y su hija se unieron en un único rezo, pidiéndole a los cielos y a cualquier dios que deseara escucharles que los dejase vivir un día más. Se dice que rezaron con tanto fervor que aún hoy, si escuchas atentamente en plena noche, puedes escuchar el eco de sus voces.

»Llegó la mañana, la tormenta por fin había dejado de rugir y, cuando dejaron su refugio descubrieron que las arenas que antes los habían rodeado habían retrocedido lo suficiente y dejaban a la vista este pequeño vergel.

Kaliq era un estupendo narrador, la inflexión de su voz, las caídas y subidas en su tono hacía que permaneciese atenta a cada palabra.

—Sorprendido por el milagro acontecido y viendo que al fin tendría como dar de beber a su bestia y alimentar a su hija, decidió establecer su hogar en él —continuó con la narración—. Instaló una tienda como esta, se encargó de que su camello tuviese agua y pasto que comer, recogió unos dátiles y cazó los animalillos que encontró.

»*Hija mía. Dijo Ibrahim a su pequeña. Quédate aquí y descansa, alimenta tu hambre y da gracias a los dioses por habernos permitido vivir. Yo debo ir al desierto y hacer un sacrificio para agradecer a la deidad que*

nos ha escuchado su favor.

»Y así fue como el buen nómada esperó a que el sol bajase de intensidad y se internó de nuevo en el desierto con un odre de agua, unos dátiles y su único cuchillo. Encontró un lugar silencioso, solitario y pasó el resto de la noche dándole gracias a aquel que lo había escuchado y había salvado la vida de su hija y la suya propia.

»Al regresar con la salida del sol se encontró con lo último que un hombre esperaba encontrar en esas tierras, una enorme bestia felina jugaba como un cachorro con su hija en la orilla del lago.

»Padre. Le conozco. Dijo su hija. Durante esa aterradora noche en la que pensamos que pereceríamos en el desierto, oré como me pediste y él me escuchó. Él vino a mí y calmó mis temores. Me llamó con su alma y su corazón y no he podido evitar responder».

»Alarmado por las palabras de su hija, Ibrahim miró a la bestia y esta cambió entonces allí mismo, ante sus atónitos ojos convirtiéndose en un joven humano.

«Llevo incontables tiempos vagando por esta tierra, esperando quién la hiciese florecer. Escuchó la voz clara, profunda y divina del joven. Oí su llanto, sus ruegos, se colaron en mi corazón y se instalaron en mi alma dándome la paz que me era tan esquiva. Ella es mi vida, mi legado y mi destino, la única nacida en toda una vida para completar la mía».

»El desconocido se presentó ante el buen nómada como el creador del desierto, el padre de la luna y de todas las criaturas que habitaban bajo su luz. Él había escuchado sus ruegos y los había atendido solo para descubrir a la mujer que tanto tiempo llevaba esperando, aquella que se convertiría en esposa, si decidía aceptarle.

»Si te llevas mi bien máspreciado, ¿qué me quedará a mí? Preguntó él y la respuesta del dios no se hizo esperar.

»La vida que engendre mi compañera, una nueva raza que poblará mis desiertos y se irán más allá, conquistando otras tierras y asentándose en ellas como los nómadas a los que representas. Y tú serás el guardián de sus vidas, tradiciones, de su historia y de las futuras generaciones que vendrán».

»El dios desposó entonces a la hija de Ibrahim y de su unión nacieron los primeros *tygrain*, una hembra y un macho, los primeros príncipes Al-Hanak. El buen nómada feliz y dichoso custodio de sus nietos, pasó parte de su infancia con ellos, viéndolos crecer, aprendiendo a querer a unos seres tan especiales pero pronto la necesidad de continuar con su vida se impuso a su felicidad.

«He de partir. Le dijo a su hija. He de perpetuar nuestra línea de sangre de modo que las futuras generaciones puedan custodiar las de ellos. He de crear una nueva familia que cuide de los nuestros de ahora en adelante. Te dejo con todo mi amor, hija querida y mi humilde bendición.

»Ibrahim dejó a su hija, nietos y compañero y volvió a partir en su viaje por el desierto. En el camino se encontró con otros nómadas, una familia completa y se quedó con ellos. No tardó mucho en caer enamorado de una de las hijas mayores de su anfitrión y se casó, teniendo nueva descendencia. De esa nueva unión nacerían tres hijos varones, los cuales serían los patriarcas de las tres familias más importantes de Bahir y guardianes de los *Tygrain* descendientes de la familia real desde ese momento hasta nuestros días.

Sarah parpadeó al final de su narración, en su mente podía ver todavía a Ibrahim y a su hija, al dios felino que los había salvado de la crueldad del desierto y encontró a su pareja y su amor en la joven.

—Entonces, tu familia descende de los hijos del Señor del Desierto y la hija del nómada Ibrahim.

Asintió lentamente.

—Descendemos de los primeros *tygrain*, desconozco si de la primogénita o del primogénito de la compañera del señor del desierto, pero, al igual que sus hijos y los hijos de estos, ellos heredaron los poderes y naturaleza de su padre, la cual les permitía adoptar ambas formas: la de un tigre y la de un humano.

Lo miró pensativa.

—Imagino que esa es la parte de la leyenda que ha inspirado a vuestra familia a acoger unas mascotas tan inusuales —comprendió.

—Es más que una leyenda, Sarah, es quienes somos —contestó con un profundo suspiro, su mirada perdida ahora en la lejanía—. Las leyendas no surgen de la nada, siempre hay algo que las inspira, algo de realidad detrás de las fantasías y los adornos creados por la cultura popular.

Enarcó una ceja y lo miró de arriba abajo.

—Mi príncipe, si bien te mueves con la elegancia y gracilidad de un felino y eres igual de territorial, te faltan muchos kilos, el pelo naranja y las rayas negras para parecerte siquiera a Kha.

Deslizó la mirada sobre ella y sus labios se curvaron.

—Te gusta mi felino.

No vaciló.

—Sí, mucho. Sobre todo porque no parece interesado en comerme —aceptó pensativa—. Podría decirse que nos hemos hecho algo así como amigos. —Volvió a mirarle—. ¿Sueles meterlo en palacio? Esta mañana, justo antes de aparecer tú, me hizo una visita que por poco me provoca un ataque al corazón. Es un enorme cachorro.

—Cachorro. —Bufó divertido—. Es un tigre adulto, esposa, eso puedo jurártelo.

—Lo sé. —Asintió y recordó la enorme mole peluda—. Y eso lo hace todo incluso más increíble.

—Todavía puede ponerse más increíble —le dijo levantándose, la miró y se lamió los labios—. ¿Qué te parece si nos damos un baño para combatir el calor de la tarde?

Parpadeó, sus ojos se abrieron y no pudo evitar lamerse los labios.

—¿Un baño dónde se haga pie? Tengo que advertirte que yo no nado, me hundo como una piedra.

Enarcó una ceja ante su declaración.

—¿No sabes nadar?

—Nunca lo he considerado indispensable.

—Interesante.

—No, no lo es. —Negó con efusividad al ver la mirada en sus ojos—. Sea lo que sea que estás pensando, táchalo de la lista.

—¿Sabías que a los tigres nos gusta el agua?

Ahora fue ella la que bufó.

—¿Agua y gatos? No lo veo una combinación viable.

—Para este gato la es —confirmó entre satisfecho y divertido—. Y mira por dónde ya tenemos algo en lo que entretenernos hoy.

Entrecerró los ojos.

—Ni siquiera tengo traje de baño.

Kaliq le dedicó la mirada más caliente e intensa que había recibido en las últimas horas.

—No lo necesitas princesa, conmigo, no necesitas llevar nada encima.

CAPÍTULO 18

Hombre al agua.

Hombre desnudo al agua.

Hombre sexy y desnudo al agua.

Cerebro en cortocircuito.

El hombre sexy y desnudo en el agua es mi marido.

Sarah no podía evitar quedarse pasmada mirando ese magnífico ejemplar masculino sumergido hasta las caderas, estirándose como un perezoso gato mientras dejaba que la luz del cálido sol acariciase su piel. Se le secó la boca, no podía evitar deslizar los ojos sobre ese cuerpo, sobre cada uno de los esculpidos músculos que se movían mientras estiraba las manos por encima de la cabeza. Desde la punta de los dedos hasta la línea de las caderas, era un maldito dios, el agua jugaba alrededor de sus caderas, lamiendo su piel, ocultando la parte estratégica de su cuerpo. El agua invitaba a seguirle, a despojarse de toda la ropa y meterse en la laguna. El lugar que ocupaba él hacía pie, podía decirlo por la manera en que Kaliq caminaba sin esfuerzo. La montaña de rocas se recortaba tras su figura, el cielo azul formaba una cúpula increíble en aquel secreto vergel; el escenario perfecto para la seducción.

Se giró hacia ella, esos intensos ojos castaños se cerraron sobre ella y sintió que el aire huía a toda velocidad de sus pulmones.

—Necesitas ayuda para perder la ropa, esposa.

En esos momentos era posible que necesitase ayuda para evitar que la mandíbula se le cayese hasta el suelo. La sola idea la sonrojó, le estaba mirando como si fuese un delicioso caramelo y él lo sabía, no había manera de

malinterpretar la travesura que brillaba en esos pozos marrones.

—No, yo... intento concienciarme sobre el hecho de bañarme en pelotas en una charca —replicó entre murmullos—. Considérame del partido conservador, el nudismo no lo llevo bien.

Su respuesta fue hundirse en el agua por completo y volver a emerger completamente mojado, con la humedad resbalando por su cuerpo mientras se peinaba el pelo con los dedos.

—Hace calor, Sarah, el agua está a la temperatura perfecta y yo soy el único que va a verte desnuda —argumentó deslizando la mano por su brazo, borrando las gotas de humedad—. Eso no se incluye dentro del nudismo.

—Porque tú lo digas.

—Deja de protestar y ven aquí.

Lo miró, miró el agua e hizo una mueca.

—Si me hundo como una piedra y me ahogo, volveré como fantasma para hacerte la vida imposible.

Él se limitó a resoplar, farfulló algo en un idioma que ella no comprendió y la miró.

—Considérame tu socorrista particular —le dijo caminando de nuevo hacia la orilla.

El agua se movía a su alrededor creando olas a su paso, descendiendo sobre su cuerpo, descubriendo poco a poco partes de su piel hasta hacerla notar que el agua fría no había hecho nada para mermar su masculinidad.

—Dios... tú no eres un hombre normal.

Soltó una potente carcajada y le tendió la mano, llamándola con los dedos.

—No sabes todavía lo acertadas que son tus palabras, princesa —se reía—. Vamos, ven aquí. No te hundirás, incluso con tu estatura, haces pie en esta zona.

Se mordió el labio, miró a su alrededor y resopló.

—Podría dejarme la ropa interior a modo de bikini...

—¿Prefieres que te desnude yo? —Su advertencia era clara.

—Nunca me he bañado desnuda en una jodida piscina.

—Esto no es una piscina.

—Y menos aún al aire libre dónde cualquiera puede verme.

—Solo te miraré yo.

—Eso me preocupa incluso más —resopló. Sacudió la cabeza y se agachó para sacarse las botas y los calcetines—. Tú eres más peligroso que una piraña de río.

—No soy peligroso para ti.

Levantó la cabeza y enarcó una ceja.

—Me estás mirando como si fuese un succulento bistec.

—No voy a ocultar que deseo a mi esposa, es el curso natural de las cosas —se encogió de hombros—, y como no te des prisa y entres en el agua, me temo que vamos a cambiar la clase de natación por una sesión de sexo húmedo.

Un ligero estremecimiento la recorrió por entero, notó como su entrepierna se humedecía, los pechos se volvían más pesados y se le endurecían los pezones. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no bajar la mirada, pero su fuerza de voluntad no era rival para su curiosidad; la respuesta la dejó jadeando y apretando los muslos.

—¿No podríamos sencillamente saltarnos la clase de natación en favor de una ducha rápida y ya está?

—La ropa fuera, Sarah, ahora.

Su voz había bajado una octava, su mirada se había oscurecido y no le pasó inadvertida la manera en que se lamió los labios, como si ya pudiese degustarla a placer.

—No me mires así, me da vergüenza.

—¿Te da vergüenza que te desee?

—Me da vergüenza el hecho de que me pone caliente que lo hagas — replicó enfurruñada—. Así que deja de hacerlo.

Sus labios se curvaron en una lenta sonrisa, su mirada cayó sobre su cuerpo con premeditada lentitud, ladeó la cabeza y se llevó las manos a las caderas.

—Bien, me gustas caliente.

Mío. Ese magnífico espécimen es mío. ¿Cuán rocambolesco era eso? ¿Cuán extraño que un hombre como él deseara a una muchacha como ella, qué un príncipe del desierto la quisiera cómo esposa?

—Vamos a tener que dejar la clase de natación para después —le escuchó murmurar al tiempo que reanudaba el paso hacia ella, saliendo del agua—. No puedo concentrarme adecuadamente contigo provocándome de esa manera.

—¿Qué yo te provoco? —se rió—. Perdona, pero quién es el que sale del agua desnudo y con una erección de campeonato.

—Ese sería el afortunado de tu marido.

Si había algo de lo que no podía acusar a su príncipe era de falta de sinceridad o de ser un hombre pasivo. Antes de que pudiese pronunciar su nombre completo la había despojado de la camiseta y los shorts, el sujetador y las bragas no tardaron mucho en reunirse con el resto de la ropa a un lado mientras llevaba a cabo su acción favorita; la de bombero.

—Oh, por favor, otra vez no —gimió cuando se la echó encima del hombro—. Puedo caminar, Kaliq, te aseguro que mis piernas funcionan la mar de bien.

—No por mucho tiempo, querida, no por mucho tiempo.

Le acarició el culo, se rió para sí y volvió con ella al agua, dejándola

caer de golpe y provocando que dejase escapar un grito digno de una plañidera.

—¡La madre que te parió! ¡Está helada! ¡Cómo demonios puedes estar así de empalmado con lo fría que está! —jadeó escupiendo agua, buscando su cuerpo para escapar del frío, usándolo casi como escalera—. Dios, no eres humano, te juro que no eres humano.

—Soy un *tygrain*, medio gato, medio hombre.

Resopló apretándose contra él.

—Pues a los gatos no le gusta el agua.

Sus manos le apretaron los glúteos, acercándola contra su erección.

—Ya te dije que a los tigres sí y también le gustan las compañeras mojadas.

—Eres imposible —declaró al tiempo que se olvidaba del frío del agua y se concentraba en el calor de su cuerpo—. Un principito consentido dispuesto a salirse siempre con la suya.

—Cuando se trata de ti, sí, espero poder salirme siempre con la mía.

No esperaba respuesta alguna de su parte pues la besó al momento, succionando su labio inferior, delineándoselo con la lengua antes de hundir la lengua en su interior y persuadirla para devolverle el beso. No tuvo que esforzarse mucho para ello, cada vez que ese hombre le ponía las manos encima dejaba de pensar con coherencia y se convertía en una criatura hambrienta de placer.

—A la luz de los hechos, no te costará demasiado —jadeó rompiendo momentáneamente el contacto en busca de aire, deleitándose en el tacto de sus manos sobre su piel mojada, en la forma en que la recorrían como si desearan aprender el camino en su cuerpo—. Dios, no puedo pensar cuando me tocas.

—No quiero que pienses, Sarah, quiero que sientas.

Su boca abandonó la suya al tiempo que la dejaba ir hacia atrás,

sujetándola por las caderas, dejándola flotar mientras sus labios encontraban sus pechos desnudos y se prendían de uno de sus pezones arrancándole un jadeo.

—Kaliq. —Musitó su nombre, sus dedos se enredaron en su húmedo pelo. Era una sensación tan extraña y erótica sentirse flotar en el agua mientras su amante le daba placer.

Su boca la succionó con avidez, acariciándola con la lengua, alimentándose de su seno y extrayendo de su boca incontrolados gemidos que no podía controlar. Su otro pecho corrió la misma suerte, la lengua rodeó la aureola bañándola con su humedad, mientras el agua la acunaba acercándola a él y a la dura erección que notaba contra su estómago. Se mordió los labios para no gemir en voz alta cuando su sexo empezó a latir de necesidad, luchó para encontrar el aire que necesitaba para respirar a través de los incontenibles gemidos y se rindió por completo al placer.

—Te deseo, pequeña, quiero estar dentro de ti, necesito estar dentro de ti. —Su declaración fue ruda, pasional y la mirada en sus ojos reflejó el hambre que habitaba también en su interior.

Desenredó sus dedos, bajó hasta su cuello, apoyándose en sus hombros, inclinándose hacia él para buscar su boca. Quería sus besos, quería su sabor en la boca así como su miembro dentro de ella, le deseaba tanto que ya no podía pensar con claridad.

—Sí, sí, por favor. —Se encontró murmurando, una súplica que, si estuviese en sus cabales le avergonzaría—. Kaliq, te necesito... te quiero... dentro.

La devoró sin piedad, saqueó su boca como un loco y los trasladó por el agua, sin que apenas fuese consciente de ello, hasta una zona de lisas piedras que quedaban a la altura perfecta para lo que deseaba. La recostó entre el agua y la superficie, se abrió paso entre sus piernas y la penetró antes

de que pudiese hacerse a la idea. Su cuerpo sucumbió al suyo, le recibió con los brazos abiertos cediendo a su intrusión, acompañándole en cada movimiento de sus caderas mientras el deseo crecía en su interior.

—Eres mía, princesa, mía.

Su declaración no era más que una constatación de lo que le decía su propio cuerpo, de lo que su alma ya sabía. Por más que desease negarlo, que se resistiese a creerlo, estaban hechos el uno para el otro, su corazón lo sabía y le gritaba que se rindiese por fin a sus sentimientos y aceptase que ese hombre que le hacía el amor era suyo y solo suyo.

Se arqueó debajo de él, encontrándole en cada movimiento, le rodeó las caderas con las piernas permitiéndole llegar más profundo, marcarla como siempre lo hacía hasta que todo a su alrededor dejó de tener sentido y el placer ocupó cada parte de su cerebro.

Se corrió gritando su nombre, aferrándose a él mientras seguía empujando en su interior buscando su propia liberación, dominándola, sometiéndola y adorándola como solo ese hombre sabía hacerlo. El placer resultó cegador, explosivo y la envolvió como si se tratase de un cálido capullo dejándola laxa y satisfecha en los brazos de ese príncipe del desierto.

—¿Qué me haces, Sarah? —jadeó abrazándola, haciéndola consciente de su peso sobre ella—. ¿Cómo consigues desarmarme de esta manera?

—Podría hacerte la misma pregunta, Kaliq —murmuró deslizando las manos sobre sus brazos cuando se incorporó, saliendo de ella.

La miró a los ojos, su respiración era agitada, jadeaba en busca de aire y no por ello perdía esa arrebatadora sensualidad que siempre lo rodeaba.

—Estás hecha para mí —declaró y la acarició los labios con un dedo, luego la mejilla hasta volver a encontrar su mirada—. Mía, mi compañera, la única por la que siempre he esperado.

La besó de nuevo y ahora lo hizo con una ternura que la sorprendió.

—Necesito que lo sepas, no puedo esperar más, no deseo esperar más, necesito que entiendas que me perteneces, que sepas quién soy y de dónde vengo. —La sorprendió con la necesidad presente en su voz—. Pero también temo que al hacerlo te pierda.

Esa repentina vulnerabilidad en un hombre que siempre había visto tan fuerte, tan seguro de sí mismo la cogió desprevenida.

—¿De qué estás hablando? —preguntó sin comprender demasiado bien su preocupación—. No entiendo a qué te refieres.

—No es fácil de explicar, ni siquiera sé si puedo hacerlo de la manera correcta, debería enseñártelo...

Parpadeó, se incorporó sobre los codos y llamó su atención.

—En ese caso enséñame —pidió—. Eso puedes hacerlo, ¿verdad?

La miró y apoyó la frente en la suya.

—No me gusta andarme con subterfugios, contigo menos que con nadie, pero no sé cómo enfrentarme a esta situación —confesó pesaroso—. Mi seguridad se esfuma ante las dudas, ante la falta de conocimiento sobre cómo reaccionarás y...

—¿Cómo reaccione a qué?

Se apartó de nuevo para mirarla a los ojos.

—A quién soy en realidad.

Frunció el ceño.

—Kaliq, la mayoría de las veces ya me cuesta seguirte, pero ahora soy incapaz de entender ni una sola palabra de lo que dices.

—Solo lo comprenderás cuando te lo enseñe —aceptó más para sí que para ella. Entonces sacudió la cabeza y bajó su cuerpo de nuevo sobre la superficie, cubriéndola con el suyo, haciéndola notar de nuevo su excitación—. Pero no ahora, no aquí, no cuando todo en lo que puedo pensar es en tu suavidad, en el hambre que siento por ti y en lo a gusto que estoy pegado a tu

piel. Déjame disfrutar durante el día de hoy, dediquémonos a dejar que pase el tiempo y mañana... ya nos enfrentaremos juntos a lo que tenga que venir.

—Empiezas a asustarme, Kaliq.

Él sacudió la cabeza y la besó en los labios, persuadiéndola a separarlos.

—Jamás te haría daño, Sarah, jamás. —La besó de nuevo—. Mañana, ¿de acuerdo? Mañana te llevaré al lugar dónde comenzó todo y te mostraré que las leyendas pueden convertirse en realidad cuando menos te lo esperas.

No la dejó responder, capturó sus labios una vez más y la sedujo dispuesto a hacerle de nuevo el amor y que olvidase esa extraña conversación.

CAPÍTULO 19

Kaliq no había estado tan nervioso en su vida. Quizá se estuviese precipitando, puede que este no fuese el momento adecuado, pero no podía esperar más, no quería. Nada más salir el sol se había puesto en pie y había arrastrado a Sarah consigo fuera de la cama. Su princesa no era una mujer madrugadora, por lo que pasó los primeros momentos rezongando hasta que le permitió tomarse un café.

Ella era su princesa, la mujer elegida para él y tenía la suficiente confianza en sí mismo como para esperar que todo saliese bien. Podría esperar sorpresa, no dudaba que temer ante la incomprensión, pero al final lo comprendería, en su fuero interno sabía que sería así. Había llegado al punto en el que necesitaba quitarse de encima el último de los secretos, no quería guardarse nada para con ella, por lo mismo no dudó en prevenirle durante el viaje sobre los peligros de vagabundear por las ruinas.

—El lugar suele atraer a excursionistas y otros exploradores, pero no es un sitio en el que se pueda jugar o vagabundear. —Explicó rodeando los muros escavados en la tierra, las paredes que se confundían con la roca de la montaña, así como otros fragmentos que todavía quedaban en pie. Algunas zonas habían sido atrapadas por la agreste vegetación y la arena que empujaba el aire desde el desierto—. La estabilidad de las ruinas es precaria. Cada año aparecen nuevos trozos de muro que se han caído o incluso algún que otro socavón que no estaba antes.

—Kara me había dicho que gran parte del deterioro se debe a los saqueos que se llevaron a cabo en el pasado y la destructiva codicia de la

gente.

Contempló los restos de lo que en otra vida debió ser un impresionante palacio de su época.

—Me avergüenza decir que mucha de la culpa de ello es de mis propios antepasados —aseguró—. En vez de cuidar y atesorar nuestro legado, convertirlo en un lugar sagrado y de culto por lo que significa para nosotros, se dedicaron a minarlo y extraer todo material de valor. Mi abuelo, al ocupar al trono, fue el que detuvo la expoliación y se centró en preservar los restos que quedan.

—Tu abuelo era un hombre inteligente.

Asintió.

—Era un *tygrain* orgulloso de su procedencia y con el suficiente sentido común para desear conservarla para las generaciones venideras.

—Me encanta este lugar aunque no consigo hacerme una idea de cómo debió haber sido en la antigüedad —aceptó mirándolo desde varios ángulos—. Supongo que los materiales y la forma de construcción distaban mucho de lo que conocemos ahora.

—El Anwar Badr sufrió varias transformaciones a lo largo de los siglos, las ruinas pertenecerían a varios periodos de la última. —Señaló los restos de una larga zona rasurada—, algunos estudiosos piensan que esa zona podría corresponder a la muralla original.

—¿Cómo has dicho que se llama? No sé si mi lengua será capaz de pronunciar eso.

Sonrió ante su ceño de concentración.

—*Anwar Badr*, son las palabras para «luz y luna llena», también se le conocía como el palacio del Plenilunio, se decía que en las noches en las que brillaba la luna, sus paredes resplandecían como una joya en el desierto —comentó mirando las ruinas—, de todas formas, como ya te comenté, el lugar

fue saqueado, despojado de toda su riqueza y nunca se ha podido probar si eso era verdad. Es una de las construcciones árabes más antiguas de las que se tiene constancia en esta parte del continente.

Sarah echó un vistazo a su alrededor y luego a las ruinas.

—¿Estás insinuando que el primer prototipo, por decirlo así, de este palacio podría haber sido el hogar de la hija de Ibrahim y su señor del desierto?

La miró, complacido de que hubiese escuchado con atención su relato.

—Los escritos que se conservan en la biblioteca nacional sugieren que aquí fue donde el buen nómada y su hija permanecieron guarecidos a la espera de que pasase la tormenta de arena y que el dios decidió erigir un palacio en honor de su esposa. —Le indicó distintas zonas y el oasis—. Esta región fue el centro comercial y político de Bahir allá por el siglo XII. A partir de ese momento, los distintos documentos que se conservan sugieren que hubo un gran éxodo hacia otras zonas del país y Samad se convirtió en el nuevo núcleo y centro de poder alrededor del siglo XVI con Abbas Al-Hanak como nuevo sultán y el que mandó erigir el palacio de Samad.

—Abbas Al-Hanak, es... pariente tuyo.

—Sería algo así como mi tátara-tátara abuelo.

—¿Por qué alguien querría dejar un lugar como este para trasladarse a la ciudad? —preguntó curiosa.

—Supongo que la presencia del pasado aquí es muy fuerte. —Se encogió de hombros—. El sultán que gobernara en aquella época podría haber decidido que deseaba comenzar su propia leyenda en otro lugar y desde luego lo hizo, el palacio es prueba de ello.

—Posiblemente lo considerase un lugar sagrado... algo así como la Meca, ¿no?

Su esposa era una muñequita muy perspicaz. Levantó la mirada y

recorrió las ruinas con la mirada. ¿Cuántas veces se había intentado imaginar el palacio tal y como había sido en la antigüedad?

—Para mi familia todavía lo es —comentó en voz baja—. Es un lugar con mucho peso cultural e histórico.

Ella asintió y se limitó a deambular por los alrededores, subiendo y bajando bajo su atenta mirada. Tuvo que recordarle en un par de ocasiones del peligro de derrumbe. Esa pequeña gatita tenía alma de exploradora. De un modo inexplicable sentía que su compañera pertenecía a aquel lugar, era cómo si siempre hubiese estado allí, como si siempre hubiese formado parte de esas tierras.

—Sarah, si te traje hasta aquí es porque necesito que sepas algo más sobre mí.

Su joven princesa giró sobre sus pies y lo miró desde la zona rocosa en la que se había encaramado.

—Espero que ese algo no tenga que ver con otras mujeres. Ya sabes, segundas esposas y esas cosas —replicó al momento, sus ojos clavados en los de él—. Porque si ese es el caso, no vivirás para...

—No hay otras mujeres ni las habrá. —La interrumpió con brusquedad—. Tú eres mi esposa, la única que quiero y deseo. No hay nadie ni lo habrá.

—Y ahí está la territorialidad que mencioné anoche.

—Solo soy territorial contigo y es por una buena razón, viene intrínseco en mis genes —resopló al tiempo que avanzaba hacia ella—. Soy un *tygrain*.

Se limitó a asentir.

—Lo sé, lo sé —replicó agitando la mano—. Entiendo que tu familia descende de esos antiguos y que estáis más que orgullosos de vuestra estirpe. Sois algo así como... los espartanos del siglo XXI.

Resopló y no fue el único, su tigre estaba igual de ofendido.

—No, en realidad no estás cerca siquiera de comprender la magnitud de

lo que intento decirte —suspiró profundamente y subió para encontrarse con ella—. No se trata solo de una leyenda, sino de la fantástica realidad que encierra.

Enarcó una ceja.

—Bueno, si tú quieres creer en que existió ese dios y...

—Has visto a mi gato. —La interrumpió de nuevo, deteniéndose a su lado.

Empezó a asentir lentamente con la cabeza.

—Sí, claro...

—No es una mascota.

—Sé que tratáis a vuestros tigres como si fuesen miembros de la familia y eso pero...

—No, Sarah, no los tratamos cómo si lo fuesen, ya que en realidad... sí lo son. Esos tigres que has visto somos... mis hermanos y yo.

Se le quedó mirando cada vez más y más asombrada, entonces empezó a sonreír y terminó riendo.

—¿Perdona?

Ahora o nunca, pensó.

—Conoces una parte de mí, la que yo te he mostrado —le dijo con suavidad—. Conoces al príncipe, al humano y, sí, sé que también conoces al tigre... pero necesito que comprendas que no somos dos... entes separados... sino uno.

Arrugó la nariz, su hilaridad empezó a disminuir para dar paso a una ligera preocupación.

—Kaliq, no tengo la menor idea de lo que estás intentando decirme.

—Lo entenderás en un momento —dijo y dio un par de pasos atrás—. Solo recuerda lo que te dije: Pase lo que pase, veas lo que veas, mírame a los ojos y recuerda que soy yo.

—Pero...

No la dejó continuar, levantó la mano interrumpiéndola y dejó que su naturaleza felina tomase el mando iniciando un cambio que jamás había hecho delante de otro ser humano que no fuese consciente de su naturaleza.

Su visión cambio, su centro de gravedad mutó y su cola se agitó en el aire cuando su gato tomó el relevo. Abrió los ojos y su mirada felina cambió su percepción del mundo, pero no por ello dejó de reconocer a la mujer atónita que se hallaba ante él.

—Ka... Ka... Ka...

«*Kaliq, sí. Soy yo compañera*».

—¡Jesús! —Saltó llevándose las manos a la cabeza.

Suspiró interiormente al ver que le había escuchado. Había empujado sin piedad, traspasando su barrera mental natural y enviando su respuesta a su mente humana. Sabía que aquello debía haber sido doloroso para ella.

«*Respira profundamente y déjame entrar, Sarah. No te dolerá si lo haces. Solo tienes que relajarte y escuchar con atención dentro de tu cabeza*».

Dio un nuevo paso atrás, sus ojos cada vez más abiertos, su corazón latiendo a toda velocidad. El miedo empezaba a instalarse en su mente, en su cuerpo, podía olerlo y, a pesar de ello, todavía no la dominaba. Era como si la parte racional de su mente se empeñase en decirle «*espera, esto tiene que tener una explicación*».

Caminó hacia ella con pasos lentos, su mirada siempre pendiente de ella hasta que estuvo lo suficiente cerca como para poder tocarla si lo deseaba.

«*Soy yo, Sarah. Soy Kaliq*».

La vio abrir la boca, sus labios se movían pero parecía incapaz de articular palabra. Miró hacia atrás y el corazón se le aceleró incluso más al

ver que estaba cercada por un trozo de muro, se giró de nuevo hacia él y sacudió la cabeza como si no pudiese comprender lo que estaba pasando.

—Oh... joder —jadeó abriendo más y más los ojos—. Joder, joder, joder, joder... Esto no está pasando.

«Tranquila, Sarah. Mirame. Mirame a los ojos. Soy yo».

Volvió a sacudir la cabeza y extendió la mano con un inesperado y decidido gesto.

—No, ni hablar. —Negó de nuevo con gesto rotundo—. Tú... tú no eres él... él... él no eres tú... esto... esto es producto del calor y es una jodida alucinación.

Dio un paso más hacia ella pero tuvo que detenerse al ver que se daba la vuelta con intención de subirse al muro y escapar por una zona escarpada cuyo paso estaba lleno de piedras sueltas. El instinto de preservación para con su mujer lo llevó a avanzar de nuevo. Si le pasaba algo a su compañera...

«¡No!». Clamó de nuevo en su mente haciéndola detenerse en el acto. *«Sarah, baja de ahí. No es seguro».*

Hizo el ademán de acercarse a ella pero la chica se dio incluso más prisa en salir de su alcance.

—¡No te acerques! —Lo avisó con un chillido—. No... ¡no des un paso más!

«Sarah. Vuelve. El terreno no es seguro».

Sacudió la cabeza con energía y siguió retrocediendo. Estaba asustada, no comprendía lo que ocurría, su mente no podía procesarlo.

—No, no, no, no. —Se llevó las manos a los oídos—. No quiero oírte, no te estoy escuchando. Tú no hablas, estoy sufriendo alucinaciones, un jodido espejismo.

Con cada nueva palabra se alejaba más de él y del terreno seguro. No debía haberla traído allí, no debería haberla dejado subir...

«Compañera, te exijo que vengas aquí ahora mismo».

Aquello la detuvo en seco, se giró hacia él y dio un nuevo paso adelante solo para detenerse de nuevo.

—¿Me exiges? ¿Tú me exiges? No tienes derecho a exigirme nada. —
Clamó histérica, volvió a retroceder, pasándose ahora las manos por el pelo —. ¡Eres un jodido gato! No puedes exig... oh Dios...

El corazón le dio un vuelvo al ver cómo perdía pie durante un segundo y, para evitar caer hacia delante, saltó a un lateral. Nada más tocar el nuevo terreno este empezó a crujir y el gesto entre incrédulo y aterrado de ella, unido al desprendimiento de la tierra lo hicieron reaccionar al instante.

—¡Kaliq! —Sus ojos azules se clavaron en él entre incrédulos y aterrados.

«¡Sarah!».

No tuvo tiempo de pensar en las consecuencias, en tomar medidas o recabar información del terreno. Saltó desde su posición al breve sendero y de ahí a la zona que se abría sin remedio bajo los pies de su compañera. Su enorme cuerpo impactó contra el suyo lanzándola hacia la derecha, a la zona que ella había evitado previamente. Sabía que terminaría resbalando hacia abajo, pero el suelo era sólido en esa zona y lo máximo que conseguiría eran unos cuantos raspones. Cuando posó las patas delanteras sobre el siguiente saliente, este cedió haciéndole perder pie, sus garras patearon el aire un segundo antes de notar como el suelo desaparecía y la grieta cedía completamente abriendo un socavón que se lo tragó hacia el fondo.

No tuvo tiempo siquiera a registrar el hecho de que estaba cayendo o darse la vuelta para frenar sobre las patas cuando se golpeó con fuerza contra el suelo y una dolorosa punzada en el costado le arrancó un agónico rugido. Había escuchado el sonido de algo rompiéndose, golpeó el suelo con la enorme cabeza y se quedó allí tendido y aturdido durante unos eternos

instantes.

Luchó por aferrarse a la conciencia, por sobreponerse a su naturaleza felina y recuperar su forma humana. El cambio fue doloroso, jamás había sentido nada como aquello en toda su vida, era como si le estuviesen desgarrando el cuerpo. Gritó a pleno pulmón, su voz se transformó de un rugido felino al alarido humano antes de yacer sin aire sobre el suelo.

—Sa... Sarah.

El nombre de su compañera emergió de sus labios en una agónica súplica cuando su corazón acusó el dolor de la hembra un segundo antes de que la oscuridad apagase sus neuronas.

CAPÍTULO 20

—Estás viva.

Le dolía la cabeza y el muslo, pero estaba viva. Eso fue lo primero de lo que Sarah fue consciente después de que el mundo dejase de dar vueltas. Espatarrada en el suelo contemplaba atónita la alta pared por la que había caído... unos buenos dos metros y medio como poco. Movi6 los dedos de las manos y estir6 lentamente las piernas para soltar un alarido al notar un fuerte dolor en muslo. Desliz6 una temblorosa mano hacia abajo por su cadera y se detuvo con un estremecimiento al notar humedad; sangre.

Se oblig6 a respirar una vez m6s, profundamente y recordarse lo m6s importante de todo.

—Estás viva —se record6 una vez m6s—. Estás viva, quédate con eso.

Cerr6 los ojos y luch6 por mantener la calma, pero la oscuridad trajo al momento la última escena que había grabado su cerebro. Alz6 los párpados de golpe y mir6 de nuevo la pared por la que se había caído. No. No había caído, la habían empujado. Ese enorme tigre la había empujado cuando la tierra empez6 a abrirse a sus pies.

—Kaliq.

La comprensión inund6 su vapuleado cerebro, se incorpor6 de golpe solo para tener que sujetarse la cabeza y contener las náuseas cuando un aguijonazo le atraves6 el muslo. Sus ojos entraron en contacto entonces con su pierna y vio que el dolor se debía a una fea herida; debía haberse cortado con una piedra en la bajada.

Luch6 contra el dolor a trav6s de cada respiraci6n, se oblig6 a s6 misma

a comprobar el resto de su persona y, tras llegar a la conclusión de que no parecía tener nada roto, apretó los dientes y se levantó. Miró hacia arriba, hacia el lugar en el que había estado antes y le llamó.

—¡Kaliq!

Silencio. No hubo respuesta de ningún tipo, ni tampoco apareció la silueta de ese gato. Se llevó ambas manos a los lados de la boca haciendo bocina y volvió a llamarle.

—¡Kaliq!

De nuevo el silencio, un tenso y nervioso silencio.

—No, no, no... ay joder... no me hagas esto —masculló para sí, tomó una profunda respiración y volvió a llamar con todas sus fuerzas—. ¡Kaliq! ¡Esto no tiene la menor gracia! ¡Sal!

Tras obtener el mismo mutismo en respuesta, sus nervios se dispararon y empezó a notar que se le hacía un nudo en el estómago.

—Maldita sea. —Masculló y volvió a mirar la zona a la que se había encaramado. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Y aun así, el pensar en lo que acababa de presenciar, si es que aquello no se trataba de una alucinación, no tenía cabida en su cerebro.

—No vi lo que vi y punto —se dijo a sí misma—. Ha sido algo que he comido. Me ha sentado tremendamente mal y... oh, joder. Claro que vi lo que vi, no me despeño sola por las paredes porque sí.

Podía buscar mil excusas, idear una historia perfectamente plausible sobre lo ocurrido, pero ni todas sus buenas intenciones podían competir con la imagen grabada en su retina, la de ese hombre convirtiéndose en gato delante de sus ojos.

—Dios... me va a dar algo.

Se obligó a dejar sus elucubraciones a un lado y avanzó cojeando alrededor de las ruinas, buscando de nuevo un punto de subida por el que

poder acceder al mismo lugar en el que había estado antes de caer y obtener algunas respuestas sobre lo ocurrido.

—¡Kaliq, contéstame! ¡Kha! ¡Quién seas, di algo, ruge, lo que sea!

La ansiedad empezó a hacer mella en su ánimo, la ausencia de respuesta no era algo bueno, de una u otra forma, no era nada bueno. Se las ingenió para subir de nuevo y volvió a flagelarse a sí misma por su falta de precaución al ver el estado de las ruinas.

—¡Kaliq! —Siguió llamándole ya al borde de las lágrimas.

Una inesperada e incomprensible angustia se instaló en su pecho robándole el aliento, la ausencia de su voz empezaba a desquiciarla. Necesitaba escucharle, necesitaba verle y, al mismo tiempo, estaba aterrada ante la idea de encontrar al tigre.

Tiene que haber una explicación lógica y razonable, intentó convencerse de ello. Y, sin embargo, el dolor en su pierna y la sangre que la manchaba era tan auténtica que no cabía lugar a duda alguna. Avanzó con toda la rapidez que su acusada cojera le permitía, la sangre resbalaba por su pierna y le empapaba el calcetín haciendo que se pusiese aún más nerviosa.

—¡Kaliq!

Consiguió encaramarse a la zona más cercana a la que ella había ocupado antes y vio con horror el agujero que ahora había en el suelo en su lugar. Como si se tratase de una película a cámara lenta se vio a sí misma en el borde, retrocediendo, la arenisca cediendo bajo sus pies haciéndola resbalar. Saltó, sí, pero su salto la llevó a una zona en la que el suelo empezó a resquebrajarse y...

—Ay Dios, no. No, no, no.

El miedo la asaltó al momento, el agujero que ahora veía en el suelo habría sido su destino si ese borrón de pelo naranja no la hubiese empujado como una apisonadora hacia la pared por la que había caído.

—No me hagas esto, príncipe, no me lo hagas.

Se llevó las manos a la cabeza y se aferró el pelo con gesto histérico, sus ojos escaneaban los alrededores sin descanso, buscándole, intentando recordar algo que no fuese la imagen de ese borrón de pelo alejándola de una caída mortal.

—¡Kaliq! —Lo llamó ya entre lágrimas. Era incapaz de evitar que estas resbalasen por su rostro y le empañasen los ojos impidiéndole ver bien.

Luchó con su propia desesperación, se limpió la cara lo mejor que pudo y ahora sí, prestó especial atención a los lugares en los que ponía los pies para acercarse todo lo posible, sin poner en peligro su vida, al agujero que se había abierto en el suelo.

—¡Kaliq! Kaliq, ¿puedes oírme?

Aguzó la vista e intentó mirar a través de la tenue oscuridad que inundaba lo que a todas luces parecía ser una cueva subterránea o algo parecido. El polvo que habían levantado los escombros al chocar con el suelo seguía presente el aire.

—No me hagas esto —insistió arrodillándose muy lentamente, congelándose cuando la arena del suelo se movía bajo sus pies. La zona no era segura—. ¿Kaliq? ¿Puedes oírme?

Aguzó el oído e intentó ver algo allí abajo pero no podía distinguirlo con tanto polvo.

—Oh, joder. —Se echó atrás e intentó buscar otra zona de la que no cayesen piedrecitas cuando se acercaba—. ¡No se te ocurra hacerme esto, principito! ¡No se te ocurra dejarme aquí y así! ¡Contéstame maldita sea!

Volvió a asomarse desde otro ángulo e intentó acercarse de nuevo y ver algo.

—Vale, de acuerdo —murmuró para sí—. ¿Kha? ¿Puedes oírme tú, gatito? Soy yo, Sarah. Vamos, chico, si estás ahí abajo, ruge, gruñe, gimotea,

haz lo que sea, pero haz algo.

Una vez más el silencio fue la única respuesta y eso terminó por enfurecerla.

—¡Maldito seas, Kaliq Al-Hanak! ¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes raptarme, obligarme a casarme contigo, arrastrarme hasta Bahir y hacer que me enamore de ti solo para dejarme ahora! Te lo prohíbo, ¿me oyes? ¡Te lo prohíbo!

Las lágrimas empezaron a bajar de nuevo por su rostro acuciadas por el nudo que casi le impedía respirar. Sacudió la cabeza con vehemencia obligándose a apartar el lúgubre pensamiento que quería entrar en su mente.

—No. No está muerto —negó entre dientes—. No va a hacerme esto. No se va a morir delante de mí.

Se secó la cara, emborronándose aún más con las lágrimas y la suciedad y miró a su alrededor.

—Voy a sacarte de ahí. —Decidió y volvió a mirar hacia abajo—. ¡Voy a sacarte de ahí, príncipe estúpido! Voy... voy a buscar ayuda. ¡Ni se te ocurra morirme mientras no estoy! Volveré pronto... yo... volveré enseguida y me tendrás aquí, gritándote hasta que me quede afónica.

Dios, si ya casi lo estaba ahora, pensó con una histérica risa. Se tapó la boca ahogando el sonido, miró una vez más a su alrededor y emprendió el viaje de vuelta. No quería dejarle allí, no quería irse cuando no sabía si él estaba herido, vivo o muerto, pero tampoco podía quedarse, no cuando no tenía modo alguno de saber cómo estaba.

—Yo no quería venir aquí para esto —musitó una vez dejó las ruinas y emprendió una renqueante y dolorosa caminata de vuelta a la tienda—. No quería venir aquí contigo para que pasase esto.

¿Por qué tenía que convertirse un lugar tan hermoso en su particular infierno? ¿Por qué tenía que hacerles esto la vida? ¿Por qué tenía que ser él de

todos los hombres existentes en la tierra el único sin el que no podía concebir ya la vida? Se había enamorado de una idea, de un ideal y entonces, había conocido al hombre real, al príncipe y a su felino.

La imagen de su marido desvaneciéndose ante ella y dejando en su lugar la silueta y posterior aparición de un enorme tigre de Bengala seguía asediándola, asustándola y haciendo que lo irreal fuese cada vez más y más real. Su conciencia todavía batallaba por encontrar una explicación razonable pero todo lo que podía ver ya era a él y luego a Kha. Dos caras de una misma moneda.

Sacudió la cabeza y apuró el paso, la pierna la estaba matando pero no era nada comparado con el dolor que le oprimía el pecho, con la desesperación que le arrebatava el aliento y le llenaba los ojos de lágrimas. Corrió cuando el dolor del muslo todavía era soportable, se detuvo para respirar cuando el pecho ya no le respondía y finalmente alcanzó la tienda con tal ansiedad que ni siquiera podía ver por dónde iba. Arrasó el pequeño habitáculo en busca de sus mochilas, arrancó la suya y la tiró a un lado al recordar que no había llevado teléfono y se apresuró en deshacer la de su marido.

—Vamos, vamos, vamos —se urgió a sí misma, empezó a sacar prendas y más prendas hasta que sus dedos tocaron la dura superficie de un teléfono—. Dios mío, gracias, gracias, gracias.

Temblaba tanto que fue incapaz de quitarle el bloqueo las primeras veces y necesitó dos intentos más para acceder a la agenda y encontrar el número de alguien que pudiese reconocer.

—Sharif. —Jadeó al reconocer el nombre de su cuñado. Marcó y activó al momento el manos libres—. Por favor, cógelo, cógelo... te necesito...

—Ey, Kal, ¿no se suponía que ibas a desaparecer durante un par de días con tu gatita?

—¡Sharif! —clamó desesperada—. Necesito ayuda, por favor, necesito que me ayudes. Kaliq. No le encuentro, no sé si está vivo, no sé... por favor, ayúdame.

—¿Sarah? —El tono de su cuñado cambió al momento—. Sarah, ¿qué ocurre? ¿Dónde está mi hermano?

—Se ha caído. —Rompió a llorar incapaz de refrenarse más—. Fue mi culpa... me asusté... el suelo empezó a desaparecer y... se cayó. No me contesta, Shar, no me contesta y no consigo verle. Está muy oscuro y se cayó dentro.

—Tranquilízate, Sarah...

La tranquilidad y el tono duro de su cuñado la ayudaron a recuperar parte de su temple.

—Me empujó su gato... fue él... —intentó explicarle—. Me lo enseñó y yo... yo me asusté y... dios mío... No puede morir, no puedo perderlo.

—Ya, gatita. Escúchame. —Utilizó un tono de voz tranquilo, neutro y frases cortas—. Dime dónde estáis. ¿Dónde se ha caído?

—Estamos en el oasis Abdel Haqq, me llevó a visitar las ruinas y... se cayó. —Se estaba obligando a resultar coherente—. Hay zonas inestables, me lo dijo, me lo advirtió y yo... Dios, es todo culpa mía. Tengo que volver. Tengo que ir a buscarle, tengo que sacarle de allí, no puedo dejarle solo... no puede morirse. Me moriré si le pasa algo... Shar, ayúdame, por favor. Ayúdame.

—No cuelgues, Sarah —le pidió y escuchó al mismo tiempo sonidos de fondo. Su cuñado estaba poniéndose ya en movimiento—. Mantén el teléfono en manos libres y no te muevas de ahí. Ya voy.

Sacudió la cabeza a pesar de que él no podía verla.

—No, no puedo quedarme. Le prometí que volvería —declaró, miró a su alrededor y empezó a buscar de nuevo entre las cosas esparcidas—. Tengo

que volver, tengo que asegurarme de que está con vida, no puedo quedarme...

—Sarah, no cuelgues. —Una firme advertencia.

Negó de nuevo con la cabeza.

—Te tengo en el manos libres —respondió recogiendo una linterna y una de las lámparas que habían traído consigo—, pero tengo que volver. Me necesita, soy la única que puede gritarle. Tú todavía estás lejos y si él me deja... Dios, le seguiré a dónde quiera que vaya y lo traeré de vuelta.

Con ello en mente y su cuñado al teléfono, recogió lo que necesitaba y emprendió el camino de regreso.

Kaliq se despertó con un fuerte dolor en el costado, sentía la cabeza pesada y recibía una punzada en el pecho cada vez que respiraba. Abrió los ojos y dejó que su gato se asomase a ellos dotándole de visión nocturna. Estaba en una especie de cueva, una habitación en realidad, podía apreciar parte del gastado dibujo de las paredes así como la lisa superficie en forma de mosaico de la parte más alejada del suelo. Procuró moverse y tubo que morderse los labios para evitar gritar, se obligó a bajar la mirada sobre su pecho y encontró el motivo de su dolor; tenía un jodido trozo de muro encima, manteniéndole prisionero. Si bien no lo estaba aplastando y no porque no lo estuviese intentando, pensó mientras examinaba mejor los cascotes, le costaba respirar. Movié los dedos de las manos y los pies y respiró tranquilo al notar que respondían.

—Buena... señal... —consiguió articular, aunque incluso el hablar dolía.

Volvió a buscar con la mirada, recorriendo el trozo de muro y suspiró una vez más de alivio al ver que había una especie de saliente en un lateral,

posiblemente otro trozo de pared o escombros que había evitado que la parte más grande cayese sobre su pecho por completo.

—Tiene que haberse movido en el momento que cambie —pensó recordando el enorme peso que sintió sobre sus costillas y el dolor de la conversión. Con todo, eso quizá era lo que le había salvado la vida.

Cerró los ojos e intentó relajarse en la medida de lo posible, lo que empezó como un relativo éxito terminó en un nuevo acceso de dolor cuando se movió al recordar el motivo de que hubiese terminado ahí abajo.

—Sarah.

Su compañera.

Dios mío, la había empujado, la había lanzado directamente hacia el lado derecho de las ruinas sabiendo que la inclinación de la ladera amortiguaría cualquier daño grave creado por su impacto. Cerró los ojos e intentó encontrarla, sentirla...

«Sarah».

Esperó tenso, dejó que su felino extendiese sus sentidos para poder escucharla cerca, sentirla, saber que estaba bien.

«Vamos, pequeña, háblame».

Al principio no notó nada y eso lo inquietó hasta estar a punto de moverse haciendo que algunas piedrecillas se deslizaran de trozo de muro que lo mantenía apresado. Se obligó a estar quieto y volvió a escuchar, atento... Algo cambió entonces.

«Sarah».

Agitación, miedo, resolución, enfado... las emociones las percibía tenues, pero estaban allí. Era ella, pensó con instantáneo alivio, su esposa estaba viva, cabreada, pero viva.

«Sarah, ¿puedes oírme?».

Envió de nuevo su llamado a través de su vínculo, pero estaba vez no

necesitó empujar. Notó su agitación, su calor y una fuerza interior inusitada con un toque tan antiguo que le recordó a su desierto.

«*Sarah, yo...*».

—¡Kaliq!

Su voz le llegó lejana, acompañada de pasos, exabruptos y rezongos propios de esa maravillosa mujer.

—¿Kaliq? Dime que no estoy teniendo más alucinaciones y que acabas de hablarme o juro por dios que...

Cerró los ojos y se concentró en llegar a ella de esa manera.

«*¿Estás bien, esposa?*».

Una carcajada, entonces un haz de luz empezó a jugar en la parte superior de la cueva.

—¿Qué si estoy bien? ¡Maldito hijo de puta! ¡He perdido mil vidas durante estas últimas horas! —La escuchó replicar—. ¿Estás bien? ¿Puedes contestarme en voz alta?

—Me duele... al hablar... tengo un... mierda...

Un jadeo precedió a sus palabras.

—¿Cómo que mierda? ¿Qué pasa? —Estaba histérica, prácticamente llorando—. ¡Kaliq respóndeme ahora mismo!

Se obligó a respirar una vez más pero dolía, el peso sobre su pecho lo estaba asfixiando poco a poco.

—Estoy... atrapado... un trozo de muro, pared... sobre el pecho —se las ingenió para articular—. No me aplasta... todavía.

—Oh, joder, joder, joder —la escuchó sisear—. Vale. Tranquilo. He ido a buscar ayuda. Sharif viene ya para aquí.

Hubo unos instantes de silencio, entonces de nuevo su voz.

—Shar está vivo, me está hablando... Dice que está atrapado, algo lo está aplastando. Por favor, date prisa.

Escuchó el murmullo de lo que parecía ser la voz de su hermano a través del teléfono dándole instrucciones y calmándola; bendito fuera. Posiblemente él hubiese perdido algunas rayas desde el momento en que Sarah lo llamó, incluso tendría que escuchar a Jamal y Héctor, quienes no le cabía duda que le acompañarían en el helicóptero que su hermano solía pilotar; esos dos estaban especializados en rescates de escalada y otras situaciones extremas.

—¿Kaliq? ¿Kaliq, sigues ahí?

—No podría irme aunque quisiera, cariño —musitó y tuvo que contener un quejido de dolor. Cada vez le costaba más respirar.

«Me duele el pecho al hablar, Sarah».

La luz que había visto al principio empezó a hacerse más intensa, cercana y acabó viendo lo que en realidad era; uno de los candiles de la tienda atado a una cuerda.

—Estoy bajando una de las lámparas... ¡Oh, dios mío! —La escuchó jadear de nuevo—. Kaliq, lo siento, lo siento mucho, esto es todo culpa mía.

«Tú no tienes culpa de nada, pequeña, yo fui el que elegí el lugar equivocado».

—Sharif ya está llegando, acaba de decirme que han aterrizado, estarán aquí en breve.

«Vendrán corriendo, Sarah. Ellos son... como yo».

No le cabía duda de que su hermano lo haría, le importaría una mierda el equipo que terminarían cargando Héctor y Jamal, él cambiaría y aparecería allí en pocos minutos.

—De acuerdo, no dispararle a ningún gato, lo tengo —le dijo a voz en grito—. Tú quédate conmigo, ¿vale? Esto es igual que si me estuvieses hablando por un auricular. No me importa, solo quédate conmigo.

Quería hacerlo, quería permanecer a su lado siempre, pero el dolor

empezaba a entumecerle y cada vez le costaba más respirar.

«Me... me cuesta respirar...».

—¿Kaliq?

Cerró los ojos y luchó de nuevo por respirar, la voz de su esposa empezaba a hacer cada vez más lejana.

—Quédate conmigo, cariño, por favor. —Creyó escuchar que le decía —. No puedes dejarme ahora que por fin te tengo. No puedes, Kaliq, no puedes dejarme sola. ¡No te lo permitiré!

«Lo siento, Sarah. Solo quería enseñarte quién soy en realidad, solo esperaba que me aceptases y aprendieses a amarme tal como soy».

—¿Kaliq!

No la escuchó, perdió la batalla por mantenerse a flote y la oscuridad lo reclamó alejándolo del dolor.

Sarah no podía respirar. Él no le respondía, se inclinó un poco más y agudizó la mirada. Gracias a las lámparas que había traído y deslizado podía ver un poco más claramente el interior y a su marido. Se le encogió el corazón cuando vio a lo que se refería cuando le dijo que estaba atrapado, había un enorme trozo de muro cubriéndole, demasiado grande como para que hiciese suficiente daño si caía finalmente sobre él.

—Oh no, de ninguna manera —sacudió la cabeza y miró a su alrededor —. Sharif, dime que no estás lejos, por favor, dime que no estás lejos. Kaliq no me contesta, está atrapado... tiene un trozo de muro encima... Decía que le dolía el pecho... Dios mío, no me contesta.

—Princesa, soy Jamal, su alteza ya va para ahí —le contestó uno de los escoltas de su marido—. No se mueva de dónde está. Enseguida estamos con

ustedes.

No era suficiente, pensó levantándose, mirando a su alrededor en busca de algún rastro de su cuñado.

—No tiene tiempo —negó y volvió a mirar hacia abajo al tiempo que se le hacía un nudo en el estómago—. Tengo que hacer algo, tengo... no puedo perderte ahora que te he encontrado.

Se mordió el labio inferior, dejó a un lado el teléfono y recorrió los alrededores una vez más, buscando, pensando rápidamente en una manera de llegar a él que no fuese saltando al vacío.

—Saltar al vacío —murmuró en voz alta, giró sobre sus pies y volvió a acercarse al agujero. Se acostó sobre el suelo y miró a través del agujero—. Vale... está alto, saltar no es una buena idea, así que tendré que hacer algo que no quiero hacer.

Miró la cuerda que había atado a un saliente, tragó saliva y volvió a mirar hacia abajo.

—Está bien, amor mío, si salimos de esta, me vas a deber una muy, pero que muy grande.

Si salían de esa, no iba a dejar que ese príncipe, felino o lo que fuese, la dejase ni un solo momento de su vida.

CAPÍTULO 21

Kaliq tenía ganas de ronronear. El calor, el olor y la cercanía de su compañera hacían que estuviese en el mismísimo cielo. Si no le doliese también el pecho y las costillas, sería perfecto.

Deslizó la mano sobre la cama hasta encontrarse con el suave pelo femenino y emitió un bajo ronroneo.

—No la despiertes, no ha pegado ojo desde que te trajimos.

La voz de su hermano penetró en su aturdimiento, se obligó a abrir los ojos y se encontró con el rostro Sharif de pie al otro lado de la cama. Este indicó hacia abajo, al lado opuesto, allí donde sus dedos todavía acariciaban el sedoso pelo y al volver la cabeza la vio acurrucada a su lado en el lecho, inmóvil, con la mano bajo la mejilla en un plácido sueño. La recorrió con la mirada, vestía un conjunto deportivo compuesto por un pantalón y una floja camiseta, detectó algún que otro arañazo coloreado por el desinfectante en sus brazos, pero fue su muslo, el cual abultaba bajo la licra lo que le llamó la atención.

—¿Qué le ha...? —Se quedó quieto y ahogó un quejido ante la punzada que sintió en el pecho.

Nada de movimientos bruscos, se recordó a sí mismo.

—Quédate quieto, ella está bien —lo tranquilizó Sharif, poniéndole una mano sobre el hombro—. Tiene una herida en el muslo, le han dado unos puntos pero se pondrá bien. Lo demás son solo rasguños.

Volvió a recorrerla con la mirada y respiró tranquilo, su hermano no le mentiría, no con respecto a algo tan importante.

—Menos mal...

—Tú, por otro lado, estás vivo de milagro —continuó bajando sobre él y enseñándole el vendaje que asomaba por la uve abierta de un pijama que no había visto en su vida. Dado que solía dormir desnudo, no le extrañaría que fuese uno de los muchos artículos que habría adquirido su madre y que permanecía olvidado en algún cajón—. Tres costillas rotas, una de las cuales te perforó el pulmón, tienes varios traumatismos y tuviste una jodida y colosal suerte de que ese pedazo de muro no se te viniese encima mientras estabas ahí abajo. A juzgar por todas tus heridas, caíste en forma de felino, ¿no?

Asintió incapaz de decir otra cosa.

—Eres más tonto de lo que pensaba, pero bueno, ¿no lo sois todos los *tygrain* emparejados? —Sacudió la cabeza y señaló a su compañera—. Ella, por otro lado, es una digna princesa *tygrain*. Cuando dejaste de hablarle, hizo la estupidez más grande de todas... bajó para evitar que te fueses a ningún sitio. De hecho, esa gatita te ha traído de vuelta.

El corazón le dio un vuelco, miró al hombre y luego a Sarah.

—¿Qué ha hecho?

Su hermano se cruzó de brazos.

—Te omitiré los detalles, a mí todavía se me ponen los pelos de punta al recordar la cuerda que encontré atada a una puñetera piedra —aseguró con un estremecimiento—. Solo te diré que gracias a ella, ese maldito muro de piedra no venció sobre ti cuando se rompió el apoyo que tenía. Todavía estoy decidiendo si lo que hizo fue inteligente o una completa locura, sea como sea aquí estáis los dos y para mí es suficiente.

Bajó de nuevo la mirada sobre su dormida esposa y sintió que se quedaba sin aliento. ¿Había bajado allí dentro? El temor a que algo le hubiese podido pasar lo congeló durante unos instantes.

—Voy a...

—Consentirla, agasajarla y tratarla como a una jodida princesa —lo interrumpió Shar—. Yo ya hice el trabajo de gritarle hasta dejarla sorda.

Sus palabras lo hicieron gruñir.

—Sí, sí, ahora ponte territorial —replicó con tono irónico—. Por cierto, quizá no te diste cuenta cuando estuviste allí abajo, pero tu mujer y tú habéis hecho el descubrimiento arqueológico del siglo.

Parpadeó, empezaba a costarle más que de costumbre seguirle el hilo.

—No entiendo.

—Todavía no puedo darte todos los detalles, tengo a nuestros abogados trabajando a la velocidad de la luz para declarar el oasis de Abdel Haqq como propiedad privada de la familia real, lo cual incluiría las ruinas. Dado que en realidad los vestigios pertenecen a nuestros antepasados, puede que tengamos que lidiar con los de Conservación de Tesoros Nacionales, pero no quiero a nadie que no sea de mi entera confianza metiendo las narices allí.

—¿De qué narices estás hablando, Shar?

—Habéis encontrado una habitación oculta, mi primera impresión es que fue tapiada y ocultada dentro de las siguientes reconstrucciones del palacio... —se rascó el mentón—, pero sus paredes, los mosaicos del suelo... hay historia en ellos, hermanito, una historia que podría remontarse muy, pero que muy atrás en el tiempo.

La noticia lo cogió por sorpresa, pero también despertó su conciencia.

—Espera, ¿cuánto tiempo llevas lidiando con...?

Sonrió con suficiencia.

—Llevas cuatro días desconectado del mundo, Kaliq, los mismos que esta pequeña lleva pegada a ti con pegamento extrafuerte.

Volvió a bajar la mirada sobre la durmiente figura y deslizó los dedos sobre su brazo, acariciándola con la yema de los dedos.

—Perdí seis de mis siete vidas cuando vi que el suelo se abría bajo sus

pies —musitó y tragó con dificultad al recordar ese aterrador instante—. Es una imagen que no voy a poder olvidar en mucho tiempo.

Sharif sacudió la cabeza.

—¿Cómo se te pudo ocurrir dejarla internarse en las ruinas? —lo censuró—. Esa zona no es segura ni para los arqueólogos.

—No se lo permití, le advertí del peligro —respondió y se lamió los labios—. Pensé que era el lugar perfecto para hacerla comprender quién soy, quién somos. El lugar en el que empezó todo. Pero entonces... las cosas se me fueron de las manos, se asustó, huyó de mí y... ese maldito suelo se abrió bajo sus pies.

Su hermano lo miró de soslayo y asintió con lentitud.

—Sí, algo de eso creí entender en medio de su histérica llamada. —Suspiro y señaló lo obvio—. Sea como sea, a pesar de lo que ocurriese ese día, ella todavía sigue aquí, hermano, eso tiene que significar algo.

Con eso, le apretó suavemente el hombro.

—Les diré a todos que has despertado y que tu esposa tiene prioridad —le dijo caminando hacia la puerta—. Espero poder comprarte con eso un par de horas a solas.

—¿Shar?

Su hermano se detuvo y lo miró.

—Gracias por venir a buscarme.

Se limitó a encogerse de hombros.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí, Kal —aseguró—. Intenta descansar o lo que sea que puedas hacer.

Abandonó la habitación y lo dejó pensativo y agradecido por seguir todavía allí para poder disfrutar de la vida que acababa de iniciar junto a esa deliciosa mujer.

—Mi princesa.

Le acarició una vez más el pelo disfrutando de su tacto, de su presencia cálida y palpable. Era como una droga para él, una a la que no iba a renunciar jamás.

—No quiero perderte. Eres mi vida, lo que le da sentido a todo, eres mi corazón, te necesito para continuar en este mundo —le susurró sin dejar de tocarla—. Te quiero, Sarah, no como una posesión, no como algo impuesto por el destino, te quiero por quién eres y por quién me haces ser a mí.

Notó como se desperezaba bajo su mano, esos ojos azules se abrieron y se encontraron con los suyos.

—Buenos días, amor. —La saludó con una suave sonrisa.

Ella parpadeó, se frotó los ojos y entonces reaccionó como si acabase de despertarse de un sueño o una pesadilla. Se incorporó y se inclinó sobre él.

—Estás... estás despierto.

—Eso parece. —Dejó que sus labios se curvasen en una ligera sonrisa.

—Ay Dios mío.

—Creo que he escuchado eso demasiadas veces.

La vio parpadear, sus ojos empañándose paulatinamente.

—Pensé que nunca te ibas a despertar y yo... yo...

Le cubrió los labios con los dedos, no sin dificultad.

—Lamento haberte asustado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Asustarme? Te moriste delante de mí, Kaliq, ¿tienes idea de lo que hace eso en el corazón de una chica? —musitó luchando por no derramar su pena—. Cuando dejaste de hablarme... yo bajé ahí abajo y... ese trozo de muro empezó a ceder... y no respirabas. Dios mío, no respirabas. —La primera lágrima se deslizó por su mejilla—. Y fue culpa mía, fue todo por mi culpa...

Le limpió la cara con el dedo y le acunó la mejilla.

—Te lo dije, o creo haberlo hecho, que tú no tuviste la culpa de nada.

—Me asusté. —Confesó mortificada—. Si no hubiese huido de ti...

—Pero volviste. —La tranquilizó cogiendo sus dedos—. Y me trajiste de vuelta.

Sorbió por la nariz, parecía una niña pequeña, inocente y perdida a su lado.

—Vas a tener que enseñarme lo que sabes sobre escalada —replicó ella con un mohín—, porque nunca se sabe cuándo necesitaré bajar por una puñetera cuerda para salvarte el culo, mi príncipe.

—Te enseñaré todo lo que desees saber, Sarah, solo quédate a mi lado y haré hasta lo imposible por hacerte feliz —pidió sin dejar de mirarla—. Mi vida es tu vida, princesa, ahora y siempre. Todo lo que necesito es que estés bien.

—Ahora lo estoy.

Deslizó los dedos por sus mejillas.

—¿Y por eso lloras?

Asintió.

—Por eso y porque no soporto la idea de perderte —confesó sorbiendo por la nariz—. Eres un chalado, secuestras mujeres, las conviertes en tus esposas y haces que las leyendas se hagan realidad. Eres príncipe y felino y yo debo de haber perdido la cabeza por completo o tener un fuerte síndrome de Estocolmo porque te quiero de todas formas.

Le limpió las lágrimas y sonrió.

—Vaya una pareja hacemos, ¿eh, princesa?

—La única posible, mi *tygrain*, la única posible para ti.

Sonrió, su corazón aligerado después de tanto tiempo.

—Si crees que puedes darme un beso sin que me duela hasta el respirar, te lo agradecería.

Se rió y se inclinó sobre él con mucho cuidado.

—Puedo intentarlo —le acarició los labios con su aliento—, ya después me dices si lo he conseguido.

—Hecho.

Su beso le supo a gloria, a desierto, era el sabor más estimulante e inolvidable de todos, el de su amor.

EPÍLOGO

3 meses después...

Y el gran día llegó, pensó Sarah con secreta diversión. La boda real había tenido que posponerse para que el príncipe sanase completamente de sus heridas. Si bien había descubierto que los *tygrain* tenían un metabolismo más rápido y solían sanar antes, Kaliq se había tomado su tiempo para que pudiesen disfrutar de la vida y la nueva relación que existía entre ellos. Al final, también había aceptado el consejo de su marido y, con el beneplácito de su jefe, se había convertido en la nueva consultora de la empresa en el exterior. Su primer acuerdo había traído consigo nuevas ofertas muy beneficiosas tanto para su jefe como para el país que la había acogido.

Miró a las tres mujeres que revoloteaban a su alrededor y luchó una vez más con las cosquillas que le provocaba la aplicación de la henna en la piel.

—Deja de moverte, Sarah, así no puedo hacer bien los dibujos —rezongó su mejor amiga—. En vez de una mariposa, parecerá un cuervo y cariño, el significado no será el mismo.

—Tengo cosquillas, Kara, no puedo evitarlo.

Esta puso los ojos en blanco y la miró.

—Y yo que estaba pensando en hacer un diseño especial para tu príncipe. Ya tenemos el sol, la luna, unas estrellas, algunos tallos y hojas...

—Y si sigues buscando más motivos, te quedarás sin piel y yo me dormiré otra siesta —rezongó cansada. Era agotador estarse quieta mientras le

pintaban la piel, sobre todo porque tenía cosquillas—. Solo acaba de una vez.

—Todavía me falta algo especial y secreto, algo que tu príncipe deberá encontrar en su noche de bodas, si quiere seguir siendo el dominante en la relación.

—No se lo pongas fácil, querida —la animó Amina—. Haz que se esfuerce.

Bakara sonrió en secreta complicidad con la sultana y siguió dando los últimos retoques a su tarea.

Su amiga se había dejado caer por el palacio después de su luna de miel, la muy ladina estaba encantada y nada sorprendida de que se hubiese casado con su ex prometido.

—Sabía que Kaliq no era para mí, lo supe desde el mismo momento que te conocí. —La había sorprendido con su admisión—. ¿Por qué crees sino que te hablé de él y te conté todas esas historias sobre los *tygrain*, Bahir y las ruinas? Necesitaba que te enamorasas del cuento, del príncipe encantador, porque así estarías más predispuesta a conocer al hombre que moraba realmente debajo de ese título.

—¿Tú también... eres como él?

Negó con la cabeza.

—Como ya te había comentado, mi casa descende de una de las primeras tribus, en concreto somos descendientes de la segunda esposa de Ibrahim —le explicó—. Nuestro deber es guardar a la familia real. Mi padre es uno de los consejeros del sultán, mi misión siempre ha sido cuidar del tigre de Bahir, el nuevo señor del desierto.

—¿Eso incluía el que me secuestraran en lugar de a ti?

—Es un *tygrain*, la pasión corre por sus venas, sabía que cuando os encontrarais sería para siempre —canturreó, entonces hizo una mueca—. Aunque no, tengo que confesar que no esperaba que se apareciese el mismo

día de mi boda y te raptase. Pero es tan romántico...

Después de disculparse mil y una veces y convencerla de que la encerrona había sido la mejor cosa que había podido pasarle, decidió perdonarla. Después de todo, gracias a ella había encontrado al amor de su vida.

—¿Estás segura de que no quieres que tu madre esté aquí, Sarah?

Levantó la cabeza y se giró hacia Amina, entonces negó.

—Este ha de ser un día especial para mí y para Kaliq, mi madre es como el *Grinch* en Navidad. —Hizo un mohín ante la comparación, pero era la verdad—. La he invitado porque es mi madre, pero nunca se ha comportado realmente como tal.

—Y por eso estamos nosotras aquí —añadió Zuleima, quien le había estado arreglando el pelo—, y vamos a dejarte tan guapa que a Kaliq se le olvidará como hablar.

Sonrió y miró a ambas mujeres. Cada una en su estilo, se habían convertido en parte de su familia, una que no había tenido hasta entonces.

—En vuestras manos sé que puedo contar con eso y mucho más —aseguró con una amplia sonrisa—. Muchas gracias por haceros cargo de la boda, yo no habría sabido por dónde empezar.

—Ha sido un placer para nosotras que nos hayas permitido organizar todo esto, hija mía, te lo aseguro —le dijo Amina con palpable sinceridad.

—Bueno, ¿lista para dar el último paso? —La animó Bakara.

Se miró al espejo y estudió su aspecto, el de una verdadera princesa del desierto.

—Lista para unirte una vez más al amor de mi vida.

Dicho aquello, las tres abandonaron la estancia dejándola a solas unos momentos. La henna todavía tenía que secar sobre su piel, un trabajo de casi cinco horas que le había permitido hasta echarse una siesta. La puerta volvió a

abrirse unos momentos después y de inmediato pensó en que alguna de ellas se habría olvidado de algo.

—¿Os habéis dejado alguna cosa? —Se giró para ver quién de las mujeres había vuelto pero se encontró con otra persona—. ¿No se supone que no puedes ver a la novia antes de la boda?

Kaliq se limitó a entrar, la miró de arriba abajo con lento detenimiento y terminó en su rostro cubierto por el velo.

—Algunas tradiciones están hechas para saltárselas y otras para cumplirlas —le dijo, metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo de seda negra que desenvolvió hasta dejar a la vista un delicado cordón de oro del que colgaba un racimo con tres pequeños dijes—. Esto es el *thaali*, un colgante sagrado que el esposo entrega a la esposa el día de la boda como símbolo de amor, respeto y buena voluntad. Debes llevarlo oculto, solo tú y yo sabremos que lo llevas.

Sonrió bajo el velo, cogió la fina cadena y se la puso, ocultándola bajo la ropa.

—Será nuestro pequeño secreto —murmuró bajo su escrutinio.

—Eres toda una visión, princesa —le dijo, entonces bajó la mirada a su mano, se inclinó sobre su oído sin tocarla y añadió—. Y esta noche pienso descubrir dónde llevas oculta la inicial de mi nombre.

Sacudió la cabeza.

—No se te escapa una, ¿eh?

Dio un paso atrás y le dedicó una reverencia.

—Eres un libro abierto para mí, amor mío, uno que nunca me canso de leer —declaró y señaló una vez más la henna de sus manos—. Veremos durante cuánto tiempo podemos extender nuestra luna de miel

Levantó las manos.

—No pienso pegar palo al agua mientras esto siga aquí, alteza, así que,

ya puedes ir pensando cómo nos las vamos a apañar.

—Algo se me ocurrirá. —Dicho eso, le dedicó una última y caliente mirada y salió de la misma forma que había entrado, como un tigre sigiloso.

La próxima vez que lo viese sería ante el altar, para sellar sus votos y compartir sus vidas, tal y como ya habían prometido hacer tres meses y medio atrás ante el juez.

La ceremonia fue íntima, entrañable, seguida de una alegre fiesta en la que su esposo y ella fueron el centro de atención. Buenos deseos, abrazos, bailes y comida para varios días, todo ello regado con champán mantuvo entretenidos a los invitados y les permitió encontrar el momento perfecto para escabullirse.

—¿Lista para irnos?

Miró a su marido.

—¿Nos vamos a escapar?

—¿Prefieres quedarte aquí hasta que terminen borrachos?

—Ni hablar. —Se levantó, le dio la mano y emprendieron la huida.

Se marcharon entre risas y a escondidas, ignorando que su travesura no pasaría tan desapercibida como ellos creían.

—¿Sigues pensando que Sarah no es la mujer perfecta para Kaliq?

El sultán se giró para mirar a su sultana.

—Pienso que mi nueva hija es digna de un príncipe del desierto — aseguró lleno de orgullo y emoción—. No solo le ha devuelto la vida, sino que le ha reportado una inmensa felicidad. En el futuro, será una gran sultana.

Amina sonrió y le posó la mano en el hombro.

—Y nuestro hijo será un gran sultán, como el hombre al que admira.

Sonrió e inclinó la cabeza en señal de respeto para luego seguir con su paseo por la sala. Amina podía no ser su compañera, pero no había otra sultana más querida que ella.

Sarah suspiró y se acurrucó contra su marido, el silencio del desierto los envolvía, la noche estrellada le recordaba lo insignificantes que eran en el vasto universo y el calor de la piel que la arropaba la llevaba a tiempos con los que solo podía soñar.

—¿Crees que ellos vieron este cielo?

—Quiero pensar que sí —aceptó él—. Que una vez estuvieron así, uno en brazos del otro, listos para afrontar lo que les deparara el futuro.

—En ese caso tendremos que seguir su ejemplo —se incorporó para mirarle—. Y quizá escribir nuestra propia leyenda.

—La nuestra empezó el día que te secuestré, amor mío, ese día hice historia.

Sarah se echó a reír. Sí, ese día él había escrito la primera página de una historia que perduraría en el tiempo como una bonita leyenda.

SOBRE LA SERIE AL-HANAK

El *Sultanato de Bahir* es un país ficticio situado entre los *Emiratos Árabes* y el *Sultanato de Omán*, su cultura y tradiciones son una mezcla de las hindúes y musulmanas «*adaptadas*» a los propósitos de mi historia y, como tales, difieren en algunos aspectos de su verdadera esencia.

Recordar que esta es una «obra de ficción» y, como tal, he optado por crear un país y una cultura que recoge pequeños guiños que se alejan de las costumbres «*reales*» de las distintas etnias aquí reflejadas.

Espero que os hayáis enamorado de los príncipes *tygrain* y de su peculiar forma de ver la vida y de sus propias costumbres.

EL CAZADOR DE ALMAS

[ÍNDICE](#)

[GLOSARIO](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

EPÍLOGO

GLOSARIO

Adelfi: Hermana en griego.

Adelfos: Hermano en griego.

Agapi: Amor en griego.

Antiquerum: También conocido como Juicio Universal. Es el juicio definitivo, el único mediante el cual puede decidirse la vida o la muerte sobre la persona o personas que se someten a él. El único que puede llevarlo a cabo es el Juez Universal.

Alcara: Nombre que reciben las dagas doradas de John, el más antiguo de los Guardianes Universales.

Alma Maldita: Nombre que recibe la encarnación del alma del dios Eidryen en forma humana. Su apariencia es la de una mujer joven e inocente.

Armaya: Es una maldición gitana.

Balamo: Es como se refieren los romaníes a un hombre que no pertenece a su raza. Un hombre no gypsy.

Bastet: Deidad egipcia de la armonía y la felicidad, protectora del hogar y de las embarazadas simboliza la alegría de vivir. También conocida como Bast, es una diosa pacífica y tierna, aunque si se la enfada se transforma

en una mujer con el carácter de una leona.

Bengesko niamso: Maldición, exabrupto gypsy.

Dios de las Almas: Seybin, Señor y Protector de la Puerta de las Almas. Rige el mundo del más allá.

Dios del Destino: Dios principal tras cuya muerte, combinada con la de la diosa de la Esperanza, da nacimiento al Libre Albedrío. Su nombre es Eidryen.

Diosa de la Esperanza: Diosa principal tras cuya muerte, combinada con la del dios del Destino, da nacimiento al Libre Albedrío. Su nombre es Elora.

Donona, Santuario: El más antiguo Oráculo de Grecia cuyo templo estaba dedicado a Zeus y a la Diosa Madre Dione. Es anterior a Delfos.

Drabarni: Se conoce así a las Lectoras de Fortuna, mujeres gypsy capaces de ver el futuro por medio de las cartas y en otros medios de adivinación.

Cazador de Almas: Son los encargados de buscar, recolectar y guiar a las almas en su travesía hacia el otro lado. Su poder principal es el “fuego de las almas”, son hombres solitarios y sólo obedecen al Señor de las Almas.

Equilibrio: Balance que debe darse en el Universo.

Espada de las Almas: Arma predilecta de los Cazadores de Almas, su filo es el único capaz de herir a un espíritu.

Etolios: Habitantes de Etolia, una región montañosa de Grecia situada en la costa norte del golfo de Corinto.

Fuente Universal: La fuente de todo poder y balance del universo.

Garkos: Consorte de Zhalamira. Es uno de los dos entes que dan forma a la Fuente Universal. Él es la oscuridad que da balanza a la luz.

Guardián Universal: Hombres y mujeres en cuyo interior se encuentra un pedazo del universo. Fueron elegidos por la Fuente Universal a lo largo de los siglos para formar una línea de defensa que protegiese a la humanidad de los dioses. Hoy en día sólo quedan cinco de los miles que fueron.

Juez Universal: Es aquel que fue elegido para esgrimir uno de los más poderosos poderes primigenios, La Ley Universal. Su palabra es la única ley a la que tienen que doblegarse los dioses e inmortales por igual. Es también el líder de los Guardianes Universales.

Juicio Universal: También conocido como Antiquerum. Es el juicio definitivo, el único mediante el cual puede decidirse la vida o la muerte sobre la persona o personas que se someten a él. El único que puede llevarlo a cabo es el Juez Universal.

Kahiya: Dagas gemelas de hoja curva y empuñadura con la forma de tres serpientes entrelazadas. Son el símbolo de poder del Juez Universal.

Kíkaia: Bonita en griego.

Llamado de las Almas: Es la llamada que emite la Puerta de las Almas y que atrae a estas a su umbral.

Libre Albedrío: Uno de los poderes primigenios más poderosos del universo. Nacido del Destino y la Esperanza, su voz es la voz del universo, su libertad de decisión lo convierte en una poderosa arma.

Los Ancianos: Triunvirato de poder que rige a los dioses e inmortales. Está compuesto por los tres ancianos: Aristes, Orest y Larios. También conocidos como el Concilio de los Dioses se encargan de mantener el orden entre los diferentes panteones resolviendo conflictos menores. Ellos responden únicamente ante el Juez Universal.

Matriarca: La cabeza materna de un clan Gypsy. Junto con el Patriarca ostentaban el poder de la tribu.

Molosos: Habitantes del antiguo pueblo de Molosia, perteneciente a la región de Epiro, Grecia.

Oráculo Universal: Es el avatar de La Fuente Universal, sus visiones muestran el futuro, el destino de aquellos que están bajo su jurisdicción.

Puerta de las Almas: Umbral de piedra que recibe a las almas tras su paso al otro lado.

Sala de los Ancianos: Lugar de reunión de los Ancianos que forman el Concilio de los Dioses. Desde esta sala los Ancianos manejan los conflictos menores que atañen a los dioses.

Selloí: En griego, “Adivinas”. Eran las tres sacerdotisas que regían e interpretaban el Oráculo de Dodona.

Señor de las Almas: Dios que rige la vida y muerte de las almas y custodia la Puerta de las Almas. Responde al nombre de Seybin.

Sueño de los Eternos: Estado en el que sume Eidryen a Dreamara para mantenerla con vida hasta que llegue el momento de su despertar.

Sumo Guardián: Los Sumos Guardianes eran los elegidos para custodiar a las Selloí, las sacerdotisas que interpretaban el Oráculo de Dodona.

Templo del Primer Poder: En ruinas. Erigido originalmente al poder de la Fuente Primigenia, es un lugar sagrado al que sólo pueden acceder los Guardianes Universales y se utiliza como vínculo directo para pedir audiencia formal ante La Fuente.

Valaco, Tribu: Tribu romaní y nómada ubicada en la antigua Grecia.

Zhalamira: Consorte de Garkos. Es uno de los dos entes que dan forma a la Fuente Universal. Ella es la luz que da balanza a la oscuridad.

PRÓLOGO

Año 218 A.C.

Región de Epiro. Grecia.

El poblado se había reducido a cenizas durante la noche. Con las primeras luces del amanecer todavía se veían las columnas de humo que salían de las tiendas y de las pequeñas construcciones; la muerte estaba presente por doquier. Cuerpos mutilados, otros calcinados, aquella noche había sido de sangre y fuego, tal y como vaticinó el Oráculo de Dodona, una profecía que quedaría marcada en su alma para siempre.

Unos ojos verdosos recorrieron lentamente toda aquella desolación, los etolios habían extendido su odio y sed de sangre desde la falda del Monte Tomaso donde se ubicaba el Oráculo más importante de Grecia, el Oráculo de Dodona, hasta la tribu Gypsy que instaló su campamento junto al lago Pambotis; los Valaco. Los etolios destruyeron en el transcurso de una noche todo lo que Nyxx había conocido y se llevaron consigo su única razón para vivir. Las altas columnas de humo ennegrecido se elevaban desde el lado norte, el templo había sido quemado y arrasado, la gente masacrada, las tres sacerdotisas del rey de los dioses que moraban aquellas paredes yacían muertas a los pies del altar frente a los restos de las estatuas de Zeus y Dione, todo se había perdido en un abrir y cerrar de ojos. No existió compasión en la búsqueda de codicia del pueblo etolio, habían pasado a cuchillo a todo aquel que se encontraron en su camino en una equivocada búsqueda de riquezas

guiados por el resentimiento de una única mujer hacia un pueblo que nunca hizo daño a nadie y que lo único que deseaban era vivir en paz.

Tantas vidas destruidas y para nada.

Nyxx volvió la mirada hacia el linde del bosque, sus puños se cerraron con toda la fuerza que aún reunía su maltrecho cuerpo, en un tramo a orillas del lago yacía toda su vida, su pasado, su presente y el futuro que le había sido arrebatado en un latido de corazón. El dolor se hundió pesadamente en su pecho cuando su mente trajo de nuevo el recuerdo de su sonrisa, la dulzura en su mirada y la agudeza que su lengua había esgrimido para él, era demasiado peso para un cuerpo cuyo espíritu empezaba a hacerse pedazos.

—Pronto —musitó con voz ronca y rasgada por la pena.

El dolor corría a varios niveles por debajo de su piel, un dolor que unido a la rabia le daba las fuerzas que necesitaba para cumplir con la última de sus autoimpuestas tareas, solo cuando lo hubiese hecho podría dejar su espada y acudir a su lado en su eterno descanso.

Sorteando los cadáveres esparcidos por el suelo, dejó atrás el hedor a muerte y devastación y siguió el rastro que abandonaba el poblado por el sur y se adentraba en la cordillera de los Montes Pindo, de regreso a la región de Etolia. Él, de entre todos los Sumos Guardianes que habían estado apostados en el templo del Oráculo, los únicos hombres además de los monjes a los que se le permitía estar en contacto con las tres *hoi Selloí*, Las Adivinas -como eran conocidas las sacerdotisas que interpretaban las visiones del oráculo-, era el más experimentado en las artes del rastreo y la caza. Desde su ingreso en el templo a una edad muy temprana, había sido designado a la protección de Nicandra, la menor de las sacerdotisas. Su ingenua curiosidad y ansia de aventura lo habían llevado a salir a hurtadillas del templo, en ocasiones acompañando a su joven Señora hasta que finalmente se convirtió en el proveedor de caza del templo. En una región dedicada a la agricultura la

entrada de carne y ave era casi considerado un manjar y él había disfrutado de la libertad que sus días de rastreo en busca de presas traía a su vida librándolo de la monotonía y el tedio de sus tareas en el templo.

Ahora, esa destreza debía ser puesta sobre una presa distinta, una de dos piernas y afiladas armas que se habían encargado de destruir todo su mundo en el transcurso de una noche.

Con su rabia como bandera y la venganza motivando su corazón, dejó atrás las ruinas humeantes del templo y la devastadora desolación del poblado Gypsy para echarse al camino armado tan solo con una espada y un cuchillo y seguir a los soldados que habían sobrevivido a aquella noche y que con el favor de Zeus no vivirían lo suficiente para ver el nuevo amanecer.

Embriagados por la victoria, satisfechos con el éxito de su empresa y jactándose de los macabros recuerdos que se llevaron consigo, los etolios se confiaron y no vieron venir la venganza que cayó sobre ellos en la forma de una bestia humana borracha con la sed de la venganza. Muchos fueron los que cayeron en aquel atardecer, la espada del joven guerrero cercenó cada vida como si con ello pudiera liberar cada una de las almas que aquellos desgraciados habían robado en el Templo y en el poblado, se entregó con toda la fiereza de un hombre desesperado y despojado de todo, el cual no encontraba miedo en la muerte, si no tan solo a una vieja amiga. Y fue aquella vieja amiga la que lo recibió con los brazos abiertos cuando el peso del dolor sumado al de sus mortales heridas vino a reclamar su alma con el último rayo de sol.

No sabía que esperaba encontrar al otro lado, pero cuando volvió a abrir los ojos su alma había viajado de regreso al centro del desolado poblado Gypsy y frente a él, abriéndose paso por en medio de los cadáveres que cubrían el suelo, una enorme bestia lobuna lo contemplaba con unos ojos brillantes y sobrenaturales.

—¿Quién eres tú? —Se encontró preguntando al lobo que caminaba hacia él.

Soy y seré tú hasta que la sangre que baña esta tierra encuentre de nuevo el camino al hogar.

Las palabras salieron del lobo, si bien, la bestia no había abierto las fauces. Una ligera sensación de mal presagio inundó a Nyxx mientras su mirada quedaba presa de la del can como si fuesen incapaces de escapar el uno del otro, entonces el lobo empezó a trotar y finalmente se lanzó hacia él y lo traspasó como si no fuese más que una pantalla de humo. El grito que emergió de la garganta del guerrero provocó un infernal dolor que fue directo a su alma, rasgándola solo para volver a unirla, pero esta vez ya no era enteramente humana, el alma del lobo la completaba.

Un doloroso jadeo escapó de sus pulmones mientras trataba de respirar, de rodillas sobre el suelo teñido por el color de la sangre empezó a darse cuenta de lo que había ocurrido, de lo que la Matriarca Valaco le había hecho. La negación trajo consigo el insoportable dolor de la pérdida, una pérdida total y absoluta. Nunca sería capaz de reunirse con ellos. Valeska se había encargado de ello. No permitiría que uno de los suyos cometiera dos veces el mismo error.

—¡Noooo! —Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar tal grito de agonía que todos los seres vivos allí donde estuvieran se estremecerían de empatía—. ¡Maldita seas mil veces, Valeska! ¡Maldita seas! ¡Me lo has arrebatado todo, todo!

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, el dolor en su pecho borbotó mezclándose con la rabia, la desesperación y la negación ante lo que la mujer Valaco le había hecho, solo ahora empezaba a entender el alcance de las palabras que le había gritado junto al cuerpo sin vida de la mujer a la que había amado.

—Maldita... seas —lloró como no había llorado desde que era niño—. Maldita seas por toda la eternidad.

Las lágrimas duran lo que dura la pena y la de Nyxx parecía no tener fin, la desolación que lo rodeaba no era nada comparado con la que teñía su alma de rojo, del color de la sangre derramada. Su mirada vagó nuevamente hacia el bosque y aquello fue suficiente para obligarlo a ponerse de nuevo en pie; No podía fallarle otra vez, si aquello era todo lo que podía hacer al menos le daría el descanso que se merecía. Conocía el ritual por el que los Valaco entregaban a los suyos a la muerte, para ellos el fuego era purificador, el que permitía que el alma abandonase el cuerpo y viajase al otro mundo. Al menos le debía eso a ella.

—Vaya una carnicería.

Nyxx se tensó al oír una voz a sus espaldas, sus lágrimas quedaron congeladas sobre las mejillas mientras se giraba con lentitud y escaneaba todo el lugar encontrando simplemente los cuerpos mutilados y sin vida que teñían el suelo con su sangre.

—Esta va a ser una larga noche.

Otra voz, esta procedente de la otra esquina del poblado hizo que su mano volara a la cintura donde siempre llevaba la espada para encontrarse sin ella. Apretando los dientes entrecerró los ojos y permaneció en silencio y atento.

—¿Él es lo que creo que es? —murmuró la primera de las voces.

—No se me ocurre que otra cosa podría ser.

Como si el humo que todavía salía de algunas de las construcciones se hubiese concentrado en un solo punto, del lugar que había procedido la voz empezó a formarse una silueta que fue tomando la forma de un hombre adulto, con anchos hombros y gran constitución que vestía unas calzas de piel. Una túnica color añil se ceñía con un ancho cinturón alrededor de su cintura, en

donde descansaban las fundas de las dos espadas que esgrimía en sus manos, sus pies estaban calzados con las botas propias de los habitantes de las montañas, pero era su extraño pelo con mechones de varias tonalidades, desde el rubio más claro al negro más oscuro recogido con una cinta de cuero en la nuca lo que más llamaba la atención en él.

—¿Enviados del diablo o de los dioses? —murmuró Nyxx sin apartar la mirada del hombre.

—No sé si podría considerarse a Seybin como el diablo, aunque a veces se comporta como tal.

Él se giró formando un arco con el brazo al oír aquella otra voz pegada a su oído.

—Interesante —respondió el dueño de la voz observando a Nyxx con detenimiento. Al contrario que su compañero, el color de su pelo era de un negro profundo y caía suelto sobre sus hombros, su piel en cambio, poseía el tono de la tierra seca.

—¿Quiénes sois? —preguntó repartiendo su atención entre los dos desconocidos.

El hombre con el pelo multicolor chasqueó la lengua y le señaló con su espada.

—Una mejor pregunta sería... *¿Qué eres tú?* —aseguró alzando el rostro como si estuviese oliendo el aire—. A mí me huele a alma, Josh.

El de la piel del color de la tierra seca se encogió de hombros, entonces echó mano a su espalda, desde donde se veía la empuñadura de una espada y tiró de ella.

—Es un alma —aceptó su compañero al tiempo que empezaba a rodearle. Nyxx imitó sus movimientos, manteniéndolos al margen—. Es todo lo que necesito saber.

Como uno, los dos hombres se lanzaron a por él. A duras penas pudo

evadir la primera estocada cuando le llegó otra por la espalda, tuvo tiempo de girar y rodar por el suelo para alejarse antes de que la espada se alojara cómodamente en su hombro. Una inusitada rabia empezó a abrirse paso desde su interior, no sabía quiénes eran ellos pero tampoco le importaba, todo aquello que hubiese podido ser de importancia para él yacía muerto a orillas del lago y lo demás solo se perfilaba como un obstáculo. Recogiendo una de las ensangrentadas espadas del suelo se enfrentó a ellos, atacando y eludiéndolos con todo lo que tenía.

—Silver, acaba con este juego ya, tenemos almas a las que acompañar —clamó su compañero esquivando por poco un corte más en su brazo—. No podemos dejarlas vagando por aquí después de esta carnicería, se merecen el descanso.

Aquellas palabras penetraron en la mente de Nyxx, que paró un nuevo ataque con su espada.

—¿Quiénes sois? —clamó al tiempo que repelía el ataque con efectividad.

—Cazadores de Almas, chico —respondió Josh, mientras fintaba a la derecha—. ¿Por qué no te rindes y te vienes con nosotros por propia voluntad? Si esta carnicería no ha sido cosa tuya...

—¡Ellos eran mi familia! —clamó él con dolor. Había habido un momento en el que pensó que sí podrían serlo, Varak y Hadryna así se lo habían mostrado.

Los guerreros intercambiaron una rápida mirada.

—¿Tuviste algo que ver con... el desastre... de las montañas?

La mirada de odio en los ojos de Nyxx fue suficiente respuesta para ellos.

—Vaaaale —rezongó Silver al tiempo que bajaba la espada y se pasaba una mano por el pelo, el sudor le chorreaba por el rostro—. Esto se está

complicando.

—¿No me digas? —bufó Josh mirándole y después a su compañero—.

¿Alguna sugerencia?

Él hombre se encogió de hombros.

—¿A cara o cruz? —sugirió Silver.

Josh puso los ojos en blanco y suspiró.

—Bueno, solo se me ocurre otra cosa —aseguró señalando a Nyxx con el pulgar.

—La Puerta —asintió Josh, sus labios se estiraron poco a poco en una sonrisa—. ¿Por qué no lo pensaste antes de que empezar todo este baile?

—Estaba demasiado ocupado evitando que me rebanase la cabeza —le recordó con ironía.

Los hombres se giraron hacia él al tiempo que enfundaban las espadas.

—Bien, compañero, esto se termina aquí y ahora.

Nyxx entrecerró los ojos, su atención dividida entre uno y otro guerrero. No se fiaba de ninguno de ellos, ni de sus trucos.

—Si no vienes por las buenas, la dama se encargará de que vayas a ella.

Antes de que Nyxx pudiese entender que estaba pasando, el hombre frente a él dibujó algunas señas con las manos y la tierra bajo sus pies se abrió para tragárselo con un ahogado grito.

—Eso ha sido muy sutil —aseguró Silver poniendo los ojos en blanco.

—Haberlo hecho tú —sugirió Josh antes de desvanecerse en el aire, seguido al momento por su compañero.

El grito que salió de la garganta de Nyxx cuando se abrió la tierra terminó de formarse cuando su cuerpo golpeó con fuerza contra el suelo, su mirada recorrió inmediatamente su entorno para encontrarse en el interior de alguna cueva. El cavernoso lugar era amplio y estaba iluminado por unos

pebeteros que se abrían en abanico a ambos lados de una gran puerta de piedra blanquecina. Su mirada quedó presa de aquella magnificencia durante unos instantes, entonces empezó a oír un suave murmullo, como un coro de voces que lo llamaban atrayéndolo hacia su umbral.

—¿Qué truco de los dioses es este? —musitó observando el lugar con reverencia.

—Ningún truco. Aunque si quieres achacar a alguien la decoración, ese sería el Señor de las Almas.

Nyxx volvió a ponerse en guardia cuando vio a los dos guerreros entrando en la cueva desde un túnel escavado en la pared.

—Ahora, sé una buena alma y entra por ahí —pidió Silver y le señaló la puerta a su espalda.

Un fuerte sonido de piedra arrastrándose sobre el suelo llamó la atención de Nyxx, los murmullos que había oído ahora incrementaron su intensidad convirtiéndose en una cacofonía de gritos de auxilio y voces que lo invitaban a un merecido descanso. Todo él reaccionaba a esas voces, quería unírseles, atravesar aquella puerta y olvidarse de lo ocurrido aquella noche. Si solo fuera tan fácil dejar el dolor y la vergüenza que pesaba en su corazón atrás...

—No —negó con voz rasgada. El humo y los vapores que había tragado le habían destrozado la garganta, dándole a su voz una cadencia rota, ronca y profunda.

Los dos cazadores desenfundaron entonces sus armas y empezaron a rodearlo nuevamente y Nyxx se encontró sintiéndose en ese momento tal y como debería haberse sentido cualquiera de las presas que él solía cazar para abastecer el templo.

—De veras, chico, nos has hecho perder toda una jodida noche de trabajo —le aseguró Josh con fastidio—. En otro momento, juro que me habría

encantado todo esta lucha, te concedo que estoy impresionado, pero ya casi amanece y tenemos todo un jodido campo de almas por recoger.

Nyxx no respondió, se mantuvo de espaldas a la Puerta que seguía llamándole mientras luchaba con su atracción y vigilaba a los dos adversarios que había frente a él.

—Se me ha acabado la paciencia —masculló Silver antes de lanzarse al ataque.

Desarmado y con la insistente llamada de la Puerta a sus espaldas, Nyxx se las arregló para evitar las espadas de los dos guerreros, esquivó e incluso propinó algún que otro golpe, los mantuvo a distancia durante todo el tiempo que sus fuerzas le permitieron, unas fuerzas que menguaban ante la atracción de la puerta y su necesidad de luchar contra ella, muy pronto no podría continuar y un mal paso traería consigo un desenlace menos que atractivo.

Y entonces, aquel lacerante dolor que había atravesado su cuerpo y dividido su alma al anochecer, volvió a él poniéndolo de rodillas rodillas, un desgarrador grito abandonó su garganta mientras caía al suelo y se retorció como si lo estuviesen haciendo pedazos para luego volver a unirlo de mala manera y tener que empezar otra vez.

—¿Qué demonios...? —murmuró Silver viendo al hombre retorcerse en el suelo, sus alaridos le ponían la piel de gallina.

—Sagrados dioses —jadeó así mismo Josh, pero su mirada estaba puesta en cambio en la Puerta, la cual había empezado a cerrarse nuevamente sin haber reclamado el alma que tenía ante ella—. ¿Qué está pasando aquí?

—Eso me gustaría saber.

Ambos cazadores se volvieron al unísono al escuchar la voz de su señor. Con su casi metro noventa y cinco a penas era un par de centímetros más alto que los dos hombres y al igual que ellos iba ataviado con pantalones de piel y una túnica, asegurada con un cinturón, en su caso con adornos

dorados y una capa envuelta alrededor de sus anchos hombros, sus ojos de un oscuro tono violeta estaban fijos en el ser que se revolvía en agonía sobre el suelo y que había hecho que la Puerta de las Almas se hubiese cerrado.

El Señor de las Almas entrecerró los ojos y extendió la mano hacia el despojo de humanidad que había caído en el suelo a los pies de la Puerta y que solo ahora parecía empezar a encontrar alivio a lo que quisiera que lo aquejara. La sorpresa se reflejó en sus ojos cuando su poder enfocado a los dominios que regía reveló algo prácticamente imposible.

El hombre tendido a sus pies no era un alma, ya no al menos, lo que quiera que hubiese hecho *eso* a aquel pobre guerrero, lo había condenado también a un doloroso renacimiento. Acuclillándose al lado del moribundo chico, buscó su mirada solo para arrepentirse al momento de hacerlo, en aquellos ojos verdes había tanto dolor y tanta desolación como para inundar todos los océanos de la tierra.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó suavemente, recorriéndolo con la mirada.

Nyxx no contestó, en lugar de eso trató de incorporarse solo para darse cuenta que su cuerpo apenas le respondía.

—Calma, muchacho... no todos los días se vuelve de la muerte —le dijo con ironía—. Todo esto pasa factura.

—Tengo que volver... —murmuró él luchando a pesar de todo por levantarse—. Ella no puede descansar si no lo hago... tengo que volver.

Seybin le puso la mano en el hombro y lo mantuvo inmóvil sobre el suelo.

—¿Has sido tan estúpido como para contrariar a los dioses por una mujer? —le preguntó con escepticismo.

Nyxx lo miró a los ojos, algo que sorprendió realmente al dios. Había muy pocos mortales y menos inmortales aún que se atrevían a tanto.

—Los dioses pueden quedarse con sus suplicantes y sus súplicas —farfulló él—. Ninguno de ellos ha demostrado ser merecedor de las mías.

Una irónica sonrisa curvó sus labios y aferrando la mano del guerrero lo ayudó a ponerse en pie.

—Imagino que hablas con conocimiento de causa.

Nyxx no respondió, se soltó de la mano que lo ayudaba y se tambaleó intentando mantener el equilibrio, tenía que volver al lago, debía darle la despedida que se merecía y nada ni nadie evitarían que lo hiciera. Su mirada pasó del hombre que permanecía en pie a su lado, el poder que lo rodeaba era tan intenso que estaba seguro que podría destruirlo con una sola mirada. Había vivido demasiado tiempo entre los siervos de los dioses para no reconocer a uno de los Señores cuando lo tenía ante él.

—Voy a volver.

Aquello fue una declaración, no una pregunta. Seybin se cruzó de brazos y lo observó con atención.

—Por supuesto —aceptó con un leve asentimiento de cabeza—. Pero, ¿y después? ¿Has pensado que vas a hacer ahora?

Nyxx bajó la mirada, su única meta había sido vengar la muerte de Hadryna y reunirse con ella, ahora, gracias a la maldición que le había impuesto Valeska, empezaba a dudar que eso pudiera darse algún día. La mano que se posó sobre su hombro lo sobresaltó.

—Empecemos por dejar que el pasado descanse —concluyó Seybin con un ligero asentimiento de cabeza.

Las llamas consumieron lentamente la pira funeraria, Nyxx permaneció allí incluso después de que las brasas se hubiesen enfriado y todo lo que quedase fueran cenizas, sabía que no había estado solo, aquel extraño personaje se había mantenido a unos pasos por detrás, permitiéndole privacidad y haciéndole notar al mismo tiempo su compañía algo que el

guerrero agradeció en silencio.

Seybin caminó entonces hacia él, deteniéndose a su lado.

—La eternidad es demasiado extensa para pasarla en soledad —
murmuró el Dios.

Nyxx no apartó la mirada del cúmulo de cenizas.

—Quizás eso es lo único que merezco —murmuró con amargura.

Seybin le posó la mano sobre el hombro.

—Nada de lo que ha ocurrido aquí ha sido culpa tuya, Nyxxon —le
aseguró pronunciando su nombre por primera vez. Nyxx se volvió hacia él.

—Si no me hubiese cruzado en su camino, ella seguiría viva —
argumentó con dolor.

Seybin apretó su hombro y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Eso nunca lo sabrás realmente —le aseguró al tiempo que daba
media vuelta para marcharse—. Vamos, tengo un trabajo para ti.

Nyxx lo miró mientras se alejaba.

—¿Quién dice que estoy interesado en un trabajo?

La risa del hombre hizo eco en el solitario paraje.

—Necesitas dejar salir toda la rabia que tienes dentro chico, pero
también necesitas mantenerte alejado de los humanos, ya no eres uno de ellos
—le aseguró Seybin sin volverse.

Nyxx iba a responder a eso, pero se quedó callado. En realidad, ahora
ya no sabía lo que era.

—¿Y qué se supone que soy si no? —no pudo evitar preguntar.

Seybin le lanzó una mirada por encima del hombro y esbozó una irónica
sonrisa.

—Mi nuevo Cazador de Almas.

CAPÍTULO 1

En el Presente

Nueva York.

Le encantaba correr, sentir el viento acariciando su pelo, la dura y firme tierra sirviendo de apoyo a sus poderosas patas, la tranquilidad de la noche envuelta en sonidos que nunca antes había apreciado y que ahora resultaba un bálsamo para el intenso remolino de emociones que se encontraban en su interior, ecos del pasado que no hacían sino traer dolor a su presente.

Bufó y descubrió los dientes en un profundo gruñido al tiempo que incrementaba la velocidad serpenteando entre los árboles del parque más famoso de Nueva York, el único espacio de libertad que había para alguien como él en aquella enorme ciudad. Saltó limpiamente por encima de la valla asustando a las dormidas aves y derrapó haciendo un giro brusco, su cola giró en un remolino antes de que sus patas traseras lo impulsaran de nuevo en otra dirección. Esa noche era pura adrenalina, los sucesos de los últimos días lo habían llevado al extremo, pero no era nada comparado a la obsesión que había crecido en su interior desde el momento en que posó la vista sobre aquella pequeña humana. Su olor estaba impreso a fuego en su cerebro, la extraña cadencia con la que pronunciaba las palabras, la forma en que lo había mirado, como si él fuera el mayor estúpido del planeta... Demonios, ¿por qué no podía olvidarse de ella?

La había conocido bajo circunstancias inusuales, por lo general no

paraba mucho por aquella ciudad. Manhattan era un poco demasiado ruidosa para su gusto, con demasiada gente y pocos espacios naturales en los que poder dar rienda suelta a su lobo interior cuando así lo necesitaba, de hecho, ni siquiera estaría aquí ahora de no ser por la pequeña alma de Eidryen. Dryah había despertado después de un largo sueño para encontrarse que todo lo que conocía ya no existía y que tenía entre sus manos uno de los poderes más grandes e inestables del universo, era imposible abandonarla, dejarla sola, él mejor que nadie sabía lo solo y perdido que podía encontrarse alguien cuando todo tu pasado moría en un abrir y cerrar de ojos. Afortunadamente, las cosas para la pequeña rubia habían salido bien y sabía que su compañero se encargaría de mantenerla alejada de cualquier problema; El Juez no permitiría que ella se pusiera nuevamente en peligro, no cuando casi la había perdido ante la Puerta de las Almas. El hombre amaba realmente a la muchacha y eso estaba bien para Nyxx, después de mucho tiempo podría dejar su custodia en manos capaces.

Lluvia, en cambio, era un problema que solo le correspondía a él, uno para el que todavía no había encontrado solución. Sus caminos se cruzaron por azar, había estado hablando con Dryah por teléfono cuando nada más colgar su preternatural oído captó el estruendo de los neumáticos rechinando sobre el pavimento instantes antes de que el coche doblara la esquina con un derrape y se precipitara hacia el paso de peatones que parpadeaba anunciando el final de su tiempo de tránsito. Entonces, aquel agradable aroma a flores y té verde lo había golpeado con la fuerza de un huracán y sus ojos solo tuvieron tiempo de captar el vislumbre de una coleta de pelo castaño que poseía la mujer que apuraba el paso cuando el semáforo cambiaba ya a rojo para los peatones. El largo pelo liso caía a su espalda balanceándose al compás de sus pasos pero parecía completamente ajena al alboroto que se había formado ante el sonido cada vez más cercano de la goma de los neumáticos derrapando sobre el

suelo.

Ni siquiera lo pensó, en un instante oía el coche y al siguiente estaba golpeándose contra el adoquín de la acera contraria y clavándose el delicado codo de ella en el estómago.

—¿Estás bien? —le preguntó entonces al tiempo que bajaba la mirada hacia el frágil y menudo cuerpo que acunaba contra sí. La chica ni siquiera se movía, su mirada felina se había clavado en su rostro mirándole como si le hubiesen crecido dos cabezas. Aquello solo consiguió enfurecerlo. ¡Podrían haberla matado!—. ¿Es que no eres capaz de mirar el semáforo antes de cruzar? Ese maldito conductor casi te pasa por encima. ¿No oíste como rechinaban las ruedas sobre el asfalto?

Dos de los transeúntes se acercaron rápidamente a ellos a ofrecer su ayuda.

—¿Estáis bien, chicos? —se agachó un hombre de traje, con un maletín en una de las manos y un móvil en la otra.

—Eso ha estado cerca —murmuró su compañera—. Ya han llamado a la policía, hemos anotado la matrícula.

—Estamos bien —gruñó él poniéndose en pie y llevándose a la chica en el proceso.

La multitud empezaba a juntarse a su alrededor y aquello era algo que no soportaba, las aglomeraciones de gente nunca le habían gustado demasiado, y por la manera en que se ella se tensó contra él y su nervioso gesto, supuso que a ella tampoco.

Nyxx la empujó apartándola con él, haciendo una mueca ante el dolor que le recorría ahora la cadera y la parte superior del hombro, la estúpidez iba a salirle cara. Ella había pasado de mirarlo a él a observar a la gente a su alrededor al tiempo que se llevaba la mano al oído y se giraba en redondo, dejando los brazos masculinos para alejarse con la mirada puesta en el suelo,

empujando y abriéndose paso entre la gente de regreso al paso de peatones. Nyxx frunció el ceño y la siguió con la mirada cuando ella echó un rápido vistazo a ambos lados de la calzada y se aventuró de nuevo a cruzar con la mirada puesta en el suelo, como si buscara algo.

—¿Pero qué pasa contigo? —Tomándola por la muñeca, la obligó a abandonar la calle donde empezaba a reanudarse el tráfico, y volver de nuevo a la acera—. Está en rojo.

Ella se sobresaltó ante su contacto, volviéndose con mirada asustada hacia él y empezando a luchar contra su agarre.

—No... tengo que recuperarlo, lo necesito —le dijo al tiempo que se llevaba la mano al cuello, su manera de pronunciar las palabras era lenta, suave y precisa, como si se cortaran. Ella intentó soltarse y volver hacia el paso de peatones, estirando el brazo de forma desesperada—. Allí.

—De eso nada, nena —la sujetó con fuerza, impidiendo que saltara al tráfico—. Ya me llega con mi trabajo, no necesito atender a suicidas.

Un pequeño crash llamó la atención de su fino oído, al mismo tiempo que ella se quedaba repentinamente quieta con la vista fija en la calzada. Uno de los vehículos acababa de pasar por encima de un pequeño objeto blanco, destrozándolo. Ella dejó escapar entonces un angustiado gemido antes de volverse contra él y pegarle una patada en la espinilla. Nyxx se encontró saltando sobre su pierna derecha mientras ella le lanzaba insultos y le pegaba con sus pequeños puños, hablando entre jadeos, cortando las palabras como si fuera incapaz de articularlas en su alterado estado.

—Estúpido... era nuevo... está roto —le increpaba señalando la calzada—. Mira lo que has hecho.

Le llevó un momento alejarse de ella y maniobrar para detener sus patadas y puñetazos, tan menuda como era, tenía una puntería certera.

—Estate quieta, maldita sea. —La detuvo girándola para cogerla desde

atrás y detener sus movimientos al pegarla contra su cuerpo. El dulce aroma de flores y té verde que la envolvía impactó nuevamente en sus sentidos y le hizo repentinamente consciente de cada curva de su cuerpo y la redondez de su trasero frotándose contra él. Pegando la boca a su oído, le habló—. No está nada bien pegarle a la persona que acaba de salvar ese pequeño culito de acabar bajo las ruedas de un coche, tesoro. ¿Dónde está tu gratitud?

La chica continuaba retorciéndose en sus brazos haciendo feliz a cierta parte de su anatomía que empezó a responder a sus frotamientos. Con un chillido la chica se zafó de su agarre y se volvió a mirarle, sus ojos echando chispas un instante antes de bajar la mirada a la entrepierna de Nyxx y ruborizarse.

—N... no vuelvas a poner...tus manos encima... de mí —lo amenazó con un dedo.

Se tomó un momento para contemplarla. Era unos cuantos centímetros más baja que él, bastante, en realidad ya que su cabeza apenas le llegaba a los hombros y tenía unas pocas pecas salpicándole el puente de la nariz, unos almendrados ojos de un suave marrón con motitas doradas le miraban bajo unas perfectas cejas con la misma amenaza que había contenido su voz. Era menuda y bastante corriente pero a pesar de todo había algo en ella que despertaba sus instintos protectores.

—Quizás debería dejar que te lances de nuevo a la carretera para terminar bajo las ruedas de otro coche —le dijo con tono indiferente, ocultando su verdadero escrutinio. Los ojos de la chica estaban clavados en sus labios, algo que parecía contribuir en gran medida a aumentar su atracción por ella. ¿Qué demonios le pasaba? Estaba actuando como un lobo en celo. La mirada de ella se estrechó, sus labios se afinaron más hasta ser una delgada línea a medida que él hablaba—. Ya que no tienes la suficiente sesera y ya no digamos oído para escuchar que te advierten de un accidente. Qué pasa

contigo, ¿no viste que se te echaba un coche encima?

—El... semáforo estaba todavía en... ver... verde para los peatones — respondió ella, sus ojos empezando a echar chispas—. Y el único idiota aquí eres tú, que te crees... con derecho... a juzgar a la gente. No, no oí el coche... —le dijo al tiempo que se llevaba la mano a la garganta para finalmente señalar hacia la carretera con la otra—. Sin eso no oigo nada. Soy sorda.

Nyxx abrió la boca para responder, pero las palabras se le atascaron en la garganta cuando las implicaciones de lo que ella decía penetraron más allá en su saturada mente.

Ella no podía oír. Era sorda.

Nyxx dejó escapar un bajo bufido mientras recordaba el episodio ocurrido dos semanas atrás, después de su metedura de pata no podía haber hecho más que prestarle el móvil, ya que el de ella se había estropeado. Todavía conservaba el número con el que ella se comunicó, el único que le permitió conocer su nombre y saber más sobre su identidad. Sin apenas darse cuenta, había descuidado su trabajo para estar pendiente de esa muchacha, de Lluvia. Localizó su hogar, conocía su lugar de trabajo, sus horarios, el saberla segura se había convertido en una reciente obsesión que no tenía ni pies ni cabeza, si ella llegase a descubrir que conocía incluso el lugar en el que trabajaba sin duda lo tomaría por un acosador y llamaría a la policía... o a la perrera.

Un potente aullido emergió entonces de su garganta incapaz de contenerlo, ya se preocuparía después de los de control de animales, ahora necesitaba liberar toda la tensión que había acumulado esas dos últimas semanas. Sus potentes patas derraparon nuevamente deteniéndose en seco, el olor del agua era fuerte en aquella zona, pero hoy no estaba de humor para nadar, sus pasos se hicieron más sigilosos, sus almohadilladas patas no

dejaban huella sobre el césped, un coro de ladridos empezó a oírse a lo lejos haciendo eco a su anterior llamado, aquello despistaría a los perreros en caso de que lo hubieran oído.

Aquellos paseos nocturnos habían empezado a hacerse más frecuentes durante la última semana pero sabía que debían acabar, era demasiado peligroso y no estaba dispuesto a terminar en una perrera, con una placa al cuello y compartiendo celda con esos tontos chuchos llenos de pulgas, pero se hacía cada vez más difícil no sucumbir a aquella parte de su maldición.

Con un gracioso salto se encaramó a un par de rocas y bajó el hocico hacia el agua, incluso tan oscura como estaba la noche, su visión era perfecta al igual que su oído. Sus orejas se movieron espasmódicamente mientras observaba captando hasta el más diminuto ruido, sus rasgos lobunos se reflejaban en el agua, apenas iluminados por la tenue claridad que mandaban sobre esa parte del lago las farolas encendidas del sendero principal.

Sabía exactamente como se veía en su forma lobuna, uno de los regalos que venían con su maldición, no había sido solo su alma la que había cambiado aquella fatídica noche, también lo había hecho su vida, pero el lobo era parte de él. Su pelaje largo y espeso de un profundo color tostado, ni negro, ni marrón, con varias tonalidades más blanquecinas entrelazadas a lo largo de su lomo, su nariz era un mojado botón negro que lamió con su larga y rosada lengua, una fila de impresionantes colmillos recorrían su boca quedando expuestos en una poderosa amenaza siempre que lo necesitaba. A todos efectos en esa forma se veía como un lobo de la estepa, un can con la fiereza propia de su especie.

Gimoteando se dejó caer sobre la roca, su enorme cabeza descansando sobre una de sus patas. Debía olvidarse de ella, hacer a un lado la atracción que le producía su olor y dejarla seguir su camino, después de todo, nada bueno podría salir de la relación entre una humana y un Cazador de Almas

atado a una maldición.

—¿Qué opinión te merecen los animales?

Lluvia levantó la mirada del centro floral que estaba arreglando y se volvió hacia la parte interior de la tienda donde su jefa y mejor amiga observaba las cartas del tarot que había dispuesto sobre un tapete de color verde. Isabel era una de esas personas capaces de vislumbrar el futuro de alguien por medio de aquellos cartones, no se trataba solo de su título de psicología, había un aire místico a su alrededor, posiblemente heredado por la sangre de sus ancestros Gypsy. Una romaní de la era moderna, así era como se describía a sí misma.

Su mirada cayó nuevamente sobre las cartas expuestas sobre la mesa y se encogió de hombros.

—Me gustan los animales —respondió ella con suavidad, modulando las palabras como le había enseñado el pedagogo hacía ya demasiados años. Su sordera entonces había sido solamente parcial, pero con el paso del tiempo se había ido agudizando sin que el tratamiento pudiese hacer nada para evitarlo, sabía que era cuestión de tiempo que el audífono que llevaba en su oído derecho, el único que todavía le permitía recoger un mínimo de sonido, se volviese también inservible y su mundo quedara completamente en silencio —. ¿Por qué? ¿Voy a encontrarme un gatito o un perrito abandonado y me lo llevaré a casa?

La mujer levantó la mirada de sus cartas y le dedicó una mueca irónica.

—Las cartas no necesitan decirme algo que harías de todas formas —le aseguró la mujer con un fuerte acento español antes de volver a bajar la mirada a la tirada sobre la mesa y señalarla con un movimiento de su mano—. He repetido la tirada tres veces, algo que no debería hacerse, pero, las tres veces me han salido las tres mismas cartas... el hombre oculto... la furia de un

animal... y secretos.

Lluvia se encogió ligeramente de hombros.

—Si el animal está rabioso, creo que no lo llevaré a casa —le dijo con una divertida sonrisa antes de recoger otra rosa blanca del montón y empezar a quitarle las espinas.

Hubo un dudoso murmullo procedente de la mujer que Lluvia no llegó a oír.

—No creo que se trate de un animal propiamente dicho... aunque eso es lo que dice aquí —murmuró la mujer más para sí misma que para ella—. El hombre oculto... ¿Podría ser aquel sexy y misterioso tipo que te apartó de aquel coche que casi te arrolla?

Isabel alzó la mirada hacia la chica, la cual estaba de espaldas y parecía no ser consciente de que le estaba hablando.

—¿Lluvia? —la llamó de nuevo, subiendo el tono de su voz.

La chica no respondió y la mujer hizo una profunda mueca. Aquel audífono que llevaba ya le había dado problemas antes de que pudiera reunir el dinero suficiente para comprarse el que había estado utilizando hasta el desafortunado incidente.

—Lluvia, cariño —volvió a llamarla golpeando ligeramente con los nudillos en la mesa, pero siguió sin obtener respuesta.

Un suspiro de lamento escapó entre sus labios mientras observaba con pena a la chica quien seguía trabajando en el nuevo bouquet de flores, era injusto que un corazón tan tierno y bondadoso sufriera de tan despiadada enfermedad.

—¿Crees que debería ir a la Protectora de animales y adoptar un gato? —comentó entonces Lluvia dándose la vuelta—. No sé si podría adoptar un perro, aunque ahora que lo pienso, tampoco es tan buena idea, ni siquiera sé si voy a tener todavía un techo sobre mi cabeza.

Isabel se pasó al lenguaje de signos a medida que hablaba.

—¿Todavía no os han dicho si podéis volver al edificio?

Lluvia se llevó la mano al oído al ver como Isabel movía los labios pero no escuchaba sonido alguno saliendo de su boca, como apenas había escuchado su propia voz. Haciendo una mueca, se quitó el aparatito y le dio un par de golpecitos con una uña.

—Odio esta cosa, no consigo que funcione más de cinco minutos seguidos —farfulló con voz entrecortada, costándole más articular las palabras cuando se ponía nerviosa—. Si aquel idiota me hubiese dejado recuperar mi audífono nuevo no tendría que recurrir a est... esto.

Isabel dejó su lugar tras la mesa y se acercó a Lluvia, tomándola de los brazos y conduciéndola a sentarse en el taburete que había junto al mostrador. Tomó su aparato y lo dejó a un lado, obligándola a levantar la mirada antes de hablarle usando el lenguaje de signos americano.

—Siéntate y respira profundamente —le dijo por medio de señas mientras hablaba—. Llevaremos el audífono al taller para que le hagan una revisión, ¿De acuerdo?

Lluvia respiró profundamente y dejó escapar el aire antes de asentir.

—De acuerdo —aceptó con un suspiro para luego mirar las flores que había estado arreglando.

Isabel le tocó la mano para llamar su atención.

—Todo va a salir bien —le aseguró formando las palabras con suavidad para que pudiera leerle los labios.

Lluvia sonrió a su pesar y negó con la cabeza.

—Nos han dado dos semanas para buscar otro lugar donde alojarnos — se concentró en decir Lluvia, ayudándose de los signos—. El dueño hace tiempo que quería deshacerse del edificio por lo antiguo que es, el incendio en el piso de la Señorita Bigum y el reporte de los bomberos han precipitado las

cosas.

La mujer asintió y apretó el brazo de la chica con suavidad.

—Sabes que puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras —le aseguró buscando su mirada—. Tanto como quieras.

Lluvia sonrió y llevó una mano al rostro impecable de su amiga. Para estar cerca de los cincuenta la mujer poseía un cutis perfecto y una figura que sería la envidia de cualquier veinteañera. Su ascendencia romaní le daba a su piel un tono más oscuro, casi bronceado, que solo la hacía más atractiva. Pero más allá del exterior, era el profundo fondo de Isabel lo que hacía de ella una mujer realmente hermosa y sabia, ella había tomado a Lluvia bajo su ala hacía ya varios años y además de trabajo le había dado la amistad y la compañía que siempre había faltado en su solitaria vida.

—Te lo agradezco, Isa, pero no puedo estar dependiendo de ti eternamente —aseguró volviendo a coger el audífono entre las manos para sacudirlo nuevamente y llevárselo al oído derecho—. Tú necesitas también tu espacio.

—Oh, tengo espacio de sobra, *chaví* [!!!](#)—aseguró con desenfado—. Y me gusta tener compañía.

Ella sonrió y señaló sus cartas.

—Te gusta tener alguien sobre la que poder hacer tus predicciones.

—Eso también —le aseguró con una amplia sonrisa—. Tenemos que descubrir quién es ese hombre oculto y cuáles son esos secretos.

Lluvia sonrió a pesar de sí misma.

—Me temo que no hay ningún hombre, ni oculto ni otra cosa en mi vida —comentó con un suspiro al tiempo que se llevaba la mano al oído para regular el volumen y asentir satisfecha—. Ya vuelvo a oírme... en parte.

—De todas formas, quiero que vayas al taller y que Joan le eche un vistazo —insistió la mujer sabiendo que Lluvia pospondría la visita—. Te lo

devolverá en poco tiempo.

—Lo haré —prometió alzando su mano izquierda mientras se llevaba la derecha al corazón—. Prometido.

—No se rompe una promesa a una romaní —le recordó con la misma seriedad con la que trataba todas las costumbres de su antiguo pueblo—. Así que nunca nos des tu palabra a la ligera.

Asintió lentamente, sabiendo lo profundamente arraigadas que eran las creencias de Isabel.

—Nunca haría una promesa si no supiera que puedo cumplirla —le aseguró volviendo la mirada hacia las cartas antes de volverse de nuevo hacia la mujer—. ¿Qué hay sobre el animal? ¿Debería adoptar un gato?

La mujer se echó a reír y negó con la cabeza.

—Creo que te iría mucho mejor con un perro —rió con su buen humor de siempre—. De todas formas, más que un animal, deberías conseguirte un hombre.

Lluvia puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Otra vez con eso no, por favor —se quejó de forma lastimera. Odiaba que la gente sacase ese tema, ¿acaso era culpa suya que a sus veintinueve años no estuviese saliendo con alguien? Si ya de por sí su timidez era impedimento para hacer amistad, ni hablar de su pequeño problema, la cual la hacía sentirse incluso más insegura de sí misma y sus capacidades—. Vas a conseguir que me deprima antes de alcanzar los treinta.

—¿Qué hay de ese muchacho, el chico sexy y oscuro que evitó que te atropellasen? —continuó la mujer con un brillo divertido en sus ojos. A Isabel se le daba muy bien ignorar aquello que no le interesaba para seguir con lo que sí entraba en sus intereses—. Él podría ser el hombre oculto que muestran las cartas.

Lluvia resopló.

—Realmente espero que no —aseguró con un bajo bufido—. Era un auténtico capullo. Se puso a gritarme y yo ni siquiera podía oírle. Él fue el único culpable de que no pudiese recoger mi audífono, sé que me daba tiempo a recogerlo. Y yo no dije que fuera sexy.

—No hacía falta, estaba más que claro que su presencia te impactó lo suficiente para que aún ahora, dos semanas después de aquello lo recuerdes —le aseguró la mujer a modo de recordatorio—. Estabas impactada cuando fui a recogerte.

—Estaba impactada por que casi acabo bajo las ruedas de un coche, Isa —le recordó—. Eso de por sí, impacta.

La mujer chasqueó la lengua y su mirada se iluminó cuando una repentina idea impactó en su mente.

—Creo que todavía tengo el mensaje que me enviaste —aseguró poniéndose en pie, para volver a la mesa, donde tenía el bolso colgado en una silla. Tras hurgar en su interior sacó el teléfono—. Si es así, tendremos su número de teléfono. Deberías llamarle para darle apropiadamente las gracias.

Lluvia le dedicó una mirada irónica.

—Sí, claro. Dos semanas después —sacudió la cabeza—. Seguramente ni siquiera se acuerde de mí, parecía la clase de hombre que tendría cincuenta mujeres en su agenda, una para cada hora del día y aún le quedarían de reserva.

—Deberías ser un poco más aventurera, Lluvia —le aconsejó Isabel volviendo a guardar el teléfono en el bolso para alivio de la chica—. La vida es muy corta y hay que aprovechar cada minuto.

Lluvia asintió y se volvió hacia las flores que esperaban por su arreglo sobre el mostrador.

—Precisamente, y este centro tiene una vida mucho más corta todavía, y van a pasar a recogerlo a primera hora de la tarde —le recordó—. Así que,

mejor será que vuelva a mi trabajo.

Isabel puso los ojos en blanco y volvió a sentarse para empezar a recoger las cartas que había dispuesto sobre el tapete.

—Si las flores tuviesen voz, se pondrían a cantar alabanzas en tu honor —dijo con una ligera sonrisa.

—Bueno, sin duda, sería algo por lo que pagarían por ver y podríamos tener más ingresos —se rió ella—. Pasen y vean las flores cantarinas. Son 5 dólares la entrada.

—Que sean diez, tendríamos que pagar a los de mensajería para que nos las trajesen —se unió a sus risas.

—¡Mensajería! —exclamó llevándose la base de la palma de la mano contra la frente—. Casi lo olvido. Esta tarde deberían traernos el ramo de novia que encargaron la semana pasada, no te olvides de meterlo en la cámara tan pronto llegue.

—¿Tienes clase esta tarde? —Isabel unió de nuevo el mazo de cartas y tras hacer una señal con la mano empezó a envolverlas en un pañuelo de seda púrpura.

Lluvia asintió clavando suavemente el tallo de la rosa en la esponja húmeda para las flores.

—Y no puedo faltar —aseguró volviéndose hacia atrás para mirar a su amiga—. Va a venir un conocido paisajista a dar una charla y parece de lo más interesante. Además, necesito el nuevo temario, voy a dejarme un buen pico en fotocopias, pero no hay de otra, a la velocidad que habla ese hombre, soy incapaz de seguirle los labios, y esto —señaló el aparato en su oído derecho—, necesitaría un aumento del tamaño de los receptores de la NASA para poder alcanzar la voz del hombre.

Isabel sonrió en respuesta y le recordó.

—Llévaselo a Joan, que te lo ponga a punto —insistió al tiempo que

comprobaba el reloj de pulsera—. De hecho, podrías llevárselo ya mismo. Después puedes pasarte por la papelería para que te den las nuevas tarjetas, Dana llamó ayer tarde avisando que ya estaban.

—De acuerdo —aceptó tomando otra de las rosas y acercándola para aspirar su dulce aroma—. Le dejaré a Joan el audífono para que lo revise y mientras me acercaré a la papelería a recoger las tarjetas.

—Tráeme un paquete de chicles de paso —pidió haciendo una mueca mientras sacaba el último de su bolso—. El dejar de fumar es realmente un asco.

—No haber empezado —le dijo con diversión.

Isabel le dedicó una mueca irónica y sacó una tarjetita del monedero.

—Comprueba que las han dejado tal y como le indicamos, si tenemos que devolverlas otra vez, juro que las haré yo misma y a mano —refunfuñó tendiéndole la tarjeta con el logo de la tienda y el nombre.

Lluvia tomó la tarjeta y la deslizó en el bolsillo de sus vaqueros por debajo del mandilón.

—No te preocupes, estarán bien —la tranquilizó comprobando el resultado final de su trabajo—. Listo. En diez minutos o así humedece un poco más la esponja, aguantarán perfectamente hasta que vengán a buscarlo.

La mujer observó detenidamente el bouquet y sonrió orgullosa.

—Cuando te dije que tenías talento, no podía imaginarme lo mucho que ibas a mejorar —aseguró dedicándole una tierna sonrisa—. Serás una paisajista fantástica.

—Gracias —sonrió Lluvia, alagada por sus palabras. Esperaba que la mujer tuviese razón y pudiese conseguir la titulación que tanto esfuerzo le estaba costando obtener. Amaba las plantas, sentía una afinidad por las flores y la naturaleza que iba más allá del entendimiento humano, entre los árboles y las plantas se sentía feliz, completa, motivo por el que solía pasar todo el

tiempo que podía entre ellos. Quitándose el mandilón, lo colgó en un gancho de la trastienda y recuperó su chaqueta y bolso. Para estar a mediados de Octubre, el tiempo había empezado a enfriar ya, los días se hacían más cortos y la noche caía antes sobre la ciudad—. Te veré en un rato.

—Acuérdate de mis chicles —pidió la mujer acercándose a ella para hacerle una seña sobre la frente, algo cotidiano en ella—. *Zhan le Devlesa tai sastimasa*^[2].

—Descuida —la besó en la mejilla y por último se puso el gorro que cubría su larga melena castaña, la cual llevaba suelta antes de salir por la puerta bajo el tintineo de la campanita.

Se sentía desnuda sin el audífono, por muy mal que funcionase, era la única ventana que tenía para relacionarse con el mundo que la rodeaba, sin ello, el sonido no existía. Era tan extraño moverse a través de una ciudad que sabía ruidosa, caminar entre la gente que abarrotaba las calles sin oír ni un solo sonido, todo su mundo había enmudecido por completo y sabía que aunque de vez en cuando le llegaban pequeños pitidos, o murmullos, aquella era toda la audición que disponía y que iría mermando hasta que ni siquiera aquel indispensable aparatito pudiese hacer nada por ella.

Se había pasado gran parte de su vida de un especialista a otro, su padre se había encargado de ello antes de que Lluvia fuese suficientemente adulta para entender su enfermedad y que ni todos los especialistas del mundo podrían hacer nada para revertir el proceso que había empezado con el brote de meningitis que había padecido de niña y que repercutió en su audición.

Su padre, pensó con sorna, un eminente psiquiatra al que hacía más de seis años que no veía, ya ni mencionar el hablar con él, un padre que se limitaba a enviarle una postal por navidad o su cumpleaños mientras vivía su vida en *Ámsterdam*, con su nueva esposa. Lluvia ni siquiera conocía a su

madrastra, había perdido a su madre a los seis años por un inesperado golpe del destino y su padre había vuelto a casarse apenas tres años después pero ella nunca había formado parte de la vida de su progenitor, no realmente. Su infancia, su adolescencia, todo lo que podía recordar eran habitaciones y uniformes de internados, sus vacaciones se habían limitado a campamentos de verano y durante todo ese tiempo, lo más cerca que había estado el eminente Doctor en Psiquiatría Albert Naleri de su única hija, había sido cuando había contraído la enfermedad que la dejó sorda. Su extraña y creciente dolencia fue más un motivo de estudio para sus colegas médicos que la preocupación propia de un padre hacia su hija. Cuando cumplió los veintiún años y recibió la primera de aquellas extrañas cartas, Lluvia decidió poner fin a su peregrinaje y se instaló definitivamente en Nueva York, la ciudad en la que había nacido y vivió con su madre. Su padre había pasado entonces a ser la figura inexistente en la que se había convertido a día de hoy.

—Buenos días, Lluvia —la saludó una mujer pequeña y regordeta, con fuerte acento sureño que regentaba la copistería en la que Isabel había encargado las tarjetas.

—Hola Dana —respondió con una sonrisa, y mantuvo la mirada disimuladamente en el rostro de la mujer—. Venía a por las tarjetas de la tienda, Isabel está deseosa de tenerlas ya en sus manos.

—Lo supongo —rió la mujer buscando entre una serie de artículos bajo el mostrador hasta encontrar lo que necesitaba—. Llegaron ayer a primera hora de la tarde, le mandé aviso tan pronto las tuve aquí y comprobé que eran correctas.

Lluvia cogió el paquetito y sacó una de las tarjetas para comprobar que estuviese bien el nombre, los datos y el logo tal y como Isabel había insistido en que saliesen. Después de pasar dos veces por imprenta, modificación tras modificación, si ahora no estaban a su gusto, Dana iba a tener que despedirse

de un cliente.

—Sí, ella me lo dijo —dijo mirando a la mujer por si le decía algo, ya que no podía oírlo. Finalmente volvió a comprobar las tarjetas y asintió satisfecha—. Están perfectas.

La dependienta asintió y dejó escapar disimuladamente un suspiro. Luvia sonrió para sí ante el gesto y recogió las tarjetas y la factura.

—Mañana me pasaré para liquidar los pagos de este mes —le comunicó al tiempo que guardaba la factura y metía las tarjetas en el bolsillo de la chaqueta.

—No hay prisa, querida —aseguró la mujer acompañándola a la puerta—. Salúdame a Isabel.

—Lo haré —asintió despidiéndose de la mujer.

Consultó su reloj y suspiró, todavía tenía dos horas antes de poder ir a recuperar su audífono, dos largas horas que no estaba dispuesta a perder callejeando y que serían más productivas en la tienda. Siempre podría pasarse a recuperar su aparato cuando saliese del trabajo. Con esa idea en mente se dirigió al quiosco de la esquina donde compró la tableta de chicles que Isa le había pedido, el sustituto de la cajetilla de tabaco.

No había terminado de guardar las cosas en el bolso cuando se tropezó con un jovencito y antes de que pudiera hacer nada para evitarlo, el niño le arrancó el bolso de un fuerte tirón y salió corriendo a través de la calle.

—¡Oye! —jadeó, mirando sorprendida como se llevaba su bolso—. ¡Ese es mi bolso! Maldita sea —murmuró antes de salir corriendo detrás del mocoso.

El dolor de cabeza que rondaba a Nyxx aquella mañana no tenía nada que ver con su paseo nocturno, o quizás sí, el darle esquinazo a los chicos de control de animales había sido más tedioso que de costumbre, a estas alturas

estaba por apostar que en la oficina de la asociación había un enorme cartel con su foto y la leyenda de “Se Busca Vivo o Muerto”. Los muy idiotas habían pasado de utilizar dardos tranquilizantes y diferentes drogas a aparatos eléctricos que no hacían sino aturdirlo y provocarle un enorme dolor de cabeza a juego con su mal humor. Se apartó la coleta que le caía sobre el hombro a un lado y suspiró profundamente observando las calles que se extendían ante él. Cualquiera que lo viese solo encontraría un hombre de alrededor de los treinta, vestido con unos gastados vaqueros, unas botas militares y una chaqueta color verde caqui con varios bolsillos y chapas que cubrían un fuerte y ancho pecho cuya camiseta negra moldeaba hasta revelar los marcados abdominales. Un hombre cualquiera si no te fijabas en su más de metro noventa de altura, el largo pelo rubio revuelto con mechones mucho más oscuros, tirando a castaños y la mirada mortal en sus ojos verdes.

Sabía exactamente como se veía y no tenía intención de disimular su presencia, la vida le había enseñado de la manera difícil lo inútil que era tratar de encajar en una sociedad en la que siempre sería rechazado, hiciese lo que hiciese, en el pasado intentando pasar por alguien que no era, no iba a volver a cometer ese error.

Sacando una moneda del bolsillo se detuvo ante el surtidor de periódicos y sacó la prensa del día. Un extraño hábito que había adquirido era ir directamente a la sección de esquelas, donde podía hacer un rápido barrido de las almas que habían pasado recientemente al otro lado y entre las cuales podía haber alguna rebelde que necesitara de un pequeño empujoncito para ir por el camino correcto. Repasó rápidamente las tres páginas de esquelas y volvió a doblar el periódico antes de reanudar su camino.

Apenas dio un par de pasos cuando un chico de unos diez años chocó con fuerza contra él, sus ojos claros se abrieron desmesuradamente con sorpresa al verlo antes de volver a mirar a su espalda y recoger el bolso de

mujer que llevaba en las manos con intención de reanudar su carrera. Él no sentía ningún interés por detener al pequeño ratero, era obvio que el bolso había sido robado a alguna mujer incauta como tan a menudo se daba por aquellas atestadas calles, si había sido tan tonta como para descuidarse hasta el punto de que le robaran el bolso, bien merecido se lo tenía.

Tomó el periódico que había resbalado al suelo con el golpe y frunció el ceño cuando un conocido aroma alcanzó su sensible olfato y lo clavó en el lugar. Él conocía aquel aroma a té verde y flores naturales, ese olor había quedado impreso a fuego en su memoria haciendo que lo reconociera en cualquier lugar. Nyxx volvió la mirada hacia el chico que huía sorteando a la gente y se giró entonces en la dirección que había estado observado el pequeño ratero con obvia ansiedad. Su corazón se detuvo cuando vio a una menuda y jadeante muchacha de largo pelo castaño sujeto por un gorro de lana corriendo en su dirección, balbuceando alguna cosa entre jadeos.

Una décima de segundo fue todo lo que necesitó el cazador en él para encajar las piezas en su sitio y salir en post del pequeño ladronzuelo que ya se escurría por uno de los numerosos callejones de la ciudad. El chiquillo frenó con un seco tirón cuando se vio sujeto por la capucha de su sudadera, una rápida mirada hacia arriba lo hizo palidecer hasta el punto de que sus ojos fueron lo único que veías en su cara junto con sus balbuceantes labios.

—Creo que un bolso más masculino te iría mejor que esto —le aseguró Nyxx con su peculiar y profunda voz rota cogiendo el bolso en tonos marrones y negros que simulaba el papel de un periódico de las manos del chico.

—Es... es m... mío —se las arregló para farfullar el chiquillo.

Nyxx arqueó una ceja y alzó el bolso para mirarlo.

—¿En serio? —le respondió con ironía señalando con el pulgar de la mano libre a su espalda—. Veamos si la señorita a quien se lo has quitado dice lo mismo.

El chico empezó a pelear entonces contra su agarre obligando a Nyxx a sujetarlo con más fuerza.

—Quieto, chico —chasqueó la lengua a modo de advertencia un instante antes de que apareciera ella.

El aroma a té verde y flores se hizo más intenso entonces hundiéndose pesadamente en el interior de Nyxx, haciendo que la mitad lobuna en su interior gimoteara de alivio, como si ella fuese lo que había estado buscando y justo ahora lo encontraba. Se giró hacia la recién llegada, quien lo miraba tan sorprendida como lo estaba él, en sus ojos pudo ver el reconocimiento, sus labios se movieron pero no pudieron hacer más que dejar escapar el aire de sus agitados pulmones. Tenía el rostro sonrojado por la carrera, sus ojos una mezcla de avellana y motas doradas pasaron de él al niño que seguía batallando por soltarse y de ahí al bolso que sujetaba en su mano enguantada.

—Creo no equivocarme al sugerir que esto pueda ser tuyo, ¿um? —comentó sin dejar de mirarla.

Ella lo había mirado directamente a los labios mientras hablaba, entonces asintió y tendió la mano para cogerlo.

—Él... robar... a mí —articuló entre jadeos, al tiempo que movía las manos interpretando unos signos—. Mi bolso.

—Eso salta a la vista, querida —aseguró él con una suave sonrisa.

Lluvia cogió el bolso y comprobó su interior mientras echaba furtivas miradas al hombre que estaba ante ella sujetando al niño que le había arrebatado el bolso delante del quiosco. Era él, el mismo que evitó que terminase siendo atropellada por aquel desquiciado que había estado haciendo carreras por la calle, podía sentir sus inquisitivos ojos verdes sobre ella mientras revolvía en el interior comprobando que tenía todo: las llaves de casa, las de la tienda, el pequeño monedero con su documentación, un par de billetes de diez dólares y su tarjeta del videoclub. El pobre crío había optado

por alguien con un botín más bien inexistente.

Suspirando con fuerza, intentando recuperar el aliento, extrajo uno de los billetes del monedero, cerró el bolso y se dirigió hacia el chico que intentaba soltarse del firme agarre del hombre. El desconocido suponía una formidable muralla entre ella misma y el niño, con apenas un metro sesenta y seis solo aumentado por los tacones de sus botines, Lluvia se sentía como una hormiga a su lado, así que, solo podía imaginarse lo que debería ser para un niño de corta edad como aquel estar ante tal coloso. Rodeando el cuerpo del hombre se dirigió hacia el chico y le tendió los diez dólares.

—No es... m...mucho lo que... ibas... —Lluvia suspiró y negó con la cabeza, debía tranquilizarse si quería hablar correctamente. No podía oírse y tan solo podía saber que las palabras abandonaban su boca por la vibración en su garganta—. Tómalos. No es... agradable pasar hambre.

El niño la miró a los ojos y después al dinero. Tan rápidamente que se sorprendió de que no quedara una estela de humo tras él, el niño tomó el dinero y se soltó de Nyxx para luego perderse entre la gente hasta desaparecer de la vista.

—Eso ha sido algo estúpido —murmuró viendo huir al niño—. Lo que no ha conseguido quitarte a ti, se lo quitará a alguien más.

Nyxx se volvió hacia ella, quien se estaba asegurando el bolso cruzándolo sobre el hombro derecho hacia la cadera izquierda, totalmente ajena a sus palabras. El aparato que la había visto llevando en su oído derecho no estaba, durante el tiempo que la había estado... ¿vigilando?... muy pocas veces la había visto sin él, y cuando lo había hecho había estado sumamente nerviosa, su mirada siempre buscando los labios o la mirada de su interlocutor, para responder con esas señas que hacía con las manos o con inestable voz al tiempo que se llevaba la mano a la garganta de cuando en cuando como si quisiera comprobar que seguía ahí.

Sin pararse a pensar posó su mano sobre su brazo haciéndola saltar, ella alzó la mirada hacia él azorada.

—Lo siento —se disculpó retirando la mano rápidamente—. ¿Te falta alguna cosa?

Ella negó con la cabeza.

—No, está todo. Gracias —asintió posando la mano sobre el bolso como si quisiera comprobar que seguía allí mientras echaba furtivas miradas a su alrededor de forma disimulada para asegurarse que no estaba sola, algo difícil en pleno callejón—. Otra vez.

Su voz era suave, con una extraña cadencia en el modular de las palabras, de todas formas, su vacilación era mucho menor que cuando se dirigió al niño.

—Ha sido un placer —aceptó mirándola directamente a la cara, sabía que ella podía leerle los labios, lo había hecho la primera vez que se habían encontrado.

Ella sonrió, pero parecía incómoda, Nyxx sentía su nerviosismo, podía olerlo.

—Yo... tengo que irme —murmuró ella con una vacilante sonrisa retrocediendo hacia la calle principal—. Esto... gracias... otra vez.

Lluvia dio un par de pasos atrás y se volvió para alejarse realmente inquieta. Aquel hombre era extraño, no sabía el por qué, pero algo en él parecía... animal... salvaje... y la hacía sentirse muy nerviosa. Vacilando, echó la mirada ligeramente hacia atrás, él se había acercado a la entrada del callejón y permanecía observándola con las manos metidas en los bolsillos, con aspecto despreocupado.

—Como si alguien pudiera tener un aspecto despreocupado con esa apariencia —musitó para sí.

Lluvia se tensó cuando lo vio esbozar una ligera sonrisa, como si la

hubiese oído. ¿Lo había dicho en un tono de voz tan alto como para que él pudiera oírla desde tal distancia? No lo creía. Volviéndose inmediatamente continuó andando, el calor había subido a sus mejillas sonrosándolas.

Sé un poco más aventurera, Lluvia.

Las palabras de Isabel se colaron en su mente seguidas por la imagen de los profundos ojos verdes de aquel desconocido y la tibia mirada que había visto en ellos cuando se habían reconocido mutuamente.

—¿Qué diablos estás haciendo, Lluvia? —se dijo a sí misma antes de respirar profundamente y dar media vuelta.

Volvió sobre sus pasos y se detuvo delante del hombre, en su rostro se adivinaba una mirada de extrañeza.

—Yo... um... Creo que la otra vez no me porté demasiado bien, me ayudaste y te pegué una patada a cambio —murmuró alzando la mirada con timidez—. Quería disculparme... y darte las gracias... por aquello. Um... ¿Aceptarías que te invitase a un café... a modo de disculpa?

Genial, ahora es cuando me lleva al callejón, me viola, me mata y tira mi cadáver en un contenedor. Pensó ella empezando a cambiar el peso de un pie a otro mientras sus dedos se movían bajo las mangas demasiado largas de su chaqueta. ¿Qué demonio se le había metido en el cuerpo? Aquello era una absoluta estupidez, estaba invitando a un completo desconocido a tomarse un café cuando era incapaz de invitar a un simple ratón a hacerle compañía. Su mirada recorrió con nerviosismo al enorme desconocido, ella apenas le llegaba a los hombros y se sentía como algo diminuto y frágil a su lado, estaba segura que una de esas enormes manos podría partir su cuello como si se tratara de una ramita.

—Llevas solo un guante —murmuró al fijarse en la suave piel del guante negro sin dedos que envolvía su mano derecha. Tan pronto las palabras salieron de su boca alzó la mirada al rostro de él. No podía ser tan tonta como

para haberlo dicho en voz alta, ¿verdad? ¿Por qué no tenía su audífono cuando realmente lo necesitaba? Mordiéndose el labio inferior apartó nuevamente la mirada—. Lo siento.

Aquella había sido una mala idea, ¿por qué tenía que escuchar a Isabel? Ella no sabía ni coquetear, sus intentos por ser amable serían interpretados como algo totalmente distinto y él la arrastraría a un oscuro callejón donde la desnudaría y la violaría para luego asesinarla y tirarla dentro de un contenedor.

Su exaltada imaginación entró al ataque lanzando la imagen de aquella mano enguantada sobre su piel, deslizándose bajo la camiseta pero no lo hacía con violencia sino con lenta premeditación, creando un sendero de fuego sobre su piel mientras una de aquellas largas y fuertes piernas se hundía entre sus muslos pegándola contra la pared y su aroma a sándalo y hombre la rodeaba mientras descendía su generosa boca sobre su cuello para susurrarle cosas calientes al oído.

¡Wow! ¡Pisa el freno, Lluvia! ¡Tendrías que estar gritando por auxilio no pidiendo a gritos que te viole! Más al punto, ¿por qué diablos lo estoy incluyendo en esa fantasía? ¡¿Y de dónde ha salido?!

No podía hacer aquello, estaba frente a un completo desconocido. Sí, la había salvado de las ruedas de un coche y acababa de devolverle su bolso pero... Um, ¿realmente olía a sándalo? Lluvia alzó la mirada solo para encontrárselo más cerca de ella, el aroma a sándalo voló nuevamente a su nariz como si quisiera confirmarle que aquello era su aroma natural.

—A lo mejor es mal momento y... —se encontró retractándose al instante.

—¿Starbucks^[3]? —sugirió él señalando la cafetería a escasos metros de donde se encontraban.

Lluvia siguió la indicación de su mano y se sintió estúpida. Allí, a

escasos cincuenta pasos había un Starbucks perfectamente grande y lleno de gente. Ella se mordió el labio mortificada y simplemente asintió.

—Sí, es... perfecto —aceptó, su mirada clavada casi en sus zapatos.

Nyxx sonrió para sí ante el azoramiento de ella, había estado realmente sorprendido al verla caminar de nuevo hacia él y soltarle abruptamente aquella invitación, así mismo había visto la vacilación en su mirada, casi podía imaginar cómo su cerebro empezaba a funcionar proponiéndole mil y una excusas por las que no debería haber hecho tal proposición y entonces, sin previo aviso ella se había quedado mirando su mano y había susurrado algo sobre el guante que la envolvía. Su rostro se sonrojó de forma adorable y su labio inferior empezó a temblar hasta que lo atrapó entre los dientes de una manera tan sensual que el lobo en su interior aulló de placer.

¿Quién era ella? ¿Por qué lo hacía reaccionar de esa forma? No había vuelto a sentir esa atracción hacia una mujer desde... no, ni siquiera con Hadryna había sentido esa necesidad de acercarse a ella y tocarla. Quizás fuera en parte por su lobo, él parecía estar tan obsesionado por la hembra que permanecía ahí en pie como él mismo. No es que hubiese permanecido célibe, los dioses sabían que había utilizado a tanta mujer como se le habían ofrecido, pero aquello siempre fue sexo, algo con lo que descargar sus más bajos instintos, siempre sexo.

Sin pararse a pensar estiró la mano hacia el largo pelo que caía sobre su pecho y lo retiró hacia atrás con una sutil caricia de sus dedos. La mirada de ella se alzó de golpe, encontrándose con la de él y para su tranquilidad le sonrió.

—No tienes nada que temer de mí —sintió la necesidad de decirle—. Nunca te haría daño.

Y por extraño que pareciera, aquello era cierto, todo en él quería protegerla.

Ella simplemente asintió.

—Soy Nyxx, por cierto —se presentó tendiéndole la mano enguantada.

Ella miró su mano y de nuevo su rostro.

—Lluvia —respondió mirando su mano antes de extender la propia—.

Sé que es un nombre extraño, significa llover en español.

—Me parece un nombre perfectamente aceptable —respondió él estrechando su mano solo para indicarle la cafetería—. ¿Vamos?

Lluvia miró su mano y luego a la cafetería, entonces asintió. ¿Qué demonios? En una cafetería no podría matarla, ¿verdad?

CAPÍTULO 2

Nyxx le dio un largo sorbo a su café con leche mientras echaba un rápido vistazo a su alrededor, por regla general huía de las aglomeraciones, se sentía incómodo, atrapado en los espacios cerrados y prefería con mucho las grandes extensiones y los pueblos más relajados y no tan bulliciosos como lo era la ciudad en la que se había visto obligado a pasar una temporada. El lobo en su interior era de su misma opinión, y los agudos instintos del can agudizaban los suyos hasta el punto de que ninguno de los dos estaba realmente cómodo entre el bullicio. Su taza rozó nuevamente el platillo cuando lo dejó sobre la mesa, la chica sentada frente a él apenas había hablado desde que se instalaron en uno de los amplios asientos que bordeaban la fila de la pared, una concesión que sabía había hecho por él, puesto que la pilló mirando las pequeñas mesas y comparándolas con su tamaño al igual que los sofás de la zona de la pared. Sus ojos color avellana se deslizaron en numerosas ocasiones hacia los lados, como si quisiera asegurarse que estaba rodeada de gente solo para subir después hacia el rostro masculino observando disimuladamente sus labios como si temiera que él hubiese hablado y ella no lo escuchara.

Nyxx extendió la mano por encima de la mesa y la tamborileó suavemente con sus dedos llamando la atención de ella. Lluvia dio un respingo ante el contacto, su mirada se alzó inmediatamente hacia él mientras todo su cuerpo se tensaba. La mano que se cerraba sobre la taza de café que estaba disfrutando se tensó incluso más sobre el asa y él solo pudo esbozar una suave

sonrisa en respuesta.

Con la mirada puesta en ella, indicó con un gesto de la mano hacia su derecha.

—Hay unas treinta personas aquí dentro, tres camareras, las dos chicas y el chaval que están tras el mostrador, dos cámaras de vigilancia y una terraza justo ahí fuera frente a una calle que a estas horas de la mañana es bastante transitada —enumeró señalando a cada uno de los que mencionaba—. Desde aquí habrá unos... tres metros hasta la puerta, el pasillo central está despejado, calculo que te llevará unos veinte segundos levantarte y atravesarlo hasta salir a la calle.

Lluvia hizo un rápido inventario de lo que había leído en sus labios y el color empezó a subir a sus mejillas cada vez con más intensidad cuando entendió lo que le sugería. Sus largos dedos volvieron a acariciarle la piel de la mano enviándole una ligera y casi imperceptible descarga eléctrica que hizo que la retirase de inmediato y le mirase entonces a la cara, una gentil sonrisa cubría sus perfectos labios mientras sus ojos reflejaban una limpia sinceridad.

—Estás perfectamente a salvo, Lluvia —le leyó los labios—. Si realmente fuera un asesino en serie, o tuviese un motivo oculto, ¿crees que habría sugerido un lugar abierto y lleno de gente a plena vista?

Ella se mordió el labio inferior mientras bajaba la mirada a su café y soltaba su fuerte agarre sobre la taza, sus manos empezaron a moverse involuntariamente acompañadas por suaves sonidos de su garganta.

Nyxx sonrió al verla utilizar el lenguaje de signos y extendió nuevamente la mano enguantada para detenerla. Era extraño que recurriera tan naturalmente a su mano derecha cuando procuraba tenerla siempre cubierta y lejos de cualquier contacto, en cambio, la suavidad de la piel de ella no hacía sino darle alivio.

—Lo siento, Lluvia, pero me temo que el lenguaje de signos americanos

todavía no está entre mis aptitudes —le informó una vez que ella alzó la mirada hacia sus labios.

El sonrojo que cubría sus mejillas aumentó aún más de color y sus ojos brillaron por la repentina vergüenza.

—Perdón —murmuró llevándose la mano a la garganta de modo que sus dedos notaran la vibración de sus cuerdas vocales al hablar—. Es la fuerza de la costumbre, no puedo oír tu voz y me cuesta controlar la mía cuando... estoy nerviosa.

Él señaló el capuchino que se había estado tomando y sonrió con indulgencia.

—¿Y la cafeína te ayuda a relajarte?

Si bien ella no podía escuchar la ironía en su voz, podía leerla en sus gestos.

—Resulta algo ilógico, pero sí —respondió encogiéndose de hombros—. El té en cambio, provoca en mí un resultado totalmente distinto.

Nyxx arqueó una de sus rubias cejas en respuesta y se reclinó contra el respaldo, su brazo izquierdo posado cómodamente sobre el respaldo.

—Tengo una amiga a la que le pasa justamente lo contrario, el café la altera y el té no le hace absolutamente nada —comentó pensativo—. Espero que su marido sea capaz de alejarla del café antes de que provoque alguna catástrofe.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué catástrofe podría provocar el café en alguien? —preguntó ella.

—Estando Dryah de por medio, me temo que una de proporciones épicas —sonrió Nyxx. Lluvia juraría haber notado cierta nostalgia en su mirada.

—¿La echas de menos a ella o sus catástrofes? —se encontró preguntándole.

Él sonrió en respuesta, sus labios se curvaron en una mueca irónica.

—Ciertamente, estoy más que agradecido de que cualquier catástrofe que pueda ocasionar ella pertenezca por entero al Juez —respondió acariciándose de forma distraída el puente de la nariz—. No espero echar de menos esa parte de ella.

—Entonces, la echas de menos a ella.

Se inclinó hacia delante.

—¿Por qué lo preguntas?

Ella se sonrojó. Ahí estaba de nuevo, metiendo la pata. Sabía que no debía sucumbir a esa parte de sí misma, difícilmente podría explicar cómo es que sabía aquello a ciencia cierta sin parecer demente. No podía decir simplemente, “Verás, es que tengo una extraña capacidad, si bien no puedo oír ni la sirena de una ambulancia, soy un bicho raro capaz de escuchar e interpretar aquello que la gente no dice. Aunque no siempre funciona, va y viene a su antojo. Estoy para siquiátrico, ¿verdad?”.

Sacudiendo la cabeza recuperó su taza de encima de la mesa y se la llevó a los labios.

—A veces extrañamos a la gente que tenemos lejos —sugirió a modo de justificación.

—Bueno, ella ya no lo está —dijo él volviendo a recostarse contra el respaldo—. Nos hemos visto bastante a menudo últimamente.

Ella solo asintió con una suave sonrisa, su mirada puesta todavía en sus labios pensando en cómo sonaría su voz.

—Tú... um... ¿Eres de aquí? —le preguntó mirándolo detenidamente—. No pareces neoyorquino.

Nyxx se miró la mano enguantada y se volvió hacia ella.

—Llevo en la Gran Manzana bastante tiempo —aceptó sin dar una respuesta exacta.

—¿Por motivos de trabajo? —sugirió intentando pensar en qué tipo de trabajo encajaría alguien como él.

—En parte —dijo llevándose su propia taza de café a los labios.

Lluvia frunció el ceño, el hombre no es que fuera muy ducho en palabras.

—¿Eres siempre tan ambiguo? —se encontró preguntándole antes de poder detenerse a sí misma.

Nyxx sonrió ampliamente y por el movimiento que detectó en su garganta, incluso podría afirmar que se estaba riendo.

—¿Y tú tan curiosa?

Ella pareció quedarse pensativa ante su pregunta y entonces frunció el ceño.

—La verdad es que no —aceptó como si estuviese confesando un grave delito—, no suelo ser muy sociable con los desconocidos... creo que tú eres una excepción.

—Eso se debe a que ya no somos desconocidos, Lluvia —declaró y le dedicó un guiño.

Ella sacudió la cabeza y sonrió a su pesar. Poco a poco se iba relajando en compañía de aquel, como él había dicho, ya no tan extraño hombre.

—Entonces, ¿no habías estado antes en Nueva York? —insistió, si había algo que él todavía no sabía, es que ella era bastante insistente.

Nyxx sonrió con indulgencia.

—Viajo bastante, motivo por el cual nunca me quedo demasiado tiempo en un mismo lugar —aceptó con la misma vaguedad que había utilizado hasta ahora—. Esta vez, sin embargo, puede que haga una excepción.

Ella arqueó sus delicadas y oscuras cejas como si esperase una respuesta a aquello, Nyxx en cambio optó por cambiar de tema.

—¿Y qué hay de ti? ¿Llevas mucho tiempo en la ciudad?

—Nací aquí —contestó volviendo la mirada hacia el exterior—. Pero he pasado gran parte de mi infancia y adolescencia en el extranjero, al final, parece inevitable volver a tus orígenes.

Él esbozó una mueca ante tal afirmación.

—No tan inevitable —murmuró más para sí que para ella.

A Lluvia no le pasó por alto el cambio en el semblante del hombre que la acompañaba, así como las palabras que había leído de sus labios.

—¿No echas de menos tu hogar? —murmuró sin ser consciente de que había hecho la pregunta en voz alta hasta que él la miró a los ojos.

Nyxx le sostuvo la mirada, sus palabras lo habían hecho recordar por primera vez en mucho tiempo el lugar que una vez consideró su hogar y nuevamente le hizo preguntarse quién era aquella mujer que tenía la facilidad de arrancar sus más enterrados recuerdos y traerlos de nuevo al presente.

—No tengo lo que se dice un hogar, como para poder echarlo de menos —murmuró sin apartar la mirada de aquellos hipnotizadores ojos—. Nací en Grecia, pero no guardo un profundo cariño por esa tierra... ni ninguna otra cosa.

Ella parpadeó un par de veces, sus delicados y llenos labios formando una “o” perfecta.

—Vaya —murmuró ella—. Eres griego. Eso sí que no me lo esperaba.

Él ladeó la cabeza y sonrió con suavidad.

—¿Te habías hecho acaso una idea sobre mí? —le preguntó, su voz sonó ronca, sensual pese a que ella no podía oírla.

Sacudió la cabeza y sonrió.

—No —respondió demasiado rápido, entonces se mordió el labio inferior y se inclinó hacia delante, uniendo sus manos sobre la mesa como si fuese a hacerle partícipe de un gran secreto—. Quiero decir, no lo hago a propósito, temo que es una mala costumbre que llevo a todos lados.

Él esperó paciente que continuara, al no hacerlo la instó a ello.

—¿Querías compartirla conmigo?

Ella se cohibió un poco y vaciló al responder.

—No suelo juzgar a la gente, pero no puedo evitar hacerme una idea de cómo son cuando me cruzo con ellos y a veces, solo a veces, te sorprendería lo cerca que estoy de acertar —confesó. Había luchado contra ello a lo largo de los años, pero la fiabilidad y la cantidad de problemas que le había evitado la instaron a dejarse llevar, aquella facultad le permitía entre otras cosas retratar el interior de una persona, si bien no siempre conseguía una lectura nítida, podía casi adivinar con seguridad alguien de fiar o un completo bastardo. Con el hombre que estaba frente a ella, sin embargo, solo podía captar algunas cosas por los gestos en su expresión, su interior en cambio, era como si estuviese dividido, como si él fuese más de lo que se veía a simple vista y al mismo tiempo faltase algo—. Podría decirse, que soy capaz de leer el alma de las personas.

Ya está, ya lo había dicho, ahora podría tomarla por loca y cada uno se iría por su lado. Lluvia buscó en su mirada alguna respuesta a lo que acababa de decirle, pero su expresión se mantuvo relajada, sin alteraciones, en vez de eso él tomó de nuevo su taza e hizo un gesto con ella antes de darle un buen sorbo y decirle:

—Sorpréndeme —articuló claramente después de tragar el amargo líquido—. ¿Qué idea te has formado sobre mí?

Ella vaciló, entonces suspiró y dejó que sus instintos hablaran por ella.

—Dejando a un lado que no pareces un asesino en serie —le informó con una suave sonrisa a la que respondió Nyxx—, hay algo que te envuelve y que no permite que salga a la luz quien eres realmente, eres mucho más de lo que dejas ver exteriormente pero por dentro, no sé explicarlo, es como si estuvieses dividido a la mitad y ninguna de esas mitades estuviese completa.

Pero no eres una mala persona, nadie con unos ojos como los tuyos sería una mala persona —Lluvia vaciló entonces y ladeó la cabeza, aquello era algo que se le había metido en la cabeza y no estaba segura de si era solo una impresión suya o algo que él llevaba interiormente—. Hay una gran pena profundamente enterrada dentro de ti y no dejas que se vaya, no la dejas salir.

Nyx se estremeció interiormente, más su exterior seguía manteniendo esa mirada escéptica y sonrisa atractiva que a menudo utilizaba de fachada, esa pequeña mujer que permanecía ante él resultó ser más sorprendente de lo que había esperado, no muchos humanos podían ver tan claramente el alma y los únicos que podrían hacerlo con tal certeza pertenecían a un pueblo que había llegado a odiar tanto como lo había amado una vez. El pueblo que le había otorgado su maldición.

Una ligera sensación de incomodidad volvió a resurgir en aquel lado de su cerebro que había desechado hacía mucho tiempo, pero era algo totalmente imposible, aquella línea de sangre se había extinguido por completo esa fatídica noche muchos siglos atrás, de nada le serviría volver a indagar nuevamente sobre lo mismo cuando lo único que obtenía era más dolor y resentimiento por lo que aquella gitana le había hecho.

—Interesante —se limitó a decir—. Aunque temo que en este caso en concreto solo hayas acertado en que no soy un asesino en serie.

Lluvia le devolvió la sonrisa pero no lo creyó. Había algo oscuro en aquel hombre, oscuro y triste y contra todo su sentido común que le hacía señales para que se alejara y lo más pronto posible, aquello no la asustaba, sino al contrario ya que se sentía empujada a indagar más allá, a saber más sobre este virtual desconocido.

—Si no eres un asesino en serie, cosa de la que me alegro, ¿a qué te dedicas? —le preguntó observando ahora sus ojos más que sus labios en busca de una sincera respuesta.

—Soy... recaudador —respondió Nyxx con tanta ironía que se alegró de que ella no pudiese oír el tono en su voz. *Sí, un jodido recaudador de almas*, pensó con ironía—. Me limito a recuperar... lo que se le debe a mi jefe.

Ella asintió, en cierto modo aquello pegaba con el aire oscuro que lo envolvía, solo alguien con suficiente carácter y la fuerza de voluntad que preveía en él podría dedicarse a un trabajo como ese sin sentir remordimiento alguno. Por otra parte, no veía a Nyxx vestido con un traje de ejecutivo, y mucho menos con uno de esos disfraces que solían utilizar algunos de los Cobradores de Morosos.

—No te veo con traje —aceptó ella sin poder evitarlo.

Él se echó a reír haciéndola consciente de que había hecho tal comentario en voz alta.

—Lo que quiero decir es que te pega el trabajo —aclaró con rapidez, empezaba a preguntarse si podría meterse debajo de la mesa. ¿Qué demonios estaba haciendo allí con un hombre como él? Los hombres de esa clase se merendaban a chicas como ella.

—No te haces una idea —sonrió para sí, antes de señalarla con un movimiento de la barbilla—. ¿Y tú? Sé que vives en esta estresante urbe y por el tono de tu voz podría apostar a que estás contenta de que así sea, pero... ¿A qué te dedicas?

Lluvia vaciló durante un breve instante, si bien habían dejado claro que no era un asesino en serie, no estaba segura de darle más datos sobre ella, aunque bien pensado, tampoco es que le hubiese dado ninguno más allá de su nombre y que vivía en la ciudad, algo obvio por otra parte.

Empezaba a sentirse realmente bipolar con este hombre, en un momento era capaz de decirle algo que no solía compartir con nadie, y al siguiente se planteaba el dejarlo plantado y salir corriendo por si en realidad fuese un

asesino en serie o algo peor.

Por supuesto, Lluvia, te arrastrará al callejón y después de darse un festín con tu cuerpo te enterrará en el jardín de su casa. Le gusta guardarse trofeos. La aguijoneó irónicamente la voz de su conciencia.

—Trabajo en una floristería —respondió ella de golpe, intentando borrar las estupideces que volaban por su mente—. Ahí tienes, soy un bicho raro.

—¿Por qué te gusten las flores? —comentó él con escepticismo.

Sabía de la pasión de Lluvia por la naturaleza, la delicadeza con la que se movía entre las plantas y la armonía que sentía cuando estaba entre ellas, nuevamente, aquello era un rasgo de alguna de las tribus Gypsy más antiguas y no solía darse en humanos comunes. Por supuesto, los había con afinidad hacia las plantas y un talento innato para el cultivo y agasajo de ellas, los japoneses habían demostrado su dominio de ello en el arte del Ikebana, pero lo que había sentido en esta mujer iba más allá de eso. Ella no sentía solo afinidad, en las escasas ocasiones en la que la había observado en Central Park, había sentido aquella comunión, como los árboles y las plantas reaccionaban a su presencia, como ella sentía esa presencia. Era como si en otra vida hubiese sido un espíritu de los bosques, de la naturaleza, aquello podría ser una explicación más razonable dentro de su caótico mundo.

—Yo diría que la cosa va un poquito más allá del simple gustarme —comentó con un leve encogimiento de hombros, aunque en sus ojos había una pasión que ardía ante el solo pensamiento de su trabajo—. Como dije, soy un bicho raro, no todos los días alguien se empeña en estudiar Paisajismo.

—No considero una rareza el adquirir conocimientos —aseguró él sabiendo lo mucho que le había costado que la admitieran en la academia de Arquitectura Paisajista. Nyxx había desarrollado una obsesión insana por la mujer que tenía frente a él, hasta el punto de conocer cada uno de sus hábitos.

La carrera de Paisajismo que había escogido no era una de las más fáciles, pero ella la encaraba con entusiasmo, el mismo que había visto en sus ojos cuando trabajaba en aquella pequeña tienda en la 81St con Madison—. Espero que tengas suerte y puedas adquirir la titulación de Paisajista, entiendo que no es una carrera fácil.

Ella se sonrojó, si bien no podía escuchar sus palabras o el tono de su voz, sus ojos habían sido suficiente expresivos y en ellos había leído que decía la verdad.

—Gracias —aceptó terminándose su café al tiempo que comprobaba la hora en su reloj y se sorprendía que hubiese pasado más de una hora—. Vaya, no pensé que era tan tarde. Tendría que volver a la tienda, tengo trabajo pendiente.

—El tiempo vuela cuando se disfruta de él —le aseguró deslizándose en su asiento para levantarse y llevarse la mano al bolsillo trasero del pantalón.

Lluvia tendió su mano hacia él, posándola en su brazo.

—Dije que te invitaba.

Nyxx le sonrió y sacudió la cabeza.

—Considérame de la vieja escuela —le dijo dirigiéndose al mostrador a pagar sus consumiciones.

Lluvia recogió la chaqueta de su lado del sofá y se la puso mientras esperaba a que él pagase la cuenta. Nyxx era realmente alto, parado frente al mostrador se veía impresionante, tanto o más de lo que se lo había visto sentado a su lado, el pelo recogido en una sencilla coleta en la nuca le caía por debajo de los hombros en tonos que iban desde el rubio claro al castaño más oscuro, la chaqueta verde militar se adaptaba a la perfección a su ancha espalda rematando un poco por debajo de la cintura y aquellos gastados jeans marcaban un perfecto culo y largas piernas. Si obviabas el aire de

peligrosidad que lo envolvía, el hombre era realmente un queso derretido. *Uno al que te encantaría darle un mordisco.* Lluvia jadeó y sacudió la cabeza maldiciendo la voz de su conciencia que salía a relucir cuando no la necesitaba.

Nyxx ya había pagado y la acompañó a la calle, abriéndole la puerta para que pudiera pasar.

—Gracias nuevamente por recuperar mi bolso —le agradeció al tiempo que señalaba el local con el pulgar—. Y por el café, aunque debería haberlo pagado yo, ya que fui la que te invité.

—Bueno, la próxima vez que coincidamos, pagarás tú —sugirió él, era una locura que no podía explicarse, pero realmente había disfrutado de su compañía y no quería perder la oportunidad de repetirlo—. Me ha alegrado comprobar que el accidente con el coche no te dejó ninguna secuela, el golpe fue fuerte.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla, entonces negó con la cabeza.

—Creo que de eso tú te llevaste la peor parte —le dedicó una reacia sonrisa—. Lo siento por eso también.

—No fue nada —le aseguró metiendo las manos en los bolsillos—. Lo importante es que tú no salieras lastimada.

—Sí, claro, por fortuna a mí no me pasó nada —aceptó ella con un mohín—. Ojalá pudiese decir lo mismo de mi audífono.

Nyxx ladeó la cabeza y frunció el ceño así que ella se llevó la mano al oído y le explicó:

—El aparatito de color blanco que se rompió en la calle —le recordó e indicó su oído derecho—. No oigo nada sin él. No es que haga milagros, pero al menos me daba la oportunidad de captar algunos sonidos.

—¿No puedes comprar otro? —sugirió él.

Lluvia se echó a reír cuando leyó la respuesta en los labios de Nyxx,

pero él pudo notar la ironía tras el sonido.

—Estuve ahorrando casi todo un año para poder costéarmelo —respondió negando con la cabeza—. Es lamentable que nadie subvencione estas cosas, porque son realmente necesarias para gente como yo, o con mejor audición que yo, pero los precios son imposibles. Tengo otro, pero no funciona bien, de hecho acabo de dejarlo en el taller, si consiguen arreglarlo para unos pocos meses, será como un enorme milagro.

—Lo siento —le dijo y realmente lo sentía. Hasta ese momento no se había parado a pensar en lo que aquel aparatito suponía para ella, para su calidad de vida—. La verdad es que no entiendo de estas cosas, pero, ¿de qué precio y modelo estamos hablando?

Ella le sonrió con ironía.

—¿Estás pensando en reponer el que se me rompió? —sugirió con diversión, entonces sacudió la cabeza—. Los precios de esos pequeños aparatitos andan entre los setecientos y dos mil novecientos dólares dependiendo del tipo de audífono que se adapte a tus necesidades. El mío ronda la friolera de los dos mil dólares. No creo que lleves esa calderilla en la cartera, ¿verdad?

Antes de que Nyxx pudiera dar una respuesta a eso ella sonrió.

—No ha sido culpa tuya que se rompiera —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—, si no me hubieses sacado de la carretera, posiblemente habría sido yo la que terminara hecha papilla.

Ella tendió entonces la mano sin vacilaciones.

—Tengo que irme ya, nuevamente, gracias por todo, Nyxx.

Él contempló la mano que ella le tendía a modo de despedida y sacó su mano enguantada del bolsillo para estrechar la suya.

—Ten cuidado de ahora en adelante —le dijo articulando las palabras cuidadosamente para que ella pudiera leerlas—. No siempre andaré cerca.

Ella sonrió y asintió lentamente.

—Lo intentaré —aceptó con una ligera inclinación de cabeza antes de soltar su mano y despedirse—. Adiós.

Nyxx la despidió igualmente y se la quedó mirando mientras se apresuraba sorteando la gente y torcía en la siguiente calle a la derecha. Su mente no dejaba de darle vueltas a las cosas que ella había dicho, a la extraña y certera diana que había hecho al leerlo, simplemente eran demasiadas coincidencias, pero de nuevo, aquello también era imposible.

Había llevado a cabo una exhaustiva investigación durante los primeros siglos con la esperanza de que hubiese aunque solo fuera una remota posibilidad de que alguien se hubiese salvado aquella fatídica noche y continuado la línea de sangre, pero los resultados habían terminado siempre en un callejón sin salida, una y otra vez la respuesta era la misma, nadie había sobrevivido al fuego y a la sangre aquella noche, su única posibilidad de liberarse de la maldición había muerto junto con todos los demás, no había escapatoria posible para él, nunca la habría y cuanto antes se metiera eso en la cabeza, antes podría poner un punto y aparte y dejar el pasado enterrado para siempre.

Pero entonces, todavía estaba ella y el misterio que suponía, un misterio que quizás debiera dejarlo tal y como estaba. Si tan solo pudiera...

—Hasta la vista, Lluvia —murmuró para sí, negándose a sí mismo la posibilidad de no verla otra vez. Había algo en aquella mujer que lo atraía como un imán y no se trataba solo de algo físico, ella era más de lo que decía ser y estaba más que dispuesto a averiguar la verdad.

La campanilla sonó con una contundente melodía de carrillón tan pronto como Lluvia traspasó la puerta de la tienda, antiguamente había sido simplemente una pequeña campanita la que anunciaba la entrada, pero al igual

que se había instalado un sistema de alarma, también habían sustituido la campana de latón por un sistema electrónico. No había tardado ni quince minutos en recorrer las calles y volver a la tienda donde esperaba poder poner en orden sus pensamientos, aquel afortunado encuentro le había dejado más preguntas de las que nunca pensó plantearse, una y otra vez analizaba los pasos que la habían empujado a invitar a un completo desconocido a tomarse un café con ella solo para no encontrar una respuesta aceptable. ¡Ella jamás hacía esas cosas! Podía ser poco aventurera, algo recelosa, pero siempre había sido una persona racional, hasta ese momento.

Tu razón salió volando en cuanto le echaste un vistazo a ese monumento. ¿Acaso viste alguna vez unos abdominales como esos? ¡Una tableta de ocho, chica!

—Oh, ya cállate —farfulló atacando con decisión los botones de su chaqueta mientras caminaba directamente hacia el mostrador.

Isabel se asomó por la puerta de la trastienda con un ramillete verde en las manos.

—¿Tenemos por fin las tarjetas? —le preguntó moviendo el ramillete para llamar su atención.

Lluvia sacó el paquete del bolsillo de su cazadora y lo posó sobre el mostrador.

—Las tenemos y son tal y como tú las has pedido. Le dije a Dana que pasaría mañana a liquidarle el mes.

—Sí, por favor, cuanto antes quede resuelto ese asunto mucho mejor — aceptó dejando el ramillete a un lado para desenvolver el paquete y comprobar las tarjetas. Una vez satisfecha con el resultado se volvió hacia Lluvia—. ¿Dejaste el audífono con Joan?

Lluvia se acercó al mostrador, depositó la chaqueta a un lado y asintió al tiempo que sacaba los chicles de su bolso y movía la tableta de un lado a

otro.

—Que sepas, que esto me ha costado correr tres manzanas detrás de un mocoso que me robó la cartera, solo para darme de bruces con el mismo hombre que evitó que me pasase el coche por encima —le dijo tendiéndole la tableta—. Él agarró al chico y recuperó mi cartera.

La mujer dejó las tarjetas a un lado y se volvió con mirada preocupada hacia Lluvia.

—¿Cómo que te han robado? ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? Tenemos que ir inmediatamente a la comisaria y presentar una denuncia —empezó a acelerarse la Isabel volviendo ya a la trastienda a por su bolso.

—Ey, ey... —se rió Lluvia levantando la parte del mostrador que permitía pasar al otro lado para dar alcance a la mujer y hacerla volverse—. No me ha pasado nada, yo estoy bien, ni siquiera se quedó con mi bolso, Nyxx lo recuperó para mí.

Dejando escapar un ligero suspiro, la mujer se apoyó contra la pared y la amonestó con un dedo.

—No vuelvas a darme sustos así —le advirtió enfatizando sus palabras con los signos que construía con las manos. Entonces frunció el ceño—. ¿Quién es Nyxx? ¿Eso es un nombre? Suena a marca de croquetas para perros.

Lluvia arqueó una ceja ante ello y una ligera sonrisa empezó a extenderse por sus labios.

—Créeme, Isa, nada en el más de un metro noventa de ese hombre tiene nada que ver con una marca de croquetas para perros —le dijo con una corta risita—. No, definitivamente no encajaría en ello. Es el chico que evitó que me atropellara aquel lunático.

—¿Y dices que mide más de un metro noventa? —preguntó la mujer ligeramente interesada. Entonces alzó una mano en un signo de “espera aquí” y fue a darle la vuelta al cartel de la puerta de modo que quedase el “cerrado”

hacia el lado de fuera antes de volver junto a ella, tomándola de la mano la arrastró a la trastienda dónde la hizo tomar asiento en un taburete mientras ella se sentaba del otro lado junto a la mesa en la que solía echar las cartas—. A ver si lo he entendido, ¿has vuelto a encontrarte con ese hombre sexy que te salvó de acabar bajo las ruedas de aquel coche?

Ella asintió.

—¿Y hoy han intentado atracarte y él fue el que recuperó tu bolso? —insistió Isabel.

Lluvia asintió de nuevo y añadió.

—Sé que parece una locura —aceptó encogiéndose de hombros—. Cuando ese chico me quitó el bolso salí corriendo tras él...

—¡Qué hiciste qué cosa! —exclamó la mujer.

Lluvia se mordió el labio inferior y asintió a regañadientes.

—Solo era un niño pequeño —se justificó y antes de que su amiga pudiera añadir nada más continuó—, creo que debió de tropezarse con él cuando se escabullía por aquel callejón, por que cuando llegué allí Nyxx tenía mi bolso y al chico cogido por la capucha de su sudadera. De no ser por él, ese bribonzuelo se habría largado con mi bolso y adiós a tus chicles.

Isabel empezó a agitar las manos en el aire.

—Olvídate de los chicles —dijo mientras se llevaba las manos a la cara y miraba a Lluvia—. Te has encontrado con el mismo hombre dos veces.

—Eso parece —aceptó Lluvia con una tímida sonrisa.

—Y las dos veces te ha salvado —insistió la mujer.

Lluvia frunció el ceño.

—No sé si podría llamársele “salvar” a recuperar mi bolso, Isa —comentó Lluvia llevándose la mano a la garganta, para asegurarse de que el sonido salía de sus cuerdas vocales.

—Esto es más que una coincidencia, *mo chavi*^[4] —aseguró la mujer con

la sabiduría propia de su pueblo reflejándose en sus ojos. A veces resultaba tan difícil decirle algo a Isabel cuando se ponía en su rol de adivinadora, ella le daba una importancia casi trascendental al destino y a las costumbres adquiridas generación tras generación de su pueblo. Podría estar totalmente integrada en el siglo veintiuno y en la sociedad en la que se movía, pero su alma seguía siendo Gypsy—. Que vuestros caminos se hayan cruzado dos veces y en ambas ocasiones haya evitado un peligro para ti es una señal importante.

—Es solo una coincidencia, Isa —insistió Lluvia negando con la cabeza—. No le busques tres pies al gato, fue pura casualidad que él tropezase con el niño, pareció tan sorprendido como lo estaba yo cuando me vio.

Como siempre, la mujer ignoró aquello que no tenía interés en oír y continuó con sus pesquisas.

—¿Y dices que su nombre es Nyxx? —continuó, recordando el nombre que había pronunciado ella.

Asintió con un resignado suspiro.

—Sí, me dijo su nombre cuando lo invité a tomar un café a modo de agradecimiento —le dijo a regañadientes—. Seguí tu consejo, así que estuvimos hablando un rato mientras nos tomábamos un café en el Starbucks que hay frente a Central Park.

Isabel realmente arqueó ambas cejas con obvia sorpresa, creía conocer bastante bien a la pequeña *gachí* como para saber que era de las mujeres que no preguntaría a un desconocido ni siquiera la hora, mucho menos invitaría a uno a tomar un café.

—¿Lo invitaste a un café para agradecerle que hubiese recuperado tu bolso? —repitió la mujer un tanto escéptica y divertida al mismo tiempo.

Lluvia suspiró mentalmente, no hacía falta que le hiciese ver lo absurdo de sus actos, ella misma ya se estaba flagelando lo suficiente por su falta de

prudencia.

—No hace falta que me sermonees, yo misma no entiendo como pude haber hecho algo tan estúpido —aseguró Lluvia suspirando—. ¿Y si era un asesino en serie? ¿Te imaginas? Mi muerte podría haber salido en las noticias, o a lo mejor ni eso y solo sería uno más de esos nombres de personas desaparecidas de las cuales nunca se ha vuelto a saber.

Isabel negó con la cabeza y le tomó la mano.

—No te estoy sermoneando, Lluvia, simplemente no es algo que sueles hacer, y eso mismo refuerza mi teoría de que el destino ha estado jugando sus cartas —declaró con una dulce sonrisa—. Ha sido un gesto amable de tu parte, un acto como el que ha hecho no debe quedar sin pago y estabais en un lugar perfectamente público.

Lluvia hizo una mueca al recordar el comentario de él.

—Um-hum —murmuró frunciendo los labios—. Eso mismo fue lo que me dijo él, después de asegurarme que no era un asesino en serie.

Isabel se echó a reír al ver la expresión en el rostro de la chica.

—Parece que el hombre te ha impresionado y no solo por su altura —se rió la mujer.

—Bueno, tú también te quedarías impresionada si te dice que puedes salir corriendo, que no tiene intención de cavar una zanja para tirar en ella tu cuerpo —respondió con ironía haciendo que la mujer se riera incluso con más fuerza—. Me alegro que lo estés pasando bien a mi costa.

Isabel se serenó lo suficiente para palmear su mano y acariciarle el rostro con simpatía.

—No me estoy riendo de ti, querida, aunque reconozco que la situación debió haber sido divertida —aceptó acompañando sus palabras con los signos que formaban sus manos—. ¿Él es de aquí?

Lluvia sacudió la cabeza y frunció el ceño al pensar en la respuesta que

le había dado Nyxx.

—No, pero ha estado pasando un tiempo en la ciudad para acompañar a una amiga que parece se ha mudado recientemente y comentó que posiblemente se quedaría algún tiempo, quizás por su trabajo —supuso Lluvia con un ligero encogimiento de hombros—. Trabaja como recaudador.

—¿Recaudador? —repitió Isabel frunciendo el ceño—. ¿Uno de esos hombrecillos trajeados y con maletín que persiguen a los morosos?

Lluvia formó aquella imagen en su mente y se echó a reír al superponerla con la imagen que tenía en su cabeza de Nyxx.

—Empezando por el hecho de que no creo que el apelativo de hombrecillo vaya con él... No, realmente no tiene aspecto de ejecutivo —se reía Lluvia—. Su aspecto era más... —peligroso, pensó ella, en cambio respondió—, mundano.

—Mundano, ¿eh?

La mujer se quedó mirando a Lluvia durante un instante, entonces sacudió la cabeza y echó mano a su bolso, que seguía colgado en la silla. Hurgando en su interior sacó el pañuelo de seda morado en el que estaban envueltas las cartas del tarot.

Lluvia puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza ante lo que ya había presenciado en varias ocasiones. Cuando a Isabel se le metía un presentimiento en la cabeza, fuese del tipo que fuese, no había manera de hacerla desistir hasta que diese con la respuesta al dilema que la aquejaba.

—Isa, no creo que ese hombre sea merecedor de una sesión de tus cartas —murmuró intentando dejar el asunto a un lado.

La mujer no contestó hasta haber desatado el nudo de la tela en la que guardaba sus cartas y empezó a barajarlas, solo entonces miró a Lluvia.

—Deja que sean las cartas quienes lo decidan, tengo un presentimiento con ese misterioso hombre tuyo —aseguró sacando la baraja de su mullida

cama.

—No es mío —respondió ella poniendo los ojos en blanco.

—Eso lo veremos, querida —le aseguró empezando a barajar—. Anda, sé buena y cúmpleme el capricho, ¿sí? Prometo no volver a darte la lata con esto.

Suspiró y se volvió hacia la mujer, ya conocía el procedimiento de la echadora de cartas por las innumerables veces que se las había echado.

—De acuerdo —aceptó y esperó a que la mujer terminase de barajar para proceder a cortar el mazo.

Lluvia respiró profundamente y cerró los ojos pensando en el hombre con el que había compartido un café en el Starbucks, para su sorpresa, la imagen de Nyxx llegó más rápido y con más claridad que ninguna otra, y junto con ello volvió a su mente la sensación de tristeza que había sentido en su interior. Abriendo los ojos miró el mazo de cartas ante ella y lo dividió en dos.

Isabel tomó las cartas y empezó a dividir las sobre la mesa, con cada nuevo cartón que volteaba, su rostro iba cambiando pasando de la incredulidad al fastidio.

—Con un demonio, esto no tiene sentido —farfulló la mujer examinando la tirada expuesta sobre la mesa.

—¿El qué? —preguntó Lluvia observando las cartas sin que le dijese ni una sola cosa.

—Aquí está de nuevo el hombre misterioso —comentó la mujer indicando una carta—. Y está mirando hacia ti, lo que quiere decir que es alguien que está a tu alrededor y de nuevo la carta de los secretos, que está prácticamente en medio y representa el centro de todo.

Lluvia suspiró y empezó a levantarse.

—Eso ya lo sabíamos, ¿no? —dijo mientras se acercaba hacia la cubeta

en la que estaban las flores que tenía por arreglar.

Isabel alzó la cabeza y esperó a que Lluvia se girara hacia ella para preguntarle mediante el lenguaje de signos.

—¿No sentiste nada extraño en él? —preguntó la mujer.

Lluvia negó con la cabeza, tomó las flores dejándolas escurrir dentro de la cubeta antes de volverse de nuevo hacia su amiga.

—A parte del hecho de que era como un armario de grande y yo me sentía como una hormiga a su lado, pues no —respondió ella con un leve encogimiento de hombros.

Isabel chasqueó la lengua y suspiró.

—Hoy las cartas están en mi contra —rezongó volviendo a recogerlas—. No dan ni una sola lectura exacta.

—Deberías salir y airearte —sugirió Lluvia consultando su reloj—. Voy a pasarme por el taller a recoger mi audífono cuando me vaya a casa, así que, puedo encargarme de la tienda mientras tú vas a dar un paseo y te despejas de modo que esas cartas empiecen a hablarte en un idioma que entiendas.

La mujer suspiró y sacudió la cabeza.

—Me hace falta un cigarrillo —comentó con desgana—. Seguro que es la falta de nicotina la que está provocando todo esto.

Lluvia chasqueó la lengua y volvió al mostrador con sus flores.

—Llevas una semana sin fumar, no te matará aguantar un día más —le aseguró dejando a la mujer en la trastienda.

—Ojalá yo estuviese tan convencida como tú, mi querida —murmuró con un suspiro de resignación al tiempo que miraba las cartas y levantaba la principal culpable de todo—. Solo espero que tengas razón, de otro modo... esto solo puede ser un mal augurio.

CAPÍTULO 3

Nyxx observó cómo la Puerta se iba cerrando lentamente después de haber recogido su cuota diaria de almas, habían sido tres días especialmente duros, lo que una vez había resultado ser solamente un juego de niños se había convertido en una persecución interminable en post del alma de un estúpido suicida que seguía lloriqueando por todo lo que había perdido y nunca tendría. En todos sus siglos como Cazador un alma tan simple como aquella jamás le había dado tantísimo trabajo, claro que, durante todo ese tiempo su cabeza había estado centrada en lo que tenía que hacer y no dividida entre una mujer, una antigua maldición y lo que aquello implicaba.

Lluvia era todo en lo que podía pensar Nyxx, había descuidado sus deberes por seguirla a ella, se mantenía en constante vigilancia, siguiendo sus pasos desde la sombra, incluso su lobo se había sentido más melancólico que de costumbre, lloriqueando y aullando por una mujer que no debería de significar nada para ellos.

Soltando una baja maldición giró la espada en sus manos y la hizo desaparecer hasta la próxima cacería, no podía seguir posponiendo por más tiempo aquello, necesitaba hablar con Seybin, necesitaba estar seguro de que no existía conexión alguna entre aquella mujer y los Valaco, así como descubrir quién era realmente ella para que provocase esa reacción en él.

La esperanza se había extinguido hacía demasiado tiempo, eran muchos los siglos en los que se había recreado con su soledad pensando que no habría posibilidad de liberarse jamás de su maldición, que debería seguir vagando

solo durante toda la eternidad. Y entonces había aparecido esa mujer, y todo en lo que podía pensar era en sus ojos, en la dulzura de su rostro, en como clavaba la vista en sus labios mientras leía lo que le estaba diciendo, pero más allá de eso estaba la inexplicable necesidad de protegerla, la que lo impulsaba a estar cerca de ella, a buscarla... No se había sentido así jamás, ni siquiera con Hadryna.

—Esto tiene que acabar —masculló para sí mientras abandonaba con paso decidido la caverna en la que se ubicaba la Puerta de las Almas para ir en busca de Seybin.

El Dios de las Almas le había dado asilo cuando su vida se había venido abajo y con el paso de los años y después los siglos se había convertido en un buen amigo, quizás porque en el fondo Seybin también cargaba con su propia maldición.

Nyxx se detuvo ante las puertas del despacho de su jefe y esperó a que estas le concedieran la entrada, aquellas parecían poseer vida propia y se abrían a su antojo contrariando incluso al propio Seybin alguna que otra vez, pero parecían estar más en sintonía con las necesidades del dios de lo que lo estaba él mismo.

Empezaron a abrirse lentamente y Nyxx pasó al interior de la tibia habitación, el hogar ardía con más entusiasmo que de costumbre, las llamas rojas y amarillas chispeaban con alegría lamiendo y consumiendo los leños que habían sido puestos en el suelo de la misma, algo insólito ya que los fuegos eternos no necesitaban de combustible alguno. El dios permanecía detrás de su amplio escritorio de madera maciza garabateando unos papeles y poniendo su sello en otros, a juzgar por las dos pilas que se alzaban a uno de los lados de la mesa, debía haber estado trabajando durante bastante tiempo.

—Dichosos los ojos que te ven, lobo —lo saludó sin levantar la mirada del papeleo—. ¿Qué tal las cosas por allí arriba?

Nyxx se dejó caer en una de las dos enormes sillas que había al frente del escritorio, estiró las piernas cruzándolas a la altura de los tobillos y apoyó los codos en los brazos de la silla.

—La humanidad no ha cambiado ni un ápice, si es eso lo que preguntas —respondió mirando todo el papeleo que tenía sobre la mesa—. ¿Te has tomado vacaciones tú también? ¿De dónde ha salido todo eso?

Seybin suspiró y dejó la pluma sobre la mesa antes de reclinarsse contra el respaldo de su butaca.

—Si lo supiera, en estos momentos el artífice de ellos estaría formando parte de la chimenea —respondió llevándose la mano al puente de la nariz, masajeándose la zona por debajo de sus gafas. Qué ironía que un dios necesitara gafas para leer—. Imagino que no has venido a interesarte por el papeleo.

Nyxx dejó escapar el aire lentamente.

—Necesito acceso a los archivos de la Puerta —pidió sin ambages.

Seybin se sacó las gafas y las depositó sobre la mesa antes de mirarle.

—¿Y eso por qué? ¿Tiene algo que ver con esa humana por la que has estado pasando tanto tiempo en la superficie?

Nyxx golpeó los reposabrazos con los puños y se levantó lentamente, su largo cuerpo dejando su asiento y empezando a deambular por la habitación.

—No tiene sentido —aceptó pasándose su mano enguantada por el pelo—. Nada de esto tiene sentido, pero hay algo en ella... Seybin, ¿podría ser que nos hubiésemos equivocado?

Él lo miró con sorna.

—La palabra equivocación no entra en mi vocabulario, cachorro —le aseguró con ironía mientras lo veía caminar de un lado a otro.

—Ni siquiera los dioses sois infalibles —insistió con la misma ironía.

Seybin sonrió ante la respuesta de su cazador.

—¿En qué estás pensando?

Nyxx se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—Los Valaco —respondió con voz firme y profunda.

La expresión del dios cambió a una de profunda seriedad.

—La línea de sangre Valaco se extinguió la misma noche que fuiste maldecido —aseguró con mortal seriedad—. Lo sabes, tú estabas allí.

Nyxx se volvió con desesperación, incapaz de permanecer quieto en un solo lugar.

—Incluso cuando volvimos a investigar por ellos en los últimos siglos, no encontramos nada que viniese de su línea de descendencia —le recordó el dios con más suavidad—. ¿Qué te hace preguntar ahora por ello?

—Lluvia —respondió Nyxx con un hilo de voz.

Seybin frunció el ceño.

—¿Debo suponer que esa muchacha que ha llamado tu atención lleva un nombre tan insólito? —le preguntó con cierta ironía.

Nyxx lo miró a modo de advertencia, pero no fue necesario que dijese nada más.

Seybin chasqueó la lengua y se levantó lentamente de su asiento. Ataviado con un traje negro de Armani hecho a medida y una camisa rojo sangre, era la viva imagen de la elegancia y la peligrosidad, su pelo negro despeinado enmarcaba un rostro pecaminosamente masculino y atractivo. Pero era el aura de dios todo poderoso y esa actitud de no me jodas o te mataré, la que destacaba en su más de metro noventa de altura.

—¿Qué hay de especial en ella para que hayas pensado en esa posibilidad?

Nyxx apretó los puños y pensó en el instante que había pasado con ella tres días atrás, cuando se lo había quedado mirando y lo había sorprendido con su aguda intuición.

—Tiene una habilidad que solo he visto en una tribu Gypsy hasta el momento, estoy casi seguro de que puede leer el alma —aceptó con lentitud—. Quizás no con precisión, pero sin duda ha demostrado un alto porcentaje de aciertos... al menos en mi caso.

Seybin chasqueó la lengua y apoyó su cadera contra el escritorio.

—Muchos inmortales y dioses pueden hacer eso —aseguró con un leve encogimiento de hombros—. No hace falta que sea una romaní valaco. Cualquiera gypsy podría hacerlo.

—No, no de esa forma —negó Nyxx con un suspiro—. Y hay algo en ella... algo que no entiendo y que me llama como un imán.

—Llevas demasiado tiempo sin darte el placer de yacer con una mujer, tus hormonas se habrán disparado —le dijo el dios con un ligero encogimiento de hombros.

Nyxx realmente gruñó, el sonido que abandonó su garganta era un gruñido lobuno.

—No me jodas, Seybin —masculló en voz baja—. Esto no tiene nada que ver con la lujuria y el sexo, mi lobo siente la misma llamada que yo, está inquieto, ambos lo estamos. En toda mi existencia no había sentido la imperiosa necesidad que me empuja hacia ella, los instintos protectores que despierta en mi interior y maldita sea si hasta ahora el lobo había reaccionado alguna vez de esta manera, desde lo de la Puerta ha sido tan solo una sombra en mi mente, incluso cuando corremos, pero desde que la ha olido a ella, la quiere, siento su necesidad de reclamarla.

Seybin se frotó la barbilla.

—Vaya —aceptó el dios pensativo—. Eso lo cambia todo, ¿no?

Seybin guardó silencio durante un instante, entonces se volvió hacia su Cazador.

—¿Y si lo fuese? ¿Y si todavía estuvieses a tiempo de acabar con la

maldición? —respondió pensativo el dios.

—Eso debería significar que alguien de la tribu Valaco hubiese escapado aquella noche a la masacre y no fue así —negó Nyxx, aunque deseaba creer más que nadie que pudiera existir esa posibilidad.

Seybin dejó su apoyo y caminó hacia el otro lado de la oficina, deteniéndose ante una pared decorada con simples grabados y un par de pebeteros asidos a la pared.

—Quizás, ni siquiera estuvo allí esa noche.

Nyxx frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—El campamento llevaba instalado meses a orillas del lago, no es como si hubiesen tenido varios asentamientos —respondió el Cazador con efusividad—. No, toda la tribu estaba allí esa noche, nadie se esperaba lo que iba a pasar.

Seybin deslizó la mano sobre la pared y ante sus ojos esta empezó a deshacerse para dar paso a un ancho túnel de piedra iluminado a ambos lados por pebeteros.

—Olvidas algo importante, chico, algo que incluso los dioses practican —le aseguró con ironía—. Algo que incluso tú mismo hiciste.

Nyxx sacudió la cabeza sin entender.

—¿El qué?

Seybin sonrió con sorna y le indicó el túnel.

—Buscar el placer fuera de casa.

Nyxx abrió la boca para responder a eso pero la cerró de inmediato cuando las implicaciones de las palabras dichas por Seybin penetraron en su mente.

—Quieres decir...

—Exactamente —respondió el dios penetrando en el túnel—. Seguiría siendo sangre Valaco, más diluida, pero descendiente directo de la línea de los

Patriarcas.

Nyxx sacudió la cabeza.

—Hadryna era hija única.

Seybin dejó escapar un resoplido.

—Que tú supieras, lobo, que tú supieras —se burló.

Nyxx siguió al dios por aquel corredor que llevaba a los archivos de la Puerta de las Almas, parecía un tanto rebuscado que incluso en el Reino de las Almas hubiese tal burocracia, pero al final del día incluso los dioses tenían más cosas en común con los humanos de lo que ellos mismos querían admitir.

El final del ancho corredor daba a una espaciosa sala subterránea donde filas y más filas de archivos contenían toda la sabiduría de los siglos, así como las almas que habían cruzado en algún punto de la eternidad la gran Puerta hacia su descanso eterno.

Nyxx acompañó a Seybin por uno de los corredores, estos estaban divididos en países, regiones y épocas.

—Entonces, la línea de sangre Valaco —comenzó Nyxx. De repente se le hacía difícil respirar—. ¿Ha... continuado?

Seybin ojeó uno a uno los rótulos que colgaban de cada archivo hasta que encontró el perteneciente a la Antigua Grecia.

—Aquella sangrienta noche todo Valaco que había estado en el poblado sucumbió al fuego y la sangre —le recordó mientras abría uno de los miles de archivos que había en aquella inmensa e interminable sala y buscaba entre los antiguos pergaminos—. Sin embargo, es posible que alguien que no estuviese allí se salvara y continuase con la línea. Por supuesto, estamos hablando de un mestizo, quizás hijo de alguna aldeana o de alguno de los muchos visitantes que en algún momento habían estado visitando el Oráculo. En aquellos tiempos no es que existieran los anticonceptivos, las mujeres eran más bien ligeritas e influenciables y difícilmente podían sumar dos y dos.

Aquella posibilidad era tan evidente que Nyxx no entendía como ninguno de ellos la había considerado anteriormente, entonces, las palabras de Valeska volvieron de nuevo a su mente:

—La última descendiente de mi sangre —murmuró Nyxx en voz alta, aquellas habían sido las palabras del artífice de su maldición—. A la sangre de mi sangre, a la sangre de toda una línea de una tribu fuerte y poderosa... a la última descendiente de mi sangre te encadeno.

Seybin levantó la mirada de lo que estaba buscando y la posó sobre el Cazador con una obvia mirada en sus ojos.

—Tú lo has dicho, a la sangre de toda una línea —repitió el dios en voz baja, deliberadamente lenta, al tiempo que extraía un antiguo y ajado pergamino del archivo—. Estuvimos centrándonos en la línea principal, en los que había aquella noche en el campamento, no tuvimos en cuenta que los Gypsy, al igual que el resto de los hombres, son duchos a plantar su semilla allá donde le permitan echar raíces. Aquella noche no murió la línea de sangre, Nyxx, alguien la continuó, se ha ido diluyendo a lo largo de las generaciones llegando incluso a desaparecer en parte solo para remontar a través de otros descendientes hasta hoy en día en que la última de la línea de sangre de los Valaco vive.

Nyxx empezó a temblar, sus piernas amenazaron con desestabilizarse, sus ojos no podían dejar de mirar el pergamino que se mostraba como un árbol genealógico de la tribu romaní que moró en el país griego antes incluso de que el cristianismo fuese impuesto y los dioses antiguos se convirtieran en un eco del pasado. Allí, en sus manos estaba la única esperanza de Nyxx, su última oportunidad.

—Pero como... por qué... —Era incapaz de razonar, sus ojos se empañaban al mirar el pergamino.

Seybin se mantuvo estoico, observando al Cazador.

—Confieso que siempre me ha llamado la atención la maldición que esos imbéciles echaron sobre ti, llámame sentimental, pero a lo largo de los siglos, en la infinidad del tiempo se ha demostrado que toda maldición tiene su contrapartida, su vía de escape —respondió el dios con un ligero encogimiento de hombros—, y el que la tuya se hubiese perdido era algo que no acababa de encajar del todo y temo que alguien más pensó lo mismo que yo, sobre todo después de la estupidez que hiciste ante la Puerta.

Nyxx frunció el ceño y se volvió hacia Seybin sin entender.

—¿De qué estás hablando?

—Fue un movimiento estúpido el apuñalar el alma de un dios, pero todavía lo fue aún más ceder parte de la tuya por *ella* —contestó Seybin, poniendo en palabras un secreto bien guardado desde aquella maldita noche en la que había apuñalado a Dryah.

Nyxx se tensó. Aquello era algo que ni siquiera había compartido con Seybin.

—Fue mi decisión —respondió entre los apretados dientes.

—Sigue siendo una decisión estúpida y poco racional —le aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Eres Cazador, las almas son tu presa... era un acto perfectamente justificable.

Nyxx se volvió hacia Seybin y lo miró directamente a los ojos.

—Debiste haber estado allí y haberla mirado a los ojos —le dijo él con ironía—. Aquello sería suficiente explicación para mis actos, justificados o no.

El dios se encogió graciosamente de hombros y se apoyó en el archivo antes de señalar lo obvio.

—Tus actos contribuyeron a que se mantuviera la continuidad del Equilibrio Universal —continuó con sencillez—. Apostaría a que Eidryen lo sabía y en compensación, abrió un nuevo camino para ti, llámalo Destino si te

place o Libre Albedrío, al final del día, todo se mueve por el Equilibrio del Universo.

Nyxx bajó la mirada y sopesó lo que le decía Seybin, negándose a creer que después de más de dos mil años pudiera encontrar el descanso de su alma.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza, Seybin —negó incapaz de reaccionar todavía a aquel importante cambio en la historia de su vida—. ¿Por qué no lo vimos antes? ¿Por qué ahora se presenta con tanta claridad cuando antes ni siquiera sospechamos una posibilidad tan obvia?

—Porque, como ya dije, centramos la búsqueda en la línea sucesora directa de los Valaco, en su estirpe y su descendencia, no en el mestizaje —rezongó pasando el dedo a través de las líneas escritas en el pergamino que todavía sostenía Nyxx—, en algún punto de aquí y sospecho que antes de lo tuyo con Hadryna, la línea se rompió, la sangre pura se contaminó y se mezcló dando vida a otra línea de sangre, que si bien descende de la tribu original, nunca fue recogida, como tampoco lo sería el nacimiento de tu hijo.

Ante la mención del bebé que no había llegado a conocer, el corazón de Nyxx volvió a hacerse pedazos, los gritos y el olor de la sangre y el calor del fuego de aquella fatídica noche volvieron a cazarlo haciéndolo temblar.

Seybin posó la mano sobre su hombro para llamar su atención de nuevo al presente, ahuyentando los ecos del pasado.

—Has dicho que ella te encadenó por su sangre y a su sangre con esa maldición —le recordó intentando encontrarle sentido a aquel rompecabezas —, eso podría explicar que de algún modo estés atado a la última descendiente de los Valaco de la Tribu de Epiro con un vínculo que va un poquito más allá de lo común. Después de todo, ¿cómo ibas a reconocerla si no? No creo que le hayan dejado instrucciones al estilo de “Ey, ponte un cartelito que diga “Sangre Valaco” porque hay alguien que tiene que buscarte para que rompas una maldición”.

La mirada de Nyxx seguía fija en el pergamino, todo su cuerpo temblaba sin que él pudiera hacer nada para evitarlo, lentamente sus ojos dejaron el papel envejecido por el tiempo y se posaron sobre Seybin. El dios tragó al ver la misma expresión que había encontrado en el rostro del muchacho cuando lo había conocido, había tanto miedo y tanta esperanza que realmente esperaba no equivocarse.

Asintió.

—Tu Lluvia, de alguna manera, tiene que ser la descendiente de los Patriarcas de los Valaco que se habían asentado en Epiro —elucubró y pronunció cada palabra con lentitud de modo que la información fuera calando en la nublada mente del Cazador—, ella es la última, la única que queda con vida de esa tribu. ¿Entiendes lo que eso implica?

—Ella es... —jadeó cuando las implicaciones empezaron a asentarse en su lugar.

Seybin asintió lentamente, posó su mano sobre su hombro y buscó su mirada.

—Tu compañera —concluyó dejando caer de golpe lo más importante dentro de aquel asunto—. Y la única que podrá romper la maldición.

Lluvia suspiró mientras miraba el pequeño aparatito que la alejaba un paso de su completa sordera, lo había recogido hacía tres días del taller y Joan le había dicho que no podía hacer milagros, el aparato ya estaba más allá de toda reparación. Su sugerencia había sido que intentara comprar otro, que le saldría a la larga más barato que arreglar aquel. Como si tuviese tanto dinero en sus manos. En aquellos momentos a duras penas podía subsistir, en menos de dos semanas tendría que buscarse un nuevo lugar para vivir o se quedaría en la calle, ¿cómo esperaba alguien que pudiera meter casi mil

dólares en un nuevo audífono? El edificio en el que tenía su pequeña vivienda se mantenía en pie a fuerza de voluntad, su estructura al igual que las cañerías, el cableado eléctrico e incluso la vieja escalera contra incendios estaba más allá de toda salvación. El incendio acontecido un par de semanas atrás lo había demostrado, ya no era un lugar seguro para vivir y los dueños estaban más que deseosos de tirarlo abajo.

—A este paso me encontraré viviendo en una tienda de campaña al lado del lago de Central Park —farfulló suspirando con resignación, entonces sonrió—. Al menos entonces, tendría un jardín.

Cambiando el bolso con los libros de un hombro al otro echó un rápido vistazo a los escaparates de las tiendas que se alineaban a lo largo de la calle, a aquellas horas había poca gente, la mayoría de las tiendas ya estaban cerradas o empezaban a bajar ahora las rejas hasta el día siguiente. Se detuvo un instante admirando las joyas de una de las vitrinas, como a cualquier mujer le encantaban las piedras, nada extravagante, algo sencillo y bonito que pudiera llevar con cualquier cosa, después de todo su vestuario solía limitarse a los tejanos y camisetas, ya no era capaz ni de recordar cuando había sido la última vez que se había puesto una falda y ya no digamos un vestido. Sonriendo ante su propio reflejo dejó la vitrina y continuó su camino a casa. Las clases en la academia se habían terminado antes de la hora, pero había tenido que quedarse unos minutos más para poder devolverle al profesor los apuntes que le había pedido, el hombre era más bien hosco, de pocas palabras, pero no le había negado la oportunidad de acceder al material lo cual tenía que agradecerle. Después de todo, era la única manera en la que podía seguir sus peculiares clases.

Por regla general solía coger el metro, pero aquella noche había preferido caminar, el cielo estaba absolutamente despejado y la temperatura en aquellos primeros días de Noviembre estaban resultando bastante agradables y

un largo paseo siempre la hacía sentirse llena de energía.

Dejó la calle principal y atravesó por Central Park, lo cual le ahorraría unos buenos quince minutos de trayecto, sabía que Isabel la sermonearía nuevamente si llegaba a enterarse de sus paseos nocturnos por el parque, la mujer se había tomado a pecho el mantener a Lluvia al tanto de todos los peligros que una chica sola podía sufrir a esas horas de la noche en varias partes de la ciudad, pero como siempre, la confianza era el peor enemigo de uno mismo. Ajustándose el bolso se apresuró en recorrer el camino siempre bajo la tibia luz que emitían las farolas diseminadas por el parque, la mayor parte de la gente disfrutaba de aquellos parajes durante el día, ella en cambio prefería con mucho aquellas primeras horas del atardecer o de la noche, cuando todo quedaba en silencio y las sombras jugaban con los árboles y los arbustos. Lluvia podía carecer del sentido del oído, pero su sentido del tacto y el olfato se habían agudizado en compensación y no había nada que disfrutara más que el aroma del parque después de un día de lluvia o en plena noche. Sonriendo para sí consultó el reloj y se apresuró en dirección hacia la salida del parque, ya tendría tiempo el fin de semana para venir durante el día y pasear por los extensos parajes.

Atravesó rápidamente las calles fijándose en las zonas en las que colgaban de los balcones o lucían pegados en las ventanas carteles ofreciendo alquiler, no podía retrasarlo más, debía empezar a buscar una habitación o algo que saliese igual de económico que el edificio en el que vivía. Isabel había insistido en que se fuese a vivir con ella una temporada mientras ahorraba lo suficiente para poder pagarse algo decente, pero había rehusado su oferta amablemente. Adoraba a aquella mujer, más que una amiga era como una tía postiza, pero ella necesitaba su propio espacio, había cosas de su vida que Isabel no sabía y prefería que siguiese siendo así, al menos hasta que pudiera encontrarles sentido.

Como a la inexplicable atracción que había sentido hacia Nyxx.

No había sido algo sexual, bueno, quizás un poco, después de todo tenía ojos en la cara y él era un auténtico queso derretido, pero aquella sensación iba mucho más allá, desde que se habían encontrado hacía tres días y habían compartido un café, se había encontrado ligeramente melancólica, pensando en él y extrañando su compañía, había sido como si algo dentro suyo hubiese conectado con su alma.

Lluvia sacudió la cabeza y esperó en el paso de peatones hasta que este cambió a verde.

—¿Cómo puedo extrañar a un completo desconocido? —murmuró poniendo voz a sus pensamientos.

La melancolía y la soledad que había notado en su interior no abandonaban su cabeza, la inexplicable sensación de pérdida seguía allí, como si lo tuviese delante y lo estuviese leyendo procedente de él.

Sacudiendo la cabeza se obligó a centrarse en mirar por donde caminaba, un par de calles más allá y estaría en casa, entonces podría dejar que aquellos extraños pensamientos camparan a sus anchas y tomarse su tiempo en buscarle una explicación razonable.

—En caso de que la haya —se repitió para sí misma.

Dejando escapar un cansado suspiro cruzó la última de las calles y giró a la derecha hacia su edificio. Los buzones que se encontraban anclados en la escamada pared de la izquierda fueron su primera parada, girando la llave sacó los únicos tres sobres que había en su interior.

—Facturas, más facturas y oh, sí, más facturas —murmuró haciendo una mueca—. Por una vez me gustaría encontrar algo que no fuera una factura en el buzón.

—Si su buzón fuera más grande, entonces su deseo se habría hecho realidad —masculló una vocecilla chillona a su derecha.

Le sorprendía como incluso con la poca fiabilidad de sonido de su audífono, la estridente voz de aquel pequeño y enjuto hombre llegaba a ella como si le hubiese estado gritando al oído. Asomándose desde la puerta situada a la derecha, con sus eternos pantalones de pana y chaleco a rombos, el pelo engominado y peinado hacia un lado en un inusual intento de cubrir una amplia calva se asomaba el señor Perkins, su casero.

—Buenas noches, señor Perkins —le saludó al tiempo que suspiraba al ver que el hombre abandonaba su gabinete y se acercaba a ella. Ya tardaba en escuchar cual era la queja del día de hoy y a que vecino pertenecía. Todo el mundo en aquella comunidad parecía querer hacer de “quejarse” el nuevo deporte nacional.

—Serán buenas para usted, señorita Naleri —le espetó el hombrecillo señalándola con un dedo delgado y huesudo—. Ha llegado uno de esos mensajeros del Fedex^[5] con un paquete para usted, uno que no cabe en los buzones. Hágase un favor a usted misma y al resto de los mortales y búsquese una dirección postal, yo no soy almacenero particular.

Lluvia puso los ojos en blanco mientras el hombrecillo volvía a internarse en su gabinete y salía a los pocos segundos con un paquete del tamaño de una caja de zapatos que dejó sin miramientos en sus brazos.

—Gracias, Sr. Perkins, es usted un cielo de hombre —farfulló al tiempo que se volvía hacia las escaleras, evitando la baldosa suelta con un ligero paso a la derecha.

—Ni es sus peores pesadillas —masculló el hombre antes de volver a meterse en la portería y dar un portazo que hizo que cayera polvo del techo.

Ella hizo una mueca al ver caer el polvillo blanco y bajó la mirada a la caja que tenía en brazos la cual traía su nombre y dirección escrita a mano con una caligrafía antigua y sin remitente. Un escalofrío le bajó por la espalda mientras observaba con detenimiento su nombre y pensaba en los sobres de

color marrón que tenía guardados en el armario del salón dentro de una vieja caja decorada con papel de periódico, no creía equivocarse al pensar que el contenido de aquella caja pudiera tener algo que ver con aquella misteriosa correspondencia.

Apretando la caja contra un costado empezó a subir las escaleras de dos en dos, quería llegar cuanto antes a su piso situado en la cuarta planta, una cuarta planta sin ascensor. Tendría suerte si ninguno de sus vecinos le salía al encuentro, especialmente la señora Bigum que hasta hacía un par de semanas había vivido en el apartamento frente al suyo. Ahora, el olor a quemado y del humo había quedado totalmente impregnado en el lugar, extendiéndose incluso hasta su propia vivienda, solo la ventilación y los ambientadores florales habían hecho algo más agradable la estancia en aquella parte del edificio.

—A ver dónde voy a encontrar una habitación con un alquiler tan bajo como este —murmuró resollando ya al pasar el tercer piso.

Un rápido vistazo al descansillo del tercero y se escurrió rápidamente hacia el siguiente y último tramo de escaleras que llevaba a su vivienda, el olor del humo todavía perfumaba el corredor, pero al menos era respirable.

Echó mano a su bolsillo y sacó las llaves para poder entrar en su hogar.

La vivienda no era muy grande, pero para ella era más que suficiente. Abriendo la puerta penetró a la parte principal de la casa, dejó las llaves en la pequeña bombonera de cerámica al lado del sofá y lanzó la bolsa con los libros sobre los cojines para llevar la caja al mostrador que separaba el área del salón de la pequeña cocina adyacente. Lluvia fue prendiendo las luces a medida que se desplazaba por el conocido hogar, un par de plantas situadas a un lado de la ventana, una pequeña pecera con dos tortugas sobre un pequeño mueble de madera y algunos cuadros y figuras aquí y allá daban ese aspecto hogareño y femenino al lugar. Dejó atrás la sala y abrió la puerta de su dormitorio, encendiendo la luz para dejar caer su chaqueta sobre la cama y

cruzar después al cuarto de baño que lo comunicaba.

—Diablos, no me digas que voy a tener que empezar a encender la calefacción —suspiró frotándose los brazos mientras volvía al área del salón y se dirigía a un pequeño armario de madera de dos puertas para sacar un pequeño calefactor de aceite, el único medio del que disponía para calentar el lugar.

Arrastrando el pequeño calefactor con ruedas hacia la toma de corriente más cercana, lo enchufó y reguló la temperatura para que fuera calentando la habitación mientras volvía a la cocina, hurgaba en el congelador y sacaba un par de recipientes con sobras.

—Hoy tocan patatas rellenas de atún —sonrió para sí mientras dejaba el recipiente a un lado y se volvía para encender el horno.

Dejando la cena a calentar, se acercó al sofá y buscó entre los cojines hasta dar con el mando a distancia de la minúscula televisión que descansaba sobre el mueble al lado de la pecera. Encendió la tele y dejó que el sonido inundara el solitario lugar mientras alimentaba a sus pequeñas mascotas y regaba las plantas.

—Vale, todo listo —aceptó comprobando todo a su alrededor. Una vez satisfecha volvió hacia el mostrador y se sentó en uno de los taburetes desde donde podía controlar la comida del horno y centró toda su atención en la caja —. ¿Qué me has enviado ahora?

Desde que había cumplido los veintiuno, siempre coincidiendo con la fecha de su cumpleaños, recibía unos misteriosos sobres los cuales llegaban a su buzón sin sello ni remitente, en su interior llegaba una carta del Tarot de Marsella y una flor, ambos con un claro significado y acompañándolos, hasta el momento había recibido un pañuelo de seda multicolor, un vieja y gastada moneda y unas páginas escritas en un idioma antiguo que si bien reconocía las letras como griegas, no tenía la menor idea de lo que ponía en ellas. Las

páginas eran una mezcla de láminas pintadas a mano de flores y paisajes con algunos párrafos en un idioma que hasta el momento no había conseguido descifrar. Pero era la firma que venía siempre en la parte posterior del sobre y la cual estaba duplicada en aquel paquete junto con una frase en romaní lo que siempre le había llamado la atención:

—*O ushalin zhala sar o kam mangela.*

Gracias a Isabel había podido traducirla como:

—Las sombras se moverán cuando el sol lo ordene —murmuró con un suspiro—. Y sigo sin entender exactamente qué es lo que eso quiere decir.

Cuando Isabel le había preguntado dónde había escuchado aquella frase, se había limitado a decirle que lo había leído en un libro y que le había llamado la atención, había esperado que la mujer le explicase el significado de la frase pero cuando lo sugirió ella se había encogido de hombros y todo lo que había dicho es que tenía que ver con el destino. Sí, aquello no había servido de mucha ayuda en realidad.

Año tras año, exactamente en la mañana de su cumpleaños, había encontrado en su buzón aquella extraña entrega y a día de hoy no tenía la menor idea de quién o de dónde podía venir y por eso mismo lo mantenía en secreto, cada carta y cada flor las guardaba en una pequeña caja decorada con papel de periódico que se encontraba en la parte de abajo del armario del salón.

—Pero mi cumpleaños no es hasta dentro de seis meses —murmuró para sí.

Lluvia empezó a desenvolver la caja, la cual no era ni más ni menos que una simple caja de cartón de embalaje, apartó la tapa y se quedó bastante sorprendida ante lo que allí había. Como en las ocasiones anteriores una carta del Tarot de Marsella y una flor descansaban sobre un papel de seda rojo sangre.

—Un alhelí amarillo —murmuró Lluvia tomando la pequeña flor amarilla de cuatro pétalos entre sus manos—. Símbolo de la fidelidad en la adversidad.

Su mirada volvió entonces a la caja y le dio la vuelta a la carta solo para dejarla caer de nuevo con un ahogado jadeo. Allí, mirándola de frente estaba la carta sin nombre como se conocía a la carta de La Muerte en el Tarot.

—La Muerte —murmuró mirando fijamente la carta que tenía ante sí. Su cerebro hizo un rápido repaso a sus conocimientos sobre el significado de los arcanos mayores y apretó con fuerza la flor en su mano derecha mientras cogía la carta con la izquierda—. Vamos Lluvia, no es lo que parece, la carta de la Muerte tiene que ver con una transformación completa. La muerte y el renacimiento o el final de algo, la evolución de un estado a otro. Quizás sea un buen augurio.

La chica gimió ante el murmullo de su voz que oía intermitente por su audífono.

—Mírate, ya hablas igual que Isabel. —Se obligó a sonreír mientras dejaba la carta con cuidado a un lado junto a la flor y volvía su atención a la caja, retirando el papel de seda rojo sobre el que habían estado las dos—. ¿Qué demonios?

Con mucho cuidado, extrajo un pequeño cuaderno de tapas de gastado cuero marrón con manchas oscuras que bien podrían haber resultado por el envejecimiento. Era del tamaño de una pequeña libreta, cerrado y encuadernado de forma artesanal, en sus páginas, amarillentas por el paso del tiempo, encontró los bocetos y pinturas de flores acompañadas por pequeñas descripciones que no lograba leer con claridad, de hecho dudaba que incluso aquello fuese inglés.

—¿Un cuaderno de botánica? —se preguntó pasando cuidadosamente

las hojas, admirando las hermosas ilustraciones a color de plantas y flores que habían sido pintadas a mano, cuando no eran las propias flores ya secas las que decoraban aquellas páginas—. Qué bonito.

El timbre del horno eligió aquel momento para pitar avisándola de que la cena ya estaba lista, dio un salto ante el sonido empujando sin querer la caja que terminó cayendo al suelo junto con la carta del tarot y la flor de alhelí, pero no fue lo único, en la caja todavía quedaba algo, un immaculado sobre blanco.

Recogiéndolo del suelo lo dejó sobre el mostrador que dividía la cocina del salón y se apresuró a abrir el horno para sacar su cena, tras coger las manoplas sacó el bol humeante y lo dejó sobre la encimera mientras se soplaba los dedos. Su mirada volvió entonces hacia el sobre que había dejado abandonado, su curiosidad podía más que su hambre así que lo tomó y sacó de su interior un par de papeles doblados que tenía el sello del St. Mary's Hospital for Children de Nueva York. Uno de ellos era la copia de un informe del hospital en el que decían haber recogido a un bebé de pocos días que había sido presumiblemente abandonada en la sala de espera de dicho hospital. La niña se había encontrado en perfecto estado de salud. El otro, era una partida de adopción sellada por el Registro Civil en el que había sido editada.

Lluvia trastabilló hacia atrás, los documentos cayéndosele de las manos mientras su mirada seguía fija en el papel que ahora yacía en el suelo como si se tratase de una serpiente de cascabel. Escrito en letra de imprenta y en negrilla, había un nombre: Lluvia Naleri

—¿Qué...? ¿Qué... es... está pasando... a aquí?

Nyxx no había vuelto a levantarse del asiento frente al escritorio de Seybin desde que habían regresado de los archivos, se había limitado a mirar

el pergamino que tenía entre las manos rumiando en silencio las implicaciones que traían consigo aquel trozo de papel a su vida, una vida que iba a cambiar por completo. Un instante antes ni siquiera había tenido un futuro, ahora una simple mujer podía hacer que eso cambiara.

—Ella es tu última oportunidad —le recordó el dios parado de brazos cruzados junto a la chimenea.

No respondió, la yema de su dedo índice estaba recorriendo lentamente las líneas del pergamino.

—Tu alma podrá dejar de vagar cada vez que te llegue la Parca — continuó Seybin estudiándolo en silencio.

Él siguió sin responder por lo que Seybin suspiró.

—¿Es tan desagradable a la vista que ni siquiera la consideras?

El Cazador levantó entonces la mirada y sacudió lentamente la cabeza, ya ni siquiera respondía a las pullas de Seybin con la energía de siempre.

—No es en absoluto desagradable a la vista —negó dejando el pergamino sobre la mesa para finalmente echar la cabeza atrás, contra el respaldo de la silla—. Demonios, ¿por qué ahora? ¿Por qué justo ahora después de tanto tiempo? ¿Qué clase de mala broma es esta Sey?

El dios de las almas chasqueó la lengua.

—Ninguna broma, amigo mío —negó volviéndose hacia las llamas que ardían en el hogar—. Solo tu jodido destino... Te lo dije, toda reacción tiene su opuesto y ella es lo que necesitas para acabar de una vez por todas con tu maldición, en cierto modo, ella también está destinada a ti, si la privas de ello, estarás jodiendo también con su destino.

Nyxx maldijo en un idioma que Seybin hacía mucho que no oía y se levantó dándole un golpe a la mesa para ponerse a deambular de un lado a otro, sus pesadas botas haciendo eco sobre el suelo.

—Es humana, Seybin —rezongó alzando las manos recalcando lo

obvio.

—Tiene sangre Valaco corriendo por sus venas, eso la hace Gypsy —le dijo encogiéndose de hombros—. Y tú mismo has dicho que tiene ciertas facultades.

Nyxx se giró hacia donde estaba su amigo.

—Gypsy o no, sigue siendo humana —insistió—. Y yo estoy bastante lejos de esa categoría.

—¿De la Gypsy o de la humana? —sonrió Seybin con ironía.

—Que te jodan, jefe.

—¡Al fin el viejo Nyxx! —dramatizó—. Ya habías tardado, chuchó.

Él puso los ojos en blanco y se levantó de su asiento.

—¿Qué vas a hacer? —se interesó el dios.

Nyxx lo miró de reojo y respondió con profunda ironía.

—Bien, difícilmente puedo ir a ella y presentarme como un Cazador de Almas maldito por sus ancestros, sin mencionar el hecho de que tendría que decirle que ella también está jodida, porque la maldición que me echaron a mí también le afecta en cierta forma a ella, ya que la zorra de Valeska condenó también a sus descendientes, atándolos al maldecido.

—Lobo, ser tú en estos momentos apesta —aseguró su jefe con una mueca de disgusto—. ¿En qué estaba pensando esa Gypsy? ¿En joder a todo el que tuviese delante? No parecía sentir mucho apego por los suyos, ¿huh?

Nyxx se encogió de hombros y recitó en voz baja las palabras que llevaba gravadas a fuego en su alma.

—*Mi maldición caerá sobre ti, hoy a mi sangre te encadeno, a la sangre de mi sangre, a la sangre de toda una línea de una tribu fuerte y poderosa te encadeno, a la última descendiente de mi sangre te encadeno y que suya sea la voluntad y la sangre que pueda otorgarte el perdón* —concluyó con desagrado—. No, realmente le traía sin cuidado joder con todo

su pueblo para salirse con la suya.

—Toda una zorra en su época —admitió Seybin con un profundo suspiro—. Bueno chaval, pues no te queda de otra, parece que ella está tan jodida como tú en esto.

—Más aún, Seybin —respondió Nyxx con un suspiro—. Ella lo estará mucho más.

El dios no dijo nada, las palabras de Cazador eran tan cercanas a la verdad, que no merecía la pena decir nada más.

—Ve a patear algunos culos —le sugirió en cambio—. Al lobo le vendrá bien algo de ejercicio.

—También al Cazador —aseguró inclinando ligeramente la cabeza hacia su jefe antes de volverse hacia la puerta y salir tan pronto esta se abrió.

Seybin se quedó mirando la puerta de su despacho hasta que esta se cerró con un sonoro golpe, solo entonces se permitió mirar hacia el techo y suspirar.

—¿También has metido las manos aquí, Eidryen? —murmuró en voz alta—. ¿Tanto te aburre Elora?

El silencio fue toda la respuesta que recibió. Sabiendo que no había nada que pudiera hacer ahora mismo por el Cazador, volvió a su escritorio a terminar con el papeleo que se amontonaba sobre su mesa.

CAPÍTULO 4

El papel permanecía encima del mostrador, Lluvia no había quitado la mirada de él pero tampoco se atrevía a tocarlo, la palabra “adopción” era único que podía ver en su mente, todo lo demás había dejado de tener sentido. Allí, cual papelucho inocente estaba la prueba irrefutable de que toda su vida era una completa mentira, su familia no era su familia, ella había sido una de tantos bebés que vio alguna que otra vez en las noticias, uno de los infantes que eran abandonados por sus madres en alguna institución u hospital. Al menos a ella no la habían dejado en un contenedor, si a eso podía llamársele suerte.

Si bien no entendía de aquellas cosas, el papel tenía aspecto de ser original, y claramente aquellas eran las firmas de su madre y su padre... o los que ella había pensado que lo eran.

¿Por qué tenía que pasar esto justamente ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo? Debería sentirse herida por el engaño de ambos, pero no era así, sí estaba herida, pero por no conocer la verdad, años atrás había quedado claro lo que significaba ella para su padre, aquel papel no hacía otra cosa que aumentar el abismo.

Su mirada pasó por encima de la lisa superficie hacia el mueble de la entrada, una pequeña columna a modo de estantería donde descansaba entre otras cosas el teléfono. Tras una leve vacilación tomó el papel y se dirigió con paso decidido al aparato, la agenda estaba colocada bajo un montón de revistas de plantas, la extrajo y marcó el número que no había utilizado en varios años.

La línea tardó en dar señal, entonces un toque, dos, tres... cinco... y levantaron el teléfono.

—¿Sí? —respondió una voz femenina y somnolienta.

Se mordió el labio y miró el reloj de la cocina, había olvidado el pequeño detalle de la diferencia horaria. No estaba muy segura de cuantas horas había de diferencia con Ámsterdam, pero a juzgar por el tono de voz, allí debía de ser de madrugada.

—¿Sí? ¿Quién es? —insistió la voz, la cual empezaba a contener un timbre de molestia. Al fondo se oyó otra voz, esta masculina, más fuerte—. No lo sé... no contestan...

Se oyó un murmullo del otro lado del teléfono y lo próximo que Lluvia oyó fue una voz masculina y profunda que hacía años que no escuchaba.

—¿Oiga? ¿Hay alguien ahí? —preguntó el nuevo receptor seguida de una maldición—. No sé qué clase de broma es esta... pero son las...

Apretó el auricular y respondió en un susurro.

—Soy Lluvia, papá.

Ella se mordió el labio y comprobó la línea tras un momento de silencio, sin estar segura de si se había cortado la comunicación o su audífono había decidido estropearse de nuevo. Estaba a punto de hablar nuevamente cuando escuchó la respuesta.

—¿Lluvia?

Aquella voz profunda y resonante que había pensado conocía muy bien resonó con fuerza en el auricular.

—Hola papá —respondió, su garganta cerrándose en un nudo.

Hubo una nueva vacilación en la línea seguido por un murmullo de fondo antes de que su voz volviese a oírse a través del teléfono.

—¿Cómo es que tienes este número?

Lluvia jadeó esbozando una irónica sonrisa, una solitaria lágrima se

deslizó por su rostro cuando sintió aquel conocido nudo instalándose nuevamente en su estómago. Aquella era toda la preocupación que su padre había sentido siempre por ella, casi cuatro años sin verse, sin que se hubiese molestado en darle una sola llamada o enviar una maldita postal por navidad. Desde que Lluvia había tomado las riendas de su vida a los veintiún años y había dejado de ser su conejillo de indias, el ocupado Dr. Naleri no había tenido ni un solo pensamiento para su hija, no veía por que aquello tendría que cambiar precisamente ahora.

Apretando con fuerza el sobre con la partida de adopción en sus manos, se obligó a recordar el motivo de aquella llamada.

—Estoy bien, gracias por preguntar, papá —le dijo con la ironía goteando de cada una de sus palabras.

El sonido de una puerta al cerrarse y finalmente un suspiro fue todo lo que obtuvo del otro lado de la línea.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Lluvia puso los ojos en blanco al oír aquella pregunta—. ¿Necesitas dinero? ¿Una nueva consulta médica?

Aferró aún con más fuerza el auricular y cerró los ojos tratando de respirar a través de la rabia que empezaba a llenarla.

—Todo lo que necesito es que respondas a una pregunta —le informó, su voz sonaba grave, ligeramente altisonante—. ¿De quién fue la decisión de adoptarme?

No quería saber nada más que aquello, no necesitaba que aquel hombre que había sido un extraño la mayor parte de su vida le confirmase algo que podría hacer ella misma en el Registro Civil, todo lo que necesitaba, todo lo que quería era una motivo para que su vida, su pasado no se hiciera pedazos.

—¿Cómo has...? —preguntó el hombre, su tono visiblemente sorprendido.

Ni siquiera se había molestado en negarlo, pensó ella con amargura.

—Solo responde a mi pregunta —insistió apretando con fuerza el puño con el papel—. ¿De quién fue la decisión?

Hubo un nuevo silencio, tan prolongado que Lluvia pensó que él había cortado la comunicación.

—Este no es un tema para hablarlo ahora mismo —respondió él finalmente—. Anota este otro número, llámame en un par de horas y hablaremos de ello tranquilamente.

Lluvia dejó escapar un bufido mitad risa.

—¿De qué tienes miedo? ¿De qué se entere tu mujer? —le espetó con irónica frialdad—. No es como si ella no supiese de mí, papá.

—Lluvia, este no es ni el lugar ni el momento...

—¡Al diablo que lo es! —exclamó enfurecida—. ¡Me has mentido! ¡Me has engañado todos estos malditos años! No es como si te hubieses comportado verdaderamente como un padre, pero esto... ¡Me has ocultado la verdad sin importarte absolutamente nada mi vida! ¿Por qué? ¡¿Por qué, maldita sea?!

—¿De qué te hubiese servido saber la verdad, Lluvia? —replicó él con la misma frialdad que había estado utilizando hasta ahora—. Tienes un apellido, has sido cuidada y alimentada...

—¡¿Cuidada?! ¡¿Alimentada?! —Lluvia dejó escapar una dolorida carcajada—. Me he pasado desde los seis años en internados y campamentos, padre, mientras los otros niños se iban a sus casas en vacaciones, yo me quedaba en mi solitario cuarto y todo porque tú no podías dejar tu precioso trabajo y mi madrastra... A ella ni siquiera la conozco. No me hagas reír, tú no te has comportado como un padre en toda tu vida...

—Estás histérica —respondió él con desprecio.

Lluvia apartó el teléfono de su oído y lo miró como si fuera una serpiente venenosa, las lágrimas de dolor e impotencia deslizándose ya por su

rostro.

—Histérica o no, soy mucho mejor persona que tú —le respondió con amargura.

Hubo un resoplido del otro lado del teléfono.

—¿Qué locura vas a hacer ahora, Lluvia? —lo oyó decir, su censura en la voz era patente.

Respiró profundamente y miró el sobre en sus manos.

—¿Locura? —se burló ella—. No soy yo la que la ha cometido, papá... No, Señor Naleri... Pero quizás ya va siendo hora de que cometa alguna.

Dicho aquello, Lluvia colgó el teléfono con fuerza, sus nudillos estaban totalmente blancos mientras dejaba que las lágrimas cayeran por sus mejillas sobre el aparato.

—Aunque no considero una locura el descubrir quién soy en realidad.

Respiró profundamente y volvió a coger el teléfono, las manos le temblaban mientras marcaba el número de Isabel, se lo llevó al oído y esperó hasta oír el sonido que anunciaba que la persona al otro lado había descolgado, entonces, sin darle tiempo, dijo a su amiga.

—Isa, sé que es muy tarde, pero, ¿podrías venir a casa? —pidió ella atragantándose con las lágrimas.

La urgencia se oyó en la voz de la mujer al contestar.

—¿Lluvia? ¿Cariño, qué ocurre? —se preocupó—. ¿Lluvia?

—Solo ven, ¿de acuerdo? —suplicó entre lágrimas—. Por favor... solo... ven.

Isabel no vaciló.

—Voy saliendo para ahí —dijo la mujer antes de colgar el teléfono.

Lluvia dejó que el auricular se deslizara de su mano mientras las lágrimas se deslizaban sin parar por su mejilla y el dolor en su pecho crecía y crecía hasta hacerle casi imposible el poder respirar, por fin las compuertas se

abrieron y su entereza se vino abajo echándose a llorar como una niña pequeña, la misma niña que había pasado toda su infancia sola y preguntándose qué habría de malo en ella para que su padre no la quisiera solo para descubrir ahora que aquella figura paterna que siempre había extrañado, no tenía nada que ver con ella. Su pasado había sido solo una farsa, y pensar en ello, la destrozaba.

—Mentiras, todo fueron mentiras —gimió mientras se abrazaba a sí misma y se dejaba caer al suelo allí mismo—. Toda mi vida está llena de mentiras.

Lluvia enterró el rostro entre sus rodillas y lloró como nunca lo había hecho, permitiendo que todo el dolor, la rabia y el resentimiento brotaran de su menudo cuerpo.

Nyxx miró la pantalla del video portero por segunda vez y suspiró antes de buscar el botón correspondiente al piso en el que estaba ubicado el despacho de abogados que servía de tapadera para las actividades del Juez Supremo y sus Guardianes. En realidad, todo el complejo pertenecía a los hombres, un lugar tranquilo y en el que no tenían que dar cuentas a nadie de lo que hacían o dejaban de hacer.

La noche transcurrió como un borrón, había estado corriendo por el parque en su forma lobuna y dándole esquinazo a los de Control de Animales, aquellos insistentes hombres habían pensado que sería divertido utilizarlo como práctica de tiro, uno de ellos había incluso intentado echarle el lazo, solo para ver su enorme culo caer sentado en el agua del lago mientras vociferaba a su compañero que lo ayudara. Sin duda, había sido una velada interesante, pero no lo suficiente como para hacer que se olvidara de la pequeña humana que guardaba la llave de su liberación, la única descendiente con sangre Valaco corriendo por sus venas, la que le estaba destinada como

compañera.

Dejando escapar un cansado suspiro, apretó el botón del piso correspondiente y esperó echando un vistazo a la calle.

Lyon se giró en su asiento cuando oyó el sonido del video portero en su consola, un rápido vistazo a la cámara de seguridad le presentó la imagen del Cazador de Almas, alguien a quien no volvió a ver desde que su jefe y la compañera de este habían protagonizado uno de aquellos míticos episodios de “haremos que todos os caguéis de miedo, solo para aparecer ilesos y felices”. Todavía quería matar a su jefe por aquello.

Echando un vistazo al otro lado de la sala donde una pequeña y bonita muchacha rubia rebuscaba entre los libros de la estantería preguntó:

—Muñeca, ¿esperabas visita?

Dryah se volvió hacia el enorme hombre de melena rubia y una musculatura digna de la WWE cuando oyó su voz, al ver que le señalaba una de las pequeñas pantallas, dejó el libro que había estado ojeando en su sitio y cruzó la sala hacia el vikingo. Dos largas coletas rubias se deslizaron cayendo hacia delante por sus hombros cuando se inclinó a echar un vistazo al monitor.

—Al fin —murmuró con una sonrisa antes de volverse con su mano tatuada sobre el teclado frente a Lyon, revoloteando en busca del botón exacto—. ¿Cuál es el botón para accionar eso? Ábrele la puerta, dile que entre.

—Quieta, quieta —la detuvo Lyon apartando las manos femeninas de su equipo—. Si quieres toquetear algo, empieza por tu marido.

La chica puso los ojos en blanco, se incorporó y le señaló la pantalla con un dedo.

—Solo déjale entrar, Lyon, viene a verme a mí.

Él chasqueó la lengua.

—Tienes más dotes de mando que un sargento de caballería.

—¿Y entonces por qué no estás obedeciendo? —replicó con una dulce sonrisa.

Entrecerró los ojos, la miró de arriba abajo y luego la apuntó con un dedo.

—A mí no me vengas con esas, muñeca, soy demasiado viejo para tus carantoñas, guárdalas para el cachorro y convéncele de que compremos un nuevo monitor —le dijo para luego volverse hacia el teclado.

—Solo ábrele, Lyonel —insistió utilizando su nombre de pila completo tal y como le había enseñado Shayler—. No nos quedaremos mucho.

No pudo evitar enarcar una ceja ante tal declaración.

—¿Vas a salir? Nadie me dijo nada de que fueras a salir —aseguró mirándola con desconfianza—. ¿Shayler sabe que has quedado? No quiero tener que explicarle por qué no estás donde él te ha dejado cuando vuelva.

Dryah puso los ojos en blanco.

—Sabe que posiblemente iba a venir Nyxx y que si lo hacía, saldría con él —respondió ella alzando las manos—. Estaré perfectamente a salvo, ahora, abre esa maldita puerta.

El hombre se volvió hacia ella, sus ojos clavándose en ella.

—¿Le haces esto mismo al Juez?

Ello lo miró por encima del hombro desde la puerta.

—No, a Shayler no tengo que repetírselo tres veces —le respondió ella con un guiño.

—Que suerte la mía —resopló con profunda ironía.

La chica sacudió la cabeza y abrió la puerta que daba directamente al pasillo del ascensor, una pequeña recepción previa a las oficinas que mantenían los miembros del selecto grupo de los Guardianes Universales. Estos estaban bajo las órdenes directas del Juez Supremo Universal, el único que administraba la ley a dioses e inmortales por igual. Con motivo de

mantener su protección y asegurar la continuidad de la raza humana, quienes vivían perfectamente bien sin saber que existían poderes que no llegarían a entender nunca, le habían sido designados una cantera de guerreros y la misión de mantener el Equilibrio del Universo a cualquier costo.

Dryah era la más reciente miembro del grupo, desposada con el Juez Supremo, se había convertido también en el Oráculo de la Fuente después de que la anterior hubiese ido contra la ley y se la hubiese dado caza. La dulce e ingenua muchacha tenía así mismo en sus manos uno de los poderes más grandes y poderosos del Universo, uno de los poderes Primigenios, El Libre Albedrío.

Lyon accionó el control y habló al micrófono.

—Tú siempre tan oportuno, lobo —lo saludó—. Primer ascensor a la derecha, Dryah te está esperando en el corredor.

—¿Qué ha hecho para tenerte de tan buen humor, Guardián? —se burló el lobo atravesando la puerta cuando esta se abrió para él.

Lyon dejó el botón y se concentró en las cámaras sobre los ascensores, monitoreando en todo momento el acceso del hombre al complejo.

—Existir —respondió Lyon con un bufido mientras cambiaba las cámaras de sitio, ganándose en una de ellas el dedo corazón del Cazador alzado hacia esta.

Sonriendo a su pesar, comprobó todo el sistema antes de dejar a los dos compañeros privacidad y levantarse para acercarse al mini bar en busca de un tentempié.

Dryah esperó impaciente a que el ascensor llegase a la planta correspondiente. Hacía varias semanas que no veía a Nyxx, de hecho, no había vuelto a verlo después de que prácticamente hubiesen regresado de la muerte, ni siquiera sabía con seguridad si el Cazador estaba al tanto de los últimos acontecimientos, aunque a juzgar por las palabras que le había dirigido Seybin

era presumible de que así fuera.

Muchas cosas habían cambiado desde la última vez que se vieron, la más reciente de todas y a la que todavía no acaba de acostumbrarse era al don de la profecía, en un momento estaba hablando tranquilamente con alguien y al siguiente se veía sumergida en un mar de imágenes y visiones que traían consigo un oportuno desmayo. No era algo que le ocurriese muy a menudo últimamente, la Fuente parecía encontrar divertido el hecho de que no supiese manejar todavía ese nuevo don así que solo le enviaban aquellas visiones cuando había alguien con ella y eran absolutamente necesarias. La voz dual de aquellos místicos seres todo poderosos estaba siempre presente, guiándola, como había ocurrido aquella misma mañana en la cocina de la vivienda que compartía con su marido. Shayler había insistido en tenerla bajo sus dominios, se sentía más tranquilo con ella protegida y bajo el mismo techo que sus Guardianes.

Aquella última visión había llegado sin avisar, se estaba sirviendo un vaso de zumo y lo siguiente que recordaba era encontrarse en medio de una carnicería, el calor del fuego se mezclaba con el olor de la sangre, soldados masacrando a gente que no llevaban más armas que sus manos desnudas o los aperos de labranza y Nyxx estaba allí, gritando el nombre de una mujer mientras su mirada recorría con desesperación el campo de batalla. Entonces la imagen había cambiado y se encontró descendiendo entre la maleza hacia la orilla de un lago donde presencié el momento en el que una mujer Gypsy había maldecido a Nyxx mientras él sostenía entre sus brazos el cuerpo ensangrentado y sin vida de una muchacha.

Dryah se estremeció ante el recuerdo de aquellas visiones. Sabía a ciencia cierta que se trataba de un fragmento del pasado del Cazador, pero lo extraño vino después cuando todo aquel escenario desapareció y lo único que quedó fue un lobo con pelaje negro y marrón al lado de una mujer que nunca

antes había visto, los ojos de ella eran almendrados, con unas motas doradas, su rostro gentil su mano derecha estaba manchada de sangre, la misma que brillaba en el pelaje del lobo mientras ella lo acariciaba entre las orejas.

Y en medio de todo aquello, la mujer la miró a los ojos y pronunció una única frase:

Putrav lesko drom angle leste te na inkra les mai but palpale mura brigasa.

—Abriré su camino a una nueva vida otra vez y le liberaré de las cadenas de mi pena —murmuró en voz alta recordando la traducción que le había dado La Fuente—. ¿Qué está ocurriendo realmente?

Aquello era algo que no había podido dejar de preguntarse desde el momento en que la visión la golpeó. Decidió hablar con Seybin y este le explicó la delicada situación de Nyxx, una en la que Dryah pensaba ayudar, aunque fuese a espaldas del propio Cazador; Él le había salvado la vida a un precio demasiado alto para sí mismo, había llegado el momento de saldar aquella deuda.

—Es hora de devolver los favores, Nyxx —murmuró para sí y sonrió cuando el timbre del ascensor sonó al llegar al piso señalado y esperó a que las puertas se abrieran.

Las puertas se abrieron para mostrar a una radiante y sonriente muchacha rubia, sus ojos azules brillaban en un rostro trasparente y delicado que contrastaba drásticamente con el aire de crudo poder que manaba de ella y la envolvía cual sudario, el Libre Albedrío en estado puro corría por sus venas. Vestida con una minifalda a cuadros blancos y negros, un suéter blanco y botas altas parecía mucho más joven de lo que en realidad era, pero claro, difícilmente podría achacársele a una muchacha que no aparentaba más de veinte y pocos años, la edad de varios siglos.

—Ey, me gusta el cambio —la saludó señalando las largas coletas

rubias—. ¿Extensiones?

Dryah sacudió la cabeza y enredó su dedo índice en el pelo.

—Un regalo de Elora para Shayler —le explicó con una amplia sonrisa antes de lanzarse literalmente a los brazos del Cazador.

Nyxx dejó escapar el aliento cuando recibió todo el peso del cuerpo femenino contra el suyo, los delgados brazos se cerraron alrededor de su cuello en lo que duró el apretado abrazo con el que ella lo recibió.

—¿Crees que podrías darme la oportunidad de respirar? —sugirió él con fingido agobio—. Y sácame las manos de encima, no quiero ser pasto de Juez, gracias.

Ella se echó atrás y mantuvo su sonrisa.

—No vuelvas a desaparecer de esa forma —lo regañó.

Nyxx arqueó una ceja en respuesta.

—Perdona, ¿quién fue la que atravesó la Puerta? —le recordó con el mismo tono.

—Eso fue... algo momentáneo —dijo a modo de excusa.

Nyxx sacudió la cabeza y sonrió antes de llevar la mano a la cabeza de la chica y revolverle el pelo.

—He estado bastante ocupado últimamente —le aseguró antes de bajar la mirada a la mano tatuada de ella—. Han pasado... cosas.

—Creo que a ambos nos han pasado... cosas —asintió ella acariciando su mano tatuada antes de levantar la mirada hacia él—. Más de las que quizás nos hayamos atrevido a compartir.

Nyxx no respondió pero se la quedó mirando durante un instante, entonces suspiró y respondió.

—¿Qué te parecería comprar unas flores para ahí dentro?

Dryah echó un vistazo hacia la puerta abierta del despacho al otro lado del pasillo y volvió a mirar a Nyxx con el ceño fruncido.

—No estoy muy segura de que a los chicos les haga ilusión la idea de que les llene la oficina de flores —aseguró ella, su voz sonaba con un gran tono de duda—. En realidad, prefiero el chocolate, a eso siempre puedo sacarle partido.

—¿Ahora te has vuelto una amante del chocolate? —le sonrió echándole un rápido vistazo.

Ella se encogió de hombros.

—Uno de los grandes descubrimientos que he hecho en este nuevo mundo —contestó con sencillez.

—Bien, las Orquídeas son más caras y están más en sintonía con lo que necesito de ti —aseguró él sin dejarle lugar a protestas.

—Sigo prefiriendo el chocolate —insistió con una risita—. Pero estoy dispuesta a ver esas orquídeas.

—Bien —aceptó él correspondiendo a su sonrisa—. Eso te ha ganado una tableta de chocolate.

—Quizás debiera mirar también por unas rosas —le sugirió entonces caminando hacia la oficina—. Me encantan las rosas.

Nyxx la siguió.

—Como si quieres comprar la floristería entera, a mí me vale —aseguró con entusiasmo.

—¿Cuánto chocolate me reportaría eso?

Él sonrió divertido.

—Ya veo que has aprendido el arte del chantaje —chasqueó la lengua, pero la diversión brillaba en sus ojos.

Ella le sonrió.

—Una chica tiene que saber ganarse la vida —declaró con voz firme antes de echarse a reír—. Me conformaré con esa tableta.

Él sacudió la cabeza, le alegraba verla con tan buen humor.

—Dame un segundo necesito coger mi bolso y despedirme de mi sombra —aseguró ella desapareciendo en la oficina—. Lyon, me voy.

La respuesta del hombre fue un gruñido.

—Tomaré eso como un “vale” —dijo ella poniendo los ojos en blanco antes de reunirse con su amigo—. Cuando quieras...

—Sabes, deberían existir más mujeres como tú —aseguró Nyxx—. Es un milagro que no hagas preguntas...

Dryah se rió.

—Solo estoy esperando el momento adecuado para realizarlas, Nyxx.

El hombre la miró de lado y sonrió, ofreciéndole su brazo antes de dirigirse de vuelta al ascensor.

—Para qué habré dicho nada...

Lluvia dejó a un lado el té de hierbas que le había preparado Isabel y se frotó la frente con un profundo suspiro. No había podido dormir nada en toda la noche, su mente era un completo caos, nada de lo que giraba en el interior de su cerebro parecía tener sentido, por más vueltas y vueltas que le dio desde la llegada de Isabel y la posterior explicación de lo ocurrido, solo se había conducido a sí misma a un callejón sin salida. Cuando consiguió serenarse un poco después de la agradable conversación con su progenitor, volvió a mirar las cosas que habían llegado en la caja, así como los sobres que guardaba en el fondo del armario y lo depositó todo encima del mostrador de la cocina intentando encontrarle sentido a todo aquello mientras esperaba a que llegase Isabel.

—Tómate la infusión, te ayudará a calmarte —le dijo la mujer mediante el lenguaje de señas.

Lluvia tomó nuevamente la taza y le dio un sorbo frunciendo el ceño ante el amargo sabor del oscuro líquido.

—No puedo creer que esté pasando esto —murmuró dejando la taza nuevamente a un lado.

Isabel le acarició el pelo y se sentó a su lado.

—Al parecer, las cartas no se equivocaban del todo —murmuró y sacudió la cabeza—. La única manera de estar seguras es ir al Registro Civil y pedir tu acta de nacimiento, si ese papel dice la verdad, habrá un código o algo que lo confirme.

—Papá... —ella sacudió la cabeza—, el eminente y privilegiado Doctor en Psiquiatría Charles Naleri se encargó de darme esa confirmación sin necesidad de palabras.

Isabel suspiró y palmeó su mano. Cuando traspasó la puerta la noche anterior se había encontrado a una Lluvia temblorosa y desesperada, la carta que estaba sobre la mesa, la misma que ella le enseñó después, la había sorprendido casi tanto como a la propia chica. Lluvia no había tenido nunca una buena relación con su padre, pero encontrarse con aquello tuvo que ser un fuerte golpe para ella.

—¿Pudiste hablar con él?

Lluvia soltó un bufido.

—¿Hablar? Al señor Naleri pareció molestarle que su hija, de la cual no ha tenido noticias y por la cual no se ha preocupado desde que abandonó el colegio, lo llamase a casa —respondió ella con ironía—. ¿Sabes que fue lo primero que me preguntó? Si necesitaba dinero. No sabe nada de mí en años y lo primero que me pregunta es si necesito dinero, ¿te lo puedes creer?

—Sí cariño, después de lo que me has contado de él, me lo creo —aceptó sin dudar, entonces volvió a tomar la carta que trajo la muchacha y la miró de arriba abajo—. Lo que no entiendo es quien ha podido ser tan cruel para enviarte esto, tuvieron que meterlo directamente en tu buzón.

Lluvia no respondió, por algún motivo que no lograba a entender, no

había sido capaz de contarle a Isabel sobre los extraños paquetes y sobres que recibía cada año por su cumpleaños y lo que contenían. Sentía que aquello era algo demasiado íntimo, demasiado extraño como para poder compartirlo, así que se había limitado a decirle que había recogido la carta del buzón y sin remitente, tal y como se la había entregado.

—Quizás quien la envió pensó que me estaba haciendo un favor —elucubró con un profundo suspiro.

—Quien no se atreve a dar la cara y hace cosas como esta, no me parece que esté en el saco de hacer favores a nadie.

Lluvia asintió y se dejó ir encima de la mesa, cruzando los brazos.

—Deberías tomarte el día de descanso —comentó Isabel. Al ver que ella no respondía la llamó con un toquecito sobre el hombro y continuó en el lenguaje de signos—. En cuanto abra el registro, nos acercaremos y aclararemos todo esto, después te irás a casa y descansarás.

La chica sacudió la cabeza y se volvió.

—No puedo, esta tarde tengo un examen, no puedo faltar —negó pasándose las manos por la cara.

Isabel sacudió la cabeza.

—No has pegado ojo en toda la noche, deberías irte a casa y descansar si pretendes rendir esta tarde en el examen —le aseguró Isabel—. Puedes echarte una siesta antes de ir a clase.

—Soy incapaz de dormir por el día, Isa, me levanto peor de lo que estoy —aseguró con un profundo suspiro.

—Excusas —concluyó palmeando la mano de la chica—. Termínate la infusión, en una hora nos acercaremos al Registro Civil y terminaremos de una vez y por todas con esta incertidumbre.

Ella suspiró, cuando a Isabel se le metía algo en la cabeza, era imposible sacarla de sus trece, pero tenía que darle la razón, si quería salir de

dudas de una vez por todas y confirmar la veracidad de aquel documento, lo mejor sería ir cuanto antes.

No estaba segura de qué haría si confirmaban que aquel documento era tan valedero como parecía, una cosa era pensar que tenías padre y que a este no le importabas, otra, que el hombre al que habías añorado como padre, no era más que un extraño que no había tenido el valor para decirte la verdad.

Fuese como fuese, necesitaba conocer la verdad.

Nyxx contempló a Dryah mientras caminaban uno al lado del otro por la Quinta Avenida en dirección a Madison, la chica iba jugueteando con las teclas de su teléfono, concentrada en enviar un mensaje.

—Sabías que yo iba a aparecer, ¿no es así?

Dryah apretó la última tecla, entonces cerró el teléfono y lo dejó caer en el bolsillo de su abrigo antes de volver sus ojos azules hacia él con una pequeña sonrisa.

—Esperaba que antes o después vinieses a hacerme una visita —respondió con un leve encogimiento de hombros—. Sabía que no te quedarías tranquilo del todo hasta verme con tus propios ojos.

Nyxx tenía que concederle aquello. Ella era importante para él, si bien no había tenido hermanos, Dryah era lo más cercano a eso... Y quizás también a una hija... Había pasado tanto tiempo cuidando de ella, que el poder pasarle esa responsabilidad a alguien más se le hacía raro.

—Es difícil mantenerse totalmente alejado de ti, *adelfi*, cuando no se te vigila, te metes en problemas —le aseguró, llamándola hermana en su idioma natal—. Pero eso no responde a mi primera pregunta.

—Yo no soy problemática —se quejó ella.

Nyxx arqueó una ceja en una clara muestra de ironía.

—¿Me lo dices o me lo preguntas?

Dryah chasqueó la lengua y desestimó la pregunta.

—Quizás sí supiera que ibas a pasarte por la oficina —respondió ella con un suspiro.

Aquello era lo que estaba esperando, conocía demasiado bien a su pequeña amiga como para que intentara jugársela.

—Vale, detente ahí mismo —murmuró obligándola a parar—. No has hecho ni una sola pregunta de a dónde vamos y por qué y eso no encaja contigo. ¿Qué está pasando aquí?

Dryah puso los ojos en blanco y suspiró antes de soltarle:

—Soy de la opinión que hay un momento para cada cosa, pero ya que insistes, ¿por qué vamos a una floristería que está en la otra punta de Manhattan cuando hay una a dos calles de donde vivo? —le preguntó con sencillez—. ¿Y por qué tengo que comprar flores para la oficina? ¿Una orquídea? Yo no sé qué hacer con una planta, Nyxx, lo más seguro es que termine por morirse.

—¿El cactus todavía vive?

Ella lo miró con resignación.

—Sí, pero un cactus difícilmente será una orquídea.

—Son plantas, si no se te ha muerto el cactus, la orquídea sobrevivirá —aseguró con rotundidad, solo para darse cuenta de lo que estaba haciendo—. ¿Qué coño estoy diciendo?

Dryah sonrió y sacudió la cabeza, entonces le preguntó con suavidad.

—¿Quién es ella?

Nyxx se tensó y la miró con recelo.

—¿Por qué asumes que tiene que ser una mujer?

Dryah puso los ojos en blanco.

—No creo que quieras comprarle flores a Seybin —comentó de manera práctica—. La verdad, es que eso sería muy raro.

Él sonrió a su pesar y asintió.

—Es una chica... es mucho más que eso, en realidad... es... complicado —aceptó con un suspiro de resignación, entonces se pasó la mano por la nuca y se volvió a su compañera—. Hay cosas que no sabes de mí, cosas que vienen de muy atrás...

—Un poblado Gypsy arrasado a fuego y sangre, una mujer muriéndose en tus brazos —enumeró cuidadosamente Dryah—. Sospechaba de la maldición que pesa sobre ti pero no conocía que la había provocado hasta hoy en la mañana...

—¿Quién? ¿Cómo...? —Nyxx palideció al principio para luego empezar a fruncir el ceño y su rostro endurecerse—. Seybin...

Ella negó inmediatamente con la cabeza.

—No ha sido Seybin —negó con un profundo suspiro y miró a su amigo—. Yo también tengo algo que no te he contado. Cuando volvimos, la Fuente... digamos que convocó una reunión, quería que alguien ocupara la vacante que había dejado el Oráculo Universal... Además de la consorte de Shayler, soy una de sus Guardianes y su Oráculo.

La sorpresa de Nyxx fue genuina, ni en sus peores pesadillas hubiese esperado algo como aquello.

—Y pensaba que yo estaba jodido.

Dryah negó con una sonrisa.

—Yo estoy bien, es lo que quiero —aceptó sin dudar.

Nyxx la miró durante unos instantes, leyendo la verdad en sus ojos y finalmente asintió.

—Se llama Lluvia y todo parece indicar que es la última descendiente de una rama Gypsy que vivió en la Grecia Antigua —comentó eligiendo cuidadosamente las palabras—. Ella... está destinada a terminar con mi maldición, encadenada a esta más bien, es...

—Tu compañera —respondió ella sin lugar a dudas.

Nyxx asintió lentamente.

—Sí, ella es mi compañera.

Ella respiró profundamente, entonces enlazó su brazo al de su amigo y le dio unas palmaditas.

—Añadamos un ramo de rosas a tu orquídea —comentó volviéndose hacia él—. Vamos a necesitarlas.

Nyxx agradeció en silencio la disposición y camaradería de la pequeña rubia, odiaba tener que recurrir a subterfugios como aquel, pero no veía como podía presentarse alguien como él en una floristería cuando no entendía absolutamente nada de flores. La tienda se ubicaba en el bajo de un pequeño edificio de la calle 81 con la Avenida Madison, el escaparate de la derecha tenía rotulado en letras moradas el nombre de la tienda, al igual que en el toldo que cubría la fachada, mientras varias cubetas con infinidad de flores adornaban el frente con la puerta abierta.

—No me dijiste que el lugar fuera tan bonito —murmuró Dryah inclinándose sobre los cubos que tenían frente al escaparate con flores—. Mira que tulipanes más bonitos, son del mismo color que el piano de Jaek.

Nyxx no respondió, su mirada estaba puesta en el interior de la tienda, donde Lluvia preparaba un ramo de flores sobre el mostrador.

—¿Es ella? —preguntó Dryah desde su posición en el suelo y sonrió cuando el Cazador simplemente asintió—. Parece simpática.

—Es sorda —murmuró Nyxx como si acabase de recordarlo, su mirada voló a Dryah quien ya se había levantado y sostenía los tulipanes en sus manos—. Necesita el aparato que lleva en su oído derecho para oír e incluso así, su audición no es muy buena, pero sabe leer los labios.

Ella acarició el brazo de su compañero al notar la defensa en su tono de voz y se levantó con los tulipanes en los brazos.

—¿Vamos?

Antes de que pudiera contestarle, entró en la tienda haciendo sonar el carrillón que anunciaba los clientes.

—Buenos días.

Lluvia alzó la mirada hacia la puerta para ver a una pequeña y adorable muchacha de largo pelo rubio sosteniendo cuidadosamente los tulipanes que había colocado ella hacía apenas unos minutos en la cubeta. Su mirada ascendió al timbre de la puerta e hizo una mueca, ni siquiera lo había oído. Estaba por llevarse la mano a su aparato cuando vio un hombre entrando tras la chica, la respiración se le quedó atascada en la garganta cuando lo reconoció.

—Buenos días —la saludó Nyxx con un pequeño guiño.

Ella se sonrojó y volvió la mirada de uno a otro.

—Buenos días —sonrió dirigiéndose entonces hacia la chica—. ¿Preciosos, no?

La muchacha sonrió con calidez, se la veía tan transparente, todo en ella emitía tranquilidad, paz y también ronroneaba con un profundo y poderosísimo poder.

—Le estaba diciendo a Nyxx que son del mismo color que el piano de un amigo —aseguró Dryah posando las flores sobre el mostrador antes de echar un rápido vistazo a la tienda y volverse a ella—. Es una tienda preciosa.

—Gracias —asintió Lluvia y le echó una fugaz mirada al hombre quién se acercó a Dryah y miró directamente a Lluvia—. Vaya, hola otra vez.

—Hola *Níkaia* —la saludó Nyxx.

Dryah echó un rápido vistazo a Nyxx al oírle llamar a la chica “*bonita*” en su griego natal.

Lluvia parpadeó, pues no había entendido la última palabra, pero sonrió igual.

Ella es especial, Lobo.

Las flores, adelfi.

Se mordió una risita y se volvió hacia la chica, quien había empezado a separar las flores.

—¿Se las va a llevar todas?

Dryah miró a su compañero y se volvió hacia la chica.

—Como quien las va a pagar es él, sí —aceptó al tiempo que se inclinaba hacia un par de recipientes en los que había una gran variedad de rosas—. Y también quiero una docena de estas rosas blancas y otra de esas de color rosado.

—¿Una docena de cada? —preguntó Lluvia un poco sorprendida, su mirada volando hacia Nyxx.

—Sí —asintió Dryah esperando a que la chica saliese de detrás del mostrador para indicarle cuales eran—. Si pudieras quitarle las espinas, sería estupendo.

—Por supuesto —aceptó ella con una sonrisa.

Acabo de ganar unos cuantos minutos extra, di gracias, Nyxx.

En buena hora se me ocurrió pedirte ayuda. Farfulló él por medio de su comunicación mental.

—Quejica —respondió Dryah en voz alta sin darse cuenta.

—¿Disculpe? —preguntó Lluvia frunciendo el ceño. Había llegado a leerle los labios a la chica.

Dryah sacudió la cabeza y señaló con el pulgar a su compañero.

—Se lo decía a Nyxx —respondió mostrándose curiosa—. Me ha parecido que os conocíais.

Lluvia se sonrojó y esquivó la mirada de Dryah.

—Sí, él... Su presencia fue muy oportuna las dos veces que nos encontramos —dijo ella cogiendo las flores entre sus brazos para llevarlas al

mostrador—. La primera vez evitó que acabase bajo las ruedas de un coche, y la segunda recuperó mi bolso.

—¿Bajo las ruedas de un coche? —respondió Dryah con verdadera sorpresa antes de volverse a Nyxx—. No me habías dicho nada de eso.

—No hubo daños de consideración, a excepción del audífono nuevo de Lluvia —resumió él retomando la conversación e indicó el que Lluvia llevaba puesto—. ¿Conseguiste que lo arreglasen?

Lluvia se llevó la mano al oído y se lo sacó mirándolo para después negar con la cabeza.

—Había estado funcionando... Pero es obvio, que se cansó —respondió con un ligero encogimiento de hombros dejando el aparato a un lado, entonces sonrió y señaló a su amiga—. ¿Es ella tu amiga, la que vive aquí?

Dryah miró a Nyxx y finalmente le tendió la mano a Lluvia por encima del mostrador.

—La misma. Soy Dryah Kelly.

—Lluvia Naleri. —Ella vaciló en darle la mano, pues las tenía manchadas de tierra. Finalmente se las limpió en el delantal y se la estrechó.

—Un nombre curioso —aseguró Dryah volviéndose hacia Nyxx.

—Sí, un poco —aceptó la chica mordiéndose el labio inferior.

—Así que, aquí es donde trabajas —comentó Nyxx retomando el hilo de la conversación.

Ella le leyó los labios y asintió.

—Sí, este es el lugar.

—Lluvia, cielo, acuérdate de recoger las cubetas para dentro antes de que cerremos para ir al Registro Civil —llegó una voz con fuerte acento español desde la trastienda, la cual fue seguida al instante por la aparición de una mujer latina de alrededor de los cuarenta y tantos que sonrió con

amabilidad al ver a Dryah—. Lo siento, no sabía que estabas ocupada. Buenos días.

—Buenos días —saludó Dryah y le echó un rápido vistazo a Nyxx.

La sonrisa de la mujer empezó a desvanecerse a medida que fijaba su mirada en Nyxx, la confusión se dio cita en su rostro con la desconfianza al tiempo que entrecerraba los ojos.

—¿Quién eres tú? —susurró en voz alta sin darse cuenta.

Lluvia se había percatado de la entrada de Isabel al leer la respuesta en los labios de la joven rubia, la repentina tensión en la mujer la sorprendió.

—Isabel, este es Nyxx, el hombre que me ayudó durante aquel accidente con el coche —le presentó entonces, esperando que aquello ayudase a aliviar la repentina tensión que se apoderó de su amiga.

La mujer la miró y luego al hombre, algo en ella cambió y casi imperceptiblemente hizo un signo que Nyxx conocía muy bien, uno que solían hacer los Gypsy cuando se encontraban con algo que ellos creían de diabólica naturaleza.

—Señora —respondió él casi con la misma ironía.

—Isa, ¿va todo bien? —preguntó ella preocupada por la actitud de la mujer.

—Sí, *chaví*, no te preocupes.

Nyxx no reaccionó pero reconoció la palabra romaní calé “niña”. Así que la mujer era una Gypsy.

—Si tienes que marcharte, no te entretengas en limpiar las espinas, ya veré de hacerlo yo —murmuró Dryah intentando aliviar un poco la repentina tensión.

¿Qué está pasando aquí?

—No te preocupes, solo será un momento —aseguró Lluvia tratando de sonreír.

La mujer es romaní y a juzgar por su mirada, debe de haber sentido algo raro en mí.

—Estaba buscando también una orquídea —comentó Dryah mirando de una a otra mujer—. Es para hacer un regalo a mi madre política.

La palabra que buscas es suegra.

No en lo que se refiere a Bastet, ahora quiere que la llame “mamá” porque estoy casada con su hijo. Shayler no ha dejado de reírse desde que salimos de allí. Ya que quieres que compre una Orquídea, se la regalaré a ella.

—Deben gustarte mucho las flores —comentó Lluvia de pasada, sonriendo, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

Aquí hay algo raro, ella parece preocupada.

—Sí, me encantan —aceptó Dryah con sencillez—. Pero insisto, si tienes que salir a algún sitio...

—No tiene importancia, eso puedo dejarlo para mañana.

—Pero Lluvia —se interesó Isabel, en su rostro un obvio reproche.

Nyxx notó su intercambio y se acercó un poco más a Lluvia, la mujer reaccionó de la misma forma, como si quisiera protegerla de él.

—¿Problemas con algún documento? —sugirió él de manera amistosa, procuraba llamar su atención para que pudiese leer la pregunta en sus labios ahora que se había quitado el audífono.

Lluvia lo miró a los ojos y por un momento estuvo tentada a decírselo todo a él, no importaba que apenas lo conociera, de algún modo aquello parecía solo correcto.

—Algo así —respondió terminando con el primer grupo de rosas.

—Deja que te ayude —respondió Isabel, y se comunicó con ella por medio del lenguaje de signos—. Enséñale a la señora las nuevas orquídeas que llegaron ayer.

—Um... disculpa, si necesitas asesoramiento... ju... como se dice... jurídico —respondió Dryah de carrerilla—, mi compañero... mi marido es juez... y abogado.

Lluvia parpadeó sorprendida por la respuesta de la chica, no necesitaba mirarla a los ojos ni leer sus labios para saber que lo decía en serio, había algo en ella que hacía que todo el mundo creyese en sus palabras.

—Gracias —respondió con una sonrisa y le tendió la mano a modo de invitación—. Si me acompañas te enseñaré las Orquídeas.

Dryah sonrió y tras mirar a Nyxx acompañó a la chica al interior de la trastienda.

Una vez que quedaron a solas, Isabel no sacó la mirada de Nyxx.

—No he tenido oportunidad de agradecerle lo que hizo por Lluvia, temo que hubiese podido ocurrir algo desastroso de no haber estado usted allí —comentó Isabel ocupándose de las plantas.

—No hay nada que agradecer —respondió él con sencillez—. Cualquiera en mi situación habría hecho lo mismo.

—Sí —asintió la mujer. Isabel notaba algo extraño en aquel hombre, algo que no acababa de gustarle y que le provocaba una desconfianza natural—. Lluvia dijo que usted no es de aquí.

Nyxx arqueó una delgada ceja ante el velado interés en la voz de la mujer.

—En realidad soy un poco de todos lados —respondió echando un rápido vistazo a la trastienda—. Actualmente resido en la ciudad y tengo planeado quedarme algún tiempo.

Esto último lo dijo mirando directamente a la mujer con cierto tono de advertencia en su voz.

La amenaza pareció surtir efecto, por que la mujer levantó la mirada de su trabajo y murmuró en romaní:

—*Mashkar le gadjende leski shib si le Romeski zor* ^[6] —musitó la mujer.

Nyxx sonrió con ironía.

—No soy una amenaza para ti y mucho menos para ella —respondió inclinando ligeramente la barbilla para encontrarse con la mirada de la mujer.

La Gypsy debió ver algo extraño en su mirada porque reculó con una maldición abandonando sus labios.

—*Bengesko niamso* ^[7] —siseó entre dientes—. *¿Kaski san? ¿Quién eres?*

—Como ya dije, no soy una amenaza —repitió Nyxx bajando un tono más su rota voz, dándole una cadencia peligrosa—, mis asuntos son con Lluvia, ella es mucho más de lo que aparenta y deduzco por el celo con que la guardas, que lo sabes.

La mujer estaba dispuesta a responder a aquello pero no tuvo tiempo, en ese momento salían las dos mujeres de la trastienda con un par de macetas en dos cajas transparentes y se sonreían la una a la otra.

—No te creerías lo mucho que sabe Lluvia de flores, Nyxx —comentó Dryah dejando la planta que traía en sus manos sobre el mostrador antes de reunirse con él.

—Puedo imaginármelo —aseguró este dedicándole un guiño cómplice a la chica que la hizo sonrojarse—. *¿Tienes todo lo que querías?*

Dryah lo miró extrañada pero asintió.

—Sí —respondió con una sonrisa.

¿Qué me he perdido?

La mujer, en efecto, es una Gypsy.

Dryah se sorprendió ante el tono de desprecio con el que Nyxx dijo la última palabra.

¿Y qué hay con eso?

No se fía de mí.

Dryah puso los ojos en blanco al escuchar aquella afirmación en su mente y susurró en voz alta.

—Como si alguien se fiara realmente —le respondió ella con una obvia mirada que se ganó una sonrisa de parte del Cazador.

—Yo también te quiero.

—¿Lo llevará usted todo, señora?

Dryah se volvió hacia la mujer que le había hablado, no acababa de acostumbrarse a que la gente la llamase por otro nombre que no fuera el suyo.

—Sí... eh... —Dryah vaciló y miró a Lluvia y a Nyxx sin estar muy segura de que debía hacer—. ¿Puedes?

Nyxx esbozó una divertida sonrisa.

—Creo que podré cargar con unas cuantas flores sin que se resienta mi espalda, *gatáki*^[8].

Dryah se sonrojó y alzó ambas manos a modo de rendición.

—Al final del día, ellos mandan —suspiró ella.

Nyxx se echó a reír ante aquella salida tan impropia en ella.

—¿Estás segura?

—La pregunta sería, si lo estáis vosotros —le aseguró Dryah con un ligero encogimiento de hombros—. Algunos parecéis pensar que sí.

—¿Se equivocan? —sugirió Lluvia intercambiando una rápida mirada con Nyxx y su acompañante.

—Por supuesto —aseguró Dryah sonriéndole—. He descubierto que el truco está en que ellos no lo sepan.

Las tres mujeres rieron ante el femenino comentario durante un instante, entonces Lluvia envolvió las rosas y los tulipanes y metió las dos orquídeas en unas bolsas.

—Pagabas tú, ¿no? —le recordó Dryah con total inocencia.

—Sí —respondió Nyxx tendiéndole la tarjeta de crédito a la chica al tiempo que le enseñaba el DNI para que corroborara sus datos.

—Gracias —respondió Lluvia tecleando el importe.

—No hay de qué —respondió él esperando a firmar el recibo, entonces le devolvió el bolígrafo y su copia al tiempo que encontraba su mirada—. Creo que todavía tienes mi teléfono, si necesitas ayuda con esos documentos, solo dame un toque.

Lluvia recogió su copia y el bolígrafo y lo miró sorprendida.

—Yo... sí... creo que sí... lo tengo... —aceptó con un ligero asentimiento.

Nyxx le sonrió y echó un vistazo al ceño fruncido de su compañera, aquella Gypsy estaba claro que no gustaba de su presencia.

—Pues no dudes en utilizarlo —articuló cuidadosamente para ella y le dedicó un guiño—. Nos vemos.

—Sí, claro —aceptó y miró a Dryah con una sonrisa—. Gracias por tu compra.

Dryah sonrió y asintió antes de salir por la puerta con las dos bolsas de las plantas y esperó a Nyxx en la calle. Cuando él se reunió con ella lo miró y echó un último vistazo a la tienda.

—Es más especial de lo que crees.

Nyxx arqueó una ceja en respuesta.

—¿Otra de tus visiones, Oráculo?

Dryah sacudió la cabeza, sus coletas moviéndose de un lado a otro.

—No, solo... Sé que es así.

—Te temo, Libre Albedrío, cuando hablas así, te temo.

Dryah sonrió pero no volvió a decir nada.

CAPÍTULO 5

Isabel se quedó mirando la pareja que había dejado la tienda y se alejaba calle abajo, durante todo el tiempo que llevaba de vida nunca se enfrentó con algo como eso, aquel hombre era mucho más de lo que decía ser, había algo que no estaba del todo bien en él, podía sentirlo como sintió las raíces de la fuerte *Armaya*^[9] que le había sido echada.

—Una maldición Gypsy —murmuró estremeciéndose interiormente antes de volver la mirada hacia Lluvia quien observaba la firma de él en el ticket de la compra—. ¿Qué puede querer él de ti, *chaví*?

Sacudiendo la cabeza para hacer a un lado aquel extraño presentimiento que empezaba a crecer en su interior echó un vistazo a la trastienda al lugar en el que había dejado su baraja de Tarot, los dedos le hormigueaban como siempre que sentía la imperiosa necesidad de hacer una tirada, el recuerdo de las enigmáticas tiradas anteriores volvió a su mente recordando el hombre misterioso que había aparecido rondando a la mujer y los secretos que parecían interponerse en el camino de ambos.

—Termino con esto, meto las flores en la cámara y ya podemos irnos — comentó Lluvia volviéndose a Isabel, de modo que pudiera leer su respuesta.

Isabel se giró hacia Lluvia, su rostro debía reflejar su ansiedad y preocupación pues atrajo la atención de la chica, quien había estado limpiando el mostrador de los restos de las plantas para luego volver a colocarse el audífono, el cual parecía volver a funcionar.

—¿Ocurre algo? —preguntó intrigada—. ¿Va todo bien?

Isabel dudó durante unos instantes, había visto la forma en que Lluvia

reaccionaba ante aquel hombre, la tranquilidad que parecía embargarla cuando estaba ante él, algo extraño dado que la chica tendía a desconfiar bastante de los desconocidos, apoyándose en su minusvalía como excusa.

—Sí —respondió finalmente Isabel—. Me distraje pensando en mis cosas.

Lluvia la observó discretamente, sin estar segura de que su amiga le estuviese diciendo toda la verdad. Antes de que pudiera preguntar, Isabel se volvió hacia la trastienda.

—Recoge las flores de fuera mientras miro la cámara y encarguémonos cuanto antes de este asunto —le dijo desde la trastienda—. Debemos ir al Registro antes de que cierre y todavía puede llevarnos algún tiempo que nos den una respuesta.

Lluvia suspiró y fue hacia la puerta, para meter las cubetas de flores al interior de la tienda, por un momento había conseguido olvidarse del problema principal del día, el único que había cambiado toda su vida en cuestión de segundos.

Solo esperaba que lo que encontrase en aquella oficina, le diese alguna respuesta o confirmación a lo que muy dentro de ella intuía que era verdad.

Dos horas después, Lluvia abandonaba el edificio del Registro Civil con la confirmación que había estado buscando, su mirada se alzó hacia el cielo y se quedó mirando una nube que de alguna manera le recordaba a un pájaro, como el Ave Fénix. La comparación no pudo más que traer una sonrisa a sus labios, aquel pájaro mitológico moría solo para resurgir de sus cenizas, quizás debiera de tomarlo como ejemplo y hacer lo mismo.

La visita al Registro no hizo más que confirmar sus sospechas, en realidad, la mujer que las había atendido se sorprendió ante el hecho de que Lluvia tuviese en su poder un documento como aquel, ya que ese pertenecía

únicamente al hospital y a las personas físicas que llevaban a cabo la adopción. La mujer del registro les recomendó entonces que se pusiera en contacto con el hospital para saber si ellos habían extraviado el documento o alguien, con algún poder judicial, habría podido disponer de él. Así mismo había echado por tierra cualquier esperanza de que pudiese saber algo sobre su madre biológica, ya que los datos de la adopción siempre se mantenían en la más estricta confidencialidad y más aún cuando se hacía por medio de un hospital.

Así pues, cualquier pista que pudiese haber estado dispuesta a considerar sobre su pasado, se redujo en unos pocos minutos a nada, su nombre no era más que otro registro en un acta de nacimientos y adopciones, podría ir al hospital en el que se había expedido el acta de adopción, pero dudaba que fuese a encontrar nada allí.

—¿Estás bien? —Isabel le tocó en el hombro para llamar su atención.

Lluvia se encogió de hombros y contestó por medio del lenguaje de signos.

—No peor que esta mañana —aceptó mirando el sobre con la copia de los documentos que le habían otorgado en el registro—. Imagino que será cuestión de acostumbrarse.

Isabel chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Quisiera saber quien tiene tan mala fe como para enviarte esa carta —aseguró la mujer, comunicándose por medio del lenguaje de signos.

Lluvia suspiró, recordando haberle dicho a Isabel que encontró la carta en el buzón a su nombre, sin remitente, omitiendo cualquier cosa que lo relacionase con los extraños envíos de los últimos años. Era curioso que aquel paquete le hubiese llegado en aquel momento, puesto que no coincidía como siempre lo había hecho con la fecha de su cumpleaños.

—Más me gustaría saber cómo consiguieron sacar esto del hospital, si

como ha dicho la funcionaria, se necesita prácticamente una orden judicial para retirar un documento así incluso por el propio adoptado —murmuró Lluvia, entonces sacudió la cabeza—. Esto es una locura, ¿por qué ahora? ¿Por qué precisamente ahora?

—¿Preferirías no haberlo sabido? —sugirió Isabel.

Lluvia suspiró.

—En estos momentos no sé qué es lo que prefiero —aceptó mirando el reloj a la par que metía de nuevo el sobre en su bolso—. Iré a casa a recoger mis cosas y me iré directamente a la biblioteca, intentaré repasar para el examen de esta tarde, eso si consigo concentrarme en algo que no sea esa maldita carta.

—¿Estás segura? ¿No sería mejor que descansaras antes un poco? —sugirió Isabel con preocupación. Lluvia no había descansado nada en toda la noche, su rostro estaba pálido y sus ojeras eran más que evidentes.

Lluvia sacudió la cabeza.

—Estaré bien —se obligó a creerlo ella misma, entonces se volvió hacia la mujer con un repentino pensamiento—. Isa, ¿conservas todavía la copia del mensaje que te envié el día del accidente con el coche?

La mujer se sorprendió por la pregunta e incluso receló un poco. No le gustaba la idea de que Lluvia se acercara a aquel hombre, había algo en él que no lograba ver y no estaba tranquila.

—No estoy segura de que lo conserve, sabes que suelo borrar los mensajes cuando se acumula la bandeja, ¿por qué?

Lluvia dudó. ¿Por qué ese interés ahora en saber si tenía el número de Nyxx? Quizás había quedado impactada por verlo nuevamente, quizás... Fuera por eso.

—Y no habrás guardado el número de teléfono desde el que te mandé el mensaje, ¿no? —se encontró insistiendo.

Isabel se detuvo y se quedó mirando a la chica, su expresión se volvió seria durante un instante. Lluvia no había sentido ningún interés por aquel hombre en el momento del accidente, de hecho se había olvidado por completo de él pese a que ella misma la había estado azuzando y bromeando sobre el desconocido, ahora que lo había visto, no podía estar más arrepentida de sus acciones. Aquel hombre no era lo que parecía, de algún modo estaba segura de ello.

—No creo que debas volver a verte con él, mi querida —le dijo muy lentamente, como si quisiera asegurarse que Lluvia podía leerle los labios—. No estoy segura de que él sea realmente quien dice ser.

Lluvia arqueó una ceja en respuesta.

—¿Ocurrió algo mientras le mostré a la señorita las Orquídeas? —preguntó vacilante.

Isabel pareció dudar durante un instante, pero finalmente respondió.

—Hay algo oscuro en ese hombre, *chaví*, oscuro y antiguo —aceptó con toda la seriedad que se le conocía—. Podría incluso jurar que alguien le ha echado una *Armaya*, una maldición gitana.

Lluvia se la quedó mirando durante un buen rato, entonces esbozó una sonrisa de incredulidad.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad?

La mujer caminó hacia ella y posó su mano sobre el hombro femenino.

—No podría asegurarlo al cien por cien, Lluvia, pero sí que hay algo que no está del todo bien en él, es como si no fuese del todo la persona que ves ante ti.

Lluvia se estremeció, ella misma había tenido una sensación parecida con respecto a Nyxx, como si hubiese más del hombre que tenía ante ella, pero en ningún momento lo había sentido como una amenaza, sino al contrario. Cuando lo vio entrar en la tienda con aquella bonita rubia se había sentido

inexplicablemente alegre, el solo hecho de volver a verlo consiguió apartar durante unos instantes todo el desastre en el que se había convertido su vida, diablos, si hasta le estuvo mirando el culo cuando se volvió hacia su compañera, y qué culo. No podía negar que se sentía atraída por él, algo ilógico y poco racional, pero tenía algo que no había encontrado jamás en otros hombres, no era algo tangible pero estaba allí, y diablos, tenía que estar ciega además de sorda para no ver el pedazo de queso que era.

Un suspiro procedente de los labios de Isabel llamó su atención.

—Ya veo que a ti te ha dejado huella —murmuró la mujer con resignación.

Lluvia se apresuró en negar con la cabeza.

—No, yo...

Isabel sonrió.

—Cariño, yo también tengo ojos en la cara, es normal y comprensible que te atraiga alguien como él —aceptó a pesar de sí misma.

Sí, lástima que aquello pareciese ir más allá de la simple atracción.

—Solo ten mucho cuidado —insistió—. Sé que hay algo oculto en todo esto, y empiezo a pensar que los secretos que describían las cartas tienen algo más que ver que con lo de tu adopción.

Lluvia no respondió, tampoco es que supiera que decir en aquellos momentos.

—Si vas a ir a la biblioteca, asegúrate de comer algo antes, ¿de acuerdo? —le hizo prometerle—. Te llamaré esta noche, cuando salgas de clase, para ver qué tal te ha ido.

Con una vacilante sonrisa, asintió, le dio un abrazo a Isabel y bajó a la estación de metro que la acercaría a su hogar.

Dryah dejó las dos macetas con las orquídeas en el suelo del ascensor

mientras se giraba a recoger los ramos de flores de los brazos de Nyxx. Este mantenía cubierto el sensor de las puertas para que no se cerraran mientras ella se organizaba para trasladar todas las flores.

—¿Podrás con todo? —le preguntó él cuando le dejó el último ramo en los brazos.

Dryah sopló aire en un intento de hacer a un lado un mechón de pelo y asintió sopesando su carga.

—Eso creo —asintió con diversión—. Cuando llegue arriba, llamaré a Lyon y se las dejaré caer todas en los brazos, será toda una experiencia verlo cubierto de flores.

Nyxx esbozó una sonrisa.

—Serás diablillo, ¿eso es lo que te está enseñando el Juez? —sugirió con tono divertido.

Ella solo sonrió.

—Sus enseñanzas abarcan un poco de todo —respondió ella con un ligero encogimiento de hombros, antes de ponerse ligeramente seria y volverse a mirarle—. ¿Estarás bien?

Él la miró durante un instante y finalmente ladeó el rostro entrecerrando los ojos con una clara ironía en ellos.

—¿Ahora eres tú la que se va a preocupar por mí?

Dryah le sostuvo la mirada.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no? —le respondió ella, entonces se volvió y se alzó sobre la punta de los pies para poder darle un beso en la mejilla—. Solo cuídate, Nyxx y cuídala también a ella.

Él asintió y dio un paso atrás permitiendo que las puertas se cerraran.

—No hagas ninguna trastada —oyó la voz de Dryah antes de que las puertas se cerraran por completo y el ascensor empezara su ascenso.

Él sonrió ante la advertencia de la pequeña rubia, había cosas que

simplemente no podían evitarse.

Lluvia abandonó la academia con un amargo sabor de boca, no estaba segura de lo que esperaba encontrarse en el examen, pero no creía que fuese a obtener una buena puntuación, había tenido la cabeza en otro lado durante todo el día.

Se había decantado por hacer Paisajismo en una academia especializada y por que la prueba de acceso había sido milagrosamente sencilla y le permitió acceder a ella. Adoraba la naturaleza y el arte, le hubiese gustado poder hacer la carrera de Arquitectura Paisajística en la universidad y residir en el campus, pero a los veintinueve años, y teniendo como única fuente de ingresos su sueldo de la tienda, todo lo que podía hacer era asistir a las clases nocturnas y rogar que pudiese estirar el dinero lo suficiente para poder costearse los materiales. No había elegido una profesión fácil, necesitaría al menos cuatro años para poder sacarse el título y estaba más que claro que ella no era un cerebritito, solo su pasión y las ganas de aprender evitaban que se diese por vencida antes de empezar.

Miró el reloj y suspiró, a esas horas el metro estaría a reventar de gente, pero no le quedaba de otra, no podía ir caminando. La última vez que lo intentó, había tardado casi una hora en llegar a su casa y cuando por fin llegó a ella estaba tan empapada que al día siguiente amaneció con un fuerte resfriado que la mantuvo en cama durante varios días.

—Si consigo cogerlo ahora, podré bajarme en Central Park y hacer el resto del tramo a pie, solo serán quince minutos y me ahorro tener que pelearme con la muchedumbre para hacer el transbordo —murmuró para sí misma mientras hurgaba en el bolso en busca de la tarjeta del metro—. Pronto tendré que sacarme otra.

El gasto extra del transporte era otro de los puntos negros de su vida de

estudiante, uno que iba a quedar relegado ante el hecho de tener que buscar vivienda. Había estado barajando la idea de mudarse cerca de la academia pero los precios de los alquileres eran desorbitantes, y a esas alturas del curso académico los pisos de estudiante ya estaban totalmente ocupados. Realmente el panorama se le antojaba deprimente, tanto que prefirió no seguir pensando en ello y corrió hacia la entrada del metro que había un par de calles más abajo, si no quería perderlo tenía que darse prisa.

Cruzándose la cinta de la cartera a través del pecho bajó por la entrada del metro. La diferencia de temperatura del exterior con el interior del subterráneo era apabullante, podías estar muriéndote de frío en el exterior que en el interior de los túneles te sobraría hasta la chaqueta.

Bajó las escaleras con cuidado, el suelo estaba mojado, parecía que había estado lloviendo mientras asistía a la conferencia del seminario, por fortuna, el tiempo pareció estabilizarse para el momento en que abandonó el enorme edificio. Era irónico que tuviese un nombre como el de Lluvia y no le gustase demasiado ese estado del clima, prefería con mucho el frío invernal de la nieve, o el tibio calor de la primavera, a la incesante lluvia que podía pasarse días cayendo sin interrupción.

Como había previsto, el metro estaba a rebosar de gente, nunca le habían asustado los lugares cerrados pero las aglomeraciones de gente la ponían nerviosa, dejando sus nervios de punta y la desconfianza a flor de piel y su incapacidad auditiva no hacía sino agudizar esa fobia. Ella prefería con mucho los espacios abiertos, debía de ser así mismo la única persona que amaba sus momentos de completa soledad.

Escurriéndose entre la gente, pasó la tarjeta y entró en los túneles precipitándose hacia la enorme locomotora subterránea que recorría el subsuelo de la Gran Manzana. Un rápido vistazo a su alrededor y todos los asientos estaban ocupados, tenía casi unos veinte minutos por delante de viaje,

así que se fue hacia una de las agarraderas y se posicionó de modo que pudiera estabilizarse sin molestar a nadie, ya que si llegaban a decirle algo y no la estaban mirando a la cara, ella no les oiría.

Claro que, para escuchar tonterías, a veces era preferible estar sorda.

El cansancio y los extraños sucesos del día estaban haciendo ya mella en ella, con un suspiro recordó la caja que le esperaba en el mostrador de la cocina, no había podido quitarse de la cabeza el documento de adopción en el que figuraba su nombre. Y estaba aquella especie de diario o cuaderno de flores ilustradas y unas cuantas frases en un idioma que le era desconocido. Si bien, en medio de aquel cuaderno encontró algunas frases que bien podían ser romaní. Una de aquellas frases perdidas entre las ilustraciones, le había llamado la atención: *Kay zhala I suv shay zhala wi o thav*.

—Donde la aguja va, seguramente le seguirá el hilo —murmuró Lluvia en voz alta. Había conseguido traducir la frase en la biblioteca, después de ponerla en uno de los foros de la red en el que alguien amablemente le había dado la traducción, pero Lluvia era incapaz de encontrarle significado. No había nada más allá de lo que se hacía obvio en aquella frase, el porvenir, algo inevitable. Pero, ¿el qué? ¿Qué era eso tan inevitable que alcanzaría antes o después?

Las luces del panel cambiaron mostrando la próxima estación y Lluvia se abrió paso hacia la puerta, esperando a que llegase su parada y pudiese apearse del metro. Ojalá dejar sus problemas atrás fuera tan fácil como bajarse de un tren cuando este se detenía.

La noche ya había caído sobre la ciudad, la gente se había ido a casa y solo quedaban algunos rezagados que empezaban su turno de trabajo o aprovechaban los últimos momentos antes de recogerse, el Parque a esas horas estaría prácticamente vacío, con la noche húmeda y nublada que se había quedado dudaba incluso que los vagabundos buscasen refugio en su seno.

Respirando profundamente tomó en su interior el agradable olor de la tierra húmeda, toda una ironía que no le gustase la lluvia pero sí el aroma que impregnaba la tierra y los árboles después de que esta cayese. El parque parecía estar en completo silencio, un silencio que iba más allá de su incapacitado sentido del oído, Lluvia no sabía explicarlo pero era capaz de adivinar cuando los pájaros trinaban en los árboles aún sin oírlos, o cuando las ardillas correteaban entre los arbustos aunque no estuviesen a la vista, esa noche sin embargo, el parque estaba completamente silencioso, como si presintieran que había un nuevo predador al acecho.

Estaba tan ensimismada en su ambiente que prácticamente cayó en el suelo al tropezar con el obstáculo que se había interpuesto en su camino. Lluvia se volvió inmediatamente esperando que hubiese chocado con un banco, o se hubiese llevado algún árbol por delante, después de todo, podía ser sorda, pero sus demás sentidos tendían a desvanecerse cuando se sentía en comunión con la naturaleza.

Se quedó congelada cuando se encontró cara a cara con un hombre, su mirada brillaba con un atisbo de sorpresa, el cual pronto fue sustituido por masculina apreciación, una apreciación que se hacía nauseabunda ante la visión de sus dientes amarillentos y el apestoso aliento a alcohol que emanaba de él.

—Disculpe, no le había visto —murmuró ella rápidamente, intentando sortear al hombre y continuar su camino.

—Ey, no tan deprisa, bonita —se rió el hombre, que estaba claramente borracho. Su mano de dedos ganchudos se cerró en su brazo y tiró de ella haciéndola trastabillar—. ¿A dónde vas? ¿No te apetece un trago?

Tuvo que concentrarse para mirarle a los labios y leer en ellos lo que estaba diciendo, aunque todo lo que quería era salir corriendo. La mano del hombre se había cerrado con fuerza en su brazo y no era capaz de soltarse.

—Suél..te...me —empezó a tartamudear. Cuando se ponía nerviosa era incapaz de encontrar su voz—. O...gri... grito.

—¿Por qué vas a gritar? Vamos, te invito a la fiesta —se rió el hombre antes de arrastrarla hacia uno de los bancos más adelante en el que había otro hombre tirado, presumiblemente durmiendo la mona—. Ey, Charles, mira lo que he encontrado, se quiere unir a la fiesta. Dale una cerveza.

Lluvia entró en pánico cuando el otro hombre medio se incorporó y levantó la cerveza a modo de brindis.

—Hola, guapa. ¿Te unes a la fiesta? —la recibió con un movimiento de su botella.

—¿Has visto? Tiene una piel muy suave —aseguró el borracho que todavía la tenía agarrada, acariciando la piel de las manos de ella, para luego pasarle una sucia mano por el rostro—. Me pregunto si será igual en todos lados. ¿Qué te parece si dejamos que Charles duerma la borrachera y tú y yo nos vamos a celebrarlo?

Lluvia empezó a sacudir la cabeza y forcejeó con más fuerza, llegando a pegarle una patada en la tibia que hizo al hombre aullar y soltarla de un salto.

—¡Zorra! —clamó gritando y escupiendo. Su botella salió disparada hacia la chica, rompiéndose a sus pies. Lluvia estaba aterrada, paralizada por el miedo.

—¡Ey! ¿Qué le has hecho a mi colega? —se levantó el hombre que había estado sentado en el banco.

Ella gimió, dio media vuelta y echó a correr solo para sentirse lanzada contra el suelo con fuerza, seguido de varios vapuleos que la alzaron y la dejaron boca arriba con el hombre que había estado tumbado en el banco cerniéndose sobre ella.

—No está bien pegarle a Peter —aseguró este agarrándole las manos cuando las alzó para pegarle—. Eres una chica muy mala, pero te voy a

enseñar que se les hace a las chicas malas como tú.

Lluvia palideció cuando sintió la mano del hombre tironeando de su chaqueta y bajando a la cintura de su pantalón, el estupor y el temor dieron paso al terror y empezó a revolverse como una gata, pegando y arañando.

—¡Maldición, Peter! ¡Échame una mano! —clamó el que tenía sujeta a la chica—. Me está pegando.

—Pues pégame tú a ella —le respondió el otro borracho.

Lluvia alcanzó el rostro del hombre sobre ella y le arañó con fuerza haciéndolo aullar.

—¡Putá! —clamó y su mano salió disparada hacia la muchacha volviéndole la cabeza de una bofetada. El dolor explotó en la cabeza de Lluvia, el sabor metálico inundó su boca mientras todo a su alrededor empezaba a zumbar, las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas mientras sus labios formaban una muda súplica.

Ayuda.

El ambiente húmedo no era algo que molestara especialmente al lobo, su larga lengua rosada salió entre los agudos y afilados dientes para lamerse la nariz, todo su pelo brillaba por el rocío de la lluvia que había caído mientras correteaba y estiraba sus poderosas patas por las inmediaciones de Central Park. Los chicos de Control de Animales estarían tan calientes y secos en su oficina que no tendrían ni ganas de salir a patrullar lo cual para él estaba bien.

Sacudiéndose desde la cabeza a la cola, hizo volar las gotas de lluvia que habían mojado su pelo sin llegar a penetrar en su piel, sus profundos e intensos ojos verdes recorrieron la extensión que se abría ante él empapándose de la noche como solo podía hacerlo a través de la visión de un animal.

La caza había logrado aplacar un poco su interior, las dos almas que

acompañó hasta la Puerta le habían dado trabajo suficiente como para liberar la tensión que se había ido acumulando desde que la vio aquella mañana, con todo, ni siquiera ahora, después de correr en su forma lobuna se sentía del todo tranquilo. El parque estaba demasiado silencioso, de la manera en que lo estaría un terreno vacío, muerto, pero aquello estaba bien con él, solía ser así cuando corría en esa forma, los animales que hacían su casa en aquella parcela de vegetación estaban bien escondidos pues no querían tener que enfrentarse a un predador natural como él. Los únicos ruidos que escuchó pertenecían al correr del agua, a los lejanos sonidos del tráfico y a las murmuradas conversaciones de amantes y vagabundos que a pesar del inclemente tiempo habían decidido salir a pasear por la noche.

Un bajo gruñido escapó de su garganta mientras sus patas pisaban con mucha suavidad sobre el terrero alejándole de su posición actual, había algo en el ambiente que no estaba bien pero no conseguía dar con el motivo. Su rosada lengua lamió nuevamente su nariz antes de alzar el hocico hacia el cielo y otear el aire en varias direcciones, el aroma que captó lo dejó tenso, inmóvil, un ligero gemido naciendo desde lo más profundo de su garganta cuando reconoció el olor, el único que hacía que su alma de lobo aullara de placer. El aroma se hacía más intenso hacia la zona sur, su largo hocico se deslizó en aquella dirección antes de que su larga lengua saliera de su boca y se lamiera una vez más, como si pudiera saborearla. Con un pequeño salto sus patas lo impulsaron hacia el camino, sus pisadas apenas se advertían sobre el terreno mientras trotaba en aquella dirección, su larga y peluda cola ondeándose con impaciencia mientras los músculos de sus poderosas patas trabajaban al unísono acercándolo más y más hacia aquel aroma que lo llamaba como una sirena.

Una leve ráfaga de aire lo hizo detenerse nuevamente, sus orejas moviéndose espasmódicamente, algo no iba bien, ahora no tenía duda, el aire

había traído a su nariz el aroma de ella mezclado con un profundo miedo. Desnudando sus colmillos en tensa respuesta permaneció inmóvil, sus grandes orejas se movían tratando de captar hasta el más leve sonido en el parque y finalmente lo oyó. El grito se clavó en su interior con garras de acero, el terror en aquella voz femenina hizo que su pelo se erizara y sus colmillos relucieran en todo su esplendor, sus poderosas patas levantaron la arenisca del suelo cuando se lanzó en una infernal carrera a través del parque. El terreno se hacía borroso bajo sus pies, la vegetación se confundía con la noche mientras corría impulsando su ágil cuerpo hacia su compañera.

Lluvia

Su nombre hizo eco en la nebulosa parte que era su mente cuando estaba en esa forma primitiva, hombre y bestia tenían un solo interés en ese momento, alcanzar a su compañera y matar lo que quiera que hubiese originado su miedo.

El olor a alcohol e inmundicia humana le llegó antes que el claro sonido de las risas masculinas y los desesperados gritos y lloros femeninos aumentando la mortífera rabia que crecía en su interior. Su alma salvaje tomó las riendas volviendo su visión roja e intensa, la razón quedó relegada a una esquina de su cerebro mientras el modo predador del lobo entraba en acción avivado por los recuerdos, la impotencia del pasado y la necesidad de defender aquello que era suyo y por primera vez desde que la maldición lo había atado a aquella bestia, dio rienda suelta a su libre albedrío.

Con un poderoso salto el animal se lanzó a la yugular de su presa derribando al humano entre aterrados gritos, la sangre brotó a través de sus papilas gustativas cuando hundió las fauces en la tierna carne asegurando su presa contra el suelo con mortal precisión. Su mirada letal estaba fija en el otro hombre que se había apartado dando traspiés, gritando como si estuviese frente al mismísimo diablo. La mujer yacía en el suelo, su chaqueta estaba

abierta, la camiseta había sido alzada de forma precaria dejando a la vista el color marrón de su sujetador y sus jeans habían sido abiertos, ella lloraba silenciosamente, su pelo revuelto y entretejido con la suciedad del suelo volviéndose de lado hasta quedar en posición fetal, temblando como una hoja. Una poderosa ola de rabia y ultraje sacudió todo su cuerpo haciéndolo temblar, el humano bajo sus fauces había dejado de luchar y toda su atención se centraba ahora en el otro hombre que tenía serias dificultades para permanecer en pie y no chocar y caer cada dos pasos con sus propios pies.

Su fuerte mandíbula soltó su presa solo para incorporarse y avanzar con los dientes al descubierto y goteando sangre hacia su próxima víctima, su enorme cuerpo fue describiendo un amplio círculo manteniéndose en todo momento entre la mujer y aquel despojo de humanidad.

—Lo... lo has... matado —gemía el hombre, su aterrada mirada puesta en el cuerpo inerte y ensangrentado de su compañero, las lágrimas bañaban su rostro y un fuerte olor a orina caliente llegó hasta su nariz, haciéndole fruncir el hocico con asco—. Mi dios, lo has matado... Lo has matado...

El lobo frunció aún más el hocico mostrando sus poderosos dientes en una mueca que proclamaba que no sería el único.

Un nuevo gemido seguido por un jadeo femenino captó su atención, haciéndolo desviar un instante la mirada de su presa a la pequeña hembra que ahora lo miraba desde el suelo con el terror alojado todavía en sus ojos. Sus fauces se relajaron al mirarla ocultando los dientes, su enorme cabeza se inclinó ligeramente en señal de sumisión. Él no quería asustarla, ella era suya, no quería asustarla. Poco a poco la neblina rojiza fue dando paso nuevamente a la conciencia compartida y junto con ello un profundo aullido lobuno escapó de la garganta del animal, un sonido tan lastimero que todos los perros y sus congéneres alojados en el Zoo dentro del parque empezaron a responder.

El sonido de pies derrapando sobre la tierra hizo que la cabeza del

animal se volviera de golpe para ver al otro humano corriendo por su vida, todo él se tensó dispuesto a seguirlo y darle un fin parecido al del primero pero cuando estaba a punto de hacerlo, una aterrada súplica se hundió en su mente derribándolo como si lo hubiesen impactado con un dardo tranquilizante.

¡No! ¡Por favor, no!

Su mirada voló hacia la muchacha que temblaba como una hoja, su mirada continuó sobre la suya durante unos instantes, antes de dejarla vagar a su alrededor y tensarse cuando vio al otro hombre tendido en el suelo en un charco de sangre. Jadeando y llorando, todo al mismo tiempo empezó a deslizarse por el suelo, retrocediendo del cuerpo inerte y del preciado líquido de vida hasta conseguir a duras penas ponerse en pie solo para volver a caerse, incapaz de apartar la mirada del cadáver.

—Qué... que has... está... es... muer... muer... —jadeaba y temblaba al mismo tiempo, su mirada atónita y absolutamente aterrada fija en la figura inmóvil y ensangrentada en el suelo—. Oh d... dio... dios... oh... O...

Nyxx se lamió la nariz involuntariamente y probó nuevamente el sabor de la sangre recordándole lo que ese hijo de puta había estado a punto de hacerle a su compañera, un bajo gruñido brotó desde el fondo de su garganta pero se obligó a retenerlo al ver la mirada aterrada en los ojos de ella. Alzó el hocico y movió las orejas tratando de captar algún olor o sonido, entre el alboroto de los animales del zoo y la carrera del otro hombre no dudaba en que pronto vendría alguien a echar un vistazo, tenía que sacarla de allí.

Muy lentamente, agachando su cuerpo empezó a acercársele, ella no se movió, toda ella temblaba de forma incontrolada, sus manos aferraban la chaqueta contra su cuerpo mientras miraba la sangre que se había ido extendiendo bajo el cadáver a pocos pasos de donde se encontraba.

Mírame, Mikrés^[10], vuelve tu mirada hacia mí

Su orden mental fue directa y precisa, no estaba seguro de si funcionaría en su forma lobuna pero por la reacción de ella, que se volvió hacia él como si lo hubiese oído parecía que había funcionado.

No apartes tus ojos de los míos. Solo mírame

Lluvia cumplió su parte, sus ojos volviéndose hacia el lobo.

—Por qué te... ¿Te oigo? —murmuró ella sacudiendo la cabeza—.

No... no, no, no...

Todo irá bien. Solo mírame. Ven. Ven conmigo

—No —volvió a negar ella con la cabeza antes de echarse a llorar nuevamente—. No... no... él... él est... a... muer... Muerto... tú... tú...

Nyx maldijo interiormente, ella era demasiado fuerte, había algo en su interior que le hacía imposible controlarla de esa manera, o a lo mejor era por su forma de lobo.

Oh, qué demonios

Antes de poder pensarlo, recorrió el camino que los separaba en un santo, la rodeó y agarrando con los dientes la cartera que todavía llevaba atravesada, empezó a tirar de ella con fuerza, sin darle oportunidad a negarse, arrastrándola con él. Si esa era la única forma, arrastraría su culo por todo el parque si hacía falta, pero iba a sacarla de allí.

Lluvia estaba aterrada, ese enorme perro...lobo... lo que fuera, había matado a un hombre delante de ella... El mismo hombre que estaba dispuesto a violarla con ayuda de su compañero. Ambos estaban borrachos, el olor a alcohol no había abandonado todavía su nariz, ni la mirada libidinosa y desagradable que vio en su rostro, sus manos se habían movido como garras sobre su cuerpo, la tocaron... Un estremecimiento de repulsión la recorrió de nuevo y toda ella volvió a temblar por lo que había estado a punto de ocurrir.

—Ese... ese hom... hombre... muerto —balbuceó de nuevo, tropezando

con sus propios pies mientras el can no cesaba en tirar de su ropa alejándola de la escena y la sangre que había cubierto el suelo bajo aquel cuerpo. Trató de volver la mirada atrás solo para obtener un gruñido de advertencia de parte del animal.

No mires atrás

Sacudió la cabeza, sus ojos fijos en los de aquella bestia que no cesaba de tironear de ella, haciéndola avanzar hacia el puente que cruzaba el lago.

—Lo... lo ma...mataste —murmuró incapaz de pensar en otra cosa.

El animal se detuvo un instante y alzó la nariz como si estuviese olfateando algo, entonces volvió a tirar de ella hacia la pendiente que bajaba hasta el agua.

—¿Qué... que ha... haces?

El lobo gimoteó tirando nuevamente de ella para soltarla al final haciendo que cayese sentada.

Espera, aquí

Satisfecho, comprobó los alrededores antes de descender trotando hasta el agua y hundir sus patas delanteras manchadas de sangre, así como su hocico en el agua. No soportaba el sabor de la sangre en su boca, sabía que su pelaje estaría igualmente manchado después de atacar a aquel desgraciado y ella ya estaba bastante asustada y en shock como para añadir más recordatorios a la lista. Se frotó el hocico con las patas y sobre la hierba antes de volver a sumergirlo en la helada agua, entonces se sacudió por entero y volvió la mirada hacia donde había dejado a la chica.

Había desaparecido.

Nyxx entró en pánico durante una fracción de segundo, el tiempo que le llevó registrar la zona con su fino oído y la escuchó arrastrando los pies un poco más allá del puente. Sacudiendo una vez más su peluda cabeza, se impulsó sobre sus patas y ascendió en un par de saltos al camino principal,

siguiendo su olor.

Mujeres. ¿Por qué no se quedan dónde les dices que se queden?

No tardó ni un minuto completo en dar con ella deambulando totalmente desorientada, murmurando en voz baja sobre el hombre que él había matado, sobre voces en su cabeza. Realmente le sorprendía que pudiese oírle, pero después de todo, ella era descendiente de los Valaco, uno de los pueblos romaní más fuertes que se habían dado en Grecia y esa tribu era conocida, entre otras cosas, por su afinidad con todo lo que tenía que ver con lo sobrenatural y la naturaleza, y lo más importante de todo, ella era su compañera.

Si un lobo pudiese suspirar, él lo habría hecho en ese mismo momento.

Adelantándose con un sencillo trote se paró delante de ella cortándole el paso. El terror en su mirada en cuando lo vio le dolió tanto como si le hubiesen clavado un hierro ardiendo, estaba aterrorizada de él, no es que pudiese culparla después de haber pasado por aquel infierno.

—Vete... de... déjame —gimió echándolo con un movimiento de la mano.

Él suspiró mentalmente y se agachó, pegando todo su cuerpo al suelo mientras se mentalizaba para lo próximo que iba a hacer.

Espero que sepas apreciar esto, compañera. Pensó antes de empezar a arrastrarse sobre la tripa, ayudándose de las patas delanteras para avanzar con la cabeza baja y un ligero gimoteo.

Vamos, pequeña, ven con el perrito. Ven con el estúpido perrito.

Nyxx la vio negar con la cabeza y retroceder aún más, sus mejillas bañadas por las lágrimas.

Maldición, Lluvia, haz el favor de venir conmigo de una vez. Te llevaré a casa.

—No —negó ella sacudiendo la cabeza—. No te acerques... por

favor... no te he hecho nada... vete a casa.

Él se detuvo y dejó caer la cabeza con pesadez en el suelo.

Me rindo. Murmuró para sí antes de alzarse sobre sus cuatro patas y dar un único salto hacia ella haciéndola caer al suelo para luego situarse sobre ella con cuidado de no lastimarla y acercar su hocico lo suficiente como para mirarla directamente a los ojos.

—¿Vas... vas a... comerme?

El lobo dejó escapar un sonido de su garganta que bien podría interpretarse como un bufido.

No me servirías ni de aperitivo.

Respondió Nyxx mediante el vínculo mental que parecía tener con ella en aquella forma.

Además, no como humanos, ni siquiera me gusta la carne cruda, es asqueroso.

—¿Por qué estoy hablando contigo? —gimió ella con una agotada risita.

Tienes una conmoción cerebral, has sufrido un tremendo shock por culpa del asalto de esos hijos de puta. Todo esto es producto de tu imaginación.

Ella sonrió a medias y se quedó mirando fijamente los ojos verdes del animal.

Ahora, voy a sacarte del parque y tú vas a cooperar. Te acompañaré a casa y te meterás en esa destartada cama y mañana nada de esto habrá sucedido.

Sacudió la cabeza y se llevó las manos a la cabeza.

—Me estoy volviendo loca —gimió ocultando el rostro en las manos.

No más de lo que estaría la mayoría en tu situación. Ven conmigo, Lluvia.

—¿Cómo sabes mi nombre?

El lobo bajó la húmeda nariz contra su mejilla y se la acarició.

*Sé mucho más que eso de ti, compañera. Ven conmigo, Lluvia.
Tenemos que irnos.*

—¿Irnos... a dónde? —llegados a este punto, estaba totalmente desquiciada.

A casa, pequeña, nos vamos a casa.

El lobo se retiró lo suficiente para que pudiera levantarse, aferró de nuevo la correa de su bolsa y tiró de ella para urgirla a ponerse en pie, entonces la condujo de esa manera, sacándola del parque. Iba a tener un infierno de trabajo para arreglar el desastre que se había producido aquella noche, cuando antes la dejase a buen recaudo, antes podría ocuparse de todo lo demás.

CAPÍTULO 6

La resaca no era algo que experimentara a menudo, había probado ese estado una vez y fue suficiente para el resto de su vida, la única otra cosa que podía provocar en ella tal dolor de cabeza eran los sedantes, pero había renunciado a cualquier clase de medicación que no fuera natural hacía demasiado tiempo. Reacia a abrir los ojos por el intenso dolor que sentía entre ellos, se incorporó muy lentamente hasta permanecer sentada, la sábana se escurrió por su cuerpo trayendo consigo el calorillo del calefactor que siempre tenía en su habitación, el piso era tan miserable que no contaba ni con calefacción central. Sentía el lado derecho del rostro adormecido e hinchado, involuntariamente subió la mano solo para hacer una mueca cuando sus dedos rozaron la mejilla, pero el dolor quedó entumecido y relegado por una nueva comprensión que se abría paso en la neblina de su despertar. Lluvia abrió los ojos y bajó la mirada.

Estaba desnuda.

Un rápido vistazo por debajo de la sábana le confirmó que estaba completamente desnuda, no tenía ni las bragas puestas.

—¿Qué demonios? —jadeó mirándose con incredulidad.

La camisola de dormir al igual que la bata estaban estiradas a los pies de la cama, un lugar en el que ella jamás los dejaba. Tenía la costumbre de dejar su ropa de dormir pulcramente doblada sobre la silla de la esquina, al lado de la puerta del cuarto de baño, al mismo tiempo, no dormía desnuda, no en invierno, cuando ese pequeño cubículo que era su habitación se transformaba en un cómodo y refrescante congelador.

Aferrando la sábana con fuerza contra su cuerpo echó un rápido vistazo a su habitación, a simple vista no había nada raro, todo estaba en su sitio, todo menos la ropa que había estado llevando el día anterior. Pasándose una mano por el pelo frunció el ceño al pensar en el día anterior, poco a poco los sucesos del día iban tomando forma, centrándose principalmente en el shock principal en su vida.

—Soy adoptada —murmuró para sí encogiéndose dentro de la calidez de las sábanas, entonces sacudió la cabeza y alargó la mano para coger su camisola, saltó de la cama mientras se la colaba por la cabeza y se lanzó hacia la cómoda para coger una de sus braguitas. ¡Qué demonios! ¡Ella no dormía sin bragas!

Un ligero estremecimiento de frío la recorrió al posar los pies fuera de la alfombra, soltando un siseo volvió a la cama donde terminó de vestirse y ponerse la bata.

—De acuerdo —se dijo a sí misma, repitiendo las palabras que decía en voz alta en su mente, el único lugar donde verdaderamente las oía—. Vamos a calmarnos, ayer fue un día estresante, así que, de alguna manera ha tenido que pasarme factura y ahora no sé ni cuando me metí ayer en la cama. ¡Mierda, mierda, mierda! —masculló llevándose las manos a la cara solo para dar un respingo cuando rozó su mejilla lastimada.

Se calzó las zapatillas que tenía bajo la cama y se lanzó hacia el pequeño espejo que guardaba en el cajón de la mesilla de noche, no era más que un espejo de bolsillo, pero tendría que valerle. Un enorme moratón de color oscuro decoraba la zona del pómulo bajando con menos intensidad hacia la mejilla. ¿Cuándo se había dado un golpe?

La incredulidad barrió por ella mientras se dejaba caer sentada en el borde del colchón. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Dónde se había dado ese golpe? ¿Cuándo? ¿Y cómo demonios había terminado desnuda en la cama? Su

mirada volvió hacia la cómoda sobre la que dejaba la ropa sucia, en su primer vistazo la había visto allí amontonada, pero ahora que se fijaba, había algo que no encajaba, aquellos tenían que ser sus tejanos, pero esa chaqueta verde militar, segura como el demonio que no era suya. Sin apartar la mirada se acercó a la cómoda, la respiración se le quedó atascada en la garganta cuando miró los tejanos de cerca y el cinturón absolutamente masculino que envolvía su cintura, así como la camiseta negra de cuello en uve y la chaqueta que había llamado su atención. Un suave y limpio aroma a sándalo acarició su nariz cuando cogió la prenda y la alzó, viendo que era unas tres tallas mayor que la suya y absolutamente masculina, la misma que había estado llevando Nyxx en el par de ocasiones en que se habían encontrado después del accidente con el coche.

Un escalofrío descendió por su columna vertebral al tiempo que el vello en la parte posterior del cuello se le erizaba. Apretando con fuerza los ojos se obligó a calmar el latido de su corazón el cual sentía ahora haciendo eco en su cabeza, puede que no pudiese oír, pero sabía perfectamente cuando había alguien en su dormitorio, exactamente a sus espaldas. Apretando con fuerza la chaqueta entre sus manos como si fuese alguna clase de talismán, se volvió en redondo para ver confirmadas sus sospechas.

De pie, cual adonis griego, envuelto en una micro toalla que cubría sus estrechas caderas, Nyxx la miraba con una ligera sonrisa cubriendo sus labios. El pelo húmedo se pegaba a sus musculosos hombros que todavía guardaban gotitas de humedad, una de esas gotas captó su atención y siguió su descenso a través del torso masculino, descendiendo por sus marcados abdominales – unos abdominales que nada tenían que envidiarle a una tableta de chocolate–, bordeando su ombligo solo para perderse a través del rastro de vello dorado que descendía más allá del sello blanco que utilizaba como toalla. Lluvia se lamió el labio inferior inconscientemente mientras continuaba el descenso por

los cincelados y duros muslos que daban paso a unas largas y poderosas piernas en las que podía apreciarse alguna que otra cicatriz y enormes pies.

Lluvia ascendió nuevamente hasta posarse en la sonrisa ladeada y absolutamente masculina de él, sus ojos brillaban con diversión cuando apoyó el hombro en el umbral de la puerta y sus labios se movieron en unas palabras que Lluvia no oía pero sí podía leer.

—Buenos días, *pouli*^[11] —vocalizó Nyxx para que ella pudiera leerlo.

Lluvia era incapaz de responder, todo lo que podía hacer era mirar anonadada aquel espécimen perfecto de masculinidad divina que estaba parado en la puerta de su cuarto de baño con tan solo una toalla cubriendo su masculinidad. Su cerebro era incapaz de procesar la información.

Deja que te ayude, hermana. Tú desnuda en la cama, él saliendo desnudo de la ducha, y una salvaje noche de la que no recuerdas nada.

¿Qué había ocurrido anoche? ¿Qué hacía él aquí? ¿Y por qué demonios salía medio desnudo de la ducha?

—¿Lluvia? —pronunció su nombre.

Ella sintió que las piernas le fallaban y de repente todo empezaba a dar vueltas, las piernas le fallaron y antes de que lo supiera estaba cayendo sentada sobre la cama incapaz de apartar la mirada de aquel titán medio desnudo, e igualmente incapaz de recordar qué demonios había pasado para que él estuviese allí y en ese estado de desnudez.

Nyxx dejó su lugar junto a la puerta y se acercó a ella, había esperado que siguiese durmiendo durante un rato más, en realidad, ni siquiera la había oído caminar por la habitación y dado que estaba vestida y aferrando con desesperación su chaqueta, era obvio que llevaba un tiempo despierta. La mirada de incredulidad en su rostro se mezclaba con la apreciación femenina, una apreciación que fue dando paso a una profunda vergüenza, su rostro empezó a enrojecer cada vez más y sus labios se separaron en un mudo

balbuceo; Nyxx entrecerró los ojos al ver de nuevo la prueba de lo que había pasado la noche anterior en la forma de un profundo moratón. Sus ojos se prendieron entonces en los de Lluvia, no le gustaba recurrir a trucos como aquellos, pero tampoco podía permitir que ella enloqueciese como había estado a punto de hacerlo anoche. No hubo tiempo de pensar, cuando la vio indefensa y llorosa, fue como si todos los recuerdos del pasado volvieran a colarse en el presente, estos se mezclaron y el lobo solo reaccionó a la necesidad de impedir que hicieran daño a su pareja, a aquella que le estaba destinada, que le pertenecía. Ella lo había presenciado todo y había caído en un estado de shock y desesperación del que le había sido prácticamente imposible sacarla en la forma de lobo. Había tenido que arrastrarla lejos del lugar, lavarse toda la sangre que había podido de su pelaje antes de conducirla hasta casa. Aún ahora le sorprendía la extraña aceptación que tenían los neoyorkinos frente a las excentricidades, los dioses sabían que había hecho lo posible por ser vistos por la menor cantidad de gente posible, pero estaban en Nueva York, allí había gente en cada esquina y a todas horas, con todo, la gente se había limitado a echar un vistazo a la chica acompañada del perro grande y no habían hecho nada más.

—¿Lluvia? —repitió deteniéndose ahora frente a ella, quien tuvo que alzar la cabeza para poder mirarle.

Ella parpadeó varias veces, tragó saliva y volvió a mirar el espécimen masculino que tenía frente a ella antes de volver a sus ojos verdes y murmurar.

—¿Nyxx?

Él le sonrió y le acarició la mejilla herida con sumo cuidado, apenas la caricia de una mariposa por su rostro.

—¿Qué... que est... está pasand...o a... aquí? —balbuceó sin poder apartar su angustiada mirada de la del hombre.

Tuvo que contenerse para mantener una expresión suave y neutral al ver

el moratón en su pómulo y el corte en la comisura del labio, un recordatorio que era incapaz de pasar por alto, como sabía que tampoco podría ella.

—Ya ha pasado todo, *Mikrés*. —La llamó *pequeña* en su idioma natal.

Ella sacudió la cabeza incapaz de entender nada de lo que estaba pasando, qué hacía él allí y desnudo. Mejor aún, ¿por qué diablos no recordaba nada de lo que era obvio que debía haber pasado entre ellos?

—Te has llevado un buen golpe —le aseguró levantándole el rostro con los dedos.

Se estremeció ante su contacto, un suave y agradable calorcillo se instaló en su estómago.

—No... no lo recuerdo —respondió ella. La angustia empezaba a reflejarse en su voz.

Él fingió sorpresa y ella sacudió la cabeza, las lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas.

—Shh, ahora todo está bien —le aseguró alzándole el rostro para encontrar su mirada.

No, no lo estaba. Pensó Lluvia mientras las lágrimas fluían unas detrás de otras por sus mejillas, nada de lo que ocurría estaba bien, ¿cómo podía estarlo cuando era incapaz de entender que estaba pasando allí? Antes de que pudiera hacer algo para evitarlo se echó a llorar a lágrima viva, sollozando e hipando, estaba asustada, terriblemente asustada y no entendía el motivo, todo lo que sabía es que ahora estaba a salvo y eso solo hacía que llorase más, como si necesitara descargar toda la tensión.

—¿Qué... que está... pa... pasando... Nyxx? ¿Por... por qué... no... recuerdo...? ¿Qué... pasa?

A él se le hizo un nudo en la garganta al verla tan indefensa y desesperada, no quería tener que hacerle aquello, odiaba las mentiras porque sabía lo que ellas ocasionaban, no quería engañarla haciendo que pensara algo

que realmente no había sucedido, pero ella no podía enfrentarse todavía a lo ocurrido, no sería capaz y él la necesitaba. Maldito fuera de nuevo por ello, pero no podía perderla ahora.

Moviéndose por instinto, la rodeó con los brazos atrayéndola hacia su pecho, acunándola mientras lloraba. Era tan extraño volver a tener a una mujer así, pegada a él, que buscara su consuelo, había sido un infierno de noche hacerla dormir y borrar todo rastro de sangre de su menudo y curvilíneo cuerpo, borrar la suciedad y cualquier marca que pudiera ser recordatorio de la noche anterior. Si bien había conseguido asearla, poco había que pudiese hacer para ocultar la delgada línea roja que bajaba en diagonal sobre su estómago. Sentándose en la cama la atrajo a su regazo, acunándola y acariciándole la espalda mientras ella lloraba y descargaba toda la tensión que había acumulado.

Cuando pasó la tormenta, Lluvia tuvo que hacer frente a la vergüenza. Encontrarse acurrucada en el regazo de un tío que era como mínimo el doble de su tamaño, que estaba desnudo a excepción de una minúscula toalla y con el que presumiblemente había mantenido relaciones —y maldita fuera si se acordaba de nada de aquello—, después de haber llorado a lágrima viva por algo que ni siquiera llegaba a entender, no era la mejor manera de empezar una mañana.

—Lo siento —murmuró ella entre hipidos—. Yo no suelo ser así... de verdad... que no.

Nyxx sonrió y la besó en la frente antes de separarse lo suficiente para poder mirarla a los ojos y que pudiese leer su respuesta en los labios.

—Está bien —le dijo lentamente—, ha sido una noche un tanto extraña, ninguno esperaba que ocurriera lo que ocurrió.

Ella se mordió el labio inferior como siempre hacía cuando estaba nerviosa y echó un vistazo a la cama de la que acababa de levantarse.

—¿Cómo... quiero decir... por qué... —Luvia negó con la cabeza y se llevó las manos a los ojos suspirando—, cómo hemos... ter... terminado as... así?

La vergüenza y la incomodidad se reflejaban en la tensión de su cuerpo. Él sonrió con ironía.

—Bueno, ya sabes... una cosa lleva a la otra... y todas acaban en la cama —respondió con un leve encogimiento de hombros.

Ella abrió la boca entonces volvió a cerrarla. No le estaba preguntando eso.

—No... yo... bueno... sí... eso también... —volvió a morderse el labio inferior.

—No hagas eso, te harás daño —le dijo acariciándole el labio con un dedo.

—Es... est...o... no... no soy yo... yo no... —ella suspiró y acabó por enterrar el rostro en sus propias manos—. Quiero morirme.

—Difícilmente voy a permitirlo —aseguró más para sí mismo que para ella.

Entonces acarició su hombro y la obligó a apartar las manos del rostro.

—¿Qué te parece si te das una ducha mientras yo me visto y hablamos de todo esto después ahí fuera? —le dijo sujetando suavemente su rostro para que le leyese los labios para luego señalar la otra habitación con el pulgar—. Incluso preparé algo para desayunar.

Ella asintió lentamente, dejando que la pusiera en pie.

—¿No vas a marcharte, verdad? —le preguntó para su sorpresa.

Él arqueó una ceja ante tan extraña pregunta y negó con la cabeza.

—Te estaré esperando con una taza de café y el desayuno —le prometió apartándole un mechón de pelo de delante de los ojos, dejando resbalar después sus dedos por la mejilla sana. Le encantaba el tacto de su piel.

Ella asintió y resbaló de su regazo, algo en su interior protestó ante la separación, no sabía que tan buena podría haber sido su noche juntos, pero todo su cuerpo vibraba por él y su voz interior protestaba por su separación. Antes de que pudiese cambiar de idea o perder el valor, Lluvia se inclinó sobre él y buscó sus labios con los suyos en un suave beso. Suponía que después de todo, aquello sería adecuado.

Nyx se quedó sin aliento cuando notó el breve contacto de sus labios sobre los suyos, no se lo había esperado, ese leve roce había sabido a gloria para él. Solo podía imaginar que ahondarlo sería mucho mejor y siguiendo ese instinto, estiró la mano hacia ella cuando empezó a retirarse y la trajo de vuelta con un brusco golpe contra su pecho que la hizo perder el aliento.

Él la besó entonces tal y como deseaba hacerlo desde la noche anterior cuando había estado cuidando de ella, sus labios lamieron los de ella, su lengua se hundió en la suave y dulce boca femenina saqueándola y derribando cualquier defensa que pudiese tener intención de erigir, un ahogado gemido escapó de la garganta de ella aumentando su propio deseo. Lluvia sabía a néctar y a pecado, uno que estaba ansioso por cometer.

—Vete a la ducha antes de que piense en meterme allí contigo —le susurró jadeante a la puerta de sus labios. Sin darle tiempo a responder, la volvió y la empujó gentilmente hacia la ducha.

Malditos fueran los dioses, no había duda que ella era su verdadera compañera, nadie podría encenderlo de esa manera. Bajando la mirada a su entrepierna observó con una mueca como su polla pensaba lo mismo.

Nyx frunció el ceño cuando vio el contenido de la nevera de Lluvia, alguno de los alimentos que había allí dentro no estaba muy seguro de que se los comiera ni siquiera una vaca, la chica parecía tener una malsana fijación por la avena y todo lo que fuera pasto para animales, y teniendo en cuenta que

él estaba estrechamente vinculado a un animal, aquello ya era decir mucho. Tras rebuscar un poco, pudo hacerse con los ingredientes necesarios para preparar unas tortillas dulces, zumo natural y el café que se estaba haciendo en la antigua cafetera mientras escuchaba el noticiario en el que relataban el supuesto ataque de un lobo o animal que presumiblemente se había escapado del Zoo de Central Park y había atacado a un viandante.

—Todo parece indicar que se trata de alguno de los lobos que hay en el Zoo de Central Park, el portavoz de Control de Animales ha hablado sobre ello —comentaba la periodista, justo antes de que la escena cambiase a la de una entrevista a uno de los trabajadores de la asociación—. Hemos recibido varias llamadas que sitúan al animal en las inmediaciones del Castillo Belvedere, en estos momentos estamos colaborando con la policía peinando el lugar en orden de capturar al animal. Es una gran tragedia lo que ha sucedido.

—Sí, una gran tragedia —musitó Nyxx con ironía, mirando al gilipollas al que llevaba varias semanas dando esquinazo—. Lleváis casi tres semanas tras de mí por el parque, y ahora lo achacáis a un ataque de un animal del zoo. Vaya un friki.

La imagen cambió nuevamente para la periodista, que a pie de escena, retransmitía la noticia.

—Angus Peterson, el hombre de 48 años que ha sido atacado por el enorme can, continúa en el hospital en estado grave. Su pronóstico es reservado —comentaba la mujer mientras el cámara hacía un barrido de la zona, donde la policía había acordonado el lugar y los de Control de Animales iban ya cargados con rifles.

No pudo evitar un gruñido al oír la noticia.

—Así que el hijo de puta no ha muerto después de todo —murmuró para sí, mientras sacaba las tortillas de la sartén y las servía en sendos platos.

Por más que le pesara, aquello era una buena noticia ya que le evitaba

tener que dar explicaciones al Juez Supremo de por qué un inmortal había dado caza a un humano. Los Guardianes Universales se tomaba muy en serio su trabajo de proteger a la humanidad, algo que en su opinión llevaban al extremo, algunos desechos de aquella maltrecha sociedad no deberían estar entre rejas sino bajo tierra, donde ya no podrían hacer daño ni a una mosca.

—Según el único testigo presencial, Peter Clavin, los dos hombres se encontraban paseando tranquilamente cuando el can apareció de ningún lado y atacó al señor Peterson —continuó la periodista mientras la imagen cambiaba y pasaban el vídeo de la policía recogiendo unos casquetes de cerveza y latas de uno de los lados del camino como prueba.

Nyxx entrecerró los ojos sobre el otro hombre, ese hijo de puta había tenido suerte de que Lluvia hubiese llamado al lobo en él o habría corrido la misma suerte que su compañero. Aquellos dos no eran más que la lacra de una sociedad que iba en decadencia, quienes se escudaban tras el alcohol y otros vicios para cometer los más despreciables actos. Temblaba con solo pensar lo que podría haber salido hoy en el noticiario de no haber estado él en el parque, lo que le habría ocurrido a su compañera.

El jadeo femenino procedente de la puerta captó su inmediata atención. Lluvia permanecía en el umbral vestida con unos tejanos y una blusa verde, el pelo ligeramente húmedo peinado hacia atrás, pero era la mirada de terror en su rostro mientras miraba la televisión lo que dio combustible al ya de por sí alterado humor de Nyxx con relación al incidente.

—Lluvia —la llamó chasqueando los dedos hacia ella para que el movimiento llamase su atención. Cuando ella se volvió hacia él, sus ojos estaban velados por el temor y el desconcierto—. El desayuno está listo, *Mikrés*.

Ella lo miró indecisa, entonces volvió a mirar nuevamente a la pantalla de la pequeña televisión cuando volvían a pasar las imágenes de la escena del

ataque. Lluvia se estremeció y se llevó la mano a la mejilla lastimada.

—¿Cómo... qué ocurrió? —preguntó en voz baja, apenas un murmullo —. No recuerdo qué ocurrió... ¿Con qué me golpeé?

Nyxx rodeó el mostrador que separaba la cocina del salón y caminó hacia ella.

—¿Qué recuerdas exactamente de anoche?

Ella se sonrojó y bajó la mirada antes de responder.

—No estoy muy segura. ¿Podrías hacerme un... resumen?

Nyxx sonrió ante el inteligente comentario, ella no recordaba nada, pero no iba a ponerse en esa indefensa situación ante él. Señalando la televisión con un movimiento de la cabeza, optó por ceñirse tanto a la verdad como le fuese posible.

—¿Recuerdas el ataque de anoche en el parque? —le preguntó con suavidad.

Negó con la cabeza, su mirada yendo de la televisión a él.

—¿Es del que están hablando en la tele? —preguntó señalando la pantalla.

Nyxx asintió.

—Estaba dando una vuelta por el parque, me gusta ese lugar, la tranquilidad que hay a última hora de la tarde —le dijo observando en todo momento su expresión—, apenas había llegado a la zona del puente sobre el lago cuando oí unos gritos y me acerqué a echar un vistazo. —Por ahora, más o menos aquello era verdad—. Entonces te encontré a ti a un lado del camino, estabas muy alterada y tenías ese... golpe en la cara. Decías algo sobre un perro salvaje, imagino que al huir de él caíste y te hiciste esa magulladura.

Ella lo miraba fijamente tratando de recordar algo de lo que él le decía, pero cada vez que intentaba visualizar basándose en sus palabras, solo sentía miedo y terror en estado puro.

—¿Crees... que... es... el mismo perro... de las noticias? —le preguntó señalando la televisión.

—Recién ahora me estoy dando cuenta de que sí, posiblemente lo sea —le dijo de manera evasiva—. Anoche estabas bastante alterada, tuve que traerte a casa, no estaba seguro de dejarte sola, así que me quedé hasta que te serenaste, miré en tu botiquín y te di un par de calmantes.

Ella asintió. Bien, allí estaba la explicación a su dolor de cabeza, aquellas pastillas llevaban años en el botiquín, si bien no estaban caducadas, nunca las tomaba.

—En cuanto a lo otro... No acostumbro a sacar provecho de la situación —continuó a modo de defensa, de algún modo necesitaba que ella supiese que no se iba a aprovechar de ella, pero dado lo de aquella mañana y las conclusiones que había sacado ella... su beso... diablos. ¿Por qué tenía que haberse complicado todo?—. Como dije, una cosa llevó a la otra.

Ella no respondió, ni siquiera estaba segura de que había sido esa cosa que la hizo terminar en la cama, desnuda y con él, fuese lo que fuese, tenía que ser absolutamente extraordinario, ¿por qué demonios no podía recordarlo? En realidad, el beso que habían compartido había sido más bien algo novedoso, sublime, pero algo nuevo, nada que le recordara a que ya se hubiesen besado con anterioridad.

—¿Te... te pedí que... te... que... quedaras? —murmuró sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Nyxx no respondió, no podía, no podía decirle que había sido arrastrada hasta su edificio por un lobo, que él había tirado de ella escaleras arriba y que la había obligado a abrir la puerta, todo ello mientras ella decía ser la nueva inquilina de un centro de salud mental donde no pudiera oír a un perro hablarle y darle órdenes. No podía explicarle que permaneció junto a ella, sentado en el suelo del salón, porque ella se había echado a llorar

nuevamente al pensar en toda aquella sangre manchando su forma canina. Había requerido de la llegada del amanecer para que pudiera volver a retomar su forma humana, un daño colateral de su maldición. Mientras que normalmente podía cambiar a su antojo, durante las noches de luna llena, anterior y posterior al plenilunio, su forma de lobo tomaba las riendas y no lo abandonaba hasta el amanecer.

Él había hurgado en su botiquín, algo nada fácil para las patas de un lobo, había tenido que utilizar su inteligencia para resolver la manera de bajar aquel maldito cacharro de la pared y hacerlo caer al suelo para que se abriera y esparciera el contenido. Pedidle a un lobo que lea los prospectos de los medicamentos y veréis que os responde. Por suerte para él, había reconocido la caja de pastillas que solía utilizar Silver, toda una ironía que un Cazador de Almas más viejo que él mismo necesitara calmantes.

Lluvia alzó la mirada hacia él y leyó en su expresión que la había oído, dado su prolongado silencio y la mirada en su rostro, era como si estuviese buscando algo adecuado que decir para no ponerla a ella en evidencia. Mordiéndose levemente el labio inferior apartó la mirada.

Se maldijo a si mismo nuevamente y estiró la mano para acariciarle el rostro.

—¿Quieres que me vaya? —sugirió dándole la oportunidad de quedarse a solas.

Ella lo miró a los ojos y un rápido y emergente pánico venido de ningún lado entró en su sistema, ella sacudió la cabeza.

—No —pidió mirándole a los ojos. No quería que se fuera, no acababa de encontrar el motivo por el que debía quedarse, pero no quería que se fuera —. Por favor, no te vayas.

Nyxx la examinó rápidamente con su profunda mirada y suspiró señalándole el mostrador en el que había dispuesto el desayuno.

—Es lo más suave y blando que he podido preparar teniendo en cuenta el desastre que es tu nevera —comentó examinando su hematoma—. Debería llevarte al hospital a que te miren eso.

Ella sacudió la cabeza nada más leer la palabra hospital en sus labios.

—Nada de hospitales, nada de médicos —negó con fervor—. He tenido suficiente de ellos para lo que me queda de vida.

Nyx arqueó una ceja en respuesta pero no dijo nada al respecto, se limitó a invitarla a sentarse y a alimentarla, podría jurar que ella no había cenado, ya que siempre lo hacía al llegar a casa.

—Vamos, siéntate. —La ayudó a acomodarse en uno de los taburetes para luego ocupar el que estaba del otro lado—. Empezarás a verle el sentido a las cosas después de haber desayunado correctamente.

Ella lo miró y sonrió apenas.

—¿Acaso existe una manera correcta de hacerlo?

Troceó la tortilla de queso y jamón y pinchó con el tenedor un bocado antes de ofrecérselo a ella.

—Abre la boca.

Ella se sonrojó.

—Sé comer sola, gracias.

Él la miró con una divertida sonrisa.

—¿Tengo que hacer esa cosa del avión y el hangar?

Ahora fue ella la que sonrió ampliamente.

—No, aunque sería divertido verte intentándolo —rió y aceptó el bocado que le daba. Sus labios se deslizaron lentamente desde el tenedor, antes de saborear la agradable mezcla con mucho cuidado. No estaba segura, pero juraría que se había mordido la parte interior de la boca en su caída, ya que le dolía el solo hecho de masticar. Él se dio cuenta, pues frunció el ceño y durante un instante creyó ver una mirada distinta en sus ojos. Una mirada de

odio, pero no hacia ella, si no hacia lo que le hubiese causado ese daño.

—Está muy rico —le dijo haciendo a un lado aquellos pensamientos.

—Mejor que tu avena embolsada, estoy seguro —aceptó probándolo él mismo para luego hacer una mueca—. Sabía que le faltaba algo.

Ella arqueó las cejas a modo de pregunta y Nyxx se encogió de hombros.

—Se me olvidó el ketchup —aseguró con sencillez.

—No me gusta el ketchup.

—Entonces, para ti estará perfecto —asintió tomando otro bocado y ofreciéndoselo—. Abre la boca.

—Solo si haces lo del avión y el hangar —sonrió ella.

Nyxx esbozó una sincera sonrisa, mostrando sus immaculados dientes blancos.

—No tendrás tanta suerte, señorita Naleri.

Ella perdió entonces su sonrisa, allí estaba de nuevo, ¿por qué no podía haberse olvidado de aquello en vez de su noche con él?

—¿Qué ocurre?

Lluvia bajó la mirada a su plato y empezó a jugar con la tortilla.

—Que ese ya no es mi nombre, en realidad, ni siquiera sé cuál sería el mío —respondió con tristeza.

Nyxx la miró sin entender y ella suspiró, alzando sus ojos marrones hacia él se sinceró.

—Hace nada he descubierto que soy adoptada —respondió en voz baja tratando de hacer memoria, viendo partes del día de ayer—. Recibí ese sobre con mi partida de adopción e Isabel me acompañó al Registro Civil para confirmarlo, o al menos, ver cómo era posible que hubiese llegado tal documento a mis manos. Dios mío, mi vida se está yendo por el desagüe a una velocidad alarmante, primero recibo esa carta sin remitente ni nada y ahora ni

siquiera recuerdo haber pasado la noche con alguien a quien me aconsejaron no volver a ver y que difícilmente podría ser olvidado...

Tan pronto las palabras salieron de sus labios se arrepintió, un ligero sonrojo y vergüenza cubrió sus mejillas. Sus ojos velados por las lágrimas no derramadas ascendieron hacia Nyxx a modo de disculpa.

—Lo siento, yo... —empezó a disculparse, avergonzada de haber revelado en voz alta sus pensamientos.

Él se encogió de hombros con despreocupación.

—Intuyo quien ha podido darte tal advertencia —aceptó pensando en la Gypsy que había protegido con tanto celo a la chica—. Quizás debieras haberle hecho caso.

Lluvia negó con la cabeza.

—Yo elijo a quien quiero ver y a quien no, Nyxx, nadie lo hace por mí —aceptó dándose cuenta que aquello era cierto. Pese a la advertencia de Isabel, quería estar cerca de él—. Sé que ella no lo hace con mala fe, me quiere, pero... No quiero que mi vida esté regida por lo que digan unas cartas.

Si tan solo pudiese recordar lo que pasó anoche. Pensó para sí. Tendría un buen motivo para estar ahora sentada aquí y así.

—¿Y dices que el sobre te llegó sin remitente? —leyó en los labios masculinos.

Tardó en responder, parecía estar meditando sobre algo, finalmente se limitó a asentir con la cabeza.

—Alguien lo dejó directamente aquí —respondió antes de bajar la mirada a su plato y empezar a comer muy lentamente hasta que algo penetró de nuevo en su mente—. Isabel... Prometí llamarla después de salir del examen...

Lluvia frunció el ceño, poco a poco los sucesos del día anterior iban tomando forma en su mente, con todo, faltaba algo, sabía que faltaba algo.

—Si ha esperado hasta ahora, no se morirá por esperar cinco minutos más —aseguró Nyxx partiendo otro trozo de tortilla y llevándosela a ella a los labios—. Primero, desayunarás.

Miró el trocito en el tenedor y luego a él, antes de que pudiera evitarlo le preguntó.

—¿Eres así de mandón también en la cama?

Él se sorprendió ante el comentario, solo para echarse a reír a continuación.

—Eso, *fengári mou*^[12], solo hay una manera de descubrirlo —le aseguró con una sensual y satisfecha mirada.

Lluvia no respondió, en su lugar se dedicó a dar cuenta de su desayuno, el cual por una vez, no consistía en algo quemado y tostado.

Nyxx la observó cruzar la habitación y levantar el auricular del teléfono con amplias teclas y una pequeña pantalla, un aparato adaptado a sus necesidades por lo que podía ver. Podía tener una deficiencia auditiva casi total, pero se había adaptado muy bien a su situación, teniendo en cuenta que los aparatos o artículos que contribuían a mejorar la vida de una persona con alguna deficiencia física o psíquica se habían convertido casi en artículos de lujo, cuando debería poder estar al alcance de todos. Curioso se acercó a ella, examinando el aparato desde un lado, Lluvia presintió su presencia y se volvió hacia él.

—¿El teléfono? —le preguntó señalando el aparato.

Lluvia bajó la mirada al aparato y volvió a subirla hasta él.

—Lo conseguí en una tienda de artículos de segunda mano, le hicimos unos cuantos ajustes y así tengo mi teléfono especial —le explicó ella enseñándoselo—. Cuando tengo mi audífono y funciona, el timbre es suficiente para que lo oiga, al igual que el nivel de volumen del altavoz, pero cuando no

es así, esta pantalla de aquí traduce lo que dice mi interlocutor y lo pasa como texto, no es una maravilla, pero funciona.

Asintió impresionado.

—Es realmente admirable —aceptó. Lluvia pudo leer la sinceridad en su rostro.

—Gracias —le respondió con una sonrisa antes de marcar el número y esperar.

—Al fin —contestaron desde el otro lado del auricular—. ¿Dónde te habías metido? ¿Has salido a celebrar lo bien que te salió el examen?

—Isa, soy Lluvia, mi audífono no funciona, tengo conectado el lector, si hablas despacio podré seguirte —dijo ella, ignorante de lo que acababa de decir la mujer.

Lluvia leyó el mensaje que poco a poco fue entrando en la pantalla, un duplicado de lo que la mujer acaba de decirle. Mordiéndose el labio inferior, echó una furtiva mirada a Nyxx que se había sentado de nuevo en su sitio y saboreaba su café. ¿Cómo podía no recordar haber estado en la cama con un hombre como él? Por su forma de moverse, la fuerza que veía más allá de su físico debía ser impresionante y ahí estaba ella, sin ni quiera una pequeña pista, incluso su beso había sido algo nuevo, decadente e increíble, pero nuevo...

—¿Lluvia? —volvió a ver escrito.

—Estoy aquí —respondió ella—. Siento no haberte llamado anoche, pero ocurrió algo... yo... no estoy muy segura de cómo... pero tuve un pequeño accidente.

Nyxx pudo oír la maldición procedente del otro lado del auricular, así como el resto de la conversación mientras se tomaba lentamente el café que se había servido. No era su intención escuchar, pero Lluvia había tenido razón al asegurar que aquel aparato ampliaba el sonido, no necesitaba de su sensitivo

oído para captar las palabras de la mujer.

—Atravesaste Central Park a pie, ¿no es así? ¿Cuántas veces te lo tengo dicho? Un día te ibas a llevar un disgusto —clamó la mujer en voz alta al tiempo que lo escribía—. Dime por favor que no te topaste con esa bestia que atacó en el parque.

Lluvia volvió a morderse el labio inferior y echó una furtiva mirada a Nyxx en cuanto leyó aquella respuesta de su amiga en la pantalla.

—En verdad, no estoy segura de nada —respondió con sinceridad—. Nyxx me encontró y me trajo a casa, él... —Ni loca iba a contarle el supuesto interludio de anoche—. Me he dado un buen golpe en el rostro a juzgar por el moratón que tengo en el pómulos pero todo lo demás está confuso.

La mujer jadeó desde el otro lado del teléfono. El Cazador llegó a oír como la mujer volvía a mascullar algunas frases en romaní, que lo incluían a él y partes de su anatomía, nada agradable, antes de oírse un movimiento de papeles y unas llaves.

—¡Mi señor! ¿Estás bien, niña? ¿Cómo ha sido? Tienes que ir al hospital y no se te ocurra decirme que no —leyó Lluvia en el teclado—. Estaré ahí en diez minutos.

Lluvia iba a abrir la boca para responder que no hacía falta, pero el texto de la pantalla anunció que la llamada se había cortado. La chica compuso una mueca y se giró hacia él.

—Creo que, después de todo, sí iré al hospital —suspiró con resignación.

Él sonrió y se tomó un buen sorbo de su café antes de responderle.

—¿Quieres compañía o prefieres enfrentarte tú sola con la Gypsy?

Lluvia frunció el ceño cuando leyó la respuesta en sus labios

—¿Cómo sabes lo que es Isabel?

Nyxx resopló de manera despectiva.

—Hay cosas que se ven a simple vista —respondió cogiendo su taza y plato y llevándolo al fregadero antes de rodear el mostrador y acercarse a donde Lluvia permanecía con el teléfono—. ¿Me permites?

Lo miró mientras marcaba un número, al instante una melodía empezó a sonar en el bolsillo trasero de su pantalón. Nyxx sacó el móvil y apretó un par de teclas para ver el número de la llamada y a continuación lo gravó en su agenda. Entonces repitió la misma operación pero a la inversa, haciendo sonar el teléfono de Lluvia.

—Ese es mi número de teléfono —le dijo indicándole el teléfono—. No quiero crearte más problemas, me iré ahora, solo llámame cuando salgas del hospital, ¿de acuerdo?

Ella miró el teléfono y luego a él y asintió lentamente.

—Hazlo, Lluvia —insistió él, leyendo las dudas en su mirada—. Recuerda que sé dónde vives.

Ella abrió la boca para responder pero cayó al ver la sonrisa divertida en sus labios, unos labios que se moría por saborear nuevamente.

—Eso no ha tenido gracia —respondió con un mohín.

Nyxx se inclinó entonces sobre ella, le apartó un par de mechones de pelo de la cara y buscó sus ojos al decir:

—Sé que esto está resultando una locura, *Mikrés* —vocalizó lentamente para que ella pudiera seguirle—, como también sé que lo que venga a partir de ahora, no te resultará mucho más claro. Veo en tus ojos que no estás entendiendo nada de esto, pero te prometo que pronto todo comenzará a cobrar sentido. Hay más en tu pasado de lo que crees, Lluvia, mucho más.

Ella sacudió la cabeza sin entender. ¿Su pasado? ¿Qué podía saber él de su pasado? ¿Qué estaba diciendo?

—Llámame, ¿de acuerdo?

Antes de que ella pudiera responder, Nyxx hizo realidad su deseo y la

besó, sus labios se movieron con suavidad sobre los suyos, pero con insistente persuasión, ella abrió la boca para él dejándole rodar su lengua con la propia, saboreando una vez más al enigmático hombre que se había cruzado en su camino y al que no estaba segura de querer dejar que se fuera.

—Hasta que nos volvamos a ver, Lluvia.

Lo vio recoger su chaqueta de encima del respaldo de la silla e irse hacia la puerta, por donde salió dejándola nuevamente sola con su recuerdo y las muchas e inexplicables cosas que habían ocurrido y de las que carecía de recuerdos. Con un suspiro, se sirvió un café y esperó la llegada de Isabel.

Lyon miró la desorbitante cantidad de flores con la que fue decorado el despacho, incluso sobre el piano de Jaek había un pequeño jarrón con tulipanes blancos, solo la oficina de Shayler y el pequeño recoveco con su sistema de vigilancia quedaba libre de aquella invasión floral, aunque en el caso del Juez, no había podido negarse a la orquídea que su esposa había colocado sobre uno de los archivos, como había comentado el chico, al menos aquella cosa no olía a cementerio.

—Demonios, huele como una funeraria —masculló Lyon mirando con desazón las rosas blancas que habían sido colocadas sobre el aparador, al lado del mini bar—. ¿Era necesario que colocara todas estas flores?

A aquellas horas de la mañana, solo John y Shayler estaban en la oficina, los hermanos habían llegado casi al mismo tiempo discutiendo sobre un posible caso de maltrato; En opinión de Lyon, aquello no se merecía pensamiento alguno, al hombre había que extirparle los huevos y hacérselos comer.

John levantó la mirada azul de la carpeta que estaba leyendo y miró a su compañero y luego las flores.

—Solo son flores, Ly —le aseguró con un leve encogimiento de

hombros—. No es algo con lo que pueda matar a nadie, ni joderlo, ni acabar con el mundo y con eso, me vale.

Él esbozó una ligera sonrisa ante la respuesta de John, el hombre tenía un gran aprecio por su nueva cuñada.

—Solo dale tiempo —le dijo con una divertida sonrisa—. Estoy seguro que acabará encontrando una planta carnívora o algo de aroma letal.

John tan solo lo miró antes de encogerse despreocupadamente de hombros.

—En ese caso, se la enviaremos directamente a Shayler —concluyó el hombre con facilidad.

Lyon sacudió la cabeza.

—¿Dónde está ella ahora, por cierto? —preguntó echando un vistazo hacia la puerta cerrada de la oficina del Juez—. Me sorprende que los tortolitos no estén nuevamente juntos haciéndose arrumacos o follando como conejos.

—Gracias por tan gráfica imagen, Ly —resopló John e hizo una mueca—. Dryah comentó algo de ir a ver a su madre política para llevarle esa otra planta que trajo, así que imagino que se quedaría con Bastet.

—Nada como una antigua diosa egipcia amante de los gatos para entretener a nuestra pequeña oráculo —se burló Lyon sacudiendo la cabeza—. ¿Has recibido algún comunicado de la Fuente?

John negó con la cabeza.

—Últimamente parecen estar muy tranquilos —respondió acariciándose el mentón de manera pensativa—. Y no sé por qué eso no me da buena espina.

—Pues ya somos dos —asintió caminando hacia la ventana. Sus ojos verdes recorrieron la amplia vista de la ciudad que se divisaba desde el edificio en el que estaban ubicadas las oficinas y que pertenecía por completo a los Guardianes Universales.

Las últimas semanas habían estado bastante tranquilas, algo que realmente agradecían después de todo lo ocurrido anteriormente. En un breve intervalo de tiempo habían perdido a uno de los suyos, quien se había vuelto contra el Juez, solo para estar a punto de perder también al propio Juez y a su joven esposa. Habían sido unos días de jodida tensión, una tensión que Lyon empezaba a echar de menos.

La puerta de la oficina empezó a abrirse en ese momento y ambos hombres se volvieron para ver al joven de cabello castaño claro y ojos azules, —una copia exacta de los de John—, asomándose por la puerta. Su rostro mortalmente serio, la tensión reflejándose en cada palmo del más de metro ochenta y cinco que exhibía el Juez Supremo en suéter y pantalones vaqueros.

—Tíos, será mejor que echéis un vistazo a esto —murmuró Shayler dejando la puerta abierta mientras volvía al escritorio.

Ambos hombres cruzaron la mirada y caminaron al interior de la oficina del Juez. Pese a que Shayler era el más joven de ellos, su poder era equiparable al de la propia Fuente Universal y sus decretos eran ley para todos aquellos que servían bajo las órdenes del Universo, dioses e inmortales por igual, extendiéndose a los humanos que no dudaban en pedir ayuda a quien fuera que les diese poder.

—¿Qué pasa? ¿Han asaltado la Casa Blanca? —sugirió Lyon con su habitual despreocupación.

—Ojalá fuera eso —respondió él girando el ordenador portátil de modo que pudieran ver también lo que estaba pasando por la pantalla.

Shayler accionó el play y el ordenador reprodujo la noticia que habían emitido del supuesto ataque por parte de un animal escapado del Zoo a un hombre en Central Park. Los tres vieron todo el reportaje, finalmente el Juez volvió a apretar la tecla de pausa y miró a sus compañeros.

—Esto ocurrió ayer a primeras horas de la noche, en un tramo cerca de

la zona del lago —les explicó Shayler—. El hombre que fue atacado está en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte y el supuesto testigo ha declarado que ambos estaban paseando tranquilamente —añadió con ironía—, cuando el can apareció de la nada y se lanzó encima de uno de ellos.

Lyon entrecerró los ojos y le miró intentando leer entre líneas.

John fue directo al grano.

—¿Crees que pudo haber sido él?

Shayler respiró profundamente y se recostó contra el respaldo, sus manos cruzadas sobre el estómago.

—Sé que ha sido él —respondió el Juez mirando a su hermano—. Me he acercado por allí tan pronto sentí algo raro en la trama del universo. No sé de qué manera, ni en qué orden, pero lo que quiera que haya ocurrido y el motivo por el que haya ocurrido tiene contacto directo con el Equilibrio.

Lyon contempló la pantalla mientras pensaba en las implicaciones que tenían las palabras del Juez. Su cometido principal como Guardianes, entre sus muchas funciones, era principalmente preservar el Equilibrio del Universo, algo que últimamente parecía estar siempre en constante amenaza.

—No entiendo cómo puede afectar esto —Lyon señaló la imagen—, al Equilibrio del Universo.

Shayler chasqueó la lengua.

—Si lo supiese, no te tendría aquí perdiendo el tiempo, ni te enviaría al hospital a que averiguases sobre ese hombre —le soltó con ironía.

Lyon sonrió en respuesta.

—Ya empezaba a echar de menos tus encarguitos, jefe.

John suspiró profundamente.

—¿Estás seguro?

Shayler asintió y se echó hacia delante.

—Reconozco la huella de Nyxx, John —aseguró con un resoplido—.

Pero aquí había algo más, la rabia y el ciego odio que sentí en aquel lugar era absolutamente animal, apenas había una leve conciencia humana detrás de ello.

Lyon se puso serio ante las palabras de su Juez.

—El Cazador de Almas puede ser un capullo algunas veces, pero tiene conciencia, chico, demonios, tu mujer más que nadie sabe eso —aseguró Lyon sopesando la información.

Shayler le miró con ironía.

—Nyxx apuñaló a mi mujer nada más conocerla, Lyon —le dijo con palpable ironía.

—Pero también evitó que La Puerta de las Almas se la llevase... la primera vez —intervino John.

—Lo sé —aceptó pasándose la mano por el revuelto pelo—. ¿Por qué crees que me suena tan jodidamente extraño todo esto? Nyxx es una Cazador de Seybin, su especialidad son los muertos, no los vivos, pero también es verdad que hay algo más en todo esto, él es el único que conozco que está atado a la forma de lobo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó John con cautela.

—Lo que acabo de decirte. Lyon, quiero que vayas al hospital y le eches un vistazo a ese hombre. Esos dos no estaban de paseo, se estaban emborrachando y si lo que quedó impreso en el lugar no se ha corrompido, no eran los únicos que había allí esa noche, había una mujer y estaba completamente aterrada.

—¿Una mujer? —repitió Lyon con curiosidad.

Shayler asintió.

—¿Puede tener esto algo que ver con el hecho de que viniese a buscar a Dryah y esta se trajese consigo media floristería?

—Es posible —aceptó Shayler con un leve encogimiento de hombros

—. Dryah no mencionó nada al respecto, pero sonaba demasiado enigmática cuando le pregunté por las flores y la planta.

—Es tu mujer —le recordó John—. Averigua lo que sabe.

—Iré a echar un vistazo entonces al señor Peterson, a ver si puedo enterarme de algo —comentó Lyon inclinándose sobre el portátil para comprobar los datos y ver el hospital en el que había sido ingresado antes de volverse a Shayler—. ¿Y qué hacemos con el lobo?

—Por el momento nada —respondió después de una larga pausa—. Primero quiero hablar con Seybin, él conoce a Nyxx.

—¿Estás seguro? —preguntó John acercándose a su hermano.

El Juez suspiró profundamente.

—No —confesó mirando a su hermano—. Pero es la única oportunidad que tengo de averiguar algo de fiar. Si ese lobo ha cruzado la línea... Demonios, si ese hijo de puta del hospital muere, esto va a ponerse crudo... No quiero tener que mirar a los ojos a mi mujer y decirle que su amigo está condenado.

Los hombres guardaron silencio, fuese como fuese, ambos querían a la pequeña hembra que había llegado a la vida del Juez, porque ella había conseguido algo que ninguno de ellos había hecho en los incontables siglos que llevaban al lado del hombre. Ella le había traído paz.

—De acuerdo —aceptó Lyon dirigiéndose ya hacia la puerta—. Ya te daré el reporte cuando lo tenga.

John y Shayler se quedaron durante un buen rato en silencio, finalmente intercambiaron una mirada.

—No va a ser fácil, Shay —le aseguró John.

Él volvió la mirada hacia la ventana, agradeciendo interiormente que su mujer estuviese de visita con su madre. No soportaría ver el dolor en su rostro cuando se enterase de lo que estaba ocurriendo con el lobo, aquello lo

destrozaría.

—Lo sé.

CAPÍTULO 7

El New York Presbyterian era uno de los hospitales universitarios más cercanos a Central Park y según habían dicho en las noticias de la mañana allí era donde habían llevado a la víctima del ataque del Parque. Nyxx no necesitaba acercarse a información para saber dónde tenían ingresado al hijo de puta, su lobo lo sabía perfectamente, si bien no estaba cómodo en aquel lugar ni con aquellos olores a antiséptico y enfermedad, se deslizó hacia la zona de cuidados intensivos. Su considerable altura, así como el aspecto amenazador que lo envolvía habría enviado a toda la seguridad del hospital si no fuese por su habilidad para pasar desapercibido, en ocasiones como aquella, el ser un Cazador de Almas tenía sus ventajas.

Pasó por la zona de urgencias haciendo una mueca al ver a un niño pequeño tumbado en una camilla, su pequeña cabeza estaba envuelta en una venda y tenía varios rasguños en la cara, unos enormes ojos verdes lo miraban fijamente como si supiese que estaba allí.

—¿Eres un ángel? —oyó que preguntaba el niño.

El Cazador esbozó una sonrisa y cruzó la sala evitando chocarse con alguien hasta detenerse a los pies de la cama del chico.

—¿Te parezco un ángel? —le respondió Nyxx con su voz profunda y rasgada.

El niño frunció.

—¿Te has hecho daño en la garganta? Tienes una voz muy rara —aseguró ladeando la cabeza ligeramente—. ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Tommy, Tommy Filder. Tengo seis años.

Sonrió ante la verborrea del niño.

—Mi nombre es Nyxx —se presentó y señaló su vendaje con un gesto—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te caíste?

El niño pareció entonces perder el ímpetu que había tenido, sus pequeños y brillantes ojos verdes se movieron rápidamente de un lado a otro como si buscara algo o a alguien. El lobo en su interior se tensó al oler el miedo. ¿Qué podía aterrar a un niño tan pequeño?

—¿Dónde están tus padres, Tommy? —le preguntó volviéndose para sentarse a un lado de la cama. El niño se veía diminuto en aquella camilla.

—Mamá está hablando con el señor de la bata verde —respondió el niño frotándose la nariz con la mano derecha, donde tenía una vía puesta además de unas marcas en los brazos demasiado parecidas a quemaduras—. Papá... Se quedó en casa.

Contempló al niño durante un instante, como ocurría demasiado a menudo, las piezas fueron encajando en su cabeza, sus sentidos se agudizaron y pudo ver más allá de lo que había a simple vista. Apretando los puños se obligó a mantener una expresión neutral, amistosa para no asustar al chico.

—Sabes, ya falta muy poco para que llegue Santa —continuó con voz neutral—. ¿Ya has pensado qué vas a pedirle?

El niño se encogió un poco más en sí mismo.

—Papá dice que eso es para niños bobos —murmuró el pequeño con un encogimiento de sus pequeños hombros.

Nyxx chasqueó la lengua, fingiendo desestimar sus palabras.

—Pero tú eres un chico inteligente, ¿verdad?

El niño se irguió entonces más derecho.

—Mi profesora dice que soy muy inteligente para el curso en el que voy —aseguró él con orgullo.

—No lo pongo en duda —le sonrió.

—¿Crees que Santa me concedería un deseo si se lo pido?

Nyxx se inclinó hacia delante de manera confidencial.

—Creo que podríamos intentar que lo hiciese —le aseguró en complicidad—. ¿Qué te gustaría pedirle?

El niño pareció vacilar entonces susurró en voz baja.

—Me gustaría pedirle que papá dejase de beber —respondió el niño en voz baja, apenas un susurro—. Él pega a mamá cuando está borracho... Y me empuja.

El Cazador se tensó aún más, su lobo reaccionó aullando, ambos estaban absolutamente indignados ante un acto tan inhumano.

—Le dije a mamá que me caí por las escaleras —murmuró el niño, sus ojos llenándose de lágrimas—. Pero ella no me creyó y le gritó a papá que lo iba a denunciar a la policía y que se iba a ir conmigo. Él... Él le pegó.

—Tu papá no va a volver a pegar a tu madre, ni a ti, Tommy —le aseguró conteniéndose para no explotar allí mismo. Se inclinó a la altura del chico y le miró a los ojos.

—¿Santa va a concederme mi deseo? —preguntó el niño tan esperanzado que Nyxx tuvo ganas de acabar hoy mismo con otra vida.

—Sí, campeón —le aseguró y le tocó la nariz con un dedo—. Santa te concederá tu deseo. Tu padre no va a volver a levantarle un dedo contra nadie, te lo prometo.

El niño sonrió y lo miró como si él supiese algo que Nyxx desconocía.

—Entonces sí eres un ángel —aseguró el chico—. Mamá dijo que los ángeles me protegerían.

Él sonrió y asintió.

—Tu madre tiene razón, Tommy —le aseguró y se levantó de la cama—. Ahora quédate tranquilo, tu madre vendrá enseguida.

El niño le sonrió y se quedó tranquilo.

Nyxx lo dejó con una forzada sonrisa, por dentro era como un volcán en erupción, no dejaba de sorprenderle como incluso después de tantos siglos la humanidad seguía cayendo una y otra vez en los mismos errores, como aquellos que se creían superiores se aprovechaban de los más indefensos. Aquel niño no empezaba a vivir siquiera y ya había tenido que enfrentarse a lo peor de la vida.

Una mujer de cabello oscuro y los mismos ojos del muchacho se acercó prácticamente cojeando a la cama del niño, el pelo le ocultaba una parte del rostro y a pesar de estar herida, había algo en su espíritu que no se había quebrado todavía. Quizás no fuera demasiado tarde tampoco para ella.

Vas a dirigirte al médico que ha atendido a Tommy y le dirás lo que ha pasado realmente. Pídeles ayuda, el hospital presentará una denuncia por malos tratos contra ese hijo de puta.

La mujer se tensó cuando recibió aquel pequeño empuje mental, su mirada voló a ambos lados, como si buscara el lugar del que procedía.

No puedes permitir que le sigan haciendo daño a Tommy, él solo te tiene a ti.

La mujer miró a su hijo durante unos instantes y le acarició el rostro. Entonces se levantó y caminó más decidida que antes hacia una de las enfermeras, quien la miró a ella, al niño y asintió inmediatamente.

Nyxx respiró profundamente y miró a Tommy una última vez. Ese niño iba a tener su infancia y él se aseguraría de eso.

Dejando la zona de urgencias atrás, siguió hasta el ascensor para continuar hasta la zona de Cuidados Intensivos. Encontró al hombre en una de las primeras habitaciones. Estaba sedado y conectado a un sinfín de máquinas, una de ellas le ayudaba a respirar. El cuello estaba vendado con una gruesa venda y se veía muy pálido.

Una inusitada rabia volvió a revivir en su interior al recordar lo que ese

hijo de puta había estado a punto de hacerle a su compañera. Él iba a morir, más allá de cualquier duda, Nyxx sabía eso, el alma en el cuerpo del hombre empezaba a gritar, no creía que pasase de aquella misma noche y él se aseguraría de estar allí mismo para recogerla y patearla a través de la Puerta.

—No sabía que existiese tal fetichismo en ti.

Nyxx se volvió cuando oyó una voz conocida a sus espaldas, arqueando una de sus doradas cejas de forma irónica se quedó contemplando al vikingo de pelo rubio y gafas de sol embutido en unos pantalones vaqueros y chaqueta de piel de la mejor calidad.

—Te dejaré el tema del fetichismo a ti, Lyon —le dijo dando la espalda a la habitación donde descansaba el hombre—. Debo suponer que tu presencia por aquí no es coincidencia, ¿um?

Lyon echó un vistazo más allá del hombro del Cazador a través del cristal que dejaba ver el interior de la habitación.

—Dímelo tú, Nyxx —respondió contemplando al enfermo—. No sé qué motivos hayas podido tener para intentar cargarte a ese hijo de puta, pero si muere...

El Cazador esbozó una sonrisita.

—Me alegra ver que no sois del todo ajenos a lo evidente —aceptó echando un rápido vistazo por encima de su hombro hacia la habitación—, ese hijo de puta no pasará de esta noche.

Lyon dejó escapar un pesado suspiro.

—¿Eso es una amenaza?

Nyxx se encogió de hombros.

—Solo constato un hecho —aseguró—. Su alma pronto vagabundeará por el mundo, es cuestión de tiempo que se le de caza.

Lyon chasqueó la lengua.

—Oh, vamos, Nyxx, no eres un neófito —aseguró con hastío—, conoces

las normas con respecto a los humanos y eso ha sido ir demasiado lejos.

Él entrecerró ligeramente los ojos pero no se molestó en moverse del lugar.

—Cuestión de gustos —continuó—, para el mío todavía tiene la cabeza encima de los hombros, algo que sin duda podría tener arreglo.

Lyon se tensó, su poder crepitó a su alrededor haciendo consciente a su compañero de que no estaba de humor para sus bromas.

—No te acerques a él —le advirtió el Guardián.

Los ojos verdes del Cazador se fijaron en los del hombre y esbozó una ligera mueca.

—Eso va a ser un tanto difícil, chico —chasqueó él—. Pienso acompañar su podrida alma hasta la Puerta y hundirlo allí dentro para toda la eternidad.

Lyon realmente se tensó.

—No me obligues a ir a por ti, Nyxx —le pidió con lentitud—. Estás metido en un jodido embrollo ahora mismo y el Juez está que trina por ello.

Esbozó una ligera sonrisa ante tal declaración.

—¿División de lealtades? —sugirió con sorna.

Ahora Lyon no se lo pensó dos veces, sacó las armas solo para que Nyxx esperara su amenaza sin hacer un solo movimiento para defenderse. Ambos hombres se quedaron nariz con nariz.

—Haz lo que tengas que hacer, Guardián Universal —le dijo con lento aplomo—. Pero hacerlo lejos de mi camino o tú y los tuyos tendréis que ateneros a las consecuencias.

—Has atentado contra la vida de un humano inocente...

—¿Inocente? Ese hijo de puta tiene tanto de inocente como tú y yo lo tenemos de Hermanitas de la Caridad, Lyon —escupió con ironía.

—No te corresponde a ti juzgarlo y tomarte la justicia por tu mano —le

aseguró el Guardián.

Nyxx se acercó aún más, casi rozando nariz con nariz.

—Cualquiera que se meta en mi camino o en el de los míos, me concierne a mí, chico —le espetó con ironía—. Ese cabrón solo se ha llevado lo que se merecía porque nadie amenaza lo que es mío y sale indemne.

—¿Quién es ella? —preguntó Lyon, sacando sus propias conclusiones.

Nyxx se retiró, alejándose de las armas del guerrero y tiró de su chaqueta, antes de lanzar los mechones de su cola hacia atrás.

—Nadie por quien debáis preocuparos —le respondió al tiempo que señalaba con la barbilla hacia el pasillo por el que habían llegado—. Hacedlo en cambio del chico que hay en el box cuatro de la sala de urgencias, el de pelo negro y ojos verdes, ese niño ha visto cosas que ni siquiera debería de saber que existen a esa edad.

Lyon echó una mirada hacia atrás y finalmente se giró de nuevo hacia él.

—¿Por qué? —le preguntó.

Nyxx no respondió, simplemente echó un último vistazo al hombre de la habitación y emprendió el camino de regreso.

—Habla con Shayler y que expida una orden de alejamiento para ese cabrón —respondió entre dientes—, si no quiere que añada yo mismo otro futuro cadáver a la lista.

—¡Maldita sea, lobo! Tienes que dejar de hacer esto —masculló Lyon volviéndose hacia él—, hay unas normas, una jerarquía...

—Yo cazo solo, Tremayn —le aseguró utilizando el apellido de Lyon—. No soy un animal de manada.

Lyon chasqueó la lengua con fastidio.

—Se lo comunicaré a Shayler y nos haremos cargo del asunto —aseguró él, aquella no era la primera vez que el lobo les daba un chivatazo como aquel. Nyxx parecía tener un sexto sentido para esas cosas o un jodido

infierno de suerte para encontrarse siempre con tales casos—. Pero mantente alejado de ese hombre, si él muere...

—Morirá, Lyon —le aseguró con un profundo suspiro—. E iré a por él. Nadie amenaza a mi compañera y queda con vida... Ni siquiera una jodida alma.

El Guardián se sorprendió ante el repentino borde acerado en la voz del Cazador, el hombre estaba hablando completamente en serio.

—¿Tú... compañera? —preguntó Lyon sin entender.

Nyxx no respondió, se limitó a caminar por el pasillo hasta desvanecerse.

—¡Joder! —masculló Lyon mirando de nuevo hacia la habitación con fastidio—. ¿Qué coño está pasando aquí?

Maldiciendo para sus adentros, dejó la ventana y se acercó sigilosamente a la puerta echando un rápido vistazo a las enfermeras que estaban un par de salas más allá, charlando animadamente en su oficina totalmente ajenas al intercambio de los dos hombres. Lyon tenía que reconocerlo, estaba impresionado por la capacidad de camuflaje que poseía ese Cazador y no hacía más que enfurecerlo el hecho de que se estuviese tomando las cosas como si no le importaran.

No necesitó entrar en la habitación para percibir lo que Shayler había percibido en la zona del ataque, aquel hombre apestaba a inmundicia, estupidez y falsedad, era un fraude como humano, quizás el ataque de aquella noche lo hubiese salvado de un destino mucho peor.

Suspirando profundamente, Lyon se preparó para lo que se avecinaba. Penetró en la habitación y tras echar rápidamente una mirada a su alrededor se acercó al hijo de puta entubado en la cama y con solo un ligero toque en su frente, revivió rápidamente lo sucedido la noche del ataque y la violación que había estado a punto de llevar a cabo.

Asqueado se echó atrás, tratando de deshacerse de los recuerdos que no eran suyos, odiaba esa parte de su trabajo, Shayler podría tener un verdadero infierno con su empatía, pero Lyon no lo llevaba mejor, pues era capaz de conectar con el pasado de una persona o lugar y revivir como si estuviese estado él mismo allí con precisa y transparente claridad.

Parecía que, después de todo, el lobo había tenido razón, aquel hijo de puta no se merecía otra cosa que la muerte.

Lluvia observó como el médico miraba las radiografías en la pantalla luminosa y se volvía con una sonrisa hacia Isabel, ella le leyó los labios.

—Afortunadamente el pómulo está bien, no hay fisura ni rotura — aseguró el médico diciéndole lo que ella misma había asegurado antes de que Isabel insistiese en que se le hiciera un reconocimiento completo, dado que aquel era el lado de su oído bueno, o por lo menos, todo lo bueno que podía considerarse. Lluvia no había pensado siquiera en ello, había estado tan ocupada dándole vueltas a la cabeza y a la presencia de Nyxx así como a su olvidada noche, que no se había parado a pensar en las repercusiones de su golpe—. Su audición sigue estando en los mismos niveles de los últimos estudios, no podría asegurarlo sin que la viese el especialista, pero su audición parece no haber decrecido.

—Eso es bueno —respondió Lluvia captando la atención del médico quien le dedicó una suave sonrisa comprensible—. ¿Puedo irme ya entonces?

—Me gustaría hacerle un par de preguntas antes de darle el alta, si no le importa, señorita Naleri —aseguró el médico. Si bien Lluvia no podía oír su tono, podía leer la expresión en su rostro y lo que leía en él no le hacía pizca de gracia.

—Puede ahorrarse el test psicológico, doctor, no he sido maltratada en toda mi vida —Al menos no físicamente, pensó para sí—, y esto se ha debido

a un golpe, un desafortunado golpe ya que al parecer me encontraba en el lugar equivocado a la hora equivocada.

—Su tía... —respondió mirando a Isabel buscando su confirmación ante el parentesco. Lluvia miró a Isabel y esta negó con la cabeza, diciéndole que lo dejara estar—, comentó que usted había estado ayer tarde por Central Park, cuando atacó ese can.

—Como ya le dije, tengo un poco de confusión con relación a lo que ocurrió ayer noche, imagino que por el golpe —aclaró ella con un ligero encogimiento de hombros, al tiempo que se llevaba la mano a la garganta para asegurarse de que sus cuerdas vocales emitían sonido alguno—, mis recuerdos del día y la noche de ayer van y vienen pero no puedo precisar exactamente ni las horas, ni el tiempo exacto. No estoy acostumbrada a la medicación que no sea natural, y parece que ayer me... tomé un calmante para poder dormir, eso ha repercutido en un agudo dolor de cabeza, entre otras cosas.

—No debería tomar medicamentos a su libre albedrío —negó el médico como quien amonesta a un niño pequeño.

—Como ya le dije, no suelo tomar nada que no esté basado y hecho con hierbas, anoche fue la excepción. —Y menuda excepción, pensó acordándose del hombre con el que supuestamente había dormido—. Si todo está bien y ya puedo irme...

—Por supuesto —sonrió ante la reluctante paciente, tomó el talonario de recetas y le expidió una crema y unos antiinflamatorios que entregó a Isabel—. Es solo superficial, la hinchazón le bajará en unos días y el moratón irá desapareciendo poco a poco.

—Gracias, doctor —aceptó Isabel tomando las recetas.

Lluvia se despidió del médico y salió directamente de la sala de curas con tanto ímpetu que chocó con un muro humano.

—Oh, disculpe —se apresuró a contestar ella empezando a elevar la

mirada por el hombre más enorme que nunca había visto. Él la tenía sujeta suavemente de los brazos, evitando así su caída.

Aquellos hombros eran enormes y amplios, todo en aquel hombre era enorme, en realidad, solo su rostro, enmarcado por una melena rubia desigual y la luminosidad de sus ojos verdes disminuía el choque. Era guapísimo, pero peligroso. Un titán

—¿Estás bien? —preguntó Lyon sorprendido por el encontronazo. Ni siquiera la había visto llegar hasta que se pegó un porrazo contra él saliendo despedida hacia atrás. La había sujetado al último momento y con ello había podido entrever algo, algo de lo que no estaba seguro, pero ella apestaba al poder del lobo.

—Sí, lo siento, ha sido culpa mía, debí mirar por donde iba —respondió ella de manera atropellada.

Lyon la soltó y sonrió echando un vistazo tras ella a la sala de curas y a la mujer que salía.

—Nunca es demasiado pronto para abandonar a los médicos, ¿verdad? —comentó de manera amistosa.

Ella se sorprendió pero asintió, los dedos le hormigueaban como le ocurría algunas veces cuando estaba ante un alma poderosa, la tentación de ver más allá de su exterior se hacía cada vez más imperiosa. ¿Quién demonios era ese hombre y por qué tenía un aura tan poderosa a su alrededor? De alguna forma, le recordaba un poco a Nyxx, la base de su poder parecía ser la misma.

—No, supongo que no —respondió retrocediendo con una sonrisa, cuando Isabel llegó y enlazó su brazo en el suyo, llamando su atención. Su mirada estaba puesta en el hombretón, había cierto recelo en sus ojos y también una pizca de curiosidad—. ¿Nos vamos?

Isabel se volvió a ella y asintió instándola a caminar.

—Señora —la saludó Lyon con una leve inclinación de cabeza.

—Nuevamente, lo siento —le dijo Lluvia a modo de disculpa.

Lyon se limitó a sonreírle mientras contemplaba a ambas mujeres marcharse por el pasillo, parecía que después de todo había encontrado a la misteriosa hembra que había estado protegiendo el lobo.

Isabel echó una rápida y disimulada mirada por encima del hombro hacia aquel hombre con el que Lluvia se había tropezado e incrementó el paso, había algo oscuro en él, algo poderoso y si bien no lo sentía como una amenaza, tampoco estaba tranquila en su presencia. ¿Qué diablos estaba pasando últimamente que todo alrededor de Lluvia parecía complicarse de manera desproporcionada? Toqueteando su brazo, la obligó a volverse hacia ella, llamando así su atención.

—¿Ahora vas a decirme que ocurrió exactamente anoche? —le preguntó mediante el lenguaje de signos.

Lluvia suspiró.

—Parece que me caí —fue la irónica respuesta de ella.

—No juegues conmigo, señorita, sé que hay algo que no me estás contando y realmente me inquieta —aseguró la mujer.

Lluvia frunció el ceño y finalmente respondió.

—Lo que le dije al médico es verdad, realmente no recuerdo gran cosa de lo que ocurrió ayer —aceptó la muchacha con un ligero encogimiento de hombros—. Imagino que al volver del examen atravesé por Central Park, Nyxx me encontró en un lado del camino, al parecer estaba alterada y hablaba sobre un perro enorme... así que, viendo las noticias esta mañana supusimos...

—¿Nyxx? ¿Has visto de nuevo a ese *gadje*^[13]? —la interrumpió Isabel con un chasqueo de la lengua—. No debes acercarte a él, Lluvia, hay algo que no está bien en ese hombre, él no es como tú...

Ella puso los ojos en blanco, ahí estaba de nuevo la superchería de Isabel.

—Por supuesto que no, es más alto, más grande, más... todo — respondió la muchacha con un agotado suspiro, realmente él si era más de todo y la hacía sentirse segura—. Fue gracias a él que pude llegar a casa, Isa, si Nyxx no me hubiese encontrado, quizás hoy en los noticiarios habrían comunicado que había dos víctimas, en vez de una.

La mujer masculló algo en voz baja que ella no llegó a entender. Había estado fijándose en los signos y no en lo que decían sus labios.

—Vuestros caminos se están cruzando demasiado a menudo —murmuró la mujer y sacudió la cabeza para volverse a Lluvia y poner sus palabras nuevamente en signos—. Y no de forma fortuita, ten cuidado, Lluvia, ten mucho cuidado con ese hombre, no es lo que parece.

Lluvia se limitó a suspirar, si Isabel supiera realmente lo que había pasado aquella noche, estaba segura de que la encerraría y tiraría la llave. No entendía que era lo que había visto ella en Nyxx que Lluvia había ignorado, generalmente era muy buena calando a la gente, y el hecho de que hubiesen pasado la noche juntos como así parecía, no hacía más que reafirmar su suposición.

—Al final del día, ninguno somos lo que parecemos, Isabel —le respondió Lluvia pronunciando las palabras cuidadosamente.

Sin su audífono, el hablar le estaba resultando bastante difícil y cansado, necesitaba llevarse la mano a la garganta en cada momento para poder saber que sus cuerdas vocales estaban emitiendo algún sonido. Su aparato podía no ser gran cosa, pero siempre le había permitido obtener un vislumbre de ese otro mundo, algo que necesitaba para no encontrarse totalmente aislada.

Lluvia notó la mano de su amiga palmeando suavemente su propia mano y se volvió hacia ella.

—Ahora vamos a ir a la farmacia a recoger los medicamentos que te ha

dado el médico y te irás a casa a descansar —le dijo la mujer.

Lluvia empezó a negar con la cabeza.

—La tienda...

—La tienda no va a salir corriendo del lugar porque tú te tomes un par de días libres, *chaví* —le aseguró Isabel sin darle lugar a discutir—. Necesitas descansar, Lluvia, nadie puede enfrentarse a lo que has pasado tú en menos de dos días sin que se resienta su salud.

Aquello trajo a su mente el recordatorio de la carta con su partida de adopción.

—Tal parece que mi vida se está cayendo a pedazos, ¿um?

Isabel sacudió la cabeza y la abrazó depositando un beso en su sien.

—Todo sucede por un motivo, niña, solo tienes que encontrar el tuyo —murmuró para sí mientras la instaba a caminar.

Nyxx dejó el hospital con peor humor del que había encontrado a su llegada, lo último que necesitaba era tener ahora a los Guardianes Universales metiendo las narices en sus asuntos, sabía perfectamente a lo que se exponía cuando atacó a ese hijo de puta, solo lamentaba no haber estado en su forma humana, de ese modo hubiese disfrutado más de destripar a ese cabrón. A partir de ahora, tendría que extremar las precauciones, Lyon se había encargado de dejárselo claro, si el cabrón que estaba en la sala de la UCI moría esa noche, como sabía que lo haría, el Juez iba a cabrearse, si es que no lo estaba ya, y las cosas se pondrían aún más interesantes. Hacía tiempo que no asistía a una caza, quizás aquello pondría un poco de calma al desastre en el que se había convertido su vida durante las últimas semanas.

Guardianes Universales, pensó él con sorna, no envidiaba el trabajo de esos hombres, como tampoco envidiaba la posición del Juez, él había pasado recientemente por una de las más crueles pruebas de su vida, el acabar con

uno de sus propios compañeros no era un plato de buen gusto, pero no le había quedado otra dado que la zorra en cuestión había jugado con fuego al amenazar la vida de la compañera del hombre. El Juez y su pandilla eran la única barrera que se interponía entre los todo poderosos dioses e inmortales y los mortales quienes vivían en su pequeña burbuja ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor e ignorantes de que había poderes en el Universo capaces de que hiciesen algo más que mearse en sus pantalones.

Nyxx había coincidido con ellos hacía pocas semanas y sabía que aquellos hombres se tomaban muy en serio su tarea como protectores de la humanidad, hasta el punto de que no habrían dudado en ir contra su propio jefe y acabar con su compañera si con ello mantenían el preciado Equilibrio Universal.

No, Nyxx no les envidiaba en lo más mínimo, prefería con mucho sus cazas de almas, al menos los muertos no daban tantos problemas como los vivos.

Un solo vistazo al nublado cielo de aquel mediodía y el olor a humedad en el aire no le dejaron dudas acerca del tiempo, más pronto que tarde aquellas oscuras nubes dejarían caer el agua que estaban conteniendo sobre la ciudad, un estupendo día que hacía perfecto juego con su humor.

Estaba a punto de cruzar al otro lado de la calle cuando oyó el timbre de su teléfono sonando en el bolsillo interior de su cazadora, palpándose en su busca, abrió la cremallera e introdujo la mano, no creía que Lluvia fuese a cumplir su palabra de llamarle cuando saliera del hospital y no podía culparla, todavía le remordía por dentro el haberla engañado de aquella manera haciéndola creer que había ocurrido algo entre ellos cuando no era así. Sin duda era algo le encantaría hacer realidad, pues el deseo estaba allí, la noche anterior cuando la desnudó para asearla y meterla en la cama había sido muy consciente de la hembra que tenía en sus brazos.

El indicador de llamadas parpadeaba indicando el nombre de Dryah.

—¿Tanto te aburres que no dejas de marcar mi número de teléfono, *adelfi*^[14]?

Una suave risa se oyó desde el otro lado del auricular, seguido por el ruido de papeles.

—Pensé que te gustaría saber el modelo exacto del audífono que se le rompió a tu compañera y cuál sería el que se adapta mejor a sus necesidades —respondió ella con voz animada.

Nyxx sonrió para sí.

—No recuerdo haberte pedido que hicieras tal cosa —se burló—. Tengo buena memoria, sabes, lo recordaría.

—Soy buena adivinando cosas —aseguró por el auricular—, e Internet es casi tan bueno como Shayler para encontrar lo que busco.

Nyxx se echó a reír, no pudo evitarlo. La inocencia en la voz de la muchacha era de lo más refrescante.

—Me lo anotaré para cuando necesite un buscador —le dijo entre risas.

—Mejor que no se lo digas a él —pidió Dryah haciendo una mueca ante el pensamiento—. Lo he encontrado en un laboratorio médico de aquí, en Nueva York —continuó ella—. He tenido que pedirle a Jaek que me ayudase para encontrar el historial de ella y no quieras ver la mirada que había en su cara, el de los ordenadores es Lyon, pero él no estaba así que... Bueno, el caso es que al final lo encontré y lo mandé al laboratorio para que me dijese que aparato era el mejor para esos casos. Solo te diré que nunca he visto tantos ceros asociado a una cifra.

—Eso no es problema.

—Eso pensé —aceptó ella con una sonrisa—. Así que lo dejé encargado a nombre de Nyxx Kynigós, lo tendrán a primera hora de la tarde más o menos, te enviaré un mensaje con la dirección.

Nyxx agradeció interiormente el gesto a su compañera, aquella niña — para él siempre iba a ser una niña aunque tuviese varios siglos—, era una de las pocas personas por las que sentía verdadero cariño, era de clase de criaturas que se colaba en tu corazón y tu alma sin saber cómo y vivía por siempre ahí.

—Gracias, *adelfi* —respondió con ternura—. Te debo una.

Dryah susurró en voz baja.

—No, *kynigós*^[15], te la debía yo a ti.

Él asintió en silencio. No estaba seguro de si debía ponerla a ella sobre aviso de lo que estaba pasando, de lo que antes o después iba a ponerse en marcha en la Guardia Universal, después de todo ahora ella era uno de ellos.

—Prométeme una cosa, ¿quieres? —le pidió hablando lentamente.

Hubo un momento de silencio del otro lado de la línea, como si ella sospechase algo.

—¿Qué quieres que te prometa, Nyxx?

—No te metas en ningún lío por mí, ¿de acuerdo?

Dryah no dudó en responder.

—¿Qué está ocurriendo?

Él sonrió para sí.

—Lo sabrás cuando llegue el momento —respondió el Cazador con un suspiro—. Cuídate, hermanita. Te veré pronto.

Dryah contempló como la llamada quedaba cortada y se oía un pitido intermitente del otro lado de la línea. Su mirada fue del teléfono en sus manos a la ventana por la que tenía una perfecta y amplia vista de Manhattan.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —murmuró para sí, estaba a punto de marcar el número de su marido cuando lo oyó entrando en la oficina, dejando el teléfono a un lado se apresuró hacia la puerta.

Shayler entraba acompañado de Lyon, el Guardián lo había puesto al tanto de lo que había ocurrido en el hospital, así como de la inusual petición de Nyxx para con Tommy, el niño que acaba de visitar allí junto con su madre. Lo que ese niño había vivido, lo que todavía quedaba en su pequeño espíritu había sido suficiente para apagar cualquier buen humor que tuviese. Afortunadamente, la Asistente de Asuntos sociales del hospital era una conocida suya y en cuanto lo había visto se había sentido más que inclinada a darle hasta los últimos detalles del caso de esa familia. Él mismo iba a encargarse de que aquel inútil pasase un buen tiempo alejado de su familia y encerrado en una clínica de desintoxicación, nadie iba a volver a ponerle un dedo encima a ese niño o a su madre.

Apenas había cruzado el umbral de la puerta cuando vio una menuda figura de largo pelo rubio caminando hacia él, sin esperar más le abrió los brazos y recibió a su mujer. Ella era la única luz en todo aquel mundo corrupto y despiadado que tenía que enfrentar a diario, su ternura y cariño habían podido sanar poco a poco ese hueco que había crecido más y más en su interior hasta el punto de que ya no concebía la vida sin ella.

—¿Va todo bien? —le preguntó en un leve susurro mientras envolvía los brazos alrededor de su cuello.

—Quédate diez minutos más así y estaré en el cielo —le aseguró enterrando la nariz en su pelo para aspirar su aroma a jazmín.

Ella se echó hacia atrás y le sonrió antes de darle un beso en los labios.

—Oh, por favor, tened un poco de piedad de los demás e id a haceros carantoñas al pasillo —clamó Lyon de manera exagerada—. Si tengo que ver esto muchas más veces, me suicidaré.

Dryah puso los ojos en blanco pero no se movió del lado de su pareja, había algo en Shayler que no estaba bien y no era el único, Lyon también parecía estar tenso.

—¿John? —le preguntó Shayler.

—Salió hace un par de horas, dijo que se pasaría a ver a Jaek al Guardian's —respondió ella, su mirada azul vagando de uno a otro—. ¿Qué ocurre?

A Dryah no se le pasó por alto la mirada que compartieron ambos hombres.

—Habrá que decírselo, muchacho —le dijo Lyon deslizándose hacia el mini bar—. ¿Una cerveza? ¿Whisky?

—Un Whisky —pidió el Juez—. Necesito algo fuerte.

La chica miró a su marido y luego a Lyon.

—¿De qué se trata? —insistió ella, en su interior rogaba porque no tuviese nada que ver con el comentario de Nyxx.

Shayler respiró profundamente, aquello iba a ser una mierda.

—Se trata de Nyxx —dijo el Juez mirándola a la cara.

Dryah ladeó el rostro, su mirada yendo de su marido a Lyon, quien estaba sirviendo las bebidas.

—Cielo, sé que esto va a ser difícil pero...

Lyon puso los ojos en blanco y se volvió a la pareja.

—El Cazador de Almas atacó anoche a un hijo de puta en Central Park, esta mañana ha salido en el noticiario. Un hombre fue atacado por un lobo o un perro grande en uno de los tramos del parque, prácticamente le arrancó la garganta, el otro individuo que estaba con su compañero pudo huir. El tío está en la unidad de cuidados intensivos del hospital, el Cazador ha ido hoy a hacerle una visita... De hecho aseguró que el hijo de puta no pasaría de esta noche.

Ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No entiendo —negó, su mirada yendo de uno a otro.

—Tal parece que había una mujer de por medio —comentó Shayler

acariciando el rostro de su esposa—. Perdió el control, Dryah, creo que de alguna manera... ese hijo de puta había atacado a la mujer...

—¿Una mujer? —Dryah palideció y miró a ambos—. Dioses, ¿Lluvia está bien?

—¿Lluvia? —preguntó Shayler sin entender, pero Lyon cerró la puerta del mini bar con dos vasos en la mano y fue hacia ellos.

—¿Sabes quién es ella?

Dryah volvió la mirada hacia el Guardián y asintió.

—Ella es la compañera de Nyxx —respondió y se volvió hacia Shayler con una obvia mirada en sus ojos azules—. De la misma manera que yo soy la tuya.

—¡Mierda! —masculló el Juez.

—Como que esto se pone interesante, ¿no? —aseguró Lyon tendiéndole el vaso a su compañero.

Shayler lo fulminó con la mirada, tomó el vaso y se bebió los dos dedos de whisky de un solo trago. El líquido bajó quemándole la garganta. Demonios, las cosas se habían complicado más de lo que había esperado.

—¿Qué está pasando aquí? —insistió Dryah su mirada frenética yendo de uno al otro—. ¿Qué pasa con Nyxx?

Lyon chasqueó la lengua y suspiró.

—Pasa que si ese hijo de puta muere, y no digo que no se lo merezca, el Cazador de Almas habrá traspasado la línea —respondió con un resoplido.

Ella sacudió la cabeza.

—No —se negó a creer lo que estaba pasando por su mente.

—Dryah, ha atacado a un humano—trató de hacerle entender Shayler.

Ella se volvió hacia él.

—Sí, por defender a su compañera —le recordó, su mirada clavada en la suya—. Tú habrías hecho lo mismo si se tratara de mí, Shay. Yo misma lo

haría si a ti te llegase a pasar algo.

—Aquí no se trata de ti o de mí —negó él con pesar—. Nyxx ha estado jugando al borde de la línea desde hace mucho tiempo era inevitable que terminara cruzándola.

Ella sacudió la cabeza.

—Por lo que he podido entender, ese hombre iba a morir esta noche de todas formas, si no hubiese sido Nyxx habría sido alguno de vosotros, con la única salvedad de que vosotros no podríais haber hecho nada para ahorrarle a una mujer un trauma que la perseguiría toda su vida —respondió con vehemencia, su voz creciendo al tiempo que lo hacía su poder—. No vais a iniciar ninguna caza, no sobre él.

Lyon entrecerró los ojos y miró a la chica y luego al Juez. Sabía que Dryah jamás haría nada que hiciera daño a Shayler, pero con todo, había costumbres que no podían quitarse de encima. Su misión por encima de todo, era proteger al hombre aunque fuese de su propia esposa.

—Ni se te ocurra tocarla, Lyon —lo amenazó él leyendo las emociones de su amigo y compañero.

Dryah volvió la mirada hacia él y se sintió un auténtico gilipollas cuando la vio herida.

—Pensaba que a estas alturas esperarías de mí algo mejor, Lyonel —murmuró ella, su voz neutra, entonces volvió a mirar a su compañero.

—Lo siento, nena. Es deferencia profesional —se disculpó antes de volverse al Juez y añadir—. ¿Qué hacemos? Conoces las leyes, las has puesto tú.

Shayler miró a su esposa y se preparó para lo que estaba a punto de hacerle, sin duda esta iba a ser una gran prueba para ambos, solo esperaba que pudieran superarla. Aquella era su ley, una orden directa de la Fuente Universal, su misión principal era proteger a la humanidad, no podía hacer

otra cosa.

—Shayler, por favor —pidió ella al ver la intención en sus ojos.

—Esas leyes son también para ti, Libre Albedrío —le recordó con suavidad antes de volverse hacia Lyon y asentir con la cabeza—. Ve a por él y ten cuidado, si conozco bien a ese Cazador, no estará esperándote de brazos cruzados para venir mansamente.

—Maldita sea, no es necesario todo esto —exclamó ella volviéndose hacia su marido—. Déjame hablar con él y...

—Tú no debes interferir, Libre Albedrío —murmuró Lyon llamando su atención, su voz había sido suave, casi una súplica. Él tampoco estaba demasiado feliz con aquel arreglo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Realmente crees que me quedaré sentada y de brazos cruzados mientras das caza a mi amigo?

—No intervendrás. —Ahora fue el Juez Supremo el que habló, no su marido y amante, sino su Señor

Dryah estaba a punto de responder a eso cuando oyó la voz de La Fuente en su mente, la calidez de una mano femenina posándose sobre su hombro derecho, la fuerza y oscuridad de una mano masculina sobre el izquierdo.

Hay cosas que deben ocurrir para que todo pueda seguir su curso, pequeña oráculo, esta es una de ellas —oyó la voz femenina de los dos entes que formaban la Fuente Universal.

No debes interferir, el destino se ocupará de todo.

Tan rápido como habían llegado se fueron dejándola nuevamente sola ante los dos hombres, mordiéndose el labio inferior alzó la barbilla y se enfrentó a Shayler.

—Lo que vos digáis, mi Juez —respondió con firmeza y seriedad, sus

ojos no encontraron los de su marido.

—Dryah...

—Acataré tus órdenes —dijo, entonces dio media vuelta y salió de la oficina sin ver la mirada de pesar que se reflejaba en los ojos del Juez.

Lyon posó la mano sobre el hombro de Shayler.

—Lo siento.

Shayler negó con la cabeza.

—Iré a hablar con Seybin —le respondió volviéndose a su compañero—. Le daré una oportunidad para que hable con el lobo.

—¿Salgo en su busca? —preguntó Lyon, pidiendo la confirmación de su misión.

Shayler respiró profundamente y asintió.

—Hazlo.

CAPÍTULO 8

El noticiero había vuelto a hablar aquella noche sobre el incidente acontecido en el parque para anunciar la muerte del único afectado por el ataque del lobo, Lluvia sintió un ligero escalofrío cuando apareció la foto del hombre en la pantalla de la televisión, desde ese momento la había envuelto un frío que no era capaz de alejar ni siquiera con una taza de leche caliente. Arrellanada en el sofá con un viejo chándal de felpa y una manta cubriéndole las rodillas, veía las noticias subtituladas del diario de la noche, había estado intentando evitar pensar en Nyxx y en su promesa de llamarlo, el número que él había grabado en su teléfono permanecía ahora en un trozo de papel encima del diario floral que había estado ojeando. De alguna manera había esperado que aquel pequeño cuaderno pudiera tener alguna conexión con su pasado, su familia, si es que todavía le quedaba alguna.

Suspirando volvió a mirar el aparato, había repetido aquel gesto varias veces a lo largo de la tarde sin atreverse a ser ella quien lo descolgara y llamase a Nyxx, el audífono había vuelto a funcionar después de un par de golpes para apagarse nuevamente, al final cansada, lo había dejado sobre el mostrador de la cocina.

Una luz intermitente indicó en el teléfono que entraba una llamada, Lluvia se tensó, tragó saliva y dudo en abandonar el sofá para atenderlo. Tan pronto como había venido, la luz se apagó. Aquello había sido un mensaje de texto.

Intrigada, dejó su lugar y acudió al teléfono, accionó la tecla para visualizarlo y leyó.

¿Acostumbras a romper las promesas? Y firmaba. Nyxx

Lluvia se mordió el labio inferior, y escribió una rápida respuesta con el teclado numérico y le dio a enviar. Pasaron unos segundos antes de obtener una respuesta.

¿De veras crees que tengo pinta de acosador? Había una cara sonriente al lado y casi podía imaginar esa misma expresión en el rostro de Nyxx.

Lluvia escribió a su vez. *No, no tienes aspecto de acosador.* Y envió el mensaje.

La respuesta no se hizo de rogar.

Bien, al menos estamos de acuerdo en eso. Leyó ella. *¿Crees que podrías apiadarte de mí durante un rato y acompañarme a tomar un café en la cafetería que veo ahora mismo delante de mí? En el escaparate se lee Mirtel Coffe, por si te sirve de orientación.*

Lluvia dio un respingo, su mirada volvió hacia la ventana al otro lado del salón y frunció el ceño. El Mirtel Coffe estaba prácticamente cruzando la calle, era un pequeño café que solía frecuentar la gente de la vecindad, si Nyxx decía que lo tenía delante solo podía estar al otro lado de su edificio.

Lluvia tecleó rápidamente una respuesta:

¿Qué haces a estas horas por aquí? Empiezo a pensar seriamente que puedas ser un acosador.

La respuesta tardó un poco más en llegar, cuando por fin entró Lluvia leyó.

Te esperaré diez minutos. Si no apareces, entenderé que no quieres tener nada que ver conmigo y te dejaré en paz. Lo prometo.

Se mordió el labio inferior mirando el mensaje. *¿Era eso lo que quería? ¿No verlo?*

Antes de que pudiera formar un pensamiento coherente entró un último

mensaje.

Y yo si mantengo mis promesas.

Nyxx guardó el teléfono en su bolsillo y le echó un vistazo al contenido de la bolsa del laboratorio al que se había pasado hacía ya unas cuantas horas, tras hablar con los especialistas y que ellos le hubiesen explicado el funcionamiento y cuidado del aparato optó por ser él mismo quien se lo entregara a Lluvia. Al principio había creído que lo mejor era enviárselo, sin remitente, solo a su nombre de modo que no tuviese forma de devolverlo, ella era orgullosa y terca, la pronunciada elevación de su barbilla cuando se enfrentaba a él así lo decía, pero no era obtusa, sabía cuando tenía que ceder y lo hacía. Estaba empezando a conocer poco a poco aquella pequeña y enigmática mujer que había resultado ser su compañera. Su compañera. Y todo por culpa de una estúpida maldición, realmente no sabía quién había sido maldecido de los dos con ello, Lluvia era inocente de todo aquello, ¿qué derecho tenía él a arrancarla de lo que conocía para sumergirla en un mundo que ignoraba y en el que únicamente encontraría peligro? Había tenido una prueba de ello cuando lo vio en su forma de lobo atacando a aquel hijo de puta.

Esbozó una irónica sonrisa, esa escoria ahora estaba pudriéndose en el interior de la Puerta de las Almas. Tal y como había pronosticado, el individuo abandonó este mundo solo para pasar al otro a primera hora de la tarde y él había estado esperándolo. La caza no había sido tan satisfactoria como había pensado, aquel imbécil ni siquiera sabía que ocurría, todo lo que hacía era llamar por el nombre de una mujer de la cual nunca obtuvo respuesta. Fuese lo que fuese que le deparara la Puerta, no sería suficiente para aplacar las emociones de Nyxx cada vez que veía a aquel hijo de puta sobre el menudo e indefenso cuerpo de Lluvia.

Como si la hubiese conjurado con su pensamiento, ella rodeó corriendo el edificio, vestida con un grueso chándal de felpa gris y negro, el pelo recogido en una alta coleta y una bufanda negra rodeando su cuello. Su aliento formaba bocanadas de humo en el frío de la noche, sus ojos brillaban y su rostro era la cosa más dulce y hermosa que Nyxx hubiese presenciado en toda su vida.

Cuando supo de su existencia, habían vuelto a su mente aquellos momentos que había pasado con Hadryna, pero en vez de sentir el remordimiento que esperaba sentir por traicionar su recuerdo con esta otra mujer, solo sintió paz, como si ella realmente aprobase a Lluvia y quizás así fuera, después de todo, era de su línea de sangre.

—Hola —articuló ella entre jadeos al tiempo que alzaba su mano en un medio arco.

Nyxx le sonrió con calidez.

—No hacía falta que bajases corriendo, todavía te quedaban... —Miró su reloj—. Tres minutos.

Ella se incorporó y enganchó un rebelde mechón de pelo tras su mejilla lastimada. Nyxx se inclinó hacia ella, aprovechando la luz de la farola cercana para examinar el oscuro moretón sobre su pómulo.

—No tengo nada roto —murmuró ella lentamente, llevándose la mano inconscientemente al cuello, buceando bajo su bufanda para notar la vibración—. Solo pequeñas laceraciones en el interior, pero no es necesaria cirugía. Antiinflamatorios y una pomada para el exterior, eso es todo.

Él buscó su mirada y sacudió la cabeza.

—Siento no haber podido evitarlo —murmuró con verdadero pesar.

Ella abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza.

—No veo como habrías podido —respondió con suavidad.

Nyxx no dijo nada, se limitó a acariciarle el rostro con los dedos

desnudos de su mano enguantada solo para que ella le cogiese la mano y la volviese, viendo las desiguales cicatrices, la piel arrugada que se ocultaba bajo el cuero.

—Son profundas, ¿quemaduras? —preguntó acariciando, casi trazando las líneas con sus suaves yemas. Aquel gesto conmovió a Nyxx.

Lluvia alzó la mirada hacia él para leer su respuesta, pero todo lo que alcanzó a ver fue la tristeza en su mirada antes de que bajase la boca sobre la suya y le acariciara los labios con un suave beso antes de apartarse de nuevo y volver a recoger de nuevo el mechón de pelo que se había escapado de su asidero tras la oreja.

—Es una larga historia —respondió en voz baja, permitiendo que ella leyese esa respuesta en sus labios—. Y difícil de explicar. Cuando llegue el momento te lo explicaré todo.

La muchacha lo miró con extrañeza pero no dijo nada, su mirada fue más allá hacia el local en el otro lado de la calle y volvió hacia él.

—¿Me acompañas en ese café? —le preguntó señalando el local con un gesto de la barbilla.

Nyxx asintió.

—Esa era mi idea —aceptó él, pero antes de que ella pudiera dirigirse a cruzar la calle, la hizo detenerse—. Pero antes, tengo algo para ti.

Lluvia arqueó las cejas en respuesta y miró como Nyxx abría la bolsa que había estado sujetando y sacaba de su interior una pequeña caja y se la entregaba.

—No es el mismo modelo que utilizas, pero este es mucho menos aparatoso y más fiable, su nivel de audición es mucho más nítido —le explicó mientras ella tomaba la caja con una mirada que iba más allá de la sorpresa y la abría para encontrar en su interior un pequeño audífono cuyo modelo nunca había visto antes—. No sé que alcance tendrá con tu nivel de audición actual,

pero creo que encontrarás una considerable diferencia.

Lluvia empezó a negar con la cabeza mientras miraba el pequeño aparato con recelo y su mirada volvió entonces a Nyxx.

—¿Por qué? —negó sin entender.

—En cierto modo, sí fue culpa mía que se te rompiera el otro —le dijo encogiéndose de hombros—. En la bolsa tienes la tarjeta del laboratorio, cualquier problema o malfuncionamiento, ellos se encargarán de la reparación o sustitución sin coste alguno durante los próximos cinco años.

Lluvia miró el aparato y luego a Nyxx, entonces negó con la cabeza y le tendió de vuelta la cajita.

—No, no puedo aceptarlo —negó, sus manos temblando.

Nyxx retrocedió un paso saliendo de su alcance.

—Sí puedes y lo harás —dijo con rotundidad.

Ella negó con la cabeza.

—¿Tienes idea de lo que cuesta un aparato como este? —exclamó empezando a tartamudear—. Yo... yo no puedo pagártelo... tendría que ahorrar esos cinco o seis años y aún así no estoy segura de que pudiera reunir ese dinero y... y yo no soy de esa clase de chicas...

El Cazador arqueó una de sus doradas cejas ante la última frase.

—¿Qué clase de chicas?

Lluvia se sonrojó, pero podía más su orgullo.

—No quiero pago por lo que pueda haber ocurrido anoche —negó ella con rotundidad insistiendo en estirar el brazo que sostenía el audífono hacia él.

Nyxx ladeó la cabeza y la miró sorprendido, realmente sorprendido. Aquello solo aumentó la vergüenza de Lluvia.

—Cógelo, por favor —pidió.

Negó con la cabeza y fue a ella.

—Nunca se te ocurra volver a insinuar algo así de ti misma, Lluvia —le respondió con seriedad—. Eres una mujer preciosa, cualquier hombre estaría dispuesto a llevarte a la cama sin pedir nada a cambio.

Ella se encogió en sí misma, avergonzada, pero manteniéndose en sus trece.

—Yo, te lo agradezco, pero tú no has tenido la culpa de que se hubiese roto —insistió ella.

Él sacudió la cabeza y para sorpresa de ella recuperó la caja que había estado tendiéndole, la abrió y sacó de su interior el pequeño auricular.

—Ven aquí —la llamó con la mano.

Lluvia no se movió, incluso negó con la cabeza.

—He dicho que no, Nyxx —negó mirando con pena el aparatito que él tenía en sus manos.

La ignoró, se acercó a ella lo suficiente para tomarla por la cintura, darle la vuelta y con un rápido y hábil movimiento que ella no pudo evitar le colocó el audífono en el oído derecho, lo reguló como le habían indicado y se inclinó hacia ella.

—Siempre hay un momento, en el que todos tenemos que ceder, Lluvia —le habló al oído—. Por muy tercos que seamos.

Ella dio un respingo cuando oyó, realmente oyó aquella rasgada y rota voz en su oído, una voz profunda y sexy, con una sensualidad oscura que la hizo temblar. Aquella era la voz de Nyxx, la única que se había encontrado realmente queriendo escuchar.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, entonces notó como él aflojaba su presa sobre ella permitiéndose volverse.

—Deduzco por el tono de tu cara que puedes oírme perfectamente.

No estaba mirando sus labios, si no sus ojos y podía oírle, su voz era... peculiar... como si le hubiese ocurrido alguna cosa a su garganta y nunca

hubiese curado del todo. No era la primera vez que la oía, pero antes, nunca hubo tal nitidez.

—Tu voz —murmuró sorprendiéndose al escucharse a ella misma.

Vio como Nyxx se tensaba, pese a que aquello no se reflejó en su rostro, que se mantuvo estático.

—Es una antigua herida, me abrasé la garganta por el humo y los gases en un incendio —respondió lentamente, como si se estuviese obligando a buscar una excusa ante ella.

Lluvia no acaba de entender. ¿Nyxx estaba avergonzado por su voz? Aquello era imposible. No. Ese hombre podría tener cualquier defecto, pero no creía ni de lejos que la vergüenza fuese uno de ellos. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, ella alzó la mano y la llevó a la garganta masculina y la acarició con los dedos.

—Nunca había escuchado una voz como la tuya... —respondió realmente maravillada de oírse tan claramente—. Quiero decir... te antes... pero nunca con tanta nitidez. Nyxx, di algo, cualquier cosa, por favor... quiero... necesito saber que no es mi imaginación.

Él le tomó la mano apartándola de su garganta y le acarició los dedos.

—No es tu imaginación, Mikrés, estamos en plena calle, hace frío y lo más seguro es que empiece a llover de un momento a otro.

Ella sonrió maravillada de oír su voz.

—Solo acéptalo, Lluvia —le pidió acariciándole la mejilla lentamente—. Da igual que mañana no quieras verme, si quieres que me vaya, me iré y te dejaré en paz, pero acéptalo. Me gustaría que al menos conservaras un recuerdo mío.

Ella sonrió y no pudo evitar responder.

—¿Un recuerdo de más de cinco mil dólares? —se rió.

Nyxx se encogió de hombros. No pensaba decirle el costo que había

tenido aquel aparatito, incluso a él le había sorprendido, pero había valido la pena con solo ver esa mirada de felicidad en su rostro.

Ella se le quedó mirando durante un instante, entonces se acercó a él y respondió.

—En realidad, no sé quién eres, Nyxx Kynigós —aseguró mirándole a los ojos, ladeando el rostro mientras lo examinaba—, dices que estuvimos juntos, pero te confieso que no recuerdo nada de aquello aunque me gustan tus besos. No sé qué ocurre Nyxx, todo el mundo me dice que me aleje de ti pero todo lo que me encuentro haciendo es acercándome más y más...

—Deberías haber escuchado a quienes te han dicho que te mantuvieses alejada de él, muchacha —oyó una voz masculina procedente de una zona sombría al otro lado de la ciudad—. Eso nos habría ahorrado muchos problemas.

Nyxx se tensó al escuchar aquella voz y maldijo interiormente su estupidez, cuando estaba con Lluvia tendía a olvidar lo más básico. Retrocedió un par de pasos y empujó la bolsa y la caja a las manos de Lluvia, lo justo para mantenerla a su espalda mientras mantenía una posición defensiva, aquello se iba a poner realmente feo.

Poco a poco la silueta que abandonaba las sombras fue cobrando forma bajo la luz que salía de uno de los escaparates hasta dejar ver a un enorme hombre de melena rubia y cuerpo de luchador americano, su rostro cubierto por unas gafas de sol incluso en plena noche. Lluvia abrió desmesuradamente los ojos cuando reconoció en él al hombre con el que había tropezado en el hospital. Su mirada lo recorrió rápidamente, quedándose clavada en las dos espadas cortas que empuñaba en cada una de sus manos.

—Déjala a ella en paz, Lyon —clamó Nyxx manteniéndose entre su adversario y la mujer a su espalda.

El Guardián chasqueó la lengua.

—Te dije que ibas a buscarte muchos problemas, Cazador —aseguró esgrimiendo las espadas en dos amplios giros—. Mi señor Juez quiere que te lleve ante él.

Nyxx esbozó una sonrisa irónica.

—¿Qué pasa? ¿Se ha quedado sin batería en el teléfono móvil que no pudo concertar una cita y por eso te manda a ti?

—Somos de la opinión que es más efectivo dar el mensaje en persona —respondió Lyon con el mismo tono irónico.

—Nyxx, ¿qué está ocurriendo? —preguntó ella su voz temblorosa.

—Dile que se vaya, lobo, esto nada tiene que ver con ella —le dijo Lyon mirando de pasada a la chica.

Él entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No quieras jugar a la caza conmigo, Lyon —le advirtió entrecerrando los ojos—. Yo fui quien la inventó. No te acercarás a ella, nadie lo hará.

La mirada de Lluvia fue de uno a otro sin entender nada, si bien podía oír sus voces, las palabras parecían haber dejado de tener sentido para ella. Sus ojos avellana volaron entonces al hombre que tenía frente a ella.

—Nyxx, esto es una locura, tenemos que llamar a la policía —aseguró en un susurro—. Ese hombre va armado con dos espadas.

—Espadas cortas, si no te importa, guapa —le soltó Lyon quien continuaba su aproximación hacia ellos.

Nyxx gruñó, realmente el hombre ante ella gruñó como un animal. Un escalofrío se desplazó por su columna vertebral, aquel sonido trajo consigo un inexplicable temor.

—No sé qué está pasando aquí, pero yo voy a llamar a la policía —aseguró retrocediendo hasta dar casi con la pared, había una cabina de teléfono al otro lado de la calle, llamaría desde ahí al 911.

Lyon arqueó una ceja al leer las intenciones de la chica en su mente y

puso los ojos en blanco, extendió una de sus manos armadas hacia la base de la cabina y esta explotó con un potente fogonazo.

—Lo siento, linda, pero no puedo permitirte hacer eso —le aseguró a modo de disculpa, su voz suave, tranquila cuando se dirigía a ella—. El papeleo que viene después es infernal.

Lluvia dejó escapar un gritito y se congeló en el sitio.

Entonces un nuevo gruñido salió del hombre que se había movido frente a ella y asistió asombrada a la inmediata materialización de una amplia espada curva en las manos de Nyxx, un instante antes sus manos habían estado desnudas y al siguiente manejaba con absoluta destreza una espada y una daga cuya empuñadura tenía la cabeza de un lobo en marfil. Lluvia parpadeó varias veces incapaz de afrontar lo que veían sus ojos, aquello parecía sacado de una película de ciencia ficción, aquellos dos se miraban el uno al otro y se rondaban como Connor Mac Cleod en una de sus películas favoritas, Los Inmortales.

Lluvia, escúchame pequeña.

Aquella era la voz de Nyxx, pero sonaba más clara que de costumbre e incluso con eco. Si no supiera que era imposible, diría que hacía eco en su cabeza.

Lluvia, escucha... Quiero que retrocedas muy lentamente hasta la esquina y una vez allí eches a correr. No mires atrás, solo corre, ve con Isabel.

—¿Qué? —preguntó angustiada, pero su mirada ya estaba buscando la dirección que él le había dado.

—Todo irá bien, *agapi*^[16] —le respondió ahora en voz alta.

—Nyxx, podemos evitar todo esto —concedió Lyon mirando alternativamente de uno a otro. La mente del Cazador estaba fuertemente cerrada a él, pero la de la muchacha, aquello era un caos—. Solo ven, habla

con Shayler...

Nyxx sonrió con ironía.

—Si quisiese hablar con ese muchacho, habría ido yo mismo a él —le soltó con ironía—. Tendréis que buscaros otra presa, Lyon, este Cazador conoce bien su trabajo.

—¡Maldita sea, Nyxx! No puedes ir por ahí matando humanos, por mucho que se lo merezcan —exclamó Lyon malhumorado.

Lluvia abrió los ojos desmesuradamente ante la declaración del hombre.

—Atacó lo que es mío —masculló el lobo sin perder la compostura, manteniendo en todo momento el mismo tono de voz—. Nadie tocará a mi compañera y saldrá ileso.

—¿Me estás amenazando? —sugirió Lyon entrecerrando los ojos.

—Tómalo como mejor te convenga, Lyon —respondió él y se volvió ligeramente hacia ella—. Vete, Lluvia.

Ella miró a uno y a otro y negó con la cabeza, aquello era demasiado surrealista.

—Esto tiene que ser una broma, ¿verdad? —sugirió mirando a su alrededor.

—Me temo que no, preciosa —respondió Lyon con un ligero encogimiento de hombros—. Haz caso al chico y ve a casa. No tienes por qué asistir a esto, tú no tienes la culpa de lo que ha ocurrido.

Nyxx avanzó un par de pasos balanceando las espadas.

—Me estoy cansando de tanta cháchara —aseguró él avanzando hacia el Guardián—. Si quieres jugar, juguemos.

—Nunca le diré que no a una buena pelea.

Lluvia se encogió y dejó escapar un pequeño grito cuando oyó el primer golpe de espada, aquellos dos se habían enzarzado en una lucha medieval en

plena calle.

—Esto no está pasando, esto no está pasando, esto no está pasando — empezó a canturrear Lluvia mientras los veía moverse en una macabra danza encontrando y repeliendo sus ataques, el hierro golpeando contra el hierro hacía un eco ensordecedor en la solitaria calle, las chispas saltaban de las armas iluminando sus rostros y, aunque juraría que aquello era imposible, ambos hombres sonreían—. No, esto no está pasando, esto no está pasando...

Sus ojos escanearon la calle con intensidad, viendo los escaparates encendidos, la cafetería al otro lado con alguna que otra persona, pero nadie parecía ser consciente de lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo no podían haber escuchado la fuerte explosión que hizo volar la terminal de la cabina telefónica? Incluso con su excasa audición, ahora incrementada por el audífono, la intensidad y el fragor de la batalla que se estaba librando era ensordecedor.

Empezó a retroceder pegada a la pared, sus ojos no podían apartarse de aquellos dos locos que se lanzaban mandobles de espada como si estuviesen jugando con espadas de madera, aquella danza era de una belleza mortal, casi un coordinado baile demasiado antiguo como para describirlo.

—Ayuda... —murmuró, su voz empezando en un susurro y aumentando en intensidad. Aquello no estaba pasando, no era real—. Ayuda... por favor... que alguien me ayude... ¡Ayuda!

Antes de poder darse cuenta estaba gritando y apretándose contra el edificio al tiempo que se deslizaba hacia uno de los costados, su mirada fija en los dos combatientes, algo en aquella inusual fuerza trajo a su mente la misma sensación de terror que la había estado cazando todo el tiempo. Entonces vio como Nyxx se distraía al mirar hacia ella y el otro hombre aprovechaba para deslizar la espada corta por el costado arrancando un gruñido del Cazador antes de que este contraatacase con más fervor y rabia.

La sangre que empezó a empapar la chaqueta verde militar de Nyxx empezó a confundirse en su visión con otra sangre, un enorme charco rojizo en el suelo, un profundo aullido sonó en su cabeza al tiempo que los recuerdos de la noche anterior entraban en su mente como si se hubiese roto una compuerta. Ella gritó, y gritó y siguió gritando mientras volvían a su mente todos los recuerdos. Como había atravesado el parque, como le habían salido aquellos dos hombres al paso, el intento de violación, el golpe que le había propinado el hombre y la sangre, la sangre que empapaba el suelo cuando el enorme perro había saltado sobre su atacante desgarrándole el cuello. El terror lo inundó todo, el fragor de la batalla se unió al mundo que se hacía pedazos en su mente y entre todo aquello solo había algo que le daba consuelo, la presencia de Nyxx. Con aquella idea en mente, su mirada lo buscó y antes de que supiera a lo que se exponía, arrancó en una desesperada carrera hacia los dos hombres que luchaban, necesitando llegar a él, necesitando que la protegiera de aquella locura.

—¡Lluvia, no! —oyó un grito.

—¡Maldita sea! —clamó Lyon intentando refrenar el golpe que iba hacia el Cazador.

—¡No! —gritó Nyxx, su voz sonó más como un aullido que como su propia voz.

Lluvia jadeó cuando un fuerte aguijonazo de dolor le atravesó el costado, su mirada se encontró con la desesperada de Nyxx, aquellos ojos verdes la miraban con auténtico terror un instante antes de que su menudo cuerpo cayese contra el hombre y todo se volviese negro.

—Lluvia... Lluvia, *Mikrés*... —La abrazó con desesperación, su mano presionando con fuerza el costado de la muchacha que empezaba a mancharse con la sangre, pero no era la suya. Su mirada ascendió hacia Lyon con una promesa mortal en sus ojos—. Reza por qué no le pase nada, Guardián, si el

Juez Supremo quería un motivo para joder conmigo, acaba de encontrarlo.

Sin decir una sola palabra más, se desvaneció en el aire llevándose consigo a la muchacha.

Lyon maldijo interiormente, todavía asombrado por cómo se habían desarrollado las cosas. Él no la había visto venir. Maldición. ¡No la había visto venir! Ella se había lanzado directamente hacia Nyxx, interponiéndose en el camino de su golpe, le había sido imposible refrenarlo por completo, de no haber sido por el giro que dio el Cazador interponiendo su propio cuerpo alejando el de ella, la habría atravesado.

Lyon se llevó la mano a la cabeza, retirando el húmedo pelo de su rostro antes de de volverse en redondo, tenía que volver y poner al Juez sobre aviso, las cosas acaban de joderse a lo bestia.

Nyxx se apareció en el salón de uno de los pisos que utilizaba cuando se quedaba más de un par de días en la ciudad, situado a las afueras, en uno de los barrios más tranquilos. No levantaba las sospechas de nadie. Era perfecto para cuando quería darse un tiempo de privacidad sin que ninguno de sus compañeros o incluso su jefe quisiera su pellejo para cualquier cosa. Rodeando el sofá llevó su carga rápidamente hacia el dormitorio situado al otro lado, la puerta se abrió de una patada mientras él maldecía interiormente por su estupidez, había puesto abiertamente a Lluvia en peligro.

La depositó suavemente sobre la cama y vaciló, había tanta sangre, los recuerdos de un lejano pasado volvieron para atormentarle, congelándolo, restándole la poca fuerza que le quedaba debido a sus heridas. Jadeando en busca de aliento se inclinó sobre ella y empezó a bajar la cremallera de la chaqueta de chándal que llevaba puesta, la hoja de la espada de Lyon había cortado fácilmente la tela en el costado a pesar de que él se había llevado la peor parte, las manos le temblaban mientras la despojaba capa a capa de la

ropa hasta poder acceder a su piel. La camiseta interior apenas estaba manchada de sangre y según pudo comprobar al levantarla, la herida era apenas un delgado rasguño que iba de un lado a otro de su costado izquierdo, descendiendo desde sus costillas hasta el estómago.

Nyxx se dejó caer sobre sus tobillos, acuclillado frente a ella mientras lanzaba una plegaria de agradecimiento a cualquiera que le hubiese estado escuchando.

—No vuelvas a hacerme esto en toda tu vida, *Mikrés* —masculló Nyxx poniéndose nuevamente en pie con dificultad. Su mano salió empapada de sangre tan pronto la retiró del costado, así que, la sangre que empapaba la chaqueta de Lluvia era suya después de todo.

Moviéndose con dificultad, se inclinó sobre ella, no iba a moverse de su lado hasta que supiera que estaba bien. Dioses, cuando la había oído gritar ya era demasiado tarde, estaba prácticamente sobre él, el miedo que había sentido en ese momento casi le había robado el alma.

—Lluvia, Lluvia, *agapi* —le acarició el rostro rogando por traerla de vuelta—. Vamos, pequeña, abre los ojos.

Nyxx respiró tranquilo cuando ella empezó a aletear las pestañas, sus preciosos y almendrados ojos marrones se fijaron lentamente sobre él, al principio desenfocados, pero a medida que iban pasando los segundos, el reconocimiento y un crudo horror empezó a teñir el claro tono oscureciéndolo al tiempo que su garganta pasaba de un silencioso jadeo a un profundo y aterrado grito seguido por las lágrimas. Ella se incorporó sobre la cama estirando los brazos hacia él, aferrándose con desesperación a su cuello.

—Shh, ya ha pasado todo, *Mikrés*, ahora todo va bien —gimió de dolor mientras la abrazaba, conteniendo sus sollozos. El permitir que aquel cuerpo femenino se apretara contra el suyo solo era una tortura más, ella no estaba herida, pero él estaba hecho un colador.

—Estaba allí... —empezó a balbucear ella—, yo estaba allí... lo vi, le desgarró la garganta... sangre... tanta sangre...

Su mente era un auténtico caos, su mirada desenfocada solo veía los recuerdos de hacía dos noche, recuerdos que él había nublado y que habían vuelto a resurgir alimentados por la nueva escaramuza que Lyon y él mismo habían protagonizado. Nyxx le tomó el rostro entre las manos, obligándola a mirarle a los ojos, buscando dentro de aquel desesperado terror una brizna de cordura.

—Lluvia, mírame... —le pidió hablando muy lentamente, por suerte ella todavía llevaba el nuevo audífono puesto—, mírame, *agapi*, solo mírame.

—Le... le...des... desgarró el cuello —insistió ella, todo su cuerpo temblaba.

Nyxx gruñó una maldición pero se obligó a contenerse.

—Shhh, estás conmigo, ya no estás en el Parque —trató de hacerla entender—, aquí nadie va a hacerte daño, todo irá bien.

Ella lo miró a los ojos, empezando a respirar más suavemente subiendo las manos a las de él hasta que notó algo extraño sobre estas y al bajar la mirada y ver la sangre empezó a jadear, hiperventilando.

—San... san... es... es... sangre... sangre... —balbuceaba mirando las manos de él con desesperación y las suyas propias solo para volver a echarse a llorar—. Tengo las manos manchadas de sangre... Nyxx, tengo sangre...

Se maldijo a sí mismo una y mil veces y tuvo que respirar profundamente para no empezar a hacerlo en voz alta.

—No es tuya, Lluvia, mírame —volvió a llamar su atención—, cariño no es tuya, tú estás bien, ¿de acuerdo?

—Es... estoy bien —respondió ella mecánicamente, mirándole a los ojos como una desquiciada.

—Sí.

—No —negó desesperada y levantó sus manos hasta el rostro de él—. Esto es sangre, y si no es mía.... ¿De quién coño es?

Bueno, aquello estaba mejor, si se ponía furiosa dejaría de aterrarse. Nyxx permaneció en su sitio, mirándola.

—Mía.

Lluvia bajó entonces la mirada sobre él, recorriéndole, sus ojos escaneaban con incredulidad la chaqueta destrozada y las manchas de sangre que cubrían los cortes de la tela y empapaban la parte delantera. Unos cortes que había visto como se hacían, había visto la espada de aquel otro hombre, le había visto a él.

—Espadas... —gimió esbozando una atónita sonrisa—. Espadas, Nyxx... dime... dime que todo esto es un sueño, una pesadilla.

El Cazador se limitó a negar con la cabeza.

Ella estalló llevándose las manos al pelo, tironeando de él frenética para luego apuntarlo con un dedo.

—¡Espadas, Nyxx! ¡Jodidas espadas! —insistió como si aquello fuera en lo único que podía pensar ahora mismo. Todo lo que podía ver era a los dos hombres combatiendo como dos duelistas desesperados por matarse el uno al otro—. ¡En plena calle! ¡En pleno Nueva York!

—Lluvia —intentó acercársele, pero ella esquivó sus manos con temor.

—No te acerques a mí —respondió gateando hacia atrás sobre la cama, manchando la colcha con la sangre en sus manos—. No te acerques... qué... ¿Qué fue todo eso? ¿Qué? ¿Quién? ¿Qué o quién diablos eres tú?

Gimiendo se llevó las manos a la cara, ya no veía la sangre ni veía nada, estaba desesperada, desquiciada, aquello no podía estar pasando, aquello no era real. No, no lo era.

—Esto no está pasando, no está pasando, no, no puede estar pasando —empezó a repetirse a sí misma mientras se deslizaba por una lado de la cama y

empezaba a pasearse sin ver realmente nada. Su mente era un auténtico caos de imágenes, olores—. Ese perro... él... él me miró... dios mío... atacó a ese hombre... lo mató...

La escena estaba resultando ser mucho más de lo que podía enfrentar Nyxx ahora mismo, ella estaba fuera de sí, alternando entre sus recuerdos y su respuesta a ellos, el miedo se confundía con la rabia, desesperación e incredulidad. Si tan solo le hubiese hecho caso y se hubiese marchado cuando él se lo pidió, pero no, había tenido que recordarlo todo... ¿Y cómo demonios lo había hecho? ¿Cómo había podido burlar su cubierta? Dioses, casi se le había parado el corazón cuando la vio avanzar bajo el filo de la otra espada, cuando creyó que no podría apartarla a ella a tiempo, y sus gritos, sagrados infiernos, no quería volver a oír unos aullidos semejantes, el terror en su voz era la peor tortura que había vivido jamás. Apretando los dientes para soportar el ardor en su costado, se obligó a ir hacia ella.

—¡No te acerques! —exclamó volviendo su atención provisionalmente sobre él—. Solo... no... te acerques a mí...

Lluvia jadeó, su mirada clavada en los ojos masculinos, aquella mirada verde y dolorida, una mirada que ella ya había visto con anterioridad... ¿Dónde? ¿Dónde? La mirada canina de aquel predador entró en su mente encajando perfectamente sobre la del hombre.

—Tus... tus ojos... ese... ese perro... tenía tus mismos ojos.

—Lobo —le corrigió Nyxx tratando nuevamente de ir hacia ella—. No soporto lo de perro.

—¿Qué? —preguntó ella sin entender, mirando nuevamente sus manos y llorando al verlas manchadas de sangre—. Nyxx, me estoy volviendo loca.

Él se obligó a mantener la mirada sobre ella, avanzando muy lentamente.

—No, *Mikrés*, solo estás... asustada —intentó tranquilizarla mientras

estiraba la mano hacia ella—. Ven aquí, pequeña, vamos a limpiarte eso, ¿de acuerdo?

Ella apartó inmediatamente las manos llevándolas a su espalda al tiempo que negaba con la cabeza. Estaba hecha un lío. Su mirada voló entonces a su alrededor y empezó a darse cuenta de que no estaba en su hogar, ni en ningún lugar que conociera y nuevamente entró en pánico.

—¿Dónde estamos? —preguntó volviéndose de un lado a otro desesperada.

—Es mi casa —le respondió tratando de acercarse a ella, pero sus manos estaban manchadas de sangre e hiciera lo que hiciera, seguiría huyendo de él al verlo de aquella manera—. Te diré lo que haremos, ¿ves esa puerta a tu derecha?

Ella miró hacia donde le indicaba y asintió reluctante.

—Esa habitación es el baño, hay agua caliente y jabón —le dijo muy lentamente, engatusándola—. Puedes lavarte las manos...

—Él se lavó las patas y el hocico. —Sus palabras lo sorprendieron, su mirada deambuló hacia la puerta que le había indicado, entonces sacudió la cabeza y volvió a mirarle—. No entiendo nada de lo que está pasando.

Nyxx cruzó la mirada con ella, no quería asustarla más de lo que ya estaba, ahora mismo estaba en un precario equilibrio, demasiado delicado, si la empujaba aunque solo fuera un poco, quizás se rompiera.

—Ve a lavarte las manos, ¿de acuerdo? —insistió y se acercó a la puerta, empujándola con el pie para que ella viese que era el cuarto de baño—. Yo me iré durante un momento para arreglar algunas cosas y asearme. Todo irá bien, te lo prometo, *agapi*.

Lluvia abrió los ojos desmesuradamente cuando las palabras de Nyxx se filtraron en su cerebro, si bien le había leído los labios, también le había oído. ¿Iba a dejarla sola? Una nueva oleada de terror la embargó, sacudiendo

la cabeza avanzó hacia él un par de pasos y se detuvo... No podía dejarla sola... No sabía quién o qué era él pero no iba a dejarla allí sola.

—No, no, yo voy contigo —respondió ella vacilando sin saber si debía ir a lavarse las manos o atarse a él.

Nyxx suspiró.

—Lluvia... —le dijo suavemente.

Ella pateó el suelo con la pierna y negó con la cabeza.

—¡No! —gritó en respuesta—. ¡No puedes dejarme aquí! No quiero... no... no sé qué demonios está pasando y... y... ¡Y no sé si quiero saberlo! Esto no es normal, ¿vale? Nada de esto lo es. Las... las cabinas de teléfono no explotan por los aires... nadie va por ahí con un par de espadas...

—Te sorprendería... —murmuró llamando nuevamente su atención.

—¡No! Nadie lo hace, Nyxx —clamó desesperada. Se llevó las manos a la cabeza antes de volverse de nuevo hacia la cama y dejarse caer sentada—. Esto no puede estar pasando, nada de esto está pasando, estoy teniendo una mala pesadilla y... —le miró y gimió como si hubiese recordado algo más, algo que no podía soportar—. ¡Y me acosté contigo! Mi dios, me acosté contigo... pero qué clase de idiota soy... yo no me voy a la cama con el primero que pasa... ni siquiera recuerdo que pasó... no recuerdo nada de eso...

Aquello fue todo lo que necesitó Nyxx para dar media vuelta y salir por la puerta de la habitación cerrándola tras de sí, solo para oír el alarido de ella taladrándole el cerebro junto con sus puños y pies golpeando la puerta mientras gritaba su nombre después de encerrarla bajo llave.

—Nyxx, no te vayas... abre la puerta... por favor... no me dejes sola... ¡Nyxx! —gimoteaba con desesperación.

Respirando profundamente, acarició la puerta como si pudiera sentirla a ella al otro lado.

—Estás en shock, Lluvia, todo esto... diablos... ha sido demasiado para ti... solo... solo dame unos minutos y te lo explicaré todo —le aseguró él con un suspiro de frustración.

Un fuerte golpe sacudió la puerta antes de oír su respuesta a voz en grito.

—¡No quiero explicaciones, quiero que me saques de aquí, maldito cabrón!

Nyxx miró la puerta e hizo una mueca.

—Volveré pronto, pequeña.

—¡Nyxx!

Sin mirar atrás se emitió fuera del apartamento, a varias manzanas de su localización. No estaba seguro de que los hubiesen seguido, pero no quería dar ninguna oportunidad al Guardián o a alguno de los suyos, no hasta que hubiese arreglado las cosas con Lluvia. Haciendo una mueca ante el dolor que le atravesaba el costado, se obligó a alejarse de ella para darle tiempo a que se calmara, necesitaba que lo hiciera para poder explicárselo todo, aunque ni siquiera estaba seguro de si sería capaz de entenderlo.

Lyon atravesó la puerta del despacho como una exhalación, su mirada recorriendo rápidamente la oficina en busca de su jefe sin embargo se encontró primero a John, quien lo miraba con el ceño fruncido al ver el lamentable estado en que había llegado. El vikingo se había ganado también su cuota de heridas y sangre.

—¿Qué demonios has estado haciendo? ¿Revolcarte en un basurero?

Lyon fulminó a su compañero con la mirada y siguió buscando más allá de John, hacia la oficina de Shayler.

—Dime que el Juez todavía no ha ido a hacerle una visita a Seybin —respondió abriendo la puerta para encontrar la habitación vacía.

John señaló con el pulgar hacia el piso de arriba.

—Tormenta en el paraíso, me temo —respondió con ironía—. Estas son esas ocasiones en las que hace que te preguntes, si ella se habría ido a casa de su madre, en caso de tenerla.

—¿Qué? —aquello sacó a Lyon por completo de lo que estaba pensando. Entonces gruñó—. No jodas conmigo, John. Si Shayler no se ha marchado, necesito hablar con él, ha ocurrido un pequeño accidente...

—¿Cómo de pequeño?

—Bueno... Digamos que casi hago dos de la compañera de Nyxx.

John lo fulminó con la mirada, pero no le dio tiempo a responder cuando llegó a sus espaldas una sonora respuesta:

—¿Que has hecho qué?!

Shayler permanecía en el umbral de la puerta principal llenando el lugar con su presencia. El pelo revuelto, presumiblemente de las veces que había pasado por él los dedos, el rostro cansado y ahora trasmutado por las palabras que había oído a Lyon.

Lyon echó un vistazo más allá del John y miró a Shayler.

—¿Sigue enfurruñada?

La mirada de Shayler fue suficiente respuesta, Lyon no preguntó más. Sí, había tormenta entre los tortolitos.

—Lyon, dime que no es verdad lo que acabo de escuchar.

Él resopló.

—Si quieres que te mienta... —sugirió el Guardián intentando encontrarle humor al asunto.

—Lyonel...

El hombre puso los ojos en blanco.

—Nyxx te manda recuerdos, que te ocupes de tus asuntos que él se ocupará de los suyos —le soltó, entonces resopló—. Que conste que le di la

oportunidad de venir por las buenas.

John suspiró profundamente y se volvió hacia Shayler.

—¿Qué alegamos esta vez, otro escape de gas?

Shayler fulminó a su hermano con la mirada antes de volverse de nuevo hacia Lyon.

—Qué coño ha pasado.

El Guardián se frotó la nuca.

—La chica de Nyxx se metió en medio —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. No estoy seguro de cómo ocurrió, en un instante estábamos ocupándonos de lo nuestro y al siguiente ella corrió hacia nosotros gritando, bien, en realidad fue hacia el Cazador, apenas tuve tiempo de desviar la espada, el chico se llevó la mayor parte del golpe al protegerla, pero ella resultó lastimada, se desmayó en sus brazos... —Lyon resopló—. Lo siento, tío. Pero creo que ahora sí estamos jodidos.

Shayler cerró los ojos y se cubrió el rostro con una mano antes de dar media vuelta y dirigirse hacia el mini bar de dónde sacó la botella de whisky y bebió a pelo de ella.

—Wow —lo detuvo Lyon, cruzando el salón y quitándole la botella de las manos al juez—. Tú permanece sobrio, ya me encargo yo de emborracharme por los dos.

—¿Ella está bien? —preguntó John.

Lyon se encogió de hombros.

—Sí, aunque no es su cuerpo el que me preocupa, si no su mente —respondió con una mueca—. Fue como si hubiese recordado alguna cosa que la hubiese aterrado...

Shayler maldijo.

—Nyxx ha tenido que protegerla encerrando lo que quiera que hubiese visto la noche en que la atacaron.

Lyon asintió.

—Eso podría explicar su explosión... —aceptó bebiéndose el resto de la botella de un trago.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó John.

—Oh, eso es lo más divertido de todo —aseguró Lyon dejando la botella vacía a un lado—. No tengo ni idea.

Ambos hombres se volvieron hacia él.

—¿Les has perdido? —preguntó John con ironía.

—Nyxx es el mejor Cazador de Seybin —aceptó Shayler dejándose caer en el borde del sofá, con la cabeza colgando entre sus manos—. ¿Por qué coño tiene que pasar todo esto precisamente ahora? ¿Es que no podemos tener ni una jodida semana de tranquilidad?

—Se te acabó la luna de miel, cachorro —le aseguró Lyon palmeando la espalda del Juez—. Trata de hablar con el de ahí abajo, a ver si puede hacer algo.

—Sí. Nos colgará a todos, a mí el primero —suspiró con ironía antes de ponerse nuevamente en pie y caminar hacia la puerta—. Voy a hablar con Seybin.

—Daré una vuelta por la ciudad a ver si puedo encontrar algo —respondió Lyon a modo de disculpa.

Shayler asintió y se despidió con la mano antes de desvanecerse.

—La he jodido y bien, ¿no? —murmuró Lyon mirando a John.

El antiguo Guardián se limitó a darle una palmada en la espalda.

—Eso creo —aceptó John—. Eso creo.

CAPÍTULO 9

Los pocos minutos de Nyxx acabaron por convertirse en dos largas horas para Lluvia, dos horas que le permitieron usurpar el cuarto de baño de su anfitrión hasta que no quedó ni rastro en sus manos o en su cuerpo de aquella alucinación. No había otra manera de explicar todo lo que había ocurrido en los dos últimos días si no era como una enorme y masiva alucinación, una que le había costado parte de su salud mental. Por fin estaba aseada, limpia de todo rastro de sangre, sangre que realmente se había mezclado con el agua y se deslizó después por el desagüe, se había lavado incluso el pelo con un jabón que olía a esencia de vainilla, una muestra que había estado pegada al bote de gel de ducha que permanecía sin empezar sobre la repisa de la bañera. A excepción de un nuevo albornoz, el cual ahora llevaba puesto, un cepillo de dientes y un par de maquinillas de afeitar, la habitación estaba totalmente vacía de artículos personales, al igual que el dormitorio.

El aseo había ayudado bastante a la hora de calmarse, verse libre de todo recordatorio la hizo relajarse y empezar a navegar a través de sus imposibles recuerdos tratando de recomponer lo ocurrido en las últimas horas, días... Pero en todo aquello seguía faltando algo y era algo que no podía sacarse de la cabeza. Su noche con Nyxx.

—Me estoy volviendo loca —se dijo con absoluto convencimiento—. No, espera, ya lo estoy. Sí, he enloquecido y todo lo que hay en mi cabeza es solo producto de mi estado mental, así pues, ese perro no estaba realmente

ahí... Y por supuesto, sus ojos no son como los de Nyxx. Y Nyxx también es producto de mi imaginación, sí, es lo que hace estar a palo seco, mis hormonas han conjurado un hombre imposible, con testosterona suficiente para llenar una piscina y con una voz tan sexy que se me mojan las bragas solo de pensar en él.

Lluvia se dejó caer en la cama, su pelo húmedo esparciéndose sobre la sábana que había dejado al descubierto después de retirar el edredón que había encontrado manchado de sangre.

—A este paso, lo próximo serán las paredes, las paredes gotearán sangre y él será un vampiro —aseguró estirando los brazos a ambos lados mientras clavaba la mirada en el techo y fruncía el ceño—. Se han peleado con espadas... ¡Espadas! Esta ciudad está sumergiéndose en la decadencia, no hay otra explicación. Espadas.

Ella se cubrió el rostro con las manos y ahogó un desesperado grito.

—Estoy teniendo la peor alucinación de mi vida —aseguró retirando las manos para llevarse una de ellas a su oído derecho, donde acarició el pequeño aparatito. Su mente podía estar atravesando una auténtica selva de imposibilidades pero nada podía negarle el hecho de que oía su propia voz al hablar con más nitidez de la que podía recordar, que había oído la voz rota y profundamente sensual de él cuando le colocó el nuevo audífono en el oído—. Ya no sé qué parte es real y qué no lo es.

Un ligero sonido metálico llamó su atención hacia la puerta, he ahí otra prueba de que su mente no le estaba jugando malas pasadas, ella realmente estaba oyendo ese sonido. El pomo de la puerta empezó a girar y se abrió lentamente hasta que el umbral se llenó con la presencia de aquel hombre rubio de profundos ojos verdes que buscaban los suyos con vacilación. Tenía el pelo recogido como siempre en una coleta, pero su eterna chaqueta verde había desaparecido siendo reemplazada por una camiseta negra de manga

larga que se ceñía perfectamente a su esculpido cuerpo, marcando sus pectorales y abdominales así como los torneados músculos de sus brazos. Su mano derecha seguía cubierta por aquel eterno guante de cuero que dejaba sus dedos al aire y sus largas piernas enfundadas en unos tejanos azul oscuro. Lluvia lo recorrió con la mirada, incorporándose poco a poco hasta quedar sentada en la cama, el albornoz abriéndose sobre sus largas y torneadas piernas y mostrando la suave piel de su cuello y clavícula.

—Has vuelto —murmuró ella poniéndose en pie muy lentamente, su mirada clavada en la del hombre como si tuviese miedo de que él desapareciera si la apartaba.

Nyxx contuvo el aliento al verla allí, sobre su cama, arropada con su albornoz, sus largas piernas asomando entre la esponjosa tela blanca, un que envolvía sus voluptuosas curvas con cada movimiento que la iba acercando hacia él. Y allí estaba finalmente, frente a él, sus ojos marrones mirándole fijamente un instante antes de que el aguijonazo producido por su mano en su mejilla lo hiciera cerrar los ojos durante una milésima de segundo.

Le había abofeteado.

—¡Eres un cabrón mentiroso! —clamó ella en voz alta, sus ojos despedían chispas—. ¡Cómo has podido encerrarme! ¡Me has encerrado, Nyxx! ¡Y me has dejado aquí sola y cubierta de sangre! ¡Sangre, jodido hijo de puta!

Su mano se cerró en un pequeño puño que fue directo a su pecho de forma repetida, sin que él hiciera nada para evitarlo. No es que sus pequeñas muestras de rabia y fuerza pudieran hacerle daño, era el dolor que veía en sus ojos, la desesperación en sus rasgos lo que lo estaba lacerando por dentro.

—Lo siento —fue todo lo que dijo.

Lluvia lo miró con incredulidad, buscando sus ojos.

—¿Lo sientes? ¿Qué lo sientes? ¡Claro! ¡Eso lo soluciona todo! —

estalló dando una pequeña patada en el suelo con sus pies desnudos.

Parecía un ángel vengador, el largo pelo castaño enmarañado y enmarcando su ovalado rostro, sus ojos oscurecidos por la rabia y la desesperación y el miedo, sí, allí también había miedo.

—Lluvia —intentó llegar a ella con palabras.

—Dijiste que ibas a explicármelo —respondió retrocediendo un par de pasos, conteniéndose para no volver a él y darle una nueva bofetada, que era lo que ardía por hacer—. Más te vale que la explicación esté a la altura, o... o... ¡¿Te das cuenta que esto no tiene ni pies ni cabeza para mí?! ¡Ya no sé si estoy loca y todo esto es producto de mi imaginación! No sé si eres alguna clase de agente infiltrado del gobierno, o... o... o solo un sociópata que he tenido la mala fortuna de encontrar en mi camino. ¡Y espadas! ¡Por amor de dios, eso eran espadas!

Nyxx suspiró, después de todo parecía que ella no se había tomado las cosas tan mal, al menos había conseguido calmarse lo suficiente para hablar coherentemente.

—Si quieres una explicación, vas a tener que dejarme hablar —respondió con ironía.

Lluvia apretó los labios y se acercó nuevamente a él y le dio una nueva bofetada.

—Eso por haberme encerrado —respondió ella llevándose la mano al pecho, adolorida.

Nyxx se frotó la escocida mejilla con el dorso de la mano y la miró a través de las pestañas, conteniéndose para no cogerla, ponérsela al hombro y sacarla de allí antes de que alguien viniese a por ellos. No estaba tranquilo en la ciudad, tenían que marcharse y sabía perfectamente a donde tenían que ir aunque aquello fuera revivir su pasado.

—Lluvia... —empezó de nuevo y la contempló esperando que ella lo

interrumpiese de nuevo, pero no lo hizo—. Siento haber tardado más de lo que prometí en volver, pero tenía que asegurar que estaríamos a salvo de momento.

—¿A salvo? —ella se tensó, su mirada empezó a teñirse de indecisión—. Ese... ese hombre no... no va... a venir, ¿verdad?

Nyxx no respondió, en cambio entró en la habitación y cerró la puerta tras él sin necesidad de utilizar sus manos. Lluvia observó el movimiento y oyó el clic de la cerradura de la puerta, su mirada incrédula fue de Nyxx a la puerta.

—Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar, *Mikrés* —le aseguró con suavidad.

—Deja de llamarme así —respondió ella, su voz ya era bastante sensual sin que añadiese esa melosa palabra a su boca—. ¿Qué... significa de todos modos?

—Te he llamado *pequeña* en griego —explicó mirando la habitación y luego a ella en su enorme albornoz.

Lluvia se sonrojó sin poder evitarlo, su mirada parecía traspasar la tela haciéndola sentirse delicada, como lava fundiéndose a sus pies. ¿Qué demonios le estaba haciendo ese hombre?

—¿Quién eres realmente? —preguntó. Si quería obtener algunas respuestas lo mejor sería empezar por el principio—. Y quiero la verdad.

—Decirte la verdad de quien soy sería hablar también de tu propia verdad —respondió Nyxx con suavidad, intentando encontrar la manera adecuada de empezar a explicarle todo sin que enloqueciera, si es que aquello era posible.

Lluvia frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Él abrió las palmas de las manos, extendiéndolas a ambos lados tratando de enfatizar lo obvio.

—Que tú tampoco sabes quién eres realmente, Lluvia.

Se encogió interiormente al recordar la carta de adopción que había recibido.

—¿Has tenido algo que ver con eso?

Nyxx negó con la cabeza.

—No, pequeña, no supe de tu existencia hasta hace un par de días — confesó.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Tienes un hermano gemelo y no me lo has contado? Porque mi oído puede no ser bueno, pero mi memoria es excelente, Nyxx — aseguró ella, entonces se llevó las manos a las caderas antes de enfatizar—. Si es que ese es verdaderamente tu nombre.

Nyxx se quedó sin palabras durante un instante, su gesto había hecho que se le abriese el albornoz dejando entrever parte de sus cremosos pechos. Diablos, llevaba demasiado tiempo sin sexo. No. Llevaba demasiado tiempo sin su compañera, y no estaba seguro de qué era peor de las dos cosas.

—Mi nombre es Nyxx, Kynigós es el apellido que utilizo entre los humanos, significa Cazador en griego, que es lo que soy en realidad, un Cazador de Almas —respondió lentamente, observando su reacción.

Lluvia escuchó las palabras de Nyxx, pero todo dejó de tener sentido cuando oyó la palabra humanos

—Has dicho humanos —dijo ella—, te refieres a la gente. ¿Verdad?

No respondió, se limitó a esperar que ella lo fuese asimilando. Era una mujer inteligente, sabía que podía ir atando los hilos poco a poco.

—Mi misión es recolectar las almas de aquellos que pasan al otro lado, pero que por un motivo u otro quedan vagando —continuó—, y los conduzco a su lugar de descanso final.

Ella lo miró sin pestañear.

—Ya —respondió con retintín—. Eso suena un poquito apocalíptico, ¿sabes?

Él puso los ojos en blanco.

—No te haces una idea —murmuró para sí.

Lluvia sacudió la cabeza y sonrió, llevándose la mano al oído derecho.

—Cuando por fin consigo oír algo, todos empezáis a hablar en un idioma extraño —rezongó ella al tiempo que sacudía la cabeza.

—Pues no has hecho más que empezar —murmuró Nyxx mirándola de reojo, contemplando sus movimientos, notando la tensión en su cuerpo a medida que se movía de un lado hacia otro.

Ella lo miró con pura ironía.

—¿De veras esperas que me crea eso? —preguntó mirándole como si hubiese perdido el juicio.

Nyxx extendió la mano, la volvió con la palma hacia arriba y en un abrir y cerrar de ojos creó una pequeña llama blanca de fuego que lamía sus dedos. Lluvia abrió los ojos, asombrada, su mirada incapaz de alejarse del fuego fatuo que ardía y se ondeaba entre los dedos del hombre cuando este movía las manos.

—¿Qué...? ¿Cómo? —Ella sacudió la cabeza y se llevó las manos a los ojos, cubriéndoselos al tiempo que se obligaba a respirar hondo y volvía a repetir el mismo mantra que había repetido después de dejar la ducha—. De acuerdo, todo esto debe de ser algo inducido por las drogas Lluvia, alguien te ha drogado y tu cerebro te está jugando malas pasadas, ignóralo, nada de esto es real.

Entonces sintió la mano masculina sobre su brazo y pegó un salto y dio un pequeño grito mientras sus ojos volaban a los de Nyxx quien estaba ahora frente a ella, su mano derecha sobre su brazo, la izquierda manteniendo todavía aquellas extrañas llamas.

—Tócalo —le dijo con suavidad.

Ella negó con la cabeza y Nyxx hizo lo único que podía, le tomó la mano y la acercó al fuego que lamía su mano. Lluvia se tensó esperando... no sabía qué... y se sorprendió cuando sintió el leve cosquilleo frío entre sus dedos cuando se internaron entre aquellas llamas blancas. Alzó la mirada hacia él sorprendida y Nyxx le sonrió.

—Es el fuego de las Almas —le explicó moviendo la mano, creando hondas en las llamas mientras acariciaba su mano con ellas—. No quema a nadie excepto a las almas, es incluso... agradable si sabes cómo utilizarlo.

Lluvia captó el significado en el tono de su voz y retiró la mano de un tirón, sus mejillas coloreadas mientras lo esquivaba nuevamente y miraba su mano y luego el fuego.

—Ese... es... un... un buen truco —respondió tratando de guardar la compostura.

Nyxx arqueó una ceja ante su absurda respuesta. Tenía que reconocer su testarudez ante la inusual situación. Ella lo ignoró y se alejó unos pasos más, rodeando la cama hacia la ventana cubierta por unas tupidas cortinas.

—Ese otro hombre... el... el de la calle —murmuró, en realidad no estaba segura qué preguntar, o por dónde ir, su mirada seguía fija en el fuego que ardía en la mano de Nyxx—. Es... es también... eso.

Nyxx apagó el fuego y negó con la cabeza.

—Es un Guardián —respondió con un leve encogimiento de hombros.

—¿Guardián? ¿Guardián de qué? —preguntó ella sin entender—. ¿Y por qué diablos vais por ahí con espadas?

Nyxx sonrió a su pesar al ver el ceño fruncido de ella.

—Forma parte de los Guardianes Universales, un grupo de guerreros que están a las órdenes del Juez Supremo —respondió buscando una manera fácil de explicárselo—. Ellos son algo así como... la policía de todo lo

sobrenatural, los que mantienen el equilibrio de modo que los humanos puedan seguir con sus ignorantes y apacibles vidas.

Ella se volvió hacia él con una mueca chistosa, entonces se dejó caer sentada en la orilla de la cama y alzó una mano a modo de indicativo.

—¿Qué me estás contando? ¿El argumento de una nueva novela de fantasía paranormal? —le dijo con absoluta ironía incapaz de enfrentar lo que estaba ocurriendo.

Caminó hacia ella, quien se tensó y subió las piernas a la cama para mantener cierta distancia con él. Aquello fastidió al lobo en su interior que gimoteó y a él mismo.

—Maldición, Lluvia, no huyas de mí —masculló con fastidio—. No voy a hacerte daño.

Ella lo miró de reojo pero no se detuvo, gateó por encima de la cama hasta bajar por el otro lado y se sentó allí, sin perderlo de vista.

—Dime eso cuando no me hayas encerrado y hasta es posible que si estoy de buen humor, y mi cerebro no sufre ninguna secuela por esta locura, te crea —respondió sin ceder un solo milímetro. Entonces se volvió hacia él—. ¿Te das cuenta de lo absurdo que suena todo esto, Nyxx? Nada tiene sentido.

Él apretó los dientes antes de soltar fríamente.

—¿Tan absurdo como la idea de que casi consigues que te violasen en pleno Central Park? —replicó con frialdad, viendo el reconocimiento en sus ojos, el temor—. Lo recuerdas claramente, ¿no es así? Recuerdas las manos de ese hijo de puta sobre ti antes de...

—¡Basta! —clamó ella llevándose las manos a los oídos.

Nyxx se maldijo a sí mismo, pero no cedió, la atrapó al otro lado de la cama y la obligó a enfrentar la realidad.

—Aquellos dos idiotas estaban demasiado borrachos para entender lo que se les venía encima, él fue quien te golpeó. —Sus dedos acariciaron la

mejilla lastimada en su rostro—, intentó someterte para violarte.

—¡Déjame, por favor! —Empezó a pelear tratando de soltarse, las palabras de él filtrándose en su mente, reviviendo aquel infierno—. Aquello no sucedió... no sucedió.

—¡Maldición, Lluvia! —la zarandó con contundencia—. Sí sucedió, oí tus gritos, oí tu terror, lo vi Lluvia... yo estaba allí... y ese hijo de puta se merece el final que obtuvo.

—¡No! —gritó ella echándose a llorar al recordar de nuevo aquella escena—. Él lo mató... lo mató, Nyxx... le desgarró la garganta... y... y... y yo tenía miedo... temía que me atacase a mí.

—Eso jamás, pequeña —le aseguró buscando su rostro, alzándose hacia el suyo—, el lobo jamás te hará daño, eres suya... nuestra... Eres mi compañera, Lluvia.

Ella sacudió la cabeza, negando, incapaz de entender lo que Nyxx le estaba diciendo.

—Él lo mató, Nyxx, el perro... él... él me arrastró... y... maldita sea, me estoy volviendo loca —gimió enterrando ahora el rostro en su pecho, sus brazos rodeando su espalda—. Oí su voz... me habló... y pensé que eras tú... no conocía tu voz pero... pensé que eras tú. ¿Qué me está pasando, Nyxx? Estoy enloqueciendo.

Nyxx la apretó contra sí y apoyó la barbilla sobre su cabeza, aspirando su aroma.

—Todo saldrá bien, Lluvia —le susurró junto a su oído aumentado por el aparato—. No dejaré que te ocurra nada.

Ella se apretó más contra él, buscando un consuelo que solo él parecía poder darle.

Un par de horas después Lluvia seguía delante de una taza de café

dándole vueltas a todo lo que había oído de labios de Nyxx. El plato de tortitas cubiertas de sirope de frambuesa y nata seguía sin tocar, todo lo que podía hacer era mirar fijamente al hombre que terminaba de recoger los utensilios que había preparado en la cocina del apartamento al que la arrastró en algún momento de la noche anterior. Las palabras de Nyxx, lo que le había enseñado, todavía seguía dando vueltas en su cabeza, todo aquello era demasiado extraño como para que fuese real, todo era demasiado imposible como para poder creerlo y sin embargo, allí estaba ella, sentada en la mesa de aquel lunático que se había revelado a sí mismo como un Cazador de Almas de algún dios que regía el mundo de las Almas, al estilo de Hades en la mitología griega, después de que hubiesen sido atacados en plena calle por un hombre a tope de esteroides que tenía la fantástica idea de cargarse a Nyxx porque él, al parecer, era el perro que había evitado que la violasen cuando se le ocurrió la brillante idea de cruzar Central Park y fue atacada.

Sí... Y luego decían que los hombres eran como perros. Bueno, al parecer aquel lo era en el sentido literal de la palabra, bueno, un perro no, un lobo, un can enorme que la había arrastrado a través de las calles de Manhattan hasta su apartamento solo para después celebrar el fantástico suceso con un polvo que ni siquiera recordaba.

Lluvia contempló a Nyxx moverse con soltura y sensualidad, todo en ese hombre era mortal y sensual, una combinación absolutamente explosiva.

—No recuerdo nada de la noche que supuestamente pasamos juntos — murmuró ella llamando su atención.

Nyxx apenas se volvió después de cerrar una de las alacenas y pareció dudar ante su pregunta. Lluvia frunció el ceño y bajó la mirada, tomando su respuesta como resultado de su escasa experiencia en el sexo, si bien no era virgen, tampoco había tenido demasiado contacto con más hombres, había experiencias que realmente no eran tan sublimes como se decía.

—Yo... no tengo mucha experiencia... lo siento... si no fui lo que... esperabas... yo

—Lluvia no sigas —la interrumpió y sacudió la cabeza al mismo tiempo—. Esa noche no ocurrió nada.

Ella parpadeó y lo miró sorprendida.

—¿Nada?

Nyxx respiró profundamente y se acercó a ella con lentitud.

—No tengo por costumbre aprovecharme de mujeres que están en shock —le aseguró quedándose a suficiente distancia para poder mirarla—. Esa noche, todo lo que podías hacer era temblar y balbucear, te metí en la cama tan pronto como pude, después de nublar tus recuerdos de lo ocurrido para que pudieras descansar.

Lluvia abrió la boca pero de su garganta no salió ni un solo sonido. No había pasado nada entre ellos, no se habían acostado. Nada. Aunque por un lado se alegraba de que no hubiese pasado nada, por otro hubiese querido saber lo que era yacer con un hombre como él, que alguien así la hubiese deseado. Que estúpida había sido.

—Pero... yo... estaba desnuda y tú... —ella se sonrojó al recordar aquella mañana—. Me mentiste.

Nyxx hizo una mueca.

—En realidad, nunca admití nada, tú fuiste quien armó toda la película —murmuró con verdadera culpabilidad—. Yo solo... aproveché la situación, porque era lo mejor en ese momento.

¿Lo mejor? ¡Ese cabrón hijo de puta la había dejado creer que se habían acostado juntos! Él... Ella jadeó al caer en la cuenta de algo.

—¡Me desnudaste!

Eso no podía refutarlo.

—No podía meterte en la cama en el estado en el que estabas. —

Prefirió omitir el recordatorio que había estado cubierta de sangre.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla varias veces, para finalmente tirar la servilleta que había tenido sobre el regazo a un lado de la mesa y levantarse furiosa.

—¡Me mentiste! —lo acusó con incredulidad—. ¡Me desnudaste! ¡Me viste desnuda!

—Si quieres me desnudo y así quedamos en paz —sugirió él sin poder evitarlo, la ironía goteando de cada uno de sus poros.

Ella hizo una bola con la servilleta y se la lanzó.

—Lo siento —se disculpó esquivando la servilleta—. No quería engañarte, *Mikrés*, solo, no encontré la forma de poder decirte la verdad hasta ahora.

En sus ojos se reflejaba el dolor por la mentira, así como una ligera vergüenza tiñendo sus mejillas.

—¿Algo de lo que me has dicho o has hecho ha sido verdad? —preguntó con desesperación.

Sin saber cómo contestar a aquello, optó por hacer lo que se estaba muriendo por hacer desde que la había visto vestida con aquel albornoz, la tomó de la muñeca y tiró de ella hasta sus brazos para buscar su barbilla con la mano y alzar su rostro hacia él.

—Sí, esto.

Nyxx bajó la boca sobre la de ella y la besó, su lengua acarició su labio inferior pellizcándoselo hasta que ella abrió la boca para él y le permitió saborearla. Su lengua se envolvió en la de ella, lamiendo, chupando, succionando todo el aire de su interior hasta que pensó que se desmayaría, sus manos subieron a sus amplios hombros a donde se aferró con fuerza mientras él la besaba con una maestría y un hambre que no había conocido nunca. Hambre de ella.

Nyxx se separó jadeando, contemplando sus labios húmedos e hinchados y buscó sus ojos.

—Esto es real, Lluvia, muy real —le aseguró acariciándole el rostro con el pulgar—. Y tú eres la única que lo despierta en mí.

—¿Yo? —se encontró balbuceando como una tonta.

Él le sonrió y le besó la punta de la nariz.

—Sí, *korítsi mou*^[17], la única. Mi compañera.

Ella sacudió la cabeza sin entender.

—No lo entiendo —aceptó.

Nyxx suspiró y asintió.

—Como ya dije, para explicarte quien eres realmente, debería explicarte quien soy yo —aceptó él repitiendo lo que ya le había dicho—. Mi lobo... él es mi maldición, Lluvia. Y tú... tú eres la única que puede librarme de ella.

Ella le devolvió la mirada y armándose de valor, preguntó aquello que no le había dicho, necesitaba saber la verdad, toda la verdad, al menos si tenía que enloquecer, enloquecería de una sola vez.

—Pues explícamelo —le pidió mirándole a los ojos—. Por favor.

Nyxx bajó la mirada al plato que tenía ante ella sin tocar y luego la miró.

—Puedes escucharme mientras desayunas —le dijo él indicándole el plato frente a ella.

Miró las tortitas que se veían tan apetitosas y que sin embargo no la llamaban.

—No creo que pueda comer nada en mucho tiempo —respondió mirando el plato solo para ver la mano masculina de Nyxx tomando los cubiertos y cortando un pedazo de tortita para luego acercársela a la boca. Lluvia alzó la mirada hacia él.

—Si me haces tener que hacer lo del avión y el hangar —le dijo él inclinándose hacia ella, su mirada sensual al igual que su ronca voz—, te morderé.

Ella tragó como si la perspectiva de él mordiéndola fuera algo que pudiera considerar. Habiendo perdido las ganas de luchar, suspiró y separó los labios lo justo para que él le introdujese el tenedor.

—Buena chica —la apremió arrastrando una silla para sentarse junto a ella y poder quedar a su altura.

—Eso... eso del Cazador de Almas, no implica que seas alguna clase de asesino, sociópata o algo por el estilo, ¿no? —preguntó ella después de masticar, trayendo a su mente lo que él le había contado por absurdo y loco que pareciera.

—No, a menos que seas un alma —respondió cortando otro trozo de tortita, bañándola con el sirope y la nata y acercándosela a la boca.

Eso no era de mucho consuelo.

—¿Y cómo sé que no soy un alma? —preguntó y al mismo tiempo se arrepintió de la estupidez de su pregunta—. Olvídalo. Vamos a por la siguiente.

Él sostuvo el cubierto esperando a que abriese la boca para meterle el nuevo bocado en ella.

—¿De verdad piensas darme de comer? —preguntó mirando el tenedor y al hombre que lo sostenía.

Nyxx arqueó una ceja.

—¿Esa es tu siguiente pregunta? —le sugirió acercándole el cubierto para que abriera la boca.

Ella abrió la boca solo para después coger el cubierto ella misma y acabar así con aquel suplicio.

—No —negó dejando el cubierto en el plato.

Nyxx siguió sus actos con la mirada antes de volver a mirarla a la cara a lo que ella refunfuñó.

—Desayunaré, desayunaré, no me mires así —protestó tomando la taza de café con leche y dándole un buen sorbo—. Eres peor que Isabel.

—Espero que no —respondió él con ironía sorprendiéndola. Lluvia frunció el ceño.

—No te cae bien —no fue una pregunta, sino una afirmación. Él se encogió de hombros.

—Es una Gypsy —respondió como si eso lo explicase todo.

—¿Y?

Nyxx ladeó el rostro y la miró durante unos instantes.

—Que tú también lo eres.

Arrugó la nariz ante tal declaración. ¿Ella una Gypsy? Sí, claro.

—No, no lo soy —respondió negando con la cabeza.

Él apenas esbozó una ligera sonrisa.

—Eres la última descendiente de una fuerte y poderosa línea de sangre Valaco —aseguró con absoluto convencimiento—. No eres de sangre pura, pero sigues siendo una Gypsy Valaco.

Lluvia frunció el ceño.

—Ahora el que está loco eres tú —aseguró tomando otro sorbo de su taza de café con leche.

Nyxx observó cómo le temblaba la mano que sostenía la taza, ella estaba nerviosa y asustada, su lobo podía olerlo y gimoteó en respuesta. Con cuidado guió su mano de vuelta a la mesa.

—Hace mucho tiempo que la locura abandonó mi mente, *mikrés* —respondió acariciando con el pulgar la piel de su mano—, demasiado tiempo que vivo con mi maldición como para saber quién soy yo y quien vienes a ser tú.

Ella bajó la mirada a su mano.

—¿Y quién eres tú, Nyxx? Realmente —musitó ella sin apartar la mirada de su mano.

Le quitó la taza y enlazó su mano con la suya, dándole la vuelta acariciando con el pulgar el hueco de su palma.

—Un hombre atado a una maldición de la que solo tú puedes liberarme —respondió con voz profunda antes de continuar—. Fui Sumo Guardián del templo del Oráculo de Dodona, en la región de Epiro, Grecia... Antes de su destrucción, Dodona fue el punto profético más importante de todo Grecia, más importante incluso que Delfos.

Lluvia levantó la mirada lentamente hacia él, no estaba segura de la datación exacta del templo de Delfos, pero él estaba hablando de una época anterior al cristianismo. *Sí, nena, tenías toda la razón, está como una puta cabra. Rómpele el plato en la cabeza y sal huyendo antes de que empiece a decir que es pariente de Ramsés I.* La aguijoneó su conciencia, intentando darle un tono irónico a la locura que estaba desarrollando su mente.

—Delfos —repitió ella parpadeando varias veces—. ¿Las mismas ruinas esas del Templo de Apolo en Delfos? ¿Ese Delfos?

Él asintió.

—En aquella época no eran ruinas —comentó con sencillez.

Ella sacudió la cabeza y retiró la mano inmediatamente.

—No, no puedes estar hablando en serio —negó echando el asiento hacia atrás—. No puedes realmente esperar que crea que has vivido en la Antigua Grecia.

Nyxx la siguió con la mirada, fuese a donde fuese, ella no podía dejar el apartamento sin él.

—El templo cayó la misma noche que masacraron a tu pueblo, la misma noche en que tu pueblo me maldijo —continuó sin prestar atención a sus

palabras—. Aquella noche, los molosos arrasaron el templo, mataron a todos los que encontraron en su camino y masacraron a uno de los pueblos nómada Gypsy que se habían instalado en la región de Epiro, la tribu Valaco. Fue una de los últimos supervivientes la que lanzó la maldición que enlazó mi alma al lobo que viste en Central Park y me condenó a morir, solo para vagar durante toda la noche como un alma en pena y volver a renacer con las primeras luces del nuevo día. Esa maldición solo podría ser levantada por la última descendiente de su línea de sangre, la misma a la que la zorra de Valeska encadenó como mi única y legítima compañera. Pero esa noche no quedó ni una sola alma viva en el campamento.

—¿Murieron todos? —preguntó ella.

Nyxx la miró entonces y ella se sonrojó al ver la esperanza y calidez que había en sus ojos verdes.

—Eso fue lo que creí esa noche, lo que creí durante toda mi existencia —aseguró sin dejar de mirarla—. Estaba equivocado. No había contado con que la sangre se mezclaría, el mestizaje, solo me preocupé de la línea directa de Valeska sin entender que ella había dicho la sangre de su sangre. Eso incluía a cualquiera que tuviese aunque solo fuese un mínimo de su sangre en las venas.

Lluvia sacudió la cabeza, intentando hilar todo aquello.

—A ver si lo entiendo. ¿Una gitana griega, te echó una maldición de sangre, te vinculó de alguna manera a ese pedazo perro del parque y no contenta con eso, decidió darle una vuelta de tuerca a la cosa y atar tú... liberación... a otra miembro de su misma tribu? —resumió ella mirándole con cierta ironía—. Pues que mala leche, es como si no tuviese mucho aprecio a los de su propia sangre.

—Valeska pensó que esa noche todos los de su sangre habían muerto y que ella era la última —murmuró Nyxx.

—Y no fue así —respondió Lluvia sin saber exactamente ni lo que estaba diciendo.

La miró de arriba abajo.

—Creía que sí hasta hace un par de días.

—¿Qué te hizo cambiar de idea? —preguntó temiendo la respuesta.

—Tú —aceptó Nyxx sin atisbo de duda alguna.

Lluvia echó la silla hacia atrás y se levantó como un resorte, la negación vertiéndose de su boca.

—No —negó de forma rotunda alejándose de él.

—La verdad, Lluvia, es que tú eres mi compañera, la única que puede romper la maldición y que eres descendiente de los Valaco —resumió Nyxx con un anodino encogimiento de hombros—. Eres una Gypsy.

Ella había cruzado la habitación hasta detenerse frente a una de las ventanas donde echó un buen vistazo hacia fuera antes de empezar a murmurar.

—Todavía estoy en shock por lo de Central Park, sí, es eso y todo esto es una absurda y enorme alucinación que estoy teniendo porque me he obsesionado contigo —farfulló ella de manera práctica como si aquello lo explicase todo y fuese más fácil de aceptar que todo lo que él acababa de contarle—. Tú eres un producto de mi candente imaginación, una manera de suplir mi larga sequía de sexo.

Nyxx arqueó una ceja ante eso y no pudo evitar sonreír.

—Eso tiene fácil arreglo, *agapi* —le aseguró él echándole un buen vistazo a su cuerpo envuelto por el albornoz antes de recoger el plato que sabía ella no se iba a terminar.

—Oh, por favor —masculló llevándose las manos a la cabeza y hundiendo los dedos entre su pelo ya seco con desesperación—. Quiero despertarme de una jodida vez, esto no está pasando, de verdad que no puede estar pasando.

—Está ocurriendo, Lluvia —le aseguró dejando el plato en el fregadero antes de volverse y caminar lentamente hacia ella—. El negártelo a ti misma no va a ayudar.

Lluvia lo contempló mientras se acercaba, tan sexy, tan absolutamente mortal que no podía concebir que aquel hombre fuese real y no un producto de su imaginación.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —murmuró ella con desesperación, entonces sin pensarlo siquiera, bajó las manos con decisión al cinto que sujetaba el albornoz y lo desató, para luego subir sus manos a los hombros y resbalar la tela de toalla por sus brazos hasta que cayó en un charco blanco a sus pies—. ¿Esto?

Nyxx se detuvo en seco, su mirada recorriendo el hermoso y perfecto cuerpo femenino enmarcado por la temprana luz de la mañana que entraba por la ventana. Ella no era un palo de escoba, sus curvas eran voluptuosas y bien definidas, sus pechos se erguían orgullosos coronados por dos arrugados pezones color canela que empezaron a erguirse al contacto de su mirada, esta descendió por su estómago plano y su mano voló inconscientemente hasta la delicada línea rojiza que cubría su costado, ese solo recordatorio hacía que le hirviese la sangre al pensar en lo que había podido pasarle. Su vientre tenía una ligera redondez que le encantaba y un nido de rizos castaños se anidaba entre sus llenos muslos que daban paso a unas largas e interminables piernas. Era bellísima y estaba ahí ante él, cual doncella entregada en antiguo sacrificio. Una profunda ternura empezó a crecer en su interior mientras retomaba el paso y al llegar junto a ella intercambiaba una rápida mirada antes de inclinarse y recoger el albornoz del suelo y ascender recreándose en sus curvas, en lo sedosa que parecía su piel y en el rubor que esta estaba adquiriendo. Sacudiendo el albornoz la rodeó, disfrutando de la visión de su larga y femenina espalda y del prieto culo por el que se moría por acariciar

condujo la tela de nuevo por sus brazos, asentándola sobre sus hombros para volver de nuevo frente a ella y cerrar las solapas de la tela cubriendo su desnudez sin apartar sus ojos de la mirada avergonzada y humillada de ella que se dirigía hacia el suelo.

Nyxx le tomó suavemente la barbilla entre los dedos y se la alzó para mirarla a los ojos.

—Querré todo de ti, Lluvia —le respondió con suavidad y pausada calma—, pero no me gustan los sacrificios.

Ella se sonrojó, temblando bajo su contacto, sintiéndose como una verdadera tonta ante lo que acababa de hacer, reprendiéndose a sí misma por haber hecho una estupidez como aquella.

Como si leyese sus pensamientos, Nyxx le acarició la mejilla y la atrajo hacia sí, estrechándola entre sus brazos mientras ella escondía el rostro contra su pecho, mordiéndose el labio inferior para evitar que las lágrimas abandonaran sus ojos. No quería que la viese llorar.

—Solo déjame ponernos a salvo, *Mikrés*, entonces te enseñaré exactamente todo lo que quiero de ti —le susurró al oído, acariciándole el pabellón de la oreja con su aliento.

Lluvia se estremeció ante su profunda y sensual voz vertiéndose en su oído, hacía apenas unos pocos días que conocía a Nyxx y dios sabía que lo que había ocurrido recientemente no había dejado su mente en el mejor de los estados pero pese a todo, estaba deseando que llegase ese momento.

La separó un poco de él, lo justo para poder buscar su rostro y alzárselo de modo que la mirase. Los ojos marrones estaban brillantes de las lágrimas no derramadas y sus mejillas coloradas.

—Te llevaré a tu casa para que puedas vestirme y recoger lo que necesites, pero tendrá que ser rápido —la obligó a mirarle, necesitaba que entendiera la urgencia en su voz—. Tenemos que irnos, Lluvia.

Ella parpadeó varias veces.

—Irnos... ¿A dónde? —negó sacudiendo la cabeza—. Yo tengo que ir a la tienda, y tengo clases, en pocas semanas serán los exámenes finales, no... No puedo irme.

Él le acarició la mejilla como había cogido costumbre de hacer.

—No puedo dejarte sola y menos ahora —negó. Ni por todo el poder del universo iba a dejarla ahora que la había encontrado, que ella existía.

Ella sacudió la cabeza y se alejó un par de pasos de él.

—No —negó con firmeza—. No voy a ir a ningún sitio, Nyxx.

Él la miró durante lo que le parecieron unos segundos demasiado largos, entonces suspiró y estiró la mano hacia ella.

—Me temo que esa ya no es tu decisión —le respondió cerrando los dedos alrededor de su muñeca—. Hay demasiadas cosas que aclarar y me temo que ya no va a ser todo tan fácil.

Antes de que ella pudiera replicar, aferró su muñeca y los hizo destellar a ambos de su apartamento.

CAPÍTULO 10

Seybin contempló al Juez Supremo que permanecía en pie al lado del hogar, las llamas se reflejaban en el sombrío rostro del joven creando extrañas sombras. Se lo veía cansado, demasiado para alguien tan joven como él, si se le comparaba con él mismo claro, había veces que los deberes pesaban más que la propia y longeva existencia de uno y en el caso de Shayler, aquellos deberes lo habían llevado incluso a tener que valorar la vida de su propia esposa. Ahora, el joven se presentaba para pedir su intervención sobre uno de sus propios cazadores, tenía que respetar aquello, no todos los días alguien se atrevía a mover su culo hasta allí abajo para decirle al Señor de las Almas lo que tenía que hacer, el que él lo hubiese hecho había asentado un punto a su favor, pero solo uno.

—No sé donde está —respondió Seybin a la pregunta que había quedado colgando entre ellos—. Nyxx va y viene a su antojo, ese chucho no siente realmente pasión por mis órdenes, la mayoría de las veces me dice muy claramente qué puedo hacer con ellas.

Shayler apenas volvió sus ojos azules hacia el dios, Seybin podía ser muchas cosas, pero no era precisamente paciente, si alguno de sus subordinados se comportaba de la manera en que sabía lo hacía Nyxx sería un auténtico milagro que sobreviviera, así que, obviamente, el dios tenía en más estima al Cazador de lo que quería hacer creer.

—No supone un placer para mí tener que mandar perseguir a un amigo, Seybin —le aseguró el Juez volviéndose hacia el hombre que seguía repantingado en su escritorio—. Pero no puedo ignorar las Leyes que rijo. Ha

matado a un humano, la rabia ciega que sentí en aquel lugar no correspondía con el Nyxx que yo conozco, ni siquiera con su parte lobo, era pura furia animal, sin conciencia y no puedo permitir que vuelva a suceder.

Shayler caminó hacia el escritorio y posó su mano marcada sobre la mesa.

—Ha huido de uno de mis Guardianes llevándose a una humana — anunció eligiendo sus palabras muy cuidadosamente—. Y ella ha podido salir lastimada en el proceso.

Seybin entrecerró los ojos, la tensión en sus cuerpo resultó palpable.

—¿Lastimada en qué manera, Juez? —la mirada así como el tono del voz del dios eran una oscura advertencia.

Shayler fue totalmente sincero.

—Todo lo que sé es que esa chica de algún modo acabó entre los dos combatientes y que mi Guardián no está seguro de si ella salió ilesa de esa contienda, ya que se desmayó en los brazos de tu Cazador —respondió con sencillez—. Huelga decir que él dejó muy clara su intención hacia nosotros, si ella resultaba herida de alguna manera.

Seybin soltó un exabrupto y descruzó las manos incorporándose de su asiento para finalmente rodear el escritorio.

—¿En qué demonios estaban pensando tus hombres? —exclamó realmente furioso, su poder lo envolvía como una furiosa serpiente.

Shayler se volvió hacia el dios.

—En cumplir mis órdenes —respondió aceptando toda la responsabilidad.

El dios se calmó con tanta prontitud como se había encendido.

—Sabes tan bien como yo que a ninguno se nos permite arrancar una vida humana, por muy justificables que sean sus motivos —continuó el joven en voz baja, tranquila—. Solo La Fuente puede emitir tal orden.

—Esa humana, es su compañera, Shayler —respondió él mirando las llamas danzando en la chimenea—, ella es lo único que puede liberarle ahora mismo.

Seybin se volvió hacia el Juez y arqueó una ceja antes de contestar con ironía.

—Imagino que conoces esa sensación —aseguró haciendo que el Juez apretase los dientes en respuesta—. Ese hijo de puta al que mató está en mi lista desde hace varios meses, era cuestión de tiempo que antes o después cayese en las manos de alguno de mis cazadores, su alma es mía.

—No quiero tener que cazar a Nyxx, Seybin —aseguró Shayler con voz profunda, llena de poder—, pero como no se presente ante mí antes de cinco días, no me dejaré otra opción.

—¿Lo dejarías en libertad si acudiese a ti? —sugirió el dios sabiendo de ante mano la respuesta.

—Eso solo puede decírmelo Nyxx, Seybin —insistió sabiendo que nada de lo que él dijese ahora serviría de nada cuando estuviese ante el Cazador, solo su presencia podría aclarar este asunto y terminarlo de la mejor manera posible.

—Lo cual es un no —concluyó el dios con profunda ironía—. Y eso es precisamente el motivo por el que él no se ha presentado ante ti.

Shayler respiró profundamente intentando calmarse.

—Voy a mantener a Lyon ahí fuera —le informó dejando escapar el aire lentamente.

Seybin chaqueó la lengua y negó con la cabeza.

—¿Tienes la menor idea de lo que vas a provocar con esta persecución sin sentido? Si intentas ir tras él, Nyxx se las arreglará para alejarse hasta tal punto que es posible que pasen días, meses e incluso años antes de que puedas dar con él.

—Me subestimas —respondió Shayler con diversión.

—No, Juez, eres tú el que subestima al mejor de mis Cazadores —replicó con sencillez—. Él hará cualquier cosa para mantener a salvo a esa mujer, al costo que sea, porque no solo es su compañera, Shay, es la llave para librarse de su pasado.

Shayler ladeó la cabeza al captar el extraño tono en la voz de Seybin.

—¿Qué no me estás contando? —preguntó el Juez.

Seybin solo sonrió.

—¿Le permitirías esos cinco días de libertad si al término del quinto día se presenta voluntariamente ante ti? —insistió, su expresión tan indescifrable como de costumbre.

Shayler frunció el ceño y finalmente se pasó una mano por el pelo con resignación.

—Vais a lograr volverme loco entre todos vosotros —aseguró resoplando—. Quiero a Nyxx en mi oficina antes de las doce del mediodía del domingo, Seybin. Me da igual como lo hagas, pero si él no se presenta antes de esa hora, ya no habrá nada que yo pueda hacer.

—¿El domingo? —repitió Seybin.

—Cinco días —asintió Shayler esperando una respuesta.

—Y retirarás a tu Guardián de su trasero —insistió Seybin esperando por la respuesta del juez.

—Gracias por ese gráfico pensamiento —rezongó el chico poniendo los ojos en blanco—. Cinco días, Seybin, ni un minuto más. Si tiene cosas que solucionar, sugiero que las solucione durante ese tiempo, después... No puedo garantizar que lo tenga.

El dios lo contempló durante unos instantes.

—¿Tu palabra?

Seybin sabía que aquello era un insulto hacia el Juez, pero el muchacho

tendría que superarlo, lo necesitaba atado de manos durante esos cinco días si quería darle cierta ventaja a Nyxx para que hiciera lo que necesitaba hacer.

Shayler arqueó una de sus doradas cejas con ironía pero asintió.

—La tienes, Dios de las Almas, tienes mi palabra de que nadie tocará a ese Cazador hasta las 12 del mediodía del próximo domingo.

Seybin sonrió abiertamente y con satisfacción.

—Tendrá que valer —aceptó el dios caminando hacia él en su regreso hacia el escritorio—. ¿Cómo se lo está tomando tu mujer, ha vuelto a dirigirte la palabra?

Shayler fulminó al dios con la mirada ante el tono jocosos que había empleado, al parecer todo el mundo parecía saber del repentino voto de silencio que había decidido hacer Dryah con respecto a lo que estaba pasando, un voto que lo incluía, o más bien, se reservaba únicamente para él.

Con una última mirada de advertencia hacia el dios se desvaneció dejándole con sus cosas.

Seybin sonrió para sí al ver marcharse al Juez. Era un buen chico, quizás demasiado impulsivo, pero racional, esos cinco días que había ganado para Nyxx tendrían que ser suficientes. Mirando hacia las llamas suspiró y se volvió para convocar a sus dos Cazadores de Almas más antiguos.

—Josh, Silver.

Con una sola llamada, los dos hombres se presentaron ante su jefe.

—Me da igual como lo hagáis, pero quiero que encontréis a ese lobo astuto y le entreguéis esto. —Seybin hizo aparecer en sus manos un pequeño sobre de color rojo sangre con un lacre negro—. Encontradlo antes de que caiga la noche, el tiempo ha empezado a correr para él.

Silver se pasó una mano por el pelo tricolor y miró a su compañero antes de volver a posar la mirada en su jefe.

—¿Una cacería? —preguntó mirando directamente a Seybin.

—Tiene cinco días para evitarla —les informó el dios y lanzó el sobre hacia Josh—. Daos prisa.

Josh asintió y se desvaneció seguido de inmediato por su compañero de armas.

Shayler dejó escapar el aire cuando se apareció en el salón de su hogar, Dryah no estaba allí, pero la puerta que llevaba a la azotea estaba abierta. Preparándose para una nueva confrontación con su esposa, salió por la puerta y subió hasta el cenador que tenían en la azotea del edificio, ella decía sentirse más libre allí arriba y a menudo subía para respirar aire cuando las paredes de la casa o la oficina se le echaban encima.

Estaba parada al borde de la azotea, el viento peinaba el largo cabello rubio que llevaba suelto haciéndolo ondear a su espalda como una bandera, estaba vestida con unos gastados tejanos y las suaves botas de piel que le había hecho comprar la semana pasada. Como si sintiera su presencia, se volvió hacia él, sus ojos se encontraron y Shayler realmente respiró aliviado cuando vio la clara transparencia en la mirada femenina, ella sonrió un poco y bajó la mirada antes de tenderle la mano.

—¿Vas a volver a hablarme? —sugirió suavemente caminando hacia ella, maravillándose de que aquella cálida y amorosa mujer fuera suya.

Dryah entrelazó los dedos de su mano tatuada con los de la de él y lo acercó de un tirón hasta poder refugiarse en el hueco de sus brazos.

—Cariño, realmente lo siento, siento que esté ocurriendo todo esto —le aseguró él envolviendo sus brazos alrededor de la delgada cintura, disfrutando del aroma y calor femenino.

—Tú no tienes la culpa —respondió ella apretando el rostro contra su pecho—. Hay cosas que solamente suceden, porque así está escrito que sucederán...

Shayler la separó ligeramente para mirarle a la cara.

—Tú me has demostrado que eso no siempre es así, Libre Albedrío — le aseguró acariciándole el rostro, reteniendo el pelo que se escapaba con el viento a ambos lados de su rostro.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Esta vez no, Shay, esta vez las cosas ocurrirán como deben ocurrir — aceptó con un cansado suspiro—. No me está permitido interferir, ellos me lo han prohibido.

Shayler frunció el ceño al oír hablar de ellos. La Fuente Primordial, los dos entes místicos y todo poderosos que componían todo el universo, el principio de todas las cosas. Aquellos dos avatares parecían haber tomado la costumbre de comunicarse a través de su esposa.

—¿Y nosotros? —preguntó hablando de él mismo y el resto de la Guardia Universal.

Dryah sacudió la cabeza.

—Haz lo que tengas que hacer —respondió apretando su mano.

Él le devolvió el apretón y sacó su Blackberry del bolsillo trasero de su pantalón para luego marcar un par de teclas y poner el altavoz.

—Dime —respondió Lyon al segundo toque.

Shayler miró a Dryah quien asintió.

—Vuelve —le ordenó el Juez sin apartar la mirada de su esposa—. He hecho un juramento al Señor de las Almas, el lobo tendrá que presentarse aquí y someterse a juicio en cinco días. De lo contrario, abriré la cacería.

Nyxx tuvo el tiempo justo de apartar los pies antes de que Lluvia vomitara lo poco que había desayunado en el suelo. La chica se dobló sobre sí misma dando arcadas antes de limpiarse la boca con la mano y fulminar a Nyxx con la mirada. Estaba empezando a descubrir que la mansa gatita que

había conocido tenía un temperamento más bien fuerte en su interior, esa combinación de suavidad y explosión empezaba a resultarle muy atractivo.

—¿Estás bien? —preguntó más por cortesía que por otra cosa.

Lluvia entrecerró los ojos, alzó su mano derecha y le enseñó el dedo corazón antes de dar media vuelta y dirigirse a su dormitorio cuya puerta cerró de un portazo.

—Tomaré eso como un sí —suspiró Nyxx echando un rápido vistazo a su alrededor.

El Cazador entrecerró los ojos, su mirada verde se movía de un lado a otro de la casa hasta fijarse en un punto cercano a la ventana, sus armas aparecieron en sus manos un instante antes de que lanzase una afilada daga en dirección a la ventana y fallase por poco al clavarla en uno de sus compañeros.

—Silver —gruñó, su mirada entrecerrándose de modo predador.

El hombre era una montaña en sí mismo y el vestir completamente de cuero negro, no hacía sino resaltar el tono multicolor de su pelo. Sus ojos se posaron sobre su compañero con una irónica sonrisa antes de que levantara una de sus manos enguantadas y saludara a Nyxx.

—Ey, colega, ¿cómo te va? —le dijo en tono jocosos antes de señalar con el pulgar hacia la habitación—. Bonita hembra, un poco más y te vomita encima de las botas.

Un mal presentimiento pasó entonces sobre Nyxx.

—¡Lluvia! —la llamó en un fuerte grito sin apartar la mirada de Silver.

—Creo que se está lavando los dientes —aseguró este con inocencia.

—¿Dónde está Josh? —preguntó sabiendo que esos dos no solían andar separados. Más parecían una pareja que compañeros de armas, pero eso no era de su incumbencia.

—Buscándote, al igual que yo —aceptó Silver caminando hacia el

Cazador al descubierto. El hombre le dio la vuelta a la daga que había lanzado Nyxx y se la tendió por el mango—. Seybin nos ha mandado a buscarte.

—Estoy un poquito ocupado ahora mismo para hacerle una visita social —le aseguró con ironía.

Silver sonrió ante eso y se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón de donde extrajo un pequeño sobre color rojo sangre con un lacre negro.

—Lo sabe, por eso te envía esto —respondió él tendiéndole el sobre—. El Juez Supremo estuvo por los bajos fondos, me parece que quieren tu pellejo, lobito.

Nyxx se limitó a recuperar su arma con un gruñido y la enfundó en la bota antes de tomar el sobre que le tendía el Cazador. Estaba a punto de abrirlo, cuando escuchó un grito femenino procedente del cuarto de su compañera, seguido por unos cuantos tacos y cosas estrellándose contra la pared entre disculpas masculinas. Un instante después, salía Josh con los brazos en alto protegiéndose del lanzamiento de botellas de gel y aceites que la chica traía en sus brazos. Empezaba a estar harto de tantas interrupciones, aunque tenía que confesar que aquella escena era bastante divertida. El enorme Cazador retrocedía con las manos en alto frente a él para evitar los proyectiles que una menuda mujer de largo pelo castaño y vestida con tan solo un albornoz apretaba en uno de sus brazos mientras esgrimía una canastilla en la otra mano.

—¡Joder, Nyxx, dile que se esté quieta!

—*Otan pagosoun ta kazania*^[18] —respondió Nyxx mientras hacía aparecer en sus manos sus propias armas solo para ganarse una reprimenda de parte de su compañera.

—Y tú deja de hacer eso —clamó Lluvia con una pequeña patada en el suelo—. Si alguno rompe algo en mi casa... ¡Me lo cargo!

—Ven aquí, Lluvia —pidió cambiando la empuñadura de la espada de modo que no la lastimara con la hoja cuando se acercara.

Ella miró al hombre que se había aparecido en su cuarto de baño, sus profundos ojos negros, al igual que su cabello casaban con el tono de piel canela que dejaba ver toda la ropa negra que llevaba puesta, su aura era tan letal como la de Nyxx y ese otro desconocido de pelo de colores que estaba cerca de su compañero. Dejó caer lo que traía entre sus brazos al suelo y caminó lentamente hacia él, sin sacar la mirada de ninguno de los dos otros intrusos.

—*Einai toso omorfi, allá thanatifora*^[19] —le respondió Josh siguiendo a Lluvia con la mirada, pero la apreciación iba dirigida a Nyxx.

—No te acerques a ella —fue el único aviso del lobo.

—No tengo por costumbre levantarle la novia a mis compañeros —aseguró Josh con un guiño hacia Silver, quien se limitó a poner los ojos en blanco.

—¿Amigos tuyos? —sugirió Lluvia llevándose inconscientemente la mano a su oído, para comprobar que el audífono tenía el volumen suficiente.

—Camaradas, en realidad, preciosa —respondió Silver saludándola con un gesto de la mano—. Ese al que has estado lanzando cosas es Josh, yo Silver. Estamos aquí para evitar que aquí, el héroe del día, no salga hecho picadillo por los Guardianes Universales.

—¿Guardianes Universales? —preguntó Lluvia, creyendo haber oído ese título antes.

—El tío grande rubio de la espada —respondió Nyxx.

Ella le echó un buen vistazo de arriba abajo y le miró con ironía a lo que Nyxx esbozó una sincera sonrisa y continuó.

—El otro tío rubio.

—No me jodas, ¿ya te has cruzado con alguno de ellos? —preguntó Josh.

Nyxx se limitó a atraer a Lluvia a su lado y romper el sello de la misiva

que le habían entregado, sus ojos se movieron por la letra elegante y retorcida de su jefe y dejó escapar un poco el aire que no había sabido que estaba conteniendo hasta el momento.

—¿Qué es eso? —preguntó Lluvia mirando la extraña escritura.

—Cinco días —le dijo haciendo arder la misiva en su mano con un chasqueo de sus dedos. Lluvia dio un respingo y se apartó un par de pasos. Nyxx se volvió hacia ella—. Lo siento.

—Avisa cuando vayas a hacer algo como eso —pidió antes de respirar profundamente y llevarse una mano a la cabeza—. Nunca terminaré de acostumbrarme... la idea del sueño era mucho mejor... tenía explicación... quizás debiera seguir pensando en que todo esto es un sueño y que antes o después me despertaré.

—Tu novia es un poco cortita, ¿no? —sugirió Silver mirando a la chica de arriba abajo—. Aunque está buena.

Josh caminó hacia su compañero y le pegó una palmada en la nuca.

—Es humana, zoquete.

—¿Totalmente humana? —preguntó Silver mirándola sorprendido.

—Es una Gypsy —respondió Nyxx.

—No lo soy —añadió al mismo tiempo Lluvia mirando a Nyxx.

—¿Otra Gypsy? ¿Qué pasa, te quedaron ganas de más la primera vez? —le respondió Silver con absoluta ironía.

Nyxx intercambió una contundente mirada con él que lo hizo levantar las manos a modo de rendición.

—No he dicho nada —respondió el Cazador dando un paso atrás.

—Tenemos que volver, hay almas esperando por nosotros —respondió Josh tendiéndole la mano a Nyxx a modo de despedida—. Ten cuidado.

—Tú también —respondió Nyxx correspondiendo a su saludo.

—Pase lo que pase, sabes dónde encontrarnos —se despidió también

Silver, entonces miró durante un instante a Lluvia a su lado y volvió a mirar a Nyxx—. Dile que te enseñe lo que tiene en esa caja en el armario, puede que te lleves más de una sorpresa.

Antes de que pudiera decir algo, los dos Cazadores se desvanecieron en el aire y Lluvia se estremeció. ¿Por qué las personas no podían dejar de hacer eso?

—¿Qué hay en esa caja que ha mencionado Silver? —preguntó Nyxx volviéndose hacia ella.

Lluvia dudó unos instantes, entonces se encogió de hombros y caminó hacia el pequeño armario que había junto a la entrada, abrió la puerta y sacó una caja decorada con papel de periódico y la llevó encima del mostrador de la cocina, le quitó la tapa y permitió que Nyxx le echase un vistazo.

—Imagino que tu amiguito se refería a esto —respondió sacando los sobres, objetos y cartas del tarot que había ido recibiendo a lo largo de los años, junto con el cuaderno floral que había recibido en la última carta—. Mi extraña herencia.

Nyxx jadeó cuando sus ojos se encontraron con una pequeña ramita de hojas secas atada a una cinta de hilo roja.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó metiendo la mano para sacar la ramita en cuestión.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió de manera práctica—. Como verás, las cartas no tienen remitente, ni sello, nada. Son dejadas en mi buzón... o con mi casero, en el caso de la última en la que vino este pequeño diario con anotaciones y dibujos de flores.

Lluvia alzó la mirada hacia Nyxx y se sorprendió al ver la mirada de absoluto dolor y pesar en sus ojos mientras contemplaba la ramita que tenía en las manos.

—¿Qué ocurre? ¿Nyxx? —preguntó preocupada.

Él se volvió a ella y le enseñó la rama.

—Esto es de un roble sagrado —respondió él.

—¿Y?

—Ese roble solo nace en un lugar.

Lluvia se lo quedó mirando.

—En la región de Epiro, a los pies del Monte Tomaso —explicó Nyxx—. Es del roble que queda en pie en el lugar en el que una vez estuvo el Oráculo de Dodona.

CAPÍTULO 11

Media hora después, Nyxx seguía contemplando cada una de las cartas que Lluvia había colocado sobre la mesa junto con las respectivas flores y los diferentes objetos que habían llegado con ellas. Ella le había estado explicando durante la última media hora de que aquellos objetos empezaron a llegarle hacía algunos años, siempre marcando la fecha de su cumpleaños.

—Todos los sobres han venido con una misma frase escrita en la parte inferior, pregunté a Isabel su significado. —Lluvia le mostró la frase en el dorso de una de las cartas y dio la vuelta al mostrador para sacar un refresco de la nevera. Había podido ponerse unos jeans limpios y una camisa con un jersey sin mangas mientras él examinaba el inexplicable hallazgo.

—*O ushalin zhala sar o kam mangela* —leyó Nyxx con una pronunciación que le recordaba a la de Isabel, solo que más cerrada—. *Las sombras se moverán cuando el sol lo ordene.*

Lluvia se inclinó y miró la frase y luego a él.

—Eso es lo que me dijo Isabel —aceptó, viendo que coincidía la traducción hecha por Isabel con la del hombre—. ¿Conoces el significado?

Nyxx vaciló, pero finalmente asintió.

—Hace referencia a aquello que está oculto y que antes o después saldrá a la luz —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Secretos que serán desvelados.

—¿Qué secretos? —preguntó ella mirando la frase como tantas veces había hecho.

Él no respondió, se limitó a echar un vistazo al resto del contenido.

—Aquellos que estés dispuesta a desvelar. A veces lo explicable puede ser más fácil de aceptar que lo que no lo es, se necesita un periodo de aceptación para mover esas sombras y solo lo harán cuando tú estés preparada para aceptar lo que haya más allá.

Lluvia lo miró durante unos instantes, entendía lo que insinuaba con sus palabras, pero no era fácil para ella aceptar que aquel hombre, aquel pedazo de espécimen masculino, no fuese humano, o lo que quiera que fuese. Había visto cosas que nunca pensó que fueran posibles, había asistido a ellas y con todo, faltaba algo.

—Ese lobo que atacó a ese hombre... en el parque. —Ella no le quitaba la mirada de encima mientras se aventuraba a hacer la pregunta—. Sus ojos... sus ojos son lo que más recuerdo y son del mismo color que los tuyos... y su voz... ¿De veras eras tú?

Nyx levantó la mirada de lo que estaba comprobando y la fijó en ella.

—Sí —respondió sin rodeos. Lisa y llanamente.

Lluvia se encogió interiormente, el tener la confirmación verbal de él daba nuevas proporciones a lo que daba vueltas en su mente. ¿Realmente se podía echar una maldición para que un hombre se convirtiese en un lobo? ¿No iba eso contra las leyes de la naturaleza? Sus recuerdos de esa noche estaban confusos, era cierto que lo más nítido que tenía en su mente eran sus ojos, pero también recordaba la envergadura de aquel animal, su fuerza y rabia cuando atacó a aquel hombre, la sangre... Cerró los ojos inmediatamente en un intento de alejar aquella imagen de su mente, la cual la dejaba temblando. El solo pensar en aquellas manos sucias y asquerosas que habían buceado bajo sus ropas, el aliento a alcohol en su fétida boca, no podía soportarlo.

—No puedo creer que haya ocurrido todo aquello —murmuró estremeciéndose al tiempo que apretaba con fuerza los ojos—, es demasiado imposible, una fantasía... No es verdad.

Nyxx volvió a mirarla y se encogió interiormente al ver la desesperación que transmitían sus ojos, quería creer, tenía las pruebas ante sí, pero se resistía a ello.

—Sabes que lo es —le dijo con voz suave y baja—, por muy difícil que parezca de aceptar, sabes que eso es lo que sucedió.

Ella alzó la mirada hacia él y Nyxx vio cómo se mordía con nerviosismo el labio inferior.

—Como lo que ocurrió en la calle —continuó sin apartar la mirada de ella, ahora su tono era mucho más serio—, no vuelvas a hacerme eso jamás, Lluvia. Nunca vuelvas a interponerte en una lucha.

Ella se llevó la mano al costado de manera inconsciente, había visto la línea rojiza cuando se había bañado y sabía a qué pertenecía. Como si su mente estuviese todavía procesando los sucesos acontecidos, el recuerdo del fragor de la lucha y las heridas que ambos se habían infringido volvieron a su mente. Jadeando, abrió los ojos desmesuradamente y rodeó rápidamente el contador y se lanzó a buscar bajo la camiseta de Nyxx por la herida que sabía él se había llevado en su lugar.

—Él te dio a ti, esa espada te dio a ti —murmuraba mientras tironeaba frenética de la camiseta sacándola del interior del pantalón solo para encontrar la piel bronceada del hombre, y un pequeño apósito cubriéndole el costado de un lado a otro asegurado con esparadrapo. El exterior del apósito estaba ligeramente manchado, pero por lo demás parecía estar bien.

Nyxx tomó su mano y la retiró lentamente volviendo a colocarse la camiseta mientras ella lo miraba.

—Lo siento —murmuró bajando la mirada avergonzada, sabiendo que había sido herido por culpa suya.

—No tienes por qué —respondió él con un ligero encogimiento de hombros—. No es culpa tuya.

Lluvia negó con la cabeza y miró todo el material que estaba disperso sobre el mostrador de la cocina.

—Preferiría pensar que todo esto es producto de una intoxicación, un golpe en la cabeza, o un tumor cerebral —enumeró apretando con fuerza los ojos antes de volver a abrirlos y mirar nuevamente las cartas de Tarot puestas sobre la mesa—, de ese modo todo esto tendría explicación por que estaría en mi mente y tú no habrías sido herido por mi causa, ni antes ni ahora. Si acepto lo que ha ocurrido, lo que he visto, tendría que aceptar también que lo que dices es la verdad y que de alguna manera, esto que hay aquí encima de la mesa, podría muy bien ser mi herencia.

Nyxx extendió la mano por encima del mostrador, inclinándose hacia delante para acariciarle la mejilla, aquello se había convertido en un gesto automático, cada vez que veía aquella mirada de desesperación y abandono en sus ojos sentía la imperiosa necesidad de borrarla de la manera que fuera.

—No sé qué esperas oír, Lluvia —le respondió suavemente antes de indicar el contenido de encima de la mesa con un gesto de la barbilla—. No sé qué significa todo esto o quien ha podido enviártelo, *Mikrés*, pero sí sé que eres Gypsy, la última de los Valaco, mi compañera.

—El medio que necesitas para liberarte de esa supuesta maldición —resumió ella mirándole a los ojos. Y cuando vio que sus palabras habían herido a Nyxx, se sintió realmente mal pero no hizo nada por disculparse, sabía que aunque lo intentara, el daño ya había sido hecho—. ¿Qué dice exactamente esa maldición? No habrá que sacrificar alguna virgen o algo así, ¿no? Porque conmigo lo ibas a tener un poquito difícil.

Nyxx sintió unos repentinos celos ante el hombre o los hombres que habrían podido pasar por la vida de su compañera, nunca se había sentido tan posesivo hacia nadie, ni siquiera hacia Hadryna. Quizás, aquello fuese obra también de la maldición.

—*A la última descendiente de mi sangre te encadeno y suya será la voluntad de sangre que pueda otorgarte el perdón* —recitó él, poniendo voz a la última parte de su maldición—. Esas fueron las últimas palabras de Valeska y la única vía de escape. No contenta con maldecirme, incluyó a su propia sangre en el pacto, a su última descendiente a la que me encadena y por cuya voluntad de sangre será la única que podrá liberarme.

—¿Voluntad de sangre? —repitió sin entender.

Nyxx la miró a los ojos y con su tono más profundo y oscuro le respondió.

—¿Serías capaz de dar tu vida por mí, Lluvia?

Ella realmente dio un respingo al oír su tono, sus ojos se tiñeron con recelo y un incipiente temor, la había asustado.

—Estaba bromeando —continuó él con voz más relajada, despreocupada en realidad—. La voluntad de la sangre, es la única manera que tienen los Gypsy de escapar a una maldición, solo aquella quien impuso la maldición, o alguien con la misma sangre y voluntad para hacerlo, puede deshacer una *Armaya*.

Lluvia realmente dejó escapar el aire que ni siquiera se había dado cuenta que estaba conteniendo.

—Bueno... bien... ¿Y cuál es el problema? —preguntó ella con un ligero encogimiento de hombros—. Yo estoy aquí y si soy quien realmente tú crees, aquí y ahora te libero de lo que quiera que te hayan hecho.

Nyxx sonrió con ironía, perdonando su ignorancia hacia la cultura y procedimientos de su pueblo.

—Me temo que no es tan fácil, *Mikrés*.

Lluvia se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Le fue imposible no sonreír ante la inocencia que leía en su mirada.

—Para empezar, la *Armaya* solo se puede deshacer en el lugar en el que fue impuesta —respondió Nyxx esperando ver su reacción en sus ojos.

Lluvia negó con la cabeza, no entendía.

—¿Y eso donde se supone que es?

Nyxx le sonrió y le acarició nuevamente el rostro, maravillándose de la suave piel que notaba bajo sus dedos. El deseo lo inflamó, el recuerdo de su cuerpo maduro y desnudo lo agujoneaba sin parar enviando una corriente eléctrica por todas sus terminaciones al tiempo que convertía en lava la sangre que corría por sus venas, su sexo protestó en el confinamiento de sus pantalones, su polla empujaba contra su restricción con el mismo pensamiento de él, poseerla.

Respirando profundamente se obligó a hacer a un lado aquellas imágenes sensuales que cruzaron su mente, imágenes de las cosas que le encantaría hacerle, de las muchas formas en que pensaba tomarla, porque lo haría, no había mentido al respecto cuando ella se le había entregado tan generosamente, había visto en sus ojos el mismo deseo desesperado que rabiaba en su interior, pero también había visto su temor y desconcierto. No. Esperaría. Primero tenía que ponerla a salvo, confiaba en el Juez para que mantuviese su palabra, pero no quería arriesgarse, y también estaban aquellas extrañas cartas y el enigmático mensaje en ellas. Nyxx había traducido la frase para ella, pero no le había dicho que significaban los pequeños símbolos que aparecían en cada hoja los cuales solo se veían poniéndolo a tras luz como si fuese una marca de agua: *Epidióxte tin alítheia. Busca la verdad.*

Cuando la tuviese a buen recaudo y estuviese seguro de que nada los atacaría, solo entonces le enseñaría exactamente qué era lo que quería de ella y que significaba el que estuviesen atados por la maldición.

—Coge tu mochila y mete alguna muda y lo que necesites para un par de días —fue su respuesta.

Lluvia frunció el ceño y no se movió.

—No voy a moverme de aquí —le respondió sin vacilar—. No puedo dejar las clases, estoy a las puertas de los finales y no puedo irme dejando a Isabel sola con la tienda.

Ante la mención de su amiga casi se queda sin aire. ¡Dios, Isabel! ¡Ni siquiera la había llamado! Había hablado con ella apenas el día anterior, pero sabía que ella esperaba que se pasara por la tienda o tan siquiera que la llamara.

—Con toda esta locura se me olvidó llamar a Isabel —dijo con angustia. No quería que su amiga se preocupara por ella.

—Lluvia —insistió Nyxx deteniéndola cuando se disponía a ir hacia el teléfono—. Solo confía en mí, ¿de acuerdo? Iremos a ver a tu amiga antes de irnos.

Ella vaciló, su mirada fija en la de él.

—¿Vas a decirme a dónde vamos? —pidió. Quería confiar en él, pero no podía hacerlo si no le decía toda la verdad, aunque dudaba que fuese a creerla.

Nyxx la miró durante unos instantes, entonces indicó los objetos sobre la mesa y recogió el cuaderno de flores.

—El motivo por el que no entiendes lo que hay aquí escrito es porque se trata de un antiguo dialecto Valaco. Mezclan algo de griego antiguo con romaní.

Lluvia tomó el cuaderno abriéndolo por una página cualquiera y luego miró a Nyxx.

—¿Tú puedes leerlo?

Nyxx asintió y bajó la mirada al cuaderno para señalarle una página en la que había un dibujo de una flor.

—Esta flor, al igual que otras de las muestras y dibujos del cuaderno

solo las he visto crecer en un lugar —aseguró mirándola—. Viajaremos a Grecia.

Lluvia estaba demasiado sorprendida como para decir algo que tuviese coherencia en aquel momento. ¡¿Él quería que viajaran a Grecia?! Le entró la risa.

—Sí, claro. Y después iremos a Tombuctú —le dijo con ironía antes de chasquear los dedos delante del rostro del hombre—. ¡Despierta! Estás loco si piensas que voy a ir a Grecia, chaval, ni siquiera puedo costearme el alquiler de mi propio piso. ¿Y esperas que pague un billete de avión? ¿Pero tú me has visto bien? ¿Has visto mi casa y cómo vivo?

Nyxx esperó a que ella terminara de hablar, solo entonces se permitió el impulso que había estado reteniendo hasta el momento y se inclinó sobre ella, alzando su barbilla con la mano para susurrar en sus labios.

—Preocúpate solo de meter un par de mudas en una mochila, yo haré el resto —prometió con un suave susurro antes de lamerle los labios, mordisquear su labio inferior con sensualidad antes de introducirle la lengua en la boca y saborear su miel en un húmedo beso. La besó y saboreó a su gusto dejándola maleable y con los ojos vidriosos, solo entonces se separó de ella y la empujó suavemente hacia el dormitorio.

—Haz lo que te he dicho, Mikrés —le susurró, y ella se estremeció al oír cómo pronunciaba aquella palabra griega mientras caminaba hacia su dormitorio y entraba en él.

A Lluvia le llevó un momento salir de aquel trance, si aquel hombre podía hacer eso con solo un beso, no quería ni pensar qué se sentiría al estar piel con piel, desnuda y retorciéndose debajo de él... o arriba... o de lado...

¡Jesús! ¿Cuándo he sido tan lasciva? Pensó para sí misma, sonrojándose. *Cuando le ponen un plato de leche, el gato lo lame, querida.* La aguijoneó su conciencia.

Sacudiendo la cabeza para alejar las imágenes que su desbordante imaginación estaba conjurando en su mente, echó un vistazo a su alrededor, relajándose un poco al estar en territorio conocido y a solas. Sabía que tenía una mochila pequeña en la estantería superior del armario, era la que se llevaba con la comida y la manta al parque cuando tenía tiempo para disfrutar de un buen libro y del aire libre, le habría gustado ir de acampada pero al estar yendo de un internado a otro aquello se había hecho más bien difícil. Las vacaciones no eran una época que disfrutara demasiado y a su padre nunca le gustó nada que pudiera manchar sus caros zapatos. Era extraño, ahora que se paraba a pensar en ello, apenas tenía recuerdos de ambos haciendo algo juntos que no fuera ir de médico en médico, y de su madre, sus recuerdos eran borrosos, ya le costaba incluso reconocerla en una fotografía.

Y ni siquiera eran sus verdaderos padres. Había sido una niña abandonada, las preguntas típicas: ¿Por qué me ha abandonado? ¿Estarán vivos?, ¿Tendré hermanos?, no hacían más que darle vueltas en la cabeza. ¿Habría tenido algún hermano o hermana o sería hija única? Su mirada se dirigió nuevamente a la puerta entreabierta de su habitación que dejaba ver el salón y el resto del diminuto apartamento así como al hombre que se paseaba de un lado a otro por el lugar como si el mundo le perteneciera. Si tan solo pudiese estar tan segura. Las últimas horas habían sido algo demencial, ni siquiera ahora mismo estaba segura de que aquello hubiese ocurrido realmente, la luz que entraba por la ventana le decía que ya era de mañana, pero ni de eso podía estar segura ya.

Se levantó el jersey y la camisa y contempló la tenue línea roja que rodeaba su costado. Eso había sido real, aquella espada la habría tronzado en dos si Nyxx no hubiese llegado a interponerse. Recordaba la sangre, no quería hacerlo pero la recordaba, recordaba como aquellas filosas armas habían herido a ambos combatientes lacerando la carne, no eran de juguete. Ni

siquiera se había parado a pensar en ello hasta ahora, pero él no había hecho ni un solo quejido, de hecho, apenas tenía un pequeño apósito cubriendo lo que habría sido una herida que debería haber sido tratada en un hospital y como poco unida con varios puntos, sin embargo él parecía moverse con normalidad para alguien que había sido hecho casi rebanadas.

Sacudiendo la cabeza ante el pensamiento, se acercó al armario y se puso a hurgar en su interior en busca de la mochila. ¿Por qué estaba haciendo aquello? ¡Ese hombre quería ir a Grecia! Dudaba si le dejarían salir siquiera de la aduana con el aspecto que tenía, ella no podía irse, no podía dejar la academia, no podía dejar a Isabel.

Isabel. El pensar en la mujer decidió a Lluvia, no podía irse sin hablar con ella, maldito si tenía sentido todo aquel lío en el que se había metido y las absurdas fantasías que había creado su mente, pero ahora que sabía que sus padres no eran sus verdaderos padres, la idea de buscar alguna pista de sus verdaderos progenitores, de descubrir quién era ella, realmente se había convertido casi en una obsesión, en una necesidad. Si aquellas cartas que había estado recibiendo podían arrojar alguna luz a la oscuridad de mentiras en la que se convirtió su vida, quería saberlo.

La historia que le había contado Nyxx era demasiado fantasiosa, demasiado retorcida. ¡Por todos los dioses! Si lo que le había contado era verdad, ese hombre tenía más de mil años... Le gustaban los hombres mayores que ella, pero aquello era demasiado.

Arrastrando su mochila la abrió sobre la cama y echó una furtiva mirada al salón donde vio a Nyxx mirando nuevamente las cartas y el cuaderno de flores, volviéndose sobre uno de los cajones sacó un par de mudas, calcetines, sus zapatillas de deporte y se dirigió rápidamente al cuarto de baño donde abrió el grifo antes de cerrar la puerta con mucho cuidado. Lluvia terminó su recolecta con un cepillo de dientes, un peine y una caja de tiritas antes de abrir

la pequeña ventana del lavabo, asegurarla y echar un vistazo a la escalera contra incendios que discurría por el exterior. Era una suerte que no tuviese miedo a las alturas.

Cerró la cremallera de la mochila, respiró hondo y salió al exterior, las piernas le temblaban mientras daba el paso desde su ventana a la precaria escalera y rogaba porque esta no se viniese abajo. Una vez estuvo en el descanso, respiró y empezó a bajar con cuidado, tensándose ante el movimiento y los ruidos metálicos de la vieja estructura, poco a poco fue bajando cada uno de los niveles hasta el último, en el que tuvo que luchar para soltar la parte de abajo de la escalera la cual se había oxidado y agarrotado. Lluvia le pegó una desesperada patada mientras observaba los alrededores sorprendentemente vacíos. ¿En dónde diablos se metía últimamente a la gente? ¡Esto era Manhattan y estaba casi desierto!

Cuidando de librar la mochila, se deslizó al otro lado de la escalera y empezó a bajar hasta el último de los peldaños desde el cual le quedaba un buen trecho hasta el suelo. Con su suerte, si saltaba, se torcería algo. Apretando los dientes se dejó deslizar hasta quedar colgada del último peldaño de modo que el suelo le quedó algo más cerca.

—Empiezo a pensar que lo del parque no ha sido un caso aislado, *Mikrés* —oyó una voz a su espalda.

Lluvia giró la cabeza por encima del hombro y se soltó cayendo al suelo por fortuna para ella, en pie, solo para encontrarse con la mirada de reproche de Nyxx.

—¿Cómo has...? —fue lo único que se le ocurrió preguntar mientras miraba hacia arriba y señalaba como una tonta la escalera.

—Dame una buena razón por la que no deba ponerte ahora mismo sobre mis rodillas y darte unos azotes —masculló Nyxx entrecerrando los ojos.

Lluvia dio un paso atrás ante su amenaza.

—¿Porque soy demasiado mayor para esos juegos, estamos en la calle a pleno día y no me gusta el exhibicionismo? —respondió por mecánica.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—Siempre tienes respuestas para todo —aceptó con un suspiro—. ¿Te das cuenta que has podido matarte? Esa estructura está cayéndose a pedazos, podrías haberte caído desde arriba del todo. ¿Qué clase de estúpido juego es este?

Ella apretó los labios, se ciñó la mochila y empezó a retroceder.

—Ah, no, ni se te ocurra —le dijo leyendo sus intenciones de huir—. No estoy para juegos, Lluvia.

—No voy a ir a ningún lado contigo sin hablar antes con Isabel —aseguró en un bajo murmullo.

—Bien, vayamos a ver a esa Gypsy entonces —le respondió con fastidio antes de cogerla por la muñeca y desvanecerse con ella de la calle.

Lluvia se lanzó al primer cubo que encontró para vaciar lo que quiera que hubiese en su estómago, las arcadas y el malestar la habían alcanzado en el momento en que sintió nuevamente sus pies sobre el suelo. No estaba segura de cómo describir la sensación de aquellos viajes, solo sabía que en un minuto su cuerpo se hacía rápidamente liviano y al siguiente aterrizaba a la velocidad de la luz contra el suelo, seguido por su estómago. No duraba ni siquiera un parpadeo, pero para su estómago era como si se hubiese montado en una montaña rusa y lo hubiesen metido después en una coctelera.

—¿Estás bien? —se acercó Nyxx, permaneciendo tras ella.

No se molestó en levantar la cabeza, con una de sus manos señaló la caja de pañuelos que siempre dejaban sobre la mesa de Isabel.

—Tráeme un jodido par de pañuelos —pidió antes de escupir nuevamente—. Y tiene que haber una botellita de agua en el mueble que está al

lado de las macetas de cerámica, a tu izquierda.

Nyxx recogió lo que ella le había pedido y estaba entregándoselo cuando apareció Isabel desde la tienda con una cesta con varias plantas y un enorme lazo verde rodeando esta. La mujer miró sorprendida a la pareja antes de echar un nuevo vistazo hacia el frente de la puerta y fruncir el ceño.

—¿Qué... cómo...? —Sus preguntas quedaron relegadas a un segundo plano cuando vio a Lluvia arrodillada en el suelo sujetándose a una cubeta para flores vacía—. Lluvia, ¿qué ocurre?

—Él es lo que me pasa. —Señaló a Nyxx antes de arrebatarse el botellín de agua de las manos, dar un trago y enjuagarse antes de escupir el agua en la cubeta.

La mirada de Isabel se entrecerró sobre el hombre mientras se acercaba a la muchacha y la examinaba, apartándole el pelo del rostro.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? Podemos llamar a la policía... —sugirió en voz baja.

Lluvia sacudió la cabeza y miró a su amiga posando su mano en el brazo de esta.

—No. Estoy bien, Isa —aceptó palmeando el brazo de la mujer antes de tomar su mano y levantarse con su ayuda—. Es solo que tengo el estómago revuelto.

Ella hizo una mueca y miró la cubeta con recelo. Lluvia se sonrojó.

—Siento eso, lo sacaré afuera y limpiaré el desastre —prometió volviendo a mirar a su amiga.

—Estás pálida y mira que ojeras tienes —se empezó a preocupar realmente la mujer. Entonces esta se volvió hacia Nyxx—. ¿Qué diablos le estás haciendo?

—Nyxx no me ha hecho nada, Isa —lo defendió Lluvia, entonces hizo una mueca—. Nada grave al menos.

La mirada de la mujer seguía fija en el hombre quien se la devolvía con total tranquilidad.

—No deberías estar con este sujeto, Lluvia —insistió Isabel—. Él no es lo que dice ser.

Lluvia suspiró.

—Um... Llegas tarde para esa advertencia, Isa —aseguró con fastidio—. Ya sé más de lo que quería saber acerca de Nyxx y sus... asuntos.

La mujer miró a Lluvia y después al hombre, entonces se volvió de nuevo hacia la chica.

—Saca eso afuera —le pidió refiriéndose a la cubeta que había utilizado—. Creo que tienes bastante que explicarme.

Lluvia miró a Nyxx y luego a Isabel antes de hacer una mueca.

—No me creerías —negó con rotundidad.

—Te sorprendería lo que puede llegar a creer una mujer como ella, *Mikrés*. —Ahora fue Nyxx el que respondió sin apartar la mirada de la Gypsy.

Lluvia miró a ambos y frunció el ceño.

—Si se te ocurre hacerle algo a Isabel, me largaré y esta vez una escalera de incendios será el menor de tus problemas —lo previno con altanería antes de coger la cubeta y dirigirse hacia la puerta trasera por donde sacaban la basura.

Nyxx la siguió con la mirada hasta que desapareció por uno de los laterales.

—¿Qué has hecho con ella? —Fue lo primero que preguntó Isabel cuando la chica salió—. ¿La has marcado?

Nyxx arqueó una de sus rubias cejas ante la peculiar pregunta. Así que, después de todo, la mujer sabía lo que era él.

—Casi aciertas, pero no soy un licántropo —negó con ironía.

—Apesta a *Yerú* —respondió la mujer, casi escupiendo la palabra

lobo, en calé.

Nyxx sonrió, sus ojos verdes mirando fijamente a la mujer.

—Después de todo, parece que sí eres una Gypsy y no una farsante —asintió complacido, entonces caminó hacia ella—. Y dado tu acento y la terminación calé, ¿española?

La mujer apretó los labios, pero alzó la barbilla y no cedió ni un solo paso. Su mirada devolviendo la de él.

—No me das miedo —negó. Nyxx tenía que darle crédito, ella ni se estremeció.

Él sacudió la cabeza y se tomó un instante para contemplar unas plantas que había sobre una repisa.

—No es mi intención provocar tu temor, *plañí*. —la llamó hermana en calé.

—No somos hermanos, *yerú* —respondió ella un poco más relajada.

Nyxx la miró entonces y volvió la mirada hacia donde había salido Lluvia.

—Nunca le haría daño, es mi compañera —explicó volviéndose ahora hacia ella—. Fue designado así por una *Armaya*.

La mujer lo miró ahora realmente horrorizada.

—¿Lluvia está atada a ti por una maldición? —respondió sacudiendo la cabeza—. No, eso es imposible.

—Esa habría sido mi respuesta hace un par de días —dijo Lluvia entrando por la puerta, su mirada yendo de uno al otro, para finalmente quedarse sobre Nyxx—. Ahora... bueno... como dije, él tiene la culpa.

—Gracias, *Mikrés* —le respondió él con ironía.

Lluvia se limitó a encogerse de hombros y devolver la cubeta a su lugar. Finalmente se volvió hacia ellos.

—Isa, te lo contaría todo pero... ni siquiera sé por dónde empezar —

aseguró llevándose la mano a la cabeza.

La mujer se dirigió entonces a la parte principal de la tienda, le dio la vuelta al cartel por el de cerrado y volvió a la trastienda, donde ocupó uno de los taburetes cercanos a la mesa y se sentó, palmeando el otro taburete libre hacia la chica.

—Empieza por el principio y veremos a donde nos conduce... vuestra historia —su mirada fue hacia Nyxx al decir esto último.

Lluvia miró a la mujer con los ojos muy abiertos y finalmente se volvió hacia él. No estaba segura si después de todo lo que se había montado, le estaba permitido hablar de ello, no quería tener otra vez a aquel vikingo rubio cargándose a mandobles su único lugar de trabajo.

Nyxx asintió en dirección a la Gypsy.

—Cuéntaselo todo —aceptó con su voz rota y profunda—. Deja que ella sea quien decida qué creer y qué no.

Lluvia asintió y se volvió a su amiga.

—Bueno... ¿Recuerdas el ataque de Central Park? —Empezó con una mueca antes de señalar al Cazador—. Él era el lobo.

Isabel escuchó en silencio y sin interrumpir mientras su joven amiga contaba detalle tras detalle las cosas que habían ocurrido en los últimos días. Podía oír el escepticismo en la voz de Lluvia, mezclado con la incredulidad y el conocimiento de que lo que había visto era real y no un producto de su imaginación como se había estado intentando convencer. El hombre se había apoyado en una de las estanterías al lado de ella, su posición era más bien defensiva, protectora, como si previera la necesidad de estar cerca de su compañera por si necesitaba sacarla de algún lío.

La romaní los examinó a ambos con disimulo mientras asistía al inverosímil relato de Lluvia, si ella misma no supiese de las cosas extrañas que existían en el mundo, habría pensado que la chica sufría de un profundo

ataque de esquizofrenia, pero había visto demasiadas cosas en su vida como para empezar a dudar ahora. Con lo que no contó fue con que Lluvia estuviese atada por sangre a la maldición gitana que había sido impuesta sobre el Cazador, siempre había sabido que aquella niña tenía algo especial, ahora entendía a que se debía su afinidad hacia ella. Lluvia era una Gypsy. Aquello no pudo resultarle más sorprendente y darle una mayor satisfacción.

—Y lo próximo es que quiere que vayamos a Grecia. —Lluvia terminó su relato—. Y ya le he dicho que no puedo ir, tengo clases y no puedo dejarte con la tienda sola...

—Debes ir.

Lluvia se la quedó mirando con los ojos como platos.

—¿Qué?

Isabel se levantó y tomó las manos de la muchacha en las de ella antes de rodear la mesa y recuperar el mazo de cartas que siempre llevaba consigo de una esquina de la mesa.

—Las cosas siempre ocurren por un motivo, niña —le aseguró tomando las cartas y empezando a barajarlas—, el que te hayas encontrado con este hombre parece ser solo un punto del camino, tu deber es recorrerlo, estás unida en sangre a él.

Una vez hubo barajado las cartas los miró a los dos y los invitó a acercarse.

—Poned las manos, uno sobre la del otro y cortar el mazo.

Nyxx miró a la mujer con escepticismo y luego a Lluvia, quien se había limitado a poner los ojos en blanco y tenderle la mano.

—Si discutes, solo servirá para que haga esto mismo seis veces más — aseguró y esperó a que él pusiera su mano sobre la de ella. Cuando su palma tocó la femenina, Lluvia se estremeció con un repentino placer, le encantaba la suavidad y el calor que emanaba de él.

Nyxx no dijo nada, sabía lo que estaba haciendo la Gypsy, hacía mucho tiempo que no había visto a alguien hacer aquella tirada, pero sabía en lo que consistía. Manteniendo la mano sobre la suave y más pequeña de ella, dejó que Lluvia lo guiara.

La mujer dispuso las cartas sobre la mesa en una tirada, una a una fueron apareciendo y disponiendo el significado de cada una de ellas.

—Será un viaje largo y no solo para el cuerpo —empezó a leer Isabel, mirando las cartas—, secretos serán desvelados, las lágrimas teñirán la tierra, una unión fuerte y poderosa. La tierra a la que vais os traerá más de una alegría, pero también más de un disgusto.

—Con total de no tener que llegar allí con tu forma de viajar, me conformo —murmuró Lluvia mirando a Nyxx—. Eso sí, tú pagas el billete de avión.

Nyxx ladeó el rostro y esbozó una irónica sonrisa.

—Estaré encantado de pagar cada uno de tus caprichos —le soltó divertido.

Isabel miró a ambos y volvió a mirar las cartas. Estas también hablaban de un dolor insondable que iba demasiado profundo y que había dejado cicatrices en el alma, de una gran pérdida y una gran condena; Solo podía imaginar que aquello se refería al hombre que estaba al lado de Lluvia. En cuanto a ella, este viaje iba a ser bueno para Lluvia, debía ir, las cartas la mostraban como la luz que se iba a abrir paso entre las tinieblas, como la abanderada de una causa perdida, sería la balanza que equilibraría el alma dividida de aquel hombre. Su única preocupación eran las últimas tres cartas, las que señalaban el futuro. La carta invertida de *Le Mort* ^[20] dominaba la tirada y no dejaba un mensaje claro al conjunto, como si quisiera mantener en suspenso el fin de aquel viaje.

—Su único vicio son unas galletitas escocesas con sabor a naranja —

comentó Isabel sonriendo ante la mirada de ultraje que apareció en el rostro de Lluvia—. *Orange Viennese Biscuits* creo que se llaman, de la marca esa de la tela escocesa.

Nyxx arqueó una de sus cejas y se volvió hacia ella. Lluvia empezó a sonrojarse hasta la punta del pelo.

—Se suponía que no se lo contarías a nadie —masculló bajando la mirada.

—Cielo, te lo dije, hay peores vicios —dijo la mujer y se sacó un chicle de su bolso—. Intenta dejar de fumar y lo verás.

—Walkers —asintió Nyxx volviéndose hacia la chica—. Así que las *Orange Vienne Biscuits* de Walkers, ¿um?

Lluvia se limitó a alzar la barbilla y salir hacia la parte delantera de la puerta.

—En este estado todavía no es un delito el placer por las galletas —le soltó ella.

Nyxx sonrió sin poder evitarlo contemplando el perfecto culo que le hacían los pantalones vaqueros. El lobo en su interior suspiró.

—Una *Armaya* —oyó la voz de Isabel a su espalda. Se volvió para verla mirando las cartas y finalmente a él—. Una maldición gitana demasiado poderosa, solo reservada para los mayores crímenes contra los Gypsy. ¿Qué fue lo que motivó tal castigo?

El Cazador se quedó mirando durante un instante a la mujer, había algo en ella que simplemente le traía demasiados recuerdos del pasado, esa aura, su forma de echar las cartas. Antes de que pudiera evitarlo, sus labios estaban dándole la única respuesta posible.

—Dejé morir a mi mujer y a mi hijo, así como a toda la tribu a la que ella pertenecía —respondió con una amargura y dolor que incluso después de más de mil años seguía tan viva como el primer día.

La mujer se tensó, sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Pero tú no eres *rom* —negó ella, haciendo referencia al término para *hombre romaní*.

Nyxx negó con la cabeza.

—No —fue su única respuesta.

Antes de que Isabel pudiese decir algo al respecto, Nyxx dio media vuelta y salió por la arcada tras Lluvia. Su tiempo estaba contado y no podía permitirse desperdiciar ni un solo minuto.

CAPÍTULO 12

El aeropuerto JFK de Nueva York estaba atestado de gente como siempre ocurría, la terminal de los vuelos internacionales estaba vigilada por la policía, controles especiales y mucha seguridad, no importaba que hubiesen pasado ya nueve años desde el atentado del 11 de Septiembre, aquel día negro en la historia de Nueva York y del mundo entero seguía impreso en los corazones de todo el mundo.

Nyxx echó una rápida mirada a su alrededor, buscando un lugar donde no los molestaran y pudiera sacarlos a ambos de allí y llevarlos a Atenas sin necesidad de pasar por más de trece horas de avión y un *jet lag* bestial. Lluvia ya había protestado durante el trayecto de por qué habían tenido que venir hasta Long Island cuando el aeropuerto de La Guardia estaba más cerca, él había eludido la pregunta cambiando de tema, pero ella seguía desconfiando. Tras haberse pasado las últimas dos horas, primero en la floristería de su amiga y después durante buena parte del viaje hasta el aeropuerto amenazándole con toda clase de torturas si la hacía viajar de nuevo a su manera, sabía que iba a tener una pelea en manos tan pronto los hiciera desvanecerse y aparecerse en Grecia. El Cazador empezaba a preguntarse dónde estaba la tierna y tímida muchachita que había conocido días atrás, antes de que todo el estrés de lo sucedido hiciera aflorar todo aquel indómito carácter.

—Lluvia, ¿tienes idea de cuantas horas requiere un viaje como este en avión? —le preguntó de manera relajada, instándola a caminar a través del aeropuerto hacia algún rincón despejado y apropiado para su truquito de

magia.

Ella entrecerró los ojos y lo miró con una cruda advertencia en ellos.

—Como si tengo que pasarme todo un jodido día metida en uno de esos cacharros, Nyxx —le respondió apuntándolo con el dedo—. No estés pensando en jugármela de nuevo, no voy a viajar a tu manera, nadie me dice que lo próximo que expulse por la boca no sea un pulmón en vez del contenido de mi estómago.

—Son ocho horas y media más o menos hasta Barcelona, España —contestó Nyxx sin hacer caso a su refunfuño—. Y de Barcelona a Atenas son cinco horas más, haciendo escala en Múnich. Lo que hace un total de trece horas y media sin contar las esperas en los aeropuertos. No puedo permitirme perder ese tiempo, Lluvia.

Ella se llevó las manos a la cadera y apretó los labios antes de refunfuñar nuevamente.

—Nada de ese... abracadabra para mí —insistió y lo retó a decirle lo contrario.

Nyxx se acarició la barbilla con un dedo antes de responderle.

—¿Y si te dijese que conozco una forma muy efectiva de que no sientas ni el viaje? —le preguntó con un brillo malicioso en los ojos.

Lluvia entrecerró los ojos con desconfianza y le preguntó.

—¿Cuál?

Nyxx se lamió los labios entrelazó los dedos a una de sus manos, y tiró de ella hacia uno de los recovecos que formaban un área ligeramente aislada. Atrayéndola hacia él, le susurró al oído en el que tenía el aparato.

—Distracción, *agapi*.

Lluvia abrió desmesuradamente los ojos cuando Nyxx plantó la mano femenina que había entrelazado con la suya sobre la obvia erección que empujaba en sus pantalones y él aprovechó su jadeo de sorpresa para

apoderarse de su boca e introducirle la lengua, bebiendo de ella sin misericordia.

Lluvia jadeó en su boca mientras la saboreaba y disfrutaba de aquel enorme pedazo de masculinidad bajo su mano.

Cuando quiso darse cuenta, sintió el tirón que siempre experimentaba pero este quedó opacado por las demás sensaciones y el creciente deseo que empezaba a inflamar en ella, así como la inequívoca sensación de la llena erección que empujaba contra su pequeña mano.

—*Kalós ílthate stin Athína, Lluvia* —susurró Nyxx separándose a penas unos centímetros de los labios de su compañera—. Bienvenida a Atenas.

La chica lo miró parpadeando, sus labios todavía entreabiertos y húmedos de su beso haciéndolos tan atractivos que se moría por volver a besarla, por desgracia, el fuerte agarre en sus pelotas lo hizo jadear en busca de aire. Nyxx siseó y abrió desmesuradamente los ojos cuando la pequeña mano de ella se aferró con saña a su sexo, sus largas uñas clavándose en la dura pero sensible carne.

—Lluvia... —jadeó él sujetando su muñeca entre sus piernas en un intento de que la soltara.

—Eres... eres... un... —siseó ella mientras empezaba a palidecer y apretaba los labios luchando por respirar a través de las esperadas arcadas.

—*Mikrés*, afloja —gimió él, su voz empezaba a tener un tono bastante gracioso.

—Hijo de puta... —masculló antes de soltarle y mirar frenética a su alrededor con la mano cubriéndose la boca mientras las arcadas sacudían su cuerpo. Un macetero a pocos metros a su izquierda fue el depositario de su estómago.

Nyxx estaba inclinado sobre su estómago, jadeando por aire mientras

sentía que sus joyas no volverían a ser las mismas, aquella pequeña diablesa había dejado las uñas clavadas en su polla, las había sentido.

—*Mikrés mégaira*^[21] —farfulló mirándola, ella intentaba respirar a través de las arcadas que habían invadido su cuerpo. Demonios, aquella debía ser la primera humana a la que le producían mareos el viajar así.

Respirando profundamente se enderezó solo para sentir un adormecido dolor tirando de su polla. Maldición, iba a hacer que lamiera cada una de las marcas que seguramente le había dejado, el pensamiento de tener aquella deliciosa boca sobre él no hizo sino aumentar la erección en sus pantalones, haciendo que el dolor de su apretón remitiera cambiándose por otro.

Nyxx echó un vistazo a su alrededor, los altavoces sonaban con los avisos de los vuelos en griego, las conversaciones a su alrededor, la forma de moverse de la gente, de expresarse, todo cayó sobre él con inesperada rapidez congelándole en el lugar y haciendo que se diera cuenta de una cosa, de lo mucho que había extrañado aquel idioma, aquella cadencia en la voz.

Al ver a uno de los policías del aeropuerto dirigiéndose hacia su compañera, Nyxx espabiló y se apresuró a recoger a Lluvia.

—¡No me toques! —masculló ella sacándose su mano de encima—. ¡Eres un jodido mentiroso! ¡Te dije que no quería viajar más de esa manera! Es mi estómago el que casi se sale del sitio, no el tuyo.

—Mis pelotas están todavía en su sitio, gracias por preguntar —fue la irónica respuesta de él antes de señalarle hacia el policía—. ¿Quizás quieras probar también tu técnica con él?

—Hombres, sois como bebés —musitó ella limpiándose la boca con el dorso de la mano—. ¿Dónde diablos hay un lavabo?

Nyxx echó un vistazo rápido a los indicadores.

—Por allí —le señaló unos lavabos a unos pocos metros a su izquierda—. Son esos indicadores de color azul. El de la faldita es para ti.

Ella entrecerró los ojos bajando la mirada a su entrepierna.

—¿Quieres que le dé un nuevo masaje a tu amiguito? —le sugirió con ironía.

La respuesta de él fue un bajo gruñido canino mientras daba un paso atrás y se cubría con una mano.

—Abajo, *Wolfy*, abajo —se burló antes de darle la espalda y alejarse hacia el lavabo contoneando ese magnífico culo por el que Nyxx no sabía ya si era su lobo o él mismo el que babeaban.

—¿Hay algún problema? —preguntó el policía en griego al acercarse.

Nyxx se volvió hacia el policía y trató de mantener una expresión cordial, amistosa, cuando lo único que quería era seguir a aquella pequeña tunante.

—Ninguno en absoluto —respondió en el mismo idioma sorprendiendo al hombre, antes de que este echase una mirada en dirección a la chica—. Mi mujer, está embarazada, realmente es incapaz de tolerar estos mareos matutinos.

La cara del hombre se iluminó entonces, cogiendo a Nyxx por sorpresa.

—Oh, sé lo que es eso, mi mujer está embarazada de mellizos, afortunadamente ya está en la recta final, pero los primeros tres meses se la pasaba vomitando por todas las macetas que encontraba —aseguró el policía dejándole sin palabras—. Los hijos son una bendición.

Él solo asintió, fue incapaz de decir nada al respecto, por suerte el policía no tenía problemas para seguir hablando él solo.

—Debería llevarla a que le dé el aire, eso suele ayudar, eso y mucho mimo, el embarazo las pone muy melancólicas —aseguró el hombre como si estuviese aleccionando a un futuro padre.

—Lo tendré en cuenta —aceptó Nyxx con un leve asentimiento volviendo la cabeza en dirección a la puerta del lavabo por el que se había

ido Lluvia para luego volverse de nuevo hacia el policía—. Es la primera vez que viene a Atenas y temo que el viaje la ha indispuerto.

El policía asintió comprensivo.

—Sí, me pareció oírla hablar en inglés, su griego en cambio es perfecto —respondió el hombre, tal parecía que tenía ganas de hablar.

Nyxx asintió con media sonrisa, preguntándose simplemente porque no le daba una orden al hombre para que se largara.

—Sí, bueno, es que yo nací aquí —aceptó contando mentalmente hasta cien—. Aunque hacía tiempo que no regresaba. Este viaje es especial... para ambos.

—No hay nada como volver a la patria —aseguró el hombre, entonces le tendió la mano y le deseó una feliz estancia—. Disfruten de su estancia y cuide a su mujer. Ya sabe, mucho mimo.

—Sí, mimo... —respondió Nyxx estrechando la mano del hombre para luego despedirse y suspirar cuando el policía empezó a alejarse.

Con una rápida mirada a su alrededor en busca de los indicadores de salida, caminó hacia el lavabo para ver a Lluvia salir por la puerta y dejar caer una cajita en la papelera junto a esta mientras se llevaba a la boca un chicle.

—¿Mejor? —le preguntó acercándose a ella.

Lluvia alzó la mirada hacia él y luego miró a su alrededor, fijándose en el cartel que había en uno de los expositores de publicidad el cual mostraba el menú de una conocida cadena de comida rápida en un idioma que ella no comprendía.

—Realmente estamos en Grecia, ¿no? —preguntó azorada, su voz sonaba dudosa y también algo excitada.

Nyxx la rodeó, posando la mano en su espalda para conducirla suavemente hacia la derecha, donde los indicadores señalaban la salida.

—Estamos en el aeropuerto de Venicelos, en Atenas —respondió mirando a su alrededor, fijándose en la gente y en todo lo que lo rodeaba. El reloj en la parte superior del papel que marcaba las llegadas internacionales, marcaba casi las nueve de la noche—. Y temo que ya ha oscurecido, lo mejor será buscar un hotel y pasar aquí la noche. Mañana podemos trasladarnos hasta Ioánnina.

Lluvia frenó en seco haciendo que él chocase con ella, Nyxx bajó la mirada y se encontró con unos brillantes ojos verdes que expresaban claramente sus próximas palabras.

—¿A qué distancia está Ioánnina de Atenas? —preguntó mirándole directamente a los ojos.

—Algo más de cuatrocientos kilómetros —contestó él, haciendo una aproximación.

Lluvia asintió.

—Eso sería alrededor de una hora en avión, o unas cinco o seis horas en coche —aceptó ella, entonces clavó la mirada nuevamente en él—. Elige cualquiera de los dos métodos, Nyxx, porque si vuelves a hacerme esto otra vez, meteré la mano por dentro del pantalón y adiós a tu amiguito, ¿estamos?

Nyxx se echó hacia atrás y examinó el rostro de la chica.

—¿Quién eres tú y que has hecho con Lluvia Naleri?

—Lluvia tuvo un paro cardíaco la primera vez que la hiciste aparecerse en un sitio y sufrió daños cerebrales, lo cual es la única manera valedera en la que se explica el que ella haya accedido a toda esta locura

—Míralo de esta forma, no tienes que preocuparte del Jet Lac —le dijo Nyxx con ironía.

Lluvia le lanzó una mirada irónica y se aseguró la mochila a la espalda al tiempo que se fijaba en una de las tiendas del aeropuerto que vendía recuerdos, postales y guías de viaje.

—Estamos en Europa —respondió para sí misma, incapaz de creérselo todavía—. Aquí trabajan con el euro.

Nyxx la miró y siguió su mirada.

—¿Necesitas alguna cosa?

Ella se volvió hacia él y señaló la tienda.

—¿Podrías prestarme algo de dinero para comprar una guía de viajes? —le pidió—. Te lo devolveré tan pronto consiga cambiar divisas.

Nyxx puso los ojos en blanco y la acompañó.

—No voy a endeudarme por pagarte un libro —aseguró con ironía.

Ella no respondió, no le gustaba deber nada a nadie, prefería correr con sus propios gastos.

—Te lo devolveré.

Nyxx esbozó una irónica sonrisa.

—Te dejaré que me lo devuelvas en especies.

Ella se volvió y le dedicó tal mirada que él solo pudo sonreír.

—Eres un...

Nyxx le señaló una estantería al fondo de la tienda.

—Allí tienes las guías —sonrió con total inocencia.

Lluvia sacudió la cabeza y se volvió hacia él, acercándosele lo suficiente para susurrarle de modo que solo él la escuchase.

—Eso ocurrirá, cuando el infierno se congele —le aseguró enfadada.

Nyxx le respondió con una mirada totalmente sensual.

—En ese caso, tendremos que hacer que el diablo entre en calor —le susurró él a su vez, su voz más ronca y sexy de lo que jamás la había oído.

Se echó atrás, sonrojada a lo que él sonrió.

—Cuando sea seguro, Lluvia, no antes —le prometió invitándola a seguir—. ¿Vamos a por tu guía?

Lluvia no respondió, sus palabras la habían afectado lo suficiente para

necesitar unos momentos de silencio para digerirlas, se entretuvo ojeando las guías dándose tiempo para calmar el calor que su promesa había encendido en su interior. Diablos, ese hombre conseguía encenderla con tan solo palabras, con una promesa de lo que podría venir si ella estaba dispuesta a aceptarla.

Por supuesto que la aceptarás, la aguijoneó su conciencia, *imagínate lo que será tener lo que sostuviste en las manos dentro de ti*. La sola idea la hacía humedecerse.

¿Qué diablos estaba pasando con ella? Jamás se había comportado así, era como si estuviese en celo y el lobo era él no ella. Antes de que pudiera parar ese pensamiento, se encontró preguntándole.

—A ti no te afecta el celo, ¿no?

Nyxx se la quedó mirando durante unos largos segundos sin palabras, entonces se echó a reír a carcajadas haciendo que la gente que estaba cerca de ellos se volviera a ver qué ocurría. Lluvia empezó a enrojecer tanto por sus palabras como por las miradas interrogantes de la gente.

—Vale, olvídalo —respondió cogiendo la última guía que había ojeado y hundiéndola de golpe en el pecho de Nyxx—. Quiero esa.

Dicho lo cual dejó al Cazador allí parado y salió de la tienda con la mirada puesta en el suelo.

—Fantástico, Lluvia, una pregunta genial —se reprendió a si misma nada más salir de la tienda. Se quedó en una esquina y esperó a que él se reuniera con ella.

Nyxx sonrió, todavía divertido, por la inesperada pregunta de ella. Lo había cogido con la guardia baja, había sentido su excitación, su lobo la había olido excitándolo a su vez y lo único en lo que había podido pensar era en cómo le gustaría verla de nuevo desnuda y hundirse entre sus muslos tan profundamente que a ella no le quedara la menor duda de quién era el único que la poseería.

—Aquí tienes tu guía —se la entregó sin más comentarios. Las mejillas de ella estaban tan rojas que en cualquier momento estaría echando humo.

Lluvia murmuró un bajito gracias y metió la guía en su mochila.

—¿Y ahora qué?

Nyxx indicó las enormes puertas de salida con un gesto de la barbilla.

—Tomaremos un taxi y haremos noche en un hotel —se volvió hacia ella y delineó con un dedo las profundas ojeras de ella—. Necesitas descansar, no has dormido en toda la noche.

Ella apartó lentamente el rostro, librándose de su contacto y respondió a modo de broma.

—Mi primera noche en Atenas y me mandas a la cama —suspiró ella—. ¿Podríamos al menos ver la Acrópolis antes de que nos ataque alguien con una espada, un lanzallamas o nos lleves esta vez a la China?

Nyxx sonrió y le revolvió el pelo, para acariciarle seguidamente la mejilla con los dedos. Lluvia sonrió entonces, dejando escapar el aire, tenía que admitir que sí estaba cansada, pero hablaba en serio en lo de visitar la ciudad.

—Cuando era niña, siempre quise visitar Atenas —respondió con una tierna sonrisa que pronto se desvaneció—. Mi padre me decía que era una estupidez que quisiera visitar algo que estaba roto.

Él arqueó una de sus rubias cejas.

—Sí, algo roto con miles de años de antigüedad —respondió con ironía, entonces le levantó el mentón y la miró a los ojos—. No nos iremos sin que puedas ver la Acrópolis de Atenas.

Aquella sincera sonrisa que le dedicó ella, fue realmente genuina, su primera sonrisa de verdad desde que todo aquello había empezado.

—Echaba eso de menos —murmuró mirándola.

—¿El qué?

Él sacudió la cabeza y le indicó un taxi.

—Vamos.

Había pasado tanto tiempo desde que había pisado su propia tierra que le sorprendía que a pesar de los cambios hechos a lo largo del tiempo aquel país mediterráneo todavía conservara ese aire que se metía en su cuerpo, inundaba sus pulmones y traía consigo recuerdos que prefería mantener en el pasado. Hacía una temperatura agradable, lo suficiente como para poder abrir la puerta corredera de la terraza de su habitación en el pequeño hotel a las afueras de la ciudad, el taxista que los había recogido en el aeropuerto se los había recomendado por tratarse de un lugar tranquilo y de paso, y tenía que darle la razón sobre las vistas, eran impresionantes.

—No puedo creer que esas luces de ahí sea Atenas —murmuró ella acercándose a él, Nyxx la miró mientras contemplaba las vistas a través del ventanal—. Todo esto parece tan irreal.

—Es real —le contestó contemplándola mientras salía a la terraza. Un pequeño balcón recogido en el que había una pequeña mesa de madera y un par de sillas típicas en aquellas construcciones de arenisca blanca.

—¿No has echado de menos esto? —le preguntó volviéndose hacia él, su mano ascendiendo a su oído para comprobar que el audífono nuevo seguía allí.

Nyxx vio el gesto y se acercó a ella, quien volvía a entrar en la habitación.

—¿Consigues adaptarte a él? —le preguntó mirando el aparato.

Lluvia asintió.

—Nunca pensé que podría oír de esta manera —respondió con una amplia sonrisa—. Quiero decir, no hay interferencias, el sonido, hasta donde mi audición puede llegar es nítido, he llegado a oír hasta el sonido de la puerta

al cerrarse. No sé cómo voy a conseguir el dinero para devolvértelo, pero lo haré.

Nyxx puso los ojos en blanco.

—Deja de preocuparte por el dinero —le respondió con un pequeño bufido.

Lluvia hizo un aspaviento.

—Que tú estés podrido de dinero y puedas tirar con un par de miles de dólares como si fueran calderilla, no quiere decir que todo el mundo podamos hacerlo —le respondió con una ligera mueca—. Yo todavía tengo que preocuparme de buscar una nueva vivienda cuando regrese, buscar tiempo para poder presentarme a los exámenes... Y volver a trabajar en la floristería para poder pagarme el alquiler.

—¿Y tu familia? —le preguntó.

La mirada en los ojos de Lluvia cambió, ensombreciéndose.

—La única familia a la que al parecer estoy vinculada por sangre desapareció en la época de los dinosaurios —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Mi padre... ya no sé si puedo o quiero llamarlo así... él es un eminente Dr. en Psiquiatría que tiene su vida hecha con su nueva esposa, hace años que no tenemos una verdadera relación, en realidad, no creo que nunca la hayamos tenido. Todo lo que recuerdo de mi padre, cuando no estaba en algún internado, es ir con él de un médico a otro, de hospital en hospital, paseándose como si fuese alguna clase de fenómeno. A estas alturas todavía no sé si estaba realmente preocupado por mi audición o solo era un caso más interesante que presentar ante sus colegas.

—¿Y tu madre?

Lluvia negó con la cabeza.

—Murió poco después de esto —respondió acariciándose el oído con los dedos—. Todos los recuerdos que tengo suyos son buenos, puede que no

fuera realmente su hija, pero me quiso, de algún modo, sé que fue ella quien quiso adoptarme, no mi padre.

Nyxx le acarició el pelo apartándoselo del oído que todavía llevaba cubierto con el audífono.

—¿Qué fue lo que ocurrió para que perdieras la audición? —preguntó acariciándole el oído.

—Tuve un brote de meningitis a los seis años, con una fiebre muy alta y este fue el resultado —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Un cero por ciento de audición en el oído izquierdo y un cuarenta por ciento y en descenso en el oído derecho. Mi enfermedad es degenerativa, voy a acabar completamente sorda.

Lluvia se encogió de hombros con despreocupación, pero él notó el borde de miedo por detrás de su voz, estaba asustada, aterrada ante aquella realidad.

—¿No puedes operarte? —sugirió sabiendo que si tenía que cruzar medio mundo para devolverle la posibilidad de oír o bajar a los mismísimos infiernos lo haría.

Ella lo miró y subió su pequeña mano a su barbuda mejilla.

—No —respondió acariciándole la barba con un dedo.

—Si estás pensando en el coste de la operación... —continuó Nyxx.

Ella se rió con suavidad.

—No Nyxx —negó encogiéndose de hombros—. Todavía no existe esa clase de cirugía milagrosa que pueda devolverme la posibilidad de oír como tú o cualquier persona.

—Lo siento —susurró bajando la mirada, le dolía verla tan abatida, rendida ante lo inevitable.

Lluvia negó con la cabeza.

—No es culpa tuya —aseguró y echó un vistazo a la enorme cama que

dominaba parte de la habitación. Además de un pequeño cajonero sobre el que había una televisión, el armario de dos puertas y el baño adyacente, la habitación sólo tenía una pequeña sala de recibo. No había ninguna otra cama—. La habitación es preciosa, pero, ¿dónde está la otra cama?

Nyxx señaló el amplio colchón.

—¿No te llega? —sugirió con una sonrisa ladina—. Puedes tumbarte tanto a lo ancho como a lo alto y no podrás caerte.

—Que gracioso —respondió ella alzándose todo lo que le daba su metro sesenta y seis de altura—. A ver si vas a dormir en el suelo.

Nyxx se lamió los labios de una manera tan sexy que Lluvia se encontró fijando la mirada en aquel lugar y deseando ser ella quien se los lamiera.

—Mi intención es compartir la cama contigo —dijo en un bajo y ronco ronroneo acercándose lentamente a ella, como un predador que se sabe seguro de obtener su presa—. Estando tan cerca el uno del otro que no necesites nada más que mi piel para cubrir la tuya.

Lluvia se quedó sin palabras, todo lo que podía hacer era mirarle mientras su respiración se aceleraba. Cada vez que estaba cerca de él, cada vez que la miraba de esa manera, todo en lo que podía pensar era en sus labios, en lo apetecibles que se veían y como sabían sus besos.

—No deberías hablar de ese modo —murmuró, su voz más ronca de lo que debería.

Él solo extendió la mano y le acarició la mejilla, sus ojos verdes clavándose en los de ella.

—¿Cómo debería hablar entonces? —le preguntó manteniendo en todo momento esa tensa y adorable distancia-cercanía—. Solo expreso lo que tengo en mente, *Mikrés*. Eres mi compañera, te deseo y sé que tú me deseas.

Ella sacudió la cabeza pero no lo negó.

—No entiendo porque me siento así cuando estoy cerca de ti, pero ardo

por dentro, siento que me consumo —murmuró, sus labios a penas a un susurro de los suyos—. Apenas te conozco... Y me encuentro necesitándote.

—Es por culpa de mi maldición —murmuró él recorriendo su mejilla con el pulgar—. Estás atada a mí por sangre, naciste para unirte a mí, la atracción es inevitable... Lo siento.

Ella ladeó el rostro, apretándolo contra su mano. ¿Era solo por aquello?

—¿Por qué?

—Deberías haber tenido la posibilidad de elegir —murmuró a escasos centímetros de su boca.

Ella suspiró y se permitió dejarse llevar por el deseo que él no se había equivocado en asegurar, le rodeó el cuello con los brazos antes de responder con completa honestidad.

—Estoy eligiendo, Nyxx —le dijo con una suave y tierna mirada que realmente le poseyó el alma. Entonces sus labios se cerraron en un pequeño y tímido mohín al responder—. Lamento haberte hecho daño en el aeropuerto... me sorprendiste... y después nos trajiste aquí... y... yo no sirvo para ese tipo de viajes... se me fue la mano.

Nyxx no pudo evitar reír ante tal inocente referencia a la manera contundente en que ella clavó las uñas en su masculinidad.

—Yo diría que fueron las uñas, lo que se te escaparon —respondió con voz profunda, ronca y ligeramente divertida.

Ella se sonrojó, entonces se mordió el labio inferior y bajó ligeramente la mirada a su entrepierna. Aquello llevaba dándole vueltas en la cabeza desde que le había posado la mano sobre su sexo, permitiéndole palpar aquella impresionante dureza, la boca se le hacía agua ante la sola idea, sus pezones se endurecieron y su vientre se tensó dando paso a una incómoda humedad entre sus piernas.

Tímidamente bajó una de sus manos que hasta ahora había estado

jugando en el pelo masculino por su pecho, notando cada uno de los planos y músculos bajo sus yemas, sus dedos pasaron más allá de sus abdominales, tocando la cintura de su pantalón vaquero, deslizándose sobre el bulto que marcaba la delantera de su pantalón.

—¿Lluvia? —su nombre salió de sus labios en un rasposo jadeo.

Ella lo miró y Nyxx comprendió que estaba perdido, absolutamente perdido, la deseaba con desesperación e iba a poseerla esa misma noche. Los labios femeninos estaban llenos y húmedos, sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillaban con un hambre pareja a la suya propia.

—Yo... Quisiera disculparme apropiadamente —murmuró, el sonrojo se hizo más intenso, sus ojos se cubrieron con una ligera vergüenza la cual solo era realzada por el deseo que brillaba en ellos.

Nyxx sintió que el corazón le salía del sitio cuando la vio deslizar la mirada hacia donde sus dedos acariciaban cuales alas de mariposas su cada vez más evidente erección.

—¿Estás segura? —se encontró preguntando.

Ella asintió tímidamente. Ah, ahí estaba de nuevo la Lluvia que él conocía, la pequeña y adorable hembra cuya timidez lo encendía. Le acarició la mejilla con suavidad y permitió que sus manos cayeran a ambos lados de sus caderas en muda aceptación.

Lluvia soltó el aire que no sabía ni que había estado conteniendo y esbozó una coqueta sonrisa, una verdadera mezcla de timidez y hambre sensual y femenina que hizo estremecerlo de anticipación.

Sus manos subieron al botón que cerraba el pantalón y empezó a bajar lentamente la cremallera al tiempo que se dejaba deslizar hacia el suelo sin apartar su mirada de la de él hasta que estuvo con el rostro frente a su ingle, solo entonces se permitió abandonar sus ojos para darse un festín con lo que ocultaba su pantalón. Lluvia se mordió el labio inferior y se sonrojó aún más

cuando vio que no llevaba ropa interior, un suave camino de vello rubio descendía desde su ombligo hacia la poderosa erección que ostentaba. Con mucho cuidado y suavidad, hizo a un lado la tela lo justo para que esta se deslizara por sus caderas y dejara libre de un salto la enorme vara aterciopelada que se alzaba orgullosa, sus testículos estaban duros y llenos, la piel de aquella zona era tan suave que sorprendió a Lluvia que pudiese existir tal suavidad sobre algo tan duro. La cabeza de su pene se erguía como una enorme ciruela madura brillante por las gotas de líquido pre seminal que habían escapado de su cabeza. Asombrada deslizó uno de sus dedos sobre ella, acariciando y extendiendo aquella humedad, obteniendo como respuesta un jadeo masculino.

Apartó inmediatamente la mano como si temiese haberle hecho daño, pero una única mirada a los ojos verdes e intensos de Nyxx ahuyentó sus miedos haciéndola sentirse poderosa. Si bien no era virgen, su experiencia con el sexo no era demasiado extensa, y en algunos momentos incluso había sido demasiado humillante como para recordarla, nunca antes había practicado una felación pero a él quería saborearlo, la necesidad de probarlo era demasiado fuerte como para poder resistirla. Lentamente deslizó la mano sobre su erección, comprobando su longitud y su anchura, recreándose en las tensas venas que recorrían aquel duro mástil y la dureza del saco que lo acunaba. Lluvia se lamió los labios antes de inclinarse hacia delante, se echó el pelo tras la oreja y pasó su pequeña y rosada lengua sobre la apetitosa cabeza deleitándose en el sabor dulce salado de él. Una siguiente pasada extrajo un estremecimiento del cuerpo masculino, cuyas manos se habían cerrado en dos puños a ambos lados de su cadera. Ella sonrió y se llevó la apetitosa punta a la boca, lamiéndola y chupándola como si fuese un caramelo, sus dedos jugaban y acariciaban sus pelotas y la base de su polla mientras se la trabajaba con su boca. Los jadeos que Nyxx no pudo reprimir inundaron la habitación

dándole alas para ir más allá, tragándose todo lo que podía de él en su garganta, succionándolo hasta que lo oyó mascullar y suplicar en un idioma que ella no conocía, sabía que era griego por las veces que Nyxx lo había utilizado con ella, pero no entendía su significado solo sabía que la hacía sentirse poderosa teniendo a un hombre como aquel a su merced.

Él no pudo resistirse y una de sus manos voló al pelo de ella enredándose en sus mechones sujetándola en el lugar mientras sus caderas se impulsaban por voluntad propia deseando hundirse en aquella caliente y maravillosa boca que lo estaba volviendo loco. Haciendo acopio de toda su voluntad se obligó a ser suave, había notado en sus vacilantes movimientos la falta de experiencia de ella y con todo estaba siendo la mejor mamada que le hubiesen hecho en su vida.

Ya no podía esperar más, quería darle tiempo a ella para que lo disfrutara, pero ya no podía aguantar más, su boca estaba tironeando de su polla e iba a correrse sin remedio en ella si no se apartaba.

—Lluvia... retírate... no... puedo...

Ella gimió y apretó suavemente sus testículos y aquello fue todo lo que necesitó él para correrse. El semen salió disparado a borbotones al interior de su boca, sorprendida se lo tragó, bebiendo de él hasta que se derramó por completo, solo entonces dejó que el pene se deslizara de su boca, para lamer las últimas gotas de la punta, satisfecha con la manera en que lo había hecho perder el control y deseosa ella misma de más, deseando tener aquella dura polla entre sus piernas.

Nyxx tiró de ella antes de que pudiera hacer algo para protestar, su boca se encontró saqueando la de ella, su lengua rodando con la suya probando su propia semilla en su boca. Sus ojos se encontraron un instante y ella le sonrió con timidez.

—¿Te gustó? —preguntó con tal esperanza en sus ojos y timidez en su

voz que Nyxx se quedó sin habla. ¿Qué si le había gustado? En toda su vida había sentido nada igual a eso.

—Lo adoré, *agapi* —le aseguró intentando encontrar las palabras en medio de aquel caos de emociones que se estaban dando cita en su interior. La sonrisa de felicidad que vio en su rostro lanzó a Nyxx de rodillas, su lobo aulló de dicha deseando también que la tomase, que la marcase como suya. Correspondiendo a su sonrisa, se quitó las botas y los pantalones que habían quedado a la altura de sus tobillos con un solo pensamiento y la alzó en brazos.

Nyxx estaba realmente sorprendido con aquella adorable criatura, cuando la había conocido había descubierto en ella una timidez delicada y también un profundo fondo. Solo después de haberla acompañado a lo largo de sucesos que acabarían con la mente de cualquiera, había conocido a la verdadera Lluvia, la mujer que se ocultaba detrás de una gruesa capa de sencillez e inocencia, aquella que se permitía analizar las cosas por más extravagantes que fueran hasta encontrar el sitio en el que encajaban por muy inverosímiles que estas resultaban, y había conocido el carácter que se escondía bajo aquel plácido exterior, la fortaleza que solo otorga una vida de pruebas y superación, una vida difícil. Era una mujer compleja, tan dulce e inocente, como reveladora y ansiosa de aventura, la balanza perfecta para sí mismo.

La mirada de incertidumbre, el peso del temor al rechazo y el valor a saber que incluso rechazada se repondría y saldría adelante derribó las barreras de Nyxx cuando le preguntó tan inocentemente si le había gustado lo que su pequeña y delicada boca había hecho en él. Diablos, ¿qué si le había gustado? Había ardido por ella, era el mejor orgasmo que tuvo en su vida y quería devolverle aquel favor amándola como llevaba días deseando hacerlo, poseyéndola hasta que en su cuerpo y en su alma no hubiese espacio para

nadie más. No se trataba de que fuese su compañera, sabía que había empezado a amarla mucho antes de eso, quizás en el mismo momento en que sus ojos se habían cruzado con los suyos cuando casi terminó bajo las ruedas de aquel coche. ¿Quién iba a decir que a estas alturas y después de los errores cometidos en su pasado todavía sería capaz de amar?

—¿Confías en mí? —le preguntó a las puertas de la pequeña terraza cubierta que les había tocado en aquella habitación. Una cuarta planta con unas bonitas vistas sobre el mar.

Lluvia fue tan sincera como pudo en su respuesta.

—Si no lo hiciera, no habría dejado que me arrastrases de un lado a otro como una muñeca de trapo —le aseguró con diversión.

Nyxx fingió estar pensárselo.

—¿Tanto se notó? —respondió pensativo.

Ella le pegó en el hombro y él bajó la boca sobre la suya en un suave beso.

—¿Alguna vez te han hecho el amor bajo las estrellas? —le susurró al oído.

Lluvia se estremeció de anticipación, sus mejillas coloreándose.

—Si soy sincera, no creo haber hecho nunca el amor —murmuró acariciándole el rostro—. Nunca me ha importado tanto nadie como para permitir tal cosa.

—Tu sinceridad es sin duda refrescante —aseguró Nyxx besándole la punta de la nariz antes de bajar la mirada sobre el cuerpo femenino y hacerle un guiño—. Tienes demasiada ropa encima.

En un abrir y cerrar de ojos, Lluvia pasó de sentir las ataduras que le provocaba su ropa, a encontrarse sintiendo el aire sobre su cuerpo desnudo, jadeó y se apretó más contra Nyxx realmente sonrojada.

—Podías haber avisado antes de hacer algo como eso —murmuró

escondiendo el rostro contra su cuello. Su chaqueta y camiseta también había desaparecido al compás de la ropa de ella, ahora ambos estaban totalmente desnudos a excepción del guante que cubría la mano derecha de Nyxx y su audífono.

—¿Dónde estaría la diversión de hacerlo? —le dijo con una coqueta sonrisa antes de abrir la puerta con sus poderes y salir a la agradable brisa con aroma a sal—. Si sientes frío o quieres entrar, solo dímelo.

Ella dejó de esconder su cara para ver las vistas desde donde estaban los dos. No estaba segura si alguna vez se había dado un encuentro tan extraño como aquel. Un hombre y una mujer, desnudos y contemplando el mar y las luces de Atenas en la noche, la sola idea debería hacerla morir de vergüenza, en cambio se sentía absolutamente sensual, hermosa.

—Es precioso —murmuró Lluvia recostando la cabeza contra su hombro.

—*Den échei tóso polý ópos boreíte*^[22] —susurró él con aquel melodioso tono que daba otro fondo a su desgarrada voz.

—¿Qué? —preguntó ella.

Nyxx se limitó a sacudir la cabeza y bajar su boca sobre la de ella mientras la conducía a una pequeña mesa de madera a juego con dos sillas, y la posaba encima. Ella jadeó al sentir el frescor de la madera pintada bajo sus nalgas.

—Está frío —se rió.

Nyxx se abrió paso entre sus piernas, situándose en medio, sus manos acariciando ahora sus caderas.

—No por mucho tiempo —ronroneó antes de volver a reclamar su boca en un hambriento beso.

Lluvia gimió abriendo la boca para dejarle paso a su lengua, sus manos ascendieron por los poderosos brazos de él mientras sentía su erección

nuevamente preparada y presionándose deliciosamente contra su estómago. La sensación de la brisa sobre su piel desnuda solo aumentaba el erótico placer de sus manos deslizándose por sus muslos en ascenso por su vientre. Sentía los pechos llenos y pesados, los pezones estaban duros y en punta, rogando por la atención de aquellas manos que poco a poco se iban acercando a su meta, sus caricias la enloquecían, la hacían arder como nada antes.

Gimió cuando él abandonó su boca y deslizó los labios por la columna de su garganta mientras sus manos llegaban a los montes de carne de sus pechos y aplastaba sus palmas contra los pezones haciéndolos rodar arrancándole delicados jadeos. Su boca siguió su descenso hacia uno de los pechos donde se amamantó con glotonería, chupando y tironeando de la pequeña cresta que no hacía sino crecer bajo sus atenciones mientras los hábiles dedos de la mano libre atormentaban el otro.

Lluvia se contorsionaba y gemía bajo sus caricias, su piel había adquirido un bonito rubor y su entrepierna se había humedecido, podía sentir aquella humedad contra el muslo que había alojado entre sus piernas para mantenerla abierta mientras atormentaba sus pechos dándose un verdadero festín con ella. Adoraba aquellos pechos, cuando se había quitado el albornoz y lo había dejado caer al suelo había pasado por una auténtica tortura, no había nada que deseara más que estirar la mano y masajear aquellos preciosos senos como lo estaba haciendo ahora, probarlos y acariciar con su lengua sus pezones como lo hacía en aquel momento. La había deseado desde el primer momento en que la vio sin entender el motivo y por fin ahora podía ser suya.

Nyxx chupeteó uno de sus pezones, lamiéndolo muy lentamente antes de morderlo con suavidad haciendo que ella emitiera un delicioso gemido, los dedos de su mano derecha abandonaron el otro pecho y se deslizaron acariciando su piel en un rápido descenso a través del rizado vello color canela que ocultaba su sexo, abriéndose paso a través de los húmedos pliegues

y hundiéndose en su interior buscando aquella pequeña perla oculta que la haría suplicar. Él gimió cuando su polla dio un respingo ante la sensación de las paredes vaginales absorbiendo sus largos dedos, el calor y la humedad que lo apretaban succionándolo hacia su interior solo para dejarle ir de mala gana cuando él retiraba sus dedos antes de volver a hundirlos de nuevo.

Ella gemía en voz alta, sus pequeñas manos se habían enredado en su pelo acercándolo más hacia su pecho mientras lamía y succionaba su pequeño pezón, sus muslos luchaban por cerrarse a pesar de la intrusión del muslo masculino entre sus piernas, de aquellos atormentadores dedos bombeando en su sexo. A Lluvia todo le daba vueltas, su cuerpo estaba absolutamente excitado, lanzado en una vorágine de sensaciones que la hacían arder por completo.

Él la vio separar sus adorables labios y echar la cabeza atrás con los ojos cerrados, saboreando el placer que recorría su cuerpo. Solo entonces abandonó su cuerpo con un lloriqueo por parte de ella, sus manos moldearon sus caderas antes de deslizarse por sus costillas y ascender hasta sus hombros obligándola a reclinarse hacia atrás, la larga melena marrón extendiéndose como un manto bajo ella cuando quedó totalmente recostada contra la mesa de madera, mientras sus caderas eran atraídas hacia el borde de la mesa, dejándola en una postura demasiado expuesta.

—¿Qué... vas... a hacer...? —preguntó Lluvia entre pequeños jadeos, sus ojos tiñéndose por la incertidumbre.

Nyxx se inclinó sobre ella, su pecho desnudo presionando sus redondos y llenos senos, sus manos se deslizaron por su cuerpo hacia sus caderas, sosteniendo sus nalgas, manteniéndola abierta para él, sus piernas prácticamente envolviéndolo.

Él le sonrió, le lamió los labios una vez, dos veces, entonces hundió la lengua en la húmeda cavidad de su boca arrebatándole el aliento con un beso.

—Voy a hacerte gritar —le susurró para después dedicarle un guiño antes de descender por su cuerpo nuevamente depositando pequeños besos en su camino hacia su meta. Sus pezones estaban erguidos y en punta, enrojecidos por sus lamidas y chupadas, su estómago se encogió cuando depositó varios besos y ella rió cuando le lamió el ombligo demostrando que tenía cosquillas. Su pene que alzaba orgulloso entre el nido de rizos rubios, totalmente lleno, inmenso, surcado de aquellas venas que ella había lamido y saboreado.

Sus miradas se prendieron mientras él descendía, cuando Lluvia entendió sus intenciones jadeó en busca de aliento, no sabía si para detenerle o en espera de lo que iba a darle. No tuvo tiempo para tomar una decisión, tan pronto como la lengua de Nyxx entró en contacto con su tierna carne, cualquier pensamiento coherente escapó volando y todo lo que pudo hacer fue gemir, lloriquear y llevarse una de las manos a la boca para evitar chillar, mientras se aferraba con fuerza a la mesa con la otra.

Él la había abierto por completo, sosteniendo sus piernas por las dobleces de las rodillas, abriéndolas y empujándolas hacia arriba para tener mejor acceso a ella mientras la lamía y la chupaba haciéndole el amor con su boca. Su sabor era adictivo, una miel de la que nunca se cansaría de beber. El lobo se removi6 en su interior demandando más, aullando por más, él también estaba embriagado por su sabor y deseaba marcarla, reclamarla como suya, la única para él. Nyxx gimió y hundió la lengua en su sexo, paladeando su sabor, inundando sus sentidos y los de su lobo con su aroma, ahora mismo era incapaz de ver donde empezaba uno y terminaba el otro, ambos estaban conectados y con una única cosa en mente, la hembra que yacía bajo ellos abierta y expuesta. La chupó y lamió, recogiendo sus jugos, bebiendo de ella hasta que Lluvia no pudo soportarlo más y con un lloriqueo empezó a gemir su nombre antes de lanzar un grito al obtener su liberación.

Agotada y jadeante permaneció tirada sobre la mesa, sus pechos

alzándose y descendiendo mientras intentaba recuperar parte de su respiración, algo que parecía hacerse imposible. Sintió la humedad de sus lágrimas deslizándose por sus mejillas, el orgasmo había sido tan intenso que se sentía desgarrada por dentro, necesitada y saciada, todo a un mismo tiempo, pero, por encima de todo aquello, sentía que lo que más necesitaba era a él, abrazándola como si le importase.

Como si hubiese leído sus pensamientos, Nyxx se inclinó sobre ella, buscando su boca la besó, permitiéndose saborearse a sí misma en sus labios y lengua antes de sentirse alzada de nuevo hasta permanecer sentada, con las piernas colgando sobre la mesa. Él la abrazaba y le acariciaba el pelo mientras ella enterraba el rostro en el hueco de su cuello, aspirando el rico aroma a sándalo en su pelo rubio.

—Shhh —la acunó contra él, acariciándole la desnuda espalda con los circulares movimientos de sus manos—. Mantén los ojos cerrados, el mareo se irá pronto.

Ella se apretó más fuerte contra él, sus manos envolviéndose alrededor de su cuello. ¡Estaba avergonzada! Le había dado un orgasmo tan intenso que ahora todo le daba vueltas y era incapaz de abrir los ojos sin que le pareciera que todo a su alrededor giraba sin parar.

—Soy penosa —farfulló pegada a su cuello—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Qué me desmaje?

Nyxx emitió una divertida risita.

—Me estás concediendo más mérito del que tengo —respondió él. Era incapaz de no reírse ante su tono avergonzado y desesperado.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó Lluvia dejando su escondite para mirarle a la cara. Por suerte, su imagen permaneció quieta, al parecer el mareo había cedido ya.

Nyxx negó con la cabeza, pero sus labios estaban estirados en una

divertida sonrisa.

—Nunca se me ocurriría, *gataki* —aseguró acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—. Simplemente, no sabía que fueras tan... Sensitiva, tendré más cuidado la próxima vez.

La próxima vez. Lluvia se sonrojó al darse cuenta de la intimidad que estaban compartiendo. Cuando había dejado caer la toalla en su apartamento y él la había rechazado se había sentido como una tonta, como demasiado poca cosa para que Nyxx se interesara por ella y ahora, casi se desmayaba por un poco de sexo oral.

Nena, cualquiera en tu lugar se hubiese desmayado. ¿Qué es un mareito de nada cuando puedes continuar con este maratón de hombre? La aguijoneó su conciencia.

La mano de Nyxx sobre sus labios la trajo de nuevo a la tierra, él le había dicho algo pero ella no estaba prestando atención.

—¿Qué? —preguntó con suavidad.

Nyxx sonrió con diversión y se limitó a robarle un rápido beso antes de atraerla hacia él, tomar su mano y guiarla hacia la evidente erección que se alzaba desafiante entre ellos.

—Te decía, que me muero por hundirme entre tus piernas y cabalgarte hasta que grites de nuevo mi nombre —le susurró con una voz demasiado ronca y sexy como para ser legal. ¡Deberían arrestar a este hombre por poseer una voz como aquella! Él apretó su mano por encima de la de ella y la deslizó arriba y abajo por su erección antes de volver a acercarse a su oído derecho y susurrarle—. Esta vez al menos, no me claves las uñas.

Lo acarició un par de veces después de que él retirara la mano mordiéndose el labio inferior de anticipación ante lo que sería tener aquella enorme polla en su interior.

—¿Confías en mí? —volvió a susurrarle al oído, su voz puro pecado,

puro erotismo.

No pudo hacer más que asentir.

Tomando ahora sus manos, Nyxx compartió con ella algo que no había compartido jamás con nadie:

—No te asustes, te prometo que será muy agradable —le aseguró mirándola a los ojos, esperando a que ella asintiera. Cuando Lluvia lo hizo, Nyxx concentró el poder en sus manos e hizo aparecer el fuego de las almas envolviendo las palmas de ambos. Lluvia jadeó e intentó apartar sus manos pero él no le dejó—. No quema, *mikrés*. Jamás haría nada que pudiera hacerte daño.

Lo miró a él y luego las manos entrelazadas de ambos. A medida que Nyxx las iba distanciando, el fuego que lamía sus manos pasó a residir solo en las de Nyxx y cuando él pasó aquellas llamas incandescentes por sus brazos y luego sobre sus pechos, Lluvia jadeó sorprendida ante el cálido cosquilleo que aquellas llamas fantasmas provocaban sobre su cuerpo, la humedad entre sus piernas empezó a hacerse más espesa así como creció la sensación de hambre que había estado sintiendo todo el tiempo por aquel hombre. Nyxx le sonrió con suavidad y la atrajo hacia sus brazos solo para volverla de modo que la lisa espalda femenina quedase pegada a su pecho y pudiese deslizar sus manos por los pechos de ella amasándolos con aquel cosquilleo que provocaban las llamas mientras bajaba la boca al cuello femenino, le apartaba el pelo con la boca y la mordisqueaba haciendo que a ella le temblasen las piernas. Cuando la tuvo tan excitada que apenas le sostenían las piernas, apagó las llamas en sus manos, atrajo su boca a la de él para un húmedo beso y le lamió el labio inferior que ella tan a menudo se mordía antes de susurrarle.

—Voy a montarte —le dijo con total crudeza. Su voz puro sexo—. Duro y lento, hasta que ninguno sepamos donde empiezas tú y termino yo.

Lluvia solo emitió un delicado jadeo, su mente se había hecho papilla y

todo en lo que podía pensar era en sentirlo dentro.

Las manos de Nyxx se deslizaron lentamente por los hombros de ella, bajando por sus brazos acariciando los huesos de sus caderas antes de dirigirse hacia el hueco que unía la espalda con el culo, suavemente hizo presión en ese punto mientras su otra mano la sujetaba a ella por la cadera. Lentamente la obligó a inclinarse hacia delante, siguiéndola con los labios prácticamente pegados a su oído.

—Apoya tus brazos sobre la mesa, *agapi* —le susurró al oído, lamiéndole la oreja—. Te prometo que será bueno.

Ella ladeó el rostro, Nyxx vio la duda y el temor cruzando por su rostro y no pudo hacer más que sonreírle y tratar de calmar sus miedos.

—Cuando quieras que me detenga, solo dilo —le susurró con suavidad y ternura.

—No quiero que te detengas —respondió ella con un ligero susurro—. Te necesito a ti... Solo a ti, Nyxx.

Se sintió realmente conmovido ante la suavidad y el deseo desesperado de su voz, besándola a modo de asentimiento, le separó los muslos y guió la cabeza de su pene hacia su mojada entrada.

—*S'agapó*^[23], Lluvia —murmuró en su oído al mismo tiempo que empujaba la cabeza de su pene haciéndola desaparecer en el canal femenino, arrancándole un jadeo.

Lluvia no sabía que significaban aquellas palabras, pero sintió la necesidad de decirle lo mismo.

—*S'agapó*, Nyxx —murmuró en un agudo siseo cuando sintió su pene abriéndose camino, llenándola y estirándola de una manera que jamás creyó posible, poseyéndola a unos niveles que ninguno de los dos podía entender todavía y que sellaría su destino.

Nyxx apretó los dientes ante la maravillosa sensación de ella

envolviéndole, las palabras que le había repetido se hundieron en su alma dividida haciendo que tanto él como el lobo aullasen al mismo tiempo, ignoraba si Lluvia sabía o no el significado de aquella frase, pero habérsela oído decir, lo había significado todo. Con un último empujón se introdujo por completo en el pasaje femenino, llenándola y estirándola, poseyéndola por completo. Aquella hembra era suya, le pertenecía y le pertenecería eternamente, solo a él, su única compañera. Dejando escapar el aire ante ella ordeñándolo de aquella manera, se retiró unos centímetros solo para embestirla de nuevo, con suavidad pero duro, haciendo que su retirada y nueva intrusión fueran cada vez más fáciles. Ella estaba empapada, ardiente y jadeaba y se contorsionaba debajo de él.

—Suave, *agapi* —le susurró cuando ella empezó a tensarse, acariciándole el cuello con la nariz—. Relájate, esto es para ti, Lluvia. Suave.

Como si sus palabras fueran todo lo que había estado esperando, Lluvia empezó a relajarse encontrando su propio ritmo y saliéndole al paso. Todo en ella lo deseaba, deseaba a aquel hombre de una manera irracional, hacía apenas unos días que lo conocía, él había sido el que la había conducido en toda aquella locura y con todo, empezaba a entender que no podría hacerse a la idea de estar sin él, quizás después de todo Nyxx tuviese razón y ella fuera su compañera, porque ya no podía imaginarse haciendo esto con nadie más.

Sus gemidos se hicieron cada vez más altos, su cuerpo lo aceptaba plenamente respondiendo a sus embates, succionándolo y apretándolo en su interior de una manera que le estaba costando un mundo no correrse ya mismo, pero no iba a hacerle eso a ella, quería oírla gritar cuando se corriera, quería sentirla tensarse a su alrededor antes de que él encontrase su propia liberación.

Sus manos acariciaron la suavidad de sus caderas, sus ojos se encontraron con los de ella durante un erótico instante y justo entonces sintió

como las paredes del sexo femenino se cerraba a su alrededor y ella empezaba a estremecerse alcanzando su liberación con un agudo grito en el que iba inscrito su nombre.

Satisfecho incrementó el ritmo, hundiéndose más y más profundo hasta que todo explotó a su alrededor y se descargó dentro suyo, jadeando y susurrando su nombre mientras colisionaba sobre su espalda, pegado a ella.

—Ah... ha sido... increíble —ronroneó Lluvia, saciada y exhausta.

No estaba segura pero le pareció oír que él reía antes de susurrarle:

—Y esto, *mikrés*, solo es el comienzo.

La noche se llenó con los gritos y gemidos de los amantes, el aroma a salitre se mezcló con el del sexo mientras los dos compañeros estrechaban sus lazos y se unían por fin en su liberación bajo el cielo de la noche de Atenas.

CAPÍTULO 13

Lluvia se desperezó con una mueca, le dolía el cuerpo en lugares que jamás había pensado que podría dolerle, intentó moverse solo para darse cuenta de que no podía, Nyxx la abrazaba como si temiese que pudiera salir huyendo en mitad de la noche. Quizás, si no estuviese a miles de kilómetros de su hogar, sin dinero y sin conocimiento alguno del idioma lo hubiese intentado, aunque solo fuese para ver a ese enorme e increíblemente hermoso espécimen masculino correr tras ella desnudo por el cuarto. Avergonzándose ante sus propios pensamientos, volvió a acurrucarse contra él, sus dedos creando círculos alrededor de una oscura tetilla.

—*Kalimera, agapi* —lo oyó ronronear.

Lluvia alzó la mirada y vio unos somnolientos ojos verdes mirándola embelesados.

—¿*Kalimera* es buenos días? —sugirió ella.

Nyxx asintió.

—Sí —aceptó.

Lluvia sonrió ante su buena deducción.

—¿Y lo otro?

—¿*Agapi*?

Ella asintió.

—Solo es un apodo cariñoso —respondió él hociqueándole el cuello como si estuviese oliendo su aroma y entonces sonrió—. Hueles a mí.

Ella se echó a reír.

—No estoy segura de si eso es un piropo o me estás diciendo que

apesto —rió.

Nyxx sonrió también y buscó su boca para besarla, aquello era lo que más le apetecía, eso y encargarse de la erección que presionaba ya contra la cadera de la muchacha.

Lluvia la notó pues se apartó escurriéndose de sus brazos, la sábana apretada contra su pecho mientras lo miraba con incredulidad.

—No, no puedes ser que estés así —clamó ella con un asombrado jadeo—. Nyxx, yo apenas puedo moverme.

Él solo gruñó, estiró la mano y la rodeó por la cintura tirándola sobre él para luego apartarle el pelo de la cara.

—¿Estás lastimada? —le preguntó habiendo desaparecido ya toda la somnolencia de sus ojos, reemplazada por genuina preocupación.

Ella negó con la cabeza y le acunó la mejilla antes de darle un suave beso en los labios y acariciarle la frente para borrar su ceño.

—Solo estoy un poquito dolorida —confesó, sus mejillas tiñéndose de rojo—. De esa manera dulce y deliciosamente dolorida.

Él le acarició el rostro y la atrajo contra su pecho.

—Debiste decírmelo anoche —la amonestó mientras acariciaba su espalda con suavidad.

Se sonrojó hasta la punta de los cabellos al recordar la noche anterior, no estaba demasiado segura del momento exacto en el que se habían metido en la cama.

—Estoy bien —le aseguró suspirando como una gatita saciada.

Nyxx deslizó la mano por su espalda hasta su trasero y le masajeó suavemente las nalgas antes de susurrarle al oído que todavía mantenía el audífono. Era asombroso que el aparato no hubiese salido volando con tanto deporte de cama.

—Anoche no utilicé protección —murmuró él con voz suave, cálida—.

¿Por qué no me detuviste?

Él sabía que estaba protegida por la píldora, pero quería oírsele decir. La había visto tirar la caja vacía en la papelera en el aeropuerto nada más salir del baño, la misma caja que había estado en la parte superior del armario de su cuarto de baño. Nyxx la había visto y la reconoció como un anticonceptivo, al parecer ella lo había estado utilizando como regulador de su periodo durante los últimos meses por orden del ginecólogo. Suspiró para sí, si ella llegaba a enterarse alguna vez que conocía de primera mano esos pequeños detalles, no le clavaría las uñas, le arrancaría las pelotas.

La sintió tensándose contra su costado, la mano que había estado acariciándole el pecho se quedó quieta y ella alzó la mirada con un ligero temor en sus ojos.

—¿Hay riesgo de contagio de algún tipo?

Nyxx le acarició la frente borrando el ceño de preocupación.

—No tengo enfermedad alguna que pueda pasarte, *mikrés* —le respondió acariciándole el rostro, mirándola a los ojos—. Eso no deberá preocuparte nunca, soy inmune a todas ellas, ventajas de ser un Cazador, pero no estoy seguro de que esa suerte se amplíe a la concepción.

Lluvia dejó escapar un suspiro de alivio y se sonrojó ligeramente al responderle.

—Yo estoy tomando la píldora —murmuró, en su voz se notaba la misma congoja y vergüenza que en su dulce rostro—. Lo llevo haciendo desde hace casi dos meses por orden del ginecólogo, es... por... bueno... eso...

—¿Tu periodo? —sugirió él con toda naturalidad a pesar de que ella había enrojecido aún más.

Ella se limitó a asentir antes de volver a apoyar su mejilla contra el cálido pecho masculino.

—Soy una estúpida, yo no me comporto así, soy responsable —

murmuró en voz muy baja—, y ahora apareces tú y mi cordura se va al diablo.

La atrajo hacia él y la giró hasta tenerla con la espalda pegada en la cama y su propio cuerpo cubriéndola como una manta, su mirada presa de la suya.

—No eres estúpida —negó acariciándole la nariz para que la mirara—, no vuelvas a insinuar algo así. Eres una muchacha inteligente, responsable... El que tu cordura se haya ido al diablo, es solo culpa mía... Se me da bien hacer esas cosas.

Ella rió ante lo absurdo de aquella declaración y miró a su amante. La sola mención de aquella palabra en su mente la volvió tierna y maleable; ahora eran amantes. No hacía ni dos días que lo conocía y ya se había metido en su cama, no solo eso, él se había metido mucho más allá y aquello la asustaba. Nunca se había enamorado de nadie, no realmente y ahora, el solo hecho de pensar en Nyxx, el solo pensar en tener que separarse de él le estrujaba el corazón.

—¿Qué pasa? —le preguntó él al ver su ceño fruncido.

Ella sacudió la cabeza.

—No es nada —sonrió y deslizó su mano entre los dos para acunar la mejilla masculina, permitiendo que él le tomara la mano y le besara la palma con suavidad—. Estaba pensando en lo que haremos hoy.

Nyxx se retiró un poco, estaba casi convencido de que no era aquello lo que había puesto aquella mirada triste en sus ojos pero no iba a insistir, quería que se sintiese totalmente cómoda con él, que confiara lo suficiente para decirle las cosas por sí misma.

—Deberíamos sacar los billetes para Iaonnina —contestó, su humor ensombreciéndose lentamente ante la tarea que tenía por delante—. Una vez allí, podemos alquilar un coche y subir hasta Dodona.

—¿Tienes carné de conducir? —preguntó ella.

Él respondió con una irónica mueca.

—¿Tienes miedo de que me estelle? —se burló.

Ella fingió pensárselo.

—Bueno... esa es una posibilidad... pero me preocupa más el que sepas cambiar de marchas —aseguró con una coqueta sonrisa.

Nyxx descendió sobre ella, ambas manos enjaulándola bajo él.

—Créeme, *agapi*, eso lo domino a la perfección —aseguró besándola en los labios.

Ella le devolvió el beso, entonces deslizó las manos por los antebrazos de él, mirándole.

—¿Es allí donde esa mujer te maldijo? —preguntó con suavidad.

Nyxx inclinó la cabeza contra la suya, presionando frente contra frente y suspiró.

—Allí fue donde comenzó todo —respondió en un susurro antes de dejarse caer suavemente sobre ella y restregar su erección contra su muslo—. Te deseo de nuevo, creo que nunca voy a dejar de desearte.

Ella sonrió divertida y disfrutó de sus atenciones un poco más.

—Si sigues así, voy a pasar de estar dolorida a no poder ni caminar —le aseguró con una risita cuando él empezó a mordisquearle el cuello.

Él gruñó, pero se retiró mirándola con un suspiro.

—Lo siento —respondió nuevamente y se hizo a un lado.

Lluvia se inclinó sobre él y bajó la mirada hacia la enorme erección que levantaba la sábana como una tienda de campaña.

—Pero veamos qué puedo hacer por tu amiguito —respondió lamiéndose los labios.

Una hora después Nyxx ya se había duchado y vestido y tramitaba todo desde un pequeño ordenador portátil compacto que Lluvia no tenía idea de

donde lo había sacado, ya que no era que el hombre hubiese traído alguna cosa con él, en realidad, la ropa que vestía en aquellos momentos, unos vaqueros gastados y una camisa blanca junto con las botas no tenía idea de donde había salido, pero le sentaba como un guante, sobre todo los pantalones ciñéndose a su prieto culo. Terminando de secarse el largo pelo con una toalla, se le acercó por la espalda mirando por encima de su hombro.

—Ventanilla para mí, si no te importa —pidió al ver que estaba comprando los billetes de avión. Tal parecía que su amenaza había dado resultado.

—¿No preferirías ir en cabina? —le sugirió él con un guiño.

—Lo único que quiero es subir y bajar del avión de una pieza, Nyxx, lo demás es superfluo.

—De acuerdo, ventanilla para la señorita —aceptó continuando con la compra.

—Entonces, primero iremos a Ioannina —preguntó mirando el destino del billete—. Y de ahí a Donona.

—Dodona —la corrigió él con una sonrisa—. En realidad es *Dodone*. Pero sí, ese será nuestro destino.

—Vale, Dodona —repitió haciendo la toalla a un lado cuando Nyxx cambio la pantalla y apareció información sobre el lugar y las excavaciones que se habían hecho en la actualidad—. Um, no quiero meter la pata... pero eso son piedras... y un árbol.

Él se limitó a asentir, no era la primera vez que veía aquellas fotos de su antiguo hogar, pero era incapaz de relacionar aquellas ruinas con el edificio de planta baja que había sido el templo.

—Antiguamente era una región agrícola, y parece que no ha cambiado en ese sentido —aceptó comprobando los datos que le reportaba la red—. El Oráculo se alzaba aquí, en la *Hiéra Oikia*, La *Casa Sagrada*, y estaba rodeado

por algunos monumentos y pequeños habitáculos repartidos a los pies de la colina, era como una pequeña aldea. Cuando los etolios tomaron el Santuario, no estaba vallado, aquí estaba el Roble Sagrado, rodeado de unos trípodes que soportaban calderos de bronce conectados unos a otros, estaba en el patio central, dentro del recinto sagrado. Cuando entrechocaban, el sonido reverberaba. Aquello era lo que las Sacerdotisas interpretaban como la voluntad del dios.

Nyxx cerró las pestañas del programa y recogió la tarjeta de crédito que tenía sobre la mesa a un lado del pequeño ordenador.

—No he vuelto a aquella región desde que me fui —negó con voz fría, en la que se notaba cierta aprensión.

Ella se inclinó sobre su espalda y lo abrazó, apretándose contra él.

—Quizás es hora de que vuelvas —le susurró con suavidad—, y dejes el pasado descansar.

Nyxx tomó su mano y la apretó suavemente antes de besarle los nudillos.

—Eso es lo que quiero, créeme —aceptó. No había nada que deseara más que olvidarse de su maldición para siempre.

—¿Hay mucha distancia entre el aeropuerto y el lugar donde se ubica el Santuario del Oráculo? —preguntó soltándolo cuando él se volvió para levantarse.

—Unos veintidós kilómetros —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Una media hora en coche.

Ella asintió y se puso delante de él, clavando su dedo en el pecho masculino allí donde la camisa se abría.

—Sin trucos, Nyxx o esta vez si te clavaré las uñas —le aseguró apartándose con una suave y tierna sonrisa.

Él sonrió para sí ante la sutil amenaza de ella.

—Soportaré una hora de avión —aceptó rotundamente haciéndola reír.
Ella asintió satisfecha, entonces se volvió.

—Recuérdame que cuando volvamos a casa, te dé el dinero del billete —le dijo empezando a desenredarse el pelo con un cepillo que sacó de su mochila.

Él echó la cabeza hacia atrás, llevaba el pelo rubio suelto y le caía más allá de los hombros.

—¿Quieres, por favor, dejar de preocuparte por el dinero? —le pidió con una irónica sonrisa—. Solo disfruta del viaje. Al menos, que lo haga uno de los dos.

Ella se volvió hacia él, dedicándole una suave mirada.

—¿Tanto daño te hace volver a casa? —le preguntó.

—Esta no es mi casa, Lluvia, ya no —negó tomando su chaqueta de encima de la cama para dirigirse hacia la puerta—. Voy a devolver el ordenador, después saldremos para el aeropuerto.

El viaje a Ioánnina fue más rápido de lo que había esperado Lluvia, apenas unos minutos después de haber llegado al Aeropuerto de Venicelos, embarcaron para Ioánnina y ella pudo disfrutar de una hermosa vista de la ciudad de Atenas desde las alturas, aunque lamentaba no haber podido ver la Acrópolis y el Partenón, pero Nyxx le había prometido que no abandonarían Grecia sin pasar por allí y sabía que él mantendría su palabra. Habían aterrizado en el pequeño aeropuerto de la ciudad apenas una hora después, el tiempo se mantenía igual de agradable que en Atenas, matizado únicamente por un poco más de viento. Eran poco más de las once de la mañana cuando alquilaron un todoterreno para hacer el resto del viaje, a ella le había hecho gracia la rapidez con la que los habían atendido la agencia del alquiler de coche nada más ver la Visa Platino que depositó Nyxx en la bandeja ante la

mujer al otro lado de la ventanilla. Diez minutos después tenían las llaves en las manos, el depósito lleno y circulaban por una carretera a lo largo de extensiones y extensiones de praderas de cultivos, árboles y alguna que otra casa salpicada aquí y allá.

—Esto es precioso —aseguró mirando por la ventanilla con una alegría y disfrute propio de una amante de la naturaleza.

Nyx echó un rápido vistazo a su compañera, quien se había girado en el asiento y se apoyaba en la ventanilla bajada, su pelo volaba como una cometa mientras observaba embelesada el paisaje.

—Toda esta zona es así —respondió él, la tensión con la que agarraba el volante se reflejaba en su voz.

Lluvia lo notó y se volvió hacia él pensando en la manera de hacerle aquel viaje más fácil.

—¿Ha cambiado mucho desde la última vez que estuviste por aquí? —preguntó cuando pasaron al lado de un letrero enorme con unos caracteres en griego y otros en inglés que señalaban la indicación del Santuario de Dodona. Ellos tomaron hacia la izquierda en la siguiente bifurcación, siguiendo las indicaciones que había dado también el GPS del coche.

—En más de dos mil años pueden cambiar muchas cosas —respondió, bajando la velocidad y cambiando de marcha mientras se permitía un rápido vistazo a su alrededor y se estremecía—. Otras en cambio, no parecen haber cambiado ni un ápice.

Condujeron en silencio durante diez minutos más por un camino de tierra, no sabía que decir y parecía que el permanecer callada era la única opción, el camino empezaba a hacerse un poco incómodo con tanto salto y bache y finalmente decidieron aparcar a un lado.

Lluvia bajó del vehículo y contempló asombrada la exuberante belleza de aquel paraje, las montañas recortándose a lo lejos se alzaban como colosos

mientras que mirase a donde mirase todo era verde, vegetación y rocas. Respiró profundamente empapándose de aquel delicioso aire y sonrió para sí, de algún modo se sentía como si hubiese vuelto a casa, algo que no era explicable en absoluto. Se volvió con intención de hacerle un comentario a Nyxx, pero este ya había dejado el coche y caminaba en línea recta hacia unas ruinas que se alzaban unos cuantos metros más allá. Recuperó la mochila del coche, se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada y se apresuró en darle alcance.

Se mantuvo en silencio a su lado, manteniendo su paso, observando el paisaje de una manera muy distinta a la de Nyxx. Ella no veía los fantasmas de las viejas construcciones, no oía las risas de los niños y los aldeanos que habían poblado aquella zona ahora desierta, todo lo que quedaba ahora eran ruinas donde hacía demasiado tiempo como para contarlo, había habido vida.

—Es hermoso —murmuró disfrutando de lo que veía—. Es como si se hubiese estancando en una época y no hubiesen pasado los años... Si no es por las ruinas y los vestigios, la tierra sigue oliendo a vieja.

Nyxx se giró al oírla hablar de aquella forma, pero en vez de ver a Lluvia con sus pantalones vaqueros y suéter, la imagen que le vino a la mente fue una muy distinta, con unas ropas distintas. El Cazador sacudió la cabeza, ella era una Gypsy Valaco, no había duda posible, la tierra de sus ancestros la llamaba como los ecos del pasado tiraban de él.

Vagaron cada uno por su lado durante un rato, él se limitó a recorrer el lugar al que una vez había llamado hogar, permitiendo que sus recuerdos reconstruyeran las excavaciones que habían quedado al descubierto, viendo el lugar como se había visto en su época.

—¿Nyxx? —lo llamó Lluvia trayéndolo de nuevo al presente. Ella se encontraba junto al tronco de un delgado roble el cual estaba rodeado por restos de un pequeño muro y algunas piedras sueltas. En su mente, Nyxx

reconstruyó aquella sala, las piedras formaban cuatro altas paredes con el techo al descubierto, dos de ellas habían tenido una arcada a modo de puerta, una comunicaba con el interior del templo, otra daba directamente al exterior. El árbol había estado rodeado por calderos y en una copa mucho más frondosa que la que podía alojar aquel pequeño retoño, una vez había sido vivienda de una arrullante bandada de palomas—. ¿Es el mismo roble?

Ella tenía el cuaderno de botánica en las manos y daba vueltas al ramillete con el hilo rojo entre sus dedos.

—Su ubicación es la misma, pero el Roble Sagrado fue quemado la misma noche que arrasaron con el templo y con toda la gente que moraba en él —respondió con acritud, su sonrisa se volvió cínica al recordar lo ocurrido—. El templo estaba dedicado a dos deidades, a Zeus y a la diosa madre, Dione —explicó caminando entre las ruinas, mirando a un lado y a otro como si pudiese ver las construcciones que había antes en aquel lugar—. El roble se alzaba justo ahí, siempre estaba repleto de pájaros, las palomas sagradas hacían en él su nido. Lo rodeaban unos trípodes que sustentaban calderos de bronce unidos por cadenas, cuando chocaban el sonido reverberaba y era interpretado por los sacerdotes y sacerdotisas como una señal divina. Este Oráculo era incluso más antiguo que el de Delfos, y también más tranquilo... Hasta que empezaron las guerras.

Nyxx negó con la cabeza, odiando aquellos recuerdos tanto como odiaba no haber podido hacer ni una sola cosa por evitarlos.

—Solo un año después de aquella masacre, una vez que la Liga Etolia desmanteló la *Hiéra Oikia*, los macedonios reconstruyeron el lugar a su antojo añadiendo cinco templos secundarios que rodeaban lo que había sido el Santuario Principal de Dodona, así como otros dos edificios más macizos fuera del recinto de carácter civil, el Teatro también fue posterior.

Sacudió la cabeza, todo su cuerpo tenso por la rabia y la injusticia de

aquella noche.

—La masacre de aquella noche fue olvidada tan convenientemente como recordada la siguiente reconstrucción —murmuró con acritud.

Lluvia miró a su alrededor deseando poder ver lo que veía él, quizás así pudiera ayudarle. Volviéndose hacia Nyxx, le pidió en voz baja.

—Cuéntamelo. Dime qué fue lo que pasó exactamente aquella noche, deja que entienda el por qué de tu maldición.

—¿El por qué de mi maldición? —repitió él con ironía—. Yo soy ese por qué, Lluvia. Si hubiese hecho lo que tenía que hacer y no me hubiese empeñado en buscar algo más, quizás lo que ocurrió esa noche no habría pasado, o quizás sí, es difícil saberlo con seguridad.

Ella se mordió el labio inferior y se movió hacia él.

—Solo quiero ayudar.

—Rompe mi maldición, Lluvia —pidió, casi escupiendo las palabras—. Esa es toda la ayuda que necesito de ti.

Nyxx sabía que la había herido con sus palabras, pero no podía hacer nada, los recuerdos lo atosigaban tirando de él de nuevo hacia aquella aciaga noche, haciendo que la velada que había pasado con su compañera se convirtiese en un lejano espejismo.

Sin apenas darse cuenta, se encontró caminando entre las ruinas, hablando al mismo tiempo de lo que había sucedido en un remoto pasado, cumpliendo así la petición de Lluvia.

—Ella había acampado con su tribu al sur de aquí, cerca del lago Pambotis. —Nyxx alzó entonces la mirada hacia Lluvia, viendo sus ojos, su rostro, su belleza y aquel pequeño gesto que siempre hacía cuando estaba nerviosa—. La misma tribu de la que descienes y por la que fui maldecido.

Ella sacudió la cabeza. ¿Había habido una mujer de por medio? ¿Era la tal Valeska de la que siempre hablaba?

—¿Qué ocurrió, Nyxx? —insistió, buscando su mirada.

Los ojos del Cazador estaban bordeados de odio y un profundo dolor cuando respondió.

—Lo perdí todo —respondió respirando profundamente, temblando—. Aquella noche, perdí mi hogar, mi mundo y la perdí también a ella. Los perdí a los dos.

CAPÍTULO 14

Año 218 A.C.

Templo del Oráculo de Dodona.

La tarde empezaba a dar paso a la noche, el sol comenzaba a ponerse en el horizonte y coloreaba con sus tonos rosas y naranjas la cima del Monte Tomaros, pronto la noche caería sobre el templo y las almas de los muertos brillarían en el cielo iluminando el camino de los vivos. Las *Selloí* se retirarían en cualquier momento a descansar y él quedaría libre de su deber hasta la mañana siguiente, el tiempo se le hacía corto cuando se trataba de pasarlo con su pequeña Hadryna.

—Algo enturbiará la paz de la noche —musitó Nicandra, la más joven de las tres *Selloí* que interpretaban los designios del Oráculo—. Apolo está tiñendo los montes de sangre.

Nyxx siguió la mirada de su señora hacia la cima del Monte Tomaros que reflejaba la luz del gran astro del cielo ocultándose para dar paso a su consorte, la noche.

—¿Mi señora? —preguntó volviéndose hacia la delicada sacerdotisa. Su largo cabello dorado y sus profundos ojos azules destacaba sobre la oscura belleza de sus hermanas, como también lo hacía la suavidad de sus movimientos y la bondad que anidaba en su corazón.

Ella se volvió hacia él y sonrió. Nyxx era el único al que sonreía, mostrándose seria, casi pétrea en presencia de cualquier otro, él también era el único al que hablaba como a un amigo, al que hablaba en cualquier manera,

de naturaleza más bien tímida, la sacerdotisa lo había elegido a él a una temprana edad para ser su escolta personal, su Sumo Guardián. Cada vez que Nyxx le había preguntado por qué lo había escogido a él, ella se limitaba a encogerse de hombros y responderle lo mismo, *Eída sta mátia sou*. Lo vi en tus ojos.

—No me hagas caso, Nyxxon —negó ella posando su mano en el poderoso brazo del guerrero. Él era uno de los pocos hombres a los que les estaba permitida la entrada en el templo, más allá de la sala de recibo, uno de los Sumos Guardianes de las tres Pléyades al servicio de Zeus—. Nuestro señor Apolo me ha puesto melancólica.

El hombre se mantuvo firme e impertérrito a su lado, como se esperaba de todo Sumo Guardián. Solo un puñado de jóvenes llegaban a alcanzar tal honor en su vida, y que ese honor hubiese recaído en un huérfano como él, lo hacía doblemente importante. Así mismo, tal honor rivalizaba en gran medida con una profunda soledad, consagrar su vida a la protección de las Sacerdotisas significaba renunciar a todo lo demás para vivir en austeridad y abstinencia en los más extremos de los casos.

—¿Pensando nuevamente en ella? —lo sorprendió la suave voz de Nicandra, haciendo que todo su cuerpo se tensase bajo su delicada mano.

—Mis pensamientos son únicamente para vos, mi señora —respondió él con una profunda y sensual voz, tan perfecta que hizo que la mujer a su lado se estremeciera de placer.

La suave risa de la mujer lo llevó a echar un rápido vistazo al rostro femenino, algo que podría ser penado con la muerte para cualquier hombre.

—Desearía que fuese así, mi temerario amigo y guardián, pero no soy del todo ignorante de lo que pasa más allá de estos muros —aseguró y continuó de su brazo por el extenso corredor—, hay peligros que ni siquiera yo quiero... o puedo evitar.

Un ligero escalofrío se deslizó por la columna de Nyxx, había vivido suficiente tiempo con estas volubles hembras para saber que aquello era más una amenaza que una advertencia.

—Y ciertamente, Preumenia y Tamarete no son tan comprensivas como yo —continuó la mujer con un delicado suspiro.

—¿Mi señora? —preguntó intentando sonar ignorante, pero no era fácil en presencia de una Oráculo.

Los ojos azules de la delicada mujer se volvieron hacia él y le sonrió nuevamente.

—Tiene que ser alguien muy especial si ha conseguido atraer la atención de mi mejor amigo —aseguró bajando la voz, algo que hacía siempre que se atrevía a hablar con Nyxx en una privacidad que no les estaba permitido. Ellos eran siervo y señora, nadie tenía permitido tocar de ninguna forma a una de las sacerdotisas que interpretaban el oráculo, su sencilla amistad sería vista como algo totalmente distinto, por ello, se limitaban a hablar solo cuando estaban solos—. ¿Cómo es ella? ¿Irás a verla esta noche?

Vaciló, no tenía secretos para aquella niña y con todo, era reacio a hablar de *ella*. Hadryna había resultado ser un soplo de libertad en un mundo plagado de obligaciones, ella pertenecía a otra tribu, una vista con desconfianza por su propio pueblo, sus enormes ojos color zafiro se realzaban en una cara ovalada enmarcada por amplias ondas azabache en las que tan a menudo hundía el rostro para poder aspirar su picante aroma floral y de mujer. Era su vida fuera de aquellas cuatro paredes, una vida que jamás creyó posible y la cual custodiaba con celo.

—Pertenece a la tribu Valaco —respondió con lentitud, mirando en todo momento el rostro de su ama.

La sacerdotisa pareció sorprenderse.

—¿Una Gypsy? —preguntó, pero era curiosidad lo que había en su voz,

no desprecio.

Él simplemente asintió.

—Sabía que tenía que ser alguien realmente especial —murmuró enlazando su brazo en el de él—. Solo alguien realmente especial podría capturar tu atención. Me alegro por ti, *filos mou*^[24], no la hagas esperar, yo conozco bien mi camino, podré seguir sola de aquí en adelante.

Nyxx dudó ante las palabras de la mujer, sabía que se estaba refiriendo al camino hacia sus aposentos, pero entonces, ¿por qué parecía que había mucho más que eso? ¿Por qué parecía que había otra interpretación, una imposible, para ellas?

Como cada noche, Nyxx acompañó a su señora hasta los aposentos de esta en la parte más interior del templo, deseándole una feliz noche y prometiendo recogerla en ese mismo lugar con la salida del alba, como llevaba haciendo cada día de su vida desde que había llegado al templo con tan solo diez años. Entonces esperó a que el templo permaneciera en silencio y los guardias ocuparan su lugar en el recinto sagrado para tomar el caballo que ya había dejado atado un poco más allá de la colina y dirigirse a su encuentro nocturno con Hadryna.

Como cada noche que se daban cita, ella lo esperaba junto al lago Pambotis, lo suficientemente alejada del templo y de su propio pueblo para que pudieran disponer de privacidad, y como cada noche, ella estaba allí, esperándole.

Era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida, su piel canela brillaba bajo la luz de la luna que aquella noche se alzaba como una enorme y redonda bola de luz en el cielo nocturno, sus lentos movimientos no hacían sino endurecerlo, se moría de ganas de volver a hundirse en su interior, abrirla entre sus brazos donde nada ni nadie pudiese hacerle daño y protegerla para siempre. Su largo pelo azabache caía en suaves ondas por su

espalda hasta la estrecha cintura en la que había remangado su falda, las largas y torneadas piernas quedaban desnudas hasta donde empezaban los muslos y sus llenos pechos se pegaban a la túnica humedecida por su aseo.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo mirándome o te unirás a mí, *balamo*^[25]?

Nyxx sonrió mientras desmontaba y dejaba el animal pastando, llevó las manos a la cintura y dejó caer la espada y el cuchillo junto con el tosco cinturón que los aseguraba a sus caderas y caminó hacia ella con pasos decididos, dispuesto a atraparla.

—Los dioses deben de haber querido sonreírme esta noche para que encuentre tan hermosa ninfa a orillas del río —le aseguró plantándose a la orilla con las piernas separadas y las manos en las caderas, devorándola con la mirada.

—Tus dioses te han bendecido con una *romni* enamorada de su *rom* —sonrió ella con coquetería, antes de extender los brazos hacia él.

Nyxx miró con orgullo a aquella hembra, su *romni*, su *esposa* y se apresuró hacia ella, hundiendo las botas de suave cuero en el agua de la orilla para atraparla y alzarla en brazos haciéndola girar entre risas.

—Y este *rom* no podría pedir nada más de su bella *romni* —le aseguró dejando que su cuerpo menudo se deslizara por su pecho, capturando su mirada azul zafiro en la propia—. Cada día que pasa estás más hermosa, *kamaù*.^[26]

—Solo a través de tus ojos, mi amor —respondió ella utilizando con soltura el griego, que era el idioma natal de su amante y esposo, el hombre al que amaba con todo lo que tenía en su pequeño cuerpo gitano—. Temí que no vinieses esta noche, Nyxx, han llegado rumores al poblado de que los hombres de más allá de la frontera se han estado comportando de forma extraña.

Él frunció el ceño, su mirada fue más allá de los montes mientras volvía

con su preciada carga a la orilla donde ella había dejado su bolsa y había extendido unas mantas sobre la hierba para ellos.

—Extraño, ¿en qué forma? —le preguntó escaneando concienzudamente su alrededor. No había visto a nadie en los alrededores al venir, pero nunca podría estar del todo seguro.

Ella sacudió la cabeza, sus largos rizos negros enmarcaban su adorable y hermoso rostro. La fina diadema trenzada que surcaba su frente y se hundía por debajo de su pelo era el único adorno que resaltaba sobre ella. Las pulseras y collares tan propios de su gente descansaban a la orilla del río junto con su bolsa y un par de prendas que se había quitado antes de entrar al agua.

Hadryna se apretó contra él posando la cabeza en su hombro mientras la cargaba hacia la manta que había preparado antes del baño. La noche había resultado ser más calurosa de lo que había pensado, no sabía si era debido a la presencia de su marido o al tiempo en sí, el caso es que el aire que se movía entre los escasos árboles era caliente, casi sofocante.

—No estoy segura —aceptó negando con la cabeza—. Oí a los hombres hablar sobre la extraña quietud que se siente desde hace días en la tierra de Etolia, es como la calma que precede a la tormenta... Hay algo que no acaba de estar bien.

Nyxx frunció el ceño, sabía que los etolios buscaban la guerra, había otras tribus que también comportándose de manera extraña, los rumores de una posible alianza habían llegado hasta el templo pero esta había sido desechada por las Sacerdotisas. Arrojando a su mujer entre los brazos se dejó caer sobre la manta. Hadryna era su vida, la había conocido hacía dos estaciones, cuando su tribu Gypsy, los Valaco, habían instalado su campamento a las afueras de Molosia, al sur del Templo. Ella había estado intentando liberar a una pequeña liebre de una de las trampas que habían colocado para la caza cuando él había aparecido. Su desprecio por los extranjeros había sido más que manifiesto

cuando se enfrentó a Nyxx con un pequeño cuchillo como única arma, exigiéndole que retrocediera mientras soltaba al pequeño animalito. Se había enfrentado a él como un soldado, una mujer diminuta e indefensa ante un hombre armado, un auténtico desconocido que ni siquiera pertenecía a su pueblo. Su arrojo y valentía había ganado su atención, así como su curiosidad, las Parcas fueron las que decidieron reunirlos nuevamente a orillas de este mismo lago en numerosas ocasiones hasta que se hizo inevitable que naciese el amor.

Sus esponsales habían levantado un revuelo en la familia de ella, su madre, firme en sus creencias se opuso terminantemente al enlace aduciendo que ningún *balamo* aportaría nada bueno a su vida. Hadryna había desafiado sin dudar a los Patriarcas, si no le permitían unir su vida a la de su amor, abandonaría el pueblo, y siendo como era una de las más importantes *Ruspí* en la tribu, una adivina, no les quedó otra que retroceder ante la petición de la mujer y aceptar a Nyxx como un nuevo miembro de su tribu, como su esposo.

Pero Nyxx no era estúpido, había visto demasiadas veces el odio en los ojos de aquellos Gypsy como para pensar ahora que le darían la bienvenida con los brazos abiertos.

Como tantas otras veces, ella le acarició el rostro, volviéndolo hacia si para susurrar junto a sus labios:

—Olvida el pasado, tenemos un futuro del que preocuparnos, un futuro junto a nuestro hijo —le susurró ella al oído.

Nyxx se tensó, su mirada incrédula se clavó en sus ojos antes de bajar por el cuerpo de su esposa hasta su liso vientre, una mano temblorosa siguiendo la dirección de su mirada mientras ella reía y se la tomaba para colocarla sobre su estómago aún plano.

—Con la entrada de la primavera, tendremos un hijo, *kamaú*, si dios quiere —sonrió ella bebiendo del amor en su mirada.

—Un hijo —murmuró bajando la mirada a la mano que cubría su estómago, incapaz de asimilar por completo lo que ella le estaba diciendo. Allí, bajo su mano se había producido el milagro de la vida. Su rostro empezó a iluminarse poco a poco—. Un hijo.

Ella asintió y lo miró con ternura.

—Tu hijo, Nyxx —le aseguró acariciándole la mejilla con ternura—. Nuestro hijo.

Él lanzó un grito de júbilo y la abrazó, besándola al tiempo que la tumbaba sobre la manta dando rienda suelta a su amor por ella.

Nyxx parpadeó varias veces arrancándose de aquellos recuerdos mientras contemplaba las ruinas del templo, donde en otro tiempo, cuando él había sido otra persona, se había levantado el majestuoso Oráculo, el mismo edificio que aquella noche tanto tiempo atrás había ardido hasta los cimientos.

—Ella acababa de decirme que íbamos a tener un hijo —murmuró incapaz de detener el flujo de recuerdos—. Mi mente se había llenado entonces de tantas posibilidades, tantos planes de futuro para los tres y todo quedó reducido a cenizas en cuestión de momentos. El interior del templo había quedado custodiado únicamente por los otros dos Sumos Guardianes, el resto de los soldados, quizás una docena, montaban guardia como siempre en el exterior. No era algo común tener milicia armada en un templo, pero aquel era el Oráculo más importante de Grecia y los Sacerdotes eran codiciosos de lo suyo por lo que habían reclutado a gente del pueblo para que hicieran la tarea de vigilancia a cambio de comida y un techo para sus familias.

Lluvia se acercó a él, no se atrevía a tocarle por miedo a romper el hechizo que parecía haberse apropiado de sus recuerdos. Como si supiera que estaba a su lado, se giró a ella y respondió en voz fría y dolorosa.

—Esa noche, mientras yo estaba con mi esposa, los etolios atacaron el

Templo de Dodona.

Unas altas columnas de humo negro habían empezado a elevarse al otro lado de las montañas, siendo incluso divisadas en aquella noche de luna, el olor del fuego y el humo atraído por el viento llegó hasta el remanso de paz de compartía el matrimonio captando la atención de Nyxx.

Él se había incorporado poco a poco al oír el relincho nervioso del caballo, solo para divisar a lo lejos lo que parecían unas volutas de humo.

—¿Qué demonios? —musitó entrecerrando los ojos.

—Nyxx, eso es... —Ella había seguido la mirada de su esposo y sus ojos se habían teñido de temor.

—Humo... —respondió Nyxx abriendo los ojos desmesuradamente antes de ponerse en pie de un salto.

Hadryna se había incorporado hasta quedar en pie y se llevó las manos a la boca totalmente horrorizada. Como tantas otras veces, la visión entró en su mente con la velocidad de un relámpago mostrándole solamente llanto, miedo y sangre dentro de aquellos muros.

—El templo —musitó horrorizada, su voz quebrándose, las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Nyxx, están arrasando el templo... hay muerte, sangre...

—Vuelve a casa, quédate en el poblado. —La obligó a moverse recogiendo la manta y la bolsa y entregándosela sin más dilación y la condujo entre empujones hacia el linde del bosque—. No lo abandones por ninguna circunstancia, estarás a salvo con los tuyos.

—¿A dónde vas? —preguntó ella aferrándose a su brazo, el temor brillaba en sus ojos.

—Volveré a por ti, mi amor, te lo prometo —le aseguró atrayéndola a sus brazos, besándola con todo el amor y la pasión que sentía por ella antes de

soltarla y empujarla hacia los árboles—. Ahora ve, avisa a los tuyos. Es posible que tengamos una guerra entre manos.

Ella se persignó e hizo lo mismo hacia él.

—*Zhan le Devlesa tai sastimasa*^[27] —murmuró dándole su bendición antes de besarlo—. Vuelve a mí, *balamo*.

Nyxx la besó por última vez y la empujó viéndola marchar para luego recoger a toda prisa sus armas y subir a su montura saliendo disparado en un vertiginoso galope hacia el templo.

Las llamas se mezclaban con los gritos de los soldados que custodiaban el templo y el ruido de las espadas que se entrecrocaban junto con el fragor de la guerra, Nyxx saltó en marcha de su montura y atravesó el recinto sagrado cubierto de cuerpos mutilados y sangre, los pebeteros que habían estado rodeando al roble estaban volcados en el suelo, el aceite se había extendido y las llamas ardían consumiendo todo a su paso. Más allá, el grito de las mujeres llamó su atención sobre el templo, el alma escapó de su cuerpo mientras corría ciego al interior del edificio.

La espada de Nyxx se hundió con certeza en cada uno de los asaltantes que encontró en su camino, los bastardos habían penetrado en el interior del templo masacrando a todo hombre o mujer que encontrara a su paso sin hacer distinciones. El humo y las llamas no podían consumir la piedra pero eso no impedía que quemasen e inundasen cada recoveco haciendo el aire prácticamente irrespirable y más difícil esquivar los ataques de los etolios. Los aullantes gritos de las mujeres se hundieron con el mismo terror que manaba de ellos seguidos por los aullidos de los hombres que gritaban obscenidades.

Se abrió paso a través de los interminables corredores llamando a gritos a su pequeña Sacerdotisa hasta que alcanzó las puertas del altar principal, irrumpió en la sala y se topó a varios hombres intentando acercarse

a las dos mujeres que permanecían en pie. Su mirada se deslizó con incredulidad sobre el cuerpo inerte y ensangrentado de la pequeña muchacha que había conocido desde que era prácticamente un bebé, la túnica empapada de sangre allí donde todavía permanecía el cuchillo perfectamente clavado en su corazón, su rostro era una máscara de terror con sus ojos abiertos y sin vida fijos en el techo, tenía las piernas separadas y más sangre manchaba sus muslos. Una inusitada rabia creció en el pecho de Nyxx, su grito el de un animal herido y la sed de venganza impresa en cada una de las acciones que llevó a cabo para derrotar a los seis hombres que permanecían todavía en el sagrado santuario, a los pies de las estatuas gemelas de Zeus y Dione.

Su espada cayó con un sordo ruido después de cercenar a su último contrincante mientras se acercaba hasta el cuerpo inerte de su joven señora, una ola de rabia y culpabilidad lo recorrió por entero dejándolo de rodillas al lado de su cuerpo, su mano se posó sobre sus ojos sin vida y los cerró. Toda ella era palidez y sangre, su túnica blanca se había vuelto carmesí.

—Clamó por ti, Sumo Guardián —murmuró una voz femenina a su espalda—. Gritó tu nombre hasta que no quedó voz en su garganta, te seguía llamando mientras esos seres demoníacos se daban un festín entre sus piernas y fue tu nombre lo único que salió cuando ellos alojaron esa daga en su corazón.

La mujer aferró a Nyxx por la camisa y tiró con fuerza nacida de la desesperación de él. Sus ojos negros preñados de dolor y rabia, se trataba de Preumenia.

—¿Dónde estabas tú mientras ella sufría de esa manera! ¿Dónde estabais tú y nuestros malditos guardianes! ¿Dónde!

Nyxx no podía levantar la mirada, todo lo que podía ver era el cuerpo salvajemente ultrajado de su joven ama.

—Vuestros guardianes estaban ahí fuera, intentando defenderse ante la

horda de invasores, mi señora —murmuró Nyxx en voz baja, incapaz de alzar la mirada hacia ella—. Han dado su vida por vos.

—¿Las mujeres? —preguntó la segunda de las sacerdotisas, Tamarete, que a duras penas se sostenía, sus brazos estaban manchados de sangre, su túnica echa girones.

—Todo el que se ha cruzado con los etolios, ha sucumbido a sus espadas —respondió él con la mirada todavía baja.

—Todos menos tú —murmuró la mujer clavando la mirada sobre el cadáver de su hermana menor.

—¿Y dónde estabas tú, hijo de nadie? —clamó de nuevo cruzándole la cara de un golpe de su mano—. ¡Dónde! ¿Revolcándote de nuevo con esa zorra gitana?

Nyxx alzó la mirada entonces, la rabia y el dolor mezclándose con ardor en su rostro.

—Estáis hablando de mi esposa, mi señora —respondió él entre los apretados dientes—. No de una mujer cualquiera.

—¿La desposasteis? —jadeó Tamarete con incredulidad.

Preumenia volvió a pegarle, su cabeza giró hacia un lado, la sangre inundó su boca.

—Una zorra Valaco —le escupió a la cara—. ¡Mientras tu señora era torturada y moría tú estabas revolcándote con una zorra Gypsy! ¡Maldito seas, Sumo Guardián! ¡Qué Zeus y Dione te maldigan eternamente! Has corrompido el espíritu puro del templo y nuestro señor Zeus se ha enojado enviándonos a estos sangrientos demonios.

Ella lo miró con desalmada furia.

—Ese maldito pueblo correrá la misma suerte que nuestra hermana —aseguró con verdadera demencia en su voz—. Todos los Valaco desaparecerán bajo el fuego y la sangre, empezando por tu puta.

Nyxx la miró con verdadero temor, había algo en sus ojos, en la frialdad y la repentina maldad que los teñía que envió un escalofrío por todo él, y a juzgar por el jadeo de la otra mujer, no era el único sorprendido.

—¿Qué has hecho, hermana? —musitó rogando a todos los dioses conocidos que sus pensamientos fueran erróneos—. Esas gentes son inocentes.

Ella le dedicó una mirada cargada de odio y reproche que hizo silenciar a la otra sacerdotisa y se inclinó a recoger la espada que Nyxx había dejado en el suelo, levantándola con las dos manos, con una inusitada sed de sangre brillando en sus ojos.

—Esos malditos Gypsy han sido la causa de que los etolios atacaran el templo, les dijeron que teníamos tesoros aquí ocultos —exclamó con rabia—. Esos malditos hijos de Hades propiciaron que nos invadiesen... Pero van a probar la furia de nuestros dioses en sus propias carnes. El Gran Roble Sagrado ha hablado... Esta noche, correrá la sangre y el fuego por todo Epiro.

—¡No! —gritó Nyxx con desesperación.

Todo ocurrió en un latido de segundo, la Alta Sacerdotisa aferró la espada en sus manos y la alzó sobre su cabeza con intención de acabar con la miseria de Nyxx, pero antes de que la hoja pudiese alcanzar al guerrero, un silbido pasó rozando su oído y una flecha con plumas moradas se clavó con fuerza en el pecho de la sacerdotisa, seguido de otras dos que la impulsaron hacia atrás. Nyxx se volvió como un rayo, rodando a ras del suelo, evitando al arquero que había irrumpido en el templo y que acababa de derribar a Preumenia.

—¡Muerte a los molosos! —clamó el arquero antes de sacar su espada y lanzarse hacia Nyxx con un grito de guerra.

Nyxx lo evitó, recogió la espada que había soltado la sacerdotisa en su muerte y se volvió con un mandoble, seccionando la cabeza del cuerpo de su atacante, haciéndola rodar por el suelo. Su mirada volvió rápidamente hacia la

entrada esperando que entrasen más contrincantes, pero el denso humo y el fuego que empezaba a lamer hasta la piedra parecía haber hecho desistir a cualquier posible nuevo atacante.

—Tengo que sacaros de aquí, Mi Señora Tamarete —tosió Nyxx, su voz ronca por el humo, mientras se cubría la boca y nariz con un brazo y trataba de ver más allá del humo.

—No abandonaré a mis hermanas, Sumo Guardián —fue la tenue respuesta de la mujer.

Nyxx encontró su mirada, ella se había agachado junto al cuerpo de Preumenia. En sus ojos solo había resolución.

—¡Marchaos! —le pidió con toda la fuerza que pudo imprimir en su voz—. No podéis permitir que la profecía que se ha dicho aquí esta fatídica noche se haga realidad, sus muertes no servirán a propósito alguno, no permitáis que sus almas pesen sobre la vuestra.

Su mirada fue a la de su hermana menor y musitó.

—Ella no lo querría —musitó, las lágrimas cayendo por su mejilla—. Nicandra os llamó, Nyxx, pero para que no vinieseis. Gritó y gritó suplicando a nuestros dioses que os mantuviesen alejados del Templo, no quería que sufrieseis nuestro destino.

El alma de Nyxx murió un poco en ese momento, la pena y el peso de la vergüenza ocupó su lugar, había fallado a su protegida.

—¡Marchaos! —Clamó nuevamente la sacerdotisa antes de romper en toses—. Y seguid con vida, Sumo Guardián, por Nicandra, seguid con vida.

Nyxx echó un último vistazo al emplazamiento de los vestigios arqueológicos de Dodona y volvió al lugar donde habían dejado el coche. Lluvia le seguía en silencio, estaba demasiado sorprendida por todo el relato como para poder decir una sola palabra.

—El templo quedó reducido a cenizas, toda la gente murió esa noche y los que no lo hicieron desearon haberlo hecho —respondió antes de subir al coche y ponerlo en marcha—. Me preguntaste donde me había lastimado la garganta, bien, fue entonces. El templo solo fue el comienzo...

—¿A dónde vamos? —preguntó ella subiendo al coche y poniéndose el cinturón.

—Al lugar en el que toda una tribu fue masacrada y mi maldición impuesta —respondió antes de poner la marcha atrás y sacar el coche de nuevo al camino.

Los gritos se oían incluso desde antes que desmontara su caballo, el fuego iluminaba el campamento de forma distinta a como siempre lo había visto, ya no era la agradable y acogedora lumbre del hogar central en el que se daban cita los miembros del pueblo, se trataban de llamas, llamas que lamían las improvisadas tiendas y consumían todo a su paso, y entre aquella destrucción, los alaridos de las mujeres se confundían con el fragor de la batalla. Los Valaco no eran guerreros pero se defendían con uñas y dientes.

Atravesó el campamento cercenando la vida de todo el que se cruzaba a su paso, su mirada buscando incansablemente entre las mujeres que corrían de un lado a otro como pollos sin cabeza, su meta era la pequeña tienda cuyo tejado estaba siendo pasto de las llamas. El nombre de su esposa salió en un alarido de su garganta al tiempo que alejaba a un nuevo combatiente de él, sus pulmones estaban abrasados por el humo tragado en el templo y el ambiente aquí no era mucho más liviano, se le hacía difícil respirar pero no bajaría su brazo hasta que la encontrara y la sacara a ella de aquella locura.

Las palabras de la sacerdotisa giraron en su mente mientras sus ojos registraban con horror lo que la insensatez y maldad de un corazón de mujer podía obrar en un pueblo inocente, y su propia culpa surgió con ella, las dudas

ocuparon su alma. Aquello también era culpa suya, si no hubiese mantenido su matrimonio en secreto, si tan solo hubiese cogido a Hadryna y se hubiesen marchado quizás esto no hubiese ocurrido. Quizás.

—Tú, maldito *balamo* eres el culpable de todo —oyó un murmullo a su espalda un instante antes de que un latigazo ardiente atravesara su espalda, cortando la camisa y atravesando la piel.

Nyxx no pensó, simplemente se volvió y blandió su espada describiendo un amplio arco que terminó con la vida del Patriarca de la tribu antes de que pudiese darse cuenta de lo que había hecho.

—¡No! —jadeó Nyxx cayendo de rodillas ante el hombre herido—. Padre, ¿por qué?

—Tú no eres mi hijo —el hombre escupió al suelo con sus últimas fuerzas—. Estás maldito y tu maldición se ha extendido a todo aquello que tocas... Tu mujer será la siguiente.

Nyxx sacudió la cabeza y trató de contener la hemorragia con sus manos, pero ya era demasiado tarde, el hombre había muerto. Rezando una antigua oración para ayudarlo en el paso al otro mundo, recogió su espada del suelo y continuó su camino a través de la incendiada aldea, la garganta en carne viva no dejaba de clamar su nombre.

—¡Dryna! —la llamó a través del humo y del fuego hasta que pudo alcanzar la choza—. ¡Hadryna!

Su mirada verdosa recorrió rápidamente el interior en llamas, su garganta sufría por el humo pero no le importaba, tenía que recuperarla, no podía dejarla ahí dentro. Adentrándose entre el fuego la llamó y la buscó, la oscuridad de la noche sumada al humo solo era despejada por las llamas que lamían las paredes de tela con ansiosa voracidad. Sus manos rebuscaron entre los abrasados muebles caídos, apartando cajones y vigas caídas, pero no había nada, ni siquiera estaba en su camastro. Volviendo sobre sus pisadas se

apresuró a abandonar la tienda solo para ver como se derrumbaba tras él.

El humo lo hizo toser, el aire parecía no poder encontrar lugar para llegar a sus pulmones y sus ojos no hacían más que llorar, enjuagándose los con el brazo buscó entre la gente, los etolios estaban diezmado a la población romí, no sin pagarlo con bastantes bajas, ellos no hacían distinciones entre mujeres, niños o hombres, todo el que pasaba bajo su espada moría. Una inusitada rabia se irguió en el interior de Nyxx dándole fuerzas para continuar.

—¡Hadryna! ¡¿Hadryna, puedes oírme?! —clamó él mirando a su alrededor, buscando algún rastro de ella o de los únicos miembros de la tribu que conocía.

—¡Nyxxon! —oyó que lo llamaban desde uno de los bordes del recinto.

Nyxx volvió rápidamente la mirada hasta localizar a un joven Gypsy peleando con todo lo que tenía contra dos contrincantes. Un certero movimiento de su cuchillo cercenó la garganta de uno de sus oponentes mientras se zafaba del segundo por un pelo y volvía a gritarle.

—¡El lago! ¡Las mujeres! ¡Han ido hacia el lago!

El joven no pudo decir una palabra más cuando su contrincante lo atacó por la espalda.

—¡Barak! —gritó Nyxx con desesperación, sabiendo que ya nada podía hacer por el joven Gypsy que lo había recibido y tratado como a un hermano.

Apretando los dientes, se volvió y avanzó lo más rápido que pudo a través del campamento hacia el lado del bosque que conducía hacia el lago, a medida que se iba acercando los lamentos de las mujeres y las risas masculinas de sus atacantes se hacían más audibles junto con los alaridos que estos proferían cuando alguna de ellas lo acuchillaba, acabando con sus vidas. Un desolador paraje de muerte se extendía aún no llegando al lago, cuerpos sin vida, ultrajados y salvajemente mutilados cubrían el suelo con su sangre y solo unas cuantas mujeres y un par de hombres permanecían en pie. La espada

bien sujeta en su mano avanzó directamente hacia los hombres justo cuando uno de ellos lanzaba a una de sus jóvenes atacantes un mandoble de espada que acabó con su vida, la ira creció incluso más en su interior, inflamándose hasta que lo vio todo rojo y se deshizo rápidamente de sus enemigos.

Las mujeres que permanecían en pie gritaban y sollozaban sobre los cuerpos de las caídas, pero entre ellas no veía a Hadryna.

—¿Dónde está Hadryna? —preguntó a una de las histéricas y sollozantes mujeres—. ¡Contesta!

Pero la mujer no hacía más que llorar y gritar y era imposible que le diese respuesta alguna.

—Ella está muerta —contestó otra de las sollozantes mujeres, sus ojos contenían tanto odio como solo una mujer Gypsy podía imprimir en ellos. Ella escupió al suelo ante él—. Todas están muertas por vuestra culpa, malditos *balamo*.

Nyxx sacudió la cabeza. No. Su Hadryna no podía estar muerta. Alzándose en toda su altura empezó a caminar entre los cuerpos alrededor, su corazón en un puño mientras buscaba a su pequeña romí.

—No la encontrarás aquí —clamó de nuevo la mujer—. Ellos se la llevaron hacia abajo, hacia las orillas del lago... Había lujuria en sus ojos cuando la vieron, se habrán dado un festín entre sus piernas, después de todo es la puta de un *balamo*.

—¡Cállate! —respondió Nyxx con tanto odio que a duras penas podía contener el deseo de retorcer ese pequeño cuello—. No te atrevas a volver a hablar de ella si no es con respeto.

Sin darle oportunidad a decir nada empezó a descender hacia el río, rastreando la orilla siguiendo los signos de lucha y las prendas que habían quedado por el camino hasta un meandro unos cuantos pasos más adelante.

—Dryna —su nombre murió en los labios cuando vio el cuerpo tendido

en el suelo y a la matriarca de la tribu, velándolo—. No... ¡Hadryna!

Sus botas comieron el terreno para derrapar a los pies del cuerpo ensangrentado de su mujer, la sangre empapaba su pecho, sus brazos desnudos así como su rostro contenían moratones y arañazos, pero era la sangre que manchaba los muslos y la falda desgarrada lo que lo dejó sin respiración. Su mirada se encontró con la de la Matriarca, sus ojos, un doble de los de su esposa lo miraban con obvio reproche, pero más allá de eso, era el odio que había en ellos lo que lo destrozaba por dentro.

—No te atrevas a tocarla —masculló la mujer.

Nyxx apretó los dientes y le apartó la mano con fiereza cuando intentó evitar que tocara a su mujer.

—Es mi esposa —masculló inclinándose sobre ella—. Dryna, mi amor... Abre los ojos... Hadryna...

—Está muerta, tú la has matado —masculló la mujer con profundo odio.

—¡Cállate de una vez, Valeska y haz algo por ella! —clamó él con desesperación—. Por amor de los dioses, es tu hija... y lleva a tu nieto.

La mujer palideció realmente al escuchar la proclama de los labios de su yerno. Empezó a negar con la cabeza y una solitaria lágrima descendió por su mejilla mientras volvía la mirada a su hija y de vuelta al guerrero.

—Lo sabía... Se lo dije, pero no quiso escucharme —susurró la mujer sacudiendo su cabeza—. Le dije que tú ibas a significar su muerte y no me escuchó. ¡Tú eres el único culpable de todo esto! ¡Nunca debiste acercarte a ella! ¡No te pertenecía!

—¡Es mi esposa! Nos amamos.

—Amor... ¿Qué sabrás tú de amor? Vosotros los *balamo* solo conocéis de odio y de lucha —escupió la mujer antes de volverse hacia su moribunda hija—. Te lo dije Hadryna, tu *day*^[28] te lo dijo.

—Maldita sea, Valeska —gritó Nyxx tomando a su esposa entre sus

brazos—. Tienes que hacer algo, ella...

—Ella está muerta.

—¡No! —se negó Nyxx, no podía aceptar eso.

—Creíste poder contentar a ambos pueblos y no has hecho más que dividir tus afectos —masculló la mujer presionando la mano en la sangre que escapaba de las numerosas heridas de Nyxx para luego hacer lo mismo con la sangre que manchaba el pecho de su hija y la suya propia antes de enterrar las manos en la tierra—. Y dividida quedará tu alma, seccionada en dos mitades que nunca estarán completas, que el salvajismo y la furia que arde en tu sangre se mezcle con esta tierra y te de mi maldición, que tu vida humana termine solo para hacerte vagar entre la vida y la muerte durante la noche y vuelva a ti condenándote con un nuevo amanecer. Como el que ha caminado entre el día y la noche, tú caminarás entre la vida y la muerte. Yo te maldigo hijo de *balamo*, consorte de una *romí* Valaco, yo te maldigo sobre la sangre derramada, la sangre mezclada, la sangre extinta. No habrá más descanso para ti, tu redención se extinguirá como se ha extinguido la sangre de mi sangre que yace muerta a mis pies.

La mujer entrecerró los ojos y retiró las manos de la tierra solo para lanzársela a él.

—Oye bien las palabras dichas por esta Gypsy, *balamo* —recitó de nuevo, su mirada puesta sobre el cuerpo inerte de la mujer—. Mi maldición caerá sobre ti, hoy a mi sangre te encadeno, a la sangre de mi sangre, a la sangre de toda una línea de una tribu fuerte y poderosa te encadeno, a la última descendiente de mi sangre te encadeno y suya será la voluntad de la sangre que pueda otorgarte el perdón. Yo te maldigo, Nyxxon de Epiro, que mi maldición caiga sobre ti junto con mi último aliento.

Antes de que él pudiera hacer algo para evitarlo, la mujer se puso en pie, tomó el cuchillo tirado en el suelo y recogiendo las faldas echó a correr

camino arriba, de vuelta al campamento, hacia una muerte segura. Solo entonces permitió que su mirada bajara al cuerpo inerte que tenía entre sus brazos, las lágrimas se escurrieron por sus mejillas al tiempo que de su garganta surgía un aterrador grito de dolor y desesperación.

La pena y el dolor se unieron en su interior hasta que los primeros rayos de sol se reflejaron sobre el río y con ellos llegó el deseo de venganza, venganza contra aquellos que le habían arrebatado lo único que tenía, venganza contra aquellos que le habían masacrado a la gente que amaba, venganza para su esposa y su hijo no nato. Las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas al pensar en el bebé que nunca conocería, el niño que nunca sería sostenido por los brazos de su madre, la mujer a la que había amado más que a su vida y la cual yacía muerta ahora a sus pies.

—Espérame —le susurró al oído antes de besar su frente—. Pronto me reuniré contigo.

Aquel era el mayor deseo de Nyxx, reunirse con su esposa y su hijo en la próxima vida, un deseo que pronto descubriría imposible gracias a la maldición que Valeska le había impuesto como condena.

Lluvia siguió a Nyxx a través de las calles de Ioánina para descender hacia el Lago Pamvotis, las casas y los alrededores de la ciudad eran pintorescos, con un encanto que solo podía encontrarse en esa zona de Grecia. Lluvia se había mantenido en silencio durante el trayecto de diez minutos en coche que separaban aquel lugar de la ubicación del santuario, intentando digerir todo lo que había narrado Nyxx, viendo a través de sus ojos las penurias por las que había pasado. El Cazador caminaba ante ella con la mirada puesta en el horizonte, en el agua del enorme lago que se veía con las montañas recortándose por detrás, un hermoso paisaje.

—Esas casas... esta ciudad... nada de esto existía —murmuró tratando

de orientarse guiándose por las milenarias montañas, buscando el lugar exacto en el que había ocurrido la última parte de su viaje aquella fatídica noche, la noche en la que había sido maldito—. Esto era un paraje yermo, con tan solo árboles y tierras de labranza que bajaban hacia el lago, unas tierras que se cubrieron de sangre inocente.

Lluvia lo miró pero no dijo nada, lo había intentado pero él parecía estar todavía sumido en sus recuerdos, todo lo que podía hacer era acompañarlo, permanecer a su lado mientras dejaba que el pasado saliera a la luz de modo que pudiera dejarlo descansar.

—Es por allí... —murmuró y caminó por un pequeño sendero de piedra que llevaba al interior de unas ruinas dejándolos prácticamente a orillas del lago. Su mirada recorrió la zona yendo de un lado hacia otro hasta que finalmente se detuvo junto a unas piedras a la orilla del río y contempló el agua.

A Lluvia se le encogió el corazón cuando vio el brillo de lágrimas sin derramar en los ojos de su compañero, el dolor que había en ellos y el arrepentimiento.

—Nyxx —susurró acercándose a él, posando suavemente la mano sobre su hombro.

Él alzó la mirada vidriada hacia ella y miró una vez más a su alrededor.

—La encontré aquí, Lluvia —murmuró, una solitaria lágrima empezó a deslizarse por su rostro mientras el dolor manaba por cada uno de sus poros—. Estaba cubierta de sangre, su túnica... La habían violado solo para terminar con ella clavándole un cuchillo en el corazón y yo no estaba con ella... ¡Dejé que la matasen a ella y a mi hijo!

Los ojos de Lluvia se llenaron de lágrimas mientras abrazaba a su compañero con fuerza contra ella. No sabía que decir para borrar el dolor de su rostro, pero no podía verlo así, no quería verlo tan destrozado.

—Tú no tuviste la culpa de lo que ocurrió, Nyxx, nadie podía haber sabido que sucedería algo así —le susurró acariciándole el pelo, dejando que él se abrazara a ella, que la utilizase como consuelo—. Ella te quería, te quiso hasta su último aliento, y ahora vuestro hijo estará en sus brazos, recibiendo su amor.

Él se abrazó con desesperación a su nueva compañera y lloró, por primera vez desde aquella aciaga noche hacía tantísimos años, lloró por lo que había perdido y lo que no podía recuperar y con sus lágrimas también dejó marchar lo más.

CAPÍTULO 15

Nunca antes había visto llorar a un hombre. No de aquella manera silenciosa que casi le partía el corazón, el grandioso y fuerte guerrero se había deshecho en lágrimas ante el peso de los recuerdos, el peso de un pasado que le fue arrebatado en el transcurso de una sola noche. Él quizás lo considerara una cobardía, pero para ella había sido una muestra de valor y humanidad, no todo el mundo era capaz de dar rienda suelta a sus emociones, no alguien que valoraba su orgullo por encima de todo, que vivía con el peso de una tragedia que le había marcado, una maldición que le estaba comiendo por dentro. Sus lágrimas no eran un símbolo de debilidad, no para ella.

Lluvia miró a su compañero quien ahora permanecía acucillado a la orilla del lago, su mirada perdida en la vasta extensión de agua, había permanecido así después de dejar sus brazos. No había dicho ni una sola palabra, solo se había apartado de ella y esta lo había dejado ir.

Recorrió lentamente todo el lugar con la mirada, el enorme lago se extendía a los pies de la ciudad, recortado contra el incomparable marco de las montañas, no era el típico lugar que encontrarías en los destinos turísticos, era pequeño y pintoresco, donde se respiraba una tranquilidad propia de los pueblos alzados a orillas del agua. Podía ser que en tiempos de Nyxx todo aquello no existiera, tal y como él se lo había relatado, aquellos parajes habían sido vírgenes, solo extensiones de tierra, naturaleza y las montañas y el lago frente a ellos, no había habido rastro de ni una sola construcción.

Lluvia volvió a mirar a su compañero, entonces pasó la mirada hacia

aquellas construcciones de color blanco y planta baja que rodeaban el lago, siguiendo su ascenso por las colinas en estrechos caminos de piedra, pudiera ser que aquel lugar contuviese dolorosos recuerdos para él, pero ella iba a encargarse de crear recuerdos nuevos que sustituyeran o mitigaran los antiguos, le daría una nueva perspectiva, una nueva forma de amar la patria que tanto había extrañado aunque él dijese lo contrario.

—Crearemos recuerdos nuevos —murmuró para sí.

Tomada la decisión, sacó el pequeño cuaderno floral que llevaba en su mochila y empezó a pasar las páginas acariciando las láminas pintadas a mano y pasando las yemas de los dedos sobre las frases que para ella no tenían significado alguno. Algunas páginas contenían flores secas entre ellas, otras en cambio solo eran dibujos. Lluvia observó los dibujos atentamente, comparándolos con la vegetación a su alrededor y frunció el ceño cuando creyó encontrar una similitud en la pequeña reproducción de un lago y unas montañas con árboles y vegetación. En una esquina se podía leer un nombre.

—¿Nyxx? ¿Qué quiere decir *Mitsikeli*? —preguntó entornando los ojos para leer aquella palabra—. Si es que se lee así.

La voz de Lluvia sacó a Nyxx de sus pensamientos, una voz baja, suave y dubitativa que lo trajo de regreso al presente y a la mujer que vestida en pantalones vaqueros, una chaqueta y la mochila al hombro, miraba con unos profundos ojos castaños el pequeño cuaderno entre sus manos. Se incorporó, abandonando la mirada del lago y se volvió hacia ella, entonces echó un rápido vistazo hacia los montes que se alzaban al frente y le dijo con voz ronca.

—Date la vuelta —respondió en voz baja, casi demasiado impersonal.

Ella hizo lo que le pidió y se giró encarando aquella enorme loma.

—Ese monte que sobrepasa la ciudad de Ioánnina es el *Mitsikeli* —respondió, pronunciando el nombre acentuándolo en la última “i”.

Lluvia empezó a mirar el monte ante ella con nuevos ojos, su mirada se entrecerró y volvió a bajar a la lámina para finalmente fruncir el ceño.

—Um, vale, creo que esto ya no va a ser factible —murmuró marcando la página del libro con un dedo—. Tachado de la lista.

Nyxx pasó su mirada del gran monte al libro y ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿El qué? —le preguntó, caminando hacia ella.

Lluvia alzó la mirada hacia él, sus preciosos ojos verdes ahora estaban cubiertos por unas oscuras gafas de sol, imaginaba que para cubrir la evidencia del enrojecimiento que le habrían producido las lágrimas más que por comodidad, ya que a pesar de que el día estaba claro, no había tanta luz.

—Esta flor —respondió estirando el cuaderno para que él pudiese contemplar el dibujo del lago y los montes, y la pequeña flor pintada de amarillo que había en una esquina con una pequeña descripción ilegible para Lluvia.

Nyxx se inclinó sobre el cuaderno, moviéndolo para poder leer la pequeña descripción al pie de la foto.

—Es una descripción de la flora del monte y los alrededores del lago, a juzgar por el diseño del dibujo, antes de que la ciudad fuera levantada. Está en romaní valaco —le explicó dando un paso atrás—. Y hay algunas anotaciones más en griego. Posiblemente haya pertenecido a alguna curandera o estudiosa de las plantas.

Lluvia miró el cuaderno contemplando las letras que para ella no tenían sentido, preguntándose quién habría sido la mujer o el hombre que habría escrito aquello. Estaba a punto de comentárselo a Nyxx cuando lo vio pasar junto a ella para ascender por el camino empedrado desde el que habían accedido al lago.

—Volvamos al coche.

Él ni siquiera esperó a ver si la seguía, continuó su camino sin tan solo volver la vista atrás, sus amplios hombros ligeramente caídos, su espalda tensa, los recuerdos estaban demasiado arraigados en su mente y en su corazón.

Lluvia se mordió el labio mirando a su alrededor, dudando sobre la decisión que había tomado, la única que quizás sirviese de algo.

—Me gustaría ver Ioánnina —respondió en voz alta, firme, lo suficiente para que él se detuviese en lo alto del camino, al inicio de un par de casas y respondiera sin apenas volverse a mirarla.

—Aquí no hay nada que ver —fue su respuesta antes de seguir ascendiendo por el camino empedrado por el que había bajado.

No iba a rendirse tan fácilmente, no cuando la había arrastrado a través de todo el océano Atlántico para traerla hasta Grecia en busca de una solución que ni siquiera habían mencionado.

—Si fue aquí donde Valeska impuso tu maldición, yo diría que sí tenemos cosas que ver —resolvió ella al tiempo que guardaba el cuaderno en su mochila y hurgaba entre sus pocas cosas en busca de la guía de viajes que había comprado en el aeropuerto—. Además, hay un museo arqueológico al lado de una tal Plaza de la Democracia, y está cerca de la Plaza Pirrou que por la foto que aparece en la guía tiene pinta de ser bastante interesante, y tiene unos jardines inmensos —aseguró acariciando la foto con los dedos. Aquellos jardines eran lo que había llamado principalmente su atención cuando había mirado la guía en busca de información del lugar al que iban a ir—. Tenemos que ver los jardines, si son tan exquisitos como en la foto...

—Lluvia, nos vamos —fue la dura y fría respuesta de él, dicha en un tono que la hizo estremecerse. Su mirada era fría, impersonal y se notaba la tensión en la manera en que apretaba su mandíbula—. Ahora.

Ella se mordió el labio inferior en un intento para evitar que le

temblara. Aquel no era el hombre tierno, irónico y atento que la había estado acompañando, era el Cazador, el que no había dudado en sacar su espada y batirse en duelo. Se obligó a respirar profundamente, no iba a asustarla, no iba a permitir que la asustara, ya había temido demasiadas cosas en su vida como para tener que preocuparse ahora de temerlo a él, suficiente trabajo tenía con los sentimientos que despertaba en su interior, el miedo no entraba en su agenda.

Sin responder a su cortante amenaza, alzó la barbilla, marcó la página de la guía con una pequeña doblez y aferrando el librito con fuerza en una mano, lo siguió subiendo por el camino empedrado para finalmente adelantarle y no dirigirle la palabra mientras atravesaban las próximas calles hasta la bifurcación en la que deberían torcer a la izquierda para volver al coche. Lluvia optó por girar a la derecha.

A Nyxx no se le había pasado por alto la postura erguida de sus hombros, la elevación de su barbilla y el forzado silencio que instauró ella entre ambos. Estaba enfadada, furiosa en realidad.

—Lluvia, el coche está por el otro lado —murmuró él, modulando su voz a un tono más tranquilo, amistoso.

Ella apenas se detuvo lo suficiente para volverse y mirarlo de arriba abajo antes de contestar.

—No voy al coche —le respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Voy a ver esos jardines, aunque tenga que recorrer todo el pueblo para encontrarlos.

Él soltó un bajo gruñido canino.

—Ni siquiera sabes lo más básico de griego —le recordó lo obvio—. Y dudo que alguien aquí sepa inglés.

Lluvia apretó aún más los labios, tomó su pequeña guía y le respondió:

—Me las arreglaré —aseguró con firmeza—. No será la primera vez

que tenga que recurrir a las señas. Si quieres irte, puedes esperar en el coche, yo voy a ver la ciudad, es lo menos que puedo hacer después de que me has arrastrado a través de un océano engañándome para hacerlo.

Nyxx realmente la miró con asombro.

—¿Cuándo te engañé? —no pudo evitar preguntar. Le había dicho desde el principio que iban a viajar a Grecia.

Ella se llevó las manos a las caderas y entonces las alzó en un aspaviento.

—Me hiciste creer que vendríamos en avión y me trajiste a tu manera —le recordó antes de dar media vuelta—. Así que, me lo debes. Vete al coche si eso es lo que quieres, no te matará esperar por mí un par de horas.

Nyxx suspiró, se pasó una mano por el pelo con desesperación y bajó tras ella, cuando Lluvia continuó su camino descendente, en dos zancadas la había tomado por el brazo, tirando de ella para detenerla.

—¿Por qué estás haciendo esto ahora? —La obligó a volverse hacia él, a enfrentar su mirada a pesar de estar cubierta por las gafas—. Solo vámonos, por favor.

Ella se quitó la mano de su brazo con un gesto de enfado.

—No —negó con rotundidad—. Me trajiste aquí para que pudiese liberarte de esa maldición, Nyxx, pero yo no sé nada de maldiciones, rituales o cualquiera de esas cosas, dices que soy una Gypsy, pues yo te digo que no tengo la menor idea de quién soy. Hasta hace unos días pensé que era hija de un ama de casa y un médico, y la verdad es que no soy más que una niña abandonada en un hospital y que fue adoptada por que mi madre adoptiva no podía tener hijos.

Ella sacudió la cabeza, su pelo volando al compás de sus movimientos.

—Pero la verdad es que tampoco has vuelto a decir nada sobre ello, tus recuerdos han pesado más que tu necesidad de liberación y ahora quieres...

—Lluvia, ¡ya basta! —la interrumpió con una seca orden, su voz era dura, tanto que incluso para su bajo nivel de audición y con el nuevo audífono implementándolo, la lastimó—. No quiero ver la ciudad, no quiero permanecer aquí más tiempo, solo quiero olvidarme de todo ello.

Ella se apartó cuando él intentó tocarla, aquello hirió profundamente a Nyxx así como el temor que vio pasar fugazmente por sus ojos. Estaba asustada de él y con todo no dudaba en enfrentarlo. ¿Qué clase de estúpido era para asustar así a su compañera? Lluvia le tenía miedo, a él.

—Lluvia... —pronunció su nombre dolido y molesto consigo mismo por asustarla.

Ella no se amilanó.

—Vinimos aquí para encontrar la manera de romper la maldición que te echó Valeska —insistió caminando ahora hacia él, hasta que quedó dentro de su espacio personal—. Puedes gritarme, intentar asustarme o abandonarme aquí mismo, pero no voy a marcharme de este lugar hasta que entienda cual es la forma de liberarte, porque no se trata solo de la maldición, Nyxx, hay mucho más que te ata que la compañía de tu lobo. Este es tu hogar, tú patria, sé que la echas de menos, puede que esté sorda pero mis otros sentidos funcionan muy bien y puedo leer más allá de lo que se ve a simple vista y sé lo que hay en tu interior.

Él abrió la boca para responder a eso pero ella negó con la cabeza.

—Es hora de que dejes que el pasado se vaya y el presente ocupe su lugar, Nyxx —aseguró, sus ojos brillantes por lágrimas que no se atrevía a derramar—. Nadie puede vivir eternamente de sus recuerdos, ni lamentarse por ellos.

—*I elpída mou sto skotádi mou mésa* —murmuró él sin apartar su mirada de la de ella.

Lluvia se movió incómoda cambiando su peso de un pie al otro, él había

dicho aquello con mucha suavidad, ternura, la misma forma en que le había hecho el amor.

—¿Podrías traducírmelo, por favor?

Nyxx cerró los ojos y suspiró, entonces alzó la mano y le acarició el rostro.

—He dicho que eres mi esperanza en el interior de mi oscuridad —respondió suspirando, sin quitarle los ojos de encima—. No quise asustarte, Lluvia, no tienes que tener miedo de mí, nunca te haría daño, *mikrés*.

Ella se irguió ladeando el rostro.

—No es a ti a quien tengo miedo —confesó volviendo la mirada hacia él—, temo la oscuridad que hay en ti, es esa otra parte a la que tengo miedo.

Como si el lobo en su interior entendiese lo que ella quería decir, Nyxx lo sintió removerse y aullar de dolor, él tampoco quería que le tuviese miedo, después de todo, también era su compañera.

Nyxx le acunó el rostro, tomándolo entre sus manos.

—Mi lobo tampoco te hará daño, eres tan importante para él como lo eres para mí —le aseguró Nyxx.

Lluvia inclinó la cara sobre su palma enguantada.

—¿Aunque mi sangre sea lo único que podrá separaros?

Nyxx asintió y la atrajo contra él, abrazándola, empapándose de su calor, permitiéndole que ahuyentase el frío de su pasado.

—Incluso así —aceptó besándole la cabeza para luego apartarla ligeramente y retirarle el pelo de la cara para indicarle nuevamente el camino de la izquierda—. El Kastro, el Casco Antiguo de la ciudad, está lleno de callejuelas estrechas con varias construcciones otomanas tradicionales, hay dos mezquitas y está el museo bizantino, el antiguo palacio de Alí Pachá, un famoso personaje de Ioánnina y los jardines que quieres ver... Pero es por aquí. Por ese lado, volverías a bajar al lago.

Lluvia lo miró frunciendo el ceño.

—Creí que no habías estado anteriormente en la ciudad —respondió ella con sorpresa.

Nyxx sacudió la cabeza e indicó la guía que ella todavía sostenía en sus manos.

—No he visitado esta zona desde hace más de mil años, *mikrés*, pero yo también he hecho mis investigaciones antes de venir aquí.

Ella suspiró y apartándose de sus brazos tomó el camino correcto.

—Solo quiero que tengas algún recuerdo nuevo que sustituya a aquellos amargos de tu pasado —murmuró confesando la verdad, entonces se volvió hacia Nyxx explicándose rápidamente—. No quiero decir que tengas que olvidarla a ella, es decir... ah... que lío.

Nyxx estaba realmente agradecido por el gesto, entendía que era lo que intentaba Lluvia y al contrario de lo que pensaba la muchacha, era muy consciente de quien era ella y quien había sido su esposa. Hadryna y su hijo ya no estaban con él, no volverían a estarlo en esta vida, pero Lluvia estaba aquí, al alcance de su mano. Ella le había demostrado una ternura y una pasión que no había pensado que pudiera guardar por ninguna otra mujer. Nyxx se inclinó hasta que quedó a la altura de sus ojos, le acarició el rostro y la besó suavemente en los labios.

—Amé a mi esposa, *mikrés*, eso nunca lo negaré —aceptó Nyxx con absoluta sinceridad—. Pero ella se fue, llevándose a nuestro hijo con ella y mi amor. Los tiempos cambian, Lluvia y tú eres ahora mi compañera, eso es todo lo que necesito saber.

Ella asintió sintiéndose como una tonta, pero mucho más tranquila y feliz al haber escuchado las palabras de Nyxx. Quizás, cuando acabasen con la maldición, él quisiera quedarse con ella.

La idea se filtró con tanta facilidad en su mente que cuando consiguió

analizarla tropezó con una piedra en el camino, evitando caer por poco.

—¿Lluvia? —la llamó Nyxx acercándose a ella cuando la vio palidecer—. ¿Qué ocurre?

Ella sacudió la cabeza. ¿Qué ocurría? Que era una tonta, eso ocurría, se había enamorado de él y esperaba que la quisiera lo suficiente como para quedarse con ella cuando todo terminase.

—No es nada —negó respirando profundamente—. Solo he tropezado.

Nyxx no la creyó, había visto el cambio en sus ojos, el repentino dolor, las dudas.

—¿Segura? —insistió él.

Ella asintió y se volvió hacia él.

—¿Qué harás cuando rompamos tu maldición?

—Si conseguimos romperla, querrás decir —la corrigió él.

Lluvia negó con la cabeza.

—Si algo me sobra, es voluntad, Nyxx, y cabezonería —sonrió ella con timidez—. La romperé.

Él le acarició el rostro. ¿Sería eso lo que la había preocupado? Si era sincero consigo mismo, no se había parado a pensar en ello, todo lo que había tenido en mente era a ella y meterla en su cama y ahora que lo había hecho, no quería dejarla marchar.

—Preocupémonos de cada cosa a su tiempo —le respondió con un ligero encogimiento de hombros antes de enlazar su brazo alrededor de la pequeña cintura femenina e instarla a caminar—. Vamos, conozcamos la nueva Ioánnina.

La ciudad resultó ser mucho más impresionante de lo que Lluvia se había esperado, no es que tuviese unas expectativas claras sobre lo que iba a encontrarse allí, pero la sencillez del entorno, la tranquilidad de los parajes y

la amabilidad de su gente la había sorprendido e impresionado. A menudo había sonreído ante el barboteo de algún anciano que les había salido al paso, Nyxx era quien se encargaba entonces de responder y parecía disfrutarlo, a pesar de todo, la tensión que se notaba en su cuerpo mientras se movía y le explicaba o traducía los letreros no lo había abandonado del todo, era como si estuviese tratando de buscar la forma de adaptarse sin conseguirlo del todo, estaba nervioso.

Él había permanecido paciente a su lado mientras ella examinaba los jardines de un lado a otro, se había hecho con su teléfono móvil para usarlo de cámara, debido a la alta resolución de esta, solo para que Nyxx se lo hubiese quitado para que no lo enfocase a él y había intercambiado su lugar de modo que fuera ella la que saliera en las fotos. Casi había tenido que rogarle que le pidiera a alguien que les sacase una foto juntos, cuando unos turistas ingleses la habían oído y se habían ofrecido a ello. Nyxx solo había aceptado para que dejase de pedirlo, aquella era una foto que Lluvia conservaría para siempre.

Pero lo que tampoco se le había escapado a la muchacha era la manera en que las mujeres observaban a su acompañante, alguna incluso se había rozado con él y otra más audaz había deslizado algo en el bolsillo de su cazadora mientras le decía algo en griego. Lluvia había sentido unas ganas tremendas de ir tras la mujer y hacer que se comiera lo que quiera que hubiese deslizado en su bolsillo, pero había sido la reacción de Nyxx a ello la que la disuadió de inmediato. Él respondió a la mujer de una manera bastante borde, si bien ignoraba lo que le había dicho, la reacción de la mujer no tuvo precio. Él se limitó a ignorarla, sacó la nota del bolsillo y la dejó caer en una papelera sin siquiera mirarla. Aquel gesto había enternecido a Lluvia y la había dejado de buen humor durante el resto del paseo.

Estaban saliendo de uno de los museos cuando Nyxx se acercó a ella y le rozó la mano para llamar su atención.

—Necesito volver a Dodona —murmuró Nyxx mirando a su alrededor con cierto nerviosismo, sus manos apretadas en sendos puños temblaban ligeramente.

Lluvia se volvió hacia él, notándolo mucho más nervioso, inquieto.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Nyxx le sonrió con suavidad y le acarició la mejilla para borrar esa expresión preocupada que leyó en sus ojos.

—Necesito correr... He estado sometido a demasiada tensión... —murmuró como si aquello lo explicase todo.

Ella sacudió la cabeza, no entendía.

—¿Correr? —preguntó haciendo un mohín.

Nyxx sonrió abiertamente y le acarició la nariz con un dedo al tiempo que se inclinaba hacia ella.

—Mi lobo.

Lluvia parpadeó permitiendo que aquella declaración penetrase en su mente, sus ojos fijos en los verdes de Nyxx hasta que sus recuerdos se superpusieron a la realidad y en vez de los suyos, vio unos muy parecidos pero pertenecientes a un animal de cuatro patas, a un lobo. Se estremeció involuntariamente ante el recuerdo de aquella noche en la que ese mismo lobo había evitado que la violasen o quién sabe qué cosa.

Él notó su reacción ya que extendió la mano hacia ella, acariciándole nuevamente la mejilla con los nudillos como hacía siempre que olía su nerviosismo.

—No hay necesidad de que te quedes —le respondió con suavidad, permitiéndole la oportunidad de permanecer a parte mientras él se encargaba de sus necesidades—. Puedo llevarte a Atenas y dejarte en el hotel...

Ella sacudió la cabeza enérgicamente.

—Nada de desvanecimientos para mí, Nyxx —negó con tanto fervor que

lo hizo sonreír.

—Tenemos los billetes de vuelta para el avión —le recordó con tranquilidad.

Lluvia se apartó el pelo hacia detrás del hombro y negó con la cabeza.

—Si tú te quedas, yo me quedo —respondió respirando profundamente, la decisión arraigando en su mente—. Puedo esperarte en el coche, pondré los seguros y escucharé la radio o me leeré la guía mientras tú haces tus cosas... corres... lo que quiera que sea que haces... hace... bueno eso.

Nyxx entrecerró los ojos y la miró con curiosidad, su lobo lo había alertado del nerviosismo de ella y había gimoteado en su interior, deseoso de salir. Algunas veces era extraño sentir como su compañero era parte de él y al mismo tiempo un ente separado. Desde que lo había herido al permitir que la puerta se quedara con parte de su esencia, así como de la de él mismo, el lobo demandaba su atención con más fuerza, alzándose casi como un compañero en su espíritu, que como una parte de sí mismo. Nyxx se había acostumbrado ya a aquellas demandas, pero la sola idea de que Lluvia temiese esa parte de él, le dolía tanto como al propio lobo.

—¿Tienes miedo de mi lobo, Lluvia?

Ella tardó en responder. Los recuerdos que tenía del can eran un poco confusos y estaban teñidos de sangre. Recordaba su mirada y de algún modo aquella mirada la seguía persiguiendo, se había clavado en su alma haciéndola estremecerse, pero no estaba segura de si era por temor o por algo más. A ella siempre le habían gustado los animales, si bien prefería los gatos, los perros eran una buena opción, y aquel perro... lobo en cuestión, la había dejado marcada de alguna manera.

—No te temo a ti —respondió en voz baja, su mirada todavía en la de Nyxx—. Pero la última vez que te vi... que lo vi a él... —demonios, costaba un poco aceptar que aquel lobo fuera su compañero—, no... no estabas muy

limpio que digamos.

Nyxx se echó a reír, una risa verdadera potente que atrajo las miradas de los paseantes. Ella se sonrojó y miró a los lados con una sonrisa de disculpa, aunque en el fondo disfrutaba de esa pequeña dicha, ese había sido el primer gesto sincero y despreocupado de su compañero desde que habían emprendido ese viaje hacia el pasado. Él se inclinó hacia ella, de modo que fuera la única en escucharle cuando murmuró a su oído protegido por el audífono:

—Creo haber sido bastante considerado al lavarme el hocico y las patas —le respondió con diversión, su mirada buscando la de ella—. Fue toda una suerte que no nos metieran a los dos en una celda ante nuestro aspecto de aquella noche.

Ella vaciló, su mirada iba de Nyxx a la gente.

—Sí, bueno —musitó—. Tan considerado como haya sido y teniendo en cuenta que la mayoría de esta gente no entiende el inglés, siguen mirándonos como si fuésemos dos locos... Así que, ¿podemos irnos ya, por favor?

Nyxx la rodeó con los brazos desde atrás, sorprendiéndola y se inclinó sobre el oído en el que no tenía ninguna audición para depositar un beso tras el pabellón de su oreja.

—¿Tienes hambre? —le preguntó apretándola contra él, haciendo que su pequeño y apetitoso trasero se rozara con su erección. Si algo le provocaba aquella inquietud en su lobo, además de las ganas de cambiar de piel y dar rienda suelta a sus instintos animales, era aparearse... Y ella olía tan bien.

Lluvia jadeó al sentir la dura protuberancia frotándose contra ella, el calor saltó inmediatamente en su estómago, la sangre se encendió en sus venas a una velocidad que jamás pensó posible.

—De comida, sin duda —respondió en un ahogado jadeo.

Nyxx rió entre dientes y la apretó más contra él mientras su mirada

escaneaba el lugar. Pasaba bastante tiempo de las seis de la tarde y como siempre ocurría en aquella época del año, los días se acortaban y la noche y la oscuridad caía antes sobre los distintos países. Si bien ella había desayunado tarde, el caminar de un lado a otro y el agotamiento de aquel viaje debían haberle abierto el apetito y ninguno se había parado a pensar en la comida hasta ahora.

—¿Crees que puedes subsistir por ahora con unos bocadillos? —le preguntó acariciándole el cuello con su aliento. Su lobo gimoteó de anticipación, haciéndolo completamente consciente de su acuciante necesidad, de la necesidad de los dos.

—Si dejas de frotarte contra mí, seguro que sí.

Él le mordió suavemente un lateral del cuello apartándole el pelo dejándole una pequeña marca antes de alejarse lo suficiente de ella para no dar un espectáculo en plena calle digno de un pase erótico y la empujó hacia una de las calles laterales.

—Veremos que podemos encontrarte para entretenerte y que comas algo mientras me esperas.

Volver a Dodona fue extraño, la luz del sol hacía tiempo que había empezado a apagarse hundiéndose detrás de las montañas, poco a poco el cielo pasó de ese color anaranjado que teñía el atardecer y se reflejaba sobre los montes recortados contra el horizonte a una oscuridad parcial que fue creciendo hasta envolver todo el valle en sombras. Lluvia bajó del coche y respiró profundamente, había algo en aquel lugar que la llamaba, un poder antiguo tirando de ella. Sin pensárselo se agachó y llevó la mano hacia el suelo cerrando los ojos, permitiendo que aquel peculiar don que tenía saliera de sus dedos y entrase en contacto con la vieja tierra, la sensación de calidez y bienvenida que obtuvo la dejaron jadeando y al mismo tiempo la envolvió con

tranquilidad y calidez.

Nyxx se movió a su lado, sorprendido cuando tanto él como su lobo sintieron el cambio en el aire y la respuesta del poder de aquel ancestral lugar ante el pacto de su compañera. Si había alguna duda al respecto sobre la herencia de aquella muchacha, aquel acto había acabado con ellos.

—Eres Valaco, *mikrés*, hasta la última gota de tu sangre pertenece a estas tierras —murmuró mirándola asombrado.

Ella se sonrojó y retiró la mano inmediatamente del suelo. No le gustaba compartir aquel don con nadie, nunca lo había hecho por miedo a que la mirasen como alguien extraño.

—Supongo que de algún lado tenía que venirme este extraño don, ¿no? —respondió con una suave sonrisa, su mirada huyendo de la de él.

Nyxx tomó su rostro entre las manos y la obligó a volverlo hacia él.

—No te escondas de lo que eres o lo que puedes hacer —le dijo acariciándole la mejilla con el pulgar—. No tienes nada de lo que sentirte avergonzada.

Ella sonrió en agradecimiento y se libró de su mano volviendo hacia el coche.

—¿Quieres ver otra vez el Santuario o el Teatro? —le sugirió señalando el lugar a su espalda.

Lluvia sintió su vacilación, leyó la renuencia a abandonarla allí aunque fuese solo durante unas horas, así como también notó en él el nerviosismo que le provocaba el lobo, la necesidad de liberación mezclada con el temor y los recuerdos que aquella tierra provocaba en él. Sin pensárselo dos veces, fue a él, enredó las manos en las solapas abiertas de su chaqueta y tiró de él hacia abajo, acariciando su boca con los labios, buscando su aceptación a esa pequeña libertad que se estaba tomando al besarlo, antes de hundir la lengua en la húmeda cavidad de la boca masculina y arrancarle un gemido cuando

entrelazó su lengua con la de él y lo besó profundamente.

Ella respiraba con dificultad cuando se separó de él.

—Ve a hacer lo que tengas que hacer —le respondió todavía aferrando su chaqueta para luego soltarle y darle un suave empujoncito—. Vete, me meteré en el coche, pondré todos los seguros y la radio y te esperaré comiéndome esos ricos bocadillos. Esperemos que no me quede dormida antes de que vuelvas, o dormirás fuera... lobo.

Nyxx le acarició el rostro y volvió a besarla.

—*S'agapó*, Lluvia —le susurró dejando sus labios y marchándose antes de que ella pudiera decir algo más—. Te veré en unas horas.

Ella asintió y lo dejó ir asistiendo con asombro a la delicada y mágica transformación del hombre en un hermoso lobo. En un momento, Nyxx estaba allí sonriéndole, al siguiente una ligera niebla empezó a elevarse desde el suelo, como si estuviese iluminada desde abajo envolviendo todo su cuerpo, fusionándose con él cuando el cuerpo sólido que ella tan bien conocía empezó a decolorarse y hacerse incorpóreo, como el de un fantasma, lo vio extender una mano hacia ella, mano que fue reclamada por la niebla. En el espacio de un parpadeo, la niebla había consumido todo el espacio y un sonoro aullido canino se elevó en el lugar, haciendo eco en el valle al tiempo que emergía de la niebla un enorme can con pelaje en varias tonalidades. Sus movimientos eran lentos, medidos y sinuosos, los ojos brillantes por la acción de las luces del vehículo clavados en ella un instante antes de que volviese su enorme cabeza al compás de sus orejas y saliese disparado propulsándose con aquellas poderosas patas hacia la oscuridad de la noche.

Lluvia tuvo que sujetarse a la puerta abierta del coche para no caer ahora que sus piernas empezaban a temblar, acababa de presenciar la transformación del hombre al que amaba en un enorme lobo, aquella era la maldición de Nyxx. La gravedad y crueldad de aquello cayó sobre ella como

una losa. Su pueblo podría haber sido un gran clan, pero lo que habían hecho a aquel hombre, solo demostraba la esencia vengativa de su raza.

Volviendo al coche, se subió al asiento del copiloto y cerró la puerta, presionando los seguros antes de encender la radio y recostarse contra el respaldo. Su vida estaba dando un giro de trescientos sesenta grados y no estaba segura de si iba a terminar en el mismo punto en donde había comenzado.

Las horas fueron pasando demasiado lentamente para Lluvia, su mirada a menudo iba del reloj que marcaba la hora en el salpicadero a los alrededores ahora totalmente sumidos en sombras, los sonidos de la noche solo eran ahogados por el murmullo de la radio, la verborrea de los locutores y las palabras que ni siquiera entendía de las canciones de moda en la radio. Se había comido dos de los bocadillos que Nyxx había comprado para ella dejando otros dos para él en caso de que tuviese hambre cuando por fin regresara, él había desayunado con ella y que supiera, no comió nada más desde entonces. Con un suspiro le dio un sorbo a su refresco de naranja y se frotó los cansados ojos mientras miraba la guía en sus manos. Había estado leyendo todo lo referente a Atenas, desde que era una niña siempre había deseado visitar la Acrópolis, había fantaseado con los antiguos dioses griegos, con el caballo alado, Pegaso, pero nunca había creído que pudiera hacer realidad aquel sueño de niña y visitar Grecia hasta que él se cruzó en su vida y convirtió su seguro mundo en un suceso continuo de extraños acontecimientos.

Un sonoro aullido captó su atención. Se inclinó sobre el control de volumen de la radio y lo puso al mínimo mientras se apoyaba sobre el salpicadero del coche y volvía la mirada alrededor, intentando ver más allá de las sombras, a través del potente haz de luz que creaban los faros del coche. Allí no había nada, todo seguía igual de quieto y silencioso o así lo creía hasta que, recién salido de las sombras e internándose directamente contra el haz de

luz del coche surgió la silueta de un enorme lobo. El hocico del animal se alzó hacia delante como si estuviese olisqueando algo, su larga lengua rosada abandonó sus fauces para lamerse la nariz antes de estirar el cuello y lanzar un fuerte aullido que la hizo dar un bote en el asiento.

Su mirada quedó clavada en el animal quien volvió a bajar su enorme cabeza, sus orejas moviéndose como si captaran algo hasta que sus ojos entraron en contacto con los de ella y se quedaron mirándose el uno al otro durante un largo momento.

—¿Nyxx? —musitó ella y el lobo se lamió nuevamente la nariz, humedeciendo aquel brillante y negro botón.

Lluvia no fue consciente de cuando su mano abrió el seguro de la puerta y se apeó del coche, su mirada todavía fija en el enorme animal que ahora caminaba hacia ella. El contraste de la temperatura del interior del vehículo contra la del exterior la hizo estremecerse, si bien no hacía mucho frío, era suficiente para que la piel de sus brazos, ahora que se había remangado el jersey, se le pusiera como la piel de gallina.

Parpadeó entonces rompiendo el trance en el que se había visto envuelta cuando lo miró a los ojos y apretó con fuerza la parte superior de la puerta.

—¿Nyxx? ¿Eres tú?

Lluvia se mordió el labio, aquello debía ser la cosa más tonta que le había pasado en toda su vida, si bien no era raro verla hablando con las plantas, aquella debía ser la primera vez que otorgaba inteligencia humana a un perro. Bueno, a un lobo.

—¿Estás ahí dentro... en algún... lugar? —musitó mirando al animal quien se había detenido a pocos metros y se había sentado sobre sus cuartos traseros, su cola empezó a barrer lentamente el suelo.

Ella esbozó una sonrisa irónica y empezó a cerrar la puerta con cuidado.

—Vale, esto está resultando mucho más raro de lo que esperaba —aseguró apoyándose contra la puerta cerrada del vehículo—. Hola...

El can se limitó a mover su cola mientras bajaba ligeramente la cabeza, como lo haría un perro sumiso. Ella se rió ante lo absurdo de aquello.

—Oh, esto es muy raro —aseguró riéndose de sí misma antes de avanzar pegada al coche y pararse frente a él, enmarcada por los faros del coche—. Hola guapo... sí... eres muy guapo... quédate dónde estás, ¿vale?

Como si el animal la entendiese, echó las orejas hacia atrás dando a su rostro canino una expresión de lo más irónica. Lluvia la comparó con la misma expresión de pura ironía que solía encontrar a veces en Nyxx y aquello la hizo reír.

—Lo siento... es que esto me supera —aseguró entre risitas.

El lobo la miró y se levantó llamando su atención. Lluvia vaciló pero finalmente extendió la mano derecha con la palma hacia arriba y espero, entre nerviosa y temerosa a ver que hacía el animal. El lobo sacó su enorme lengua rosada y se lamió el hocico antes de caminar lentamente hacia ella y empezar a lamerle la yema de los dedos cuando la tuvo finalmente a su alcance.

Ella retiró la mano con un saltito y se echó a reír al tiempo que lo miraba mientras él meneaba el rabo.

—Cosquillas... lo siento —respondió tratando de calmarse y volvió a extender su mano hacia el hocico, llegando a tocarle la húmeda nariz antes de que este agachara la cabeza y permitiera que su mano se deslizara por su nariz y cabeza enterrándose en su suave pelaje. Ella jadeó ante la extraña y mágica sensación de estar acariciando a aquel animal—. Es increíble... tan suave... Tienes un pelo muy suave.

El lobo gimió y se apretó más contra su mano, buscando su aceptación, sus caricias, cerrando los ojos cuando ella tocó sus orejas y le rascó justo detrás de ellas, solo entonces se sacudió meneando todo el cuerpo,

recolocándose el pelo con un gesto satisfecho.

Para su continua sorpresa, el animal empezó a inclinarse hacia atrás, estirando sus patas delanteras al tiempo que bajaba la cabeza hacia el suelo y la miraba desde esa posición, soltando un pequeño ladrido antes de saltar hacia un lado y luego hacia el otro, para volver a inclinarse mientras meneaba la cola, llamando su atención.

Jugar.

El pensamiento sonó con fuerza en su mente, como un relámpago que gritase en voz alta en el interior de su cabeza.

—Wow —jadeó ella echándose atrás con una sonrisa—. Eso fue intenso.

Juega conmigo.

Ahora, aquello era una voz que conocía.

—¿Nyxx?

El lobo volvió a saltar acercándosele para luego retirarse cuando ella quiso acariciarlo y la hizo reír.

—Así que quieres jugar —respondió, asombrada y encantada como una niña.

Como respuesta el lobo volvió a saltar hacia ella solo para retirarse cuando quiso acariciarlo.

Riendo, Lluvia se unió al juego, persiguiéndolo. Él procuraba mantenerse siempre dentro del alcance de la luz de los faros del coche, donde ella podía verlo e intentar atraparlo infructuosamente. Disfrutaba del juego con su compañera, no importaba que ella fuera humana, sus instintos y su olor le decían que era suya y debía protegerla, el alma humana en aquel cuerpo que ambos compartían decía lo mismo, los dos eran un solo ser y lobo y hombre estaban conformes con ello. Su compañera. Suya.

Atrápame.

Lluvia rió corriendo tras él, la voz que se proyectaba en su mente era la de su compañero, y al mismo tiempo distinta, pero seguía siendo Nyxx.

—Es más fácil de decir que hacer —rió ella, sin darse cuenta respondía en voz alta a las frases que él proyectaba en su mente—. Eres rápido, lobo.

Como si quisiera darle ventaja, el lobo la burló durante un instante, dio la vuelta al coche y se mantuvo a la espera mientras lo buscaba sin éxito, entonces saltó tras ella, empujándole el trasero con la nariz.

Lluvia emitió un pequeño gritito y se volvió con una carcajada.

—¿Pero qué maneras son esas? —se rió antes de decirle al lobo—. Tienes las mismas malas maneras de lobo que de hombre, Nyxx.

El lobo rió en su mente, era la risa masculina de Nyxx mezclada con lo que de algún modo sería la risa del animal, fuese como fuese, Lluvia sabía que era él y la sola idea se le hacía increíble. Su largo lomo resbaló bajo sus manos, permitiéndole acariciar el tupido pelo de algodón del can, disfrutando que aquel animal tan hermoso y salvaje jugase con ella como si fuese un cachorro. Lluvia retrocedió para volver a estirarse a por él cuando tropezó con una piedra cayendo hacia atrás sobre su trasero, haciendo una mueca se llevó las manos al culo y gimió.

—Si llegase a tener nariz ahí, ahora mismo estaría rota —respondió con un pequeño quejido.

Casi al instante el lobo estuvo a su lado, su enorme lengua lamiéndole la cara al compás de sus gimoteos. Ella se echó a reír y trató de agarrarle la cabeza para empujarle y que dejara de lavarle el rostro con su húmeda lengua.

—¡Vale, vale! —se reía ella—. Ya está, estoy bien, no ha sido nada... por dios... Nyxx, prefiero los besos de un hombre a los de un perro, para...

El animal meneó la cola y se lamió su propio hocico, como si se relamiera saboreándola.

Lluvia se pasó los puños del jersey por la cara y miró al lobo, quien

seguía dándole a la cola y ahora dejaba su lengua colgando como un perro.

—Esto es una auténtica locura —aseguró estirando las manos, solo para que el animal acudiese a ella y le permitiera enterrar ambas manos y el rostro en el pelaje de su cuello—. Me arrastran a Grecia, me acuesto con un tío buenísimo y ahora estoy abrazando al lobo más grande que he visto en mi vida.

Ella cogió la cabeza del can y lo miró directamente a los ojos.

—Gracias por dejarme formar parte de todo esto.

Como respuesta, el lobo le acarició la mejilla con el hocico, se la lamió y se retiró unos cuantos pasos antes de dar comienzo a la misma transformación que Lluvia había presenciado algunas horas atrás, esta vez el lobo fue el que empezó a disolverse de una manera rápida siendo engullido por la niebla la cual se alzó en una luminosa columna que pronto dio paso a la figura de un hombre completamente vestido y con una mirada lobuna en su rostro, mirada que poco a poco fue adquiriendo el matiz y color verdoso del hombre al que pertenecían.

Adiós a los efectos especiales, esto era inimitable.

Un instante el lobo estaba frente a ella, al siguiente, la enorme figura de Nyxx caía sobre sus rodillas al suelo, jadeando por respirar mientras sus ojos buscaban los suyos.

—Él te da las gracias por aceptarlo, *mikrés*, al igual que yo —respondió entre jadeos.

Lluvia se arrastró por el suelo hacia él, ni siquiera se molestó en levantarse, gateó hacia Nyxx y estiró la mano hacia su rostro como si temiese que se esfumase bajo su toque.

—Gracias por jugar conmigo, *mikrés* —le respondió con un guiño.

Ella le sonrió e hizo una perfecta imitación de una de sus irónicas miradas.

—Sabes, creo que empiezo a preferirte como lobo.

La mirada de Nyxx se suavizó y se llenó de gratitud y ternura, entonces se echó a reír. Sus carcajadas inundaron el valle, una risa limpia, rica, que expulsaba el dolor y los recuerdos que aquel lugar habían depositado en él en el pasado.

—Creo que puedo hacerte cambiar de idea al respecto, *agapi* —le aseguró él entre risas antes de atraerla a sus brazos—. Esta forma tiene sus ventajas.

Y sin más, procedió a demostrárselo allí mismo, sobre la tierra que una vez había sido su hogar y que gracias a la mujer que tenía debajo, podría volver a sentirla como parte de sí mismo.

CAPÍTULO 16

—¿No podíamos haber empezado por la Acrópolis? —preguntó Lluvia esperando junto a Nyxx el funicular que ascendería por la colina Likavitos desde cuya cima se conseguía una panorámica estupenda de la ciudad—. Me gustan las cosas rotas, Nyxx.

Él se inclinó sobre ella, revolviéndole el pelo antes de rodear sus hombros con un brazo e indicarle el recorrido de aquella cabina sujeta por cables.

—No te quejes, ya hemos salido bastante temprano para que tengas tiempo de ver toda la ciudad, o al menos lo más importante —aseguró y señaló la cima de la colina—. Desde allí arriba podrás ver la Acrópolis y prácticamente toda la ciudad de Atenas. Después descenderemos a pie, y podrás sentarte a hablar de filosofía o botánica con cada planta y flor del camino.

Lluvia se sonrojó al recordar que aquello era exactamente lo que había hecho el día anterior. Sus mejillas ganaron intensidad ante el recuerdo del día que Nyxx le había obsequiado, el que comenzó con la transformación de aquel hermoso lobo en el hombre que ahora le rodeaba los hombros con el brazo y que le había hecho el amor con tanta pasión y suavidad sobre la tierra fértil del Santuario de Dodona, que no estaba segura de si podría volver a ser nunca la misma.

El lobo la había hecho sentirse necesitada, había disfrutado de sus correteos e incluso de sus lametones, pero eso era algo que ni loca confesaría a su amante, entonces él había estado allí, agradeciéndole a ella, ¡a ella! por

su aceptación de lo que él era, por la forma en la que se mantenía a su lado a pesar del miedo que sabía tenía. Nyxx la había tumbado allí mismo, en la mullida hierba iluminada por la tenue luz de los faros, se había inclinado sobre ella, manteniendo su peso sobre un codo y había estirando la mano hacia su audífono con obvia intención de quitárselo.

—No —lo había querido detener ella—. Nyxx, no oigo sin él.

—Shhh —le susurró acariciándole la nariz—. No necesitas oír, solo sentir...

Lluvia se mostró nerviosa cuando él desconectó el aparato y se lo sacó dejándola nuevamente en su sordo mundo. Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla pero no llegó a tocar el suelo pues él la atrapó con sus labios. Ella miraba sus labios pero él no decía una sola palabra, solo bajó sobre ella y se la comió con los ojos, deslizando sus manos por su cuerpo, por encima de su ropa mientras la acariciaba y la besaba con ternura, tomándose su tiempo.

Lluvia se estremeció cuando él llevó la mano hacia su suéter y se movió lo suficiente para tomar la tela y tirar de ella, sacandoselo por la cabeza, dejándola solamente la blusa que llevaba debajo la cual se metía por dentro de sus pantalones vaqueros.

Se estremeció y abrió la boca, no estaba segura de si salió sonido alguno de sus labios por qué no lo oyó.

—Nyxx... estamos al aire libre... —murmuró con inseguridad en sus palabras.

Él solo le sonrió y bajó su boca para reclamar la suya en un húmedo beso mientras sus manos trabajaban en los botones de su blusa desabotonando uno por uno dejando su cálida piel expuesta al frío de la noche. El calor empezó a extenderse por su cuerpo, la excitación empezó a dar paso a la profunda necesidad que nacía entre sus muslos y su boca se convirtió en un sendero de fuego que iba dejando llamas por su piel.

Dejó su boca para lamer su camino tras cada botón que era desatado, la necesitaba tanto como su lobo, él había sentido la necesidad del animal por marcarla como suya, la necesidad que se hacía tan suya que no sabía a quien correspondía cada pensamiento. Ahora mismo los dos eran uno solo con una misma idea en mente, hacer suya a esa pequeña hembra que había demostrado no temer a ninguno de los dos. Su polla empujaba pulsante contra sus pantalones, el cambio siempre lo dejaba excitado pero los juegos previos que había tenido con ella en su forma de lobo, el sabor que había probado a través de los sentidos del can, le habían dejado necesitado, la ansiaba, así como ansiaba tomarse su tiempo, quería disfrutar de ella, que ella disfrutase de él. Había visto el temor y la incertidumbre en la mirada de Lluvia cuando vio que le retiraba el aparato de su oído y más que nunca estuvo decidido a hacerlo. Quería enseñarle que el mundo era mucho más que sonidos y por todas las almas del purgatorio, que esa noche no dejaría que le quedase duda alguna. Ella era hermosa, preciosa para él tanto si oía como si no.

Sus labios encontraron el montículo de sus pechos, acunados por el encaje del sujetador, lo lamió por encima de la tela, con lentos y deliberados lametones que la hicieron temblar bajo sus manos. Su mano derecha había terminado de desabotonar los botones de la blusa y ahora se entretenía acariciándole el vientre, haciendo círculos sobre su pequeño ombligo, disfrutando de la ligera curvatura de su vientre, de la suavidad de su piel mientras deslizaba la lengua al borde del encaje del sujetador y lo seguía hasta el otro pecho. Lluvia se encorvaba bajo él, arqueando la espalda y haciendo ascender sus pechos. Se estaba excitando, él podía oler ya su miel llenando su sexo, mojando las braguitas que serían del mismo encaje de aquella pequeña pieza que cubría sus pechos y el saber que era por él lo hacía excitarse aún más. Los pequeños pezones que tanto le gustaba chupetear se erguían contra la tela, orgullosos y atrayentes, una tentación que no pensaba dejar pasar.

Ella gimió cuando él bajó la boca sobre sus pechos succionando al cálido interior de su boca uno de sus pezones. Sus manos habían estado extendidas a ambos lados, hundiéndose en la suave hierba, acariciando con las yemas de los dedos la tierra bajo ellos, conectándose con ella, sintiendo el latido y el poder entrar en su cuerpo haciéndola consciente de muchas cosas y aumentando su sensibilidad. Podía sentir el disfrute masculino casi tan claramente como el suyo propio, podía sentir el gimoteo de placer del lobo fuertemente unido a Nyxx y el saber que aquello era provocado por ella la derritió por dentro, haciendo que se mojara aún más.

Nyxx sintió el cambio pero no se detuvo, había sangre poderosa corriendo por las venas de su compañera. De algún modo Lluvia estaba conectada con la tierra, con los árboles y las plantas y aquella conexión se había ampliado saliéndose de los límites en Dodona, como si la tierra del Santuario estuviese dando la bienvenida a una hija largamente perdida.

Deslizó la mano hacia abajo, encontrando el botón de sus vaqueros y lo desabrochó, sus dedos se hundieron por debajo del elástico de sus braguitas, acariciando los suaves rizos hasta encontrar los húmedos pliegues que guardaban la más dulce de las entradas. Muy suavemente deslizó uno de sus largos dedos hasta encontrar la pequeña protuberancia que encendería su deseo a picos imposibles, una sonrisa lobuna curvó sus labios cuando la encontró y empezó a masajearla, arrancando ahogados jadeos de la boca de Lluvia quien apretó las piernas para mantener su mano allí, haciendo que se ampliara el placer.

Ábrete para mí.

Nyxx dejó salir la sensual orden casi sin darse cuenta, recordando tardíamente que ella no tenía la facultad de conectarse con él de esa manera.

Ella se conectó con nosotros. Le recordó su lobo oportunamente. Sí, ella le había escuchado cuando estaba en forma de lobo, pero ahora... Lluvia

relajó sus muslos y se entregó a él mientras suspiraba su nombre.

Lluvia, ¿puedes oírme, mikrés? Probó nuevamente, su mano nunca dejó de moverse en el interior de su pantalón, como tampoco lo hizo su boca sobre el crecido pezón.

—Sí... —jadeó ella sin ser consciente de estar hablando en voz alta.

Nyxx sonrió para sí y dejó que el húmedo pezón se deslizara de su boca para ascender por su cuerpo y mirarla a los ojos, unos ojos marrones con motas doradas que estaban completamente oscurecidos por el deseo. Él bebió de su mirada antes de descender sobre su boca y mordisquearle los labios. No necesitaba coaccionarla para que abriera la boca, sus pequeños jadeos lo hacían por ella y no dudó en hundir la lengua y hacerla rodar contra la de ella, gimiendo ante su sabor mientras apretaba y alzaba las caderas contra su mano.

Ella rompió el beso solo para tomar aire y mirarle a través de sus tupidas pestañas, una de sus manos dejó la hierba y subió a su rostro acariciando su barbilla, pasando las yemas de los dedos por su barba en una tierna caricia.

—Te quiero... —la oyó susurrar antes de que ella misma se apretase contra él para recuperar su boca y chupar su lengua con timidez, ganando confianza a medida que él gemía en respuesta.

El lobo aulló en su interior, febril, tanto o más que él ante la sincera y tímida declaración de ella. Lluvia lo quería. Una cálida tranquilidad y aceptación inundó a Nyxx que volvió a hundirse en ella con renovadas ansias haciendo que la ropa que los cubría a ambos desapareciera con un solo pensamiento.

Su sexo saltó ahora libre de restricciones, acunándose contra la cadera femenina. Lluvia jadeó cuando sintió la gruesa y larga vara frotándose contra el muslo mientras Nyxx se movía y deslizaba la lengua por su cuello, lamiéndola, mordisqueándola mientras su mano trabajaba entre sus piernas y

la otra atormentaba sus pezones. Su boca pronto sustituyó a la mano chupando ávidamente de sus pechos, amamantándose con glotonería solo para prodigarle suaves y lentas caricias después.

Lluvia empezó a moverse inquieta bajo él, su cabeza echada hacia atrás, sus brazos estirándose sobre la fresca hierba, un agradable contraste contra su enfebrecida piel. Estaba desesperada, ardiendo, le necesitaba con desesperación.

—Nyxx... por favor —gimoteó lanzando la cabeza de un lado a otro, sus manos volando hacia la ancha espalda de él al tiempo que sus piernas se extendían ahora libres de las restricciones de la tela—. Te necesito... por favor...

Como toda respuesta él sacó la mano de entre sus piernas y se alzó sobre ella, lamiéndose los dedos que habían estado en su interior, saboreándola mientras ella lo miraba embelesada, totalmente perdida en las profundidades de sus ojos verdes.

—Os necesito... —murmuró estirándose bajo él, arqueando su cuerpo femenino y cálido contra el suyo—, a ti... al lobo... todo lo que eres... te necesito.

El lobo aulló en respuesta a su petición delirante, ante la aceptación de ella, y ese mismo delirio fue el que sintió Nyxx ante sus palabras y la desnuda sinceridad y necesidad que leyó en sus ojos. Ella lo estaba aceptando por completo, sin reservas, aceptaba su maldición, lo aceptaba a él. En todos los siglos que había vivido desde su maldición, jamás pensó que podía llegar a pasar algo así, que encontraría a su compañera y que esta le aceptaría por completo. Había tenido demasiado miedo de que eso sucediera, después de todo, era una Gypsy y sería un estúpido si volvía a caer nuevamente en el mismo error, pero Lluvia... Era pura, no había malicia en ella, ni artimañas, era tan transparente y tierna que no concebía que supusiese un peligro para

ella. Y la amaba... Por todas las almas, cómo la amaba.

Bajó la cabeza sobre su rostro y volvió a besarla, la frente, los ojos, su pequeña nariz, los labios. Sus manos se deslizaron sobre sus muslos, separándolos aún más para hacerse sitio, llevándose a sí mismo a la entrada femenina, anhelando poseerla, marcarla como solo él podría hacerlo, como ambos podrían hacerlo. Tomó su muslo alzando la pierna femenina sobre su cadera mientras la acariciaba y se introdujo poco a poco, permitiendo que lo tomase poco a poco, sujetándola cuando ella quiso empalarse por completo con él. Necesitaba sentirla por completo, como sus músculos internos se abrazaban a su alrededor desesperados por ordeñarlo. Finalmente todo su eje estuvo en su interior, tan profundo que ya no era capaz de distinguir donde empezaba uno y donde acababa el otro. Se inclinó sobre ella, apartándole el pelo del rostro y susurró muy lentamente, marcando las palabras con sus labios para que ella pudiera leerlo tanto en sus labios como en sus ojos:

—Te amo, Lluvia —le dijo con suavidad—. Eres mía, nunca te dejaré marchar.

Entonces empezó a moverse lentamente, hundiéndose en ella solo para volver a retirarse y volver a hundirse, tomándola sobre la tierra que tanto le había dado y tanto le había quitado. Como si ella presintiese su dolor, se abrazó a él, gimiendo y jadeando con sus embates hasta que todo su mundo estalló y en sus labios solo acudió su nombre. Nyxx no tardó mucho en unirse a ella, explotando en su interior, derramándose y marcándola para siempre. Era su compañera, la única y lo sería para siempre.

—¿Lluvia? —la llamó Nyxx.

Ella se sonrojó todavía más, su cara ardiendo lo que atrajo una sonrisa irónica a los labios de Nyxx quien la empujaba ya hacia la fila del funicular, mientras le susurraba al oído.

—¿En qué estabas pensando, *mikrés*?

Ella sacudió la cabeza, ni loca iba a decírselo. Eso era lo que había ocurrido la noche anterior, y prácticamente durante todo el día. Nyxx le había hecho el amor con ternura, le había dicho que la amaba y habían pasado el resto del día vagabundeando por las inmediaciones del santuario, disfrutando del día, de las ruinas cuando llegaron las visitas y se unieron a los guías y de su tiempo a solas, correteando entre los árboles, mirando las flores para retozar como dos adolescentes calientes por los rincones. Aquel había sido un recuerdo que Lluvia atesoraría para siempre, pasase lo que pasase a partir de ahora, nadie podría robarles aquella noche.

—En nada que deba compartir contigo —murmuró entrando en la enorme cabina del funicular—. ¿Estás seguro de que esto es seguro?

—Mientras no se rompa algún cable o se estropee la polea —le respondió Nyxx entrando tras ella.

Lluvia entrecerró los ojos y lo apuntó con un dedo.

—Haz uno de esos comentarios mientras estemos de camino —le dijo con mucha suavidad—, y serás hombre muerto.

—Intentaré contener mi entusiasmo, pequeña —le aseguró sonriendo con divertida ironía.

Desde la cima del monte Lykavittos podía verse una panorámica de la ciudad de Atenas con el montículo de la Acrópolis al fondo, era impresionante ver como el verde salpicaba la ladera y se entretejía entre los edificios y casas de la ciudad. Desde aquella altura la ciudad era algo realmente impresionante, una gran urbe en la que sedaban cita la cultura y el turismo.

—¿Son islas? —preguntó Lluvia sujetándose el pelo con la mano, evitando que le golpease en la cara. Desde aquella altura, el aire se hacía presente.

—Son las islas de Salamina y Egina —respondió Nyxx entrecerrando los ojos para poder ver en el horizonte—. Una de tantas.

—Me gustaría ver Delfos —aseguró ella pensativa—. Aunque estoy segura que no podría hacer sombra a Dodona.

Nyxx sonrió con diversión.

—Te ha conquistado el lugar.

Ella negó con la cabeza.

—No sé explicarlo, pero algo me marcó allá arriba —aseguró mirándose las manos. Había sentido la tierra, por un momento, se había sentido conectada con aquel lugar, más aún después de que hubiesen hecho el amor.

Nyxx recogió su larga melena entre las manos y se la retorció suavemente a la espalda para que no le molestara. Ella se volvió a medias y sonrió.

—*Efaristo* —le sonrió Lluvia habiendo aprendido a decir *gracias*.

—*Paracalo* —le respondió Nyxx inclinando la cabeza al tiempo que tomaba su guía y consultaba el itinerario.

—¿Sabías que este monte recibió su nombre por que en la antigüedad había muchos lobos? Deberías sentirte como en casa, Nyxx.

Él sonrió ante aquella comparativa.

—Sí, puedo sentir la llamada, *mikrés* —se burló con ironía.

Ella sonrió y señaló la capilla típicamente griega, con cúpula ovalada sobre la que se alzaba una cruz y la planta baja cuadrangular.

—Vamos a ver ese edificio antes de que salga algún lobo de la zona y decidas irte a corretear.

—Te llamaré para que vengas a jugar con nosotros —le prometió Nyxx con una mirada muy sensual.

Lluvia miró su reloj ahora adaptado al horario del país y le dedicó una pícaro sonrisa.

—Son las once de la mañana, Nyxx, hace menos de dos horas que te has

levantado de la... ¿Era la cama? ¿El sofá? ¿El asiento de atrás del coche?

Nyxx gruñó por lo bajo y se inclinó sobre su oído, acariciándole el pabellón de la oreja.

—No he oído que te quejaras ni en los de delante, ni en los de atrás — le respondió con un ronroneo perruno—. Pero estoy abierto a reclamaciones...

La mirada de Lluvia bajó discretamente a su entrepierna y se lamió los labios al ver la evidente erección empujando contra los vaqueros de color negro que se había puesto.

—Abajo chico, todavía quiero ver la Acrópolis, el Ágora y...

Nyxx la abrazó desde atrás haciéndola reír. Los turistas que estaban cerca de ellos sonrieron con indulgencia, haciendo que ella se sonrojase.

—Deja de hacer eso, todos nos miran —musitó sonrojada.

Nyxx aflojó su abrazo pero no la soltó.

—Siempre puedo arrastrarte a algún lugar oculto y continuar con nuestra charla en privado.

Ella sacudió la cabeza y señaló con su guía el edificio.

—Allí, ahora —le dijo señalando el lugar con su dedo índice—. Y no protestes.

Ante aquello Nyxx solo pudo gruñir

—De acuerdo, la espera solo hará el tenerte finalmente más dulce — gruñó para sí.

Nyxx era consciente de que su tiempo estaba pasando rápidamente, le habían concedido cinco días y ya había gastado tres de ellos, mañana debería volver a Nueva York y enfrentarse con el Juez. La idea le producía cierta curiosidad, estaba ansioso por saber que se le había ocurrido a Shayler, no iba a permitir que el joven Juez o cualquier otro lo apartase ahora de Lluvia y si tenía que luchar contra ellos para conservarla, lo haría. Sabía que la muerte de aquel humano había complicado las cosas, pero si se volviese a ver en esa

situación no dudaría en hacer lo mismo, y esta vez no permitiría que el otro indeseable se escapase, nadie amenazaba a su compañera y quedaba con vida. Eso le recordaba que tenía una pequeña cuenta pendiente con Lyon, ese Guardián se había pasado de la raya y Nyxx estaba más que deseoso de decirle que podía hacer con sus juguetitos.

Después de ver la pequeña capilla, descendieron a pie por el Barrio Loukianou el cual estaba circundado por árboles y flores. Lluvia se había detenido en innumerables ocasiones para oler las plantas, o por el simple placer de disfrutar del paisaje, no podía hacer más que permitírsele, después de todo él mismo disfrutaba de su compañía. El cielo estaba totalmente despejado y el día radiante, con una temperatura agradable para el mes de Noviembre.

Lluvia parecía ser aficionada a los bocadillos, o eso, o pensaba que el detenerse a comer tranquilamente en un restaurante lo arruinaría, ya que se había negado cuando Nyxx se lo había sugerido y en cambio había insistido en que comprasen unos bocadillos y continuaran hacia la Acrópolis. Estaba decidida a ver las ruinas milenarias antes de abandonar el país, de eso no había duda.

—*Agapi*, la Acrópolis no va a moverse de ahí por que te detengas un instante y comas tranquilamente —le aseguró Nyxx tendiéndole un botellín de agua para bajar el bocadillo que se estaba comiendo, o quizás debiese decir, deborando.

Lluvia sacudió la cabeza.

—Estoy bien —aseguró ella tomando la botella de sus manos—. Estoy acostumbrada a comer mientras camino, te asombraría la de calorías que quemas.

Nyxx prefirió no responder a eso, se limitó a enlazar un brazo en su cintura y tiró de ella deteniéndola.

—Llevas los últimos cuatro días sin parar, durmiendo más bien... poco —respondió con una mueca al darse cuenta entonces de ese pequeño detalle. Ni siquiera la había dejado descansar—. Estás llevando un ritmo infernal, así que vamos a sentarnos allí y comerás tranquilamente.

Ella abrió la boca para protestar pero Nyxx no le dejó.

—No, *agapi* —la interrumpió—. Siéntate.

Lluvia suspiró, sabía que por mucho que insistiera él no iba a moverse y era una formidable mole que mover, en caso de querer intentarlo. Era muy consciente de que no les quedaba apenas tiempo, mañana se cumplían los cinco días de plazo que había mencionado Nyxx y sabía que debían volver, de un modo u otro y a juzgar por el hecho de que no lo había visto sacar ningún billete para Nueva York, estaba segura de que viajarían de la manera rápida. Tendría que procurar mantener el estómago vacío.

—Mañana se cumplen los cinco días —murmuró ella tomando asiento en un banco de piedra al lado de una fuente—. ¿Qué ocurrirá cuando volvamos?

Nyxx se sentó a su lado.

—Seguramente volverás a apropiarte de algún macetero —le respondió él con diversión.

Ella puso los ojos en blanco.

—Gracias por advertirme —respondió con un mohín, entonces suspiró y miró hacia delante, los edificios, la gente paseando, los letreros en los autobuses—. El tiempo ha pasado demasiado rápido y ni siquiera sabemos como romper tu maldición...

—Eso ya no importa —negó Nyxx rodeándola con un brazo.

Ella se inclinó hacia delante y lo miró.

—Sí importa, Nyxx —respondió con un gesto desesperado—, a mí me importa. Quiero hacer esto por ti, pero no se como.

Nyxx se inclinó hacia ella, le acarició la mejilla con los nudillos y le besó la cabeza.

—Ya has hecho más de lo que pensé que podría hacer nunca nadie por mí, Lluvia —respondió mirando a su alrededor—, has hecho que vuelva a mirar esta tierra sin que el pasado empañe mi visión, en cierto modo me has devuelto mi hogar.

Ella bajó la mirada ante sus palabras, todo lo que había hecho era permanecer a su lado, quererlo, había sido el propio Nyxx el que se había permitido dejar el pasado atrás.

—Pero la maldición...

Nyxx le apartó el pelo del rostro y le levantó la barbilla.

—Mi lobo y yo estamos demasiado apegados —respondió él a modo de broma—. No sé si ahora podríamos soportar una separación, el divorcio podría deprimirle...

Lluvia sacudió su cabeza.

—Nyxx, estoy hablando en serio —protestó ella.

Nyxx le acarició el rostro y la atrajo hacia él para besarla, entonces le confesó algo.

—No creo que se pueda romper ya la maldición, Lluvia —aceptó a escasos centímetros de su rostro—. Hay cosas que tú no sabes.

Lluvia lo miró con tristeza.

—Pues cuéntamelas —le pidió con angustia—. Quiero ayudarte Nyxx, pero no sé como puedo...

—Mi alma no está completa —la interrumpió.

Lluvia sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Nyxx tomó su mano en la suya y la acarició, observando el bocado a medio comer durante un momento.

—Exactamente lo que has oído, Mikrés —respondió con un suspiro y alzó la mirada hacia ella—. Tuve que entregar la mitad de mi alma y la de mi lobo para poder salvar a alguien que era inocente.

Lluvia no podía creer lo que le estaba diciendo. Era tan increíble.

—Pero... cómo... ¿Por qué?

Nyxx recordó aquel haciago día en el que había apuñalado a Dryah y lo que tuvo que entregar a la Puerta para poder salvar a su pequeña amiga. Aquella había sido la primera vez que Nyxx había oído la esencia misma de la Puerta de las Almas, y su respuesta había sido clara; Si quería recuperar a su amiga, tendría que entregar un alma a cambio, la suya.

—Soy Cazador de Almas, creí que estaba haciendo mi trabajo y en cambio, prácticamente entrego en bandeja el Fin de los Tiempos —respondió haciendo un mohín, al ver como habían cambiado las cosas y cual había sido el destino de Dryah. Su papel actual en el universo—. Cedí la mitad de mi alma y la de mi lobo para traer a Dryah de vuelta.

—¿Dryah? —preguntó Lluvia recordando a la muchacha rubia que había venido con el a la tienda—. La chica rubia con la que viniste a la tienda.

Nyxx asintió y la miró con ironía.

—Tuve que convencerla para que me acompañase a la tienda, necesitaba una excusa para poder acercarme a ti cuando descubrí finalmente quien eras —aceptó Nyxx con simpatía.

Lluvia se sonrojó. Nunca nadie había hecho tanto por acercarse a ella. Entonces, las palabras de Nyxx volvieron a su mente, y su semblante cambió.

—Pero entonces... —negó ella.

Nyxx la atrajo hacia él.

—Nada, mikrés —negó acariciándole el pelo—. Solo cómete el bocadillo para que podamos continuar con tu paseo.

Lluvia se lo quedó mirando durante un instante.

—¿Qué hizo que te convirtieses en un Cazador de Almas? —le preguntó entonces queriendo saber algo más de él.

Nyxx hizo una mueca y suspiró.

—Bueno, la misma noche en que la *Armaya* cayó sobre mí, esa parejita que conociste en tu piso, se presentó con intención de llevarme hasta la Puerta de las Almas —explicó con un encogimiento de hombros—. La cosa no salió como ellos esperaban, los mantuve a raya durante toda una noche, entonces amaneció y la segunda parte de la maldición se hizo realidad.

Lluvia lo miró esperando que se explicara.

—¿La segunda parte de la maldición? —preguntó sorprendida.

—Mi alma vagaría durante toda una noche para volver a la vida con el comienzo del día —respondió él con cierto tono de ironía en la voz—. Por supuesto, el amanecer trastocó los planes de mis compañeros y Seybin pensó que yo sería un bonito añadido para su colección. Él vio la rabia que había entonces en mi interior y supo que me devoraría si no hacía algo para sacarla, así que, me puso una espada en las manos, me dio una patada en el culo y me mandó a cazar.

Lluvia parpadeó un par de veces y suspiró profundamente ante una de aquellas respuestas para las que no tenía nada que añadir, por más que lo intentara, había cosas que todavía se le hacían difíciles de digerir. Bajando la mirada al bocadillo que todavía tenía entre manos, dejó escapar la pregunta que la había estado rondando últimamente.

—¿Qué ocurrirá cuando volvamos?

Nyxx bajó la mirada encontrándose con los ojos marrones de ella.

—No te preocupes por eso.

Lluvia dejó escapar un resoplido e insistió.

—Un poco tarde para eso. ¿Qué va a ocurrir?

Él se encogió ligeramente de hombros y decidió ser totalmente sincero.

—Imagino que tendré que oír al Juez y me someteran a juicio.

Lluvia frunció el ceño.

—A juicio, pero ¿por qué?

—¿Tan pronto has olvidado lo que ocurrió en Central Park? —Nyxx esbozó una sonrisa irónica.

Lluvia abrió desmesuradamente los ojos, entonces apretó los puños y sacudió la cabeza.

—Quebranté las leyes, *mikrés* —continuó él con facilidad—. Se supone que no podemos enfrentarnos a los humanos, mucho menos matarlos... Por mucho que se lo merezcan.

Lluvia se estremeció.

—Si no hubieses estado allí... él... él... —Lluvia apretó los ojos y se levantó como un resorte—. ¡No pueden acusarte por eso! ¡No es justo! ¡No lo permitiré!

Nyxx sintió que se derretía por dentro ante la firme y fiera defensa de su compañera, por primera vez en su vida, alguien estaba dispuesto a defenderle al costo que fuera. Pero no iba a dejar que nada le pasara, antes moriría que verla herida.

—No pasará nada, el Juez es un hombre justo —le aseguró Nyxx—. Todo se resolverá.

Lluvia sacudió la cabeza y miró directamente al hombre frente a ella.

—Iré contigo —respondió con rotundidad—. Y no te atrevas a decirme que no.

Nyxx alzó las manos en señal de rendición, no iba a discutir con ella por eso.

Satisfecha con su respuesta, volvió a sentarse y se dispuso a comer tranquilamente, aunque ya podía ser arena o pasto lo que se llevase a la boca por que no se daría ni cuenta. Su mente estaba trabajando ya en la manera de

exculpar a Nyxx, tenía que haber algo que pudiera esgrimir ante el juez después de todo, lo había hecho para protegerla.

Eran más de las cinco de la tarde cuando por fin pudieron ascender a la Acrópolis, emplazada sobre una enorme roca, entre vegetación y peñascos, se alzaba el antiguo centro de la ciudad, del cual ahora solo quedaban los restos y edificios de antiguos templos que habían visto su esplendor en épocas más propicias. Lluvia no dejaba de mirar boquiabierta las enormes y milenarias ruinas que se alzaban ante ella, el viento se había levantado ligeramente jugueteando con su pelo mientras ascendían por las escalinatas habilitadas para el acceso al recinto.

—Esos son los propíleos, que daban entrada a la Acrópolis —murmuró Lluvia mirando su guía para luego contemplar los enormes edificios de piedra—. Aquí todo lo hacían a lo grande, ¿no?

Nyxx esbozó una sonrisa antes de mirarla de arriba abajo.

—Nah, lo que pasa es que tú eres pequeña.

La mirada que le echó Lluvia hizo que Nyxx se riese entre dientes antes de subir un par de escalones para esquivar el vuelo de la guía de viaje que esgrimió ella a modo de arma.

—No oí que te quejaras por mi altura, señor no necesito una escalera por que llego con la mano —respondió tirando de su chaqueta para ponerla bien antes de subir los peldaños con cuidado y sacar el teléfono móvil de Nyxx, del cual ya se había apropiado por completo, para sacar una foto al sinvergüenza sin que él lo notara. Sonriendo para sí guardó la imagen para luego enviarla como un mensaje con foto a su cuenta de correo.

Nyxx bajó la mirada hacia ella, quien jugaba con su teléfono antes de contemplar las ruinas de la Acrópolis, recordando un tiempo en que los edificios se habían visto enteros o al menos, bastante más completos que ahora

mismo. Había deseado abandonar su tierra natal por completo después de la maldición, pero no lo había conseguido del todo. Si bien nunca había vuelto a pisar la región de Epiro hasta hacía un par de días, había sido imposible no pasar por Atenas en un par de ocasiones en su larga trayectoria como Cazador de Almas, por supuesto, todo ello después de discutir a voz en grito con Seybin y decirle con todo lujo de detalles lo que podía hacer con sus órdenes y donde metérselas. Había extrañado su hogar, más de lo que había pensado, había extrañado el aire salado del mediterráneo, la cadencia de la voz de la gente, el calor, el olor de la tierra, todo.

—¿Cuál es el Santuario de Artemisa Brauronia? —preguntó Lluvia tratando de ubicarlo en el plano que venía en su pequeña guía.

Nyxx se inclinó por encima de ella echando un vistazo y finalmente pasó la mirada por las ruinas hasta unas piedras que había en el suelo cerca del Partenón.

—Creo que son aquellas piedras que hay en el suelo —respondió mirándola con un guiño—. Impresionante, ¿um?

Lluvia sonrió y negó con la cabeza, su mirada estaba ahora fija en el impresionante monumento principal del recinto, el Partenón. Frente a él, la hacía sentirse diminuta, sus altas columnas, su gran estructura, no importaba que solo quedaran ruinas, era imponente y abrumador.

—En sus orígenes estuvo hecho completamente de mármol —le dijo Nyxx parándose a su lado—. Te gustaría la reproducción que hay en Nashville, tiene incluso la imagen de Atenea en su interior. Partenón, la Sala de las Vírgenes.

Lluvia lo miró con una ceja arqueada y él sonrió.

—Parthenos es vírgen en griego —le explicó—. Al Partenón se lo conocía como la Sala de las Vírgenes.

—Déjame adivinar. ¿Más sacrificios inútiles?

Nyxx se rascó la barbilla.

—Tendrías que preguntárselo a quien lo construyó.

Lluvia arqueó una de sus finas cejas dispuesta a darle la respuesta que se merecía cuando la interrumpieron.

—En realidad se le llamaba así porque era la residencia de Atenea Partenos o lo que es lo mismo, Atenea Virgen —respondió alguien en inglés detrás de ellos, su voz con un potente acento griego.

Ambos se giraron para ver a un hombre con una camiseta oscura y un chaleco multibolsillo del que colgaba una identificación que lo catalogaba como guía. Tras él, había un pequeño grupo de turistas que ya empezaban a pasar del hombre para recorrer el lugar a sus anchas sacando fotos y más fotos. La mirada color marrón claro del hombre se posó con absoluta sorpresa sobre Lluvia, sus rasgos demudaron y su rostro palideció aumentando la apariencia de edad del hombre el cual debía rondar tranquilamente los cincuenta y tantos.

Nyxx notó algo raro pues bajó un escalón colocándose delante suyo, el hombre todavía pasmado pasó su mirada de ella a la enorme y peligrosa mole de hombre que escudaba a la joven muchacha. Pasaron unos segundos y entonces, el desconocido frunció el ceño y ladeó el rostro antes de preguntar.

—¿Lykos? —musitó y sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse de la absurda idea. Su mirada fue de nuevo hacia Lluvia quien se había movido y se apoyó en Nyxx mirando al hombre.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó ella al ver la palidez del hombre.

El hombre solo alcanzó a asentir. Lluvia empezó a moverse solo para que Nyxx la detuviese con un gesto de la mano.

—*Poios éisai esý?* —le dijo Nyxx, preguntándole *quien era*. Había algo en aquel extraño que no le gustaba, su aura no era la de un simple

humano, había poder a su alrededor, ténue, casi inofensivo, pero poder y sus ojos, él había visto esos ojos en algún lugar. ¿Pero dónde?

—¿Nyxx, qué pasa? —preguntó Lluvia mirando del hombre hacia su compañero.

—Eso me gustaría saber —murmuró el Cazador mirando intensamente al hombre, estudiándolo.

El extraño sacudió la cabeza, llevaba una gorra del mismo color que el chaleco que lo proclamaba como guía y parte del equipo de reconstrucción del antiguo monumento, en una de sus manos sujetaba una tablilla con papeles, presumiblemente la lista del grupo de turistas que le acompañaban. Su voz sonó firme cuando volvió a hablar en perfecto inglés, su mirada moviéndose continuamente de Nyxx a Lluvia.

—Lo siento. No era mi intención asustaros —se disculpó mirando a Nyxx y luego a Lluvia con una mirada todavía dubitativa en su rostro—. Me recuerdas a alguien que conocí hace algún tiempo.

Lluvia parpadeó varias veces, su mirada fue de Nyxx al hombre y viceversa.

—¿A quién? —Nyxx no dudó en preguntar.

Lluvia se acercó a su compañero con intención de reprimirlo por su pregunta directa y fuera de lugar.

—Nyxx, creo que eso...

El hombre entonces le dedicó una ligera sonrisa a Lluvia y negó con la cabeza.

—No importa —respondió mirándola, para luego volverse a Nyxx—. A mi esposa. Por eso me ha sorprendido... Lo siento.

Nyxx se tensó cuando vio la forma en la que aquel hombre había sonreído a su compañera, así como la manera en que ladeó el rostro. Él conocía aquella sonrisa, la había visto demasiadas veces en los labios de otra

persona, pero... Era imposible, aquello no podía ser tan fácil... ¿Podía?

A Lluvia no se le pasó por alto el cambio en Nyxx, la tensión en su cuerpo mientras se movía, escudándola tras él mientras miraba atentamente al desconocido frente a ellos.

—Nyxx, solo ha sido una confusión —trató de intervenir ella.

Nyxx negó muy lentamente con la cabeza.

—Llevo demasiado tiempo en este mundo para no ver más allá de lo que se ve a simple vista, mikrés —respondió él alzando la barbilla hacia el hombre—, y aunque pensé que esto jamás sería posible... El tiempo se está encargando de darme suficientes razones para hacerme cambiar de idea.

Ella miró a Nyxx y luego al hombre, entonces negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, y por la mirada del hombre, no era la única que no estaba entendiendo nada.

Nyxx estiró su mano enguantada hacia atrás, entrelazándola en la de ella, apretándosela antes de responder.

—Él tiene sangre Valaco, Lluvia.

El desconocido abrió ampliamente los ojos, sus labios moviéndose sin que pudieran articular una sola palabra, su mirada vagaba de uno al otro miembro de la pareja.

—¿Quién eres tú? —Por fin las palabras habían encontrado salida a través de su garganta, su mirada iba de Nyxx a Lluvia—. ¿Quién... quienes sois?

Nyxx miró fijamente al hombre durante unos instantes y luego pasó la mirada sobre su compañera, no había duda, el parecido estaba allí.

—Cariño, creo que acabamos de encontrar a un miembro de tu familia.

La sorpresa que se reflejó en el rostro de Lluvia fue idéntica a la del hombre.

—¿Te has vuelto loco? —sugirió ella en un ahogado susurro.

Nyxx negó con la cabeza y señaló al hombre frente a él, que no hacía más que mirar a Lluvia.

—Ojalá —respondió—. Pero soy un Cazador después de todo, mikrés, esa persona... Tiene lazos de sangre contigo.

CAPÍTULO 17

Si a Lluvia le hubiesen dicho que iba a encontrar a algún miembro de su familia biológica cuando salió de Nueva York, se habría echado a reír para luego hacer que la persona que lo hubiese dicho se tragase sus palabras. Después de todo, ¿cuántas probabilidades había de que alguien encontrase a un miembro de su verdadera familia por la calle, cuando nunca antes lo había visto o había sabido de él? Últimamente parecía que aquellas estadísticas se caían por su propio peso.

Lluvia miró detenidamente al hombre que se sentaba frente a ella en la pequeña cafetería en la que se habían citado a los pies de las ruinas. Los turistas seguían aprovechando el tiempo, charlando y sacando fotografías de los templos al otro lado de la calle ahora guiados por un compañero de Argus, ese era el nombre del hombre que habían conocido a los pies del Partenon y que había resultado ser entre otras cosas, el jefe de las obras de reconstrucción del complejo cultural, así como el arqueólogo encargado de los estudios de aquella zona. El hombre estaba contemplado absorto el cuaderno de botánica que Nyxx había sacado de la mochila de Lluvia, el mismo que le había sido enviado. Desde el momento en que había visto el gastado cuero y había abierto las páginas del ajado cuaderno, su rostro se había demudado hacia una expresión que rayaba la incredulidad.

—¿Cómo es posible? —murmuró él sosteniendo entre sus manos el cuaderno floral. Su mirada no dejaba de pasear por las páginas, en ocasiones

siguiendo incluso las ilustraciones y las frases.

Nyxx contempló al hombre atentamente, descubriendo cada pequeña muestra de reconocimiento en sus ojos ante el cuaderno que tenía entre manos.

—¿Lo reconoce? —le preguntó Nyxx sin apartar la mirada de él. Se había sentado al lado de su compañera y sostenía la mano de Lluvia, ella estaba nerviosa, lo sabía por la manera en que se mordía el labio inferior y apretaba su mano en la de él.

Argus Kostas alzó su mirada de un tono castaño claro con motas doradas cuando escuchó la voz rota y desgarrada del joven que se sentaba ahora frente a él, sus ojos se desviaron poco a poco hacia la muchacha que estaba a su lado. Sus rasgos, su nariz, la forma de su boca y el tono de su pelo... Era tan parecido al de su esposa. Luchando una vez más por encontrar las palabras a través de aquel sin sentido, contestó:

—Es... Helena tenía uno así, ella lo había heredado de su abuela —aseguró mirando de nuevo el cuaderno y después a Lluvia—. Las láminas..., las anotaciones... ¿De dónde lo habéis sacado?

Lluvia apretó la mano de Nyxx al notar aquella mirada tan parecida a la suya clavada en ella, la ponía nerviosa.

—Dioses... —lo oyó susurrar entonces, la mirada del hombre vidriándose—, es... eres... igual a ella...

Nyxx le apretó la mano y ella alzó la mirada buscando la fuerza que necesitaba para enfrentarse a aquella nueva locura.

—El... el cuaderno... —se obligó a murmurar Lluvia, entonces sacudió la cabeza y se llevó la mano al oído de su audífono.

—Está bien, estoy aquí —le susurró Nyxx rodeándole la cintura con el brazo.

—Es complicado de explicar —respondió Lluvia respirando profundamente—. Desde hace algunos años..., desde que cumplí veintiuno, en

realidad, me han estado llegando algunas cartas y paquetes coincidiendo con la fecha de mi cumpleaños. El cuaderno, este simplemente llegó hace unos días.

El hombre miró el cuaderno y luego a la chiquilla frente a él.

—¿Cumples... cumpleaños en Noviembre?

Ella sacudió la cabeza.

—En Mayo —respondió apretándose contra Nyxx, sus manos apretando la suya por debajo de la pequeña mesa—. El veintiséis de Mayo cumpliré los treinta.

Argus contuvo el aliento al escuchar la fecha, la edad de aquella muchacha coincidía con...

—Veintiséis de Mayo del ochenta y uno —murmuró mirándola cada vez más asombrado—. No... es imposible, no puedes ser ella.

Nyxx entrecerró los ojos mirando al hombre.

—¿Esa fecha tiene algún significado para usted?

Él alzó la cabeza y miró a Nyxx asintiendo, entonces miró a Lluvia y finalmente bajó la mirada al cuaderno en sus manos.

—El siete de Junio del ochenta y uno, la policía se presentó en las excavaciones en las que estaba trabajando en aquel entonces —empezó con una voz baja, suave, como si los recuerdos fueran demasiado pesados para él—, habían encontrado el cadáver de mi esposa.

Lluvia se tensó al escuchar aquello, toda ella temblaba ante las palabras que surgían de la boca de aquel hombre.

—Helena, mi esposa, había desaparecido siete meses antes sin dejar rastro —continuó Argus, su mirada seguía puesta en el cuaderno—, se dio parte de su desaparición a la policía pero... Nunca supe nada de ella hasta aquel día. Un indigente encontró su cuerpo tumbado en un banco del parque, al parecer aquel era su banco y se había acercado a hablar con ella solo para

descubrir que aquella mujer... Estaba muerta.

Hubo un momento de tenso silencio que aprovechó el hombre para cerrar el cuaderno y dejarlo sobre la mesa.

—Se le hizo la autopsia —respondió él con voz lejana—, había fallecido de un paro cardíaco... Y todo indicaba que había dado a luz hacía pocos días. El bebé, nunca apareció.

Empujando el cuaderno por encima de la pequeña mesa hacia Lluvia, alzó la mirada y sonrió con triste calidez.

—Tú... Te pareces mucho a ella...

Lluvia era incapaz de decir nada, solo podía mirar a aquel hombre.

—Ella tenía las mismas pecas sobre la nariz y esa elevación en la barbilla, tu color de pelo es igual al suyo...

—Excepto por sus ojos —respondió Nyxx rompiendo la tensión que se había creado con el relato, apretó la mano de ella y la miró antes de mirar al hombre—. Lluvia tiene su mismo tono de ojos, con esas motas doradas.

El hombre sacudió la cabeza, no quería pensar en ello, era imposible, una posibilidad demasiado remota, aquello era demasiada coincidencia y no creía en tales cosas.

—Esto está resultando demasiado inverosímil —aseguró el hombre acariciando con una mano temblorosa el cuaderno en sus manos, reconociendo cada página—. Helena era la que tenía sangre Gypsy, su pelo era del mismo color marrón vibrante que el tuyo, pero sus ojos eran azul claro y su piel más bronceada, era una nativa... —Su mirada fue entonces hacia Nyxx—. Ella era Valaco, no yo.

Nyxx frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Reconozco la esencia, pero es posible que tenga razón —aceptó mirándolo con detenimiento—, porque hay mucho más en usted de lo que se ve a simple vista.

Angus miró al hombre sentado al lado de la muchacha pero no dijo nada, se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó una billetera.

—Esta era Helena poco antes de su desaparición —murmuró extrayendo una foto de uno de los compartimentos antes de tendérsela a Lluvia.

La muchacha tomó la foto con manos temblorosas y jadeó cuando vio la imagen. Nyxx se inclinó para ver la foto. El parecido era notable, la misma nariz, el mismo tono de pelo, la mujer en la foto era de la estatura de Lluvia, vestida con un pantalones y una camiseta, sonreía con las ruínas de la Acrópolis tras de ella. Argus no se había equivocado al describirla, era una Gypsy, su tez olivácea, sus rasgos, ella era Valaco.

—Se... se parece a mí —respondió Lluvia en un angustiado susurro.

Nyxx le frotó la espalda, tratando de infundirle ánimos.

—Podríais haber pasado tranquilamente por hermanas —aceptó Nyxx entrecerrando los ojos. La mujer en la foto no debía tener más de dieciocho o diecinueve años—. Era bastante joven.

Argus asintió mirando la foto desde su posición.

—Helena y yo nos casamos cuando ella cumplió diecinueve, yo le llevaba cuatro años —explicó el hombre—. En esta foto ella acaba de cumplir los veintiuno, fue el día de su cumpleaños.

Nyxx miró a Lluvia y luego al hombre.

—Disculpe que le haga esta pregunta, Argus, pero... ¿Alguna vez volvió a saber algo de aquel bebé?

Tanto el hombre como Lluvia levantaron la cabeza. Argus negó lentamente.

—No, el bebé nunca apareció —negó él, el dolor en su voz era palpable incluso a pesar de todos los años que habían transcurrido—. Pero Helena era *Drabarni*, al igual que esta niña.

Lluvia se volvió a Nyxx en busca de una traducción.

—Una... Lectora de la fortuna —respondió Nyxx buscando una traducción acertada—. Una echadora de cartas, como Isabel... E imagino que con más capacidad que esa.

Argus asintió levemente mirando a Nyxx directamente a los ojos.

—Estás bien puesto en la cultura Gypsy —respondió con un ligero asentimiento de cabeza.

—Hadryna, mi esposa... —Él miró a Lluvia, quien le puso la mano sobre el brazo y le sonrió permitiéndole que siguiera—, ella era una Gypsy Valaco, aprendí algunas cosas sobre su cultura cuando estuvimos juntos.

Lentamente, el hombre asintió y miró a Nyxx.

—Me alegro que hayas encontrado refugio —respondió en griego, una manera de decir que había superado su pena y había vuelto a amar.

—Ella es mi refugio —aceptó mirando con amor a Lluvia, para luego mirarlo a él—. Y es Valaco, la última de su línea de sangre.

Argus se lo quedó mirando durante un largo instante, entonces sus ojos se abrieron desmesuradamente como si hubiese dado con aquello que se le había estado escapando.

—Una *Armaya*.

Nyxx simplemente asintió y el hombre lo miró de arriba abajo antes de centrarse en su pecho.

—El lykos que siento en ti —aceptó el hombre sin ninguna duda.

Nyxx asintió nuevamente.

—Tienes una intuición muy aguda —aceptó mirando con curiosidad al hombre.

Él esbozó una lenta sonrisa.

—Siempre me ha interesado la parapsicología además de la arqueología —respondió con un encogimiento de hombros—. Si bien no soy tan bueno como lo era Helena, a lo largo de mi vida he visto y sentido las

suficientes cosas como para tener la mente abierta.

Nyxx asintió en aprobación, mientras el hombre volvía su mirada hacia Lluvia.

—Entonces, naciste el ventiseis de mayo —murmuró mirandola.

Ella asintió, su mirada buscando en todo momento a su compañero.

—Eso dice mi partida de nacimiento —respondió con suavidad, mirando todavía la foto en sus manos—. Según sé, me dejaron en un hospital de Nueva York.

Argus no dejaba de mirarla, había algo en aquella niña que le recordaba a su Helena, algo que iba más allá del parecido físico, si realmente pudiera ser, si después de tanto tiempo fuese ella...

—¿En Nueva York? —preguntó sorprendido.

Ella asintió lentamente.

—¿Cómo es posible? —negó el hombre, su mirada dejó la de Lluvia como si estuviese pensando para sí mismo.

—¿Habría alguna posibilidad de que su esposa estuviese en los Estados Unidos cuando dio a luz? —sugirió Nyxx mirando a Lluvia y luego al hombre.

Argus abrió la boca para responder pero apenas pudo articular sonido, aquello empezaba a resultarle difícil de aceptar.

—No... No lo sé —negó con la cabeza—. La policía investigó el caso durante algunos días, yo mismo indagué en hospitales, casas de acogida... Admito que incluso sopesé la posibilidad de que ella hubiese viajado y contacté con un amigo que trabaja en el aeropuerto pero... Ella ni siquiera tenía pasaporte, Helena se había marchado con lo puesto... Yo no... Nunca entendí que fue lo que ocurrió... El día anterior habíamos estado bien, incluso la había llevado a cenar fuera, habíamos pasado una noche agradable... Cuando desperté ya no estaba... Y no volví a verla hasta que me entregaron su cadaver.

Argus ladeó el rostro, contemplando a Lluvia.

—Eres... exactamente como ella —murmuró en voz alta, incapaz de pensar que aquello pudiese ser una opción, algo real y tangible—. ¿Acaso es posible?

Nyxx miró a Lluvia y finalmente al hombre.

—Le sorprendería saber la de cosas imposibles que al final resultan ser posibles —aseguró mirando a su compañera con ternura—. Si me lo pregunta a mí, entre el parecido de Lluvia con su esposa y usted mismo, y su línea de sangre...

Nyxx dejó la conclusión en el aire para que ellos mismos decidieran que era lo que querían hacer. Lluvia estaba tensa, nerviosa, su lobo la sentía y gimoteaba porque quería estirarse hacia ella, tranquilizarla.

—Por supuesto, una prueba de ADN dejaría cualquier duda a un lado —concluyó con un encogimiento de hombros.

Lluvia apretó la foto en sus manos, su mirada no dejaba de recorrer al hombre que estaba frente a ella poniéndola cada vez más nerviosa, no podía enfrentarse con la posibilidad de que él fuese su familia. Maldición, se había enfrentado a todo un sinfín de sucesos que casi le habían hecho perder la cabeza y ahora no podía hacer frente a algo como que ese completo desconocido que estaba ante ella fuese su padre biológico, y la mujer en la foto su verdadera madre.

—¿Por qué se marchó? —se encontró diciendo, su voz temblorosa.

Angus miró a la chica y se dolió por ella.

—Me he hecho esa misma pregunta durante los últimos treinta años, pequeña —respondió él con suavidad—. Y no he conseguido encontrar la respuesta a eso, ni al hecho de que me ocultara que íbamos a tener un hijo.

Ella alzó la mirada y se obligó a hacer algo que jamás había hecho antes, buscó su aura, su alma, leyendo lo que allí había. Soledad, una enorme y

vacía soledad y abandono, dolor y una pequeña esperanza que empezaba a abrirse camino.

Lluvia empezó a temblar. Había esperado encontrar alguna respuesta sobre su pasado en este viaje, saber si realmente era una Valaco y cuál era el significado de ello, pero ni en su más salvaje imaginación había pensado en algo como aquello.

Se levantó de golpe, haciendo que la silla cayese hacia atrás, haciendo al mismo tiempo que ella saltase también. Nyxx estuvo inmediatamente a su lado.

—Lluvia —la llamó Nyxx al ver que ella temblaba.

—Quiero irme a casa —pidió en un susurró, su mirada seguía fija en la del hombre, entonces se volvió a su compañero y se mordió el labio inferior —. Por favor, vámonos a casa.

Nyxx observó a Lluvia, vio la desesperación y el miedo en sus ojos, como también vio el dolor en los ojos de Argus, pero su compañera era lo primero.

Argus se levantó a su vez, lentamente, como si temiese que cualquier movimiento brusco pudiese asustarla aún más. Con cuidado le tendió el cuaderno a Nyxx, quien lo cogió con un asentimiento de cabeza.

Lluvia miró entonces la foto que todavía aferraba en sus manos y se la tendió al hombre.

—Lo siento —murmuró al ver que la había arrugado.

Argus negó con la cabeza y empujó suavemente su mano de vuelta, tocándola por primera vez.

—Debes conservarla, quizás sea lo único que conserves... De tu madre.

Lluvia apretó los labios, las lágrimas se delizaron por sus mejillas cuando apretó la foto con fuerza contra el pecho y sacudió la cabeza.

—Lo siento... yo...

Argus negó con la cabeza, sus ojos brillantes.

—No, pequeña —negó con suavidad—. Nunca lo lamente, el verte con vida, ya es un regalo en si mismo.

Lluvia no dijo nada, solo apartó la mirada y dejó que Nyxx la condujese hacia la calle.

El lobo echó un vistazo atrás y vio al hombre asentir en conformidad.

A veces, algunas cosas simplemente deben dejarse como están. Oyó la voz del hombre proyectada en su mente, sorprendiéndolo. *Cuída de ella, lobo, es todo lo que puedo pedir*

Nyxx lo miró verdaderamente sorprendido, no eran muchos los seres que podían comunicarse de aquella manera, y desde luego, no un simple humano. Asintiendo lentamente con la cabeza, le dio su conformidad.

Argus se quedó mirando como la pareja descendía por la calle y se perdía tras girar en la próxima esquina a la izquierda. Su mirada volvió entonces hacia su espalda, donde se alzaban los restos de los antiguos templos y cerró los ojos con fuerza.

—Gracias por traerla con vida, Zeus —musitó en griego—. Gracias por dejarme verla con vida.

Lluvia no había dicho una sola palabra desde que Nyxx la había acompañado al hotel, se había sentado en una de las sillas de la terraza con la mirada perdida sobre el horizonte tratando de poner en orden aquel desastre en el que se había convertido su vida, un tren a toda velocidad que descendía sobre una vía sin nada que lo frenase. Las cosas se volvían cada vez más irreales, en un momento estaba disfrutando de un interludio en los brazos del hombre al que amaba, por que aquella era la verdad, amaba a Nyxx con cada fibra de su ser y la destrozaba el hecho de no ser capaz de romper su maldición cuando ella era supuestamente la única que podría hacerlo,

entonces, al momento siguiente, pasaba alguna catástrofe o algo inexplicable y su frágil mente volvía a estar en una coctelera intentando a duras penas mantenerse unida y aquel hombre...

—Ese hombre... —murmuró después de un buen rato—, él... ¿Es mi padre?

Nyxx permaneció en la puerta de la terraza.

—No podría asegurarlo al cien por cien...

Ella apretó con fuerza los ojos y sacudió la cabeza.

—Nyxx, por favor.

El Cazador suspiró, podía notar su desesperación como suya propia.

—Lo es —asintió con suavidad, entrando en la terraza—. Y es mucho más que un simple humano. Tiene que tener alguna clase de don psíquico.

Volvió la mirada hacia él, preocupada.

—¿Eso es bueno?

Él le sonrió con dulzura.

—Lo es.

Ella asintió y extiró los brazos hacia él, necesitaba sentirse abrazada. Nyxx no tardó demasiado en complacerla, alzándola de la silla para intercambiar su lugar y tomarla en brazos.

—Tengo miedo —confesó abrazándolo.

—No permitiré que nada te dañe, *agapi* —le aseguró acariciándole el pelo.

Ella suspiró y se apretó más contra él.

—Tenemos que volver, debemos terminar con esto de una vez por todas —murmuró contra su cuello.

Nyxx asintió.

—Lo sé.

Lluvia respiró profundamente, empapándose de su aroma, bañándose en

su calor, abriéndole paso a la calma que encontraba entre sus brazos, un profundo contraste teniendo en cuenta lo que ocurría a su alrededor. Echó mano al bolsillo de su pantalón y sacó la gastada foto que Argus le había dado, recorriendo la silueta de la mujer con el dedo, empapándose de la imagen de alguien a quien no conocía ni conocería y que le había dado la vida, si se dejaba guiar por lo que había oído y por sus propios instintos. Sin duda el parecido era asombroso.

—¿Por qué se marcharía así, sin más? ¿Cómo es que apareció su... cuerpo en Santorini poco tiempo después de que tuviese el bebé... a mí... si yo fui dejada en un hospital en Nueva York? —preguntó Lluvia intentando encontrar alguna explicación a lo que había oído de labios del hombre y comparándolo con lo que sabía de su propio nacimiento—. ¿Y si yo no soy ese bebé?

Nyxx la abrazó y le acarició el pelo con suavidad y lentitud.

—No puedo decirte como ocurrieron las cosas, Lluvia —le aseguró mirando la foto al mismo tiempo—. Lo cierto es que yo también encuentro extraño que hubiese viajado de un continente a otro para tenerte y volviese sin ti solo para encontrar la muerte de alguna manera en Santorini.

Lluvia alzó la mirada hacia él.

—Si viajó en avión, tendría que haber quedado constancia en aquel momento, pero él dijo que la policía había investigado y que no habían encontrado nada que sugiriera que ella hubiese viajado fuera del país —musitó apretándose más contra él—. Todo esto es demasiado para mí, Nyxx, no sé si voy a poder hacerle frente.

—Lo harás, *mikrés*, solo necesitas un poco de tiempo —le aseguró besándole la sien.

Ella suspiró y le acarició la barbuda mejilla a su vez, acariciando un mechón de pelo rubio que se había soltado de su coleta.

—Un tiempo del que ahora mismo no disponemos —aseguró, entonces cruzó su mirada con la de él y pidió—. ¿Podrías hacer algo por mí?

Nyxx la miró y asintió.

—Lo que necesites, *mikrés*.

Nyxx echó un rápido vistazo a las ruinas de la Acrópolis, el sol ya empezaba a bajar sobre el horizonte tiñéndolo todo de un color anaranjado, creando sombras sobre los templos que aún seguían en pie, reflejándose sobre las aguas un poco más allá de su vista. El lugar era hermoso y no podía sino agradecer a su compañera que le hubiese devuelto la posibilidad de verlo de esa manera.

Argus estaba hablando con un par de hombres uniformados de la misma forma que él, su voz era enérgica mientras amonestaba a uno de ellos con relación a algún tipo de material. Era un hombre realmente interesante, un humano con una habilidad e intuición que muy pocas veces se veía desarrollada y que le daba un aura de conocimiento y aceptación que encajaba muy bien con la profesión que había elegido.

Como si presintiera su presencia, el hombre se giró hacia él, Nyxx inclinó ligeramente la cabeza a modo de saludo mientras esperaba tranquilamente a un lado a que terminase con su reunión. Con una nueva señal seca hacia uno de sus compañeros, y un par de indicaciones más, Argus dejó a sus acompañantes y caminó lentamente hacia donde se encontraba Nyxx. Su rostro trataba de mantener una expresión neutral, pero la fatiga y la preocupación se hacían evidentes en sus ojos y en las pequeñas líneas de expresión alrededor de su boca.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Ella está bien?

Nyxx sonrió al oír el tono de preocupación en la voz masculina y se apresuró a asentir con la cabeza.

—Lluvia está bien —le aseguró y echó mano a la parte de atrás de la cintura de su pantalón de donde sacó el cuaderno floral que había recibido ella y se lo entregó junto con una pequeña nota doblada sobresaliendo de entre las hojas—. Estos últimos días han ocurrido demasiadas cosas, ha tenido que hacer frente a muchos cambios y este hecho empieza a superarla, necesita tiempo para poner en claro sus ideas antes de pararse a pensar en esta nueva posibilidad.

Argus tomó el cuaderno acariciando las cubiertas y extrajo la nota con cuidado.

—Me ha pedido que le entregase el cuaderno —le explicó Nyxx—, querría que se lo guardara hasta que esté preparada para venir a buscarlo... Y enfrentarse a esta nueva etapa de su vida que parece abrirse ante ella.

El hombre asintió abriendo la nota para luego leer las líneas de una caligrafía limpia y delicada, una caligrafía muy parecida a la suya. Argus no pudo evitar sonreír ante aquella nueva similitud para después concentrarse en lo que decía aquella nota.

Un sinfín de emociones cruzaron por la cara del hombre mientras leía las palabras que Lluvia había escrito, ella había abandonado su regazo y había buscado papel y un bolígrafo para escribir una nota. Nyxx sabía que en aquellos momentos ella no se sentía con la fuerza necesaria para enfrentarse a aquella nueva encrucijada en su camino, y honestamente, él tampoco disponía de más tiempo, tenía que regresar a Nueva York o exponerse a una cacería en la que ella quizás resultase herida. Algo que no podía permitir.

Argus respiró profundamente mientras doblaba la nota, sus ojos brillaban con emoción cuando le tendió la mano a Nyxx.

—Gracias —le dijo el hombre con voz quebrada, pero luchando para que las lágrimas no corrieran por sus mejillas—. Dile que guardaré el cuaderno y esperaré... el tiempo que haga falta. La estaré esperando.

Nyxx asintió correspondiendo a su apretón.

—Se lo diré.

Sin más, Nyxx dio media vuelta y bajó nuevamente por la calle, desvaneciéndose en la muchedumbre. Era hora de recoger a Lluvia y llevarlos de vuelta a Nueva York.

Argus se quedó mirando al muchacho hasta que este desapareció en la bruma, bajó la mirada al cuaderno y a la nota escrita de puño y letra y emitió una plegaria en griego para que acompañara a la pareja.

—Que los dioses os guíen en vuestro camino.

Lluvia se volvió cuando sintió una presencia tras ella. Había estado guardando las cosas en su mochila mientras esperaba el regreso de su compañero para volver a Nueva York y terminar de una vez por todas con todo aquello.

Nyxx le sonrió ligeramente y caminó hacia ella viendo la mirada de incertidumbre en sus ojos.

—¿Le has encontrado? —preguntó volviéndose hacia Nyxx.

Él asintió y le acarició la mejilla.

—Te esperará para devolverte el cuaderno —le aseguró, dándole el recado del hombre.

Lluvia asintió pero no dijo nada más.

—¿Lista? —preguntó entonces Nyxx.

Ella suspiró.

—Odio este método de viaje, pero quizás sea divertido vomitar encima de los zapatos de ese Juez —aceptó con ironía.

Nyxx se rió y tomó su mano llevándosela a los labios en un suave beso.

—No me cabe la menor duda, *mikrés*.

CAPÍTULO 18

Oficinas del Bufete Universal
Complejo de la Guardia Universal
Nueva York

Lluvia no estaba segura de que pudiera acostumbrarse nunca a esa manera de viajar, nada más aparecerse de nuevo, respiró profundamente, miró a los dos hombres que contemplaban con sorpresa a la pareja y pasó delante de ellos a la velocidad de la luz para depositar el contenido de su estómago en una papelera al lado del enorme escritorio de caoba. John arqueó una ceja ante el gesto mientras Shayler se encogía en simpatía por la pobre muchacha.

—Odio esta manera de viajar —farfulló ella con un gemido—. ¿Alguien tiene un botellín de agua, por favor?

Shayler se inclinó sobre la mesa y cogió la botella de agua sin empezar que había a un lado y se lo tendió junto con la caja de clinex.

—Gracias —respondió sin mirar al hombre.

—Sin duda una forma estelar de hacer tu entrada —aseguró John mirando a Nyxx.

El Cazador se encogió de hombros y siguió a su compañera, quedándose a su lado.

—Has tenido suerte de que no te vomitara encima de los zapatos —le aseguró.

Shayler miraba a la muchacha con cierta preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó él mirando a la muchacha y luego a Nyxx.

Nyxx asintió lentamente.

—Ella es la primera persona que conozco que tiene esta reacción ante el viaje entre planos —aceptó mirando al Juez al tiempo que abría las manos—. Pero bueno, aquí me tienes y dos horas antes del toque de queda.

Shayler sacudió la cabeza.

—¿Tienes idea de la que has organizado, Nyxx? —su voz estaba teñida por el reproche.

Lluvia se enjuagó la boca y se limpió los labios antes de incorporarse y mirar al hombre que había hablado.

—Nyxx no tiene la culpa de nada —respondió contemplando por primera vez al así denominado Juez con algo más que sorpresa—. Él... solo... me protegió.

Nyxx sonrió por lo bajo tanto al escuchar la rápida defensa de su compañera como la mirada de sorpresa que había aparecido en los ojos femeninos cuando vio a Shayler.

—Lluvia, él es Shayler Kelly el Juez Supremo Universal. Es el marido de mi amiga Dryah —se lo presentó con cierta diversión—. Juez, Lluvia Naleri, mi compañera.

Lluvia miró asombrada el espécimen masculino que no tenía nada que envidiar a su propio amante. ¿De dónde demonios salían estos hombres? De más de metro ochenta y cinco, con unos profundos ojos azul cielo y el pelo castaño claro rizándose en desordenados mechones a la altura del cuello, poseía unas facciones muy masculinas y un cuerpo de infarto. Sus hombros eran anchos bajo la chaqueta de cuero que los cubría, si bien no era tan fuerte en constitución como el propio Cazador de Almas, no había ni un solo gramo en toda aquella musculatura que le quitara masculinidad, sus estrechas caderas enfundadas en unos jeans negros daban paso a unas larguísimas piernas y todo él emanaba un aire de absoluto poder que hacía que quisiera esconderse

debajo de la mesa. Ese hombre era igual o más mortal aún que el guerrero rubio que se había encontrado con Nyxx.

—¿Tú eres Juez? —preguntó sorprendida, pues más allá de todo ese poder, aquel chico no podía tener más de treinta. Cuando Nyxx había hablado del Juez Supremo y de todo lo que aquel título conllevaba se había formado la idea de alguien mucho más mayor, con canas incluso.

Shayler se encogió de hombros con una divertida sonrisa.

—Hago de todo un poco —respondió él mirando a la mujer con detenimiento para luego trasladar su mirada a Nyxx—. Te agradezco que hayas venido por ti mismo, realmente me hubiese fastidiado tener que ordenar una cacería, Nyxx.

Él esbozó una irónica sonrisa y rodeó la cintura de su compañera con el brazo, atrayéndola cerca de él. En aquel momento no confiaba ni siquiera en ellos, después de todo, si estaba allí era para enfrentarse a un juicio y su condena, no para hacer vida social.

—No sé, quizás hubiese sido interesante veros morder el polvo —aseguró el Cazador rodeando la cintura de Lluvia con su brazo derecho.

Hubo un bufido procedente del otro hombre de pie al otro lado del escritorio. Lluvia le echó un rápido vistazo, sus ojos eran iguales a los del Juez y tenían un ligero parecido, pero nada más. Mientras que el así llamado Juez a pesar de su poder poseía un aura agradable y accesible, el otro hombre la repelía, la seriedad e inexpresión en su rostro la ponía nerviosa.

Nyxx arqueó una ceja y sonrió hacia él.

—Todavía estoy a tiempo de cambiar de idea, ¿no?

John lo miró pero no dijo nada, Shayler se limitó a poner los ojos en blanco y Lluvia alzó la mirada hacia él y negó con la cabeza.

—No —dijo ella con rotundidad, antes de volverse hacia el Juez—. Nyxx hizo lo que hizo para mi protección, si él no hubiese estado allí, yo no...

Shayler levantó la mano y le sonrió tranquilamente.

—Sé lo que ocurrió, Lluvia —aceptó el él—. Al menos parte de ello — su mirada fue de uno a otro—. Entonces, así están las cosas.

Nyxx no respondió, pero su mirada hablaba por sí mismo.

—¿Has conseguido algo? —se aventuró a preguntar John. Desde que ambos habían esperado frente a la Puerta de las Almas el regreso de sus dos seres queridos, se había formado una especie de entendimiento y respeto entre el Antiguo Guardián y el Cazador.

Nyxx miró a Lluvia como respuesta.

—Definitivamente, algo es una buena respuesta.

Ella se sonrojó bajo su cálida mirada.

Shayler arqueó una de sus delgadas cejas y ocultó una sonrisa mientras su mirada iba de su hermano al Cazador.

—¿Y qué hay acerca del resto?

Nyxx miró a Shayler con detenimiento, entonces chasqueó la lengua.

—Veo que has tenido una conversación bastante interesante con Seybin, ¿um?

Shayler no respondió directamente.

—Digamos que sus palabras te consiguieron un pequeño indulto — aseguró inclinándose hacia atrás sobre el escritorio, cruzando sus pies a la altura de los tobillos mientras se apoyaba sobre este—. Pero la has jodido y bien, Nyxx, no nos está permitido asesinar a humanos, por muy hijos de puta que sean.

Nyxx fijó su mirada sobre Shayler y le respondió sin ambages.

—¿Qué habrías hecho tú si estuvieses en mi lugar? ¿Te habrías quedado de brazos cruzados?

No. Shayler lo sabía sin necesidad de pensarlo. Si su esposa llegase a encontrarse en una situación igual o parecida, borraría al bastardo de la faz de

la tierra y a la mierda las consecuencias.

—No estamos hablando de mí —respondió Shayler con tono neutral, tranquilo—. Seybin me ha dicho que el alma de ese... hombre... estaba en la lista de la Puerta para ser recolectada esa misma semana.

Nyxx asintió lentamente.

—Incluso nosotros tenemos burocracia, Shayler —aceptó el Cazador—. Ese hijo de puta estaba anotado en la lista como una de las almas a recolectar, lo más seguro es que terminase en una cuneta, borracho y con el cuello roto, o una puñalada en el pecho para luego ser desvalijado. Yo simplemente adelanté el trabajo.

Lluvia asistía al intercambio de ambos hombres con cierta tensión.

—No te sentí a ti en aquella muerte, Nyxx —comentó entonces Shayler en voz baja—. Fue tu lobo quien dejó la huella, rabia ciega y sed de sangre y una profunda lealtad y necesidad de protección hacia ella. ¿Por qué no te sentí a ti?

Nyxx intercambió una mirada de advertencia con Shayler, entonces se volvió con más suavidad hacia su compañera y le acarició la mejilla.

—Ve a la sala y espérame allí, ¿quieres? Me da la impresión que esto va a ir para largo —le pidió a Lluvia.

Ella estaba a punto de abrir la boca para protestar cuando la interrumpió Shayler.

—Le diré a Dryah que baje, así no estarás sola... —le ofreció el Juez.

—No hace falta —respondió una voz femenina desde el otro lado de la puerta. Tanto los hombres como Lluvia se volvieron hacia esta cuando empezó a abrirse dejando entrar a una menuda rubia con la melena atada en una larga coleta a su espalda y vestida con unos jeans y una chaqueta de cuero blanco por encima de un sueter del mismo color. Una bufanda azul cielo rodeaba su cuello—, ya estoy aquí. Me alegro de volver a veros a los dos.

Shayler contempló a su esposa con cariño y tomó su mano cuando ella se acercó a él y le pidió un beso, el cual concedió encantado.

—No voy a irme a ningún lado —negó Lluvia mirando a Nyxx y a los presentes. Su cuerpo se apretó más contra el de su amante.

Dryah se inclinó hacia delante y observó el pequeño aparato en el oído de Lluvia y sonrió a Nyxx quien le hizo un guiño en respuesta.

—Yo tampoco —respondió entonces Dryah mirando a su marido con total tranquilidad.

—Quizás podríamos retomar el asunto donde se quedó —sugirió John caminando hacia las dos parejas.

Nyxx miró al hombre y finalmente se volvió a Shayler.

—Mi alma no está completa —respondió él respirando profundamente, su mirada fue entonces a Dryah quien pareció repentinamente triste, como si supiese que era lo que iba a decir. Nyxx sonrió para sí, quizás lo supiera—. La mitad de mi lobo y mi propia mitad coexisten en mi interior, a veces es difícil mantener el equilibrio, por lo general el lobo es una extensión de mi mismo, uno solo conmigo... esa noche... Lluvia es mi compañera, como también lo es para él... Sus instintos protectores se superpusieron a cualquier otra cosa, si ella no hubiese estado allí y hubiese retenido al lobo, no sería solo un cadáver el que tendrías sobre la mesa, Juez, sino dos. Y para el otro, sí que debo confesar que no hay orden todavía para su alma.

Lluvia estiró la mano para encontrar la de Nyxx y apretarla con la suya.

—Nyxx hizo lo que tenía que hacer para evitar aquello, no importa si era lobo u hombre, lo único que sé es que me salvó de algo que ninguno de vosotros puede llegar siquiera a imaginar lo que significa para una mujer —respondió Lluvia mirando fijamente al Juez y a su hermano.

Dryah miró a Lluvia y sintió como Shayler le apretaba la mano, su mirada azul se encontró con la de él y le transmitió su apoyo. Ella se sentía

culpable de lo que le había ocurrido a Nyxx, había sido culpa suya que el Cazador tuviese que sacrificar tanto para mantenerla con vida cuando aún era un alma en forma humana.

Nyxx captó el intercambio y apretando la mano de Lluvia se dirigió a Dryah.

—No te culpes por algo de lo que no eres responsable —le susurró el Cazador.

Dryah se lamió los labios y respondió con un suspiro.

—Pero sí lo he sido, indirectamente, lo he sido —respondió ella.

Nyxx sacudió la cabeza y apretó la mano de Lluvia.

—No, *adelfi*, ocurrió como debía ocurrir —le aseguró llamándola *hermana*.

Shayler respiró profundamente y miró al Cazador.

—No puedo hacer excepciones, Nyxx —respondió realmente molesto por ello.

Nyxx esbozó una ligera sonrisa.

—No tendrás que hacerlo, Juez Supremo, por que yo también tengo una petición que traer ante ti —aseguró él con una irónica sonrisa.

Nyxx sonrió al ver los rostros sorprendidos de cada uno de los presentes. Bien, a él le gustaban las sorpresas tanto como al que más. No tenía duda alguna al respecto acerca de cual era la pena que se le había impuesto, al final del día quien tenía que lidiar con el peso del Universo era el Juez y no podía permitirse vacilar. Tan joven como era, Shayler poseía una entereza y un espíritu admirable y solo por ello Nyxx estaba satisfecho de que las cosas se hicieran de aquella manera. Con todo, el Cazador en él no iba a quedarse tan tranquilo y esperar a que le llegase la muerte como un cordero que iba al matadero, no cuando había una manera mucho más entretenida de caminar hacia la Parca, y una justificable.

Shayler se adelantó, su mirada entrecerrándose sobre Nyxx, el Cazador estaba casi seguro de que el Juez estaría intentando indagar más allá de lo que se veía a simple vista, por desgracia, Nyxx no era de los que quisiera compartir algo así, ni siquiera con su compañera.

—¿Qué petición? —preguntó Shayler con cierto recelo.

Nyxx tomó la mano libre de Lluvia cuando ella la estiró hacia él y se la apretó antes de responder.

—Quiero una compensación por sangre —declaró en voz lo suficientemente alta y firme para que todos lo oyeran.

Shayler se quedó realmente sorprendido ante tan inusual petición, al igual que los demás. John, en cambio, se dirigió directamente al Cazador.

—¿Te has vuelto loco? ¿Una compensación por sangre? —le dijo directamente a la cara—. ¿Por quién?

Shayler se tensó al captar lo que se le había antojado tan esquivo durante aquella pequeña reunión y suspiró al entender que Nyxx estaba en su derecho a pedir tal cosa.

—Por su compañera —respondió Shayler por él.

Con un leve movimiento de la mano hizo que la chaqueta que envolvía a Lluvia se abriera y la camiseta se levantase dejando al descubierto la línea rojiza que cruzaba el costado de la chica ante la indignación femenina

—Se ha derramado su sangre.

John maldijo entre dientes al comprender, mientras Dryah se volvía a mirar a unos y otros sin entender.

—¿Qué es una compensación por sangre? —preguntó la joven Oráculo frunciendo el ceño.

Shayler se volvió a su esposa mientras Lluvia se llevaba una mano a la ropa y se bajaba rápidamente la camiseta con nerviosismo.

—Lyon derramó sangre inocente cuando se encontró con Nyxx —

explicó intentando buscar una forma fácil de catalogar aquello—. Lluvia intervino poniéndose a sí misma en peligro... Un movimiento estúpido, si me preguntas, tesoro, el interponerte entre dos hombres armados.

Lluvia miró al Juez pero no dijo nada, no era necesario, su mirada era suficiente aclaración a sus actos. Shayler suspiró y negó con la cabeza.

—Nyxx evitó que lo que podría haber sido una muerte innecesaria terminase en solo eso —concluyó mirando al Cazador.

—En cuyo caso tu problema sería muchísimo mayor —aseguró él con una irónica sonrisa.

Lluvia sacudió la cabeza adelantándose a todos.

—No quiero compensaciones. Yo estoy bien —aseguró mirando de unos a otros para finalmente atraer la mirada de Nyxx—. No lo hagas, no merece la pena.

Nyxx le sonrió y le acarició la mejilla.

—Debo hacerlo —le susurró sin apartar su mirada de la de él—. Si quiero permanecer a tu lado, debo hacerlo, *mikrés*.

Ella negó con la cabeza y se volvió hacia el Juez con la desesperación naciendo en sus ojos.

—No puedes permitirlo.

Shayler no esquivó su mirada, pero había pena en su voz al responder.

—Está en su derecho —contestó alzando la mirada hacia el Cazador—. ¿Estás seguro?

—¿Lo estás tú? —fue la irónica respuesta de Nyxx.

Lluvia se soltó de Nyxx, apartándose y poniéndose en medio de los dos hombres.

—No podeis hacer esto —negó empezando a ponerse frenética. Su mirada fue hacia Dryah en busca de ayuda femenina—. Diles que no pueden.

La chica se mordió el labio, imitando un gesto que a menudo hacía

Lluvia, ella vio el debate que pasó por aquellos ojos azules antes de que respondiese con suavidad.

—No puedo, Lluvia, no puedo intervenir —negó Dryah apretando las manos en sendos puños—. No puedo jugar con vuestro destino.

Lluvia dejó escapar un jadeo mitad risa.

—¿Destino? ¿Llamas destino a permitir que dos hombres se maten entre ellos? Yo eso lo considero una barbarie, no el Destino —exclamó desesperada, entonces se volvió hacia Nyxx—. No lo hagas. Solo vámonos, a cualquier sitio, pero vámonos.

Nyxx enmarcó su rostro entre sus manos y estudió su cara, estaba decidido a hacerlo, aunque eso le costase la sentencia de muerte que el Juez había puesto sobre él.

—Todo irá bien, *mikrés*, cuando más me necesites, seguiré estando a tu lado —le prometió besándole la frente para luego hacerlo en los labios y separarse de ella—. Ahora, quédate con Dryah, ella cuidará de ti.

Nyxx dijo aquello mirando a Dryah quien asintió sin dudar. Inclinando la cabeza a modo de agradecimiento, su mirada se volvió sobre Shayler. Sus labios esbozando esa sonrisa ladina e irónica que siempre colgaba de sus labios.

—Que empiece la caza —respondió y antes de que alguno de los presentes pudiera hacer algo para impedirlo, se desvaneció.

—¡No!

Lluvia se quedó mirando hacia la nada, el lugar que un parpadeo antes había ocupado su amante. Todo en su interior se revelaba ante aquella decisión tomada por Nyxx, ella no deseaba que se derramase sangre, ni la de su amado ni la de ningún otro por su causa, nadie merecía sangrar por ello. Su mirada se volvió hacia los presentes, el reproche y el desprecio naciendo desde lo más profundo de su interior, aquellos eran los únicos protagonistas de toda aquella

locura.

—Lluvia... —trató de acercarse Dryah.

La chica se volvió hacia la pequeña rubia que estiraba la mano hacia ella, para golpeársela de regreso. No quería que la tocara, no quería nada de ellos, solo quería a Nyxx, solo a él.

—¡No me toques! —le gritó alejándose de su contacto antes de echar un vistazo a los otros dos hombres—. Esto es culpa vuestra... de todos vosotros.

Shayler se volvió hacia su esposa, quien se había quedado paralizada ante la explosión de la muchacha, podía sentir el dolor y el arrepentimiento de su compañera como también notaba las emociones desesperadas de la otra muchacha.

—Lluvia, Nyxx sabía perfectamente a lo que se exponía cuando hizo lo que hizo —trató de explicarle—, sé que es difícil de entender para ti, pero tu compañero tenía elección, en cambio se dejó guiar por el instinto de su lobo.

Lluvia alzó la mirada hacia él y miró después a su esposa, reparando en la manera en que la protegía, como la escudaba. Sus labios se movieron en una mueca irónica.

—Soy sorda, Juez Shayler —respondió ella llevándose la mano al oído cubierto por el pequeño amplificador—. Sin esto, no podría oír nada... En unos cuantos meses, años si tengo suerte, ni siquiera este pequeño aparato funcionará para mí, mi mundo se sumirá en un completo silencio. Pero mis otros sentidos funcionan perfectamente. Yo estaba allí, aunque aquellos recuerdos me aterran, estuve allí y sé lo que ví, se lo que sentí y sé que no había intenciones asesinas en los ojos de *mi* lobo, solo una necesidad completa y absoluta de protección. Tendrías que ser una mujer para entender lo que una violación puede hacerte, las marcas que deja en tu alma, ya no solo en tu cuerpo y él me salvó de conocerlo, Juez. No esperes que me ponga en su contra.

—No te estoy pidiendo que lo hagas —negó él, sus ojos azules mirándola con calidez, paz—. Solo te pido que te mantengas al margen, no le harás ningún bien a Nyxx si vuelven a herirte.

Lluvia alzó la barbilla, tensándose.

—No, no lo hará —asintió ella con convicción—. Pero prefiero que se sea mi sangre la que se derrame y no la de él. Nyxx ya ha perdido bastante.

Shayler asintió.

—Sí —aceptó—. No permitas que te pierda a ti también.

Lluvia sacudió la cabeza.

—Él no va a perderme —respondió girando ya hacia la puerta—, haría falta que el diablo viniese a buscarme en persona para que eso ocurra.

Antes de que ninguno de ellos pudiera evitarlo, la muchacha salió de la oficina y cruzó rápidamente la sala en dirección al pasillo y tomó el primer ascensor.

—Si a ella le ocurre algo... —murmuró Dryah empezando a temblar. Sacudiendo la cabeza empezó a caminar tras la muchacha, solo para ser detenida por su compañero—. Shayler... le acabo de darle mi palabra a Nyxx.

—No —negó este con vehemencia—. No debes interferir de ninguna manera, Dryah...

Dryah alzó sus profundos ojos azules y se debatió entre ir tras la muchacha o mantenerse al margen.

—Ya lo he hecho —susurró con creciente desesperación—. He dado mi palabra... si a ella le pasa algo...

Shayler abrazó a su esposa, atrayéndola contra él y suspiró antes de volver la mirada hacia John.

—No tenemos otra elección, Shayler —le aseguró su hermano al ver la duda en los ojos del Juez.

Él asintió y aferró con más fuerza a su mujer.

—Avisa a Lyon, dile que Nyxx ha pedido una satisfacción de sangre... Y va a por él —pidió con voz firme—. Que inicie la caza.

John asintió y se volvió caminando hacia la sala para cumplir la orden.

—No se detendrán hasta que alguien muera —musitó Dryah apretando los ojos y aferrándose a la chaqueta del Juez con desesperación—. Y alguien morirá, Shayler, alguien morirá.

Abrazó a su esposa, apretándola contra él sabiendo que lo que ella decía, antes de que acabase el día, acabaría por hacerse realidad.

Lluvia salió a la calle y se paró mirando a derecha e izquierda con desesperación, el sol estaba en lo alto e iluminaba todo con tanta fuerza que parecía hacer mofa de la oscuridad que rondaba su corazón y su alma, una oscuridad provocada por la condena de una muerte que no podía darse el lujo de permitir, no ahora, no cuando él era todo lo que tenía, todo lo que realmente le importaba.

Pero, ¿qué podía hacer ella? No era más que una simple chica de barrio, una muchacha corriente que se había visto arrastrada por el hombre más increíble y sexy en el que posó la mirada, a un mundo que solo podría existir en una novela de ciencia ficción, nunca en la realidad. Su vida había ido en un camino descendente desde que lo había conocido, todo aquello que en lo que creía, su realidad, se había hecho añicos para ser sustituida por otra más fiel, más verdadera y más intensa, una realidad en la que amaba con todo lo que era a un hombre que había sido maldecido hacía más de mil años, un hombre por el que daría su propia vida si con ello traía una simple sonrisa a su rostro.

—¿Dónde estás? —susurró moviéndose inquieta de un lado a otro, incapaz de decidirse hacia que lado ir—. Vamos, Lluvia, piensa... ¿A dónde ha ido?

Pero no era su mente lo que necesitaba en aquellos momentos, se dio cuenta, ya no podía ser la misma muchacha que casi había atropellado aquel vehículo solo para verse salvada por un desconocido. Aquella muchacha había quedado ya muy atrás, su vida había cambiado, su pasado se había desvanecido para dar paso a una nueva realidad, nueva y muy real.

—No es hora de dudar, Lluvia —se dijo a sí misma—. Has visto con tus propios ojos como es el mundo en realidad, como es tu mundo... vamos... puedo hacerlo, sé que puedo.

Respirando profundamente se obligó a ignorar todo lo que había a su alrededor, olvidándose de la gente y de todo aquello aquello que no fuese su propia conciencia, su propia sangre y herencia. Sabía que lo que buscaba estaba allí, en su interior, de alguna manera había llegado a una comunión con ello en el Santuario de Dodona. Había sentido la tierra, la edad en aquel ancestral suelo, no podía ser que su afinidad con las plantas y los árboles sirviera solamente para sacarse el título de Paisajista. Si como Nyxx había clamado ella tenía sangre Valaco corriendo por sus venas, si realmente era la hija de aquella hermosa mujer que había visto en la foto, era hora de demostrarlo.

La advertencia llegó como una suave brisa que se elevaba en su interior, sus sentidos parecían hacerse de pronto más pronunciados hasta el punto en que pensó que podría salirse de su propio cuerpo, la sensación fue amplificándose hasta que su oído empezó a captar un ligero zumbido y tras ese zumbido llegó una imagen.

Lluvia abrió los ojos de golpe, su mirada voló hacia la derecha, donde un par de metros más allá empezaba Central Park y con un angustiado jadeo, echó a correr hacia el próximo paso de peatones, teniendo cuidado de esquivar los coches mientras cruzaba al otro lado de la calzada.

Nyxx se apareció en una de las muchas intersecciones dentro de Central Park de Nueva York, su mirada verde entrecerrándose ligeramente mientras buscaba aquello que no se percibía a simple vista. La gente había aprovechado la mañana del domingo para salir a pasear, el día estaba bastante frío en comparación al clima mediterráneo del que acababan de regresar, pero el sol en lo alto del cielo parecía ser suficiente excusa para enfrentarse al frío.

Sonrió para sí al recordar la cara de sorpresa en el rostro del Juez cuando le había dicho que quería una compensación de sangre por lo que le habían hecho a su compañera, había tenido que mover los hilos muy despacio para poder salirse con la suya, aquel enfrentamiento serviría perfectamente a su propósito. Había entendido que Shayler iba a cumplir la ley hasta las últimas consecuencias, lo supo desde el instante en que el Juez le concedió el edicto de aquellos cinco días para solucionar las cosas, pero no lo culpaba, de hecho, se alegraba que el chico mantuviese su palabra, después de todo era necesario que alguien pusiese los puntos sobre las íes en el mundo salvaje en el que se movían.

Nyxx alzó el rostro, casi como si estuviese oliendo lo que le rodeaba y sonrió volviéndose hacia la derecha antes de hacer aparecer sus armas y lanzarse en un elegante giro con el brazo derecho estirado. Un fuerte sonido de metal reberveró por el lugar llamando la atención de los transeuntes que se quedaron clavados en el lugar al ver aparecer de la nada al enorme vikingo que detuvo con una amplia sonrisa en sus labios el mandoble que lanzado por Nyxx.

—No sabía que tenías tanto apego a la muerte —le dijo Lyon echando un rápido vistazo al Cazador, para finalmente retroceder y echar un vistazo a su alrededor—. ¿Era necesario tener público?

Nyxx miró por encima del filo de su espada al Guardián Universal para luego trasladar su mirada hacia los transeuntes que habían estado paseando

por el parque y se habían quedado paralizados por el temor, y algunos por curiosidad, ante el espectáculo que parecían estar a punto de dar aquellos dos hombres con espadas en sus manos.

—Nunca se me han dado bien las multitudes —respondió el Cazador barriendo el lugar con la mirada antes de esbozar una irónica sonrisa y alzar su mano libre al cielo haciendo que el aire sobre sus cabezas reventara en una potente explosión. La gente empezó a gritar y a correr entonces en todas direcciones alejándose y gritando incoherencias.

Lyon puso los ojos en blanco.

—Qué sutil —respondió haciendo rodar sus ojos—. ¿Tanto te aburraste en tu último viaje de cacería?

Nyxx volvió la mirada desde la gente que huía hacia el hombre que permanecía frente a él.

—Digamos que las presas escaseaban —aseguró rodando la empuñadura de la espada en sus manos—, pero no fue una completa pérdida de tiempo.

Lyon chasqueó la lengua y lo miró rodeándole, como se rodearían dos perros de pelea.

—¿Por qué estás haciendo esto? —le preguntó. No se había creído ni una sola palabra de lo que le había comunicado John por teléfono—. ¿Qué ganas exponiéndote a morir de esta manera? Tu compañera, por lo que tengo entendido, está perfectamente entera y bien.

Nyxx asintió con desinterés.

—Y así espero que esté durante mucho tiempo —aseguró siguiendo con aquel movimiento rotatorio.

—Puede que el Juez se haya tragado el motivo que has dado para este encuentro —le aseguró Lyon—, pero conmigo no tendrás tanta suerte.

El Cazador entrecerró sus peligrosos ojos verdes y chasqueó la lengua.

—Um... no estaría tan seguro de que se lo haya tragado —aseguró con ironía—, por otro lado, quizás la excusa le sirva tanto a él como a mí para poner fin a esto. Pero si tú necesitas un motivo... —Nyxx fintó hacia delante arañando el brazo de Lyon, arrancando la primera gota de sangre—. Ahí lo tienes.

Lyon bajó la mirada a su brazo y finalmente clavó su mirada en Nyxx con una divertida sonrisa.

—Adoro que me den motivos para matar a alguien —respondió el hombre lanzándose al ataque.

—Ya somos dos.

Fintando de un lado a otro, escabulléndose solo para volver a atacar, los dos hombres se enzarzaron en un combate mortal, sin preocuparse de quién hería a quien y en qué forma. Solo eran dos combatientes dispuestos a todo por la victoria, una victoria que alzaría el primero que matase a su contrincante.

Lluvia se detuvo ante la entrada de Central Park jadeando. Inclinándose hacia delante apoyó las manos sobre las rodillas mientras intentaba encontrar el aire que llevar a sus pulmones, había atravesado la calle todo lo rápido que había podido, rezando por que pudiera llegar a tiempo para evitar un derramamiento de sangre como el último al que había asistido. No podía permitir que Nyxx saliese herido, mucho menos que lo matasen.

Un fuerte estruendo procedente de alguna parte del interior había resonado con fuerza haciendo temblar incluso las plantas, la gente empezó a gritar y pronto aparecieron las primeras personas abandonando el lugar en una rápida carrera.

—Nyxx —murmuró mirando a su alrededor mientras la gente pasaba a su lado mirando hacia atrás con nerviosismo.

La sensación de urgencia que sintió antes volvió a resurgir, todo lo que

quería hacer era correr en dirección contraria, alejarse de lo que quiera que hubiese ocurrido allí dentro para provocar tal caos, pero en su lugar se internó en el parque, esquivando a la gente que se apresuraba en dirección contraria, hablando y gritando sobre una explosión o un posible ataque terrorista y avanzando siempre hacia delante, hacia donde sus instintos la impelían a caminar.

Lluvia dejó el camino principal cuando oyó un suave susurro de viento moviéndose entre los árboles a su derecha, no podía explicarse aquella compilación pero de algún modo sabía que aquel era el camino correcto. Subió por una de las amplias lomas y saltó por encima de la pequeña valla de madera antes de descender a trompicones por el otro lado, los recuerdos de la noche en la que la habían atacado empezaron a filtrarse en los recobecos de su mente, no importaba que estuviese a plena luz del día, los ecos de lo ocurrido intentaban abrirse camino en su alma, atacando sus nervios.

—¡No! —se obligó a detenerse y apartar aquellos recuerdos de su mente. Necesitaba llegar a Nyxx, aquello era lo único en lo que debía pensar—. Tengo que llegar a él, tengo que evitar que se derrame sangre.

Con aquella idea en mente siguió su camino, tratando de orientarse mientras se adentraba más y más en la enorme extensión del parque, rezando por llegar a tiempo de evitar que él cometiera alguna estupidez. Algo en lo que parecía ser un experto.

Apenas había alcanzado las inmediaciones del lago cuando se encontró con dos chicas que corrían despavoridas en dirección a la zona de la que ella acababa de venir. Nada más verla, las muchachas de no más de quince o dieciseis años corrieron hacia ella, hablando al mismo tiempo.

—No vayas por ahí —clamó una chica, totalmente blanca y con la mirada aterrada—. Ha habido una explosión, y hay dos locos peleándose con dos enormes espadas.

—Pensamos que estarían rodando o algo, pero entonces hubo una explosión —aseguró su compañera—. Y la forma en que se gritaban el uno al otro... No, esos no eran actores.

—Tenemos que salir de aquí, avisar a la policía —clamó la primera de ellas tirando de su amiga—. Vamos, no quiero quedarme aquí.

Lluvia volvió la mirada a la dirección que ellas habían señalado y miró después a las chicas, empujándolas hacia el lugar por donde ella había venido.

—Teneis que iros de aquí —las empujó con decisión—. Marchaos y no volvais atrás.

—No puedes ir allí... Son peligrosos —insistía una de ellas, mientras la otra lloraba y tironeaba de su amiga para que se marcharan.

—Iros, no me ocurrirá nada —aseguró Lluvia mientras las echaba—. Vamos, fuera.

Las muchachas no dudaron ni un instante más y se internaron hacia la zona del parque por la que Lluvia había llegado, mientras, los ojos marrones de Lluvia echaron un rápido vistazo hacia la zona por donde las había visto llegar y se encaminó hacia allí.

Nyxx devolvió el golpe haciendo que Lyon se deslizara hacia atrás, solo para retroceder él mismo y cambiar la posición de su daga en la mano mientras giraba la espada en la otra y volvía a arremeter contra el Guardián. Tenía que darle crédito al hombre, era bueno con las espadas, casi tan bueno como él, lo que hacía de aquel un combate realmente interesante. Nyxx se preparó para recibir el próximo mandoble, parándolo rápidamente con la espada larga mientras se giraba y atacaba a su vez, solo para retirarse nuevamente hacia atrás evitando así recibir un bonito tajo en el estómago. La fuerza con la que los dos atacaban y se repelían empujaba sus cuerpos más allá de cualquier resistencia, pero ya era hora de acabar con aquel juego, no

tenía intención de matar al guerrero, por suerte para él, Lluvia apenas había recibido un arañazo y había sido culpa suya por no ponerla a salvo y alejarla de ellos dos antes de enzarzarse en una pelea. Siseando ante el golpe que arrancó un trozo a su chaqueta se echó hacia atrás y empezó a dirigir el combate hacia los costados. Los humanos habían corrido por sus vidas cuando vieron que no se trataba de una exhibición al aire libre, al menos así el Juez y los suyos tendrían algo más en lo que entretenerse pensó con ironía mientras retrocedía esquivando sus ataques hacia una de las bifurcaciones del camino. Lyon lo seguía de cerca, descargando toda su adrenalina en cada ataque, el Guardián Universal se estaba tomando a pecho aquella escena, bien, después de todo iba a necesitar su mejor golpe para terminar con aquella pantomima.

Girando una vez más, se preparó para lo que vendría, había cavilado en ello demasiado para no saber que era una idea estúpida, pero por otra parte, aquella era la única salida para deshacerse de una vez por todas de la sentencia del Juez y poder volver al lado de Lluvia y concentrarse en buscar la manera en que pudiera quedarse con ella, después de todo ella seguía siendo humana y él un Cazador de Almas.

Si tenía que morir, lo haría de una manera honorable.

Con aquella idea en mente, respiró profundamente y bajó la espada larga girando su daga, él podría morir... Pero Lyon se iba a llevar un buen corte.

—Vamos, Guardián, demuéstreme lo que puedes hacer —musitó para sí avanzando ya para llevar a cabo aquella acción suicida.

—¡No!

—¡Deteneos!

—¡Lyon, la espada!

Las voces se filtraron una tras otra a través del fragor de la batalla, pero ya era demasiado tarde para advertencias. Nyxx se giró alzando su arma por

reflejo y enmudeció cuando sintió la hoja atravesando limpiamente la carne de un cuerpo. Sus pupilas se dilataron cuando se encontró con Lluvia en los brazos, sus ojos totalmente abiertos por la sorpresa y más allá de ellos dos, precipitándose hacia Lyon, vió a Shayler deteniendo a duras penas el golpe que su compañero de armas ya dirigía hacia Nyxx, el cual en la posición en la que estaba ahora mismo el guerrero terminaría hundiéndose en el costado de la muchacha.

La sangre se heló en sus venas cuando sintió algo cálido manando sobre la mano que empuñaba su arma, sus ojos bajaron lentamente sobre el cuerpo femenino hasta reparar en la enorme mancha que se estaba formando a la altura del corazón de Lluvia, donde su daga todavía sujeta a su mano se había hundido hasta la empuñadura. El lobo en su interior aulló de dolor y angustia al mismo tiempo que él dejaba escapar un agudo grito y retiraba la daga clavada en su corazón mientras su preciosa carga caía desmadejada hacia el suelo.

—No, no... no... por los dioses... no —balbuceó mirando a su mujer, y la herida mortal que le había infringido en el pecho—. Lluvia, mi amor, no...

—No... no podía dejar... que lo hicieras... —murmuró ella antes de atragantarse y toser, de sus labios escapando coágulos de sangre.

—No... pequeña, mírame... mírame, mi amor... —le suplicó llevando su mano ensangrentada a su rostro cada vez más pálido, mientras la apretaba contra él, su mano bajó a la herida sobre su pecho presionando con fuerza—. Shhh, todo irá bien... Te pondrás bien...

—No... me dejes sola... Nyxx... —susurró ella a duras penas, sus ojos luchando por permanecer abiertos.

—¡No! ¡Lluvia! ¡Maldita sea, no te atrevas a dejarme! Cariño, por favor —le suplicó, las lágrimas resbalando por su rostro, su mirada recorriendo con impotencia su cuerpo—. Por favor, no me dejes tú también... por favor...

—Te... es... esperar...é —susurró ella alzando una temblorosa mano hacia su mejilla antes de cerrar los ojos y exhalar su último suspiro. La delicada mano cayó antes de haber tocado si quiera su piel inerte al suelo, Nyxx no podía más que mirarla con desesperación, entonces sus ojos volaron al rostro de su compañera, en ellos una profunda negación mientras seguía brotando sangre de la herida en el pecho femenino, bañándolos a los dos.

—No... no... por favor... no —gimió con desesperación inclinándose sobre ella, meciéndola contra él—. Lluvia no, por favor, te necesito, *mikrés*... por favor... ¡No! ¡No!

Shayler apartó la mirada de la pareja a escasos centímetros de ellos en el suelo cuando sintió el enorme cuerpo de su guerrero temblando. Poco a poco el sonido del acero al deslizarse inundó el sepulcral silencio solo roto por los desgarradores sollozos de Nyxx, Lyon tenía los ojos desmesuradamente abiertos y la incredulidad y la negación bailaba en ellos.

—No... no la... no la ví —respondió él incapaz de creer lo que veían sus ojos.

Shayler apartó sus dagas lentamente y asintió en dirección a su amigo, obligándolo a moverse con la ayuda de John que ya se había reunido con ellos. Dryah había llegado también junto a ellos, pero la mirada azul de la muchacha estaba puesta sobre Nyxx y su compañera muerta.

—Nyxx —lo llamó ella vacilando a los pies del Cazador.

El hombre levantó la mirada y a ella se le hizo un nudo en la garganta, las lágrimas acudieron raudas a sus ojos, deslizándose por sus mejillas cuando las vio también nadando en los desesperados ojos verdes del hombre.

—La he matado... —Lloraba él, su rostro una máscara de tortura—. Está muerta... la he matado... la he matado.

—Shhh —le susurró Dryah cayendo de rodillas junto a ellos, sus manos temblaban sin saber que hacer—. Todo va bien, *adelfos*^[29], esto...

—¡No! ¡Nada va bien! —clamó con desesperación apartándose del contacto de su amiga. No quería que lo tocara, que tocara a su mujer, él se inclinó sobre ella, abrazándola, meciendo su cadáver—. Lluvia... mi amor... lo siento... lo siento, *mikrés*... oh, dioses, que he hecho...

Dryah empezó a temblar sin saber que hacer, ni todo el poder que tenía en sus manos podría haberla preparado para algo como aquello. Tenía que hacer algo, pero era incapaz de encontrar una solución, el Oráculo no le había mostrado nada de aquello y ni siquiera le habían permitido interferir, ella había aceptado cuidar de Lluvia cuando Nyxx lo pidió y le había fallado.

—¡Shayler! —gritó llamando a su compañero con absoluta desesperación.

El Juez se acuclilló alrededor de su compañera, atrayéndola hacia él mientras se escudaba para aislarse del crudo y agonizante dolor que estaba sintiendo el Cazador en aquellos momentos.

—Está bien, Dryah, tranquila —le susurró mientras contemplaba a la pareja, al Cazador agonizando con su dolor.

—No... nada de esto está bien. Esto no tenía que pasar... —respondió la muchacha con desesperación, volviéndose a su esposo—. No me dejaron intervenir, pero esto no tenía que pasar... prometí protegerla... tiene que haber algo... no puedo dejarlo así...

—Mátame.

El ronco susurró llegó del hombre que abrazaba fuertemente a su compañera, sus ojos eran fuego líquido cuando miró a Dryah, unos ojos que no eran en parte humanos y parte animal... Ambos en uno solo.

—¿Qué? —preguntó ella, incapaz de procesar aquella información.

Nyxx alzó la voz, su cadencia rota y arrasada por las lágrimas la hacía más profunda y oscura

—Mátame —repitió con claridad y decisión, su mirada clavándose en

la azul de la muchacha—. Debo ir a por ella... solo podré hacerlo si me matas...

Dryah empezó a sacudir la cabeza al tiempo que se echaba hacia atrás, incapaz de llevar a cabo tal petición.

—N... no... no me pidas...

—¡Me lo debes, maldita sea! —exclamó con desesperación, mirando el cuerpo inerte en sus brazos—. No puedo perderla ahora que la he encontrado. Dryah, por favor... Mátame.

Ella se echó a llorar, sus labios temblaban mientras sacudía la cabeza con desesperación.

—¡No! —lloró con impotencia.

—¡Mátame! —insistió Nyxx con un grito de rabioso dolor—. La necesito... necesito ir con ella...

La pequeña rubia ahogó un gemido de dolor y apretó las manos en sendos puños, con un ligero estremecimiento se alejó unos pasos de Shayler y se arrastró hacia ellos dos.

—¿Dryah? —la llamó Shayler, en su voz una obvia pregunta.

Su respuesta salió en un bajo e inestable tartamudeo.

—Quiere... quiere ir... ir a por ella —musitó la muchacha, temblando mientras se acercaba a la pareja, aterrada por lo que debía hacer—. Quiere... traerla de vuelta...

Shayler se levantó y acompañó a su mujer, no estaba seguro de lo que estaba pasando, su compañera estaba temblando, el dolor y el terror colisionaban en su interior haciendo que deseara arrancarla de aquel lugar y llevársela lejos.

—¿Traerla? —murmuró Lyon que estaba a escasos pasos junto a John, su mirada iba de la pareja a su Juez—. ¿Es... es posible?

Dryah volvió a arrodillarse al lado de la pareja, manchándose con la

sangre que empapaba a ambos.

—Mátame —suplicó Nyxx una vez más, su voz surgió en un murmullo cuando sus ojos se encontraron con los de la muchacha—. Por favor... tengo que ir a por ella. Por aquello que más amas... hazlo. La necesito.

Dryah asintió mordiéndose el labio inferior y tomó la daga que había quedado abandonada a un lado manchada con la sangre de la humana, la mano le temblaba tanto que apenas podía sostenerla.

—No... no puedo... —gimió secándose con rabia las lágrimas que empañaban sus ojos—, Nyxx...

—¡Hazlo, maldita sea! —gritó él con desesperación.

Ella dio un respingo y se tragó un gemido desesperado, negando con la cabeza mientras sus dos manos se cerraban con fuerza sobre el arma y la apretaba contra su pecho antes de empezar a alzarla de manera temblorosa.

—Ve a por ella y tráela, *Adelfos* —susurró apretando sus dedos alrededor de la empuñadura del cuchillo. Shayler se cernió detrás de ella y rodeó sus manos con la suya, estabilizando el arma y transmitiéndole paz y calor, su mirada se cerró en la de su esposa y asintió.

—Tráela de vuelta, Cazador o yo mismo bajaré a los infiernos para ir a buscarte —le prometió Shayler, haciéndose eco de los pensamientos de su esposa.

Guiada por el impulso y el temple de la mano del Juez, Dryah hundió profundamente la daga en el corazón del Cazador, gimiendo de dolor cuando la hoja atravesó su pecho y se hundió hasta la empuñadura. La sangre empezó a chorrear de la herida bañando sus manos todavía unidas, antes de que Shayler extrajese la daga con un limpio movimiento y atrapara a su esposa contra él, la cual se estremecía y temblaba como una hoja llorando ante los dos cuerpos moribundos.

El Cazador sonrió levemente a modo de agradecimiento, entonces cerró

los ojos y por segunda vez en su larga vida, murió.

CAPÍTULO 19

Nyxx sintió aquella extraña liberación que hacía que su cuerpo físico se desvaneciese convirtiéndolo en una sólida alma. Su mirada se cruzó entonces con Dryah, quien como uno de los poderes Primigenios del Universo y habiendo sido un alma ella misma, podía verle en aquella forma y sintió todo el peso de lo que la había obligado a hacer cayendo sobre él. Había obligado a aquel ser inocente a dar su primera muerte, su primer derramamiento de sangre, algo que marcaría su alma eternamente, pero ella era la única que podía haberlo hecho, como Libre Albedrío, era la única capaz de enfrentarse al Destino y alterar su curso.

—La traeré de vuelta —le prometió inclinando su cabeza en un profundo agradecimiento. Aquello era lo menos que podía hacer por ella, se encargaría de hacer valer lo que la había obligado a sacrificar trayendo a su compañera junto a él.

Cerrando los ojos oyó claramente el inconfundible susurro de la Puerta de Las Almas, un susurro que se iría haciendo cada vez más alto a medida que se acercase al Reino de las Almas. Dejando todo atrás, se trasladó hasta aquel lugar, el mismo que había visitado en innumerables ocasiones cuando arrastraba consigo a alguna de las almas hasta su descanso final.

La Puerta se alzaba majestuosa sobre una losa de piedra, sus dos hojas gravadas a fuego con las imágenes de los condenados y las almas liberadas, concediendo tanto el cielo como el infierno. Nyxx sintió una presencia a su lado, no era necesario que se volviera para saber quien era él.

—Siempre te ha gustado hacer las cosas de la manera difícil —le dijo

Seybin.

Nyxxladeó el rostro para ver a su jefe y amigo.

—Sigo pensando que es la mejor manera de hacer las cosas —respondió en una voz suave, lisa, como si el daño en su garganta se hubiese ido.

Seybin chasqueó la lengua.

—Solo tú podrías pensar algo así —respondió haciendo rodar sus ojos antes de estirar su mano derecha y ondearla de modo que una pequeña cortina de niebla apareciera frente a la Puerta. Lluvia estaba allí, mirando a su alrededor desorientada, tan hermosa y cálida con aquel vestido blanco. Seybin se volvió a su amigo—. Vuelve a casa... Y a poder ser con ella. No quiero tener que oír tus lloriqueos por cada esquina.

Sin decir una sola palabra más, el Dios de las Almas se desvaneció. Había conseguido mantener prisionera el alma de Lluvia el tiempo suficiente para que él pudiese llegar a ella y reclamarla, manteniéndola alejada de la llamada de la Puerta. Nyxx sabía lo que aquello iba a costarle a su jefe y no podía estar más agradecido con él.

Fijando su mirada en ella, sonrió y empezó a caminar hacia la hermosa mujer que miraba la enorme puerta blanca a sus espaldas.

—*Agapi*, todavía no es la hora.

Lluvia se volvió hacia el sonido de aquella voz ronca y masculina que envió un escalofrío por su espalda, sus ojos se abrieron desmesuradamente al reconocer a Nyxx, llevándose las pequeñas manos a los labios ahogó un pequeño jadeo.

—Nyxx... estás aquí... —murmuró sonriendo.

Él acortó el resto del camino en un par de zancadas antes de pararse ante ella y tomarla en sus brazos, aliviado de poder abrazarla de nuevo.

—No pensarías que iba a dejarte sola, ¿um? —le aseguró besándole la

cabeza.

—Gracias por venir a buscarme —respondió abrazándose a él—. Me daba miedo estar aquí sola.

—Nunca podría estar demasiado lejos de ti, *Agapi mou*^[30].

Como si su reunión fuese la señal que la Puerta había estado esperando, esta empezó a abrirse, las enormes losas de piedra abriéndose hacia los lados, con un poderoso estruendo mientras las voces se incrementaban, haciéndose realmente altas, casi ensordecedoras.

—Me está llamando —murmuró Lluvia mirando hacia la niebla que empezaba a formarse en su interior—. Quiere que vaya...

Nyxx apretó su mano cuando ella dejó sus brazos, compelida por el Llamado de las Almas.

—No dejaré que te lleve —negó y luchó consigo mismo para repeler su propio llamado—. ¡Yo reclamo su alma!

Se hizo un sepulcral silencio cuando la puerta quedó abierta por completo, las voces empezaron a apagarse unas detrás de otras hasta que todo lo que inundó la enorme sala fue el silencio y aquella espesa neblina empezó a manar hacia fuera, vertiéndose.

Ya has sentado una vez el reclamo, Cazador de Almas.

Nyxx se enderezó, aquella era la segunda vez que oía el coro de voces que formaban la voluntad de La Puerta de las Almas, esta vez estaba preparado para lo que aquellas voces hacían a su espíritu. Su tono era como el de una sirena, un imán al que no podías resistirte.

—Ella es mi legítima compañera —declaró apretando la mano de Lluvia—. No puedo permitir que vaya a ti, todavía no.

No puedes impedirlo.

Nyxx apretó los dientes. No iba a ceder, necesitaba a Lluvia, la amaba.

—Por favor, no te la lleves —suplicó por primera vez con todo lo que

tenía—. Y si esa es tu única voluntad, entonces llévame a mí con ella, no sobreviviré si me deja.

Sobrevivirás.

La neblina empezó a deslizarse hacia ellos, envolviendo los pies de Lluvia.

—¡No! —gritó con desesperación—. Te daré lo que quede de mi alma.

Ya vives con solo dos mitades. ¿Te despojarías de todo lo que eres por ella?

No hubo vacilación en la voz de Nyxx.

—Sí.

Hubo un momento de silencio, entonces aquel coro de voces suspiró. ¿Un suspiro? Aquella era la primera vez que oía algo así saliendo de la puerta, en cierto modo, parecía incluso irónico. Cuando la voz habló, no estaba seguro de si lo hacía con él.

De acuerdo. Pero tendrá que pagar el precio, Destino.

Una ligera risa manó de la puerta, seguida de una voz que Nyxx no había esperado escuchar ya más.

—Gracias, mi señora.

Nyxx apretó la mano de Lluvia y la atrajo hacia él mientras clavaba la mirada en la niebla que empezó a formar una especie de tunel a través del cual apareció caminando una silueta, poco a poco esta fue cobrando forma hasta terminar de pie ante ellos un hombre de profunda mirada y lacio pelo negro.

—Eidryen —murmuró Nyxx con absoluto sobrecogimiento al ver ante sí al Dios del Destino.

Con un ligero asentimiento de cabeza, el dios se detuvo a escasos pasos de la pareja, su mirada yendo de uno al otro para finalmente detenerse en Nyxx con cierta nota de ironía en su voz.

—Siempre te ha gustado jugar al límite, Cazador de Almas —le aseguró

mirándolo para finalmente pasar su mirada sobre la mujer—. Y tú no te quedas atrás, pequeña Valaco.

Nyxx sacudió la cabeza, frunció el ceño y abrió la boca, pero de su garganta no salía ninguna palabra clara.

—¿Cóm... qué...?

Eidryen alzó la mano y negó con la cabeza.

—No hagas preguntas para las que todavía no estás preparado a escuchar la respuesta, amigo mío —le aconsejó, su mirada presa de la del Cazador—. Todo lo que necesitas saber es que vuestro destino va de la mano, debéis permanecer juntos, aunque hay un pequeño precio a pagar.

—¿Qué precio? —Ahora fue Lluvia la que hizo la pregunta. Su mirada fue a Nyxx y finalmente volvió a aquel extraño hombre.

El Dios del Destino posó su mirada sobre la muchacha, en cierto modo, aquella pequeña mujer de voz suave y fuerte espíritu le recordaba a su propia alma... No, a la que ahora era el Libre Albedrío. Su pequeña Dryah.

—Tu sangre ha liberado la maldición que pesa sobre Nyxx —le aseguró permitiéndole saber que después de todo, había podido cumplir con la promesa que se había hecho a sí misma y a él. Su mirada fue entonces sobre el Cazador—, esa idea de hacer que te mataran para cumplir la sentencia de muerte y renacer con la nueva puesta de sol, reconozco que fue ingeniosa, Cazador, pero debiste mantener a tu compañera lejos del filo de tus armas.

Nyxx se estremeció ante el recuerdo de cómo la había herido. Aquella escena lo rondaría para toda la vida, jamás podría borrar de su mente la sensación de la vida de ella escapando de su cuerpo por su propia mano.

—Eso fue culpa mía —se adelantó a decir rápidamente Lluvia, entonces miró a Nyxx avergonzada—. No ví el cuchillo.

Antes de que él pudiera decir algo al respecto, Eidryen se le adelantó.

—Nos conformaremos con que no repitas tal estupidez, pequeña —

respondió el dios antes de suspirar y volverse hacia Nyxx—. En cuanto a ti, Cazador de Almas, sugiero que evites que te maten a partir del próximo amanecer. La Puerta os permite marchar, pero a cambio pide un alma completa.

Nyxx se tensó.

—¿Estás dispuesta a ceder la tuya, Lluvia? —preguntó Eidryen sin dar tiempo a Nyxx de responder.

—¡No! —se negó el Cazador, tomando a su mujer y escudándola tras él, como si el tranquilo dios se hubiese convertido en una amenaza.

Lluvia le acarició la mano con el pulgar y le sonrió antes de salir de detrás de su espalda y preguntar.

—¿Podré quedarme con él... para siempre?

Eidryen asintió.

—Sí.

Lluvia no se lo pensó, miró a Nyxx y respondió en voz alta y clara.

—Entonces mi alma es suya —respondió sin dudas.

Eidryen sonrió, mientras Nyxx palidecía.

—Solo necesitaremos la mitad —respondió Eidryen y entonces se volvió hacia Nyxx—. Y otra mitad que proceda de ti.

El entendimiento cayó entonces sobre el Cazador, dos mitades formaban un todo, si Lluvia ofrecía una mitad y él la otra, ambos podrían seguir juntos.

—¿Cuál de las dos partes de tu alma vas a entregar, Nyxx?

Nyxx estaba a punto de abrir la boca para responder cuando oyó a su compañero, a la mitad de su alma en su mente.

Tú ya has entregado suficiente.

Nyxx jadeó y cayó de rodillas al suelo mientras algo en el interior de su pecho explotaba y lo dividía, como si lo estuviesen rompiendo por la mitad. Lluvia había caído a su lado preocupada, llamándole, pero todo lo que él

podía sentir era dolor mientras una parte de su alma se separaba de la otra. Frente a sus agónicos ojos empezó a materializarse la figura de un enorme lobo.

Yo seré la otra mitad.

El animal inclinó la cabeza hacia Nyxx y miró a Lluvia con ternura, si aquello era posible en un lobo. El Cazador de Almas no podía apartar la mirada de aquel que había sido su compañero, parte de sí mismo durante infinidad de siglos.

—Qué así sea —murmuró Eidryen alzando la mano hacia Lluvia para reclamar su parte—. Dos mitades, forman un todo...

Lluvia gritó de dolor cuando sintió como era desgarrada por dentro por potentes garras, su voz reverberó en la solitaria caverna mientras las lágrimas se escurrían por sus ojos y se abrazaba a sí misma presa de una interminable agonía. Nyxx la había abrazado atrayéndola hacia él con mirada aterrada, asistiendo estupefacto a como una parte de su esencia salía de su interior y rodeaba al lobo para finalmente filtrarse en él. Ante sus sorprendidas miradas, el animal empezó a cambiar lentamente, el pelo de su cuerpo ondeó como si fuese acariciado por una ligera corriente de aire cambiando su color, dotándolo de una mezcla de marrones, dorados y negros para finalmente continuar con sus ojos. Ahora el hermoso animal poseía un ojo de color verde y otro color avellana, igual a los de Lluvia.

Entonces el animal alzó el hocico, se lamió la nariz y esbozó una mueca como si realmente sonriera, antes de oírle decir con una voz profunda y sedosa.

Nos veremos en la próxima vida, hermano mío, compañera de mi alma.

Lluvia extendió la mano hacia delante como si quisiera detenerlo cuando lo vio dar la vuelta, dirigirle a Eidryen un potente aullido y correr

hasta desaparecer a través de la puerta.

El Dios del Destino se volvió entonces hacia la pareja y tendió sus manos a ambos para ayudarles a ponerse en pie. Cuando ambos lo hicieron sujetó todavía sus manos, observando sus rostros contraerse, como sus gargantas emitían fuertes o suaves gemidos cuando el intrincado patrón de símbolos tribales empezó a imprimirse en su piel al compás de la pequeña llama blanquecina que lo dibujaba.

Una vez la llama se extinguió dejando un patrón de tatuajes gemelos en ambas manos, rojo sangre en la de ella y un oscuro dorado en la de él, Eidryen los soltó. Su mirada buscó la de Nyxx al decirle:

—Vive tu vida con juicio, mi querido amigo, por que ahora también será la de ella —le aseguró Eidryen antes de volverse sobre Lluvia y sonreírle—. *O ushalin zhala sar o kam mangela, Lluvia.*

Lluvia palideció al escuchar aquella frase, la misma que había estado escrita en los sobres que habían llegado a sus manos a lo largo de los años.

—Las sombras se moverán...

—Cuando el sol lo ordene, pequeña Valaco —asintió Eidryen revelándole la verdad.

—Fu... fuiste... tú —murmuró asombrada, sacudiendo la cabeza, haciendo volar su pelo castaño—. ¿Por qué?

Eidryen señaló a su compañero como respuesta.

—Tu destino iba a la par que el suyo —le respondió mirando ahora las marcas en su mano derecha—. Tenías derecho a descubrir la verdad de quien eres, pero debías aceptar tu herencia y aceptarte a ti misma para ello, solo así podrías aprender a confiar en él, a amarle, después de todo, tu sangre era todo lo que él necesitaba para romper la maldición. Solo para que conste, con una gota habría sido más que suficiente.

—¿Aquellas cartas? —murmuró él empezando a entender de que

estaban hablando. Lluvia asintió y le sonrió. Nyxx tomó su mano, no quería estar separada de ella, por lo que pudiera pasar.

El dios echó un vistazo a su espalda y asintió como en respuesta a una voz que solo él podía oír.

—Es hora de que os vayais —respondió volviéndose hacia la Puerta para luego mirarlos a ellos y declarar—. Mientras seáis dos mitades de un todo, nunca estareis solos. Ella será ahora tan parte de ti, como tú de ella, Nyxx, vivirá tanto como tú vivas.

Nyxx tragó saliva, miró a su compañera y por primera vez en su vida hizo lo que se había prometido no hacer jamás, se inclinó ante un dios.

—Gracias.

Eidryen sonrió en respuesta.

—Dale saludos a Seybin y dile... Que el infierno para él aún no ha llegado —respondió, sus labios esbozando una irónica sonrisa. Estonces su semblante cambió, y en su mirada había amor, verdadero y puro amor—. Y transmítele a Dryah mi amor, lo está haciendo muy bien.

Nyxx asintió solemnemente.

—Lo haré.

El dios asintió y se volvió atravesando la Puerta de las Almas, que una vez más empezó a cerrarse, habiendo reclamado ya su premio. Nyxx suspiró profundamente y contempló la Puerta durante un instante hasta que sintió a Lluvia apretándose contra él, su mirada fue hacia ella, encontrándose con sus preciosos ojos castaños.

—Si alguna vez vuelves a meterte entre la hoja de un cuchillo y yo —le dijo mirándola con total seriedad—, ni siquiera la Puerta de las Almas hará que te libres de la paliza que pienso poner en ese culo tuyo.

Lluvia se echó a reír antes de echarle las manos al cuello.

—Eso tiene una solución, ¿sabes? —le aseguró mirándole a los ojos.

—Sé que me arrepentiré de preguntar —dijo él, comiéndosela con la mirada—. ¿Cuál?

Lluvia echó la cabeza atrás y rió con ganas antes de volver a mirarle con coquetería.

—Dedícate a cazarme a mí y a nadie más que a mí —respondió acercando sus labios a los de él.

Antes de que pudiera tocar sus labios, un agónico dolor se extendió por su pecho robándole el aliento y haciendo lo mismo con Nyxx.

—¿Qué pasa ahora? —gimió ella aferrándose a él.

—La vida, amor mío, la vida —respondió él apretando los dientes antes de que sus cuerpos empezaran a desvanecerse para volver a ver un nuevo día.

Nyxx jadeó con fuerza haciendo que el aire entrara nuevamente en sus pulmones, le dolía la cabeza horrores, pero lo peor era su pecho, en el cual sentía como si acabasen de clavarle un cuchillo. Mascullando trató de moverse, encontrándose con un delicado y conocido peso atravesado en su regazo, envolviendo sus brazos alrededor de él hizo un intento para abrir los ojos, su mirada recorrió a su compañera antes de alzarse al frente donde Dryah y Shayler los miraban con atención.

—Joder, Dryah... tu puntería apesta... pero la de tu marido es peor. — Fue lo primero que salió de sus labios mientras apretaba los dientes esperando que el dolor fuese remitiendo.

—Bienvenido, Cazador —le respondió Shayler con ironía.

Dryah se arrodilló inmediatamente junto a Nyxx, su mirada yendo de él a la mujer en sus brazos.

—Ella... —preguntó, la angustia todavía llenando sus ojos, marcando su voz.

Como si respondiera a su pregunta, Lluvia gimió en brazos de Nyxx

haciendo que este se incorporara lo suficiente para quedar sentado, mientras apartaba el pelo del rostro de ella y miraba sus manos con un gesto de disgusto.

—Sangre... esto no tiene buena pinta... ¿Tienes idea de lo mucho que ella odia la sangre? —masculló Nyxx mirándolos a los dos, sus ropas, sus manos, todo manchado de sangre.

Sonriendo de alivio, Dryah extendió la mano sobre la pareja y al instante ambos estaban limpios y libres de cualquier rastro de sangre.

—Gracias, *adelfi* —le agradeció él antes de inclinarse sobre la mujer que mantenía en sus brazos—. Lluvia, *agapi* —la llamó—. Despierta, amor, es hora de volver con la otra mitad de tu alma.

Una suave sonrisa empezó a extenderse por los labios femeninos antes de que abriese los ojos y murmurara.

—Eso nunca había sonado tan bien en mis oídos.

Sonriendo, Nyxx bajó la cabeza sobre ella, capturando los labios mientras la apretaba contra él, el lugar al que pertenecía. Puede que él fuera un Cazador de Almas, pero Lluvia se había adueñado para siempre de la suya.

EPÍLOGO

Tres meses después

Santuario de Dodona, Grecia.

Si alguien le hubiese dicho a Lluvia hacía algunos meses que su destino iba a estar atado al de un hombre con una poderosa bestia en su interior, se habría reído hasta que le saltaran las lágrimas. En pie bajo el Roble Sagrado en las ruinas del Santuario de Dodona, con la falda de su vestido de novia color crema ondeando al viento contemplaba con una dicha que no había conocido hasta entonces la gente que se había convertido en su familia, su verdadera familia.

Isabel sonreía y charlaba animadamente con Argus junto a una de las mesas de catering que habían sido instaladas allí para el feliz acontecimiento. Nyxx le había pedido casi al instante de abandonar el parque y trasladarlos a los dos a un confortable y amplio piso donde pasaron todo el día y parte del siguiente en la cama, que fuera su esposa. Lluvia se rió al recordar como lo había hecho sufrir haciéndolo aguardar por su respuesta unos larguísimos cinco minutos antes de echarse a reír y responder con un rotundo sí.

Las semanas siguientes habían pasado tan rápidamente que todavía no estaba segura de si lo que había vivido era un sueño del que se despertaría en algún momento o había sido realidad. Su mirada cayó suavemente sobre el hombre de pelo oscuro y brillantes ojos marrones vestido de traje que hacía compañía a Isabel, Argus había sido tan paciente con ella durante estos últimos meses en los que se habían estado conociendo, que solo podía estar

agradecida por la calma que le transmitía su padre biológico. Tal y como le había escrito en aquella nota, necesitaba tiempo para poner en orden sus pensamientos, tiempo para entender que los padres que había conocido, la vida que había tenido podría haber sido distinta y por encima de todo, aceptar esa vida y lo que había sacado de ella, pues al final del día era lo que la había convertido en la mujer que era actualmente. Había necesitado tiempo para reconciliarse con su pasado y abrir las puertas al presente y al futuro.

Se había presentado en Atenas junto a Nyxx unas semanas después. Argus había estado verdaderamente sorprendido al verla, pero pronto su paciencia y aceptación le dieron el empujón que necesitaba para permitirse conocer a aquel extraordinario hombre que era su padre, un hombre que nunca había dejado de buscarla. Con Argus también aprendió más sobre su herencia Valaco, sobre su madre y aprendió a amarla a través de sus ojos, incluso aunque todavía no habían dado con el motivo por el que Helena se había marchado y vuelto sin ella a Grecia. Lluvia solo podía pensar que aquel sería un misterio que quizás nunca fuera resuelto.

—Parece que alguien más se lo está pasando bien —oyó la voz profunda y ronca de Nyxx a su espalda.

Sonriendo, se volvió hacia su marido. Vestido con un impecable traje en color gris claro, con las mangas de la camisa blanca remangadas, el corbatín colgando abierto a ambos lados de su fuerte cuello, y el pelo rubio cortado en un desorden de mechones que caía un poco más debajo de su cuello, era el hombre más guapo y sexy en el que hubiese posado los ojos, y lo mejor de todo, era todo suyo. Alzó la mano derecha en la que brillaba el anillo de oro blanco con motivos griegos que era su alianza y la enterró en los desordenados mechones de su suave pelo rubio. Le encantaba ese nuevo Nyxx, aunque la primera vez que lo había visto con el pelo corto casi lo había enviado de vuelta a conseguir que su pelo tuviese el mismo largo de antes.

—Eso parece —respondió ella alzándose de puntillas sobre sus delicados zapatos de tacón para besar los labios de su recién estrenado marido.

Nyxx le acarició la mejilla y la recorrió con una cálida mirada, acariciando los mechones enlazados con flores de su pelo. Era una novia preciosa.

—Deberíamos sugerirle a Isabel que se quede unos días —aseguró ella disfrutando de sus atenciones.

Nyxx arqueó una ceja ante aquella sugerencia.

—Solo cuando me levante la veta que me ha impuesto de entrar en su tienda —le aseguró susurrándole en el oído derecho, en el que permanecía su audífono—. Y cuando tú y yo no estemos planeando pasar unos largos quince días de Luna de Miel.

Lluvia se echó a reír y bajó sus manos acariciando la tela del chaleco, para tomar ambos lados del corbatín y empezar a anudarlo lentamente, disfrutando del calor del cuerpo masculino pegado al suyo.

Isabel se había mostrado bastante descontenta cuando se enteró de todo lo ocurrido, ella habría preferido ocultárselo, pero Nyxx insistió en que fuera honesta con la mujer, después de todo era una Gypsy y lo extraño iba anclado a su sangre. La historia había resultado bastante inverosímil incluso para sus propios oídos cuando se la contó finalmente a la mujer sentadas ante una taza de café. Nyxx había estado a su lado pero no había intervenido si no era para corroborar o añadir algo que se le preguntase. Así que, una vez había terminado de narrar toda la historia, la mujer se había levantado, cogió su baraja de cartas y tras mirarlos a ambos con una profundidad que hizo estremecer a Lluvia, los sentó ante su pequeña mesa y presentó la tirada.

Lluvia todavía sentía curiosidad sobre qué era lo que había visto la mujer en las cartas, pues su rostro se había iluminado ante la lectura y había

reído antes de mirarlos a los dos con simpatía y recoger de nuevo la baraja sin comentarles nada e invitarlos a un restaurante Italiano que había al otro lado de la manzana a comer.

Desde aquel momento, la mujer se había mostrado sorprendentemente feliz, aunque le había vetado la entrada a Nyxx en la tienda.

—Lo cierto es que dijo que te dejaría entrar después de la boda —aseguró Lluvia con una sonrisita, antes de volverse en brazos de su esposo hacia la pareja que seguía hablando y riendo ajenos a ellos—. No sé, desde que echó aquella tirada en la tienda y no nos dijo nada al respecto, se ha mostrado muy misteriosa y demasiado sonriente. Y mírala ahora, coqueteando con Argus.

Nyxx le rodeó la cintura con un brazo mientras se llevaba la mano derecha al bolsillo, la cual ahora lucía las profundas cicatrices que había ocultado la suave tela de cuero de su guante.

—Parece que a tu padre no le es indiferente —aseguró Nyxx, observando a la pareja los cuales se giraron hacia ellos—. Mira, es tu ocasión para saludarles.

—No seas malo —se rió ella levantando la mano, correspondiendo al saludo de ellos.

Él se inclinó sobre ella y le acarició la oreja con la lengua, provocando estremecimientos en su cuerpo femenino.

—No hagas eso —se rió en voz baja, frotándose contra su ya evidente erección—. Nuestros invitados están justo ahí.

Pero él la ignoró y le hociqueó el cuello con la nariz, mordisqueándole la suave piel.

—Siempre podemos dejarlos aquí e irnos en un parpadeo —le aseguró con un ronroneo.

Ella sacudió la cabeza y suspiró.

—Eres incorregible.

Nyxx le apartó el pelo, totalmente entrelazado con flores y le acarició el pabellón de la oreja con el dedo.

—Solo lamento que nuestra unión no haya podido hacer nada con tu audición —murmuró acariciándole perezosamente la oreja. Nyxx había esperado que al compartir sus almas, entre algunos de los dones que había conseguido ella de él, hubiese podido recuperar su audición, pero no había sido así. Con todo, no pensaba quejarse, lo importante era que ella estaba con vida y era suya para toda la eternidad.

Lluvia se volvió en sus brazos al notar, más que oír, la pena en su voz. El amor claro y puro se reflejaba en sus ojos marrones cuando miró a su marido.

Mientras pueda oírte a ti, lo demás no me importa.

Nyxx sonrió al oírla hablar a su mente.

Me aseguraré de que esta forma de oír, nunca la pierdas, amor mío.

Sonriendo, Lluvia se alzó sobre las puntas de los pies y lo besó en los labios.

—Ejem, ejem

Un ligero y forzado carraspeo masculino se coló entre ellos, la pareja se giró de mala gana para encontrarse frente Shayler y su esposa.

—¿Chicos? Lamento interrumpir, pero os esperan allí abajo.

Nyxx gruñó cuando separó los labios de los de su esposa y miró a su pequeña amiga. Dryah estaba hermosa y etérea vestida de azul claro y blanco, los brazos del Juez la rodeaban desde atrás, manteniéndola pegada a él.

—¿Por qué será que nunca teneis nada mejor que hacer que apareceros ante mí para joder algo? —masculló Nyxx con diversión.

Dryah se fingió ofendida y llevándose las manos a las caderas miró a Nyxx.

—Ey, no te quejes, ahora estamos en paz —le aseguró ella esbozando una coqueta sonrisa—. Yo también te he apuñalado.

Lluvia y Shayler se echaron a reír mientras el Cazador mascullaba algo en voz alto y Dryah se salía de los brazos de su esposo para huir de Nyxx, quien salió tras ella.

—¿Siempre han sido así? —Lluvia se acercó a Shayler para observar a sus respectivas parejas y como Dryah se echaba a reír cuando Nyxx la atrapó por la cintura y la obligó a rendirse.

Shayler le ofreció el brazo y Lluvia lo aceptó con una sonrisa, después de todo, había sido uno de sus padrinos de la boda junto con Seybin y su padre, quien la había entregado en el altar. El Señor de las Almas había resultado ser un hombre más bien extraño y solitario, Nyxx la había llevado con él a sus dominios para presentárselo y había asistido a la boda como su padrino, pero no se había quedado mucho tiempo. Nada más terminar la ceremonia los había llevado a un a parte donde les había deseado felicidad a ambos. Lluvia había visto claramente lo que aquel hombre y su amistad significaban para Nyxx y por ello no podía dejar de pensar en aquello que había visto en sus cambiantes ojos. Solo esperaba que el Señor de las Almas pudiera encontrar algún día aquello que se le había arrebatado.

—Que yo recuerde, sí —aceptó el Juez sacándola de sus recuerdos—. Y me alegro, aunque a veces me saca de quicio, porque gracias a él mi esposa está ahora conmigo.

Lluvia sonrió y asintió sujetándose del brazo del Shayler mientras descendían por la ladera hasta que sus respectivas parejas reanudaron la subida para encontrarse con ellos.

—No envidio en absoluto la cruz que te ha tocado en suerte —aseguró Nyxx entregando a Dryah a su marido, quien sonrió en respuesta.

—Qué me vas a decir —aseguró él con diversión mientras abrazaba a

su esposa.

—Iremos bajando para avisar a los demás que ya venís —respondió Dryah mirando a la pareja—, así que, no tardeis, teneis una tarta que cortar.

Con un ligero asentimiento de cabeza, Nyxx abrazó a su esposa y contempló a sus amigos bajar el resto del trayecto hasta la zona en la que se había instalado el catering. Se había sorprendido bastante cuando Lluvia le pidió que organizaran la ceremonia a los pies del Santuario de Dodona, pero no podía haber hecho otra cosa que complacerla. Ahora veía que fue una buena idea, de alguna manera, ambos estaban atados a aquella tierra y parecía apropiado que fuese allí también donde diesen fin a un ciclo para comenzar otro totalmente nuevo.

—¿Eres feliz?

Nyxx alzó la mirada a su esposa, maravillándose ante su belleza, su bondad y el amor que veía en sus ojos. Acariciándole la mejilla se inclinó sobre ella y depositó un suave beso sobre sus labios.

—Seré feliz en cualquier lugar en el que te encuentres tú, amor mío —le aseguró volcando en sus palabras todo su amor—. Ya nada, ni siquiera el pasado, podrá empañar la felicidad que siento cuando estoy junto a ti.

—*S'agapo, Psychí Kynigós.* —Lluvia se volvió hacia Nyxx, susurrándole muy cerca de sus labios en griego, para finalmente repetírselo en inglés—. Te amo, Cazador de Almas.

—*S'agapo, Brochí. Gia oli tin aioniótita* —Fue la respuesta del Cazador mientras bajaba su boca sobre la de ella—. Te amo, Lluvia. Por toda la eternidad.

Atraídos por la brisa y los ecos de la magia de una tierra ancestral, Lluvia y Nyxx se volvieron hacia la parte superior donde las piedras que habían quedado del Oráculo más antiguo de Grecia se había levantado una vez, para escuchar el suave y fantasmal sonido de las aves en el Sagrado

Roble, acompasado por el entrecocar de los peveteros que una vez, en otro tiempo, habían sido interpretados por las Sacerdotisas de Dodona como una predicción de los Dioses.

[1] *Niña en romaní calé. El calé es el dialecto del romaní utilizado por los Gypsy o gitanos españoles.*

[2] *“Ve con Dios y en buena salud”. Bendición Romaní.*

[3] *Conocida cadena de Cafeterías.*

[4] *“Mi niña” en romaní Calé.*

[5] *F.E.D.E.X. Agencia de Mensajería.*

[6] *Rodeados por los Gadje, la única defensa de los Gypsy es su lengua.*

[7] *Maldición, exabrupto Gypsy.*

[8] *Gatita en Griego.*

[9] *Armaya, una maldición gitana.*

[10] *Pequeña, en Griego.*

[11] *Pajarillo en griego.*

[12] *Mi luna en griego.*

[13] *Hombre no romani*

[14] *Hermana en griego.*

[15] *Cazador en Griego*

[16] *Amor en griego*

[17] *“Mi niña” en griega*

[18] *“Cuando el infierno se congele”. En Griego.*

[19] *Es tan hermosa, como mortal. Griego.*

[20] *La Muerte, en francés.*

[21] *Pequeña arpía.*

[22] *No tanto como tú.*

[23] *Te amo, en griego*

[24] *“Amigo mío” en griego.*

[25] *“Hombre” no romaní.*

[26] *“Mi amor”, en romaní.*

[27] *“Ve con dios y en buena salud”. Bendición Gypsy.*

[28] *Madre en romani*

[29] *“Hermano” en Griego.*

[30] *“Amor Mio” en Griego*